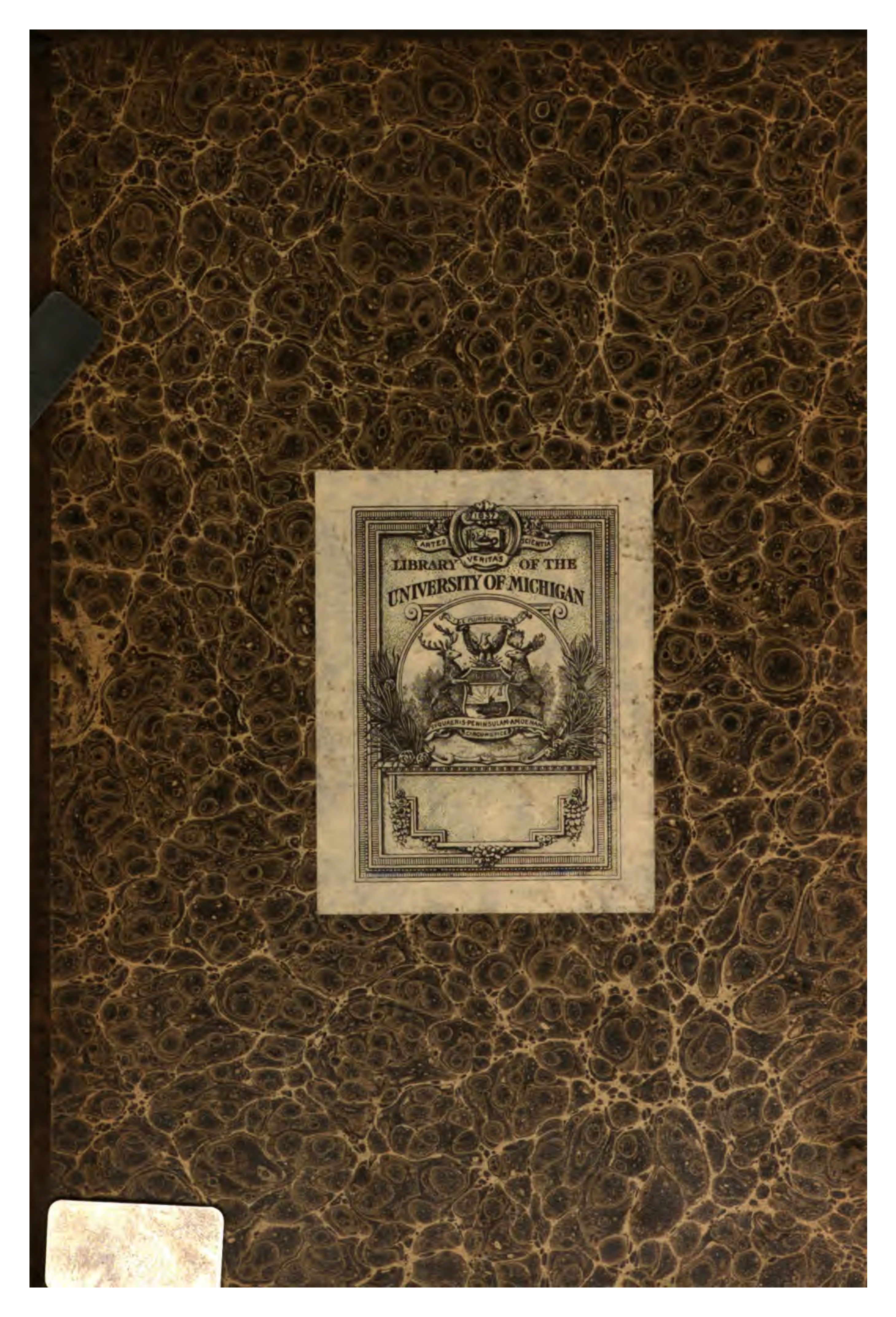
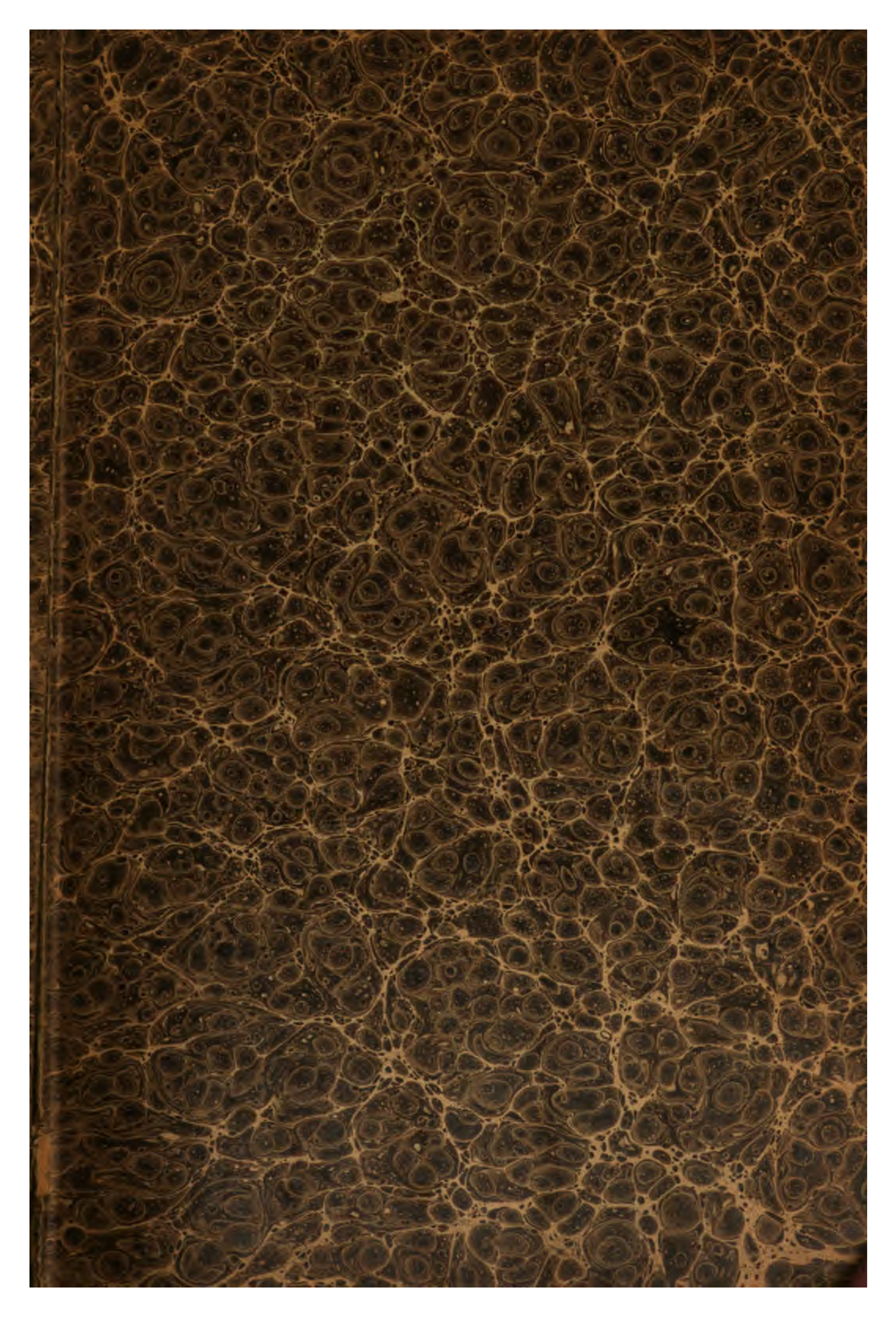

1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



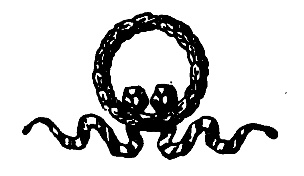
OBRAS DE BRETON

OBRAS

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

TOMO IV



MADRID
IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA
calle de Campomanes, núm. 8
1884

TEATRO

IV

UN ENEMIGO OCULTO,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro del Principe el dia 14 de Enero de 1848.

PERSONAS.

CAMILA.	D. LUIS.
HIGINIA.	D. RAMIRO.
D. ANDRES.	FERMIN.

La escena es en Madrid. Sala con puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce á la de la escalera, y por la izquierda á otras habitaciones: una ventana en los bastidores de la derecha, y dos puertas en los de la izquierda: la más próxima al proscenio es la del cuarto de D. Andres. Mesa con escribanía, y junto á la ventana un velador, sobre el cual habrá una jaula con un mirlo dentro.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. ANDRES.

[*Aparece sentado en una butaca junto á la mesa, y con un periódico en la mano.*]

Siempre lo mismo! Sarcasmos,
denuestos, declamaciones,
ripios, lugares comunes.....
No puedo sufrir á este hombre.
Haga en buen hora al Gobierno
la oposicion; pero noble,
decorosa..... Ya se ve,
cuando no hay razon que apoye
la censura, con sofismas
se concitan las pasiones.—
La patria!.... El público bien!....
No se les cae ese nombre
de la boca. Por ventura,
¿nó es ese el afan, el norte
de los ministros?

[*Leyendo.*]

«Aplausos
en la tribuna.—Rumores.....»
¡El tal don Blas.....

[*Leyendo.*]

«El señor
presidente llama al órden
al orador.»—Muy bien hecho.
¡Tratar de ese modo á un pobre
ministro..... que me ha colmado
de mercedes y de honores!
Á los otros...., vaya en gracia....

[*Leyendo.*]

«El déficit es enorme.
El pueblo gime agobiado
de inmensas contribuciones,
y entre tanto á su miseria
insultan en áureo coche

improvisados magnates,
y esa insaciable cohorte
de empleados sanguijuelas.....»

[*Tirando sobre la mesa el periódico.*]

¡Oh, basta, basta..... ¡Qué atroces
injurias!.... Otro será
su lenguaje cuando logre
escalar el ministerio.....
Y eso es lo que se propone.
El ministerio de *Hacienda*
es *prebenda*..... Ah! Las dos voces
consuenan..... y *oposicion*
y *nacion* vienen de molde
con *Sacedon*..... Si yo hiciera,
aunque poeta mediocre,
un epigrama..... Ah! sí. Tomo
la pluma, no se me borre
del magin.....

[*Escribe y medita alternativamente.*]

Ya tengo un verso.
Ahora falta que me sople
la musa..... Ya tengo dos!—
Em..... Otro! La pluma corre.....
¿Cómo redondeo ahora
el pensamiento..... Ah qué golpe!
Escribamos.—No me cambio
por Calderon ni por Lope.
Soberbio! Abajo mi firma:
«Andres Avelino Gomez.»—
Ya está. ¿Á ver cómo me suena
ahora?—Soy el demontre!

[*Leyendo lo que ha escrito.*]

«Para don Blas Sacedon
no hay más ley ni más nacion
que el ministerio de *Hacienda*.
Por eso hace *oposicion*.....
no al ministro; á la *prebenda*.»

ESCENA II.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. Don Ramiro Bustamante
pregunta.....

Andres. [*Levantándose y dejando el papel sobre la mesa.*]
¡El mejor amigo
de mi padre!

Fermin. Qué le digo?

Andres. Necio!.... Que pase adelante.

Fermin. [*Saliendo por la puerta del foro.*]
Caballero.....

Andres. Mejor es
que yo le salga al encuentro.

Ramiro. [*Asomando por el foro.*]
Es por aquí?

Andres. [*Saliendo á recibirle.*]
Adentro, adentro!
[*Abrazándole.*]
Señor don Ramiro!

Ramiro. Andres!

ESCENA III.

D. ANDRES. D. RAMIRO.

Andres. Tanta ventura me saca
de.....

Ramiro. Mi cariño sincero.....

Andres. Por Dios, á un lado el sombrero,

[*Toma el de D. Ramiro y lo pone sobre una silla.*]

y honre usted esta butaca.

[*Se sientan.*]

Sin escribirme dos años!

Ramiro. Ausente de mi país,
hoy en Lóndres, en París
mañana, luégo en los baños.....
Pero aunque yo no te escriba
y confiese con franqueza
que en esto algo hay de pereza,
tuyo seré miéntras viva.

Andres. Mil gracias.

Ramiro. Grata memoria
conservaré siempre yo
de la amistad que me unió
á tu padre, que esté en gloria.

Andres. Con toda sinceridad
prometo mostrarme digno
de igual.....

Ramiro. ¡Pobre don Benigno,
muerto en la flor de la edad!

Andres. Ah! usted renueva la herida.....

Ramiro. Basta! Ya estamos llorando
los dos..... Mudemos.....

Andres. Sí. ¿Cuándo
ha sido la bienvenida?

Ramiro. Ya hace diez dias que estoy
en Madrid, Andres querido.

Andres. Pues ¿cómo.....

Ramiro. Mas no he sabido
dónde vives hasta hoy.

Andres. Será usted, es cosa llana,
mi huésped, y yo tendré
sumo gusto.....

Ramiro. Para qué?

Me voy pasado mañana.
Andres. Tan presto!
Ramiro. Ya mis negocios
dejo arreglados.....
Andres. No apruebo.....
Ramiro. Y ántes de ocho dias debo
reunirme con mis socios.
Voy yo mismo á dirigir
la empresa que está en embrion
sobre la navegacion
del rio Guadalquivir.
Es negocio colosal.
Haré un servicio importante
al país, y Dios mediante,
doblaré mi capital.
Andres. Deseo que á usted le asista
próspera suerte, y me mande.....
Ramiro. Gracias.—¿Y tú.....
Andres. Estoy en grande.
Ramiro. Hola!
Andres. Soy covachuelista.
Ramiro. Bravo! Y en qué ministerio?
Andres. En el de Hacienda.
Ramiro. Mejor!
Mas tú eres hombre de honor
y no harás un gatuperio.....
Andres. No, no me tienta el demonio.....
Mas, como nada hay seguro,
lícitamente procuro
aumentar mi patrimonio.—
Ah! no he dicho todavía
que daré muy pronto un paso.....
Ramiro. Un ascenso?
Andres. No. Me caso!
Ramiro. ¿Cómo!....
Andres. Con suma alegría.
Ramiro. Pues...., no extrañes mi pregunta,
¿tu mujer.....
Andres. Fatalidad!....
Mi dulce y cara mitad
ya hace un año que es difunta.
Ramiro. ¿La reemplazas en tu lecho,
y la llamas dulce y cara!
Andres. Sí, pero...., cosa más rara!....
La fatalidad lo ha hecho.
Mi futura benemérita
adrede nació, es constante,
para ocupar la vacante
de mi consorte pretérita.
Ramiro. Paradoja!....
Andres. Es la verdad.
Me explicaré.....
Ramiro. Es excusado.
Di que estás enamorado.....
Andres. Cierto. Otra fatalidad!
Ramiro. Es jóven?
Andres. Diez y ocho abriles.
Ramiro. Bien nacida?
Andres. Solariega.
Ramiro. Hermosa?
Andres. Más que la griega
por quien fué célebre Aquíles.
Ramiro. Qué tal lo pasa de dote?
Andres. Tiene en fincas un Perú!
Ramiro. ¿Cómo! ¿Y á eso llamas tú
fatalidad? (Monigote!)
Andres. Y no sin causa lo digo,
porque, aunque linda, quizás.....
Ramiro. Ya me la presentarás.
Andres. Sí tal. Vive aquí.....
Ramiro. Contigo!
Andres. Aquí mismo, sí, señor;
mas sin ofensa.....
Ramiro. Tal cual!
Andres. De la cristiana moral.
Soy su tio y su tutor.
Y además, tiene á su lado
una viuda.....
Ramiro. Tambien tia?
Andres. No. Aunque jóven todavía
al fin es mujer de estado.
Así con mayor decoro
puede salir.....
Ramiro. ¿Y te quiere
la niña?
Andres. Jesus! Se muere
por mí.
Ramiro. Envidiable tesoro!
Andres. Pero—forzoso es decirlo
aunque vergüenza me da—
tengo un rival!
Ramiro. Oiga!.... Ya!
Algun elegante.....
Andres. Un mirlo!
Ramiro. Cómo..... mirlo?
Andres. [*Mostrando la jaula.*]
Aquel.
Ramiro. ¿Qué escucho!
Andres. Qué pasion, divinos cielos!
qué delirio!
Ramiro. ¿Tienes celos
de semejante avechucho?
Andres. Sin duda le trajo aquí
algun enemigo oculto.....
Ramiro. Vamos, no seas estulto
y acaba tu historia.
Andres. Sí.
Miéntras vivia mi Ines,
sólo en la amable Camila
veia yo una pupila.....
Ramiro. Se llama Camila?
Andres. Pues.
Pero el invierno era crudo,
y desde Pascuas á Ramos.....
¡fatalidad!.... nos quedamos
ella huérfana y yo viudo.
Entrambos cumplimos.....
Ramiro. Ya!
Andres. Nuestro fúnebre deber;
yo llorando á mi mujer
y Camila á su papá.
Cansados de hacer el buho
cada cual en su rincon,
con nuestra mutua afliccion
hicimos al fin un duo.

Viéndonos llorar así
el rigor de nuestra estrella,
di yo en consolarla á ella
y ella en consolarme á mí;
y tanto luchamos juntos
con mi pena y con la suya,
que se trocó en aleluya
el oficio de difuntos.

Ramiro. Muy bien hecho. Mejor es.....
Andres. ¿Usted aprueba.....
Ramiro. Sí tal.
(¡Vaya que es original
el bueno de don Andres!)
Andres. Ahora bien, ¿es necedad
el decir que me condujo
á nuevo lazo el influjo
de ciega fatalidad?
Ramiro. Ya reconozco su imperio;
mas á llamarte inconstante
no hay miedo que se levante
la que está en el cementerio.
Andres. Desde el Guadiana hasta el Istro
no hay más feliz ciudadano,
pues ella acepta mi mano.....
y me la aprieta el ministro!
Ramiro. Contento con la guirnalda
nupcial, no fíes, Andres,
en el ministro. Ya ves
que la oposicion le balda.
Andres. Eso nada importa.
Ramiro. No?
Andres. El Gabinete alza erguida
la frente.
Ramiro. Pues por su vida
no doy ocho cuartos yo.
Andres. Error! Moverá resortes
que conjuren el nublado,
y en último resultado.....
Ramiro. Qué?
Andres. Disolverá las Cortes.
Ramiro. No se atreverá.....
Andres. Aunque inédito,
quizá ya el decreto esté
firmado..... Y luégo, yo sé.....
Qué auge va á tomar el crédito!
Ramiro. Eso se ha dicho mil veces,
mas.....
Andres. Son hombres de prestigio.
Ramiro. ¿Repetirán el prodigio
de los panes y los peces?
Andres. Don Ramiro..... estoy en autos!
Subirán como la espuma
los fondos.
Ramiro. Sí? ¡Pobre pluma
de pajarillos incautos!
Andres. Tan á piés juntos lo creo,
que hoy mismo...., soy yo novel?
voy á emplear en papel
todo el caudal que poseo.
Sí, hoy me va á comprar, á un mes
de plazo, don Luis del Canto,
mi agente de Bolsa.....
Ramiro. Cuánto?
Andres. Quince millones del tres (*).
Ramiro. [*Levantándose.*]
Tienes tu juicio cabal?

[*Se levanta tambien D. Andres.*]

¡Jugar en dias de crísis,
cuando amenaza una tísis
al crédito nacional!
Andres. No! Habrá empréstito, y la caja.....
Ramiro. ¡Jugar con ojos serenos
quince millones!.... Si al ménos
los jugases á la *baja*.....
Andres. Á la *baja!* ¡Que yo *venda*
cuando el *alza* es evidente!
¡Á la *baja* un dependiente
del ministerio de Hacienda!
Ramiro. Áun es tiempo. Vamos, ven.....
No expongas tu capital.....
Andres. Usted me aconseja mal!
Usted no me quiere bien!
Ramiro. Yo!....
Andres. Si los fondos retiro,
pierdo un fortunon deshecho.
Ramiro. Sí? Pues compra y ¡buen provecho!
Andres. Yo.....
Ramiro. [*Tomando su sombrero.*]
Basta! Abur.
Andres. [*Deteniéndole.*] Don Ramiro!
Ramiro. [*Desviándole.*]
Quita!.... Pagarás el pato.
Andres. Oiga usted.....
Ramiro. No volverás
á verme.
Andres. Pero.....
Ramiro. Jamás!

[*Yéndose.*]

Mentecato! mentecato!

ESCENA IV.

D. ANDRES.

Nada! No atiende á razones.
Si no mirase á sus canas
venerables, yo..... ¡Llamarme
mentecato! Me ha hecho gracia.
¿Pretenderá don Ramiro
conocer mejor la marcha
de los públicos negocios

(*) Esto es, quince millones (valor nominal) en títulos de la deuda pública consolidada, que ganan anualmente el interes de 3 por 100. Esta explicacion es necesaria para los que, afortunadamente quizá, no están iniciados en las teorías, prácticas y dialecto de la Bolsa comercial.

que yo que sé..... No sé nada.—
Pero todos los indicios
son..... Sí, es infalible el alza.—
Pues si el buen señor calcula
con la misma perspicacia
en su empresa, ya está fresco!
No le arriendo la ganancia.—
Mas ¡cuánto tarda Camila!

[*Canta el mirlo.*]

¡Emplear media mañana
en una visita..... Ah! ¡Voto
al chápiro!.... Ya olvidaba.....
Me encargó con mucho empeño
que hiciese traer pitanza
y agua fresca para el mirlo.....

[*Llamando.*]

Fermin!

ESCENA V.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. Señor!
Andres. Carne y agua
para el pájaro. Volando!
Fermin. Voy por ello sin tardanza.

ESCENA VI.

D. ANDRES.

La tendríamos de hocico
todo el dia si mi falta
advirtiese.

[*Á la puerta del foro.*]

Vamos, pronto!

Fermin. [*Dentro.*]
Ya voy.
Andres. Que juegue á la *baja!*
Aunque yo estuviera loco.....

ESCENA VII.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [*Trayendo lo que dice.*]
El picadillo y la jarra.—
Pondré.....
Andres. No. Ten eso ahí
miéntras abro yo la jaula.....

[*La abre.*]

Ya está. Saco el comedero.....

[*Lo hace dejándose abierta la jaula.*]

Á ver? Acerca la taza.....

[*Vuela el mirlo y desaparece por la ventana. Al ruido vuelve D. Andres la cabeza.*]

Cielos! El mirlo ha volado!
Fermin. Si dejó usted.....
Andres. Qué desgracia!
Fermin. Abierta la jaula.....
Andres. [*Dejando sobre el velador el comedero, y lo mismo hace Fermin con la jarra.*]
Síguele!
Fermin. Que le siga? Ni una bala
de cañon.....
Andres. Ah, soy perdido!
Búscale..... Pregunta..... Marcha!

[*Vase Fermin corriendo.*]

ESCENA VIII.

D. ANDRES.

Desdicha! ¿Qué va á decir
mi pupila?.... Quién le alcanza?

[*Asomándose á la ventana.*]

Estará en algun tejado?
Sí! huyó de tan buena gana,
que en Aranjuez, por lo ménos,
del primer vuelo se planta.
¡Algun enemigo oculto
dejó abierta esta ventana!

[*Llegan por el foro Camila é Higinia.*]

ESCENA IX.

D. ANDRES. CAMILA. HIGINIA.

Camila. Tio!
Andres. [*Volviendo la cabeza.*]
(Ah! ya está aquí.) Camila!
Camila. Culpando estaria usted
nuestra tardanza.
Andres. [*Procurando ocultar la jaula con su cuerpo.*]
No, dulce
bien mio.
Higinia. (Su dulce bien!)
Camila. Yo me estaba deshaciendo,
pero se empeñó Isabel

en enseñarme sus vistas
de novia.....

Higinia. (Otra novia!)

Camila. Y fué
preciso ver y admirar
hasta el último alfiler.

Andres. Agradezco esa impaciencia
si de tu amorosa fe
nacia.

Camila. Es claro. No me hallo
sin mi tio don Andres.

Andres. Divina! (No ha echado ménos.....
No me pregunta por él.....)
Mas ¿por qué me llamas tio,
bien de mi vida.....

Higinia. (Otra vez!)

Andres. Si pronto otro parentesco
más inmediato.....

Camila. Así es,
querido tutor.

Andres. Tutor!....
Tampoco me suena bien
ese nombre.

Camila. Pero.....

Andres. Llámame
tu amante, tu esposo fiel.
(Tiemblo!...) No me amas?

Camila. Oh! mucho.

Andres. Pues entónces..... Ea, pues,
apéame el tratamiento.

Camila. Me da vergüenza.....

Andres. Por qué?

Higinia. (¡Se casa, y yo condenada
á perdurable viudez.....)

Andres. Callas!

Higinia. Qué necia porfía!
Hasta que el cura le dé
la bendicion.....

Andres. No es al cura
á quien quiero agradecer
esa prueba de cariño.

Camila. Tiene razon.

Higinia. (Qué cordel!)

Camila. Mi corazon lo desea,
pero..... no acierto á romper.....

Andres. Ánimo!

Higinia. (Si no me voy
de aquí, me da.....)

Andres. [*Tomando una mano á Camila.*]
¿Para quién
guardas esta linda mano?

[*La besa.*]

Higinia. (Ah!)

Camila. Para..... ti.

Higinia. [*Sin poderse reprimir.*]
Cielos!

Camila. [*Volviendo la cabeza.*] Eh?
Qué tienes, Higinia?

Higinia. Nada.....
Un vahido....; tirantez
de nervios.....

Andres. Quizá tendrá
muy apretado el corsé.....

Higinia. [*De mal temple.*]
No tal.

Camila. Llamaré si quieres
á Juana.....

Higinia. No es menester.
Ya pasó.

Andres. Quizá el histérico.....
Las viudas.....

Higinia. Otra sandez!

Camila. Pero.....

Higinia. Ya pasó. No es nada.
Me voy á mi cuarto.....

Camila. Iré
contigo.....

Higinia. No. (Qué suplicio!)
Hasta luégo.

[*Vase por la izquierda del foro.*]

Camila. Hasta despues.

ESCENA X.

CAMILA. D. ANDRES.

Andres. Es dengosa por demas
la viudita. Ya se ve,
perder á los cinco lustros
su marido una mujer.....
(No vuelve Fermin!....) Ahora
te quitarás tú ese tren.....

Camila. No hay prisa.

Andres. (Quisiera echarla
de aquí.)

Camila. Mortal palidez
noté en su cara..... La envidia
quizá.....

Andres. Bien pudiera ser.....

ESCENA XI.

CAMILA. D. ANDRES. FERMIN.

Andres. [*Viendo á Fermin.*]
(¡Ah, ya vuelve..... Sin el mirlo!)

Fermin. Señor, no parece.....

Camila. Quién?

Andres. [*Haciendo señas á Fermin.*]
Nada..... Bien, déjalo estar.

Camila. Qué se ha perdido?

Andres. Un papel.....

Camila. (Le hace señas... ¿Qué misterio...)

Andres. Cosa de poco interes.....

Camila. Estará sobre la mesa.....

Andres. Bien; luégo lo buscaré.....
Camila. Ó acaso bajo la jaula
del mirlo.....
Andres. No. Desde ayer.....
(Perdido soy!)
Camila. ¡Ah, vacía
la jaula!....

[*Á Fermin.*]

¡Zafio, soez.....
Tú le has dejado escapar.....
Fermin. Yo!.... Juro.....
Camila. ¡Mal haya, amén,
tu torpeza!
Andres. No es Fermin
el culpado. Lucifer.....
La fatalidad.....
Camila. [*Llorando.*] Gran Dios!
De pena me moriré.
Andres. Vete, Fermin.—No, hija mia,
ántes muera yo á tus piés.

ESCENA XII.

CAMILA. D. ANDRES.

Camila. ¿Quién, pues, de mi dulce mirlo
me ha privado?
Andres. Yo le abrí.....
Se fugó.....
Camila. Triste de mí!
Andres. (¡Quisiera mejor un chirlo....)
Me descuidé, y el ingrato.....
Camila. Oh imperdonable desliz!
¡Habrá muerto el infeliz
en las uñas de algun gato!
Andres. No; yo le vi en raudo vuelo
hender el aire veloz.
Le llamé, y sordo á mi voz.....
Camila. Ya no hay para mí consuelo!
Andres. Sí. Por eso te acobardas?
No tiene el mirlo tocayos?
Diez te traeré, y guacamayos,
y lechuzas, y avutardas.
Camila. Mi mirlo, mi mirlo quiero!
Andres. (Puede que esté ya en Liorna.)
¿Y qué haremos si no torna
á la jaula el prisionero?
Como él no paga portazgo,
¿quién.....
Camila. Mi mirlo!
Andres. [*Sentándose á la mesa.*]
Anunciaré
su pérdida.

[*Escribe.*]

Ofreceré
cuarenta duros de hallazgo.
Camila. Infamia! traicion! perfidia!....
Andres. Pero, hija mia, ¿quién puede.....
Camila. Usted le ha soltado adrede.
Andres. Yo!

[*Sigue escribiendo.*]

Camila. Porque le tiene envidia.
Andres. Y ¡qué! ¿no habria motivo,
ya que has soltado esa frase,
para que mi alma envidiase
al pájaro fugitivo?

[*Acaba de escribir y toca la campanilla.*]

Camila. Ay dolor!
Andres. Si yo compulso
su ventura con la mia.....
Camila. Pues sí, es verdad: le queria
más que á usted, tutor insulso.
Andres. [*Levantándose.*]
Camila!

ESCENA XIII.

CAMILA. D. ANDRES. FERMIN.

[*Camila gime y llora miéntras hablan D. Andres y Fermin.*]

Fermin. Señor.....
Andres. Corriendo,
al *Diario* este papel.

[*Le toma de sobre la mesa y se le da.*]

Fermin. Bien está.
Andres. Paga por él
lo que te pidan.
Fermin. [*Yéndose.*] Entiendo.
Andres. Oye!

[*Vuelve Fermin.*]

¿Quién tiene cachaza
para esperar á otro dia?
Al *Diario* te decia?
No. Llévalo á la *Mostaza*.
Fermin. Ya sé.
Andres. Carácter mayúsculo!
Fermin. Bien.
Andres. Corre!
Fermin. Volando voy.

ESCENA XIV.

CAMILA. D. ANDRES.

Andres. (Gano tiempo. Saldrá hoy
á la hora del crepúsculo.)
¿Conque es verdad que le quieres
más que á mí?
Camila. Sí; ya lo he dicho.
Andres. ¡Yo postergado á aquel bicho

ruin..... Ah mujeres, mujeres!....
Camila. Tan mono!....
Andres. Muy mono, sí,
pero ¡buen pago te da!
¡Por esos aires se va
sin acordarse de ti!
Yo tambien bajo el imperio
de esas gracias seductoras
paso á tu lado las horas
en dichoso cautiverio;
y aunque injusta me condenas
por lo que no vale un bledo,
cautivo fiel, no haya miedo
que quebrante mis cadenas.
Camila. Calle usted con Belcebú!
Flores me dice el impío
despues..... ¡Perdonad, Dios mio,
que le haya hablado de tú!
Andres. Mas ¿qué quieres que haga yo?
Camila. Quiero mi mirlo, mi mirlo!
Cómo tengo de decirlo?
Andres. Pero, hija, si ya voló!....
Camila. Se le busca.
Andres. Y cómo? (¡Pícaro
animal!....) Buenas ó malas,
dónde tengo yo las alas?
Yo soy Andres; no soy Ícaro.
¿Puedo hacer más en rigor
que hacer al mundo notoria
la punible escapatoria
del ingrato desertor?
Hoy mismo impreso verás
en la *Mostaza* el aviso,
y mañana, si es preciso,
en diez periódicos más.
Del mirlo que te embelesa
otra vez el dulce encanto
gozarás pronto..... Entre tanto
te preparo una sorpresa.
Camila. Cuál?
Andres. En el *Circo* esta noche
un nuevo baile se da,
y tengo mandado ya
tomar un palco y un coche.
Camila. Sí, á buena hora! De cierto
ya no hay nada en el despacho.
Andres. Sí. Cuando mandé al muchacho
apénas se habria abierto.
Manuel tiene agilidad.....

ESCENA XV.

CAMILA. D. ANDRES. HIGINIA.

Higinia. Ya está de vuelta Manuel.
Andres. Ah! Con el palco?
Higinia. Sin él.
Camila. ¿No dije.....
Andres. Fatalidad!....
Higinia. Por más que apretó los codos
y sudó gotas de pez,
cuando pudo tomar vez
se habian vendido todos.
Andres. Todos? Hum!.... Lo dificulto.
Ó Manuel está borracho.....
ó yo tengo en el despacho
algun enemigo oculto.
Camila. Calle usted, santo varon!
Sin que á nadie cause espanto
siempre sucede otro tanto
cuando se estrena funcion.
Andres. Como es grande aquel teatro.....
Camila. Cuando un convite interesa
se pide el palco á la empresa
tres dias ántes ó cuatro.
Andres. Sí? No pensé.....
Camila. Cuando inflama
su pecho amor verdadero
eso hace un buen caballero
para agradar á su dama.
Andres. No me dijiste, y lo siento,
que tendrias un placer.....
Camila. El que quiere á una mujer
le adivina el pensamiento.
Andres. ¿Qué quieres! Pensaba yo
que limitabas tu afan
al gorjeo charlatan
del pájaro que emigró.
Camila. Mas si la avecilla esclava
huyó, de su fuga infiero
el extraordinario esmero
con que usted me la guardaba.
Andres. ¡Otra vez el mirlo.....
Camila. Y ciento.
Higinia. (Cuánto me halaga esta riña!)
Andres. Ea pues, no seas niña.
Ya ves mi arrepentimiento.
Camila. De haber dado mi albedrío
tambien me arrepiento yo
al que amante se llamó
y apénas sabe ser tio.
Andres. ¿Y por un mirlo fugaz—
maldita sea su casta!—
he de perder.....
Camila. Basta, basta!
Quiere usted dejarme en paz?
Andres. Oye!....
Camila. ¡Hum... me dará un insulto
si usted.....
Andres. Bien, bien! Se acabó!
Ya me voy.....
[*Entrando en su habitacion.*]
(Lo dicho, ¡yo
tengo un enemigo oculto!)

ESCENA XVI.

CAMILA. HIGINIA.

Higinia. ¿Conque el mirlo se escapó,
y por culpa de tu tio?

Camila. Sí. Ay Dios!....
Higinia. (Metamos cizaña.)
Qué indolencia, qué descuido!
¡Haber dejado volar
el pájaro favorito
de su pupila!
Camila. Y tal vez
de propósito lo hizo.
Higinia. Es muy posible.....
Camila. ¡Y ese hombre
quiere casarse conmigo!
Y yo le amaba!
Higinia. Casarse.....
Lo creo. Gran sacrificio!
Tú no has cumplido veinte años
y él va á cumplir treinta y cinco.
Camila. No; treinta y uno.
Higinia. Es igual.
Y agregando al atractivo
de tu cara el de tu dote.....
Camila. ¿Presumes tú que el mezquino
interes le mueve.....

ESCENA XVII.

CAMILA. HIGINIA. FERMIN.

Fermin. Albricias!
Camila. Qué hay?
Fermin. Ha parecido el mirlo.
Camila. Oh júbilo! ¿Dónde está,
dónde.....
Fermin. Don Luis, el vecino
de en frente, es el portador
y está esperando permiso.....
Camila. Oh, que éntre!

[*Vase Fermin.*]

[*Á Higinia.*]

Pon tú en la jaula
comida..... Qué regocijo!

[*Higinia renueva las provisiones de la jaula.*]

ESCENA XVIII.

CAMILA. HIGINIA. D. LUIS.

Luis. [*Con el mirlo en la mano.*]
Señorita.....
Camila. Caballero.....
Luis. Tengo un placer.....
Camila. [*Tomando apresuradamente el mirlo.*]
Pobrecito!—
Perdone usted.....
Luis. No hay de qué.
Soy sensible y no me admiro.....
(No está el tutor. Lo celebro.)
Camila. Le quiero tanto!....

[*Besándole.*]

Hijo mio!....
Luis. No lo extraño. Es una alhaja.
Camila. Le he criado desde niño.—
Es decir.....
Luis. Sí, desde pollo.
Tambien yo tengo delirio
por los animales.
Camila. Sí?
Higinia. (Oiga!.... El don Luis es ladino.)
Camila. [*Besando otra vez al mirlo.*]
Monísimo!.... Con cañones
me lo trajeron del nido.
Luis. La incuria de algun sirviente
idiota.....
Camila. No; de mi tio.
Luis. Ah!....
Camila. Pero él es un ingrato.
Luis. Su tio de usted?
Camila. El mirlo.
¡Sabiendo que es mi delicia,
aprovechar un descuido
para abandonar la jaula
y volar..... Entra aquí, pícaro!

[*Introduce el pájaro en la jaula y la cierra.*]

Luis. Excúsele usted, amable
vecinita. El fugitivo
echaria algo de ménos
en la jaula: el bosque umbrío,
el suave arrullo del aura,
y tal vez los dulces trinos
de una amorosa consorte.....
de una *mirla*..... El ciego instinto,
sin la luz de la razon
de que Dios merced nos hizo
á los hombres, no es bastante
para que ese animalito
comprenda el sublime precio
de sus venturosos grillos.
Camila. De véras?
Luis. Oh!....
Camila. [*Aparte con Higinia.*]
Es muy galante.
Higinia. Y buen mozo!
Camila. ¿Y cómo ha sido
cogerlo.....
Luis. Le vi volar;
seguí con la vista el giro
que llevaba; lo mandé
buscar; lo busqué yo mismo.....
Camila. (No lo hizo así mi tutor!)
Luis. Mi buena fortuna quiso
que, como no acostumbrado
á poner en ejercicio
sus alas, se introdujese,

ya en la calle del Olivo,
por un balcon. Llamo; cierran
las vidrieras; sudo el quilo
subiendo noventa y siete
escalones..... Cuarto piso!—
Me entregan el desertor,
y cuando ufano y solícito
lo pongo en la bella mano
que da alimento á su pico,
si tan mimado le veo,
no he de envidiarle cautivo?

Camila. Gracias..... Jesus! se habrá usted
cansado..... Siento infinito.....

Luis. Eso no vale.....

Camila. Es favor
que nunca echaré en olvido.

Luis. Oh! no me abochorne usted,
señorita..... Mas si á título
de hallazgo osara pedir
una gracia.....

Camila. Cuál?

Luis. Permiso
para visitar á usted
y dar bizcochos al lindo
prisionero.

Camila. Oh, sí, señor!
Disponga usted á su arbitrio
de esta casa que es muy suya.

Higinia. (Bien va!)

Camila. [*Aparte á Higinia viendo salir á don Andres con sombrero y baston.*]
El tutor! Hombre inicuo!
[*Á D. Luis.*]
Disimule usted.....

ESCENA XIX.

CAMILA. HIGINIA. D. LUIS. D. ANDRES.

Andres. (¿Qué veo!)
[*Se queda parado á la inmediacion de la puerta.*]

Luis. Señorita.....

Camila. Abur, vecino.
[*Entra con Higinia por la puerta de la izquierda más próxima al foro.*]

ESCENA XX.

D. ANDRES. D. LUIS.

Luis. (Dejarme tan de repente!....
[*Viendo á D. Andres.*]
¡Ah..... el tutor.....)

Andres. ¡Caballerito.....

Luis. Muy servidor.....

Andres. (Es don Luis!
¿Qué asunto le habrá traido.....)
¿Puedo saber, caballero,
con qué plausible motivo
ha honrado usted esta casa?

Luis. Sí, señor; es muy sencillo.....
(No le escamemos.) Voló
desde esa ventana un mirlo;
en mi casa se introdujo
atolondrado; lo pillo
y lo traigo.....

Andres. Ah! sí. No habia
mirado..... Allí está el maldito!
Mil gracias, vecino. Usted
me vuelve el alma á su sitio.

Luis. Celebro.....

Andres. ¡Si usted supiera
lo que ese diablo de bicho
me ha hecho sufrir con su fuga!
Es el encanto, es el ídolo
de mi sobrina.

Luis. En efecto;
le acogió con un cariño.....

Andres. Oh! le quiere más que á mí,
que voy á ser su marido.

Luis. Es posible!

Andres. Sí, señor.
Ella misma me lo ha dicho.
Cuando supo la ocurrencia
tanto se irritó conmigo,
que por poco no me araña.

Luis. ¿Cómo!... (Este hombre es un bendito)

Andres. Si no acierta á parecer
el pájaro, soy perdido.

Luis. Cierto?

Andres. Me da calabazas
como dos y tres son cinco.
Ahora espero.....

Luis. Voto á sanes!....
Si yo lo hubiera sabido,
no en su mano, en la de usted
hubiera entregado el bípedo.

Andres. Mil gracias, vecino.

Luis. (Hagamos
del ladron fiel.) Pero admiro,
en verdad, lo extravagante
que es el sexo femenino.
Fuerza es que esa señorita
tenga un carácter muy frívolo
para preferir un pájaro
feo, negruzco y ridículo
á su novio, á un caballero
tan estimable y tan fino
como usted.....

Andres. Favor que usted.....
(Qué amable es este individuo!)
Quiso luégo mi desgracia
que habiendo enviado al Circo
por un palco para el baile
que está anunciado, se vino
sin él mi criado, y ella
que habia ya consentido.....

Luis. (No lo echaré en saco roto.)

Andres. Se puso hecha un basilisco.

Luis. ¿Qué escucho!
Andres. Como llovia
sobre mojado.....
Luis. De oirlo
se me exaspera la bílis.
Miren qué grave delito!
Ah! como tomara usted
el consejo que á mi juicio
le conviene.....
Andres. Qué consejo?
Luis. Mas no soy entrometido,
ni quiero que por mi causa.....
(Si cayera en el garlito!....)
Andres. Por qué no? Dígame usted.....
Luis. Si usted lo exige.....
Andres. Lo exijo.—
Perdone usted; de mal modo
me expliqué. Lo solicito.
Luis. Vamos claros, don Andres;
usted le da mucho mimo.
Andres. Sí, señor. Confieso.....
Luis. Malo!
Con ese halago excesivo
usted fomenta su orgullo.
Andres. Es verdad. (¡Es un prodigio
de talento y de cordura
este jóven!)
Luis. Es preciso
revestirse de carácter
cuando da en esos caprichos.
Andres. Sí tal.
Luis. Y de cuándo en cuándo
enseñarle los colmillos.
Andres. Cierto.
Luis. Al que se hace de miel
se le comen los mosquitos.
Andres. Sin duda. En cada palabra
dice usted un aforismo.
Luis. Ya se ve, usted la querrá.....
Andres. La idolatro.
Luis. Desatino!
Andres. Hombre!.... ¿Cómo se remedia.....
Luis. Pues al ménos no decirlo
con frecuencia; no mostrarse
tan humilde y tan sumiso,
y no abusará.....
Andres. En efecto;
soy tierno, dócil, asiduo,
morigerado.....
Luis. Pobre hombre!
Andres. Algunas veces no asisto
á la oficina por ella;
por quedarme embebecido.....
Luis. Ay! es usted hombre al agua
si no toma otro camino.
Andres. Ya veo.....
Luis. Teson! firmeza!
Rostro fiero al enemigo!
Andres. Oh! yo me haré respetar.....
Luis. Y así por via de estímulo,
algun episodio.....
Andres. Eh?
Luis. Quiero
decir, algun pecadillo.....
¿Usted no le ha dado nunca
celos?
Andres. Yo! nunca.
Luis. Pues libro
nuevo. Que vea la niña,
como dice aquel antiguo
proverbio.....
Andres. Sí, las orejas
al lobo. Pero.....
Luis. No digo
que usted se entregue al escándalo
ni se meta en laberintos
criminales, sino.....
Andres. Entiendo.
Miradas...., gestos...., indicios.....
Qué idea! En mi propia casa
puedo usar de ese artificio.
Luis. Tanto mejor.
Andres. Con nosotros
vive una viuda.....
Luis. Magnífico!
Andres. Le haré la corte.....
Luis. Soberbio!
Es probable que al principio
coja el cielo con las manos
Camila.....
Andres. Oh! si tal consigo,
es prueba de que hace efecto
la píldora.
Luis. Es positivo;
pero blanda como un guante
se pondrá despues, de fijo.
Andres. En fin, probaré, y si el éxito
es contrario.....
Luis. No hay peligro.
Andres. Tal creo.—Pero podrá
sospechar nuestro designio
si sale y nos ve.....
Luis. Prudente
observacion. Me retiro.....
(á proporcionarme un palco
aunque me cueste un sentido.)
Señor don Andres.....
Andres. [*Apretándole la mano.*]
Adios!
Luis. Téngame usted por su amigo.....
Andres. Algo más. Es usted mi ángel
tutelar.
Luis. No; un buen vecino,
no más.
Andres. Esta casa.....
Luis. Gracias.
Ya sabe usted dónde vivo
para todo lo que guste
mandar.....
Andres. [*Acompañándole.*]
Gracias....
Luis. [*Deteniendo á D. Andres.*]
No permito....
Abur! (Á un folletinista
recomendaré ese tipo.)

ESCENA XXI.

D. ANDRES.

Guapo mozo, vive Dios!
Bravo plan!.... Es menester
seguirlo..... Vamos á hacer
muy buenas migas los dos.
Pues ella mueve la riña,
valor y venza quien venza!
¿No es una mala vergüenza
ser juguete de una niña?
Sobrinita caprichuda,
ya que te quejas de vicio.....
¿Qué haria yo, sin perjuicio
de requebrar á la viuda.....
¿Cómo le daré un pesar
grave, de los que hacen mella.....
Ah! me iré al Circo sin ella.
Lunetas no han de faltar.
Allí habrá revendedores.....
¡Cuál será su desconsuelo
cuando lo sepa!.... Hasta el cielo
van á llegar los clamores.
¡Ahí es un grano de anis.....
Sí, voy ahora mismo..... Y luégo
cómo con mucho sosiego
en la fonda de París.
Para remachar el clavo,
no daré ningun aviso;
y ella esperará...., preciso!,
renegará..... Bravo, bravo!
Oh! conmigo no se juega.
De aquí á dos dias ó tres
tengo de verla á mis piés
mansa como una borrega.

[*Vase por la puerta del foro.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

D. ANDRES. FERMIN.

[*Está anocheciendo. Entra D. Andres por la puerta del foro. Fermin le sigue.*]

Fermin. Traigo luces?
Andres. Sí.
Fermin. Y la bata?
Andres. No; no me desnudo ahora.

ESCENA II.

D. ANDRES.

Parece que la sesion
del Congreso se prolonga.
Siento no encontrarme en ella.
Se me olvidó..... con la historia
del mirlo..... La oposicion
trabaja, pero no logra
su objeto. La mayoría,
aunque no muy numerosa,
es compacta, y para el caso
de una improbable derrota,
al Ministerio le queda
el recurso de una próroga,
despues la disolucion
y nueva convocatoria.

ESCENA III.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [*Con luces, que deja sobre la mesa. Una doncella introduce otras luces en la habitacion de la izquierda más próxima al foro, vuelve sin ellas y se retira.*]
Buenas noches.—Querrá usted
comer. Pediré la sopa.
Andres. No, Fermin: es excusado.
He comido ya en la fonda.
Supongo que me estarán
esperando las señoras.
Ve á decirles.....
Fermin. No, señor.
Poco despues de la hora
de costumbre se sentaron
las dos á la mesa.....
Andres. Oiga!
Sin esperarme!....
Fermin. Y ya están
en los postres.
Andres. (Hola, hola!)
Bien: anda con Dios.

ESCENA IV.

D. ANDRES.

Transida
de hambre y en mortal zozobra

pensé encontrarla.—Mi cálculo
salió fallido. Me asombra
su indiferencia. ¿Quién sabe
si se me aguará la boda!....
Pero no; su indiferencia
es aparente, engañosa.
Por orgullo disimula
el pesar que la devora,
pero lo que está comiendo
se le volverá ponzoña.
Despues, yo no extrañaré
que desahogue su cólera
con denuestos..... ó quizá
con lágrimas..... Ah! si llora,
adios mi valor!—Qué digo?
No; firme como una roca
me verá miéntras no esté
seguro de la victoria.
Don Luis habló como un libro,
y yo no puedo hacer cosa
mejor.....

ESCENA V.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [*Dando un pliego á su amo.*]
De don Luis del Canto,
el agente de la Bolsa.
Andres. Dame.

[*Abriendo el pliego.*]

Veamos. Habrá
realizado la compra.

[*Examinando los papeles que contenia el pliego.*]

Quince millones en títulos
del tres por ciento..... ¡Famosa
jugada!—Em..... Á treinta dias
fecha ó voluntad.—La póliza
que yo he de firmar es esta
para resguardo..... Aquí consta
el nombre del vendedor:
«Don Pascasio Calahorra.»—
No sé quién es, pero basta
que el fiel agente responda.....
Firmo.

[*Lo hace.*]

Fermin. ¿Manda usted...
Andres. Sí; espera.

[*Dando otra ojeada al papel que acaba de firmar, y haciendo despues lo que indican los versos.*]

Todo está en debida forma.
Ahora una cubierta..... Bien.—
Ahora una oblea de goma.....
El sobre.—«Á don Luis del Canto
et cætera, en mano propia.»—
Perfectamente.

[*Á Fermin.*]

Esta carta
á quien dice el sobre. Toma.

ESCENA VI.

D. ANDRES.

Pongo ahora á buen recaudo
el documento que otorga
el vendedor y la carta
de don Luis.

[*Mete en un cajon de la mesa los papeles, lo cierra y guarda la llave.*]

Bravo! Esto dobla
mis fondos. Segun informes
fidedignos, las reformas
de Hacienda probablemente
verán la luz en la próxima
semana, y es de esperar
una subida y no floja
en los treses. Supongamos,
para hacer cuenta redonda,
que suben un tres por ciento;
gano de una mano á otra
lo ménos veinte mil duros.
Pues ¡ahí es una bicoca!—
Veinte y veinte son cuarenta;
otro tanto de la novia;
mi sueldo además...., y luégo,
si la fortuna me sopla.....
Con ménos empezó *Róstchild*
y hoy es el amo de Europa.

ESCENA VII.

D. ANDRES. HIGINIA.

Higinia. Ah, ya estaba usted aquí!
Andres. Cierto. Ha poco que he llegado.....
Higinia. Ya estaba yo con cuidado.....
Andres. Calle usted! De véras?
Higinia. Sí.
Andres. Mal con eso se concilia,
señora, el comer de priesa
no sentándose á la mesa
el jefe de la familia.
Higinia. Crea usted que yo no tuve
la culpa. Mandó Camila.....
Andres. Sí; tufos de mi pupila.
Áun no se pasó la nube.
Enfurecida, hecha una ascua.....

Higinia. Al contrario, como ya
pareció el pájaro, está
contenta como una pascua.
Andres. No, amiga, no está en su centro
todavía, y aunque afecta
una alegría perfecta,
la procesion va por dentro.
Quejosa de mi desden
y frustrado su deseo
de asistir al coliseo.....
Qué tal ha comido?
Higinia. Bien.
Se puso un plato de arroz
tremendo, y luégo hasta el fin.....
Andres. Sí; á muchos les da el esplin
por comer de un modo atroz.
Higinia. Ella devoraba.....
Andres. Pues,
con ira, con despotismo.....
Como quien dice: lo mismo
haria con don Andres.—
Qué hace ahora?
Higinia. En un sillon
se embutió despues al lado
de la lumbre..... y se ha quedado
dormida como un liron.
Andres. Dormida!
Higinia. Con sueño blando;
y á no injuriar á mi sexo
con un lenguaje..... inconexo,
diria que está roncando.
Andres. Dormir! roncar! qué insolencia!
Ya me falta el sufrimiento.
¿Ese es todo el sentimiento
que le ha causado mi ausencia?
¡Vuela un pajarraco inmundo,
y se aflige y desfallece,
y segun grita parece
que se va á acabar el mundo!
¡Falto yo, tio y galan,
y en vez de llorar por dos
come sin temor de Dios
y duerme como un gañan!
Higinia. Tontuela! (¿Á ver si le birlo
el novio?) Poco chirúmen!
¿Conque para ella, en resúmen,
vale usted ménos que un mirlo?
Andres. ¿Así, justo Dios, se infringe
la ley...., la fe..... (Mas ¡qué necio!
Aparente es su desprecio.
Ella no duerme: lo finge.)
Higinia. ¡Eso hace con un amante
que como á Dios en el templo
la adoraba! ¡No hay ejemplo
de ingratitud semejante!
Andres. Mucho estimo el interes
que se toma usted por mí.
Si nace del alma.....
Higinia. Ah! sí.
Andres. Gracias.
Higinia. Pobre don Andres!
Andres. Higinia!
Higinia. ¡Tengo ya un odio
á ella y al mirlo.....
Andres. Señora.....
(No vendria mal ahora
aquello del episodio.)
Higinia. Qué decia usted?
Andres. (Es linda.
Le diré dos chicoleos.)
Decia que..... (Á mis deseos
casi ella propia se brinda.)
Esa necia criatura
más orgullosa que bella
piensa que sólo está en ella
vinculada la hermosura;
y más de dos, más de tres
la eclipsan con sus reflejos.
Higinia. Quizá.....
Andres. Usted, sin ir más léjos.
Higinia. Bah! yo.....
Andres. Como soy Andres.
Higinia. No está su juicio en sazon
para abrazar un estado
tan... Y oiga usted..., no ha pasado
todavía el sarampion.
Andres. ¡Qué escucho!
Higinia. No la denigro
por eso, pero es la pura
verdad.....
Andres. Conque su hermosura
¿no está libre de peligro?
(Qué taimada es la viudita!)
Higinia. Mujer de juicio, hacendosa,
tierna madre y fiel esposa
es lo que usted necesita.
Se arriesga á un triste renombre
quien se casa como un niño
con quien parte su cariño
entre un pájaro y un hombre,
porque mañana.....
Andres. Entendido:
á la primera ocasion
hará igual distribucion
entre un galan y un marido.
(No es absurdo ese presagio
aunque el interes lo inspira.)
Higinia. Ántes que te cases mira
lo que haces, dice el adagio.
Andres. No; ya despide á Camila
mi corazon con enfado.—
Mas si un huésped lo ha dejado....,
ay! otro huésped lo alquila.
Higinia. Y ¿quién es el inquilino.....
Andres. Una viudita muy chusca
que lo inflama y lo chamusca
con sus ojos.
Higinia. No adivino.....
Andres. No adivina usted? Sofisma!
Sin que más señas le den,
usted misma sabe bien
que la viuda es usted misma.
Higinia. No diga usted tal locura
si no quiere que zozobre
mi razon..... ¡Yo, viuda y pobre,
reemplazar á esa hermosura!

Andres. Lo juro por mi salud. —
Ahora, si usted me desprecia.....
Higinia. No, por cierto. (Soy yo necia?)
Sería una ingratitud.—
Ni crea usted que hoy comienza
á arder mi pecho en amor
por..... usted..... Pero..... el pudor
de mi sexo...., la vergüenza.....
Andres. (Aun se hace la mojigata!)
Eso la honra á usted sin duda;
mas ¡qué diablo! viudo y viuda.....
Higinia. No presumo de beata;
mas ántes que en el altar
nos una el párroco, yo
no sufriré.....
Andres. (¡Ya enseñó
la horca ántes que el lugar!)
Castos son mis fines.
Higinia. Sí?
Andres. Fuera de las nupcias, nada.
(Si me han de dar cencerrada
no me la darán por ti.)
Higinia. Crea usted que..... mi deseo.....
Andres. Ya entre nosotros es ripio
el usted. Demos principio,
Higinia, al dulce tuteo.
Higinia. Pero ¿es amor, ó venganza
lo que dicta esos acentos?
Andres. No; bebo por ti los vientos.
Higinia. Sentiria que una chanza.....
Andres. Chanza? Ni Pablo á Virginia,
ni á Daría quiso tanto
aquel bendito Crisanto
como yo te quiero, Higinia.
Higinia. Sea muy en hora buena.
Tambien mi fe te idolatra
más que á Antonio Cleopatra
y más que á Páris Elena.
Andres. Permíteme, si no en vano
me juras amor eterno,
que imprima un ósculo tierno
en esa cándida mano.

Higinia. [*Dándole la mano.*]
Vaya.

Andres. [*Besándola con entusiasmo.*]
El gozo me aniquila.
Higinia. ¡Basta.....
Andres. Oh! no seas avara.....
(¡Qué triunfo si ahora asomara
por un lado mi pupila!)
Higinia adorada!
Higinia. Andres!
Andres. (Ella viene. Oigo su voz.....
Voy á darle un trago atroz.)
Higinia. Me amas?
Andres. Lo juro á tus piés.....
[*Se arrodilla.*]
Higinia. ¡Alce usted.....
Andres. [*Asido de la mano de Higinia.*]
No, prenda amada.
Higinia. Pero....
[*Asoma por el foro Camila.*]
Andres. Ah, no! (Ya la estoy viendo.)
Camila. [*Con risa estrepitosa.*]
Ja, ja, ja..... Bravo! estupendo!
Higinia. [*Desviándose.*]
Camila!
Andres. [*Admirado y levantándose.*]
(Una carcajada!)

ESCENA VIII.

D. ANDRES. HIGINIA. CAMILA.

Higinia. [*Turbada.*]
Yo.....
Camila. Qué escena tan graciosa!
Andres. (Me anonada su frescura.)
Yo..... Cuando.....
Camila. Que se repita!
Higinia. No me eches á mí la culpa.....
Camila. Ni á él ni á ti.
Andres. (Cuando debiera
ponerse como una furia....)
Camila!....
Camila. No soy tan boba
como ustedes se figuran.
Se han puesto ustedes de acuerdo
para esta broma.....
Andres. (¡Me gusta
la salida!)
Higinia. No tal. Yo.....
Camila. No? Entónces de quien se burla
es de ti.
Higinia. De mí? No creo
que tuviese esa segunda
intencion.....
[*Aparte con D. Andres.*]
Pero hable usted!
Andres. No es ocasion oportuna.
Luégo.....
Camila. Picado mi tio
de la cólera, harto justa,
con que le hablé esta mañana.....
Andres. Quién? Yo picarme!....
Camila. Sí. Busca
tres piés al gato.
Andres. Sobrina!
Camila. Y por vengarse, sin duda,
y acaso por darme celos,
forjó.....
Andres. (Esta muchacha es bruja!)
Camila. Eh?
Andres. Nada.
Camila. Forjó esa farsa

inverosímil y absurda.
Higinia. Absurda? Pues.....
Camila. Sí.
Andres. (Está visto.
Aquí hay una mano oculta.....)
Camila. Pero aunque haya ponderado
de su corazon la angustia
prodigándote amoroso
más flores que riega el Turia,
no le dés crédito, Higinia.
Todo es mentira, impostura;
que á mí, sólo á mí me quiere.
No es verdad, tio?
Andres. Esa es mucha
presuncion. (Si ahora me rindo,
para siempre me sojuzga.)
Yo no puedo estar prendado
de una monuela que abusa
de mi bondad, y obstinada
en su irracional locura,
prodiga á un mirlo requiebros
y á mí me abrasa con pullas.
Camila. Le oyes? Pues me quiere más
cuanto más lo disimula.
Andres. [*Irritado.*]
Dale! No hay tal: al contrario,
te aborrezco; me repugnas.
Camila. Bah!.... Sobre que no lo creo!
Andres. ¡Me hará coger con las uñas
el techo!.... ¿Soy yo tan simple,
tan baboso, tan recluta,
que bese humilde la mano
de quien me ofende y me insulta,
y no me espera á comer.....
Camila. Calle! Porque usted se atufa
sin motivo.....
Andres. Sin motivo!
Camila. Y se va á correr la tuna.....
Andres. Eh?
Camila. Y come fuera y no avisa,
he de estarme yo en ayunas?
Andres. Yo no tengo que dar cuentas
á nadie de mi conducta.
Oiga!.... Y á usted, mucho ménos.
Ni puede aprobar la curia
que una sobrina rebelde
eche á su tio pelucas.
Camila No á título de sobrina,
que como tal soy muy súbdita
de usted, pero me parece
que...., en calidad de futura,
pudiera estar resentida
del enojo, de la fuga,
y sobre todo de aquella
genuflexion.....
Andres. (Bien! Ya punzan
los celos.)
Camila. Y en mi derecho
estaria, sin disputa,
si obligase....; no á mi tio,
sino al novio que me jura
eterno amor, á que elija
entre la moza y la viuda.
Higinia. (Calla tú, Higinia, y espera,
que es peligrosa la lucha.)
Andres. (Oh gozo!....) No negaré
que..... quizá en algo se fundan
tus celos.....
Camila. Yo celos!
Andres. Sí,
por aquella escena muda.....
Camila. [*Riéndose.*]
Ja, ja..... Cosa más grotesca!
Andres. Vuelta á la risa importuna!
Camila. Ja, ja, ja.....
Andres. ¡Mira que ya
la paciencia se me apura!
Camila. Si no puedo remediarlo!
Andres. (Mas si ahora trueno, ella triunfa.
No, no; finjamos como ella.)
[*Con risa forzada.*]
Ja, ja..... Bien! Siga la chunga.
Camila. [*Sin poder reprimir la risa.*]
Ja, ja.....
Andres. Sí, ja, ja..... Veremos
quién se rie con más bulla.
Ja, ja, ja..... Tanto me importa
que rias como que gruñas.
Me voy al teatro, y pienso
divertirme como nunca.
Camila. Al teatro!.....
Andres. Ja, ja..... Al Circo!
Camila. (Cielos!)
Andres. [*Mostrando á Camila un billete de teatro.*]
Ves? Fila segunda.
Ja, ja..... Seis duros me cuesta,
pero ¿qué importa una suma
tan pequeña comparada
con el placer que resulta
de ver estrenar un baile
que con tal pompa se anuncia?
Ja, ja..... Tú lo gozarás.....
por escrito, en las columnas
de algun periódico.—Adios!
Para templar tu amargura
ahí te queda el dulce mirlo.....
(Qué lástima de garduña!)
Camila. (Hombre indigno!....)
Andres. (Ya no rie.....
Buen presagio! Ahora á la viuda
un piropo....)
[*Á Higinia con mucho halago.*]
Adios, hermosa.
[*Mira un momento á Camila y finge una risotada.*]
(La dejo con calentura.)

ESCENA IX.

CAMILA. HIGINIA.

Camila. ¿Hay ultraje más cruel,
Higinia? Tratarme así!
¡No hubo palco para mí,
y hay luneta para él!
Higinia. Con sentimiento lo digo,
Camila; pero ya ves
que está el señor don Andres
resuelto á romper contigo.
Con amoroso trasporte
me habló; mostré desagrado.....
Ni por esas! ¡Empeñado
en que ha de ser mi consorte!
Aunque á ninguna mujer
le pesa de ser querida,
te aseguro por mi vida
que afeo su proceder.
Para agravios de esa especie
no hay perdon, y me da pena.....
Camila. ¡Que me agravie en hora buena,
pero que no me desprecie!
Higinia. Con reiterados desvíos
defendí tus intereses....;
mas..... si tú no le quisieses....,
miraria por los mios.
Camila. [*Sin oir á Higinia.*]
¡Herir así el inhumano
mi amor propio!
Higinia. Yo, infeliz,
puedo doblar la cerviz,
mas tú no debes.....
Camila. Villano!
Higinia. Sí, eso ya pasa de chanza.
Camila. Al Circo!
Higinia. Segunda fila!
Camila. ¿Tan poco vale Camila
que no teme su venganza?
Higinia. Yo no daria mi brazo
á torcer. Cuando volviera,
echándola de tronera,
ya tendria aquí el reemplazo.
Hermosa, rica.....
Camila. Dios mio!
Higinia. ¡Bueno fuera por mi vida
que te vieses reducida
á casarte..... con tu tio!
¿A quién de tu dulce labio
no haria dichoso un sí?
Camila. Pero entre tanto, ay de mí!
él se divierte y yo rabio.
Higinia. Ahora recuerdo al vecino,
reverso de don Andres;
tan amable, tan cortés.....
Camila. Sí, es un muchacho muy fino.....
Higinia. Él no te ajaria así
con humillantes sonrojos.....
Y si no mienten sus ojos
está penando por ti.
Y qué gentil! Más de cuatro
se alegrarian.....
Camila. Concedo.
Don Luis..... Pero ¡yo no puedo
pensar más que en el teatro!
¡Estará tan satisfecho
don Andres de su venganza,
gozando más que en la danza
en mi llanto y mi despecho!—
No! Vamos al Circo, Higinia.
¡Me verá.....
Higinia. En este momento
¿cómo.....
Camila. Si no hay otro asiento
iremos á la *ignominia* (*).

ESCENA X.

CAMILA. HIGINIA. D. LUIS.

Luis. [*Á la puerta.*]
¿Dan ustedes su permiso.....
Camila. Ah!.. Me hace usted mucho honor,
señor don Luis.....
[*Se adelanta D. Luis.*]
Higinia. Caballero.....
(Llega á muy buena ocasion.)
Luis. No está el señor don Andres?
Higinia. No.
Luis. (Ya lo sabía yo.)
Parecerá intempestiva
mi visita.....
Camila. No, señor.
Usted puede á todas horas
honrar esta casa.
Luis. Doy
á usted mil gracias, y espero
que me otorgue su perdon
por atreverme á ofrecerle,
como humilde servidor
y vecino suyo,
[*Mostrando un billete de teatro.*]
un palco
para el Circo.
Camila. (Oh justo Dios!....)
Es para esta noche?
Luis. Sí.
Como es nueva la funcion
y en tales dias no es fácil.....
Camila. Gracias por tanto favor.
Luis. Muchos pasos me ha costado
conseguirlo; mas si soy
tan feliz, que usted se digne
de aceptar mi pobre don.....
Camila. Con mucho gusto.
Luis. Ah...., Camila!....

(*) Han dado en llamar así á los asientos de galería del teatro del Circo, por ser los más baratos.

Camila. (Se va á quemar mi tutor!)
Luis. Cómodamente en el palco
estarán ustedes dos.....
y don Andres.
Camila. ¿Quién le busca
á estas horas? (¡Qué leccion
voy á darle!) Pero usted,
despues que nos convidó,
¿no verá el baile.....
Luis. Si ustedes
permiten que..... en un rincon.....
Camila. En un rincon!.... Nada de eso.
Entre nosotras.
Higinia. (¡Estoy
en mis glorias!) No será
el vecino tan huron
que desdeñe nuestro lado.
Camila. Un caballero español
no es dable que hasta ese punto
olvide su obligacion.
Luis. Si incurriera en esa falta
me excusaria el temor.....
Camila. De qué?
Luis. De desagradar
á ustedes. Como hasta hoy
no he tenido la fortuna
de tratarlas.....
Higinia. (Socarron!)
Luis. Y me proponen suplir
á don Andres.....
Camila. Por qué no?—
Pero si usted lo rehusa.....
Luis. ¿Rehusar! Ah! mi mayor
gloria sería el suplirle
en todo.
Camila. No, no, por Dios!
Luis. Por qué?
Camila. No sea usted tio,
que se volverá feroz.
Luis. ¿Qué escucho! Pues...
Camila. Se hace tarde...

[*Mirando el reloj que lleva consigo.*]

Son las ocho en mi reloj.
Luis. Hay tiempo..... En cuatro minutos
nos conducirá veloz
al Circo la carretela
que he traido á prevencion.
Camila. [*Á Higinia en voz baja.*]
Eso más! Oh qué galante!—
Gracias.....
Luis. No envidiaba yo
en el señor don Andres
lo tio ni lo tutor.
Camila. Pues ¿qué?
Luis. El lugar que le ha dado
Camila en su corazon.
Camila. Quizá.....—Disimule usted;
tengo que ir al tocador.....
Otro traje.....
Luis. Es excusado.
Bella va usted como el sol
con ese.
Camila. Qué lisonjero!
¡Si es tan sencillo.....
Luis. Mejor.
No es el suntuoso jardin
ni el cincelado jarron,
sino su gala nativa
lo que hace linda á la flor.
Camila. Otra lisonja!
Luis. No tal.
El alma.....
Camila. Iré..... *sans façon;*
pero necesito al ménos
un chal, unos guantes..... Voy.....
Vamos, Higinia. Un instante.....
Luis. Señorita.....
Higinia. [*Entrando con Camila en el cuarto de la izquierda inmediato al foro.*]
(La flechó!)

ESCENA XI.

D. LUIS.

Bendigo mi buena estrella.
Con viento en popa navego.
Si ahora es tan amable, luégo
que hable tres horas con ella.....
Si es venturoso mi amor
como á esperarlo me atrevo,
á su mirlo se lo debo....,
y tal vez á su tutor.
Todo lo que observo aquí
me persuade y me penetra
de que usó al pié de la letra
el consejo que le di.
Con clara y sentida voz
me dijo el ídolo mio:
«por Dios! no sea usted tio,
que se volverá feroz.»
Sus mal reprimidas quejas,
si no las comprendo mal,
me prueban que mi rival
se apeó por las orejas.
No me parece muy ducho
cuando ha caido en la red.....
Ya salen.

ESCENA XII.

CAMILA. HIGINIA. D. LUIS.

[*Camila é Higinia salen con chales y poniéndose los guantes.*]

Camila. No dirá usted,
don Luis, que he tardado mucho.

Luis. Al contrario.....
Camila. Vamos?
Luis. Sí.
(Cuando su tutor inepto
lo sepa.....) El brazo.....
Camila. [*Tomándolo.*] Sí, acepto.
Luis. Otro queda.....
Higinia. [*Tomando el otro brazo de D. Luis.*]
Para mí.
Camila. (Me vengaré. Qué delicia!)
Luis. (Oh ventura!)
Higinia. (Bueno va!)
Camila. Ay! el mirlo..... Me iba ya
sin hacerle una caricia.

[*Soltando el brazo de D. Luis y corriendo adonde está la jaula.*]

Permita usted.....

[*Hace fiestas al mirlo.*]

Luis. [*Imitando á Camila.*]
Yo tambien.....
Higinia. (Bobada!....)
Camila. Mono!
Luis. Monito!
Camila. Chiquito!
Luis. Chicorrotito!
Camila. [*Volviendo á tomar el brazo de don Luis.*]
Bendito seas!
Luis. Amén!

[*Vanse los tres por la puerta del foro.*]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

FERMIN.

[*Aparece dormido junto á la mesa con un periódico en la mano. Le despierta un fuerte campanillazo que suena al alzarse el telon, y se levanta azorado dejando el periódico sobre la mesa.*]

Qué es esto?... Ah! la campanilla.
Será el amo..... Voy corriendo,
que segun trazas no viene
de buen humor..... Ya han abierto.

ESCENA II.

FERMIN. D. ANDRES.

Andres. [*Tirando el sombrero al entrar.*]
Maldicion!....
Fermin. [*Recogiendo el sombrero y poniéndolo sobre una silla.*]
¡Señor....
Andres. [*Sin atender á Fermin.*]
¿Hay hombre
bajo la capa del cielo
más desgraciado que yo?
Fermin. Viene usted malo?
Andres. [*Paseándose con mucha agitacion.*]
El infierno
se conjura contra mí.
Fermin. Perdone usted si me atrevo
á preguntarle..... (No me oye.)
Andres. ¡Por vida del firmamento
azul.....
Fermin. Señor!.... (Está loco?)
Andres. Tantos reveses á un tiempo!
Fermin. ¿Quiere usted.....
Andres. [*Contestando á Fermin.*]
Quiero morirme.—
Quiero matarme!
Fermin. (Esto es hecho!)
Señor!....
Andres. Dame una pistola.
Me voy á saltar los sesos!
Fermin. Eso no; que mi lealtad
sabrá impedirlo. Primero
me hará usted trizas.....
Andres. Fermin!....
En dia aciago y funesto
nació tu amo.
Fermin. Me hace usted
temblar...
Andres. Qué noche! Ah! no puedo,
no puedo más.

[*Se deja caer abatido en la butaca.*]

Fermin. Será fuerza,
si usted se siente indispuesto,
llamar.....
Andres. Dale! No estoy malo.—
Es decir, sano está el cuerpo,
pero el alma.....
Fermin. Si hay salud,
lo demas importa un bledo.
Andres. Un bledo?
Fermin. Yo....
Andres. Un bledo has dicho?

Sabes lo que estoy sufriendo?
Fermin. Yo ¿de dónde.....
Andres. Hay quien se arroja
al Canal por mucho ménos.
Fermin. Ah, señor! Usted me aflige.....
Andres. Tú eres fiel..... Así lo creo.
Fermin. Me haria usted un agravio
si dudase.....
Andres. Escucha. Quiero
referirte mis pesares
para asombrarte con ellos.
Por razones que es inútil
explicar, muy satisfecho
entré en el Circo esta noche.
El teatro estaba lleno....,
y es natural: los carteles
anunciaban baile nuevo.
Gozaba yo anticipado
el placer de tan soberbio
espectáculo; mas pronto
se me arrugó el entrecejo
al oir la infausta nueva
que rápida como el viento
circuló de boca en boca.
¡Ha fulminado el Congreso
de Diputados un voto
de censura al Ministerio!
Fermin. Pero eso ¿qué importa.....
Andres. Bárbaro!
Y mi destino? y mi sueldo?
Pues ¿no ves que si se cambia
el personal del Gobierno
me expongo á quedar cesante?
Y áun si no fuera más que eso!....
Pero la Bolsa..... Si baja
la renta del tres por ciento,
cuéntame con los difuntos!
Fermin. Señor!....
Andres. Me arruino, me pierdo!—
Pero no paran aquí
mis infortunios horrendos.—
Dije yo entre mí: la Reina
puede fallar ese pleito
en favor del Gabinete,
usando de su derecho,
y para esperarlo así
no me faltan fundamentos.
Esta y otras reflexiones
tranquilizaron mi pecho
por de pronto, y paseando
con rostro afable y sereno
mis ojos..... Mis ojos, no;
mis miradas.....
Fermin. Ya lo entiendo.
Andres. De la *ignominia* á los palcos,
de la luneta al proscenio,
veo en un palco..... Oh sorpresa!
oh furor!....
Fermin. (Ya vuelve aquello.)
Andres. Á mi sobrina, á mi aleve
sobrina..... Rayos y truenos!....
Á la que yo imaginaba
sumergida en llanto acerbo,
desesperada..... La viuda
estaba en el lado opuesto,
y en medio se arrellanaba
un elegante mancebo.....
El vecinito de enfrente!
el del mirlo!.... ¡mi secreto
enemigo! Sí, sí, él es,
él es! Ya está descubierto
el duende. Él tiene la culpa
de todos mis contratiempos
y azares...., incluso el voto
de censura. Hombre perverso!
¡Con qué fe, con qué candor
le confié mis secretos!
¡Cómo supo revestirse
el socarron embustero
de la máscara de amigo!
Y cuando aleves consejos
me daba, con la intencion
de un novillo jarameño,
¡pensé yo que los dictaba
el oráculo de Délfos!
Fermin. ¿Conque es decir que el vecino.....
Andres. Es mi rival.
Fermin. ¿Y usted mesmo.....
Andres. Le he dado armas contra mí.
Fermin. ¡Fíese usted ni del cuello
de su camisa! Ya puede
servirle á usted de escarmiento.—
Bien dice el proverbio: en boca
cerrada no entran.....
Andres. Mastuerzo!
cuando estoy para colgarme
¿me vienes tú con proverbios?
Fermin. No se enfade usted. Lo digo
con buena.....
Andres. Lo estaba viendo
y áun lo dudaba, Fermin.
No dando á mis ojos crédito
suplico á un colateral
que me preste los gemelos;
los gradúo, los enfilo
al palco..... Horror! Eran ellos!
Y qué animado coloquio!
y qué miradas de fuego!
¡y cómo se relamia
aquel fatuo..... Ira del cielo!....
Tentado estuve, Fermin,
por subir y de un boleo
tirarle al patio.—No lo hice
por no alborotar el pueblo.—
Por otra parte, la culpa
era mia, lo confieso.
Camila estaba irritada
con razon. Yo le di celos.
Instigado por don Luis
dije á la viuda requiebros;
me vió Camila á sus piés.....
Este punzador recuerdo
mitigaba mi coraje;
pero tomaba incremento
cuando miraba á la inicua
pareja.—Turbado, inquieto,

azogado, me subia,
me bajaba del asiento,
fastidiando á todo el mundo
mis contorsiones, mis gestos
de energúmeno..... Por más
que hacía heroicos esfuerzos
para buscar en lá escena
distraccion á mis tormentos,
no podia conseguirlo:
todo me causaba tedio;
los violines de la orquesta
me parecian cencerros;
la pantomima, estrambótica;
las figurantas, escuerzos.....
¡Á mí que tengo delirio
por el baile!.... En fin, temiendo
que por loco me mandase
la autoridad á un encierro,
sin acabar la funcion
me salgo del coliseo;
ántes de llegar á casa
en diez esquinas tropiezo....,
¡y aquí me tienes, Fermin,
atacado de los nervios,
mohino, desesperado
y ménos vivo que muerto!

Fermin. No me afligiria yo,
si estuviera en el pellejo
de usted, por tan poca cosa.

Andres. Poca cosa!

Fermin. Sí por cierto.
Mujeres hay por castigo.
Si una cerdea, otra al puesto.
Este es mi sistema.

Andres. Ya,
porque tú eres un madero
que ni sientes, ni comparas,
ni raciocinas.

Fermin. Convengo;
mas tambien así me ahorro
disgustos, y cómo y duermo.....

Andres. Como un bruto.

Fermin. En hora buena:
no hemos de reñir por eso.—
Pero—qué diantre!—la viuda
es bocado.....

Andres. La detesto.

Fermin. Dijo..... nones?

Andres. Al contrario,
aceptó mi galanteo.

Fermin. Toma! y porque dijo amén
¿usted la mira con ceño?
¿Qué haria usted si le hubiese
arañado?

Andres. Majadero,
así me hubiera excusado
el justo resentimiento
de mi pupila. ¡Por ella
me veo como me veo!

Fermin. Pero me parece á mí,
señor, que...., salvo el respeto
debido, esos..... calendarios
no son de ningun provecho;
porque, vamos, ó la cosa
tiene, ó no tiene remedio,
pues! Si lo tiene, al avío;
si no lo tiene, *laus Deo!*

Andres. Bravo! Todo eso discurres?

Fermin. Daré una en el clavo y ciento
en la herradura, es verdad;
pero ¿he de atizar el fuego
en vez de..... Vamos, señor,
no se me eche usted tan presto
en el surco. Es menester
echar afuera ese negro
humor, distraerse un poco.....

Andres. Cómo?....

Fermin. Qué sé yo?.... Leyendo...
La *Mostaza* de esta noche
fuma en pipa. Está soberbio
el artículo de fondo.
Yo me he chupado los dedos.....

Andres. ¿Qué me importa.....

Fermin. [*Tomando el periódico que dejó sobre la mesa.*]
Ah! el papelito
que usted me dió viene impreso.....

Andres. [*Levantándose y sin hacer caso de Fermin.*]
¡Ingrata, infiel.....

Fermin. [*Dando á su amo el periódico.*]
Aquí está.....

[*Don Andres da un manotazo al papel; Fermin lo recoge del suelo y vuelve á ponerlo sobre la mesa.*]

Andres. ¡Con mil diablos y el portero,
déjame en paz! La *Mostaza!*
Harta tengo yo en el cuerpo.

[*Suena dentro una campanilla.*]

Han llamado..... Serán ellas.....
Anda á abrir...

Fermin. Voy...

[*Desde el foro.*]

Ya lo ha hecho
Juana.

Andres. Con ellas vendrá
el vecinito.....

[*Observando desde el foro.*]

Sí. Pérfido!
malvado!.... ¡Voto á.....

Fermin. [*Conteniéndole.*] Señor!....

Andres. Si osa entrar aquí, le estrello.

Fermin. No, señor: ya se despide
desde la puerta.

Andres. Me alegro.—
Déjame solo con ellas.

Fermin. ¡Por Dios...

Andres. Sudo... rabio... y tiemblo.

ESCENA III.

D. ANDRES. CAMILA. HIGINIA.

Camila. Felices noches.
Andres. Amén.
Camila. Venimos del Circo.....
Andres. Sí;
ya sé que has estado allí,
mas ¿con permiso de quién?
Camila. No es tanto crímen el mio.....
Como sobrina obediente
debo seguir puntualmente
el ejemplo de mi tio.
Andres. Mi ejemplo y mi voluntad
no son una cosa misma.
(Tanto descaro me abisma.)
Higinia. (Aquí va á haber tempestad.)
Andres. Hum!.... ¡La niña se me sube
á las barbas!
Camila. Pero.....
Andres. Sí!
Higinia. (Mejor es irme de aquí
hasta que pase la nube.)
Camila. Yo me hubiera estado queda
si usted no hubiera hecho alarde...
Andres. De qué?
Higinia. (Nada temo. Es tarde
para que ella retroceda.)

ESCENA IV.

CAMILA. D. ANDRES.

Andres. Habla! De qué?
Camila. Del desprecio
injusto con que me mira.
Andres. Pero tú..... Bramo de ira!
Camila. Por Dios, no hable usted tan recio!—
Comer fuera sin decirlo!
Andres. ¡Comer, y comer sin tasa
no estando tu tio en casa!....
Mas ¿qué importa? Estaba el mirlo!
Camila. ¡Dejándome sola aquí
irse al Circo..... Accion indigna!
¡Y con chacota maligna
hacer escarnio de mí!
Andres. Pero yo fuí solo, y tú,
sin temor al qué dirán,
llevaste, ingrata, un galan.....
Confúndale Belcebú!
Camila. Ese galan.....
Andres. Linda maula!
Camila. Buscó, sin ser nada mio,
el pájaro que mi tio
dejó escapar de la jaula,
y agradecer fué preciso
que me trajera despues
el palco que don Andres
no supo hallar..... ó no quiso.
Él, en fin, por serme grato
se afana fino y atento,
miéntras en darme tormento
usted pone su conato.
Andres. ¿Y qué me dirás si yo
confieso de buena fe
que pequé, pero pequé
porque él me lo aconsejó?
Camila. ¿Qué sé yo..... Que hizo usted mal,
y que en amor.....
Andres. (Suerte perra!)
Camila. Es ardid de buena guerra
engañar á su rival.
Andres. Yo ignoraba..... Hombre ladino!....
Camila. Mas para dar en su red
¿qué pruebas tenía usted
de la amistad del vecino?
Andres. Bien pago mi error grosero.
¡La noche que yo he pasado
se la doy al más pintado!
Camila. Lo siento en el alma, pero.....
Andres. Vamos, niña, es menester
que me devuelvas tu amor.....
Camila. De sobrina, sí, señor;
de novia, no puede ser.
Andres. ¡Por don Luis..... ¡Víbora impía
que yo abrigaba en mi seno!
Camila. Él supo ganar terreno
miéntras usted lo perdia.
Andres. No puede quererte, no,
ese fatuo chichisveo
como yo.....
Camila. Más!
Andres. No lo creo.
Camila. Basta que lo crea yo.
Andres. Ah cruel! Con flecha aguda
me hieres.....
Camila. Ya lo contemplo;
pero usted me dió el ejemplo
galanteando á la viuda.
Andres. ¿Qué viuda ni qué demonio.....
¿Haria yo el desatino
de.....
Camila. En fin, ya he dado al vecino
palabra de matrimonio.
Andres. No se hará—pesia mi abuela!—
esa boda que me irrita.
¿Olvida usted, señorita,
que está bajo mi tutela?
Camila. Yo sentiré que cruel
nos niegue usted su permiso,
pues será entónces preciso
que nos casemos sin él.
Andres. Miren la niña novicia!
La del mirlo!
Camila. Yo.....
Andres. Qué andacia!
Camila. Si usted me niega su gracia
las leyes me harán justicia.—
Mas creo que no habrá lid,
pues cuando usted reflexione
que su terquedad le expone
á ser mofa de Madrid.....

Andres. ¿Conque, en fin, mi ruego es vano,
y mis protestas, y mis.....
Camila. Mañana vendrá don Luis
á pedir á usted mi mano.

ESCENA V.

D. ANDRES.

¿Hay hombre más desdichado
bajo ese cielo turquí?
Quisiera yo ser ahora
un..... Heródes, un Caín.....

[*Pasea agitado y gesticula como un loco.*]

ESCENA VI.

D. ANDRES. HIGINIA.

Higinia. (Solo ha quedado y deduzco
de su agitacion febril
que le ha desahuciado ya
la pupila.)
Andres. Ay infeliz!
Higinia. Qué tiene usted?....
Andres. [*Sorprendido.*] ¿Quién...
Higinia. Soy yo...
Andres. (Bien! La viuda para fin
de fiesta.....)
Higinia. ¿Se siente usted
indispuesto?
Andres. No sé..... Sí.
Higinia. Oh, Dios mio! Algun catarro.....
Coceremos regaliz.....
Andres. Es inútil.....
Higinia. Ó los nervios
tal vez..... El aire sutil
de esta noche..... Un pomo de éter
aplicado á la nariz.....
Andres. Pára qué? Yo.....
Higinia. Un baño tibio.....
Andres. ¡Señora..... Estoy bien así.
Higinia. Padeciendo?
Andres. Sí, rabiando.
Higinia. Ah! ya comprendo: el esplin.....
No me admiro de que usted
se aflija. Ha sido muy vil
la conducta de Camila.
Irse al palco con don Luis!....
Andres. Y si usted lo reprobaba,
por qué fué con ella?
Higinia. Fuí
porque, viéndola resuelta,
era preciso impedir
un escándalo..... Y tambien
porque estaba usted allí.....
Andres. ¡Señora.....
Higinia. Y mi tierno amor.....
Andres. (Por vida de san Crispin!....)
¡Señora.....
Higinia. Lo duda usted?
¡Ah, si usted viera latir
mi corazon.....
Andres. Bien..... Si yo.....
Higinia. Ni los ecos del violin,
ni la gracia peregrina
de la simpática *Gui*
consiguieron que un minuto
separase, Andres gentil,
de tu luneta mis ojos
y mi corazon de ti.
Andres. Gracias.....
Higinia. Tú no advertirias.....
Andres. Señora, ¡por Jesucris.....
Higinia. No lo extraño. En justa cólera
sentias tu pecho hervir,
testigo de la traicion
de Camila; porque, al fin,
coquetear una niña
es perdonable desliz,
pero ¡en tu misma presencia
y en la de medio Madrid!....
Andres. Oh! basta. Si ya lo sé.....
Excusado es referir.....
Higinia. Pero tú debes reirte
de su inconstancia pueril.....
Andres. [*Con risa sardónica.*]
Por supuesto, sí. ¿Quién duda.....
Me rio.....
Higinia. Que un zarramplin
sin mérito ni esperanza
humillase la cerviz,
pase; mas tú, cuya imágen
con inflamado buril
grabó el amor en mi pecho.....
Andres. Dejemos ya de fingir,
señora. Ni usted me quiere
como dice......
Higinia. ¿Qué oigo!
Andres. Ni.....
Higinia. Don Andres!....
Andres. Ni yo tampoco.....
Higinia. ¿Osará usted desmentir
sus propias palabras?
Andres. No,
pero..... aquello..... lo hice sin.....
Higinia. ¿No me dijo usted hoy mismo:
«Yo te amo....»
Andres. Creo que sí.
Higinia. ¿Y no me dió usted, hincando
la rodilla en el tapiz,
palabra de casamiento?
Andres. Tal vez...., pero..... no creí
que usted la tomase al pié
de la letra.....
Higinia. Malandrin!
Andres. ¿Quién no conoce que aquello
era una broma...., un ardid.....

Higinia. ¿Conque es decir que yo soy
para usted un maniquí.....
Andres. Nada de eso. Yo.....
Higinia. Villano!
traidor!
Andres. Señora!
Higinia. Hombre ruin!
Andres. ¡Hum..... Mire usted que la mosca
se me sube á la nariz.
Higinia. Fementido seductor!....
Andres. ¿Quiere usted callar con mil
demonios?
Higinia. Hombre sin fe,
¿te negarás á cumplir
tu promesa.....
Andres. Oh!.... Sí, señora.
Primero en un bergantin
sirva yo de galeote
á un corsario marroquí.
Sí, señora, ya que usted
me hostiga, quiero decir
lo que siento, y más que se arme
despues la de San Quintin.
Yo he podido soportar
con firmeza varonil
los desaires de Camila;
pero no puedo sufrir
los fingidos arrumacos
con que una viuda..... alguacil
busca, no mi corazon,
sino mis maravedís.
Higinia. Qué insulto!
Andres. Á ella desdeñosa
la adoro con frenesí,
y á usted gachona y meliflua
no la puedo digerir.
Higinia. Ah!.... Porque débil me juzgas
¿me provocas á la lid?
Andres. ¿Qué lid ni qué calabaza.....
Higinia. ¿Me tratas como á un reptil
despreciable! Oh! ya veremos.....
Si las leyes del país
no me amparan, yo sabré.....
Andres. Bien; vámonos á dormir.....
Higinia. Aun no sabes quién soy yo!
Andres. No acabarémos?

[*Llamando.*]

Fermin!
Higinia. Mañana será otro dia.....
Andres. Oh!....
Higinia. Te has de acordar de mí.

[*Vase por el foro.*]

ESCENA VII.

D. ANDRES. FERMIN.

Andres. ¿Á ver ahora qué registro
toca el demonio.....
Fermin. [*Entrando.*] Ha llegado
un portero con recado
de Su Excelencia el ministro.....
Andres. Y qué quiere Su Excelencia?
Fermin. Que vaya usted sin demora
al ministerio.
Andres. ¡Á una hora
tan... Tiene ese hombre conciencia?
Mas de buena ó mala gana
iré..... Dichoso hijo de Eva!
¡Despues de un dia de prueba
una noche toledana!
Fermin. Y en verdad que está muy fria.
Traigo el gaban?
Andres. No lo quiero.
Fermin. Pero, señor.....
Andres. No. Prefiero
coger una pulmonía.
Fermin. (Ya se apeó por la cola!)
¡Buen ánimo, voto á san.....
Los tiempos mejorarán.
Deje usted rodar la bola.
Andres. Ah, Fermin!....
Fermin. Vaya, lo traigo?
Andres. Bien, haz lo que quieras. Anda.

ESCENA VIII.

D. ANDRES.

¿Para qué diablos me manda
que á media noche.... Ah! ya caigo.
Con tanta y tanta amargura,
con tanto y tanto pesar
no habia vuelto á pensar
en el voto de censura.

ESCENA IX.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [*Trayendo el gaban y en actitud de ponérselo á su amo.*]
Cuando usted.....
Andres. [*Paseándose sin ver á Fermin.*]
(El caso es serio,
y la salud del Estado.....
¿Estará ya decretado
el cambio de Ministerio?
El alma tengo en un hilo!
Si es así...., suerte traidora!....
cada ministro está ahora
haciendo su codicilo.
Será una calamidad
perder tan buen jefe, sí;—
mas si se acuerda de mí
en su última voluntad.....

Pero ¡ah! si pierdo la ganga
del destino.....)

Fermin. [*Acercándose otra vez con el gaban.*]
¿Puedo.....

Andres. [*Metiendo el brazo derecho en la manga correspondiente.*]
Bien.

Fermin. (Gracias á Dios!)

Andres. [*Distraido y caviloso.*]
(Pero ¿quién
sabe..... Acaso.....)

Fermin. La otra manga!

Andres. Venga.

[*Acaba de ponerse el gaban.*]

Sombrero y baston.
(Si se muda el Gabinete.....)

Fermin. [*Dándole el baston y el sombrero.*]
Quiere usted más?

Andres. Nada. Vete.

Fermin. [*Yéndose por el foro.*]
(¡Pobre..... Me da compasion.)

ESCENA X.

D. ANDRES.

Pero es vana mi inquietud.
La marcha de los negocios
no puede cambiar de manos
sin peligro de un trastorno.
La Reina no negará
su confianza y su apoyo
á tan buenos servidores,
á tan hábiles pilotos.
Así como el Parlamento
tiene sus fueros el Trono.
Prevista estaba la crísis
y no anda el juego entre bobos.
Contra el voto de las Córtes
apelarémos al voto
del país. Tras de esos padres
de la patria vendrán otros.
Justamente en ese artículo
los hijos de España somos
los más felices del mundo.
Nos faltará patrimonio,
pero ¡padres!.... Otra vez
mi confianza recobro.
Se realizarán mis cálculos.....
Sí tal! Doblaré mis fondos.
Los duelos con pan son ménos,
dice el refran.—Vamos pronto.....
Pero ¡perder á Camila!....
Verla en brazos de aquel mono!....

[*Canta el mirlo.*]

Ahora cantas tú, maldito?
Por vida de san Ambrosio!....
¿Me insultas despues que tú
tienes la culpa de todo?—
Me voy; no quiero.....

[*Da algunos pasos, oyendo cantar segunda vez al mirlo se vuelve y da un manoton á la jaula, que cae con estrépito.*]

Otra vez?
Anda con dos mil demonios!

[*Vase D. Andres por el foro; óyese un grito agudo y en seguida sale Camila sobresaltada.*]

ESCENA XI.

CAMILA.

¿Qué ruido.... Cielos! El mirlo....
Ay triste!.... Mi tio.... Monstruo!....

ESCENA XII.

CAMILA. HIGINIA. FERMIN. LA CRIADA.

Higinia. Qué ha sucedido?

Camila. [*Acongojada.*] ¡Esa jaula.....
Tenme. Yo muero!

Higinia. [*Recibiendo en sus brazos á Camila desmayada.*]
Socorro!

[*Acuden los criados á sostener á Camila.*]

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D. ANDRES.

[*Aparece en bata y gorro sentado junto á la mesa y acabando de tomar chocolate.*]

Por más que hago, ni un momento
de mi memoria se aparta
la cuestion de Gabinete.
Á las tres de la mañana
nada se habia resuelto;
pero el Ministerio en masa
ha presentado á la Reina
su dimision; prueba clara
de que no puede llevar
adelante su programa.
Seguian las conferencias
de Su Majestad con varias
personas de cuenta...... Ya
no es dudosa la mudanza
de Ministerio.—No obstante,
pueden presentarse tantas
dificultades..... Lo cierto
es que la *Gaceta* calla.
Quizá se decida al fin
la Reina.... Áun tengo esperanza....

ESCENA II.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. [*Con un impreso.*]
Señor.....
Andres. Qué papel es ese?
Fermin. [*Dándoselo.*]
La *Gaceta extraordinaria.*
Andres. Cielos!....
[*Leyendo con las interrupciones y en la forma que indica el diálogo.*]
(«Vengo en admitir
la dimision.....»—Vírgen santa!
Cayó el ministro de Estado!—
«Em... Vengo...» *Ídem* el de Gracia
y Justicia... «Em...» Y el de Guerra...
Pues! á decreto por barba.—
Aquí están los nombramientos
de sus sucesores.—¡Vaya
por Dios!)
[*Sigue leyendo para sí.*]
Fermin. (Poco le divierte
el papel, segun la cara
que pone.)
Andres. [*Levantándose y dejando sobre la mesa la Gaceta.*]
(¡Madre de Cristo,
don Blas Sacedon reemplaza
á mi jefe!)
Fermin. (Otro arrechucho!)
Andres. (Y yo le hice un epigrama!—
Por dicha nadie lo ha visto.....
Podré conservar mi plaza.....
Le haré la corte..... Es forzoso!
¡Esa maldita muchacha.....)
Fermin, ¡manos besa el hombre
que quisiera ver cortadas!
Fermin. Y tánto!—Pero no entiendo.....
Andres. Son cosas que..... ¿Por dónde anda
mi pupila?
Fermin. Con la viuda
creo que está en la otra sala.....
Andres. Y..... ¿qué dice?
Fermin. Está furiosa
contra usted.
Andres. Qué contumacia!
Fermin. No es milagro.... Usted.... Sin duda,
usted derribó la jaula
del mirlo.....
Andres. Sí, la arrojé
en un acceso de rabia,
y me fuí echando venablos.....
Fermin. Y ¿no oyó usted.....
Andres. No oí nada.
Fermin. Pues al sentir el estruendo
sale toda atribulada
la señorita Camila,
grita, llora, se desmaya.....
Andres. Sí? Me alegro. Eso me venga.....
Mas la maldita alimaña
¿dónde está? Murió del golpe?
Fermin. No, señor. Allá la guarda
en su cuarto, temerosa
de más sangrienta venganza,
la señorita.
Andres. ¿Y tú opinas
que si yo solicitara
reconciliarme.....
Fermin. Imposible!
Y más habiendo en campaña
otro aspirante. Aquí no hay
sino tomarlo con calma.....
Andres. Sí, filosóficamente.
Fermin. Y hacer pecho de la espalda
y de tripas corazon,
porque si usted se amostaza

eso más pierde.
Andres. Es verdad.
Fuera impotente mi saña,
ridícula.....
Fermin. Y..... ¡qué demontre!....
ustedes no congeniaban.....
Andres. No me gusta su carácter;
pero su dote..... Caramba!....
Á tres mil duros de renta
limpios de polvo y de paja
cualquiera les lleva el genio.
Fermin. Convengo; pero ya.....
Andres. Basta.
No hablemos más del asunto.
(¡Merezco más bofetadas.....)
Llévate eso y vuelve pronto.
Me quitarás esta bata.....
Tengo que ir al ministerio.....
(Esa es otra que bien baila!)

Fermin. [*Recogiendo el servicio de chocolate.*]

Bien está.—Conque, lo dicho:
mucha flema y.....
Andres. Vete y calla.

ESCENA III.

D. ANDRES.

Bien dice. ¿Qué voy á hacer
con alborotar la casa?
Vendrá el celador del barrio
á preguntarme la causa,
y ¿qué le diré? ¿Justicia,
que me han dado calabazas?—
No puedo más! Tantos golpes
me abruman y me acobardan.
Yo sí que puedo decir,
con más razon que el *Tetrarca:*
«Si todas cuantas desdichas,
si todas cuantas desgracias.....

ESCENA IV.

D. ANDRES. FERMIN.

Fermin. Señor.....
Andres. Qué es eso? qué traes?
Fermin. Traigo una triste embajada.
El señor don Luis desea
decir á usted dos palabras.
Andres. Don Luis? Lo celebro. Que éntre.
Le voy á romper el alma!
Fermin. Señor, señor...., qué locura!
Don Luis no será tan mandria
que se deje sacudir;
armar aquí una sanfrancia
le hará á usted poco favor;
y además ¿qué se adelanta
con eso? No se conquista
el corazon de una dama
á linternazos.
Andres. Es cierto.
Si le prefiere la ingrata,
¿qué remedio..... Dónde está?
Fermin. Hablando con ella aguarda
la respuesta.....
Andres. Por supuesto,
vendrá á pedirme su blanca
mano.
Fermin. Así me lo figuro.
Quedan hablando en voz baja.....

Andres. [*Con risa forzada.*]

Sí?
Fermin. Ella se sonríe y pone
una carita de pascua.....
Andres. Pues no se diga que yo
soy tio de melodrama.
Si ese es su gusto, tambien
es el mio.—Ja, ja..... Vaya!....
Así salgo de cuidados.....
Fermin. Bien, señor! Eso me agrada.
Andres. Necio era yo en afligirme.....
Fermin. Ya se ve!
Andres. Digo, la alhaja!
Fermin. Le digo que éntre?
Andres. Sí tal.

ESCENA V.

D. ANDRES.

Resignarme yo á esta farsa!
Mas si no lo hago, las gentes
se me reirán en las barbas,
me veré en caricatura
por las calles y las plazas,
y para vivir en paz
tendré que emigrar de España.

ESCENA VI.

D. ANDRES. D. LUIS.

Luis. Señor don Andres.....
Andres. Saludo
á mi vecino y amigo.....
Luis. (El negocio es peliagudo.)

[*Á D. Andres que le ofrece una silla.*]

Gracias..... (Cómo se lo digo?)
Vengo, señor don Andres.....
Pero no sé.....
Andres. (Galopin!)

Luis. Cómo principiar.....
Andres. [*Con aparente jovialidad.*]
Sí? Pues.....
principie usted por el fin.
Luis. Con acogida tan grata
ya mi labio no vacila.....
Andres. Vaya!
Luis. Pues, señor, se trata
de casarme con Camila.
Andres. Sí?
Luis. Confieso mi flaqueza.....
Andres. Ya tenía algun indicio.....
Luis. Pero es tanta su belleza,
que me ha trastornado el juicio.
Andres. ¿Conque usted... ¡cosa como ella!...
ha caido á su pesar
en el lazo.....
Luis. Sí, mi estrella.....
Andres. De que me quiso librar?
Luis. Soy incapaz de una intriga.
Yo hablaba de buena fe,
pero..... luégo..... Ah! nadie diga
de esta agua no beberé.—
Usted, sin duda, llevó
la cosa muy adelante.....
Andres. Sí.
Luis. Estaba irritada, y yo.....
La fatalidad!....
Andres. (Bergante!)
Luis. Hay momentos de... Es tan mona!..
Yo no pude.....
Andres. (Fementido!)
Es capaz la picarona
de haberle á usted seducido.
Luis. Tanto como eso..... ¿Quién puede
resistir á tales prendas?
Pero seducirme adrede....;
quiero decir, á sabiendas.....
Andres. ¡Eh..... (Verdugo!....)
Luis. Mucho siento
que su respetable tio.....
Andres. Bobada!....
Luis. El remordimiento.....
Andres. Cada cual busca su avío.
Luis. (Qué dicha! Él mismo me ayuda...)
Yo débil, Camila bella....,
y como dijo la viuda
que se casa usted con ella.....
Andres. Eso será lo que tase.....
Luis. Cómo! ¿Ella...
Andres. Sí, ella me exhorta...
Pero, en fin, que yo me case
ó no me case ¿qué importa?
Ello es que el dardo de amor
hirió de un golpe á la nena
y á usted.....
Luis. ¡Señor..... Sí, señor.
Andres. Pues que sea en hora buena.
Luis. (Rie, aguanta y disimula.....
Tanto mejor para mí.)
¿Conque usted nos estimula.....
Andres. Pues ¿no he dicho ya que sí?
Luis. Y... ¿aprueba usted que el augusto
vínculo del matrimonio.....
Andres. Por qué no? Con mucho gusto.....
(Me está llevando el demonio.)
Bendeciré vuestros lazos.....
Luis. Oh el más noble de los tios!
Oh!....
[*Abrazándole.*]
Venga usted á mis brazos!
Andres. (Y no le ahogo en los mios!)
Ni hago un sacrificio en esto.
Disparate!.... Usted me libra.....
He mudado de bisiesto
y obro como hombre de fibra.
Si vuelvo á tomar estado
será con otra cristiana.
Esa chica es demasiado
pajarera y casquivana.
Luis. Qué oigo? Oh placer!...
Andres. (Oh amargura!)
Luis. ¿Conque, en lugar de un perjuicio
voy á tener la ventura
de hacer á usted un servicio?
Andres. Sí tal. (Me obliga la necia
vanidad á ser blasfemo.)
Luis. Mas... cuando usted la desprecia...
Sabe usted que ya la temo?
Andres. (¡Oh si permitiera Dios.....)
Es mala pécora!....
Luis. Ay triste!
Andres. Mejor fuera que los dos
la dejásemos alpiste.
Luis. Sí?
Andres. Con esa chica al lado,
si yo he de hablar en conciencia,
será usted.....
Luis. Sí, en el pecado
llevaré la penitencia.—
Mas ¡ay!....
Andres. (Ese ay me desloma.)
Luis. Ya me ha prendido en su red
como á inocente paloma.....
Ah...., compadézcame usted!
Andres. (Tuno!)
Luis. Á fuer de hombre sencillo,
fio en Dios y... aunque me pierda..,
me casaré!
Andres. Pobrecillo!....
(Mala víbora te muerda!)
Luis. Oh! si me castiga el cielo
por mi loco desvarío,
tendré siquiera el consuelo
de que sea usted mi tio.
Andres. (Traidor!..) Yo tambien me alegro...
Luis. Qué dicha para los dos!
Mi tio..... Casi mi suegro!
Andres. Pues!
Luis. Verdad?
Andres. Sí. (Voto á briós!....)
Luis. Conque quedamos corrientes?
Andres. Sí.
Luis. El contrato se hará hoy mismo.

Andres. Bien. (Me rechinan los dientes.)
Luis. La mano.....
Andres. [*Dándosela.*]
Sí. (Un sinapismo!....)
Luis. Adios, señor don Andres.
Andres. Adios..... (Cristo del Calvario!....)
Luis. Adios! Volveré despues
con testigos y notario.

ESCENA VII.

D. ANDRES.

¡Muy bien, señor don Andres,
muy rebien! No cabe más.
Es usted gran diplomático
y comediante especial.
Hombre que acierta á reir
cuando puja por bramar,
y besa humilde la mano
que le zurra el balandran,
es digno..... ¡de que le pongan
una albarda y un ronzal!
Oh angustia! Yo tengo fiebre....,
yo tengo síntomas.....

[*Aparece en el foro D. Ramiro.*]

ESCENA VIII.

D. ANDRES. D. RAMIRO.

Andres. Ah!
Ramiro. Andres!
Andres. [*Echándose en sus brazos.*]
¡Señor don Ramiro
de mi alma!
Ramiro. Qué tienes?
Andres. Ay!
Ramiro. Juré no volver.....
Andres. Sí, sí,
por la Vírgen del Pilar!....
Mi único amigo es usted,
mi ángel bueno.....
Ramiro. Pero ¿qué hay?
Dime.....
Andres. Las plagas de Egipto
en furioso temporal
han llovido sobre mí.
Camila..... Oh fatalidad!
El mirlo... El Circo... La viuda...
La crísis ministerial.....
El vecino.....
Ramiro. Si te entiendo
que me lleve Satanas.
Vamos, sosiégate un poco
y ordena con claridad
ese somaten de ideas.
Andres. Probaré..... En primer lugar,
mi pupila, *álias* mi novia.....
Ramiro. Entiendo.
Andres. Se vuelve atras.
Ramiro. No se casa ya contigo?
Andres. No. Calabazas me da!—
Y no es esto lo peor.
Ramiro. Pues ¿qué?
Andres. Que se va á casar
con otro.
Ramiro. Qué dices?
Andres. Sí.
Soy el hombre más fatal!....
De la noche á la mañana
me ha suplantado un galan.
¿Y quién ha sido el autor
de todo esto? Un animal!—
Ya dije á usted que Camila
queria con mucho afan
á un mirlo.....
Ramiro. Sí; eso no tiene
nada de particular.
Andres. Se me escapó de la jaula.....
Ramiro. Diablo!
Andres. Voló.....
Ramiro. Es natural.
Y entónces ¿qué hiciste tú?
Andres. Yo, que no soy gavilan.....
Ramiro. Sin embargo.....
Andres. En un periódico
lo mandé al punto anunciar.
La niña me reprendió
con mucha severidad
mi descuido.
Ramiro. Bien, y entónces.....
Andres. Me fuí á mi cuarto de mal
talante. Despues, oh cielo!
un vecino perillan
trajo el mirlo..... Yo no sé
adónde lo fué á buscar.
Ramiro. Pero lo buscó.
Andres. En castigo
de su orgullo criminal
me mostré muy desdeñoso
con la tal pupila.
Ramiro. Ya.
Andres. Por ver si dándole celos
la hacía capitular,
hice cocos á la viuda
que con nosotros está.
Lo vió, y en vez de irritarse
se riyó.
Ramiro. Mala señal.
Andres. Yo tambien reí...., pero iba
por dentro la tempestad.
Ella tenía deseo
de ir al Circo: fuíme allá
dejándola aquí furiosa;
pero, por casualidad,
halló mi vecino un palco

que yo no pude encontrar.
Voy al Circo, y allí...., oh Dios!....
mirando como un bausan
hácia arriba, me la veo
con el *quídam*..... Eh? Qué tal?
¡La falsa.....·Mas ¿para qué
he de decir lo demas?

Ramiro. Amar á un bicho, sentir
su fuga..... es culpa venial
en una niña, y si ciego
ajaste su vanidad,
miéntras otro la adulaba
más amable ó más sagaz,
¿será mucho, hombre de Dios,
que prefiera á tu rival?

Andres. ¡Ah, ya me voy convenciendo.....
(Oh necia credulidad!)
¡Tan bonita..... diez y ocho años,
don Ramiro!.... Y qué caudal!—
Y para colmo de horrores.....

Ramiro. Hay otra calamidad?

Andres. La viuda ha tomado al pié
de la letra mi fugaz
galanteo, y me amenaza
con citarme á un tribunal
si no me caso con ella.

Ramiro. Si fué tu debilidad
tanta, que diste palabra
por escrito.....

Andres. No; verbal.

Ramiro. Ante testigos?

Andres. Á solas.

Ramiro. Pues entónces duerme en paz.

Andres. Dormir!.... Áun no he referido
de mis cuitas la mitad.
Ha caido el Ministerio!

Ramiro. Ya lo sé.

Andres. Y con él su plan
de gobierno. Hado cruel!

Ramiro. No te lo dije?

Andres. Es verdad!

Ramiro. Mas no quisiste creerme,
y al consejo paternal
que te di.....

Andres. Suerte enemiga!

Ramiro. Respondiste contumaz:
«¡usted no me quiere bien;
usted me aconseja mal!»

Andres. Perdon! Algun enemigo
oculto..... ¿Cómo estarán
·los treses.....

Ramiro. De baja.

Andres. Mucha?
Ay Vírgen del Tremedal!

Ramiro. Ahora vengo de la Bolsa.
Han bajado..... Atrocidad!....
Dos y medio.....

Andres. Soy perdido!

Ramiro. Y han de bajar mucho más.

Andres. Dios mio! Sólo con eso
me cuesta la torta un pan.
Le diré á don Luis que venda.!...
Dos y medio..... Un dineral!

Ramiro. Por hoy ya es tarde. Mañana.....

Andres. Con esto y con que don Blas
me exonere..... Si tal hace
habré de irme al hospital.

Ramiro. Exonerar? Nada de eso.
Sobre ese particular
bien puedes estar tranquilo.

Andres. Del mal el ménos. Quizá
debo á usted ese favor.....

Ramiro. Sí; en prueba de mi amistad
he presentado al ministro
tu dimision.

[*Dándole un oficio.*]

Toma. Ya
la ha aceptado Su Excelencia.

Andres. [*Despues de leer rápidamente el oficio.*]
Ah!.... Me echa usted un dogal
al pescuezo; ¡me asesina.....

Ramiro. ¿Qué oigo! ¿Serías capaz
de servir bajo las órdenes
del mismo que ayer.....

Andres. Sí tal.
Yo siempre soy del partido
del ministro, sea Juan
ó Pedro.

Ramiro. Eso es compararte
con la mesa de nogal
donde escribes.—Pero dime,
¿cómo puedes tú esperar
que el nuevo jefe perdone
al enemigo mortal
que acaba de fulminarle
una sátira mordaz?

Andres. ¿Qué oigo! Yo.....

Ramiro. Sí, un epigrama
con más pimienta que sal.

Andres. ¡Tiemblo... ¿Quién le ha dicho á usted...
Yo lo compuse, es verdad;
pero nadie.....

Ramiro. En la *Mostaza*
se ha impreso de pe á pa,
y con tu firma.

Andres. Jesus!
Lo que mandé publicar
es la pérdida del mirlo.....

Ramiro. [*Tomando de la mesa el periódico.*]
Á propósito: aquí está
la *Mostaza*.

[*Despues de ojear rápidamente el periódico y mostrándole con el dedo lo que ha de leer.*]

Mira: lee.

Andres. [*Lee para sí y exclama.*]
Sí! Periódico infernal!....
Y con letras como puños!....

[*Revolviendo lo que hay en la mesa.*]

Sin duda..... Fatalidad!....
Pensé que daba un papel,
y atolondrado..... Cabal!
He aquí el anuncio del mirlo.—
Ese bárbaro, incapaz
de sacramentos.....

[*Llamando.*]

Fermin!

Ramiro. Pero.....
Andres. Fermin!

[*Asoma Fermin por el foro.*]

Ven acá.

ESCENA IX.

D. ANDRES. D. RAMIRO. FERMIN.

Fermin. [*Con una carta en la mano.*]
Esta.....
Andres. ¿Leiste, pazguato,
aquel papel que te di
para la *Mostaza*.....
Fermin. Sí.
Como iba así..... abintestato.....
Usted perdone la audacia.....
Andres. Pecador! ¿Y no advertiste.....
Fermin. Que tenía mucho chiste
la copla. Me hizo una gracia!....
Andres. Sí? ¡Una tranca...
Ramiro. [*Conteniéndole.*] Andres!
Andres. Idiota!
Cuando el escrito te di
¿no te hablé del mirlo.....
Fermin. Á mí?
No oí de eso ni una jota.
Andres. Huye de aquí, ó te sepulto!
Fermin. Yo.....
Andres. ¡Por vida de mi nombre.....
Ramiro. Andres!
Andres. Ya no hay duda: ese hombre...
Ese es mi enemigo oculto!
Fermin. ¡Yo enemigo.....
Ramiro. Eh! ya me canso...
¡Siempre el mismo comodin.....
¿Qué culpa tiene Fermin
de que tú seas un ganso?
No le diste tú el papel?
Andres. Sí, señor.
Ramiro. Pues la torpeza
¿de quién ha sido, cabeza
de chorlito? Tuya, ó de él?
Andres. Mia, y con esta van siete;
pero el juicio me abandona.....
Perdona, Fermin, perdona!
Fermin. Esta carta.....
Andres. [*Tomándola.*] Dame y vete.

ESCENA X.

D. RAMIRO. D. ANDRES.

Andres. [*Abriendo la carta.*]
Con permiso.....
Ramiro. (Desgraciado!)
Andres. [*Lee para sí.*]
(El infierno está en mi casa.)
Ramiro. (Mas todo lo que le pasa
le está muy bien empleado.)
Andres. ¿Esto más!....

[*Acaba de leer para sí brevemente la carta.*]

Bien! Soy el hijo
de la dicha.
Ramiro. Otro infortunio?
Andres. ¡Estoy en el plenilunio
de la gloria! Oh regocijo!....
Un hermano de la viuda,
comandante de escuadron,
con la más fina atencion
cordialmente me saluda,
y me propone, sin hiel,
para obviar una querella,
ó que me case con ella,
ó que me bata con él.
Ramiro. Diablo! ¡Cargar con un censo
perpetuo, ó de lo contrario.....
Veremos..... Es necesario
transigir.....
Andres. Yo? Ni por pienso.
Ramiro. Y ¿qué harás.....
Andres. Me batiré.
Eso alivia, eso consuela.....

[*Llamando.*]

Muchacho!—Dice en su esquela
que me espera en el café.....

Fermin. [*Á la puerta.*]
Señor.....
Ramiro. Mira.....
Andres. Entra á vestirme.
Aquí me estoy repudriendo.....
No! Acabe esto con estruendo.
Nos cascaremos de firme!
Ramiro. ¿No habrá un medio...
Andres. Es muy probable
que yo caiga.....
Ramiro. Cómo? ¿Y vas.....
Andres. No he manejado jamás
pistola, espada ni sable.
Tanto mejor!
Ramiro. Eso dices!
Andres. Sí, es mejor que me sacuda:
así dejaré á la viuda
con un palmo de narices.

Ramiro. [*Deteniéndole.*]
Oye! (Es como una pared

maestra.) Atiende á razones.....
Andres. Dale! ¡Suelte usted.....
Ramiro. Te expones...
Andres. ¡Voto á briós!.... Suélteme usted!

[*Se desprende violentamente del brazo de D. Ramiro, y entra en su habitacion.*]

ESCENA XI.

D. RAMIRO. CAMILA. HIGINIA.

Ramiro. Llévete el diablo!
Camila. [*Acudiendo presurosa.*]
Qué es esto?
Higinia. [*Lo mismo.*]
Qué sucede?
Ramiro. Nada..... Arranques
de don Andres.....
Camila. ¡Cómo...
Ramiro. El pobre
está loco de remate.
No es maravilla. Agobiado
de desdichas y pesares.....
Camila. De desdichas!....
Ramiro. Ahí es nada!
Hoy ha quedado cesante.
Higinia. ¿Qué escucho! ¿Será posible.....
Ramiro. Lea usted.

[*Dando á Higinia el oficio que quedó sobre la mesa.*]

Higinia. [*Lee para sí.*]
(Vírgen del Cármen!)
Camila. ¿Conque es decir que se queda
mi pobre tio.....
Ramiro. En la calle!
Higinia. [*Volviendo á dejar el oficio sobre la mesa.*]
Cierto: le admite el ministro
su dimision.—Botarate!
Ramiro. El ministro?
Higinia. Don Andres.
¡Renunciar tan importante
destino!
Ramiro. De todos modos
se hubiera quedado *in álbis*.—
Y áun lo de ménos sería
el destino.....—Otro desastre.....
Camila. ¿Cuál.....
Ramiro. Ha jugado á la Bolsa.....
Higinia. Sí? (Yo tiemblo!)
Ramiro. Pero en grande.
Ha comprometido al alza
una suma exorbitante;
los fondos bajan de un modo
desusado, formidable.....
Higinia. (Malo!)
Ramiro. En tan recia tormenta
es forzoso que naufrague
su capital. Á estas horas
dudo yo mucho que alcance
á pagar.....
Camila. Dios mio!
Higinia. (Ah! ¿Dónde
iba yo á meterme..... Zape!)
Ramiro. Y como si tantas cuitas
no fuesen ya muy bastantes
para acabar con un hombre,
siquiera fuese de jaspe,
la mujer á quien adora
le deja por otro amante.....
Camila. Caballero..... Yo..... La culpa
no es mia..... Él ha dado márgen...
Ramiro. Pierde á su amada, y le obligan
á que con otra se enlace
á quien dijo, en un acceso
de locura, cuatro frases
de mera galantería;
ó bien á tener un lance
con el presunto cuñado.....
Camila. Higinia!....
Ramiro. Andres no es cobarde;
prefiere el reto á la boda.....
Camila. Cielos!....
Ramiro. Correrá la sangre.....
Por Dios, ayúdenme ustedes
á evitar una catástrofe.....
Camila. Ah! sí.....

ESCENA XII.

CAMILA. HIGINIA. D. RAMIRO. FERMIN.

Ramiro. Y tu amo?
Fermin. Va á salir.
Ramiro. Se le ha pasado el coraje?
Fermin. Yo no sé..... Calla..... Medita.....
(Pobre amo mio!)

[*Vase por el foro.*]

Camila. Ah! ya sale.

ESCENA XIII.

CAMILA. HIGINIA. D. RAMIRO. D. ANDRES.

Ramiro. Andres!
Camila. Tio!
Higinia. Don Andres!
Andres. Alto! No hay que alborotarse.
Camila. ¡Irse á matar.....
Ramiro. Yo no puedo
permitir.....
Andres. Qué disparate!

Resuelto estaba á batirme
con el ciudadano amable
que su afecto de cuñado
deseaba anticiparme,
mas..... lo he pensado mejor.

[*Aparte con D. Ramiro.*]

Exponerme á que me ensarten
por esa alhaja..... Tontuna!
¿No es mejor que yo la mate
á pesadumbres? Me caso!

Ramiro. Demonio! Mira lo que haces.....

Andres. [*Encarándose con Higinia.*]

Muy señora mia y dueña:
hoy he pasado á las clases
pasivas, y lo celebro;
una jugada bursátil
me arruina, y me alegro mucho;
pero por estos azares
la que me adoraba ayer
hoy no dejará de amarme;
y pues usted ha exigido
que á mi promesa no falte,
aquí está mi mano..... limpia;
déme usted la suya..... grátis,
y aquí paz y despues..... ¡gloria!,
y al que le pese que rabie.

Higinia. Qué! ¿toma usted seriamente
una broma.....

Andres. ¿Cómo!...

Higinia. Al diantre
no se le ocurre salir
por registro semejante.....

Andres. ¿Qué oigo! Yo.....

Higinia. ¿Á qué recordar
palabras que lleva el aire?
Yo le absuelvo á usted.....

Andres. No quiero
absolucion, sino.....

Higinia. Dale!

Andres. Yo hablo formal.....

Higinia. Pues formal
le digo á usted que no me hable
de ese casorio. (Arruinado!)

Andres. Mas.....

Higinia. Lo dicho. Abur. (Cesante!)

ESCENA XIV.

CAMILA. D. RAMIRO. D. ANDRES.

Andres. Lo ve usted? ¡Ni áun ese gusto
depravado, absurdo, infame,
se me cumple!

Ramiro. No te quejes.
¿Qué más feliz desenlace
pudieras apetecer.....

Andres. [*Dejándose caer en la butaca con sumo abatimiento.*]
(Miserable! miserable!)

Camila. Querido tio.....

Andres. Qué es eso?
¿Vienes tú ahora á insultarme.....

Camila. Al contrario. Las desgracias
que abruman á usted me parten
el corazon.

Andres. (Cocodrilo!)

Camila. Si á repararlas en parte
puedo yo contribuir,
cuanto tiene, cuanto vale
Camila es de usted.

Andres. [*Con amargura.*] Mil gracias.
No necesito de nadie.

Ramiro. [*Aparte á Camila.*]

Déjele usted, señorita.
No es buena ocasion... Más tarde....

ESCENA XV.

CAMILA. D. RAMIRO. D. ANDRES. FERMIN.

Ramiro. [*Saliendo al encuentro de Fermin y hablando con él á media voz.*]

Qué hay?

[*Camila se acerca tambien á Fermin.*]

Fermin. Don Luis con los testigos
y el notario.....

Andres. (¡Soy un cafre,
un páparo!)

Fermin. Á la otra sala
los he llevado.....

Ramiro. Me place.
No conviene.....

Fermin. Qué les digo?

Ramiro. Que la novia va al instante.

ESCENA XVI.

CAMILA. D. ANDRES. D. RAMIRO.

Camila. [*Aparte con D. Ramiro.*]

Pero tendrá que asistir,
pues hace veces de padre,
mi tio y firmar.....

Ramiro. Lo hará.
Déjeme usted que yo le hable
á solas.

Camila. Mucho me aflige
su situacion, Dios lo sabe.
Casarme con él...., jamás!
Ha hecho mil iniquidades
conmigo.

Ramiro. Sí.

Camila. Sobre todo,
la guerra atroz, implacable

que declaró á un animal
inofensivo..... No obstante,
le tengo ley.....

Ramiro. No lo dudo.

Camila. Y no porque yo me case
con otro.....

Ramiro. Sí, pero.....

Camila. Adios!....
(Pobre tutor! Dios le ampare!)

ESCENA XVII.

D. ANDRES. D. RAMIRO.

Ramiro. Vamos, alza de ese asiento!

Andres. No tengo pudor si vivo
dos dias.

Ramiro. Eh! no hay motivo
para tanto abatimiento.

Andres. Si con echarme una arenga
piensa usted.....

Ramiro. No, voto á san;
mas, como dice el refran,
no hay mal que por bien no venga.

Andres. Pese al diablo!... ¿Es bien ó es mal
perder de un solo bajon.....

Ramiro. Ensancha ese corazon.
Yo he salvado tu caudal.

Andres. [*Levantándose.*]
Qué oigo! ¿Conque usted me ahorra..

Ramiro. Sí.

Andres. ¿Y cómo..... Dudo si estoy
despierto ó sueño.....

Ramiro. [*Sonriéndose.*] Yo soy
don Pascasio Calahorra.

Andres. ¿El que hizo la operacion.....

Ramiro. Pues.

Andres. Válgame san Jerónimo!

Ramiro. Me valí de ese seudónimo
para darte una leccion.
La operacion fué supuesta.
Viendo tu ruina inminente,
de acuerdo con el agente.....

[*Sacando un papel y mostrándolo á D. Andres.*]

Mira: la póliza es esta.

Andres. [*Despues de reconocer el papel.*]
Cierto.—¡Y yo con irritantes
sospechas..... Ah! soy un trompo,
un.....

Ramiro. No hables de eso. La rompo,

[*Hace pedazos el papel.*]

y tan amigos como ántes.—
Vamos á otra cosa. Hoy cesas
en tu destino.....

Andres. Ay dolor!

Ramiro. Yo te daré otro mejor
en una de mis empresas.

Andres. Oh bondad! oh amigo ilustre!....
Ya en placer trocado el susto.....

Ramiro. Sólo te queda el disgusto
de que la boda se frustre.
Rica es la muchacha y bella,
mas puede ser reemplazada
por otra ménos mirlada
y ménos frívola que ella.

Andres. Es verdad: no me conviene.....

Ramiro. Ahora es necesario.....

Andres. Qué?

Ramiro. Que hagas un esfuerzo.....

Andres. Haré
todo lo que usted me ordene.

Ramiro. Pues cederla á tu rival
ya es penitencia precisa,
firma con cara de risa
el contrato conyugal.

Andres. Sí, llévesela el vecino.
Yo prefiero mi reposo.....
Vamos allá. Si es forzoso,
seré tambien su padrino.

Ramiro. No es menester. (Pobre mozo!)
Pronto dejaré esta villa.....
¿Quieres venirte á Sevilla
conmigo?

Andres. Acepto. Qué gozo!

Ramiro. Me alegro. Estarás allí
como un príncipe á mi lado.
Mas te dejo abandonado
si no te enmiendas.....

Andres. Ah! sí.

Ramiro. Es imposible que avances
siendo tan irreflexivo,
tan.....

Andres. Ya no! En lo sucesivo
tendré..... Basta de percances.

Ramiro. Todos te los has buscado.

Andres. Y á lo que era necedad
llamaba fatalidad.
Simple de mí, atolondrado!

Ramiro. Lo confiesas?

Andres. Por qué no?

Ramiro. ¿Luego el enemigo oculto
á quien buscabas el bulto.....

Andres. Era yo, yo mismo, yo!—
Y en prueba de que estoy ya
convencido de mi error
depongo todo rencor
y.....

[*Á la puerta del foro.*]

Don Luis!—Camila!—Acá!

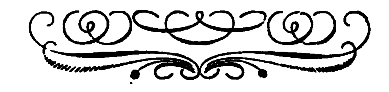
ESCENA ÚLTIMA.

D. ANDRES. D. RAMIRO. CAMILA. D. LUIS.

Camila. Tio!

Andres. El papel de tirano
no me cuadra. Si os quereis,
os llamo para que os deis

en mi presencia la mano.
Luis. Siento..... Si usted se incomoda.....
Andres. Nada! Soy moro de paz.
Camila. [*Dando su mano á D. Luis.*] Vaya!
Andres. Bravo! Soy capaz
de bailar en vuestra boda.
Camila. ¿De véras! Mucho me admiro
de ver á usted satisfecho
y alegre.....
Andres. Conmigo ha hecho
un milagro don Ramiro.
Ciego estaba, y de mis ojos
él ha arrancado la venda;
por él recobro mi hacienda
y me excuso mil sonrojos;
por él.....
Luis. Sea en hora buena.
Camila. Tanta bondad!....
Andres. En fin, es
mi númen.....
Ramiro. ¡Por Dios, Andres.....
Eso no vale la pena.
Camila. ¡Cuánto celebro, Dios mio.....
Andres. Gracias, linda criatura.
Camila. Amargaban mi ventura
las desgracias de mi tio.—
Me perdona usted?
Andres. Sin duda.
Luis. Para mí será el encono.....
Andres. No; á todo el mundo perdono,
hasta al mirlo, hasta á la viuda.—
Sólo á mi *enemigo oculto*
le romperia el bautismo....;
pero como soy *yo mismo*
me comprendo en el indulto.



MEMORIAS DE JUAN GARCÍA,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 16 de Setiembre de 1848 (*).

PERSONAS.

LAURA.	D. PEDRO.
DOÑA GREGORIA.	D. LUIS.
RITA.	D. ZACARÍAS.
PASCUALA.	UN CIRUJANO.
D. JUAN.	UN CONCEJAL.

UN MÉDICO.

MOZOS DE POSADA Y DE CARGA.—RONDA DE VECINOS HONRADOS.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Albacete. Cuarto en un parador de diligencias. Puerta á la derecha del actor y enfrente de ella una chimenea francesa con lumbre. Alcoba en el foro, con puertas vidrieras y cortinillas. Una cama de tijera á la derecha. Mesa con recado de escribir, sillas ordinarias, etc. Es de noche. Una bujía sobre la mesa: otra encima de la chimenea. Sobre una silla un saco de noche muy abultado.

ESCENA I.

D. JUAN.

[*Aparece sentado delante de la mesa, con gaban de abrigo, color oscuro, y cubierta la cabeza con una gorra de camino. Al alzarse el telon está contemplando un retrato.*]

Hechizo de mis sentidos,
mi bien, mi norte, mi gloria;
permíteme que otra vez
imprima mi amante boca
en estos rasgos que son
imperfecta y muda copia
de tus divinas facciones.

[*Besando el retrato.*]

Hum!.. Delicia!... Otra vez... Otra...
Aquí que no peco.—¡Oh Dios
que eres uno en tres personas!,
¿merezco yo por ventura

(*) Otro *Parecido*, y será acaso el centésimo de los que en mayor ó menor escala, y capital ó accesoriamente, han dado á luz los poetas cómicos desde Plauto hasta nuestros dias.

¿Hay ó no personas tan semejantes á otras que se las pueda equivocar y confundir por un espacio de tiempo más ó ménos largo? Pocas serán, pero indudablemente las hay, y apelo en testimonio de esta verdad á todos mis lectores. Ninguno, por poco que sea su trato de gentes, dejará de recordar similitudes humanas muy notables; y las que no lo son tanto, pero que al pronto producen más de un gracioso *quid pro quo*, abundan de tal suerte en las grandes poblaciones, que á los que en ellas habitamos nos sucede con frecuencia saludar á un sujeto teniéndole por otro,

tener tan bonita novia?
Ya el dulce anhelado término
de mi ausencia dolorosa
se acerca. Grata sorpresa
será á mi tierna paloma
mi inesperado regreso,
y yo contando las horas,
siglos para mí, que faltan.....
Pero el retrato me emboba
y mirándolo me olvido
de apuntar en mis *Memorias*
las novedades del dia.

[*Guarda el retrato y toma de sobre la mesa un abultado manuscrito.*]

Material hay ya de sobra
para un tomo. Es muy menuda
la letra, y luégo las notas
y el índice..... Hoy todavía
no ha dado de sí la historia
cosa notable.—Escribamos.

[*Lo hace.*]

«En Albacete, en la fonda
parador de diligencias.
Á tres de Enero.»—¡Qué roma
está la pluma!—«Á las nueve
y cuarto llegó la góndola
sin novedad.—Hoy ha estado
muy destemplada la atmósfera.—
He venido en la berlina
martirizado, entre un cócora
que se duerme sin temor
de Dios, y patea y ronca....,
fiero mastin!.... y una viuda
obesa, locuaz, jamona,
y al parecer epiléptica.
Tres veces la pecadora
se ha desmayado en mis brazos.»—
Oh Laura mia! perdona.
Aunque llegué á sospechar
que fingia las congojas
y pellizcos merecia
en vez de agua de Colonia,
la flaqueza de su sexo
me movió á misericordia.—
Pero en el resto del viaje
con el mastin se componga,
que yo por librarme de ellos
me tulliré en la rotonda.

ESCENA II.

D. JUAN. PASCUALA.

Pasc. Caballero.....
Juan. Qué hay, muchacha?
Pasc. ¿Se está usted con esa sorna
sin acudir á la cena?
Ya está en la mesa la sopa.
Juan. Es temprano..... Y hoy no quiero
comer en mesa redonda.
Pasc. Ya, pero.....
Juan. (Por no exponerme
á que reincida la gorda.....)
Mira, aquí me servirás,
cueste lo que cueste.

[*Sacando un duro.*]

Toma
la propina adelantada.
Pasc. [*Tomándolo.*]

(Un duro! De estas caen pocas.)
Mil gracias.—Á un señorito
que así franquea su bolsa
bien le excusaria yo
la incomodidad forzosa
que vengo á anunciarle.
Juan. Cuál?

Supuesta la gran semejanza y áun aparente identidad entre dos hombres, si no á los ojos de la ciencia, al ménos lo bastante para la verosimilitud teatral, ¿es posible que por fines particulares, y favoreciéndole otras circunstancias además de la indicada, haya quien abuse de ella usurpando en provecho propio la personalidad ajena? Con ménos esfuerzo aún que á la primera se dará á esta pregunta una respuesta afirmativa.

Si todavía hay espectadores nimiamente escrupulosos que en términos absolutos hagan al poeta con alguna repugnancia una ú otra de las dos concesiones referidas, ó las dos juntas, lo cómico de las situaciones que la dualidad unas veces de un solo personaje, y otras por el contrario la unidad á que dos se reducen, han de producir necesariamente en la escena y en la lectura, y los chistes á que tales situaciones se prestan, ¿no bastarán para que el autor obtenga un *bill de indemnidad* por haber empleado un medio dramático que al cabo es ménos persuasivo que otros, porque no procede de la marcha regular de la naturaleza, sino de uno de sus fenómenos poco comunes? La misma repeticion del argumento de los *parecidos* en todos los teatros prueba que al público no le pesa de que se excite su interés, ó al ménos su risa, con los enredos y trocatintas y conflictos de que puede ser mina fecunda.

El autor de *Memorias de Juan García* ¿ha sacado tal cual partido de tan manoseado asunto? Así lo entiende, pues es notorio que el público mostró bien á las claras haberse divertido mucho con su comedia: y el autor no aspiraba á otra cosa. Pero hay críticos que no lo creerán si frailes descalzos se lo predican, y tan imparciales que nunca lo confesarian aunque lo creyesen; críticos que van á la luneta firmemente resueltos á que les parezca detestable todo lo que no es de sus amigos y paniaguados; críticos que, sin entrar de buena fe en el sistema y en las miras del poeta atienden ménos á lo que ha escrito que á lo que ha dejado de escribir; críticos que desde la primera escena van haciendo de memoria otro drama distinto y áun contrario del que dicen que oyen y ven. No hay réplica que valga contra tales censores; pero es lástima por cierto que priven á la escena y á la estampa de esas peregrinas aunque improvisadas elucubraciones. Espera, no obstante, el autor que jueces ménos apasionados tengan en cuenta para absolverle de los defectos en que sin duda ha incurrido, que no sin alguna novedad ha combinado los antecedentes y progresos de la accion; que no carece de originalidad el expediente de las *Memorias*, orígen y nudo de la fábula y que algo es haberla llevado sin violencia á su término no habiendo de carearse nunca los *parecidos*, porque para lo contrario habria de ser mucho mayor la condescendencia del auditorio, y sin un confidente que ayude en sus embustes y saque de sus apuros al tronera que alternativamente desempeña dos diferentes individualidades.

Pasc. Que haga usted la buena obra
de partir su habitacion
con otro viajero. Toda
la casa está ya atestada.....
Usted dormirá en la alcoba,
y él en ese catre.
Juan. Es jóven?
Pasc. Como hay tanta babilonia
abajo, no reparé.....
Viene de la Corte.....
Juan. Ronca?
Pasc. Bah! Qué sé yo?.... En todo caso
la molestia será corta.
¡Es tan poco lo que paran
las deligencias ahora!....
Juan. Bien, dile á ese caballero....,
cómo ha de ser!.... que disponga....
Pasc. Cuándo he de servir la cena?
Juan. Luégo.—Oigo ruido de bolas.....

[*Se levanta.*]

Me voy un rato al billar.....
Allí estiraré las corvas
un poquito y haré ganas
de cenar.

[*Buscando.*]

¿Á ver..... Mi gorra.....
Ah! la tengo puesta. (Acaso
allí haré alguna curiosa
observacion que me sirva
para llenar esa hoja.....)

[*Entra un mozo con un saco de noche.*]

Pasc. ¿Quién..... Ah! el mozo con el saco
del otro.

[*Viendo que lo pone sobre el catre de tijera.*]

¡Que ajas la colcha,
mostrenco!

[*Indicándole una silla inmediata al catre.*]

Déjalo aquí.

[*El mozo se retira.*]

Juan. [*Tomando de una silla una bufanda azul y poniéndosela.*]

Nos taparémos la boca.
Pasc. Sí, señor, que hace un remusgo.....
Cuídese usted.
Juan. [*Tomando el cuaderno.*]

(Las memorias.....

[*Abriendo el cajon de la mesa.*]

Aquí las guardo.) Adios.—(Laura!)
Pasc. Abur.
Juan. (Laura encantadora!)

ESCENA III.

PASCUALA.

Guapo mozo!.... Y desprendido
como un príncipe, amén de eso.
¡Darme de propina un peso,
ántes de haberle servido!
Si es así el del otro coche,
que tambien vendrá á esta sala,
con muy buen sino, Pascuala,
te ha amanecido esta noche.—
Sólo me choca en su edad,
y en esto hay quizá misterio,
vèrle tan formal, tan serio
como si fuese un abad.
¿Cenar solo en esta pieza
y..... Vamos, tanta pachorra
no pega..... ¡Y buscar la gorra
teniéndola en la çabeza!....
Y si mal no he reparado,
al salir sacó del pecho
un suspiro..... Yo sospecho
que el pobre está enamorado.
Ya sé yo por esperencia.....
Cuando entró en la deligencia
quizá dejó su querencia
en la playa de Valencia.—
Pero ¿y aquel cartapacio
que ha guardado en el cajon?—
Hum!.... me da una tentacion.....
Si estuviera más despacio.....
Pero el otro pasajero
hasta que la cena acabe
no subirá, y él no sabe.....
De curiosidad me muero.—
Qué diantre! Á Roma por todo.

[*Saca el cuaderno.*]

Mi fuerte no es la leyenda,
pero puede que lo entienda
mascullándolo á mi modo.

[*Examinando la portada.*]

No me quedaré con ganas
de leer este renglon
tan siquiera, porque son
las letras como arvellanas.

[*Silabeando.*]

«Me.. memo..» ¿Qué.. «Memo.. ría...
S.....» Ah! «Memorias..... de Juá....
Juan.. Gracia..» Eh? Gar.. cía..» Ya!
Memorias de Juan García.

[*Entra de pronto D. Pedro, tambien con gaban y gorra de camino, y tapada la boca con una bufanda encarnada.*]

ESCENA IV.

PASCUALA. D. PEDRO.

Pedro. Hace un frio que traspasa.....
Pasc. [*Sorprendida.*]
(Ay Dios!....)
Pedro. Hola!.... Linda moza!
Qué ojos!.... Y el talle no es broza.
Tal pimpollo en esta casa!
Pasc. Señor!....
Pedro. Es un embeleso.
[*Quitándola el manuscrito.*]
Qué estás leyendo, hechicera?
Pasc. No!
Pedro. Es cuenta de lavandera?
Libro de actas, ó proceso?—
Responde sin embarazo.
Pasc. [*Intentando recobrar el cuaderno.*]
Venga. Yo no sé lo que es,
pero.....
Pedro. Es fuerza que me des
por el rescate un abrazo.
Pasc. [*Defendiéndose.*]
Atras!.... Ese mamotreto
no me pertenece á mí.
Es del otro huésped.....
Pedro. Sí?
[*Cogiéndola una mano.*]
¿Del otro.....
Pasc. [*Desprendiendo su mano de la de don Pedro.*]
Estése usted quieto.
Aquel.....
[*Al ir D. Pedro á tomar otra vez la mano de Pascuala, ésta le da con ella una palmada.*]
Eh!
Pedro. No seas boba.....
Pasc. Da á las mozas de posada
la propina adelantada.....
Pedro. Oiga! el otro.....
Pasc. Y no las soba.
Pedro. Humánate, y dadivoso
no ménos que dulce y tierno.....
Pasc. Vamos, venga ese cuaderno
y no sea usted curioso.
Pedro. Calle! Y tú ¿por qué lo has sido?
Pasc. Yo..... es diferente.....
Pedro. No veo
la.....
Pasc. Yo apénas deletreo
y usted leerá de corrido.
Pedro. Pues bien, por cosa tan corta
no hemos de armar una riña.
Toma el expediente, niña.
[*Lo toma Pascuala y lo guarda en el cajon.*]
Maldito lo que me importa.
Pasc. Por supuesto; nada vale.....
Pedro. (Vamos, ¡si en viendo yo faldas
no puedo... Ahora está de espaldas.
[*Acercándose de puntillas y cogiendo por la cintura á Pascuala.*]
Con tiento.....) Alma mia!
Pasc. [*Volviéndose y dándole un manoton.*]
Dale!
Pedro. (Es cerril.)
Pasc. [*Corriendo hasta la puerta.*]
No quiero, ea!
Pedro. [*Siguiéndola.*]
Sólo un abrazo. Hace un frio
que.....
Pasc. Frio? Pues, hijo mio,
allí está la chimenea.

ESCENA V.

D. PEDRO.

Para moza de posada
es absurdamente esquiva.
Aquí viene bien aquello
de ¡oh virtud, dónde te anidas!—
Mas ¿por qué con tanto ahinco
el cuaderno defendia?
[*Lo saca del cajon y se sienta junto á la mesa.*]
Yo he de ver lo que contiene.—
Friolera! Una balija
es menester para..... Á ver?
[*Leyendo.*]
Memorias de Juan García.—
Oiga!.... Vamos, por lo visto,
las bellas letras cultiva
mi compañero de cuarto.—
Alguna crónica antigua.....
[*Hojeando.*]
No; la escritura es moderna.....
Á ver el fin?—Todavía
no concluye aquí la obra
y áun está fresca la tinta.
Sin duda es una novela.....
Veamos cómo principia.
[*Leyendo.*]
«Libro primero.—Capítulo

primero. —Mi jerarquía,
patria, nacimiento, *et cætera.*—
Vamos, ya caigo..... Este *quidam*
se ha dedicado á escribir
su propia biografía.
Notables deben de ser
los sucesos de su vida.
Pero *Juan García*..... Al mundo
¿qué le importan las desdichas
ó los placeres de un hombre
que se llama *Juan García?*
De Garcías y de Juanes
hay gran cosecha en Castilla.
Entre ellos habrá sin duda
personas muy distinguidas,
mas cuando el autor publique
el fruto de sus vigilias,
¿quién al héroe reconoce
anunciado en las esquinas,
pudiéndoselo apropiar
mil y quinientas familias?—
Pasemos á otro capítulo
á ver si nos ilumina.....

[*Leyendo.*]

«De cómo estando en lactancia
me acometió la alfombrilla.»—
Famoso descubrimiento!

[*Leyendo más adelante.*]

«Travesuras; golosinas
de muchacho.—Entré á estudiar
con los escolapios, dia
veinte y cuatro de Noviembre.....»
Esta importante noticia
será una página de oro
para la historia.—«Prolija
descripcion de mi colegio.»—
Este hombre no necesita
comentarios.—«Estudié
con el padre Diego Ariza.....»
Pero ¿quién me manda á mí
leer estas tonterías?

[*Vuelve á poner el cuaderno en el cajon y se levanta.*]

Y en efecto, el camarada
que la suerte me destina
para esta noche ¿será
el mismo protagonista
de esa crónica indigesta?—
Fácilmente se averigua.
Su saco de noche es este.

[*Examinando el que apareció al alzarse el telon.*]

Tendrá iniciales ó cifra.....

[*Tomando la luz que estaba sobre la chimenea y acercándose al saco.*]

Veamos. Aquí está el rótulo.....
No lo dije? *Juan García*
con todas sus letras.

[*Dejando otra vez la luz sobre la chimenea y calentándose en ella.*]

¡Alma
candorosa y expansiva!....
Ya se ve, tanto ha cundido
la contagiosa manía
de las memorias autógrafas,
que ya cualquier sabandija
se da importancia escribiendo
las suyas.

[*Bostezando.*]

Esa ridícula
lectura ha sido un narcótico
para mí. El sueño me hostiga.....

[*Se quita la bufanda y la deja sobre una silla.*]

Bueno será recogerme.....
Allí hay una cama exigua.....
Á ver aquí?

[*Abre una hoja de las puertas vidrieras.*]

Esa es mejor;
y hay vidrieras y cortinas.

[*Quitándose el gaban.*]

La acoto. Para el biógrafo
aquella. Sobre esta silla
dejo el gaban y, vestido,
tiendo la raspa una horita,
si ántes no entra el mayoral
gritando: ea, al coche; arriba!

[*Entra en la alcoba con la gorra puesta y dejando la puerta entornada. En seguida asoma Pascuala la cabeza por la puerta de la derecha.*]

ESCENA VI.

PASCUALA.

No está por aquí el narciso
que quiere hacerme la corte.
Entremos y, por si forte,
estaremos sobre aviso.

[*Entra y deja sobre una silla, cerca de la mesa, una cesta donde trae lo necesario para servir la cena á don Juan.*]

¿Habrá hecho la picardía
ese hombre de Barrabas

de llevarse aquello..... Las.....
Memorias de Juan García?

[*Reconociendo el cajon.*]

No; en el cajon están puestas
como ántes. Vuelvo su honor
al otro.—Pero, Señor!
qué memorias serán estas?

[*Saca de la cesta el servicio y lo va colocando despacio.*]

Todos, más ó ménos fiel,
tenemos una memoria,
pero tantas..... Ya es historia!
Media resma de papel!—
Ah! ya caigo..... Quizá escribe
en su cuaderno don Juan
las memorias que le dan
en las cartas que recibe.

[*Ronquidos en la alcoba hasta el fin de la escena.*]

Quién ronca con tal furor?
El huésped recien venido
será..... Va á estar divertido
el otro pobre señor.
Válgame Dios, qué huracan!

[*Dirigiendo la voz hácia el catre.*]

Señor!.... La hemos hecho buena!
En la alcoba es donde truena.
Qué dirá luégo don Juan?
¡Viene el último y se zampa
en la alcoba del primero!
Qué osadía!

[*Acercándose á la alcoba.*]

Caballero!....

[*Suenan cada vez más los ronquidos.*]

Caballerito!.... Ya escampa!—
Entraré..... Pero ¡qué boba!....
Quien la acosaba en la sala
¿qué diria de Pascuala
viéndola entrar en la alcoba?

[*Retirándose.*]

Zape! Es muy avilantado.
Tengo honra; mas mi abuelita
decia bien, que quien quita
la ocasion quita el pecado.

[*Cesan los ronquidos.*]

ESCENA VII.

PASCUALA. D. JUAN.

Juan. [*Entra quitándose la bufanda.*]
Hola, niña!
Pasc. Ah!.... Bien venido.
Ya está aquí el otro viajero.
Juan. [*Buscando con la vista.*]
¿Dónde.....
Pasc. Con mucho salero
hizo en la alcoba su nido.
Juan. Oiga!....
Pasc. Hay gentes tan resueltas...
Á usted le correspondia,
que vino ántes. Picardía!....
Pero me guardó las vueltas.....
Juan. Eh! Cómo ha de ser! Prescindo.....
Pasc. Bondad de usted; mas su audacia
me enrita.—Y tiene otra gracia.
Juan. Cuál?
Pasc. Que ronca y de lo lindo.
Juan. Eso es lo peor.
Pasc. ¡El diantre
del hombre!....
Juan. Yo no le siento.....
Pasc. Ahora..... Pero hace un momento
roncaba como un sochantre.

[*Vuelven á sonar los ronquidos con variaciones, cesando despues y repitiéndose á intervalos.*]

Eh! Oye usted?
Juan. Dios me socorra!
Ahora muda la sonata.
Pasc. Sáquele usted de una pata.....
Juan. No, armaríamos camorra.....
Él dirá.....
Pasc. ¡Mal haya, amén.....
Juan. Que adrede nadie estornuda
ni ronca.....
Pasc. [*Oyendo un fuerte ronquido.*]
Aprieta!
Juan. Sin duda
es de tierra de Jaen.
Pasc. Si usted sufre esa porfía.....
Juan. Pche!.. y qué he de hacer?
Pasc. Norabuena.
Puedo ya subir la cena?
Juan. Cuando quieras, hija mia.

ESCENA VIII.

D. JUAN.

[*Sentándose á la chimenea.*]

Pues, señor, gracias á Dios,
nada de particular
me ha ocurrido en el billar.
He perdido tres *chapós*.....

ESCENA IX.

D. JUAN. D. LUIS.

Luis. [*Á la puerta.*]
Felices noches.
Juan. [*Levantándose.*] Felices.
Luis. [*Avanzando.*]
¿Me da usted razon..... (Ah, él es!)
Caballero.....
Juan. Señor mio.....
Luis. Por fin ya tengo el placer
de hallar á usted.....
Juan. Sí? Celebro.....
Luis. Con este son cinco ó seis,
los cuartos que he recorrido......
Juan. Pero.....
Luis. Me conoce usted?
Juan. No tengo el honor.....
Luis. Yo soy
Luis Ordoñez Esquivel.....
Juan. Muy señor mio.
Luis. Teniente
de reemplazo.....
Juan. Está muy bien.
Luis. Muy mal, digo yo. Han faltado
á la razon y á la ley
declarándome excedente,
cuando hay por lo ménos cien
ménos antiguos que yo
que han obtenido el *relief* (*).
Juan. Será verdad, mas la culpa
no es mia. Eso..... al coronel.....
Luis. Cierto; ustedes los paisanos
no tienen nada que ver.....
Juan. En fin, ¿no sabré el objeto
de.....
Luis. De mi visita?
Juan. Pues.
Luis. Yo jugaba en el billar
una guerra.....
Juan. Ah! sí; ya sé.....
Áun no habia reparado.....
Luis. Miéntras usted y otros tres
jugaban en otra mesa
chapós.
Juan. El relato es fiel
hasta ahora; mas no alcanzo.....
Luis. Yo vengo á que usted me dé
sin excusa ni demora.....
Juan. Yo! (Qué quiere este hombre?...)
Luis. Á fuer
de caballero, la justa
satisfaccion.....
Juan. Yo ¿de qué?
por qué? sobre qué?
Luis. Silencio!
Usted se riyó.....
Juan. De quién?
Luis. Voto á briós!.... De mí.
Juan. Es verdad
que riendo celebré
los chistes que usted decia,
su marcial desinteres,
sus porvidas, sus tacazos,
sus gestos.....
Luis. Pesia Luzbel!....
Juan. Pero.....
Luis. ¿Acaso tengo yo
en la cara un entremes?

[*Vuelven á sonar los ronquidos.*]

Juan. Hombre!....
Luis. Á mí nadie me insulta.
Juan. Y ¿quién trata.....
Luis. Es menester
que vayamos á batirnos
al instante.
Juan. Por la fe
de hombre honrado juro...
Luis. Nada!....
Juan. Que léjos de.....
Luis. No hay cuartel.
Juan. Pero, señor, por tan frívolo
pretexto es una sandez.....
Voy de viaje..... No he cenado.....
Luis. No importa.
Juan. Es cosa cruel.....
Luis. Cobardía!
Juan. Hum!
Luis. ¡Afligirse,
temblar como una mujer
cuando.....
Juan. Basta!—Al fin me saca
de mis casillas.—Y aquel
pertinaz solfeo..... Eh! vamos,
acabemos de una vez.
Luis. Armas?
Juan. ¿Qué sé yo.....
Luis. Pistolas?

[*Tentándose los bolsillos.*]

Dos llevo cargadas.
Juan. Bien.
Luis. Padrinos?
Juan. Son excusados.
Luis. Á veinte pasos.....
Juan. No; á diez.
Es de noche y.....
Luis. Cierto.
Juan. (Oh Laura!)
La bufanda me pondré.....

[*Lo hace.*]

Luis. ¡Va usted á morir, y teme
que el frio curta su piel!
Juan. Pronto canta usted victoria.

(*) Rehabilitacion en su empleo, colocacion en servicio activo. Es deplorable la plaga de voces francesas de que está infestado nuestro lenguaje militar, tales como la que motiva esta nota, y *detall*, *retreta*, *cadete*, *edecan*, etc., etc.

(Por fin ya puedo poner
en mis memorias biográficas
algo decente. Despues....)

Luis. Vamos.....

Juan. [*En voz baja viendo entrar á Pascuala.*]

Silencio.

ESCENA X.

D. JUAN. D. LUIS. PASCUALA.

Pasc. [*Trae una sopera, que deja sobre la mesa.*]

La sopa.

Juan. Déjala. Tengo que hacer.
Vuelvo pronto.

Luis. Sí, en un verbo.....

[*Á D. Juan en voz baja.*]

Dando vuelta á la pared
se sale.....

Juan. Hasta luégo. (Oh Laura!)

Luis. Adios, cara de clavel.

ESCENA XI.

PASCUALA.

¿Adónde irá tan de prisa
y á deshora? Esto me asusta.
El otro hombre... Hum! no me gusta
á pesar de su sonrisa.
¿Tan urgente es el asunto
que no le ha dado lugar
siquiera para cenar?
Nada bueno me barrunto.
¿Quién sabe, ay Dios! si le llama
para armar una quimera?
Pero ¿á qué santo?.... Si fuera
con el que ronca en la cama.....
Hombre que con tal pacencia
sufre...., Vírgen del Socorro!....
á semejante abejorro,
con naide tendrá pendencia.—
Ya calla. Gracias á Dios!

[*Dentro un bostezo pronunciado.*]

Ahora creo que bosteza.....
Cruje el catre..... Se espereza.....

[*Dentro tos.*]

Se ha despertado. La tos.....
No se habrá echado la manta
al tenderse á la bartola,
y ahora..... Siento ruido..... Hola!
Parece que se levanta.
Yo escapo. No estoy tranquila.
Pero si me llama.....

Pedro. [*Dentro.*] Moza!

Pasc. No lo dije?—Si retoza
le casco con la badila.

[*Sale D. Pedro de la alcoba con la gorra puesta, se dirige á la silla donde dejó el gaban, y se lo pone. Pascuala se retira hasta la mesa, y hace como que la arregla.*]

ESCENA XII.

D. PEDRO. PASCUALA.

Pedro. Pronto volverá á rodar
la góndola por la ruta
de Valencia.—Como soy,
que está la noche muy cruda.

[*Al volverse de espaldas á la chimenea, despues de darse un calenton por delante, ve á Pascuala.*]

¡Hola, estás aquí, lucero,
y te llamo, y no me escuchas!

Pasc. Qué manda usté?

Pedro. Un vaso de agua,
si no lo tomas á injuria.

Pasc. [*Sin mirarle.*]

Si me hago la remolona
usted se tiene la culpa.

Pedro. Por-qué, huraña de mis ojos?
Porque te quiero y me gustas.....

Pasc. Por eso y por lo demas.

[*Echa agua en un vaso.*]

Pedro. Lo demas! De qué me acusas?

Pasc. De usurpar la hacienda de otro.

Pedro. Niña, mira que me insultas.

Pasc. La cama.....

Pedro. Ah! ya. Buen regalo!
Está infestada de pulgas.

Pasc. Calle! Pues lo que es á usted
no le habrán picado muchas.
Vaya un modo de roncar!

Pedro. Alguna mala postura.....
Soñaba..... El agua, y despues
te contaré mis angustias.

Pasc. [*Mirándole con atencion al presentarle el vaso de agua en un plato.*]

Jesus mil veces, Jesus!

Pedro. Muchacha! De qué te asustas?

[*Toma el vaso, bebe y lo vuelve á poner en el plato.*]

Pasc. Estoy soñando, ó despierta?—
Quién es usted?

Pedro. Yo? ¡Pregunta
singular!

Pasc. [*Dejando el plato sobre la mesa.*]

Ó es usted brujo
ó no los ha habido nunca.
Salió usted hace un istante
por la puerta; no hay más que una...;
y ahora..... aquí...

Pedro. Si entiendo jota...

Pasc. Pero ¡sí yo..... Qué locura!
Si no me he movido!

Pedro. Acaba.....

Pasc. Vamos, yo pierdo la brújula.....
¿Es usté hermano carnal
del otro? Sí, sí, no hay duda.

Pedro. De don Juan García?

Pasc. Pues.

Pedro. Miéntras mi madre ó la suya
no declaren otra cosa
somos de distinta alcurnia.

Pasc. Pues bien, uno de los dos
es el demonio en figura
de..... del otro. No se ha visto
entre humanas criaturas
semejanza..... semejante.

Pedro. Qué estás diciendo? Te burlas?

Pasc. No.

Pedro. Tanto nos parecemos?

Pasc. Lo propio que dos lechugas
de un mismo huerto ó dos gotas
de agua. En todo; en la estatura,
en la cara....; hasta en la voz.

Pedro. De véras? Con eso aguzas
mi curiosidad de verle.

Pasc. Vamos, si ustedes se júntan
naide sabrá.....

Pedro. Y en el genio
¿tenemos tambien alguna
semejanza?

Pasc. Ay! eso no;
porque él parece de azúcar;
tan amable, tan juicioso....;
y usted es peor que Júdas.

Pedro. [*Para sí.*]

Moralmente, yo no puedo
parecerme á quien ocupa
sus ocios en escribir
esas memorias insulsas.

Pasc. Yo no habia reparado.....
Como entró usted tan de bulla
y tapado hasta los ojos
con la bufanda.....

[*Dentro pasos y rumor confuso.*]

Una voz. Aquí! Alumbra!

ESCENA XIII.

PASCUALA. D. PEDRO. EL CIRUJANO. EL CONCEJAL. MOZOS. LA RONDA.

Pasc. Qué es esto?

[*Precedidos del Cirujano y de un mozo, que trae una vela encendida, entran otros cuatro conduciendo una camilla cubierta. Los sigue el Concejal con su ronda.*]

Cirujano. Adentro!

Pasc. Ay de mí!

Cirujano. No es este el número tres?

Pasc. Sí.

Cirujano. Aquí nos dijo.....

Pasc. Ay, él es!

Cirujano. [*Á los mozos.*]

Despacio.—Una cama.....

Pasc. [*Indicando la alcoba.*] Allí.

[*Abre corriendo las puertas vidrieras y mulle y arregla la cama, que se verá en el fondo de la alcoba, miéntras llegan á ella los mozos con la camilla y el que alumbra.*]

Pedro. Aquí una camilla! ¿Á quién
conducen?

Concejal. Á un forastero.

Pedro. Sin duda mi compañero
de cuarto.....

[*Los mozos sacan de la camilla á don Juan, que está sin movimiento, y le tienden en la cama. D. Pedro sigue hablando en voz baja con el Concejal.*]

Cirujano. [*Junto á la vidriera.*]

Con tiento!—Bien.—
Ahora idos con la camilla.

[*Salen de la alcoba los mozos con la camilla y se retiran.*]

Deja tú sobre esa mesa
la luz.

[*El mozo que alumbraba deja el candelero sobre una mesita de noche que habrá junto á la cama.*]

Pasc. [*En la alcoba contemplando á don Juan.*]

Ay santa Teresa!

Cirujano. [*Cerrando una hoja de la vidriera.*]

Salte tú tambien, chiquilla.
Le vamos á desnudar.

[*Sale de la alcoba Pascuala.*]

Pasc. Qué desgracia! qué traicion!
No mintió mi corazon

cuando..... Ay Vírgen del Pilar!
Cirujano. Eh!.... Calla.
Pasc. Tiene mal gesto
aquel hombre.....
Juan. [*Con voz muy débil.*]
Ah!
Cirujano. Ya respira.
Pasc. Bribon! Le tengo una ira.....
Cirujano. [*Entrando en la alcoba y acabando de cerrar.*]
Trapos..., vendas..., agua.... Presto!

ESCENA XIV.

D. PEDRO. EL CONCEJAL. LA RONDA.

Concejal. Pues, como digo, iba yo
rondando por esas calles
de Dios, servicio que hacemos
por turno los concejales
con los vecinos honrados
que nombra el señor alcalde.
Oigo dos tiros; acudo,
y entre un arroyo de sangre
encuentro á aquel infeliz
dando lastimeros ayes.
Á su lado una pistola.....
Pedro. Suicidio?
Concejal. No muy distante
vimos otra, y esto prueba
que ha sido herido por álguien
en duelo.—Mando llamar
al cirujano al instante.
Por lo que hace al agresor,
á tales horas no es fácil
su captura, ni áun saber
cuál es su nombre, su clase
y su domicilio miéntras
el herido no declare.
Pedro. Cierto.
Concejal. Y ya ve usted que ahora.....
Voy á practicar, no obstante,
las posibles diligencias.....
Pedro. Bien hecho.
Concejal. Ya he dado parte
á la superioridad.....
Pedro. Ah! Pues entónces.....
Concejal. Más tarde
volveré.....
[*Á su ronda.*]
Vamos, señores.—
Y si se salva el cadáver.....
Pedro. El cadáver?
Concejal. Es decir,
el que está herido en el catre.
Él dirá..... Conque, hasta luégo.
Pedro. Servidor.....
Concejal. Que usted descanse.

ESCENA XV.

D. PEDRO. EL CIRUJANO.

Pedro. [*Arrimándose á la chimenea.*]
Es donoso el ciudadano
concejal.
Cirujano. [*Saliendo muy oficioso de la alcoba, cuya puerta deja entornada, con una cartera y el retrato que sacó D. Juan en la escena primera.*]
¿Habrá quien guarde
estos efectos.....
[*Á D. Pedro, dejando la cartera y el retrato sobre la chimenea.*]
Ah! usted
que es compañero de viaje.....
Pedro. Yo.....
Cirujano. [*Volviendo apresurado hácia la alcoba.*]
Voy.....
Pedro. Cómo está el herido?
Cirujano. Al tiempo de desnudarle
se me ha vuelto á desmayar;
pero no hay cuidado; late
su pulso..... Perdone usted.
[*Vuelve á entrar en la alcoba.*]

ESCENA XVI.

D. PEDRO.

Pobre hombre! Pero ese lance
nocturno..... es cosa..... Un retrato!
[*Tomándolo.*]
Veamos.
[*Mirándolo.*]
Hermosa imágen!
Qué ojos! qué boca! qué gracia!
[*Sigue contemplando el retrato.*]

ESCENA XVII.

D. PEDRO. PASCUALA. EL CIRUJANO.

Pasc. [*Trayendo lo que dirá.*]
Qué noche, Vírgen del Cármen!
Agua y jofaina hay allí,
pero por si no hay bastante
traigo otra, y vendas, toballa.....
Está mejor?
Pedro. [*Absorto en la contemplacion del retrato.*]
Es un ángel!

Pasc. Yo lo creo. Pobrecito!....

Cirujano. [*Saliendo de la alcoba.*]
Á buen tiempo vienes. Dame.....

[*Se oye un débil quejido del paciente.*]

Ahora le haremos la cura.
Entra.

Pasc. Me tiemblan las carnes.

[*Queda la puerta de la alcoba entornada.*]

ESCENA XVIII.

D. PEDRO.

Vuelvo á mi dulce trasporte.

[*Mira un momento el retrato y dirige en seguida una ojeada á la alcoba.*]

¿No es un cargo de conciencia.....
Pero ¿la dejó en Valencia,
ó va á buscarla á la Corte?
Si hablara esta copia muda,
ella diria..... Ah, pardiez!....
Esa cartera tal vez
me sacará de la duda.

[*Toma la cartera y la registra.*]

Dicho y hecho. Un paquetito
de cartas..... Á ver, á ver?

[*Saca una y lee en ella.*]

«Madrid.....» Letra de mujer.—

[*Leyendo á la vuelta.*]

«Laura.»-Hasta el nombre es bonito.-
Qué más prueba? El bello encanto
allí queda...., y medio muerto
aquel hombre..... ¿Será cierto
que se me parece tanto?—
Miremos, por sí ó por nó,
con disimulo.....

[*Mira por entre las dos hojas de la vidriera.*]

Ah! no miente
la muchacha. Es sorprendente
la semejanza. Soy yo!

[*Separándose de la alcoba.*]

Es singular..... Ah! me asalta
una idea...., una diablura.....
La ocasion...., mi travesura.....

[*Volviendo á mirar el medallon.*]

Este retrato me exalta!
Con él y con este lio
de epístolas amatorias.....
Oh! No es nada! Y las memorias!....
Ah!....

[*Sintiendo moverse la vidriera, se pone de espaldas á la chimenea con las manos atras.*]

ESCENA XIX.

D. PEDRO. PASCUALA.

Pedro. Qué hay? Cómo está?

Pasc. Dios mio!
Le está curando la herida
el cirujano. Es atroz!
Dice.....—me falta la voz—
que está en peligro su vida.

Pedro. Dónde tiene la lesion?

Pasc. [*Señalando al morcillo de su brazo.*]
Salvo la parte. Ay! quizá
tendrá que hacerle.....

Pedro. Qué?

Pasc. La.....
Eso..... La..... diputacion.

[*Hace ademan de cortarse el brazo.*]

Pedro. Sí. (Zape!)

Pasc. Es cosa cruel.....
Me ha dicho que haga llamar
al médico titular
para hacer junta con él.

[*Sollozando.*]

Pobrecito!.... Y no hace extremos
ni..... Yo lloro á todo trapo.
¡Cortar á un mozo tan guapo
uno de los cuatro remos!

ESCENA XX.

D. PEDRO.

Lo he resuelto: le suplanto,
y salga el sol..... Estoy solo.....
Al avío! La bufanda.....

[*La toma y se la pone.*]

Bueno es ocultar el rostro.—
No me esperan en Valencia
ni parientes ni negocios.
Viajaba por distraerme,
no más, y pues ya lo logro,
no hago ningun sacrificio
yendo á Madrid de retorno.
Al contrario, si la empresa
sale bien.....

[*Abriendo el cajon y sacando el manuscrito.*]

Ea! me apropio

las consabidas memorias.
El diantre del protocolo!....

[*Doblando el cuaderno y metiéndoselo en uno de los bolsillos del gaban.*]

Fortuna es que mi gaban
tenga bolsillos tan hondos.—
Aquí las cartas.

[*Las guarda en otro bolsillo.*]

Y á ti,
retrato del bien que adoro,

[*Besando el retrato.*]

Laura, hermosa Laura!...., al lado
del corazon te coloco.

[*Guarda el retrato en el bolsillo interior del costado.*]

Aquí, abrigadita!—Oh! ¿quién,
á no tenerlo de corcho,
condenará la locura
á que por ella me arrojo?
Y aunque se parezca á mí
el malhadado biógrafo,
¿merece quien tal escribe
poseer este tesoro?—
Provisto de documentos
tan fehacientes, supongo
que nadie..... Pero, ah! me falta
el más esencial de todos;
el pasaporte.

[*Tomando la cartera de D. Juan.*]

Busquemos.....

[*Sacando un papel.*]

Este será. Lo desdoblo.....

[*Recorriéndolo con la vista.*]

«Em... Don Juan García...» Bravo!

[*Registrando la cartera.*]

Queda otro papel más corto.....

[*Examinándolo.*]

El billete del asiento.—
Berlina.—Tambien lo tomo.

[*Saca su propia cartera y de ella unos papeles, que coloca en la de D. Juan, dejando ésta sobre la mesa.*]

Le dejaré en su lugar,
que si no sería un robo,
mis documentos de viaje,
y aquí los suyos recojo.

[*Traslada á su cartera los papeles que acaba de sacar de la otra y la guarda.*]

Magnífico! Así á lo ménos
dará el pobre testimonio
de ser..... álguien; y si muere
del golpe, será gracioso
que para él sea la tumba
y para mí los responsos.

ESCENA XXI.

D. PEDRO. EL CIRUJANO.

Cirujano. Pascuala!...
Pedro. ¿Qué tal se encuentra....
Cirujano. Está bastante animoso;
pero la herida es terrible,
y me temo que irá al hoyo
si no se le amputa el brazo
á dos pulgadas del hombro.
Pedro. Diablo!....
Cirujano. Voy á hacerle ahora
una sangría en el otro.—
Muchacho!

[*Sale el mozo que estaba dentro de la alcoba.*]

Que te den agua
caliente. Corre y ven pronto.

[*Vase el mozo.*]

Pedro. Yo tendria mucho gusto
en asistir á ese prójimo
doliente, pero la góndola
va á partir.....
Juan. [*En la alcoba.*] Ay!..
Cirujano. Adios... Le oigo
quejarse.....

[*Entra en la alcoba.*]

ESCENA XXII.

D. PEDRO.

Con parecerme
tanto al herido, me azoro
y creo casi que es mio
el brazo que ese antropófago
quiere mutilar.

ESCENA XXIII.

D. PEDRO. PASCUALA.

Pasc. El médico
va á venir. Ay san Antonio!
¿Qué hacen.....
Pedro. Le van á sangrar.
Pasc. Aun más sangre? Pobre mozo!

[*Vuelve el que fué á pedir agua, la trae en una cafetera y entra en la alcoba dejando la puerta entornada.*]

Pero ¿qué hace usted aquí
con tanto sosiego?

Pedro. Cómo!....

Pasc. Vivo! Ya están enganchando
las dos góndolas.

Pedro. Demonio!
Y tú sin decirme nada!

Pasc. Ya ve usted, con el trastorno.....

Pedro. Maldita!.... El saco de noche.

[*Toma el suyo y vase corriendo y gritando.*]

Ya voy! Esperarse un poco!

ESCENA XXIV.

PASCUALA.

Entraré?.... No, no; me asusto
de ver la sangre de un pollo,
cuanto ni más.....

[*Mirando por entre las dos hojas de la puerta.*]

Ya le frotan.....
Temo que me dé un soponcio
y, no estante, la maldita
curiosidad..... Tanto sobo!....
Ay! Ya saca la lanceta.
Yo sudo..... Yo me acongojo.

ESCENA XXV.

PASCUALA. EL MÉDICO.

Médico. ¿Quién llamaba aquí al doctor.....

[*Andando hácia la alcoba.*]

Será allí.....

Pasc. Jesus!

[*Se vuelve tambaleando y cae desmayada en los brazos del Médico: al mismo tiempo se oye el ruido de una diligencia que sale del parador al son de las campanillas de las mulas y los gritos del mayoral.*]

Médico. Socorro!

ACTO SEGUNDO.

La accion de este acto y el siguiente pasa en Madrid, en casa de doña Gregoria. Sala amueblada con elegancia. La puerta principal en el foro, dejando ver una pieza de paso, que por la derecha del actor conduce á la escalera, y por ambos lados á otras habitaciones. En los bastidores de la derecha la puerta de un gabinete: en los de la izquierda un balcon: mesa con escribanía; copa de laton con lumbre.

ESCENA I.

LAURA. DOÑA GREGORIA.

[*Aparecen vestidas como para salir á la calle: Laura está mirando por el balcon.*]

Gregor. Laura!.... Maldito balcon!
Laura!

Laura. [*Separándose del balcon.*]
Voy.....

Gregor. Y entra un poleo!....
Por Dios, cierra esa vidriera.

[*La cierra Laura.*]

¡Si no ha de venir más presto
porque te asomes!

Laura. Señor!...,
¿qué hace ese hombre tanto tiempo
en Valencia?

Gregor. Bah! seis meses.

Laura. No tal: seis meses y medio.

Gregor. Para arreglar sus asuntos
no se necesita ménos.

Laura. ¿Qué asuntos ni..... Para un novio
no hay más que un asunto serio;
pensar en la prenda amada
y apresurar el momento
de santificar su amor
en las aras de Himeneo.

Gregor. ¿Y acaso don Juan García
abriga otro pensamiento?
Mas una vez convenido
vuestro consorcio, y resuelto
á fijar su residencia
en Madrid, quiso primero
vender algunas tahullas
de huerta y otros efectos

que allí tiene.....
Laura. Esos asuntos
se arreglan por otros medios.
Hay agentes, mayordomos.....
Con uno y otro pretexto
verá usted cómo se queda
por allá todo el invierno.
Ah! no tiene tanto afan
porque se haga el casamiento
como.....
Gregor. Como tú?
Laura. Yo? Vaya!....
Aunque en el alma le quiero,
el retardo de la boda
no me quitaria el sueño
si estuviera aquí García;
pero á tal distancia..... temo.....
Las valencianas, mamá,
si no exagera su mérito
la fama, son muy bonitas
y sagaces en extremo.
¡Ya tendrá agallas el pez
que se libre de su anzuelo!
Gregor. Pueril temor. Un muchacho
tan honrado y tan sincero
no es capaz de una falsía..
¿Tienes algun fundamento
para dudar de su fe?
No escribe cada correo?
Laura. Oh! sí, por las cuatro caras,
y nunca ha estado más tierno,
más dulce, más cariñoso
que en su última carta; pero.....
Gregor. Vamos, qué?
Laura. No fija el dia
del suspirado regreso.....
Gregor. Quizá de intento lo calla
porque quiere sorprendernos.
Laura. Yo.....
Gregor. No ofendas su memoria
con tan injustos recelos,
y vamos, que se hace tarde
y ya sabes que áun tenemos
algunas compras que hacer,
para que lleves completo
tu ajuar de boda. Supongo
que, siendo tan caballero
y tan rico y tan amante
el que aspira á ser mi yerno,
te regalará unas vistas
magníficas; pero hay ciertos
artículos que una novia
sólo puede, sin descrédito,
recibirlos de su madre.
Ropa blanca, por ejemplo.....
Una parte de la tuya
ya está andadilla, y no debo
permitir.....

[*Llamando.*]

Rita!
Rita. [*Dentro.*] Allá voy!
Gregor. [*Á Laura.*]
Va torcido el chal?
Laura. No.
Gregor. ¿Llevo
algun fraile?
Laura. No, señora.

[*Llega Rita.*]

Gregor. Nos vamos.
Rita. Bien.
Gregor. Hasta luégo.
Si viene la costurera,
que nos espere un momento.

ESCENA II.

RITA.

Si van de compras, ya tienen
para un buen rato. Primero
que encuentren tela á su gusto
en color, dibujo y género,
correrán todas las tiendas
de Madrid. Pobres mancebos!
Y luégo la interminable
machaca del regateo,
y una larga discusion
hasta ponerse de acuerdo
lo que ha sumado la pluma
con lo que cuentan los dedos.....
Segun los preparativos
y la impaciencia que observo
en hija y madre, tan pronto
como venga el otro sexo
se hará la boda. ¡Qué dia
de alborozo y regodeo!
Ay! yo vestiré á la novia,
y acá para mis adentros
sentiré con alma y vida
no seguir tan buen ejemplo.
Pero me hará don Juanito
un buen regalo, y los duelos,
como dice aquel adagio,
con pan...

[*Oyendo pasos en el foro.*]

Quién?.. Ah, es él!
Pedro. [*Apareciendo en el foro.*] *Laus Deo.*

ESCENA III.

RITA. D. PEDRO.

Rita. Don Juan!
Pedro. Chica!
Rita. Qué alegría!
Pedro. ¡Voto á..... (Buen principio!) Deja

que te abrace.

[*La abraza.*]

(No es maleja.)

Rita. Vuelve usted guapo, á fe mia.

Pedro. Pche!

Rita. Cuándo ha llegado el coche?

Pedro. [*Sin soltar á Rita.*]

Poco ha.

Rita. [*Separándose, pero hablándole con dulzura.*]

Vamos, eh!.... Ya basta.

Pedro. (No era de tan buena pasta
la posadera de anoche.)

Rita. (Es tan amable y tan bueno!)

Pedro. ¿Dónde....

Rita. Viene usted.... Sí....

Pedro. Eh?

Rita. Tan gordo como se fué,
pero un poco más moreno.

Pedro. Sí? El sol..... Y mi Laura bella?

Rita. Tan guapa, que es una gloria.

Pedro. ¿Y..... mamá?

Rita. Doña Gregoria?
No pasan dias por ella.

Pedro. Dónde están? Guíame.... Oh Dios!...

Rita. No esperan hoy al marido,
y á hacer compras han salido
hace un momento las dos.
Mucho es no haberse encontrado....

Pedro. Llevarán rumbo distinto.

Rita. Pues, y es tal el laberinto
de este Madrid..... Mal pecado!....

Pedro. Ahora en albricias, chiquilla,
del gozo con que me ves,

[*Dándole un napoleon.*]

toma este busto frances
avecindado en Castilla.

Rita. Gracias. (Un napoleon!
Poco es. Yo estaba esperando.....
Mas ya echará el resto cuando
reciba la bendicion.)
Qué ha hecho usted del equipaje?

Pedro. Ah!.... Me he vestido en la fonda
y allí..... (No sé qué responda.)
Hasta que tome hospedaje.....

Rita. Pues ¿no está resuelto ya
que se venga usted aquí
con nosotras.....

Pedro. (Qué oigo!) Sí;
despues que me case.....

Rita. Ba!
Desde hoy.

Pedro. Desde hoy.....

Rita. Es notorio.

[*Mostrando la puerta de la derecha.*]

En aquel cuarto. Lo han puesto
muy bonito, aunque modesto.

Pedro. Yo....

Rita. Parece un oratorio.
Yo sé que doña Gregoria
dijo á la niña.....

Pedro. Se entiende.

Rita. Que escribiera.....

Pedro. (¿Quién aprende
tantas cartas de memoria?)

Rita. (Viene un si es no es distraido.)

Pedro. Sí, aquel cuarto..... Ya lo sé;
pero es abusar.....

Rita. Por qué?
En vísperas de marido.....
Pues si dice usted que nó,
lo van á tomar á mal.

Pedro. Siendo así no diré tal.
(Buen tonto sería yo!)

Rita. El cuarto es independiente,
porque tiene otra salida
al pasillo.

Pedro. Bien, querida.

Rita. Y hay alfombra, y trasparente.....
Si quiere usted que le dé
á conocer la vivienda
miéntras vuelven de la tienda.....

Pedro. [*Sacando las memorias.*]

Ahora no; gracias..... Ya iré.....

[*Sentándose junto á la copa.*]

Aquí, al amor de la lumbre,
dar un repaso deseo.....

Rita. Ah! las memorias..... Ya veo
que sigue aquella costumbre.

Pedro. Sí; este es un solaz moderno
á que mis ocios dedico.

Rita. Pues en seis meses y pico
ya habrá crecido el cuaderno.

Pedro. Ya ves; nunca falta asunto
á un cronista de conciencia,
y yo, lo mismo en Valencia
que en Madrid, todo lo apunto.

Rita. Todo?

Pedro. Todo.

Rita. Esa no cuela.

Pedro. Cómo!

Rita. Sea usted sincero.
¿No ha quedado en el tintero
alguna picardihuela?

Pedro. Ah! no, no. Fálteme el aura
vital si un solo momento
ni con un mal pensamiento
he sido infiel á mi Laura.

Rita. (Siempre fué un bendito.)

Pedro. [*Leyendo en las memorias.*]

«Dia....»

Rita. Conque, si usted no me manda
algo.....

Pedro. No, niña.

Rita. Voy.....

Pedro. Anda.

Rita. Abur.
Pedro. Adios, hija mia.
Rita. Hija..... Niña... Eso es muy tierno;
pero..... ¿ha olvidado usted ya
cómo me llamo?
Pedro. No. Quiá!
Rita. Pues.....
Pedro. (No consta en el cuaderno!)
Así te pruebo mi agrado.
Rita. Bien, pero el nombre no empece.
Sin él, qué sé yo?.... parece
que una no se ha bautizado.

Pedro. [*Disimulando su apuro con la aparente lectura de las memorias.*]

Eh! lo mismo da..... (Maldita!....
Oh! al diminutivo acudo
y fingiendo un estornudo
salgo.....) Vaya, adios....,

[*Figurando que estornuda al pronunciar las primeras letras de un nombre propio y articulando distintamente las últimas.*]

......ita.
Rita. Así me llamo, así.
Pedro. Es claro.
(Áun no sé....) Yo no soy hombre
de olvidar.....
Rita. Rita de nombre.....
Pedro. Pues.

Rita. [*Haciendo una cortesía.*]

Y de apellido, Alfaro.

ESCENA IV.

D. PEDRO.

[*Levantándose.*]

Me he salvado en una tabla.
Ya principian los apuros,
y apénas..... Mas no se diga
que ántes de luchar sucumbo.
La criada, *Rita Alfaro*,
sin vacilar un minuto
ha confirmado en la mia
la persona del futuro.
El primer paso está dado
y es de favorable anuncio.
Por el camino he leido
este cronicon insulso.
Gracias al pueril candor
con que lo ajeno y lo suyo
refiere aquí el individuo
que á suplantar me aventuro,
sé ya su vida y milagros,
sin faltar coma ni punto.
Fácil me ha sido imitar
su letra. Al ver estos últimos
renglones, no dirá nadie
que son de distinto puño.

[*Vuelve á guardar las memorias.*]

Prudencia, sagacidad,
valor, y mio es el triunfo.—
El don Juan es hombre rico;
de sus memorias lo induzco,
y acaso esta circunstancia
ha tenido algun influjo
en el amor de la niña,
al paso que mi peculio
no excede de una modesta
medianía; pero el único
objeto de mi ambicion
es Laura.—Si ya es difunto
Juan García, en realidad
la heredo, no se la usurpo:
si el cuitado sobrevive
al atentado quirúrgico,
Laura ganará en el cambio,
pues al fin yo no soy zurdo
ni manco.—El pobre mancebo
rugirá como energúmeno
si vuelve y ve á su adorada
en brazos de un sustituto.
Mas ¿quién le mandaba al necio
escribir con tal escrúpulo
el diario de su vida?
¿Qué Federico Segundo,
qué Napoleon es él
para tener tanto orgullo?
¿Qué novio va de camino
y arriesga en duelo nocturno
un brazo cuando su amada
le está esperando en los suyos?
Abren la puerta..... ¿Será.....

[*Mirando desde el foro.*]

Sí, aquel hermoso dibujo
es Laura. Linda! Hechicera!
No la aduló ni con mucho
el pintor.—Aquella otra.....
Será la mamá..... Seguro!
Perfecto tipo de suegra!—
Despiden á un mameluco
que parece hortera..... Cielos!
Ya vienen..... Me tiembla el pulso.
Amor, astucia, ayudadme!
Soy perdido si me aturdo.

ESCENA V.

D. PEDRO. DOÑA GREGORIA. LAURA.

[*Al entrar deja doña Gregoria sobre una silla dos ó tres paquetes ó lios de telas nuevas.*]

Pedro. Laura!

[*La toma una mano.*]

Laura. Ah!.... Juanito!
Pedro. Mamá!

Gregor. [*Dándole la mano que él toma sin soltar la de Laura.*]
García!
Laura. Oh sorpresa!
Pedro. Oh gozo!
Mi.....
Gregor. Bien venido, buen mozo!
Pedro. Mi amor!....
Gregor. Lo vés? Aquí está.
Pedro. (¡Si me atreviera....)
Gregor. ¡Qué tibia
estás!.... ¿Qué haces tú, pelmazo,
que no la das un abrazo?
Pedro. [*Abrazando á Laura.*]
Laura!....
Laura. Juan!...
Gregor. Bien! Eso alivia.
Pedro. (Le daria un beso ó dos,
mas no sé si el otro.....)
Gregor. Ven.
Abrázame á mí tambien.
Pedro. [*Abrazando á doña Gregoria.*]
Sí. (Todo sea por Dios!)
Laura. ¿Por qué no darnos aviso
de tu llegada?
Gregor. Á qué santo?
Tiene el placer más encanto
cuando viene de improviso.
Pedro. No quise, dulce embeleso,
que estuvieras con cuidado
si un accidente impensado
retardaba mi regreso.
Gregor. Bien dice.
Laura. ¿Ha quedado allí
todo arreglado?
Pedro. Sí, prenda.
Gregor. Se vendió toda la hacienda?
Pedro. Sí.
Gregor. Se ha hecho negocio?
Pedro. Oh! sí.
Gregor. Muy bien.—Vienes de Valencia
más gordo.
Pedro. Aquel aire.....
Laura. No.
Más flaco le encuentro yo.
Pedro. Puede.... El dolor de la ausencia....

ESCENA VI.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. PEDRO. RITA.

Rita. La costurera que manda
doña......
Gregor. Ah! sí. Ya el contrayente
ha venido, y es urgente.....
[*Á Rita.*]
Coge esas piezas de holanda.
[*Rita toma los paquetes.*]
Aquí te dejo con Juan.....
Pedro. (Bendita sea tu boca!)
Gregor. Pero ¡cuidado!.... (Estoy loca
de alegría.) Adios, galan.

ESCENA VII.

LAURA. D. PEDRO.

Pedro. Laura!.....
Laura. ¿Vuelves tan amante
como el dia.....
Pedro. Oh! mucho más.
Hasta que valles y montes
me han separado, ¡oh crueldad!—
del tesoro de tus gracias,
no lo he sabido apreciar
en lo que vale. Otro abrazo!
Laura. Quieto! Vienes muy marcial.
Pedro. (Se rebela.) Por ventura
¿no es legítimo mi afan
despues de tan larga ausencia?
Laura. Sí, pero mi honestidad.....
Pedro. Ántes me abrazaste.....
Laura. Aquel
fué un impulso natural,
y además obedecí
el mandato de mamá.
Pedro. ¿Deberé yo á tu cariño
ménos que á su autoridad?
Laura. La autoridad de mi madre
es poco: áun te falta.....
Pedro. Cuál?
Laura. La del cura.
Pedro. Ba! Y sin ella
¿no podemos, voto á san.....
Laura. Qué oigo! Juras!
Pedro. No. (Es gazmoña.)
Este es un modo adverbial.....
Mas creo que sin escándalo,
pues sola conmigo estás,
podrias anticiparme
un favorcillo venial
como en prenda de la fe
que ha de llevarte al altar.
Laura. Ingrato, injusto!.... Te quejas
de mi desden, y quizá
si ménos rígida fuese
culparas mi liviandad.
Pedro. Ah! no.....
Laura. Vamos, no porfíes,
ó me voy.....
Pedro. No, no haré tal!
Laura. Así me gusta. Sentémonos.
Tenemos mucho que hablar.
[*Se sientan junto á la lumbre.*]
Pedro. Oh! sí, sí. (Perico, en guardia!
Por dónde principiará?)
Laura. Más de seis meses sin vernos,
ya ves..... En primer lugar,

qué me traes de Valencia?
Pedro. Yo..... (Contratiempo fatal!)
Laura. Vaya!
Pedro. (En el saco de noche
traeria el otro galan
sin duda.....)
Laura. No me contestas?
Pedro. (Necio!.... Yo debí cargar
con él.) Vas á incomodarte
si te digo la verdad.
Laura. Por qué? No te pido joyas
que valgan un dineral.....
Pedro. Ya sé.....
Laura. Cualquier bagatela
en prueba de amor.....
Pedro. Pues ya.
Laura. Entre dos que bien se quieren,
como nosotros.....
Pedro. Cabal.
Laura. Las prendas sólo se estiman
por la mano que las da.
Pedro. El caso es que..... no te traigo
más que..... un corazon leal.
Laura. ¡Cómo.....
Pedro. Viniendo á Madrid
no habia necesidad.....
Todo lo que allí se encuentra
es antiguo, ó provincial.....
No era cosa de traerte
melones de Guardamar,
ó chufas, ó.....
Laura. (Qué lenguaje!)
Pedro. Anduve hecho un azacan
en los últimos momentos,
porque tuve que arreglar
de improviso mi partida
y me instaba el mayoral.....
Laura. Frívola disculpa es esa,
pero la habré de aceptar
porqué no me califiques
de interesada y venal.
Pedro. Yo tal ofensa á mi Laura!
Laura. Ya basta.
Pedro. No soy capaz.....
Laura. Yo te perdono el olvido,
aunque, por lo regular,
cuando falta la memoria
no sobra la voluntad.
Pedro. Memoria? Ah! no; de la mia
no te separas jamás.
De la mia? He dicho poco.

[*Sacando el cuaderno y mostrando el título.*]

Mira: «Memorias de Juan.....»
Atrévete á desmentir
á este testigo..... plural.
Laura. No.
Pedro. ¿Puede acaso olvidarte
quien con tanta ingenuidad
te ofrece en este diario
su confesion general?
Laura. Oh! no exijo tanto..... Al fin,
yo no soy tu capellan.
Pedro. No obstante, al buen pagador
no le duelen..... Además,
dejé á un amigo el encargo
de que te comprara un chal
y otras cosillas.....
Laura. Ah! Gracias.
Pedro. Y el paquetito vendrá
con la primer diligencia.
Laura. Perdon!.... Te he juzgado mal.....
Pedro. Cruel! (Tiendas hay de sobra.
Luégo iré.....)
Laura. En signo de paz,
toma.....

[*Le da la mano.*]

Pedro. Oh mano peregrina!

[*Besándola hasta que Laura la suelta.*]

Esto es seda; esto es cristal.....
Laura. Quita!....
Pedro. Nieve..... No, que abrasa.
Laura. Vamos!
Pedro. Marfil, mazapan.....
Laura. [*Soltando la mano.*]

Basta! Qué locura es esta?
Pedro. La sueltas! Qué iniquidad!
Laura. Supongo que mi retrato.....
Pedro. [*Sacando el del acto primero.*]

Tu retrato? *Éccolo qua.*
Laura. Bien, esa prueba.....
Pedro. Tu busto
no se separa jamás
de mi corazon.—Y el mio?
Laura. No lo ves?
Pedro. [*Mirando á las paredes.*]

Dónde?
Laura. Bausan,
no mires á las paredes.
¿Te habia yo de colgar
como á un malhechor?
Pedro. [*Reparando en un alfiler con medallon que lleva Laura prendido al pecho.*]

Ah! ¡Oh Dios
de Israel y de Isaác!
Tanta dicha! tanta gloria!
yo en tan excelso lugar!
Yo..... á manera de *plus ultra*.....
Laura. Vamos, calla, que dirás
algun dislate.....
Pedro. Sí, oh júbilo!
Aquella es mi propia faz,
mi *vera effigies*..... Bien haya
el venturoso mortal.....
(No; el otro sirvió de molde,
y debo rectificar
diciendo: ¡viva la copia
y muera el original!)

Laura. ¿Te quedas embebecido
viendo tu retrato?
Pedro. Bah!
Bien sabes que no es la imágen,
sino el templo celestial
lo que yo.....
Laura. Chito! Jesus!....
Pedro. Laura!....
Laura. Ya puedes guardar
mi retrato.
Pedro. Sí, pero ántes.....

[*Besando con entusiasmo la miniatura.*]

Ay boquita de coral!....
Laura. [*En tono de reconvencion.*]

Juanito!.... ¿Sabes que vienes
de Valencia.....
Pedro. Hecho un volcan.
Laura. ¡Vaya, que.....
Pedro. Efecto del clima,
como dice *Otelo.*
Laura. Estás
insufrible.
Pedro. No te enojes.
Laura. ¿Se hizo en aquella ciudad
ese chaleco?
Pedro. Sí, hermosa.
Laura. Qué feo!
Pedro. Voto á Caifas!....
Si hubieras estado allí,
tú, cuyo gusto especial,
delicado..... Mas no tengas
cuidado: no volverás
á vérmelo, no. Ahora mismo.....

[*Levantándose y desabrochando el chaleco.*]

¿Quieres tirarme del frac.....
Laura. [*Levantándose tambien.*]

Aparta! Abróchate! Quita!....
Estás dado á Satanas?
Pedro. [*Abrochándose.*]

Queria darte una prueba
de sumision y humildad.....
Laura. ¿Qué veo!
Pedro. (Otra misa sale.)
Laura. Horror! horror!
Pedro. Qué te da?
Laura. Oh atentado! oh sacrilegio!....
Pedro. (Tiemblo!..)
Laura. Hombre inicuo y falaz!..
Pedro. (Soy perdido!)
Laura. ¿Así te atreves
á venir.....
Pedro. Yo.....
Laura. Quita allá!
¿Qué has hecho de las melenas
que yo solía peinar?
Pedro. Las melenas?.... (Otro apuro!
No era cosa de esquilar
al otro..... Ni yo advertí.....)
Perdona; una enfermedad
aguda, una cefalalgia
nerviosa, intensa, mortal,
mi rizada cabellera
entregó al brazo seglar
de un aleve peluquero,
cuya tijera rapaz.....
Laura. No; á propósito lo hiciste
sólo por darme pesar.
Pedro. Ah! no. Amenazado estaba
de congestion cerebral,
y áun defendia mis bucles
con porfía contumaz;
mas se acordó el sacrificio
por sufragio universal
en una junta compuesta
de toda la facultad.
Laura. Recuerdo que en una carta
te quejabas.....
Pedro. Ahí verás.....
Laura. De que te dolia un poco
la cabeza.....
Pedro. Hecha un batán
la tuve desde las cejas
hasta el hueso occipital.
Laura. Y ¿por qué.....
Pedro. Por no afligirte
te oculté la gravedad
de mi dolencia.
Laura. Hum! Me engañas?
Pedro. Si mi labio no es veraz,
¡permita el cielo.....
Laura. No jures!
Pedro. ¿Qué he de hacer sino jurar
cuando tú pones en duda
mi buena fe proverbial?
Laura. En efecto, siempre has sido
la misma sinceridad,
pero.....
Pedro. Qué diantre!.... Esa mano,

[*Se la toma.*]

y pelillos á la mar.
Más vale pelon que muerto;
las melenas crecerán.....
Laura. Sí! ni en medio año.....
Pedro. Si tienes
prisa, peluqueros hay.....
Laura. [*Volviendo la cabeza. Don Pedro saca entre tanto un cigarro.*]

Puf! Peluca!.... Me estremezco.....
Pedro. Cierto, eso hace horripilar.....

[*Encendiendo el cigarro en la copa.*]

Pero la pomada de oso
es un remedio eficaz.....
Laura. Qué haces?
Pedro. Enciendo un cigarro.

Laura. Tambien eso? Ah! ya me dan
náuseas.....

[*Abre el balcon.*]

Pedro. (Malo! Mi *alter ego*
no fuma, y yo sin pensar.....)
Perdona, bien mio; es flojo.....
Yo.....

Laura. Maldecida ciudad!
Esa gracia traes de allí....,
y otras peores quizá.

Pedro. Fumo muy poco.....

Laura. Ni mucho,
ni poco, ni nada.

Pedro. (Ay, ay!....)
Lo hago por remedio. El médico
me mandó.....

Laura. No mandó tal.

Pedro. Hija.....

Laura. Tira ese cigarro,
ó reñimos.

Pedro. [*Tirando por el balcon el cigarro.*]
Allá va.
Tu gusto es mi ley...., (qué lástima!)
dulce futura mitad.

ESCENA VIII.

LAURA. D. PEDRO. DOÑA GREGORIA.

Gregor. Ya he despachado..... Qué es esto?
Por qué estás tan sofocada?

Laura. Mamá!

Gregor. Qué ha habido aquí?

Pedro. Nada.

Gregor. [*Á Laura.*]
Por qué pones ese gesto?

Laura. Porque viene de Valencia
muy otro del que se fué.

Pedro. No tal; mi amorosa fe
no se ha entibiado en la ausencia:
al contrario.....

Laura. Sí, tal vez
vuelve más entusiasmado,
pero era más de mi agrado
en su antigua timidez.

Gregor. Bobada! Eso te incomoda?
¿Cómo quieres que reprima
su amor cuando se aproxima
el momento de la boda?
No te ama con fin honesto?

Pedro. Sí!

Gregor. ¿Y por qué te maravillas
si hoy sale de sus casillas
aquel amante modesto?

Pedro. (Es una alhaja mi suegra.)

Gregor. ¿Qué esperas tú de un marido
que al lado del bien querido
no se entusiasma y se alegra?
Ó ha habido ó no desacato.....

Laura. No.

Pedro. Pura es mi adoracion.

Gregor. Pues ¡qué diantre! ya es razon
que saque los piés del plato.

Laura. ¿Aprueba usted.....

Gregor. Sí, y celebro.....

Laura. Pues! déle usted alas.....

Gregor. Ba!

Laura. Que el niño.....

Gregor. Todo será
algun festivo requiebro.....

Pedro. Pues.

Laura. Mi queja.....

Gregor. Eh! tú te atufas
por nada.....

Laura. Ahora me enfado
con razon. Dejando á un lado
los melones y las chufas.....

Gregor. Las chufas!....

Pedro. Chanza venial
que ha tomado por injuria.
Vengo de orillas del Turia
y es cosa muy natural.....

Gregor. Por chufas ni berengenas
¿quién.....

Laura. Si usted le mira bien
aprobará mi desden.

Gregor. [*Mirando á D. Pedro.*]
No sé.....

Laura. Viene sin melenas!

Gregor. Calle!.... Es verdad!

Laura. Ahí es nada!

Pedro. Harto sentí el sacrificio;
pero lo hice en beneficio
de mi salud quebrantada.

Laura. Juzgue usted de mi sorpresa
cuando rapado le vi.

Gregor. Qué importa?.... Pues mira, así
me gusta más: á la inglesa.

Laura. Calle usted! Parece un monje.....

Gregor. Bien, pero aunque sea bello,
bueno es cortar el cabello
para que crezca y se esponje.

Pedro. Si yo.....

Laura. Calla! Eres un charro.

Gregor. Oh!....

Laura. Le han perdido en Valencia!

Gregor. ¿Cómo...

Laura. Ha osado en mi presencia...

Gregor. Qué?

Pedro. Yo.....

Laura. Encender un cigarro!

Gregor. Ba! Es hombre, y todos...

Laura. Qué peste!

Gregor. [*Á Laura en voz baja.*]
Necia! Se hartará de ti
si le hostigas.....

Laura. Pero.....

Gregor. [*Como ántes.*] ¿Así

se encuentra un novio como este?

[*Á D. Pedro.*]

Fuma, chico, y de mi cuenta
corre.....

Pedro. Si ella no se aviene.....

Laura. Jamás!

Gregor. Hum!....

[*Al oido.*]

¿Sabes que tiene
cuatro mil duros de renta?

ESCENA IX.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. PEDRO. RITA.

Rita. [*Á D. Pedro.*]
Por usted pregunta.....

Pedro. Quién?
(Ya vuelven las agonías.)

Rita. El señor don Zacarías.....

Gregor. [*Á Laura.*]
Dejémosle solo. Ven.

[*Se retira con Laura por la derecha del foro, regañándola por lo bajo.*]

Pedro. (¿Quién será..... Pero no puedo
excusarme.....)

Rita. Qué le digo?

Pedro. Pase adelante ese amigo.

Rita. [*Yéndose por el foro.*]
Éntre usted.

Pedro. (Quién dijo miedo?)

ESCENA X.

D. PEDRO. D. ZACARÍAS.

Zacar. Oh, señor don Juan García!
Sea usted muy bien venido
una, dos, cien veces.....

Pedro. Gracias.
(Qué querrá este hombre ridículo?)

Zacar. Viene usted bueno?

Pedro. Famoso.
¿Y usted.....

Zacar. Yo con trabajillos.....

Pedro. (Vendrá á pedirme dinero.
Su pelaje.....)

Zacar. Con los frios
me descoyunta la tos
y me ahoga el romadizo;
pero lo que más me aflige
es la denticion.

Pedro. (¿Qué ha dicho
este hombre? Ah!....) La dentadura
dirá usted.

Zacar. Eso: es lo mismo.
El barrio de las mandíbulas
ya apénas tiene vecinos.
Sólo me quedan tres dientes,
una muela y dos colmillos.

Pedro. (¿Qué mucho si peina ya
tres cuarterones de siglo?)
Tendrá usted que alimentarse
de potajes, lacticinios,
puches.....

Zacar. Ah!

Pedro. Vaya por Dios!—
¿Podré saber el motivo
de esta visita.....

Zacar. El de siempre.
Unos cuartejos.....

Pedro. (No digo?
Por quitármele de encima
habré de darle un auxilio.)
El viaje ha sido costoso.....

Zacar. ¿Quién duda..... Yo.....

Pedro. Mi bolsillo
viene exhausto....

Zacar. Ya....

Pedro. No obstante,
siendo corto el donativo.....

[*Metiendo la mano en un bolsillo.*]

¿Cómo cuánto.....

Zacar. ¿Qué hace usted,
señor don Juan? Yo no pido
dinero.

Pedro. Ah! Pues.....

Zacar. Al contrario,
lo traigo.

Pedro. Eso es muy distinto.

Zacar. Ya sabe usted.....

Pedro. Sí.

Zacar. (Parece
que vuelve algo distraido.)
Á fuer de administrador
exacto.....

Pedro. (Ah!) Ya. (Este individuo
me administra.)

Zacar. Traigo pues
ocho mil reales y pico,
que son, salvo error de pluma
ó suma, el producto líquido,
en el último trimestre,
de las casas edificios
que usted posee en la villa
de Madrid y yo administro.

Pedro. (Tengo casas en la Corte!
Lo habia echado en olvido.)

Zacar. [*Sacando un papel y mostrándoselo á D. Pedro.*]
Del cargo, que es lo cobrado
á treinta y dos inquilinos,
deduzco en primer lugar

lo que reza este guarismo
por contribucion de inmuebles.

Pedro. [*Sin mirar el papel.*]
Bien.

Zacar. Ítem; lo respectivo
á alumbrado y regalía
de aposento.

Pedro. Eh! yo me fio
de usted.....

Zacar. Ítem más; los censos
que en el régimen antiguo
cobraba la suprimida
comunidad.....

Pedro. Sí.

Zacar. De mínimos
de la Victoria.....

Pedro. Bien.....

Zacar. Y hoy,
como propiedad del fisco,
recaudan las oficinas
de la nacional.....

Pedro. Ya he dicho.....

Zacar. Caja de amortizacion.—
Ítem.....

Pedro. Basta. (Qué fastidio!)

Zacar. Tres mil seiscientos diez y ocho
reales y veinte y cinco
maravedises vellon
gastados en el metido
de las rejas.—Suma y sigue.—
Ítem; en cal y ladrillos,
y cerrajas y jornales,
y yeso y tejas y vidrios,
cinco mil trece con once.—
Ítem.....

Pedro. (Oh qué tabardillo!)

Zacar. Ítem; por mi comision,
al respecto.....

Pedro. No examino.....

Zacar. Del diez por ciento, seis mil.....

Pedro. *Et cætera.*

Zacar. Y por el giro
y quebranto de moneda
doscientos nueve y cuartillo;
cuyas partidas.....

Pedro. No más!

Zacar. Suman.....

Pedro. Es mucho martirio!
¡Si ya he dicho que no quiero
cansarme.....

Zacar. Bien. El residuo
que voy á entregar á usted,
como saldo y finiquito
de nuestras cuentas, asciende,
segun factura que exhibo......

[*Saca otro papel.*]

Pedro. Otro dia..... Estoy de prisa.....
Me esperan unos amigos....,
(El dinero es tentador.....
No quiero lo que no es mio.)

Zacar. Por Dios!.... ¡Obligarme á hacer
otro viaje, á mí que vivo
en los últimos confines
de Madrid, junto al portillo
de Gilimon!.... Yo pensaba
hacer á usted un servicio
trayéndole este dinero
apénas supe su arribo;
que en vísperas de una boda
hay siempre gastos precisos.....

Pedro. (Bien dice. No es verosímil
el rehusar en tan críticos
momentos.....) Bien, concluyamos.

Zacar. [*Poniendo sobre la mesa la factura, sacando cucuruchos de dinero y desenvolviéndolos á su tiempo.*]
Volando.—En cien escuditos
de premio.... Cuente usted....

Pedro. Dale!

Zacar. Dos mil ciento veinte y cinco.—
En veintiun napoleones.....
Dos, cuatro.....

Pedro. Los doy por vistos.

Zacar. Trescientos noventa y nueve.—
En columnarias.....

Pedro. (Maldito!)

Zacar. Tres mil.—En una libranza
contra seguros marítimos,

[*Sacando una letra de cambio.*]

dos mil quinientos;—y el resto,

[*Desenvolviendo otro cartucho.*]

en seis luises y un realillo.

Pedro. Bien; pero descuenta usted,
si mal no le he comprendido,
por quebranto de moneda
cierta suma.....

Zacar. Es positivo.

Pedro. Y en toda la que me ha dado
hay fracciones y embolismos.....

Zacar. Aludo á la calderilla,
ó vellon, que he reducido
á plata.....

Pedro. Ya!

Zacar. Pues!

Pedro. Corriente.
Vaya usted con Dios. (Judío!)

Zacar. Me ha de perdonar usted,
pero falta.....

Pedro. Qué?

Zacar. El recibo.

Pedro. No tengo tiempo..... Esta tarde
lo enviaré..... (Otro conflicto!)

Zacar. Pronto echa usted una firma.

[*Sacando otro papel.*]

Ya lo traigo yo extendido.

Pedro. (Imposible! Yo no sé
todavía cómo firmo

cuando soy don Juan García.)

Zacar. [*Ofreciendo una pluma á D. Pedro.*]

Vaya!

Pedro. (Aquí no hay más arbitrio
que darme por agraviado.....)
¡Cómo, ladron, fementido.....

Zacar. Gran Dios!....

Pedro. ¿Desconfia usted
de mí?

Zacar. No, señor!

Pedro. ¡Un pícaro
que, haciéndole mucha gracia,
debe morir en presidio!

Zacar. Perdon!....

Pedro. ¡Por una miseria
apremiar.....

Zacar. No, ya no exijo.....

Pedro. ¡Por vida.....

Zacar. (Si me despide.....
¡pierdo una breva.....) Repito.....

Pedro. ¡Quítese.....

Zacar. Señor don Juan!....

Pedro. ¿Qué apostamos á que tiro
por el balcon el dinero?

Zacar. Si usted tiene ese capricho,
bien hará..... (Temblando estoy.)

Pedro. Y á usted detras.

Zacar. [*Espantado y retirándose de espaldas, hasta desaparecer por el foro.*]

Jesucristo!
Ya me voy..... Misericordia!

[*Con sonrisa forzada.*]

Ha sido un *lápsus*..... Ha sido.....

Pedro. [*Acosándole.*]

Largo!

Zacar. [*Haciendo reverencias.*]

Humilde servidor.....

Pedro. Fuera!

Zacar. (Viene hecho un vestiglo.)
Beso á usted.....

Pedro. Jopo!

Zacar. (En Valencia
le han destornillado el juicio.)

ESCENA XI.

D. PEDRO.

¡Anda con dos mil demonios,
y no vuelvas!.... Vaya un tio!....
Si todas las relaciones
que tiene mi parecido
son de esa laya, mi vida
va á ser de hoy más un suplicio.—
¿Y qué hago de estas monedas,
si hay algun valor intrínseco
en el cáos numismático
de sus leyes y sus tipos?
Intactas las guardaré
para su dueño legítimo.....
ó quien le herede. Su novia,
no su dinero, codicio.

ESCENA XII.

D. PEDRO. LAURA.

Laura. [*Con una carta en la mano.*]

Juanito!

Pedro. Oh Laura! Á tu vista
respira mi alma y se alegra.
¿Pasó ya la nube negra.....

Laura. Sí, pero otra.....

Pedro. (Dios me asista!)
¿Y cuál, si me haces la gracia
de.....

Laura. Esta carta.....

Pedro. (Ay madre mia!
Si es del otro Juan García,
me he lucido!)

Laura. Es mucha audacia!

Pedro. [*Turbado.*]

Cómo?... Pues... ¿Quién... (Santo Cristo!
Desde el lecho de la muerte
quizá...) Explica... (Infausta suerte!
Yo debia haber previsto.....)
Acaba.

Laura. Hay hombres tan locos,
ó tan necios.....

Pedro. Sí..... (Yo muero!)
Quién te escribe?

Laura. Un majadero
que ha dado en hacerme cocos.

Pedro. (Respiro!) Hola! Esas tenemos?

Laura. Oh! no te inquietes, bien mio.

Pedro. Es que.....

Laura. Me causan hastío
sus ridículos extremos.

Pedro. ¿Es aquel mismo galan
que dió en rondarte la puerta,
y te miraba con cierta
devocion.....

Laura. El capitan?

Pedro. (Calle! Pues...) Sí. (¡Habia moros
en la costa!)

Laura. No es aquel.

Pedro. (Vaya!) ¿Conque otro doncel.....
(Sudo por todos los poros.)

Laura. Hubo de verme ese dije
seis dias ha en el teatro,
y con esta son ya cuatro
las cartas que me dirige.

Pedro. Si tú la primera carta
no recibieras.....

Laura. Te juro

que ignoraba.....
Pedro. ¡Á buen seguro
que hubiese escrito la cuarta!
Laura. Á ninguna le respondo;
mas no sé cómo se ingenia,
que sin darle yo mi vénia.....
Pedro. Su nombre?
Laura. Magin Redondo.
Pedro. El nombre es característico.
Dame.....

[*Laura le da la carta.*]

La letra es gallarda.

[*Leyendo.*]

«Ángel bello de mi guarda;
vírgen celestial....» Qué místico!....
«Merezca mi amor notorio
que á mí tu gracia descienda
y sacarás, dulce prenda,
una alma del purgatorio.
Hoy por cuarta vez, aymé!
sin ver tu divino rostro
ante tus aras me postro
con la ofrenda de mi fe,
y en un abismo sin fondo
caeré entre rios de llanto
si no cubres con tu manto
al pobre—Magin Redondo.»

[*Dejando la carta sobre la mesa y riéndose.*]

Qué epístola tan cristiana!
Laura. Qué escucho! ¿No te molesta.....
Pedro. Á esta carta se contesta.....
Laura. Cómo?
Pedro. Con una sotana.
Laura. Sí, sí, él merece.....

[*Hace con la mano el ademan de zurrar á alguno.*]

Pedro. No tal.
Suelte en buen hora la baba
ese infeliz..... Yo te hablaba
de sotana clerical.
Laura. Mas si no se le escarmienta.....
Pedro. Dejarle. Él se cansará.
Laura. Otra carta escribirá.....
Pedro. Por mí, que escriba cuarenta.
Laura. ¿Qué dices!
Pedro. Un operario
las encuaderna despues
y para ir á San Gines
ya tienes devocionario.
Laura. Te burlas!
Pedro. Fio de ti.
Laura. Con razon, pero esa flema.....
Pedro. ¿Cómo quieres que yo tema
á un hombre que escribe así?
Laura. No lo he dicho todo.
Pedro. Eh? Cómo!...
Laura. No hay desden que le fatigue.
Á todas partes me sigue.
Pedro. Sí? Pobre diablo!
Laura. Es muy plomo.
Pedro. Á distancia competente,
supongo.
Laura. Si estoy en casa,
á cada momento pasa.....
Pedro. Sí, por la acera de enfrente.
Régimen antiguo. Y bien?
Laura. Me espia como un gendarme.
Pedro. Ba!
Laura. Y lo mismo es asomarme,
¡qué muecas y.....
Pedro. Está en belen.
Laura. No sé cómo no se aburre.....

[*Mirando por el balcon.*]

Eh! Ya está allí.
Pedro. [*Asomándose.*] Á ver su empáque?
Laura. Mira.
Pedro. Es aquel badulaque?
Laura. Sí, aquel.
Pedro. Qué idea me ocurre!
Viendo ocupada la plaza.....
Dame esa manita bella.

[*Se la toma.*]

Vea mis labios en ella
y espantaremos la caza.
Laura. Quita!....
Pedro. [*Besando la mano de Laura muy cerca del balcon.*]
Mi bien!
Laura. Basta ya!
Pedro. Gime.....
Laura. Gruñe.....
Pedro. Mira al cielo..,
Laura. Patea.....
Pedro. Se arranca el pelo.....
Laura. Brama.....
Pedro. Ahulla.....
Laura. Y no se va!
Pedro. Vaya un ente!
Laura. Oh! causa tedio.
En vano mamá le ha dicho
que renuncie á ese capricho
y se nos quite de en medio.
Pedro. Ya se irá el pobre animal.
Ríete de él como yo.
Laura. Qué! ¿no tienes celos!....
Pedro. No.
Laura. Ah! tú no me amas.
Pedro. Sí tal.
Mas miéntras él se limite
á dar brincos como un potro,
eso y un bramido que otro
¿á quién no se le permite?
Laura. Esa fria indiferencia
justifica mis recelos.
Tú eres ya otro hombre.
Pedro. Yo... (Cielos!)
Laura. No eres el que fué á Valencia.

Pedro. ¿Quién...
Laura. No eres Juan...
Pedro. (Dios eterno!)
Laura. Aquel Juan dócil, sumiso.....
Pedro. Sí, sí.
Laura. Que tanto me quiso.....
Pedro. (Es verdad; soy más moderno.)
Vuelve en ti, cara consorte.
Juan soy: mira mi semblante;
y si no es prueba bastante,

[*Con la mano en el bolsillo.*]

aquí traigo el pasaporte.....
Laura. No dudo de la persona.
Pedro. (Pasó el susto.) Pues ¿de qué,
vida mia?
Laura. De tu fe.
Pedro. Pero.....
Laura. [*Yéndose.*]

Adios!
Pedro. Oye!... Perdona!...

ESCENA XIII.

D. PEDRO.

Se fué!.... Dura es de cogote,
aunque divina mujer.
¡Que por fuerza he de tener
celos de aquel tagarote!
Pero ella lo exige así,
y mi esperanza da fondo,
ó es fuerza...

[*Desde el balcon.*]

Eh! Señor Redondo!—

[*Breve pausa.*]

Bajo. Espere usted ahí.

[*Separándose del balcon.*]

Esto se va complicando.
Ya veo, aunque no me pesa,
que no es tan fácil empresa
casarse..... de contrabando.
Por suplantar al galan
que reinaba en estos muros
ya me he visto en diez apuros
y otros mayores vendrán.....
¡Quiera la Vírgen María
que no me sean fatales
tarde ó temprano las tales
Memorias de Juan García!

[*Vase por el foro.*]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. PEDRO.

[*Viene de la calle.*]

No ha vuelto de misa Laura.....
Cuando estoy en su presencia
tiemblo...., y á despecho mio
no puedo vivir sin verla.
Qué suplicio! ¡Todo el dia
inventando estratagemas
para disculpar descuidos
ó para enmendar torpezas!
¿Qué son los trabajos de Hércules
comparados con mi empresa?
¡Ser yo y ser otro á la vez
sin duplicar la materia!
Que al fin por ser quien no soy
no dejo de ser quien era.
Y áun si viese yo en la novia
la buena fe de la suegra.....
Mas dengosa y suspicaz,
aunque candorosa y bella,
tan aburrido me tiene,
que á no mirar por la negra
honrilla..... No. Pecho al agua!
No temo que me desmienta
el verdadero García.
Tomadas mis providencias
para interceptar sus cartas,
sólo una ha llegado, y esa
triste, lúgubre, alarmante.....
y escrita de mano ajena.
Despues ¡nada! Su silencio
es una evidente prueba
de que no ha sobrevivido
á la operacion sangrienta.

ESCENA II.

D. PEDRO. RITA.

Rita. [*Saliendo de la habitacion de la derecha con un plumero en la mano.*]

(Ya dejo aviado el cuarto
del.....) Ah! ya está usted de vuelta.
Pedro. Sí, Rita!
Rita. Suspira usted!

De qué nace esa tristeza?
Pedro. De los caprichos de Laura.
Rita. Caprichos!
Pedro. Me desespera.
Rita. Cuándo es la boda?
Pedro. No sé.
Tantos pretextos inventa
para retardar mi dicha,
que el momento nunca llega.
Ya hace diez dias mortales
que regresé de Valencia,
y áun nos estamos así!
Rita. ¿Qué mucho si, por mi cuenta,
de los diez dias los nueve
ha reñido usted con ella?
Pedro. Al contrario, ella conmigo.
Rita. Lo mismo da.
Pedro. Tiene temas
extrañas. El mismo dia
de mi llegada...., te acuerdas?
tuve un duelo por su causa.
Rita. Ah! sí, con aquel babieca.....
Pedro. Pobrete! ¡Ya habrá llovido
primero que él convalezca
del sablazo que le di
por encima de la oreja!
Rita. Cielos! Morirá del golpe?
Pedro. No. Es muy duro de mollera
el infeliz. Pero siempre
tendré sobre mi conciencia
aquel chirlo.
Rita. Bien; y luégo
si ha tenido usted reyertas
con mi señorita, ha sido
porque con razon se queja.....
Pedro. De qué?
Rita. De que no es usted
tan fino como debiera.....
Pedro. Yo! Pues ¿quien amó en el mundo
con más fervor, con más ciega
idolatría? ¿Qué frases
se han dicho en ninguna lengua
muerta ni viva más dulces,
más cariñosas, más tiernas
que las mias? En mis ojos
arden las llamas del Etna.....
Rita. Mi señorita no gusta
de esos raptos de demencia
á que usted no la tenía
acostumbrada.
Pedro. (Por fuerza,
el García tiene horchata
en vez de sangre en las venas.)
Rita. En cambio, le acusa á usted
de que falta con frecuencia.....
Pedro. Yo! á qué?
Rita. Á ciertas atenciones,
á ciertas delicadezas
y perfiles..... Por ejemplo,
ya no le saca usted décimas
como ántes.....
Pedro. (¡Tambien aquel
desventurado es poeta!
No tiene el diablo por donde
desecharle.) Sé que aprecia
mis versos...., pero ¡qué quieres!
no siempre estamos de vena.....
Rita. ¡Negarse á bailar la *polka*
cuando su novia desea
que la saque...., y obligarla
á aceptar otra pareja!
Pedro. (Ay, si no sé!....)
Rita. Y si dijéramos
que no lo hace usted de perlas.....
Pedro. (Otra gracia del biógrafo!)
Rita. Cuando *polka* usted con ella
parece que una está viendo
á *Petipá* y la *Gui Sthéphan*.
Pedro. No lo hice por desairarla.
Me dolia la cabeza.....
Rita. ¿Y qué novio, en fin, no sabe,
ú olvida cuándo es la fiesta
de su novia?
Pedro. Ah! dime tú,
por Dios, dime..... No quisiera
caer en falta.....
Rita. Ya es tarde.
Ayer celebró la iglesia
el natalicio de Laura.
Pedro. (Las memorias no lo rezan!)
Bien; la octava no ha pasado.
Diré.....
Rita. Llaman á la puerta.....
Ellas serán. Voy á abrir.

[*Vase corriendo.*]

Pedro. (Por eso estuvo tan séria
todo el dia.....)
Gregor. [*Dentro.*] Juan!
Pedro. [*Acercándose al foro, por el cual aparecen al mismo tiempo doña Gregoria y Laura.*]
Señora!
Laura. [*Resistiéndose á entrar.*]
Pero ¡si yo.....
Gregor. Vamos, entra.

ESCENA III.

DOÑA GREGORIA. LAURA. D. PEDRO.

Pedro. Yo me iré, si soy testigo
importuno.....
Gregor. Nada de eso.
Sin más forma de proceso
pretende rifar contigo;
mas quiero que en mi presencia
discutais......
Laura. ¡Mamá, por Dios.....
Gregor. Y luégo que oiga á los dos
yo dictaré la sentencia.

Pedro. Ah, mamá!....
Gregor. [*A Laura.*] Vamos, formula
tus cargos.
Laura. Harto los sabe.
Pedro. Laura!....
Gregor. ¿Es alguno tan grave
que no le alcance la bula?
Laura. No, señora; pero tantos
son ya, que es mucho martirio.....
Pedro. Usted ve el ciego delirio
que me inspiran sus encantos.
Gregor. Pues, y su desden injusto.....
Laura. Delirio!.... De boca.
Gregor. Eh?
Laura. Sí.
¡Mucho delirar por mí
y no hace nunca mi gusto!
Gregor. Cuando los gustos son raros.....
Laura. Para él no lo eran.....
Pedro. No tal.
Laura. Ántes del viaje fatal.
Pedro. Ni hoy tampoco.
Gregor. Vamos claros.
No es gusto raro la *polka?*
Pedro. No, no, eso no! Qué injusticia!
Si la *polka* es mi delicia!
Me entusiasma...., oh! me remolca.
(Habré de aprenderla, y presto.)
Gregor. Lo ves?
Pedro. Si no la bailé
con Laura anteanoche, fué
porque estaba algo indispuesto.
Gregor. Lo oyes?
Laura. Diga lo que quiera,
su carácter no es ya el mismo.....
Gregor. No te ama con fanatismo?
Laura. Sí, pero de otra manera.
Gregor. Válgate el cielo, mujer!
Tú harás que me desespere.
Cada fiel cristiano quiere
como Dios le da á entender.

[*En voz baja.*]

Por Dios, que es hombre de arraigo!
Pedro. Con sus gracias me embeleso,
y alguna vez, lo confieso,
desvarío, me distraigo.....
Laura. Alguna vez? Veinte al dia.
Pedro. No es crímen lo que es desgracia.
Gregor. Lo ves?
Pedro. Ayer, verbigracia....,
perdóname, vida mia!...,
olvidé tu aniversario;
y es porque mi vista avara
lee en tu divina cara
mejor que en el calendario.
Gregor. Si hubiera errado en un mes...;
mas por un dia de olvido....
Haz cuenta que te he parido
veinticuatro horas despues.
Pedro. Confieso, mamá Gregoria—
á qué negar lo que es cierto?—
que algunas veces advierto
que flaquea mi memoria.
Ya se ve, curado apénas
de la enfermedad cruel
en que rescaté la piel
á costa de las melenas.....
Laura. No me recuerdes tu oprobio!
Pedro. Fuera de eso, ¿qué mortal
está en su estado normal
tras tantos dias de novio?
Gregor. Lo creo; y quizá peligre
si tu pecho no se ablanda,
su juicio y su.....
Laura. Pero él.....
Gregor. Anda!....
Tienes entrañas de tigre.
Laura. Mamá!....
Gregor. Basta de rencillas.
Pedro. Perdon, Laura! Si es preciso,
y mamá da su permiso,
lo pediré de rodillas.

Gregor. [*Deteniéndole.*]

No, señor! Ella es, no tú,
quien de perdon necesita.

[*Á Laura en voz baja.*]

¡Vamos, habla..... Si se irrita.....
Pedro. (Vale esta vieja un Perú.)
Laura. Bien, basta que hable en su abono
la que me ha dado la vida,
aunque no estoy convencida,
por esta vez le perdono;
mas si reincide.....
Pedro. (Ay de mí!)
Laura. [*Yéndose.*]
No le doy mi mano.
Gregor. [*Deteniéndola.*] Espera!....
Laura. [*En voz baja.*]
Que no, que no!.... Aunque tuviera
las minas del Potosí.

ESCENA IV.

DOÑA GREGORIA. D. PEDRO.

Gregor. ¿Has visto qué criatura
tan terca y tan.....
Pedro. Sí; ya me hace
recelar.....
Gregor. Qué! todo nace
de su excesiva ternura.
Pedro. ¿Cree usted.....
Gregor. Sí.
Pedro. Pues yo temo
lo contrario.
Gregor. Qué aprension!
Pero es de tal condicion,
que..... Vamos, si yo me quemo!—

Aunque, hablando con franqueza,
no dejas tú de dar pié.....

Pedro. Yo.....

Gregor. Sí, sí. Á veces no sé
dónde tienes la cabeza.
El contentar á una niña
no es tan difícil empresa.

Pedro. ¡Si por cualquiera futesa
arma conmigo una riña!

Gregor. ¡No haberle escrito una octava
en diez dias! ¡Ni una copla.....
Qué diantre!.... ¿Ya no te sopla
la musa que te soplaba?

Pedro. Sí. (Ay Dios!..)

Gregor. Responde á sus quejas
escribiendo un..... epitafio.....

Pedro. Señora!

Gregor. Contra aquel zafio
que te cortó las guedejas.—
No; es mejor dar testimonio
de tu amor en un soneto
muy sentido y muy discreto
al yugo del matrimonio.

Pedro. Con ella será muy blando
para mí; mas si la musa
se rebela.....

Gregor. Eh! no hay excusa.
Eso lo haces tú jugando.

ESCENA V.

D. PEDRO.

Jugando! Ni con hurones
encuentro yo un consonante,
y quiere que en un instante.....
Laura, en qué apuro me pones!....
Yo haria un epitalamio
discreto, amoroso, lindo....;
mas ¿cómo subir al Pindo
sin escala y sin andamio?
En tanta tribulacion
me ha puesto ya mi perfidia,
que del otro tengo envidia....;
inclusa la amputacion.—
Mas ¿qué digo? Esto me apremia?
Á cualquier café me voy.....
¡Hay tantos poetas hoy
en Madrid!.... Oh qué epidemia!
Más pronto que los buñuelos
se hacen los versos ahora.
Voy..... Mi amigo.....

Luis. [*Apareciendo por la derecha del foro.*]
¿Mi señora
doña....

Pedro. ¿Quién....

Luis. Saludo....
[*Entrando.*] Cielos!

ESCENA VI.

D. PEDRO. D. LUIS.

Luis. Es posible?... Usted!...

Pedro. Eh?

Luis. ¿Cómo...
Dígame usted, y perdone,
si es..... No hay duda, él es!

Pedro. Yo soy...

Luis. Y usted no me reconoce!

Pedro. Sí. (Veámosle venir.)
Ya caigo... Usted.., qué demontre!..
es.....

Luis. El de Albacete.

Pedro. Pues!

Luis. En el billar de don Roque
nos conocimos.....

Pedro. Sí.

Luis. Y luégo
fuimos á batirnos.....

Pedro. (Torpe!
Por qué le he reconocido?)
Sí; no estábamos acordes.....
(Mas si me desdigo ahora
soy hombre al agua.)

Luis. Mal lote
le cupo á usted en el lance;
un pistoletazo enorme.

Pedro. Eh! la suerte quiso.....

Luis. Pero
permita usted que me asombre
de verle tan rozagante.

Pedro. Pche!....

Luis. Porque yo no erré el golpe,
y á diez pasos de distancia
un balazo.....

Pedro. Eso es... conforme...

Luis. Usted cayó.....

Pedro. Tropecé;
si no, hubiera estado inmóvil.
La bala pasó raspando.....

Luis. De véras?

Pedro. Como usted lo oye.
Apénas interesó
los tegumentos menores;
y además, como yo tengo
encarnadura de bronce.....

Luis. Sí? Voto al chápiro!.... ¡Y yo
corrí por aquellos montes
como un bandido, creyendo
que estaba usted en el borde
de la tumba!..., hasta que pude
agenciarme un pasaporte
y entrar en el *mare mágnum*
de Madrid, con otro nombre.
Nada sabía de usted,
porque, como usted conoce,
lo primero era salvarme;
pero apénas en la Corte
me veo, escribo á Albacete.....

Pedro. (Ay cielos!)
Luis. Pidiendo informes.....
Pedro. Ya es inútil.....
Luis. Y hoy espero
contestacion.
Pedro. (Buenas noches!)
Luis. Mas ¿por qué casualidad
venturosa hallo á mi noble
adversario en esta casa?
Pedro. Vivo en ella; soy consorte
futuro.....
Luis. Calle! ¿Es usted
el interesante jóven
que Laura..... ¿Don Juan García...
Pedro. Él mismo.
Luis. ¡Por vida..... Toque
usted esos cinco, amado
primo y dueño...
Pedro. [*Estrechando la mano de D. Luis.*]
(Oiga!..) ¿Por dónde...
Luis. Por afinidad. Soy primo
de Laura.....
Pedro. Ya!
Luis. Luis Ordoñez,
sobrino de su mamá.....
Pedro. Pues!
Luis. Doña Gregoria Torres.
Ya he venido aquí dos veces,
pero en ambas ocasiones
usted habia salido.
Pedro. Cierto.
Luis. Y no entraba en el órden
de mis ideas..... ¡Voto á.....
Si ántes del airado choque
me dice usted soy fulano.....
Pedro. Yo.....
Luis. Por cuanto hay en el orbe
no me hubiera yo batido
con quien iba á ser el cónyuge
de mi prima.—¡Ea, un abrazo
y afuera viles rencores!
Pedro. Con mucho gusto.
[*Se abrazan.*]
Luis. Confieso
que yo estuve aquella noche....,
qué sé yo?.... fuera de caja.
Ménos feliz en amores
que usted, oí de mi prenda
un nó más frio que el norte.
Á falta de otro consuelo,
tomo tres vasos de ponche;
se me sube á la cabeza;
juego; pierdo; juego doble;
pierdo: seis guerras seguidas!
Reparo en usted entónces;
pienso que se está mofando
de mí, que nunca fuí molde
de tontos; sigo sus huellas;
le provoco, y *vélis, nólis*.....
Pedro. Eh! olvidemos lo pasado.....
Luis. Corriente. No le hay más dócil
que yo cuando..... Pero ¿qué hace
mi prima?
[*Llamando.*]
Laura!.... La pobre
no sabe..... Obligado estoy
á pedirle mil perdones.....
Pedro. No! (Maldito!....) Es excusado.....
[*Asoma Laura por el foro.*]
(Ya está aquí. Me pierde este hombre!)

ESCENA VII.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. PEDRO. D LUIS.

Laura. Ah! eras tú.....
Luis. Sí, prima bella.
[*Saludando.*]
Tia.....
[*Á Laura.*]
Sabes lo que pasa?
¿Sabes que tienes en casa.....
Pedro. (Tiemblo!)
Laura. Á quién?
Luis. Cosa como ella!..
Pedro. (Charlatan!.... Me compromete.....)
Luis. Ya dije á ustedes.....
Pedro. (Oh trance!)
Luis. Que á causa de cierto lance
salí huyendo de Albacete.
Gregor. Sí.
Luis. [*Abrazando otra vez á D. Pedro.*]
Pues hoy entre mis brazos,
no ya en la Mancha, en Madrid,
tengo al valiente adalid
con quien anduve á balazos.
Laura. Cielos!.....
Pedro. (Si es mudo, revienta.)
Gregor. [*Á D. Pedro.*]
Tú!....
Luis. Yo le hacía en el nicho
mortuorio.....
Laura. [*Á D. Pedro.*]
¡Y nada me has dicho...
Pedro. Yo.....
Laura. De aquella lid sangrienta!
Pedro. Por excusarte un pesar.....
Laura. Pero si mal no me acuerdo,
fuiste herido.....
Luis. Soy yo lerdo?
Laura. Vírgen santa del Pilar!
Pedro. (Excito su compasion;
bien!) Fué la herida muy leve.
Luis. No he visto cura más breve.
Pedro. Dió el tiro de refilon.

Hasta ayer duró, no obstante,
el dolor del brazo.....

[*Tentándose el derecho.*]

Laura. Ah!
Pedro. Sí.
(Puesto que lo toma así,
quiero hacerme interesante.)
Gregor. Ah! ¡Y nosotras tan tranquilas.....
Pedro. Ya nada: está como nuevo.

[*Moviendo el brazo.*]

Ve usted? Sin embargo, áun llevo
por precaucion unas hilas.
Gregor. Pobre Juan!
Pedro. (Amable vieja!)
Laura. Ay Dios! Herido venías!....
Pedro. Mi afan de verte.....
Laura. Y..... ¡diez dias
sin exhalar una queja!
Pedro. Qué mucho? ¡Soy tan feliz
á tu lado!.... (¿Qué haré, oh Dios,
si ahora se empeñan las dos
en verme la cicatriz?)

Gregor. [*Á Laura.*]

Le trataste con mal modo
por un soñado delito.....
Laura. Yo.....
Gregor. Apénas el pobrecito
podria doblar el codo.
Con los dos brazos, no digo....;
pero solo con el zurdo
hubiera sido un absurdo
bailar la *polka* contigo.
Laura. Si hubiera sido más franco
no sufriera mi desvío.—
Mas ¿por qué fué el desafío
que pudo dejarle manco?
Luis. Toda la culpa fué mia,
Laura. Sin saber quién era
yo le insulté.....
Gregor. Calavera!
Luis. No supe lo que me hacía.
Calmar quiso mi furor,
y aceptó el combate rudo
cuando excusarle no pudo
sin ofensa de su honor.
Pedro. No se hable ya.....
Gregor. Picardía!
Pedro. Ya no es nada lo del brazo.

Gregor. [*Á D. Luis.*]

Tú mereciste el balazo,
y lo recibió García!
Luis. Ya le he pedido perdon.

Pedro. [*Dando la mano á D. Luis.*]

Soy ya su amigo más fiel.

Gregor. [*Á Laura.*]

Lo ves? Paloma sin hiel.
Luis. Paloma?....
Gregor. Es decir, pichon.
Luis. Ahora falta que otro lazo
más estrecho, más amante
nos una.....
Gregor. Sí, sí, al instante.
No más tregua, no más plazo.
Laura. (Ay Dios!)

Gregor. [*Á D. Pedro.*]

¿Qué haces, que no sales
á citar cura y notario?
Esta tarde es necesario
que firmeis los esponsales.

Pedro. [*Á Laura.*]

¿Consientes.....
Gregor. Sí tal; despacha.
Pedro. Qué dices?
Laura. Bien, sí. (Tan presto!..)

Luis. [*Aparte con doña Gregoria.*]

Parece que frunce el gesto.....
Gregor. Denguecillos de muchacha.
Pedro. Voy.....

[*Yendo á tomar el sombrero.*]

(No van mal mis asuntos;
mas no hay tiempo que perder.
Sea Laura mi mujer,
que luégo.....)

Luis. [*Tomando su sombrero.*]

Saldremos juntos.

Gregor. [*Á D. Luis.*]

Mira que quiero que estés
presente al acto.
Pedro. [*Á Laura.*] Adios.
Luis. Sí.

Laura. [*Á D. Pedro.*]

Adios.

Gregor. [*Á D. Luis.*]

Comerás aquí.
Luis. Bien. Abur.
Pedro. Hasta despues.

ESCENA VIII.

DOÑA GREGORIA. LAURA.

Gregor. Por qué estás tan compungida?
Laura. Yo no sé.

[*Llorando.*]

Ay mamá!
Gregor. ¿Ya empiezas

otra vez? Con tus rarezas
me vas á quitar la vida.
¿No se ha sincerado Juan
contigo?
Laura. Sí, mamá, sí.
Gregor. Pues ¿qué te atormenta? Di.
No te gusta ya el galan?
Laura. Sí, señora.
Gregor. Pues ¡demonio!...,
Dios me perdone, ¿á qué tanta
pamema.....
Laura. No sé..... Me espanta
la idea del matrimonio.
Gregor. [*Riéndose.*]
Simple! Eso decia yo
al acercarse mis bodas,
y todas.....
Laura. Sí? ¿Tiemblan todas.....
Gregor. Mas ninguna dice nó.
Laura. Sí, es vana aprension la mia.
Mi vecinita Beatriz
se casó, y es tan feliz!....
Yo lo seré con García.
Quiere usted que suba á verla?
Gregor. Sí, consúltala; concedo,
y perderás ese miedo.
Laura. Bien. Pronto bajo.
Gregor. [*Besándola.*] Adios, perla.

ESCENA IX.

DOÑA GREGORIA.

Merezca, oh Dios! galardon
mi paciencia en la otra vida.....
Por fin ya está decidida
á pasar el Rubicon;
mas su humor atrabiliario
ha llegado á tal extremo,
que todavía me temo
no venga en balde el notario.
¿Y en qué se fundan las quejas
con que tanto me consume?
¿No es hombre, fume ó no fume,
peine ó no peine guedejas?
Por dicha el pobre muchacho
está enamorado, ciego,
que si no, tanto despego
ya le hubiera dado empacho.
¡Tal ansia de que viniera,
tanto afan de ser su esposa,
y luégo por cualquier cosa
armarle una pelotera!....
¡Á un novio de honra y provecho...,
cuando hay tantas, san Gonzalo,
que por uno bueno ó malo
se dieran golpes de pecho!

ESCENA X.

DOÑA GREGORIA. RITA.

Rita. [*Sobresaltada.*]
Señora!.... Ay Jesus!.... Señora!....
Gregor. Qué tienes?
Rita. Si no es vision
ó sombra.....
Gregor. Qué?
Rita. Don Juanito.....
Mas ¿cómo si ahora salió.....
Gregor. Muchacha!....
Rita. Herido.....

[*Aparece D. Juan por el foro. Lleva abierta y atada con cintas la manga del brazo derecho, que moverá con dificultad. Viene pálido. Al entrar pone el sombrero sobre una silla y deja ver una hermosa y bien rizada cabellera.*]

Allí está.

ESCENA XI.

DOÑA GREGORIA. RITA. D. JUAN.

Juan. Señora!
Gregor. Eres tú!
Juan. Yo soy.
Mis brazos.....
Gregor. Ven á los mios.....

[*Retrocediendo.*]

Pero ¿qué transformacion.....
Ese *bisoñé*.....
Juan. Qué escucho?
Gregor. ¿Cómo ha sido tan veloz
el peluquero.....
Juan. Señora!....
Gregor. No, no es posible..... Ilusion.....
Juan. Cómo! ¿Usted...
Gregor. Jesus mil veces!
Rita. (¿Será el mismo, ó serán dos....)
Juan. No me reconoce usted?
Gregor. Sí, hijo mio!.... Es decir, no!
Juan. ¿Será posible, señora.....
¿Tan desconocido estoy.....
Gregor. Casi nada, pero..... temo.....
Me pones en confusion.
¿No saliste hace un instante
de aquí?
Juan. Yo!
Rita. (El rostro...., la voz....)
Juan. Hoy he llegado á Madrid.
Gregor. Qué oigo! Pues entónces..... ¿Hoy

has dicho?

Juan. Habrá media hora,
si no miente mi reloj.
Lo que he gastado en lavarme
y ponerme un pantalon.....

Gregor. Es decir que..... no eres tú.

Juan. Cómo yo no he de ser yo?

Gregor. No sé..... Por arte del diablo.....

Juan. Ah! ya veo con dolor
que soy víctima.....

Gregor. De qué?

Juan. De una vil sustitucion.

Gregor. Cómo?

Juan. Tengo la desgracia
de parecerme á un traidor
con quien partí en Albacete
el cuarto que me tocó,
y sin duda en miés ajena
ha osado meter la hoz.....

Gregor. Ah!.... entiendo. Deseche usted
tan ridícula invencion.

Juan. ¿Quién... ¡Yo...

Gregor. Usted es el falsario,
el intruso, el impostor.

Juan. Señora!....

Gregor. Don Juan García
es hombre de honra y de pro.....

Juan. Cierto.

Gregor. Incapaz de una infamia.....

Juan. Soy de la misma opinion.

Gregor. Ah¡ bien; si usted reconoce
su culpa.....

Juan. Culpa!....

Gregor. Me doy
por satisfecha.

Juan. Sostengo
que es tan puro como el sol
el nombre de Juan García,
porque es el mio.

Gregor. ¿Hay mayor
descaro?

Rita. Pues yo me inclino.....

Gregor. Á qué?

Rita. Me da el corazon.....

Gregor. Tu corazon es un tonto.

Juan. ¡Por la Vírgen de la O,
señora.....

Gregor. Á ver? Pruebe usted
que no es.....

Juan. Señora!...

Gregor. Un histrion.
Pruebe usted que es Juan García.

Juan. Por desgracia, ahora no estoy
provisto.....

Gregor. Eh, qué tal?

Rita. Ya veo.....
Pero creí..... Como son
tan...

Gregor. ¿Qué entiende ella, la necia...

Rita. Si yo.....

Gregor. Vete!

Rita. Ya me voy.

ESCENA XII.

DOÑA GREGORIA. D. JUAN.

Gregor. Queda usted, pues, convencido
de que es un enredador,
ó un loco.

Juan. Las apariencias
me condenan; pero á Dios
pongo por testigo.....

Gregor. Dale!
Es ya mucha obstinacion,
amiguito. Soy yo boba?

Juan. Óigame usted por favor.
Yo.....

Gregor. ¿Así se suplanta á un novio
y se entra de mogollon
en casa ajena.....

Juan. Al contrario,
otro ha sido el invasor,
otro el que.....

Gregor. Delirio!.... Vaya,
confiese usted, ***inter nos***,
que es un García fingido,
contrahecho.....

Juan. No.

Gregor. Sí!

Juan. Oh!
Ya abusa usted demasiado
de mi blanda condicion
y de su sagrado título.....
de suegra.

Gregor. Pero, señor,
¿cómo identifica usted
su persona? ¿En qué crisol
probarémos.....

Juan. Aquel hombre
fementido se llevó
todos mis papeles.....

Gregor. [*Con mofa.*] Sí?

Juan. Y hasta el retrato, ay dolor!
de Laura.....

Gregor. Bah!

Juan. Yo ignoraba
los designios del ladron.....
Nada sabía de ustedes.....
Laura no me contestó.....
Y además, yo no podia
en mi triste situacion.....

Gregor. Señor mio, de todo esto
resulta en buen español
que usted se parece á Juan.....

Juan. No á Juan; á Pedro. Yo soy.....

Gregor. Sí, la semejanza es grande.
Es decir en lo exterior;
que aquel tiene más talento,
más gracia.....

Juan. Dios de Jacob!....

Gregor. Mas bien puede semejar
á un caballero un bribon.

Juan. Doña Gregoria!.... Usted quiere

que yo me vuelva feroz.....
Gregor. ¡Basta y confúndase usted,
moneda falsa, edicion
fraudulenta!
Juan. Oh ceguedad!
Yo dudo, cielos, si estoy
soñando. ¡Así me reciben
cuando en alas del amor
vengo herido.....
Gregor. [*Riéndose.*] Tambien eso?
Ja, ja..... Bien! Faramallon!
Nada olvida; ni el balazo
que mi yerno recibió,
y finge.....
Juan. ¡Fingir, señora,
y por milagro de Dios
no me amputaron el brazo,
y áun está la herida atroz
abierta!....

[*Presentando el brazo.*]

Desate usted
y verá.....
Gregor. Quite allá! Horror!....
No quiero ver porquerías.
Juan. Señora!....
Gregor. Eh! con un carbon
encendido ó con un cáustico
finge cualquier embaidor
una herida.....
Juan. (¡Es imposible
hacerla entrar en razon!)
Pero ¿dónde está mi Laura?
Júzguenos ella á los dos.
Ella no me acusará
de intruso y usurpador.
Llámela usted.....
Gregor. Ha salido.
Juan. Pues bien, con resignacion
la esperaré.....
Gregor. Nada de eso.
Juan. Qué! ¿usted no permite.....
Gregor. No.
Ya basta de mojiganga.
Se ha visto igual moscardon?
Váyase usted!
Juan. Si yo.....
Gregor. Largo!,
ó llamaré al celador.
Juan. Bien está; yo volveré,
señora, y esta cuestion
se ventilará más pronto
entre mi rival y yo.
Aunque de genio apacible,—
y harto á conocer lo doy,
señora, en este momento,—
no he de sufrir, vive Dios,
que un villano me despoje
de hacienda, vida y honor.

ESCENA XIII.

DOÑA GREGORIA.

Cierto que se ven hoy dia
pillastres de tomo y lomo.
¡Con qué frescura y qué aplomo
sostiene que es Juan García!
Pero presentarse así.....,
sin pruebas, sin un testigo
que abone..... Lo que yo digo:

[*Poniéndose la mano en la frente.*]

está tocado de aquí.
Pensó engañarme..... Qué gracia!
Á alguna tonta; á mí, no.
Gracias á Dios, tengo yo
de sobra la perspicacia.
Sin embargo, el muy truhan
se ha mantenido en sus trece.....
No lo extraño. ¡Si parece
litografiado en don Juan!
Vamos, es cosa estupenda
y el juicio humano se humilla.....
Mas prevendré á la chiquilla
para que no la sorprenda.

[*Con el dedo índice en la frente.*]

Sí; que ella no tiene.....

[*Llamando.*]

Rita!
Jóven sencilla y sin mundo.....

ESCENA XIV.

DOÑA GREGORIA. RITA.

Gregor. Ah! Sube al cuarto segundo
y llama á la señorita.
Rita. Bien.—Ya habrá usted despedido
al.....
Gregor. Sí; al García supuesto.
Es un tuno manifiesto.
Ya lleva su merecido.
Rita. Tienen la misma figura
los dos...
Gregor. Ba! Observa, compara....,
y verás que la una es cara
y la otra caricatura.
Rita. Voy..... Cuando sepa esta intriga
la novia.....
Gregor. Eso á mí me toca.....
Tú llámala, y punto en boca
hasta que yo se lo diga.

ESCENA XV.

DOÑA GREGORIA.

No es mi ánimo hacer misterio
de tan extraña aventura;
mas como esa criatura
tiene tan poco criterio.....
Si acierta á venir ese hombre
un dia ántes que mi yerno
y le roba, Dios eterno!
los papeles como el nombre.....
Pero Gregoria se aplaude
de que, así y todo, en el acto
hubiera tenido tacto
para descubrir el fraude.

ESCENA XVI.

DOÑA GREGORIA. D. PEDRO.

Pedro. Ya estoy de vuelta.
Gregor. [*Irritada y tomándole por D. Juan.*]
Otra vez?
¡Váyase usted y tengamos
la fiesta en paz!
Pedro. ¿Qué oigo! ¿Á mí....
Gregor. Si usted quiere que haya escándalo...
Pedro. ¡Señora.....
Gregor. Lo habrá.
Pedro. ¿Qué es esto,
madre mia? ¿Qué arrebato.....
Míreme usted bien: soy yo.
Gregor. [*Mirándole con más atencion.*]
Ah! sí; es Juan. El pelo.., el brazo...
Pedro. Eh? (Cielos!....)
Gregor. Te confundia.....
Pedro. Con quién?
Gregor. Con un perdulario;
un Juan García postizo.....
Pedro. Qué dice usted?.... (Malo, malo!)
Gregor. Un insigne perillan
que ha venido muy ufano
á invadir tu territorio.
Pedro. Sí?
Gregor. Con el mayor descaro.
Y engañaria á cualquiera,
porque es tu vivo retrato.
Pedro. ¿Será posible..... (Troné!)
Gregor. Yo que soy un lince, un árgos,
al momento conocí
la trampa. Hum! yo no me mamo
el dedo.
Pedro. Usted? Ya, ya! Y... Laura?
¿Cómo ha recibido al falso
Juan García?
Gregor. Aún no le ha visto.
Estaba arriba, en el cuarto
segundo..... Él ha prometido
volver.....
Pedro. [*Con risa forzada.*]
Oiga!
Gregor. Es temerario.
Pero yo estoy decidida
á darle cara de palo.
Pedro. No. Qué se diria? Venga
ese Juan de contrabando,
y veremos si sostiene
en mi presencia el engaño.
Además, quisiera ver
cómo recibe al falsario
mi Laura.
Gregor. Bah! con desprecio,
con indignacion; es claro.
Pedro. No obstante, imagine usted
cuánto será mi entusiasmo
teniendo esa prueba más
de su amor.
Gregor. Es excusado.....
Pedro. (Ah! si triunfo en esta crísis.....)
Yo lo exijo, sin embargo.
Gregor. Bien está, pero es preciso
evitar el sobresalto.....
Nada sabe; va á bajar;
le diremos.....
Pedro. Ni un vocablo.
Gregor. Pero.....
Pedro. Nada, nada! Así
no podrá decir que usamos
de coaccion. Por mi parte,
no despegaré los labios.
Gregor. Alma noble!
Pedro. Así lo exige
mi delicadeza.
Gregor. Bravo!
Pedro. Y en prueba de ello, ahora mismo
voy á encerrarme en mi cuarto.
Gregor. Como gustes.
Pedro. Y saldré
cuando sea necesario.
Gregor. Eh! ¿Así te vas sin decirme
si has hecho ó no aquel encargo?
Pedro. Al anochecer vendrán
testigos, cura y notario.

[*Entra en su habitacion.*]

ESCENA XVII.

DOÑA GREGORIA. LAURA.

Gregor. Sí, este es el Juan verdadero:
bien lo prueba con el rasgo
generoso de dejar
libre á su rival el campo.—
Pero bueno es prevenir
á Laura, no tome el rábano

por las hojas..... Aquí está.

Laura. [*Entrando.*]

Mamá, ¿qué es lo que ha pasado
miéntras...

Gregor. (Pues!..., ya se lo ha dicho
la otra mona.) Un lance raro.—
Qué te ha dicho la doncella?

Laura. Ni lo sé. Con mil preámbulos
me ha hablado de otro galan
que solicita mi mano.....

Gregor. Cierto.

Laura. Y que esté prevenida
para un fenómeno extraño.....

Gregor. Es verdad.

Laura. Mas no comprendo.....

Gregor. Yo te lo diré más claro.
En efecto, aquí ha venido
un aventurero, un vago
diciendo que es Juan García.

Laura. ¿Qué tiene de extraordinario
que se llame así tambien?
Mas como yo no me caso
con el nombre, sino.....

Gregor. Cierto;
mas bien pudiera aquel pájaro
robar el nombre á tu novio,
pues no ha tenido reparo.....

Laura. En qué?

Gregor. En robarle la cara.

Laura. ¿Cómo...., la cara..... No alcanzo...

Gregor. Se parece mucho á Juan.

Laura. Qué oigo!

Gregor. Aunque no es tan gallardo;
pero así...., á primera vista.....
Yo le observé con cuidado
y eché de ver al instante
que es un García bastardo.
Es como la mala copia
que de un excelente cuadro
saca un pintor ignorante:
es como esos mamarrachos
con que pintan los franceses
en las cajas de tabaco
á su emperador difunto.
Todos se parecen algo
á aquel tipo, pero.....

Laura. Y ¿cómo
justifica.....

Gregor. Ahí está el caso.
Le pido pruebas y..... ¡nada!
pretende que le creamos
por su palabra.

Laura. ¡Osadía
singular!

Gregor. Pues el muy sandio
se empeña en verte.....

Laura. Que venga,
y verá que yo no cambio
fácilmente..... Y Juan? Le ha visto?

Gregor. Áun no.

Laura. Dónde está?

Gregor. En su cuarto.

Laura. ¿Y sabe.....

Gregor. Sí. Ya veremos
cuando venga su adversario.....
Pero no se atreverá.....

Rita. [*Anunciando desde el foro.*]

El García duplicado.

Gregor. Eh?

Rita. El don Juan número dos;
aunque no sé cuál de entrambos.....

Laura. Bien; que éntre.

Gregor. [*A Rita.*] Y lárgate tú!

[*Desaparece Rita.*]

Alerta, que es muy taimado!

ESCENA XVIII.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. JUAN.

Laura. [*Grito involuntario.*]

Ah!

Juan. Laura mia!

Laura. [*Con los brazos abiertos.*]

Juan mio!

Gregor. [*Interponiéndose.*]

Tente, muchacha! ¿No ves.....

Laura. [*Mirando á D. Juan agitada y afanosa.*]

Oh Dios!.... Será desvarío?
No; él es, no me engaño, él es!

[*Se precipita en sus brazos.*]

Gregor. Muchacha!.... ¡Hemos hecho un pan
como unas hostias!

Juan. Oh gloria!

Gregor. Mira que ese no es don Juan!
Lo juro á fe de Gregoria.

Laura. Ah! Sí, sí.

Juan. Laura querida!

Laura. Juan!

Gregor. Esto clama venganza!

Juan. No en vano, bien de mi vida,
puse en tu fe mi esperanza.
De acuerdo una madre ilusa
con el rival que me vende,
me desconoce, me acusa.....

Laura. Pero Laura te defiende.

Gregor. Mas para darle la palma
¿en qué te fundas? Yo rabio!

Laura. En aquel grito del alma
que se escapó de mi labio.

Gregor. ¿No gritaste..... ¡buena es esa!
cuando vino el otro mozo?

Laura. Entónces fué de sorpresa;

ahora es de amor y de gozo.
Gregor. Aquel su nombre acredita
con pruebas.....
Juan. Me las robó!
Laura. Es que aquel las necesita,
madre mia, y éste no.
Gregor. ¿Por qué, si en boca, en narices....,
en todo son semejantes?
Laura. Sólo ven ciertos matices
ojos que miran amantes.
Esos jilguerillos mil,
unos en forma y colores,
que entre las galas de Abril
cantan sus tiernos amores,
¿cuándo aprendieron ó dónde
ora el gozo, ora la queja
con que cada cual responde
al trino de su pareja?
Gregor. Áun desmentirá esta loca
la partida de bautismo.

Laura. [*Contemplando á D. Juan.*]

Cierto; idéntica es la boca.....
Pero no rie lo mismo.
Gregor. Qué ridículos antojos!
Juan. Tanto se parece á mí?
Laura. Tambien son negros sus ojos.....
Pero no miran así.
Juan. Oh dulce fin de mis penas!
Gregor. (¿Qué hace el otro que no acude...)

[*Se dirige á la puerta de la derecha.*]

Laura. Ah! y las rizadas melenas.....
Mamá, áun quiere usted que dude?

Gregor. [*Sin oir á Laura, y dirigiendo la voz á lo interior del gabinete.*]

No sales?
Laura. Ay! ese brazo.....
Juan. No te asustes, alma mia.
Laura. Recuerdo..... Oh Dios! el balazo.....

Gregor. [*Como ántes.*]

Que no es tiempo todavía?
Juan. Ya no hay riesgo.....

Gregor. [*Separándose de la puerta.*]

(Tanta flema!)

[*Á Laura y D. Juan.*]

Vamos, ya basta. Apartad!
Laura. Pero, mamá, es mucha tema.....
Juan. Y muy poca caridad.
Gregor. ¿Tan pronto echas en olvido
que al otro reconociste?
Laura. Pero á su lado he vivido
cavilosa, huraña y triste;
y es que el corazon leal
de mi engaño me advertia,
y á la obediencia filial,
no al amor obedecia.
Temblar me hacía, y no en vano,
su amante solicitud;
y ahora estrecho esta mano

[*Tomando la de D. Juan.*]

sin rubor, sin inquietud.
Gregor. Y el otro..... ¡nada! Lo mismo
que si estuviera en Cracovia.....

[*Volviendo á acercarse al gabinete.*]

Ven; deshaz este embolismo,
ó te birlarán la novia.

Juan. [*Dando algunos pasos.*]

Yo le haré, mal que le pese,
salir.....

Laura. [*Deteniéndole.*]

Tente! ¿Adónde vas.....
Juan. Á obligarle á que confiese.....
Laura. Por Dios, mira cómo estás!

ESCENA ÚLTIMA.

LAURA. DOÑA GREGORIA. D. JUAN. D. LUIS.

Luis. [*Entrando muy agitado.*]

Tia! Laura!....

Juan. [*Reconociendo á D. Luis.*]

El matasiete!....
Luis. No hay tal novio. Es un abuso....
Tengo carta de Albacete.....

[*Viendo á D. Juan.*]

Aquí está! Afuera el intruso!
Juan. ¿Cómo.....

Laura. [*Interrumpiendo á D. Juan.*]

No es este:

[*Señalando á la puerta de la derecha.*]

es aquel.....
Luis. Como al parecer están
vaciados en un troquel,
no sabe uno; ¡voto á san.....
Cuándo ha venido este?
Gregor. Hoy.
Luis. Sí? Pues el otro es el maula.
Laura. ¿Ve usted.....
Gregor. Sospechando voy.....

[*Acercándose otra vez al gabinete.*]

No saldrá usted de esa jaula?
Luis. Primo, tu amistad deseo.....

Juan. Primo!
Laura. Mio.
Luis. Á fe de hidalgo
juro.....
Gregor. No está..... No le veo.....

[*Alzando la voz.*]

Juan!... García!—Échale un galgo!

[*Entra en la habitacion de la derecha.*]

Luis. Hace bien en tomar pipa,
porque si no.....

[*Ofreciendo la mano á D. Juan.*]

Mucho siento
aquel tiro..... Una chiripa.....

Laura. [*Á D. Juan en tono suplicante.*]

Paz!....
Juan. Si es tu primo, consiento.

[*Estrecha la mano de D. Luis, y al mismo tiempo vuelve doña Gregoria trayendo lo que dirá.*]

Gregor. Se fué el embustero, el pillo
que burló mi buena fe.
Su cuarto sale al pasillo.....
Sin yo arañarle se fué!
Allí ha dejado el maldito.....
¡mala centella le parta!
las memorias de Juanito....,

[*Las pone sobre la mesa.*]

tu retrato.....

[*El de Laura: lo arrebata D. Juan y lo besa entusiasmado.*]

y esta carta.

Luis. [*Tomándola.*]

Veamos qué dice en ella,
si usted me permite....,
Gregor. Sí.
Juan. Oh! yo seguiré su huella
y le juro.....
Luis. Dice así:

[*Leyendo.*]

«Pidiendo á Laura perdon,
ya no codicio su mano,
que darla á Pedro es en vano
si es de Juan el corazon.
Fuera mio, y tal regalo
disputara todavía,
si no como Juan García
como Pedro Marchamalo.
Que yo por nada me arredro;
y en efecto allá se van
Pedro con cara de Juan
y Juan con cara de Pedro.
La restitucion legal
no rehuso, sin embargo,
si conforme á data y cargo
paga y cobra cada cual;
que miéntras dos y uno fuí
purgué mi doble papel
gozando poco, y por él!;
sufriendo mucho, y por mí!
Si huyo, no es de cobardía;
que en la fonda de París,
vaya solo ó con don Luis,
me hallará don Juan García.
Huyo, bien lo sabe Dios,
porque no sé con qué cara
ver á Laura...., cosa rara!....
yo que en una tengo dos.
Intacto dejo el dinero
de don Juan que hace ya dias
me entregó don Zacarías.
Loco, pero caballero.
Y á más de haber preparado
el contrato y el festejo,
sepa don Juan que le dejo
un rival descalabrado;
y el retrato...., ay dura suerte!;
y ese precioso cuaderno;
rogando al próspero yerno
que en sus páginas inserte,
con correcta ortografía,
este capítulo más;
ó sea, Apéndice á las.....
Memorias de Juan García.»

[*Dejando el papel sobre la mesa.*]

Como soy Luis que me gusta
su desparpajo.
Gregor. Insolente!
Juan. Mi cólera.....
Laura. Oh! ya no es justa
pues se aleja y se arrepiente.
Juan. Si tardo en venir un dia....,
horror!.... se casa contigo.
Laura. Verme en brazos de García
será su mayor castigo.
Luis. Eh! no agüemos el placer.....
Juan. Si tú le perdonas.....
Laura. Sí.
Yo no puedo aborrecer
á quien se parece á ti.
Juan. Ángel mio!
Gregor. Y yo, Juanito,
que te dije tanto insulto.....
Juan. Bah!
Gregor. Yo tambien necesito
que me concedas indulto.

Juan. [*Abrazándola.*]

Mamá!
Gregor. Soy fisonomista,

pero hay tanta semejanza
entre los dos, que la vista
más penetrante no alcanza.....

Laura. Y como vino á la Corte
pertrechado de tal modo.....
El retrato, el pasaporte,
las memorias sobre todo.....

Juan. Sí; con ellas aprendió
todos mis antecedentes.
No habia previsto yo
los graves inconvenientes.....

Luis. Memorias de un muerto, vaya;
pero memorias de un vivo.....

Juan. Desde hoy hago cruz y raya.....

Luis. Las quemas?

Juan. No; las archivo.

Luis. Ah, bien! (Necia vanidad!)
De ese escrito y de otros muchos
hará la posteridad
algun dia..... (cucuruchos.)

Juan. [*Á Laura.*]

La pluma, por otra parte,
fuerza es ya que quede ociosa
porque ocupado en amarte,
no sabré hacer otra cosa.

Laura. Pero en mi fiel corazon,
á falta de biografía,
leerás siempre este renglon:

[*Figurando escribir.*]

Memorias de Juan García.



EL INTENDENTE Y EL COMEDIANTE,

COMEDIA EN UN ACTO.

Se estrenó en el teatro del Príncipe el dia 20 de Octubre de 1848.

PERSONAS.

DOÑA LIBORIA.	D. GINES.
MARTA.	D. DÁMASO.
D. RICARDO.	D. TOMÁS.

EL PORTERO.

La escena pasa en Sevilla. El teatro representa el despacho de un negociante acaudalado. Puerta en el foro; otra en los bastidores de la derecha; otra en los de la izquierda.

ESCENA I.

DOÑA LIBORIA. D. RICARDO.

[*Aparecen tomando chocolate. Don Ricardo en bata y chinelas.*]

Liboria. Hoy estoy fatal, Ricardo,
y aunque es tan famoso, ay triste!
el médico que me asiste,
poca mejoría aguardo.
Ricardo. El médico no acertó,
¿y quieres que te consuele
un lego.....
Liboria. Ay Dios!
Ricardo. Qué te duele?
Liboria. Los nervios, la..... Qué sé yo?
Mi histérico no se aplaca
ni con agua de azahar
ni con..... Tendré que tomar
los baños de Carratraca.
Ricardo. No espero que de ellos saques,
si he de hablarte con llaneza,
ni consuelo á tu tristeza
ni remedio á tus achaques.
Liboria. ¿Te parece que una junta.....
Ricardo. De médicos? No hará nada.
Liboria. Conque ya estoy desahuciada?
Conque me das por difunta?
Ricardo. Es inútil que te halague.
Los males que te torturan
con médicos no se curan.
Liboria. Ah!
Ricardo. Ni aquí ni en Copenhague.
Liboria. Pues ¿qué síntomas descubres
para dar tan triste fallo?
Ricardo. Esas dos patas de gallo
que anuncian muchos Octubres.
¿Qué doctores lograrán
disminuirte los años
aunque te receten baños
en las aguas del Jordan?
Aunque en ellos tengas fe,
para ti son vanos ya
el sistema de *Le Roi*
y el sistema de *Broussais*.
Pero á falta de magnesia
y demas drogas del arte,
puede un récipe curarte
de la santa madre Iglesia.
Al yugo del matrimonio
dobla tu cuello cuanto ántes
y no á los nervios levantes
tanto falso testimonio.
Sí, sí, es mejor que te zafes
de médicos, y que el pacto
conyugal.....
Liboria. Pero.....
Ricardo. *Ipso facto*
cesarán tus alifafes.

Ó si piensas que es delirio
casarte ya veterana,
ten á lo ménos, hermana,
la paciencia del martirio;
que de otra suerte—yo te hablo
con mi franqueza notoria—
no harás méritos, Liboria,
para Dios ni para el diablo.
Liboria. Sospecho que dices bien.
Ricardo. Pues cásate.
Liboria. Linda frase!
¡Que me case, que me case.....
Y cómo? y cuándo? y con quién?
¿Vendrán aquí los narcisos
á sacarme del pantano?
¿He de pregonar mi mano
en el *Diario de avisos?*
No hago á los novios el bu,
no; pero ¿qué cataratas
les impiden ver las patas
de gallo que has visto tú?
Ricardo. Cuando tu Octubre fué Julio
no faltó quien se prendara,
si no de tu linda cara,
de tu cuantioso peculio;
pero de ciertas doncellas
es tan escaso el chirúmen
que en su vanidad presumen
que no hay vejez para ellas.
Liboria. No me salió por desgracia
un novio digno de mí.
Ya sabes que siempre fuí
muy dada á la aristocracia.
Ricardo. De dónde ese orgullo viene?
Tu padre fué menestral.
Liboria. Por lo mismo. Cada cual
desea lo que no tiene.
Ricardo. Pase para aquellos dias
que no volverán jamás;
pero ahora ya no estás
para pedir gollerías.
Liboria. Tienes mil razones; pero
mi sexo no me permite
aventurar un envite
para escuchar un no quiero.
Ricardo. Si temes sufrir enojos,
suplan la audacia del pico,
con su esgrima el abanico,
con su elocuencia los ojos.
No ha de faltar una treta
que muestre tu llama oculta.
Qué diablos!.... ya tan adulta,
y áun no sabes ser coqueta!
Liboria. Tú que entiendes de negocios
negocia tambien mis bodas.
Ricardo. Cómo!....
Liboria. Á ver si me acomodas
con alguno de tus socios.
Ricardo. Yo! ¿Á quién voy con la hipoteca,
si en tal negocio me meto,
de una hermana..... lazareto
con histérico y jaqueca?
Hombre á quien la renta sóbre
¿cómo quererte? No pidas.....
Liboria. No quiero por novio á un Mídas;
ántes le prefiero pobre.—
Ni de ilustre nacimiento
le pido ya.....
Ricardo. ¡Bueno fuera.....
Liboria. Pero que tenga siquiera
uniforme y tratamiento.
Ricardo. Déjame en paz. Yo no influyo.....
Cada cual busque su avío.
Áun no he pensado en el mio,
y he de pensar en el tuyo?
Liboria. ¿Somos iguales, impío,
las hembras y los varones?
Vosotros siempre...., bribones!...,
pero nosotras..... Dios mio!
Ricardo. Basta.....
Liboria. ¿Quieres que sucumba
mi virtud?
Ricardo. No.
Liboria. Quita allá!
Ricardo. No! Pero vete; que es ya
mi cabeza una tarumba.
Me tienen harto aburrido
el Teatro y los Seguros,
sin aumentar mis apuros
negociándote un marido.
Liboria. Así los cielos te den
fortuna en tus dos empresas,
ruégote, hermano.....
Ricardo. No cesas?
Liboria. Sé mi empresario tambien!
Ricardo. Si no te vas.....
Liboria. [*Levantándose.*] Hum... qué raro!
Ricardo. Me hará daño el chocolate,
ó haré cualquier disparate
que luégo me cueste caro.
Liboria. Me voy; pero piensa en mí.
Ricardo. Sí. Adios. En tiempo oportuno.....
Liboria. Bien. Adios.
Ricardo. Que venga alguno
á quitar esto de aquí.

[*Vase doña Liboria por la puerta de la derecha.*]

ESCENA II.

D. RICARDO.

Pues ¡dígole á usted que el buque
es para una expedicion!....
¡Y áun querrá ese cronicon
casarse con algun duque!
Áun con todo su caudal
debe bendecir su estrella
si se desposa con ella
cualquier fulano de tal.

ESCENA III.

D. RICARDO. MARTA.

Marta. Señor.....
Ricardo. Hola! Cara nueva.....
y cara muy de recibo.
Marta. Favor que usted.....
Ricardo. (Me desvivo
por todas las hijas de Eva.)
Cuándo has venido, mi gloria?
Marta. Hace un mes.
Ricardo. Nunca te he visto.
Marta. No es extraño: sólo asisto.....
Ricardo. Á quién?
Marta. Á doña Liboria.
Como está malo Moreno.....
Ricardo. Si tú me sirves por él,
permita el Dios de Israel
que nunca se ponga bueno.
De mi hermana eres doncella?
(Lindo garbo! El cútis fresco.....)
Pues, no obstante el parentesco,
te quiero á ti más que á ella.
Marta. Eh, señor!....
Ricardo. Deja la jícara.
No hay prisa.....
Marta. Si ella lo sabe.....
Ricardo. [*Tomándole la mano.*]
No he visto cosa más suave
para mano de una pícara.
Marta. [*Retirando la mano y apartándose de la mesa.*]
Pícara yo!
Ricardo. No te enfades.
Marta. Me iré de aquí.....
Ricardo. Es una broma.....
Ven aquí.....
Marta. Si usted se toma
conmigo esas libertades.
Ricardo. Acaso mi mano mancha?
Es lástima que la tuya
con los zorros se destruya
ó se tueste con la plancha.
Marta. Bah!
Ricardo. Por tu cara divina
me echaria en una acequia.
Marta. Bah! Yo sé que usted obsequia
á una hermosa bailarina.
Ricardo. Quieres reemplazarla tú?
Marta. No, señor; no fuera justo.....
Ricardo. Serías cosa de gusto
pirueteando un *padedú*.
Marta. Deje usted esos extremos;
que mi habilidad no es tanta.....
Ricardo. Empiezas por figuranta,
y despues.... te ascenderemos.
Por las glorias teatrales
deja ese estado precario.
¿Qué te paga de salario
mi hermana?
Marta. Noventa reales.
Ricardo. Miseria humana! Ea pues,
date al baile, reina mia,
y ganarás en un dia
lo que hoy ganas en un mes.
Marta. No entiendo.....
Ricardo. Lo que interesa
no es la pericia en el arte,
sino tener de tu parte
al director de la empresa.
Marta. No se hizo mi condicion
para el teatro, á fe mia,
aunque motivo tendria
para cobrarle aficion.
Ricardo. Qué motivo?
Marta. No lo puedo
decir.
Ricardo. Misterios tambien?
Mas si venzo tu desden
lo demas me importa un bledo.
Dime.....
Marta. Señor don Ricardo,
en otra parte me llama
mi deber.
Ricardo. Pero.....
Marta. Y el ama
me reprenderá si tardo.
Ricardo. Ama puedes ser aquí.
Marta. Para serlo, lo sería,
no en casa ajena; en la mia
como algun tiempo lo fuí.
Ricardo. Tú?
Marta. Piensa usted que es embuste?
Ricardo. No tal. Yo no pongo en duda.....
(Me la echa de linajuda.....
Será más caro el ajuste.)
En efecto, tus modales,
aunque hoy reducida á triste
condicion, muestran que fuiste
criada en buenos pañales.
Mas si ahora te acrisola
destino adverso y tirano,
yo te doy palabra y mano.....
Marta. [*Retirando la suya.*]
Basta la palabra sola.
Ricardo. Hay pudor más temerario?
Marta. Mujer que estima su nombre
sólo da su mano á un hombre
en presencia del vicario.
Ricardo. (Oiga!....) Sí, la negra honrilla.....
Mas si ha de ser, dulce prenda,
quien dirima esta contienda
el vicario de Sevilla.....
Marta. No, señor.
Ricardo. Ya ves, los dos.....
Marta. Ya veo.....
Ricardo. La cosa es grave.
Quiéreme, y luégo... ¿Quién sabe...
De ménos nos hizo Dios.
(Me hace reir con su régia

seriedad.) Tierno y sumiso
galan..... (Con esta es preciso
usar de mucha estrategia.)

Marta. Usted me ha entendido mal.
Humilde como mi estado,
jamás yo hubiera aspirado
á enlace tan desigual;
y porque cese el empeño
con que usted me ruega en vano,
fuerza es decir que esta mano
se guarda para otro dueño.

Ricardo. De véras? ¿Se atravesó
algun rival poderoso?

Marta. No; que mi futuro esposo
es tan pobre como yo.

Ricardo. ¿Con maneras señoriles
tambien?

Marta. Sí.

Ricardo. Vaya por Dios!

Marta. Somos víctimas los dos
de las discordias civiles.

Ricardo. Con tanto enemigo bando,
hay casas, y de hombres buenos,
que suelen venir á ménos.....
(Esto se va complicando.)
Cuál es tu nombre? (Es divina.)

Marta. Marta.

Ricardo. Lindo nombre!

Marta. Qué!....

Ricardo. Ménos hechicera fué
Marta la Romarantina.
Di, y el nombre de tu novio
¿cuál es?

Marta. (Le expongo á un fracaso
si le nombro.) No hace al caso.....

ESCENA IV.

D. RICARDO. MARTA. EL PORTERO.

Portero. Don Gines Perez Borobio.

Marta. (Cielos!)

Ricardo. Que pase adelante.

[*Marta recoge muy despacio lo que ha servido para el desayuno.*]

ESCENA V.

D. RICARDO. MARTA.

Ricardo. (¿Será aquel de Cartagena.....
Sí, Perez Borobio..... Suena
como á intendente cesante.)

ESCENA VI.

D. RICARDO. MARTA. D. GINES.

Gines. [*Á la puerta del foro.*]
Si usted me da su licencia.....

Ricardo. [*Saliendo á recibirle.*]
Oh mi amigo don Gines!

Gines. Muy servidor y muy.....

Ricardo. (Él es.
Tengo una reminiscencia.....)
[*Dándole la mano.*]
Adelante!

Gines. Reverencio.....

Ricardo. Pronto una silla al señor!

[*Marta acerca una silla á la mesa.*]

Gines. Estoy bien. Tanto favor.....

Ricardo. Ruego á usted.....

[*Se sienta D. Gines en frente de don Ricardo, que vuelve á ocupar el sillon de despacho.*]

Gines. [*En voz baja.*] Marta!....

Marta. [*Lo mismo.*] Silencio!

Gines. Usted bueno?

Ricardo. Sí; hay salud.

Marta. (Quiera Dios que aquí no se arme...)

[*Dobla las servilletas.*]

Ricardo. Vendrá usted á recordarme
aquella solicitud.....

Gines. Perdone usted la molestia.....

Ricardo. Por Dios!....

Gines. Mi mérito escaso.....

Ricardo. No tal; por eso no paso.

Gines. (Qué afable está!)

Ricardo. (Qué modestia!)

Gines. Como usted me prometió.....

Ricardo. Sí, y con palabras no ambiguas.
Qué mucho? Nuestras antiguas
relaciones.....

Gines. (Cuáles?) Oh!....
En diversas ocasiones
he venido, como es justo.....

Ricardo. Siento.....

Gines. Y no he tenido el gusto
de ver á usted.

Ricardo. Mil perdones!
Tanto que hacer estos dias
me dan una y otra empresa,
que.....

Gines. Ya sé..... Sobre la mesa
hay cuatro tarjetas mias.

Ricardo. Sí..... Gines Perez.....

Gines. Rendido
servidor..... Una bicoca
pido. Si usted me coloca.....

Ricardo. No echaré á usted en olvido.

Gines. Tanta bondad me avasalla.
Mi conducta abonará
medio Sevilla. Ahí está,
sin ir más léjos, quien.....
Marta. [*En voz baja.*] Calla!
Ricardo. Es ocioso entre los dos.
Voy á ver..... Si como creo,
no se ha provisto el empleo,
de usted será.

[*Impidiendo á D. Gines que se levante.*]

Vuelvo. Adios.

[*Vase por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA VII.

MARTA. D. GINES.

Gines. Lo veo y áun no me atrevo
á creerlo. Qué llaneza!
qué amable! Tanta fineza
sin duda á ti te la debo.
Le habrás hablado por mí.....
Marta. Yo me guardaré muy bien
de hacerlo.
Gines. Pues ¿cómo.... ¿Quién...
Marta. El vestido habló por ti.
Gines. Qué quieres! Es menester
ponerse decente.....
Marta. Ya.
Gines. Me lo ha prestado el que va
de galan á Santander.
Ahora voy á hacer carrera.
Qué bondad en cada frase!
Ah Marta! Si me ajustase
de tercer galan siquiera.....
Pero es raro..... Yo temí
que me hablase con desden.
Marta. De qué te admiras? Tambien
queria ajustarme á mí.
Gines. A ti!
Marta. Idea estrafalaria!
Á colocarme se inclina.
Gines. Sí? De qué?
Marta. De bailarina.....
con honores de empresaria.
Gines. Qué oigo! Me escamo... Me aflijo....
Marta. Si le hablo yo con afan
te ajustará de galan,....
y de dama, si lo exijo.
Gines. ¿Es decir que te requiere
de amores el don Ricardo?
Marta. Cierto.
Gines. Hombre aleve y bastardo!
Marta. Por estos ojos se muere.
Gines. Y..... ¿le correspondes tú?
Marta. ¡Preferirle á mi Gines
aunque pusiera á mis piés
los tesoros del Perú!
Gines. Y sabe que nos amamos?
Marta. Ah! no. Si supiera tal
te hubiera echado al portal
rodando por esos tramos.
Gines. No importa; haré dimision,
y aunque haga el camino á pié,
por esos mundos me iré
á ejercer mi profesion.
Marta. Por esos mundos! ¿Qué harás.....
No! Sigue aquí tu manía;
aunque algo mejor sería
abandonarla.
Gines. Jamás!
Grabado tengo en el alma
el instinto teatral
que ciñó lauro inmortal
á un Maiquez, á un Kemble, á un Talma.
La más bella de las artes.....
Marta. Oh qué fatal contumacia!
¿No sé yo que por desgracia
te silban en todas partes?
Gines. Siempre se mira con tedio
al que á la zaga se queda.
¿Qué quieres que me suceda
siendo *parte de por medio?*
Mas si la mano me dan,
tú verás cómo conquisto
fama y gloria..... Nunca he visto
silbar al primer galan.
Si Dios me abre otro camino
yo dejaré esta carrera,
pero en tanto.....
Marta. Suerte fiera!
Gines. Lucharé contra el destino.
Marta. Pues bien, acepta la plaza.....
Gines. Pero si ese hombre averigua
la tierna amistad antigua
que nuestras almas enlaza.....
Marta. No te dé cuidado ese hombre.
Me iré y, léjos de su hogar,
no se volverá á acordar
ni del santo de mi nombre.

[*Acabando de recoger los platos, jícaras, etc.*]

Pero ocultarle conviene.....
Gines. No temas. Lo que es por mí.....
Marta. Adios; no vuelva y aquí
nos encuentre.

[*Oyendo abrir la puerta de la izquierda.*]

Adios. Ya viene.

[*Vase por la puerta de la derecha.*]

ESCENA VIII.

D. RICARDO. D. GINES.

Ricardo. Dése usted por colocado.
Hay una plaza vacante
de primer *representante*.....

Gines. (Primer actor! Yo! ¡Un cuitado.....)
Con admiracion lo escucho;
que, á la verdad, no soy digno.....
Ricardo. Sí tal.
Gines. (Qué hombre tan benigno!)
Ricardo. El trabajo será mucho.
Gines. Ya supongo.....
Ricardo. Las *funciones*.....
Gines. Oh! tengo buena memoria,
soy amante de la gloria,
y por lo que hace á pulmones.....
Ricardo. (Pobre hombre! Con la alegría
no sabe lo que se pesca.)
Gines. Me levanto con la fresca
y.....

ESCENA IX.

D. RICARDO. D. GINES. EL PORTERO.

Portero. Don Dámaso Fonfría.

Ricardo. [*Á D. Gines.*]

No desconozco su nombre,
aunque ahora no recuerdo.....
Con tanto negocio pierdo
la memoria.....

[*Al Portero.*]

Que éntre ese hombre.

ESCENA X.

D. RICARDO. D. GINES.

Gines. Siempre á mi deber asiduo,
procuraré.....
Ricardo. En eso estoy.

ESCENA XI.

D. RICARDO. D. GINES. D. DÁMASO.

[*Algo chapado á la antigua, y pobremente vestido, llega D. Dámaso por la puerta de la izquierda.*]

Dámaso. Beso á usted la mano.
Ricardo. [*Con indiferencia.*] Soy
con usted. (Raro individuo!
Yo le he visto y no sé dónde.)

[*Habla aparte con D. Gines.*]

Dámaso. (¡Por vida de don Bermudo
el Gotoso!.... Le saludo,
y casi no me responde!)
Don Ricardo!.. (No hay aguante....)
Ricardo. Ya le he dicho á usted... (Qué necio!)
Dámaso. (¡Tratar con tanto desprecio
á un intendente cesante!)
Gines. Tan singular beneficio
quedará grabado aquí.....

[*Pone la mano en el pecho.*]

Dámaso. (Pues no me trataba así
cuando estaba en ejercicio.)

Ricardo. [*Aparte con D. Gines.*]

No hablemos más del asunto.
Voy á despachar ahora
á ese hombre que me encocora.....
Gines. Volveré luégo?

Ricardo. [*Dando la mano á D. Gines, que le hace una profunda reverencia.*]

Sí, al punto.
Adios, señor don Gines.
Gines. Soy de usted.....
Ricardo. Gracias...
Gines. Repito....
Ricardo. [*Acompañándole hasta la puerta del foro.*]
Esta casa.....
Gines. Oh! no permito.....
Hasta luégo.
Ricardo. Hasta despues.

ESCENA XII.

D. RICARDO. D. DÁMASO.

Ricardo. [*Apoyándose con gravedad en la mesa de despacho.*]

Vamos, qué hay?
Dámaso. (Cómo me humilla!)
Siento molestar á usté.....
Ricardo. No.....
Dámaso. (¡Me recibe de pié
por no ofrecerme una silla!)
Ricardo. Hable usted.
Dámaso. (Esto va mal.)
Yo soy Dámaso Fonfría.....
Ricardo. Ya sé.....
Dámaso. Á recordar venía
aquella instancia.....
Ricardo. Sí. Cuál?
Como tengo tanto cúmulo
de negocios y expedientes.....
Dámaso. Ya veo.....
Ricardo. Los pretendientes
darán conmigo en el túmulo.
Dámaso. La pretension que yo traigo
es análoga al empleo
que he servido.
Ricardo. Ya.
Dámaso. Deseo
representar.....
Ricardo. Ah! ya caigo.

Excusado es que pregunte.....
Dámaso. Siempre laborioso y fiel.....
Ricardo. (¿Quién no reconoce en él
á un cómico transeunte?)
Dámaso. Me recomendó.....
Ricardo. Ya sé.....
Será usted servido.
Dámaso. (Cómo!....
No esperé ni por asomo.....)
Tantas gracias.....
Ricardo. No hay de qué.
Dámaso. Yo debo.....
Ricardo. Es materia parva.
(Le daremos medio duro
y servirá en un apuro
para la *cuerda* de *barba*.)
Dámaso. ¿Conque usted.....
Ricardo. Sí, voto á Crispo!
Dámaso. Yo estimo tanta fineza.....
Ricardo. (Bien sentará en su cabeza
una mitra de arzobispo.)
Doy á usted mi enhorabuena.
Dámaso. Usted ya sabe quién soy.....
Ricardo. Sí.
Dámaso. Y aunque ha dias que estoy
retirado de la *escena*.....

Ricardo. [*Interrumpiéndole.*]

Sí.
Dámaso. En volviendo al *ejercicio* (*)
de.....
Ricardo. Sí; es claro...
Dámaso. Las *funciones*...
Ricardo. Sí.
Dámaso. Usted verá en mis *acciones*.....
Ricardo. Sí. (Qué pesado!)
Dámaso. El servicio.....
Ricardo. Sí, señor, sí. (Son crueles
los cómicos de la legua.)
Dámaso. Por lo que.....
Ricardo. Sí. (No da tregua.)
Dámaso. Por lo que hace á los *papeles*.....
Mi experiencia.....
Ricardo. Sí, sí; cuento
con el desempeño exacto.....
Voy á mandar que en el acto
extiendan el documento.
Vuelva usted luégo.....
Dámaso. Bien, bien.

[*Retirándose con muchas cortesías.*]

Beso.....

Ricardo. [*Sin moverse.*]

Abur.
Dámaso. (Qué original!)
Soy..... (¡Recibirme tan mal,
y luégo....) Salud!
Ricardo. Amén!

ESCENA XIII.

D. RICARDO.

[*Toca la campanilla.*]

Es molesto por demas
el buen hombre. Hum! me da grima.
Por quitármele de encima.....

[*Al Portero que llega.*]

Llame usted á don Tomás.

[*Entra el Portero en la habitacion de la izquierda.*]

¡Qué pronto..... Á primera vista
conocí yo de qué pié
cojeaba.

ESCENA XIV.

D. RICARDO. D. TOMÁS.

Tomás. Mande usté.....
Ricardo. (Soy yo muy fisonomista.)
Oh amigo! Venga usté acá.
Acabo de conceder
dos gracias, y es menester
poner luégo.....
Tomás. Usted dirá.
Ricardo. Con méritos muy legítimos
el uno, porque interesa,
representará á la empresa
de los *Seguros marítimos*.
Tomás. En qué punto?
Ricardo. En Alicante.
Tomás. Con veinte mil reales?
Ricardo. Pues.
Tomás. Su nombre?
Ricardo. Voy.....

[*Tomando de la mesa una tarjeta y leyéndola.*]

Don Gines
Perez Borobio.

Tomás. [*Toma la tarjeta.*]

Adelante.
Ricardo. Ascenderá á veinticuatro
más tarde si arrima el hombro.
Tomás. Y al otro?
Ricardo. Al otro le nombro
racionista del teatro.
Tomás. Sueldo?
Ricardo. Diez reales al dia.
Tomás. El nombre del pretendiente?
Ricardo. Oh! ese lo tengo presente.

(*) Es bastante comun entre actores el llamar ellos mismos ejercicio á su profesion.

Es don Dámaso Fonfría.

[*D. Tomás lo apunta.*]

Tomás. Voy.....
Ricardo. No. Ahora queda franco
el despacho. Aquí...
Tomás. Si hay priesa...

[*Se sienta á la mesa.*]

Ricardo. Ahí están sobre la mesa
las escrituras en blanco.
Tomás. Hay más?
Ricardo. Hoy no. (Qué bonita!
Tan bonita como ingrata.)
Voy á quitarme esta bata
y á ponerme una levita.
Vuelvo á firmar al momento.
Extienda usted con premura
para el uno la escritura,
para el otro el nombramiento.

[*Vase por la puerta de la derecha.*]

ESCENA XV.

D. TOMÁS.

Escribamos sin retardo;
primero, la credencial
en estilo comercial.....

ESCENA XVI.

D. TOMÁS. D. GINES.

Gines. No está el señor don Ricardo?
Tomás. [*Escribiendo.*]
No.
Gines. Me ha dicho que viniera.....
Yo soy el sujeto á quien.....
Tomás. Siéntese usted.....
Gines. Estoy bien.
Tomás. [*Escribiendo.*]
«Veinte mil».... Como usted quiera.
Gines. (Estudiaré con empeño,
por lo mucho que conviene
el papel con que me estrene.
Saldré con *La vida es sueño.*
Pues toda mi gloria fundo
en este primer trabajo,
ensayaré por lo bajo
el papel de *Segismundo.*

[*Representando á media voz con ademanes exagerados.*]

«Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratais así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo.»
Tomás. Algun moscon anda aquí
zumbando.....
Gines. Soy yo, que estudio...
Tomás. Ah! sí; ya entiendo...
Gines. Un preludio...
Tomás. Ya. (Este es don Dámaso; sí.)
Gines. «Bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor
porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.»
Tomás. (Qué ademanes! Es atroz.)
Gines. «Sólo quisiera saber».....
Tomás. Eh! no me voy á entender
si no baja usted la voz.
Gines. Bien. Ya entre dientes recito.....

[*Con voz más apagada.*]

«Para apurar mis desvelos,
dejando á una parte, cielos,
el delito.....

[*Corrigiéndose y dando más énfasis á la palabra.*]

No. «El delito.....»

[*Continúa su relacion con voz que no deja percibir las palabras, pero gesticulando con vehemencia.*]

Tomás. (Como de una cueva oscura
sale la voz del menguado.

[*Despues de una breve pausa y sin cesar el murmullo de D. Gines.*]

Ya aquel está despachado.
Ahora á estotro la escritura.

[*Despues de escribir algunos renglones.*]

Diez reales de emolumentos.....

[*Vuelve á escribir.*]

No tendrá nunca camisa.

[*Escribiendo.*]

«Con obligacion precisa
de hacer acompañamientos.»)

[*Sigue escribiendo.*]

Gines. (Bravo! Aquí voy á lucirme.
Mi imaginacion se exalta....)

[*Sigue recitando entre dientes.*]

Tomás. (Ya está todo. Sólo falta
que don Ricardo lo firme.)
Gines. «Nace el bruto, y con la piel....»

[*Viendo llegar á D. Ricardo vuelve á apagar la voz.*]

ESCENA XVII.

D. TOMÁS. D. GINES. D. RICARDO.

Ricardo. [*Vestido para salir.*]
¿Están corrientes.....
Tomás. Ya están.
Me voy?
Ricardo. Sí.
[*Se sienta para firmar.*]
Tomás. [*Bajo á D. Gines al pasar.*]
Bravo galan!
Gines. Gracias.....

ESCENA XVIII.

D. RICARDO. D. GINES.

Gines. [*Representando en voz baja.*]
«.....al docto pincel,
cuando...»
Ricardo. Firmemos.
[*Viendo á D. Gines.*]
¿Quién reza...
Ah!.... es usted.....
[*Don Gines le hace una salutacion muda y vuelve á su estudio.*]
Voy al momento.
[*Firmando los dos papeles que ha escrito D. Tomás.*]
(Cuál gesticula! El contento
le hará perder la cabeza.)
[*Se levanta y entrega á D. Gines uno de los dos papeles que ha firmado.*]
Tome usted.
Gines. ¡Tanta bondad.....
Ricardo. Bagatela!
[*Vuelve á la mesa y toca la campanilla.*]
Gines. (Esto lo pinto:
[*Recitando como ántes.*]
«¡Y yo con mejor instinto
tengo ménos libertad!»)
Ricardo. Se siente usted malo?
Gines. Quién?
Yo!

ESCENA XIX.

D. RICARDO. D. GINES. EL PORTERO.

Ricardo. Si vuelve por aquí
aquel don Dámaso.....
Portero. Sí.
Ricardo. [*Dándole otro papel.*]
Déle usted esto.
Portero. Muy bien.

ESCENA XX.

D. RICARDO. D. GINES.

Ricardo. Le irá á usted bien en los muros
de la plaza de Alicante.
Gines. Cómo!....
Ricardo. No hay otra vacante
en la empresa de Seguros.
Gines. Qué oigo! ¿De Seguros!....
Ricardo. Pues;
contra naufragios.
Gines. Si yo.....
Leamos.
[*Lee para sí el papel.*]
Ricardo. [*Tomando un cigarro y tirando del cordon de otra campanilla.*]
(¿Ya le picó
otra mosca á don Gines?)

ESCENA XXI.

D. RICARDO. D. GINES. MARTA.

[*Marta llega por la puerta de la derecha.*]

Gines. Qué veo! ¡Representante
de la empresa de Seguros,
con el sueldo de.....
Ricardo. Mil duros.
Marta. (Oh!..)
Gines. Á mí!
Ricardo. Sí.
[*Á Marta.*]
Lumbre.
Marta. Al instante.

ESCENA XXII.

D. RICARDO. D. GINES.

Ricardo. Qué!.. ¿tendrá usted por oprobio....
Gines. Al contrario; pero.....
Ricardo. Qué hombre!
¿No es usted.....
Gines. [*Mirando el documento.*]
Sí, este es mi nombre.
Ricardo. Don.....
Gines. / *Ricardo.* Gines Perez Borobio.

ESCENA XXIII.

D. RICARDO. D. GINES. MARTA.

Marta. [*Con lumbre en una chufleta.*]
La lumbre.
Gines. Tan alto don
me favorece en extremo;
pero aquí ha habido, lo temo,
alguna equivocacion.
Usted, con tal batahola,
quizá méritos ajenos
me cuelga, y trueca los frenos.....
Ricardo. Yo!..
Marta. [*En voz baja y rápidamente.*]
Calla y ruede la bola!
Ricardo. Estoy soñando ó despierto?
Pero usted...., pese á mi raza!....
¿no pretendia una plaza
de representante.....
Gines. Cierto.
Representar.....
Ricardo. Yo me aburro.
Gines. Era mi único deseo;
mas.....
Marta. [*En voz baja.*]
Calla!
Gines. En el coliseo.....
Ricardo. Ah! Ya caigo de mi burro.
¿Conque usted..... (confuso estoy!)
es cómico.....
Gines. Sí, ambulante.
Ricardo. Yo le hacía á usted cesante.....
Gines. Y con efecto, lo soy.
Ricardo. Ya, sí.
Gines. Estamos en cuaresma!
Ricardo. (¡Voto á.....)
Gines. Con *Guzman el Bueno*
hice ha dos años mi estreno
en los baños de Ledesma.
Ricardo. [*Á Marta encendiendo el cigarro.*]
Al verle tan elegante
y pulcro como un querube,
pecador de mí! le tuve
por intendente cesante.

[*Deja Marta la chufleta sobre la mesa, y para no marcharse recoge papeles del suelo y arregla los muebles.*]

Gines. Quizá serviria yo,
aunque humilde es hoy mi esfera,
tan bien como otro cualquiera
el cargo que usted me dió;
que un dia cursé, y no á medias,
en Alcalá, prez de España,
y aquí hay para todo maña.....
Marta. (Ménos para hacer comedias.)
Gines. Mas de un error, ó un descuido
no abusa el hombre leal.
Rompa usted su credencial
y es asunto concluido.
Ricardo. (¡Y el otro que apareció
con aquel triste pelaje
será acaso un personaje.....
Bueno ha estado el *quid pro quo!*
Y es mucho que me equivoque?
¿Es cosa de chirinola
con una cabeza sola
ser empresario *in utroque?)*
Marta. (Malo!)
Gines. (Está de mal talante!)
Tome usted su.....
Ricardo. No lo tomo.
Quod scripsi scripsi.
Gines. Cómo!
Marta. (Qué oigo!)
Ricardo. Irá usted á Alicante.
Gines. Con los veinte mil del pico?
Ricardo. Ya lo he firmado, y jamás
se vuelve Ricardo atras.
Gines. Mil gracias, pero..... suplico.....
Tengo corazon de artista
y sólo en las tablas veo.....
Ricardo. ¿Prefiere usted á ese empleo
la plaza de *racionista?*
Si eso hace usted, le excomulgo.
Gines. Me echó encima el Guadarrama!
Racionista!
Ricardo. Lo que llama
parte de por medio el vulgo.
Gines. Ya lo sé; mas yo creia.....
Ricardo. Ese es el empleo pingüe
que he dado en un *lápsus linguæ*
á don Dámaso Fonfría.
¿Á ver si usted le disputa
la prebenda y es tan necio
que, por hacerme un desprecio,
solicita la permuta!
Marta. Oh! no será tan inepto.....
Ricardo. Si es tanto su fanatismo
iré á silbarle yo mismo.
Gines. No, señor! Acepto, acepto!
Si no logro los sufragios
del pueblo.....
Ricardo. No, por mi fe.
Gines. Prefiero la empresa de.....
Ricardo. Seguros contra naufragios.
Gines. Y excusaré á mis oidos
aquel crudo guirigay.....
Ricardo. Hace usted muy bien, que no hay
seguros contra silbidos.
Marta. [*Le abraza.*]
Ah Gines mio!
Ricardo. Qué es esto?
Le abraza!
Gines. ¿Qué haces, mujer!
Marta. No he podido contener
mi gozo.
Ricardo. (Malo me he puesto!)

Marta. Es mi novio!
Ricardo. ¡Cosa rara.....
No pensé que este galan.....
(¡Por vida..... Hemos hecho un pan
como unas hostias. Me ahorcara!)
Marta. Señor!...
Ricardo. Quita! Voto á briós!....
Como cuatro y dos son seis
para engañarme os habeis
puesto de acuerdo los dos.
Gines. Perdone usted. Yo.....
Ricardo. (Qué afrenta!)
Gines. Yo no pude prevenirla.....
Marta. Yo.....
Ricardo. (¡Despues que me la birla
le doy mil duros de renta!)
No irá usted á ese destino.
Gines. Si ella me ama, estoy contento.
Marta. Usté ha dicho.....
Ricardo. Me arrepiento.
Marta. Usté ha hecho.....
Ricardo. Un desatino.
Marta. Peor para usted.
Ricardo. Peor?
Marta. Pues, ya que en vano porfía,
no salva usted su hidalguía
cuando naufraga su amor.
¡Qué figura tan airosa
hará usted entre la gente
cuando se sepa y comente
esta anécdota curiosa!
Ricardo. ¿Qué dices!.... (¡Sería chanza
pesada.....)
Marta. Sea usted franco:
¿qué causa nos hace el blanco
de ruin é injusta venganza?
Ni él ha mentido ni yo.
Cúlpese usted á sí mismo,
que es autor del embolismo,
si le escuece el *quid pro quo*.
Ricardo. Sí. ¡Voto al Apocalípsi.....
Marta. Rompa usted su firma bella
si ya se retracta de ella.
Ricardo. No, no! *Quod scripsi scripsi.*
Marta. Ah! Mi eterna gratitud.....
Ricardo. Abrazáos.....

[*Lo hacen.*]

Gines. Oh placer!
Ricardo. Casáos. (Esto es hacer
de necesidad virtud.)

Portero. [*Dentro.*]

Aguárdese usted!
Dámaso. [*Dentro.*] No aguardo!
Esto es darme un par de coces.

[*Aparecen en la puerta del foro don Dámaso pugnando por entrar y el Portero deteniéndole.*]

ESCENA XXIV.

D. RICARDO. D. GINES. MARTA. D. DÁMASO. EL PORTERO.

Portero. Señor!....
Ricardo. ¿Qué ruido...
Marta. ¿Qué voces...
Ricardo. Don Dámaso!....
Dámaso. [*Furioso.*] Don Ricardo!....
Portero. Ha forzado la consigna.....
Ricardo. Déjele usted.

ESCENA XXV.

D. RICARDO. D. GINES. MARTA. D. DÁMASO.

Ricardo. (Ahora es ella!)
Dámaso. Así á un hombre se atropella?
Se ha visto accion más indigna?
Ricardo. Oiga usted.....
Dámaso. Inicua farsa!
Usted me escarnece.
Ricardo. No.
Dámaso. Usted me ha insultado. ¡Yo
racionista, yo *comparsa!*
Un intendente cesante!
Ricardo. (No lo dije?)
Dámaso. ¡Un funcionario
de mi clase!.... ¡Un secretario
de Su Majestad reinante!
Ricardo. Perdone usted..... No sabía....
Dámaso. Sí, señor, con ejercicio!,
y treinta años de servicio,
y la cruz.....
Ricardo. Perdone usía.
Dámaso. Hum!....
Ricardo. El nombre se cambió
al extender la escritura.
Como el tiempo nos apura.....
Rómpala usted.

Dámaso. [*Hace pedazos la escritura.*]

No que no!
Pero la enmienda es sencilla.
Si hubo algun error....
Marta. Doy fe.
Dámaso. Y usted no quiere que dé
un escándalo en Sevilla.....
Ricardo. No!
Dámaso. Seré representante;
no en el coliseo; allá.....
Ricardo. Lo siento mucho; mas ya
se ha provisto la vacante.
Dámaso. ¿Qué escucho! En quién?
Marta. En mi novio,
que puso piés en pared.....
Dámaso. Cómo es su gracia de usted?
Marta. Don Gines Perez Borobio.
Dámaso. Su nombre no está en la *Guia*.

Gines. Convengo.
Dámaso. Este es un abuso.
Ricardo. Pero.....
Dámaso. Apuesto á que el intruso
no goza de cesantía.
Marta. No. Era actor.....
Dámaso. Cielos! Yo rabio.
Suplantarme á mí un.....
Marta. Cachaza!
Usted le usurpó su plaza.....
y era justo el desagravio.
Dámaso. Usurpar! Pues ¡es brillante
destino.....
Ricardo. No haya alboroto.
Quod scripsi scripsi.
Dámaso. ¡Voto.....
Ricardo. Veremos más adelante.....
Dámaso. Ya se apura mi paciencia.
Aquí se está haciendo mofa
de mí, y hombres de mi estofa.....
Ricardo. Yo juzgué por la apariencia;
no crea usted que le embromo;
pero ¿quién imaginara.....
Como tiene usté esa cara
tan..... inverosímil.....
Dámaso. Cómo!....
Desde la barba á la frente
¿no es esta cara..... la mia?
La de Dámaso Fonfría?
Ricardo. Sí, pero..... no es de intendente.
Dámaso. No es de intendente? Qué insulto!
¡Fuego de Dios... ¡Ira...
Marta. Es chanza.
Dámaso. Llorará usted mi venganza.
Yo sabré buscarle el bulto.
Ricardo. Oiga! ¿Un desafío.....
Dámaso. No,
mas desfogaré mi inmensa
saña en la calle, en la prensa,
en.....

ESCENA ÚLTIMA.

D. RICARDO. MARTA. D. GINES. D. DÁMASO. DOÑA LIBORIA.

Liboria. Qué es esto?
Gines. Un *quid pro quo.*
Dámaso. Aquí dejaré memoria.
Más daño haré que la peste.....
Liboria. Cielos, qué veo! ¿No es este
Dámaso....
Dámaso. Calle!.... Liboria!
Liboria. Intendente.....
Dámaso. Es cosa clara:
hace veinte años y un mes.

[*Á D. Ricardo.*]

Diga usted ahora que es
inverosímil mi cara.
Ricardo. (Qué idea!....) Tú le conoces?
Liboria. Mucho.
Dámaso. (Ya está hecha un vestiglo.)
Liboria. Hace ya un cuarto de siglo.
Los años corren veloces!

[*Aparte con D. Ricardo.*]

Con fin cristiano y honesto
hizo la corte á tu hermana.....
Ricardo. ¿Qué dices!
Liboria. Siendo en la Aduana
oficial décimosesto.
Ricardo. [*Á D. Dámaso.*]

Tiene usted familia?
Dámaso. No.
Soltero soy como un hongo.
Liboria. (Áun me ama!)
Ricardo. (Así no me expongo
á hacer otro *quid pro quo.*)
Marta. [*Aparte á D. Gines.*]

Qué saldrá de este enredijo?
Ricardo. ¿Quiere usted que le indemnice
del agravio que le hice?
Dámaso. Pues ¿no he de querer? Lo exijo.
Ricardo. ¿No hallará usted más ventaja
que en la empresa de Seguros
en tomar treinta mil duros
limpios de polvo y de paja?
Dámaso. Sí. La ventaja es notoria.
Dependiente de una empresa
no es lo mismo que.....
Ricardo. Pues esa
es la dote de Liboria.

[*Pasa á hablar en secreto con doña Liboria miéntras D. Dámaso reflexiona sobre lo que acaba de oir.*]

Qué te parece el Fonfría?
No hariais mala pareja.
Menguada suerte le aqueja,
pero ¡tiene señoría!
Liboria. Yo no sé qué te conteste.
Ricardo. [*Pasando al lado de D. Dámaso.*]

Usted la amó un dia.....
Dámaso. Ya;
pero de entónces acá.....
Marta. [*Aparte con D. Gines.*]

Qué tejemaneje es este?
Gines. Á mí cuidados ajenos.....
Ricardo. Decídete por san Pablo.
Dámaso. (Es atroz; pero, qué diablo!
los duelos con pan son ménos.)
Ricardo. Mira que si no le cazas,
sabe Dios!....
Liboria. Sí, pero, hermano,
¿cómo le daré mi mano
si ya le di calabazas?
Ricardo. [*Toma la mano de su hermana.*]

Yo se la daré por ti.

Venga esa mano, intendente.

[*Se acerca D. Dámaso y da la mano á D. Ricardo.*]

La puedo endosar?

Dámaso. Corriente.

Ricardo. [*Tomando las manos de D. Dámaso y doña Liboria.*]

Aceptas?

Liboria. Sí.

Ricardo. Y usted?

Dámaso. [*Reprimiendo un suspiro.*]

Sí.

Gines. Calle! Otra boda!

Marta. Qué gozo!
Señorita, yo tambien
me caso.

Liboria. Tú?

Marta. Sí.

Liboria. Con quién?

Gines. Conmigo.

Liboria. (Gallardo mozo!)
Y ¿quién te proporcionó.....

Marta. Dios, que por causas ocultas
quiso..... Estas son las resultas
de un dichoso *quid pro quo.*

Ricardo. (Aunque víctima soy yo
del que tal moza me quita,
por salir de esa maldita
me alegro del *quid pro quo.)*

Dámaso. (Racionista del teatro,
me hubieran silbado, y bien:
siendo casado, tambien
me silbarán más de cuatro;
pero, aunque el diablo ordenó
que dé mi mano á una vieja,
el *cumquibus* me aconseja
celebrar el *quid pro quo.)*

Liboria. (El más rancio me tocó!
Aunque con él me consuelo,
si fuera al reves, ¡ay cielo,
qué gloria de *quid pro quo!)*

Ricardo. Ahora quiero que se cante,
que se ria, que se coma,
y haya fiesta, y baile, y broma.....

[*Á D. Gines.*]

Luégo irá usted á Alicante.
Suspendamos.....

Marta. [*Aparte y rápidamente á D. Gines.*]

Di que no.

Ricardo. Por ahora otros asuntos,
y aquí celebremos juntos
el dichoso *quid pro quo.*

Gines. No.

Ricardo. Cómo!....

Gines. De ningun modo:
me ha hecho usted un beneficio,
y emplearme en su servicio
es lo primero de todo.
Hoy mismo nos vamos.....

Ricardo. Oh!....

Gines. Esto importa á mi sosiego.
¡No tengamos aquí luégo.....

Ricardo. Qué?

Gines. Nada..... *Otro quid pro quo!*



LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Príncipe el dia 15 de Octubre de 1859 (*).

PERSONAS.

FELISA.	D. TORCUATO.
INES.	BENITO.
DOÑA LUPA.	D. MAURICIO.
DOÑA HIGINIA.	D. GINES.
DOÑA POLICARPA.	D. FABIAN.
D. MIGUEL.	FERMIN.

CRIADOS, JUGADORES Y MÁSCARAS DE AMBOS SEXOS.

ACTO PRIMERO.

Sala en una casa de campo inmediata á Madrid. En el foro la puerta principal, dejando ver un pasillo que guia á las habitaciones interiores y á la escalera: en los bastidores de la derecha otra puerta: en los de la izquierda un balcon: muebles elegantes, entre ellos una mesa de bufete con cajones, y sobre ella escribanía, papeles y libros desordenados.

ESCENA I.

D. MIGUEL. BENITO.

Miguel. Sí, libro nuevo. Hasta ahora
no he vivido; he vegetado.
Desde que me trajo á España
cuando áun era yo muchacho
mi tio don Claudio Perez—
háyale Dios perdonado—
¿qué pito he tocado yo
en este mundo? ¡Cinco años
sujeto á la disciplina
de un colegio, y otros tantos
cursando leyes y cánones.....
que ya se me han olvidado!
Sin más distraccion que oir
en paseos solitarios
los sempiternos sermones
del tio, que esté en descanso,
y á la noche ir de tertulia
en casa de don Crisanto
Peñaredonda, oidor
de Manila jubilado.....
Benito. Tertulia? Eh! si habia faldas.....
Miguel. Sí, tres viejas y un vicario.

(*) En el prólogo con que el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch encabezó la coleccion de mis obras dramáticas dada á la estampa por la Imprenta Nacional en 1850, se lee un catálogo de ellas, y se hace mencion, como inédita, de la intitulada *La hipocresía del vicio*. La nota con que en aquella edicion hice saber algunas noticias referentes á la que lleva por título *¿Quién es ella?* contenia este parrafito: «El autor de *¿Quién es ella?* tenía además motivos particulares en aquellas circunstancias, y áun ántes, para desear que siquiera una produccion suya se juzgase por lo poco ó mucho

Benito. Gran dicha fué para usted
que se fuese al otro barrio.
Miguel. Para los dos fué la dicha;
que él era muy buen cristiano
y de fijo está en el cielo
como san Pedro y san Pablo.
Benito. Y usted quedó con su muerte
tan libre como los pájaros.
Miguel. Y único heredero suyo.
Cuando digo que era santo!....
Benito. Buena renta y saneada?
Miguel. Regular: seis mil ducados.
Benito. Sopla!
Miguel. La mitad en fincas,
tres mil duros en metálico,
y lo restante en acciones
del banco de San Fernando.
Benito. Y apénas cumplido el luto,
sacó usted los piés del plato.
Caballos, carruaje, abono
en el Circo..... ¡Es mucho garbo
el de usted! Y luégo el viaje
á París, á Roma, al Cairo.....
Miguel. Con lo cual he dado fin
á las acciones del banco,
al cortijo de Lucena,
á la dehesa de Mártos.....;
y áun esta quinta.....
Benito. Qué! ¿ya
no es usted su propietario?
Miguel. Sí tal; pero.....
Benito. Siete meses
hace que leal la guardo
para mi dueño y padrino,
desde que su blanca mano
me otorgó la bella Ines
dando usted su beneplácito;
usted, mi ángel tutelar,
que de gorron me hizo fámulo,
y de fámulo.....
Miguel. No hablemos
de eso, Benito. Si hice algo
por ti y por esa muchacha,
lo mereciais entrambos,
y espero que no sereis
á mi proteccion ingratos.

---

que intrínsecamente valiera, y sin preocupacion alguna favorable ó adversa respecto del individuo, ni de su escuela, ni de sus antecedentes.» Al fin de la propia obra decia yo lo siguiente: «Aquí da punto el autor á la coleccion de sus obras dramáticas. Si Dios le da vida, salud y humor, podrá ampliarla más adelante con las nuevas composiciones que tiene principiadas ó en proyecto; y acaso entónces verá la luz pública alguna que ahora suprime por razones y circunstancias particulares que así se lo aconsejan.»

Sentados estos preliminares, bien se deja ver que habrian de ser explicados algun dia, so pena de que sobre las reticencias que envuelven, el público amante de la lectura hiciera indefinidamente juicios más ó ménos erróneos y aventurados. El insigne poeta D. José de Zorrilla, sin consultar al autor, y llevado sólo de su amistad y compañerismo, fué el primero en hacer público aquel misterio que el interesado, y otros que no podian ignorarlo, prudentemente callaban. Poco despues del suceso á que se referia, dijo Zorrilla bajo su firma, y con su genial desenfado, en un periódico (no recuerdo cuál), que una junta á cuya censura se sometió *La hipocresía del vicio*, comedia de Don Manuel Breton de los Herreros, habia negado el *exsequatur* que se necesitaba para ponerla en escena; mostróse admirado, y áun algo más, de que tal fallo se hubiese fulminado contra ella, y á vuelta de encomios que ni entónces creyó ni ahora cree merecer el vate desahuciado, afirmó ser de aquellos á quienes no se puede negar el derecho de ser juzgados por el público. Con semejante revelacion desaparecieron muchas de las razones que me imponian resignacion y silencio; pero sólo de una manera que á mí y al público satisficiese lo podia ya romper; esto es, con el mismo texto del drama reprobado. Ahora bien, solicitar su representacion, con el riesgo de un nuevo desaire, no cumplia á mi decoro; imprimirlo con notas y explicaciones ó sin ellas, era triste cosa no habiendo de representarse; y siempre á los que estimasen justa su prohibicion quedaba el asidero de considerarle peligroso en la escena por un concepto ó por otro, aunque dotado de algun mérito que recomendase su lectura. Guardé pues mi manuscrito para más oportuna ocasion, si es que algun dia habia de tenerla, aunque comunicado colectiva é individualmente á muchas personas con harta suficiencia para juzgarle; ya que no todas, aunque sí la mayor parte elogiaron la obra, al ménos no hubo una sola que franca y lealmente me dijese: «en esto ó estotro flaquea, claudica ó delinque,» ora bajo el aspecto literario, ora con relacion á la moral, ó bien con respecto á las conveniencias teatrales. El reciente anatema llovia sobre mojado, como vulgarmente se dice, porque ántes que la junta aludida por Zorrilla, la habia desdeñado una empresa teatral, primera negativa, que acaso pudo influir en la segunda; y estas mismas negativas parecia como que debian animar á ser ingenuas conmigo á las personas inteligentes que, no ignorándolas, y creyéndolas quizá más ó ménos merecidas, fueron consultadas por mí y requeridas á que sin rebozo me expusieran su opinion sobre la asendereada comedia. Su mala estrella entónces, ó más bien la mia, me desalentó bastante. Llegué á recelar si, con efecto, habria yo cometido en ella algun pecado que, por gordo y nefando, ni para condenarlo osaban poner en boca amigos ó enemigos pudibundos y timoratos; llegué tambien á sospechar si me habria sucedido á mí lo que á aquel herrero que, machacando, machacando, olvidó el oficio.

Con todo, no sentia yo postradas mis fuerzas físicas é intelectuales hasta el punto de haberlo de dar á mis tareas favoritas, y, poco amigo de holgar, no podia avenirme á ocupar mis ocios en cualquier trabajo manual; en hacer, por ejemplo, jaulas para grillos. Resolví pues continuar siendo aquello á que más inclinacion habia tenido desde mi adolescencia y para lo cuál me conceptuaba ménos inepto, poeta dramático; pero no pudiendo ya dudar de que estaba yo luchando sin defensa contra prevenciones poco benévolas, y acaso contra malquerencias declaradas, probé fortuna remitiendo anónima para su estreno en el *Teatro Español* mi ya citada comedia *¿Quién es ella?* He aquí explicado el busilis del párrafo un tanto sibilítico que, copiado de la nota con que la incluí en dicha coleccion, he transcrito al principiar este relato. Fué concausa, y la más determinante, de aquel cauteloso sigilo el desden con que fué tratada *La hipocresía del vicio.* El otro párrafo, relativo á la no publicacion por entónces de la obra rechazada, queda ya suficientemente motivado. Si de mi inocente estratagema salí airoso y si á ella debí consuelos y desagravios que excedian á mis esperanzas, díganlo por mí la extraordinaria concurrencia á aquel espectáculo en muchas representaciones consecutivas, la boga que pronto adquirió en todos los teatros de la Península, sus dominios de Ultramar y los de todas las Américas que fueron españolas. Y áun me reservaba la Providencia otra satisfaccion más grande y más directa.... Pero no alteremos el órden cronológico de estos apuntes.

Probado ya que áun no era tiempo de retirarme al cuartel de inválidos, proseguí escribiendo para el teatro, si bien no con tanta frecuencia como anteriormente, y no volví á cometer la crueldad de abandonar en el torno á mis hijas.

Entre tanto yacia nonata en un cajon de mi escritorio la malaventurada *Hipocresía* hasta que, á fines de 1856, mediando mi buen amigo el Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa, y sin tomar yo para ello la iniciativa, se imprimió en el

Benito. Señor, por usted iria
á Compostela descalzo;
por usted.....
Miguel. Basta. Ya sé
que eres fiel.....
Benito. Como un alano.
Y ahora sin que usted me diga
con qué fin se ha trasladado
á esta quinta deliciosa,
yo creo ya adivinarlo.
Miguel. Sí? dime.....
Benito. Usted, por lo visto,
está ya medio arruinado,
y se propone llevar
con los restos del naufragio
una vida filosófica,
frugal, campestre.....
Miguel. Al contrario.
Ántes de los cinco lustros
¿quieres que me haga ermitaño?
Aun me queda de la herencia
para vivir con el fausto
de un príncipe algunos meses.....
Benito. Ya; y si sigue usted cobrando
los mil duritos anuales
que en buenas letras de cambio
libraba desde Manila
aquel señor don Torcuato.....
Miguel. Oh! sí. Ayer cobré el trimestre
que cumplirá en fin de Marzo;
y eso que bien hará ya
nueve...., no, diez meses largos
que no le escribo. ¡Excelente
sujeto, digno del mármol
y el bronce! Nunca le he visto,
que, á fuer de marino y bravo,
pasaba la vida á bordo
y su delicia era el charco.
A poco de yo venirme
á Europa murió en Macao
mi pobre padre: él le amaba
como si fuese un hermano,
y sin ligarle conmigo
otro deber ni otros lazos
que su amistad generosa.....
Te confieso que la pago

Correo de Ultramar, acreditado periódico español que se publica en París, y poco despues se reimprimió en varios números consecutivos de *La Moda*, semanario de Cádiz, cuyo editor me pidió y obtuvo el correspondiente permiso. Aunque estas publicaciones no podian, sin la prueba en el tablado, satisfacer del todo mis deseos; como indefinidamente se diferia su entero cumplimiento, ni resistí al de ver tipografiada mi infausta produccion, ya que esto no habia de costarme dinero, y ántes mi aquiescencia fué decentemente remunerada; ni, por otra parte, creí llegado todavía el caso de decir algo de la peregrina historia que ahora estoy contando.

Pasaron otros dos años, y teniendo parte muy principal en la empresa del malhadado teatro de *Novedades* dos parientes mios muy cercanos, me pidieron, como era natural, mi apoyo, y procuré dársele poniendo á su disposicion todo mi repertorio conocido, y además el estreno de una comedia que fué muy bien recibida. Me decidí luégo á darles tambien *La hipocresía del vicio*, suponiendo que ya nadie se acordaria de los entredichos, que en más de una aduana habia sufrido; no sin alguna dificultad, hija sin duda de ingratas reminiscencias, se llegaron á repartir los papeles; pero ántes de ponerse en estudio, sucedió á varias crísis de la empresa una más grave, que paralizó sus laudables esfuerzos, y sólo por breve espacio le permitió prolongar su trabajosa existencia.

Ya desesperé yo, en vista de tantos contratiempos, de que jamás llegase á ser viable la criatura; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando al año siguiente (1859), encargado de la direccion del teatro del *Príncipe* el primer actor D. Manuel Catalina, que ya conocia la comedia en cuestion, y una parte de sus tristes etapas, se me presentó solicitando que le autorizase para ponerla en escena! Con la lealtad de mi carácter nunca desmentida, y resistiendo, aunque agradeciendo en el alma sus instancias, le referí los incidentes de tan prolijo embarazo que él ya sabía y algunos que ignoraba; pero lleno de fe en el arte que con aplauso general cultiva, de deferencia á mí y de confianza en el éxito del drama, insistió en su empeño, y yo que, á pesar de tantos desvíos, nunca llegué á penetrarme de que *La hipocresía del vicio* fuese un abominable engendro literario, me dejé vencer de sus ruegos, y más que de ellos tal vez de mi amor de padre.

Pocos dias despues, el 15 de Octubre de 1859, recibida con cariño, estudiada con ardor, ensayada con esmero, desempeñada con celo é inteligencia por todos los actores, se representó por primera vez la comedia á los once años de escrita y á los treinta y cinco de haberse dado á conocer el autor con la primera de las suyas, *A la vejez viruelas*. El parto tan esperado, ó, por mejor decir, tan desesperado, vino derecho, y mi triunfo (permítaseme gloriarme de él despues de tantos sinsabores) fué cumplido y solemne. A los aplausos con que el numeroso público una y otra noche me favorecia y alentaba se unieron los elogios de que la prensa periódica de todos los colores y partidos, con raras excepciones, tuvo á bien colmarme; aplausos y elogios (con conviccion lo digo) superiores al mérito de la pieza; y es que algo de sus percances no merecidos hubo de transpirar primero y cundir despues, contribuyendo esto á que obtuviesen la obra y el escritor tan lisonjera acogida.

Y todavía, resarcido de mis pasadas amarguras con tan grata ovacion, al imprimir de mi cuenta la comedia no quise, por consideraciones que otros en iguales circunstancias no hubieran guardado, publicar lo ocurrido con ella, ni decir siquiera que aquella edicion era ya la *tercera* de un drama desaprobado por más de un veto: me limité á dedicarle sencilla pero afectuosamente al por todos conceptos simpático y recomendable actor D. Manuel Catalina, que, padrino de un muerto, como otros lo son de los recien nacidos, obró, Dios se lo premie, la resurreccion de una especie de *Lázaro dramático* nominado *La hipocresía del vicio*.

No bastó, sin embargo, mi ejemplar moderacion para que, imitándola alguno que otro individuo malévolo y recalcitrante, dejase de hacer en los corrillos versiones ménos verídicas que la mia sobre los trámites y sustancia de este expediente que, con ser tan larga, no hace más que extractar esta nota, siendo una de las falsedades que se pretendieron esparcir, visto el éxito de la comedia, que no la habia yo presentado tal como fué concebida y escrita en 1848, sino muy refundida y alterada. No! Excepto alguna muy somera correccion de tal cual verso ó vocablo (¿y quién está tan pagado de sí mismo que no lime un poco sus escritos siempre que con tiempo pueda hacerlo?), intacta se ha representado la comedia en el propósito moral, en la trama, en los lances, en las pasiones, en los caracteres; en todo. Fácil me sería el probarlo, si con legítimo orgullo no me creyera dispensado de ello, á fuer de hombre de honor y de verdad. Sabedor de semejantes hablillas cuando la obra ya se habia impreso en Madrid, me propuse para más adelante desmentirlas y hacer constar (porque en verdad curioso es y campo da para más de una reflexion, aunque yo me abstengo de ellas) todo lo acontecido con la comedia en tres actos y en verso, original de D. Manuel Breton de los Herreros, titulada *La hipocresía del vicio*. Hoy lo verifico sin saña, sin soberbia, sin mentar otros nombres propios que los de mis favorecedores, sin atribuir ruines intentos, sino error de *apreciacion*, como ahora se dice, á mis aristarcos.

muy mal. Ah! ¿por qué no vuelo
á estrecharle entre mis brazos
en aquel bello país,
lleno para mí de gratos
recuerdos..... Pero á mis ojos
creo que se agolpa el llanto.

[*Con risa forzada.*]

Qué ridícula flaqueza!
Yo llorar!.... Por Dios te encargo
que no lo digas á nadie.
Me deshonro, me encanallo
si lo saben mis amigos.

Benito. Bien está, pero no alcanzo.....

Miguel. Yo quiero ser calavera
en grande, atroz, temerario,
execrable, otro don Juan
Tenorio, otro Sardanápalo.
Lágrimas? Las que yo cause.
Ley, razon? Vayan al diablo.
El placer sea mi dios
y mi elemento el escándalo.

Benito. Habla usted de véras?

Miguel. Sí.

Benito. ¡Usted tan bueno, tan guapo,
hecho un monstruo!...

Miguel. Quiero serlo..,
ó al ménos aparentarlo.
Quiero que se hable de mí,
quiero dejar algun rastro
de mi existencia en el mundo.
Yo, que no soy diputado,
ni general, ni ministro,
ni periodista, ni rábano....,
algo he de ser! Mi dinero
neciamente malgastado
no ha podido darme fama
donde hay tanto millonario
que me eclipsa, y ni hago versos,
ni..... En fin, nadie me hace caso.
¡Y yo conozco en Madrid
á más de cien perdularios
que hacen más papel que yo
porque tienen más descaro!
Ya se ve, yo gasto mucho;
pero nunca me emborracho;
no hay en mi hoja de servicios
ni un mal duelo, ni un mal rapto;
hablo bien de todo el mundo,
socorro al necesitado,
no bolseo, no conspiro,
y en fin—lo diré muy bajo—
oigo misa....; ¡y áun me quejo
de ser un adocenado!....
No, no: desde hoy quiero hacer
la vida del hombre malo.

Benito. Bien hecho! (¿Quién contradice
á un hombre tan campechano?)
Se peca ya en este mundo
con tan gentil desenfado,
que, llevando la contraria
á los *tartufos* de antaño,
sin la máscara del vicio
no prospera ya un cristiano.

Miguel. Para ganar la patente
de tronera consumado
tengo un magnífico plan,
y para llevarle á cabo
cuento contigo.

Benito. Usted me honra;
mas.....

Miguel. Tú tienes desparpajo.

Benito. Pche!....

Miguel. Al fin, has sido estudiante,
y de la tuna.

Benito. Otro rasgo
de hipocresía. En el fondo
yo soy un pobre muchacho.

Miguel. Y además, como hace un siglo
que ya no andas á mi lado,
no te conocen mis nuevos
amigos.

Benito. Muy bien. Sepamos.....

Miguel. Tambien cuento con Ines.

Benito. Con mi mujer? ¡*Verbum caro*.....

Miguel. No temas. Farsa...., valor
entendido.....

Benito. Sin embargo.....

Miguel. Pero cuándo acabará?

[*Acercándose á la puerta del foro.*]

Ines!

Benito. Eh?

Miguel. Se está probando
un vestido.

Benito. Muchas gracias.

Miguel. Miéntras tú estabas abajo
se le di.....

Benito. ¡Tanto favor.....

Miguel. Áun no sabe que es regalo
mio. Tú me ayudarás,
si en ello pone reparo,
á obligarla á que lo acepte.

Benito. Pero.....

Miguel. Ya está aquí.

Benito. (San Márcos!)

[*Preséntase Ines vestida con lujo y elegancia.*]

ESCENA II.

D. MIGUEL. BENITO. INES.

Ines. Vamos, ya me he puesto el traje...

Miguel. Bravo!

Ines. Y todo lo adherente.
Me está bien?

Miguel. Perfectamente.

Ines. Pareceré un personaje.

[*Se pasea con afectado señorío.*]

Benito. No hay mujer que no se esponje
si cuerda á su orgullo dan.

Miguel. Divina! ¡Y luégo dirán
que el hábito no hace al monje!

Ines. [*Á Benito, pavoneándose y mostrándole los pendientes, pulseras y demas accesorios.*]

Mira: es completo el ajuar.
La causa de este capricho,

[*Á D. Miguel.*]

aunque usted nada me ha dicho,
es fácil de adivinar.
Yo no vengo á ser aquí,
aunque esta gala me entolde,
sino una especie de molde:
no es verdad? Un maniquí.
No para esta humilde sierva,
sino para alguna dama
que ese corazon inflama,
tanto lujo se reserva.

Miguel. Y si fuese para ti?

Ines. Qué locura!—La verdad:
¿tienta usted mi vanidad
para burlarse de mí?

Miguel. No tal.

Ines. ¡Á un pobre arrapiezo
tan magnífico equipaje!

Miguel. Bah! dos mil reales el traje
y ocho mil el aderezo.

Benito. (Cáspita!)

Ines. Usted me sumerge
en un mar de confusiones.
¿Quién ha visto tales dones
á la mujer de un conserje?

Miguel. Te confieso, cara Ines,
que no es gratuito el regalo.

Ines. Pues ¿á qué título.....

Benito. (Malo!)

Miguel. No has comprendido?

Ines. Yo?

Benito. (Pues!)

Miguel. Tengo una dama, en efecto,
que vale más que el Perú;
pero esa dama..... eres tú.

Benito. Eh?

Ines. ¡Cómo.....

Miguel. Oye mi proyecto.
Te juro por mi salud.....;

[*Á Benito.*]

no me mires tú tan sesgo;

[*Á Ines.*]

que no corre ningun riesgo
tu acrisolada virtud.

Ines. Yo dama de usted!

Benito. (Ya empiezo
á entender.....)

Ines. Y mi marido?

Benito. (¡Dos mil reales el vestido
y ocho mil el aderezo!)

Miguel. Dama postiza. Testigos
de esta farsa de teatro
serán sólo tres ó cuatro
de mis íntimos amigos.
Les doy mañana un almuerzo,
y tú serás—qué te cuesta?—
la reina de nuestra fiesta.—

[*Á Benito.*]

Convéncela tú, mastuerzo.

Benito. Tratándose de una farsa
que no ha de salir de aquí.....

Ines. Pero ¿qué dirán de mí
los que entren en la comparsa?

Miguel. Ninguno te vió jamás;
tu nombre será supuesto,
y puro, cándido, honesto
el amor que fingirás.

Ines. Puro amor..... Qué desatinos!
¡Y en traje de archiduquesa
me sienta usted á una mesa
de jóvenes libertinos!

Miguel. Dios, Benito y tu conciencia
te absolverán.

Benito. (Pobre chica!....
Diez mil!....)

Ines. Y ¿cómo se explica
mi dudosa procedencia?

Miguel. Les diremos, pues Benito
me apoya en el plan que adapto,
que soy el héroe de un rapto
y tú el cuerpo del delito.
Te diré el cómo y el cuándo.....

Ines. ¡Y esto lo escucha un marido
sin bramar!.... Yo nunca he sido
género de contrabando.

Benito. Pero si todo es quimera!....
Haz cuenta, querida Ines,
que vamos á hacer los tres
una comedia casera.

Miguel. Jóven de ilustre prosapia,
tú estabas en las Salesas:
vencida de mis promesas
me citas, salto la tapia.....

Ines. Y dejando el santo rezo
me escapo con un querido.....

Benito. (¡Dos mil reales el vestido
y ocho mil el aderezo!)

Miguel. Mas la esperanza te guia
de honesta y plácida union.

Benito. La boda es el pabellon
que cubre la mercancía.

Ines. ¿Qué boda, qué pabellon,
si ya, en hora que maldigo,
me casé, infame, contigo?

Benito. Te pesa?

Ines. Sí, gran.....

Benito. Chiton!

Miguel. No serás mañana Ines,
sino la hermosa Adelaida,
hija de don Pedro Albaida,
rico hacendado de Ucles.

Ines. Qué, señor! ¿así se juega
por un capricho—qué horror!—
con el nombre y el honor

de una casa solariega?
Miguel. No hay tal Ucles ni..... Estás loca?
No son nombres verdaderos
los que oyes; son..... los primeros
que me han venido á la boca.
Ines. Yo robada de un colegio!
Y habrá altar, y un monigote
vestido de sacerdote
que..... Locura! sacrilegio!
Miguel. ¡Yo, un Tenorio, un Lovelace,
resignarme á ser consorte!
Me silbaria la corte
si tal fuese el desenlace.
No: como novio mañana
te hablaré tierno y galan;
mas..... los amigos sabrán
que pienso llamarme andana.
Ines. ¿Qué dirán luégo.....
Miguel. De ti
nada dirán.
Benito. Claro está.
Miguel. Si dicen algo, será
de Adelaida la de.....
Benito. Sí.
Ines. Pero Adelaida ó Lorenza,
si yo sus pullas arrostro,
mio, señor, será el rostro
que se cubra de vergüenza.
No, no cuente usted conmigo
para esa vil mojiganga.
Miguel. No quieres?
Benito. (¡Pierde una ganga.....)
Miguel. Desairas así á un amigo?
Benito. Amigo! Oh noble mancebo!
Ines. Miéntras conserve la vida
me mostraré agradecida
á tanto como le debo.
Huésped de mi humilde casa,
de tanto favor indigna,
vertió su mano benigna
sobre ella dones sin tasa.
Mi madre enferma del pecho,
postrada.....
Miguel. Pobre señora!
¿Á qué recordar ahora.....
Ines. Yo velando el triste lecho.....
Miguel. Oh! calla.....
Ines. Ningun servicio
le podiamos prestar,
y no se quiso mudar
por hacernos beneficio.
Miguel. Deja esa historia prolija.
Benito. Tambien para mí fué un padre.
Ines. Y nunca humilló á la madre,
nunca sonrojó á la hija.
Cuidó á la pobre doliente
con tanto amor como yo,
hasta que Dios la llamó
á su trono omnipotente;
y cuando de tierna edad
sola en el mundo quedé,
escudo de mi honra fué
y amparo de mi orfandad.
Benito. Y te buscó honesto abrigo
en casa de Pedro Ayala.....
Ines. Sólo hizo una cosa mala.
Miguel. Yo!
Benito. Cuál?
Ines. Casarme contigo.
Benito. Gracias.
Ines. Es mi bienhechor.....
Miguel. Basta!....
Ines. Pida, si algo vale,
mi sangre, mi hacienda.....
Miguel. Dale!
Ines. Todo, ménos el honor.
Miguel. El honor! Me desespero.
Si todo es vana apariencia
¿á qué viene esa sentencia
á lo Francisco Primero?
Ines. Mas sea apariencia ó no,
mozuelas hay, don Miguel,
que harian ese papel
mil veces mejor que yo.
Miguel. Darian mi plan al traste
con su aire procaz y chusco;
y, ya ves, lo que yo busco
sobre todo es..... el contraste.
Se trata de una virtud
que ama y gime al pié del ara,
y para eso hay en tu cara
más verosimilitud.
Ines. ¿Y por qué—yo pierdo el juicio!—
quiere usted que contribuya
á que cubra usted la suya
con la máscara del vicio?
¿por qué en esos laberintos,
aunque ahora estén en boga,
se mete usted? ¿por qué ahoga
sus generosos instintos?
Que mientan virtud los malos,
lo explico, aunque lo condeno;
mas fingirse malo el bueno,
gusto es que merece palos.
Benito. [*Aparte á Ines.*]
Eso es decirle una fresca.
Ines. Quita, que me das horror!
Benito. Perdónela usted, señor;
no sabe lo que se pesca.
Miguel. Tú te inquietas sin motivo;
tu tenacidad me aflige;
tú no sabes lo que exige
la sociedad en que vivo.
Ines. Pero, señor, ¿qué cuidado.....
Miguel. Si á mi socorro no acudes,
voy á quedar, no lo dudes,
comprometido...., afrentado.
Tengo anunciado el festin
que ha de darme tanta fama;
y si le falta la dama,
qué será del paladin?
Será preciso que aguante
la rechifla universal
y seré en la capital
un pária, un judío errante.

Oh! quiero ántes un presidio
que tan funesto reves.
Por Dios, Ines!.... ¡Mira, Ines,
que este es caso de suicidio!

Benito. Lo oyes, corazon de hiena?

Ines. Jesus!.... Quisiera morirme!

Miguel. Basta! Adios!....

Benito. [*En voz baja deteniéndole.*]
No, señor. Firme!

Miguel. Por mí se acabó la escena.
Convence tú á la inhumana,

[*En actitud de quien se dispara en la sien una pistola.*]

ó un tiro.....

Benito. Oiga usted...

Miguel. No quiero.
Tomo el cabriolé, y te espero
en la Fuente Castellana.

[*Vase por el foro.*]

ESCENA III.

INES. BENITO.

Benito. Fiel á la nupcial coyunda,
pero terca como un mazo,
no sé si darte un abrazo
ó sacudirte una tunda.

Ines. Calle! Con esas á mí?
Ni á la tunda me resigno,
ni de mis brazos es digno
un hombre tan baladí.

Benito. Hablemos con calma, Ines;
ten un poco de chirúmen.
Qué nos piden en resúmen?
Que hagamos un entremes.
Tambien con horror y grima
saltaria yo hasta el techo,
cara Ines, si á vias de hecho
pasase la pantomima;
mas ¿qué arriesga entre esos mozos
tu virtud impertinente?
¿Te piden más contingente
que lágrimas y sollozos?
Y sin el menor tropiezo
ganas por de pronto un gaje.....

Ines. Cuál?

Benito. ¡Dos mil reales el traje.....
y ocho mil el aderezo!

Ines. ¿Y por el vil interes,
infame.....

Benito. No hay tal infamia.
Aparente es la bigamia
y Adelaida no es Ines.
¿Cómo á desairar te atreves
á ese mismo cuyo nombre
tanto has bendecido? ¡Á un hombre
á quien todo se lo debes!

Ines. ¡Poner mi cara al servicio
del vicio que le extravía!

Benito. No es vicio, es hipocresía;—
la hipocresía del vicio.

Ines. Mas con tal solicitud
¿por qué abochornarme á mí
que nunca hipócrita fuí
de vicio ni de virtud?

Benito. Tu tonillo me da espanto,
porque voy temiendo ya,
que, á ser de véras, quizá
no lo sentirias tanto.

Ines. Claro está.

Benito. ¡Cómo.....

Ines. Pues necio,
si, aunque honrada soy mujer,
¿cómo me puede ofender
el amor más que el desprecio?
Se excusa el amante arrullo,
obtenga ó no galardon,
mas nunca espere perdon
el que hiera nuestro orgullo.
No me ha tentado el demonio
todavía.....

Benito. Ay, san Vicente!
Ni quiera Dios que te tiente.
Siquiera este matrimonio!

Ines. Pero si un dia me tienta,
como á más de tres mujeres,
no pecaré por poderes,
sino de mi riesgo y cuenta.

Benito. ¡Por Dios, querida, no trueques
los frenos! Nadie conspira
contra ti; todo es mentira;
nadie te manda que peques.
Todo es un pueril antojo;
mas si no sale con él
se matará don Miguel:
ahí es nada lo del ojo!....
Y él aguarda tu respuesta,
y he de llevársela yo,
y si se reduce á un nó,
tal vez me será funesta.
Él tiene malas cosquillas,
y puede.....

Ines. Eso es lo de ménos.

Benito. ¿Verás con ojos serenos
que me rompa las costillas?

Ines. Sí.

Benito. El corazon me desgarras.
Cuando esperaba regalos.....

Ines. Así harás bondad á palos
como el médico de márras.

Benito. Un nó es tremendo vocablo,
y si he de hablarte de véras,
yo.....

Ines. [*Con despecho y desviándose de Benito.*]
Pues dile lo que quieras
y cargue contigo el diablo.

Benito. ¡Oh mujer fina y constante,

digna de laurel eterno!....

[*Acercándose.*]

Permite á un esposo tierno.....

[*Al tomar la mano de Ines, esta le da un bofeton.*]

Ines. Quita allá!

Benito. Jum!

[*Tentándose la mejilla y haciendo una contorsion.*]

Salvo el guante.

ESCENA IV.

INES.

He aquí un marido!.... Y así
de los doce son los diez.
Neciamente confiado
en que he de guardarle fe,
no porque Dios me lo manda;
sino por ser él quien es,
al borde del precipicio
me conduce; y si mi pié
resbalase, ¡á mí y á Dios
acusaria despues!
Ah! quien así compromete
la virtud de una mujer,
olvida que frágil barro
su primer materia fué.
Tentó el diablo á la primera
incitándola á comer
de aquella fruta vedada:
cara le costó, lo sé;
mas como tantas la imitan,
es natural suponer
que, aunque le sentara mal,
sin duda le supo bien.
Acaso aquella serpiente,
ministro de Lucifer,
algo nos dejó en herencia
de su diabólica piel;
y como el cuarto enemigo
de nuestra alma suele ser
nuestro marido, y él solo
trabaja más que los tres,
ya el demonio con nosotras
no tiene nada que hacer.—
Pero quizá mis escrúpulos
sobrada importancia den
á un chasco de carnaval.
Tengo á mi amo tanta ley!....
Ni es empresa tan difícil
representar mi papel.
He leido las novelas
de Federico Soulié.

[*Mirándose á un espejo.*]

Mi palmito es muy decente,
si esa luna no es infiel,
y para tener mi talle
gentileza y morbidez
jamás ha necesitado
suplementos al corsé.

Torc. [*Dentro.*]

Le esperaré: soy de casa.

Ines. [*Sobresaltada y apartándose del espejo.*]

Ah! ¿Quién entra...

[*Aparecen D. Torcuato y Felisa en traje de camino.*]

Cielo! ¿Quién...

ESCENA V.

FELISA. D. TORCUATO. INES.

Felisa. (Qué linda jóven!)

[*Saludando.*]

Señora.....

Torc. Señora, estoy á los piés.....

Ines. [*Saludando.*]

Señorita..... Caballero.....

Felisa. Dispense usted.....

Ines. No hay de qué...

Felisa. Que hayamos entrado aquí
con tal franqueza. Á saber
que habia señora en casa,
hubiéramos.....

Ines. (Qué diré?)

Felisa. Pedido ántes la debida
licencia.....

Ines. No es menester.

Torc. Ya se ve, tal confianza
nos inspira don Miguel,
que usted no debe extrañar.....

[*Á Felisa aparte.*]

Se turba.

Ines. (¡En lindo belen
me he metido!)

[*Ofreciéndoles sillas.*]

Ruego á ustedes...
(Cogida estoy en la red.)

Torc. [*Aparte con Felisa, sin sentarse ninguno de los dos.*]

Hum!... Aquí hay maula.

Felisa. ¿Quién sabe...

Ines. (¿Principiará el entremes
desde ahora? Dudo..... Temo...)

Torc. No se maraville usted
de ver nuestra cortedad.
Mucho tiempo ha que no sé

de Miguelito..... Ignoraba.....
Usted será su mujer?

Ines. (Ay Dios mio!...) No, señor.

Torc. Pues ¡cómo...

Ines. Es decir... Soy...

Torc. Eh?

Felisa. Pues criada, mucho ménos;
que lo desmiente ese tren.

Ines. Ni uno ni otro.

Torc. Ni uno ni otro?

Ines. Soy..... (Diré alguna sandez.)

Torc. [*Tomando del brazo á Felisa.*]
Basta. Vámonos de aquí.
Harto ha dicho ya quién es.

Ines. (¡Cómo me aflige y me insulta
con su risita cruel!)
Respete usted mi silencio
y no sea descortes.
Soy quien soy..... y basta.

Torc. [*Á Felisa llevándosela.*] Y sobra.
Vamos. Aquí no estás bien.

Ines. Ni aquí perderia nada
aunque fuese hija de un rey,
ni á mí me importa un ardite
que se vaya ó que se esté.
(No diria más la dama
de *El desden con el desden.*)

Felisa. Con todo.....

Torc. No la respondas,
que es rebajarse.....

Ines. Por qué?
Ya me canso de sufrir
que un *quidam* sea mi juez.

Torc. Un *quidam!*....

Ines. ¿Con qué derecho,
preguntaré yo tambien,
entra usted en casa ajena
echando fieros? Á ver?

Torc. ¡Voto á..... Don Torcuato Ruiz
¿no podrá.....

Ines. ¿Qué ha dicho usted!
Don Torcuato? el de Manila?
Justo Dios!....

Torc. El mismo.

Ines. ¡Aquel
á quien tan justos elogios
prodigó más de una vez
don Miguelito!.... Oh sorpresa!

[*Á Felisa.*]

¿Y usted..... Ya caigo... Oh placer!
Del cielo han bajado ustedes
á salvarme á mí y á él.

Felisa. ¿Qué oigo!

Torc. ¿Cómo.....

Felisa. ¿Qué peligro...

Ines. El lujo que ustedes ven,
disfraza á la humilde sierva
de un elegante doncel
que tiene—lástima grande!—
la cabeza á componer.
Afortunado galan
de una dama de alta prez,
la ha sacado de un convento
escalando la pared.

Torc. Oyes? Bien temia yo.....

Ines. Así se lo hace creer
á sus cándidos amigos;
pero de tanto babel,
no hay más verdad que estos dijes
y este traje de moaré.
Esa imaginaria Elena
que él pondria en un dosel,
soy yo..... Él me llama Adelaida,
pero yo me llamo Inés.

Torc. Está visto; es un perverso.

Felisa. No; un tronera, un cascabel.

Ines. Ni áun eso. Tres años ha
que le conozco, y doy fe
de sus nobles sentimientos,
de su alma pura y sin hiel.
Mas, sin ser hombre vicioso,
hoy lo quiere parecer;
vanidad de nuevo género
que le ha inspirado Luzbel.
Juro á Dios que he rehusado
una vez y dos y cien
de ser su supuesta víctima
la ilustre ridiculez;
mas me vi tan hostigada
y tal su despecho fué,
que temiendo una catástrofe
hube de decir amén.
Ahora que tan dignos huéspedes
me redimen de este Argel,
den ustedes su permiso
á Adelaida la de Ucles
para trocar estas galas
por sus trapitos de ayer.

ESCENA VI.

D. TORCUATO. FELISA.

Torc. Lo ves? Al pié de la letra
se cumplió mi vaticinio.
Miguel en la última carta
que tuvo á bien escribirnos
nos noticiaba la muerte
del buen don Claudio su tio,
y que le dejó una renta
de seis mil ducados limpios
de polvo y paja. Temiendo
que, libre, inexperto y rico,
en la corte se perdiese,
le rogué con mucho ahinco
que volviese á Filipinas.
¿Se dignó siquiera el pícaro
de contestarnos? Á mí
no me sorprendió su inicuo
proceder; que, veterano
en el náutico ejercicio,
sé que sin timon ni brújula

zozobra el mejor navío.
Tú, en la venturosa edad
en que vence al raciocinio
el sentimiento, y extraña
á la corrupcion del siglo,
de su corazon juzgaste,
niña, por el tuyo mismo.
Estará ausente, decias;
las cartas se habrán perdido;
ya le creias enfermo,
ya le llorabas cautivo,
y hasta á rezarle difunto
llegaba tu desvarío.
Por fin, cuando ya era tiempo
de condenarle al olvido,
te empeñaste en arrostrar
del hondo mar los peligros
en busca de un ingratuelo
de tanta ternura indigno.
Yo que, avaro del tesoro
que me confió un amigo
temblé por primera vez
al contemplar los abismos
del piélago proceloso,
que iba á atravesar contigo,
en vano luché, Felisa,
contra tu loco designio.
Lloraste, y al ver tus lágrimas
lloró tambien como un niño....;
sí, lloró, pese al demonio,
este intrépido marino
que cuenta veinte abordajes
en su hoja de servicios.
Cedí—qué habia de hacer?—
aunque pudiera impedirlo;
pero tan hecho me tienes
á obedecer tus caprichos,
que, más bien que tu tutor,
creo que soy tu pupilo.

Felisa. No será inútil el viaje,
caro tutor, si venimos
á tiempo de corregir
el juvenil extravío
de Miguel y le salvamos
al borde del precipicio.

Torc. ¿Qué caso ha de hacer de mí
un tronera, un libertino
sin ley, sin freno.....

Felisa. No tal.
Segun lo que Ines ha dicho,
sólo es malo en la apariencia,
y volverá al buen camino
si uno y otro con blandura,
le exhortamos.....

Torc. No transijo.
No sienta bien en mi rostro
al sol y al aire curtido
la cortesana sonrisa,
ni en los labios de un marino
sonarian bien las pláticas
de un fraile de San Francisco.
Tan luégo como le vea
le diré cuántas son cinco.
Si se enmienda, buen provecho;
serémos buenos amigos:
si mi áspera reprimenda
no le hace mella, desisto:
policía habrá en Madrid
que cumpla con él su oficio.
Sentiré que un mequetrefe
ose mancillar el limpio
nombre que heredó, Felisa;
mas si tal es su destino,
lleve el diablo lo que es suyo;
nada le doy ni le quito.

Felisa. Quien le oyera á usted diria
que es un tigre, un basilisco;
pero yo, que tantas pruebas
de amor, tantos beneficios
le debo desde mi infancia,
formo de usted muy distinto
concepto.

[*Va anocheciendo por grados.*]

Torc. Tú eres un ángel
y Miguel es un perdido;
por eso á Miguel detesto
y á ti te amo con delirio.

Felisa. Pues yo, señor don Torcuato,
tengo sobrados motivos
para interceder por él.

Torc. Cierto, pero.....

Felisa. Y no permito
que siendo á él como á mí
necesario el patrocinio
de usted, él vea un padrastro
en quien yo veo un padrino.
Mal puede quererme á mí
quien odia lo que yo estimo,
y declaro desde ahora
que, si usted sólo conmigo
ha de ser dulce y amable,
le aborrezco y me emancipo.

Torc. Aborrecerme! Tú, ingrata!....
Que no me ames,.... lo concibo.
No inspira tiernos afectos
sino, tal vez, á sus hijos,
si Dios se los da, un cristiano
que se acerca á medio siglo;
pero si fuese verdad
lo que tu labio me ha dicho,
Dios te pediria cuenta
de tan infame delito.

Felisa. (Qué fervor!..... ¿Será posible.....)
No tome usted tan al vivo
palabras sin consecuencia.
¡Yo aborrecer á mi digno
tutor! Jamás.

Torc. Tú lo acabas
de decir.

Felisa. Pues me desdigo.

Torc. Pero hablas de emanciparte,
y al pensarlo me horrorizo.
¿Tan pesado es para ti
el yugo de mi cariño?

Felisa. No, sino grato en extremo;

(le sondearé) y tan benigno
cual lo fuera el de aquel padre
que desde el celeste empíreo
nos bendice; pero, al fin,
aunque por él no suspiro,
llegará, señor, un dia
en que... (se turba) otros vínculos...

Torc. Basta; lo sé. Ni presumas
que por mi necio egoismo.....
de tutor, pudiera yo
imponerte un sacrificio
doloroso. Bien conozco
que sería desatino
emparedar en un claustro
tan soberanos hechizos.
Pero es una pobre gracia
que un padre, ó, lo que es lo mismo,
un tutor, que por ventura
no se ha vaciado en el tipo
de los que finge el teatro,
tierno, vigilante, asiduo,
crie á una linda muchacha
para algun barbilampiño
casquivano, petulante,
afeminado, enfermizo,
que con sus manos lavadas
y á pretexto de que es lindo
se la lleve..... Qué! te ries?

Felisa. Pero, ¡señor.....

Torc. (¡El suplicio
de Tántalo.....)

Felisa. ¿Soy tan loca,
que al primer advenedizo
piense dar mi corazon?
No, no; viva usted tranquilo.
Á fuer de dócil pupila,
nada haré sin el permiso
de mi buen tutor.....

Torc. Felisa!....

Felisa. En cuanto á Miguel, exijo.....

[*Sonriéndose.*]

Sí, exijo que no apelemos
á un rigor mal entendido
hasta que infructuosos sean
otros medios más pacíficos.
Ántes que acuda al cauterio,
un médico reflexivo
aplica al miembro doliente
saludables lenitivos;
y por valerme de un símil
propio del noble ejercicio
en que mi amable tutor
tantos lauros ha adquirido,
pegarle fuego es mal modo
de carenar un navío.

Torc. Si á ti te dejan hablar.....
(Me maneja como á un niño.)

Felisa. No digo bien?

Torc. Eh! tal vez.....
Pero sí, sí, ¡vive Cristo
que sí!

Felisa. Lo mejor sería
apelar á un artificio
inocente.....

Torc. Sí.

Felisa. Miguel
no sabe que hemos venido.
Cerrada estaba su casa
de Madrid, y á los vecinos
que las señas nos han dado
de esta quinta no hemos dicho
quiénes somos: era yo
cuando él á la Europa vino
tan niña, que conocerme
no podrá; á usted no le ha visto
jamás, y los dos de incógnito.....

ESCENA VII.

D. TORCUATO. FELISA. INES.

Ines. [*Con traje más modesto.*]

Depuesto el lujo postizo,
vengo á recibir las órdenes
de ustedes. El señorito
don Miguel come en la fonda,
y no hay nada prevenido;
pero al instante.....

Torc. Es inútil;
ya nos ha sacado un suizo
de ese cuidado.

Ines. Dos mozos
el equipaje han traido.....

Felisa. Ah! muy bien.

Ines. De donde infiero
que este será el domicilio
de ustedes.

Felisa. Si te es posible
hospedarnos con sigilo,
sin que don Miguel lo sepa,
con mucho gusto lo admito.

[*Un criado entra con luces y las deja sobre la mesa.*]

Ines. Fácil es. La casa es grande.
Yo respondo de Fabricio.....

[*Al criado que se retira.*]

Oye.

[*Le habla aparte.*]

Felisa. [*Á D. Torcuato.*]

Parece muy buena
muchacha.

Ines. Lo entiendes? Chito!

[*Vase el criado.*]

Es probable que esta noche
ni mi amo ni mi marido
duerman aquí.

Felisa. Eres casada?

Ines. Ah! sí, con un fementido
que tambien quiere cubrirse
con la careta del vicio.

Torc. Pronto el verdadero rostro
no desmentirá al fingido.

Ines. Eso mismo digo yo,
señor. El diablo anda listo.....

Felisa. Las dos seremos los ángeles
de su guarda, si propicio
oye mis votos el cielo.

Ines. En la habitacion del piso
segundo estarán ustedes
libres de todo registro,
porque nunca pone en ella
los piés. Miéntras la habilito,

[*Abriendo la puerta de la derecha.*]

entren ustedes aquí
y descansen.

Felisa. Yo te sigo.
Veré la casa.

Ines. Es preciosa,
y el jardin, lo más bonito.....

Torc. [*Tomando una bujía.*]

Yo te esperaré. No tardes,
eh? (Me tiene vuelto el juicio.)

[*Entra en la habitacion indicada.*]

ESCENA VIII.

FELISA. INES.

Felisa. Será muy gallardo mozo,
porque ya mostraba indicios
de serlo en sus verdes años.

Ines. Oh! mucho. Pero ¿qué miro?

[*Se acercan al balcon.*]

Un carruaje..... Y viene aquí.....
Será..... Sí, bien lo distingo;
es el birlocho de mi amo.
¿Qué diantres le habrá ocurrido.....

Felisa. Subamos.....

Ines. Pára...., se apea....;
mas no le sigue Benito.
Pensará volverse luégo
á Madrid.

Felisa. Yo no resisto
á la tentacion de verle.....

Ines. [*Indicando la puerta de la derecha.*]

Desde allí. Por el pasillo
pueden ustedes huir
si...

Felisa. Entiendo. Voy... Ah! un capricho...

[*Saca una cajita y la pone sobre la mesa.*]

Veamos qué juicio forma
de este retrato..... Es el mio.
Él no sabe.....

Ines. [*Desde el foro, á media voz.*]

Ya está arriba!
Corra usted!

[*Vase Felisa por la puerta de la derecha y la deja entornada.*]

Qué laberinto!

ESCENA IX.

D. MIGUEL. INES.

Miguel. Oh Inesita!—Rectifico.—
Oh Adelaida de mi vida!
Ya me ha dicho aquel borrico
que á todo estás convenida.
¡Gracias, gracias infinitas.....

Ines. Yo.....

Miguel. No te vuelvas atras!—
¿Por qué las galas te quitas.....
Pero así me gustas más.
Y de ti sola depende,
si tu voluntad me capto,
que realidad sea el duende
y hecho positivo el rapto.

Ines. Bah! no caigo en el garlito;
que no me crié en las malvas.

Miguel. Juro.....

Ines. Y eso es, señorito.....

Miguel. Qué?

Ines. Gastar pólvora en salvas.
Ser hipócrita en secreto
¿á qué puede conducir?

Miguel. Es que..... Pero te respeto:
no te quiero seducir.

Ines. Oiga! ¿Tan fácil empresa
presume usted que sería.....

Miguel. No; es chanza.....

Ines. (Ya va á la mesa.)

Miguel. [*Abriendo un cajon de la mesa.*]

Es mera galantería.....
Oye, Ines; no nos esperes
por hoy ni á mí ni á Benito.—
Dos, tres.....

Ines. Dinero?

Miguel. Qué quieres!
No llevo el que necesito.
En casa de doña Aldonza
tenemos máscaras hoy,
y es poco lastre una onza.....

Ines. Ya.

Miguel. Allí se juega.....

Ines. Ya estoy.

Miguel. Con otras diez y un billete,
tendré lo bastante..... Oh! sí.

Ines. Mire usted dónde se mete;
que cuentan cosas de allí.....

Miguel. [*Guardando el dinero y cerrando el cajon.*]
Envidias.

Ines. Pero el que juega.....

Miguel. Pierde ó gana.

Ines. Algun tahur.....

Miguel. Oh! á mí nadie me la pega.
Tengo mundo..... Vaya, abur.

[*Al retirarse va á coger el baston que dejó sobre la mesa, y ve el retrato.*]

Pero esta preciosa caja
¿de dónde ha venido aquí.....

Ines. No sé.....

Miguel. [*Abriendo la caja.*]
Veamos qué alhaja.....
Supongo que es para mí.

Ines. Sin duda.....

Miguel. Un hermoso busto!
Quién será el original?
Mírale.

Ines. [*Mirando el retrato.*]
Es cosa de gusto.

Miguel. Qué cara tan celestial!

[*Besando el retrato.*]

Oh mi bien!

Ines. (Ya se la apropia!)

Miguel. Qué misterio es este, Ines?
Que aunque me hechiza la copia,
al fin es copia, y ya ves.....

Ines. (Fuerza es mentir.) Un lacayo
lo trajo despues de siesta.
Para don Miguel Moncayo,
dijo, y no esperó respuesta.

Miguel. Por más que paso revista
á las bellas de Madrid,
no sé..... Pero esta conquista
deja atras á las del Cid.
Y ¿por qué oculta su nombre,
si su amor tanto declara,
que empeña en manos de un hombre
nada ménos que su cara?

Ines. No soltarla, si no da
por rescate el corazon.

Miguel. Por supuesto, oh! claro está.

Ines. El lance es de Calderon.

Miguel. Al principiar mi carrera
¡tan señalada victoria!
No hay como ser calavera
para cubrirse de gloria.
Guardo el retrato. Oh placer!
Á este paso..... Eh?

Ines. Sí: ya veo.....

Miguel. Las muchachas..... Oh! va á ser
esta casa un jubileo.
Adios. Oh delicia! oh *gioja!*—
Pero no por esto, Ines,
renuncio.....

Ines. Á qué?

Miguel. Á la tramoya
de Adelaida la de Ucles.

ESCENA X.

INES. FELISA. D. TORCUATO.

Ines. Vamos, está de remate.

Torc. [*Saliendo con Felisa.*]
Qué tal?

Felisa. Es todo un búen mozo.

Torc. Un necio, un trasto, un orate.
¡Lástima de calabozo.....

Felisa. Insigne crueldad sería.....
¿No ha visto usted, don Torcuato...

Torc. Qué?

Felisa. La ciega idolatría
con que besó mi retrato?

Torc. Miren qué cosa tan rara!
(Mala bomba le destruya!)
Besaba una linda cara
sin saber que era la tuya.

Felisa. Cuando me vea á mí propia.....

Torc. Dónde?

Felisa. En el baile.

Torc. Eh?

Felisa. Sí tal.
No es de temer que la copia
desaire al original.

Torc. Qué locura!

Felisa. Ines sabrá
dónde vive doña Aldonza.

Ines. Sí, señora.

Torc. Hum! allí habrá
tal bulla y tal jerigonza.....

Felisa. No importa. Iremos las dos
con usted.

Torc. Pero.....

Ines. Ah! bien, bien.
Un coche y dos dominós
se hallan en un santiamen.

Felisa. Allí sin ser conocida
le observaré.

Ines. Y yo á mi adjunto,
y le juro por mi vida,
si es falso, como barrunto.....

Felisa. Se hace tarde. Ven, Ines:
abriremos los baúles.

Torc. ¿Á qué trasnochar los tres
en busca de esos gandules?

Felisa. Otra vez el ceño adusto?
Mire usted que me incomodo.

Torc. No; lo que cumpla á tu gusto
se hará, y á Roma por todo;
y me pondré hecho un narciso
si así lo exiges, muchacha;

y bailaré, si es preciso,
la mazurca y la guaracha.

Felisa. [*Á Ines.*]

Mírale: mejor le sienta
la dulzura que el enfado.

Torc. Sí?

Felisa. Cuando yo estoy contenta
no quiero buhos al lado.

Torc. Si estás contenta.....

Felisa. Ahí es nada!
Ya tengo un amante.....

Torc. Sí?

Felisa. Que sólo me vió pintada,
y ya está loco por mí.

[*Vase con Ines por el foro.*]

ESCENA XI.

D. TORCUATO.

Un amante! ¿Y hasta hoy
no le has tenido, cruel?
Un amante! Y yo ¿qué soy?
Nada, un siervo, un perro fiel!!...
Sea. Yo te guardaré
de lobos, pobre cordera,
y tu mano besaré
aunque el corazon me hiera.

[*Éntrase en la habitacion de la derecha.*]

ACTO SEGUNDO.

Sala con tres puertas: una grande en el foro, con pasillo detras, que por la derecha del actor conduce á la escalera, y por la izquierda á un salon de baile: otras dos laterales, una enfrente de otra, las cuales se supone tambien que tienen comunicacion con lo interior de la casa. En medio del escenario habrá una gran mesa con tapete verde, donde se juega al monte. El banquero estará sentado dando frente al público: los puntos, unos sentados, otros de pié, y la mayor parte sin disfraz, se aumentan ó disminuyen segun lo disponga el director de escena, para representar con la posible verosimilitud las vicisitudes de un juego de azar en que todo el que quiera puede tomar parte, y que tiene efecto en una casa donde al mismo tiempo se recibe á multitud de máscaras, que entran, salen, bailan, pasean, forman corrillos, etc., etc. Doña Lupa, doña Higinia y doña Policarpa no se mueven de su asiento miéntras dura el juego. Á intervalos se oirá la música, que toca dentro vals, rigodon, etc., y entónces quedará más desembarazado el escenario.

ESCENA I.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. JUGADORES. MÁSCARAS DE AMBOS SEXOS.

[*Música dentro.*]

Jug. 2.° Al as.

Jug. 3.° Medio peso al siete.

Lupa. Reniego de mi fortuna.

Higinia. Al siete.

Jug. 4.° Fuera de doble.

Jug. 5.° [*Acercándose á la mesa.*]

Oh señora doña Lupa!

Lupa. Servidora.

Jug. 5.° Y Dorotea?

Lupa. Baila con su primo Urrutia.

Higinia. [*Aparte con el jugador 4.°*]

Mal hecho es llevar las niñas
adonde hay tanta trifulca.
Yo dejo á la mia en casa.

Jug. 4.° Así estará más segura.....
(de que mamá la sorprenda
con el galan que la arrulla.)

Jug. 2.° Á la sota.

Jug. 3.° Case usted
á ese dos.

Jug. 6.° Ahora, ó nunca.
Al dos esa onza.

Jug. 1.° [*Es el que talla.*] Juego.—

Siete en puerta.
Lupa. Nada! Ni una
le acierto.
Jug. 1.° [*Pagando.*] Casado.
Higinia. Á mí.
Jug. 1.° Cinco duros.
Jug. 4.° Aquí.
Lupa. ¡Es mucha
suerte!
Jug. 1.° Tres, y uno á casar.—
Peseta.
Policar. Á mí.—Es de columnas.
Jug. 1.° Más de un real vale la puerta.
Policar. No lo permito. Qué usura!
Puerta por esa bicoca!
Jug. 1.° Señora, aquí no circulan
pesetas de cinco reales,
porque los picos trabucan.....
Todas pasan por de cuatro.
Policar. Las de cinco se rebuscan
para las clases pasivas,
y harta desgracia es ser viuda,
sin obligarme á perder
el quinto de mi pecunia.
Jug. 1.° Oh!.. Á ver? ¿Cuántas columnarias
tiene usted?
Policar. Corta es la suma,
porque ya he perdido seis.
Jug. 1.° Cuántas?
Policar. Ocho. Suerte dura!
Jug. 1.° Vengan y las cambiaré
por de cuatro.—Son diez justas.
Para evitar trabacuentas
guardaré las del *plus ultra.*

[*Se las mete en el bolsillo.*]

Policar. Pero el real que usted me debe.....
Jug. 1.° [*Dando una peseta.*]
Tome usted, y no nos pudra.
Policar. (Groserazo!)
Jug. 1.° Juego.
Jug. 6.° Es dos.
Higinia. Un dos contra una figura?
Es imposible.—Soy sota.

[*Echa una moneda sobre la mesa.*]

Jug. 6.° Usted no entiende esta cúbica.
Contrajudía es el juego.
Higinia. Sota! No lo dije?
Jug. 6.° (Bruja!)
Jug. 1.° [*Pagando.*]
Dos.
Jug. 2.° Dos.
Jug. 1.° Uno.
Higinia. Á mí.
Lupa. (Está visto:
ese traidor las enfulla.)

ESCENA II.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
JUGADORES. MÁSCARAS.

[*Sigue el juego.*]

Torc. (Aquí estaré miéntras bailan;
que en aquel salon se suda
lo temporal y lo eterno.
Qué algarabía! qué bulla!
qué desórden! ¡Y hay cristiano
que prefiere estas angustias
al regalo de la cama!—
Hola! Allí, segun se agrupa
la gente, tiran la oreja.
¡Y no habrá cárcel ni multa.....

[*Se acerca á la mesa.*]

Mujeres tambien! oh escándalo!
así á sus hijos educan!
así cuidan de su casa!....)
Lupa. ¡Cuando digo que esta luna
es fatal!.... Ya dobló el cinco!
Jug. 2.° (Me encocora esta lechuza.)
Jug. 1.° Entrés.
Lupa. Me retiro en tres.
Jug. 1.° Retírese usted si gusta.—
Juego.
Jug. 3.° Al cuatro.
Policar. Al rey.
Jug. 2.° Al cuatro.
Jug. 4.° Á ese rey.
Torc. (Cesó la música.
Allí esperaré á Felisa.)

[*Se sienta á un extremo del tablado.*]

ESCENA III.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
JUGADORES. MÁSCARAS.

Maur. Dominó verde? alta? rubia?
Miguel. Sí. Qué donaire! qué brio!
Es divina criatura.
Torc. (Es Miguel, y aquí se acerca.
Finjo dormir.)
Maur. Y esa chusca
¿no te ha mostrado la cara?
Miguel. No, que á conservarla oculta
graves respetos la obligan.
Gines. Ella..... respetos!
Miguel. Lo dudas?

Lupa. El cinco, y me retiré!
Maldicion!....

Gines. ¡Cómo se burla
de ti!

Miguel. ¡Burlarse, y me cita
para mañana á la una.....

Maur. Pobre Miguel! Dios te libre
de semejante garduña.

Miguel. Qué! ¿tú sabes.....

Maur. Pues ¡si es más
conocida que la ruda!
Al revolver de esta calle
vendia horchata de chufas
ántes de ser propiedad
de un propietario de Murcia,
pájaro á quien ya supongo
que habrá dejado sin pluma.

Miguel. ¿Qué dices!

Gines. Brava conquista!

Maur. Con esta página ilustras
tu biografía galante.

Torc. (Títeres!)

Miguel. Nada de pullas!
Lauros sobran á mi frente,
si uno entre tantos se frustra.
Citad vosotros alguno
como mi escena nocturna
de las Salesas. Mañana
entre rosales y murtas
brindaréis Champaña y Rhin
por mi consorte.... presunta,
y de envidia al contemplarla
os vais á morder las uñas.

[*Siguen hablando aparte.*]

Torc. (¡El fatuo..... Hay enfermedades
que sólo á palos se curan!)

[*Llegan por el foro Felisa é Ines con dominós y caretas.*]

ESCENA IV.

FELISA. INES. DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA. DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. JUGADORES. MÁSCARAS.

Felisa. Le hemos perdido de vista.

Ines. Como tanta gente cruza
en confuso remolino,
no es mucho que se escabulla.

Felisa. Don Torcuato!

Torc. [*Levantándose y acercándose á Felisa.*]
Allí le tienes,
Felisa.

Felisa. Á quién?

Torc. Al que buscas.

Felisa. Ah!.... No le buscaba á él sólo.

Torc. Pues á quién?

Felisa. Buena pregunta!
Á mi querido tutor.

Torc. Gracias. (El alma me punzan
los inocentes halagos
que su labio me tributa.)
Llegas á tiempo. Miguel
está de vena y de chunga.

Felisa. Sí?

Torc. Refiere á los amigos
sus galantes aventuras.

Felisa. Muy animados están.

Torc. Mucho! Acércate y escucha:
oirás divinidades.

Ines. [*Acercándose á D. Miguel y sus amigos, que continúan en alegre coloquio.*]
Formemos tambien tertulia
los tres, y no advertirán.....

Torc. No son hombres que se turban
por testigo más ó ménos.

[*Prosigue la conversacion en cada grupo, con independencia del otro.*]

Maur. Pronto hablarán de su fuga
los periódicos.

Miguel. ¿Qué importa,
miéntras nadie me denuncia
como raptor?

Felisa. [*A Ines.*] De ti se habla.

Miguel. Cuando empiece á hacerse pública
mi anécdota, ya veremos
lo que he de hacer con la alumna
consabida.

Ines. Á ver? Oigamos.

Miguel. La esconderé en una gruta,
ó bien, segundo Teseo
de esta Ariadna sin ventura,
la dejaré abandonada
en alguna isla inculta.

Torc. Qué tal? El niño se explica.

Felisa. Su imaginacion fecunda
ha forjado una novela,
y es fuerza que la conduzca
á un desenlace ruidoso,
sin lo cual sería insulsa.

Ines. Lo malo es que la heroína
resueltamente rehusa
ser la segunda edicion
de aquella Ariadna difunta.

Miguel. La policía? Bobada!
Á hombres como yo no asustan
agentes ni comisarios:
se les casca, ó se les unta
la mano..... Ni ese episodio
es lo que más preocupa
mi imaginacion. Los raptos
son ya pecata minuta
para mí. No es maravilla
que un elegante seduzca
á una muchacha inexperta.

En mayor timbre se funda
mi orgullo.
Maur. ¿Será posible!....
Miguel. Damas hay de ilustre cuna
que me requieren de amores.
Maur. Serán feas ó vetustas.
Miguel. No; hermosas..... Oh! celestiales.

[*Mostrándoles el retrato del acto primero.*]

Mirad esta miniatura.
Felisa. Ea, ya estoy en campaña!
Oigamos cómo me juzgan.
Maur. Bello busto!
Gines. Lindo rostro!....
Miguel. Oh!
Gines. Si el pintor no la adula.
Torc. Eso no!
Felisa. De véras?
Torc. No.
Miguel. Ántes diréis que la injuria
cuando viva contempleis
tan peregrina hermosura.
Torc. Dice bien...., en profecía;
pero miente como un Júdas,
porque no te ha visto.....
Maur. Y ¿cuándo
cayó en tu red esa trucha?
Torc. Qué lenguaje! Vive Dios!....
Felisa. Quieto!
Miguel. Alto ahí! Tú la insultas.....
Felisa. Ve usted? Ya vuelve por mí.
Miguel. Ya la poseo en pintura,
y en más de un tierno coloquio
mayor tesoro me anuncia.
Torc. Pícaro! aleve!....
Felisa. Silencio!
Torc. Su lengua vil te calumnia,
¡y he de sufrir.....
Gines. Oiga! ¿Aspira
al casto yugo?
Miguel. Y si alguna
pudiera, Gines querido,
arrastrarme á esa locura.....
Torc. Qué moral!
Miguel. Por ella sola
daria un nuevo recluta
á la mansa cofradía
de que hacemos tanta burla.
Felisa. Al fin, me hace más honor
del que esperaba.
Miguel. Mi industria
triunfará de ese peligro.
Maur. Pero ¿es rica?
Miguel. Oh! más que Fúcar.
Torc. ¿Qué sabe él.....
Maur. Pues siendo así,
mal harás si no apechugas
con el santo matrimonio.
Miguel. Y mi libertad?
Maur. Tontuna!
Ya ningun *leon* la pierde
por la bendicion del cura.
Para ellas, no para todas,
rige sólo esa liturgia
de arras, promesas y velos.
Nosotros tenemos bula
para adoptar en España
las instituciones turcas.
La crónica escandalosa
te dirá, si la consultas,
que en gran parte son casados
los calaveras de punta.
Hay hombre á quien su consorte
brinda con dulce ternura
el legítimo usufructo
de todas las gracias juntas;
y aunque al riesgo se aventure
de represalias mayúsculas,
la venal coquetería
de otra mujer le sojuzga
que no merece el honor
de descalzar á la suya.
Gines. Y faisan todos los dias
es dar tormento á la gula:
bueno es variar, aunque sea
con chirivías y alubias.
Miguel. No consiste el atractivo
de una querida en ser rucia
ó rodada, flaca ó gorda,
valenciana ó andaluza,
sino en ser *otra*.
Felisa. Ve usted?
Ellos son los que le impulsan.....
Torc. No lo necesita el mozo.
Ines. Sí, señor; ellos abusan
de su inexperiencia.
Miguel. En fin,
venza yo ó caiga en la lucha,
digna de mí y de vosotros
será mi ulterior conducta.
Torc. Lo creo.
Miguel. La noche es larga
y el baile me descoyunta.
Echemos un par de albures.
Maur. Bien.
Gines. Sí.

[*Se acercan á la mesa de juego y toman parte en él.*]

Torc. Y ahora ¿quién le azuza?
Felisa. Tambien jugador!
Torc. ¡Si digo
que es una alhaja!
Miguel. ¿Se apunta
á la cargada?
Jug. 1.º Sí.
Miguel. [*Echando una moneda sobre la mesa.*]
Al seis.
Felisa. Vámonos; que me repugnan
los garitos.

[*Á D. Torcuato, que la seguia.*]

No; usted no.

Vele usted por él.

Torc. ¡Me gusta
la comision! Qué he de hacer?
Tú no querrás que descubra
quién soy.

Felisa. Ah! no; no conviene,
como no sea en la última
extremidad.

Torc. Está bien.
Me meteré entre esa chusma
y obraré como convenga;
que aunque ya está mi falúa
en puerto de salvamento,
algo tambien de su aguja
de marear se me alcanza.

Felisa. En la sala de la estufa
espero.

Torc. [*Incorporándose á los jugadores.*]
(Dios me lo tome
en descargo de mis culpas.)

Felisa. [*Á Ines.*]
Ven.....
[*Aparece por uno de los costados Benito, vestido de elegante ridículo.*]

Ines. Cielos!

Felisa. De qué te espantas?

ESCENA V.

FELISA. INES. DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA. DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO. JUGADORES. MÁSCARAS.

Ines. Aquella caricatura
es Benito.

Benito. (¡Tiene mi amo
las ideas más obtusas.....
Pero habré de complacerle,
aunque me cueste una zurra
la gracia.)

Ines. [*Aparte con Felisa.*]
Sí, sí, es preciso
que yo interpele y confunda
á ese pillo.

Felisa. Allí te espero.
No tardes.
[*Vase por el foro.*]

Benito. [*Dirigiéndose á la mesa.*]
Vamos.....

Ines. [*Cogiendo á Benito de la mano, llevándosele á un extremo del teatro y disfrazando la voz.*]
Escucha.

ESCENA VI.

INES. DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA. DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. DON MAURICIO. D. GINES. BENITO. JUGADORES. MÁSCARAS.

Benito. Mascarita, qué me quieres?

Ines. Decirte que sé quién eres.

Benito. No es milagro.
¿Soy yo acaso algun mastuerzo
recien venido del Bierzo
ó de Almagro?
Viendo mi cara y mi porte
cualquiera sabe en la corte
quién soy yo.

Ines. Cualquiera? ¿De qué manera,
si tú eres.....

Benito. Quién?

Ines. Un cualquiera.

Benito. (Me caló.)
Al ménos, no es esta cara
figura de una mampara,
sino mia.

Ines. Algo tuyo has de llevar.
¿Quién le ha prestado ese ajuar
al usía?

Benito. (*Mútis*, que esta me conoce.)
Adios. Ya han dado las doce.....

Ines. [*Sujetándole.*]
Quieto, quieto!
Ó sé franco, ó te confundo,
y ha de saber todo el mundo
tu secreto.

Benito. Bien. (Qué diablo de mujer!)
Escucha: vas á saber
mi flaqueza.
Confieso que la fortuna
no me ha dado ilustre cuna
ni riqueza.
No obstante, nobles y ricos,
sé yo de muchos borricos....,
oh despecho!....
que felices en amores
pasan la vida entre flores.

Ines. Es un hecho.

Benito. Y todo lo hace la ropa.
Hay hombre que anda á la sopa—
suerte fea!—
y si le refunde un sastre,
con el duque de Lancastre
se tutea.
Ahora bien, sin ser hidalgo,
yo sé, niña, lo que valgo.

Ines. Qué modesto!

Benito. Y vengo á hacer cabotaje
esta noche con el traje
que me he puesto.

Ines. Oiga!

Benito. Y llegas muy á punto,

si eres tal como barrunto,
mascarita,
pues durante esta jarana
pienso hacerte mi sultana
favorita.

Ines. (Ah fementido, traidor!)
Mil gracias: de tanto honor
no soy digna;
ni á pescar tan triste barbo
una mujer de mi garbo
se resigna.

Benito. Y eres tú carne, ó vigilia?
De ti ni de tu familia
¿qué sé yo?
¿No puede á un diablo mestizo
encubrir ese postizo
dominó?
Tú ves, máscara, mi juego,
yo el tuyo no, y desde luégo
digo amén.
Si uno de los dos engaña
al otro en esta maraña,
quién á quién?

Ines. Truhan de grueso calibre!....

Benito. Niña!....

Ines. Acaso eres tú libre?

Benito. Libre soy.

Ines. Mientes!

Benito. Dices bien, sí, acabo
de mentir; pues soy tu esclavo
desde hoy.

Ines. ¿Así cumples, gran demonio,
con la ley del matrimonio?

Benito. Yo..... Si..... Pues.....

Ines. No mereces tú la esposa
que tienes.

Benito. Pche!.... Poca cosa.
(Pobre Ines!)

Ines. Algun dia, lo sé yo,
bien linda te pareció
la doncella.

Benito. Ya propia, aquí y en Palermo
huele á puchero de enfermo
la más bella.

Ines. (¡Que oiga yo tales baldones
sin darle de bofetones!)
Belcebú!....
Si así huelen las mujeres,
marido ruin, ¿á qué quieres
oler tú?

Benito. El hombre nunca se gasta:
somos de distinta pasta.

Ines. ¡Mal veneno.....
Pues, qué! lechuguino charro,
¿no somos todos del barro
damasceno?

Benito. Segun te muestras airada,
tú debes de ser casada.....

Ines. Por mi mal.

Benito. Y tu marido es un bruto.....

Ines. Sí.

Benito. Que infringe el estatuto
conyugal.
Usa pues de represalias
y pon á su nombre el *álias*
consabido.

Ines. Sí?

Benito. Arreglémonos los dos.

Ines. ¡Eso dice, santo Dios,
un marido!
¡Miráos en este espejo,
mujeres! Si ese consejo
que me das
toma un dia tu consorte,
como otras ciento en la corte,
qué dirás?

Benito. Ó la mato ó me divorcio,
y así del fatal consorcio
me sacudo.

Ines. Eso es obrar como un bey.

Benito. Pche!....

Ines. Y esa ley.....

Benito. Es la ley
del embudo.

Ines. (Villano!)

Benito. (Mi señorito
no dirá que no le imito.)

Ines. (Merecia.....)

Benito. Mas de ese riesgo se salva
mi mujer.

Ines. Sí?

Benito. Es una malva.

Ines. Sí?

Benito. Á fe mia.
Es incapaz de un desliz,
y me adora la infeliz
con delirio.

Ines. Sí?

Benito. Con apacible calma
sufrirá por mí la palma
del martirio.

Ines. (No puedo más.)
[*Pellizcándole.*] Insolente!

Benito. Ay!

Ines. Falso! judío!

Benito. ¡Tente,
sierpecilla!

Ines. Me conoces?

Benito. Sí, en lo suave.
Eres.....

Ines. Bribon!

Benito. Ya se sabe;
mi costilla!

Ines. Niega ahora tus bastardos
instintos, tus picos pardos,
tus maldades.

Benito. Todo ha sido—ten prudencia!—
hipocresía, apariencia.....
No te enfades.
Te conocí desde luégo,
y haciendo el lindo don Diego.....

Ines. Mientes, mientes!

Benito. Lo juro.

Ines. Infiel!

Benito. Por Dios, calla!

Ines. Pero ¡ uñas tengo, canalla,
tengo dientes!
Benito. El amo está allí..... Qué intentas?
Ines. Bien: ya ajustarémos cuentas.
Ese fraque.....
Benito. Tramoyas de don Miguel.
Así me disfraza aquel
badulaque.
Ines. Para qué?
Benito. Ya lo sabrás.

[*Desprendiéndose del brazo de Ines.*]

Ahora no puedo.....
Ines. Te vas?
Benito. Es forzoso.
Ya nos veremos despues,
y no dudes, cara Ines,
que tu esposo.....
Mas ¡tú en un baile de máscaras!
Con qué objeto? con quién? Cáscaras!
Me horripilo.
Ines. Sigo tus pasos, aleve.
Benito. La disculpa es llana y breve.
Ines. Cocodrilo!
Benito. Pero es proceder ambiguo
el tuyo; y si yo averiguo.....
Ines. Me amenazas?
Benito. No, pero.....
Ines. ¡ Necia de mí,
necia!.... ¿Por qué no te di
calabazas?
Pero siga el regocijo;
que despues..... Sólo te exijo,
por ahora,
que á don Miguel no le digas
que me has visto, ni me sigas,
ni.....
Benito. [*Con ridícula gravedad.*]
Señora!....
Ines. Silencio y no hagas el bu.
Tienen más honra que tú
mis sandalias;
mas si mueves alboroto.....
Benito. Qué?
Ines. No echaré en saco roto
lo del *álias*.

[*Vase por el foro.*]

ESCENA VII.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO.
JUGADORES. MÁSCARAS.

Benito. No puedo seguirla ahora,
que el amo me espera allí.
Lupa. Maldito siete de bastos!
Hay suerte más infeliz?
Jug. 1.° [*Pagando.*]
Cuatro duros.
Maur. Cuatro.
Jug. 1.° Tres.
Jug. 4.° Mios.
Jug. 1.° Medio peso.
Higinia. Á mí.
Jug. 1.° Ahora, otro talla.

[*Cuenta el dinero.*]

Lupa. [*Al que tenga inmediato.*]
Me alegro;
que nunca da uno en el quid
con ese hombre.
Jug. 1.° Cuatro, seis,
ocho.....
Miguel. Yo tallo.
[*Llamando.*]
Fermin!
Lupa. Siempre echa la descargada.
Higinia. Vaya, señor de Solis;
no ha hecho usted mal su agostillo.
Lupa. (Que no fuera yo alguacil!)
Jug. 1.° Apénas me he desquitado
de lo que anoche perdí.

[*Levantándose y saludando.*]

Señoras mias..... Señores.....
(Cuánto primo hay en Madrid!)

[*Vase.*]

Jug. 5.° Tres onzas se me ha llevado!
Jug. 6.° Yo dejo sobre el tapiz
un empréstito de cinco:
dos pagas, Marzo y Abril.
Jug. 5.° Vámonos, porque si nó,
me voy á dejar aquí
la cera de los oidos.

[*Vase.*]

Jug. 6.° (Me va á arañar Beatriz.
Maldicion!....) Abur, señores.

[*Vase.*]

Miguel. No viene ese galopin?

ESCENA VIII.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO.
FERMIN. JUGADORES.

Fermin. Quién llama?
Miguel. Barajas, que estas
harto han dado ya de sí.

Policar. (Á fe que el nuevo banquero
es un mozo muy gentil.)

[*Además de los jugadores 1.°, 5.° y 6.°, se levantan algunos de los que no han hablado. D. Miguel ocupa el lugar del banquero, y D. Torcuato se apresura á sentarse á su lado por la derecha.*]

Gines. [*Rápidamente y al oido á Fermin.*]
De aquellas.....

Fermin. Ya estoy en autos.

[*Vase.*]

Maur. [*Á D. Torcuato.*]
Quisiera sentarme ahí,
si á usted le es indiferente.....

Torc. Ya me he sentado, y ni al Cid
en persona cedo yo
mi silla.

Maur. (El hombre es cerril.)
Soy punto fuerte, y usted.....

Torc. (Hum! ya te veo venir.)
Señor mio, cada cual
juega sus maravedís
cuando quiere y como quiere.

[*Siéntase D. Mauricio á la derecha de D. Torcuato y D. Gines ocupa en la misma direccion la silla inmediata.*]

Benito. [*Sentándose á la izquierda de D. Miguel.*]
(Hay capricho más pueril?
Pero, pues así lo quiere,
seamos su comodin.)

Fermin. [*Volviendo.*]
Las barajas.

[*Pone un paquete de ellas sobre la mesa.*]

Miguel. [*Dándole un doblon.*]
Casa y luces.
Lo que sobra, para ti.

ESCENA IX.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
BENITO. JUGADORES.

Miguel. [*Desenvolviendo las barajas.*]
¡Ea, á desbancarme pronto,
señores!

Benito. Salga á lucir
el fondo, y veré.....

Miguel. Se entiende.

[*Sacando dinero.*]

Ahí va. ¿Son grano de anis
seis onzas?

Benito. Valiente empeño!
¡gran batalla de Austerlitz
vamos á ganar! seis onzas!

Miguel. Si usted quiere poner mil,
es muy dueño de tallar.

Maur. Vendrá usted del Potosí
tal vez.....

Benito. No; de Andalucía.
Soy natural de Guadix.

Miguel. Ya se infiere.....

Benito. En fin, no quiero
la ruina de este país.
Talle usted sus seis oncejas;
pero le debo advertir
que como fiesta de pólvora
se irán, si me hace tilin
una sota.

Miguel. Caballero!....

Lupa. Déjele usté..... Eso es changüí.

Miguel. Otras hay, si estas se pierden.—
Quién corta?

Benito. Yo.

[*D. Miguel le acerca la baraja, corta Benito y aquel echa el albur.*]

Higinia. (Qué incivil!)

Jug. 2.° Al tres.

Lupa. Á ese cinco.

Maur. Al cinco.

Higinia. Al tres.

Miguel. Juego.

Benito. [*Poniendo una moneda.*]
Medio luis
de plata al cinco.

Miguel. ¿Es todo ese,
compadre, el tren de batir
con que usted me amenazó?
Yo esperaba un celemin
de onzas.....

Benito. Un poco de flema.
Yo no me caliento así
como quiera.

Miguel. Buen apunte!

Benito. Protesto del retintin.

Miguel. [*Con chunga.*]
Va dentro, ó fuera?

Benito. Mitad
y mitad.

Miguel. Ya; *mich* y *mich*.

Benito. Y fuera de doble: estamos?

Lupa. [*Á un jugador.*]
Hum, qué cócora!

Policar. [*Á otro.*] Qué ruin!

Miguel. [*Echando el gallo.*]
Juego.—Dos y rey.
Policar. Al dos.
Jug. 4.° Al rey.
Gines. Al dos.
Benito. [*Deteniendo la mano de D. Miguel cuando va á volver la baraja.*]
Alto ahí!
El medio luis va de *pároli*
contra el dos.
Miguel. Sí? ¡Qué feliz
ocurrencia!
Benito. Como mia.
Torc. (No hay fiesta sin arlequin.)
Miguel. Compadre, no bastará
el tratado de Baíls
para ajustar esa cuenta.
Benito. El que talla ha de servir
á todo el mundo.
Miguel. El que talla
sería cobarde y vil
si aguantase las sandeces
de cualquier chisgarabis.
Benito. [*Incorporándose.*]
¿Qué se entiende...
Maur. Eh! para broma
ya basta.
Benito. [*Alzando la voz.*]
No hay broma ni.....
Quiero jugar á mi gusto;
que no es condicion servil
la mia, y.....
Policar. Jesus!
Maur. Silencio!
Lupa. ¡Armar la de San Quintin
por nada!.....

[*Murmullo general.*]

Benito. Yo.....
Torc. (¿Qué garito
no suele acabar así?)
Miguel. [*Imponiendo silencio con sus ademanes y levantándose.*]
Hablemos claro. Si hay hambre
y apela usted á ese ardid
para *armarse*, ahí va un doblon,
y lárguese usted de aquí.
Benito. Usted me insulta!
Miguel. [*Cogiendo un candelero.*]
¿Le apago
esta vela en la nariz?
Benito. [*Cogiendo otro candelero.*]
Primero.....

[*Un jugador sujeta el brazo de Benito y D. Mauricio el de D. Miguel. Todos se levantan, ménos D. Torcuato. Algunas máscaras que llegan de distintos puntos aumentan el grupo y la confusion. Las mujeres chillan.*]

Higinia. Ay!
Policar. Por Dios!
Jugad.^s Señores!
Otros. Juicio!
Gines. Prudencia!
Lupa. [*Gritando.*] Fermin!
Maur. ¡Chito, que comprometemos
á doña Aldonza!
Gines. La lid
se aplace.....
Lupa. Mátense ustedes
donde no suene el violin;
que esto es una incongruencia.
Miguel. Conformes. Mañana.....
Benito. Sí.
Miguel. [*Dándole una tarjeta.*]
Mi nombre y mi casa.
Benito. Entiendo.
Miguel. Extramuros.....
Benito. Ya.
Miguel. Hay jardin.....
Benito. Mejor. Cuando al alba nueva
salude la codorniz,
nuestros plenipotenciarios
arreglarán el festin.
Miguel. Su gracia de usted?
Benito. (¿Qué nombre
fingiré yo?) En el dantzik
me he dejado las tarjetas,
que son de hermoso barniz.....
(Ah! el de Manila..... No temo
que me venga á desmentir.)
Mas lo diré verbalmente.
Me llamo Torcuato Ruiz.
Torc. (¿Qué oigo! ¡Vive Dios... ¡Un quídam
de tan grotesco perfil
llevar mi nombre!....)
Benito. [*Retirando su puesta.*]
Ahora bien,
retiro mi medio luis.
Torc. (Yo lo diré..... Mas guardemos
el incógnito hasta el fin.)
Benito. Lo dicho.
Miguel. Lo dicho.
Benito. Venga
esa mano varonil.

[*Se dan las manos.*]

Miguel. Hasta mañana.
Benito. Mañana
dejará usted de existir.
Miguel. Bah!

[*Se sienta, y asimismo los jugadores que se habian levantado. Las máscaras vuelven á su anterior movimiento.*]

Benito. [*Yéndose hácia el foro.*]
(No he salido del paso
tan mal como presumí.
Busquemos ahora á Ines;
que tengo el alma en un tris.)

ESCENA X.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. DON TORCUATO.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
JUGADORES.

Maur. Hola! pues parece jaque
el hidalgo guadijeño.
Miguel. No es para quitarme el sueño
un hombre de aquel empaque.
Gines. Será en todo fanfarron
como lo es en el dinero.
Miguel. Y si no, mañana espero
darle una buena leccion.
Lupa. Basta!....
Maur. } *Gines.* } Al juego!
Miguel. Bien decis.

[*Echando cartas.*]

Juego.
Higinia. Ha sido mucha audacia.....
Miguel. No tal. Á mí me ha hecho gracia
el hombre del medio luis.—
Rey.—Un duro.
Jug. 4.º [*Al de su lado.*] Ves? No falla.—
Á mí.
Maur. Como siempre dés
la descargada.....
Miguel. Ahora el tres,
y redondeo la talla.
Juego.
Lupa. (Me da cada brinco
el corazon.....)
Jug. 3.º Mucho tarda!
Lupa. Un cinco, ángel de la guarda!
Miguel. El tres.
Lupa. Ya; si iba yo al cinco!
Miguel. Medio.
Jug. 2.º Á mí.
Miguel. Peseta.
Higinia. Mia.
Miguel. [*Recogiendo las cartas y barajando.*]
Empezamos con buen pié.
Quién corta?
Gines. Yo cortaré.
Jug. 4.º [*Meditando.*]
Rey contra dos..... La judía!
Miguel. Corta.
Gines. [*Pulsando la baraja.*]
(Si aparece un as,
no estará el otro distante.)
Torc. (Mucho tecleas, tunante!)
Lupa. Otro cinco ó Barrabas!
Jug. 4.º Á la sota.
Jug. 2.º Al cinco.
Miguel. Juego.
Policar. Mi peseta..... No; iré al gallo.
Miguel. Norabuena.—As y caballo.

[*Doña Policarpa apunta al as.*]

Gines. Al as esa onza.
Miguel. Fuego!
Gines. Es mi carta favorita.
Maur. El caballo no es mi fuerte.

[*Poniendo un billete.*]

Juego al as: sigo tu suerte.
Tronemos en comandita.
Miguel. [*Abriendo el billete.*]
Mil?
Maur. Quinientos nada más.
Miguel. Pues los pierdes de seguro.
Lupa. Al caballo medio duro.
Miguel. [*En actitud de levantar la baraja. Don Torcuato le detiene.*]
Juego.
Torc. Alto!—Copado al as.

[*Saca una cartera y la coloca junto al naipe.*]

Maur. Buena salida de tono!
Miguel. Copado?
Torc. Pues ¡no que no!
Gines. [*En voz baja á D. Mauricio.*]
Este es más griego que yo.
Miguel. Pues si usted copa, yo abono.

[*Pone en la mesa el resto de su dinero, que consiste en un billete de banco y algunas onzas.*]

(Á quedar mondo y lirondo
quizá el orgullo me obliga.)
Torc. Permita usted que le diga
que no me basta ese fondo.
Miguel. Pues cuánto hay en la cartera?
Torc. Tres mil duros.

[*Abre la cartera y muestra los billetes á los circunstantes.*]

Higinia. (Es un creso!)
Miguel. Bien; no me apuro por eso.
(Ó soy ó no calavera.)

Mas acaso usted no me abra
crédito de tal cuantía
con la sola garantía
de mi nombre y mi palabra.

Torc. Sí. No es usted caballero?
No lo son estos señores?

Miguel. (Si pierdo..... Me dan sudores.)

Jug. 3.° Tres mil duros! Ya es dinero!

Gines. Pues señor, con esta fecha
me retiro.

[*Guarda su onza.*]

Maur. [*Retirando el billete.*]

Tambien sobro
yo. Aunque gane, ¿cuándo cobro
si copó el de la derecha?

[*Aparte con D. Gines.*]

Qué culebron!

Gines. Golpe en vago!

Torc. Ponga usted á la contraria,
si gusta; la suerte es varia,
y yo á todos cobro y pago.

Maur. No hay prisa: jugaré luégo.

Jug. 4.° [*Poniendo una moneda.*]

Al caballo.

Policar. (Por si peta,
dejo en el as mi peseta.)

Miguel. (Ea, pecho al agua!) Juego.

[*Vuelve la baraja, muestra la carta que está en puerta y la separa muy despacio de las demas brujuleando la pinta.*]

Rey en puerta, camaradas.

Torc. Ya tiembla el pulso?

Miguel. Eh! no tal.
(Pesa esta carta un quintal.)

Gines. [*Viendo la pinta.*]

Espadas.

Miguel. [*Acabando de descubrir la segunda carta.*]

El as de espadas!

[*Con risa forzada.*]

He tronado. (Oh cielo!) Abur!
(Se me pega la saliva.)
Retírense los de arriba:

[*Retiran sus puestas los que habian jugado al cinco y á la sota.*]

no hay fondo para el albur.

[*Á D. Torcuato.*]

Liquidemos, y mañana.....

Torc. Sí.

Miguel. (Desbancarme este tio!)

Torc. [*Cobrando las puestas del caballo y reuniéndolas al fondo.*]

Lo de la contraria es mio.

[*Dando su peseta á doña Policarpa.*]

Esta peseta no gana.

Policar. (Ruin!)

Lupa. (Rústico!)

Torc. [*Contando el dinero y tomando apuntes en su cartera.*]

En el tapete
hay: onzas,.... diez: tres doblones:
seis..... siete napoleones:
mil reales en un billete.
Sumemos.....

Miguel. (Fatal reves!).

Policar. (Hombre cicatero y vil!)

Torc. Total, reales cuatro mil
quinientos setenta y tres.
Vea usted.....

Miguel. Estoy conforme.

Torc. Hasta tres mil duros.....

Miguel. Bien.

Torc. Que tengo aquí de reten,
hay un déficit enorme.

Miguel. Ya sé.....

Torc. (Le pongo en un brete.)

Miguel. No esperaré al alguacil.....

Torc. Son cincuenta y cinco mil
cuatrocientos veintisiete.

[*Guarda el dinero y la cartera y se levanta.*]

Miguel. [*Levantándose y dándole otra tarjeta.*]

Basta. Honre usted, le suplico,
mi casa mañana.....

Torc. Sí;
allí tendré el gusto.....

Miguel. Allí
saldarémos ese pico.

Torc. Adios.

Miguel. Adios.

[*Vuelve á sentarse y se queda meditabundo.*]

Torc. (Sin camisa
se quedará y sin paredes
si el cielo.....) Saludo á ustedes.
(Ahora, traslado á Felisa.)

ESCENA XI.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA.
DOÑA POLICARPA. D. MIGUEL. D. MAURICIO.
D. GINES. JUGADORES.

Jug. 2.° Qué suerte de hombre!

Lupa. Sí, suerte!
Fullería, trapisonda.

Tiene una cara de cuco!....

Policar. Yo digo que es un idiota.

Lupa. Tres mil duros á una carta!
¡y cobrar á una señora
diez reales!

Policar. ¡Y no doblar
mi peseta! Ese hombre copa!

Maur. Y desbanca!

Higinia. Eh! vaya al diantre.....
Quién talla? Esto es lo que importa.

[*Un momento de silencio. Algunos jugadores se levantan y otros se van al salon de baile.*]

Nadie se anima?

Lupa. [*Tomando una baraja.*]
Si ustedes
apuntan con parsimonia,
yo tallaré.....

Jug. 2.° [*Levantándose.*]
Ya es muy tarde.

Jug. 3.° Y despues de una derrota
tan atroz ¿quién es el guapo
que compromete su bolsa?

[*Se levantan las señoras. Quedan sentados y en conversacion D. Miguel, D. Mauricio, D. Gines y otros dos jugadores. Otros tres forman de pié un corrillo.*]

Higinia. Vámonos pues al salon,
Policarpa.

[*Saludan y hablando entre sí desaparecen por el foro.*]

Policar. ¡Media onza
peseta á peseta!.... Higinia!
Si hoy no me da una congoja.....

Lupa. [*Yéndose tambien hácia el foro.*]
(Qué sino, qué sino tengo!
Me desquitaria ahora;
lo sé de fijo; ¡y me dejan
corrida como una mona!)

[*Al jugador 5.° que viene del salon.*]

Ha visto usted á mi chica?

Jug. 5.° Sí; bailando está la polca
con Urrutia.

[*Se incorpora á los del corrillo.*]

Lupa. (¡Ella bailando,
y yo bramando de cólera!
No, no; á casa! El arrapiezo!
la monuela! la mocosa!)

[*Se va refunfuñando.*]

ESCENA XII.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. JUGADORES. MÁSCARAS.

Maur. [*Aparte con D. Miguel y D. Gines.*]
Qué es eso, Miguel?

Miguel. Mauricio!....

Maur. Así tu ánimo se postra?
Qué diablo!.... Si pierdes hoy,
mañana será otra cosa.

Gines. En efecto; y tres mil duros
son para ti una bicoca.

Miguel. Pues ya!.... (Otro golpe como este,
y tendré que ir á la sopa.)

Maur. Á todo turbio correr,
apelemos á la boda.....

Miguel. (La boda!....)

Maur. Y sales de apuros
con el dote de la novia.

Miguel. Veremos.....

Maur. Hoy te has portado.

Miguel. Sí?

Gines. Te has colmado de gloria.

Maur. Impertérrito en el juego,
emprendedor con las mozas,
duelista..... Dame esos cinco.

[*Le aprieta la mano.*]

Miguel. Yo celebro.....

Maur. (Ni el de Coria!)

Gines. [*Apretándole la otra mano.*]
Ya eres del gremio.

Miguel. [*Con fatuidad.*] ¿De véras!
(Caro me cuesta el diploma!)

Maur. Yo te rindo el pabellon.

Gines. Contigo soy yo una monja.

Miguel. No sonrojeis á un recluta
que hasta el dia no blasona
sino de hazañas vulgares.
Pero, si el número me sopla,
quizá.....

Maur. Sepamos tu plan
para mañana.

[*Siguen hablando entre sí, y lo mismo los otros dos grupos.*]

ESCENA XIII.

FELISA. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. D. TORCUATO. JUGADORES. MÁSCARAS.

Felisa. [*Aparte con D. Torcuato.*]
Una broma
ligera. Yo no he tomado

parte activa en esta historia
todavía.

[*Mirando á la mesa.*]

Cómo! áun juegan!

Torc. No es para exponerse á otra
la leccion que ha recibido.

[*Siguen hablando aparte.*]

Miguel. (Qué idea tan luminosa!)

[*En alta voz. Todos prestan atencion.*]

Señores!

Felisa. Él habla. Oigamos.

Miguel. [*Á D. Mauricio y D. Gines.*]

Me vais á tejer coronas
de laurel. De hoy más, mi nombre
será famoso en Europa.

[*Levantándose. Los que están sentados hacen lo mismo, y se acercan á la mesa los que se habian apartado de ella.*]

Dos palabras, caballeros.
Mi señora doña Aldonza
da á palo seco sus bailes,
y esperar aquí la aurora
sin cenar, es bobería.
Ahora bien, si ustedes me honran,
para probar que la pérdida
de esta noche no me agobia,
yo hago el gasto para todos.

Maur. Viva esa firmeza estoica!

Miguel. Mas primero necesito
realizar á toda costa
algunos fondos.

[*Sacando el retrato de Felisa.*]

Señores!....
Rifo esta alhaja.

Jug. 4.° Á ver?.... Oiga!

Jug. 2.° Un retrato?

Felisa. [*Acercándose de puntillas y hablando aparte con D. Torcuato.*]

Ay Dios, el mio!

Maur. ¿El de la dama infanzona
que aspira á tu blanca mano!

Felisa. Oh accion indigna, alevosa!....

Torc. Calla.

Gines. ¿Qué haces, temerario!

Jug. 4.° Qué linda!

Maur. ¿Así te divorcias
de un pingüe dote.....

Miguel. Pues ¡qué!
¿no es mil veces más preciosa
mi libertad?

Jug. 3.° Es divina!

Maur. Poner en rifa á su novia!
Eres un héroe, y ni César,
ni Pirro, ni Epaminóndas
dieron (ah necio!) tan alto
asunto á bronces y trompas.

Miguel. Ea, á dos duros la carta!

Jug. 4.° Y ¿qué hacemos con la copia,
sin original?....

Miguel. El marco—
mirad!—es de oro y aljófar.

[*Siguen examinando el retrato con risa y algazara.*]

Felisa. Infame!..... No puedo más!

Torc. Aquí no estás bien ahora.
Vete. Yo rescataré
la prenda.

ESCENA XIV.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. DON TORCUATO. JUGADORES. MÁSCARAS.

Miguel. [*Poniendo el retrato sobre la mesa, tomando una baraja y presentándola en forma de abanico.*]

Vamos, ¿quién compra
cartas?

Gines. Vengan cinco.

[*Las toma á su eleccion y pone su importe sobre la mesa.*]

Torc. Vengan
todas las restantes.

[*Toma el resto de la baraja.*]

Maur. Hola!

Miguel. Cómo! ¿es usted.....

Torc. Sí, señor.

Miguel. Caballero..... Yo..... Me choca.....

Torc. Así será más sencilla
la operacion y más pronta.
Dando una á una las cartas
hay rifa para tres horas.

Miguel. Pero... (Es mi mal genio este hombre.)
Si usted se las lleva todas.....

Torc. Yo soy así....., codicioso,
y cuando próspero sopla
el viento de la fortuna,
nunca le vuelvo la proa.

Gines. Acaso este caballero
conocerá á la señora
cuya.....

Torc. No lo sé: áun no he visto
el retrato, ni me importa;
pero las rifas me tientan

y las pinturas me arroban.
Ea, tire usted; que es tarde
y se cerrarán las fondas.

Miguel. (Qué haré?)

Torc. Por vida del chápiro!....
¡Ocurrirle tan donosa
diablura, y faltarle aliento
para ponerla por obra!

Miguel. Señor mio!....

Maur. [*Al oido.*] No te piques;
que te hundirás si lo notan.

Torc. Ó no echarla de tronera,
ó serlo en debida forma:
ó servir á Dios, ó al diablo;
lo demas es ser hipócrita.

Gines. Bien dice! (Este tio..... impone.)

Miguel. Eh! ya basta de parola.
Yo nunca me vuelvo atras,
y si todos se conforman.....

Jugad.ˢ Por qué no?—Sí.

Miguel. [*Tomando otra baraja.*]
Barajemos.

Torc. Permita usted que ántes ponga
sobre la mesa el dinero.

[*Lo hace.*]

(Si con cinco cartas solas

[*Mostrando á D. Gines.*]

se lleva este hombre la alhaja,
será preciso que escoja
ó el oro de esta cartera,

[*La guarda.—Tentándose un bolsillo.*]

ó el plomo de esta pistola.)

Miguel. Al primer naipe?

Torc. Se entiende.
Á qué gastar ceremonias?

Miguel. Corte usted.

Torc. [*Lo hace.*] Corto.

Miguel. [*Volviendo la baraja, y presentando la primera carta.*]
El seis de oros.

Gines. [*Mirando sus cinco cartas.*]
No está aquí!

Torc. [*Arrebatando el retrato.*]
Mia es la joya!

[*Guardándolo.*]

Buenas noches, caballeros.

[*Yéndose.*]

(Oh gozo! oh ventura! oh gloria!)

ESCENA XV.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
JUGADORES. MÁSCARAS.

Maur. ¡Qué ufano va y qué contento
con su bella miniatura!

Miguel. (Y yo tengo calentura.)

Gines. Qué aire de remordimiento!

Miguel. [*Con risa forzada.*]
Yo!.... Quiá!

Maur. Damas cuantas quieras
te ha de valer este rasgo.
Amor es un lindo trasgo
que protege á los troneras.

Gines. ¿Conque son mil y seiscientos.....
Si se adopta la tarifa,
mañana te pongo en rifa,
iman de mis pensamientos.

Maur. Dejemos ya este episodio,
y á cenar!

Miguel. Dónde?

Gines. En Lardí?

[*Siguen hablando bajo. Aparece Felisa por la derecha.*]

ESCENA XVI.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. FELISA.
JUGADORES. MÁSCARAS.

Felisa. (Buen tutor! Todo lo oí.
Me salva! Es mi ángel custodio.
Mas aunque me riña luégo,
yo he de echar mi cuarto á espadas.)

Miguel. Ea, á cenar, camaradas!

Maur. Broma hasta el dia!

Felisa. (Yo llego.)
Chit!....

Gines. Hola! á quién? á mí?

Felisa. No.

Maur. Pues ¿á quién?

Felisa. Á don Miguel.

Maur. Lo dije!

Jug. 4.° Todas á él!

Gines. Otra diosa!....

Miguel. [*Con afectada indiferencia.*]
Un dominó!
Qué quieres, linda zagala?

Felisa. Hablarte en particular.

Miguel. [*Aparte con sus amigos.*]
La convidaré á cenar.

Maur. / *Gines.* Sí.

Miguel. Esperadme en esa sala.

[*Don Mauricio, D. Gines y los jugadores se retiran por la izquierda.*]

ESCENA XVII.

FELISA. D. MIGUEL. MÁSCARAS.

Miguel. Quién eres?
Felisa. Soy mensajera
de la dama del retrato,
y vengo á ver si rescato
á la pobre prisionera.
Miguel. (Cielos!) Yo... ¿Quién...
Felisa. Es crueldad
que una cara no muy fea
por tu ingratitud se vea
en el Monte de Piedad.
Miguel. Yo... El retrato...
Felisa. Ah! ¿ya confiesas...
Miguel. No.—En casa me lo dejé.
Felisa. ¿Y qué dirá, si lo ve,
la niña de las Salesas?
Miguel. Cómo!.. (Es bruja?) Tú... ¡Es posible...
Si eres.....
Felisa. Claro está.
Miguel. (Me abisma!)
Si eres la..... (Sudo!)
Felisa. La misma.
Miguel. (Oh rifa infausta y horrible!)
Perdona! Un bárbaro acceso
de incomprensible locura.....
Felisa. Cinco onzas, y en miniatura!
Pagada está con exceso.
Miguel. Ah! no con tono burlon
cuando tu piedad aguardo
aguces, mi bien, el dardo
que me rasga el corazon.
Arrepentido, confuso,
desolado.....
Felisa. (Así te quiero.)
Miguel. De aleve y mal caballero
ante tus plantas me acuso.
Felisa. Acusarte! ¿Así desmientes
tu bien adquirida fama?

[*Riéndose.*]

Ja, ja.....
Miguel. [*Desconcertado.*]
Pero.... esa soflama.....
Felisa. Menguado! Ya te arrepientes.....
Miguel. Yo.....
Felisa. Tronera vergonzante!
Miguel. Llevas careta, y no sé
cómo..... á quién.....
Felisa. Yo arrancaré
la que cubre tu semblante.
Delante de tus amigos
haré que tu afrenta llores.....
Miguel. Tente!...
Felisa. Diciendo:

[*Esforzando un poco la voz.*]

Señores!
sean ustedes testigos.....
Miguel. Por Cristo, baja la voz!
Me pones en un conflicto
si en son de público edicto.....
Mascarita, eres atroz!
Felisa. ¿Qué he de hacer con un proteo
que así provoca mi saña
desmintiendo la alta hazaña
que era mi mayor trofeo?
Miguel. Luego ¿no eres—pesia tal!
la del retrato?
Felisa. Ay de mí!
Pluguiera al cielo que sí!—
Soy víctima..... original.
Miguel. Pues ¿cuándo... Yo... ¿Qué interes...
Felisa. ¿No te dice el alma á voces
quién soy? ¿Ya no reconoces
á Adelaida la de Ucles?
Miguel. (Esta es otra!)
Felisa. Qué te pasma?
Miguel. Tú Adelaida?
Felisa. Yo que te hablo.
Miguel. (¿Habrá dado cuerpo el diablo
á mi fingido fantasma?)

[*Para sí, pero en alta voz.*]

Ah! ya caigo..... Sí, ella es.
Felisa. Quién?
Miguel. La mujer de Benito.
Felisa. Yo?
Miguel. Con tu broma estoy frito.
Dios te lo demande, Ines!
Felisa. Yo Ines! yo nombre del vulgo?
yo de un Benito, qué afrenta!
mujer....; mal digo; *parienta?*
Calla, calla, ó te excomulgo.
Miguel. Con efecto, eres más alta.....
tu voz tiene otro metal.....
¿Quién eres, mujer fatal!
Ya la bílis se me exalta.
La mano.....
Felisa. [*Quitándose el guante de la mano derecha y dándosela.*]
Mírala atento.
Con ella te di mi fe
cuando contigo salté
las paredes del convento.
Miguel. Este anillo.....
Felisa. Un testimonio
de tu amor.
Miguel. (Hum!) Sí...
Felisa. El de márras.
Miguel. Ya.
Felisa. El que tú me diste en arras
del pactado matrimonio.
Miguel. [*Entre dientes.*]
Vive Dios!....
Felisa. Eh? Niega pues
que soy.....
Miguel. Serás quien quisieres.

Felisa. [*Alzando la voz.*]

Caballeros!....

Miguel. Calla! Sí, eres
Adelaida la de Ucles.
Pero ¿á qué vienes aquí?

Felisa. Con un objeto muy santo.

Miguel. Qué objeto?

Felisa. Saber en cuánto
me vas á rifar á mí.

Miguel. Oh! al fin me haces estallar.
¿Á qué atormentarme así,
si ni tú á mí ni yo á ti
nos podemos engañar?
Acabemos! Yo he de ver
las armas con que me hieres;
yo quiero saber quién eres,
ángel, demonio ó mujer.

Felisa. Una criatura humana
que se interesa por ti.

Miguel. Me amas?

Felisa. Sí.

Miguel. Mucho?

Felisa. Así, así;
como amiga, como hermana.....
Más de lo que tú mereces.

Miguel. Pues bien, á tus piés me postro
y.....

Felisa. [*Deteniéndole.*]

Tente!

Miguel. Muéstrame el rostro:
te lo ruego una y mil veces.

Felisa. ¿No temes.....

Miguel. Nada me arredra.

Felisa. Sea. Ven hácia esta parte.

[*Se le lleva á los bastidores de la derecha, quedando Felisa de espaldas á los de la izquierda.*]

Miguel. Alza ya.....

Felisa. Vas á quedarte
como una estatua de piedra.
Nos ven?

Miguel. No; todos se han ido.
Vamos, mi ruego te venza.....

[*Felisa se quita la careta.*]

Ah!

[*Se queda estupefacto.*]

Felisa. Muérete de vergüenza,
si alguna vez la has tenido.

Miguel. Muerto soy! Perdon! piedad!....

Maur. [*Dentro.*]

Miguel!

Felisa. Silencio.

ESCENA XVIII.

FELISA. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. JUGADORES. MÁSCARAS.

Gines. ¡Áun los dos
aquí!

Miguel. [*Á Felisa en voz baja: ella se pone la careta.*]

Tápate por Dios!

Maur. Es mucha morosidad.

Gines. El hambre nos trae aquí.

Maur. Si te ha flechado esa bella,
tráela y cenemos con ella....,
ó cenarémos sin ti.

Felisa. [*Aparte con D. Miguel.*]

Pagado tengo el escote,
y bien pudiera.....

Miguel. [*En tono suplicante.*] Ah señora!....

Felisa. Mas no ceno yo á tal hora
ni entre tanto monigote.

Miguel. [*Á sus amigos.*]

Esta señora no cena:
ya os sigo...., con su permiso.

[*En voz baja.*]

Perdone usted..... Es preciso.....

Felisa. Vaya usted muy norabuena.

Miguel. Nos veremos? (Pierdo el juicio!)

Felisa. [*Desdeñosa y sentándose.*]

No sé. Adios.

Miguel. (Tanto desastre!)

Felisa. (Temo que al vicio le arrastre
la hipocresía del vicio.)

Maur. [*Aparte con D. Miguel, tomándole del brazo.*]

Qué tienes?

Miguel. (Noche infernal!)

[*Con risa forzada.*]

Nada!

Jugad.[s] Á cenar!

Felisa. (Insensato!)

Miguel. [*Siguiendo á los demas.*]

(Ay fatídico retrato!

[*Volviendo la vista hácia Felisa.*]

Ay divino original!)

ESCENA XIX.

FELISA. INES. MÁSCARAS.

Felisa. Pobre Miguel! Él es bueno,
pero el ejemplo maldito.....

[*Se quita la careta y se levanta.*]

Ines. [*Llegando por la derecha.*]

Aquí está.
Felisa. Ines! Y Benito?
Ines. Cantó lo suyo y lo ajeno.
Felisa. Pues ¿qué hay? Cuéntame...
Ines. [*Quitándose la careta.*] Mañana
se bate con don Miguel.
Felisa. ¿Cómo.....
Ines. Farsa...

[*Mirando al foro.*]

Ah! ¿no es aquel...
Sí, con una valenciana.....
¡Y me juraba de hinojos.....
Felisa. Ines!.... ¡Oye.....
Ines. Aleve! ingrato!
Vuelo..... Ahí está don Torcuato.—
Le voy á sacar los ojos.

ESCENA XX.

FELISA. D. TORCUATO. MÁSCARAS.

Felisa. Pobre chica!.... ¡Qué bribones
todos!
Torc. Aquí estabas!
Felisa. Sí.
Torc. ¡Y yo de aquí para allí
buscándote en los salones!
Felisa. Le vi, le hablé: estoy vengada.
Torc. Sí?
Felisa. ¡Cuál su tormento fué
cuando viva le mostré
á la que él rifó pintada!
Torc. Sabe ya quién eres?
Felisa. No,
ni lo ha de saber tampoco
hasta que le vuelva loco
la dama del dominó.
Torc. Yo (ay Dios!) que tu bien deseo
más que el mio...

[*Saca el retrato.*]

Felisa. Ah! Don Torcuato!
Torc. Vuelvo el cautivo retrato.....
Felisa. No! Guarde usted su trofeo.
Torc. Ah!.... Se hizo para Miguel,
y yo.....
Felisa. En buena mano está.
¡Usted no me venderá
como me ha vendido él!
Torc. No. Primero el corazon
me arrancarian.....
Felisa. Lo sé.
Torc. Y..... ¿Cómo debe mi fe
interpretar este don?
Felisa. Callar me manda el recato.
Torc. Podrá tan dulce favor
ser de pupila á tutor.....
Felisa. Ó de Felisa á Torcuato.

[*La música toca y desaparecen las máscaras.*]

Torc. Ah! muera á tus piés de gozo
quien.....
Felisa. [*Deteniéndole.*]

Quieto. Oye usted el son?
Bailemos un rigodon.
Torc. Sí, sí. Oh Dios! Hoy me remozo.—
Mas ¡tan linda criatura
con este rudo mastranzo!.....
Veinte años ha que no danzo.....
No; quita allá! qué locura!—
Con todo, estaré en un potro,
francamente te lo digo,
si tras no bailar conmigo,
te veo bailar con otro.
Felisa. No haré yo tal: Dios me guarde!
Torc. Mi bien!....
Felisa. Busquemos á Ines,
y volvámonos los tres
á la quinta; que ya es tarde.
Allí, si el cielo es propicio,
por el sistema homeopático
curarémos á un maniático
la hipocresía del vicio.

[*Vanse por el foro.*]

ACTO TERCERO.

Jardin en la quinta de D. Miguel. En el foro la fachada interior de la casa, con puerta grande dejando ver una parte del zaguan, á cuya opuesta extremidad se supone estar la puerta principal de la misma posesion. Encima de la que mira al jardin habrá un cuadrante. A la derecha del actor un pabellon, con puerta, que aparece cerrada: á la izquierda árboles: á cada lado un banco de piedra.

ESCENA I.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.

Miguel. ¿Conque el duelo es á pistola
y á veinte pasos?

[*Hace D. Mauricio una seña afirmativa.*]

Corriente.
Maur. Las armas están allí.

[*Sobre el banco de la derecha.*]

Mas tu enemigo no viene.
Su padrino y yo acordamos
que os mataseis á las nueve,
y ya el cuarto se aproxima
si aquella muestra no miente.
Gines. Quizá se habrá arrepentido.....
Maur. Por no quebrantar las leyes.....
Miguel. La del honor es primero.
Gines. Pero da un asco la muerte!....
Miguel. Áun vendrá. Siempre hay qué hacer
en momentos tan solemnes.
La última disposicion,
cartas.....
Gines. Y tú ¿no previenes.....
Miguel. Yo? nada. Ó muero ó le mato.
Si ha de ser feliz mi suerte,
excuso perder el tiempo
embadurnando papeles;
si está escrito que una bala
me ha de taladrar la frente,
abur! Tal dia hizo un año:
una vez sola se muere.
Quiero hasta el último instante
vivir tranquilo y alegre
y no compungir el alma
cuando el cuerpo no me duele.
Maur. [*Á D. Gines en voz baja.*]

Su serenidad me pasma.
Miguel. En este trance, creedme,
sólo una cosa me aflige.
Gines. ¿No tener aquí parientes
que te lloren.....
Miguel. Nada de eso.
Maur. ¿Que otro las gracias herede
de tu divina Adelaida?
Miguel. Tampoco.
Gines. Pues ¿qué te escuece?
Miguel. El chasco á que os exponeis
si mi adversario me vence.
No es nada! Estar convidados
á un opíparo banquete,
¡y haberlo de conmutar
por una misa de *réquiem!*
Gines. Bravo!
Maur. Feliz ocurrencia!

[*Don Miguel, talareando una cancion, abre la caja de las pistolas y las reconoce con afectada indolencia.*]

Gines. [*Aparte con D. Mauricio.*]

Cáspita! Te digo que este
recluta lleva camino
de ser pronto nuestro jefe.
Maur. [*Á D. Miguel.*]

Celebro tu sangre fria,
tu indiferencia.....
Gines. Alma fuerte!
Maur. Anoche al salir del baile
ibas algo intercadente.....
Miguel. Cavilaciones...., flaquezas....,
dejos del antiguo régimen.....
Pero en la cena ya visteis
que me porté como un héroe.
Gines. Cierto.
Miguel. (Ó dame más valor,
conciencia, ó no me atormentes.)
Maur. Pero ¿cuándo nos presentas
á tu ex-colegiala?
Miguel. En breve.
Hícela salir de casa
para que aquí no se encuentre
cuando en singular combate
con aquel hombre.....

[*Asoman por la puerta de la quinta Benito y D. Fabian.*]

Ahí le tienes.

ESCENA II.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO. D. FABIAN.

Benito. Muy buenos dias, señores.
Miguel. Bien venido.
Benito. Usted dispense
la tardanza. Tengo un sueño
muy pesado.

Maur. [*Aparte con D. Fabian.*]
¡Este hombre duerme
en vísperas de batirse!
Fabian. Le digo á usted que es un nene.....
Ya, ya!
Maur. Bien. Me felicito
de que mi ahijado tropiece
con un rival digno de él.
Benito. El señor don Fabian Perez,
mi camarada y padrino,
me ha puesto en antecedentes.
Cárguense pues las pistolas,
y al avío!; que se pierde
el tiempo.

[*D. Mauricio y D. Fabian cargan las pistolas.*]

Gines. Yo sobro aquí.....
Miguel. Tú á distancia competente
observarás.
Gines. Está bien.

[*Se pasea por detras de los otros interlocutores.*]

Benito. [*Aparte con D. Miguel.*]
¿Conque al principio muy terne.....
Miguel. Sí.
Benito. Y en el momento crítico.....
Miguel. Pues.
Benito. Entono el *miserere.*

Maur. [*Á Benito, presentando las pistolas.*]
Ya están las armas cargadas.
Tome usted.....
Benito. [*Á D. Miguel.*] La que usted deje.

Miguel. [*Tomando una con la cabeza vuelta á otro lado.*]
Cualquiera.

Benito. [*Tomando la otra.*]
Esta yo. No quita
lo cortés á lo valiente.
Y para probar á usted
que el rencor no tiene albergue
en mi noble corazon,
si de véras se arrepiente
y canta una palinodia
capaz de satisfacerme.....
Miguel. Palinodia? Voto á briós!....
Benito. Bien, bien. Conque erre que erre?
Muy buen provecho.—Le mato
como cinco y dos son siete.
Miguel. Eso ¿es caridad...., ó miedo?
Benito. Miedo? Hum!.. Yo...

Torc. [*Apareciendo por la puerta del foro.*]
Dios guarde á ustedes.

ESCENA III.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. DON TORCUATO. BENITO. D. FABIAN.

Miguel. Quién llega? (Otra vez ese hombre!)
Aquí usted! Esta visita.....
Torc. Me asombra el que usted se asombre.
¿Ha olvidado usted la cita.....
Miguel. Pero á tal hora, no creo
que, fuera del aguador,
nadie.....
Torc. No obstante, yo veo
que es usted madrugador.
Miguel. Es que hoy llamándome está
un negocio de más bulto.
Torc. Para usted, así será;
para mí, lo dificulto.—
Ah! entiendo. Estamos seguros?
Maur. Quieren ventilar á solas.....
Torc. Ya, ya: un jardin extramuros....,
padrinos...., sendas pistolas.....
Benito. Mi noble competidor,
franco, galante, espontáneo,
me concede el alto honor
de hacerle añicos el cráneo.
Torc. ¿Usted..... Ya caigo: el de ayer.
Benito. La vida tiene en un tris.
Torc. Mucho me alegro de ver
al hombre del medio luis.
Miguel. Ya ve usted que lo primero
es despachar nuestro asunto,
porque ningun caballero
transige sobre este punto.
El honor nos compromete.....
Torc. Tambien manda á un hijo de Eva
que cumpla lo que promete
y que pague lo que deba.
Miguel. Señor mio!
Torc. Si le ofendo,
perdone usted; mas su arraigo.....
Miguel. Yo nunca me desentiendo
de las deudas que contraigo.
Torc. Bien! Sin embargo, de algunas
que no llegan á mil reales
prescinden por importunas
los sujetos principales.
Si usted dijese: «Me enfada,
siendo caudal tan exiguo,
dar cada mes su soldada
á un criado fiel y antiguo,

y el precio me pide en vano
de materiales y hechuras
un laborioso artesano
padre de seis criaturas»;
de tan desdeñoso olvido
no me admiraria yo;
que eso y más es permitido
á los hombres *comme il faut*.

Miguel. Usted me injuria!

Torc. No á fe:
en la práctica me fundo.
Aquí donde usted me ve,
yo soy un hombre de mundo.
No soy tronera de ayer,
y con los años que cuento
¿podria yo no tener
en la uña el reglamento?

[*Á D. Mauricio.*]

Usted, de cuya alma grande
no dudo...

Maur. Eh!... yo...

Torc. Sin lisonja.
Dígale usted que no se ande
en escrúpulos de monja.

Miguel. Ser tramposo es vicio feo,
y yo jamás.....

Torc. [*Á D. Mauricio.*]

Qué pacato!
Lástima me da.

[*Á D. Miguel.*]

Ya veo
que áun es usted muy novato.

Miguel. ¡Cómo.....

Torc. Sea usted mi amigo,
cesen nuestras disensiones,
y desde ahora me obligo
á darle algunas lecciones.

Miguel. Entienda usted, caballero,
que yo (de ira me ahogo)
ni para amigo le quiero
ni le sufro pedagogo.

Torc. Bien, por eso no me aflijo.
Mas mi crédito no es chanza.....

Miguel. Quién dice tal?

Torc. Y yo exijo
que hoy.....

Miguel. Esa desconfianza.....

Torc. No va contra la opinion
de usted.

Gines. [*Aparte á D. Mauricio.*]

Le frie!

Miguel. (Yo sudo!)

Torc. Usted habrá hecho intencion
de pagarme; no lo dudo;
pero pendiente le miro
de un duelo, y ante un atleta
capaz de plantar un tiro
en el diurno planeta.

Benito. Yo..... (Qué cara de *gendarme!*)

Torc. Ahora bien, será un mal rato
para mí que sin pagarme
muera usted *ab intestato*.
Vírgen santa! interceded
por su vida hasta que pueda.....

Miguel. Gracias. No le pago á usted.....

Torc. Cómo!....

Miguel. En la misma moneda.

Torc. Negar deuda tan sagrada.....

Miguel. No queria decir eso,
sino que usted se persuada
del odio que le profeso.

Torc. De véras? Vaya por Dios!
Yo celebro la franqueza.....

Miguel. Y es preciso que los dos
nos rompamos la cabeza.

Torc. Yo no alcanzo.....

Miguel. Usted me amarga
la vida.....

Torc. Yo!

Miguel. Sí, señor,
y me fastidia, y me carga.

Torc. [*Á los circunstantes.*]

Es claro: soy su acreedor!

Miguel. No es eso lo que me abrasa,
sino..... (El retrato! oh tormento!)
Á tener fondos en casa
yo pagaria al momento.

Torc. Pues bien, haremos un pacto.....
Soy yo algun israelita?
Si usted no puede en el acto
solventar mi cuentecita,
firma usted un pagaré.....

Maur. [*Aparte á D. Miguel.*]

Pues te habla con buenos modos,
cede.....

Torc. Á treinta dias, eh?....
Ó á ciento, y Cristo con todos.

Miguel. Con tres tengo suficiente.

Torc. Bien: yo soy de buena pasta.....

Miguel. (Tiene este hombre un ascendiente
que me exaspera y me aplasta.)

[*Dejando la pistola en el banco.*]

Para que no haya disputa,
diga usted la suma. ¿Son.....

Torc. [*Sacando la cartera y arrancando una hoja.*]

Aquí tengo la minuta.

Miguel. [*Arrebatándosela.*]

Venga.

Torc. Reales de vellon.....

Miguel. Bien, basta. Y ¿qué nombre escribo?

Torc. No hace al caso.....

Miguel. Eh?

Torc. No, señor.
Extienda usted un recibo
anónimo....; al portador.

Fabian. [*Aparte con Benito.*]
Calla su nombre!
Benito. Es mal bicho!
Miguel. Voy al punto.....
Torc. (Mentecato!)
Miguel. Y en seguida.....
Torc. Qué?
Miguel. Lo dicho:
me mata usted, ó le mato.

[*Entra en la quinta.*]

ESCENA IV.

D. TORCUATO. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO. D. FABIAN.

Torc. Siento haber interrumpido
la inocente diversion
que ustedes se proponian;
mas bien puedo suplir yo
la ausencia de don Miguel.
Benito. ¿Qué oigo!
Maur. ¡Cómo.....
Torc. Tambien soy
acreedor de este individuo.
Benito. Mio? Por qué?
Torc. Sí, señor.
Benito. Yo no le debo á usted nada:
no hay ninguna conexion
entre nosotros.
Torc. Sí tal.
Benito. ¿Cuándo.....
Torc. Desde anoche á hoy.
Benito. No comprendo...
Torc. Usted me ha herido....
Benito. Yo á usted! ¿Dónde...
Torc. En el honor.
Anoche nos dijo usted
con tono de hombre de pro
que se llamaba.....
Benito. (Ay! yo tiemblo.)
Torc. Torcuato Ruiz.
Benito. (Santo Dios!)
Sí, yo dije.....
Torc. Y miente usted.
Benito. ¡Cómo.....
Gines. Eh?
Benito. (¿Quién le reveló.....)
Torc. Ese nombre no es el suyo.
Benito. Perdone usted..... Mi padron.....
Mi..... Pues. Mi fe de bautismo.....
Maur. [*Á D. Fabian.*]
Ó ese hombre es un impostor,
ó no debe tolerar
un insulto tan atroz.
Fabian. Si mi ahijado.....
Maur. Y ya es forzoso
que en esta nueva cuestion
intervengamos.
Fabian. Es cierto.
Benito. Usted está en un error,
caballero. ¿En qué se funda
usted para.....
Torc. Voto á briós!
En que ese nombre es el mio.
Benito. (El indiano! Muerto soy!)
Maur. [*Aparte con D. Gines.*]
Aquí hay maraña.
Gines. Sí.
Benito. (Hagamos
de las tripas corazon.)
Quiere decir que seremos
tocayos.
Torc. No.
Benito. Pero.....
Torc. No!
Yo no puedo ser tocayo,
ni áun prójimo, de un bribon.
Benito. Bribon! Usted exagera.....
Torc. Esta pistola.....

[*Toma la que dejó D. Miguel.*]

Benito. (Es feroz!)
Valga la verdad, señores.
Por razones que no son
de este lugar, habrá un año
me refugié en Perigord.....
(Yo no sé lo que me digo.)
De allí pasé á Dusseldorf.....
Torc. Al grano.
Benito. Ayer regresé
de las márgenes del Po.....
Torc. Adelante.
Benito. Y conviniéndome
hasta mejor ocasion
ocultar mi propio nombre,
tomé..... el que ántes me ocurrió.
Torc. Bien está. Tras del bautismo
viene la confirmacion,
y esta pistola será.....
Benito. (Mi última hora llegó!)
Torc. [*Á los circunstantes.*]
Me parece que hay motivo.....
Maur. Está muy puesto en razon.
Benito. (Y no viene don Miguel!)
Torc. Á diez pasos..... Eh?
Benito. (Qué horror!)
Maur. Contemos.....

[*Empieza á medir pasos de derecha á izquierda.*]

Benito. Es excusado.
Yo no me bato; no estoy
tan desesperado.
Torc. Infame!....
(Pobre mozo!)
Benito. Harto veloz

es la muerte sin llamarla
fuera de tiempo y sazon.

[*Deja la pistola sobre un banco.*]

Torc. Cómo! Eso hace un caballero?
Benito. Sabe usted si yo lo soy?
Maur. [*Riéndose.*]
Es graciosa la aventura.
Torc. ¿Y no habrá satisfaccion
á mi injuria! Por lo ménos
una oreja de las dos.....
Benito. [*Corriendo.*]
Huyamos.....
Torc. Quieto ó disparo!
Benito. [*Cayendo de rodillas.*]
Misericordia! perdon!
Fabian. Que esto haga un ahijado mio!
Me voy, señores, me voy.....
(y me ahorraré una paliza.)
Qué vergüenza! qué rubor!

ESCENA V.

D. TORCUATO. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO.

Torc. Habla!
Benito. Yo..... Todo es tramoya.
Una especie de *tableau*....,
una..... Yo soy.....
Torc. Desdichado!
Benito. Mi amo.....

[*Aparece D. Miguel en la puerta de la quinta con un papel en la mano.*]

ESCENA VI.

D. TORCUATO. BENITO. D. MAURICIO. D. GINES. D. MIGUEL.

Miguel. (¡Maldito borron,
que me ha obligado.....) ¿Qué veo!
Benito. [*Viendo á su amo y levantándose.*]
Él es! Silencio, por Dios!

[*Huye por la arboleda de la izquierda.*]

ESCENA VII.

D. TORCUATO. D. MAURICIO. D. GINES. D. MIGUEL.

Miguel. Huye como un foragido!
Gines. [*Con soflama.*]
Bravo!
Miguel. Eh?
Maur. Una palma!
Gines. Un laurel!
Maur. Victoria por don Miguel!
Miguel. (Aquel tuno me ha vendido.)
Caballeros.....
Maur. Vaya un lance!
Gines. Donoso!
Maur. Particular!
Torc. ¡Y digno de figurar
en gacetilla ó romance!
Miguel. Eh! basta. Sus comentarios
sufriré; los de usted, no.
Torc. Mucho sentiria yo
hacer juicios temerarios.....
Miguel. Si, por capricho ó por chanza,
á dos íntimos amigos
he querido hacer testigos
de una supuesta venganza,
corazon me sobra y hiel
y brazo y rostro sereno
para hacer con usted bueno
lo que fingí con aquel.
Tome usted pues su recibo,

[*Lo guarda D. Torcuato, y D. Miguel toma la pistola que dejó Benito.*]

y ¡vamos.....
Torc. Hombre de Dios!....
Yo.....
Miguel. Presto! Uno de los dos
no ha de salir de aquí vivo.
Torc. Qué! ¿no habrá algun protocolo
que nos componga.., algun medio..;
que á mí no me causa tedio
la vida.
Miguel. Uno hay, uno sólo.
Volverme la miniatura.....
Torc. La de la rifa? Es tan bella!....
Miguel. Y pídame usted por ella
cuanto quisiere.
Torc. Locura!

[*Con la mano sobre el corazon.*]

Aquí está.
Miguel. Cómo!....
Torc. Sí tal;
duplicada.
Miguel. ¿Quién creyera.....
Torc. Sí; la imágen por de fuera
y dentro el original.
Miguel. Usted la ama!
Torc. Oh! la idolatro.
Miguel. Tambien mi rival? Oh cielos!
Mi furia inflaman los celos.
Maur. [*Aparte á D. Gines.*]
Habrá aquí tambien..... teátro?
Miguel. Matémonos.....
Torc. Qué diablura!
Mire usted.....
Miguel. No miro nada.
Torc. Armas?
Miguel. Esa está cargada
y esta tambien.
Torc. Criatura!....

¿Ha tirado usted al blanco
alguna vez?

Miguel. No, señor;
pero.....

Torc. Yo soy tirador:
se lo advierto á usted.

Gines. Es franco.

Torc. El partido no es igual.
Nadie autorizar querria
semejante alevosía.

Maur. De ningun modo.

Gines. No tal.

Miguel. Á tres pasos, á uno quiero
dar ó recibir la muerte.

Torc. Pero.....

Miguel. Decida la suerte
quién ha de tirar primero.

Torc. Tan ciega y feroz venganza
nuestro siglo no consiente,
y sólo es buen expediente
para los duelos..... de chanza.
Yo sé que el tiro no yerro
y matar no quiero á un loco,
pero no quiero tampoco
que me maten como á un perro.

Miguel. Pues bien, consiento en batirme
como usted guste, y espero
que aquel será más certero
cuyo pulso esté más firme.

Torc. Al mio ninguno iguala.

[*Mirando á la fachada de la quinta.*]

Un cuadrante en la pared.....

[*Á D. Mauricio.*]

La hora que me diga usted
marcaré con una bala.

Maur. Hola!....

Torc. Diga usted.

Gines. Me admiro.....

Maur. Sea pues..... la una.

Torc. Apunto.

[*Aparece Ines por la puerta de la quinta, con el vestido que se probó en el acto primero.*]

Ines. Voy.....

[*Dispara D. Torcuato, y queda taladrado el número uno del cuadrante.*]

Cielos!

[*Da algunos pasos hasta caer desmayada en el banco más inmediato.*]

Maur. La una en punto!

Ines. Socorro!

Todos. Una dama!

[*Acuden á sostener á Ines.*]

Benito. [*Apareciendo por entre los árboles.*]

Un tiro!

ESCENA VIII.

INES. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO.

Miguel. (Es Ines!)

Torc. Agua!

Gines. Está herida?

Maur. No. El tiro dió en el cuadrante.

Benito. [*Adelantándose un poco.*]

(Una mujer! No distingo.....
¿Será..... oh Dios!)

Maur. [*Tomando el abanico que dejó caer Ines al desmayarse.*]

Le haremos aire.

[*Abanicándola.*]

Señora!....

Gines. Es la colegiala?

Miguel. (¡Mal haya.....) Sí.

Torc. (Botarate!)

Maur. Es deliciosa!

Gines. Divina!

Benito. [*Acercándose más.*]

(Tiemblo... Ella es!)

[*Dando un grito y acercándose al banco.*]

Vírgen del Cármen!

Miguel. Quién llega? (Benito!)

Benito. Ines!
Bien mio!

Miguel. (Eh! ya ha dado al traste
con todo.)

Maur. [*Á D. Gines con malicia.*]

Ines?

Benito. Dulce esposa!

Gines. [*Soltando la carcajada y tambien don Mauricio.*]

Su esposa!

[*Llega un criado con agua.*]

Miguel. [*Á Benito en voz baja.*]

Traidor! tunante!

Benito. Señor!.... Ver esto, y callar,
no lo hace un caribe, un cafre.
Quién te ha muerto, prenda amada?
Inesita mia!....

Miguel. Apártate!
No está herida.

Ines. Ay!....

Torc. Ya respira.

[*Toma un vaso de los que ha traido el criado, da de beber á Ines, lo vuelve á la bandeja, y el criado, despedido por una seña, se retira.*]

Venga.....

Miguel. [*Aparte á Benito, dándole un empellon.*]

Me has perdido, infame!

Ines. [*Incorporándose.*]

Dónde estoy?.....

Benito. [*Entre temeroso y enternecido.*]

Ines!

Ines. [*Sin reflexionar.*] Benito!
(Ah! don Miguel..... Qué percance!
Recobrémonos.)

[*Levantándose.*]

Señores....,
gracias por tantas bondades.
Aquella explosion..... Los nervios...
Soy delicada, soy frágil.....
Mas ya estoy restablecida.

[*Mirando á D. Miguel.*]

(Hum, qué cara de vinagre!)

Gines. Mucho celebro, Inesita.....

Maur. Inesita? Disparate!
Esta es la linda Adelaida.....

Gines. Sí, la de Ucles!

Miguel. (¡Y no se abre
la tierra!....)

Maur. La hija adoptiva
de san Francisco de Sáles.

Gines. Trasportada entre los brazos
de otro Tenorio á este valle
de pecados y miserias.

Ines. Caballeros!....

Maur. Y ¿quién sabe
si de otro Comendador
insultó la fria imágen,
y en nuevo festin horrible
como el de márras.....

Miguel. Dejadme
en paz.

Maur. Sonará otro coro
de réprobos que le cante:
«¡No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague!»

Miguel. Os he burlado. Esta niña.....

Ines. No concluya usted la frase.
Yo explicaré la charada
si estos *leones* con fraque
me lo permiten.—Señores,
don Miguelito es el diantre.

Miguel. (Qué dirá?)

Ines. Por un momento
ha querido chancearse
con ustedes; pero el chasco
no es, á fe mia, tan grave
como ustedes lo imaginan,
pues su objeto es prepararles
por este inocente medio
una sorpresa agradable.

Gines. ¡Cómo...

Benito. (¿Qué dice!)

Miguel. (¿Qué intenta!)

Ines. No está bien que yo me alabe,
pero creo que esta cara
no es del todo despreciable.

Gines. Qué ha de ser? Hum!...

Benito. (Coquetuela!
Me están temblando las carnes.)

Ines. El nombre no hace á la cara;
verdad?, ni el hábito al fraile.

Maur. Ella en efecto es muy bella,
y que Adelaida se llame
ó Ines ¿qué importa?

Benito. Es que yo.....

Miguel. Cállate tú!

Gines. Por mi parte,
la hubiera aceptado á usted
sin vacilar un instante
para reina del banquete.

Ines. Gracias.

Benito. (Cómo se relame!)

Maur. Y yo tambien.

Ines. Muchas gracias:
son ustedes muy galantes.

Maur. Y usted ¿no aprueba.....

Torc. Reservo
mi voto. Yo no soy nadie
aquí. El señor don Miguel
no ha querido convidarme.....

Miguel. [*Entre dientes.*]

Con rejalgar!

Torc. ¡Fiero gesto
me pone! Espero, no obstante,
que hemos de ser muy amigos.

Miguel. Hum!.... jamás.

Ines. Ustedes me hacen
un honor que no merezco;
pero tiene más quilates
el gusto de don Miguel.
¿Qué es entre oscuros celajes
tibia luna, comparada
con el astro rutilante
que da fragancia á las flores
y regocijo á las aves?
Precursora soy de un ídolo
más digno de sus altares.

Miguel. [*En voz baja.*]

Qué dices! ¿De dónde ó cómo.....

Ines. Otra, que no yo, es el ángel
de este paraíso. Yo,
tosca piedra en rico engaste;—
que á brazo partido riñen
mi condicion y mi traje,
pues soy portera de oficio
y señorita de lance;—
resignada con mi suerte
y contenta con mi clase,
desciendo del alto trono

á que quisieron alzarme,

[*Tomando el brazo á Benito.*]

y á mi cochitril me vuelvo
con este mochuelo al márgen.

Benito. Cara Ines!.... Pero el apodo.....

Ines. [*En voz baja.*]

Peor le mereces, bergante.

[*En alta voz y soltando el brazo de Benito.*]

Venid pues, señora mia.
¿Cómo amanece tan tarde
la aurora?

[*Se siente abrir la puerta del pabellon.*]

Mas ya sus dedos
de rosas y nardos abren
el camarin oriental.....

[*Sale Felisa del pabellon vestida con riqueza y elegancia y cubierta con un velo blanco: majestuosamente se dirige al centro del tablado, quedando á su derecha D. Torcuato y á su izquierda D. Miguel.*]

Gines. Otra!
Maur. ¿Quién...
Miguel. (¡Cómo...)
Ines. Ella es. Salve!

ESCENA IX.

FELISA. INES. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO.

Felisa. (Conmovida estoy.)
Benito. [*A Ines.*] Qué es esto?
Gines. Veamos la cara.
Maur. Que hable!
Felisa. Ya que esa jóven amable
quiere que ocupe su puesto,
con harta desconfianza
lo haré; que al suplir la suya,
quizá mi cara destruya
alguna dulce esperanza.
Miguel. (Su voz.... Qué me anuncia el alma?
Temo....)
Felisa. Si soy tan fatal,
que á mi donosa rival
disputo en vano la palma;
si cuando el velo me quite,
quizá para mi mancilla,
el amor propio se humilla
del que en su casa me admite;
si sus amigos, en fin,
burlados en la consigna,
no me consideran digna
de reinar en el festin;
al ménos en la humildad
con que mi sentencia espero,
dar un testimonio quiero
de mi buena voluntad;
al ménos podrá decir
don Miguel: «Buenas ó malas,
porteras ó colegialas,
tengo dos en que elegir»;
y si triunfa otra princesa
y yo quedo destronada,
recogeré resignada
las migajas de la mesa.

Gines. [*Aparte á D. Mauricio.*]

Tendrémos otra engañifa?....

Miguel. Señora!....
Felisa. Alzo pues el velo.

[*Se descubre.*]

Miguel. Ah!
Gines. La del retrato!
Miguel. Oh cielo!

Benito. [*Á Ines.*]

¿Quién.....
Ines. Calla!
Maur. La de la rifa!
Miguel. Ángel mio! Yo me postro.....
á tus piés.....

Felisa. [*Deteniéndole.*]

No lo permito.
Miguel. El perdon de mi delito
leo en tu divino rostro.
Felisa. Sí, señor; Dios me lo manda;
que al fin como otro cualquiera
es prójimo un calavera
y mi condicion muy blanda.
Miguel. Ah! ¿Y tan dichoso soy yo
que, á pesar de que la injurio,
honra usted este tugurio.....
y mi mesa.....
Felisa. Por qué no?

Maur. [*Aparte con D. Gines.*]

¿Qué opinas tú.....
Gines. Es singular.....
Felisa. Debo suponer, y espero
que tan fino caballero
me dará bien de almorzar.
Miguel. Si hay aquí alguna asechanza,
alguna burla traidora,
confiéseme usted, señora,
que es muy cruel su venganza.
Felisa. No, que el cubierto de Ines
acepto con mucho gusto.
Ines. Y yo á servirla me ajusto
con noble desinteres.
Felisa. Haré más.
Benito. (Qué desenfado!)
Felisa. Si no le incomoda á usté.....
Miguel. ¡Jesus.....
Felisa. Le presentaré
de mi parte un convidado.

Miguel. Traiga usted al orbe entero.
Todo lo pongo á esos piés,
hacienda, vida..... ¿Quién es,
señora.....

Felisa. [*Mostrando á D. Torcuato.*]

Este caballero.

Miguel. Él!

Maur. Bien por Dios!

Miguel. Ese impío!
Me es muy duro, á la verdad,
contrariar la voluntad
de quien reina en mi albedrío;
pero ese hombre...

Felisa. Eh?

Miguel. No ha lugar.—
Perdone usted!....

Felisa. Qué galante!

Miguel. ¿Sabe usted que hace un instante
nos íbamos á matar?
¿Sabe usted— sangre! exterminio!—
que el retrato.....

Felisa. Lo sé todo.
Ya es suyo, y en cierto modo
estoy bajo su dominio.

Miguel. Señora!.... Yo..... Suerte ingrata!

Maur. [*Aparte con D. Gines.*]

Bien dije que habia duende.....

Felisa. Si perdono á quien me vende,
qué haré con quien me rescata?

Miguel. Perdon! piedad! En mal hora.....

Benito. [*Á Ines.*]

Cómo saldrá de esta red?

Miguel. ¿Ha de responder usted
de mis locuras, señora?

Felisa. Yo.....

Miguel. La posesion, casual,
de un retrato en miniatura
¿da derecho por ventura
á la del original?

Felisa. No siempre: hoy sí.

Miguel. ¡Es fuerte cosa...
Habla usted.....

Ines. (Ahora le clava.)

Miguel. Como si fuese su esclava.

Felisa. Poco ménos. Soy su esposa.

Maur. Calle!

Miguel. Oh Dios!

Benito. Ahora comprendo...

Miguel. ¿Y así, con esa frescura
lo dice usted! Oh tortura!

[*Á D. Torcuato.*]

Es cierto?

Torc. Sí.

Miguel. Esto es horrendo!
¿Conque no sólo la imágen
me usurpa, oh Dios verdadero!
sino tambien..... No! Primero
consentiré que me sajen.

Felisa. Ba! ¿está usted dado al demonio,
don Miguel?

Miguel. Creo que sí.

Felisa. ¿Se rompe así como así
el yugo del matrimonio?

Miguel. Oh! pese al marido, al suegro,
al cura y al sacristan,
siempre con el mismo afan
la amaré á usted.

Felisa. Sí? Me alegro.

Miguel. [*Con fatuidad.*]

¡Cómo..... ¿Usted... Dios infinito!...
¿De véras.....

Felisa. Sí.

Miguel. ¿Conque...

Felisa. Amén.
¿Cómo no, si yo tambien
le quiero á usted.....

Miguel. Sí?

Felisa. Un poquito.

Miguel. [*Receloso.*]

Pero otro es dueño... Y yo... Cuando...

Felisa. Mi marido no se agravia.....

Miguel. [*Con irreflexion.*]

No? Bravo!

Maur. [*Aparte á D. Gines.*]

Ó yo estoy en babia,
ó le están *mistificando*.

Miguel. Si lo sufre el..... agraciado,
por mí.....

Torc. No soy egoista.
Yo.....

Miguel. Aplaudo!

[*Á D. Mauricio á media voz.*]

Uno más en lista.
Magnífico!

Torc. [*Con indignacion.*]

Excomulgado!

Miguel. Qué oigo!

Torc. Ya te conducia
al puerto de salvacion
la voz de tu corazon,
sano quizá todavía;
y otra vez, culpable error!
vuelve á tus ojos la venda
que te aparta de la senda
de la virtud y el honor;
y con necio fanatismo
torpeza á torpeza añades,
é hipócrita de maldades
te calumnias á ti mismo.
¿Qué has visto en mí que confirme
tu audacia? Pesia Luzbel!,
¿cuadra á mi rostro el papel
que osabas atribuirme?
Y al ver, oh Dios! el encanto
de criatura tan bella,

¿qué puedes inferir de ella
que no sea noble y santo?
Con inocente misterio
á prueba puso, es verdad,
tu insolente vanidad
y tu menguado criterio;
pero ¿tanto perturbó
tu cerebro Belcebú,
ó tan reñido estás tú
con las gentes de honra y pro,
que ya aspirar no te es dado,
envilecido y abyecto,
á merecer un afecto
puro y desinteresado?

Miguel. Hombre á quien ya reverencio,
por más que á mi orgullo pese,
quién eres?

Benito. [*Á Ines aparte.*]
Si yo dijese
una palabra.....

Ines. Silencio!

Torc. Si la pretendida gloria
que te lleva al precipicio,
sobre trastornarte el juicio
te ha embargado la memoria,
de ti ya no espero nada,
ni diré que te extravía
vergonzosa hipocresía,
sino maldad declarada.

Miguel. ¡Qué luz... Oh Dios! Sólo un hombre
tiene para hablarme así
derecho.

Benito. [*Sin poderse contener.*].
Ánimo!

Miguel. Él es, sí!
Don Torcuato!

Torc. Ese es mi nombre,—
con licencia de Benito.

Miguel. [*En ademan de querer arrodillarse.*]
Ah, señor!

Torc. [*Deteniéndole.*] Quieto!

Miguel. Perdon!.....
Pero ella..... Ah! mi corazon.....

Felisa. No te engaña. Oye su grito!

Miguel. Hermana!

Felisa. Miguel!

Miguel. Felisa!

Felisa. Ven á mis brazos!

Torc. [*Interponiéndose.*] No quiero!
[*Á D. Miguel.*]
Arrodíllate primero
y besa el polvo que pisa.

Miguel. [*De rodillas.*]
Sí. Oh ceguedad! oh rubor!

Felisa. Mas, bañada en dulce llanto,
yo á mis brazos te levanto.....
[*Lo hace.*]
quiera ó no quiera el tutor.

Maur. [*Aparte con D. Gines.*]
Su hermana!

Gines. Qué peripecia!

Torc. No me abraza á mí el rapaz?

Miguel. [*Abrazando á D. Torcuato.*]
Ah!

Torc. Luzca el íris de paz
tras de borrasca tan recia.

Miguel. Perdona, Felisa amada;
pero te dejé tan niña.....
Y la ausencia.....
[*Mirando á D. Torcuato.*]
Y nuestra riña.....
Y ocultarme tu llegada.....

Felisa. Harto mi tormento fué
en reprimir todo un dia
el gozo.....

Miguel. ¡Era hermana mia
la que mi dama juzgué!

Torc. De paciencia tan cristiana,
de fe tan ardiente y pura,
sólo es capaz la ternura
de una madre ó de una hermana.

Felisa. Yo cumplo al fin con Miguel
una obligacion sagrada;
pero, sin deberle nada,
¿qué no ha hecho usted por él!

Gines. Perseguirle sin cesar.....

Maur. Tratarle á lo somaten.....

Ines. Dice el adagio: el que bien
te quiera te hará llorar.

Maur. Bah! ¡dejarle en dos albures
sin un cuarto.....

Gines. Buena es esa!

Torc. Qué dolor! ¡robar su presa
á tan amables tahures!

Maur. (Diablo!) Siendo la intencion
sana...., aunque el acto es cruel.....

Torc. Me basta á mí que Miguel
aproveche la leccion;
mas si lo desea alguno,
entrarémos en materia,
y todo saldrá á la feria.

Maur. No. ¿Á qué fin.....

Gines. No es oportuno...

Maur. Ha sido chanza.....

Torc. No obstante,
apunte usted en su archivo
lo que hago con el recibo,
[*Lo saca y lo rompe.*]
y lo que hice en el cuadrante.

Maur. (Zape!)

Miguel. Ah señor!
[*Le besa afectuosamente la mano.*]

Gines. [*Mirando al cuadrante.*]
(La una en punto!)
[*Aparte á D. Mauricio.*]

Qué frio es este jardin!
Maur. Las apariencias..... En fin,
no se hable más del asunto;
y pues él se reconcilia
con usted.....
Miguel. Son de mal tono
en su prosaico abandono
las escenas dé familia.
Yo os llamé para una fiesta
que se ha quedado en proyecto,
y así.....
Gines. Entiendo.
Maur. Con efecto,
nuestra atmósfera no es esta.

[*Saludando.*]

Señorita.....
Gines. Muy rendido
servidor.....
Maur. [*Á D. Miguel.*]
Te doy de baja.
Miguel. Mil gracias.
Gines. [*Aparte con D. Mauricio, yéndose los dos por la puerta de la quinta.*]
Era una alhaja!
Maur. Sí; lástima!.... Le han perdido!

ESCENA ÚLTIMA.

FELISA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. INES. BENITO.

Miguel. Corrido estoy de vergüenza.
Torc. Bien; esa es prueba segura
de que cesa la locura
y el escarmiento comienza.
Felisa. Y la dicha de los tres.—
Pero dame de almorzar....,
si merezco reemplazar
á Adelaida la de Ucles.
Miguel. Calla, por Dios! No renueves.....
Torc. Miguel!

[*Le toma cariñosamente la mano.*]

Felisa. Bendice esa mano.
Miguel. Ah! sí.
Felisa. Áun no sabes, hermano,
cuánto le debo y le debes.
Torc. Á mí? Nada. Yo no influyo.....
Felisa. Con desvelo paternal
aumentó nuestro caudal.....,
tal vez á costa del suyo.
Torc. No se hable de eso, ó me enfado.
Viviendo juntos los tres
todo es de todos.
Felisa. ¡Ines!

[*Le toma la mano.*]

Tu celo será premiado.
Miguel. De hoy más, vida nueva.
Torc. Oh! sí;
y apuesto á que no te quejas
del cambio, no, si te dejas
guiar por ella y por mí.
Felisa. Eh! ya no es un colegial.
Con sus propias alas vuele,
siempre que no se rebele
contra su buen natural.
Miguel. ¿Á qué, oh Dios! correr en posta,
si el alma al bien me convida,
tras una gloria mentida....,
que se adquiere á tanta costa?
¡Afuera el traje postizo
que arrepentido condeno!
Torc. Y cada cual, malo ó bueno,
sea como Dios le hizo.
Felisa. Porque, al fin, acá *inter nos*,
siendo tanta su bondad,
¿no es una temeridad
enmendar la plana á Dios?
Benito. Pues; y al bajar al profundo
dirá el que pecó de véras:
consuéleme en las calderas
lo que he gozado en el mundo.....
Ines. Mas pudiendo ir á la gloria
á que Dios le llama en vano,
¡condenarse un ciudadano
porque pecó..... de memoria!....
Miguel. Es error.....
Felisa. Falta de juicio.....
Torc. Digámoslo bien y pronto:
Es un pecado muy tonto
La hipocresía del vicio.

LOS TRES RAMILLETES,

COMEDIA EN UN ACTO.

Estrenada en el Teatro Español el dia 13 de Marzo de 1850 (*).

PERSONAS.

JUANA.
D. NARCISO.
D. RAMON.
EL CAPITAN.
EL BOTICARIO.
UN QUÍDAM.
PASCUAL.

La escena es en Madrid. Sala con dos puertas á la derecha del actor: la más inmediata al proscenio es la que da á la antesala. Á la izquierda un balcon. En el foro mesa con recado de escribir, libros, periódicos, etc. En medio del tablado un velador con el servicio necesario para un almuerzo.

ESCENA I.

D. RAMON. PASCUAL.

[*Pascual introduce á D. Ramon, y en seguida acaba de arreglar el velador.*]

Ramon. Tan temprano, y no está en casa!
Pascual. No, señor. Cierto negocio
muy urgente..... Me ha encargado
decir á usted que muy pronto
volverá; que disimule.....
Ramon. Así abusa de mi estómago?
¡Me cita para almorzar,
y se larga!.... Oyes; supongo
que ya está listo el almuerzo.
Pascual. Sí, señor.
Ramon. Pues juro y voto
que si pasan diez minutos
y no vuelve, almuerzo solo
y le doy capote.—Apuesto
á que es asunto amoroso
el que le ocupa.
Pascual. No sé.
Le trajeron hace poco
un billete perfumado.....
Ramon. No lo digo? Es el demonio
el tal Narciso.
Pascual. La letra
del sobre, ó yo me equivoco,
ó era de mujer.
Ramon. Sin duda.
Pascual. Y estampada en lacre rojo
vi tambien una corona
sobre un escudo y un rótulo.....
Ramon. Pues! (Será alguna marquesa
que ya pasó del otoño.)
Pascual. Si usted me da su permiso
voy.... Ahí tiene usted periódicos.
Ramon. Anda con Dios.

ESCENA II.

D. RAMON.

[*Acercándose á la mesa.*]

Es tan fatuo,
que vendra dándose tono
con su conquista..... Hola! versos....

[*Tomando de la mesa un papel.*]

(*) Ocupa este lugar porque se escribió ántes que la siguiente, aunque se representó despues.

Serán insulsos y flojos
como todos los que escribe.

[*Leyendo.*]

«Madrigal.»—Lo leeré: es corto.

«Rosa, Jacinta y Violante—
¡delicioso cautiverio!—
se dividen el imperio
de mi corazon amante.
Sobran dos;
que en esfera tan sucinta
¿cómo han de caber, ay Dios!
Violante, Rosa y Jacinta?
Si á una quiero, dos me increpan.
Templa su llama amorosa,
ó dame, ciprina Diosa,
un corazon donde quepan
Jacinta, Violante y Rosa.»—

¡Pobre mozo si las tres
se abalanzan como lobos
á su corazon! El diantre
son los alumnos de Apolo.
Esto me hace recordar
aquellos versos famosos
que el bueno del padre *Isla*
puso en su Compendio histórico.
Trozos son de los padres, ó pedazos,
los hijos, cuando no son embarazos,
y á su reino Fernando con destrozos
por tres pedazos suyos le hizo trozos.

[*Suena dentro una campanilla.*]

Rosa, Jacinta y Violante.....
El madrigal es curioso.

ESCENA III.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. [*Ántes de entrar.*]
Sírvenos pronto, Pascual.
Ramon. Ya está aquí.
[*Deja el madrigal sobre la mesa y sale al encuentro de D. Narciso.*]
Narciso. Ramon!
Ramon. Narciso!
Narciso. Perdóname; un compromiso
inesperado, casual.....
Ramon. ¡Cruel, á almorzar me llamas
y solo entre Baco y Céres
me abandonas!
Narciso. Ah!....
Ramon. Como eres
el coquito de las damas.....
Narciso. Yo? No digas eso. Ba!....
Ramon. Niega que vienes de ver
á alguna linda mujer.
Narciso. Mujer...., pche!.... Linda...., quizá.

ESCENA IV.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

[*Pascual entra y principia á servir el almuerzo, asistiendo unas veces á la mesa y otras entrando y saliendo con platos, etc.*]

Ramon. Taimado!... (Simple!)
Narciso. Ay Ramon!....
Sentémonos.....
Ramon. Buena pieza!
Narciso. Ya que me haces la fineza
de aceptar mi colacion.
[*Se sientan y principian á servirse.*]
Ramon. No merecia un desprecio
la bella que hoy entra en turno.
Señora de alto coturno.....
Narciso. [*Como sobresaltado.*]
Ah! Te lo ha dicho ese necio?
Ramon. No ha nombrado á la persona.
Narciso. Respiro!
Pascual. (No sé quién es.)
Ramon. Me habló de una carta...., pues,
y de un sello con corona.
Narciso. Hum!
Pascual. Lo dije sin malicia.....
Ramon. Cierto: yo le he sonsacado.....
Pascual es un fiel criado:
hagámosle esta justicia.
Narciso. [*Bajando la voz.*]
Pues bien, sí, cierta señora
de jerarquía muy alta.....
[*Á Pascual y éste se retira.*]
Ahora no nos haces falta.—
Delira por mí; me adora.
Ramon. Bravo, amigo! Eres el hombre
de la dicha. Una marquesa
sin duda.....
Narciso. Algo más: duquesa!
Ramon. Oh!.... Y no me dirás su nombre?
Narciso. Es casada, y fiel amante
no debo arriesgar su fama.
Ramon. Pues yo apuesto á que se llama
Rosa, Jacinta, ó Violante.
Narciso. ¿Leiste mi madrigal,
segun eso? Una bicoca.....
Ramon. Lo leí para hacer boca.
Narciso. Qué te parece?
Ramon. Tal cual.....
He acertado? ¿Cuál es
la de la cita amorosa?
Violante, Jacinta, ó Rosa?
Narciso. No; ninguna de las tres.
Ramon. Pues por mi cuenta son ya
cuatro las damas que tienes.
Narciso. Bah!....
Ramon. Te doy mil parabienes.

No tiene más un bajá.
Narciso. No. Yo hago la corte á varias,
mas con fortuna distinta.
Violante, Rosa y Jacinta
pueden ser imaginarias.
La mente á veces engendra
un ser ideal. Despues
el vate lo llama Ines,
Beatriz, ó Melisendra.
Quién puede con tanto lastre?
Ahora estoy de moda, sí,
y basta vestirme á mí
para hacer fortuna un sastre.

[*Acariciándose la cara.*]

Tengo un regular anverso,
no me falta don de gentes
y hago frases elocuentes
así en prosa como en verso.
Tal vez con mis ojos causo
dulce y grata sensacion
en más de una reunion
que me acoge con aplauso.
Más de una linda coqueta
á mis rivales da celos
flechándome los gemelos
cuando asisto á la luneta.
Por algo, sin que te asombres
de triunfos que no me engríen,
las mujeres me sonríen
y me detestan los hombres.
En fin, quizá, con espanto
de maridos y tutores,
soy venturoso en amores.....
pero no tanto, oh!.... no tanto.
Ramon. (Hay mueble más indigesto?)
Tú te rebajas.....
Narciso. No, á fe,
yo.....
Ramon. El mérito siempre fué
cuanto mayor más modesto.

[*Suena la campanilla.*]

¿Conque damas..... de capricho
son las tres del madrigal?
Narciso. ¡Fuerte empeño de..... Sí tal.
Ramon. Sé franco.
Narciso. [*En tono de quien va á revelar un secreto y se reprime.*]
Em..... Lo dicho dicho.
Pascual. [*Entrando.*]
Ahí en la antesala espera
una moza.....
Ramon. Otra en la red?
Narciso. ¿Quién.....
Pascual. Pregunta por usted:
es una ramilletera.
Ramon. ¿Tambien tú gastas amores
con mozuelas de esa laya?
Narciso. Yo? Bah! Dile que se vaya.
Yo no necesito flores.
Ramon. Es guapa?
Pascual. Sí, y con salero.
Ramon. Por qué despedirla así?
Narciso. ¿Qué tiene que hacer aquí.....
Ramon. Verla no cuesta dinero.
Tampoco yo tengo afan
por flores, mas me pudiera
gustar la ramilletera.
Dile que éntre.

[*Pascual hace ademan de llamar desde la puerta.*]

Narciso. Oh! ¿qué dirán!

ESCENA V.

D. NARCISO. D. RAMON. JUANA.

Ramon. [*Viendo asomar á Juana.*]
Hola! no es de mal trapío.
Juana. Alabado sea Dios.
Ramon. Que cria tan buenas mozas.
Acércate. Es como un sol.
Juana. Vaya!.... Aunque ustedes perdonen,
señores, ¿quién de los dos
es el señor don Narciso
Amoros?
Ramon. Este.
Narciso. [*Con gravedad.*]
Yo soy.
Qué hay?
Juana. Vengo con un recado
para usted; pero..... el señor.....
No sé si debo.....
Ramon. Oiga! estorbo?
Juana. Quizá.....
Ramon. Sí? Pues no me voy.
Narciso. Te juro que no la he visto
en mi vida.
Ramon. Auto en favor.
Puesto que ese predio rústico
no es de tu jurisdiccion,
y sólo te comunicas
con las personas de pro,
deja algo para los pobres.
Juana. Escuche usted: yo no estoy
tan de sobra en este mundo.....
Ramon. Sí, ya tendrás tu gachon.
Juana. Y muchito que lo tengo,
pero como manda Dios;
que aquí donde usté me ve
tengo caliá y honor.
Ramon. Quién lo duda? Pero es lástima.....
Narciso. [*En voz baja.*]
No gastes conversacion
con ella.
Ramon. Sí tal; es chusca.

Narciso. Te va á plantar una coz.
Ramon. Siéntate y almorzarás
con nosotros.

Narciso. [*En voz baja.*]

Hum!.... qué horror!..
Juana. Gracias. Para mí ya es tarde.
Ya hay tres horas de reló
que hice yo esa deligencia.
Ramon. Será tu novio peon
de albañil, picapedrero,
ó sastre á lo sumo.....
Juana. No,
que es carpintero de oficio.
Ramon. Siempre es oficio ramplon.....
Juana. No, señor, sino muy noble;
que en Belen lo praticó
el esposo de la madre
del Divino Redentor.
Ramon. Qué donaire!—Sin embargo,
no merece en mi opinion
tal tesoro.....
Juana. Usted ¿qué sabe?
Ramon. Será grosero y atroz
un marido acostumbrado
al escoplo y al formon.
Juana. Será lo que usted quisiere,
pero así le quiero yo.
Ramon. Bien se sacude!

Narciso. [*Con displicencia.*]

Oh!....
Ramon. No obstante,
con un poco de ambicion
tú podrías aspirar
á alguna cosa mejor.
Juana. Bah, bah! todo eso es palique.
Ramon. Si quieres, corre desde hoy
tu fortuna por mi cuenta.
Juana. Dice el refran español:
cada oveja.....
Ramon. Entre virutas
¿se ha de ajar tan linda flor?
Juana. Dale! Cudiados ajenos.....
decetra.
Narciso. Tiene razon.

Juana. [*Á D. Narciso.*]

¿Recibe usté la embajada
ó me marcho y no la doy?
Narciso. Sí, acaba.
Juana. Estando en mi puesto,
que lo tengo en un rincon
de lo que fué *Soleá*
y ahora es la calle de Espoz,
se llegó á mí una señora,
blanca como un requeson,
rubia como unas candelas
y linda que es un primor;
escogió este ramillete

[*Saca uno de rosas que ocultaba con el delantal.*]

y soltó un napoleon,
y dándome bien las señas
dijo con cierto rubor:
llévaselo de mi parte
á don Narciso Amoros.

[*Don Narciso toma el ramillete.*]

Ramon. Otra conquista!
Narciso. No atino.....
Ramon. Ni Pizarro ni Colon.....
Juana. Se iba ya sin decir más,
pero yo, alzando la voz,
de parte de quién? le dije,
y entónces me respondió:
sólo con ver ese ramo
le dirá su discrecion
el nombre de quien lo envía.
Ramon. Rosa!
Narciso. ¿Es posible!.... Yo estoy
absorto.
Juana. Y pues queda ya
cumplida mi comision,
con su licencia de ustedes;
buen provechito y adios.

ESCENA VI.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. Aventura más extraña.....
Ramon. No reprimas tu placer!

Narciso. [*Llamando.*]

Pascual!
Ramon. Triunfa y goza.
Narciso. [*Á Pascual que entra.*] Á ver
si nos sirves el champaña.

[*Pascual destapa una botella, llena las copas y se retira.*]

Ramon. ¿Luego ya no es ideal,
sino cierta tu fortuna....,
al ménos en cuanto á una
de las tres del madrigal?
Narciso. Casualidad..... Yo.....
Ramon. Mal bicho!....
Á qué viene esa pamema?
Este ramo es un emblema:
la portadora lo ha dicho.
Rositas de Alejandría,
y aquello de.....
Narciso. Qué aprension!
Ramon. «Le dirá su discrecion
el nombre de quien lo envía.....»
Narciso. Aunque eso me compromete,
yo.....
Ramon. Vaya!....
Narciso. Es terrible cosa!....

Puede ser una mi Rosa
y otra la del ramillete.
Ramon. Narciso, ya tu modestia
afectada me fastidia.
¿Temes excitar mi envidia,
ó me tienes por un bestia?
Narciso. Modestia.....
Ramon. Sí, vive Dios!
Narciso. Afectada.....
Ramon. Empalagosa,
pues negándome una Rosa
te regodeas con dos.
Narciso. Ramon, tu mordacidad
á todo aplica su salsa.
Si niego, modestia falsa;
si confieso, vanidad.
Tenga yo un amor ó varios,
ponga el rostro alegre ó serio,
en todo encuentras misterio,
de todo haces comentarios.
Veo tu intencion proterva
de sonsacar mis secretos,
pero es de amantes discretos
guardar prudente reserva.
Otros sus altos trofeos
de Lauras, Nises ó Julias
ostenten en las tertulias,
decanten en los paseos.
Yo no daré en esa gracia,
que me parece muy triste.
Mi amor siempre se reviste
de un poco de diplomacia.
Éntre pues ó no esa bella
en mi amante repertorio,
basta de interrogatorio
y apuremos la botella.

[*Llena las copas.*]

Ramon. Y á quién brindaré esta copa?
¿Á tu preclara duquesa.....
Narciso. Pche!....
Ramon. ¿Á la Rosita....
Narciso. Sí, á esa.
Ramon. (No le hay más tonto en Europa.)

[*Suena la campanilla.*]

Brindo pues con fe sincera
por tu Rosa.
Narciso. Y yo por ti.

[*Viendo entrar á Pascual.*]

Qué hay?

ESCENA VII.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

Pascual. Otra vez está aquí
Juana la ramilletera.
Ramon. Otro ramillete?
Narciso. Eh! no.
Ramon. Dile que éntre.

[*Vase Pascual.*]

Narciso. Oh! me molesta.....
Ramon. ¿Si vendrá por la respuesta
del recado que te dió?

ESCENA VIII.

D. NARCISO. D. RAMON. JUANA.

Juana. Ya me tiene usté de vuelta,
caballerito galante.
Ramon. Hablas conmigo, alma mia?
Juana. No; con el otro. Es el diantre
este señor don Narciso.
Narciso. ¿Cómo!....
Juana. Hoy reza el almenaque
que sus queridas me tengan
todo el dia haciendo viajes.
Ramon. ¿Qué escucho!....
Juana. Tanto mejor
si es causa de que yo gane
un peso por cada ramo,
que en ley de verdá no vale
cuatro cuartos.
Ramon. ¿Á ver.....
Juana. Quieto!;
que es preciso decir ántes
mi relacion. Pues, señor,
no habia llegado casi
al puesto cuando una moza,
que se cubria el semblante
con el velo, pero guapa
si es la cara como el talle,
me dijo con una voz
que sonaba á cosa de ángel:
toma este duro, muchacha,
si con él te doy bastante
por un ramo de violetas,

[*Lo saca de debajo del delantal y lo entrega á D. Narciso.*]

y llévalo de mi parte
á don Narciso Amoros;
entiendes? Vive en la calle.....
Ya sé, ya sé, respondí,
y acordándome del lance
pasado no pregunté
el nombre de la comadre;
mas como comercio en flores
entiendo ya su lenguaje,
y dije para mi sayo:
violetas le ènvia? Zape!
Ó yo no entiendo el intríngulis,
ó ella se llama *Violante.*

ESCENA IX.

D. NARCISO. D. RAMON.

Ramon. Narciso!
Narciso. Ay, Ramon!...
Ramon. Narciso!....
Esto ya pica en historia.
Narciso. Ay!....
Ramon. [*Llenando las copas.*]
Brindemos á tu gloria;
eh?
Narciso. Vaya, será preciso.

[*Beben.*]

Ramon. ¿Dirás tambien que es casual
esta otra aventura?
Narciso. Oh Dios!....
Ramon. Ya están en campaña dos
de las tres del madrigal.
Ó pruébame en dos palabras
que, segundo Pigmalion,
sabes dar animacion
á las figuras que labras,
ó confiésame.....
Narciso. [*Levantándose y tambien D. Ramon.*]
Sí, amigo;
en el garlito me coges
y ya es fuerza..... No te enojes!....
Voy á ser franco contigo.
Ramon. Vaya en gracia!
Narciso. *In vino véritas*,
dice el refran.—Sí, confieso
que son de carne y de hueso
mis tres ninfas beneméritas.
Tan bellas amor las pinta,
que no es mucho que me encuentre
confuso y perplejo, ay! entre
Violante, Rosa y Jacinta.
Mi Rosa es rosa de véras;
fresca, rubia, vivaracha.....
Qué encantadora muchacha!....
Y diez y ocho primaveras!
Ramon. (Trasto!....) Bien, amigo! Albricias!
Narciso. Mas, ay! un marido atroz,
natural de Badajoz,
me usurpa, oh Dios! sus caricias.
Ramon. Lo manda así el catecismo.....
Narciso. Pero es cosa que horripila.....
Ramon. Pues.
Narciso. Y eso ya no se estila.
Ramon. Ya; en parte.....
Narciso. Es mucho egoismo.
Ramon. Y cómo se llama ese hombre?
Narciso. Don Leon Fuenterrabía,
capitan de artillería,
tan fiero como su nombre.—
Ménos niña la Violante,
pues ya cumplió veinte y cuatro,
tiene un brio que idolatro
y una gracia exorbitante.
Es morena, ojos de fuego.....
muy gitana..... Es de Jaén.
Ramon. Tambien casada?
Narciso. Ay! tambien.
Yo soy partícipe lego.
Ramon. Tambien será el propietario
algun indomable potro.....
Narciso. Oh! es más temible que el otro.

[*Suena la campanilla.*]

Ramon. Más temible?
Narciso. Es boticario!—
Jacinta, y lleno el guarismo.....

ESCENA X.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

Pascual. El señor don Celedonio.....
Narciso. Ah!..
Ramon. Qué hombre es ese?
Narciso. El demonio;—
mi casero, que es lo mismo.—
Di que no estoy.....
Pascual. Es en balde.
Le oye á usted.....
Narciso. Hombre silvestre!
Ramon. Le debes mucho?
Narciso. Un semestre.
No se irá sin que lo salde.
Ramon. Quizá se avenga el casero
á cobrar en madrigales.
Narciso. Ba! él no daria seis reales
por todo el Parnaso entero.
Y si no aflojo el bolsillo
me va á poner en un brete.....
[*Á Pascual, mostrando la puerta más próxima al foro.*]
Que éntre en aquel gabinete
por la puerta del pasillo.

ESCENA XI.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. Ese venenoso escuerzo
no se apiadará de mí
si ve los restos allí
de nuestro suntuoso almuerzo.—
Yo siento dejarte solo.....
Ramon. Por mí.....
Narciso. Oh suerte cejijunta!
¡Siempre á la cuarta pregunta
los pobres hijos de Apolo!

[*Entra en el gabinete y cierra la puerta.*]

ESCENA XII.

D. RAMON.

Lleve por Dios su penuria
ya que es feliz en amores.
A bien que si está en efecto
en estrechas relaciones
con una duquesa, puede
que ella le saque de pobre.—
Mas las otras..... ¿Es posible
que tantos triunfos coronen
sus sienes..... Eh! por qué no?
Es bien parecido, jóven,
sabe bailar la *redova*,
se perfuma los bigotes,
sabe descifrar un *rébus*,
y en los versos que compone
con retruécanos deslumbra
á los talentos mediocres.
Mujeres superficiales
hay de sobra en esta corte
que se paguen..... Sin embargo,
esos dos ramos de flores
que han venido tan á tiempo
á ser estribillo ó mote
del madrigal; recibir
dos finezas tan acordes
de dos mujeres distintas,
y no ser Lauras ni Clóris,
sino Rosas y Violantes;
vaciar en el mismo molde
sus ideas amatorias
todas las damas de ese hombre.....
No es natural, no es posible.

[*Suena la campanilla.*]

¿Tiene acaso algun resorte
mágico para moverlas
del lado que se le antoje?

ESCENA XIII.

D. RAMON. JUANA.

Juana. [*Con un ramillete en la mano.*]
Deogracias.
Ramon. Ah, estás aquí!
(Se confirman mis temores.)
Juana. Don Narciso.....
Ramon. Está ocupado.
Juana. Le traigo.....
Ramon. Sí. (Este es el golpe
de gracia.) El tercer ramito.....
Bravo!
Juana. Es de jacintos dobles.
Se lo envía una señora.....
Ramon. No hay que preguntar su nombre:
Jacinta.
Juana. Es claro. Además,
al decirme á quién y adónde
debia llevar el ramo
me dijo la dama noble.....
Ramon. Qué?
Juana. Le dirás que te envía
la tocaya de estas flores.
Ramon. Sí; ya Narciso esperaba.....
Juana. ¿Cómo!.... Pues...
Ramon. No te sonrojes.
Somos íntimos amigos.....
Ya lo has visto; y tan conformes
en ideas..... (¡Ah, magnífica
es la que me ocurre!) Oyes;
¿querrás hacerme un recado

[*Dándole un doblon.*]

mediante.....
Juana. [*Tomándolo.*] Con mil amores.
Ramon. Bien.

[*Va á la mesa que está junto al lienzo del foro, se sienta y escribe.*]

Juana. Todo lo que no sea
hacer á mi amado Jorge
alguna mala partida.....
Ramon. Pronto acabo estos renglones.
Espera. (Están á dos pasos
de aquí. Son emprendedores
y de chispa.....)

[*Sigue escribiendo.*]

Juana. (¿Qué estará
maquinando allí...)
Ramon. (Los nombres.—
Esto es esencial.

[*Mirando á la puerta del gabinete.*]

Dios quiera
que no salga y se malogre
mi designio.)

[*Sigue escribiendo.*]

Juana. [*Recreándose con la moneda.*]
Cuatro duros!
Hoy sí que saco el escote.
Ramon. Por si acaso.....

[*Llamando á Juana.*]

Chit!....

[*Juana se acerca.*]

Si sientes
mover aquel picaporte,
salte afuera de puntillas.....
Juana. Bien está.

[*Se retira otra vez y D. Ramon continúa escribiendo.*]

(Son el demontre

los lechuguinos. Los dos
andan, ó yo soy muy torpe,
tras de engañarse uno á otro;
pero á mí ¿qué?.... *Ora por nóbis.)*

Ramon. [*Levantándose con la carta que acaba de cerrar.*]
Lleva esta carta volando.
Las señas van en el sobre.

Juana. Toma! Si no sé de letras!

Ramon. Á don Casimiro Gomez.....

Juana. Bien.

Ramon. Vive á la vuelta: calle
de la Cruz, número doce,
cuarto bajo.

Juana. Y el ramito?

Ramon. Venga.

Juana. [*Yendo á dársele.*]
Ya han pagado el porte.....

Ramon. [*Como variando de pensamiento.*]
No. Vuelve luégo con él;
pero hasta que yo me asome
al balcon con un pañuelo
en la mano, estáte inmóvil
en la calle.

Juana. Así lo haré.
Y ¿qué más?....

Ramon. Nada.

Juana. Abur.

Ramon. Corre.

ESCENA XIV.

D. RAMON.

¡Hola, el supuesto, el presunto
Lovelace de Castilla,
que forja damas por junto
sin tener ni una en la villa!—
¡Y convidarme exprofeso
para burlarse de mí!
Como al raton con el queso
queria atraparme así.—
Y hubo un momento á fe mia
en que me dejó confuso;
¡con tal perfeccion hacía
el papel que se propuso!
¡Qué ufano estará el pobre hombre
con su fina diplomacia!
Pues, por vida de mi nombre,
no lo ha de contar por gracia.
Veremos cómo sostiene
el imprevisto chubasco
que..... Siento pasos. Ya viene.
Sonado va á ser el chasco.

ESCENA XV.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. Hombre inexorable, impío!

Ramon. En verdad que ha estado posma.
Pero tú habrás empleado
las galas de la oratoria
para persuadirle.....

Narciso. ¡Inútil
empeño! Ni las lisonjas
ni las súplicas le rinden.

Ramon. Conque no hay misericordia?

Narciso. Para hombres tan aritméticos
no se inventó la retórica.

Ramon. Caseros!..... Es la invencion
más absurda..... ¡Fuerte cosa.....

Narciso. ¿Por qué no hemos de tener
todos nuestra casa propia.....

Ramon. Cierto. Y qué exige ese monstruo?

Narciso. Armado de un auto en forma
para embargarme los muebles
si no aflojaba la bolsa,
fuerza ha sido transigir;
y dicha ha sido y no poca
para mí que haya aceptado
á buena cuenta dos onzas.
¿Qué iba á ser de mí, Dios mio,
si no desarmo su cólera?

Ramon. Comprendo. Un hombre abrumado
de conquistas amatorias
tendrá citas en su casa.....

Narciso. Figúrate tú!.... Me agobian.
Si aquel tigre me dejase
sin butacas, sin alfombra,
sin.....

Ramon. Terrible compromiso!

Narciso. Y hoy que espero dos neófitas.....

Ramon. De véras?

Narciso. Sí, las dos niñas
de los ramilletes.

Ramon. Oiga!

Narciso. Me acaba de remitir
un billete cada prójima.....
La una vendrá á las cuatro
y al anochecer la otra.

Ramon. Pues si aciertan á venir
las dos á una misma hora.....

Narciso. Fuerte conflicto sería!
Solo entre Jacinta y Rosa.....

Ramon. Eh? No. Entre Rosa y Violante
dirás.

Narciso. ¿Quién no se equivoca
con tantas como uno lleva
al retortero.....

Ramon. La hermosa
Jacinta no ha dado aún
señal de vida.

Narciso. No importa.
Ya verás tú lo que tarda!
Me lo anuncia una zozobra

interior.....

Ramon. Eh! no te apures.
Si dos, ó las tres, te acosan
á un tiempo, cuenta conmigo.....

[*Suena la campanilla.*]

Narciso. Qué te decia yo ahora?
La campanilla ha sonado.
Apuesto cualquiera cosa.....

ESCENA XVI.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

Pascual. Don Leon Fuenterrabía.....
Narciso. ¿Cómo!....
Ramon. El capitan? Zambomba!
Narciso. ¡El capitan.....

ESCENA XVII.

D. NARCISO. D. RAMON. EL CAPITAN.

Capitan. Servidor.

Ramon. [*Á D. Narciso en voz baja.*]
Pues no gasta ceremonias.

Capitan. [*Á D. Narciso.*]
Se sorprende usted de verme;
eh? Por vida de mil bombas!....
Narciso. Caballero..... Yo..... (Qué es esto?)
Capitan. No siempre rueda la bola
á gusto del individuo.
Soñaba usted con la gloria,
y se halla con el infierno.
¡Voto á.....
Narciso. (Pesada es la broma.)
Capitan. No era el esperado yo,
sino otra linda persona;
eh? Sangre! fuego! exterminio!
¿No sabe usted que las rosas
tienen espinas?
Narciso. Yo ignoro.....
Capitan. Por el alma de Mahoma!....
Ahora se hace usted el sueco?
Se juega así con la honra?
Aleve! ¡Haber seducido
á aquella casta paloma.....
Narciso. Si yo..... (Qué diré? qué haré?)
Capitan. Brrum!....
Ramon. (La risa me retoza.)
Capitan. No la mato, porque es débil,
pero la tendré á la sombra
mucho tiempo.—En cuanto á usted,
señor mio, si blasona
de ser tan fuerte en la lid
como diestro en hacer coplas;
ya sabe usted de qué modo
terminan estas historias
entre caballeros.
Narciso. Yo.....
(¿Por qué me armará camorra
este hombre?... Ó se está burlando
de mí, ó á tontas y á locas....)
Ramon. (Capaz será de llevar
adelante la tramoya
por vanidad.)
Narciso. (No! ántes mártir
que confesor.)
Capitan. Hola, hola!
Cavila usted? Hay..... medrana?
Narciso. No tal: á mí no me asombran
los fanfarrones.
Capitan. Pues bien,
hora, armas, sitio..... Ponzoña!....
Narciso. Dentro de veinte minutos;
Canal abajo; pistola.
Capitan. Padrino?
Ramon. Yo.
Capitan. Con el mio
iré á la puerta de Atocha.
Narciso. Convenido.
Capitan. Ira de Dios!....
He de beber gota á gota,
inicuo rival.....
Narciso. Veremos.....
Capitan. (Dos botellas de Borgoña.)

ESCENA XVIII.

D. NARCISO. D. RAMON.

Narciso. Qué fatalidad la mia!
La Rosa que me solaza,
ay! no viene, y la reemplaza.....
Ramon. Don Leon Fuenterrabía!
Narciso. Ya no dudarás, oh amigo.....
Ramon. ¿Cómo dudar si te abona
todo un marido.....
Narciso. En persona!
Ramon. Quién desmiente á ese testigo?
Pero ¡batirte!....
Narciso. Es tan bella!....
Si de un balazo le tumbo,
tanto mejor; si sucumbo,
qué dicha morir por ella!
Ramon. ¿Dicha llamas tú.....

[*Suena la campanilla.*]

Narciso. Sin duda.
Ramon. (Es incorregible.) El paso
es tremendo.—En todo caso
mejor es dejarla viuda.

ESCENA XIX.

D. NARCISO. D. RAMON. EL BOTICARIO.

Pascual. [*Dentro.*]
Deje usted.....
Boticar. Quite el cernícalo!
[*Entrando.*]
Salud..... Una mesa opípara!....
¿Celebra usted, hombre pérfido,
el oprobio de su víctima?
Narciso. ¿Quién se cuela con tal ímpetu
en mi casa.....
Boticar. Oh suerte mísera!
No me conoces, adúltero,
porque en mi ausencia una pícara
consorte te hizo mi apéndice
con ciega pasion ilícita.
¿Quién me hubiera dicho, oh númenes!
miéntras por Yepes y Ontígola
andaba yo tan solícito
buscando yerbas febrífugas,
que seduciendo á mi cónyuge
con los cantos de tu cítara,
veria á la dulce tórtola
transformada en una víbora!
Ramon. [*Aparte con D. Narciso.*]
Violante!
Narciso. Yo estoy atónito!
Boticar. Qué más hiciera Calígula?
Narciso. Se engaña usted. Otro cómplice.....
Boticar. No. Oculto desde la víspera
en Madrid, hoy entro súbito
en casa, y prueba no equívoca
me han dado de vuestros crímenes
un madrigal y una epístola.
Oh Violante! Iluso y crédulo
te di confianza omnímoda....,
¡y de Madrid me haces fábula,
mujer pecadora y frívola!
Mas desfogaré mi cólera
en mi rival, en mi antípoda.....
Ramon. [*Á media voz.*]
Otro duelo!...
Boticar. Á muerte!
Ramon. Es lástima...
Narciso. Pero, hombre, yo... (Santa Brígida,
¿quién es el duende maléfico
que....)
Boticar. Mas el arma mortífera,
que á esta cuestion ponga límite
no será pistola horrísona
ni agudo estoque, no. Cáspita!
de eso no entiendo una sílaba,
y no he de exponerme estúpido
á que una mano sacrílega
ó me desbarate el tímpano
ó me atraviese las vísceras.
Ramon. Pues ¿cómo...
Boticar. [*Sacando una cajita de carton.*]
Aquí traigo un *récipe*...
En esta caja hay dos píldoras
que, aunque al parecer idénticas,
la una es mortal, la otra... insípida.
[*Á D. Ramon abriendo la caja.*]
Usted dará á cada prójimo
una de estas dos partículas:
á quién le tocó el arsénico
pronto lo dirán los síntomas;
al que se libre del tósigo
válgale san Pedro Advíncula,
y al que muera de la pócima
que le recen una antífona.
Narciso. ¡Voto á bríos, hombre ridículo.....
Boticar. ¿Cómo! Yo.....
Ramon. Reparto?
Narciso. [*Dando un manoton á la caja, que cae al suelo.*]
Tíralas
con doscientos.....
Boticar. ¡Voto al chápiro...
Para cuándo son las fístolas?
¿Para cuándo las cantáridas
si.....
Narciso. Boticario de quínola,
tome usted la puerta, rápido!,
[*Amenazándole.*]
ó le rompo una mandíbula.
Ramon. Narciso!
Boticar. Hum!....
Narciso. Estoy frenético.
Boticar. ¿Hay leyes en la Península,
señor?.... ¡Invade mi tálamo
y menosprecia mi química!....
Bien, cedo á la fuerza bárbara,
pero ¡ay de ti!; que es fatídica
la saña de un farmacéutico
destilada en una jícara.
Infeliz! prepara el túmulo,
porque, lo juro con íntima
conviccion, te veré exánime
ántes que éntre la canícula.

ESCENA XX.

D. NARCISO. D. RAMON.

Ramon. Es donoso el boticario.
[*Riéndose.*]
Ja, ja..... Es ente original.
No te ries?
Narciso. No, que estoy

para darme á Barrabas.
Uno tras otro..... ¡Por vida.....
Ramon. Sí, es mucha casualidad.
Narciso. Ramon! alguno me vende;
alguno me quiere mal.
Ramon. Bien puede ser que una intriga.....
Oyes! ¿si te venderán
ellas mismas.....
Narciso. No, ninguna
de ellas sería capaz
de semejante traicion.
Ramon. Con todo.....
Narciso. Dale! No hay tal.
Cuando yo lo digo!....
Ramon. Bueno.
(Si no existen, claro está.)
Narciso. Pero estoy desesperado,
porque esto no es natural.

[*Óyese la campanilla.*]

Ramon. En efecto, que ellas vengan
á casa de su galan,
pase; pero ¡ellos tambien
colarse sin más ni más!....
Narciso. Oh!....
Ramon. Es un horror! No se ha escrito
para ellos el madrigal.

ESCENA XXI.

D. NARCISO. D. RAMON. PASCUAL.

Pascual. Un señor.....
Narciso. Eh? Vamos, esto
ya no se puede aguantar.
Ramon. Otro marido?
Narciso. Otro diablo.
Ramon. El duque tal vez.....
Pascual. No; quiá!
su aspecto.....
Narciso. Sea quien fuere,
no recibo á nadie; estás?
Pascual. Ya le he dicho que está usted
ocupado.....
Narciso. Y no se va?
Pascual. No, señor. Me ha respondido
con la mayor humildad,
esperaré..... y se ha sentado.
Parece moro de paz.
Ramon. Es forzoso recibirle.....
Narciso. Otra escena!.... Basta ya.....
Ramon. Si no la tienes aquí
la tendrás en el portal,
y es peor.
Narciso. Bien, acabemos!

[*Vase Pascual.*]

(Estoy sudando alquitran.)

ESCENA XXII.

D. NARCISO. D. RAMON. UN QUÍDAM.

Quídam. [*Haciendo muchas cortesías.*]
Caballeros, beso á ustedes.....
Sentiria incomodar.
Ramon. Nada de eso.
Quídam. ¿El caballero
don Narciso Amoros.....
Narciso. [*Con sequedad.*] Qué hay?
Quídam. Venía á pedir á usted.....
Narciso. Eh? Qué?
Quídam. Un favor especial.....
Narciso. Disimule usted; no estoy
para gracias.
Ramon. [*En voz baja.*]
Hombre!
Quídam. Bah!
No puedo creer que un jóven
de cuya amabilidad
se hace lenguas todo el mundo
sólo se quiera estrellar
conmigo.
Marciso. Usted se equivoca:
yo no soy amable.
Quídam. Ay!....
demasiado. Que lo diga,
si nó, mi cara mitad.
Ramon. No lo dije?
Narciso. Caballero!
Quídam. No se altere usted. Quizá
piensa que vengo á retarle
con desesperado afan.....
No, señor; yo soy filósofo.
Si nací en signo fatal,
paciencia; á muchos aflige
la misma calamidad.
Ramon. [*Aparte con D. Narciso.*]
Estoica resignacion!
Narciso. Pues mira, me irrita más
que el grotesco boticario
y el furioso capitan.
Quídam. Estas cosas tanto tienen
de dulce como de agraz
para el hombre que las mire
como se deben mirar.
Qué diablo!.... Si prescindimos
un poco del qué dirán,
como tantos ciudadanos
de esta heroica capital,
los tres seremos dichosos;
ella con su dulce iman,
usted con su prenda amada
y yo con mi libertad.
Para eso no es necesario
acudir á un tribunal,
adonde envíe taquígrafos
algun diario procaz

que á mi costa se provean
de sabroso material.
Nada! Que se instale aquí
mi mujer.....

Narciso. Quite usté allá!....

Ramon. Tiene razon.

Quídam. Pues es claro.
Ya ve usted, no es regular
que á usted le dé el corazon
y que á mí me coma el pan.
Lo dicho: desde mañana
usted me la mantendrá.

Narciso. Pues ¡me gusta la llaneza!....
Quién es este hombre inmoral?

Quídam. Ay! no lo sé todavía.—
Pero usted me lo dirá.

Narciso. ¿Cómo!.... Usted se está burlando...

Quídam. Le digo á usted la verdad.
Yo soy una de las víctimas
que usted con fiera crueldad,
hijo mimado de Vénus,
inmola en su sacro altar;
mas de todo punto ignoro
mi nombre y mi calidad.

Narciso. ¿Sabe usted que estoy ya frito.....

Ramon. [*Con sonrisa maligna.*]

No consta en el madrigal.

[*Se acerca al balcon y hace señas con el pañuelo.*]

Narciso. Eh? (Tambien Ramon... Sospecho...)

Quídam. Sí, yo soy una entidad
incógnita, un acertijo
en figura corporal,
un..... *quídam;* y humanamente
no me puedo empadronar,
con riesgo de que me prenda
por vago la autoridad,
miéntras usted no me diga
que soy..... fulano de tal.

Ramon. Por Dios, sácale de dudas.

Narciso. Lo que yo le he de sacar
es el alma.....

Quídam. Ah! ¿no te basta
la de aquella ingrata.....

Ramon. Cuál?
¿Ó tambien ignora usted
su nombre.....

ESCENA XXIII.

D. NARCISO. D. RAMON. EL QUÍDAM. JUANA.

Juana. Ya estoy acá
otra vez.

[*Presentando á D. Narciso el último ramillete.*]

Estos jacintos.....

Quídam. Ah! sí, Jacinta; cabal.

[*Don Ramon suelta la carcajada. El* Quídam *y Juana no pueden ménos de seguir su ejemplo. Don Narciso cae como desplomado sobre una butaca.*]

Narciso. Ah! comprendo..... Maldicion!....
Pero esto es asesinar
á un hombre.....

Ramon. No; es una broma.

Narciso. Tú me has vendido, falaz
ramilletera.....

Juana. Calunia!
Flores vendo y nada más.
No he dicho esta boca es mia,
pero el señor es sagaz
y lo que yo no le he dicho
lo ha sabido adivinar;
y me ha dado una cartita,
y yo que soy servicial
le he servido de estafeta
dejándome el viento atras.
Y por qué no? Usté me paga
un duro...., ménos un rial,
por cada viaje, y le traigo
lindas flores ainda máis;
y el otro en vez de tomarlas
me las echa, y con qué sal!,
y por un solo recado
un doblon de oro me da.
¿Podia yo imaginarme
que usté lo tomase á mal?
Péguela usté con su amigo
que es el que le hace rabiar;
verdá? Conmigo ¿por qué?—
Pero lo mejor será
aguantarse y sonsoniche
y pelillos á la mar.

ESCENA ÚLTIMA.

D. NARCISO. D. RAMON. EL QUÍDAM.

Narciso. [*Levantándose.*]

Tal burla á mí! tal afrenta!....
Me darás satisfaccion.

Ramon. Áun quieres otra leccion?

Narciso. Yo te la daré, y sangrienta.

Ramon. Tu voluntad es la mia:
vamos á batirnos y arda
Troya..... Pero, oyes, te aguarda
don Leon Fuenterrabía.

Narciso. Para todos tengo brios.

Ramon. Qué! ¿tampoco te intimidan
el boticario y el..... *quídam?*

Quídam. Gran Dios, cuatro desafíos!....

Ramon. Uno sólo que en la lid
sanguinaria sobreviva

á tu furia vengativa,
te hará escarnio de Madrid.
Narciso. Sí; y con cruel regodeo
quizá alguno de los tres
cuenta ya por los cafés
el conflicto en que me veo.
Ramon. Y ¿quién sabe si mañana
se solazará la villa
con alguna gacetilla
en que te carden la lana?
Narciso. Ah! me estremezco.....

[*En tono suplicante.*]

Ramon!....
Ramon. Quien ha burlado á un amigo
es digno de igual castigo.
Quidam. Sí; la pena del Talion.
Ramon. Mas tal vez no pagarás
tan caros tus ramilletes
si por tu honor me prometes.....
Narciso. Ah! sí, sí, no lo haré más!....
Mira, comeremos juntos,
si por tus amigos sales,
los cinco.....
Ramon. Tus tres rivales
callarán como difuntos.—
Pero el casero nefasto
dejó tu bolsa vacía,
y pues llena está la mia
corre de mi cuenta el gasto.
Narciso. No consiento.....
Ramon. Eh! por qué no?
Mi propuesta no es extraña.
Tambien tengo en la maraña
mi parte de culpa yo.
Si, halagando tus sentidos
con quiméricos placeres,
tú inventaste las mujeres,
yo he forjado los maridos.
Quidam. Eso me suena á epigrama.
Narciso. Lo merezco aunque me pica.
Ramon. Si es un necio el que publica
los favores de su dama,
¿qué será..... Mas tu talento
sacará, sin más sermon,
de esta severa leccion
un saludable escarmiento.

QUIÉN ES ELLA?

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Representada por primera vez en el Teatro Español el dia 7 de Diciembre de 1849 (*).

PERSONAS.

LA CONDESA.	QUEVEDO.
ISABEL.	GONZALO.
DOÑA MENCÍA.	MARTIN.
EL REY.	EL ALCAIDE.

DON ÁLVARO.

DAMAS, UJIERES, GUARDIA.

La accion se supone en Madrid, año de 1645.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de la Condesa. Puerta en el foro, que es la principal: otra lateral á la derecha: otra á la izquierda. Mesa de escritorio.

ESCENA I.

GONZALO.

[*Sentado á la mesa de escritorio.*]

Otra carta, y es la última,
al arrendador Ambrosio
García.—Cansan, aburren
tantas horas de escritorio.—
Hoy no he visto todavía
á la que es luz de mis ojos,
y ausente de su hermosura
no vivo, ó vivo en un potro.
La Condesa.....

ESCENA II.

GONZALO. QUEVEDO.

Quevedo. [*Entrando.*] Perdonad,
señor mio, si me tomo
la libertad.....

Gonzalo. [*Levantándose.*]
Caballero.....
Cielos, qué veo!.....

Quevedo. Este mozo.....
Sí, es Gonzalo.

Gonzalo. ¡Don Francisco
de Quevedo!.... Dios piadoso!....

(*) Mucho dió que hablar y discurrir, no sólo en los círculos literarios, sino entre los meros aficionados á los espectáculos dramáticos, y áun entre muchas personas que sólo tienen noticia de ellos por los anuncios de los diarios, el rigoroso incógnito que el autor de esta comedia guardó hasta concluida la primera representacion. No lo hizo, sin embargo, por el pueril deseo de singularizarse, ni por dar más importancia á su obra cubriéndola con el velo del

Tanta dicha!.... Permitid
que á esos piés.....
Quevedo. No me conformo.
Mis brazos están más cerca.

[*Le abraza.*]

Gonzalo. Yo los recibo con gozo
y con orgullo.
Quevedo. Á tu padre
retrata fiel ese rostro
juvenil; al tierno amigo
que vivo amé, y muerto lloro.
Gonzalo. Si vos le llorais, señor,
¿qué haré yo huérfano y solo.....
Quevedo. Eso no, miéntras yo viva.—
Mas, aunque me huelgo y honro
de verte, aquí no he venido
con semejante propósito.
Yo no te hacía en Madrid.....
Gonzalo. Emprendí el viaje más pronto
de lo que habia pensado.
No bien sacudido el polvo,
os busqué, pero sin fruto.
«Astro luciente del trono
de Felipe, apénas sale
de Palacio y sus contornos»,
me dijeron, y.....
Quevedo. Es verdad.
Felipe, que es generoso,
justo, apacible, magnánimo
cuando obedece á sus propios
instintos, hoy que ya libre
se ve del yugo ominoso
del funesto Conde-Duque,
ruina y baldon de su solio,
desagraviarme pretende
del no merecido encono
con que en mis ancianos dias
me ha perseguido el sañoso
privado. Yo que, no ha mucho,
gemia en un calabozo,
calumniado, enfermo y pobre,
hoy nadaria en un golfo
de honras y bienes, si fuera
mi corazon ambicioso.
Mas quien jamás codició
grandezas que engendran odios
y sobresaltos y crímenes
y escarmientos, sandio y loco
sería si tal hiciera
cuando tiene un pié en el hoyo.
Y no obstante la seráfica
modestia de que blasono,
heme aquí hecho un palaciego.
El Rey, á mi ruego sordo,
de la libertad me priva
por que suspiro y sollozo.
No se halla sin mí, y abruma
mis harto frágiles hombros
con su real benevolencia.
No sé, Gonzalo, si logro
tanta distincion á título
de amigo; pero es notorio
que más barato que yo
no lo ha de hallar en el globo.
Ni pedigüeño le canso
ni le molesto oficioso.—
Ó acaso tanto favor

---

misterio. Parecíale abusiva y perjudicial la costumbre contraria; esto es, la de apresurarse la prensa periódica á hacer constar quién ha escrito un drama cuando todavía está en borrador, y tal vez cuando apénas se ha bosquejado el plan. Pensaba —y qué hombre sensato no será de su opinion?—que si esto no es de aprobar cuando el interesado no lo autoriza, lo es mucho ménos el prevenir el juicio del público con alabanzas intempestivas que, por lo regular, comprometen más que favorecen, ó con censuras que no prueban mucho amor al prójimo de parte de quien tan oficiosamente las anticipa. El autor de *¿Quién es ella?* tenía además motivos particulares en aquellas circunstancias, y áun ántes, para desear que siquiera una produccion suya se juzgase por lo poco ó mucho que intrínsecamente valiera y sin preocupacion alguna favorable ó adversa respecto del individuo, ni de su escuela ni de sus antecedentes. El drama no es en su totalidad del género en que más habitualmente se habia ejercitado, y esta era otra razon que le movia á presentarlo anónimo; y hasta el título *¿Quién es ella?* sugiriéndole naturalmente la idea de otra pregunta análoga, la de *¿Quién es él?* le confirmó en su inocente propósito.

En las varias lecturas, tanto oficiales como privadas, que de esta hija expósita de Talía se hicieron, mereció encomios á que su pobre sigiloso padre no estaba tiempo habia muy acostumbrado; encomios harto superiores al mérito de la criatura, y es que sin duda lo suplia para excitar un interes desusado su cualidad de huérfana abandonada y desvalida. Y en verdad que no se la tuvo por de baja extraccion. Ningun padre se le atribuyó que no fuese ilustre en el Parnaso español contemporáneo, salvo el verdadero, á quien alguno acertó á aplicarla por completo, y muchos —esto era forzoso—achacaron una parte de ella: lo cual, y el figurar en la accion como personaje muy principal *Don Francisco de Quevedo*, hacía recordar aquel su famoso romance «*Yo el menor padre de todos los que hicieron ese niño,*» *etc.* «En esta letrilla, decian, en esas quintillas, en aquella escena se ve la mano de *Breton*; pero esta situacion interesante, estos endecasílabos filosóficamente tiernos..... no pueden ser de su cosecha; he aquí la pluma de H....;—este diálogo conceptuoso, incisivo, es evidentemente de R.....;—y ¿á quién se oculta el estilo de V...., su buen gusto y su tacto dramático, en más de un rasgo, en más de una peripecia.....» El autor, á cuya noticia llegaban estos juicios, y que muchos de ellos hubo de presenciar, por no hacerse sospechoso con su ausencia, veia muy satisfactoriamente cumplida una parte, la más importante de su designio; pero sufria indecibles angustias y tormentos, y no comprende cómo no le denunció su semblante; cómo no le acusaron hasta las palabras mal estudiadas con que negaba toda participacion en la obra; porque seguramente si de algo peca, no es de falta de sinceridad y sobra de cautela y disimulo. No era por cierto la menor porcion ni la ménos celebrada de la tarea la que sin disputa y casi unánimemente se le adjudicaba; pero al ver que de otras se le negaba la paternidad, tuvo que hacerse suma violencia para no protestar contra semejante decision, y recordar que en su larga carrera creia haber mostrado que, si en general y á fuer de poeta cómico, habia propendido con preferencia á hacer reir, no le eran desconocidos otros resortes del humano corazon; que no sin fruto habia en ocasiones procurado hablar de otro modo que con chistes dialogados al alma y á la imaginacion de los espectadores; que no hacía en algunas escenas de *¿Quién es ella?* su primer ensayo de *discreteo* quien ya lo habia manejado con aceptacion en otras muchas, y áun en comedias enteras; que ni en lo sentimental, ni en lo pintoresco, ni en lo patético, ni áun en lo terrible, probaba por primera vez sus fuerzas; y últimamente, que bien podia ser *único autor* de *¿Quién es ella?*, no obstante la diversidad de tonos á que su argumento

debo á ser hijo de Apolo;
que tambien Su Majestad
emplear suele sus ocios
en hacer versos, tal vez—
y esto quede entre nosotros—
no tan buenos como augustos.
Ni será extraño tampoco
que por su bufon me tenga.—
Dicen que soy tan gracioso!....
Mas volviendo á ti, querido
Gonzalo, no te perdono
no haber tomado hospedaje
en mi casa.

Gonzalo. Soy tan corto.....

Quevedo. La cortedad es bobada,
y en Palacio sobre todo.
Fray Modesto nunca asciende
á prior de San Jerónimo.
¡Ni haberme escrito dos letras
diciéndome cuándo y cómo
te habria de hallar! Al punto
hubiera hecho yo de modo
que me vieras en mi casa,
ó en la del Rey, sin estorbo,
á todas horas del dia.—
Pero, si no me equivoco,
tal está mi buen Gonzalo
que no ha menester patronos.
No te aconsejo que trueques
por el triste dormitorio
y parca mesa que puedo
yo ofrecerte, estos suntuosos
salones.—¿Eres —perdona
mi extraño interrogatorio—
pariente de la Condesa,
ó su agente de negocios?

Gonzalo. Soy su criado. La suerte
me deparó este acomodo.

Quevedo. Y no en oficios mecánicos
que puedan darte sonrojo
te ocupa, por lo que veo.
Bien! Es dama de alto bordo,
de esclarecido linaje
y de pingüe patrimonio,
y con favor en la corte!
Como que ejerce el honroso
cargo de aya de la Infanta.
Si le entraste por el ojo
derecho.....

Gonzalo. Preferiria,
ya que servir me es forzoso,
servir á Su Majestad.

Quevedo. Como cuestion de decoro,
lo apruebo; mas tan lucido
no estarás y tan orondo
como ahora, si dependes
de las arcas del Tesoro;
que, si algo dejan en ellas
asentistas codiciosos
y validos insolentes,
se gasta en cañas y toros.—
Pides algo al Rey?

Gonzalo. Mi padre
le ha servido con heroico
valor. Murió en Portugal
herido de aleve plomo;
y apoyándome en sus méritos,
ya que no puedo en los propios,

---

convida, el que, si habia producido comedias como *Un tercero en discordia*, *Un novio para la niña*, *El amigo mártir*, *El pro y el contra*, *Un dia de campo*, *Dios los cria y ellos se juntan*, y otras muchas de esta clase, tambien habia dado á luz *Elena* y *Don Fernando el Emplazado*; *Ella es él* y *Finezas contra desvíos*; *Muérete y verás* y *El cuarto de hora*; *La independencia* y *La batelera de Pasajes*.

Y qué diremos de las tretas que se pusieron en juego para sorprenderle ó arrancarle su secreto? ¿Qué de las interpelaciones con que á cada paso se le acometia? Fatigado, aburrido, se hubiera cien veces *espontaneado*, á no temer que luégo se le tildase de poco firme en su resolucion, y á no haberle animado con sus consejos y su ejemplo á perseverar en ella los señores *D. Ventura de la Vega* y *D. Juan Eugenio Hartzenbusch*, sus únicos confidentes; el primero en calidad de Comisario regio del Teatro Español, y el segundo en la de representante del autor para el repartimiento y ensayos de la comedia.

En obsequio de la brevedad, y por otros respetos, se suprimen muchos incidentes que no dejaron de ser curiosos, ni de contribuir á que el poeta se arrepintiese de tan ímproba tentativa, y diese á mil diablos el momento en que se le ocurrió. Pero no es para omitida la mayor de las penalidades que por consecuencia hubo de imponerse; la de asistir *coram populo*, en un palco (que pagó, por supuesto) á la primera representacion; ¡él, que cuando se estrena alguna composicion suya no encuentra rincon bastante tenebroso y oculto donde esconderse para esperar allí el fallo del auditorio!.... Suplicio fué aquel que no bastarian á resarcir todas las ovaciones del mundo; y si el autor afirma que cuando se le nombraba por fin en la escena, y benévolos los oyentes instaban por que se presentase en ella, él se encerraba en su casa calenturiento y convulso, no dirá más ni ménos que la pura verdad. ¡Y hubo todavía quien acriminase su reserva, que en último resultado á nadie sino á él mismo habia de perjudicar! ¡Hubo censuras, y sarcasmos y pullas contra un acto, ya que no de laudable modestia, al ménos de legítima prevision, cuando impunemente se suele con frecuencia pecar en el extremo contrario! Si con su incógnito podia esperar el poeta que algunos de sus encarnizados y sistemáticos enemigos dejasen de serlo por espacio de algunas horas, ¿no se privaba de la predisposicion favorable de los muchos que le honran con su amistad? La misma curiosidad tan vivamente excitada ¿no habia de causar alguna distraccion á espectadores no habituados á que en esta parte se tarde tanto en satisfacérsela hasta la saciedad? Y, como fundadamente lo apunta *el Sr. Hartzenbusch* en su prólogo á la presente coleccion, esa curiosidad ¿no habia de redundar en detrimento del mayor interes con que sin ella se hubiera oido el drama? Al paso que la conducta del autor fué por algunos tan severamente calificada, otros, que no le quieren mal, sintieron que no siguiese callando *siquiera quince dias más*.—Pero él declara que está muy cordialmente pesaroso de haber osado introducir tan impertinente y subversiva novedad en la república de las letras, y jura que no volverá á gravar su conciencia con tan enorme delito.

La mayoría de los periódicos juzgó despues la comedia más ó ménos favorablemente; otros la trataron sin misericordia: todos estuvieron en su derecho; y él autor, que no gusta de entablar polémicas en defensa de sus escritos, nada nuevo podria añadir á los notables artículos que su buen amigo *el Sr. D. Manuel Cañete* publicó á la sazon en *El Heraldo*, desvaneciendo todos los cargos aducidos contra *¿Quién es ella?*, y tanto y de tal modo, que, áun más que docta refutacion, fué la suya apasionada apología.

pidó la contaduría
de alcabalas de Logroño;
mas no espero.....

Quevedo. Por qué no?
Para destino tan módico
presumo que bastará
el influjo de que gozo.
Mejor te lo ofreceria,
á fe de amigo y de prójimo;
pero yo no soy ministro
ni con ministros me rozo,
sino poeta, y poeta
que no, como suelen otros,
me alimento de ficciones
y de figuras y tropos,
sino que hago profesion
de decir sin circunloquios
por escrito y de palabra
verdades de tomo y lomo.
Así estoy yo de medrado!
Camino tan escabroso
no allana, Gonzalo amigo,
la cumbre del Capitolio.
Pero á tal corte has llegado
y en tiempo tan delicioso,
que para ti, apuesto jóven,
bien nacido y nada bobo,
pueden ser flores risueñas
de la vida los abrojos.
Si un dia Marte, hoy es Vénus
el astro que aquí..... Á propósito,
tienes ya empleo en Madrid?
Hablo de empleo amatorio.

Gonzalo. Tal vez.

Quevedo. ¿Y qué corazon,
si no es de piedra ó de corcho,
no paga en Madrid tributo
á Mundo, Carne y Demonio?
Gonzalo, el mar de la corte
está erizado de escollos.
Las Circes y las sirenas
bogan armadas en corso
á caza....; ellas dicen de almas;
yo, del vellocino de oro;
y más que Ulíses sagaz
y muy experto piloto
ha de ser el que no sea
de su despejo despojo.
Mas no todas son del gremio
de santo *Tomás* apóstol;
tambien *Dante* tiene alumnas.....
que ya pasan del otoño.—
Te ries? No aludo á tu ama,
que no soy tan malicioso.
Ni de ella puede decirse
lo de «á un descosido un roto»,
que es dama de muchas prendas...,
y está en el segundo tomo
de la hermosura; es decir,
si no en su Mayo, en su Agosto.

Gonzalo. Siempre maligno y zumbon!....

Quevedo. El mundo es jaula de locos,
Gonzalo mio, y prefiero,
filósofo por filósofo,
á lagrimones de Heráclito
carcajadas de Demócrito.—
Pero háblame con lisura:
¿te mira con buenos ojos
la Condesa?

Gonzalo. Cada dia
me da nuevos testimonios
de su extremada bondad.
Soy su indigno mayordomo,
su secretario, tal vez
su amigo.....

Quevedo. Ya: su *factótum*....
Di de una vez, soy su amante,
y *finis coronat ópus*.

Gonzalo. No merezco tanto honor.

Quevedo. Por qué no? Dios poderoso,
á los pobres y á los ricos
nos formó del mismo lodo.

Gonzalo. Ni, dado que yo inspirase
sentimientos amorosos
á tan ilustre señora,
correspondiera.....

Quevedo. (Es neófito!....)
Déjate querer.

Gonzalo. Habria
de sacrificar.....

Quevedo. Qué oigo!

Gonzalo. Á sus favores.....

Quevedo. La hacienda?
Ántes saldrias de ahogos
con la suya. La honra acaso?
No veo ningun desdoro
en ser conde. La conciencia?
No es pecado el matrimonio;
ántes será expiacion
si, como opinan los doctos,
se pasan con él en vida
las penas del purgatorio.

Gonzalo. No es eso.....

Quevedo. Ah...., la libertad!
Bien, hijo! Apruebo y encomio
esa altiva independencia
digna de un ánimo estoico.
No te esclavices jamás,
Gonzalo, á ese lindo monstruo
que llaman mujer. Sé libre.....

Gonzalo. Ese sería mi voto,
si ya un dulce cautiverio
no me hiciera venturoso.

Quevedo. Qué dices, incauto jóven?
¿Amas.....

Gonzalo. Sí, señor, adoro
con firme y casta pasion
á una mujer.....

Quevedo. Ya supongo.

Gonzalo. Bien nacida.....

Quevedo. Pero ¿pobre
como tú?

Gonzalo. Sí, los dos somos
huérfanos.....

Quevedo. Muy bien! Será
la gloria vuestro consorcio;

y si con mutuos requiebros
no dais calor al estómago,
al ménos nada tendreis
que echaros el uno al otro
en cara.

Gonzalo. Es un ángel!

Quevedo. Sí?

Gonzalo. Y á la hermosura del rostro
áun excede la pureza
del alma. El cándido copo
de la nieve, el aura suave
que halaga al tierno pimpollo,
no son.....

Quevedo. Ya entiendo. Suprime
el idilio obligatorio.
¿Quién al hablar de su amada
escasea los piropos?
Cuando una mujer nos flecha
tenemos la vista todos,
para sus gracias, de lince;
para sus faltas, de topo.
Pero si os quereis los dos,
y, ella modesta y tu sobrio,
tú por un palmo de cara
dejas todo el territorio
de un condado; y ella siendo
tan bella—raro fenómeno!—
se resigna á ser consorte
de un alcabalero, *Dóminus
vobiscum.*—Voy ahora mismo
á hacer que despachen pronto
tu memorial. Ve mañana
á Palacio.....

Gonzalo. Ah! yo me postro.....

Quevedo. Quieto!—Á las once.

Gonzalo. Está bien.

Quevedo. Emplearé más gustoso
el tiempo en obsequio tuyo
que en los frívolos coloquios
de una visita de pura
etiqueta; que á esto solo
venía.

Gonzalo. Sois mi segundo
padre.

Quevedo. Oh! sí.

Gonzalo. Mi ángel custodio.

Quevedo. Basta. Adios!

[*Vuelve á abrazarle.*]

Gonzalo. Guárdeos el cielo.

Quevedo. [*Yéndose.*]
(Pobre mozo! pobre mozo!)

ESCENA III.

GONZALO.

Se burla de mis amores!
Achaque de años mayores.
Su corazon está yerto,
y es predicar en desierto
pedir al invierno flores.
Mas mudará de opinion
quizá, que al fin es discreto,
y aprobará mi pasion
cuando vea el dulce objeto
que me abrasa el corazon.
¿Qué es el ajado oropel,
qué es el orgulloso porte
y la envenenada miel
de las damas de la corte
al lado de mi Isabel?
¿Son por ilustres más bellas
algunas que en las estrellas
ponen las ejecutorias?
Pergaminos son sus glorias.....
y pergaminos son ellas.
Amor manda que me rinda
á la que en el sí y el nó
desnuda el alma me brinda,
y sólo sabe que es linda
porque se lo digo yo.
En dulce conformidad
para uno nos hizo Dios,
y á tanta felicidad
nos llama hasta la orfandad
en que gemimos los dos.
Así con igual ternura
nos dió la naturaleza
en la comun desventura
el crisol que nos depura
de toda humana flaqueza.
Así el amor que á tus piés
juro, y pagas tú, alma mia,
no es una vil mercancía
de que el sórdido interes
hace torpe granjería.
Sólo así viva la llama
se alimenta y sin perfidia;
porque desigual la dama,
cuando pide nos fastidia
y cuando da nos infama.

ESCENA IV.

GONZALO. LA CONDESA.

Condesa. Don Gonzalo!

Gonzalo. (Ah! la Condesa.)
Señora, yo.....

Condesa. Extrañaréis
mi tardanza.....

Gonzalo. Yo, señora!
Faltaria á mi deber
de humilde y leal criado
si osara.....

Condesa. (Qué sencillez!)
Sabeis que yo no os confundo
con la mercenaria grey
que me sirve.

Gonzalo. Agradecido,

al cielo ruego que os dé
largos dias de ventura
y.....

Condesa. Mil gracias. Ahora bien,
la causa de mi tardanza
no ha sido ningun cruel
accidente.....

Gonzalo. Ah! Sea Dios
loado y bendito.....

Condesa. Amén!
(Cielos! ¿es esto cariño,
ó cristiandad...., ó sandez?)
Más de lo que yo esperaba
hoy me ha detenido el Rey.

Gonzalo. Yo tengo ya despachado
todo el correo de ayer.
Sólo falta.....

Condesa. Bien; no hay prisa.

Gonzalo. [*Acercándose al escritorio.*]
Podeis firmar, si quereis,
estas cartas.....

Condesa. Urgen mucho?

Gonzalo. No.

Condesa. Firmarémos despues.

Gonzalo. Pues si licencia me dais.....

Condesa. [*Despues de vacilar un momento.*]
Bien: id con Dios.

[*Se sienta.*]

Gonzalo. (Oh Isabel!)

Condesa. (Evitemos el peligro.....)

Gonzalo. La firma ¿á qué hora.....

Condesa. Á las tres.

Gonzalo. El cielo os guarde.

Condesa. (¡Ah, no puedo.....
El alma se va tras él.)
Oid.....

[*Gonzalo vuelve.*]

Quiero consultaros
un negocio de interes....,
si no os molesto.

Gonzalo. Señora,
nunca á mí..... (Cómo ha de ser!)

Condesa. (Sondearé su corazon.)

Gonzalo. Sobre el soto de Aranjuez?

Condesa. No. Más arduo es el asunto.—
Pero por qué estais de pié?

Gonzalo. El respeto.....

Condesa. [*Impaciente.*] Oh!.... Bien pudiera
el que en la corte es novel,
por sobrado respetuoso
culparse de descortes.

Gonzalo. Perdonad. No fué mi intento
desairar..... Me sentaré.

[*Se sienta.*]

Condesa. (~~Necia he~~ sido en ofenderme
de su amable timidez.)
Estadme atento, Gonzalo.
Dos años ha que enviudé,
y no son tantos los mios
que me hayan de reprender
lenguas malignas si al yugo
otra vez doblo la sien.
Con mi nombre esclarecido
grandes bienes heredé,
y no quisiera dejarlos
á parientes que tal vez,
ó no me aman, ni yo á ellos,
ó no los han menester.—
Qué me aconsejais, Gonzalo?

Gonzalo. Señora, difícil es
aconsejar en tan grave
materia, y más para quien,
falto de años y de ciencia
como yo.....

Condesa. No os excuseis.
Sois adicto á mi persona:—
lo debo al ménos creer.

Gonzalo. Yo os juro.....

Condesa. En vuestra alma noble
no cabe infame doblez,
ni la embriaga y la fascina
el orgullo del saber.
¿Qué consejero mejor
pudiera elegir?

Gonzalo. Pues ¡qué!
¿no teneis otro, señora,
á cuya suprema ley
so pena de eterno llanto
habreis al fin de ceder?

Condesa. (Oh cielos!....) Cuál?

Gonzalo. Vuestro propio
corazon.

Condesa. Sí, mas tambien
tiene la razon sus fueros,
y es forzoso.....

Gonzalo. Ya lo sé;
y mejor que yo advertirlo
es que vos lo recordeis.
Si en combate tan terrible
os hallais, y ha de vencer
la razon, yo os aconsejo,
señora, que no os caseis.
Conservad vuestra dichosa
libertad; que á una mujer
como vos honran, no afrentan,
las tocas de la viudez.

Condesa. (¡Oh palabras de consuelo....,
si no son pérfida red
de quimérica esperanza!
Me exhorta con viva fe
á no dar mi mano..... Ay Dios!
¿mudará de parecer
si lee al fin en mis ojos
que la guardo para él?)

Gonzalo. (Calla! ¡Plegue á Dios que entienda
que no la quiero entender!)

Condesa. Muy cuerdo es vuestro dictámen;
que es triste consorcio aquel
que en la razon ó en el cálculo
halla su único sosten.
Pero si triunfa el amor,

como suele suceder,
de esa razon impotente
que le disputa el dosel,
qué me diréis, don Gonzalo?

Gonzalo. Señora..... que no os caseis.

Condesa. ¡Ni á la razon ni al amor
me es lícito obedecer!
Luego, si el único puerto
me vedais que en el tropel
de las humanas pasiones
me pudiera guarecer,
á mi opinion ó á mi dicha
por siempre renunciaré.

Gonzalo. Señora!....

Condesa. Mas no creais
que tan opuestos estén
en mí esos dos sentimientos
que á rigoroso nivel
quereis sujetar. Supongo
que vos no confundireis
con la razon verdadera
el sofístico oropel
que llàman razon de estado.
Prendas pudiera tener
el objeto de mi amor
con que cien veces y cien
supliera el fastuoso título
de un marqués..... sólo marqués.
Amor, que no reconoce
límites á su poder,
iguala la humilde choza
con el alto chapitel.
El amor, hijo de Dios,
y Dios acaso tambien,
es la ambrosía celeste
que dulcifica la hiel
de nuestra mísera vida:
es el bello rosicler
que este valle de tinieblas
convierte en risueño Eden:
contra el rigor del destino
es el más fuerte broquel:
él sagaz descubre méritos
que el mundo olvida ó no ve:
él la apacible modestia
premia, y su pálida tez
desgarra la baja envidia
cuando de mirto y laurel
ve coronada la frente
que blanco á su saña fué.
¿Qué me importaria á mí
la desdeñosa altivez
con que algun necio, prendado
de su gótico paves,
murmurase de mis bodas
porque no las hice, á fuer
de rica hembra de Castilla,
con algun primo del Rey?
Yo, ufana de mi eleccion,
le sabria responder:
Ved aquí el dueño adorado
que cautiva mi alma; ved
si más apuesto mancebo
y más digno de honra y prez
inventar puede el buril
ni imaginar el pincel.
Si no es grande de Castilla
ni infanzon aragones,
prendas y brios le sobran
con que lo pudiera ser;
y en fin, yo le quiero y basta;
y pues no hay razon ni ley
que acate el libre albedrío
para amar ó aborrecer,
de mi propio corazon
yo sola quiero ser juez.

Gonzalo. No os censuro yo; os admiro.
Pero vos que encareceis
tanto el poder del amor—
y quién lo resiste, quién?—
mirad, señora, que es ciego;
mirad no os lleve al traves
de su venda engañadora
donde naufrague el bajel
de vuestra dicha. Mirad
si el que os dignais de ascender
á vuestros amantes brazos
no recibe harta merced
en permitirle que sea
de vuestra planta escabel.
Mirad que un dia vos misma
quizá os arrepentireis.....

Condesa. No, jamás! Podrá mi frente
ceñir funesto cipres
en vez de nardos y rosas,
si con injusto desden
paga mi ternura inmensa
el hombre á quien solo amé;
mas ya en mi arbitrio no está
el dejarle de querer;
que amor le grabó en el alma
con inflamado cincel.

Gonzalo. (Oh tormento! oh desventura!)
Señora..... (Qué le diré?)

Condesa. Conmovido estais.

Gonzalo. Sí!

Condesa. Hablad.

Gonzalo. Excusadme.....

Condesa. Qué temeis?
Hablad: lo exijo.

Gonzalo. El respeto
pone á mi labio un cancel.

Condesa. Doleos de mi martirio,
y aunque apure hasta la hez
la copa de la amargura.....

Gonzalo. No la pruebo yo tambien?
¿No os dice harto mi silencio
si lo quereis comprender?

Condesa. Mas ¿cuya será la culpa
si no lo interpreto bien?
Yo os abro mi corazon,
y del vuestro nada sé.

Gonzalo. Vos pedis una respuesta,
y yo podria á mi vez
haceros una pregunta
con que os pudiera ofender.

Condesa. Para salir de este empeño
sobrado ingenio teneis,
sin forzarme á que deponga
privilegios de mujer.
Gonzalo. No es de ingenio esta cuestion,
señora: bien lo sabeis.
Condesa. (Oh suplicio!)
Gonzalo. Sólo un hombre
la pudiera resolver,
y..... si ese hombre..... no soy yo...
Condesa. Seaislo ó nó, responded.
Gonzalo. Pues bien, si yo, por acaso,
fuese el oscuro doncel
que desde el polvo en que yace
os pluguiera enaltecer
hasta la elevada esfera
donde sol resplandeceis,
turbado, absorto, confuso
me postrara á vuestros piés.....

[*Lo hace.*]

Condesa. (Alma, respira!)

Gonzalo. [*Besando enternecido la mano de la Condesa.*]
Y bañando
la mano que me tendeis
bondadosa en tiernas lágrimas
de gratitud.....
Condesa. (Oh placer!)
Gonzalo. Diria: Guardad, señora,
tan acrisolada fe
para quien con otra igual
la pueda corresponder.
Condesa. (Gran Dios!)

[*Se levanta.*]

Gonzalo. Sellad esta frente,
que alzar á vos no osaré,
con hierros de esclavitud;
y si por sincero y fiel
á mi despecho os agravio,
de mi vida disponed.
Dad un tósigo á mi pecho
ó á mi garganta un cordel;
mas.....
Condesa. Basta! Oh rubor!..
Gonzalo. ¿Qué digo!
Despreciadme.
Condesa. [*Con imperio.*] Alzad!.... Sí haré.

[*Se levanta Gonzalo.*]

Gonzalo. Así! Triunfad de vos misma
y admitid mi parabien.
Condesa. Eh, callad! (Perdida soy!)
¿Cómo, villano soez,
osais..... Mas tanto no debe
mi cólera descender,
que honre con ella de un sandio
la extraña ridiculez.

Gonzalo. Señora!

Condesa. [*Con risa forzada.*]
¿Tan alta estima
de vuestra persona haceis,
que fundando sobre el aire
otra torre de Babel,
por mí os juzgais recuestado
de amores que no soñé,
y en conflicto tan terrible
vuestro pudor defendeis
con la rudeza de Hipólito
y la virtud de José?
Gonzalo. Yo erré, señora. Ya veo
que esto ha sido un entremes.....
Condesa. En que habeis equivocado
(oh angustia!) vuestro papel;
mas de un modo tan donoso,
que siempre celebraré.....
Gonzalo. Yo tambien celebro mucho
el error que escarneceis;
pero huiré la contingencia
de volverlo á cometer.
Calificadme de necio
en buen hora. Yo no sé
si merezco ó no ese apodo;
pero me basta saber
que si aceptándolo os sirvo,
debo ufanarme con él;
que á mí no ha de estarme mal
lo que á vos os está bien.

ESCENA V.

LA CONDESA.

[*Déjase caer en un sillon con el mayor abatimiento luégo que Gonzalo desaparece.*]

No puedo más! Me desprecia!
Por qué el labio no fué mudo?
El silencio era mi escudo.—
Ay desventurada! ay necia!
Mas si á morir me sentencio,
¿qué importa en trance tan fuerte
que la voz me dé la muerte
ó que me mate el silencio?
Al ménos ese cruel
por quien mi amor desvaria,
cuando vea mi agonía
sabrá que muero por él;
y acaso por gratitud,
si su alma ahora es tan yerta,
alguna lágrima vierta
sobre mi negro ataud.

[*Se levanta.*]

No! Mi desventura extrema
pide al que así me escarnece,
no que difunta me rece,

sino que airada me tema.—
Ay! ni este acerbo placer
dará alivio á mi pesar;
que mal se puede vengar
quien no sabe aborrecer.—
Ni es un crímen su desvío.
¿Con qué ley, con qué razon
mandara en su corazon
yo..... que no mando en el mio?
¿Por qué á su noble entereza
achacar mi desventura,
y no, ay Dios! á mi locura
y á mi humillante flaqueza?
¿Acaso su labio mismo,
que tan mal interpreté,
no era rémora á mi pié
cuando corria al abismo?—
Quizá algun dia se apiade
de mí; quizá la ambicion
seduzca su corazon
si mi amor no le persuade.—
Pero en tanto, ay Dios! se aleja
herido de mi despego.
Injusta seré si niego
satisfaccion á su queja.

[*Toca una campanilla.*]

¿Otra vez, alma cobarde,
te rinde vana ilusion?
¿Por qué al fin de la razon
no oyes el grito?... Ah! Ya es tarde.

ESCENA VI.

LA CONDESA. MARTIN.

Martin. Mando Ucencia.
Condesa. Ven acá.
(Así á un ingrato me humillo!)
Qué hace Gonzalo?
Martin. Su hatillo.
Condesa. (Oh Dios!)
Martin. Dice que se va.—
Y es cosa que me ha pasmado;
que en todos sus menesteres
aquí está á cuerpo qué quieres,
y es más señor que criado.—
Le habrá despedido Ucencia.
Condesa. Yo..... Creo que sí.
Martin. Lo dije!—
Pues creo que no se aflige
por perder la conveniencia.
Al contrario, muy en sí,
y con cara, no abatida,
sino de pascua florida.....
Condesa. Bien, bien. ¿Qué se me da á mí.....
Martin. Y con gozo estrafalario
le he visto sacar del pecho
una cosa..... que sospecho
si será algun relicario,
y miéntras doy á su ajuar
colocacion oportuna,
besar la efigie con una
devocion particular.
Condesa. Una efigie!.... Tú la has visto?
Martin. Sí, señora, y en conciencia
puedo asegurar á Ucencia
que no es la de Jesucristo.
Por lo hermosa puede ser
un ángel del Paraíso,
si es creible, ó si es preciso
que un ángel sea..... mujer;
y si á los ángeles buenos
no pertenece la estampa,
Vírgen es la que allí campa,
sobre poco más ó ménos.
Condesa. (Ama á otra el inhumano!
Yo lo debí recelar.)
Martin. Mas su modo de rezar
tiene un si es no es de profano.
¿Qué sé yo!.... Aquel regocijo.....
Salvo el «bendita tú eres
entre todas las mujeres»,
que eso bien claro lo dijo,
juro á fe de esclavo vuestro
que en su boca no se oia
ni jota de ave María
ni pizca de padrenuestro.
Condesa. (¡Me reservaba mi estrella
este horrible torcedor!
Otra me roba su amor!
Yo morir, y triunfar ella!)
Martin. Si Ucencia no manda nada.....
Condesa. Martin, yo quiero saber
el nombre de esa mujer,
su condicion, su morada.
Martin. Ah, es mujer!.... Ya saco el hilo....
No es el corte de la saya
de ángel ni.....
Condesa. Cuando se vaya
le seguirás..... con sigilo.
Yo te premiaré.
Martin. Se entiende.
Condesa. Toma bien las señas.....
Martin. Sí;
y áun sin moverme de aquí
doy ya con la dama duende.
Cartas que vienen y van.....
Sin saberlo he sido yo
correo.....
Condesa. Ah! La has visto?
Martin. No;
no he pasado del zaguan.—
Ucencia por compasion
querrá excusarle petardos
y que se ande á picos pardos.....
Condesa. [*Impaciente y agitada.*]
Bien está!....
Martin. Qué corazon!
Condesa. [*Como poseida de una idea repentina.*]
(Ah! El Rey... Mi influjo en Palacio...

Si!) No le pierdas de vista.
Martin. Yo le seguiré la pista.....

[*Mirando adentro.*]

Áun está allí. Va despacio.
Condesa. (Un mismo dardo nos hiera.)
Martin. Ucencia sabrá muy pronto
todo lo que hay. Soy yo tonto?
(Y más de lo que quisiera.)
Condesa. (Infiel, tu loca esperanza
sabré yo frustrar tambien,
y pues lloro tu desden,
tú llorarás mi venganza.)

ESCENA VII.

MARTIN.

He aquí un chisme..... venial,
que, si el demonio lo enreda,
va á mover más polvareda
que una batalla campal.

ACTO SEGUNDO.

Cámara Real en el palacio de Madrid. La puerta de antecámara en el foro: la de las habitaciones privadas del Rey, á la derecha: la del cuarto de la Infanta, al mismo lado, más hácia el foro: otras dos puertas laterales á la izquierda.

ESCENA I.

EL REY. QUEVEDO.

[*Quevedo aparece; el Rey sale con un papel en la mano.*]

Quevedo. Señor!.....
Rey. ¡Salud al insigne
Quevedo!
Quevedo. Á esos piés.....
Rey. [*Deteniéndole.*] Alzad.

[*Dándole el papel.*]

Con mi concedido al márgen
os devuelvo el memorial
de vuestro cliente.
Quevedo. Doy
á vuestra Real Majestad
las gracias..... y el parabien
por un acto en que á la par
brillan su recta justicia
y su ingénita bondad.
En mozo honrado y discreto
así el mérito premiais
de su padre, que lidiando
treinta años por tierra y mar,
en defensa de su Rey
vertió su sangre leal.
Rey. ¿Qué en efecto era valiente
soldado?
Quevedo. Y tal que quizá,
inmolado á la impericia,
por no decir algo más,
del maldito Conde-Duque,
á vos y al reino fatal,
fué el último veterano
que sin dar un paso atras
moribundo os saludó
monarca de Portugal.
Rey. Sin ese triste recuerdo
con que el alma me ulcerais,
para tan corta merced
sobraba á mi ánimo real
la intercesion de un amigo,
á quien yo deseo dar
pruebas más calificadas
de mi liberalidad.
Quevedo. Para quien nada ambiciona
hartas son las que me dais.
Basta á un hidalgo caduco
la Torre de Juan Abad;
á un filósofo sus libros;
á un poeta un madrigal;
y á un caballero cristiano

[*Mostrando la cruz de Santiago.*]

esta insignia militar,
que es terror de los herejes
y *exi fóras* de Satan.
Así, sin que vuestra gracia
coarte mi libertad,
podré, exento de envidiosos,
vivir y morir en paz.
Rey. Sea, pues vos lo quereis.—
Y ahora ¿en qué os ocupais,
príncipe de los satíricos
castellanos?
Quevedo. Pche!
Rey. Mostrad
una de esas invectivas

en que sabeis asociar
á la elegancia de Horacio
el nervio de Juvenal.
Qué tenemos? Prosa, ó verso?
¿Qué jácara de rufian,
qué alguacil *alguacilado,*—
adjetivo singular
que sólo inventar pudieran
vuestro ingenio y vuestra sal—
ó qué doctor antropófago,
ó qué escribano rapaz
son blanco de vuestros tiros?

Quevedo. Acabo de emborronar
una letrilla incorrecta.....

Rey. Contra quién, vate mordaz?

Quevedo. Quizá no es para leida
á un monarca tan galan.

Rey. No puede á mí disgustarme
cosa que vos escribais,
amigo mio.

Quevedo. ¿Aunque sea
contra las hijas de Adan?

Rey. Otra vez? Pobres mujeres!
Sois su enemigo mortal.

Quevedo. No, pero juez inflexible,
digo siempre la verdad.

Rey. Leedme pues la letrilla,
y luégo que concluyais,
defendiendo yo á las damas
seré juez más imparcial.

Quevedo. [*Sacando un papel y leyéndolo.*]

Cuentan de un corregidor,
nada bobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte ó robo,
atajaba al escribano
que leia la querella,
diciéndole: Al grano, al grano!
Quién es ella?

Y como hombre procedia
de gran seso
quien tal actuacion ponia
por cabeza del proceso;
que en vano más de una vez
se sigue al crímen la huella
por no preguntar el juez:
Quién es ella?

En todo humano litigio—
no hay remedio!—
á no obrar Dios un prodigio,
habrá faldas de por medio:
danza en todo una mujer,
casada, viuda ó doncella;
luego el hito está en saber
Quién es ella.

Si Adan perdió el Paraíso, (*)
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana ó breva.
Desde entónces con profundo
pesar pudo conocella;
desde entónces sabe el mundo
Quién es ella.

Si ves hecho polvo el muro
que fué Troya,
merced al griego perjuro
y á su bélica tramoya,
suspende el fallo severo
entre esta nacion y aquella
hasta que te diga Homero
Quién es ella.

Si á Blas, no el lazo, la albarda
de Himeneo
sólo de su hacienda guarda
lo arrepentido y lo feo,
no preguntes: ¿Cómo Blas
nació con tan mala estrella?
Pregunta, y acertarás:
Quién es ella?

Si en la calle siento ruido
de camorra,
y algun *quídam* mal herido
grita: No hay quién me socorra?
Requiescat digo al difunto,
doy paso al que le atropella,
y en la taberna pregunto:
Quién es ella?

Si ves postrado en el lecho
del dolor
á algun mozo de provecho,
no le preguntes, doctor,

(*) Hay en esta estrofa una incorreccion, que consiste en estar asonantados entre sí todos los versos pares. Ha procurado el autor construirla de nuevo, y no lo ha sabido hacer sin detrimento del concepto ó de la expresion. La ha dejado pues como estaba; y si en efecto esta letrilla, unánimemente celebrada, no desdice mucho de las que escribió el personaje en cuya boca se pone, permítase al poeta moderno alegar en descargo del indicado defecto lo frecuente que era en los poetas castellanos de otros siglos y en el mismo *Quevedo*. Para probar este aserto se pudieran multiplicar citas; pero bastarán los siguientes versos de la letrilla que lleva por estribillo Y NO LO DIGO POR MAL, una de las mejores de tan eminente escritor.

Con más barbas que desvelos
el letrado caza puestos;
la caspa alega por testos;
por leyes cita los pelos.
A puras barbas y duelos, etc.

Aquí, no sólo están las rimas asonantadas, sino que no hay versos intermedios que atenúen el mal efecto de la asonancia. Pero ¿qué son este y otros leves lunares, en que por inadvertencia incurrian hombres de ingenio tan superior, comparados con las infinitas bellezas de pensamiento y de estilo que brillan en sus obras?

qué reuma ó qué tabardillo
en su salud hizo mella;
pregúntale—es más sencillo—
Quién es ella?

Es un sexo amable, lindo....,
sí, una plata;
yo lo confieso...., y prescindo
de la vieja y de la chata;
pero escamado y cobarde
digo ¡zape! á la más bella;
que temo saber ¡muy tarde!
Quién es ella.

Rey. Escrita está con veneno.
Quevedo. Señor, yo.....
Rey. Qué pertinacia!
Quevedo. Si vos.....
Rey. Aplaudo la gracia,
mas la doctrina condeno.
¡Tratar con fiero desden
á un sexo tan celestial!
Juzgais á las hembras mal.
Quevedo. Porque las conozco bien.
Rey. Á mozuelas embaidoras
tal vez.
Quevedo. Yo.....
Rey. Sed más sincero;
no midais por un rasero
á justas y á pecadoras.
Quevedo. Desgracia mia será.....
Cada cual acá en Iberia
habla, Señor, de la feria
segun en ella le va.
No espere en noble conquista
las rosas de Citerea
un pobre hidalgo de aldea
corto de bolsa y de vista;
mas príncipe tan bizarro,
y emprendedor como Jove,
no es mucho que á Vénus robe
las palomas de su carro.
Quien caza con tales redes
no es mucho que al lauro aspire,
ni que virtudes inspire
el que derrama mercedes.
Rey. No es triunfo de buena ley
triunfo que estriba en un nombre;
que tal vez usurpa el hombre
los lauros que ciñe el Rey.
Quevedo. No el que merece *in utroque*
como vos.....
Rey. Lisonja.
Quevedo. No.
Pero un pobre como yo,
que no soy ni Rey ni Roque.....
Rey. ¿Por qué teneis tanto miedo,
por qué tan mala opinion
de la mujer?—Ah!.... Chiton!
Casado fuisteis, Quevedo.
Quevedo. Permitidme repeler
ese punzante epigrama;
que mi esposa fué muy dama
y muy honrada mujer.
Rey. Lo sé.
Quevedo. Á no serlo.....
Rey. Advertid
que es chanza.....
Quevedo. Muerto la hubiera,
como maté á la pantera
que fué terror de Madrid.
Mas si en su justa alabanza
mi fe nupcial se acrisola,
ella al fin era *una sola*....,
y se llamaba *Esperanza!*
Muerta la *Esperanza* mia,
¿dónde, plebeya ni hidalga,
dónde hallar otra que valga
lo que mi esposa valia?
Rey. Sí tal, si se buscan bien
y se juzgan sin pasion.
No ha de faltar ocasion,
si vivis y yo tambien,
en que confesar os haga.....
Quevedo. Muy difícil me parece.
Rey. Pero.....
Quevedo. Me quedo en mis trece.
La mujer es una plaga.....
Vuelvo á mi corregidor
y á su constante refran.
Si malas nuevas me dan,
sintiendo al punto el olor
de alguna toca traidora,
de alguna pícara saya,
diré *¿quién es ella?*
Ujier. [*Á la puerta del foro.*]
El aya
de la Infanta mi Señora.
Quevedo. [*En voz baja.*]
Será agüero?.... Ojo avizor!
Rey. [*Al ujier y este se retira.*]
Que éntre.
[*Á Quevedo.*]
¿Qué puedo temer
de ella?
Quevedo. ¿Qué sé yo!.... Es mujer.
Condesa. [*Á la puerta.*]
Dios guarde al Rey mi Señor.

ESCENA II.

EL REY. QUEVEDO. LA CONDESA.

Rey. Entrad, querida Condesa.
Bella venis y radiante
como nunca.
Condesa. No merece,
Señor, quien tan poco vale
ese halagüeño saludo.
Viuda.....
Rey. Pero muy amable.

Yo apuesto á que don Francisco
es de mi propio dictámen.
Condesa. Perdida soy si él me juzga.
Quevedo. Por qué? ¿Tan poco galante
soy yo?
Condesa. Odiais á las mujeres.
Quevedo. Pero adoro á las deidades.
Rey. Si á pedir alguna gracia
venis á quien nada sabe
negaros, me holgara mucho
de que en ello fuese parte,
Condesa, el dulce propósito
de contraer nuevo enlace.
Condesa. (Oh Dios mio!) No, Señor.
Bien me estoy así.
Rey. No obstante.....
Condesa. Permitid que os manifieste
el objeto que me trae
á vuestras plantas. La augusta
Princesa, mi interesante
alumna, doña María
Teresa de Austria, á quien guarde
Dios mil años.....
Rey. Qué sucede?
Hablad.
Condesa. No se sobresalte
Vuestra Majestad. La tierna
Infanta, robusta y ágil,
á sus años se adelanta
en ingenio y en donaire,
y ya, aunque niña, da muestras
de su preclaro linaje.
Rey: Decidme pues.....
Condesa. Habeis dado
licencia para casarse
á Constanza su menina,
y es fuerza que esta vacante
se provea.
Rey. Sí, es verdad.
No quiero que nada falte
á mi hija.
Condesa. Si ya no habeis
concedido honor tan grande
á otra persona, una jóven
os propondré que reemplace
á Constanza dignamente.
Rey. No he dado palabra á nadie.....
Condesa. (Albricias!)
Rey. Y agravio haria,
Condesa, á vuestro carácter
de aya de mi hija, y al celo
con que la servís de madre
desde que perdió la suya,
que en eterna paz descanse,
si en cuanto cumpla á su gusto
y á su servicio dejase
de consultaros.
Condesa. Me honrais,
Señor.....
Rey. Quién es la aspirante?
Condesa. Una pobre huerfanita
honrada, de noble sangre,
bien educada, modesta.....
Quevedo. Y hermosa?
Condesa. Oh! sí, como un ángel.
(Por mi desgracia..... y la suya!)
Mas no es esto lo que la hace
recomendable á mis ojos.....
Rey. Por qué no? Un bello semblante
siempre es buena credencial.
Tierno y solícito padre,
quiero que á mi niña amada
acaricien y acompañen
ángeles que la sonrian,
y no cocos que la espanten.
Condesa. Es hija de un capitan
que fué reformado en Flándes,
y víctima del protervo
conde-duque de Olivares,
murió en la miseria.
Quevedo. Oís?
Con él era un santo el Draque.—
Mas no supo, por lo visto,
que habia una bella al márgen;
que á saberlo, ¡á buen seguro
que se hubiera muerto de hambre
el reformado!—Y ¿qué luz
os condujo al miserable
tugurio donde ignorado
se escondia ese diamante?
Sin duda la caridad
cristiana.....
Condesa. El acaso..... (El áspid
de mis celos.) Me habló de ella
un prelado respetable.....
Rey. En fin, vos la proponeis,
y para que á mí me agrade
con eso basta.
Condesa. Sabiendo
que nunca se acude en balde
de vuestra régia piedad
al tesoro inagotable,
traigo conmigo á la huérfana.....
Rey. Oh, hacedla entrar al instante!

ESCENA III.

EL REY. QUEVEDO.

Quevedo. Hum!.... Aquí hay gato encerrado.
Rey. Eh?
Quevedo. Quiera Dios que me engañe.
Rey. No delireis. ¿Qué misterio
cabe.....
Quevedo. Dios y ella lo saben.

ESCENA IV.

EL REY. QUEVEDO. LA CONDESA. ISABEL.

Condesa. Andad. No os turbeis.
Rey. (Qué hermosa!)
Llegad.
Isabel. Señor!, vuestros piés.....

Rey. Alzad. (Cielos!)

Quevedo. [*Aparte con el Rey.*]
Bella es!

Rey. Un querubin! una diosa!—
Mil y mil gracias os doy
y os las dará la Princesa
por tal presente, Condesa.

Condesa. (Me vengaré.)

Rey. (Loco estoy!)

Condesa. Nunca yo me interesara
por quien ménos mereciera.

Rey. [*Á Isabel.*]
Seréis desde hoy camarera
de la Infanta. (Oh linda cara!)

Isabel. Beso por tan alto honor,
de que no me juzgo digna,
la augusta mano benigna.....
[*El Rey tiende su mano.*]

Condesa. [*Á Isabel en voz baja.*]
Besadla.

[*Isabel se arrodilla y besa respetuosamente la mano al Rey.*]

Rey. (Oh gentil pudor!)

Isabel. Mi gratitud.....

Rey. (Es divina!)

Quevedo. (Esto es hecho. Una de tantas!)

Rey. Mas no estás bien á mis plantas.
[*Haciéndola levantarse.*]
Alza á mis brazos, menina.
Á las hijas de mis buenos
servidores no es razon
humillar.

Quevedo. (Y cuando son
tan bonitas, mucho ménos.)

Isabel. No en vano el timbre ha adquirido
Vuestra excelsa Majestad
de amparo de la humildad
y padre del desvalido.
Si sólo el mio en su muerte
honra y virtud me dejó,
no fué culpa vuestra, no,
sino de su mala suerte.
Sin ningun merecimiento
premiais los suyos en mí
para cautivar así
mi eterno agradecimiento.
Nada valgo, nada sé;
niña me llama á la corte
vuestra bondad, sin más norte
que la lealtad de mi fe;
mas me infunde tal aliento
y tan pura os la consagro,
que quizás haga el milagro
de ilustrar mi entendimiento.

Rey. No es menester, que harto brilla
al traves de ese candor
dulce, inefable.....

Isabel. Señor!

Rey. Tu nombre?

Isabel. Isabel Marcilla.

Rey. [*Á la Condesa.*]
Presentadla (es un portento)
á mi hija (el pecho me abrasa),
y de hoy más tenga en mi casa
vivienda y acostamiento.

Isabel. (¡Al fin, bien del corazon,
Dios.....)

Condesa. Venid.

Rey. Guárdeos el cielo.
[*Aparte á la Condesa.*]
Yo premiaré vuestro celo.

Condesa. [*Despues de una reverencia muda.*]
(Celos!.... Desesperacion!)

[*Entra con Isabel en el cuarto de la Infanta.*]

ESCENA V.

EL REY. QUEVEDO.

Rey. ¿Visteis jamás, don Francisco,
tan peregrina belleza?

Quevedo. Alhaja digna de un rey!
Recibid mi enhorabuena.

Rey. Bien la quisiera aceptar;
que aquellos ojos me queman;
pero que ha de ser recelo
virtuosa cuanto bella
la menina.

Quevedo. Ba! Es mujer.
Dádivas quebrantan peñas.

Rey. Con todo.....

Quevedo. Y no sin designio
la trajo aquí la Condesa.

Rey. Qué designio?

Quevedo. No lo sé,
pero, el refran nos lo enseña,
«piensa mal y acertarás.»

Rey. Jóven de tan altas prendas,
si fuese el aya ambiciosa,
no á Palacio la trajera,
donde puede sin esfuerzo
disputarle la influencia.

Quevedo. De lo que el alma presiente
áun no puedo darme cuenta;
pero mujer que por otra
más hermosa se interesa,
preciso es que la ame mucho.....
ó que mucho la aborrezca.

Rey. Siempre siniestro y fatídico!
Sois Quevedo, ó sois corneja?

Quevedo. Soy, Señor, un pobre viejo.....

Rey. Que algunas veces chochea.

Quevedo. Puede ser.

Rey. Cuando á mis ojos

luce tan fúlgida estrella
¿qué puedo yo presentir
que dicha y placer no sea?
Quevedo. Lo que fuere sonará.
Cada loco con su tema;
vos con la de amar á todas;
yo con la de *¿quién es ella?*
Rey. Basta ya de este certámen;
no porque duda me quepa
de que saldrá mi opinion
vencedora de la vuestra,
sino porque ahora me llama,
triste de mí! la tarea
prosaica de oir consultas
y sancionar providencias.
Qué peso el de una corona!.....
Adios, ínclito poeta.

[*Vase por la puerta de la izquierda más inmediata al proscenio.*]

ESCENA VI.

QUEVEDO.

Sí, Rey Felipe, es verdad:
grave peso es la diadema;
mas ¿qué te importa? Otros hombros,
no los tuyos, la sustentan.
Y por cierto que no son
los de Atlante. Así—oh vergüenza!—
para equilibrar la carga
con su raquítica fuerza,
perdiendo cada año un reino
la monarquía aligeran.
Tú reinas, cuarto Felipe;
pero el diablo nos gobierna.
Oh patria!....
Ujier. [*Á la puerta del foro.*]
Por vos pregunta
don Gonzalo de Aguilera.
Quevedo. Que éntre.
Ujier. Pasad.

ESCENA VII.

QUEVEDO. GONZALO.

Quevedo. Bien venido,
Gonzalo.
Gonzalo. Á vuestra obediencia
siempre.
Quevedo. [*Mostrando el memorial.*]
Albricias. En la mano
te tengo. Desde esta fecha
eres todo un contador
de alcabalas. Sólo resta
extender la credencial,
y si me das tu licencia
voy.....
Gonzalo. Os deberé mi dicha.
Quevedo. Si tan poco te contenta.....
Mas quien pretenda en Palacio
ande listo y viva alerta.
Vuela el tiempo y... Ya hablarémos
más despacio. Aquí me espera.

[*Vase por la puerta de la izquierda, inmediata al foro.*]

ESCENA VIII.

GONZALO.

Oh amigo el más generoso!
En el alma tendré impresa,
miéntras viva, la bondad.....
Isabel. [*Dentro.*]
Ya os sigo.
Gonzalo. ¿Qué voz resuena
en mis oidos?
[*Mirando hácia el cuarto de la Infanta.*]
Allí.....
[*Sale doña Mencía, y un momento despues Isabel.*]
(Ah! deliraba. Una dueña!)

ESCENA IX.

GONZALO. ISABEL. DOÑA MENCÍA.

Mencía. Vereis qué lindo es el cuarto.
Gonzalo. (Con quién habla?.. Oh Dios! Es ella!
¿Cómo.....)
[*Se oculta tras de una mampara.*]
Mencía. Vais á estar en él
mejor que una archiduquesa.
Gonzalo. (¡Y esas galas.....)
Isabel. Mi nodriza.....
Digo mal; mi compañera,
mi única madre.....
Mencía. Vendrá:
no os inquieteis por su ausencia.
Una amiga en mí entre tanto
tendréis..... (una centinela)
y os darán autoridad
estas tocas reverendas.
Gonzalo. (Será sueño? Dudo..... Tiemblo....)
Mencía. Allí irá luégo, hechicera,
vuestra ilustre protectora.

Gonzalo. (Oh! si mil vidas me cuesta,
sabré.....)
Mencía. Venid.
Gonzalo. [*Saliendo de donde está oculto.*]
Isabel!
Isabel. [*Retrocediendo desde la puerta del foro.*]
Cielos!
Mencía. Quién llama? quién llega?
Isabel. Gonzalo!
Mencía. (Un galan?) Hidalgo,
advertid.....
Isabel. Dulce sorpresa!
Gonzalo. (¿Qué haré...)
Mencía. Pero aquí...
Gonzalo. Es mi hermana.
Isabel. (Por qué lo dirá?)
Mencía. [*A Isabel.*] Es de véras?
Isabel. Sí.
Gonzalo. Permitidme que la hable
dos palabras.
Mencía. (Cuando él entra
en la cámara real,
sin duda.....)
Isabel. Un momento!
Mencía. Sea.

[*Gonzalo é Isabel se separan de doña Mencía y hablan á media voz.*]

Gonzalo. ¿Cómo tú en la corte,
dulce prenda mia?
Isabel. Amor es el norte
que mis pasos guia.
Ya, oh mi fiel amigo!
ya, oh mi caro dueño!
el astro enemigo
depone su ceño.
Gonzalo. Ay! temo, y no en vano,
que ahora nos sea
más triste y tirano
que nunca.
Isabel. Qué idea!
Felipe.....
Gonzalo. Qué escucho!
Isabel. Mi orfandad ampara
piadoso.....
Gonzalo. ¿Qué mucho
si ha visto tu cara?
Isabel. No, que ántes de verla,
sensible á mi lloro.....
Gonzalo. ¡Faltaba esta perla
al regio tesoro!
Isabel. En mí desagravia
al padre ofendido,
que mísero.....
Gonzalo. (Oh rabia!)
Isabel. Murió en el olvido.
Gonzalo. Mas libre y sin mengua.
Isabel. ¿Y acaso mi frente.....
Gonzalo. Oh corte! La lengua
del vulgo no miente.
Isabel. Ay Dios! No comprendo.....
¿Por qué.....

[*Gonzalo retira algo más á Isabel.*]

Mencía. (Conceptúo
que ya se va haciendo
muy largo ese duo.)
Gonzalo. Todo aquí es falacias;
son males los bienes;
afrentan las gracias
y honran los desdenes.
¡Hubiérasme dicho
que el Rey te llamaba!
Mas ¿por qué capricho
callármelo?
Mencía. [*Adelantándose.*] Acaba?
Gonzalo. [*En ademan de suplicarla que se retire; y ella lo hace, aunque á ménos distancia.*]
Sí.
Isabel. Dábanme prisa.....
Gonzalo. Oh!
Isabel. ¿Quién á Palacio
cuando el Rey le avisa
camina despacio?
Y, por otra parte,
mi alma no recata
que holgaba de darte
sorpresa tan grata.
Gonzalo. Grata no; siniestra!
Mencía. (Tanto cuchicheo!....)
Isabel. Por qué? El Rey me muestra
tanto amor.....
Gonzalo. Lo creo!
Isabel. No tuerzas la vista.
¿Acaso te espanta
una camarista
de la Real Infanta?
¿Será que te pese
quizá.....
Gonzalo. Oh Dios eterno!
Mencía. (Mucho amor es ese
para ser fraterno.)
Isabel. De mi nuevo estado
¿temes tu abandono?....
Si tal has pensado,
no te lo perdono!
Gonzalo. Oh lazos traidores!
Oh cándido seno!....
La sierpe entre flores
esconde el veneno.—
¿Quién así te aliña
que á reinas te igualas?
¿Quién te abruma, niña,
con joyas y galas?
Isabel. Cómo! Esto te aflige?
La que me las puso
dijo: Así lo exige
la etiqueta...., el uso.....
Gonzalo. Así, oh desventura!

para el sacrificio
su víctima pura
engalana el vicio.
¡Cuánto era á mis ojos
más lindo y apuesto
sin tales sonrojos
tu traje modesto!
¿Qué adornos previene
la rosa del valle?
¿Qué falta á quien tiene
tu rostro y tu talle?

Mencia. (Daré el soplo; que eso
ya pica en historia.)

Gonzalo. [*Á Isabel que está pensativa.*]
Callas!

Mencia. (Lo confieso:
el chisme es mi gloria.)

[*Entra de puntillas en el cuarto de la Infanta. No lo advierten Gonzalo ni Isabel.*]

ESCENA X.

GONZALO. ISABEL.

Isabel. Por qué tan sombrío?
Mi pecho ¿no te ama?
¿Qué arriesgo.....

Gonzalo. Ay bien mio!
Mi vida y tu fama.

Isabel. Pero ¿qué.....

Gonzalo. Oh perfidia!
El Rey te pretende.
Te acecha la envidia,
la infamia te vende.

Isabel. Justo el Rey.....

Gonzalo. Blasfemia!

Isabel. Sin que yo lo exija,
á mi padre premia.....

Gonzalo. Burlando á la hija!

Isabel. Oh Dios!....

Gonzalo. Para afrenta
suya y del estado,
más amigas cuenta
que años de reinado.

Isabel. Nadie á mí me ultraja:
mi fe me defiende:
nadie compra alhaja
que el dueño no vende.

Gonzalo. Ay prenda querida!....

Isabel. De indignos proyectos
yo.....

Gonzalo. En tierra embebida
de miasmas infectos,
con sólo el ambiente
la espiga se daña,
se enturbia la fuente
y el vidrio se empaña.
Basta á que te crea
perdida, ay de mí!
que Madrid te vea
tan linda...., y aquí!

Isabel. No! Á mi pobre asilo,
á mi pobre lecho
tornaré, y tranquilo
latirá mi pecho.

Gonzalo. ¿Qué mano traidora
te trajo, oh mi bella.....

Isabel. No sé..... Una señora.....

[*Aparece la Condesa saliendo del cuarto de la Infanta.*]

Gonzalo. ¿Quién.....

Isabel. Mírala! Aquella.

ESCENA XI.

ISABEL. GONZALO. LA CONDESA.

Gonzalo. La Condesa! Horror!

Condesa. Gonzalo!

Gonzalo. Sí. Al Rey procurais delicias!
¿Cuánto os valen las albricias
de vuestro inicuo regalo?

Isabel. Oh Dios!....

Condesa. Me insultais así!

[*Mirando á Isabel con encono.*]

Ya veo el móvil oculto.....

Gonzalo. Yo á quien desprecio no insulto.

ESCENA XII.

ISABEL. GONZALO. LA CONDESA. D. ÁLVARO.

[*Llega D. Álvaro por la puerta de la izquierda frontera al cuarto de la Infanta.*]

Álvaro. Quién alza la voz aquí?

Gonzalo. Yo, que á nadie pago feudo,
y más si su nombre infama.

Condesa. Gonzalo!

Álvaro. Mirad que es dama!
mirad que yo soy su deudo!

Gonzalo. Gracias!.... Sangre ha menester
mi agravio, y la vuestra quiero;
que no ha de manchar mi acero
la sangre de una mujer.

[*Desenvaina la espada.*]

Defendeos!

Isabel. Tente!

Condesa. Espera!

Álvaro. [*Desenvaina la suya y lidian los dos.*]
No ha de sufrir mi valor.....

Isabel. Gonzalo! mi bien! mi amor!
Condesa. [*Á Isabel.*]
Calla!
Gonzalo. [*Siguiendo á D. Álvaro, que peleando se retira hácia el foro.*]
Huyes!
Condesa. Suerte fiera!

[*Doña Mencía y algunas damas salen del cuarto de la Infanta.*]

Gonzalo. En vano.....

[*Desviando á la Condesa que intenta detenerle, y desapareciendo por el foro en seguimiento de D. Álvaro.*]

Apartad!
Condesa. Cruel!
Álvaro. [*Dentro.*]
Muerto soy!
Condesa. Favor!.... Piedad!

[*Vase corriendo por el foro.*]

Isabel. Yo muero!

[*Se desmaya en brazos de dos damas que acuden á sostenerla. Aparece el Rey por la puerta izquierda del proscenio; le siguen ocho alabarderos. Otros y algunos gentiles-hombres, ujieres, etc. llegan por la otra puerta del mismo lado.*]

ESCENA XIII.

ISABEL. DOÑA MENCÍA. DAMAS. EL REY. GONZALO. QUEVEDO. ALABARDEROS. GENTILES-HOMBRES. UJIERES, ETC.

Mencía. Su Majestad!
Rey. Qué es esto?—Oh cielo! Isabel!
Gonzalo. [*Volviendo, y todavía con la espada desnuda.*]
Vengué.....
Mencía. [*Llamando la atencion del Rey hácia Gonzalo.*]
Allí está el agresor!
Quevedo. [*Llegando con la credencial en la mano.*]
Armas! Gritos!— *Quién es ella?*
Rey. Socorred á esta doncella!
Quevedo. } *Gonzalo.* } Ah!
Rey. Prended á ese traidor!

[*Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El Rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda solo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.*]

ACTO TERCERO.

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. Á la derecha la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA I.

QUEVEDO. EL ALCAIDE.

Alcaide. Sois amigo mio y sois
don Francisco de Quevedo:
nada puedo yo negar
á tan noble caballero.

[*Á un carcelero que le sigue.*]

Abrid aquel calabozo
y salga á esta sala el preso.

[*El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.*]

Quevedo. Haceisme mucha merced
y en el alma os lo agradezco.
Alcaide. Quien aquí os deja abrazarle
bien quisiera á vuestro afecto
entregarle indemne y libre;
pero convicto y confeso
don Gonzalo de tan grave
delito.....
Quevedo. Lo sé.
Alcaide. No espero.....
Quevedo. Ya sale. Dejadme á solas
hablar con él un momento.

ESCENA II.

QUEVEDO. GONZALO.

[*Se abrazan.*]

Gonzalo. Oh mi protector! mi amigo!
Quevedo. Gonzalo!
Gonzalo. No es tan adverso

el astro que me persigue,
pues me concede el consuelo
de abrazaros.
Quevedo. (Pobre jóven!)
Quisiera ser mensajero
de nuevas más venturosas,
Gonzalo. El herido ha muerto,
y era de linaje ilustre,
y en Palacio es sacrilegio
el homicidio. No obstante,
quizá logren mis esfuerzos
salvar tu vida, si pruebas
que desnudaste el acero
por defenderla.
Gonzalo. Yo fuí
quien el combate sangriento
provocó.
Quevedo. Cuál fué la causa?
Gonzalo. Una dama.
Quevedo. Ah! mi proverbio
es infalible. ¿Era acaso
aquel hermoso portento
que un desmayo.....
Gonzalo. Aquella era
mi Isabel, mi bien, mi cielo.
Quevedo. ¿Y don Álvaro el rival
sacrificado á tus celos?
Gonzalo. No. Agravios de otra mujer,
que en ella vengar no puedo,
satisfice con su sangre.
Quevedo. (Son dos las que entran en juego!)
De otra mujer!
Gonzalo. La Condesa.....
Quevedo. El Aya?
Gonzalo. Sí.
Quevedo. Ahora recuerdo.....
Ella presentó á Isabel.....
Don Álvaro fué su deudo.....
Gonzalo. Rubor me cuesta decirlo;
pero ya ningun respeto
debo á esa aleve mujer,
de cuyo insano despecho
es blanco infeliz el ángel
que llevo en el alma impreso.
Su amor osó descubrirme,
y fiel á mis juramentos,
yo que á grandezas no aspiro.....
Quevedo. Basta: todo lo comprendo.
Sólo una mujer celosa
concebiria proyecto
tan horrible. Oh! y por desgracia
el tiro ha sido certero.
Gonzalo. Qué decis?
Quevedo. Eres perdido!
Gonzalo. Cómo!
Quevedo. Felipe está ciego,
loco de amor por tu bella
Isabel.
Gonzalo. Oh Dios!
Quevedo. Y temo.....
Gonzalo. Terrible competidor
es todo un Rey, lo confieso;
pero la fe de mi hermosa,
que es de virtudes modelo,
me tranquiliza.
Quevedo. Ay Gonzalo!
No fies en ese sexo
vano, frágil y voluble.—
Pero atendamos primero
á tu salvacion. En tanto
que tu amor sea un secreto
para el Rey, no es imposible
romper, Gonzalo, tus hierros.
Ya le he pedido tu gracia,
se la pediré de nuevo,
lucharé contra el influjo
de la Condesa; y no pierdo
la esperanza.....
Gonzalo. ¡Oh detestable
mujer que abortó el infierno
para amargar mi existencia!,
vierte en mí sólo el veneno
de tu implacable rencor;
lave mi sangre el desprecio
con que herí tu altivo orgullo;
pero ¿qué agravio te ha hecho
la rosa cándida y pura
que inficionas con tu aliento?—
Dejadme, amigo y señor,
agobiado bajo el peso
de mi cruel infortunio.
Si honra y amor me hacen reo,
ántes que el verdugo impío
me matará mi tormento.
Qué es ya para mí la vida?
¿Qué es la libertad, si léjos
he de vivir de mi amada?
Quevedo. Vive, que aun eres mancebo,
y Dios es grande, y no está
reducido el universo
á una aya y una menina,
y tras del turbio aguacero
suele amanecer radiante
el sol: *post núbila Phœbus.*
Vive ocho dias siquiera:
no puedo pedirte ménos.
Ese plazo basta y sobra
para saber si el objeto
de tu acendrado cariño
merece el alto trofeo
de que apresures por ella
de la vida el breve término,
como si al mundo faltaran
doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III.

QUEVEDO. GONZALO. EL ALCAIDE.

Alcaide. [*Á Gonzalo.*]
Con real salvoconducto
una dama quiere veros.
Quevedo. Buen presagio!.... *Quién es ella?*

Alcaide. No sé. Trae echado el velo.
Gonzalo. [*Aparte con Quevedo.*]
Será..... Isabel?
Quevedo. Quién lo duda?
Y áun te quejarás!
Gonzalo. Yo tiemblo.
Quevedo. Para ti el primer favor.
Oh!
Gonzalo. Será si yo lo acepto.
Quevedo. Por qué no? La libertad!—
No averigües á qué precio
te la compra.
Gonzalo. Ella en mi cárcel!
Alcaide. Qué respondeis?
Gonzalo. Que me niego
á recibirla.
Quevedo. Estás loco?
Qué vas á perder por eso?

[*Al Alcaide.*]

Que éntre.
Gonzalo. No!—Pero ¿qué digo?
Quiero saber si son ciertos
mis temores; quiero ver
si con el rostro sereno
se atreve..... Que éntre esa dama.

[*Vase el Alcaide.*]

Quevedo. Bien: dile mil improperios
si es preciso; pero acepta.
Gonzalo. Aceptar!....
Quevedo. Del lobo un pelo.
Yo miéntras dura la plática
me ocultaré en tu aposento.
Gonzalo. Allí!....
Quevedo. Ba! en un calabozo
estoy yo como en mi centro.

[*Entra por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA IV.

GONZALO.

¿Tendrá el Rey tanta virtud
que sacrifique á los fueros
del honor y la justicia
la pasion.....

[*Viendo á la Condesa, que al entrar se alza el velo.*]

No es ella!—Cielos!

ESCENA V.

GONZALO. LA CONDESA.

Condesa. Mi visita os sorprende!
Gonzalo. Me sonroja.
Condesa. Yo.....
Gonzalo. Accion digna dè vos! rasgo eminente!
Venis á escarnecerme en mi congoja?
Faltaba esta corona á vuestra frente.
Condesa. Mal me juzgais, Gonzalo. Por desgracia
Dios no me ha dado corazon de fiera.
Gonzalo. Á mí me lo decis!.... ¡Oh infame audacia,
que ni de vos, señora, la creyera!
Condesa. Culpable fuí, mas vuestro bien anhelo
más que el mio: á Dios pongo por testigo.
Gonzalo. Bien que venga de vos será mi duelo;
tanto es lo que os detesto y os maldigo!
Condesa. En buen hora. Era flecha más aguda
al alma que por vos sólo respira
aquella indiferencia helada y muda
que vuestra maldicion y vuestra ira.—
Mas vuela el tiempo. El Rey lo sabe todo,
y es temible rival.
Gonzalo. Mujer malvada!
Vos.....
Condesa. No: os lo juro.
Gonzalo. Oh Dios! Y ¿de qué modo.....
Condesa. Aquel retrato.....
Gonzalo. Ay prenda idolatrada!
Al conducirme aquí, bárbara mano
me lo arrancó del pecho.
Condesa. El Rey lo tiene.
Gonzalo. Oh desesperacion! oh Rey tirano!

Condesa. Callad!
Gonzalo. No hay fuerza que mi labio enfrene.
Condesa. [*Bajando la voz.*]
Ah, que os perdeis! Callad, por vuestra vida!
Yo os sacaré de aquí libre y seguro.
Esta noche á las doce..... Seducida
tengo á la guardia y allanado el muro.
Gonzalo. Qué oigo! Vos.....
Condesa. Un caballo más que el viento
veloz, y gente fiel que os guie y guarde,
os previene mi amor, y oro sin cuento.....
Gonzalo. Oh! muy vil me juzgais y muy cobarde.
Ya lo he dicho; de vos sólo la muerte
me fuera grata.
Condesa. Mas si al cielo plugo
que por mí te persiga adversa suerte,
haré mucho en librarte del verdugo?
No mi don te avergüence y te sorprenda;
que no es merced la que de mí recibes;
es de mi expiacion la justa ofrenda.
Oh, máteme mi angustia si tú vives!
Gonzalo. ¿Guardara yo esta vida que aborrezco,
á expensas de otra vida...., áun de la vuestra?
Condesa. No soy yo sola quien morir merezco?
No es mi suerte más dura y más siniestra?
Gonzalo. ¿Ó pretendeis que á fuer de agradecido,
conmigo os lleve prófugo y errante.....
Condesa. No. Sepulta por siempre en el olvido
á esta mujer funesta y delirante.
Bien que mi voz sin tregua al cielo sube
por ti implorando á Dios justo y piadoso,
yo soy la oscura procelosa nube
que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.
Si supiera morir una y mil veces,
no turbaré tu paz, fantasma horrendo;
mas tal sóy, aunque ingrato me aborreces,
que ni compro venturas ni las vendo.
En pago de este amor que, mal mi grado,
hasta el crímen me lleva en su delirio,
y á no verse por ti menospreciado
mi virtud elevara hasta el martirio,
no te pido, ni esa alma que no es mia,
ni una sonrisa, ni las yertas flores
que tributa cortés galantería,
ni áun que piadoso mi infortunio llores.
Sólo te pido que sin torvo ceño,
pues tú la causa de mis yerros eres,
no indigna juzgues de llamarte dueño
á la más infeliz de las mujeres.
Pues galardon no exijo ni lo espero,
por qué esta alma leal tanto te enoja?
¿Por qué la abnegacion con que venero
la mano misma que de sí me arroja?
Consiente al ménos que invocando muera
tu nombre, y no tu lengua me maldiga
si tanto te amo como amar debiera
al Dios que por amarte me castiga.
Gonzalo. Más mereceis que mi piedad mi encono;
pero quiero morir como cristiano.
Idos!.... Yo os compadezco y os perdono.
Condesa. Gonzalo!
Gonzalo. No os canseis, señora, en vano.

Condesa. ¡Oh, mal haya la hora en que mi mente
de un villano designio se hizo esclava!
¿Cómo no vi en mi cólera impotente
que era inútil el crímen que intentaba?
Aunque un mar de peligros la rodea
merced á mi protervo desvarío,
no temas, no, que infiel tu amada sea
si un corazon abriga como el mio.
Alma en que está tu imágen esculpida
no puede codiciar mayor tesoro;
y ¿qué no hará la que se ve querida
si triste y desdeñada yo te adoro?
Ah! Perdon! ¿Qué te importa mi amargura
ni que mi rostro inflame la vergüenza?
No más! Todo lo inmolo á tu ventura.
Sálvate, y vive...., y mi enemiga venza!
Vive, sí..... ¡para ella! Industria el cielo
y poder me dará y ánimo fuerte
con que á los dos, miéntras su oscuro velo
tienda la noche lóbrega, os liberte.
Sí, yo misma, yo misma, aunque á mi cuello
sean dogal vuestros nupciales lazos,
robaré de tu amor el ángel bello,
y de mis brazos pasará á tus brazos.
Gonzalo. Jamás, jamás! Merece ese heroismo
que otra vez os respete y os estime;
mas fuera en mí vileza y egoismo
aceptar sacrificio tan sublime.
Condesa. Fatal obstinacion! No sacrificio;
deuda es sagrada que pagaros debo.
El cielo un dia premiará propicio.....
Gonzalo. Jamás! Idos! Huiré.....

[*Va á entrar en el calabozo, y saliendo Quevedo le detiene.*]

ESCENA VI.

LA CONDESA. GONZALO. QUEVEDO.

Quevedo. Tente, mancebo!
Condesa. [*En ademan de cubrirse el rostro.*]
Quevedo!
Quevedo. No te turbe mi presencia,
generosa mujer. Muchas la historia
recordará que imiten tu demencia,
ninguna que así vuelva por su gloria.
Yo tambien, lo confieso, te execraba,
y ya sólo besar tu planta puedo.
¡Grande debes de ser cuando te alaba,
te admira don Francisco de Quevedo!

[*Aparte con la Condesa, mostrando á Gonzalo que, sombrío y meditabundo, se ha dejado caer sobre un escaño.*]

Pero la noche avanza; el tiempo corre.
Su vida, si por vos no la recobra,

peligra.....
Condesa. Ah! Sí.
Quevedo. Sacadle de esta torre.
No dejeis incompleta vuestra obra.
Condesa. Qué haré? Él rehusa.....
Quevedo. En mí de un tierno amigo,
de un padre oirá la voz sincera y blanda.
Volad..... Si persuadirle no consigo,
salvadle á su pesar. Dios os lo manda!

ESCENA VII.

GONZALO. QUEVEDO.

Quevedo. Cómo has sido tan cruel?
¿En qué humano corazon
cabe pasion.....
Gonzalo. Su pasion
me pierde y pierde á Isabel.
Quevedo. Su humilde arrepentimiento
salvar anhela á los dos.
Gonzalo. No hubiera ofendido á Dios,
y ahorrara el remordimiento.
Quevedo. Yerro de amor no desdora,
y pues con tanta hidalguía
lo repara.....
Gonzalo. ¿Es culpa mia
si á otra el corazon adora?
Harto es trocar mi desvío
en piedad de su dolor;
mas porque admire su amor,
he de renunciar al mio?
Quevedo. ¿Quién pide tal, insensato!
¿No sacrifica á tu gusto.....
Gonzalo. No recibirlo es más justo
que ser á un favor ingrato.
Sólo con mi amor podria
pagar el de esa mujer,
y á ella no quiero deber
lo que por ella no haria.
Quevedo. Oh! ya te pasas de estoico.
Y ¿sabes tú, desdichado,
si tendrá tu dueño amado
un corazon tan heroico?
Gonzalo. Lo dudais?
Quevedo. Yo me holgaria
de tener tanta fortuna
que topase, á falta de una,
con dos fénix en un dia.
Mas, si la verdad te digo,
en tales manos cayó,
que no te respondo yo.....
Gonzalo. Tales dudas yo no abrigo;
mas si falta á la promesa
que me hizo con tanta fe,
en trance tál volveré
mis ojos á la Condesa.....
Quevedo. Para amarla? Harias bien.
Gonzalo. No, para imitar su ejemplo
y alzar á mi dama un templo,
aunque llore su desden.
Quevedo. ¿Tú seguirias la huella
de la Condesa aunque.....
Gonzalo. Sí.
¿Censurariais en mí
lo que celebrais en ella?
Quevedo. Á todo el que así me arguya
llamaré loco de atar.
¡Por cierto que es singular
metafísica la tuya!
¿Por qué, como el Aya triste,
dar con tu razon al traste?
Qué palabra le empeñaste?
qué juramento le hiciste?
Ella se prendó de un hombre
que, si fué sordo á su arrullo,
humillar podrá su orgullo,
pero no afrenta su nombre.
Se dirá tál de tu bella?
Ámala fiel en buen hora;
pero si la amas traidora,
amas tu deshonra en ella.
Gonzalo. Su fe.....
Quevedo. Bien; no la denigro;
mas de amparo necesita:
no se lo niegues. Quien quita
la ocasion quita el peligro.
Á una jaula te sentencio
si no triunfa la razon
de esa extraña obcecacion,
de esa.....

[*Bajando la voz.*]

El Alcaide! Silencio.

ESCENA VIII.

GONZALO. QUEVEDO. EL ALCAIDE.

Alcaide. (Desgraciado!)
Quevedo. La tristeza
se pinta en vuestro semblante.
¿Qué nueva.....
Alcaide. Cruel instante!

[*Á Gonzalo.*]

Armáos de fortaleza.
Gonzalo. Hablad. La enemiga suerte
no postrará mi valor.

Quevedo. ¿Desterrado.....
Alcaide. No. Ay dolor!
Está condenado á muerte.
Quevedo. Ah!
Gonzalo. Dios oyó mi plegária.
Quevedo. Inicua condenacion!
Alcaide. Compete su ejecucion
á la justicia ordinaria.
Venid.
Gonzalo. Dónde?
Alcaide. Se os traslada
á la cárcel de la Villa.
Quevedo. (Salud al Rey de Castilla!
Su gloria sea colmada!)

[*Abrazando á Gonzalo.*]

No hay ya esperanza, hijo mio!
Alcaide. Si inexorable la ley
le condena, áun puede el Rey
revocar su fallo impío.
Si le hablais con interes.....
Quevedo. Lo dudais? Sí, sí: no en vano
quizá mi cabello cano
será alfombra de sus piés.
Gonzalo. Más recto juez, más tremendo
falla arriba entre los dos.
No os humilleis sino á Dios.
Dejadme triunfar muriendo.
Quevedo. No quiero yo tu baldon.
Corre á morir con denuedo;
mas no estorbes á Quevedo
cumplir con su obligacion.
Gonzalo. Oh adorada prenda fiel!
Suplicio, yo te bendigo
pues va á la tumba conmigo
el corazon de Isabel.—

[*Á Quevedo.*]

Amparad vos su virtud,
pues no puedo hacerlo yo!....

Quevedo. [*Enjugándose las lágrimas.*]

Basta!
Alcaide. Vamos....:
Quevedo. Guiad.

[*Siguiendo al Alcaide con el brazo sobre los hombros de Gonzalo.*]

¡Oh
malograda juventud!

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.

ESCENA I.

EL REY. QUEVEDO.

Rey. Don Francisco, no os canseis;
holgárame de serviros;
mas la ley.....
Quevedo. Sus pocos años,
su inexperiencia.....
Rey. Repito
que en vano me importunais.
Quevedo. Recordad, Señor, que es hijo
de un valiente que perdió
la vida en vuestro servicio.
Rey. De otro servidor leal
me priva, muerto á los filos
de su espada.
Quevedo. Ya la parte
del difunto, á ruego mio,
le ha perdonado.
Rey. ¿Qué importa,
si reclama su suplicio.....
Quevedo. Quién?
Rey. La pública vindicta,
la inmunidad de este asilo,
mi ultrajada majestad.
Quevedo. Señor, no pierde su brillo
una testa coronada
por usar de su más digno,
su más grato privilegio,
el de perdonar. Si el grito
oís de ese corazon,
naturalmente benigno,
seguireis el alto ejemplo
de los Trajanos y Titos.....
Rey. Ya lo sigo perdonando,
por lo mucho que os estimo,
que á enojarme os arriesgueis
por defender á un amigo.
Débil más que generoso
seré, y fábula y ludibrio
de mi reino y de mi corte,
si tan aleve homicidio
queda impune.
Quevedo. No pretendo
la impunidad; sólo os pido
que le perdoneis la vida,
y allá en remotos dominios
lidiando por vos expíe

la culpa que ha cometido.
Rey. Su culpa!....
Quevedo. Fué involuntaria.
Rey. ¿Y no tiene más padrino
que vos? Yo sé quién pudiera
y vos tambien, don Francisco,
lo sabeis, con una sola
palabra romper sus grillos.
Quevedo. Lo que vos y yo sabemos
pronto será conocido
de todo Madrid, Señor,
y ved aquí otro motivo
para que useis de clemencia.
Si Gonzalo va al patíbulo,
no serán por esta vez
pábulo vuestros ministros
de la malicia del vulgo:
dirá que, rey vengativo,
castigais en ese jóven
su dicha, no su delito;
no al homicida alevoso,
sino al rival preferido.
Rey. Preferido! ¿Sabeis vos
si lo será?
Quevedo. Yo no afirmo
nada: digo lo que el vulgo
dirá.
Rey. ¿Dudais que mi brio,
si la régia dignidad
no mandase reprimirlo,
ahorrara á la ley su fallo
y al verdugo su ejercicio?
Quevedo. No dudo. Sois caballero,
sois valiente, y por lo mismo,
pues no podeis en el campo
lidiar con vuestro enemigo,
perdonando bondadoso
á ese mísero hidalguillo
obrais como caballero
y como rey.
Rey. Cuando herido
de amor late el corazon,
no está para silogismos.
Quevedo. Tan enamorado estais?
Rey. [*Sacando un retrato y mostrándolo.*]
Ved este rostro divino.
Quevedo. El de Isabel. (Procuremos
dar al negocio otro giro.)
La semejanza es perfecta.
Velazquez hace prodigios.
Rey. No es obra suya el retrato.
Quevedo. ¿Quién.....
Rey. Lo llevaba consigo
don Gonzalo.
Quevedo. ¿Y qué os importa,
si le habeis desposeido
de copia y original?
Rey. Poco valdrá mi dominio
sin el alma de la hermosa.....
Quevedo. Pues ¡qué! ¿tan poco camino
habeis andado.....
Rey. Tres veces
desde aquel lance inaudito
se ha desmayado Isabel.
Quevedo. Se desmayará otras cinco
si es forzoso.
Rey. ¿Sospechais.....
Quevedo. Creo poco en parasismos
de mujeres.
Rey. ¿Con qué objeto
recurriera á ese artificio?
Quevedo. No sé. Ella se entenderá.
Rey. Yo no creo ni imagino
que un ángel pueda fingir.
Quevedo. Aun siendo así, no es preciso
que el accidente proceda
de aquel amor primitivo.
Si es de fibra delicada,
basta á atribular su espíritu
el susto..... Sin duda vos,
que no sois galan novicio,
al verla tan angustiada
le habreis prodigado auxilios,
consuelos.....
Rey. Con tal ternura,
con tan fervoroso ahinco,
que harto habré mostrado en ellos
mi adoracion, mi delirio.
Quevedo. Y ¿sonreia su labio,
ó acaso con ceño esquivo.....
Rey. Sólo á mi afan respondia
con lágrimas y suspiros.
Quevedo. Mas ¿no intenta redimir
á su adorado cautivo?
Rey. No le nombra.
Quevedo. Para vos
puede ser ese un indicio
muy favorable.
Rey. Ella ignora
que su vida está en peligro;
pero pronto lo sabrá,
y en tan grave compromiso,
pues es mujer y en su mano
está de ese hombre el destino,
veremos si saca airosa,
fallando en nuestro litigio,
vuestra opinion, ó la mia.
Quevedo. Ni pongo rey ni lo quito,
pero ayudo á mi señor,
dijo Beltran; y yo digo:
Sálvese mi pobre ahijado:
de lo demas no me cuido.
Rey. Yo deseo vuestro triunfo,
porque en él se cifra el mio.
Quevedo. Vos siempre habréis de triunfar,
ó vencedor ó vencido.
Si Minerva os es contraria,
Amor de rosas y mirtos
coronará vuestra sien;
y si sucumbe Cupido,
la gloria os consolará
de apellidaros invicto
campeon del bello sexo.—
Mas no eclipsaréis el brillo
de trofeo tan honroso,

ni agravaréis mi conflicto
negando á aquel infeliz.....

Condesa. [*Saliendo del cuarto de la Infanta.*]
Señor, si me dais permiso.....
Rey. Llegad.
Quevedo. (Pues á tiempo llega
el refuerzo, me retiro.)

[*Hace una reverencia al Rey en ademan de retirarse.*]

ESCENA II.

EL REY. QUEVEDO. LA CONDESA.

Condesa. [*Á Quevedo.*]
Quedáos.

[*Quevedo se detiene.*]

Rey. (Triste y sombría.....)
Condesa. Á quien el Rey mi Señor
da su confianza (ay dolor!....)
mal puedo negar la mia.
Rey. Suspirais!
Condesa. Señor!
Rey. ¿Cuál es
la causa de ese quebranto?
Condesa. Permitid que con mi llanto
riegue, Señor, vuestros piés.

[*Va á arrodillarse y el Rey se lo impide.*]

Rey. No hareis tal. Mas de cuidado
me sacad. Qué angustia es esa?
Qué quereis de mí, Condesa?
Condesa. La vida de un desgraciado.
Rey. Qué escucho! De quién, señora?
de ese Gonzalo tal vez?
Quien debiera ser su juez
más inflexible, le llora!
Condesa. Ah! sí.
Rey. Su insolente audacia,
sin respeto al Rey ni á Dios,
vertió sangre vuestra, ¡y vos
venis á pedir su gracia!
Condesa. Su frenesí le cegó.
Viendo en Palacio á su dama,
creyó perdida su fama.....
Rey. Y quién la deshonra? Yo?
Condesa. Señor!
Rey. Movisteis el cisma
con cuya maraña lucho,
y..... No os entiendo.
Condesa. ¡Qué mucho
si no me entiendo á mí misma?
Rey. Por vos he visto á Isabel;
por vos mi alma gime esclava.
Sabiais que ella le amaba?
Le conociais á él?
Condesa. Sí.
Quevedo. (Dios castiga sin palo!)
Rey. Si ahora obrais de ese modo,
¿cómo ántes.....
Condesa. Sabréislo todo
con saber que amo á Gonzalo.
Rey. Ahora os entiendo ménos.
Condesa. Ayer ciega en mi furor
me hizo culpable el temor
de verle en brazos ajenos:
hoy por salvarle la vida
vierto este llanto copioso,
¡y lloraré si es forzoso
á los piés de su querida!
Rey. Vos tambien? Dios de Israel!,
¿qué lindo don Diego es este,
qué paraninfo celeste,
que todas gimen por él?—
Qué decis de esto, Quevedo?
Quevedo. Que estoy confuso y absorto
y lelo...., y me quedo corto.
Rey. El diablo anda en este enredo.
Condesa. Mi iluso amor, mi flaqueza
y mi desesperacion
me inspiraron una accion
indigna de mi nobleza.
Yo fuí quien al fiero arrojo
de Gonzalo causa di,
yo armé su mano y por mí
fué blanco de vuestro enojo.
Yo soy la que lleva en pos
de sí la tea funesta
que tantos pesares cuesta
á él, á ella y á vos;
yo la que vendí sin ley
el honor de mi rival;
yo la que he sido fatal
á mi amante y á mi Rey.
Ved si lanza justos gritos
mi conciencia acusadora;
ved si en una alma traidora
pueden caber más delitos,
y en vuestra recta balanza
cuál es de los dos pesad
digno de vuestra piedad
y cuál de vuestra venganza.
Rey. No más!.... Hola!
Quevedo. (Dios la asista!)

[*Llega un oficial de alabarderos.*]

Rey. Esta mujer.....
Quevedo. (Desdichada!)
Rey. Quede en su cuarto arrestada
con centinela de vista.
Condesa. Señor!....
Rey. (Su valor me admira.)
Condesa. Perdonadle! Es inocente!
Rey. Basta!
Condesa. Embótese en mi frente
el rayo de vuestra ira,
y el golpe que me destruya
bendeciré agradecida,
si aceptais, Señor, mi vida
en rescate de la suya.

ESCENA III.

EL REY. QUEVEDO.

Rey. Eso es amar, don Francisco.
Quevedo. Admirable es su conducta.
Rey. Sublime es la expiacion
si grave ha sido la culpa.
Quevedo. Si no es ella la mujer
fuerte de que la Escritura
nos habla, dudo, Señor,
que pueda serlo ninguna.
Ya me voy reconciliando
con las faldas.
Rey. Ya veis: triunfa
mi opinion.
Quevedo. Victoria insigne!
Rey. Plegue á Dios baste con una!
Quevedo. ¿Temeis que siga su ejemplo
la menina?
Rey. Quién lo duda?
Quevedo. Fiad más en su flaqueza
y en vuestra buena ventura.
Es más vehemente el amor
en las mujeres adultas
que en las mozas. Las Virginias
y las Arrias no son fruta
de este siglo.—Mas si el Aya
vuestra admiracion augusta
ha excitado, ¿qué razon
á castigarla os impulsa?
Rey. Yo debo algun desagravio
á Isabel.....
Quevedo. [*Sonriéndose.*]
Sí.
Rey. Y á la pública
moral.
Quevedo. Cierto. (Oh mundo hipócrita!
oh virtud, cómo te insultan!)
Rey. Mas limitaré el rigor
á tres dias de clausura.....
Ujier. [*Á la puerta del foro.*]
Doña Isabel de Marcilla.....
Rey. Ah!
Ujier. Pide audiencia...
Rey. [*Aparte con Quevedo.*] Oh fortuna!—
Esperadme en la antecámara.—
Yo no sé lo que me anuncia
el alma..... A la par en ella
temor y esperanza luchan.—
[*Al ujier.*]
Que éntre.
[*Vase el ujier.*]
Quevedo. No olvideis, Señor.....
Rey. El refran?
Quevedo. (Dios te confunda!)
Al reo que está en capilla.
Rey. Vivirá si ella le indulta.
Quevedo. Sí hará. Sin llamarla viene.....
No hay dudarlo: capitula.
Rey. Hoy se verá *quién es ella.*
Quevedo. Es..... *ella*, y todas son unas.

[*Al retirarse por el foro saluda á Isabel, que entra al mismo tiempo.*]

ESCENA IV.

EL REY. ISABEL.

Isabel. Dadme, Señor, vuestros piés.....
Rey. [*Deteniéndola.*]
Alza.
Isabel. Permitidme.....
Rey. No!
Lloras?
Isabel. Soy desventurada.
Rey. (Todo lo sabe.) En la flor
de la vida y la hermosura,
cuando mi alta proteccion
es tu egida, y cuando todo
te sonríe en derredor,
¿qué pena puede, Isabel,
lastimar tu corazon?
Isabel. De bronce fuera ó de mármol
si resistiese al dolor
que lo oprime. Un infeliz
gime bajo el peso atroz
de una sentencia cruel,
y yo á mi despecho soy
la causa de su desdicha.
Concededme su perdon!
Rey. De quién me hablas?
Isabel. De Gonzalo.
Rey. ¿Ignoras que su furor
osó verter sangre ilustre
en esta sacra mansion,
al pié de mi excelso trono;
sangre que yo mismo, yo!
vi correr?
Isabel. Locura fué;
crímen quizá; pero en vos,
que si sois monarca augusto
tambien caballero sois,
disculpa hallarán, lo espero,
los delitos del honor.
Rey. Quién á su honor atentaba?
Isabel. Salvar el mio creyó.
Rey. El tuyo!
Isabel. Ah! no os irriteis.
Tranquila y segura estoy
bajo el paternal escudo
del que es imágen de Dios
sobre la tierra.
Rey. (¡Medrados
estamos!)
Isabel. Pero él temió....;

no á un Rey magnánimo y justo,
sino la aleve intencion
de viles aduladores.....

Rey. Y quién es él? ¿Quién le dió
autoridad ni derecho
para tanto? Es tu tutor?
es tu hermano por ventura?

Isabel. Somos huérfanos los dos,
y desde niños el lazo
de la amistad.....

Rey. Del amor!
Tú le amas!

Isabel. Señor!

Rey. Tú le amas!
y á mí que tan dulce don
le envidio, á mí que te adoro.....

Isabel. Dios mio!....

Rey. ¡Me pides hoy
la vida de ese rival
aborrecido!

Isabel. Señor!

Rey. Tú le amas! ¡Oh venturoso
mortal! ¡oh grata prision;
muerte inefable! Por ella
diera yo el trono español.

Isabel. ¿Tánto podria humillarse
con mengua de su esplendor
esa coronada frente?
¿Así del regio blason,
que vuestro poder pregona
doquiera que alumbra el sol,
la grandeza depondriais
por una indigna pasion?
Vencedla, Señor, vencedla,
que á vuestro ínclito valor
no es ardua empresa. ¡Mis lágrimas
os muevan á compasion!

Rey. Oh!

Isabel. Perdonadle!

Rey. Ese llanto
hace su crímen mayor.
Me pides su vida en nombre
de la fe que te inspiró.....

Isabel. No; en nombre de la piedad,
á cuya mágica voz
nunca fué sordo Felipe.

Rey. Mas si la vida le doy,
deuda ya de la justicia,
¿piensas que en plácida union
sufriré.....

Isabel. No: ni lo pido
ni lo espero. Á todo estoy
resignada. Viva él,
sea libre.....

Rey. Y muera yo!

Isabel. Vos morir!

Rey. Para templar
de mi justicia el rigor
fuerza es conculcar los fueros
de la ley, de la razon,
y la majestad del trono
castellano, y el clamor
de una familia angustiada,
y mi justa indignacion.—
¿No merecen recompensa
tantos sacrificios?

Isabel. Oh!
yo á Dios rogaré.....

Rey. No preces
que lleva el viento veloz,
no votos he menester
cuando clavado un arpon
tengo en el alma, y bebiendo
tósigo de muerte voy
en cada mirada tuya,
y á tus plantas.....

[*Se arrodilla.*]

Isabel. (Oh rubor!)

Rey. Espiraré provocando
la eterna condenacion,
si tus labios no me otorgan
una palabra de amor.

Isabel. Alzad! Mísera de mí!

Rey. Pronúnciala!....

Isabel. Santo Dios!....

Rey. Y salvarás á Gonzalo,
y mi dicha.....

Isabel. [*Con dignidad.*]
Alzad, Señor!
No deprimais vuestra gloria:
ved dónde estais y quién sois.

Rey. [*Levantándose.*]
Mi gloria es amarte.

Isabel. Sea;
pero si esa adoracion
que tanto me encareceis
es digna de mí y de vos,
no me envilezcais vos mismo
á vuestros ojos.

Rey. Ah! no.

Isabel. Si del crímen de Gonzalo
yo he de ser la expiacion,
mostrad que no me teneis
por mujer de poca pro,
y ántes de otorgar la gracia
no pidais el galardon.

Rey. Isabel!

Isabel. El tiempo vuela
y se acrece mi terror.
Vuestro generoso indulto
desarme el brazo feroz
del verdugo.....

Rey. Sí haré. (Oh gozo!)

Isabel. Y por el Dios de Jacob
os juro..... no ser ingrata.

Rey. Basta. (Vencí!)

[*Se acerca á una mesa y escribe rápidamente.*]

Isabel. (Se salvó!—
Y yo..... ¡Oh Dios mio, Dios mio,

doléos de mi dolor!)

[*Se sienta llorosa y abatida.*]

Rey. [*Tomando el decreto que acaba de escribir y acercándose al foro.*]

Quevedo! (Oh ventura inmensa!)

ESCENA V.

EL REY. ISABEL. QUEVEDO.

Quevedo. Señor!
Rey. Tomad.

Quevedo. [*Tomando el papel.*]

El perdon?

Rey. Sí. Volad!

Quevedo. [*En voz baja.*]

Triunfais?

Rey. [*Lo mismo.*] Lo espero.

Quevedo. (¡He aquí puesta en el crisol
la virtud de una mujer!
He aquí un triunfo precoz!....
Mas ¿qué importa? Él vivirá.
Ella..... Bien decia yo!....)

Rey. [*Acercándose á Isabel.*]

Isabel!

Quevedo. (Una ha podido
desmentirme; pero ¡dos!....)

ESCENA VI.

ISABEL. EL REY.

Rey ¿Por qué de nuevo pálida tristeza
tus rosadas mejillas descolora?
por qué tu rostro en lágrimas se inunda?
por qué suspiras, niña, y te acongojas?
No de esos ojos la fulgente llama
esquives al esclavo que te adora.
¿Será que áun en tu pecho impresa vive
la imágen de otro dueño, y no la borra
la ciega idolatría con que postro
á tus plantas mi vida y mi corona?
¿Será que, complacida en mi tormento,
ya la esperanza efímera me robas
que necio concebí? ¿Será que acaso
el corazon no hablaba por tu boca
cuando con un acento me elevaste
al colmo de la dicha y de la gloria?

Isabel. [*Levantándose.*]

Escuchadme, Señor. Mi desconsuelo
ni de pérfida y falsa me baldona,
ni es mengua de una huérfana infelice
que de la vida apénas en la aurora
ya con tedio la mira y con espanto.
Si á mis ojos las lágrimas se agolpan,
no es mi propia desdicha la que lloro;
que la mano de Dios no me abandona,
y al término cercano de mis males
sabré llegar con planta valerosa.
Lloro el siniestro influjo de mi estrella,
que adonde quiera que mi frente asoma
lleva consigo azares y amarguras
y muerte y maldicion. Yo soy, yo sola
quien merece ser blanco á vuestra saña;
yo, ay de mí miserable! que en mal hora
os inspiré un amor que Dios me veda
premiar, aciago amor que me sonroja.....
más por vos que por mí; yo á cuyo ruego

una vida acordais, que os fuera odiosa
si á mí la consagrara el malhadado
por quien pedí á mi Rey misericordia.

Rey. Qué oigo! Han sido una burla tus palabras?

Isabel. Señor!....

Rey. ¿Vana ilusion, fugaz lisonja
fué el paraíso que soñé, y perjura.....

Isabel. No ser ingrata os prometí, y la obra
seguirá á la promesa: yo os lo juro.

Rey. ¿Cómo..... ¡Tú.....

Isabel. De una vida os soy deudora:
otra os daré; la mia.

Rey. Qué pronuncias?
Tú morir, ángel mio! ¡tú, la joya
de más prez á mis ojos! ¡tú..... Primero
muera yo una y mil veces, prenda hermosa.

Isabel. Valga lo que valiere esta existencia
mísera cuyo peso al alma agobia,
más no puedo ofrecer en vuestras aras,
ni ménos.....

Rey. Al galan por quien la inmolas!

Isabel. No; á mi honor sin mancilla, á mi decoro,
al Dios que ha de juzgarme, á la memoria
de mis honrados padres. Poco fuera
á quien de entero corazon blasona
dar por el dueño amado hacienda y vida.
Hazaña más sublime, más heroica
es la que inspira la razon austera
que la que nace de la fiebre loca
de una ciega pasion. Si el alma mia
jamás de amor la llama abrasadora
sentido hubiera, con igual denuedo
mil muertes yo arrostrara sin zozobra
ántes que al cebo de ambicion insana
ó al oro vil prostituir mi honra;
que á una mujer para ilustrar su nombre
basta ser bien nacida y española.

Rey. (Cielos!.... Tal fortaleza en una niña!....)
Yo..... Mi pecho.....

Isabel. Su frente luminosa
veo alzar á mi padre desde el cielo,
su frente siempre erguida donde áun brota
la noble sangre por su Rey vertida.
Su voz habla en mi labio: él es mi norma,
mi luz, mi ángel custodio; él si villana
osara yo insultar su hidalga sombra,
fulminaria sobre mí sañudo
eterna maldicion. Cuando á la losa
fria bajó, olvidado, pobre, oscuro,
huérfana me dejó, huérfana y sola,
sin otra hijuela que su nombre limpio
y una hermosura..... que ignoré hasta ahora,
y sólo creo en ella porque basta
para ser desgraciada ser hermosa.
Mas si otra dote me negó la suerte,
no indefensa mi padre entre las olas
de este mar me dejó que llaman corte.
Conociendo sus artes insidiosas,
«Oye, dijo, las últimas palabras
que te dirige trémula mi boca.
Obligacion como soldado tuve
de preferir la muerte á la deshonra:
jura aprender en el ejemplo mio,

y en paz descansaré.»—Juré animosa,
y el anciano espiró...., y en mí confia.....—
Lo que entónces juré..... lo cumplo ahora.

[*Saca del pecho un pomo, cuyo contenido va á beber.*]

Rey. Tente! Un veneno! Horror!

[*Quita el pomo á Isabel y lo arroja.*]

Isabel. Qué haceis? En vano,
Señor, en vano con violencia odiosa
me desarmais. El cielo sabrá darme
armas y esfuerzos con que el hilo rompa
de esta vida infeliz.
Rey. Vive! No temas.
Vive y triunfa, Isabel!; que á tanta costa
el que en algo se precia no conquista
goces que humillan, lauros que deshonran.
Vive; que si tus gracias me embelesan,
tu fe me admira y tu virtud me asombra.
Isabel. Oh prez de caballeros y de reyes!....

[*Arrodillándose.*]

Dejad que en vuestros piés mi labio ponga;
dejad que en ellos angustiada llore
mi injusto desamor.....
Rey. [*Haciéndola levantarse.*] No más, señora!
no más! Huid de mí! Débil resuena
de mi razon el grito y de mi gloria:
para que no lo ahoguen mis sentidos
fuerza es que yo no os vea, que no os oiga.
Isabel. Señor!
Rey. Huid! Salváos y salvadme.
Huid! (Oh! nunca ha sido tan hermosa!)
Os lo ruego: os lo mando.
Isabel. Vuestra fama
perpetuará en sus páginas la historia.

ESCENA VII.

EL REY.

Murió la esperanza mia!
¡Huyó la dulce ilusion
que mi amante corazon
embriagaba de alegría!
¿Qué vale el alto poder
que en mí dos mundos adoran,
si en vano mis ojos lloran
á los piés de una mujer?
Su altivo desden me humilla,
y á mi pesar lo venero,
¡y á un oscuro aventurero
envidia el Rey de Castilla!
Quisiera que el hondo abismo
me hundiera... Mas no; á mi gloria
debo más noble victoria:
la de vencerme á mí mismo.
Sí, cumpliré los deberes
de caballero y de Rey,
y aunque es tirana la ley
sabré..... Ah mujeres, mujeres!....
Lucido y airoso quedo!
Y es fuerza que me resigne.....
¿Qué he de hacer!.. Oh insigne, insigne
don Francisco de Quevedo!
Sois un vil calumniador,
un libelista soez.
Venid á hablarme otra vez
del sandio corregidor
y de su eterna salmodia
«*Quién es ella? quién es ella?*»
Mañana, pese á mi estrella!
cantaréis la palinodia.

[*Entra en su habitacion.*]



ACTO QUINTO.

Sigue la decoracion del acto cuarto. Es de dia.

ESCENA I.

EL REY. QUEVEDO.

Quevedo. Vuelvo á las damas su gloria
y mis sátiras abjuro.
El aya es una heroína;
Isabel es un conjunto
de gracias y de virtudes,
y yo he sido necio, estúpido
en admitir como axiomas
los dicharachos del vulgo.
¿Puedo cantar más de plano
mi derrota y vuestro triunfo?
Rey. Mi triunfo!
Quevedo. Sí, y muy glorioso;
que son placeres espurios
los que usurpa la violencia
ó compra á fuerza de escudos
la seduccion. Á la fama
dió, Señor, más noble asunto
la castidad de Escipion
que todos sus lauros juntos.
Yo tambien, aunque murmure
mortificado mi orgullo,
á la virtud vencedora
prez y alabanza tributo;
que sano es mi corazon,
si tal vez con ceño adusto,
tal con festivo donaire,
palo de ciego sacudo
escarneciendo ó llorando
las miserias de este mundo.
Vos me hablais de palinodia.....
Cantémosla pues á duo,
Señor. Ah! si como soy
el menor de vuestros súbditos,
fuese yo por un instante
el Rey don Felipe, os juro.....
Rey. Qué hariais?
Quevedo. Ser por completo
pio, magnánimo y justo.
Gonzalo.....
Rey. Ya le libré
de las garras del verdugo.
Qué más quereis?
Quevedo. Que se extienda
vuestro generoso indulto.....
Rey. Á qué?
Quevedo. Á darle libertad.
Preso otra vez en los muros
de vuestro real Alcázar,
espera.....
Rey. ¿Saber el punto
de su destierro? Vos mismo
lo designaréis.
Quevedo. Qué escucho!
Yo mismo?.... ¿Os burlais de mí
por ventura?
Rey. No me burlo.
Quevedo. Será pues el universo
mundo su cárcel y.....
Rey. Mucho
me pedis.
Quevedo. Sois Rey.
Rey. Soy hombre.
Quevedo. Pero de heroicos impulsos;
de alma grande que no goza
en el ajeno infortunio;
ántes.....
Rey. Austero Zenon,
que ayer erais Epicuro,
¿por qué no exigis tambien
que humilde como un cartujo
ponga yo mismo mi dama
en brazos de vuestro alumno?
Quevedo. Señor!....
Rey. Arrancad primero
de mi pecho el dardo agudo
que le hiere.
Quevedo. Qué! ¿aun amais
á Isabel?
Rey. En vano lucho
con esta pasion tirana.
Quevedo. No os han de faltar recursos
para triunfar de un capricho
fugaz: la caza, el estudio.....
Amor vive en la esperanza,
y ya convertida en humo
la vuestra.....
Rey. Áun no la he perdido.
Quevedo. En qué lo fundais?
Rey. Lo fundo.....
No sé..... En la misma vehemencia
del fuego en que me consumo.
Quevedo. Sin mengua de vuestra gloria,
no espereis, Señor.....
Rey. Soy viudo.
Quevedo. Ah! Cómo!... ¡Vos....
Rey. Si el encanto
de su rostro me sedujo,

su virtud más que divina

[*Con la mano en el pecho.*]

lo graba aquí con profundos
rasgos que no borrará
la losa de mi sepulcro.
¿Quién más digna de mi mano
y de mi dosel augusto?

Quevedo. ¿Será posible, Señor!....
Me asombro...

Rey. Por qué? Si al último
de mis vasallos es lícito
unirse en pobre tugurio
al objeto de su amor,
¿por qué el señor absoluto
de todos no lo será
para casarse á su gusto?

Quevedo. Entre un monarca y sus pueblos,
vos no lo ignorais, hay mutuos
deberes que sin peligro
no es dado.....

Rey. Vanos escrúpulos!

Quevedo. Su dignidad pierde el trono
cuando impolítico nudo
alza desde humilde esfera
á una mujer.....

Rey. Otro absurdo.
Trono es tambien la hermosura,
trono es la virtud, á cuyos
fulgores son los del mio
agonizante crepúsculo.
Así pues, cuando Himeneo
nos una en plácido yugo,
ella ilustrará mi trono
elevándome hasta el suyo.

Quevedo. (Ay! está loco.) Señor,
ved que atropellais los usos,
las conveniencias sociales.
Si esa boda, que áun lo dudo,
se realiza, ¿qué dirán
el Austria, la Francia, el mundo?
Temed no se alce la Europa
contra vos desde el Danubio
hasta el Támesis.....

Rey. Poder
sobra á este brazo robusto
para lidiar contra todos.—
Mas con temerario insulto
nadie al leon castellano
osará.....

Quevedo. Triunfante el luso
lo diga, y osado el belga,
y el catalan en tumulto.
Considerad.....

Rey. No os canseis.

Quevedo. Suspended.....

Rey. Ni dos minutos.—
Vos sereis mi embajador.

Quevedo. Yo, Señor!

Rey. Volad. Ninguno
mejor que vos. Será digna
de vuestro ingenio fecundo
la empresa. Áun puede vencer
desde su postrer reducto
vuestra opinion; áun pudiera,
si alcanzo el bien que procuro,
ser inconcusa verdad
aquel proverbio vetusto.

Quevedo. Oh! será más que mujer
quien resista á ese conjuro.
Ahí es nada! Una corona!....
Pero, por Dios trino y uno,
mirad.....

Isabel. [*A la puerta del foro.*]

Señor!

Rey. Isabel!

Quevedo. [*Viéndola.*]

Ah! (Pobre Gonzalo!...)

Rey. (Oh júbilo!)
Ven.....

Quevedo. (¡Entona á tu esperanza
el oficio de difuntos!)

ESCENA II.

EL REY. QUEVEDO. ISABEL.

Isabel. [*Hincando la rodilla.*]

Permitidme que me atreva.....

Rey. (Oh belleza sin igual!)
Alza.....

Isabel. Á daros una prueba
de mi gratitud.

Quevedo. (Qué tal?)

Rey. Tú!...

Quevedo. (Tiemblo!)

Isabel. Á vuestra clemencia
debo la vida de un hombre.....
En vuestra augusta presencia
no pronunciaré su nombre.

Rey. No á mi clemencia, al amor
que me inspiras.....

Isabel. Creo en él:
creed vos en el dolor
que me ha causado.

Rey. Isabel!

Isabel. Creedlo: no es más profunda
que la mia vuestra pena.
No es dicha la que se funda
en la desventura ajena.
Tan tierna solicitud
merece premio mayor;
mas no hay poder ni virtud
que den leyes al amor.
Confesad, si sois sincero,
que en damas de calidad
gala es el amor primero
y el segundo liviandad.
Mas no nos darán—á Dios

lo juro, Señor, y al mundo—
ni pena el primero á vos
ni vergüenza á mí el segundo.
Mi vida en expiacion
ofrecí.....

Rey. ¿Quién tan indigno
será.....

Isabel. Rehusais mi don?
Dios lo aceptará benigno.

Rey. ¿Así á mi amoroso afan
correspondes? ¿Qué misterio.....

Isabel. Viva me sepultarán
los muros de un monasterio.

Rey. Qué dices! ¿Tú.....

Isabel. No vacilo.
Allí en retiro piadoso
será una celda mi asilo
y el Rey de reyes mi esposo.

Rey. Jamás!

Quevedo. (Triste criatura!)

Rey. Tú monja! Oh! no desatines.
No se hizo tanta hermosura
para tocas y maitines.
Yo que en espléndido plaustro
verte victoreada anhelo,
¿podré consentir que un claustro
sea noche de tu cielo?
¿Yo bajo aleve tijera
veré caer tus cabellos?
¡Yo que la corona ibera
quiero sublimar en ellos!
Sí, mi bien! He aquí mi mano.
Doblen todos su rodilla
como yo la doblo ufano
á la Reina de Castilla.

Isabel. [*Haciéndole levantarse y hablando como inspirada.*]

¡Robais, impío, al altar
su víctima expiatoria!
En vano! Á vuestro pesar
yo salvaré vuestra gloria.
Si una corona á mi sien
desea vuestro delirio,
corona es, Señor, tambien
la corona del martirio;
y, aunque os parezca cruel,
llevarla animosa espero
con el auxilio de aquel
inmaculado Cordero
què, siendo el Verbo divino,
proto-mártir sin segundo,
la ciñó de agudo espino
para redimir al mundo.
Él me inspira. Mirad vos,
cuando él os habla en mi labio,
si osaréis pedir á Dios
satisfaccion del agravio.
Entre el amor y el deber,
mirad, Señor, si una hazaña
fácil para una mujer
no lo es para el Rey de España.
Cuando insensible me muestro
á tan alto beneficio,
ved entre el mio y el vuestro
cuál es mayor sacrificio.
Mirad qué os está mejor;
si oir la voz que me llama
á defender mi pudor
y á rescatar vuestra fama;
ó que seamos los dos,
sucumbiendo en esta lid,
ludibrio de Europa vos,
yo escándalo de Madrid.

Rey. Basta! Tú has vencido, ingrata!
Quieres la toca y el manto?
Bien está: tu Rey acata
ese propósito santo.

Quevedo. (Pobre menina!)

Rey. Á un mancebo
pude disputar tu mano;
pero con Dios no me atrevo;
que soy yo muy buen cristiano.—
Mas los deberes monjiles
son austeros.....

Isabel. Ya lo sé.

Rey. Áun no cuentas veinte abriles.
Tendrás firmeza en tu fe?

Isabel. Lo espero.

Rey. Tambien allí
tienta el enemigo malo.
¡Ay de tu fe y ay de ti
si te recuerda á Gonzalo!

Isabel. Por qué le nombrais, Señor?
Por siempre me alejo de él.....
(Ay cielos!....)

Rey. De tu valor
quiero otra prueba, Isabel.

Quevedo. Monja! (Es cargo de conciencia.)

Rey. ¿Tendrás corazon bastante
para arrostrar la presencia
del que ayer era tu amante?
Tambien yo te amaba tierno.
Qué mucho si á mí le igualo?
Me has dado un adios eterno!....
Óigalo tambien Gonzalo.

Isabel. Ah, Señor!....

Rey. Que me avergüence
no es razon ese mozuelo.
Sepa que no es él quien vence,
sino el Rey de tierra y cielo.
Sepa, para ahogar la llama
que nos quemó de consuno,
que no cedo yo mi dama
de Dios abajo á ninguno.—
Dudas? Mi demanda es justa.

Isabel. No, Señor. (Triste de mí!)

Quevedo. (Necia vanidad augusta!)

Rey. Hola!

[*Al ujier que se presenta en la puerta del foro.*]

El preso venga aquí.

Quevedo. (Dios le tenga de su mano!)

[*Al Rey aparte.*]

¿Á qué esa prueba cruel
si.....

Rey. Callad!

Quevedo. (Dios soberano!....
Ya vuelvo á temblar por él.)

Rey. Áun nos falta otro testigo
para accion tan noble y santa.
Ujier!

Quevedo. (Desdichado amigo!)

Rey. [*Á otro ujier que llega.*]

Venga el aya de la Infanta.

Quevedo. ¿Y qué os proponeis, Señor,
con semejante careo?

Rey. Otra víctima de amor

[*Mirando á Isabel.*]

dé más pompa á su trofeo.

ESCENA III.

EL REY. ISABEL. QUEVEDO. LA CONDESA.

Condesa. ¿Me llamais.....

Rey. Venid, Condesa.
Dios oyó vuestra plegária.
Pesarosa, arrepentida
de vuestra inicua venganza,
crueles remordimientos
os compungian el alma.
Alentad. Libre es Gonzalo.

Condesa. Vuestra bondad soberana.....

Rey. Libre es tambien Isabel;
y exenta de toda mancha,
ella que pudo aspirar
al tálamo de un monarca,
modelo de alta virtud
á matronas castellanas,
para más digno consorte
su cándida mano guarda.

Condesa. Qué decis!... Gonzalo!... Oh Dios!..

Rey. [*Á Gonzalo, que aparece por el foro entre alabarderos.*]

Entrad.—Despeje la guardia.

ESCENA IV.

EL REY. ISABEL. LA CONDESA. QUEVEDO. GONZALO.

Gonzalo. (Aquí Isabel! Oh tormento!)

Quevedo. (Nos cayó á cuestas la casa.)

Gonzalo. [*En ademan de arrodillarse.*]

Señor!....

Rey. Alza. Ya eres libre.

Gonzalo. Permitid que á vuestras plantas.....

Rey. No es á mí, sino á Isabel,
á quien debes dar las gracias.

Gonzalo. Á Isabel? ¡Cómo..... Es posible!....
(La Condesa! Horrible trama
tal vez.....)

Rey. Póstrate á sus piés.

Gonzalo. [*Receloso.*]

Señor!

Quevedo. [*En voz baja rápidamente.*]

Hazlo. Es una santa.

Gonzalo. [*Á los piés de Isabel y aparte con ella.*]

Es cierto? Libre..... por ti!

Isabel. Sí.

Gonzalo. Á qué precio? ¿Al de mi infamia
y al de la tuya quizá?

Isabel. Vivo..... y lo preguntas!

Rey. Basta!

[*Se levanta Gonzalo.*]

Gonzalo. (¡Ah bien mio.... Pero.... el Rey...)

Rey. Sí, esa niña es quien te salva.
Bendice al cielo que de ella
hizo el ángel de tu guarda.

[*Á la Condesa.*]

Y vos, señora, tambien
bendecid arrodillada
la divina Providencia.
Quisisteis en hora infausta
perder á esa criatura,
y Dios para sí la gana!

Gonzalo. Qué oigo!

Condesa. Ah, Señor!....

Rey. Á los tres
ella el camino nos traza
del deber. Ella, inocente,
las culpas de todos paga;
y pues yo soy el primero
que su pia ofrenda acata,
¿quién podrá ser tan osado
que la arranque de las aras?

Gonzalo. ¡Ella..... Oh desesperacion!

Quevedo. [*En voz baja á Gonzalo.*]

Imprudente!....

Gonzalo. [*Á Isabel.*] Es verdad? Habla.

Isabel. [*Con forzada serenidad.*]

Sí, con ánimo resuelto
sigo..... (el aliento me falta)
la divina inspiracion
que á austero claustro me llama.

Gonzalo. [*Con sumo dolor.*]

Ah!.... (Me costará la vida.)

Rey. La oiste. No hay esperanza
á tu amor; mas si endulzar
deseas la copa amarga
de un desengaño cruel,
ejemplo te dé su casta,
su ejemplar abnegacion.
Madre cariñosa y blanda,
en su gremio te reciba
la Iglesia.
Quevedo. (Esto nos faltaba!)
Rey. Y en premio de los servicios
de tu padre que Dios haya,
te nombraré, si te ordenas,
canónigo de Granada.

Gonzalo. [*Sin poder dominarse.*]

Señor, si llamado he sido
para que escarnio se haga
de mí en la corte, volvedme
á la torre del Alcázar,
ó dad mi cuello al verdugo
que me esperaba en la plaza.
Rey. Qué dice ese temerario?
Presumes que hablo de chanza?
¿Ó es poco una canonjía.....

[*Á Quevedo.*]

Digo, y metropolitana!
Quevedo. Señor!....
Gonzalo. Sincero mi labio
ni disimula ni engaña
ni miente; ¡y ménos al Rey,
y ménos á Dios! Que flaca
de condicion y de espíritu
una mujer desdichada,
rinda en el primer embate
el muro de su constancia,
no es mucho; ni que tal vez
labre su propia desgracia
dejando jurar al labio
lo que dentro niega el alma.
Mas yo que de hombre me precio
y hombre á quien nada acobarda,
ni sé disfrazar mi rostro,
ni sé estudiar mis palabras,
ni ahogar en mi corazon
las pasiones que lo halagan.
Mi amor es puro; ¿y quereis
que de él me acuse á las plantas
de un confesor? No he cursado
teología en las aulas,
¿y pronunciaré sacrílego
votos que Dios no me manda
consagrarle?.... Oh! si es forzoso
que yo renuncie á mis gratas
ilusiones; si por siempre
mi desventura me arranca
del amante corazon
donde ayer feliz reinaba,
hartos son los enemigos
de mi Rey y de mi patria.
Mandadme á lidiar con ellos:
dadme, Señor, una espada,
y me sentará mejor
que el manteo y la sotana.
Así tambien, sin agravio
de la religion sagrada,
léjos de vos viviré
y de esa mujer ingrata.
Y si áun esto no es bastante
para aplacar vuestra saña,
pronto alcanzaré el honor
de morir por vuestra causa;
que quien la vida aborrece
sabrá en sangrienta batalla
dar á las balas el rostro
mejor que al riesgo la espalda.
Isabel. (Dios mio, dadme valor!)
Condesa. (Y no le he de amar!)
Quevedo. (¡Oh hidalga
fortaleza!)
Rey. Si prefieres
á una prebenda una bala,
aunque no te alabo el gusto
yo te concedo la gracia.
Hoy partirás para Flándes.
Condesa. Piedad!....
Rey. Cómo es eso? ¿Lágrimas
en vuestros ojos?
Condesa. [*En voz baja.*] Señor,
no lloro sola.

[*Mostrando á Isabel.*]

Miradla.
Isabel. (Favor, cielos!)
Rey. [*Á Quevedo.*] Vos tambien?
Quevedo. Y lloraria una estatua
al ver.....
Rey. Silencio! Gonzalo,
despídete de tu amada:
yo lo permito.
Gonzalo. Excusad.....
Rey. Yo lo mando.
Isabel. Ay!....

[*Cae casi sin sentido.*]

Condesa. [*Acudiendo á sostenerla.*]

Se desmaya!
Rey. (No puedo más.) Isabel!

[*Todos se acercan á Isabel.*]

Respira, Isabel!.....

[*Mostrando á Gonzalo.*]

Abraza
á tu marido.
Isabel. [*Recibiendo en sus brazos á Gonzalo.*]
Oh gran Dios!

Gonzalo. Oh ventura!
Quevedo. Oh noble hazaña!

[*Todos se arrodillan ante el Rey.*]

Gonzalo. Señor!
Quevedo. El cielo os bendiga!
Condesa. Agradecida.....
Isabel. Postrada.....
Rey. Alzad!

[*Todos se levantan.*]

Probar he querido
el temple de vuestras almas.
Perdonadme el breve alarde
de una aparente venganza,
siquiera porque á mi voz
trocais vuestra pena amarga
en dicha tanto más grande
cuanto ménos esperada.
Bendiga Dios vuestro lazo:
yo con mercedes sin tasa
os probaré mi amistad
pura, desinteresada.....
(Valor, Felipe!.... Eres Rey.)
Sonada será en España
vuestra boda. En mi capilla
os desposaréis mañana.
Os hará el epitalamio
Quevedo.....

Quevedo. Con vida y alma.
Rey. Y será vuestro padrino.....
don Felipe Cuarto de Austria.

Isabel. [*Queriendo arrodillarse y tambien Gonzalo. La Condesa junta las manos y alza los ojos como en actitud de orar.*]

Tanta bondad!

Rey. Detenéos.

Quevedo. [*Aparte con el Rey.*]

Sois un héroe!

Rey. [*Con cómico despecho.*]

Soy un mandria!

[*Reparando en la Condesa.*]

Qué haceis, Condesa?

Condesa. Pedir
á Dios su divina gracia.
Y no en vano. El sacro velo
á que otra se resignaba,
y con contento de todos
convierte en nupciales galas,
ceñir anhelo á mi frente
que surca el dolor y mancha
la vergüenza. Si una víctima
el ara de Dios reclama,
yo debo serlo; yo sola!

Rey. Mirad.....
Condesa. No me tengais lástima,
Señor. Sólo allí habrá paz
para esta alma atribulada;
sólo allí sanar podria
de mi corazon la llaga.....
No más! Adios! Sed felices.
(Ay!....) Adios!

ESCENA ÚLTIMA.

ISABEL. EL REY. QUEVEDO. GONZALO.

Isabel. Desventurada!
Quevedo. [*Aparte con el Rey.*]
Mejor suerte merecia.
Rey. Si es vocacion voluntaria
la suya, del mal el ménos.
Mas ¿qué ha de hacer la cuitada
si á mí no me falta mucho
para encerrarme en la Trapa?

[*En alta voz.*]

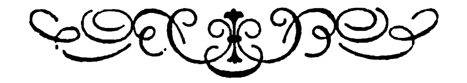
Ahora bien, poeta cáustico,
¿volvereis á escribir sátiras
contra las mujeres?

Quevedo. No.
Váyase muy noramala
con su injusta muletilla
el corregidor de márras.

Á la evidencia me rindo
y en la justicia me fundo.
La MUJER, lo juro al Pindo,
es lo más grato y más lindo
que Dios crió en este mundo.
Ni sólo estriba su palma
en este precioso don;
que, con muy rara excepcion,
hermosas son en el alma
como en el cuerpo lo son.
Cuando su flaqueza sacas
á relucir y sus macas,
considera, *Hombre* demente,
que persigues igualmente
á las gordas y á las flacas.
Cifra el hombre su esplendor
en el amor de la gloria;
mas con instinto mejor
la MUJER brilla en la historia
por la gloria del amor.
Ah! si por seguir tus huellas
se vicia tan noble instinto,
no culpes, *Hombre*, á las bellas,
sino á ti, con tercio y quinto
más débil que todas ellas.
Siervas en todo lugar,
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, *Hombre* baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo y por ti?
Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interes.
¿Por qué les quitas la fama.....
si te arrastras á sus piés?

¿Por qué tu desprecio llora
la que con paciencia santa
cuando niño te amamanta,
y cuando jóven te adora,
y cuando viejo te aguanta?
Sin la MUJER no hay placer.
Es fiel? Bendice tu estrella.
Es maula? Cómo ha de ser!
Ó capitula con ella.....
ó suprime la MUJER.

Mas tan pobre es tu chirúmen,
que primero que tal hagas
consentirás que te emplumen,
porque en sus ojos te embriagas
de amor, de gozo..... En resúmen:
Desde la planta al cabello
la MUJER—insisto en ello
y lo pruebo y te confundo—
es lo más grato y más bello
que Dios crió en este mundo.



UNA ENSALADA DE POLLOS,

COMEDIA EN UN ACTO.

Se estrenó en Madrid, en el Teatro Español, el dia 25 de Octubre de 1850.

PERSONAS.

ADELA.	D. GASPAR.
DOÑA MARTA.	D. PÍO.
SABINA.	D. QUIRICO.
DOÑA RUPERTA.	D. INOCENCIO.
D. LUIS.	D. LACTANCIO.

UNA SEÑORITA.

SEÑORITAS Y SEÑORAS.—GALANES Y GALANCETES (POLLOS.)—CRIADOS.

La escena es en Madrid, en casa de doña Marta. Sala adornada é iluminada para un baile, con puerta grande en el foro: otra á la derecha y otra á la izquierda en el proscenio. La entrada de los que vienen de la calle es á la derecha por el último bastidor. Por la izquierda, á la misma altura, se va á otra sala, que no se ve. Se supone que las dos puertas del proscenio son respectivamente de comunicacion interior. Las parejas de baile figuran proceder de una sala á otra haciendo martillo. Al alzarse el telon se está bailando una polca-mazurca.

ESCENA I.

ADELA. UNA SEÑORITA. D. LUIS. DON INOCENCIO. D. QUIRICO. SEÑORITAS. GALANCETES.

[*Silencio durante dos ó tres compases de baile. Don Luis pasea de un lado de bastidores á otro. Don Quirico aparece en primer término bailando con tal entusiasmo que fatiga á su pareja y la obliga á dejarle.*]

Quirico. Ya me suelta usted! (Aleve!)
Señorita. No puedo.....

[*Se sienta.*]

Quirico. (Maldita seas!)
Luis. Cómo es eso, don Quirico?
Ya deja usted su pareja?
Quirico. Al contrario: ella á mí, ay triste!
Luis. Qué escucho!
Quirico. Y ya es la tercera!
Luis. Baila usted con tal fervor,
que sin duda las molesta.....
Quirico. Echen la culpa á la moda
que tales danzas inventa,
y no á mí. Báilen el grave
minuet que bailó mi abuela,
ó el insulso y desdeñoso
rigodon; y no pretendan
que un hombre sea un autómata
cuando columpia á una bella
en sus brazos, y palpitan
simultáneas las artérias,
y ella se encuaderna en él,
y él se compagina en ella,
y se identifican tanto
que parecen una etcétera.

[*Cesa el baile. Unas parejas desaparecen por la izquierda del foro, y con ellas la Señorita que habló, provista ya de otro galan: otras se sientan en el proscenio, y de este número son Adela y D. Inocencio: otras se disuelven, etcétera.*]

Luis. Amiguito, hará usted mal
si toma al pié de la letra
esos favores efímeros
en que el corazon no entra
á la parte, y que en el aire
se pierden con las corcheas
de la música. (Este pollo,
si el cielo no lo remedia,
morirá tísico.)

Quirico. ¿Acaso
tengo yo horchata en las venas?
Ni ellas se ofenden, mentira!
de una mirada halagüeña,
ni de un apreton erótico
ni de un «te adoro» á la oreja.

Luis. Pero ha de ser de su gusto
el galan.

Quirico. Cruel estrella!
Segun eso yo no agrado
á ninguna.

Luis. Eh!....

Quirico. ¿Hay conciencia
para esto? Y ¡vea usted!
á mí rubias y morenas,
altas, bajas, y lo mismo
las delgadas que las gruesas;
todas me gustan.

Luis. Tal vez
por lo mismo le desdeñan
á usted. Si amase á una sola.....

Quirico. Mas cuando una se rebela
¿no he de ir á otra.....

Luis. Esperar.....

Quirico. Yo amo siempre con urgencia.

Luis. (Trasto!) Peor para usted.....

Quirico. Soy vapor, soy chispa eléctrica.....
Pero ellas no me comprenden,
que si ellas me comprendieran.....
Macías y Marco Antonio
serian niños de teta
conmigo. ¡Ah, qué corazon
se pierden!

Luis. Cierto. (Y qué plepa!)

Quirico. Ah! Dorotea tal vez.....
Es romántica; es excéntrica.....
No muy linda..... Pero acaso
nuestras almas homogéneas.....

Luis. Quizá.....

Quirico. Hasta luégo. Ya estoy
ardiendo por Dorotea.
¡Qué combustibilidad
la mia!.... ¡Ah, si me desprecia,
ira, odio, execracion
á todas las hijas de Eva!

ESCENA II.

ADELA. D. LUIS. D. INOCENCIO. PAREJAS.

Luis. [*Volviendo á pasearse.*]
(¿Habrá mico...)

Adela. (Ó no me ha visto,
ó de intento no se acerca
porque Inocencio está aquí.)

Inocenc. Sí, sí, dulcísima Adela,
baila usted como una sílfide.

Adela. Lisonja.....

[*Sigue hablando en voz baja.*]

Luis. (De qué se queja?
¿Á quién ha de enamorar
con esa cara de acelga?
Y en siglo tan positivo
¿qué muchacha se contenta
con el corazon de un títere
que no tiene una peseta?)

Adela. [*Abanicándose.*]
Jesus!....

Luis. (Adela está allí
y al márgen otro babieca....,
otro pollo!)

Adela. [*En alta voz.*]
Me sofoca
el calor.

Luis. (Hay epidemia
de ellos este año.)

Adela. (No viene!)
[*Tosiendo.*]
Ejem.....

Luis. (Tose..... Ni por esas!
Miéntras no despida al mono
que la acompaña.....)

Adela. Quisiera,
don Inocencio, un helado.
Perdone usted la molestia.....

Inocenc. [*Levantándose.*]
Al momento. De azofaifas?
de pistacho? de.....

Adela. Cualquiera.

ESCENA III.

ADELA. D. LUIS. PAREJAS.

Luis. [*Acercándose.*]
Se ha puesto usted mala?
[*Se sienta al lado de Adela.*]

Adela. No.

Luis. Lo celebro.

Adela. ¿Le interesa
á usted mi salud?

Luis. Sí, á fe.
Cumplida se la desea
á usted mi.....

Adela. Qué?

Luis. Mi amistad.

Adela. ¿Ya es sólo amistad lo que era
amor pocas horas hace?
Luis. En verdad, parva materia
es esa para una diosa
de cuyo altar son ofrenda
tantos corazones.
Adela. Sí?
Yo.....
Luis. La del mio es superflua.
Adela. Cómo!
Luis. Al ménos por ahora.
Luégo que acabe la fiesta,
tal vez.....

[*Vuelve D. Inocencio con un helado que ofrece á Adela.*]

ESCENA IV.

ADELA. D. LUIS. D. INOCENCIO. PAREJAS.

Adela. Eso es acusarme.....
Inocenc. Un quesito de frambuesa.
Adela. [*Alejándole con un ademan.*]
Luégo..... Permítame usted.....

[*Sigue hablando en voz baja con don Luis.*]

Inocenc. (Se aprovechó de mi ausencia
ese ciudádano cócora,
y apostaria una oreja
á que la está requiriendo
de amores. Oh! pero Adela.....
Adela es mia! Si le oye,
sólo es por condescendencia,
por urbanidad.)
Adela. [*Aparte con D. Luis.*]
Si usted
no quiere que me divierta.....
Luis. Yo no pretendo tal cosa.
Adela. Ya he salido de tutela.
Luis. Pues yo lo creo! Una viuda.....
Inocenc. (Se pone fosca! Él se quema.....)
Adela. Viuda, pero áun no he cumplido
veinticuatro primaveras.
Luis. Oh! sí, es usted deliciosa,
adorable..... Algo coqueta......
Adela. No por cierto. Y si lo soy,
la culpa es de usted.
Luis. De véras?
Adela. Sí, que me quema la sangre
con su aire de indiferencia.....
Luis. No, es resignacion.

[*Sigue hablando aparte.*]

Inocenc. (Qué chinche!—
Y la pobre no refresca!
Vuelvo á ofrecerle el quesito,
y esta será una indirecta
para que el otro.....)

[*Acercándose.*]

Adelita.....
Adela. No; ya no lo quiero.
Luis. [*Apoderándose del platillo.*]
Venga.

[*Se toma el helado.*]

Inocenc. (¡Alabo..... ¿Cuándo tuvo él
criados de esta librea?

[*Paseándose.*]

Estaba por..... Pero no;
no quiero comprometerla,
y dar una pesadumbre
á la pobre de mi abuela.)
Luis. ¿Qué he de hacer entre la turba
de muñecos que la asedian
á usted? Me siento á su lado,
y al momento se la llevan
á bailar.....
Inocenc. (Me aspo! me pudro!)
Luis. Y como usted siempre acepta.....
Adela. ¿Y por qué no baila usted
conmigo? ¿Quién se lo veda?
Luis. [*Dando el platillo á uno de los criados que entran y salen sirviendo dulces y helados.*]
Porque no sé; ni me gusta
esa polca..... ó tarantela
que se usa ahora; ni es lícito
á quien ya frisa en los treinta
y es coronel de lanceros
hacer quiebros y piruetas;
ni quiero sudar el quilo;
ni tengo pulmon de piedra
para resistir la atmósfera
de un baile una noche entera;
que si cien pollos la enfrian
cien palomas la caldean.
Adela. Qué delicado es el niño!
Luis. Yo.....
Adela. Pues á mí me deleita
el baile, y he de danzar
hasta el alba.
Luis. Norabuena.
Adela. Y quien habla mal del baile
me hace á mí una grave ofensa.
Luis. Si lo juzga usted así.....
Adela. Y esa sátira sangrienta
le saldrá á usted á la cara.
Luis. [*Mostrando á D. Inocencio.*]
¿Y ha de ser aquel..... lamprea
quien se encargue de vengar
á usted?
Adela. Sí. Baila de perlas;
y basta que á usted le inspire
antipatía.....
Luis. Me apesta.

Adela. Bailaré toda la noche
con él.
Luis. Terrible sentencia!
(Eso quiero yo.)
Adela. [*Levantándose y tambien D. Luis.*]
Á quien no
quiere caldo, taza y media.
Luis. Bien, señora. Cada cual
se arreglará como pueda.
Adela. Corriente.
Inocenc. (Se ha levantado
la sesion.—Está muy séria.)
Adela. Abur.
Luis. Para siempre?
Adela. Sí.—
Inocentito!
Luis. Paciencia!
Inocenc. [*Acercándose.*]
Adelita!
Adela. El brazo.

[*Se le toma.*]

Inocenc. Oh gloria!
Adela. (Rabiando de celos queda.)

ESCENA V.

D. LUIS. PAREJAS.

Luis. Pobrecita! En el pecado
llevarás la penitencia.
Dios no me dé otro rival
que una sabandija acéfala
con el talento en los piés
y el corazon en la orquesta;
de esos que en el baile bailan
y sólo á bailar aciertan,
que rebuznan si discurren
y si enamoran degüellan.—
Báilamela bien, polluelo;
pónmela como una breva,
y con la inútil fatiga
del cuerpo donde se encierra,
el alma en provecho mio
dominará su soberbia.—
¿Y si mi cálculo falla
y contra todas las reglas
triunfa el pollo? Buen provecho!
Yo seré libre, y él, ó ella,
ó los dos...... en el pecado
llevarán la penitencia.

[*Al retirarse D. Luis, llegan varias parejas que se ponen en baile, y entre ellas Sabina y D. Lactancio.*]

ESCENA VI.

SABINA. D. LACTANCIO. PAREJAS.

Lact. Ven conmigo á este sofá,
oh prenda que el alma adora;
ven y hablémonos ahora
que no nos ve tu mamá.
Sabina. Yo estoy temblando.....

[*Se baila.*]

Lact. Por qué?
Creerá que bailamos.—Vente.
Y al traves de tanta gente
¿quién nos oye ni nos ve?
Sabina. Bien; no digas que soy sorda
á tus ruegos; pero es grave
la.....

[*Se sientan.*]

Lact. No!
Sabina. (Mamá bien lo sabe,
pero hace la vista gorda.)
Lact. Ahorrémonos el cansancio,
y dime otra vez, Sabina,
que me amas.
Sabina. Ah! Sí.
Lact. Divina!
Sabina. Sí, mi querido Lactancio.
(Es rico; no se te escape,
me ha dicho.....)
Lact. ¿Estás distraida,
amor mio?
Sabina. No, mi vida.
(Ántes que otra me lo atrape....)
Pero yo soy pobre, ay Dios!
y opulento tu papá.....
Lact. Qué importa? Yo.....
Sabina. No querrá
que nos casemos los dos.
Lact. Le escribiré.....
Sabina. Será en vano.
Dirá que es un sacrilegio
el sacarte del colegio
para darme á mí la mano.
Lact. Pero.....
Sabina. Dirá..... sin razon:
bodas él? ¿quién lo diria!....
¡Un pollo que todavía
no ha soltado el cascarón!
Lact. Ay! Sí. Es duro de meollo
y temo que me rechace.....
Sabina. No lo dudes.
Lact. Por lo que hace
á si soy ó no soy pollo.....
Sabina. Será un desaire cruel
para mí y un compromiso.....
Lact. Si nos niega su permiso,
nos casarémos sin él.
Sabina. No hará eso solo, ay dolor!
Desde Valencia del Cid
en posta vendrá á Madrid,
y te robará á mi amor!
Lact. Bien puede ser; que él no es lerdo...

Sabina. Y tú no harás resistencia.....
Lact. Sí!
Sabina. Y una vez en Valencia,
ay! si te vi no me acuerdo.
Lact. No, yo te juro que no.....
Sabina. Yo no me expongo á ese trance.
Otra la ventura alcance
de ser tuya, y muera yo!
Lact. Pero tú ¿qué me aconsejas?,
tú que tienes más talento.
Sabina. Ay! Nada.

[*Levantándose.*]

Adios!

Lact. [*Haciéndola sentarse otra vez.*]

Un momento!

Sabina. Pero.....
Lact. Tan pronto me dejas!
Sabina. Quizá dudes de mi fe;
quizá, sabiendo mi estado,
te parezca interesado
el consejo que te dé.

[*Cesa el baile y se dispersan las parejas en varias direcciones.*]

Lact. Nunca!
Sabina. Oh! por qué no eres pobre?
Yo te seguiria al ara
aunque prófuga surcara
las ondas del mar salobre.
Lact. Por ser rico no me quieres!
Sabina. Sí; pero mi pundonor.....
Lact. Es ese el jurado amor?
¿Esa..... Ah, mujeres, mujeres!
Pues bien, daré por mi dama
la vida.....
Sabina. Ay Dios!
Lact. El acero
ó el tósigo.....
Sabina. No! Primero
es tu vida que mi fama.
Venciste!
Lact. Qué haremos pues?
Sabina. Á fuer de tiernos amantes.....
Lact. Di, di.
Sabina. Casémonos ántes,
si lo hemos de hacer despues.
Lact. Sí, sí. Despues de casados,
papá dirá amén. Confía.....
Sabina. Cierto.
Lact. Pues! la teoría
de los hechos consumados.

ESCENA VII.

SABINA. D. LACTANCIO. DOÑA RUPERTA.

Ruperta. Sabina!
Sabina. Ay! Mamá!

[*Se levantan.*]

Ruperta. Qué es esto?
¡Mano á mano en el sofá
los dos!
Lact. [*Turbado.*]

Pero.... Yo.... Si.... Ella...

Ruperta. Quítese de aquí el rapaz!
Hacer la corte á mi niña!
¡Querer.....
Sabina. [*En voz baja.*]

Qué es esto, mamá?

Ruperta. Querérmela seducir!
Lact. No, señora. Yo..... es verdad
que la quiero.....
Ruperta. ¿Qué se entiende
querer! Sí, ¡para él está
mi hija! Para un arrapiezo
que estudia latinidad.....
Lact. No, que ya soy bachiller.....
Ruperta. Calle y déjenos en paz!
Lact. (Me aturdo..... Sabina calla.....)
Si yo.....
Ruperta. No faltaba más.
Sabina. Lactancio.....
Ruperta. [*En voz baja á Sabina.*]

No es oro todo
lo que reluce.
Sabina. [*Lo mismo.*] Pues ¿qué hay?
Lact. Nos queremos con buen fin.....
Ruperta. [*Como ántes.*]

No es tan crecido el caudal
como pensábamos.
Lact. Ella.....
(No me oyen!) Mi tierno afan.....
Sabina. [*Á su madre en voz baja, y así seguirán hablando cuando lo indiquen los versos.*]

Pero es su único heredero.....
Ruperta. Tonta! Se ha vuelto á casar
el padre.
Sabina. Qué oigo!
Ruperta. Él lo ignora
todavía.
Lact. (Qué dirán?)
Ruperta. He visto la papeleta.
Sabina. Cielos!
Ruperta. Y áun está en edad
de dar.....
Lact. Señora!
Ruperta. Ocho ó nueve
hermanos al colegial.
Lact. Sabinita!....
Sabina. Ya era nuestro.
¿Y cómo me vuelvo atras.....
Ah! lo meteré á barato.
Lact. Prenda amada!....
Sabina. [*En alta voz.*] Atrocidad!
Lact. Eh?
Sabina. ¡Aparte usted, y no vuelva
á saludarme jamás!

Lact. Cómo!....
Sabina. ¡Pretender mi mano
el hipócrita.....
Lact. Sí tal.
Sabina. ¡Y vivir en relaciones
ilícitas.....
Lact. Yo!....
Ruperta. Maldad!
(Sigamos la veta.) Sí,
libertino, perillan.....
Lact. ¡Yo relaciones ilícitas,
Vírgen santa del Pilar!
Yo! ¿Con quién.....
Sabina. Con la mujer.....
Lact. Oh! De quién?
Ruperta. De un mariscal!
Sabina. Pues! Y áun si fuera de campo.....
Pero albéitar!
Lact. Pero ¿están
ustedes locas?
Ruperta. No!
Sabina. Monstruo!....
Huyamos!
Lact. [*Dejándose caer en una silla abatido y desesperado.*]
No puedo más!
Ruperta. [*Aparte á Sabina yéndose con ella hácia el foro.*]
Bien, alhaja! Te has portado! —
(Las niñas de ahora dan
en la intriga y la frescura
quince y falta á las mamás.)

ESCENA VIII.

D. LACTANCIO. DOÑA MARTA. D. GASPAR.

[*Doña Martá y D. Gaspar llegan disputando.*]

Gaspar. Desde mañana no soy
tu huésped. Me iré á la fonda.
Esta es mucha trapisonda.
Marta. Gaspar!
Gaspar. Lo dicho: me voy.
Lact. (Qué haré? Yo me vuelvo loco!)
Marta. Pero.....
Gaspar. Tu casa es el cáos.
Marta. Yo.....
Gaspar. No estoy para saraos.
Marta. Ya veo.....
Gaspar. Ni tú tampoco.
Marta. Yo soy más jóven que tú.
Gaspar. Más jóven!
Lact. (Así me deja!)
Gaspar. Querrás decir ménos vieja.
Lact. (Estoy dado á Belcebú!
Creer semejante bola!....)
Gaspar. Sesenta años tengo.
Marta. Ba!
Gaspar. Diez te llevo; luego ya
tienes cincuenta á la cola.
Marta. No!
Gaspar. Sí! (La necia!)
Marta. (El jamelgo!)
Y aunque los tenga ¿qué importa?
Soy libre, la vida es corta.....
Lact. (Si no la aplaco, me cuelgo!)

ESCENA IX.

DOÑA MARTA. D. GASPAR.

Gaspar. Pon á tu locura tasa.
Cada domingo recibes.....
Si por bailes te desvives
búscalos fuera de casa.
Marta. Si no quiero! ¡Es mucho cuento.....
Gaspar. Ni hay caudal que á tanto baste;
ni por mucho que se gaste
se queda con lucimiento.
Marta. Oh! Es mi gusto, y aunque se hunda
el orbe.....
Gaspar. Es mucho belen!....
Marta. Pues vete á la cama.
Gaspar. ¿Y quién
duerme con tal baraunda?
Y no hay sala ni pasillo
libre de esa bacanal;
y ni un solo hombre formal
con quien jugar un tresillo.
¿Qué he de hacer-yo entre una sarta
de pollos con ictericia.....
Marta. Los pollos son mi delicia.
Por algo me llamo Marta.
Gaspar. ¿Posible es que tal idea.....
Marta. Los quiero con fanatismo.
Gaspar. Tan vetusta!
Marta. Por lo mismo.
Lo que falta se desea.
¡Son tan cándidos, tan bellos.....
Gaspar. Sí, pero el que da en ser tonto.....
Marta. Poco he de poder ó pronto
me caso con uno de ellos.
Gaspar. Mira, Marta, que te expones.....
Marta. Más riesgo corro, de fijo,
si para consorte elijo
á un gallo con espolones.
Quiero un marido bisoño
que, dócil como la cera,
con su verde primavera
alegre mi árido otoño.
Si el suyo la juventud,
mi dote será la hacienda,
y cuando amor no le encienda,
me querrá por gratitud.
No temas que yo zozobre
siendo el pacto igual.....
Gaspar. Sin duda.
Marta. Que si él me saca de viuda

yo le sacaré de pobre.
Gaspar. El pollo, hermana querida,
á la larga ó á la corta
se emancipará y.....
Marta. Qué importa?
Un año de vida es vida.
Gaspar. Bien, si ese es tu gusto, bien!
Marta. Ya hay uno que me hace cocos.
Gaspar. Tú le limpiarás los mocos;
y á ti las lágrimas ¿quién!
Marta. Hum, qué hombre! No callarás?
Gaspar. Bien, callo. (Qué desatino!)
Y hasta seré tu padrino
si te casas: quieres más?
Marta. Gracias.
Gaspar. Y luégo sin ruido
nos separamos.....
Marta. Sí, sí.

[*Asoma D. Pio por la izquierda del foro y lentamente se dirige al proscenio.*]

Vete ahora, que por allí
viene.....
Gaspar. Quién?
Marta. El consabido.

[*Viendo que le mira con atencion don Gaspar.*]

Qué tal?
Gaspar. (Bien valdrá seis reales.)
Guapo! (Qué tunda te pierdes!)
Vaya, abur. (Las viejas verdes
son furiosos animales.)

ESCENA X.

MARTA. D. PÍO.

[*Marta se sienta.*]

Pio. (Está sola. Qué espero?)
Marta. (Flechado viene á mí.
Me haré la distraida.)
Pio. (Es vieja y yo gentil
mancebo; mas sus rentas
valen un Potosí;
y la escasa pecunia
con que vine á Madrid
dió fondo; y pobre, y huérfano,
sin un maravedí,
y con mi inútil fárrago
de griego y de latin,
¿he de volverme pédibus
andando á mi país,
y allí morirme de hambre
por no morirme aquí?
Por huir del hospicio
¿agarraré un fusil?
¿He de vender mi fraque
hecho por figurin
para comprar mañana
una chaqueta gris,
y ser mozo de cuerda
ó peon de albañil?)
Marta. (Parece que vacila.....)
Pio. (Más grato porvenir
el cofre de la vieja
me brinda. Iré á París.....
Me abonaré en la ópera.....
Echaré tilburí.....)
Marta. (Sin duda no me ha visto.)
Pio. [*Acercándose.*]
(Qué bárbaro desliz!
Pero..... ¡apechugo!)

[*Acercándose más.*]

Marta!
Marta. [*Fingiendo sorpresa.*]
Ah!
Pio. Tan solita ahí!
Marta. Me cansa ya el bullicio.
Pio. Sí, llegan á aburrir
la polca y la mazurca,
la flauta y el violin.
Yo tambien allá dentro
me fastidiaba.....
Marta. Sí?
Tan jóven!.... Cuántos años?
Pio. Dieciocho por Abril.
Marta. ¡Y aburrirse.....
Pio. Ay, señora!
No estaba usted allí!
Marta. Qué oigo!
Pio. (¡Ya hemos botado
al agua el bergantin!)
Marta. Echarme á mí de ménos
estando allí Beatriz
que es tan linda, y Dolores,
y Juanita Solis,
y otras veinte.....
Pio. Eh! mozuelas
sin fundamento y sin.....
Yo prefiero el talento,
la experiencia....
Marta. (Ay Dios!)
Pio. Y.....
¿Permite usted.....
Marta. Sí.
Pio. [*Sentándose en el confidente que ocupa doña Marta.*]
Gracias.
(Gran Dios, qué trasportin!)
Marta. Mucho me maravilla
que en edad juvenil
no guste usted de mozas.....
Pio. No, á fe de Pío Pi.
Marta. (Hasta el nombre es de pollo.)

Pío Pi!....
Pío. El lemosin
es lacónico.
Marta. Cierto.
Pío. Y como yo nací
catalan.....
Marta. Eh! ¿qué importa.....
Pío. Soy hijo de Cambrils.—
Dejando digresiones
y volviendo al carril,
nunca de las muchachas
apasionado fuí.
Son tan insustanciales!....
(Miente mi lengua vil.)
Tan coquetas, tan falsas.....
(Hijas de mi alma!) En fin,
prefiero el celibato
á una consorte así;
que todos las codician.....
Y suele ser tan ruin
su gusto, que á un buen mozo
miran con ceño hostil,
y luégo se enamoran
de cualquier zarramplin.
Marta. Eso es pensar con juicio.
Ni ¿qué han de producir
las bodas entre niños,
sino disgustos mil?
Si ella es una muñeca
y él un chisgarabis,
¿qué se prometen ambos
de su ilusion febril,
rápida como el vuelo
de alondra ó codorniz?
La discordia doméstica,
peor que la civil.
Pío. Por eso yo, polluelo,
sólo me quiero unir
á una mujer adulta,
cuerda, sagaz, sutil,
prudente, aunque carezca
del prístino matiz.....
Marta. Entiendo. Y yo, madura,
ó viuda he de morir,
ó á un Simeon barbado
prefiero un Benjamin.
Pío. Y harto dicen mis ojos
mirando ese perfil.....
Marta. Y harto el pudor, tiñendo
de color carmesí
mis mejillas, revela.....
Pío. (¡Qué pudor...., si es barniz!)
Harto ¡ay! este suspiro
que no puede mentir
declara que la prenda
á quien mi alma rendí
es la que está conmigo,
miserable reptil,
hablando *tête à tête*
en este *vis-à-vis*.
Marta. Pues lo oigo y no me irrito.....
Pío. (Eso faltaba!) Di.
Marta. Pollito de mis ojos,
bien puedes inferir
que vida y alma.....
Pío. Oh dicha!
Marta. Y hacienda.....
Pío. (Ahí está el quid.)
Marta. Marta ofrece amorosa
al dulce Pío Pi.
Pío. Delicia!.... Ambos hinojos
doblando en el tapiz.....

[*Se arrodilla.*]

Marta. Tente!
Pío. Nadie nos mira—
te ruego ¡oh Marta!....
Marta. Chit!....
Pío. Que me des esa mano.....
(Hum!....)
Marta. Toma, serafin.
Pío. [*La toma.*]
Prenda!.... (Es de pergamino!)
Marta. Y bésala.
Pío. [*La besa.*]
(Ay de mí!)
Marta. No más! Levanta.....

[*Se levantan los dos.*]

Pío. ¿Y cuándo
el cura de San Luis
oirá de nuestras bocas
el recíproco sí?
Marta. Pronto. Mi fe lo anhela.
Pío. Marta! me haces feliz.
Marta. Me serás fiel?
Pío. Lo dudas?
Como un perro mastin.
Seré tu humilde siervo,
seré tu maniquí.....
Marta. Oh gloria! No me cambio
por una emperatriz.
Pío. Oh Marta!....
Marta. Oh Pío, Pío!....
Pero demos ya fin
á este tierno coloquio,
á esta sabrosa lid;
que mi virtud peligra
si permanezco aquí.
Pío. (Horror!....) Sí, vete, vete.
La mia está en un tris.
Marta. Adios! Marta te adora.
Pío. Pío pía por ti.

ESCENA XI.

D. PÍO.

La tirana pobreza
me obliga á sucumbir;
mas ya verá esa crónica

que no es tan aprendiz
como ella lo imagina
el pollo de Cambrils.
Si hoy canto pío, pío,
mañana cantaré quiquiriquí.

ESCENA XII.

D. PÍO. D. QUIRICO.

Quirico. Uf! Yo quisiera bramar,
rugir.....
Pío. Qué tienes, Quirico?
Quirico. Tengo amor.
Pío. Á quién?
Quirico. Á todas.
Mi corazon expansivo
ama á todas las mujeres
de catorce á veinticinco.
Pero ¡ay! todas me desprecian.
¿Estoy yo acaso maldito
del cielo como Caín,
ó llevo en mi cara el tífus,
la peste.....
Pío. ¿Quieres que te hable
como amigo y condiscípulo?
Quirico. Sí.
Pío. Pues tu desgracia viene
de que eres un ente anfibio.....
Quirico. Cómo!
Pío. Con pasiones de hombre
y condiciones de niño.
Quirico. Somos de una edad.....
Pío. Convengo;
mas yo marcho con el siglo.
Yo soy un pollo sensato,
y no audaz é intempestivo
como tú. No esperes, no,
aunque presumas de lindo,
ser feliz con las hermosas
miéntras seas tan lampiño
de bolsa como de cara.
Deja crecer tus colmillos.....
y espera;—ó sigue mi ejemplo
si no quieres ser ludibrio
y tal vez víctima infausta
de ese sexo fementido.
Quirico. Tu ejemplo! ¿Piensas ser fraile
por ventura?
Pío. No, hijo mio.—
Me caso..... con una vieja.
Quirico. Mengua! baldon!
Pío. Eh!
Quirico. Cinismo!
Pío. Pero...
Quirico. Oprobio!
Pío. Es rica...
Quirico. Escándalo!
Pío. Tonto! Si yo.....
Quirico. Aparta!

ESCENA XIII.

D. PÍO. D. QUIRICO. DOÑA MARTA.

Marta. [*Desde el foro.*] Pío!
Pío. [*Á D. Quirico, que no le oye y se sienta en un rincon.*]
Éccola!
Marta. Se va á bailar
el cotillon.
Quirico. (Me horripilo!)
Marta. Y yo para acreditarte
mi amor y mi regocijo
voy á echar mi cuarto á espadas.

[*Le toma del brazo. Las parejas se van colocando para bailar.*]

Ven, ven: bailarás conmigo.
Pío. Con mucho gusto..... (¡Maldita
seas!) Vamos..... (Oh martirio!)

[*Se reunen á las otras parejas y principia el cotillon.*]

Quirico. (Qué infame prostitucion!
Preferiria el suicidio.....
Oh qué luminosa idea!
Si yo me pegase un tiro
ó me colgase de un árbol,
daria un golpe magnífico.)

[*Continúa meditando en silencio. Doña Marta y D. Pío desaparecen bailando.*]

ESCENA XIV.

D. QUIRICO. D. LACTANCIO. PAREJAS.

Lact. (Nada! No hay apelacion.

[*Se sienta en otro ángulo.*]

Me desahucia! Qué conflicto!
Se hace eso con un cristiano?
Ingrata! Inicua!.... Dios mio!....)

[*Rompe á llorar.*]

ESCENA XV.

D. QUIRICO. D. LACTANCIO. ADELA.
D. INOCENCIO. PAREJAS.

Adela. [*Sentándose.*]
No, no bailo más.
Inocenc. Adela!
Me siento pues.....
Adela. (Qué fastidio!)

No. Hágame usted el favor
de ir á buscarme el abrigo.

Inocenc. Voy, voy al instante, prenda
de mis ojos, dulce hechizo.....

Adela. Basta.....

Inocenc. [*Con petulancia.*]
Sí; no estamos solos.....
[*Yéndose.*]
La conquisté! Víctor, víctor!

ESCENA XVI.

ADELA. D. LACTANCIO. D. QUIRICO.

Adela. (¡Qué fatuo, qué empalagoso,
qué charlatan y qué insípido!
¡Jesus, me ha dado una noche.....
Ya hasta el baile me da hastío.)

Quirico. (Sí, yo me suicidaria.....
si fuese yo otro individuo;
esto es, si yo pudiera
matarme á mí..... y quedar vivo.)

Lact. (Ay! Si no tomo un cordial
me va á dar un parasismo.)

Adela. (Y no parece don Luis!
Se marcharia aburrido.....)

Lact. Siento en los ojos un peso.....

[*Pocos momentos despues se queda dormido.*]

Quirico. (Celebrarán mi heroismo....;
mas ¿qué vale un triunfo... póstumo
de que no he de ser testigo?)

[*Llega D. Luis con el gaban puesto.*]

ESCENA XVII.

ADELA. D. QUIRICO. D. LACTANCIO.
D. LUIS.

Adela. Ah! Ya viene.

Luis. Aquí tan sola!

Adela. Prescindo del cotillon.
[*Se levanta.*]

Luis. ¿Y qué se hizo el campeon.....
¿Se perdió en la batahola.....

Adela. Ha ido á buscarme el abrigo.

Luis. Cómo! Y usted le ha dejado?
Siento no verla á su lado.

Adela. De véras?

Luis. Soy buen amigo.

[*Siguen hablando en voz baja.*]

Quirico. (Escribiré gacetillas
cáusticas contra ese sexo,
que falso, aleve, complexo.....
me saca de mis casillas.—
Sí, sí, dándoles matraca
mejorará mi fortuna
tal vez..... Discurramos una
recostado en la butaca.)

[*Se recuesta en efecto, y poco despues se duerme.*]

Luis. Mucho tarda ya el pimpollo.

Adela. Eh!.... Jesus!....

Luis. ¿Se siente usté
mala?

Adela. Ay! Sí, señor.

Luis. De qué?

Adela. De una indigestion de pollo!

Luis. Qué oigo!

Adela. Pequé!—Sí, señor;
lo confieso de buen grado;
mas si grande fué el pecado,
la pena ha sido mayor.
¡Toda una noche cosido
á mis faldas—ay, qué afan!—
con ínfulas de galan
un mono desaborido!
Qué visajes, hum, qué dengues!....
Y su lengua no halla frases
si no habla de los compases
de la polca, ó de merengues.
O si aventura un requiebro
hay que pedirle que calle.—
Muy adamado de talle,
y vacío de cerebro!
Analiza un canesú
con pericia portentosa,
y ya el prendido me glosa,
ya me comenta el fichú.....
Hombre que muestra en su plática
tan insulsa erudicion,
ó no tiene corazon
ó es en dósis homeopática.—
¡Y de los nervios se queja
compungido y turulato,
y hasta de reuma y de flato
como si fuese una vieja!
En fin, don Luis, es tan frio,
tan femenil, tan emplasto,
que dudo ya si ese trasto
es de su sexo, ó del mio.

Luis. No me asustó el Lovelace
por quien usted me dejó,
porque ya esperaba yo,
Adela, ese desenlace.

[*Cesa el cotillon, y todas las parejas mudas se retiran. D. Inocencio vuelve cargado con su ropa de abrigo y la de Adela y se pára sorprendido viéndola hablar con D. Luis.*]

ESCENA XVIII.

ADELA. D. LUIS. D. QUIRICO. D. LACTANCIO. D. INOCENCIO.

Inocenc. (Otra vez don Luis!)

Adela. [*Aparte con D. Luis.*]

Ya viene.

Luis. Un pollo así, aunque ridículo,
es necesario adminículo.....

Adela. Eh?

Luis. Por razones de higiene.
Es saludable la danza
para una dama robusta
como usted.....

Adela. Ya no me gusta.

Luis. ¿Será posible!....

Adela. No es chanza.

Luis. ¿Por qué aborrecer tan pronto
ese agradable ejercicio?

Adela. Porque me expone al suplicio
de verme en brazos de un tonto.

Luis. Oh dicha! Ahora bendigo
la riña...., el baile.....

Adela. Silencio!
¿Qué hace usted, don Inocencio,
que no me trae el abrigo?

Inocenc. Ay! Respiro.—Voy allá.

[*Dejando su gaban sobre una silla y disponiéndose á servir á Adela.*]

Permita usted.....

Luis. (Zascandil!)

Inocenc. Que en sus hombros de marfil.....

Adela. No. Don Luis me lo pondrá.

Luis. Venga.

[*Toma el abrigo y se lo pone á Adela.*]

Inocenc. [*Entre dientes.*]

Es historia! El helado
ántes, ahora el abrigo.....

Luis. Qué dice usted?

Inocenc. Nada..... Digo.....
que llueve sobre mojado.

Adela. El brazo.

[*Toma el de D. Luis.*]

Inocenc. Y el mio, Adela?

Adela. Uno basta.

Inocenc. Ah! Yo creí.....

Luis. ¿Hemos de salir de aquí
bailando la pastorela?

Inocenc. ¡Yo me quedo hecho un petate,
y otro, ay! el brazo te da!

Adela. La polca me apesta ya;
y..... ¿pollos? Ni con tomate!

ESCENA XIX.

D. QUIRICO. D. LACTANCIO. D. INOCENCIO.

Inocenc. Cruel, ingrata, proterva!
Me concede el monopolio
de bailar toda la noche
con ella, y luégo..... Oh bochorno!
Rendido estoy, sofocado.....
Me duelen los hipocondrios.....

[*Ocupa otra butaca en distinto rincon.*]

Ay!.... Allí duerme Quirico,
y Lactancio hace lo propio.—
Dichosos ellos! Á mí
me quita el sueño el enojo....,
y el hambre!

ESCENA XX.

D. QUIRICO. D. INOCENCIO. D. LACTANCIO. DOÑA MARTA.

Marta. ¿Dónde estará.....
Mas ¿qué hacen esos tres mozos.....
Este soliloquia; aquellos
se han dormido como troncos.....
Angelitos!.... Y los tres
son amigos de mi novio.
Los protegeré. Yo he sido
siempre amiga de retoños,
y ahora con más razon.....

[*Llamando.*]

Pío! Pío!

[*Los dos pollos que dormian, y don Inocencio que estaba como embelesado, se levantan rápida y simultáneamente. Al mismo tiempo llegan por distintos lados D. Pío y D. Gaspar.*]

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA MARTA. D. PÍO. D. QUIRICO. DON INOCENCIO. D. LACTANCIO. D. GASPAR.

Quirico. ¿Quién..... Socorro!

Inocenc. Qué es esto?...

Marta. No hay que asustarse.

Lact. ¿Quién...

Pío. Presente!

Inocenc. ¿Qué alboroto....

Marta. Qué instinto de criaturas!

Gaspar. Aun no ha acabado el jolgorio?

Marta. [*Á D. Pío.*]

¡Te llamo, y al Pío, Pío

me rodean cinco pollos!
Gaspar. ¡Protesto, que yo soy gallo.....
(es decir; ya ¡ni uno ni otro!)
Marta. Ah! Gaspar.....
Gaspar. ¡Voto á.....
Marta. Perdona.
Lact. Me he dormido como un tonto.
Quirico. Oh frágil humanidad!
Yo tambien.
Inocenc. Yo no. El estómago....
Marta. Qué os ha pasado, hijos mios?
Todos estais ojerosos,
cariacoñtecidos, mustios.....
Amores tal vez...., sonrojos....,
desaires de esas monuelas
que os torean á su antojo.—
¡Voto á san..... Penas á un lado.
Valor! Quién cómo vosotros?
Yo que os hago más justicia,
tiernos y amables cogollos,
me declaro vuestra llueca
y bajo mi amparo os tomo,
y os cobijo con mis alas,
y si es preciso os adopto.—
¿Cómo no, si en vuestro gremio
he elegido ya un esposo?
Pío. [*Mostrándose á sí mismo.*]
Pío!
Quirico. Pío!
Lact. Pío!
Inocenc. Pío!
Marta. Sí.
Gaspar. (Todos pían en coro.)
Marta. Dadme albricias. Sed partícipes
de su gloria y de mi gozo.—
Dáos todos por convidados
á la boda.
Inocenc. Acepto.
Lact. Otorgo.
Quirico. Admito.
Marta. Y no esperareis
á que el santo matrimonio
nos una para cebaros
en mi rico refectorio.
Lact. [*Aparte con los otros pollos.*]
Brava señora!
Inocenc. Es un ángel!
Pío. Favor que tú.....
Quirico. Yo la adoro!
Pío. (¡Ojalá.....)
Quirico. ¡Sólo las viejas
saben amar!
Marta. Por de pronto
todos cenaréis conmigo.
Inocenc. Bien!
Quirico. Sí!
Lact. *Bonus, bona, bonum!*
Gaspar. (¡Que ande suelta esta mujer
habiendo casas de locos!)
Marta. Habrá Champañ.
Inocenc. Oh delicia!
Marta. Manjares apetitosos.....
Lact. Bien!
Marta. Y entre ellos os daré.....
Una ensalada de pollos.
Gaspar. (Qué horror! ¡Los quiere obligar
á comerse unos á otros!)
Marta. Dame el brazo, Pío mio.
Pío. [*Ahogando un suspiro.*]
Toma!
Marta. Seguidme, cachorros.
Quirico. Vamos.—Viva doña Marta!
Inocenc. Viva!
Lact. Viva!
Marta. Poco á poco!—
Pidamos ántes perdon
al respetable auditorio.



POR PODERES,

COMEDIA EN UN ACTO.

Representada por primera vez en Madrid (teatro del Drama) el dia 24 de Diciembre de 1851.

PERSONAS.

LAURA.	D. SEVERO.
ELVIRA.	UNA CRIADA.

La escena en Fuencarral. Sala amueblada sin lujo, pero con gusto y aseo.

ESCENA I.

LAURA. ELVIRA.

Elvira. ¿Conque ha habido novedades
en mi breve ausencia?
Laura. Oh!....
Ya sabes que, sometida
por la pobreza en que estoy,
á la última voluntad
de mi tio don Melchor.....
Elvira. Sí, el que murió en Puerto-Rico.
Laura. Y viendo que ya veloz
se acerca el plazo fatal
en que debe nuestra union
verificarse, ó la herencia
perder el que diga no,
á mi primo y coheredero
residente en Badajoz
escribí que estaba pronta
á aceptar la bendicion
nupcial.
Elvira. Sí, sí. ¡Testamento
ridículo! El testador
bien pudo entre ambos sobrinos
partir la herencia en cuestion
sin la impertinente cláusula
de que os casarais los dos.
Laura. No nos hemos visto nunca,
y casarnos sin amor
¡es triste! Pero el buen tio,
en gracia téngale Dios,
ya que fundar mayorazgo
las leyes que rigen hoy
le vedaban, quiso al ménos
con esa disposicion
no sacar de la familia
el caudal que acumuló.
Yo, Elvira, de buena gana
renunciaria un favor
que lastima mi amor propio
con tan dura condicion;
mas, huérfana y atenida
desde que papá murió.....
Elvira. Querida Laura!....
Laura. Á una corta
y mal cobrada pension,
¿qué he de hacer sino aceptar.....
Elvira. Sí, sí. Á tu cara de sol,
á tus gracias, á tu talle
tributan adoracion
cuantos te ven y te tratan;
mas de tanto adorador
para pretender tu mano
ninguno alzará la voz.
Laura. Sí, en el siglo de las luces....,
fósforos diria yo,
la virtud está en la bolsa,
si ántes en el corazon;
Cupido es un zurupeto
que á Mercurio suplantó;
la aritmética es su aljaba,
su flecha el por cuanto vos....,
y amor no es ya un sentimiento,
sino una cotizacion.
Elvira. ¿Y el primo te ha respondido
desde Extremadura.....
Laura. No;
desde Madrid.
Elvira. Eso indica.....

Laura. Oye su contestacion.

[*Saca una carta y lee.*]

«Prima y señora: tan luégo
como á mis manos llegó
la de usted, puse mi vida
en manos de un postillon,
y ya la villa del oso
cuenta un nuevo morador.
Sobre el negocio pendiente,
que tiene más de un bemol,
nada digo, porque todo
lo dirá por mí el dador.
Entiéndase usted con él;
que es hombre de honra y de pro,
y al efecto exhibirá
los poderes que le doy.
En tanto, queda de usted
muy atento servidor
y primo, que sus piés besa,
Severo Crespo Moron.»

Elvira. Poco galante es la epístola.
Laura. Digna de quien la escribió.
Elvira. Ya veo que los informes
que hemos adquirido son
exactos. Si nuestro sexo
le inspira tanto terror,
no extraño.....
Laura. ¿Y á qué viajar
con tál precipitacion?
Y ¿por qué desde el Guadiana
el heraldo no envió,
si al fin por boca de ganso
me ha de decir su opinion?
Elvira. Cierto.
Laura. ¡Y quedarse en Madrid
cuando en Fuencarral estoy,
donde con viento del Sur
se puede oir el reloj
del Buen-Suceso!....
Elvira. Tal vez
venía con intencion
de admitir tu blanca mano,
y luégo se arrepintió.
Laura. Confieso que para mí
sería una humillacion
sensible.....
Elvira. Laura, los duelos,
dice un adagio español,
con pan son ménos.
Laura. No obstante.....
Elvira. Y quién es el portador?
Dónde está?
Laura. Miéntras estábamos
en misa, se presentó.
Elvira. Ah!.... Yo te dejé á la puerta.....
Te esperaba el buen señor?
Laura. Dejó con la credencial
su tarjeta de charol,
y dijo á Ines que esperaba
en el nuevo parador
mis órdenes.—Yo, creyendo
que era de mi obligacion
el ofrecerle esta casa,
aunque su dueña no soy.....
Elvira. ¿Cómo se entiende! Y muy dueña.
Laura. Elvira!.... Sin detencion
se lo he mandado á decir.....
Elvira. Muy bien; y el embajador
¿acepta.....
Laura. No; se ha excusado.....
Elvira. Será tal vez tan huron
y tan crespo como el otro.
Laura. Es probable, porque Dios
los cria, y ellos se juntan.
Elvira. ¿Tendrémos pronto el honor
de recibir su visita?
Laura. Si mi permiso le doy
dice que vendrá á las doce.
Elvira. Pues ¿qué haces? Al tocador!
Sólo faltan seis minutos.
Laura. Para recibir un nó
bien estoy de cualquier modo.
Elvira. Creo que con más razon
debes esperar un sí.
Laura. Y si el sí fuera peor?
Elvira. Quizá!—Pero nada pierdes
con hacer grata impresion
en el plenipotenciario.
Laura. Bien; por darte gusto.....
Elvira. [*Entre dientes.*] Y por.....
Laura. Qué dices?
Elvira. Nada. Aquí quedo
para recibirle yo
si viene ántes que te avíes.
Laura. No; yo me visto al vapor.

ESCENA II.

ELVIRA.

¡Vaya un tio extravagante,
sandio y necio! Sí por cierto.
¡Verse Laura por un muerto
en conflicto semejante!—
¿Y el otro, que la sujeta,
por capricho ó por desden,
á tratar con..... no sé quién.....
Ah! lo dirá esta tarjeta.

[*La toma de sobre un velador y la lee.*]

Dice: «El General Abdon
Senen Velez de Guevara.»
¡Oh, el que está nombrado para
la revista de inspeccion!
Sí, él es! Nos hemos lucido!
¡Y teniendo á su cuidado
este canton, se ha ausentado
sin licencia mi marido!
Áun tardará cuatro dias.....
Sabrá el general que soy
su mujer..... Qué hago?.... Yo voy
á pasar mil agonías.
Si le digo que está enfermo,

y quiere verle..... No, no!
Pero..... ¡Bien me estaba yo
sin semejante estafermo!
Con sus marciales instintos
¿cómo aplacarle..... Ya, ya!....
¿Así cela, exclamará,
el depósito de quintos?
No valdrán ruegos, ni amaños.
¡Mandar una compañía,
y..... Libra bien si le envía
á un castillo por dos años.
Si yo algun medio encontrara.....
Ah, qué idea!.... No se han visto
nunca.....

[*Suena una campanilla.*]

Llaman..... Jesucristo!...
Ah! Me taparé la cara.

ESCENA III.

ELVIRA. D. SEVERO.

[*Elvira se sienta y se aplica el pañuelo á la cara como si adoleciese de alguna fluxion.*]

Severo. Señora, á los piés de usted.
Elvira. Servidora.
Severo. Inoportuna
es acaso mi visita.
Elvira. No. Siéntese usted.
Severo. [*Sentándose.*] (¿Qué pupas
cubrirá....) ¿Es erisipela—
perdone usted la pregunta—
lo que.....
Elvira. No; un flemon.
Severo. Lo siento.
Elvira. Gracias.
Severo. (Será la futura?)
¿Es la señorita Laura
con quien tengo la fortuna
de hablar?
Elvira. No. Saldrá al momento.
Yo soy Elvira de Acuña,
su amiga.
Severo. Ah! La capitana.
Elvira. Muy servidora y muy súbdita
de usted.
Severo. Mi jurisdiccion
sobre el bello sexo es nula.
Elvira. (Pienso que sí.)
Severo. Y si he de hablar
con franqueza, no me gustan
los oficiales casados.
Elvira. Cómo!....
Severo. Es difícil que cumplan
con su deber.
Elvira. (Ay Dios mio!)
Severo. Los distraen, los ocupan
demasiado las domésticas
atenciones; dificultan
alojamientos y marchas
por los trastos que acumulan
y los bagajes que piden;
la disciplina se turba
y el ardor marcial se entibia
con los chismes y disputas
y embarazos y etiquetas
que donde hay faldas pululan.
Ya una mujer por sí sola
es carga, y grave, y mayúscula.....
Elvira. Mi general!....
Severo. ¡Y ahí es nada
si la mujer es fecunda!
La lactancia, la papilla,
la denticion, la vacuna,
los pañales, la alhucema,
la alfombrilla, la lechuza
del ama y su canturía
insoportable, y la cuna,
tran, tran..... y el cachorro ¡llora
que llora, chupa que chupa!....
y otra vez mamá con síntomas
de...... Santo cielo, qué angustia!
Elvira. Aunque un poco exagerada
es chistosa la pintura;
pero dirigida á mí
tiene sus visos de injuria.
Severo. Nada de eso. Yo hablo en tésis
general.....
Elvira. Usted sin duda
es soltero.
Severo. Sí, señora,
y si no se me trabuca
el juicio, de estado honesto
bajaré á la sepultura.
Elvira. Lástima grande!
Severo. Por qué?
Elvira. Porque un hombre que disfruta
tan buen sueldo, dejaria
bien pensionada á su viuda.
Severo. Señora, ese cumplimiento
tiene sus visos de pulla.
Elvira. No. (Donde las dan las toman.)
Severo. [*Para sí.*]
Hum!.... Qué tal? Todas son unas.
Ellas no aman, no, señor:
fingen, mienten, especulan.....
Elvira. No hay tal cosa. (Es un leopardo.)
Podrán merecer algunas
esa calificacion;
no lo niego; pero hay muchas.....
Y ¡qué! ¿siempre sobrevive
la mujer en la coyunda
de Himeneo? Hombre hay capaz
de pasar á cuartas nupcias.....
Severo. Horror!
Elvira. Despues de haber sido
verdugo de tres difuntas.
Severo. Oiga! Yo no soy verdugo.
Elvira. Supongo.....
Severo. Usted me calumnia.
Elvira. Hablo en tésis general,

Severo. Ya. (La capitana es chusca.)
Pero tanto como el título
de verdugo me repugna
el de víctima.

Elvira. Se entiende.
(No hay justicia, ni en la curia,
si no lo eres algun dia.)

Severo. Mucho tarda la presunta
heredera.

Elvira. Iré á llamarla.

Severo. No, no. Nadie nos apura.—
Y el capitan?

Elvira. (Vírgen madre!)
Ahora está con los reclutas.....
Como ignora la venida
de usted.....

Severo. Sí; tenerla oculta
me conviene por ahora.

Elvira. Á él tambien?

Severo. No.

Elvira. (Pese á Júdas!)

Severo. Mándele usted á llamar.

Elvira. Bien. (Tiemblo!)

Severo. Y luégo que cumpla
la comision que á esta casa
me ha traido, (es peliaguda!)
daré al capitan mis órdenes.

Elvira. (Amor, protege mi industria.)

[*Levantándose y mirando adentro. D. Severo se levanta tambien.*]

Laura viene. Déme usted
su permiso; que me punza
el flemon.....

Severo. Eso no es nada.
Se aplica usted á la nuca
una cantárida.....

Elvira. Estimo.....

[*Hace una salutacion muda y sale al encuentro de Laura, con quien habla aparte.*]

Ay, Laura!

Laura. Qué?

Elvira. Es una furia.....
¿Y sabes..... Pero nos mira.
Adios.

Severo. [*Mirando á Laura.*]
Linda criatura!

ESCENA IV.

LAURA. D. SEVERO.

Severo. Saludo á usted, señorita.

Laura. Bien venido, caballero.
(No me parece tan fiero.....)

[*Se sienta, y obedeciendo á un ademan de Laura hace lo mismo D. Severo.*]

Mucho me honra esta visita.

Severo. La honra es mia...(Hum, que si quieres!)

Laura. Mi primo ha sido discreto
cuando á tan digno sujeto
ha fiado sus poderes.

Severo. (Tanto agasajo me escama.)
Yo, señorita.....

Laura. Él me da
á conocer á quien ya
conocia por la fama.

Severo. La mia..... (Qué ojos me flecha!
Temo que el alma me roben.)

Laura. Ya general, y tan jóven!

Severo. La gloria no tiene fecha.
(Yo no sé lo que me digo.)
No es decir que esté infatuado.....
Mas dejemos eso á un lado
y tratemos de mi amigo.

Laura. Su amigo de usted.....

Severo. Eh?

Laura. Pudo
haber sido más galante.

Severo. Es un poco extravagante
con puntas de testarudo.

Laura. Tal conducta no le abona.

Severo. Quizá sus razones tiene.....

Laura. Flojas serán, pues no viene
á dármelas en persona.
¿Piensa que no le está bien
el visitarme?

Severo. Qué error!
No.—Tal vez sea temor
lo que usted juzga desden.

Laura. ¿Temor, y siendo parientes,
y de una débil mujer?....
Usted ya ha podido ver
que no me cómo á las gentes.

Severo. No es eso. Él dice: es muy linda....

Laura. Ya ve usted cómo se engaña.

Severo. Ah! no.—Y teme...

Laura. ¡Cosa extraña....

Severo. Que tanto hechizo le rinda.

Laura. Dado que yo fuese bella,
uniéndose con la mia
su mano, eso más tendria
que agradecer á su estrella.

Severo. (Alerta, que es muy astuta.)

Laura. Quisiérame fea?

Severo. Oh! no.—
Sin embargo..... ¿Qué sé yo.....
Sobre gustos no hay disputa.

Laura. Sí; en eso no hay formulario.....
Vamos pues á la cuestion
y exponga usted su mision,
señor plenipotenciario.—
Aunque veo por las trazas
que será el punto final
cierto insulso vegetal.....

Severo. Sí, señora; calabazas.

Laura. Bueno: me resignaré.....

Severo. Poco á poco!

Laura. No le obligo.....

Severo. No quiere darlas mi amigo,

sino que usted se las dé.

Laura. Aunque quizá las merece
mi humilde labio no piensa,
hacerle tan grave ofensa.

Severo. No?

Laura. No; y me estoy en mis trece.

Severo. Es boda absurda, y barrunto
que á los dos ha de pesar.

Laura. Mas debemos respetar
la voluntad del difunto.

Severo. Oh! Digamos llana y lisa
la verdad.

Laura. Yo hablo en conciencia.

Severo. Si no mediase la herencia,
sería usted tan sumisa?

Laura. Y aunque á él y á mí nos dé tedio
cosa de tan baja laya,
¿podemos excusar que haya
una herencia de por medio?

Severo. No esquive usted la cuestion.
No mediando ese dinero,
¿diria usted el sí quiero
con tanta resolucion?

Laura. ¿Quién sabe..... Él es muy galan..,
dicen.

Severo. ¡Pche.....

Laura. Tiene defectos,
pero los hombres perfectos
¿tánto abundan? Dónde están?—
Que tiene formada oí
triste opinion.....

Severo. Oh! no es bobo.

Laura. De las mujeres en globo,
y en particular de mí.

Severo. ¡Y tragándosé la bílis
acepta usted sin embargo.....

Laura. Ahí verá usted!

Severo. Mundo amargo!....
La herencia! Ahí está el busílis.

Laura. Falso es el cargo y cruel,
digno de Anás ó Caifas.

Severo. Si.....

Laura. Yo pruebo que soy más
desinteresada que él.

Severo. ¿Cómo.....

Laura. Pues optar decido
por el yugo de Himeneo,
claro es que partir deseo
la herencia con mi marido;
y él, queriendo que á la boda
renuncie yo exasperada,
tira á dejarme sin nada
para llevársela toda.

Severo. (Tiene razon, vive Dios!)
No es sólo por el caudal.....

Laura. El suyo hace desigual
la contienda entre los dos.

Severo. ¡Cómo.....

Laura. Es rico, si son ciertas
mis noticias.....

Severo. Eh!....

Laura. Y yo no.
Él poco aventura, y yo
me voy á quedar por puertas.

Severo. (Dice bien..... Y qué preciosa!....
Pero es serio el matrimonio!....)
Cierto, con buen patrimonio
puede elegir una esposa.....
Por lo mismo no quisiera
que otro se la adjudicase.
Bueno es que un hombre se case,
pero no de esa manera.—
Por otra parte, yo opino
que plantarla á usted sería
una insigne grosería
y un garrafal desatino.

Laura. Me servirá de consuelo
la buena opinion de usted.

Severo. Yo..... Él ve en todas una red.....

Laura. Y qué ve usted?

Severo. Yo..... un anzuelo.

Laura. En mí tambien?

Severo. ¿Qué sé yo!

Laura. Ya no aboga usted por mí?

Severo. Mis ojos dicen que sí;
mi razon dice que no.

Laura. De ese discurso galante
¿qué debo inferir?

Severo. Señora.....

Laura. Mas aunque usted quiere ahora
parecer recalcitrante,
hay cierto lenguaje mudo
que anuncia á nuestro pesar.....
Pienso que hemos de acabar
por entendernos.

Severo. Lo dudo.

Laura. Sí? ¿Tan mal casamentero
es usted?

Severo. Que si lo soy?
En lo huraño y brusco doy
quince y falta á don Severo.
¡Yo mi frente sujetar,
despues de tantas batallas.....
Oh! ya ha de tener agallas
la que me lleve al altar.

Laura. ¡Ay, que de un dardo certero
ningun corazon se libra!

Severo. Ba!

Laura. Y los hombres de más fibra
son los que caen primero.
Hércules, con ser tan brava
su condicion, rueca y huso
tomó de Onfale y depuso
á sus piés la ruda clava.

Severo. Fábulas!

Laura. Mas siendo tal
mi juez, yo, víctima inerme,
¿cómo puedo prometerme
que el fallo sea imparcial?

Severo. Oh! sí, sí.

Laura. Tal vez sería
más indulgente mi primo,
más dulce.....

Severo. Como un racimo
de agraz.

Laura. Soy yo alguna arpía?

Severo. No; bella, amable, discreta;
pero le han dicho—será
calumnia—que es usted..... Ah!
Laura. Qué?
Severo. Algo.....
Laura. Vaya!
Severo. Algo coqueta.
Laura. [*Riéndose.*]
Ja, ja, ja.....
Severo. [*Para sí.*] Y se rie! Bravo!
Laura. Algo hay de verdad en eso:
coqueta soy, lo confieso;
pero.....
Severo. La frescura alabo!
Laura. Pero vamos á razones,
general, y sea el diablo
sordo. Coqueta es vocablo
que tiene dos acepciones.
Hay coquetas que, por ciego
orgullo ó loca ambicion,
cautivan un corazon
para desgarrarle luégo;
que quieren fama de bellas
adquirir á todo trance
y arman cada dia un lance
sólo porque se hable de ellas;
que se envanecen, se halagan
con las almas que corrompen,
con los vínculos que rompen
y las fortunas que tragan;
coquetas, en fin, que el hombre
suele llamar de ese modo
porque es más culto el apodo
que su verdadero nombre.
Ni esa es, general, mi esfera,
ni envidio su infame culto,....
ni me hará usted el insulto
de imaginarlo siquiera.
Severo. Oh, jamás!
Laura. Pero tambien
coquetería se llama
el arte con que una dama
usa cierto ten con ten.....
Severo. Cómo?....
Laura. Ese tira y afloja
á que el hombre nos precisa;
que si cedemos, nos pisa;
si resistimos, se enoja.
Nuestra mision en la tierra
es agradar al tirano
que nos sojuzga inhumano:
quien piense otra cosa, yerra.
Hasta al mísero mortal
que miramos con desden
queremos parecer bien,
cuando le tratamos mal.
Es don al sexo inherente,
y la que en este sentido
ose decir yo no he sido,
yo no soy coqueta, miente.
A falta de iniciativa,
porque el hombre la usurpó,
el cielo esta arma nos dió
ofensiva y defensiva.
Ya con siervos, ya con amos,
ya con lloros, ya con mimos,
callamos lo que sentimos,
decimos lo que callamos.—
Y aquí no hay contradiccion,
aunque al parecer la pinto:
es un hecho, es un instinto....,
y quizá una obligacion.
De amor que goza y no lidia,
cerca está la saciedad;
que no es goce en realidad
el que nadie nos envidia.—
Y ustedes ¿no son volubles?
¿Son para el hombre proteo
ni de amor ni de himeneo
los lazos indisolubles?
Miéntras la vara se tuerza
siempre contra la mujer,
¿no será justo oponer
la astucia contra la fuerza?
Si á nosotras nos sugiere
un poco de veleidad
la triste necesidad....,
ó el cálculo, si se quiere,
tal vez por vicio y por gala
nos seduce el hombre fuerte,
y despues que nos pervierte
nos envía noramala;
y pues, falso en sus lisonjas
cuanto severo en sus fallos,
allá inventó los serrallos
y aquí suprime las monjas,
no se queje de las tretas
con que amargamos sus gustos;
no sean ellos injustos,
y ellas no serán coquetas.
Severo. Oh, Laura, adorable Laura!
Ese acento me suspende,
ese sonreir me prende,
ese mirar me restaura.
¿Quién ya con tal defensora
hará al bello sexo agravio?
¿Á quién no persuade un labio
que tanta sal atesora?
Criaturas hechiceras!....
Desde hoy mi lema será
el de Inglaterra: *honni soit*
qui mal y pense!
Laura. Ah! De véras?

[*Llega una criada, entrega un billete á Laura y se retira. Laura y don Severo se levantan.*]

Severo. Sí! (Carta? Malo me he puesto!)
Laura. Con permiso.....
Severo. Usted lo tiene.

[*Laura abre la carta y la lee para sí.*]

(Billetito de algun nene,

¡y yo.....)

Laura. (De Elvira! Qué es esto?)

Severo. (En una tabla me salvo.)

Laura. (Es idea singular!)

Severo. (No, no quiero emparentar
con Lucio Cornelio Balbo.)

Laura. [*Guardando la carta.*]

Prosiga usted: me deleito
en verle ménos huraño.

Severo. (Pérfida!)

Laura. Si no me engaño,
tengo ya ganado el pleito.

Severo. Yo... hablaba por mí... (ah mujeres!)
de mi mision olvidado:
ahora como apoderado.....

Laura. Válgate Dios por poderes!
(Juzgo, al ver tales extremos,
que dos suenan y uno son
don Severo y don Abdon.)
Hable usted pues y acabemos.

Severo. Á no obrar Dios un prodigio,
segun discurro y discierno,
sería, Laura, un infierno
el matrimonio en litigio.
Fulmine usted la sentencia,
un nó confunda á mi amigo,
y él dota á usted, yo testigo,
con la mitad de la herencia.

Laura. Se falsea de ese modo
la voluntad del difunto.

Severo. Ya se arreglará el asunto;
que bulas hay para todo.

Laura. Yo no doblo mi cerviz.

Severo. ¡Si es él.....

Laura. Nada; no transijo.

Severo. ¿Tendrá usted el regocijo
de hacer á un hombre infeliz?

Laura. Si tiene tal vocacion,
lo será sin mí y conmigo.

Severo. Bien, á que acepte me obligo;
mas con una condicion.

Laura. Cuál?

Severo. Que sea para ustedes
pro fórmula el casamiento,
y no habiten ni un momento
entre unas mismas paredes.

Laura. Obrando así, me excomulgo
yo á mí misma. No. Qué horror!

Severo. Oh!....

Laura. ¿Quiere usted que mi honor
sea fábula del vulgo?

Severo. Bien! Él no dirá que no;
mas cogerá la mochila
y se largará á Manila.....

Laura. Sí?

Severo. Poco he dicho. Á Joló!

Laura. Lindo! Y yo al Norte y al Sur
le seguiré esposa fiel.

Severo. Bien está. Yo..... Es decir, él.....
Tú..... (No puedo más!) Abur.

ESCENA V.

LAURA.

Qué mosca lleva!.... No hay duda:
el general es apócrifo
y el primo Crespo Moron
embajador de sí propio.—
Y á fe que no me disgusta.
Aunque suspicaz é indómito,
es hombre de corazon,
y una vez domado el potro.....
Volverá?.... Tascaba el freno,
mas yo leia en sus ojos
mi triunfo, y harto será
que se aferre en el divorcio.

[*Aparece en el umbral D. Severo.*]

Pero Elvira..... Iré á decirla.....

[*Al salir ve á D. Severo y se detiene.*]

Ah!....

ESCENA VI.

LAURA. D. SEVERO.

Severo. Verá usted con asombro
mi vuelta.....

Laura. [*Sonriéndose.*] No; la esperaba,
aunque en verdad no tan pronto.—
Sentémonos otra vez,

[*Se sientan los dos, y Laura revuelve un costurero que tendrá á su inmediacion.*]

y pues va largo el negocio,
permita usted.....

Severo. Oh! sí, sí.

Laura. Hable usted miéntras yo bordo.

Severo. Usted dirá que soy débil.....

Laura. Oh! no tal.

Severo. Pero ¡me tomo
tanto interes por mi amigo
don Severo.....

Laura. Por él sólo?

Severo. Y tambien por usted, Laura.

Laura. Sí? Gracias.

Severo. (No me conozco!)

Laura. Yo tambien le voy cobrando
á usted..... así..... cierta.....

Severo. Cómo?

Laura. Cierta ley.

Severo. Mucho agradezco.....
(Vamos, va á volverme loco.)
De consejo muda el sabio,
dice un proverbio.

Laura. Es notorio;
y por mi bien y el de Crespo
usted vendrá, lo supongo,
á decirme en nombre de él

que ha lugar al matrimonio.

Severo. No, señora. (Haré otra prueba bajo el velo del seudónimo.)

Laura. Es posible!.... Pues lo siento.

Severo. Pero, á falta de un consorcio que haria á los dos tal vez infelices, será todo de usted el medio millon del que está en el purgatorio.

Laura. Vuelvo á decir que lo siento.

Severo. Ya; padece el amor propio.....

Laura. Sí; que es muy cruel un nó, y de oirle me abochorno.

Severo. Pero él sale peor librado, que medio millon no es moco de pavo.

Laura. Un nó...., y por poderes!— Ya no es contra él mi enojo, sino contra usted.

Severo. Oh Laura!....

Laura. Pues ¿á quién debo este oprobio no merecido, esta afrenta, sino á usted? ¿Tan fiero monstruo soy yó, que deba su mano rescatar á fuerza de oro aquel á quien yo no niego la mia?

Severo. Podrá haber otros que hagan justicia..... (me turbo) al mérito de ese rostro..... (Me pierdo!)

Laura. No aspiro yo á que hagan grandes encomios de mí; mas ¿qué fundamento tiene usted para ese voto atroz?

Severo. ¿Qué sé yo..... Usted misma, hará seis minutos ú ocho, dijo que era..... algo coqueta.

Laura. Mas lo expliqué de tal modo, que en vez de reconvenciones usted me llenó de elogios. Lógica, mi general!

Severo. (Ah! Cuándo el amor fué lógico?)

Laura. Y áun aquella explicacion franca y sencilla fué el colmo de la bondad.

Severo. Señorita!

Laura. Con silencio desdeñoso debí sólo responder á tal interrogatorio.

Severo. Cierto.....

Laura. ¿Será muy coqueta, aquí para entre nosotros, la que voluntariamente se eclipsa en este villorrio?

Severo. No obstante,..... aquí hay estafeta...

Laura. Ah! la carta..... A los celosos los dedos se les antojan huéspedes.

Severo. Eh, poco á poco! Celoso.....

Laura. Sí;..... por poderes. (Ya da lástima este mozo.) No he mostrado ya la carta, porque guardar me propongo un secreto..... que no es mio.

Severo. Bien; la creo á usted é imploro su perdon.....

Laura. Me falta seda.....

[*Vuelve á registrar el costurero.*]

No se hable más..... Le perdono á usted.

[*Saca una madeja de seda, y la va preparando para devanarla.*]

Severo. Oh divina boca!

Laura. ¿Me dice usté ese piropo de su cuenta,..... ó por poderes?

Severo. ¿Acaso soy yo algun tronco insensible?

Laura. Esta madeja..... No podré..... ¿Dónde la pongo.....

Severo. Mis brazos, si tanta dicha merecen, dulce pimpollo, sirvan de devanadera.

Laura. ¡Yo emplear brazos heroicos en labores femeniles!

Severo. No importa. Hércules famoso hiló en la rueca de Onfale.

Laura. Aplico, pues, el apólogo.

[*Coloca la madeja en las muñecas de D. Severo, y la va devanando.*]

Severo. Pero ¡sea por completo!

Laura. No entiendo.....

Severo. Aquel episodio en algo paró; por algo hilaba Hércules el copo.

Laura. Fábulas!

Severo. Duélase usted de este pobre preso.....

Laura. ¿Qué oigo!

Severo. Que ántes que en esta madeja ya lo estaba en esos ojos.

Laura. Juicio!, ó no devano más.

Severo. Ah! déjeme usted que absorto contemple tantos hechizos, tantas.....

Laura. Ve usted? Ya se ha roto el hilo.....

Severo. Y mi vida ¡oh Laura! tiene usted pendiente de otro.

Laura. ¡Chito..... ¡Buen uso hace usted de sus poderes!

Severo. Es que..... obro de mi cuenta.

Laura. ¿Y qué dirá don Severo?

Severo. Nada. Somos uña y carne.

[*Arrodillándose.*]

Acepte usted este corazon que postro

á sus piés.....
Laura. Adios, madeja!
¡Quieto.....
Severo. Diga usted otorgo,
y mi alma!..
Laura. Eh! Qué he de otorgar?
Severo. Un sí, y mi mano de esposo.....
Laura. ¿Y si este fuera un ardid
para.....
Severo. No; te amo...., te adoro....
Laura. Qué! ¿soy yo letra de cambio
que con un páguese al dorso
pasa de una mano á otra?
Severo. No. Yo explicaré.....
Laura. ¿Qué embrollo
es este?
Elvira. [*Á la puerta en traje de capitan.*]
Mi general.....
Laura. [*Levantándose.*]
Ah!
Severo. ¿Quién.....
Laura. [*Haciéndole levantarse.*]
Alce usted, demonio!

ESCENA ÚLTIMA.

LAURA. D. SEVERO. ELVIRA.

Elvira. Si vuecencia me permite.....
(Tiemblo!)
Severo. Adelante.
Elvira. No sé
si será algo intempestiva
mi visita.....
Severo. (Hum!) No.
Elvira. Es deber
mio.....
Severo. (Quitarte de en medio.)
Gracias.
Laura. (No sé si podré
tener la risa.....) Mi amigo
el capitan don Miguel
Ayala.....
Elvira. Que ofrece á ucencia
sus respetos.....
Severo. Deje usted
tratamientos.....
Elvira. Y pide órdenes.....
Severo. Por ahora no es menester.....
Quiero guardar el incógnito.
Elvira. Respeto.....
Severo. Supongo que.....
Eh? ¿La tropa.....
Elvira. Buena gente.
Severo. Por lo que hace al pan y prest.....
Elvira. Puntual.
Severo. Y la disciplina.....
Elvira. Rigorosa.
Severo. (Algo novel
me parece el capitan.)
Elvira. (Lo echamos todo á perder
si entra en materia.)
Severo. (Jurara
que se miran Laura y él
con cierta.....) Bien, bien. Por hoy
basta. Usted tendrá que hacer.....
Elvira. No, señor.
Severo. No obstante... (Es mosca!)
Usted no sabrá tal vez
que madama está indispuesta.....
Elvira. Quién? Laura?—Ah! sí, mi mujer.
Severo. Se quejaba de un flemon.....
Elvira. Cierto.
Severo. (Otra mirada!) Pues.
Elvira. Va mejor. Se ha recogido.
Severo. Entónces..... (¿Cómo sabré.....)
[*Á Laura.*]
Si usted permite, quisiera
escribir.....
Laura. Allí hay papel
y tintero.
[*Le indica una mesa que habrá en la sala con recado de escribir. Encima habrá un espejo.*]
Severo. Gracias. Cuatro
renglones..... (Observaré.)
[*Se sienta á la mesa y figura escribir.*]
Elvira. [*Aparte con Laura.*]
Qué tal?
Laura. Venzo.
Elvira. ¡Y yo...
Laura. No temas.
Severo. (Secreticos!)
Laura. Ya ese tren
es inútil.
Elvira. Cómo?....
Severo. (Me aspo!)
Laura. No es tan fiero.....
Severo. (Sudo pez!)
Laura. El leon como le pintan.
Elvira. [*Abrazando á Laura.*]
Ah!....
Laura. Tente!...
Severo. [*Levantándose.*] Voto á Luzbel!....
Laura. [*En voz baja con Elvira.*]
Nos miraba!
Elvira. Ay! El espejo!....
Severo. No me queda más qué ver!
Laura. Qué le ha dado á usted?
Severo. Traidora!
Laura. Traidora? Cómo? Con quién?

Severo. Con don Severo y conmigo
y con Dios y con el rey.
Laura. Está usted loco?
Severo. Lo fuí
dando á tus palabras fe.
Laura. Mas ¿qué culpa.....
Severo. Las paredes
oyen, los espejos ven.
Laura. Ah!....
Severo. Guiñaditas, secretos.....
Laura. Usted ve visiones.
Severo. Eh?
Y el abrazo? Voto á bríos!....
Laura. Bagatela!
Elvira. Un parabien
de mi sencilla amistad.....
Severo. Este es todo el interes
que le inspira á usted la pobre
que está para dar la piel.....
Elvira. Pero si.....
Severo. ¡Con un flemon
tamaño como una nuez.....
Oh siglo!
Laura. Las apariencias
nos condenan, bien lo sé;
pero ni somos culpables.....
Severo. Oh!
Laura. Ni es usted nuestro juez.
Severo. No? Usted verá si lo soy.
Por de pronto, escribiré
á mi amigo don Severo.....
Laura. Que decrete el nó cruel?
El mio irá por delante.
Severo. Cómo!....
Laura. Y con mucho placer;
que no quiero yo un marido
tan huron, tan somaten.
Severo. Veremos quién de los dos
pierde más.
Laura. Claro está: él.
No se halla así como quiera
ni merece su merced
una mujer como yo.
Severo. Señor!, ¿hay justicia, hay ley
para esto? (Y ya la amaba!)
¡Tender alevosa red
á un corazon que se rinde.....
Laura. [*Sonriéndose y Elvira tambien.*]
Por poderes.
Severo. Y despues
burlar..... ¡Y áun se está riendo
la inicua!

[*Á Elvira.*]

Y usted tambien!
Elvira. ¡Mi general.....
Severo. Insolente!
Elvira. Yo.....
Severo. Vaya usted al cuartel
arrestado.
Laura. No irá.
Severo. ¡Cómo.....
Laura. [*Á Elvira.*]
Insubordínese usted!
Severo. ¡Qué oigo!
Laura. Me agravia, me insulta.
Defiéndame usted á fuer
de caballero.
Elvira. Sí tal.
Este pecho es tu broquel,
ángel bello, y si no fuese
rémora á mis iras.....
Severo. Qué?
Elvira. La disciplina.....
Severo. Eh! ¿Quién piensa
en eso cuando la hiel
rebosa..... Ahora soy un hombre,
nada más. Si usted lo es.....
Elvira. (Ay, Dios!....)
Severo. Pruébelo lidiando;
no importa dónde y con quién.
Elvira. Pues bien..... (qué va á ser de mí,
santo Dios!) Sí, lidiaré.....

[*Laura, á quien Elvira consulta con la vista, la anima por señas.*]

Severo. Armas?
Elvira. ¿Armas.....
Severo. Sí.
Elvira. (Me anima
Laura..... Siga el entremes.)
Pistolas.
Laura. Valor!
Severo. Corriente.
Á veinte pasos?
Elvira. No; á seis.
Severo. Al campo!
Elvira. Al campo!...

[*Suena dentro una descarga.*]

Ay!.. Yo muero.

[*Cae desmayada en un sofá.*]

Laura. ¡Los quintos.... ¡Mal haya.....
Severo. Bien!
Laura. Socorro!....

[*Acude á socorrer á Elvira.*]

Severo. Bravo caudillo!
Coronemos de laurel
su frente.
Laura. [*Á la criada que acude.*]
Agua!

[*Vase la criada y vuelve luégo con agua.*]

Severo. ¡Tantos fieros
para..... Héroes de café!—
Pero acudo á socorrerle;

que no quita lo cortés
á lo valiente.

[*Acercándose.*]

Respira?

Laura. No.

Severo. Le desabrocharé.....

[*Va á hacerlo.*]

Laura. Quieto! Usted no!

[*Desprende á Elvira uno ó dos botones.*]

Severo. Y usted sí!

Laura. Ya vuelve.

Severo. Oh desfachatez!
Oh infamia!....

Laura. ¿Áun no ha conocido
usted que es una mujer?

Severo. Cielos!

Elvira. [*Recobrándose.*]

Ah!

Laura. [*Acercando á la boca de Elvira un vaso con agua.*]

Bebe.

Severo. En efecto,
esas formas, esa tez.....
(Necio de mí!)

Elvira. Laura mia!

Laura. Te pondremos en la sien.....

Elvira. Nada, nada. Ya pasó.....

[*La criada se retira.*]

Severo. Hizo tan bien su papel!....

Laura. Mucho! Áun lleva en las orejas
sus pendientes de *doublé.*

Elvira. [*Tentándose uno.*]

Ay! Sí!

Severo. Y es verdad! Hoy tengo
los sentidos al reves.—
Pero su disfraz.....

Laura. Es hijo
de un afecto puro, fiel,
entrañable; y aquí hay otro
que muestra inicua doblez,
alevoso espionaje.....

Severo. Ah, no más! Caigo á tus piés,

[*Se arrodilla.*]

y arrepentido.....

Elvira. Qué es esto?

Laura. Que tan general es él
como tú eres capitan.

Severo. No culpes mi proceder,
oh prima!....

Elvira. Es Crespo Moron!

Severo. Pues piedra de toque fué
que sublimando tu mérito
domó mi ruda altivez.

Laura. Bien; alce usted.....

Severo. No es posible
sin que una mano me des
que me ayude.....

Laura. [*Á Elvira.*] Qué hago?

Elvira. Dásela.

Severo. Esperándola estaré
de rodillas hasta que eche
raíces como el cipres.

Laura. [*Dándole la mano.*]

Vaya!

Severo. [*Levantándose y besando la mano de Laura.*]

Oh delicia!.... Supongo
que es mano de esposa: eh?

Laura. Sea. El muerto lo dispuso....,
y bien la ha ganado usted.

Severo. De hoy más á capa y espada,
si las injuriaba ayer,
defenderé á las mujeres.

Laura. [*Riéndose.*]

Á las coquetas tambien?

Severo. Si son como tú, alma mia,
digo que son honra y prez
de su sexo.....

Laura. Oh, gracias!

Elvira. Gracias!...

Severo. Y un altar las pondré,
y se batirá conmigo
el que no dijere: amén!



LA ESCUELA DEL MATRIMONIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en Madrid (teatro del Drama) el dia 14 de Enero de 1852.

PERSONAS.

LUISA.
LA CONDESA.
MICAELA.
CARLOTA.
EL GENERAL.
D. EUSEBIO.
EL CONDE.
EL BARON.
D. LUCIANO.
D. FEDERICO.
MARTIN.

DAMAS.—CABALLEROS.—CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Luisa. La puerta principal, á la derecha del actor: otra en el foro; un balcon en los bastidores de la izquierda.

ESCENA I.

LUISA. D. LUCIANO.

Luciano. Celebro con vida y alma,
bella, interesante Luisa,
que me proporcione usted
ocasiones de servirla.....

Luisa. [*Sentándose.*]
Gracias, señor don Luçiano.
Acerque usted una silla.....

Luciano. [*Sentándose.*]
Aplaudo la confianza
y estimo la cortesía.

Luisa. No hay nada aquí que estimar.
Yo no acostumbro.....

Luciano. Ay amiga!
Hoy.....

Luisa. Á negar un asiento
á los que me hacen visita.....

Luciano. Oh! pero.....

Luisa. Y ménos á usted
que es mi banquero.....

Luciano. Y sería
de buena gana.....

Luisa. ¡Qué flujo
de interrumpirme!

Luciano. (Qué linda!)

Luisa. [*Con seriedad.*]
Vamos, qué sería usted?

Luciano. Nada, porque es tontería.....
(Me corta cuando se pone
tan séria.) Mas ¿quién no envidia
la suerte de don Miguel.....

Luisa. ¿Y por qué á la propia dicha
no aspira usted?

Luciano. Que no aspiro?

¿En qué pienso noche y dia
sino en... Pero usted...

Luisa. [*Séria.*] Eh?

Luciano. Nada.

Luisa. (Lo tomarémos á risa.)
Ya; usted se propone entrar
en el gremio...

Luciano. Eh? (Dios me asista!)

Luisa. Y á fuer de amiga sincera
querrá usted que yo le elija
la novia.

Luciano. Perdone usted:
no quiero tal.

Luisa. Pues creia.....

Luciano. No hay dos Luisas en el mundo.

Luisa. Jesus! Como la polilla
abundan. ¡Si tengo yo
más tocayas.....

Luciano. Infinitas;
pero, aunque hayan recibido
el mismo nombre en la pila,
no tienen esos ojuelos.....

Luisa. Claro está.

Luciano. Que el alma hechizan,
ni esa gracia.....

Luisa. Hoy está usted
muy galante.

Luciano. Yo.....

Luisa. Un bolsista!
Es singular.

Luciano. Pues acaso
¿hay alguna antipatía
entre la bolsa y el alma?

Luisa. No; que ántes se identifican
tanto en algunas personas,
que son una cosa misma.

Luciano. (Será pulla?)

Luisa. Mas no el alma,
el labio es sólo quien dicta
tan cortesanas lisonjas.

Luciano. No son lisonjas las mias.

Luisa. Pues lo siento, don Luciano,
porque á llamarlas me obliga
usted.....

Luciano. Agravios tal vez?

Luisa. [*Sonriéndose.*]
No. Impertinencias ridículas.

Luciano. Ah señora! Yo..... Mi..... Cuando...

Luisa. Basta ya de niñerías.
Necesito.....

Luciano. Ah! Pida usted
cuanto quiera; mande, exija.....
Sea yo para algo bueno
un Creso, un Fúcar, un Mídas.....

Luisa. Gracias. Hay dinero en casa.
Sólo quiero una letrita
de cien duros.....

Luciano. Friolera!
Á diez veces esa cifra
sube la cuenta corriente
de ustedes; pero vacías
dejaria yo mis arcas.....

Luisa. Gracias. Ni eso pediria
á no tener precision
de remitir á Algeciras
la letra. Quiero enviar
ese socorro á una prima
de mi marido que se halla
necesitada.

Luciano. ¡Oh benigna,
generosa criatura.....

Luisa. Eh! ¿qué vale eso? Él haria
otro tanto en mi lugar.—
Su nombre es doña Casilda
Suarez.—Apúntelo usted.

Luciano. [*Sacando su cartera y escribiendo en ella.*]
Está muy bien.

Luisa. Á la vista.

Luciano. ¿Valor en cuenta.....

Luisa. Valor
recibido de la misma.

Luciano. ¡Rasgo sublime.....

Luisa. Eh! lo ahorro
de perfumes y de cintas.

Luciano. Y mi señor don Miguel
¿qué hace? ¿Tiene usted noticias....

Luisa. Sigue bueno.

Luciano. ¿Cuándo vuelve
de París?

Luisa. No hay cosa fija.....
Luégo que haya concluido
la comision que le fia
el Gobierno.

Luciano. Es todo un hombre
mi amigo; gran estadista.....
Estará impaciente ya
por regresar á esta villa
heroica.

Luisa. Así lo supongo.

Luciano. Es natural que le aflija
la ausencia de tan perfecta
consorte.

Luisa. Yo..... (Me fastidia.)

Luciano. Apuesto cualquiera cosa
á que ahora se cambiaria
por mí.

Luisa. (Ni ahora ni nunca.)
[*Levantándose, y tambien D. Luciano.*]
Ruego á usted que me permita.....
Tengo huéspedes en casa.....

Luciano. ¿Vino ya de Andalucía
el General.....

Luisa. Sí, señor.

Luciano. Con su mujer?

Luisa. Sí.

Luciano. Una niña,
segun me han dicho.

Luisa. En efecto.

Luciano. ¡Y él machucho... Hum!.. Es bonita?

Luisa. Oh! mucho.

Luciano. Vendré á ofrecerles

mis respetos y mi fina
atencion...., basta que sea
amigo de la familia.....
Luisa. Ciertamente.—Pero ahora
la letra.....
Luciano. No se me olvida.
Daré el encargo ahora mismo
á un corredor.
Luisa. Bien.
Luciano. (Monísima!)
Adios. (Volveré á la carga.)
Luisa. Abur.
Luciano. [*Yéndose.*] (Todo se cotiza.....
Soy el hombre de Madrid
si hago tan buena conquista.)

ESCENA II.

LUISA.

No hay duda: me hace la corte,
y si da en ser tan moscon
me pondrá en la precision
de expedirle un pasaporte.
Porque á la bolsa y al agio
debió lo que á tantos falta,
no hay para él virtud tan alta
que se libre del naufragio.
Su oro.....
Micaela. [*Dentro.*] Sin recado previo
entrarémos.....
Luisa. ¿Quién.....
Micaela. [*Dentro.*] Me trata
sans façon.
Luisa. ¡La literata
con su mártir don Eusebio!

ESCENA III.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO.

Micaela. [*Besando á Luisa.*]
Mi cara amiga!
Eusebio. Señora.....
Luisa. Micaela! Caballero.....
Siéntense ustedes.
Micaela. Reitero.
[*Vuelve á besarla.*]
Luisa. (Tanto besar me encocora.)
[*Se sientan.*]
Micaela. Esta noche, ya se entiende,
irá usted al baile.....
Luisa. Sí.
Micaela. De la Condesa, y allí
nos hemos de ver. Por ende,
no es hoy á la amable Luisa
á quien con mi dulce amor.....
Eusebio. (Ay!)
Micaela. Vengo á ver.—¿El señor
General.....
Luisa. No está. Fué á misa.
Micaela. Y su señora?
Luisa. Tambien.
Micaela. Es amigo antiguo.
Luisa. Sí?
Micaela. Teniente le conocí.....
Eusebio. (Gran Dios!)
Micaela. Estando en Jaen.—
Dicen que es verde renuevo
la que al yugo le sujeta.
Luisa. Bien podria ser su nieta.
Micaela. Sí; el General ya es longevo.
No obstante, si simultáneos
los genios se lisonjean,
poco importa que no sean
los cónyuges coetáneos.
Eusebio. (Ah!)
Micaela. Puede haber cualidades
en quien sus aras inciense
con que Himeneo compense
la diferencia de edades.
Eusebio. (Oh!)
Micaela. Dígalo este mancebo.
Me ama con idolatría,
y, aunque nadie lo diria,
una década le llevo.
Luisa. (Como dos!) Niña es Carlota,
mas gemia en la orfandad,
y hoy ensalza su humildad
el esposo que la dota.
Micaela. Cierto.
Luisa. Aunque hoy no tiene mando,
es teniente general.....
Micaela. Ya sé.....
Luisa. Y senador.....
Micaela. Sí tal.
Luisa. Y gran cruz de San Fernando.
Micaela. Bravo milite y antiguo,
no es, en verdad, un portento
que....; mas si falta el talento.....
Luisa. Cómo!
Micaela. El suyo es harto exiguo.
Luisa. Sin quererle yo ensalzar,
de su fama se colige
que no le falta el que exige
la carrera militar.
Y nada debe al favor;
que todo se lo ha ganado
con su sangre y grado á grado
en el campo del honor.
Micaela. En las escuelas de Marte
no disputo su pericia;
mas la conyugal milicia
tiene su táctica aparte;
y en ella quizá es un necio
quien pudiera dar lecciones
á Aníbales y Escipiones
y á Polibio y á Vegecio.
No en todos el don abunda

de perpetuar los amores
cubriendo de gayas flores
de Himeneo la coyunda.
¡He aquí el esposo feliz
que darme á los cielos plugo!
Eusebio. (Ay!)
Micaela. ¿Por ventura, mi yugo
es molesto á su cerviz?—
Que lo diga!
Eusebio. No.
Luisa. (Pobre hombre!)
Micaela. Dulce y tierna simpatía
nos enlazó.....
Eusebio. (Suerte impía.)
Micaela. Para que Madrid se asombre.
Recíproco amor asiduo
nos identifica.
Eusebio. (Ay Dios!)
Micaela. Diríase que los dos
somos un solo individuo.
Su llama es algo pasiva.....
Luisa. Ya.
Micaela. Y su culto reverente.
Por qué? Porque el ascendiente
de mi genio le cautiva.
Luisa. Sin duda.....
Micaela. Pero eso basta,
pues para mí le secuestro.
Eusebio. (Oh!)
Micaela. Yo impulsada del estro,
segunda Safo entusiasta,
sobre la trípode monto
y en su loor articulo
versos dignos de Tibulo
y del que gimió en el Ponto.
Ya un soneto le consagro
donde firme como un muro
mi fidelidad le juro.....
Luisa. Sí? (Mire usted qué milagro!)
Micaela. Ó ya en voluptuoso idilio
muestro que no me rehusa
su blando influjo la musa
de Teócrito y Virgilio.
No así el veterano yerto
con mimos y poesías
embellecerá los dias
de Carlota.
Luisa. No por cierto.
Es celoso y suspicaz.
Micaela. Compadezco su locura.
¿Y ella.....
Luisa. Es la suma dulzura.
Micaela. Poco durará la paz.

[*Á D. Eusebio.*]

No temas, dulce embeleso,
de mí pasion tan bastarda.—
Pero, una vez que retarda
el General su regreso,

[*Se levanta y saca un librito de memorias.*]

voy á acabar el idilio
que esta mañana empecé,

[*Á Luisa.*]

si me lo permite usté
y Apolo me da su auxilio.
Luisa. Dueña es usted.....
Micaela. Gracias.—Sí,
te dejo á solas con ella
siendo jóven y tan bella.
Tanto fio en ti!
Luisa. [*Sonriéndose.*] Y en mí.

[*Vase Micaela por el foro.*]

ESCENA IV.

LUISA. D. EUSEBIO.

Eusebio. (Respiro!)
Luisa. (Es extravagante
si las hay.) ¡Dichoso usted,
don Eusebio!
Eusebio. [*Con amargura.*]
Ah! sí, señora.
Luisa. Doy á usted mi parabien.
Eusebio. Muchas gracias.
Luisa. Micaela
es una Porcia, una.....
Eusebio. Pues!
Luisa. Vivirá usted en la gloria
con ella.
Eusebio. Sí; ya se ve.
Luisa. Tierna, apacible, erudita.....
Eusebio. Oh! Sí, sí; ¡es mucha mujer
la mia!
Luisa. Y de noble cuna.
Eusebio. Oh!
Luisa. Y muy rica.
Eusebio. Digo! Miel
sobre hojuelas. Tal me embriaga
el exceso del placer,
que el dia ménos pensado
me echo al gañote un cordel.
Luisa. ¿Qué dice usted!
Eusebio. Ay señora!
Callo y sufro. Qué he de hacer?
Mas sería yo el modelo
de la humana estupidez
si á solas no maldijese
la hora en que me casé.
¿Qué me importan sus riquezas,
si no han de endulzar la hiel
de mi despecho? ¿Qué importan
los quilates de su fe,
si yo no puedo olvidar
la de su bautismo? ¿Y quién
de su amor empalagoso
resiste la pesadez,
y ese aire de celestial
benevolencia cruel

con que me humilla y me pudre,
y el pedantesco almacen
de los tropos y figuras
que ensarta de diez en diez,
y sus idilios, en fin,
que maldiga Dios, amén?

Luisa. Será posible?.... Pues ella
me ha dicho más de una vez
que usted la solicitó.....

Eusebio. Cierto; pero aquello fué
un vértigo, una locura.....
Mal he dicho: una sandez.....
Sólo á usted confiaria,
Luisa amable, sólo á usted,
que es un ángel.....

Luisa. Nada de eso.
Amiga sincera y fiel.....
Siga usted.

Eusebio. Yo amaba á otra
casi desde la niñez;
á una jóven, cuyo mérito
no debo aquí encarecer;
baste decir que conformes
nuestras almas, y tambien
las circunstancias de entrambos,
lazo hubiera sido aquel
el más feliz..... Oh memorias!
Enemigo de mi bien,
con falaces apariencias
me fascinó Lucifer.—
Era en Sevilla. Una noche
yo vi.....—¿por qué no cegué
primero!—á un hombre embozado,
que apénas pone los piés
misterioso en los umbrales
de la hermosa que adoré,
la puerta, á mi amor cerrada,
franca se abrió para él;
y en sus brazos le recibe
con el más dulce interes;
y tras de él la puerta amiga
veo cerrarse otra vez.—
Vista su aparente infamia,
quédese para quien es,
dije, y sin verla ni oirla
me encaramo al cabriolé
de la primer diligencia
que hace rumbo á este belen
de Madrid, donde el consuelo
de que habia menester
busco afanoso en teatros,
fondas, billares, cafés,
bailes..... En uno de máscaras
donde, por señas, gasté
mi último maravedí,
hube yo de parecer
aceptable á un dominó
de terciopelo de Utrech.—
Era Micaela.—Ay cielos!
Con su labia y su oropel,
y su erótica dulzura
dió con mi juicio al traves.
Yo le dije mil ternezas,
y tanto me aluciné,
que aunque desató á mis ruegos,
depuesto el tibio desden,
la careta, ay! todavía
me pareció una mujer.

Luisa. Vaya por Dios!

Eusebio. Sí, y hermosa!
El calor, la languidez
de su mirar voluptuoso
le daban un no sé qué.....
Mi amor propio por un lado,
por el otro algun pincel
con que de su rostro habia
revocado la pared.....
En fin, pecador relapso,
en la culpa me obstiné.

Luisa. Pero.....

Eusebio. Es de advertir que yo
habia cenado bien.....

Luisa. Ah! ya.....

Eusebio. Y llevaba en el cuerpo
cinco copas de Jerez.—
Y como yo era cesante
y ella rica; y ya solté
la palabra; y ella instaba....,
maldecida de cocer!,
y así creia triunfar,
ay necio! de aquella infiel,
cedí al influjo siniestro
de mi estrella, y me casé!

Luisa. Fatal boda!

Eusebio. Pues áun falta,
señora mia, el postrer
capítulo y el más triste
de mi historia.

Luisa. Sí?

Eusebio. Á los tres
dias de mi atroz suicidio
supe que inocente fué
mi amada, y que era un hermano
suyo el que halló en su dintel
tan amorosa acogida.—
No la escribí. Para qué?
Mi yerro..... Qué digo yerro?
Mi culpa...., mi crímen es
irreparable, ¡y lo estoy
purgando como usted ve!

Luisa. ¿Y qué se hizo aquella jóven.....

Eusebio. Nada he sabido despues.

Luisa. Tanto mejor! Es forzoso
olvidarla.

Eusebio. Ay! No podré.
¿Cómo no he de recordarla
al comparar el Argel
en que peno hace ya un año
con el inefable eden
de que en mal hora, ay de mí!
yo propio me desterré?

Luisa. Consuelos ménos mundanos
quisiera yo dar á usted;
pero Micaela es rica.....

Eusebio. ¡Mal haya.....

Luisa. Y ¡cómo ha de ser!

Eusebio. Pero.....
Luisa. Aquí viene de molde,
don Eusebio, aquello de.....
Eusebio. Los duelos con pan son ménos?
Ni áun tengo que agradecer
al astro que me persigue
esa dedada de miel.
Luisa. Cómo!
Eusebio. ¡Si apénas salimos
de sota, caballo y rey!
Es avara y cicatera;—
frugal dice ella; y á fuer
de filósofa me cita
sin cesar aquella ley
de «Comer para vivir;
nó vivir para comer.»
Luisa. Pero habrá testado ya
en favor de usted.....
Eusebio. No sé;
mas pienso que no; que si ella
me hubiera hecho esa merced,
ya á Madrid la anunciarian
en cada esquina un cartel.
Luisa. (Es cálculo. Así le tiene
á raya; pero tal vez.....)
Eusebio. Y teste ó no á mi favor,
qué importa? ¡Yo moriré
ántes que ella, aunque ya pisa
el umbral de la vejez!
Luisa. No es posible.....
Eusebio. Sí, señora;
soltaré pronto la piel
de vergüenza, de fastidio,
de.....
Luisa. Ya vuelve. Calle usted.

ESCENA V.

LUISA. D. EUSEBIO. MICAELA.

Micaela. [*Con el librito de memorias en la mano.*]
Acabé el idilio.
Luisa. Bueno!
Eusebio. (Hará que me precipite.....)
Micaela. Lo leeré si usted permite.....
Luisa. Con mucho gusto.
Micaela. [*Leyendo en el librito.*]
«Á Mireno.»
Eusebio. (Sudo.....)
Micaela. *Merino* se llama;
pero las letras combino,
y del prosaico *Merino*
da *Mireno* el anagrama.
Luisa. Oiga!
Micaela. Y no su nombre solo
invierte mi docta escuela.
¿Quién se llama *Micaela*
en el idioma de Apolo?
Con sus mismas letras.....
Luisa. ¿Quién
pensara.....
Micaela. Para la rima
sale el nombre de *Acelima.*
Eusebio. (Y el de *acémila* tambien.)
Micaela. Leo.
Eusebio. (No te diera un cólico!...)
Micaela. [*Leyendo.*]
«Á Mireno.»
Luisa. (¡Mala peste....)
Micaela. «Su fiel Acelima.»
[*Interrumpiéndose.*]
Este
es un poema bucólico.
[*Leyendo.*]
«Mireno, más gallardo
que mi pintado choto....»
Eusebio. [*Con disgusto mal reprimido.*]
(Ah!)
Micaela. «En el umbrío soto
con el cuenco te aguardo
de blanco requeson.»
Eusebio. [*Creciendo su angustia.*]
(Oh!)
Micaela. «Y la castaña hirsuta,
de Amarílis un dia
apetecida fruta,
que á Aléxis ofrecia
el triste Coridon.
Aquí la dulce avena,
que es tu mayor regalo....»
Eusebio. [*Dejando oir distintamente la exclamacion.*]
Uf!
Micaela. Cielos! Te pones malo?
Eusebio. Sí. (Maldita cantilena!)
Micaela. [*Á Luisa.*]
¡Le hace un efecto mi canto.....
Luisa. (Como el del tártaro emético.)
Micaela. Poder del estro poético!—
Mas si te conmueve tanto,
dejo la lectura.
Eusebio. [*Como quien se descarga de un grave peso.*]
(Oh!)
Bien.
Micaela. Y vámonos á casa
si quieres.
Eusebio. Ya se me pasa.
Luisa. Tome usted algo.....
Eusebio. No, no.
Micaela. Retirémonos, galan.
Los huéspedes no han venido.....

Luisa. Quién los habrá detenido?

[*Mirando por el balcon.*]

Calle! En el jardin están.

Micaela. Sí? Veamos esa bella.

[*Se asoma.*]

Luisa. Paseando están los dos.

Micaela. Es muy linda!

Eusebio. (Á ver?)

[*Asomándose por detras de Luisa y Micaela.*]

Oh Dios!

[*Los tres se retiran del balcon.*]

Luisa. Qué es eso?

Micaela. Otra vez?

Eusebio. (Es ella!)

La cabeza.....

Micaela. Ay! Dios me asista...

Eusebio. Vámonos..... Nada! Un mareo.....

[*Tomando el sombrero.*]

Con el aire libre creo.....
(Cómo sostener su vista?)

Luisa. Quédese usted.....

Eusebio. No, no.....

Luisa. Aquí...

Eusebio. Ya estoy bueno.

Micaela. [*Tomando el brazo de D. Eusebio.*]

Traigo coche.—
Ven.....

Eusebio. Adios.

Micaela. Hasta la noche.

Luisa. Adios.

Eusebio. (Ay triste de mí!)

ESCENA VI.

LUISA.

Qué boda! Y achacarán
á su mal signo..... ¡Mentira!
Ántes que te cases mira
lo que haces, dice el refran.
Si á estas horas el demonio,
aunque á Teócrito pese,
no ha dado al traste con ese
ridículo matrimonio,
á la excesiva prudencia
del pobre jóven se debe;
pero la medida en breve
llenará de su paciencia.
Lo vieja y lo literata,
para ella bien lo concilio:
más ¡para él!.... Otro idilio,
y la abandona, ó la mata.
El pedantesco lenguaje
¿cómo no ha de darle enfado
con que aquí nos ha guisado
tan nauseabundo potaje?
Síntomas de indigestion
yo tambien casi me noto
con las castañas y el choto,
la avena y el requeson.

Condesa. [*Dentro.*]

Está visible Luisita?

Luisa. Es la Condesa.

[*Saliéndola al encuentro.*]

Adelante.

ESCENA VII.

LUISA. LA CONDESA. D. FEDERICO.

Luisa. Para ti lo estoy yo siempre.

[*Se besan las dos damas.*]

Condesa. Buena?

Luisa. Sí. Y tú?

Federico. [*Presentando la mano.*]

Luisa amable.....

Condesa. Buena. Gracias.

Luisa. [*Admitiendo la mano de D. Federico.*]

Bien venido.—
No te sientas? (Siempre al márgen!)

[*Se sienta la Condesa.*]

Condesa. Ven á mi lado.....

Luisa. Ahora no.
Te dejo por un instante.
Vendrás á cumplimentar
á mis huéspedes.....

Condesa. Sí.

Luisa. Dame
tu licencia. Iré á llamarlos,
pues queda quien te acompañe.

ESCENA VIII.

LA CONDESA. D. FEDERICO.

Condesa. Si es cierto, don Federico,
lo que cuentan del carácter
del General.....

Federico. [*Sentándose cerca de la Condesa.*]

¿Qué me importa.....

Condesa. Su mujer vivirá mártir.

Federico. Algunas preferirian
ese martirio al desaire,
por no decir al desprecio

injusto que de ellas hacen
sus maridos.
Condesa. Verbigracia,
yo: no es verdad?
Federico. Tal ultraje
me asombra, me escandaliza.
Condesa. De véras? Dios se lo pague
á usted; pero no es la injuria,
amigo mio, tan grave
como usted la pinta. El Conde,
á fuer de alto personaje
y hombre de mundo, desdeña
los cariñosos afanes,
las tiernas contemplaciones
de los maridos vulgares;
pero no porque á la moda
quizá á su despecho pague
ese tributo, me deja
de amar..... como él puede amarme.
Federico. Sí, tal vez; y aun eso..... Pero
no como merece el ángel
cuya dulce posesion
le envidia.....
Condesa. Quién? Disparate!
Federico. Oh!
Condesa. ¿Valgo yo tanto.....
Federico. Usted
quizá ignora lo que vale;
que es modesta aun más que linda,
y hasta en eso es favorable
la estrella del Conde.
Condesa. Cómo!....
Federico. Mas no se oculta á quien arde
en la lumbre de esos ojos;
á quien admira ese talle,
esa gracia indefinible.....
Condesa. Perdone usted que le ataje.
Tan fervoroso arrebato
ya de los límites sale
de la amistad.
Federico. Ay Emilia!
¿Es acaso invulnerable
mi corazon? ¿Es milagro
que en amor ciego se cambie
la amistad cuando es usted
el objeto.....
Condesa. No más! Calle
usted, ó hasta mi amistad
me precisará á negarle.
Federico. Ah! ¿Será usted tan impía.....
Condesa. ¡Miren por dónde nos sale
ahora! ¡Y yo tan incauta.....
Federico. Si.....
Condesa. Fíese usted de nadie!
Federico. Pero ¿es posible.....
Condesa. ¡Y se vende
por amigo inseparable
del Conde!
Federico. El amor no sufre.....
Condesa. Calle usted! Eso es infame.
Federico. No lo es; ni aunque lo fuera
deberia acriminarme
la que es el único móvil
de mi perfidia, si cabe
perfidia en la adoracion
que tributo á sus altares.
Pude yo sacrificar
esta pasion entrañable
á los deberes de amigo,
y encerrarla con cien llaves
en mi pecho, miéntras sólo
fueron pecados veniales
los del Conde; mas ¡sufrir
que, haciendo público alarde
de desdeñar á una esposa
de que no es digno, se arrastre
á los piés de vil ramera.....
Condesa. Ah! ¿Podré creerlo.....
Federico. Fácil
es la prueba.—Pero usted
rehusa mis homenajes.....
Condesa. Puedo estimar los de amigo
sin admitir los de amante.
Federico. Pero mi alma.....
Condesa. Oh qué porfía!....
La prueba.....
Federico. Es inútil. Casi.....
me pesa.....
Condesa. Ciertas palabras
no se aventuran en balde.
Callar, ó decirlo todo.
Federico. Pues bien, yo juro....
Condesa. Chit!... Alguien
llega.
Federico. (Bien! Si no el amor,
el orgullo la hará frágil.)

[*Se levantan.*]

ESCENA IX.

LA CONDESA. D. FEDERICO. LUISA.
CARLOTA. EL GENERAL.

Luisa. [*Á la Condesa.*]
El General.—Su señora.
Condesa. Bien venidos!
Luisa. [*Al General y á Carlota.*]
La Condesa,
mi amiga.....
General. Cuyos piés besa
mi atencion.....
Condesa. Muy servidora.....
Federico. Saludo á usted.....
General. [*Saludando.*] Señor Conde.....
Condesa. No es él.....
General. Ah! Creí.....
Luisa. Un amigo:
el señor don.....
General. Me desdigo.
Luisa. Federico Vaamonde.
Condesa. El Conde.....
General. (Aquí hay gatuperio.)

Condesa. Vendrá luégo.
General. (Se ha turbado.)
Bien.
Luisa. Á fuer de hombre de estado
estará en el ministerio.
Condesa. Por pagar ese tributo
á la política.....
General. Sí.
Condesa. Hoy no me acompaña aquí.
General. Y lo hace por sustituto.
Condesa. General!....
General. Oh! no es mi idea.....
Condesa. El Conde tiene el honor
tambien de ser senador.....
General. Por muchos años lo sea,
y sus hijos y sus nietos.
Condesa. Mil gracias. Si á tiempo llega,
hoy mismo al nuevo colega
ofrecerá sus respetos.
General. Me honrará.... (Tanto cumplido!...)
Condesa. Justamente él llega ahora.

ESCENA X.

LA CONDESA. D. FEDERICO. LUISA.
EL GENERAL. CARLOTA. EL CONDE.

Conde. [*Dando la mano á Luisa.*]
Felicidades.
[*Á Carlota.*]
Señora.....
[*Carlota le devuelve el saludo con una cortesía.*]
[*Á la Condesa.*]
Adios.
[*Al General.*]
Servidor.....
[*Á D. Federico apretándole la mano.*]
Querido!
Luisa. El General que hoy se inicia
en el Senado.
Conde. ¿Qué escucho!
Con tal miembro se honra mucho
la Cámara vitalicia.
General. Mil gracias.
Conde. [*Dándole la mano.*]
Téngame usté
por su amigo y compañero.
General. Gracias.
Luisa. Su señora.
[*Vuelven á saludarse Carlota y el Conde.*]
Pero
no estén ustedes de pié.

[*Se sientan todos.*]

General. Bien me hallaba en Alhaurin,
que es bello país aquel,
donde estaba de cuartel
cultivando mi jardin;
mas me sacan de mi burgo,
y no para una campaña,
sino para ver qué maña
me doy yo para Licurgo;
y pues mi Reina se digna
de acamparme en el Senado,
como obediente soldado
vengo á cumplir la consigna.
Pero nada se me alcanza
de fueros ni garantías,
sistemas ni teorías.....
Mi código es la ordenanza.—
Amo á mi patria.....
Conde. Lo sé.
General. La serviré hasta la muerte,
pero á mí..... En fin, no es mi fuerte
la política.
Condesa. (Doy fe.)
Conde. Aunque esforzado guerrero,
el que viene á legislar
delibera, si ha lugar.....
General. Yo lidio y no delibero.
Conde. Pues yo, que no ejerzo en vano
tan alta jurisdiccion,
suelo hacer la oposicion.....
General. Ya; pero usted es paisano.
Conde. No porque de mí disiente
el Gobierno que nos rige,
sino porque así lo exige
mi espíritu independiente.
General. Bien. Yo, que no hago misterio
de ser como Dios me hizo,
pienso votar como un suizo
lo que vote el Ministerio.

ESCENA XI.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL CONDE.
EL GENERAL. D. FEDERICO. EL BARON.

[*El Baron trae una bolsa de las que se usan para pedir en las iglesias.*]

Baron. Da usted permiso?
Luisa. Adelante,
señor baron del Manzano.
Baron. Tengo el honor.....
[*Viendo que se quieren levantar los caballeros.*]
Quietos, quietos!
Nadie se mueva, ó me marcho.
Luisa. Pues siéntese usted.....
Baron. Lo haré.

[*Tomando la mano de Luisa.*]

Usted buena?

Luisa. Sí.

Baron. Lo aplaudo.—

[*Presentando la mano á Carlota.*]

Señorita.....

General. [*De mal gesto y saliendo con la mano al encuentro de la del Baron.*]

Eh?

Baron. Caballero.....

Estoy.....

Carlota. Beso á usted la mano.

Baron. Oh Condesa!

[*Toma tambien su mano, y luégo la del Conde y la de D. Federico.*]

Condesa. Buenos dias.

Baron. Á usted venía buscando.—

Señor Conde!.... Federico!

General. (La marcialidad alabo!)

Baron. [*Sentándose junto á la Condesa y dirigiendo la palabra á Luisa.*]

Usted disimulará,
Luisa, que me haya tomado
la libertad.....

Luisa. De esta casa,
Baron, es usted el amo.

Baron. Gracias.—No estaba en la suya
la Condesita, y le traigo
la bolsa de la benéfica
asociacion de que entrambos
somos miembros.

Condesa. Sí; hoy me toca
pedir en los Italianos.—

[*Tomando la bolsa.*]

Ya no me acordaba..... Gracias.

General. Oiga! ¿El señor es.....

Baron. Filántropo.

General. Sí?

Baron. Por moda y por carácter.
Naturalmente soy blando
de corazon, expansivo.....
Los niños desamparados,
el Colegio de la Paz,
el Refugio y otros varios
píos establecimientos
disponen de mis..... sufragios.
Escribo sobre reformas
del sistema carcelario,
y promuevo suscriciones
para las viudas del barrio,
para las pobres monjitas,
para la escuela de párvulos;
y ya una rifa de alhajas
proyecto, ya un espectáculo
circense.....; ya distribuyo
socorros domiciliarios,
hilas, vendas..... Soy, en fin,
la misericordia andando.

General. Laudable ejercicio!

Baron. Eh! Yo.....

General. [*Aparte con Luisa y Carlota, entre las cuales está sentado, miéntras figuran otro coloquio entre sí los demas interlocutores.*]

Y me parecia un fatuo!

Luisa. Bien le parecia á usted.

Carlota. Sus virtudes, sin embargo,
compensan.....

General. Dará en limosnas
la mitad del mayorazgo.

Luisa. Ni un maravedí. Todo eso
es farándula, aparato
teatral. De él no diré
que hace como algunos tráfico
con la caridad cristiana.....

General. ¿Qué escucho!

Luisa. Sí; ya es un ramo
de industria muy lucrativo
para quien sabe explotarlo.
En cuanto al Baron, como es
en la sociedad un trasto
inútil, hace esas farsas.....,
qué sé yo?.... por hacer algo,
y en todas partes se cuela
á título de filántropo.

General. ¿Y es tambien filantropía
el jovial desembarazo
con que damas y galanes
se aprietan aquí la mano?

Luisa. La moda.....

General. ¡Moda execrable,
mengua del decoro, escarnio
del pudor!

Luisa. Yo, General,
ni la culpo ni la ensalzo.
No pasa de ser un frívolo
cumplimiento á que no damos
ningun valor.

General. Pues yo niego
á esa moda el *exsequatur*.
La mano de mi mujer
es sólo mia: el vicario
me la dió, y se guardará
muy bien.....

Carlota. Á quién se la he dado?

General. No es ella reina ni obispo
para que todo cristiano
se la sobe.

[*Siguen hablando aparte.*]

Baron. [*En voz baja á la Condesa miéntras el Conde y D. Federico hablan aparte.*]

Sepa usted
que aunque la bolsa que traigo
viene al parecer vacía.....

Condesa. Eh?

Baron. (Con esto la preparo.)
No lo está.

Condesa. Ya se supone,

siendo usted el mandatario.....

[*Moviendo la bolsa.*]

Pero no suena.....
Baron. No obstante.....
Basta el sentido del tacto.....
Condesa. Ya! Algun billete.....
Baron. Eso mismo.

[*Con el dedo en la boca.*]

Pero.....
Condesa. Pierda usted cuidado.
El mérito de estas cosas
está en el sigilo.
Baron. (Bravo!)
Condesa. (Será la primera vez
que contribuya con algo.....)
Baron. Mi corazon.....
Condesa. Oh! ¿Quién duda.....
Baron. (No se ha ofendido... Al contrario...
Soy feliz! Esto se llama
llegar y besar el santo.)
Condesa. [*Levantándose: todos hacen lo mismo.*]
Áun no he visto el aderezo,
Luisita, que te ha enviado
tu marido de París.
Si quisieras enseñármelo.....

[*Se acerca á Luisa y á Carlota, y miéntras ellas hablan, hacen aparte lo mismo el Conde con el General y el Baron con D. Federico.*]

Luisa. Con mucho gusto.—Por cierto
que un broche se ha despegado
y lo llevaré esta tarde
al diamantista.....

[*Siguen hablando en voz baja.*]

Federico. Sí? Guapo!
Baron. En la bolsa está el intríngulis.
Federico. Cómo!....
Baron. Yo de todo saco
partido.
Federico. Oiga!
Baron. El pobre Conde.....
Federico. (¿Habrá títere.....)
Baron. Te encargo
la mayor reserva.
Federico. Pues.
Baron. Y tú, que eres su amigacho,
me ayudarás.....
Federico. Se supone.
Baron. Me obligo á hacer otro tanto
por ti.....
Federico. Ya.
Baron. Los camaradas.....
Federico. Entiendo. (Pues ¡ha buscado
buen confidente!)
Luisa. Allá dentro
lo verás.
Condesa. Sí, vamos, vamos.
Luisa. [*Á los caballeros.*]
Hasta luégo.
Baron. Yo, si ustedes
me otorgan su beneplácito,
me despido desde ahora.
Luisa. Sí? Para ejercer otro acto
de beneficencia.
Baron. Cierto.
Yo volveré más despacio.....
Luisa. Cuando usted guste.
Baron. Señoras.....
Condesa. Hasta la noche.
Baron. Oh! no falto.—
Señores..... (Soy otro César,
soy otro Alejandro Magno.)

ESCENA XII.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA. EL GENERAL.
EL CONDE. D. FEDERICO.

Conde. Yo me despido tambien;
que si hemos de ir al Senado.....
Federico. Y yo.....
Luisa. Cuando ustedes gusten.
Condesa. [*Dejando la bolsa sobre un mueble.*]
Ah! Ya olvidaba.....

[*Á Carlota.*]

Contamos
con usted y el General.....
General. Cómo!..
Condesa. Hay baile en casa...
General. Cuándo?
Condesa. Esta noche.
Carlota. Por mi parte,
con mucho gusto.
General. Es que... acaso...
yo no podré..... Mis dolencias.....
Condesa. No admito excusas.
General. (¡Qué diablo
de baile!....)
Condesa. Si el General
quiere acostarse temprano,
en buen hora. No por eso
nos prive de los encantos
de su linda esposa.
General. [*Con prontitud.*] Iré.
Condesa. Gracias.
General. Pero yo no bailo.
Condesa. Se entiende. Pero ella sí:
verdad?
General. Ella...
Carlota. Un poco...
General. (Me aspo!)
Condesa. Vamos, querida..... Ah! señores,
hoy pido en los Italianos;—
ya lo habrán oido ustedes,—
y espero de tan bizarros

caballeros, que irán todos,
sin exceptuar mi caro
esposo, á darme limosna
para los pobres inválidos.

General. Tendré el honor.....

Federico. Muy gustoso...

Condesa. Gracias, señores.—De cuatro
á seis. (Pérfido!, si es cierto,
no te perdono el agravio.)

ESCENA XIII.

EL GENERAL. EL CONDE. D. FEDERICO.

Conde. Qué diantre de petitorios!....

General. No veo nada de malo
en eso..... (Peor es el baile.)

Federico. No podemos excusarnos.
(Ah! ¡Qué idea..... Si es verdad
que en aquella bolsa hay gato
encerrado.....)

Conde. ¿Quién va luégo
desde cerca de Palacio
hasta.....

General. Oh! sí, por una obra
de caridad.....

[*Siguen hablando aparte.*]

Federico. (Me descarto
de un rival...., poco temible;
pero, al fin, rival. Sí, y hago
del ladron fiel con el Conde.)
Señores, no es necesario
hacer un viaje á la iglesia.
La Condesa se ha dejado
aquí la bolsa;

[*La toma.*]

y podemos
ahora sin molestarnos
echar nuestros donativos.....

General. Dice bien.

Conde. Abra usted.....

Federico. Abro.

[*Presentando la bolsa despues de desatar los cordones.*]

Señor Conde.....

Conde. [*Echando una moneda.*]

Ahí va esta onza.

Federico. Señor General.....

General. Yo vácio
el bolsillo. Es en favor
de mis pobres veteranos.
¿Quién sabe si alguno de ellos,
quizás en el mismo campo
donde yo gané una faja,
perdió una pierna ó un brazo?

[*Echa en la bolsa varias monedas.*]

Federico. Ahora me toca á mí;
pero no llevo metálico.—
Lo suplirá este billete.

[*Saca uno.*]

Entero, no; que en el garbo
no compito yo con próceres.
Doy ocho duros, y saco
el resto..... Así como así,
yo necesitaba cambio.....

[*Vácia la bolsa sobre un velador, y entre las monedas aparece el billete á que aludió el Baron.*]

Conde. Ah! ¡Qué veo!....

General. Otro billete!

Federico. Cierto.

General. Y este no es del Banco!

Conde. (Cielos!....) Venga.

[*Lo toma. D. Federico hace con el suyo lo que ántes indicó, y guardando en la bolsa el billete de Banco y el dinero restante, la vuelve á cerrar.*]

Memorial
será de algun desgraciado.....

[*Se desvía un poco, y con disimulo rompe el sobre y echa una ojeada sobre el contenido del billete.*]

General. ¿Se gasta aquí en memoriales
papel vitela con cantos
de oro.....

Federico. [*Acercándose al Conde y en voz baja.*]

Yo siento en el alma.....
Un error involuntario.....

Conde. Qué! Nada..... (Disimulemos.)

[*Con risa forzada.*]

Ja, ja..... En efecto, ahora caigo...
Sí, algun billete amoroso
que aquí se dejó olvidado
la que ántes tuvo la bolsa.
El sobre está revelando
su nombre.

General. (El de tu mujer!
Si creerá que soy un ganso?)

Conde. [*Á D. Federico en alta voz.*]

La intendenta.....

Federico. Sí?

Conde. Aturdida!

[*Con risa forzada.*]

¡Pues si acierta á dar en manos
de su marido la carta!
Él que es tan atrabiliario.....

Federico. Oh!

Conde. Y ha dado en la flaqueza
de ser celoso..... (Me abraso!)
Ja, ja.....

General. (Inaudita frescura!

¿Será verdad.....)
Conde. (Ella, es claro,
nada sabe, ni hará aprecio
de semejante espantajo;
pero es audacia.....)

[*Guardando el billete.*]

Esta noche
se la daré.....
General. Al..... agraciado?
Conde. No; á ella: y la advertiré
que no se descuide tanto
otra vez.
General. Mal hecho.
Conde. Cómo!....
General. Á ella no, que eso es dar pábulo
al vicio; eso es proteger
un infame contrabando:
á él se la daria yo;
al pobre marido cándido,
que en vez de tierna consorte
abre á una sierpe los brazos.
Conde. Al marido? Qué locura!
Yo promover un escándalo!
¡Yo..... Bah!
General. Su causa es la nuestra.
Maridos somos entrambos.....
Conde. No nos cansemos..... El pobre
que nace predestinado.....
Ja, ja..... ¿Cómo resistir
al influjo de los astros?
General. No obstante.....
Conde. Ruede la bola.....
No viene usted al Senado?
General. Luégo..... Tengo que ponerme
el uniforme.
Conde. Allí aguardo. .
General. Iré pronto.
Conde. (El Baroncito!)
Vamos, Federico?
Federico. Vamos.
Conde. [*Despidiéndose.*]
Tengo el honor.....
Federico. [*Lo mismo.*] General.....
General. [*Acompañándolos hasta la puerta.*]
Soy de ustedes.

[*Luégo que vuelven la espalda.*]

Insensato!

ESCENA XIV.

EL GENERAL.

[*Despues de una breve pausa.*]

Y no hay tal intendenta.
Por más que disimule y lo eche á broma,
el tiro va á su honor; suya es la afrenta.
Pero si á lo filósofo lo toma,
con su pan se lo coma.—
Y son dos los galanes, por mi cuenta;
que el otro fantasmon..... Y mil cumplidos
le hará, mil agasajos.....
Qué Madrid! qué costumbres! qué maridos!—
La predestinacion!.... Qué bobería!
Si eso dicen y se echan en el surco,
¿qué milagro..... No; alerta! Por ventura
¿es la honra cuestion de astronomía?
No! Mi filosofía es la del turco;
que la mujer es frágil criatura,
y si áun para la púdica y sencilla
la vigilancia de Árgos fuera poca,
¿quién confia, gran Dios! en una loca?—
Mas Carlota no vuelve.....
¿Iré..... No. Haré sonar la campanilla.

[*Tira de un llamador.*]

No quiero yo que tanto se entretenga
con damas tan.....

[*Á un criado que llega.*]

Á mi mujer que venga.—
La sesion será larga.....
No, no la dejo aquí. Sería enorme
necedad.....

ESCENA XV.

EL GENERAL. CARLOTA.

Carlota. Me llamabas?
General. Sí, hija mia.
Tengo que ir al Senado, y ya es urgente
que vengas á ponerme el uniforme.
Carlota. Bien.
General. (Ya que no á mi lado,
al ménos á mi vista he de tenerla.)
Tú me acompañarás.
Carlota. Dónde?
General. Al Senado.
Carlota. Yo al Senado!
General. Sí, perla.
Carlota. Qué haré allí? De política no entiendo.
Me dormiré.
General. Es mi gusto.
Carlota. Yo.....
General. ¿Prefieres
tu libertad.....
Carlota. Yo de ella no pretendo
abusar; ni aquí sola, entre mujeres.....
General. Mujeres peligrosas.
Carlota. No lo creas.
General. Lo creo, y no te asombres.
Dan la mano á los hombres!
Carlota. Sin malicia.
General. Eso no entra en mis ideas.
Carlota. Ni yo.....
General. Al marido ausente
hacen que supla el *cavalier servente.*—
Á bien que pronto iremos á la nueva
casa.
Carlota. (Ay Dios! En la calle de la Cueva!)
Nuestra huéspeda Luisa
es la suma virtud.
General. Sea; lo admito;
aunque eso de poner cara de risa
á todos.....
Carlota. Ser amable no es delito.
General. Pero la tal Condesa..... Hum! esa...., esa.....
Carlota. ¿Qué motivo.....
General. No trago á la Condesa.
En aceptar su baile mal hiciste.
Carlota. Si por eso has de estar ceñudo y triste,
no iré.
General. Ya es tarde; mi palabra he dado,
y me pondrán, si faltas,
de oro y azul.
Carlota. Pero ¿por qué te exaltas
conmigo así?
General. Por nada.
Carlota. ¿En qué he pecado?
General. En nada; pero vamos al Senado.
Carlota. Es fuerte empeño!
General. Irás á la tribuna
de las damas.
Carlota. (Fastidio!) ¡Si á ninguna
conozco.....
General. Irá contigo, pues de paso

nos coge, doña Luz, la brigadiera.
Carlota. Aun es peor llevar tal compañera.
General. Cómo!....
Carlota. Septuagenaria,
asmática, locuaz, extrafalaria.....
Me voy á divertir!
General. Si así vacilas,
sospecharé.....
Carlota. No, no!
General. Por qué cavilas?
Carlota. Tú eres el caviloso;
yo no.
General. ¿Ni áun ese leve sacrificio
harás por mí?
Carlota. Sí tal. Iré. (Oh suplicio!)
General. Ya; pero vas rabiando.
Carlota. No. Mi esposo
lo manda, y mi deber es la obediencia.
(Buen Dios, dadme paciencia!)
General. Lo mando..... porque te amo.
Carlota. Así lo creo.
(Ah qué amor!)
General. [*Acariciándola.*] Sí, Carlota, sí, alma mia;
y si cumplir pudiera mi deseo,
no en la tribuna, no en la galería;
en mi silla curul te sentaria.

[*Al retirarse apoya el General su brazo derecho sobre los hombros de Carlota.*]

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del Conde con puerta grande en el foro y otra más pequeña á cada lado de bastidores. Forillo de tránsito, que por la derecha conduce á la puerta de la escalera, y por la izquierda á la sala donde se baila y á otras habitaciones. La puerta lateral de la derecha guia á las piezas de juego y á otras dependencias, que tambien por lo interior conducen al forillo: la de la izquierda sirve de comunicacion al gabinete de la Condesa y á la sala principal. El teatro estará alumbrado con profusion.

ESCENA I.

LA CONDESA. EL BARON.

Condesa. Bien, ya hemos quedado solos.....
Baron. Mal haya tanto importuno!
Condesa. Hable usted; mas sea breve;
que hago falta.....
Baron. Dos minutos.
Condesa. ¿Qué asunto.....
Baron. Lo ignora usted?
Condesa. Claro está, pues lo pregunto.
Baron. Ah Condesa!.... (Denguecillos
que hacen más sabroso el triunfo.)
Ya habrá usted visto... en la bolsa...
Condesa. Sí; hoy he recogido mucho.
Baron. El billete.....
Condesa. Era de usted?
Baron. Pues ¿de quién? De aquel conducto
me valí.....
Condesa. Sí, ya recuerdo.....
Gracias. Veinticinco duros!
Baron. Qué dice usted? No es del Banco
el billete á que yo aludo.
Condesa. Oiga! Pues ¿de qué?
Baron. Tirana!
¿Se burla usted.....
Condesa. No me burlo.
Diga usted.....
Baron. Nadie nos oye.
Ya es ocioso el disimulo.

Condesa. Baron!....
Baron. Pero usted querrá
que, excusando subterfugios,
confirme de viva voz
lo que escribí de mi puño.
Sí, dulce Emilia, sí, amable
Condesa; mi alma no pudo
por más tiempo devorar
en silencio el fuego oculto
que la consumia. Ah! ¿Quién
pone diques al Vesubio?
Condesa. [*Riéndose.*]
Ja, ja..... Donosa ocurrencia!
Baron. ¿Qué!....
Condesa. ¿Luego el papel intruso
era un billete amoroso.....
Baron. Oh! sí, el humilde tributo
de un corazon.....
Condesa. ¡Filantrópica
bobada!
Baron. Yo.....
Condesa. ¡Buen condumio
daria yo á los inválidos
y á los pobres del Refugio
con el corazon de usted!
Baron. Señora, yo..... Si..... (Me aturdo.)
Siento... El amor no es un crímen...
Y si usted leyó el..... opúsculo.....
(Ya no sé lo que me digo.)
Condesa. Yo? Ni lo he visto.
Baron. ¿Qué escucho!
¿Cómo.....
Condesa. En la bolsa no estaba.....
Baron. Cielos!
Condesa. Lo sé de seguro,
cuando yo conté el dinero.
Baron. Pues mi mano lo introdujo.....
Condesa. ¡Y á saber ahora en cuáles
habrá dado! Este es mi apuro.
Baron. Yo iré..... Yo preguntaré.....
Á quién le·tocaba en turno?....
Á la marquesa..... Sí, sí,
á la marquesa del Junco.
Condesa. Eh! peor es eso.....
Baron. Yo.....
Condesa. Dejémoslo estar.
Baron. Me angustio.....
Condesa. Qué podrán decir de mí?
Que sin fundamento alguno
me pretende un mentecato.....
Baron. ¡Hija, ese adjetivo.....
Condesa. Es justo.—
Eso dirán; pero nadie
creerá que yo lo sufro.
Baron. Confieso mi error. Creí.....
Condesa. Hay galanteos absurdos
de que, áun viéndolos, no osara
culpar la lengua del vulgo
á mujeres como yo.
Baron. Bien, señora; fué un abuso
levantar mi pensamiento
hasta el Olimpo cerúleo
donde usted se glorifica;
pero ese ceño iracundo
sienta mal en una diosa.
Condesa. Eh! no más...
Baron. (¡Vaya unos humos....)
Me arrepiento, me desdigo.....
Condesa. Bien está.
Baron. Me echo en el surco.
Condesa. [*Con impaciencia y sentándose.*]
Basta!
Baron. Adios. (Me ha sofocado.
Daré á mi proa otro rumbo,
y si no hago una conquista
esta noche, me estrangulo.)
[*Al retirarse el Baron llega Luisa y se saludan.*]

ESCENA II.

LA CONDESA. LUISA.

Luisa. Emilia!
[*Viéndola y acercándose más.*]
Ah! Cómo tan sola?
Estás mala?
Condesa. [*Levantándose.*]
No. Ese estúpido
de Baron.....
Luisa. Te solicita?
Bravo! Es hombre de buen gusto
el filántropo.
Condesa. Es que yo.....
Luisa. No es tan estragado el tuyo:
ya lo sé. Le has desahuciado,
por lo visto. Iba tan mustio.....
Condesa. ¡Requerirme á mí de amores
un necio.....
Luisa. Es crecido el número,
y las mujeres bonitas
como tú.....
Condesa. Yo, Luisa!
Luisa. Y mucho:
no se libran de babosos.
Yo, sin mérito ninguno,
no puedo echar de mi oreja
un molesto abejaruco.....

ESCENA III.

LA CONDESA. LUISA. D. LUCIANO.

Luciano. Luisita.....
Luisa. [*En voz baja.*]
Eh? Qué te decia?
Luciano. Perdone usted si interrumpo.....

Me ha ofrecido usted bailar.....
Luisa. Sí; cuando empiecen los músicos....
Ahora permítame usted.....
Luciano. Bien. Soy obediente súbdito.....
Volveré..... (No hay remision.
Esta noche..... la seduzco.)

ESCENA IV.

LUISA. LA CONDESA.

Condesa. El bueno de don Luciano!
Luisa. Ya ves; ha dado en el flujo
de seguirme á sol y sombra.
Si no fuera tan obtuso
hubiera ya conocido
que de mí no saca fruto;
pero es el hombre más plomo.....
Condesa. Presume de ser muy ducho
en negocios, y no advierte
que es inexpugnable muro
tu virtud.
Luisa. Como la tuya,
querida Emilia.
Condesa. Sí; cumplo
lo que el honor y el deber
me ordenan; mas te aseguro
que todo el favor del cielo
necesito..... Ay! no me cupo
en suerte, Luisa de mi alma,
un marido como el tuyo,
dulce, fiel, tierno, indulgente.
Luisa. Cómo!
Condesa. Es tal y tan injusto
el desvío, el abandono
del Conde, que con estudio
parece que él mismo quiere
inspirarme horror al yugo
que nos une.
Luisa. Oh! no lo creas.
Tiene ese exterior adusto,
pero en el fondo de su alma.....
Condesa. En su alma reina el orgullo;
mas yo tambien tengo el mio,
y en mejor causa lo fundo;
y si por decoro propio
sus desdenes disimulo,
¡guárdese de que en agravios
degeneren y en insultos!
Luisa. No es posible..... (Ah! si supiera....)
Condesa. Por mi bien y por el suyo,
ruego á Dios que sean vanas
mis sospechas.

[*Dentro música.*]

Luisa. No lo dudo.—
Ni tú des crédito, Emilia,
á lisonjeros astutos
que bajo el mentido velo
de la amistad sus impuros
designios quizá disfrazan,
y para romper el nudo
que tanto envidian, si es fuerza
apelarán sin escrúpulo
hasta á la calumnia.....

ESCENA V.

LUISA. LA CONDESA. D. LUCIANO.

Luciano. Luisa.....
Luisa. Voy.....

[*En voz baja con la Condesa.*]

Prudencia!
Condesa. Yo te juro
que sin pruebas.....
Luisa. Áun con ellas
debemos á Dios y al mundo.....
Pero para otra ocasion
dejemos tan grave asunto.
Hablarémos..... Entre tanto,
que sea siempre tu escudo
la razon, y ten presente
que sujetas al influjo
del hombre, para nosotras
hizo la ley del embudo.

[*Vase dando el brazo á D. Luciano.*]

ESCENA VI.

LA CONDESA. EL CONDE.

Condesa. Oh! la virtud poco cuesta
á una mujer venturosa;
mas si ella.....
Conde. [*Llegando por el foro.*]
Querida esposa!
Condesa. Ah!.... Qué novedad es esta?
Conde. Te buscaba.....
Condesa. ¿Será tal
mi dicha, Conde, y mi prez,
que en un acceso tal vez
de delirio conyugal
tenga usted la dignacion
de bailar conmigo ahora?
Conde. Bailar! No vengo, señora,
con semejante intencion.
Condesa. Conozco mi error grosero.
¡Yo esperar tan alto bien
de.....
Conde. Yo puedo ser tan buen
marido como el primero
aunque á bailar me resista
con mi señora, qué idea!....
como un hidalgo de aldea
ó como un oficinista.
Condesa. Ni yo tal dicha ambiciono;

que no es justo asimilar
con un marido vulgar
á un marido de gran tono.
Prócer de elevada cuna
no á su mujer tanto honor
concede.

Conde. Y si es senador,
ni á su mujer ni á ninguna.

Condesa. Oh! la salud del estado.....

Conde. Si de este placer me privo,
que bailes no te prohibo
con quien sea de tu agrado.
Si áun te quejas.....

Condesa. No me quejo.

Conde. Si no es bastante completa
por ventura la discreta
libertad en que te dejo.....

Condesa. Libertad! Justo es que arguya
de tanta galantería
que si toleras la mia
es por dar rienda á la tuya.

Conde. Qué! coartármela quieres?

Condesa. No, no. Vive satisfecho.....

Conde. En los hombres es derecho
lo que gracia en las mujeres.

Condesa. Sí, sí, gracias..... por la gracia.
No abusaré de ella, no.

Conde. Perderias más que yo
si tanta fuese tu audacia.

Condesa. Conde!....

Conde. Al culto de Himeneo
sobra tiempo y ocasion
sin hacer en un salon
alarde de su trofeo.

Condesa. ¿Es criminal.....

Conde. No, hija mia;
vulgar..... Si ahora los dos
bailásemos, sabe Dios
cómo se interpretaria.
Como bailar no está en moda
la mujer con el marido,
y tu pareja no he sido
desde el dia de la boda,
sospecharia la gente
que á tan tierno padedú
nos prestábamos yo ó tú.....
por cubrir el expediente.

Condesa. Eh? ¿Qué misterio se encierra
en tus palabras?

Conde. Ninguno.
Un aviso.....

Condesa. Inoportuno.

Conde. Sin mala intencion se yerra.
Diviértete, rie, danza;
no turbaré tu solaz,
porque te juzgo incapaz
de burlar mi confianza.
No respondas con desprecios
á lisonjas inocentes;
sé amable....; mas pára mientes
en guardarte de los necios;
que, si oido se les presta,
ciegos por la presuncion
dan muestras de lo que son

[*Presentando la carta del Baron.*]

con embajadas como esta.

Condesa. (Ah!)

Conde. Para darte el billete
no hubiera el Baron creido
que fuese el propio marido
correo de gabinete.

Condesa. Me harás la justicia.....

Conde. Oh! sí.

Condesa. De no exigir que mi labio
se justifique.....

Conde. El agravio
recayera sobre mí.

[*Dando el billete á la Condesa.*]

Mas justo es que la misiva
vaya á su destino.....

Condesa. No.
Responsable no soy yo
de que un títere me escriba.

Conde. Yo no digo que haya pacto.....

Condesa. Recibiria, no obstante,
ese billete galante
para devolverle intacto;
pero ya no, porque advierto
que está roto por la oblea,
y no me está bien que crea
que mis manos lo han abierto.

Conde. Por curiosidad lo abrí;
no por celos.....

Condesa. Ya se entiende.
Vuecelencia no desciende
á tener celos de mí.

Conde. Dejemos, señora, á un lado
dimes y diretes.

Condesa. Conde!....

Conde. Toma el billete, y responde
al galan almibarado.

Condesa. No haré yo tal desvarío.
Si contestar es forzoso,
hágalo mi ilustre esposo
en su nombre ó en el mio.

Conde. Á mí ¿qué me importa.....

Condesa. En suma,
¿no es mi secretario ucencia?
No abrió mi correspondencia?
Lléveme tambien la pluma.

Conde. Emilia!.... Yo.....

Condesa. Y no se ofenda
vuecelencia si le advierto
que va siendo ya por cierto
ridícula esta contienda.
¿Qué dirá Madrid.....

Conde. Señora!....

Condesa. Cuando se llegue á saber
que da ucencia á su mujer
audiencias de media hora?
Yo tambien mostrarme debo
grave, enfática, severa,
aristócrata...., siquiera
por el título que llevo.

Si vale, pues, mi opinion,
guarde cada cual su puesto,
y terminemos con esto
tan enfadosa cuestion,
porque sabe Dios adónde
nos llevara.....

Conde. Oh! sí, es deber
de ambos.....

[*Cesa la música.*]

Condesa. Pero ha de tener
entendido el señor Conde,
que porque en vano ceñudo
humillar quiera mi frente,
no añadirá ciertamente
ningun cuartel á su escudo;
que sin la alta cualidad
que Su Excelencia heredó
me basto á mí propia yo
para tener dignidad,
y para ser muy señora
no esperé, mal que le pese,
á que su mano me hiciese
condesa ni senadora.

Conde. No te hablo yo con despego
ni.....

Condesa. Bien, sí; tienes razon.—
Yo hago falta en el salon
y tú en la pieza de juego.

Conde. Tu imaginacion se exalta.
No pretendo.....

Condesa. Basta ya;
mas lo dicho, dicho está.

[*Á un caballero que se dirige desde la puerta lateral de la derecha hácia el foro.*]

Déme usté el brazo, Peralta.

ESCENA VII.

EL CONDE.

Miren si tiene entereza!
Confieso, aunque es de familia
mercantil, que puede Emilia
alternar con la nobleza.—
Y esta noche está galana!—
No merece ella por cierto.....
Pero ¡si me tiene muerto
mi donosa americana!
Hay tal gracia, hay tal encanto
en mi divina criolla,
que haria perder la cholla,
no digo á mí, sino á un santo.
¡Y qué talento, qué porte,
qué travesura, qué brio!....
¡Cómo vence en señorío
á las damas de la corte!
Es la hermosura de moda,
y más de un adorador
de alto coturno, en su honor
alzaria una pagoda.
¿Qué mucho si me arrebato
de gozo y pierdo el sentido
cuando soy el preferido
entre todo el procerato?
Mañana, tristes rivales.....
Mas tiempo hay de hacer el loco.
Cumplamos ahora un poco
con los deberes sociales.

[*Vase por la puerta de la derecha, y al mismo tiempo llegan por el foro Luisa y D. Luciano.*]

ESCENA VIII.

LUISA. D. LUCIANO.

Luisa. [*Soltando el brazo de D. Luciano y sentándose en un sofá. D. Luciano se sienta á su lado.*]

Sentémonos.

Luciano. En buen hora.

Luisa. Aquí estaremos mejor.

Luciano. Oh dicha!...

Luisa. Aunque harto he mostrado,
y, sin ir más lejos, hoy,
que no me encuentro dispuesta
á que usted me haga el amor.....

Luciano. Ah señora! Ese preámbulo.....

Luisa. Al fin, que quieras, que no,
me ha favorecido usted
con una declaracion.—
De otro ménos estimable
castigara mi rigor
con la risa del desprecio
la atrevida presuncion;
mas con usted, que es mi amigo.....

Luciano. Gracias por tanto favor.

Luisa. Aunque no me lo agradezca,
quiero entrar en discusion.
¿Qué aliento le han dado á usted
ni mis ojos ni mi voz
para juzgarme capaz
de deshonrar al que Dios
me destinó por marido?

Luciano. ¿Qué quiere usted!... Uno.... Yo.....
Como es usted tan amable.....

Luisa. Suponiendo que lo soy,
porque una hable con dulzura
á todos sin distincion,
y á ciertas galanterías
dando su justo valor,
no muerda al que se las dice
como una loba feroz,
¿se ha de entender que renuncia
á su fama, á su pudor?

Luciano. No tal; pero ¿quién es dueño
de dominar su pasion.....
Usted bella, viva, alegre,

donosa; yo emprendedor.....
Las costumbres;.... el ejemplo
de otras;.... el clima español.....
Y si á todo esto se agrega
el estar ausente don.....

Luisa. ¡Nunca está el marido ausente
para una mujer de honor!

Luciano. Confieso.....

Luisa. Y yo adoro al mio,
porque esta es mi obligacion;
y con ella está de acuerdo
mi gusto.....

Luciano. Eso es lo peor!—
Es decir.....

Luisa. Y porque estriba
la ventura de los dos
en honrar y bendecir
el lazo que nos unió.

Luciano. Si ha tenido usted la dicha,
cuando tan escasos son
los matrimonios felices,
de hallar, por milagro, ó por.....

Luisa. Eh?

Luciano. Quiero decir..... En fin,
tiene usted mucha razon.

Luisa. Lo celebro. Así proceden
los hombres sensatos.

Luciano. Oh!
Mi sensacion.....

Luisa. (Sensatez
querrá decir.) Yo me doy
el parabien de que así
se termine la cuestion,
porque conservo un amigo.....

Luciano. Oh! Sí, señora, el mayor.....

Luisa. Y, hablemos claro, ni usted,
hombre de lastre y de pro,
con tan humilde conquista
cobrara mucho esplendor;
ni los hombres de negocios
conviene que al ciego Dios
se esclavicen, porque es ya
mucho negocio el amor.

Luciano. Con todo, en mi presupuesto
bien cabría ese renglon.
¿Qué hago yo de un capital
que crece como el arroz?
¡Talega sobre talega
y millon sobre millon!....
Yo necesito una válvula
que desestanque veloz
la plétora de dinero
con que atosigado estoy.

Luisa. ¡Cosa rara..... Gaste usted.....

Luciano. Ya vivo como un milord.
Escandaliza á Madrid
mi lujo deslumbrador,
asiático..... ¡Y nunca hay déficit
en mi caja! Es maldicion!
Me sale á pedir de boca
todo lo que emprendo..... Ay! no,
que con usted he quebrado.....

Luisa. Volvemos á la cancion?

Luciano. No, no. Esto es contar mis cuitas...

Luisa. Sea usted el bienhechor
de los pobres.

Luciano. Sí, señora;
ya doy un napoleon
mensual á San Bernardino.

Luisa. Oiga!

Luciano. Y á la Inclusa, dos.

Luisa. Friolera!

Luciano. Pero nada;
ni por esas!

Luisa. Pues, señor,
como no se case usted.....
Mas tiene tal aversion
al matrimonio.....

Luciano. Invencible.

Luisa. (Qué idea! Si logro yo
que la adopte, salvo á Emilia
y humillo la presuncion
del Conde.)

Luciano. En qué piensa usted?

Luisa. En que si es cierto el rumor
que circula por Madrid
y usted tiene comezon
de ser dadivoso, espléndido.....

Luciano. Oh! como un emperador.

Luisa. Yo sé de una escuela donde
puede usted tomar leccion.....

Luciano. Cuál?

Luisa. ¿No ha oido usted hablar
de Lucinda, de esa flor
de Occidente.....

Luciano. Oh, la limeña!....
Linda! hechicera!—¡Perdon.....

Luisa. Eh! Yo no soy envidiosa.

Luciano. Anteayer me presentó
en su tertulia mi amigo
el marqués de Tamajon.
Su casa es el *rendez vous*
de los hombres *comme il faut.*—
Á propósito, me han dicho
que el que priva, acá *inter nos*,
es el Conde.....

Luisa. [*Bajando la voz.*] Chito! Es cierto;
mas si algun competidor
más rico y más generoso
se la disputase.....

Luciano. Yo,
por ejemplo..... Pero ¿quién
se la disputa á un varon
tan ilustre, que desciende
quizá del rey que rabió?
Y ella es tambien aristócrata!

Luisa. Calle!....

Luciano. Su progenitor
fué, segun cuenta, Atahualpa.

Luisa. Sí? Pues se remonta al sol
su orígen.—Los tabardillos
son de la misma extraccion.—
Farsas!.... Mas ¿qué aristocracia
es hoy dia superior
á la del dinero?

Luciano. Cierto.—

Y el Conde es un pobreton
si se compara conmigo.

Luisa. Con todo, si no hay postor
que puje.....

Luciano. Es claro.....

Luisa. Esta tarde
me ha enseñado don Eloy,
mi diamantista.....

Luciano. Y el mio.

Luisa. Una alhaja de primor
que ha mandado hacer el Conde
para mañana, que son
los dias de la criolla.

Luciano. Vajilla? ¿aderezo.....

Luisa. No.
Es un bonito alfiler
con perlas al rededor,
y de brillantes la cifra
del Conde.

Luciano. ¿Y valdrá.....

Luisa. Doblon
más ó ménos, diez mil reales.

Luciano. Miseria! Eso, yo lo doy
á.....

Luisa. Puede usted ver la alhaja.
Vela el artífice.....

Luciano. Oh!
Eso y mucho más merece
la inicial de un gran señor.

Luisa. Para ella, no en la cifra,
en la joya está el blason.

Luciano. Pues ya!

Luisa. Y don Eloy las tiene.....

Luciano. Preciosas!—Estaba por....,
eh? por hacer una hombrada.
Son las once en mi reloj.
Si ganase por la mano
al Conde.....

Luisa. Es fácil..... ¿No es hoy
ántes que mañana?

Luciano. Sí.
Abajo está mi landó.
Vuelo..... Pues ¡poca importancia..,
eh?—poca reputacion
me dará á mí esa conquista!

Luisa. Sin duda.....

Luciano. Sí, sí; voy, voy.....
Áun volveré á dar á usted
cuenta de mi comision.
¡Oh qué triunfo para el cuerpo
de negociantes! ¡Qué atroz
desaire para esos godos
que nos venden proteccion
y menosprecian altivos
las *finanzas* y el *buró!*

Luisa. Y usted no será tan lerdo
que no exija.....

Luciano. En eso estoy.
Ó yo he de mandar en jefe,
ó no hay mus.—Adios, adios.

[*Vase corriendo por la puerta del foro.*]

ESCENA IX.

LUISA.

He aquí una intriga..; una especie
de seduccion..... Lo conozco;
pero mi intencion es buena.
No es menor de edad, ni esposo,
ni padre; el oro le abruma;
y pues de cualquiera modo
lo ha de derrochar, veamos
si ese galante episodio
tiene al ménos la virtud
de salvar un matrimonio.
Emilia está exasperada;
don Federico no es bobo,
y pudiera envenenando
la herida de su amor propio.....

ESCENA X.

LUISA. LA CONDESA. CARLOTA.
EL GENERAL.

Condesa. Luisa, ya está aquí tu hermosa
huéspeda.

Luisa. Oh querida!

[*Se besan.*]

¿Cómo,
señor General, tan tarde?

General. No ha podido ser más pronto.
Me ha detenido el ministro
hablándome de negocios.....

Condesa. Ahora el negocio es bailar.
Á un lado serios coloquios,
y á la sala.—Venga usted,
Carlotita.

General. Vamos.....

Condesa. ¿Qué oigo!
Va usted tambien á bailar?

General. Yo? Un veterano..... y gotoso!

Condesa. Oh! pues donde hay tanta gente
se expondria usted.....

General. Con todo,
no ha de faltar un rincon
donde.....

Condesa. No: allí caben sólo
los precisos operarios.

General. (Voto á briós!..) Señora...

Condesa. En otros
aposentos tendrá usted
juego, si gusta, periódicos,
conversacion, chimenea.....
Porque Carlota supongo
que bailará.

General. [*Con poca voluntad.*]

Sí.....

Condesa. Es muy justo
que luzca su talle airoso.

General. Y para eso ¿es menester
condenarme á mí al divorcio?
Condesa. No; mas pertenece ahora
á mi sociedad. Por cortos
momentos renuncie usted
al conyugal monopolio.
General. Señora.....
Luisa. La acompañamos
la Condesa y yo. ¿No somos
de fiar?
General. Sin duda; pero.....

[*Llega por el foro D. Federico.*]

ESCENA XI.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA. EL GENERAL. D. FEDERICO.

Condesa. Viene usted muy á propósito,
don Federico.
Federico. [*Saludando.*] Señoras.....
Condesa. El General no está cómodo
aquí. Condúzcale usted
allá dentro...
General. (Hum!..)
Federico. [*Ofreciéndole el brazo, que toma de mal talante el General.*]
Yo me honro...
General. Obedezco la consigna.
(Yo voy á estar en un potro,
mas será por poco tiempo:
lo juro á Santiago apóstol.)

ESCENA XII.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA.

Condesa. Oh qué hombre! Ni respirar
la deja á usted. Tan celoso,
tan..... Pasará usted con él
las penas del Purgatorio.
Carlota. No. Santo lazo nos une,
y á su genio me conformo.
Luisa. Es justo. (Pobre muchacha!)
Condesa. Pero hace agravio notorio
á su mujer el que así
la vigila sin asomo
de razon.....
Carlota. De su flaqueza
me aflijo; no me sonrojo;
que si falta á mi ventura
la confianza de un esposo,
de mi conciencia, señora,
me conforta el testimonio,
y como nacen de amor
sus çelos,.... se los perdono.
Luisa. [*Acariciándola.*]
Bien, amiga mia, bien!
Condesa. De tanta virtud me asombro
y de tanta discrecion.
Ay! Otros dan en el polo
opuesto, y la desdichada
mujer entre dos escollos.....

[*Siguen hablando aparte.*]

ESCENA XIII.

LA CONDESA. LUISA. CARLOTA. EL BARON.

Baron. (Quien diga que son manjar
ligero, insípido y flojo
las calabazas, se engaña.
Pesando están en mi estómago
las que me dió la Condesa
como si fueran de plomo.
Si otra no me desagravia,
y presto, será un oprobio
para mí..... Pero ¿qué veo!
Allí está el lindo pimpollo
que vi esta mañana en casa
de Luisa. Qué cuerpo! qué ojos!....
Oh! la invitaré á bailar.....
Á su lado está ese monstruo
de crueldad..... Mejor! Así
verá que yo no me postro
fácilmente.)

[*Á Carlota acercándose.*]

Señorita,
si fuese tan venturoso
que bailase usted conmigo.....
Carlota. No hay inconveniente.
Baron. (Oh gozo!)
Gracias.

[*Música dentro.*]

Ya llegó el momento.....
Carlota. [*Tomando el brazo del Baron.*]
Bien.—Ah! el ramo...

[*Uno de flores naturales que llevaba en la mano.*]

Aquí lo pongo.

[*Lo deja sobre un velador.*]

Luisa. [*Á la Condesa.*]
Vienes tú?
Condesa. Voy á bailar.....

[*Vuelve D. Federico.*]

Luisa. Ah! bien.

[*Al Baron.*]

Déme usted su apoyo.

[*Toma el otro brazo del Baron y los tres desaparecen por la izquierda del foro.*]

ESCENA XIV.

LA CONDESA. D. FEDERICO.

[*Hablan muy rápidamente.*]

Federico. Bailamos?
Condesa. Sí.
Federico. Tengo ya
la prueba que ofrecí.
Condesa. Cómo!...
Federico. Su rival de usted.....
Condesa. Quién es?
Federico. Lucinda; la.....
Condesa. Sí. Oh bochorno!
Federico. La va á regalar mañana.....
Condesa. Cielo!....
Federico. Un alfiler...., él propio
me lo ha dicho,—con su cifra.
Lo verá usted por sus ojos
mañana.
Condesa. Dónde?
Federico. En la ópera.
Condesa. No me toca el turno.
Federico. En otro
palco. Cuente usted con él.
Condesa. Sí, sí.
Federico. Allí como en su trono,
creyéndola á usted ausente,
estará muy oficioso
el Conde.....
Condesa. Basta.
Federico. Qué infamia!
Condesa. Oh!
Federico. Qué falta de decoro!
Condesa. Sí.—Bailemos.—Nadie entienda
que inflama mi sangre tósigo
mortal.
Federico. Emilia!
Condesa. Qué digo?
No con amargos sollozos,
sino con júbilo inmenso
debo acoger tan dichoso
desengaño, pues mi dulce
libertad por él recobro.

[*Con risa convulsiva.*]

Ja, ja..... Bailemos!
Federico. Oh Emilia!
Dueño de tanto tesoro
él no lo sabe estimar;
¡y mira usted con enojo
mi fe.....
Condesa. No.
Federico. ¿Qué oigo! ¿Podré
amar.....
Condesa. Yo no se lo estorbo
á usted.
Federico. Ah!....
Condesa. Basta! No estamos
entre ciegos ni entre sordos.
Federico. Yo.....
Condesa. La música se pierde.
Vamos, ó bailo con otro?
Federico. Oh! no.
Condesa. (Oh sociedad tirana!
Llevo en mil pedazos roto
el corazon.....)
Federico. (Será mia.)
Condesa. (Y risa miente mi rostro!)

[*Al retirarse la Condesa y D. Federico por el foro, llega por la puerta de la derecha D. Eusebio.*]

ESCENA XV.

D. EUSEBIO.

¡Gracias, inmenso Poder,
que un breve instante me zafo
de la perdurable Safo
que me diste por mujer!
Como ya en el baile es cero,
aunque dama de alta prez,
jugando está al ajedrez
con un literato huero.
Yo en tanto sigo la pista
de mi amada. Entrar la vi;
luégo se detuvo aquí.....
No la he perdido de vista.
Fué á bailar, no sé con quién,
y ántes sobre aquel bufete
dejó un lindo ramillete.....
Este es: no hay otro. Oh mi bien!

[*Se acerca, lo toma, lo besa con precaucion, y lo vuelve á dejar donde estaba.*]

Qué hermosa está! Oh maravilla!...
Para mi mayor tormento,
dos veces y tres y ciento
más hermosa que en Sevilla.
¡Oh Cielo, que mi alma ves
presa de eterno martirio,
tú sabes con qué delirio
me arrojaria á sus piés!—
Perdí por loco de atar
mi terreno Paraíso.....
Pero alguna vez, preciso,
nos habremos de encontrar.—
Ay cuitado! ¿Y para qué,
si de otro es ya dulce prenda?—
Mas temo que se sorprenda
si de improviso me ve.
¿Cómo haria..... Ah! La memoria
que guardo de su ternura,
y hoy me cubre de amargura,
si ántes de gozo y de gloria.....
Esta pulsera, que ufano

[*La saca del pecho.*]

recibí de mi ángel bello
porque del propio cabello

la tejió su linda mano;
único bien que me resta
de tanta ilusion perdida
desde la amarga partida
á los dos quizá funesta,
la servirá de reclamo.....
Supondrá que estoy aquí
luégo que la vea..... Sí.
La pongo en el mismo ramo.

[Lo hace.]

Perfectamente se ajusta.

[Mostrando la puerta de la derecha.]

Bien. Desde allí observaré
despues el efecto.....

[Dejando el ramo sobre el velador y volviendo de pronto la cabeza.]

Eh?
Nadie. Mi sombra me asusta!

[Cesa la música.]

Cesó el baile.—Aquí otra vez
vendrá... Y la otra? Ay! si lo sabe...
Volvamos ántes que acabe
la partida de ajedrez.

[Vase por la puerta de la derecha y al mismo tiempo aparecen por el foro Carlota y el Baron, de bracero.]

ESCENA XVI.

CARLOTA. EL BARON.

Baron. Qué bien baila usted! Oh!... ¡Y ágil...
Pesa ménos una guinda.
Carlota. No tal.
Baron. Y elegante! y linda!
Carlota. Gracias.
Baron. (Me flechó! Soy frágil.)

[Soltando el brazo del Baron y acercándose al velador.]

Carlota. Mi ramillete.....
Baron. (Hechicera!)

[Lo toma y se lo da.]

Tome usted; mas su fragancia
es en usted redundancia.
Flores á la primavera?
Carlota. Estimo.....

[Viendo la pulsera.]

Ah!
Baron. Qué es eso?
Carlota. Nada.
(La pulsera..... Él!.... Está aquí!)
Baron. (Suspiró..... Será por mí?)
Carlota. (Dios mio!)
Baron. (Está atribulada.)
Hermosa!
Carlota. *[Sin oir al Baron y contemplando el ramo.]*
(Oh grato recuerdo!...)
Baron. (Calla, en el ramo se embebe
y ni á mirarme se atreve.....
Me ama! Sí, sí! El juicio pierdo.)
Un mismo dardo á los dos.....
Carlota. *[Volviendo de su arrobamiento.]*
Ah! (Este importuno..... Quisiera
guardarla sin que él lo viera....)
Permítame usted.....

[Da un paso en direccion del foro y al mismo tiempo lo atraviesan de derecha á izquierda Micaela y D. Eusebio.]

Ay Dios!

[Retrocede, vacila algunos instantes, y se desmaya, sosteniéndola en sus brazos el Baron. El ramo cae al suelo.]

Baron. Señorita!
Carlota. Ay!.... Yo..... fallezco.
Baron. Se ha desmayado..... No hay más!
Y de amor! Cielo!, me das
más de lo que yo merezco.
En un buen cuartito de hora
¡tiene el vals tanto poder.....
¡Aquí quisiera yo ver
á la altiva senadora!....
No vuelve de su desmayo.
Llamaré.....

ESCENA XVII.

CARLOTA. EL BARON. EL GENERAL.

General. (Basta de juego.
Buscaré á Carlota, y luégo.....
Pero ¿qué veo! Mal rayo.....
En brazos de un hombre está!)

[Acercándose apresurado.]

Apártese el mequetrefe!
Baron. Mire usted, y no me befe.
Se privó.....
General. (Lo fingirá?)

[Relevando al Baron.]

Venga! Mio es este censo.—
La apoyaré en esta silla.

[La sienta en una y la sostiene.]

Toque usted.....

[Con voz de trueno al Baron, que aturdido se acercaba á Carlota.]

La campanilla!

Baron. Ah! sí.
General. Á ella, ni por pienso!

[*El Baron tira del cordon de la campanilla.*]

ESCENA XVIII.

CARLOTA. EL GENERAL. EL BARON. LUISA. LA CONDESA. D. FEDERICO.

Condesa. Quién da voces? General!
Luisa. Carlota!
Federico. Baron!
Condesa. Qué es esto?
Luisa. Accidentada!

[*Luisa y la Condesa acuden á socorrer á Carlota: aquella la abanica; esta le da á oler su pañuelo.*]

Baron. [*Á una camarera, que acude por la puerta de la izquierda.*]
Agua presto!

[*Vase corriendo la camarera y pocos momentos despues vuelve con agua.*]

Condesa. Y cuál fué la causa?
General. Cuál?
Que hable ese caballerito;
ese raptor depravado.....

Baron. [*En su voz natural.*]
Perdone usted: no he pensado.....

General. [*Con voz estentórea.*]
Á mí no se me alza el grito!

[*Acuden algunos de los convidados de ambos sexos.*]

Luisa. ¡Por Dios.....
Baron. Quien grita es usted:
yo.....
Condesa. Parece que respira.
Luisa. Carlota!
Carlota. Ah!....
General. Bramo de ira.
Luisa. El agua!

[*Toma uno de los vasos que la camarera ha traido en una bandeja.*]

Carlota. [*Incorporándose.*]
No tengo sed.
Luisa. No importa.

[*Bebe Carlota.*]

Federico. [*Aparte con el Baron.*]
¡Qué novelesco
lance.....
Baron. Hablarémos..... Me adora!

Luisa. [*Á Carlota, ayudándola á levantarse, dándole el brazo y dirigiéndose con ella á la puerta de la izquierda.*]
Alza.—Ven conmigo ahora
á aspirar aire más fresco.
Carlota. (Ah!) Sí.
General. ¿Adónde.....
Luisa. [*Con gravedad.*] Va conmigo.
General. Bien.

[*Al retirarse Luisa y Carlota por la puerta de la izquierda llega por la de la derecha el Conde.*]

ESCENA XIX.

LA CONDESA. EL GENERAL. EL BARON. D. FEDERICO. EL CONDE. MICAELA. D. EUSEBIO. DAMAS. CABALLEROS.

Conde. [*Á D. Federico que le sale al encuentro.*]
Qué ha habido aquí?
Federico. No sé.

[*Hablan aparte.*]

General. En tanto, yo ajustaré
mis cuentas con este amigo.
Baron. Yo.....

Condesa. [*Al General.*]
Cálmese usted, le ruego.

[*Á los curiosos.*]

Señores, no ha sido nada.....

Micaela. [*Llegando con D. Eusebio por la puerta del foro.*]
Dónde está la desmayada?

Condesa. [*Á D. Federico en voz baja.*]
Que toquen *redova;* luégo!

[*Vase corriendo D. Federico por el foro. Una de las damas indiferentes figura informar de lo ocurrido á Micaela.*]

¿Qué tiene de singular
un desmayo..... Ruego á ustedes....

[*Los curiosos se van retirando por el foro.*]

General. [*Paseándose encolerizado.*]
(Yo le diré al Ganimédes.....)

[*Suena la música.*]

Condesa. Ea, á bailar, á bailar!

[*Desaparecen del todo los curiosos y vuelve á la escena D. Federico.*]

ESCENA XX.

LA CONDESA. MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. EL BARON. D. EUSEBIO. D. FEDERICO.

General. [*Al Baron.*]
Vamos, pues, á nuestro asunto.
Sepamos.....
Condesa. No es para ahora
ni aquí el tratar...
General. Sí, señora.
El llanto sobre el difunto.
Baron. Veníamos ella y yo
de valsar.....
General. Valsar!.... Bien, sí.
Y por qué venir aquí?
y por qué se desmayó?
Baron. Dejó aquí un ramo de flores.....
Condesa. Cierto.
Baron. Y á buscarlo vino.—
Por lo que hace al repentino
desmayo.....
General. (Me dan sudores.)
Baron. Nuevo Atlante de otro Cielo,
en mis brazos la cogí.....
General. ¡Voto á briós.....
Baron. Si no es por mí,
da de bruces en el suelo.
Lo que otro cualquiera haria
yo, filántropo, con fe
más viva.....
General. Yo le daré
á usted la filantropía.
Condesa. Señor General!....
Baron. Protesto.....
General. Aquí está el ramo maldito.

[*Le coge del suelo.*]

Conde. (Parece que el Baroncito
ha mudado de bisiesto.)
General. ¿Qué veo!.... Aquí un brazalete!....
Eusebio. (Cielos!)
General. Ya está usted convicto.
Baron. Cómo!....
General. *Fragrante delicto!*
Federico. (Oiga!)
Baron. Yo..... si..... El ramillete.....

Micaela. [*Aparte á su marido.*]
Calle!....
Condesa. (Esto pica en historia.)
Baron. Quizá esa prenda de amor
me iba á dar cuando.....
General. Oh furor!
Condesa. Señor General!
Baron. (Oh gloria!)

[*Medita en silencio.*]

Conde. [*Al General.*]
La apariencia nos engaña
muchas veces.
Eusebio. (¡Quién creyera.....)
Condesa. (¿Será cierto.....)

Micaela. [*Aparte á D. Eusebio.*]
¡Una pulsera
en el ramo!.... Cosa extraña!

General. [*Al Conde.*]
Calla..... Cavila.....
Conde. No obstante.....
General. La conciencia le remuerde.
Baron. (Es tan linda!.... ¿Qué se pierde.....
La Condesa está delante.....)
General. Habla usted? Oh! ya se apura
mi paciencia.....
Baron. El accidente
fué casual. Está inocente
esa amable criatura.
Lo primero es su decoro.
General. Eh!....
Conde. ¿Quién duda.....
Condesa. Se supone...
General. Eso no quita ni pone.....

Baron. [*Con entusiasmo.*]
Mi General...., yo la adoro!
General. ¡Ira de Dios..... ¡Y se atreve
á decírmelo en mi cara!

[*El Conde y D. Federico contienen al General.*]

Baron. Por qué no?
Condesa. [*Al Baron.*] Usted no repara.....

[*Cierra la puerta del foro.*]

General. Beberé su sangre aleve.
Conde. Está loco.
Federico. Algun error.....
General. Oh! la bílis me rebosa.
Baron. Quizá no sea la hermosa
indiferente á mi amor.
General. ¡Por vida.....
Baron. Quizás á mí
la inclina su simpatía....;
pero ello es que todavía
no me ha dado el dulce sí.
Condesa. Mire usted.....
Baron. No miro nada.
Mi deber de caballero
sabré cumplir.
General. Eso quiero.
Federico. (Va á hacer alguna trastada.)
Baron. Por dicha.....
Conde. (Yo no concibo.....)
Baron. Tan sagrada obligacion
es grata á este corazon
tierno y comunicativo.—
Soy título de Castilla.....
General. Eh!....
Baron. Soy baron del Manzano;
y pues á todo me allano
y en mi nombre no hay mancilla,

vuelva á ese pecho la calma.....
General. Eh?
Baron. Y acabe esta contienda.....
General. Hum!
Baron. Dándome usted la prenda
que me ha cautivado el alma.

General. [*Fuera de sí y conteniéndole apénas el Conde y D. Federico. Cesa la música.*]

Insolente!
Micaela. ¡Peticion
singular!
Baron. Pero ¿es delito.....

General. [*Á D. Federico pugnando por desasirse.*]

Déjeme usted! Necesito
tirarle por un balcon.
Baron. Puedo hacer más, Dios eterno?

[*De rodillas.*]

Déme usted la blanca mano
de su hija, padre tirano.
Tan malo soy para yerno?

[*Los circunstantes nopueden reprimir la risa.*]

Micaela. ¿Padre!....
Conde. Alce usted, temerario!

[*Al General.*]

Su error se ha mostrado ya.
Baron. Es que si no me la da,
la saco por el vicario.
Condesa. Eh! basta.

[*Al General.*]

Es un aturdido.

[*Al Baron.*]

No es su padre.
Baron. Ah! ¿No es usté
padre.....
General. ¿Qué padre ni qué
demonio? Soy su marido!

Baron. [*Cortado.*]

Perdon!.... Con mucha salud
lo sea usted..... Me engañó
la..... (Soy fatal!) ¿Qué sé yo.....
La inverosimilitud.

[*Nuevo movimiento amenazador del General contenido por el Conde.*]

No es decir que usted no sea
digno..... (estoy estupefacto)
del nudo..... En fin, me retracto
delante de esta asamblea.
Yo ignoraba..... Un *quid pro quo*....
Hay ilusiones que engríen.....
Lo ve usted? Todos se rien.....
Ria usted tambien...., y yo!

[*Hace por reirse.*]

Abur. Aquí no se valsa.....

[*Al General.*]

Conque nada de anatema,
eh?—Soy de ustedes.

[*Mirando de reojo á la Condesa al marcharse por el foro.*]

(Me quema
con esa risita falsa.)

ESCENA XXI.

LA CONDESA. MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. D. EUSEBIO. D. FEDERICO.

General. Oiga usted!....
Conde. No más querella,
pues no obró de mala fe.
Condesa. (Gracias á Dios que se fué!
Ahora acudamos á ella.)

ESCENA XXII.

MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. D. EUSEBIO. D. FEDERICO.

Conde. Es dar sobrada importancia
á esos muñecos de feria
el tomar por cosa séria
su risible petulancia.
General. Siempre es serio para mí,
que tengo el alma en su puesto,
lo que afecta á mi honra; y esto
no se ha de quedar así.
Micaela. Á una jóven verecunda
creyó ofrecer alma y vida,
núbil sí, pero no uncida
á la marital coyunda.
Así pues.....
General. Vaya al infierno!
Mataria yo á una hija
ántes que tal sabandija
consiguiera ser mi yerno.

Micaela. [*En voz baja á D. Eusebio, miéntras hablan aparte con el General el Conde y D. Federico.*]

Mira lo que es un enlace
desigual. Pobre señor!
siempre en continuo terror.....
General. Pero mi mujer ¿qué hace?
Conde. Adentro..... (¡Ahora me alborota
la casa otra vez!)
General. Entremos.....
Conde. Bien; pero ¡nada de extremos!
Calma.....

ESCENA XXIII.

MICAELA. EL GENERAL. EL CONDE. DON FEDERICO. D. EUSEBIO. LA CONDESA.

Conde. Dónde está Carlota?
Condesa. No hay cuidado.
General. (Horrible noche!)
Conde. (Sobre él va ahora el nublado.)
Condesa. Se repuso, y se ha marchado.
General. Con quién?
Condesa. Con Luisa en su coche.
Eusebio. (Ah!)
General. Qué desórden es este?
Pero, ya se ve, en la corte
estamos, y aquí el consorte
es un cero, un..... Mala peste!....
Condesa. Como estaba usted furioso.....
Conde. Por precaucion.....
General. ¡Voto á san.....
¿Piensan ustedes que están
tratando con algun oso?
En mis afectos vehemente,
ocultarlos tengo á mengua
y nunca dice mi lengua
lo que el corazon desmiente;
mas no es tal mi vandalismo
que ignore, aunque jure y riña,
lo que se debe á una niña,
lo que me debo á mí mismo.
No dudo de su honradez;
mas si otra fuese mi estrella,
no me vengaria de ella
como un villano soez;
que nunca mi frenesí
será tanto—lo sé bien—
que hiera alevoso á quien
no me pueda herir á mí,
y es ley de honor temeraria
lavar con mano homicida
la afrenta no merecida
con la ruindad voluntaria.
Conde. Esa máxima es la mia,
y sin pecar de celoso.....
General. Yo sí.
Condesa. (Qué alma! Á ser mi esposo
creo que le adoraria.)
General. No concibo amor sin celos,
como no sea el amor
que tendrán al Criador
los ángeles de los Cielos;
y con inmensa ternura
á mi mujer quiero yo;
que para algo nos echó
las bendiciones el cura;
ni yo soy, ni puedo ser,
ni hay fuerzas que á ello me venzan,
de aquellos que se avergüenzan
de adorar á su mujer.
Condesa. (Oh Dios mio!)
Eusebio. (Oh justo cielo!)
General. Libre ella, libre yo fuí
cuando nos dimos el sí
y nos cubrió el santo velo;
y no adquirimos la gracia
de ser el uno del otro
para gemir en el potro
de la yerta diplomacia;
y es natural y evidente
que la mujer que elegí
la quiera yo para mí;
para mí exclusivamente.
No es mucho con tal belleza
que me la codicie alguno;—
ni que al galan importuno
le rompa yo la cabeza.—
Nada de esto es de buen tono;
mas yo no supe jamás
remedar á los demas;
que soy hombre; no soy mono.
Muchos se reirán de mí;
pero huyendo de Castilla
diré á la torpe cuadrilla
que suele afrentarla así:
si cede á embates tan recios
el hombre sencillo y probo;
si han de dominar el globo
tunos, coquetas y necios,
prefiero la soledad
del valle, el monte y la selva.
Adios! No espereis que vuelva.
Dios salve á la sociedad!

[*Se retira apresurado: la Condesa y el Conde hacen un movimiento para detenerle, pero en vano; cada interlocutor muestra en su rostro y ademanes, segun su carácter respectivo, la viva impresion que le han causado los últimos versos; toca dentro la música y cae el telon.*]

ACTO TERCERO.

Jardin con arbolado en casa de Luisa. Á la derecha la fachada interior de la casa, con dos pisos, persianas en ambos y la puerta que da al jardin: al mismo lado una mesa rústica y á su inmediacion asientos de la misma clase: adornos de jardin á la izquierda ad líbitum: *arboleda en el foro, que se extiende de una línea de bastidores á la otra y en el último término una verja abierta.*

ESCENA I.

LUISA. LA CONDESA.

[*Aparecen besándose. La Condesa acaba de entrar.*]

Condesa. No dirás que no te quiero
cuando vengo de trapillo
á tu casa.
Luisa. Aunque en el alma
tu puntualidad estimo,
por tu interes te he llamado,
Emilia; no por el mio.
Condesa. Convidados nos tenías
á almorzar á mi marido
y á mí para hoy.....
Luisa. Es cierto,
y al señor don Federico,
y á Micaela y su esposo
y al bolsista consabido.
Tengo huéspedes en casa.
Con tan plausible motivo.....
Condesa. Ya comprendo; pero si ántes
de una hora era preciso
el vernos, ¿por qué me llamas
con urgencia..... Ah! ya adivino....
La escena de anoche..... Dime:
qué es de Carlota? ¿qué ha dicho
el General? se han hablado?
¿se disolverán los vínculos.....
Luisa. No lo sé. No han vuelto á verse.
Con lágrimas y suspiros
que está inocente me jura
Carlota; mas del sombrío
silencio del General,
de su genio tan arisco,
tan suspicaz, tan indócil
nada bueno pronostico.
Condesa. Silvestre es el veterano
y áspero como un erizo,
mas ¡qué corazon tan noble!
Si tú le hubieras oido
anoche.....
Luisa. En fin, ya veremos.
Trabajaré con ahinco
por restituir la paz
y la dicha que ha perdido
á ese infeliz matrimonio;
y áun á otro..... Hoy me dedico
á obras de beneficencia
conyugal, aunque no aspiro
á la gloria de filántropa,
como el Baron.....
Condesa. ¡Qué ridículo
personaje!
Luisa. Mas por ti,
amiga mia, principio,
porque te amo, y porque acaso
necesitas mis servicios
más que otros.....
Condesa. Soy desgraciada!
Luisa. Lo sé; y estás en peligro
de serlo áun más.
Condesa. No es posible.
Encenagado en el vicio,
mi marido me abandona;
me sacrifica el indigno
á una infame aventurera.....
Luisa. Es verdad.
Condesa. Seré el ludibrio
de la corte.
Luisa. Lo serás
si no oyes, Emilia, el grito
de tu deber y la voz
de tu amiga.
Condesa. No concibo.....
Luisa. No me engañes ni te engañes
á ti misma. Ya conmigo
es ocioso el disimulo.
Las culpas de un fementido
consorte podrán herir
tu amor propio y ~~su suplicio~~
de tu corazon; podrán
sellar tu rostro marchito
con la huella del dolor;
pero alzar podrás altivos
los ojos; que sólo humillan
infortunios merecidos.
Mas si oyes las sugestiones
del orgullo, y en inicuo
pacto venganza y lisonja
rompen como frágil vidrio
el escudo de tu honor,
ay de ti! La suerte quiso
que para nosotras fuese

en semejantes conflictos
ménos triste y dolorosa
la impunidad que el castigo.

Condesa. Buen Dios!

Luisa. Sosiégate, Emilia.
Por dicha, los extravíos
de un marido no son siempre
irreparables. Yo insisto
en que el Conde todavía
guarda en su pecho vestigios
del amor que le inspiraste.
Vela por ti mi cariño
desde ayer, y á Su Excelencia
preparo un golpe imprevisto
que á ti te vengue, y acaso
le corrija á él.

Condesa. Dios mio!
¿Será posible..... Ah! te engaña
la amistad.....

Luisa. No. Pero exijo
de ti.....

Condesa. Pídeme la vida.....

Luisa. No es tan grande el sacrificio.
Hay un seductor protervo
que con máscara de amigo
proyecta tu perdicion.....

Condesa. No tal. ¿Quién.....

Luisa. Don Federico.
No me lo niegues. Sagaz,
perseverante y asiduo,
de los excesos del Conde,
que halaga quizás él mismo,
de tu mujeril flaqueza....;
de todo saca partido.

Condesa. No temas. Le oigo..... y no más.
Yo evitaré un compromiso.....
Me ama; es verdad; pero yo.....

Luisa. Tú amas sólo á tu marido;
y de tus celos, no obstante,
el desgarrador martirio,
si mi consejo no tomas
te arrastrará al precipicio.

Condesa. Luisa!

Luisa. Es forzoso, es urgente
hacer levantar el sitio.

Condesa. ¿Cómo.....

Luisa. Con un pasaporte,
pero en regla, al enemigo.

Condesa. ¿Y qué pretexto daré.....

Luisa. Pretexto! Estás en tu juicio?
¡Pretexto para alejar
de tu lado á un libertino
que fragua tu deshonor!

Condesa. Para él no lo necesito;
mas querrá saber el Conde
por qué causa le despido;
y ni á callar la verdad
ni á decirla me resigno;
que con callarla me culpo
y con decirla me humillo.

Luisa. Disculpo en tu situacion
tan singular raciocinio,
y mejor será que sola
me dejes mover los hilos
de mi trama, por tu bien
urdida. Sólo te pido
que te dejes conducir
al puerto cuando propicio
sople el viento.—Pero el tiempo
se pasa, y aunque muy lindo,
tu modesto *negligé*
no conviene á mis designios.
Á la más alta hermosura
no perjudica el auxilio
del tocador.

Condesa. ¿Tocador
para él? Tiempo perdido!

Luisa. No tal.

Condesa. Volveré á mi casa.....

Luisa. Es inútil. Yo he provisto
á todo.—Sube á mi cuarto.—
Al momento soy contigo.

ESCENA II.

LUISA.

¡Cuánto será mi placer,
buen Dios, si hoy los reconcilio.....
Sí, lo espero.—Mas ¡la pobre
Carlota..... ¡El pobre Merino.....
Difícil es..... Oh Himeneo!
¿Qué mucho si envilecido
te ves, cuando tantos votos
necios, fatales, sacrílegos
se pronuncian en tus aras?
Venturosa yo, bendigo
tus lazos; mas contagiada
no estoy del vil egoismo
que corrompe y gasta y pierde
la sociedad en que vivo,
y mi corazon.....

ESCENA III.

LUISA. MARTIN.

Martin. [*Viniendo de la casa.*]
Señora.....

Luisa. Qué hay?

Martin. Guillen pide permiso.....

Luisa. Ah! sí, el criado del Conde.....
Voy.....

[*Martin vuelve á entrar en la casa. Déjanse ver hácia la izquierda del foro en direccion al proscenio el General y Micaela.*]

Por entre aquellos tilos
en animado coloquio
á Micaela distingo

y al General; vendrá el Conde,
y arriba..... El Cielo benigno
nos alumbre á mí y á todos
en tan ciego laberinto.

ESCENA IV.

MICAELA. EL GENERAL.

General. Sí, señora, ella es honrada
y el Baron un zascandil;
mas se verá bloqueada
de otros ciento y otros mil.
En continuo sobresalto
viviré con tal jauría;
que á un asalto y otro asalto
Gibraltar se rendiria.
Micaela. Eh! destierre usted del alma
tan siniestro vaticinio;
que si pierde así la calma
es seguro su exterminio.
Cierto es que en este Madrid
hay mil riesgos, mil escollos,
y es muy desigual la lid
con una legion de pollos;
pero obrando con cordura.....
Lo malo es...., y no me riña
usted si hablo con lisura.....
General. Qué?
Micaela. Que ella sea tan niña.
General. Niña! La que no lo fué
para el propio bienestar
¿lo será para la fe
que me juró en el altar?
Niña! Cuando esa hermosura
mi mano aceptó y mi lecho
¿le puse yo por ventura
algun puñal en el pecho?
¡Y esto saca á colacion
la que con tal regocijo
dió su albedrío á un garzon
que pudiera ser su hijo!
Micaela. Me lleva usted doce ó trece
Octubres, y no se asombre.....
General. Eh! la mujer envejece
veinte años ántes que el hombre.
Micaela. Sí, la que sólo es bonita
pronto en el olvido yace;
mas la mujer erudita.....
General. Es vieja desde que nace.
Micaela. Blasfemia! Á la poesía
la senectud nunca embiste.
Aun pintan moza á Talía,
y ha treinta siglos que existe.
General. Delirios! ¿Qué privilegio
da Apolo ni su academia.....
Micaela. Mi.....
General. Usted será del colegio.
Micaela. Yo.....
General. Es general la epidemia.
Micaela. Bah! yo mi vida no abrevio
con tan funesto presagio.
Mi amante y leal Eusebio
se librará del contagio.
General. Cómo no está por aquí?
Micaela. Á cobrar fué una libranza.....
Pero no vive sin mí.....
General. Hum!
Micaela. Vendrá aquí sin tardanza.
General. Aflójele usted la rienda,
y algun dia llorará.....
Micaela. Sujete usted á su prenda,
y el diablo la soltará.
General. Ay! el diablo nos azora
en la puente y en el vado,
porque el mal está, señora.....
Micaela. En qué?
General. En habernos casado.
Micaela. Yo.....
General. Perdida, oh cielos! anda
por aldeas y ciudades
la institucion veneranda
de que ámbos somos cofrades.
Ni vale á un triste consorte
que en nobleza y en caudal
exceda y en gala y porte
al preferido rival.
Y si en el florido Mayo
á tantos llega su vez,
¿cómo librarse del rayo
la desolada vejez?
Micaela. (Me hace temblar!)
General. No es mentira:
parece obra del demonio
segun el mundo conspira
contra el santo matrimonio.
Nunca falta un ciudadano
que audaz nos ronde la puerta,
¡y nunca hay un buen cristiano
que del riesgo nos advierta!
Qué mucho? ¡La propia fama
pende de ajeno desliz,
y ridículo se llama
al que sólo es infeliz!—
El espíritu celebran
de asociacion muchas gentes....;
¡no los cuitados que quiebran
por crédulos é inocentes!
Mi razon no lo recusa,
aunque por acá no pruebe;
pero de todo se abusa
en el siglo diecinueve.
Por todas partes pululan
las empresas de seguros,
y unas á otras se estimulan.....
para sacarnos de apuros.
Seguros contra granizos,
y en pro de vidas y haciendas,
y de méritos postizos
que husmean ricas prebendas:
seguros hay de valor
entre cuatro fanfarrones,
y áun de probidad y honor
entre esbirros y ladrones:

seguros para el talento,
que en la corte de Castilla
dan diploma de jumento
al que no es de su pandilla;
y en fin—¡ tiempos corrompidos!—
la sociedad que se ve
más en auge, ay! es la de.....
seguros contra maridos.

Micaela. Sí, por desgracia es muy cierto;
cunde demasiado el mal,
y aunque yo estoy á cubierto
de tan recio temporal,
si no obra Dios un portento
en favor del Catecismo,
al séptimo sacramento
amenaza un cataclismo.
La corrupcion inmoral
triunfa; la virtud emigra.....
Al arma, mi General!
El matrimonio peligra!—
Mas me ocurre un pensamiento
luminoso, singular.....

[*Viendo aparecer á Luisa por la puerta de la derecha.*]

Ah! Luisa! En mejor momento
no pudiera usted llegar.

ESCENA V.

MICAELA. EL GENERAL. LUISA.

Luisa. [*Acercándose.*]
De qué se trata?

Micaela. Se trata
de nuestra causa comun.
La inspiracion me arrebata!
Cuento con usted?

Luisa. Segun.

Micaela. Vista la guerra insolente
y el osado merodeo
de que es víctima inocente
la coyunda de Himeneo;
visto que gente baldía
contra nosotros se asocia
y como vil mercancía
con nuestra mengua negocia;
y, romano ó visogodo,
no hay fuero que la escarmiente,
porque siempre encuentra modo
de cubrir el expediente;
pues, rota al pudor la valla,
el que es sabedor del fraude
ó alza los hombros y calla,
ó tal vez rie y aplaude;
visto, en fin, que no hay poder
que sin apoyo se ejerza;
pues se sabe, y no de ayer,
que en la union está la fuerza;
ya que contra la hermandad
los libertinos impuros
han formado sociedad
de recíprocos seguros,
asociémonos tambien,
y no haya tregua ni canje.
¡Veremos quién vence á quién,
falange contra falange!

General. Esa es la feliz idea?

Micaela. Sí, unamos nuestros destinos
y á tan augusta asamblea.....

General. No diga usted desatinos.

Micaela. ¡Desatino una pragmática
que salve á la gran familia
con la doctrina homeopática
de *similibus similia!*
¡Desatino un teorema
en que aplico al Himeneo
y al celibato el sistema
del equilibrio europeo!

General. No hay pragmática que importe
ni teoría nueva ó vieja
si ve ó recela un consorte
que le vende su pareja.
Fuente de males eternos
fuera ese vano equilibrio,
que acabaría de hacernos
mofa del mundo y ludibrio.
Seguros! Quién tal pensó?
Para el que caiga en la red
dos caminos veo yo,
y ninguno es el de usted.
Ó cortar con fuerte mano
el nudo del matrimonio,
como hizo con el gordiano
aquel bravo macedonio;
ó cerrar á la evidencia
los ojos y los oidos
y llevarlo con paciencia
como hacen tantos maridos.

Luisa. Oh! no diga usted locuras.
Carlota le guarda fe.
¿Á qué soñar desventuras
cuando.....

General. Quizá soñaré;
mas Madrid me tiene en vilo,
señora.

Luisa. Es posible!

General. Sí,
y yo no estaré tranquilo
hasta que salga de aquí.

Luisa. No es tan perversa la corte
como.....

General. Sí!—Voy ahora mismo
á pedir un pasaporte.
Me condeno al ostracismo.
Aquí no vive un casado;
aquí..... Me daré de baja.....

Luisa. ¿Cómo.....

General. Renuncio al Senado;
y si es preciso, á la faja.

Micaela. ¿Y deja usted á la bella
Carlota.....

General. Dejarla? No!

Pues ¡eso quisiera ella!
Irá adonde fuere yo.

Luisa. ¿Y adónde irá usted.....

General. No sé.....
Muy léjos: á Filipinas.....
No; allí hay poblacion. Me iré.....
á las islas Chafarinas.

ESCENA VI.

LUISA. MICAELA.

Luisa. General!

Micaela. Pobre intelecto!
Ese hombre es una marmota.
Pues ¿no es mejor mi proyecto.....
Eh?

Luisa. [*Sin prestar atencion.*]
Cierto. (Infeliz Carlota!)

Micaela. Voy, voy á extender las bases
arriba sin dilacion.
Con permiso.....
[*Para sí y entrando en la casa.*]
Cuatro frases
por via de introduccion.....

ESCENA VII.

LUISA.

Aquel se va furibundo,
esa á escribir disparates,
el otro..... Vamos, el mundo
es una casa de orates.

ESCENA VIII.

LUISA. D. LUCIANO.

Luciano. [*Apareciendo por la puerta de la derecha.*]
Luisa!

Luisa. Oh don Luciano!

Luciano. Estoy
en grande. Recibirá
muy en breve Su Excelencia
su pasaporte formal,
si ya no lo ha recibido.

Luisa. De véras? Muy eficaz
ha sido usted. ¿Y se trata
de despedida verbal.....

Luciano. No; por escrito. Yo propio
dicté la carta.

Luisa. Eso más!

Luciano. Sí; soy ya en aquella casa
un autócrata, un sultan.
Se ha lucido el señor Conde!
Con toda su vanidad
¡verse..... Á usted debo mi triunfo,
y gracias le vengo á dar.....

Luisa. No á mí; al oro.....

Luciano. No me hubiera
ocurrido á mí jamás
la idea..... Ah! tambien, Luisita,
aunque lo siento en verdad,
vengo á suplicar á usted
que no me espere á almorzar.
Me convida la limeña.....

Luisa. Sí? (Caro te costará.)
Gran fineza!

Luciano. Es muy rumbosa.
Yo le voy á regalar,
á fuer de hombre agradecido,
el precioso *charaban*
que recibí de París
hace ocho dias, y un par
de yeguas anglo-sajonas
que valen un dineral.

Luisa. Bravo! Pero mire usted
que en breve se arruinará
si prosigue.....

Luciano. No hay cuidado.
Gastaré la cantidad
para este fin presupuesta,
y fuera de ella ni un real.

Luisa. Siendo así..... Conque ¿hasta en eso
calcula usted.....

Luciano. Claro está.
Ó soy hombre de negocios,
ó no lo soy.—Además,
necio fuera en arruinarme
por un capricho fugaz.
Ha podido la criolla
mis sentidos fascinar;
pero el corazon..... Ay! ése.....

Luisa. [*Interrumpiéndole.*]
Almorzará usted allá
mejor que aquí, y estaremos
todos con más libertad.

Luciano. Con más libertad!

Luisa. Sí; el Conde
va á ser hoy mi comensal.

Luciano. Oiga!

Luisa. Y para ambos sería
desagradable manjar
la presencia.....

Luciano. Yo no temo
ver cara á cara á un rival.

Luisa. Pero á mí no me está bien
que haya en mi casa lugar
á escenas..... Por otra parte,
tambien Emilia vendrá.....

Luciano. Ah!

Luisa. Ya ve usted..... Y otros dos
matrimonios.....

Luciano. Cuáles? Ah!
Micaela y don Eusebio,
Carlota y el General.

Luisa. Y yo tambien soy casada.

Luciano. Ah!.... Cierto. Es particular!

Un congreso de casados!

Luisa. Sí, una fiesta conyugal,
en la cual sería usted
profano.

Luciano. Sí?

Luisa. Tengo un plan.....

Luciano. ¡Un plan.....

Luisa. Ni á usted le conviene
roce tan perjudicial.....

Luciano. Sí, sí; evitemos el riesgo
de que me tiente Satan
á entrar en la cofradía
y á ser..... Abur.

[*Se va por la casa.*]

ESCENA IX.

LUISA.

Lo serás!
Justamente entre los necios
que yo conozco no le hay
de un corte más á propósito
para esa calamidad.

ESCENA X.

LUISA. EL BARON.

Baron. [*Llegando por el foro.*]
Amable Luisa!

Luisa. Quién llega?
(El Baron! Otro que tal.
¿Cómo se atreve....)

Baron. Señora,
usted disimulará
que á una hora intempestiva
venga..... Pero es natural
mi impaciencia.....

Luisa. Temerario!
(Si no le hago despejar
pronto, va á comprometerme....)

Baron. ¿Qué escucho! ¿Es temeridad
la tierna solicitud
con que me vengo á informar
de la salud.....

Luisa. De quién? Pérfido!

Baron. De usted...

Luisa. No! de otra...

Baron. Yo... Cuál?

Luisa. Una víctima infeliz.
¿Se viene usted á gozar
en su llanto?

Baron. Oh Dios! Carlota.....
¿Llora por mí esa beldad
sujeta al bárbaro yugo
de un marido montaraz,
de un.....

[*Bajando la voz.*]

Está aquí el veterano?

Luisa. No, pero pronto vendrá.

Baron. No importa. Soy caballero:
no la debo abandonar.

Luisa. ¡Y que haya aquí un lance trágico...

Baron. No. Desarmaré sagaz
la cólera del marido.

[*Sonriéndose.*]

Con ellos hay que guardar
miramientos..... Eh? Por eso
no se deshonra un galan.

Luisa. (Botarate!) Pues con él
no es fácil capitular.

Baron. Ba, ba!

Luisa. Ha jurado cortarle
á usted las orejas.

Baron. Bah!
(Zape!)

Luisa. Y áun si fuera él solo.....
¡Huya usted de aquí, hombre audaz,
hombre peligroso!

Baron. Calle!....
¡Peligroso.....

Luisa. ¿Dónde está
la filantropía?

Baron. Pero,
si no es sólo el General,
¿quién es..... el otro.....

Luisa. El marido
de Emilia.

Baron. El Conde!

Luisa. Pues. Ay!
todo lo sabe.

Baron. Sí? Y ella.....

Luisa. Otra víctima fatal!
Y hoy viene á almorzar aquí.....

Baron. Él, ó ella?

Luisa. Ambos á la par.....
Líbreme usted de un conflicto....,
dos conflictos....; tres quizá!

Baron. Tres? Pues ¿cuál es el tercero?
(¡No es nada de ayer acá
lo que he crecido!) ¿Cuál es.....

Luisa. No sé; pero si mi paz
le interesa á usted.....

Baron. (¡Ay, ella
tambien! Un terno cabal.)

Luisa. Váyase usted pronto, pronto.

Baron. Oh Luisa!....

Luisa. Siento parar
un coche.....

Baron. Adios!—Por la verja?

Luisa. No!

[*Mostrándole la puerta interior.*]

Por allí.

Baron. Adios!....

Luisa. No más!

Baron. (Soy peligroso!.... De gloria
no quepo en la capital.)

ESCENA XI.

LUISA.

Gracias al Cielo! Un estorbo
ménos.—El Conde será.....

[*Aparecen por el foro el Conde y don Federico.*]

Cierto, con su fiel Acátes.
No me dejan respirar!

ESCENA XII.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO.

Luisa. Muy bien venidos, señores.
Conde. Luisa.....
Federico. Señora.....
Luisa. (Ahora es ella!)
Conde. En el jardin y tan bella!
Tendrán envidia las flores.
Luisa. Siempre galante!
Conde. ¿Qué tal
desde anoche?
Luisa. Bien.
Conde. ¿No ha habido
consecuencias..... No me olvido
del bueno del General.
Luisa. Por ahora hay paz.
Conde. ¿Y dónde.....

ESCENA XIII.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO. MARTIN.

Martin. Señora.....
Luisa. Qué hay?
Martin. Un criado
este billete me ha dado.....
Luisa. [*Tomándole y viendo el sobre.*]
Es para usted, señor Conde.
[*Le da el billete.*]
Martin. [*Al Conde.*]
Estuvo en casa de ucencia.....
Conde. Ya hace rato que salí.
Martin. Y le dijeron que aquí.....
Conde. Cierto. (Es de ella.) Con licencia....

ESCENA XIV.

LUISA. EL CONDE. D. FEDERICO.

Luisa. Voy.....
Conde. Se va usted? No es razon...
Luisa. Tengo que hacer... Vuelvo al punto.
(Por si es lo que yo barrunto
estaré en observacion.)

ESCENA XV.

EL CONDE. D. FEDERICO.

Conde. [*Abriendo la carta.*]
Es de Lucinda; que ya
su letra me es conocida.
Se mostrará agradecida
al obsequio.....
[*Lee para sí.*]
Federico. Claro está.
Conde. [*Representando y leyendo alternativamente.*]
Qué es esto?
Federico. No es de ella?
Conde. Sí.—
Me despide con rigor.—
Cierra su puerta á mi amor.....
Federico. Cómo!....
Conde. Estoy fuera de mí.
No soy el mismo de ayer?
Federico. (Luciano!....)
Conde. ¡Á tanto se atreve.....
Me vengaré.
Federico. Eso es aleve.
Conde. Mas ¿cómo..... Oh rabia! Es mujer!
Federico. Cierto. (No sería malo
que un nuevo escándalo diese.)
Conde. [*Estrujando la carta.*]
¡Si yo al rival conociese
á quien debo este regalo!....
Federico. Quizá..... (Perdone el bolsista.)
Conde. Eh?
Federico. De uno sospecho yo.....
Conde. Quién?
Federico. No ha mucho se jactó
de haber hecho esa conquista.
Conde. [*Furioso.*]
Quién?
[*En voz baja viendo que vuelve Luisa.*]
Silencio!
[*Guarda la carta.*]

ESCENA XVI.

EL CONDE. D. FEDERICO. LUISA.

Luisa. Señor Conde,
hablarle á usted me es preciso
á solas, si da permiso
el señor de Vaamonde.
Conde. Qué ocurre?
Federico. Con mucho gusto.
Conde. Soy con usted al instante.
Federico. Soliloquiaré ambulante
entre la flor y el arbusto.

ESCENA XVII.

LUISA. EL CONDE.

Luisa. La franqueza es mi divisa,
Conde. Oiga usted sin enojo
lo que á decirle me arrojo.....
con harto disgusto.
Conde. Luisa!
Luisa. Lo sé todo. Es vano intento
negarme usted.....
Conde. ¿Qué razon.....
Luisa. Yo veo su corazon,
yo leo su pensamiento.
Desdeñoso hasta el insulto
con Emilia.....
Conde. ¡Yo.....
Luisa. Sí tal.
Á una hermosura venal
daba usted indigno culto.
Conde. ¡Yo... ¿Quién... (Estoy en un potro.)
Luisa. Y ella por vil interes,
obrando como quien es,
le ha dejado á usted por otro.
Conde. (Pérfida!)
Luisa. Y á usted le espanta
lo que ya esperar debia,
y desafíar queria
al necio que le suplanta.
Conde. Señora!....
Luisa. Torpe querella!
Semejante mujercilla
¿merece que haya en la villa
un lance serio por ella?
¿Hay ley que á los hombres mande,
de una buscona al antojo,
por vengarse de un sonrojo
caer en otro más grande?
Y sobre ese vituperio.....
Yo siento no ser más suave,
Conde; mas la herida es grave
y necesita cauterio.—
Y sobre hacer tal niñada
la hacía usted de tal modo,
que iba á arrastrar por el lodo
su fama nunca manchada.
Conde. Es posible!....
Luisa. Sí, señor.
¿No es triste fatalidad
que sea la vanidad
más celosa que el honor?
Conde. Cómo!....
Luisa. ¿Á quién para testigo
de ese temerario duelo
elegia usted! Oh cielo!....
Á su mayor enemigo!
Conde. ¿Don Federico! Oh sorpresa!
Luisa. Sí, le engaña á usted, le vende.
Conde. Él!
Luisa. Ya ha dias que pretende
seducir á la Condesa.
Conde. Traidor! En su sangre aleve.....
Luisa. ¡Sí; y ruede el honor de Emilia
y el de una ilustre familia
por las lenguas de la plebe!
Conde. ¡Y ella.....
Luisa. Es inocente, sí;
pierde el tiempo quien la hostiga.
Yo respondo de mi amiga
como pudiera de mí.—
Y aquí para entre los dos,
con un marido tan loco,
en ser buena no hace poco
para el mundo y para Dios.
Conde. Es verdad! No hice justicia
á su mérito; falté.....
Luisa. ¡Y ahora se la hace usté
porque otro se la codicia!
He aquí lo que es el hombre!
Conde. Oh Luisa!.... Mas ¿sin castigo
quedará el infiel amigo.....
No, por vida de mi nombre!
Luisa. Lo tendrá, y muy ejemplar
con ver, como no lo dudo,
más estrecho y firme el nudo
que esperaba desatar.
Conde. Oh! sí, sí; con fe sincera
cifro ya en él mi ventura;
mas lo que ahora me apura,
me aflige y me desespera.....
Luisa. Lo sé.
Conde. Cómo!
Luisa. Eso se palpa.
Es el tormento cruel
de hacer tan triste papel
con la nieta de Atahualpa.
Eso es terrible! No obstante.....
Conde. He dado un paso....
Luisa. Lo sé.
Miéntras le escribia á usté
declarándole cesante,
sin sospechar la tramoya,
usted en su gabinete
unia á un tierno billete
los primores de una joya.
Conde. Cierto.—Pero era un arcano,
y usted..... Esto me sorprende
y me asombra. ¿Es usted duende,
ó algun ángel sobrehumano.....
Luisa. Ángel, duende!.... Nada de eso.
No, no es tanto mi poder.
Soy una pobre mujer
que tiene cabal el seso.—
Y á usted le toca mejor
que á mí, que de nada valgo,
tener juicio; que por algo
le han nombrado senador.—
Ea pues, valor y calma;
que el asunto lo merece.—
Ni vendrá mal que usted rece
con todo el fervor de su alma.....
Conde. Luisa!
Luisa. Á la Vírgen María,
y saldrá usted del apuro
á puerto franco y seguro
con su ayuda y con la mia.

Por de pronto..... he aquí el billete
pecador.

[*Saca uno cerrado y se lo entrega.*]

Nadie lo ha abierto.

Conde. Gracias!—Mas ¿cómo... No acierto...

Luisa. Oiga usted y no se inquiete.
He seducido á Guillen.

Conde. Á mi criado!

Luisa. Sí tal.
Como otros para hacer mal,
yo intrigo para hacer bien.—
Concédale usted perdon
porque ha obrado sin malicia.
No he tentado su avaricia,
sino su buen corazon.

Conde. Oh! mi lengua no le acusa.
Premio merece.....

Luisa. Es verdad.

Conde. ¡Dichosa infidelidad
que tal bochorno me excusa!—
Pero falta..... el alfiler.....

Luisa. [*Tentándose.*]
Ay! lo habré perdido?

[*Fingiendo llamar.*]

Pepa!....
No sé.....

[*Aparece la Condesa, sin verla el Conde, por estar éste de espaldas.*]

Puede que lo sepa.....

Conde. Quién?

Luisa. [*Sonriéndose y llamándole la atencion hácia la puerta.*]
Emilia.

Conde. [*Perfilándose.*] Mi mujer!

[*La Condesa se acerca, vestida ya con más esmero. Lleva prendido el alfiler en cuestion.*]

ESCENA XVIII.

LUISA. EL CONDE. LA CONDESA.

Condesa. Fernando!

Conde. Emilia! (Prendido
lo lleva. Qué diré ahora?)

Condesa. Las gracias te vengo á dar,
á fuer de rendida esposa,
por tu fineza.

Conde. No vale
nada..... (La vergüenza agolpa
mi sangre al rostro.)

Condesa. Has tenido
buen gusto; mas ni al aljófar,
ni al oro, ni á los brillantes
doy valor en tan preciosa
alhaja, sino á la cifra
con que de tu amor blasonas.

Conde. Si eso te dicta el cariño,
replicar al mio toca
que ahora es cuando á mis ojos
tiene mérito la joya,
pues con prendértela al pecho
á ella y á mí nos honras.

Condesa. Conde!....

Luisa. (Están en buen camino,
y don Federico asoma.....)

[*Aparece en efecto por la izquierda del foro y paseando hácia la derecha del mismo. Luisa hace un movimiento para salirle al encuentro.*]

Condesa. Te vas?

Luisa. [*En voz baja.*] Ya no te hago falta.
Vuelvo. (Acabemos la obra.)

ESCENA XIX.

LA CONDESA. EL CONDE. LUISA.
D. FEDERICO.

[*Los dos primeros, en el proscenio: los otros dos en el foro hablando en voz baja y mostrando en los ademanes que observan y comentan lo que hace y dice la otra pareja. Á medida que progresa la escena se van acercando, pero sin llegar á salir de entre los árboles.*]

Condesa. Grande cuanto inesperado
es mi gozo, sin lisonja,
pues tan galante se muestra
el dueño que el alma adora.

Conde. Inesperado! Por qué?

Condesa. Ayer mismo desdeñosa
tu frente.....

Conde. Emilia, borremos
para siempre la memoria
de quejas y disensiones
cuya culpa es mia toda;
lo confieso!

Condesa. Ah! no: tambien
he pecado yo por sobra
de orgullo..... Tú me has amado
siempre: verdad?

Conde. (Ella ignora
sin duda.....) Sí, esposa mia.

Luisa. [*Á D. Federico.*]
Se convence usted?

Federico. Eh! fórmulas...
Se engañan el uno al otro.

Conde. ¿Qué más placer, qué más gloria
para mí que poseer
tu suave mano.....

[*Se la toma y la besa.*]

Luisa. [*Á D. Federico.*]
Y ahora?

Federico. Pche!.. (Me ahorcara!)
Luisa. Es de advertir
que creen estar á solas.
Condesa. Ah! tú me vuelves la vida.
Conde. Su paz el alma recobra.
Condesa. Será tu labio sincero?
Conde. Lo será tu linda boca?

Luisa. [*Á D. Federico.*]

Bien! Oiga usted. Esto marcha.
Condesa. Renacer veo la aurora
de mi dicha, que creí
condenada á eterna sombra.
Conde. Hoy,—lo juro por tus ojos
hechiceros, prenda hermosa.....

Luisa. [*Á D. Federico.*]

Váyase usted!
Conde. Hoy te quiero
más que el dia de la boda.
Condesa. Oh Fernando!....
Federico. [*Á Luisa.*] Otra le queda.
Condesa. Ven á mis brazos!

[*Se abrazan.*]

Luisa. Eh?
Federico. (Sopla!)
Conde. Mi paraíso está en ellos.
Luisa. Qué tal? Y eso ¿es ceremonia?
Conde. Mas, ah! no debo aceptar
la absolucion que me otorgas
sin que ántes en penitencia
mis graves pecados oigas.
Condesa. ¿Qué haces!
Conde. Postrarme á tus piés.

[*Lo hace.*]

Condesa. No!
Federico. (Cielos!.... Y la criolla?)

[*Yéndose.*]

Basta.

Luisa. [*Deteniéndole por el brazo.*]

Otro ratito.
Conde. Emilia!
Condesa. Alza!
Luisa. La escena es sabrosa.

Conde. [*Levantándose.*]

Serás un ángel del Cielo,
Emilia, si me perdonas.
Yo te he sido infiel..... ¿Qué digo!
He sido un necio, un idiota.....
Federico. (Se espontanéa!)
Conde. Pues dueño
de tal tesoro en la propia,
he buscado en casa ajena.....
Condesa. No prosigas: sé la historia;
pero el arrepentimiento
mayores crímenes borra
si es sincero como el tuyo.
Yo, que al fin no soy de roca,
¿quién sabe si exacerbada
un dia por la ponzoña
de los celos..... Basta! Sea
para los dos provechosa
está leccion.

Luisa. [*Á D. Federico.*]

Para todos.
Federico. Sí, confieso mi derrota.

[*Sale de la casa Carlota; se dirige triste y silenciosa hácia la derecha del foro, y desaparece sin ser vista por los otros interlocutores.*]

Conde. Sí, y no volvamos atras
la vista, y afuera locas
vanidades, y mujeres
cotizables en la bolsa.....

Federico. [*Con risa forzada.*]

Calle!
Conde. Y pérfidos amigos.....
Luisa. Verbigracia.

Federico. [*Amoscado.*]

Abur, señora.

[*Desaparece por el foro y Luisa se incorpora á la Condesa y al Conde.*]

ESCENA XX.

LA CONDESA. EL CONDE. LUISA.

Luisa. Entro yo en la proscripcion?
Conde. No, mujer sublime, heroica.....
Condesa. Mi ángel custodio!
Conde. ¡Mi númen
tutelar!
Luisa. Yo! Me sonrojan
ustedes.
Condesa. Luisa! tu frente
es digna de una corona.
Luisa. ¡Tal anda el mundo, que ya
virtud sublime se nombra
á la práctica sencilla
de la máxima piadosa
que nos dice: ama á tu prójimo
como á tu propia persona!
Harto premio á mis afanes
es el gozo en que rebosa
este corazon al ver
que al redil perdido tornan
dos ovejas descarriadas,
y el himno de la victoria
canta orgulloso una vez,
si tantas suspira y llora,
la perseguida hermandad
de que soy humilde socia.

Condesa. Luisa!
Luisa. Basta!—Un paseito.....
(Ahora á ti, pobre Carlota.)

[*El Conde y la Condesa de bracero y muy complacidos, desaparecen por el arbolado de la izquierda, y Luisa entra en la casa: al mismo tiempo vuelve á aparecer por el foro Carlota, y se sienta triste y pensativa junto á la mesa rústica.*]

ESCENA XXI.

CARLOTA.

Hay más infeliz mujer?—
Eusebio, Eusebio!.... Ay de mí!
¿Por qué te he vuelto yo á ver
si por siempre te perdí!

[*Vuelve á su silencio contemplativo. Aparece en el foro D. Eusebio.*]

ESCENA XXII.

D. EUSEBIO. CARLOTA.

Eusebio. (Vuelvo á mi cautividad.....
¿Qué veo!)

[*Acercándose apresurado.*]

Carlota!

Carlota. [*Levantándose sobresaltada.*]

Oh Dios!
Huiré.....
Eusebio. Tente, por piedad!
Carlota. No!
Eusebio. Estamos solos los dos.
Carlota. Ah!
Eusebio. Un instante! No pretendo
turbar, mi bien, tu quietud,
ni lazo alevoso tiendo
á tu honor, á tu virtud.
Sólo á pedirte perdon
vengo del error funesto
que es causa de tu afliccion.

[*El General que venia por el foro, se detiene oyendo la conversacion.*]

Carlota. Vete. Es inútil.

ESCENA XXIII.

CARLOTA. D. EUSEBIO. EL GENERAL.

General. (Qué es esto?)

[*Queda oculto entre los árboles y observa con ansiedad.*]

Eusebio. Si anoche en tu ramillete
pusieron mis manos.....
General. (Ah!)
Eusebio. El amado brazalete
que en mejores tiempos.....
General. (Ya!)
Eusebio. Á tu cariño debí,
no lo atribuyas á un necio
despique, no. Para mí
no hay joya de tanto precio.
Era mi intento con él
excusarte una sorpresa,
¡y quiso el hado cruel.....
Carlota. No prosigas, vete; cesa.
Pues sabes que en el altar
otro mis votos oyó,
ni ya me debes hablar,
ni debo escucharte yo.
Eusebio. Ay! cuando á inmensa ventura
nos llamaba mutua fe
nos separó mi locura:
te casaste; me casé!....
Santo deber nos separa;
mas si otra no nos bendijo,
oh! no deseches el ara
que en mi corazon te erijo.
Luisa. [*Á la puerta de la casa.*]
(Al jardin..... Ah!)

[*Retrocede.*]

Eusebio. Si fué grave
mi error, y no hay quien le excuse,
¡harto es mayor, Dios lo sabe,
el castigo que me impuse!
Aciaga boda! Y quizás
no ménos tu alma detesta.....
General. (Cielos!)
Eusebio. La que tú.....
Carlota. No más!
General. (Oigamos lo que contesta.)
Carlota. Respetar es mi deber,
sea cual fuere mi suerte,
al que mi dueño ha de ser
hasta su muerte ó mi muerte.
Á mi fe un dia empeñada
en quien tan mal la guardó,
ni por nadie ni por nada
hubiera faltado yo;
y la que nunca traidora
á un amante hubiera sido
más obligada está ahora
á ser fiel á su marido;
que ántes disculpa y remedio
hallara mi inconsecuencia,
y ahora están de por medio
Dios, mi honor y mi conciencia.
General. (Oh!)
Eusebio. Nada mi amor exige
contra esa virtud severa;
pero tu duelo me aflige
áun más que el mio, y quisiera.....
Carlota. Eso me sucede á mí;
duelo hay en el alma mia,

duelo que no merecí
y apresura mi agonía;
mas no porque me arrepienta
de un lazo que es mi blason;
no porque mi labio mienta;
que en él está el corazon;
ni áun por los injustos celos
de que me veo hostigada,
aunque bien saben los Cielos
que no se fundan en nada.

General. (Justo Dios!)

Carlota. Vierto este llanto
que enjugar no espero, no,
porque él, con serlo yo tanto,
es más infeliz que yo.

General. (¿Qué oigo!)

Carlota. El amor que le inspiro
causa su acerbo pesar,
y á verle dichoso aspiro,
y no lo puedo lograr!

Eusebio. ¿Le amas tú con la ternura
de que un dia objeto fuí....
Lloras!

General. (Calla! Oh desventura!)

Carlota. Basta! Aléjate de mí.

Eusebio. Tanto despego me oprime.

[*Ábrese una de las ventanas altas, y por ella asoma Micaela.*]

Micaela. (Este Eusebio tarda ya....)

Eusebio. [*Postrándose á los piés de Carlota.*]

Oh! dime siquiera, dime
que no me aborreces.

Micaela. [*Con un grito de sorpresa viendo lo que pasa en el jardin, y retirándose de la ventana al momento.*]

Ah!

[*El General sale de entre los árboles, da algunos pasos y se pára cruzado de brazos. Luisa sale de la casa y se acerca con inquietud á los otros interlocutores, que al pronto nada advierten.*]

ESCENA XXIV.

CARLOTA. D. EUSEBIO. EL GENERAL. LUISA.

Carlota. [*Con imperio.*]

Alce usted!

Eusebio. ¿Ni eso merezco
en el dolor que me abisma?
Carlota!

Carlota. Yo no aborrezco
á nadie, sino á mí misma!

General. Por qué?

Carlota. Oh Cielos!

Eusebio. [*Levantándose.*] Él!

General. [*Á Carlota, que iba á retirarse.*]

Espera.

Eusebio. No es culpable.....

Luisa. (Qué va á hacer?)

Eusebio. La defenderé aunque muera.

General. De quién? No lo ha menester.

Luisa. General!....

General. Tranquilo estoy.

Luisa. Carlota.....

General. Todo lo oí.

[*Llega corriendo y furiosa Micaela.*]

ESCENA XXV.

EL GENERAL. CARLOTA. D. EUSEBIO. LUISA. MICAELA.

Micaela. Monstruo! Mírame! Yo soy!

Luisa. (La otra!)

Micaela. Asesinarme así!

Eusebio. Yo soy el asesinado!

Micaela. Traidor!.... Traidores los dos!....
No hay quien prenda á ese malvado?

Eusebio. Oh!... Adios para siempre, adios!

Luisa. [*Deteniéndole.*]

Quieto!

Micaela. Iré detras....

Luisa. [*Con tono imperioso.*] Oh!... ¡Quietos todos!

Micaela La ira me abrasa.

Luisa. Yo reclamo los respetos
que se deben á mi casa.—
Cuatro los consortes son
que aquí enzarzados reuno,
y todos tienen razon.....
y no la tiene ninguno.
Y aunque imposible parezca,
¡tal las pasiones se agitan!,
que la paz se restablezca
de que todos necesitan,
yo haré quizá este prodigio
si maridos y mujeres
para fallar su litigio
me confian sus poderes.—
Todos callan. Buen agüero.—
Recto será el tribunal.—
Vamos por partes.—Primero
oigamos al General.

[*Micaela y D. Eusebio se sientan á bastante distancia uno de otro, y ambos se muestran tristes y pensativos.*]

General. Yo, ni de nadie me quejo
ni con nadie quiero riña.
Hice muy mal siendo viejo
en dar la mano á una niña.
Ciego, como la deidad
á quien di tardo tributo,
de aquella temeridad
ahora recojo el fruto;
¡y gracias que saco ileso
mi honor del torpe letargo!,

porque el fruto, lo confieso,
áun pudo ser más amargo.
Pero á Dios, que en la cohorte
fatal contarme no quiso,
plugo darme por consorte
un ángel del Paraíso:
mujer cuyo puro labio
con nobleza sin ejemplo
donde temia un agravio
acaba de alzarme un templo:
mujer ya sublime, oh Cielos!
con sólo haber aguantado
mis impertinentes celos
y mi genio endemoniado;
mujer que víctima ha sido
del mal astro en que nació....,
y en fin digna de un marido
ménos agreste que yo.

Carlota. Ah! Dios sabe que mi pecho.....

General. Perdona: pronto concluyo.
No está el deshacer lo hecho
ni en mi poder ni en el tuyo.
Mas no quiero que oprimida
por la vejez que me abruma
esa juventud florida
se marchite y se consuma.
Hoy me separo de ti.....

Luisa. ¿Qué escucho!

General. No por desvío
ó temor..... Es porque así
lo piden tu bien y el mio.
Sí; pues digno yo no soy
de poseer tal tesoro,
la postrer prueba te doy
de la fe con que te adoro.
Goza en libertad honesta
de tus juveniles años,
sin esta carga molesta
de achaques y desengaños;
y vive—lo quiero así—
holgada, si nó opulenta:
sólo quede para mí
el décimo de mi renta;
y áun es mucho, que la gota
á ser sobrio me ha enseñado,
y á mí me basta, Carlota,
con la racion de un soldado.

Carlota. Jamás!...

Micaela. (Qué ejemplo!...)

Carlota. No soy
tan infame.....

Luisa. General!....

Eusebio. (Qué hombre! Avergonzado estoy
de haberle querido mal.)

Carlota. Á mí, que á labrar no acierto
la dicha del que elegí,
y sin él será un desierto
este mundo para mí,
á mí es á quien sólo toca
en un convento encerrada
poner término.....

Luisa. Estás loca?
Ni á él ni á ti. Pues ¡ahí es nada!
Separarse! Y por qué? ¿Y cuándo
les ocurre ese proyecto?
Cuando pruebas se están dando
de su recíproco afecto.
¡Separarse dos esposos
que se estiman, se compensan,
y que hasta en ser generosos
acordes obran y piensan!....
Quién alteró vuestra paz?—
Cada cual su error confiese.—
Él porque era suspicaz;
tú por sentir que lo fuese.
Un tercero entre los dos
se atraviesa....; mas le trajo
la providencia de Dios,
que echando por el atajo,
ilustrar quiso á la dama
con la prueba del crisol
que mostró pura su fama
como los rayos del sol.
Y él en hora tan propicia
pudo ver sin telescopio
que ni la hacía justicia
ni se la hacía á sí propio.
¿Á qué pues esa partida
ridícula, absurda, infanda,
cuando todo les convida
á vivir como Dios manda?
Tú de sus blancos cabellos,
cariñosa como sueles,
te ufanarás, porque á ellos
ciñe gloriosos laureles:
usted, que ya no es celoso.....

General. No!

Luisa. Ya no querrá iracundo
ni atentar á su reposo
ni secuestrarla del mundo.

General. ¡Si ella me amase..... Yo oí
que..... otro se lo preguntó.....

Luisa. Bien.

General. Y no dijo que sí!

Carlota. Y acaso..... dije que no?

Luisa. Ya ve usted;... lengua y semblante
distan de mostrar desden;
mas ¿quién se confiesa amante
de quien no le trata bien?

General. Yo juro....

Carlota. Yo.....

Luisa. (Qué pelmazos!)

[*Al General mirando á Carlota.*]

Llanto de sus ojos brota.....

[*Á Carlota.*]

Para cuándo son los brazos?

Carlota. [*Echándose en los del General.*]

Esposo mio!

General. Carlota!

Luisa. Así, así! Gracias á Dios!

Carlota. Luisa!

[*La abraza.*]

General. [*Tomando afectuosamente su mano.*]
Incomparable amiga!....
Luisa. [*Mostrando el otro matrimonio.*]
No más!—Falta.....
General. [*Comprendiendo.*] Ya.
[*Se retira con Carlota por la izquierda dándola el brazo y manifestando los dos sumo placer. D. Eusebio y Micaela se levantan.*]

ESCENA XXVI.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO.

Luisa. Y van dos.—
Ahora ustedes. (Qué fatiga!)
A entrambos—nadie se enoje!—
si hemos de hablar en razon,
de medio á medio les coge
la antecedente leccion;
y pues su mutuo interes
les aconseja.....
Micaela. Inhumano!
Vil! ¡Yo le he visto á los piés
de otra mujer!
Luisa. Pero en vano.
Un recuerdo.....
Micaela. Inoportuno.
Luisa. Justo, natural.
Micaela. Cruel.
Luisa. ¿No quiso usted á ninguno
ántes de quererle á él?
Micaela. Oh funesto error!
Eusebio. Y el mio?
Luisa. Pero.....
Eusebio. Ay necio!
Micaela. Ay desdichada!
Luisa. ¿Á qué ese pesar tardío
que ya no conduce á nada?
Que miren cómo y con quién
ántes de casarse dos,
y si no les sale bien,
qué hacer? Llevarlo por Dios.—
Pero ántes que otra locura
áun más grande los disperse,
con talento y con cordura
pueden llegar á entenderse;
que cuando enferma un consorcio
de achaques de desamor,
mal remedio es el divorcio,
y el escándalo ¡peor!
Aun los que de amor vehemente
cedieron á la influencia
necesitan un frecuente
toma y daca de indulgencia.
Que no se amen ni se mimen
si uno al otro no conviene;
mas siquiera ¡que se estimen
por la cuenta que les tiene!
y pues ya dobló sus cuellos
la coyunda, pese al diablo!....
tengan presente ellas y ellos
la epístola de San Pablo.
Esto vale contra el duende
más que todos los conjuros,
y sólo así se comprende
aquello de los seguros.
Micaela. Su palabra es eficaz.....
Eusebio. Porque en la razon se encierra.
Micaela. Y yo deseo la paz.
Eusebio. Y yo no quiero la guerra.
Luisa. Pero *grátis et amore*
no se logrará el nivel.....
[*Á Micaela.*]
Qué exige usted?
Micaela. Que me adore
como yo le adoro á él.
Luisa. [*En voz baja á Micaela.*]
Por fuerza á nadie se adora;
y la fe no se cohecha;
y no hay que olvidar, señora,
lo que va de fecha á fecha.
Micaela. (Ah!)
Luisa. [*Á D. Eusebio.*]
¿Usted.....
Eusebio. Que dé á Barrabas
la musa, el plectro y el canto,
y me considere más,
y no me requiebre tanto!
Luisa. [*Aparte á D. Eusebio.*]
La pobre no es maravilla
que de su triunfo haga alarde.
[*Aparte á Micaela.*]
La mujer que al hombre humilla
lo paga temprano ó tarde.
[*Aparte á D. Eusebio.*]
Un poco de tolerancia.
[*Aparte á Micaela.*]
La poesía es gran cosa.....
[*Aparte á D. Eusebio.*]
La vejez es otra infancia.
[*Aparte á Micaela.*]
Pero el matrimonio es prosa.
[*Aparte á D. Eusebio.*]
Haga usted en su provecho
de necesidad virtud.
[*Aparte á Micaela.*]
Lo que por amor no ha hecho
hágalo por gratitud.
Micaela. Siempre pensó mi ternura

nombrarle único heredero,
y hoy mismo haré la escritura.....
Eusebio. No la admito, no la quiero.
Luisa. Por qué? Lo hace de buen grado.....
Eusebio. En vez de esa condicion,
para vivir á su lado
pongo otra, *sine qua non.*
Micaela. Cuál? (Tengo el alma en un hilo.)
Luisa. Cuál?
Eusebio. Nada injusto reclamo.
Harto tiempo fuí pupilo:
de hoy más, quiero ser el amo.
Luisa. Oh! Sí; él debe ser cabeza.....
Micaela. No hay miedo que yo lo impida.—
Además, así lo reza
la epístola consabida.
Luisa. Su decoro.....
Micaela. En eso estoy.
Luisa. Tambien lo exige.
Micaela. El de entrambos.—
Áun más: renuncio desde hoy
á idilios y ditirambos.
Luisa. Bravo!
Eusebio. (Ya no soy Mireno!)
Micaela. Dicte pues el tribunal
nuestra sentencia.
Luisa. Os condeno.....
á un abrazo muy cordial.

[*Micaela corre á los brazos de don Eusebio.*]

Micaela. Ah! Con vida y alma.
Eusebio. Y yo.
Micaela. Me amas?
Eusebio. Sí.
Micaela. Oh gozo imprevisto!
Eusebio. (Cómo ha de ser! Más pasó
por nosotros Jesucristo.)

[*Aparecen por entre los árboles los otros dos matrimonios.*]

Luisa. (Y van tres! No lo creyera.
Me abruma tanto trofeo.)
El almuerzo nos espera.
Eusebio. Vamos.
Micaela. Gloria al Himeneo!

ESCENA XXVII.

LUISA. CARLOTA. D. EUSEBIO. EL GENERAL. LA CONDESA. EL CONDE.

General. Gloria á Luisa!
Conde. Viva!
Todos. Viva!
Luisa. Esos vítores, no á mí,
queridos;

[*Mirando al cielo.*]

al que está arriba
se deben.....
Condesa. Y á ti!
Carlota. Y á ti!

ESCENA ÚLTIMA.

LUISA. MICAELA. D. EUSEBIO. CARLOTA. EL GENERAL. LA CONDESA. EL CONDE. MARTIN.

Luisa. Qué hay?
Martin. El amo.....
Luisa. Mi marido!....
Martin. Llega ahora mismo.
Luisa. Oh ventura!
Eusebio. No podia haber venido
en más feliz coyuntura.
Luisa. Y al triunfo de que me engrío
¿cupiera más dulce premio?—
Volemos..... Gracias, Dios mio!...;
que yo tambien soy del gremio.



EL VALOR DE LA MUJER,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Estrenada en Madrid (teatro de Variedades) el dia 16 de Octubre de 1852.

PERSONAS.

JACINTA.	CÁNDIDO.
JACOBA.	EL MARQUÉS.
DOÑA SALOMÉ.	UN LABRADOR.

CRIADOS.

La accion pasa en una quinta en las inmediaciones de Córdoba.

ACTO PRIMERO.

Jardin. Puerta y fachada interior de la quinta á la derecha del actor: á la izquierda, entre árboles, un pabellon con la puerta sobre tres ó cuatro gradas, y dos ventanas mirando á los bastidores de la derecha: tapia con verja en el foro: dos bancos de piedra en el proscenio: en medio un velador, tambien de piedra. La misma decoracion servirá para los dos actos siguientes.

ESCENA I.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS.

[*Doña Salomé vestida para paseo; el Marqués en traje de montar. Ambos aparecen sentados en un banco de piedra á la derecha.*]

Salomé. ¡Válgame Dios, qué impaciencia
tan.....
Marq. Es natural, señora;
es la misma que sin duda
tuvo usted cuando fué novia,
hasta que al pié del altar
ciñó á su sien la corona
nupcial. Ó su hija de usted
me ama ó no me ama.....
Salomé. Le adora
á usted.
Marq. Esa persuasion
algunas veces me colma
de satisfaccion y orgullo.....
Salomé. ¡Cuando yo digo.....
Marq. Pero otras.....
Salomé. Qué?
Marq. Dudo...., me desespero.....
Es voluble, caprichosa.....
Salomé. Ella? Bah! Pobre muchacha!
Tiene las vivezas propias
de su edad y esa gentil
bizarría que enamora,
que encanta; pero en el fondo
es una tierna paloma.
Marq. Pues ¿por qué retarda tanto
el momento de mi gloria,
de mi dicha?
Salomé. Acaso teme
que la pasion amorosa
de usted no sea tan firme,
tan entrañable, tan sólida

como usted mismo presume.

Marq. No la pido para esposa?
Si esto no es acreditar
mi amor en debida forma,
no sé.....

Salomé. Hará apénas un mes
que nos tratamos, y.....

Marq. Sobra
para abrasar en amores
con las gracias que atesora,
no el mio, que es blanda cera,
sino un corazon de roca.
Mas para rendir el suyo
habrá menester Jacoba
sin duda aguantar un sitio
tan largo como el de Troya.

Salomé. Eh, nada de eso!—En fin, hoy
saldrá usted de esa congoja.
La interpelaré, y no dudo
que, á más tardar, en la próxima
semana se firmarán
los contratos de la boda.

Marq. Seré el más feliz..... Y qué hace?
Dónde está?

Salomé. Pregunta ociosa.
¿No han de cabalgar ustedes
dándome los dos escolta?

Marq. Sí, mas ya ha tenido tiempo
sobrado.....

Salomé. Ni en media hora
acaba. ¿Es grano de anis
el vestirse de amazona?

Marq. Qué bien le sienta ese traje!

Salomé. Sí; como es tan buena moza,
aunque á mí no me está bien
el decirlo, y tan airosa,
tan varonil.....

Marq. ¡Con qué brio
sobre el overo galopa!
Cuán firme y diestra le rige!
Á llevar morrion y cota,
¿quién mirando su apostura
no diria: esa es Belona?

Salomé. Es mucho despejo el suyo!
Pues ¿y tirar con pistola
ó con escopeta al blanco?
Vamos, es otra Cenobia,
otra..... ¿Cómo se llamaba
la reina de Babilonia....,
aquella..... Doscientas veces
la oí cantar en la ópera,
y no recuerdo.....

Marq. Semíramis.

Salomé. Pues.

Marq. Ni ese valor que asombra
y esa gentileza ecuestre
presumo yo que se opongan
á los dulces sentimientos
de que su sexo blasona.

Salomé. Es claro.

Marq. Será consorte
fiel y madre cariñosa.....
Yo me complazco en creerlo
así.....

Salomé. Y con razon. No obsta
lo sensible á lo valiente.—
No era tan emprendedora
seis meses ha. Pobrecita!

Marq. Cómo!....

Salomé. ¿Ve usted esa rosa
fresca, galana, arrogante?
Pues, como lirio que agosta
sol abrasador, la vi
lánguida, abatida, pocha.....

Marq. ¿Enfermó.....

Salomé. Sí; cayó en cama
con una afeccion nerviosa
tan tenaz, que eran inútiles
cuantos jaropes y drogas
le recetaron. Por dicha
estaba entónces en Córdoba
mi buena hermana Dolores,
que, establecida en Chipiona,
vino á pasar una breve
temporada con nosotras.—
Yo curo, dijo, á esa niña
sin más emplastos ni pócimas
que llevármela conmigo
donde respire la atmósfera
apacible del Atlántico
y la refresquen sus olas.—
Lo aprobó el doctor, sin duda
por temor de que Jacoba
muriese en sus manos, viendo
que ya se iba por la posta.
Preparóse pues el viaje
y partieron sin demora.—
Yo no pude acompañarlas,
porque áun duraba la historia
de la testamentaría
de mi marido, que goza
de Dios.—Pues, señor, ni mano
de santo. Apénas la góndola
rodó por el arrecife,
se sintió más animosa
la enferma, y no bien aspira
aquel ambiente, se esponja,
se fortalece; los baños
de mar completan la obra,
y á los tres meses de ausencia
vuelve á mis brazos tan otra,
que no la hay más rozagante
diez leguas á la redonda.

Marq. Yo celebro.....

Salomé. [*Levantándose y tambien el Marqués.*]
Siento pasos.....

[*Mirando hácia la casa.*]

Ella será..... No; es la sosa
de su prima.

Marq. Sosa? No:
modesta, tímida.....

Salomé. Ñoña,
pedestre.....

ESCENA II.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS. JACINTA.

Jacinta. [*Con un libro en la mano.*]
Muy buenos dias.
Marq. Felices, Jacinta hermosa.
Salomé. Y Jacoba?
Jacinta. Está acabando
de vestirse.
Marq. Hola, hola!,
lectura..... Alguna novela?
Jacinta. No.
Salomé. Tiene humos de doctora
mi sobrina.
Jacinta. [*Al Marqués, dándole el libro.*]
Vea usted.....
Marq. [*Leyendo el tejuelo.*]
«La Santa Biblia.»
Salomé. (Gazmoña!)
Marq. Bien. (Es un ángel!)
[*Abriendo el libro por un registro y leyendo.*]
«*Mulierem*
fortem ¿quis inveniet?»
Salomé. Oiga!
Eso me suena á latin.
Quién te ha enseñado ese idioma?
Jacinta. No sé latin; pero al márgen
del texto está en cada hoja
la traduccion castellana
por el obispo de Astorga.—
No sabía que el Marqués
estaba aquí, y á la sombra
de aquellos árboles iba
á leer.....
Salomé. Quién te lo estorba?
Jacinta. Como hoy es dia de fiesta.....
Salomé. Bien; lee y no nos corrompas.
Marq. (Pobre chica!)
Jacinta. Con permiso
de ustedes.
[*Se sienta en el banco de la izquierda y lee para sí.*]
Salomé. ¡Miren la hipócrita.....
Marq. La juzga usted con sobrado
rigor. Ocupar las horas
de ocio en piadosas lecturas
ú obras de misericordia
es virtud.....
Salomé. Hoy viene usted
muy seráfico.
Marq. Señora.....
Salomé. Y aquel *forte* y aquel *quis*
¿qué son en lengua española?
Marq. «Dónde está la mujer fuerte?
Quién la hallará?»
Salomé. Toma, toma!
En Vizcaya y en Asturias
y en Galicia lo son todas.
Marq. No habla Salomon de fuerza
muscular.
Salomé. Pues ni esa ni otra
hay que buscar en mi insípida
sobrina.
Marq. (Vamos, ¡la odía
de muerte!)
Salomé. No es para nada.
Marq. Pues ella es muy hacendosa.....
Salomé. Eso sí.
Marq. Y hace primores
con sus manos.....
Salomé. Pche! bicocas
de mujer vulgar.
Marq. No obstante.....
Salomé. Jacobita es otra cosa.
¡Qué donaire..... y qué presencia
de ánimo..... Nada la asombra.
Si no parece mujer!
Marq. Eso.....
Salomé. Es á prueba de bomba.
Marq. ¡Ay, señora, en la desgracia
las virtudes se acrisolan,
y ella no le ha visto el rostro
todavía!
Salomé. Eso ¿qué importa?
Marq. Si Dios pone á prueba un dia
esa fortaleza heroica,
¿quién sabe.....
Salomé. En la suerte adversa
sería como en la próspera
fuerte, incontrastable..... Pero
eso es hablar de memoria.
Rica, bella, bien nacida,
y discreta, y en la aurora
de la juventud, ¿qué males
puede temer, qué zozobras.....
Ay! sí, sí; fatal acaso
será la nupcial antorcha
para ella.
Marq. Por qué?
Salomé. Los hombres.....
Marq. Mi amor.....
Salomé. Sí, buenas y gordas!...
Muy rendidos cuando novios,
mucho arrullar á la tórtola,
y despues.....
Marq. Señora!..
Salomé. Pérfidos!
Marq. Óigame usted...
Salomé. ¡Y áun hay tontas...
Marq. Oh!....

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS. JACINTA. JACOBA.

[*Sale Jacoba en traje de montar y con látigo.*]

Jacoba. Qué es eso?
Marq. Nada ya,

pues en ese rostro asoma
el íris.....

Jacoba. Riñen ustedes?

Marq. No tal. Mi señora doña.....

Salomé. ¡Hum.....

Marq. Salomé ha interpretado
mal.....

Salomé. Puede; pero es tan posma
cuando da en filosofar.....

Marq. Yo no.....

Jacoba. Por supuesto, en contra
del sexo.....

Marq. Yo? Ni soñarlo.
El que ama no filosófa;
y harto sabe usted, ingrata,
que mi alma.....

Jacinta. [*Dando un grito agudo, levantándose sobresaltada y dejando caer el libro.*]
Ay!

Salomé. Quién alborota?

Jacinta. [*Corriendo desatentada.*]
Jesus!

Jacoba. Jacinta!

Jacinta. Amparadme!

Jacoba. Qué tienes?

Salomé. Por qué te azoras?

Marq. Sosiéguese usted.....

Jacinta. [*Mirando aterrada hácia el banco donde estuvo sentada.*]
Allí.....
Allí estaba.....

Jacoba. Quién, miedosa?

Jacinta. Un bicho..... Una..... Ya se mueve
otra vez..... Dios me socorra!

[*Se sube sobre el banco de la derecha.*]

Jacoba. [*Riéndose.*]
Ah! ya la veo..... Ja, ja.....
Una lagartija!

Salomé. Tonta!

Jacoba. Un chasquido de mi látigo
basta para que se esconda
en el centro de la tierra.

[*Hace chasquear el látigo.*]

Jacinta. [*Algo repuesta del susto.*]
Ah!

Marq. [*Dando la mano á Jacinta para que baje del banco.*]
Baje usted y deponga
todo temor. No es maligno
ni cria mortal ponzoña
tan inocente reptil.

Salomé. ¿Por qué no se mete monja
esa infeliz?

Jacinta. No soy dueña
de mí, aunque luégo conozca
mi flaqueza y la confiese,
cuando á mi vista se enrosca
y se arrastra.....

[*Con estremecimiento.*]

herr!... un inmundo
animal.....

Marq. ¿Quién no perdona
á su sexo delicado,
tierno.....

Salomé. Vamos, ven; recobra
tu espíritu. Quieres tila?

Jacinta. Ya estoy bien..... Agua..... Yo sola
puedo.....

Salomé. No. Yo voy contigo.

[*Da el brazo á Jacinta.*]

Jacinta. Gracias.

Salomé. Te echaré unas gotas
de azahar.

Jacoba. Sí, sí.

Salomé. Hasta luégo.

Jacoba. [*Sonriéndose.*]
Que te alivies.

[*Al Marqués.*]

Es de alcorza.

ESCENA IV.

JACOBA. EL MARQUÉS.

Marq. No hay por qué burlarse de ella;
que no es cosa tan extraña
asustarse una doncella
viendo cualquier musaraña.
Tal vez el hombre de fibra
más fuerte y mayor denuedo
á su pesar no se libra
de pagar tributo al miedo.
Tal, que muestra en la campaña
la bravura de Viriato,
en frio sudor se baña
cuando se espereza un gato.
No es justo, siendo su ser
tan distinto desde Adan,
que se pida á una mujer
el valor de un capitan.
Ni sólo al hombre atribuyo
del valor el alto don:
cada sexo tiene el suyo
segun su organizacion.
No es dado á toda belleza
el belicoso ardimiento;
mas tambien hay fortaleza,
Jacoba, en el sufrimiento.
Ellas en la adversidad,
sin soñar lauros ni templos,
de abnegacion, fe y piedad

nos dan insignes ejemplos.
Nuestras acciones más bellas
hijas del orgullo son;
pero el heroísmo de ellas
brota de su corazon.
Jacoba. Gran plática! Hoy me convierto.
Marq. Jacoba!....
Jacoba. Qué bien lo pinta!
Mucha lástima es por cierto
que no le oiga á usted Jacinta.
Marq. Por qué?
Jacoba. Ese arrebato lírico,
que acaso mal comprendí,
¿es para ella panegírico,
ó sátira para mí?
Marq. Ni uno ni otro.
Jacoba. Si usted la halla
tan perfecta, no hay remedio,
reverso de su medalla,
yo debo causarle tedio.
Ella á su esfera se ajusta,
dulce, humilde, santa y boba,
y yo manejo la fusta
con más gusto que la escoba;
luego yo estoy muy detras.....
Marq. No!
Jacoba. Sí! Hable usted sin empacho.
No le ha faltado á usted más
que llamarme marimacho.
Marq. No, por Dios! Quién piensa tal?
Te juro, Jacoba mia,
que yo hablaba en general
y á nadie me contraía.
Por cabalgar una dama,
si así lo quiere la moda,
no compromete su fama
ni descompone una boda.
Manejar mi dulce prenda
puede con la misma gala
en el paseo la rienda
y el abanico en la sala;
ni incurrirá en mi entredicho,
miéntras no lo haga costumbre,
cuando por gracia ó capricho
á una pistola dé lumbre.
Y este garbo excepcional,
que en cualquier dama tolero,
¿puede parecerme mal
en la hermosa por quien muero?
Jacoba. Gracias; pero es tarde ya,
que, aunque se bañe de almíbar,
amarga siempre será
una píldora de acíbar.
Marq. Es injusta esa querella,
y tú lo sabes muy bien,
pero necesitas de ella
para paliar tu desden.
Jacoba. Paliar! Aun eso me irrita;
que para querer ó no,
pretextos no necesita
una mujer como yo.—
Y cuando yo los buscara,
¿no es agravio por ventura
que usted ensalce en mi cara
á tan vulgar criatura?
Marq. Duélome del hado impío
á que humilde se resigna;
lamento el cruel desvío
de que no la creo digna.
Jacoba. Lindo! ¿Qué crueldad es esa
que le pone á usted tan triste?
No se le da cama y mesa?
No se la calza y la viste?
Con humillante servicio
hoy ganaria la sopa,
ó tal vez en un hospicio
estaria hilando estopa,
si, huérfana desvalida,
no hubiera hallado poco ha
tan generosa acogida
en los brazos de mamá.
Marq. Dar el pan es buena obra;
pierde su prez, sin embargo,
si con desprecios se cobra
y la altivez lo hace amargo.—
No te ofenda la franqueza
de quien te ama con pasion.
Tú, yo lo sé con certeza,
tienes muy buen corazon;
pero el demasiado mimo
quizá.....
Jacoba. Basta! Me impaciento.
Marq. Mis consejos.....
Jacoba. Los estimo,
pero no vienen á cuento.
Yo no sufro en quien me ame
un censor atrabiliario
que á su tribunal me llame
como al de un confesonario.
Marq. ¡Si yo.....
Jacoba. De tal repasata
la causa no se me esconde.
Chismes de esa mojigata
que tan mal me corresponde.
Marq. No; lo juro por mi honor.
Al contrario.....
Jacoba. Oh! basta ya.
Marq. Bien, basta; pero..... mi amor.....
Jacoba. Jacinta lo premiará.
Marq. No es ella á quien los desvelos
de un cariño sin falacia
consagro yo, y esos celos.....
Jacoba. Celos yo? Y de ella! Qué gracia!
Marq. De esa respuesta se infiere
que usted, ingrata.....
Jacoba. Otra arenga?
Piense usted lo que quisiere:
yo haré lo que me convenga.
Marq. Pues bien, por siempre me aparto
de usted.
Jacoba. Sí?
Marq. El cielo es testigo;
que ya estoy harto y más que harto
de que juegue usted conmigo.
Jacoba. De véras?
Marq. Oh! sí, señora.

Jacoba. [*Riéndose.*]
Bah!
Marq. Qué?
Jacoba. Apostemos, Marqués,
á que ántes de un cuarto de hora
le veo á usted á mis piés.
Marq. No, nunca! Yo no hablo en chanza.
Sería un necio, un infame.....
Mas no pierdo la esperanza.....
Jacoba. De qué?
Marq. De que usted me llame.
Jacoba. Yo? Qué fatuidad!
Marq. Bien sé.....
Jacoba. ¿Tanto vale useñoría.....
Marq. No por amor.....
Jacoba. Pues ¿por qué?
Marq. Qué sé yo? Por tiranía.
Mas no vendré. Mi cabeza
siegue afilada segur
primero.....
Jacoba. Sí, sí; firmeza!
Marq. Adios para siempre!
Jacoba. Abur.

[*Al volver la espalda el Marqués en direccion de la verja, asoma por el pabellon Cándido, y Jacoba le sale al encuentro.*]

ESCENA V.

JACOBA. EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Jacoba. Cándido! (Viene á propósito.)
Cándido. Jacoba amable!
Marq. [*Deteniéndose.*] (¿Qué escucho!)
Jacoba. Al fin te veo! ¡Horas y horas
encerrado como un buho
en el pabellon!
Cándido. ¿Qué quieres!....
Marq. (No miran. Aquí me oculto.)

[*Se oculta entre unos árboles y observa.*]

Cándido. Es preciso repasar.....
Jacoba. Cómo! ¡Entregarse al estudio
con tanto afan! Bien estabas
para eso en el instituto
de Córdoba; y si mamá
de su director obtuvo
quince dias de licencia,
fué para que el aire puro
de está posesion campestre
te diese solaz, y el gusto
se nos cumpliese á nosotras
de que tan apuesto alumno
nos sirviese de escudero.
Marq. (Oiga!)
Jacoba. (No se ha ido.)
Cándido. Mucho
te agradezco, prima mia,
tanta fineza.....
Marq. (¡Hum..... Yo sudo.)
Cándido. Pero hay dia para todo.
Jacoba. (¡Cómo... ¿Habrá necio...)
Marq. (No es ducho
en el arte el escolar.)
Cándido. Sintiera perder el curso.....
Ni te hace falta mi brazo
inexperto cuando el suyo
te ofrece todo un marqués,
hombre de chapa y de mundo.
Jacoba. No es lo mismo. Él no es de casa.
Cándido. Lo será, segun barrunto,
muy en breve.
Jacoba. No lo creas.
Cándido. Pues ¡qué! ¿no es ya tu futuro?
Jacoba. No congeniamos.
Marq. (Inicua!)
Cándido. Pero.....
Jacoba. Me irrita su orgullo.
Marq. (Falsa!)
Cándido. Orgullo! En merecer
tu mano, si tiene alguno,
sin duda lo fundará.
Jacoba. Lisonjas?
Marq. (Hum! No es tan zurdo
como creí.)
Cándido. No es lisonja
pagar sincero tributo
á la verdad. Tú eres bella,
graciosa, jovial.....
Marq. (Me pudro.)
Jacoba. (Bien!) El afecto de primo
quizá te engaña.
Cándido. Presumo
que no. Tambien tienen ojos
los primos.
Marq. (Hoy le sepulto.)
Jacoba. Gracias..... Con más entusiasmo
ya habrás fijado los tuyos
en otra jóven.....
Cándido. No, á fe.
Hasta ahora han sido mis únicos
amores.....
Jacoba. Cuáles?
Cándido. Los libros.
Áun no tengo cuatro lustros;
y, ya ves tú, sin carrera
ni empleo, sería absurdo.....
Jacoba. ¿Por qué.....
Cándido. Sí; yo me conozco.
Jacoba. Eso es llevar á lo sumo
la modestia y la.....
Marq. (Traidora!)
Cándido. Y no creas que es de estuco
mi corazon. Siento en él
cierto anhelo..., así..., un impulso...
Marq. (Se va haciendo interesante
el diálogo.)
Cándido. Mas ya abuso
de tu bondad.....
Jacoba. No por cierto.
[*Tomándole el brazo.*]

Demos una vuelta juntos.....
(Este es el golpe de gracia.)
Marq. (Oh!....)
Cándido. [*Andando con Jacoba hácia la izquierda.*]
Sabes que soy tu súbdito...
Jacoba. Mi escudero, mi galan.....
Cándido. Oh Jacoba! Á tanto triunfo
no me es dado.....

[*Desaparecen por el arbolado. El Marqués sale al proscenio.*]

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.

¡Ira de Dios.....
¡Á él finezas, á mí insultos.....
No hay más; me deja por él!
¡Por un mocosuelo estúpido,
imbécil, que la posterga
á Virgilio y Quinto Curcio!
¡Y ella misma, infame Circe,
con lisonjas, con arrullos
le halaga, le abre los ojos.....
¡Quién me dijera, hado injusto,
que un rival me reservabas
en semejante..... Y lo sufro!—
Ya se han perdido de vista.....
¿Qué hago que no le desnuco,
y á ella.....

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. JACINTA.

Jacinta. [*Dirigiéndose hácia el banco donde estuvo sentada.*]
El libro.....
Marq. ¡Oh mi buena
Jacinta!
Jacinta. Está usted convulso.....
Qué es eso? Qué tiene usted?
Marq. Esa pérfida..... ¡Al sepulcro
me llevará!
Jacinta. Quién?
Marq. Jacoba.
Mintió su labio perjuro.
Jacinta. ¡Es posible.....
Marq. Me desprecia,
me vende.....
Jacinta. Ella!
Marq. Como el humo
se disipó mi esperanza.—
Ya me ha dado un sustituto.
Jacinta. ¿Qué oigo!....
Marq. Y sabe usted quién es?
El colegial boquirrubio.
Jacinta. Cándido? Aprension será
de usted.....
Marq. No; lo sé; lo juro;
lo he visto; le ama; los dos,
despues de dulces preludios
de que yo he sido testigo,
se han ido hace ocho minutos
por ese jardin adentro.....
Jacinta. No hay fundamento ninguno
para esos celos. Son primos.....
Marq. Miren qué tacha les puso!
Ay! si Dios no hace un milagro,
el primo, ya no lo dudo,
seré yo..... en la otra acepcion
que da á esa palabra el vulgo.
Jacinta. ¡Es posible que hable así
hombre de tan buen discurso!
Usted se ofusca, Marqués.....
Marq. No, señora; no me ofusco.
Jacinta. Sí tal. No es digna Jacoba
de esos recelos injustos.
Marq. Oh! de lo que ella no es digna
es del tierno amor que iluso
le juré.
Jacinta. (Triste de mí!)
Marq. Será inexpugnable muro
su honor; convengo. Mas sólo
en la castidad no fundo
la virtud de una mujer.
A ella....; de rubor me cubro,
pero es fuerza confesarlo;
le faltan los atributos
más laudables de su sexo,
aunque modestos y oscuros;
la bondad, la mansedumbre,
la ternura, el don infuso
de hacerse querer, sin fausto,
sin hacer pesado el yugo
de su cariño..... Ay, Jacinta!
Si estuviese en manos de uno,
y no en las de su destino,
guiar con certero rumbo
sus pasiones, no es á ella
á quien tan ardiente culto
rindiera mi corazon.
Jacinta. (¡Santo Dios, sé tú el escudo
del mio!)
Marq. Pero sus gracias
me hechizan y en vano lucho
contra..... Perdóneme usted,
Jacinta; yo la importuno
con mis quejas, con mis cuitas.....
Jacinta. (Ay!) No, señor.
Marq. Yo perturbo
tal vez la calma inefable
de un ángel cándido, puro
cuyo pecho no destrozan
en borrascoso tumulto
las pasiones.....
Jacinta. (Oh suplicio!)

Marq. Pero mi postrer recurso,
Jacinta, mi único amparo
es usted.
Jacinta. ¡Triste refugio
es el de una pobre huérfana
á quien en suerte no cupo
otro don, y ese tal vez
présago de nuevo luto,
que el de una conciencia sana
y un corazon que no pudo
jamás ver indiferente
los ajenos infortunios!
Marq. Alma bella!
Jacinta. Mas si puedo,
tal como al Señor le plugo
que yo sea, hacer á usted
algun servicio, con sumo
placer.....
Marq. Sí, sí. Por de pronto,
sáqueme usted de este apuro.
Vaya usted á interrumpir,
que ya es sobrado difuso,
aquel amante coloquio.
Jacinta. Iré.
Marq. Y si con disimulo
pudiese usted sondear.....
Jacinta. Yo lo haré, aunque dificulto.....
Sabe usted que con Jacoba
tengo yo muy poco influjo;
pero me distingue usted
con su estimacion, y es justo
que en cuanto de mí dependa
le muestre yo mi profundo
agradecimiento. Voy.....
Marq. Sí, pronto, que me consumo.
Jacinta. [*Yéndose por la izquierda.*]
(¡Pobre corazon opreso,
perdónale el dardo agudo
con que te hiere! ¡Él no sabe
que es tu ídolo..... y tu verdugo!)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.

Sí, quizá ha sido aprension.....
No; el agravio es evidente.
¡Y áun doblo humilde la frente.....
Vergüenza! oprobio! baldon!
No más! ¡Sea yo maldito
si vuelvo.....
[*Viendo á Cándido, que atraviesa el foro de izquierda á derecha.*]
Mas ¿no es aquel
el victorioso doncel.....
[*En alta voz.*]
Oiga usted, caballerito!

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Cándido. Quién llama con tanto imperio?
Marq. Quien puede.
Cándido. Usted...
Marq. Voto á briós!...
Tenemos que hablar los dos.
Cándido. De qué?
Marq. De un asunto serio.
Cándido. Sepamos.....
Marq. Yo amo á Jacoba.
Cándido. Ya lo sé, y hace usted mal.
Marq. Por qué, insolente rival?
(Ya está visto: me la roba.)
Sabré quebrantar su red
sin que otro me lo aconseje,
pero ántes que yo la deje
quiero escarmentar á usted.
Cándido. A mí? (Pues eso me falta!)
Cómo?
Marq. No hay que hacerse el tonto.
Armas, sitio y hora; ¡pronto,
que la bílis se me exalta!
Cándido. La ocurrencia es singular....
Marq. Eh?
Cándido. Y merece que se imprima.
¡Tras de burlarme mi prima
usted me quiere matar!
Marq. ¿Qué oigo!
Cándido. Digo pura y neta
la verdad. Yo soy un hombre
cándido como mi nombre
y ella una insigne coqueta.
Sin soñar Fílis ni Clóris,
á ser aspiraba yo
peritus juris, y no
á ser *peritus amoris;*
mas Jacoba ¿á quién no emboba
cuando en ser amable da?...
Porque usted no negará
que es muy bonita Jacoba.
Marq. Bien.....
Cándido. Por un raro capricho
hoy con boca de jarabe
y ojos... Qué ojos!...
Marq. Oh!
Cándido. ¿Quién sabe
los piropos que me ha dicho?
Marq. Sí. Adelante.
Cándido. Soy exacto.
Su brazo se apoya luégo
en el mio..... Oh Dios, qué fuego!
Su magnético contacto.....
Marq. [*Entre dientes.*]
¡Hum.....
Cándido. Bufa usted con razon.
Marq. [*Incomodado.*]
Oh!....
Cándido. En dos palabras, Marqués;

caigo extático á sus piés
y me rindo á discrecion.
Lo natural de aquel lance
era abrirme su terneza
los brazos; que así lo reza
más de un curioso romance;
pero, oh rigor inaudito!,
viéndome así la taimada,
disparó una risotada
que me dejó tamañito.

Marq. (Respiro!)

Cándido. Tronar intento
contra su perfidia atroz,
y se me atasca la voz,
y la risa va en aumento.
Por fin, la aleve coqueta
me dijo en tono muy seco:
¡Vaya á estudiar el muñeco
y déjeme el alma quieta!

Marq. (Albricias!)

Cándido. Si su desden
no es bastante, ahora de recio
zúrreme usted; que por necio
me estará bien y muy bien.

Marq. Zurrarle á usted! Al contrario.

[*Dándole la mano.*]

Soy su amigo verdadero.

Cándido. Gracias.—Qué ensayo! Oh! primero
que á mí me pesque el vicario.....

Marq. ¡Triste error.....

Cándido. Infame ardid!

Marq. Vamos, juicio!.... Ya pasó.....
Usted no la amaba.....

Cándido. Yo?
Ni soñarlo: ahí está el quid.
No la amaba, pero ahora.....

Marq. [*Con inquietud.*]

¿Cómo.....

Cándido. Ahora la detesto.—
Ya torcia usted el gesto?

[*Asoman por la izquierda Jacinta y Jacoba.*]

Allí viene la traidora.

[*Yéndose á la casa.*]

Abur.

Marq. ¡Oiga usted.....

Cándido. [*Sin oirle.*] (Muy bella;
eso sí.....)

Marq. (Qué extravagancia!)

Cándido. (Mas no arriendo la ganancia
al que se case con ella.)

ESCENA X.

EL MARQUÉS. JACINTA. JACOBA.

Marq. (Huirla debo más que él,
pero aquí el amor me clava.)

Jacoba. Aquí estaba usted!....

Marq. Sí estaba,
fiera, fementida, infiel.

Jacinta. Si mi ruego es eficaz
y amor perdona al que yerra
por amor, cese la guerra.
Cuánto más grata es la paz!

Marq. Yo escuché el acento blando
con que á Cándido la impía
halagaba.....

Jacoba. Y yo sabía
que usted me estaba escuchando;
y si fué culpable intriga
la que yo fingí en despique,
no sea yo quien lo explique;
venga Cándido y lo diga.

Marq. Todo lo sé, mas, por Dios,
sé sincera: obrar así
¿fué desagraviarme á mí
ó agraviarnos á los dos?

[*Jacinta toma el libro que quedó en el banco.*]

Jacoba. Fué castigar tu sospecha;
fué que, turbando mi calma,
celos me herian el alma
con envenenada flecha.
Mas ya mi engaño maldigo
viendo que con tanta fe
la que mi rival juzgué
me reconcilia contigo.

[*Dando la mano á Jacinta.*]

Perdon te pido.

Jacinta. No á mí,
á él..... Ya nada recuerdo.

Marq. No tiene hiel.

Jacinta. (Yo me pierdo
si no me alejo de aquí.)
Cese el violento desvío
y dáos la mano...., siquiera
por ser yo la medianera.

[*Se dan la mano Jacoba y el Marqués.*]

Bien! (Puedo hacer más, Dios mio?)

[*Entra en la casa.*]

ESCENA XI.

JACOBA. EL MARQUÉS.

Jacoba. Confieso á fe de quien soy
que he sido injusta con ella.

Marq. Digna es de mejor estrella.

Jacoba. Seré su hermana desde hoy.

Marq. No te pesará.—Y mi fe
¿cuándo...

Jacoba. (Oh Dios!)

Marq. En dulce lazo...

Jacoba. (Tiemblo.....) Breve será el plazo.
Mañana te lo diré.

Marq. Mas ¿por qué difieres.....
Jacoba. Oh!....
Marq. No te enojes.
Jacoba. Qué porfía!
Marq. Mi amor.....
Jacoba. Tan largo es un dia?
Marq. Bien, consiento.....
Jacoba. Es que si nó.....

ESCENA XII.

JACOBA. EL MARQUÉS. DOÑA SALOMÉ. CÁNDIDO.

[*Cándido da el brazo á su tia.*]

Salomé. Coche y corceles ya ha rato
que están listos.
Jacoba. Vamos.....
Salomé. Vivo!
Téngala usted el estribo.
Marq. Sí haré.

[*Vase con Jacoba por la verja.*]

Cándido. (Pobre mentecato!)
Salomé. Los dos al coche.
Cándido. Muy bien.
Contento y honrado voy.....
(Con esta al ménos estoy
seguro de incendios.)
Salomé. Ven.

[*Vanse tambien por la verja.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

JACINTA. JACOBA.

[*Aparecen preparando tazas para tomar café sobre la mesa de piedra.*]

Jacinta. Llegó por fin el momento,
si has de cumplir lo que ayer
ofreciste.....
Jacoba. Ay prima mia!
Cuanto más cerca lo ve
mi corazon, más se aumenta
esta zozobra cruel
que me oprime.
Jacinta. ¿Y de qué nace
tu zozobra?
Jacoba. No lo sé.
Jacinta. La libertad de soltera
sientes acaso perder.
Jacoba. Libertad! Para nosotras
¿la hay, Jacinta, alguna vez?
Jacinta. Es cierto que á perdurable
dependencia la mujer
nace condenada; pero,
si lo examinamos bien,
no faltan compensaciones
á esta necesaria ley
que ni tú ni yo podemos
abolir, Jacoba; y pues
en depender no está el mal
sino en el cómo y de quién,
y tan bellas circunstancias
concurren en el Marqués,
no dudes que el casto yugo
por que suspira ha de hacer
tu felicidad.
Jacoba. ¿Quién sabe!....
Jacinta. Puedes dudar de su fe?
Jacoba. Ah! no.
Jacinta. Vacila la tuya?
Jacoba. No, Jacinta. Le amo y fiel
le amaré toda mi vida.
Jacinta. (Cielo!) ¿Y cómo, si así es,
con tristes presentimientos
acibaras el placer
de tan risueña esperanza?
Jacoba. Tú mi corazon no ves.
Tú, que no has amado nunca.....
Jacinta. (Ah!)
Jacoba. No puedes comprender
sus misterios..... Ni yo misma
oso penetrar en él.....
Jacinta. Jacoba!....
Jacoba. Porque sería,
si tal hiciera, su juez
más severo..... (Oh Dios, qué digo!)
Jacinta. Te turbas...., tiemblas..... Por qué?
¿Qué pesar....
Jacoba. [*Sonriéndose.*] Nada... Aprensiones...
No sabe una si despues.....
Temo por él; no por mí.
Temo que no he de saber
realizar sus ilusiones.
Habituada á ser el rey,
el ídolo de mi casa,
en mí hay defectos tal vez
que no podré corregir.....
Jacinta. Sí tal. Amor y deber
te inspirarán, no lo dudes,
y él por su propio interes
será indulgente. Eh! destierra
esa pueril timidez,
y no á todos nos retardes
y á ti misma el parabien

que esperamos.
Jacoba. Sí, sí, tienes razon. (Valor!)
Jacinta. Ya el postrer plazo se ha cumplido. Lúcas viene á servir el café.

[*Llega un criado con cafetera y lechera.*]

Los llamo?
Jacoba. Sí.
Jacinta. [*Dando un paso y deteniéndose.*]

Es excusado;
que ya están aquí los tres.

ESCENA II.

JACOBA. JACINTA. DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Jacinta. [*Aparte con el Marqués.*]

Ya es de usted.
Marq. Oh cara amiga!
Salomé. [*Aparte con Jacoba.*]

Qué tenemos? Paz, ó guerra?
Jacoba. Paz.
Cándido. (Mujer inicua!)
Jacoba. ¿Qué hacen ustedes, que no se sientan?

[*Todos se sientan en sillas rústicas, colocadas de antemano al rededor de la mesa. Lúcas llena las tazas, segun las indicaciones del diálogo.*]

Jacinta. (¡Dios mio, hacedle dichoso,
ya que yo nunca lo sea!)
Salomé. Basta.
Jacoba. Á mí, sólo café.
Cándido. (Pues ya! Hasta en eso la echa
de impávida.)
Jacinta. Basta ya.
Marq. Café solo.
Cándido. (Pues, como ella!)
Á mí leche sin café.
Jacoba. Ya no te gusta?
Cándido. Me afecta
los nervios.
Salomé. [*Al criado.*] Ya puedes irte.

[*Se retira el criado con la cafetera, etc.*]

Y ahora saca tú de penas
al Marqués; que ya es razon.
Marq. Pendiente está mi existencia
de esos labios de coral.
Salomé. Mas su sonrisa halagüeña
harto anuncia que va á ser
favorable la sentencia.
Jacoba. Y si no dicto ninguna?
Salomé. ¿Ya volvemos á la tema.....
Marq. Jacoba!
Jacoba. No hay que inquietarse.
Salomé. Pero ¿lo dices de véras?
Jacoba. Sí, porque al reo no es dado
vestir la toga severa
del juez, y yo no he de serlo
de quien con tantas finezas
mi voluntad ha rendido
y ha postrado mi soberbia.
Marq. Oh ventura!
Jacoba. Y pues desde hoy
me complazco en ser su sierva.....
Jacinta. (Ay!)
Jacoba. Él señale á su arbitrio
el dia que tanto anhelan
nuestras almas.
Marq. Dueño hermoso!
Salomé. [*Besando á Jacoba.*]

Hija mia!.... Es hechicera.
Jacinta. (Qué martirio!)
Cándido. (Oh ceguedad!)
Marq. Pues si en mis manos lo dejas,
bien mio, el plazo más breve
será largo á mi impaciencia.
Mañana mismo.....
Salomé. Mañana!
Pues no tiene poca priesa!
Marq. Bien; el domingo que viene.
Salomé. Tampoco. Pues ¡qué! ¿se arregla
así como así la boda
de quien no es una cualquiera,
y á un tiempo ha de recibir
en la santa madre iglesia
con el carácter de esposa
el título de marquesa?

[*Se levanta y todos hacen lo mismo.*]

Yo fijaré el dia.
Marq. Cuándo?
Salomé. Estamos á veinte..... Sea
el dia de san Antonio.
Marq. Tan tarde! Me desespera
usted.....
Salomé. Eh! son tres semanas,
no más, y los dias vuelan.
Marq. Pero.....
Salomé. No hay que replicarme.
Yo lo mando.
Marq. Será fuerza
resignarme.
Salomé. Y áun así,
si ha de estar todo á la vela
para entónces.....
Marq. Sí; matrículas....,
compras.....
Salomé. Pues ¡fuera pereza!
Marq. Ahora mismo voy á Córdoba,
si ustedes me dan licencia.....
Jacoba. No siendo la ausencia larga.....
Marq. No; esta noche estoy de vuelta

en mi granja.—Ahora me ocurre.....
Pues la verde primavera
á ello nos convida, y todos
estamos de enhorabuena,
hónrenme ustedes mañana
pasando el dia en mi hacienda.
Jacoba. Con mucho gusto.
Salomé. Aprobado.
Cándido. Cuánto dista?
Marq. Media legua.
Salomé. Con todo, madrugarémos
para aprovechar la fresca.
Marq. Á las cinco estaré aquí.
Salomé. Bien.
Marq. El gozo me enajena.

[*Á doña Salomé, besando su mano.*]

Adios, querida mamá.
Salomé. Adios. Te vas por la verja?
Marq. Sí. Ahí tengo mi cabriolé.....
Adios, Jacoba.
Salomé. ¿No estrechas
tambien su mano.....
Marq. No osaba.....

[*Tomando tambien la mano de Jacoba y besándola.*]

Adios, adorada prenda.

[*Vuelve el criado y se lleva las tazas, etc.*]

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ. JACOBA. JACINTA. CÁNDIDO.

Salomé. Qué cumplido caballero!
Debes bendecir tu estrella,
Jacoba.....
Jacoba. Oh! sí. (¡Echada está
la suerte!)
Salomé. Ea, no se pierda
el tiempo. Vamos adentro
á proyectar joyas, telas,
festines..... Serás la envidia
de las damas cordobesas.

ESCENA IV.

JACINTA. CÁNDIDO.

Cándido. Él se fué tan satisfecho,
y ellas ¡con qué afan lo toman!....
Eh! con su pan se lo coman
y hágales muy buen provecho.
Jacinta. ¿No te pesa á ti.....
Cándido. Á mi no.
¿Qué me importa que se casen.....
¡Así todos lo tomasen
con la frescura que yo!
Jacinta. No te entiendo. Á quién aludes?
Cándido. Á ti. Estás triste.....
Jacinta. No tal.
Cándido. Sí. Mas para él es el mal,
que no aprecia tus virtudes.
Jacinta. ¡Cómo.....
Cándido. Tú le amas, Jacinta!
Jacinta. ¡Yo.....
Cándido. Y á Jacoba le entregas!
Jacinta. Pero.....
Cándido. En vano me lo niegas.
Yo lo sé de buena tinta.
Mal de su grado, la fe
traspira que reconcentras
en el alma.
Jacinta. (Oh cielo!)
Cándido. Miéntras
hemos tomado café,
yo he visto á tus labios rojos
reprimir más de un gemido.
Jacinta. Te engañas.....
Cándido. Yo he sorprendido
una lágrima en tus ojos;—
y áun ahora.....
Jacinta. Oh! basta de eso.
Quién te ha hecho mi fiscal?
Cándido. Quién? El puro y fraternal
cariño que te profeso:
esta fe que enrojecer
no hará de pudor tu cara,
porque lo mismo te amara
aunque no fueses mujer:
esta fe que crece en mí
cuanto más mis ojos ven,
prima, el inicuo desden
con que te tratan aquí.
Jacinta. Oh! no en vano me convidas
con esa tierna amistad
consuelo de mi orfandad.
Cándido. Perdiera por ti mil vidas.
Jacinta. Mas, siendo claro su orígen,
no al sentirlas como tuyas
á una quimera atribuyas
las tristezas que me afligen.
Cándido. No, Jacinta, no es quimera.
¡Cuando te lo digo yo.....
Mira: el diablo me tentó
á registrar tu cartera.....
Jacinta. ¿Qué has hecho!....
Cándido. [*Va á arrodillarse y Jacinta no se lo consiente.*]

Caigo á tus piés...
Jacinta. Alza!
Cándido. Perdon! No sabía.....
Qué dibujo! Es á fe mia
fiel retrato del Marqués.
Jacinta. ¡Silencio...
Cándido. Oh! no creas que hable...
Sólo ver tu habilidad
quise.....
Jacinta. La curiosidad
es un vicio detestable.

Cándido. Es verdad; mas te prometo
que, aunque inexperto escolar,
sabré, Jacinta, guardar
con cien llaves tu secreto.
Y tú, al ver tal sinrazon,
que no debiste jamás
temer.....
Jacinta. Yo.....
Cándido. ¿No triunfarás
de tu funesta pasion?
Jacinta. Sí, sí; un afecto naciente
pronto del pecho se lanza
cuando no hay una esperanza
que lo halague y alimente.
Ni el no tenerla es de ahora.
Pobre huérfana, ya ves,
¿cómo aspirar á un marqués.....
Cándido. Tú? mejor que esa traidora.....
Jacinta. Cándido!.... Eres rencoroso.
Cándido. Por qué me sacó de quicio?
¿Por qué á un mozo de mi juicio
obligarle á hacer el oso?
Á no ser un aprendiz
y á no haberme seducido,
¿hubiera yo cometido
jamás tan torpe desliz?
Precisamente es mi flaco
la sensatez, la cordura,
¡y arrastrarme á una locura
que no la hace un monicaco!—
Mas dejemos á Jacoba.
La desprecio.
Jacinta. Oh, no! ¡Es tan bella...
Cándido. Me hace ya más gracia que ella
su perro de Terranova.
Haz tú lo mismo con él.
Jacinta. Por qué? Qué ofensa me ha hecho?
¿Sabe él que reina en mi pecho
cuando lo rasga cruel?.....
¿Qué digo! No, no; tranquilo
late ya mi corazon.
¿Tal prueba de abnegacion
pude dar, y ahora vacilo?....
Mira, Cándido; el Marqués
por mí se casa, por mí!
Cándido. Y de eso te alabas?
Jacinta. Sí.
Cándido. Extraño desinteres!
Jacinta. Al contrario. Cuando influyo
en favor de mi rival,
á mi interes personal
quizá miro más que al suyo.
Miéntras él libre se viese
soñárame yo su dama,
y ahora la ardiente llama
ahogaré, mal que me pese.
Contra mi propia flaqueza
arma así mi corazon
á la santa religion....;
quizá á la naturaleza.
Á vista del nudo sacro,
si bien mi deber contemplo,
ó caerá en ruinas el templo
ó faltará el simulacro;
que si inocente hasta aquí,
fuera ya delito grave
mi idolatría, y no cabe
bastarda pasion en mí.
Cándido. Qué nobleza! ¡Oh cuán distinta
es tu índole dulce y blanda
de la pérfida y vitanda
que aquella aleve.....
Salomé. [*Dentro.*] Jacinta!
Jacinta. Me llama la tia..... Adios.
Cándido. Adios. Yo me quedo aquí.
Jacinta. Nadie sepa.....
Cándido. Fía en mí.
Son cosas para *inter nos.*

ESCENA V.

CÁNDIDO.

[*Se oscurece gradualmente el teatro.*]

¡Pobre prima mia, en quién
fuiste á poner tu cariño!....
Pero el Marqués, si no mienten
mis siniestros vaticinios,
pagará con las setenas
el torpe error inaudito
de desdeñar á una santa
y adorar á un basilisco.—
Aun estarán discutiendo
en congreso femenino
el programa de la boda:
con tan plausible motivo
se suprimirá el paseo.
Vuelvo pues á mi tranquilo
pabellon, del corbatin
congojoso me emancipo,
y miéntras dura el crepúsculo
doy un vistazo á mis libros.

[*Entra en el pabellon. Al mismo tiempo aparece por la verja un labrador trayendo un cesto de juncos cubierto con una gasa.*]

ESCENA VI.

EL LABRADOR.

[*Desde la verja observando.*]

No hay un alma en el jardin.

[*Avanzando.*]

Mejor: así sin ser visto
cumpliré mi comision.
Á este pabellon lo arrimo.....

[*Pone el cesto junto á las gradas del pabellon. Cándido abre por dentro la ventana del mismo más próxima al proscenio.*]

Abriendo están la ventana.....
Tras de este árbol me cobijo.

[*Se oculta entre los árboles. Cándido se asoma á la ventana.*]

ESCENA VII.

CÁNDIDO. EL LABRADOR.

Cándido. (Que éntre la gracia de Dios!—
Pero allí un bulto distingo,
como cesto..... Qué será?
Yo voy á ver.....)

[*Se retira de la ventana.*]

Labr. Ya lo ha visto
y ahora va á salir..... Me largo
sin esperar el recibo.

[*Vase corriendo por la verja y un instante despues sale Cándido del pabellon.*]

ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

Qué habrá dentro? Será fruta
que el jardinero ha cogido.....
Bah! ¿La habia de tapar
con ese cendal tan limpio.....
Pero ¿quién me impide á mí
que vea.....

[*Levantando la gasa.*]

Oh Dios! Un chiquillo!
Qué haré? Me asombro.., me aturdo...
Dormido está el angelito.—

[*Vuelve á tapar el cesto.*]

Vaya un lance!..... *Cujum pécus?*...
Y al pié de mi domicilio!
Me le querrán endosar?
Á un estudiante! Capricho
sería..... No, no; protesto
la libranza.—Daré gritos.....

[*Asoman Jacoba y Jacinta.*]

Ah! venid, corred.....

ESCENA IX.

CÁNDIDO. JACINTA. JACOBA.

Jacoba. Qué ocurre?
Cándido. Poca cosa. Un regalillo
que nos envian.
Jacoba. Tan pronto!
Mas no lo extraño. ¡Es tan fino
el Marqués.....
Cándido. Si es del Marqués
el obsequio, te has lucido!
Jacoba. ¡Cómo.....
Cándido. Llega. En ese cesto
está el cuerpo del delito.
Jacoba. [*Levantando la gasa.*]
Descubramos.—Vírgen santa!
Cándido. Eh? Qué tal?
Jacinta. [*Acercándose.*] Cielos, un niño!
¿De dónde... ¿Quién...
Cándido. Qué sé yo?
Si del cielo no ha llovido,
álguien me cogió las vueltas
y le puso en este sitio.
Jacoba. Oh desventura!
Jacinta. Oh dolor!
Cándido. Por la verja, es claro, vino
el portador; mas sin duda
se introdujo aquí furtivo,
y no sabiendo las señas
ni el nombre del individuo,
¿quién busca..... Pero es forzoso
salir de este compromiso.
Preguntaré á los criados.....
Jacinta. Para qué? Lo hubieran dicho
si algo supieran.
Cándido. [*Moviéndose hácia la casa.*]
La tia.....
Ella tomará un partido.....
Jacoba. No! Detente.
Jacinta. Es irascible.....
Cándido. Cierto; y sabe Dios los juicios
que formará.....
Jacinta. Y si rehusa,
como temo, dar asilo
á esa víctima infeliz.....
Jacoba. En efecto..... No es de risco
su corazon, pero siendo
tan severos sus principios,
dudo.....
Jacinta. Entra en casa y observa
miéntras las dos discurrimos.....
Jacoba. Iba á ponerse á escribir.....
Cándido. Ah! pues tiene para un siglo.—
Entro, la observo, y si viene,
tosiendo os daré el aviso.

ESCENA X.

JACINTA. JACOBA.

Jacinta. Válgale tu influjo, prima,
tus generosos instintos.....
Jacoba. Le ampararé; pero ahora.....
saquémosle con sigilo
de aquí, y pronto, pronto.....
Jacinta. Sí;
pero ¿en medio del camino
le hemos de dejar?
Jacoba. No! (Cielos!)
Jacinta. Fiarnos será preciso

de algun criado..... Cristóbal
acaso.....

Jacoba. Sí, sí; confio
en su lealtad y prudencia.
Ve á buscarle miéntras cuido.....
(Echarla de aquí conviene.)

Jacinta. Quizá se halle algun indicio
dentro.....

[*Registra el cesto.*]

Jacoba. [*Queriendo detenerla.*]
Es inútil.....

Jacinta. Veamos.....
Ah! una carta.

[*La saca y vuelve á cubrir el cesto.*]

Jacoba. (Qué martirio!)
Carta.....

Jacinta. Sí.—Toma: tu nombre
se lee en el sobrescrito.

Jacoba. [*Abriendo la carta.*]
Mi nombre.....

Jacinta. (La abre temblando.)

Jacoba. ¿Quién..... á mí... (Cruel destino!)

[*Lee para sí.*]

Jacinta. (Qué sospecha!... Ella...) Tú pierdes
el color.....

Jacoba. Yo..... Este imprevisto
accidente.....

Jacinta. Quién te escribe?

Jacoba. (Vil mujer!... Ah! ¿cómo digo
la verdad?) Es una amiga.....
que se vale de mi auxilio.....

[*Medio acongojada.*]

Yo..... si.....

Jacinta. Jacoba! (No hay duda.)

Jacoba. Yo fallezco.....

Jacinta. [*Sosteniéndola.*] Sudor frio
baña tu frente. Jacoba!....
Habla, alienta. ¿No te inspiro
confianza? ¿Para cuándo
es el valor? Yo adivino
lo que en vano quieres ya
callarme. No los latidos
de tu corazon comprimas;
no ahogues el santo grito
que ya, mal tu grado, asoma
al labio descolorido.

Jacoba. Jacinta!

Jacinta. Habla! Tu conciencia
triunfe de un rubor tardío,
inútil.....

Jacoba. Oh prima mia!

[*Cae á sus piés.*]

Perdona! Yo me arrodillo
á tus piés.....

Jacinta. [*Levantándola.*] No; alza á mi seno
y llora en él tu extravío.....
¿Qué digo! No: tu infortunio!

Jacoba. [*Llorando.*]
Dios me da el justo castigo
de mi culpa. La mujer
á quien confié mi hijo
le abandona, pretextando
que está enfermo de peligro
y la llama con urgencia
á Chipiona su marido.

Jacinta. Á Chipiona!....

Jacoba. Allí.....

Jacinta. Verdad
será.....

Jacoba. Pero ¿no ha podido
dejarle en lugar seguro
y excusarme este conflicto.....

Jacinta. Tal vez le ha sido imposible.
Dónde estaba?

Jacoba. En un cortijo
á media legua de aquí.

Jacinta. Respetemos los designios
de la Providencia.

Jacoba. Ay prima!
¿Qué dirás.....

Jacinta. Todo lo olvido:
sólo veo á ese inocente.....
Mas no será tan inicuo
su padre.....

Jacoba. Ay de mí! No existe.

Jacinta. Ni tú le lloras!

Jacoba. No es digno
de mis lágrimas.

Jacinta. Oh cielo!
¡Y ya reina en tu albedrío
otro hombre!.....

Jacoba. Me alucinó,
me burló aquel fementido;—
mas no impunemente.

Jacinta. ¿Cómo.....

Jacoba. Fué muerto en un desafío.
El cielo quiso vengarme.

Jacinta. El cielo, Jacoba, quiso
mostrarte así su terrible
justicia...., sí!, y el camino
que te mandaba seguir.....
Tú no le has obedecido!

Jacoba. Jacinta!....

Jacinta. Oh! basta. No sea
yo quien aguce el cuchillo
que te hiere.—Mas ¿qué haremos...
Ah! No nos queda otro arbitrio.

[*Tomando el cesto.*]

Este pabellon le albergue
hasta que el cielo.....

Jacoba. Oigo ruido.....

Jacinta. Volveré..... Sal tú al encuentro
de quien sea.

[*Entra en el pabellon con el cesto y vuelve luégo. Jacoba se acerca á la casa.*]

ESCENA XI.

JACOBA. CÁNDIDO. JACINTA.

Jacoba. (¡Dios benigno,
salvadme!)
Cándido. Jacoba!
Jacoba. (Es Cándido.)
Viene mamá?
Cándido. No.
Jacoba. (Respiro.)
Cándido. Pero te llama.
Jacoba. [*Acercándose al pabellon y llamando.*]
Jacinta!
Cándido. Qué habeis hecho?
[*Vuelve Jacinta.*]
Qué es del niño?
Jacinta. Ahí.
Cándido. Cielos!
Jacoba. Mamá me llama.
Cándido. ¿Qué hago yo...
Jacinta. [*Indicando á Cándido el pabellon.*]
Entra. Dios propicio
nos ayudará.
[*Á Jacoba.*]
Anda tú.
Nada temas; yo vigilo.....
Veré á Cristóbal.....
[*Á Cándido.*]
Qué esperas?
[*Haciéndole entrar en el pabellon.*]
Vuelvo.
[*Vase corriendo por la derecha del foro.*]
Jacoba. [*Juntando las manos y mirando al cielo.*]
Dios mio! Dios mio!
[*Entra en la casa.*]

ACTO TERCERO.

Principia á amanecer.

ESCENA I.

JACINTA.

¡No vuelve el jardinero,
y ha amanecido ya!
[*Mirando por la verja, que está cerrada.*]
En vano á un lado y otro
revuelvo sin cesar
mis ojos impacientes.
¡Silencio y soledad
por todas partes.....

ESCENA II.

JACINTA. CÁNDIDO.

Cándido. [*Saliendo del pabellon.*]
Prima.....
Jacinta. [*Acercándose.*]
Ah! Llora?
Cándido. No.
Jacinta. Pues ¿qué hay?
Cándido. Nada. Serena el pecho.
Con sueño celestial
durmiendo está en los brazos
de su ángel tutelar.
Jacinta. Velad por él, Dios mio!
Cándido. Vaya si velará!
No es padre de los huérfanos?
¡Pues no faltaba más.....
Tambien huérfanos somos
entrambos, y quizá
por eso nos le fia
el cielo: no es verdad?
Jacinta. Oh! sí, y debemos darnos
el parabien.....
Cándido. Sí tal.
Yo celebro..... Ay Jacinta!
Triste es en tierna edad
robarnos para siempre
la losa sepulcral
el amor de una madre,
don de los cielos.....
Jacinta. Ay!
Cándido. ¡Amor que otro ninguno
podrá suplir jamás!
Mas si esto es doloroso,
¡cuánto más lo será
gemir, teniendo madre,
en mísera orfandad!....
Oh! al ménos á las nuestras
nos es dado invocar
con orgullo, y al cielo
nuestros votos irán;

mas cuando de la suya
comprenda la crueldad
ese infeliz, nacido
en hora tan fatal,
sólo por maldecirla
quisiérala nombrar.

Jacinta. Oh! no tan sin entrañas
cual juzgas tú será
la que á despecho suyo
le aparta de su hogar.
Tal vez tiranas leyes
la humana sociedad
impone á cuyo imperio
cede la natural.

Cándido. Sí, á lo que llaman honra,
y es sólo vanidad,
los fueros de la sangre
quieren sacrificar.
Al cometer la culpa
se olvida el qué dirán,
¡y con otra más grave
luégo se ha de soldar
por respeto á esa falsa
conveniencia social!....
Y esto es ley? es justicia?
No; infamia, iniquidad!

Jacinta. Cándido, te honra mucho
tan rígida moral;
mas no á juzgar ahora
la flaca humanidad
nos llama Dios.

Cándido. Es cierto;
ni compete á un rapaz,
que es bachiller apénas,
tanto filosofar;
mas cuando uno trasnocha
la cabeza se va.....
Á propósito, áun puedes
un rato descansar.
Vete; yo estaré alerta.....

Jacinta. ¿Cómo, cuando áun está
pendiente nuestro hermoso
pupilo de un azar.....

Cándido. Oh virtud! ¡oh modelo
de ardiente caridad!
¡Toda una noche en vela
y de aquí para allá.....
Ya acallabas su lloro
con amor sin igual;
ya para alimentarle,
buscando con afan
cuanto halagar pudiese
al blando paladar,
suplias ingeniosa
el jugo maternal.
¡Y por él comprometes
salud, tranquilidad,
hasta el honor acaso.....
Qué madre haria más?

Jacinta. Y á no tener el pecho
de duro pedernal,
di, ¿qué ménos haria,
estando en mi lugar,
quien como yo supiera
lo que es la adversidad?
No llames heroismo
á este celo eficaz
que á entrambos nos infunde
la cristiana piedad.

Cándido. Á entrambos? Á ti sola.
Yo, aturdido escolar,
de tanto sacrificio
me juzgara incapaz.
Hubiera dicho al párroco,
hay esta novedad,
y abur. Mas tú me inspiras,
y primo servicial,
soy tu eco, soy tu sombra....,
qué sé yo?..., tu edecan.

Jacinta. Obremos como buenos
y Dios nos premiará.
Y á tan leve fatiga
¿no es ya premio y solaz
ver á ese tierno infante
con risa angelical
dar gozo á nuestras almas
y á nuestro rostro paz?
¡Oh cual sus manecitas
con ternura sin par
me acariciaban! ¡Cómo
en su donosa faz
y en la gracia inocente
de aquel suave mirar
nos mostraba un destello
de la divinidad!
¡Sí, yo en su pura frente,
Santo Dios de Abraam,
de tu increado espíritu
he visto la señal;
tú el mio flaco y débil
alientas; tú me das
para alivio á mis penas
y ofrenda de tu altar
el llanto en que bañados
mis párpados están!

Cándido. Pues! Tambien de los mios
lo siento yo brotar.
¡Si digo..... Alguien se acerca.....

Jacoba. [*Saliendo de la casa.*]
Soy yo: nada temais.

ESCENA III.

JACINTA. CÁNDIDO. JACOBA.

Jacinta. ¿Tu madre.....

Jacoba. Duerme.

Jacinta. No obstante,
conviene que alguno vaya
á observar....

Jacoba. ¡Cándido.....

Cándido. Entiendo.
Pues la luz de la mañana

entra ya por todas partes,
me situaré en la antesala
de arriba.....

Jacoba. Sí.

Cándido. Y con pretexto
de estudiar aquellos mapas.....
Mi fuerte es la geografía.....

Jacoba. Bien.....

Cándido. Atisbaré.....

Jacinta. Sí, anda.

ESCENA IV.

JACINTA. JACOBA.

Jacoba. ¿El niño.....

Jacinta. En el pabellon.

Jacoba. Todavía!

Jacinta. Ántes que salga,
es fuerza buscar, Jacoba,
persona de confianza
que le albergue, que le crie.....

Jacoba. Sin duda; pero.....

Jacinta. Y no se halla
tan fácilmente y de noche.....

Jacoba. El oro todo lo allana.

Jacinta. No siempre!

Jacoba. ¿Cuándo salió
Cristóbal?

Jacinta. Tres horas largas
hace ya.

Jacoba. Oh Dios!, y no vuelve.....

Jacinta. Ya me inquieta su tardanza;
pero no desesperemos.....

Jacoba. Yo tiemblo..... Él no sabe nada....,
ni Cándido.....

Jacinta. Qué! ¿no fias
de mí?

Jacoba. Sí, sí; pero en ascuas
estoy..... Si llora.....

Jacinta. No temas;
está en la postrer estancia
del pabellon.

Jacoba. Te habrá dado
mala noche.....

Jacinta. No; muy grata.
Fácil me ha sido acallarle,
nutrirle.....

Jacoba. Prenda adorada!—
¡Cuánto ha sido mi tormento
en no partir, como ansiaba
el corazon, tus afanes,
tus desvelos..... Mas mi cama
y la de mamá tan juntas.....

Jacinta. Por dicha está más cercana
al jardin mi habitacion,
y pude sin ser notada.....
Mas no perdamos un tiempo
precioso. Cristóbal tarda
quizá por disposicion
de Dios, que ofrece á tus ansias
un instante de consuelo.
Entra.....

Jacoba. Mas si por desgracia
me viesen..... Quedó el Marqués
en venir de madrugada.....

Jacinta. Á las cinco. Áun tienes tiempo
de sobra..... Sube: qué aguardas?

Jacoba. Sí; harto he reprimido ya
el impulso que me arrastra
á estrecharle entre mis brazos,
á besarle.....

Jacinta. No; sus gracias
contempla en silencio.

Jacoba. [*Subiendo las gradas.*] Oh pena!....
Dices bien; si despertara.....
¡Por Dios, cuida....

Jacinta. Entra sin miedo.

ESCENA V.

JACINTA.

[*Con la vista fija en el pabellon.*]

Hay mujer más desgraciada?
¡Madre, y no tiene valor
para serlo! ¡Esta es la brava
amazona varonil.....
Miseria, miseria humana!

[*El jardinero, que ha aparecido por la parte exterior de la verja, la abre con llave que trae, y dejándola abierta entra en el jardin. Un momento despues sale de la casa Cándido.*]

ESCENA VI.

JACINTA. CÁNDIDO.

Jacinta. ¿Qué ruido.... Oh! vuelve Cristóbal.

[*Saliéndole al encuentro.*]

¿Qué nuevas.....

Cándido. Jacinta!

Jacinta. [*Al jardinero con inquietud y bajando la voz.*]

Ah! Calla.

[*Señalando á lo interior de los bastidores de la derecha entre la verja y la casa, y en la misma direccion se retira el jardinero.*]

Espérame allí.

Cándido. La tia
está ya despierta y llama
á Jacoba.

Jacinta. [*Mostrando el pabellon.*]

Allí está. Corre.

Cándido. No es menester: ella baja.

ESCENA VII.

JACINTA. CÁNDIDO. JACOBA.

Jacoba. Despertó?
Cándido. Sí. Te ha llamado.
Jacoba. Ah! Vuelo.....
Jacinta. [*Acompañándola hasta la puerta.*]
Enjuga esas lágrimas.
Jacoba. Voy sin mí!
Jacinta. Serenidad!

ESCENA VIII.

JACINTA. CÁNDIDO.

Jacinta. Tú quédate aquí de guardia
miéntras hablo con Cristóbal.....
Cándido. Sí; ya vino..... ¿Hay esperanza.....
Jacinta. Áun no sé..... Vuelvo al instante.
[*Vase por donde se fué Cristóbal.*]

ESCENA IX.

CÁNDIDO.

Tengo..... como telarañas
en los ojos.....
[*Bostezando.*]
Ah..... Qué noche!—
Pues, en efecto, lloraba.
Ya veo que no es tan fiera
Jacoba y tan casquivana
como yo lo imaginé.
Pero ¿á qué tigre de Hircania
no enterneciera una mísera
criatura abandonada,
tan linda..... Y debe de ser
de distinguida prosapia;
que la ropa..... Pero ¿cómo
saldremos de esta maraña?
Chasco será que despues
de una noche toledana.....

ESCENA X.

CÁNDIDO. JACINTA.

Cándido. Qué ha dicho?
Jacinta. Dios nos protege.
Ya hay nodriza que se encarga
del niño.
Cándido. ¡Segura.....
Jacinta. Sí;
pero empresa temeraria
sería el sacarle ahora.
Cándido. Sí.
Jacinta. Por dicha nos depara
el cielo ocasion propicia
con la gira proyectada.
Cándido. Entiendo. Se van los amos;
los criados, cosa es clara,
se ocupan en sus faenas
ó se tienden á la larga,
y para el piadoso fraude
Cristóbal queda á sus anchas.
Jacinta. En breve van á cesar
nuestras angustias.
Cándido. Dios lo haga.
Jacinta. Yo voy adentro. Es forzoso.....
Cándido. Sí; puedes caer en falta.....
[*Se sienta en el banco de la izquierda.*]
Jacinta. ¿Apagaste ya la luz
de tu dormitorio?
Cándido. [*Soñoliento.*] Eh! que arda
por las ánimas benditas.
Jacinta. No; mejor es apagarla,
que es ya de dia, y si observan.....
Cándido. [*Bostezando.*]
Quiá!... Léjos... y con pantalla.....
y todo cerrado.....
[*Da cabezadas.*]
Jacinta. Sí;
pero conviene.....
[*Cándido se duerme.*]
Salomé. [*Dentro.*] Muchacha!
Jacinta!
Jacinta. Ah!
[*Alzando la voz.*]
Voy!
[*Mirando á Cándido.*]
Se ha dormido!
[*Tocándole en el hombro.*]
Cándido!
Cándido. [*Despertando.*]
¿Quién..... Ah!
Jacinta. Levanta!
Cándido. [*Levantándose y esperezándose.*]
Qué hay?
Jacinta. Me llaman... Cuida...
Cándido. Bien.
Yo quedo aquí de atalaya.

ESCENA XI.

CÁNDIDO.

[*Bostezando.*]
Ah..... ¡Tengo una flojedad.....
Y ahora, con gana ó sin gana,
dia de campo y de broma
y de..... Pues ¡buena está mi alma

para andar de ceca en meca
saltando setos y zanjas.....
No; apénas llegue, me tumbo
á la sombra de una parra,
y hasta la hora de comer
ni garruchas me levantan.

ESCENA XII.

CÁNDIDO. EL MARQUÉS.

Marq. [*Al entrar.*]
(Hola, ya abrieron la verja!)
Cándido. (Áun de pié, con su beleño
mis nervios afloja el sueño.....
y temo que me sumerja.....)
Marq. (El colegial está allí.)
[*Acercándose.*]
Oh amigo mio!
Cándido. [*Sorprendido.*] ¿Quién es.....
Felices, señor Marqués.
Marq. Mucho madrugamos.
Cándido. Sí.
Marq. Bien!
Cándido. (Miento, que no madruga
quien no se acuesta.)
[*Bosteza.*]
Marq. Hay galbana?
Cándido. Pche!.... Un poco!
Marq. Está la mañana
fresca como una lechuga.
Cándido. Cierto.
Marq. Se vistió Jacoba?
Cándido. No sé. Como yo me encierro
ahí dentro y hay un destierro
de mi tugurio á su alcoba.....
[*Mirando hácia la casa, y lo mismo hará el Marqués.*]
Mas ya asoma por allí.
Marq. Bella como el rosicler.....
Cándido. (Bah! Más guapa estaba ayer.)

ESCENA XIII.

CÁNDIDO. EL MARQUÉS. JACOBA.

Marq. [*Saliendo al encuentro de Jacoba.*]
Mi bien!
Jacoba. (Gran Dios, ya está aquí!)
Tan presto!
Marq. Me culpas?
Jacoba. No.
Marq. Mal en solitario lecho
duerme enamorado pecho.
Cándido. (Uno sobra aquí, y soy yo.)
Marq. En la verde primavera
siempre es apacible el aura
matutina que restaura
á la creacion entera.
Unas con gratos olores,
otras con dulce armonía,
la saludan á porfía
ya las aves, ya las flores;
y si ufana cual lo pinto
canta en la fresca alborada
una ave sólo guiada
por irracional instinto,
¿será mucho que impaciente
llame á la rosada aurora
quien en tus ojos la adora
y la bendice en tu frente?
Jacoba. Marqués!....
[*Siguen hablando en voz baja.*]
Cándido. (Están en sus glorias,
y yo..... Me largo de aquí,
que bien se dirán sin mí
boberías amatorias.)
[*Se interna en el jardin, por la izquierda, paseando.*]

ESCENA XIV.

JACOBA. EL MARQUÉS.

Marq. Cómo estás tan triste?
Jacoba. (Oh cielo!)
No.....
Marq. Y pálida... No has dormido?
Jacoba. Poco.
Marq. ¡Feliz yo si he sido
la causa de tu desvelo!
Jacoba. Tal vez. (Diós mio, perdon!)
Marq. Permite que mi ternura.....
[*Toma la mano á Jacoba y se la besa.*]
Jacoba. No!.... Aparte usted.... (Oh tortura!
Oh cobarde corazon!)

ESCENA XV.

JACOBA. EL MARQUÉS. DOÑA SALOMÉ.

Salomé. [*Á la puerta.*]
Niña!
Jacoba. [*Separándose.*]
Mamá!
Salomé. Hola, hola!
Los dos aquí!
Jacoba. No sabía.....
Salomé. No?—Pero la culpa es mia,
que te dejo venir sola.
Marq. He llegado hace un instante.
Salomé. Y ántes que el sol. No me espanto.
No hay liebre que corra tanto
como el reloj de un amante.
Marq. Es segun.....
Salomé. Pues; vence al viento

si cita de amor le llama,
pero al lado de su dama
cada hora es un momento.

Marq. Yo.....

Salomé. Basta: soy indulgente.—
Ahora bien, aunque es tan corta
la jornada, hacerla importa
ántes que el sol nos caliente.—
Tomarémos chocolate.....

Jacoba. Sí; vamos al comedor.....

Salomé. No, no; en este velador.

Jacoba. (Oh Dios!....) Pero.....

Salomé. Disparate!

Jacoba. ¡Si todo está allí dispuesto.....

Salomé. Y qué? ¿Es obra de romanos,
cuando en casa sobran manos.....

[*Llamando.*]

Jacinta! Verás qué presto.....

Jacoba. Está bien. (Fortuna impía!)

ESCENA XVI.

DOÑA SALOMÉ. JACOBA. EL MARQUÉS. JACINTA.

[*Sale humo por lo alto del pabellon en el ángulo más próximo al proscenio y por entre las persianas de la ventana á que se asomó Cándido en el acto segundo.*]

Jacinta. Llamaba usted?

Salomé. Ven acá.....
Y el colegial? ¿Estará
en la cama todavía?

Marq. Aquí le vimos los dos.
Se internó por la arboleda.....

Salomé. [*Á Jacoba.*]

Dale una voz.....

Marq. Qué humareda!

Jacoba. Ah!

Salomé. Dónde?

Marq. Allí.....

Jacinta. Santo Dios!

[*El humo se condensa y salen llamas por lo alto.*]

Marq. El pabellon está ardiendo!

Jacoba. Yo muero!

[*Se desmaya y la sostiene en sus brazos el Marqués.*]

Jacinta. [*Dirigiéndose al pabellon apresurada.*]

Á salvarle corro!

Marq. Jacoba!

Salomé. Fuego! socorro!

Jacinta. [*Entrando resuelta en el pabellon, cuya puerta estaba entornada.*]

Vírgen, á vos me encomiendo!

[*Al caer el telon llegan corriendo Cándido y el jardinero; aquél por la izquierda, éste por la derecha, y dos ó tres criados que salen de la casa.*]

ACTO CUARTO.

En este acto y en el quinto la decoracion es una sala de la misma quinta de doña Salomé. Puerta en el foro: dos laterales.

ESCENA I.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS.

[*Doña Salomé sale por la puerta de la derecha: el Marqués llega por el foro.*]

Marq. Cómo está Jacoba?

Salomé. Bien.—
¿El fuego.....

Marq. Se apagó pronto.
Todos hemos ayudado.....

Salomé. Grande habrá sido el destrozo.

Marq. Bastante. El lienzo del Norte
es ya ceniza y escombros.

Salomé. Qué lástima!.... Pero, en fin,
eso importaria poco
si otro conflicto más grave.....
Salió de casa el expósito?

Marq. Sí, señora.

Salomé. Por supuesto,
se le habrá enviado al torno
de la ciudad.....

Marq. No, señora.

Salomé. Yo lo mandé.....

Marq. Yo le acojo,
yo le amparo.

Salomé. Usted!

Marq. Sí, yo.
Ya he provisto á su socorro.

Está en mi hacienda.

Salomé. ¡Qué escucho!

Marq. Si usted le niega su apoyo,
por razones que respeto,
rico, independiente y solo,
indigno sería yo
del nombre con que me honro
si le cerrase mi puerta.
Su inocencia, su abandono,
su orfandad, el trance horrible
en que le hemos visto, todo
aboga por él y le hace
interesante á mis ojos.

Salomé. Y á los mios; mas no debo
dar al vulgo malicioso
pretextos.....

Marq. Ya... Mas... Jacoba...

Salomé. Con auxilio de aquel pomo
volvió en sí.....

Marq. Ya sé.....

Salomé. La hicimos
llevar á su dormitorio;
pero apénas recobrada
del desmayo, cayó en otro.....

Marq. Oh Dios!

Salomé. Por fin, desahogando
con lágrimas y sollozos
su oprimido corazon,
volvió el color á su rostro,
cesaron las convulsiones,
y ahora en plácido reposo
duerme.

Marq. Eso me tranquiliza.

Salomé. Ya se ve, el fuego, el trastorno,
el sobresalto..... Y la otra.....
¡Penetrar con tan notorio
peligro en el pabellon,
y salir—no es un asombro?—
sin lesion y tan ufana
como quien halla un tesoro
con el niño entre sus brazos!....

Marq. Maravillado y absorto
me quedé al ver tal ejemplo
de piedad y tan heroico
valor. La tímida jóven
que ayer, cual de horrible monstruo,
huyó espantada á la vista
de ruin sabandija; ¿cómo
para tan sublime accion
halló fuerzas en el fondo
de su corazon? ¡Oh sexo
tan sensible, tan hermoso
y tan mal juzgado! No,
no es único patrimonio
del hombre la fortaleza,
el ánimo generoso,
la abnegacion. ¡Cuántos rasgos
dignos de perpetuo encomio,
bien que laureados no sean
en el campo ni en el foro,
os inspira esa inexhausta
ternura en que tanto os somos
inferiores! Si hay villanos
que os injurien, yo pregono
vuestras virtudes. ¿Qué estímulo
te movió, Jacinta? Sólo
tu amor á la humanidad.
Ni premio pides, ni elogio
siquiera á tal sacrificio,
que hasta ignorado del globo
tal vez será...... Qué te importa?
Radiante de puro gozo
al cielo se lo ofreciste,
y más justo que nosotros,
Dios te dará el galardon
en las gradas de su solio.

Salomé. Marqués, en nombre del sexo
femenino, de que formo
parte integrante, mil gracias
doy á usted por tan pomposo
panegírico. No obstante,
sospecho que en el arrojo
de Jacinta hay ménos mérito
del que usted presume.

Marq. ¡Qué oigo!

Salomé. ¿Cómo es creible, Marqués,
que con genio tan medroso
arriesgara así la vida
sólo por amor al prójimo,
como usted pretende? No;
más fuerte, más poderoso
instinto hizo ese milagro.

Marq. ¿Cree usted.....

Salomé. Sí, con sonrojo
lo digo; sólo una madre
puede, arrostrando el oprobio
y la muerte, dar al mundo
tan insigne testimonio
de entrañable amor.

Marq. Oh! no;
imposible! Yo conozco
á Jacinta. En su alma bella
ni el torpe vicio ni el dolo
tienen lugar. ¿Quién la trata,
huésped, amigo ó colono,
que no respete y admire
su modestia, su decoro,
su talento.....

Salomé. Yo..... el talento
no se lo niego, y tampoco
podré jurar que en mi casa
la haya tentado el demonio;
mas sólo hace cuatro meses
que vino, y yo no respondo
de su conducta pasada.

Marq. ¡Por Dios, mire usted que un soplo
basta á empañar el honor
de una mujer!

Salomé. No supongo
ningun absurdo. Jacinta,
sea ajeno, sea propio,
velaba por aquel niño.....

Marq. Cierto.

Salomé. Ahora bien, de qué modo
vino á casa y quién le trajo,
hasta ahora yo lo ignoro.

¿Cómo es para mí un secreto
lo que, segun veo y toco,
no lo ha sido para ella?
Esto es ya muy sospechoso;
y si á esto se agrega el hecho
que á todos nos tiene atónitos,
¿se dirá que es infundado
mi juicio? No tengo encono
contra esa desventurada;
mas si callo, ¿no me expongo
á que alguna lengua infame;—
de pensarlo me acongojo;—
ose mancillar el nombre
de la hija á quien adoro?

Marq. (Oh! Su terror..... Su desmayo.....
¿Qué digo! No. Me abochorno
de tan villana sospecha.)
Tiene usted razon. Á todos
nos interesa saber
la verdad; pero el negocio
es muy arduo..... y caminar
debemos con piés de plomo.....
Sagacidad y prudencia!;
que, si Dios oye mis votos,
sin desdoro de una ni otra
se descifrará.....

[*Mirando por el foro.*]

Á propósito
viene Cándido. Con maña
le haré un interrogatorio.

ESCENA II.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Cándido. ¡Tia..... Estorbo?
Marq. Nada de eso.
Salomé. De ti hablábamos.
Cándido. Señora.....
(Pongo algo bueno á que ahora
me fulminan un proceso.)
Marq. Deploramos, como es justo.....
Cándido. No es para echarlo en olvido.
Del cuerpo no me ha salido
á mí todavía el susto.
Y en mi alcoba—suerte impía!—
prendió el fuego; bien se ve.
Mas mia la culpa fué,
que no apagué la bujía.
¡Y adios mis libros de testo,
mis apuntes..... Como estopa
han ardido. Y adios ropa!
Me he quedado con lo puesto.
Salomé. Eh! no te apures.....
Cándido. Lo cito
como un hecho solamente.
Dios salvó al niño inocente!
Lo demas no vale un pito.
Y ardiera toda la quinta
si no acude el jardinero,
[*Al Marqués.*]
y usted, y yo, y todos..... Pero
¡qué valor el de Jacinta!
Marq. Muy laudable ha sido.
Cándido. ¡Oh, sí;
sublime!
Salomé. Mas ¿por qué estrella
feliz supo.....
Cándido. (Ahora es ella!)
Salomé. Que el niño dormia allí?
Cándido. Porque se lo dije yo.
Marq. Claro es: estando pared
por medio, ¿podia usted
ignorar.....
Cándido. Claro es que no.
Marq. Y si tambien, por ventura,
sabe usted.....
Cándido. (Qué residencia!)
Marq. Algo de la procedencia.....
Cándido. De quién?
Marq. De la criatura.....
Cándido. Eso es para mí un misterio.
Salomé. No lo ocultes si lo sabes.
Las circunstancias son graves.....
Marq. En efecto, el caso es serio.....
Salomé. Y como el mio tu honor
en él está interesado;
conque escrúpulos á un lado.....
Marq. Yo disculpo su temor.....
Cándido. Temor ¿de qué?
Marq. La bondad
de su alma.....
Cándido. Eh! tantos proemios...
Yo no necesito apremios
para decir la verdad.
Cerca ya de la oracion,
algun mensajero oculto
hubo de dejar el bulto
al pié de mi pabellon.
Era una canasta..... Al punto
bajo al jardin, la destapo,
y al ver un niño tan guapo
me quedo como difunto.
Marq. ¿Y el portador.....
Cándido. Pensé en él,
mas dije: ya, échale un galgo!
Salomé. ¿Viste si dentro habia algo.....
Cándido. El niño.
Salomé. No! Algun papel.....
Cándido. No sé..... Sólo en contemplar
el huerfanito me ocupo.....
Salomé. Y Jacinta ¿cuándo supo.....
Cándido. Al instante.
Salomé. Es singular!
Movido de ardiente celo
corriste en su busca.....
Cándido. No.
Allí se me apareció.....
Salomé. Como llovida del cielo.—
Bah! Ya sabria, y á fondo.....
Cándido. Nada.
Salomé. Así te lo diria

tal vez, pero.....
Cándido. Y no mentia:
con mi cabeza respondo.
Marq. ¿Y de concierto los dos.....
Cándido. No; los tres. Éramos tres.....
sin el niño.
Salomé. Pues ¿quién es
el otro.....
Cándido. Jacoba.
Marq. (Oh Dios!)
Salomé. Jacoba!
Marq. Llegaron juntas?
Cándido. Juntas. Dios las envió.....
Salomé. Y no llamarme!....
Marq. ¿Ellas.....
Cándido. ¡Oh
qué tempestad de preguntas!
Ambas con igual dolor
lloraban la desventura
de la tierna criatura....,
y yo tambien; sí, señor.
Era forzoso, era urgente
al huérfano dar auxilio,
y así el piadoso concilio
lo acordó unánimemente.
Pero la noche cerraba.....

[*Á doña Salomé.*]

Temimos la condicion
de usted..... Aquel pabellon
aislado nos convidaba.....
Salomé. Mi condicion! La conciencia
mal de su grado arguyó
á quien me temia.
Cándido. Ah, no!
Dios sabe nuestra inocencia.—
Y á fe que harto fundamento
á nuestro temor habia.
Salomé. Cómo!....
Cándido. Usted me fuerza, tia,
á decirle lo que siento.
Es usted arrebatada.....
Salomé. Eh?
Cándido. Y si con motivo ó no
contra el niño ellas y yo
temimos una alcaldada,
probarlo no es menester
en vista de lo que pasa.
Quien hoy le ha echado de casa
¿no le hubiera echado ayer?
Salomé. Insolente!....
Cándido. Yo me ciño
á la.....
Salomé. Calle!
Cándido. Pero, tia.....
Marq. Cálmese usted!
Salomé. ¡Todavía
querrá que prohije al niño!
Cándido. ¿Y es razon que usted declame
contra mí porque defiendo.....
Marq. Bien dice...
Salomé. Oh! ¿No está usted viendo
que esta es una intriga infame?
Cándido. Qué se entiende? (Aquí habrá un cisma)
Marq. Prudencia! Usted se acalora.
Con decir eso, señora,
culpa usted á su hija misma.
Salomé. Á mi hija! Jamás!.... Y áun dudo
si en desdoro de su fama
la complican en la trama
para que sea su escudo.
Cándido. Ella, si no es fementida,
dirá.....
Salomé. Mas supongo yo
que algo supo y lo calló
por piedad mal entendida;
¿quién esta noche ha velado
por el sospechoso infante?
Ella no; que un solo instante
no se apartó de mi lado.
Cándido. Yo de ese crímen la excluyo
que tanto á mi tia asusta.
Ella no veló. Me gusta
dar á cada cuál lo suyo.
Á otros debe su existencia
el niño: á mí en algun modo....;
á Jacinta sobre todo,
que ha sido su providencia.
Salomé. ¿Le quiere usted más convicto
de su culpa manifiesta?—
Ya sólo un medio te resta
para salir del conflicto.
Cándido. Cuál?
Salomé. Declarar que en mal hora,
más que culpable infeliz,
fué víctima de un desliz.....
Cándido. Quién?
Salomé. Mi sobrina.
Cándido. Señora!
No hay....; iba á decir estrella,
pero es débil paralelo:
no hay un ángel en el cielo
que sea más puro que ella.
Salomé. Si eres tú tan indulgente.....
Cándido. No; honrado, justo y sincero.
Marq. [*Dando á Cándido la mano.*]
Bien! Así habla un caballero.

[*Á doña Salomé.*]

Con esa fe no se miente.
Salomé. En buen hora; mas colijo
de esa misma ardiente fe
con que la defiende.....
Cándido. Qué?
Salomé. Que puede ser tuyo el hijo.
Cándido. Mio! Por la Vírgen madre
no desbarre usted.....
Salomé. Oh! pues.....
Cándido. Padre yo! —Señor Marqués,
tengo yo cara de padre?
Tan respetable dictado
halagaria á algun necio;
pero no á mí que me precio
de mozo morigerado.
Las letras son mis placeres,

temo á Dios, miro por mí,
y hasta que he venido aquí
no he tratado con mujeres.
Padre yo? Qué sacrilegio!
Y quién la madre sería?
¿La señora Estefanía,
lavandera del colegio,
sesentona, mazorral
y fea como un vestiglo?....
No se ha oido en este siglo
un despropósito igual.

Marq. Señora, no la pasion,
que es muy mala consejera,
conviene que se prefiera
á la luz de la razon.
¿Por qué en tierna juventud
suponer tanta falacia?
¿Por qué negar la eficacia
de la cristiana virtud?
Si parecido á otros varios
se explica naturalmente,
¿á qué sobre ese accidente
hacer juicios temerarios?
Accion más noble sería
al expósito acoger
sin tanto afan de saber
cuál es su genealogía;
mas, puesto que usted discrepa
de mi opinion.....

Salomé. Así es.

Marq. ¿Quién tendrá más interes
en que la verdad se sepa?
Los mismos que son objeto
de sospecha tan indigna.

Cándido. Sí, señor; no es mi consigna
comerme ningun secreto.
Mi relato ha sido fiel,
y á Jacinta no abochorna
la accion que su frente adorna
de inmarcesible laurel.
Ahora yo seré el primero
que trabaje sin dar punto

[*Señalándose á sí mismo.*]

hasta que al padre presunto
sustituya el verdadero.

Salomé. Norabuena.

Cándido. Y ya propicio
Dios me ha mostrado la senda
que tal vez..... Traigo una prenda
que puede darnos indicio.....

Salomé. Ah! ¿Por qué sin dilacion
no decírmelo.....

Cándido. Por qué?
Por estorbármelo usté
con tanta interpelacion.

Salomé. Bien; qué traes?

Cándido. [*Sacando un medallon.*]
Esta joya
que sin duda el niño bello
llevaba pendiente al cuello
cuando el pabellon fué Troya,
y.....

Salomé. [*Tomando el medallon.*]
Á ver? Es un medallon.....

Cándido. Con la imágen sacrosanta
de la que holló con su planta
la cabeza del dragon.

Salomé. Y aquí una cifra se ve.

Marq. [*Mirando la joya.*]
Sí.

Cándido. No he reparado en eso.
Tiene uno perdido el seso.....

Salomé. Una J y una C.

Marq. En efecto, bien se nota.....

Cándido. [*Volviendo á tomar el medallon.*]
Veamos el monograma.—
Sí, en Castilla ésta se llama
ce, y ésta sin duda es jota.
Pero con dos iniciales
¿qué hacemos?

Salomé. Mucho.

Cándido. No entiendo..

Salomé. No? Á gritos están diciendo
quiénes son los criminales.

Cándido. Dígalo usted sin reparo,
pues ve lo que nadie ve.

Salomé. Cándido dice la C;
Jacinta la J: es claro.

Cándido. ¡Miren por donde el demonio
puso esas letras delante
para que usted nos levante
otro falso testimonio!
¿Qué lince, ó qué zahorí
de ese modo acierta ¡oh Dios!
dos nombres cuando en el *Flos
Sanctorum* los hay..... así?

[*Junta y mueve los dedos.*]

Marq. La coincidencia es rara,
en verdad, mas ¿quién se atreve...

Salomé. Yo. Pues ¿no ve usted que llueve
sobre mojado?

Cándido. Hum! Me ahorcara!
Por la Vírgen de la O,
sea usted justa, si puede.
El que es culpado ¿procede
con la franqueza que yo?
cómo yo acaso en gamella?
¿tan idiota soy, que á usted
diera yo mismo la red
para quedar preso en ella?
¿por qué aplicar esta C
á mi nombre de bautismo?
¿no puede decir lo mismo
Cárlos, Cosme ó Cleofé?
¿Por qué, aunque clara y distinta
grabó esta J el buril,
pudiendo cuadrar á mil,
se ha de achacar á Jacinta,
y no á un..... don Juan Casanova,

que ocupe la cifra entera,
ó á una Joaquina...., Javiera....,
Julia..... Qué sé yo?..... Jacoba.....

Marq. (Cielos!)

Salomé. ¿Osará tu lengua.....

Cándido. No osa nada. Así, en tumulto,
he dicho nombres á bulto
y en ninguno pongo mengua;
mas sin malas intenciones,
y áun sin ser ese mi intento,
pruebo que hay que irse con tiento
en las interpretaciones.

Salomé. Bien; yo sé lo que he de hacer.
Dame la joya.....

Cándido. Eso no.
Si el acusado soy yo,
mejor está en mi poder.

Salomé. Ese respeto me guardas?

Cándido. Aunque negarlo pudiera
á quien mi nombre vulnera
con sospechas tan bastardas,
venerar sabré á mi tia,
por más que airada me ofenda;
y áun le daria esta prenda,
única defensa mia,
si sólo á mí me injuriara;
mas guardarla he menester
por la honra de una mujer
que sólo de mí se ampara.
Oh! y con la ayuda del cielo
lograré, pese á quien pese,
que el mundo entero confiese
que es de virtudes modelo.
Si es preciso, correré
por ella plazas y calles,
y rios, montes y valles,
desnudo, hambriento y á pié;
y aunque de escolar imberbe
poco el apoyo le valga,
mostraré que es sangre hidalga
la que en este pecho hierve.

[*Vase por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA III.

DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS.

Salomé. ¡Espera.....

Marq. Oh! déjele usted.....

Salomé. ¡Atrevérseme un muñeco.....

Marq. ¡Por Dios, señora..... Con gritos
y amenazas y denuestos
no adelantarémos nada.
Dejemos obrar al tiempo,
que aclara temprano ó tarde
los más profundos misterios.
Evitemos un escándalo
de que podríamos luégo
arrepentirnos.

Salomé. Bien, sí;
yo seguiré los consejos
de usted. Me dejo arrastrar
del ímpetu de mi genio
muchas veces, me acaloro.....
Pero con ojos serenos
¿quién mira tantos reveses
uno sobre otro.....

Marq. En efecto;
pero.....

Salomé. Mi hija..... Ah! ¿le habrá
repetido.....

Marq. No lo creo.
Ya hubiera llamado Rita.....

Salomé. Sí; quedó al pié de su lecho.....

[*Entreabriendo la puerta de la derecha.*]

Miraré, no obstante.....

[*Entra.*]

Marq. [*Sólo.*] ¡Amargas
dudas, presagios siniestros,
no me atormenteis!

Salomé. [*Saliendo.*] Áun duerme.

[*Retirándose.*]

No interrumpamos su sueño.

Marq. (Á buena hora lo dice!)
Usted tambien, será bueno
que se recoja.....

Salomé. No, no.
¿Cómo dormir con sosiego
cuando mi casa..... Áun no he visto
los estragos del incendio.

[*Tomando el brazo del Marqués.*]

Voy, voy..... Qué dia de prueba!....
Usted no se irá tan presto.....

Marq. Es fuerza. Tengo que dar
órdenes.....

Salomé. Bien; pero luégo
volverá usted á comer
con nosotras.....

Marq. Lo prometo.

[*Vanse por el foro.*]

ESCENA IV.

JACINTA.

[*Entreabriendo la puerta de la izquierda.*]

Ya no se oye hablar..... Saldré...

[*Sale á la escena y observa desde el foro.*]

Hácia el jardin van los dos.

[*Vuelve al proscenio.*]

Veré á Jacoba, aunque turbe
el sueño reparador

en que áun reposa tal vez.
El tiempo corre veloz,
fuerza es hablarla, y no debo
desperdiciar la ocasion.—
¡Ella duerme, cielo santo,
y en mí, que inocente soy,
vierte su hiel la calumnia
y su ponzoña el rencor!
Qué importa? No por quien da
tan indigno galardon
á mis finezas; por mí
lo hago, Dios mio, y por vos.
Fácil me fuera cambiar
el insensato furor
de mi tia en llanto acerbo,
luto y desesperacion;
mas ni áun en defensa propia
me consiente el pundonor
denunciar á quien en mí
su arcano depositó.
Dios querrá, sin mengua mia,
si nubes lo eclipsan hoy,
que luzca de mi inocencia
puro y espléndido el sol.—
Abren la puerta..... Ella es.

ESCENA V.

JACINTA. JACOBA.

Jacoba. ¡Mamá..... Ah! Jacinta.....
Jacinta. Bajó
al jardin. Solas estamos.
Jacoba. [*Abrazándola.*]
Ah! ven. Los brazos te doy
agradecida, admirada.
¡Cuál sería mi dolor
si tú...
Jacinta. Bien, sí... Lo que importa...
Jacoba. Al recobrar la razon
supe... Oh Jacinta!....
Jacinta. Abreviemos.
Un azar....
Jacoba. Temblando estoy.
¿El niño.....
Jacinta. Vive; no temas.
Jacoba. Mas ¿dónde..... Mamá ordenó.....
Jacinta. ¡Venera, Jacoba, admira
la providencia de Dios!
¿Quién dirás que acoge al huérfano...
Jacoba. No sé.....
Jacinta. El Marqués!
Jacoba. (Oh rubor!)
Jacinta. Callas!
Jacoba. Con dardo mortal
me has pasado el corazon.
Jacinta. ¿Y cómo ocultarte.....
Jacoba. Acaba.
Jacinta. En el jardin se encontró
una prenda.....
Jacoba. Prenda!.... Cuál?
Jacinta. ¿Recuerdas un medallon.....
Jacoba. Oh cielo!
Jacinta. Con una cifra.....
Jacoba. El nombre del seductor
y el mio. Mas ¿quién lo ha visto?
Jacinta. Cándido, tu madre, yo,
el Marqués.
Jacoba. Ah! soy perdida.
Jacinta. Perdida? Por qué? Depon
tu zozobra. En mí recaen
las sospechas; en ti, no.
Jacoba. Ay de mí! Si ahora se engañan,
poco durará su error;
que no está en la cifra sola
el riesgo..... Ah! perdida soy,
te digo.
Jacinta. ¡Cómo.....
Jacoba. Si miran
la joya con atencion,
verán, moviendo un resorte,
un papel acusador.....
Jacinta. ¿Qué oigo!
Jacoba. En él;—ahora maldigo
mi funesta prevision;—
en él con mi propia mano
consigné mi deshonor.
Oh! no sobreviviré,
lo juro, á tanto baldon.
Jacinta. ¡Oye.....
Jacoba. Nada quiero oir.
Mi destino se cumplió!
Jacinta. Nadie ha visto ese papel
que es causa de tu terror;
nadie lo verá.
Jacoba. ¿Qué dices!
Pues ¿quién... ¿Cómo....
Jacinta. El medallon
está en mi poder.
Jacoba. Ah!
Jacinta. Cándido,
que á su tia lo negó,
viéndome blanco indefenso
de injuriosa acusacion,
me le ha dado..... sin abrirle.
Jacoba. Y cuando con él la atroz
calumnia puedes triunfante
desmentir, ¿tu abnegacion
será tal, que á ese testigo,
el único en tu favor,
renuncies? No. Dios no quiere
en ese nuevo crisol
probar tu virtud excelsa
y mi eterna confusion.
No; á ti el lauro, á mí el oprobio!—
Pero á prevenirlo voy.
Jacinta. Qué intentas?
Jacoba. Tiempo ha, por dicha,
para este trance me armó
mi presentimiento. Un tósigo
ántes que alumbre otro sol
pondrá término á mi vida,

que miro ya con horror.
Jacinta. Jacoba!
Jacoba. Podré morir
maldita; humillada, no.
Jacinta. ¡Por piedad.....
Jacoba. Vano es tu ruego;
me irrita tu compasion;....
me fatiga tu virtud!
Jacinta. ¡Perdónala como yo,
Dios mio!—¿Será posible.....
Jacoba. Firme es mi resolucion,
y no me conoces bien
si dudas de mi valor.
Jacinta. Valor! Demencia, impiedad,
cobardía. Oh justo Dios!
Valor sería á tu orgullo
preferir tu obligacion;
valor sería ofrecer
en holocausto al Señor
las penas, las amarguras
que forzoso efecto son
de tu flaqueza; y al seno
volver que le desechó
el hijo desventurado;
y oir la elocuente voz
con que la sangre te pide,
te manda la religion
prodigar de hoy más á él solo
los tesoros de tu amor.
Jacoba. Me insultas!
Jacinta. Ah no. Salvarte
deseo.....
Jacoba. No hay salvacion
para mí; ni el triste huérfano
que en hora infausta nació
pierde nada con perder
una madre sin honor,
sin fe.....
Jacinta. Oh, no delires!....
Jacoba. Tú,
tú sola pudieras..... Oh!
¿Cómo exigirlo de ti
cuando ni de tu perdon
soy digna? Sí, sí, deliro.....
Sufra yo sola el rigor
de merecido infortunio.
Dios pide en expiacion
de mi delito, no tu honra,
mi vida. Yo te la doy
en cambio de otra más pura
que por ti no pereció.
Así del secreto horrible
que pesa sobre las dos
nos descargamos. Así
brillará con más fulgor
tu frente, y caerá en la mia
la infamia y la execracion
despues que duerman mis ojos
en eterna noche. Adios.
Jacinta. [*Deteniéndola.*]
Espera, infeliz! Renuncia
á ese designio feroz.
Te lo ruego..... Te lo mando.
Jacoba. Aparta!
Jacinta. Ah!
[*Ofreciendo á Jacoba el medallon.*]
Toma. Ya estoy
desarmada. Ya me puede
ultrajar á su sabor
tu injusta madre...., y tú misma,
y echarme de esta mansion
si su dignidad lo exige
á damas de tanta pro.
Jacoba. Jamás! Ni tal sacrificio
debo admitir, superior
mil veces al de mi vida.
Guarda el fatal medallon,
y muera yo!
Jacinta. No; tus manes
viera siempre en derredor
funestando mi existencia,
y de tu condenacion
culpable sería. Toma.....
[*Haciendo tomar á Jacoba el medallon.*]
Sí, y cese ya tu temblor,
y vuelva á tu alma la paz,
y de mi tribulacion
no te cuides; que en el cielo
será mi lauro mayor
cuanto más pruebe en el mundo
mi fe y mi resignacion.
Jacoba. Oh! ¿Qué soy yo en tu presencia,
númen celeste, qué soy,
pese á mi loca altivez?
[*En ademan de arrodillarse y Jacinta la detiene.*]
Postrada.....
Jacinta. No! ¿Qué haces! No!
Si nos ven..... Guarda esa joya
y vuelve á tu habitacion.
Jacoba. [*Guardando el medallon y yéndose hácia su cuarto.*]
Adios.
Jacinta. [*Volviendo despues de dar algunos pasos.*]
Oh! Aguarda!
Jacoba. [*Volviendo la cabeza.*] Qué quieres?
Jacinta. Decirte se me olvidó,
Jacoba.....
Jacoba. Qué?
Jacinta. Que te impongo
una sola condicion.
Jacoba. Cuál?
Jacinta. ¿No te la anuncian ya
la conciencia y el pudor?
Jacoba. Ah!
[*Se cubre el rostro con las manos.*]
Jacinta. Dia de sacrificios

es para entrambas el de hoy.
Jacoba. Oh! Ménos me espantaria
un rayo exterminador
que esas palabras crueles.

[*Queda pensativa y consternada.*]

Jacinta. Para mí tambien lo son,
y más de lo que imaginas;
pero al labio las dictó
austero deber. Si es débil
testimonio de adhesion
á los lazos que nos unen
y al techo que me abrigó,
sacrificar á la tuya
mi propia reputacion,
toma mi sangre tambien,
Jacoba, y muerte precoz
ponga fin á mi desdicha;
pero no es mio el blason
del ilustre caballero
que modelo de candor
te juzga, y de cuya afrenta
sería cómplice yo
si en tu lengua temeraria
no atajase el sí traidor.

Jacoba. [*Con sumo abatimiento.*]
Basta. Oh! duélete de mí.
Jacinta. ¿Renunciarás á esa union
que Dios reprueba?
Jacoba. [*Como maquinalmente.*]
Sí.
Jacinta. Júralo,
Jacoba, al sumo Hacedor
por la vida de tu hijo.
Jacoba. Sí, sí, lo juro.
Jacinta. ¡Sed vos
testigo de su promesa,
Dios mio, como lo sois
de mi martirio!—Oigo pasos.....
Separémonos.
Jacoba. [*Con la misma insensibilidad.*]
Sí.
Jacinta. Adios.

[*Vase por la puerta de la izquierda, quedando en la escena Jacoba inmóvil y como petrificada.*]

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

JACINTA. CÁNDIDO.

Cándido. Es cierto lo que me dices?
¿Conque esa tia cerril,
estúpida y descastada.....
Jacinta. Cándido!.... No hables así.
Cándido. Para lo que ella merece
áun he dicho poco. En fin,
¿ha tenido corazon
para despedirte?
Jacinta. Sí.
Ni puedo ya con decoro,
bien lo conoces, vivir
á su lado.
Cándido. No te arrastres
con humillacion servil
á los piés de quien te ultraja;
pero, porque en el magin
se le ha puesto atribuirte,
sin otra razon que el *sic
volo, sic jubeo*, culpas
que otra cometió, ¿no es ruin
accion echar de su casa
á una huérfana infeliz?
¡Ella que encierra en sus cofres
las minas del Potosí!
Más agua voy á llorar
que lleva Guadalquivir.
Jacinta. ¿Qué quieres! Las apariencias
están todas contra mí.
Cándido. Que lo estén! Es tia tuya,
aunque indigna, no alguacil
ni agente de policía,

[*Con un dedo en la frente.*]

y si ella tuviera aquí
lo que le falta, no diera
tal escándalo.
Jacinta. Sufrir
debo y callar.
Cándido. ¡Y dar armas
contra ti misma á la vil
calumnia! No; pon el grito
en la bóveda turquí;
acude al juez, al vicario,
al gobernador civil,
á las Córtes, á la Reina.....
Jacinta. Vencida fuera en la lid;
que al cabo está en su derecho
mi tia.
Cándido. Alma baladí!
Ella es dueña de su casa;
mas culparte de un desliz.....
Jacinta. No lo hará en los tribunales,
ni me está bien recurrir
á ellos.
Cándido. Fatalidad!
Contra el ciego frenesí

de la tia yo esperaba
que nuestra prima gentil
fuese tu egida; ¡y un vértigo
la acomete en el jardin,
y vuelve de él impasible,
muda, insensata!

Jacinta. (¡Feliz
ella si nunca recobra
la razon!)

Cándido. Si he de decir
lo que siento, desmayarse,
ella que es tan varonil,
cuando de improviso vió
que ardia mi camarin,
y despues esa demencia
que no acierto á definir.....
Aquí hay misterio, Jacinta.

Jacinta. ¡Cómo.....

Cándido. No me falta un tris
para sospechar que el párvulo.....

Jacinta. No!....

Cándido. Le toca más que á ti.

Jacinta. No lo pienses! No lo digas!

Cándido. Por qué no lo he de decir?

Jacinta. Porque no puedes probarlo
y te expones á un mentis
vergonzoso, y á perder
la gracia que yo perdí.

Cándido. Por la gracia de mi tia
no doy seis maravedís.

Jacinta. Sé más generoso que ella,
Cándido, y más justo. Di:
si sólo por los indicios
hemos de juzgar, ¿no hay mil
que me acusan para uno
que pudieras tú aducir
contra Jacoba? Y no obstante
la alta opinion que de mí
has formado ¿no pudiera
ser aparente barniz
esta virtud.....

Cándido. No prosigas;
que con ese noble ardid
no me engañas. Callaré
si tú me lo mandas.....

Jacinta. Sí;
te lo ruego.

Cándido. Bien está,
mas ¡quererme persuadir
tú misma de que no eres
la gloria de tu país
y de tu sexo.....

Jacinta. Álguien sube.

Cándido. [*En ademan de irse.*]
No me podré reprimir
si es la tia.

Jacinta. [*Mirando por el foro.*]
No; el Marqués.

Cándido. Pues él.....

Jacinta. [*Bajando la voz.*]
Calla! Ya está ahí.

ESCENA II.

JACINTA. CÁNDIDO. EL MARQUÉS.

Marq. Oh Jacinta!—Amigo mio!....

Cándido. Señor Marqués!

Marq. ¿Qué me anuncia
esa agitacion?.... Jacinta!
¿Ha habido en mi ausencia alguna
novedad?

Cándido. Ah! sí, señor.

Marq. Sáquenme ustedes de dudas.
Dejé dormida á Jacoba,
y aplacada ya la furia
de su madre.....

Cándido. Á aquella calma
sobrevino nube oscura,
tempestuosa...., y como el débil
es forzoso que sucumba
siempre...

Marq. Pues ¿qué...

Cándido. Pero al ménos
no es ya Jacinta la única
que apurará en esta casa
la copa de la amargura.

Marq. ¿Qué oigo!

Jacinta. Cándido!

Marq. Hable usted.

Cándido. No puedo: el dolor me anuda
la lengua, y la indignacion.....
Mi tia sube. Ella supla
mi silencio.

ESCENA III.

JACINTA. CÁNDIDO. EL MARQUÉS.
DOÑA SALOMÉ.

Salomé. Ay Marqués! Ya
sabrá usted mi desventura.
Jacoba.....

Marq. Qué! ¿su salud.....

Salomé. No es eso lo que me angustia.
Ya ha tiempo que despertó,
y sin dolencia ninguna
al parecer; mas no sé
qué extraña idea conturba
su mente. Me desconoce,
no responde á mis preguntas,
y si habla son sus palabras
incoherentes, confusas.....

Marq. Loca! Oh Dios!

Salomé. Tal vez! Mas luégo
que respire el aura pura
del jardin, confio en Dios.....
Sumida queda en profunda
tristeza y tenaz silencio;
pero más tranquila. Lúcas
y Rita están á la mira.

Marq. (¿De qué nace esa locura,

justo Dios!..., y por qué hoy
y no ayer?....)

Salomé. Tristes resultas
del susto de esta mañana.
Ella padece sin culpa,
la infeliz, y cuando á otra
tantos indicios acusan.....

Marq. Señora!

Cándido. Ah! yo juro.....

Jacinta. [*En voz baja.*] Calla.

Salomé. No acrimino su conducta:
Dios la juzgue; mas las dos
no pueden ya vivir juntas.

[*Á Jacinta.*]

Lo reconoces tú misma.

Jacinta. Es verdad.

Salomé. Tú, que ni excusas
tu proceder con razones,
ni con lágrimas y súplicas
desarmas.....

Cándido. Un alma grande,
tia, no se abate nunca;
fía en Dios y en su inocencia
y tarde ó temprano triunfa.

Salomé. Eh! calla tú, y reflexiona
que tu charla inoportuna
puede agravar su desdicha
y acaso labrar la tuya.

Cándido. Ni temores, ni amenazas
han de impedirme que cumpla
con la obligacion de deudo
y amigo; y si usted expulsa
indignamente á Jacinta,
yo reclamo la honra suma
de que me alcance el rigor
de esa proscripcion absurda.

Jacinta. Oh, no le oiga usted, señora!

Salomé. Por qué no? Si de eso gusta.....
Abreviemos. Es medida
que á mi carácter repugna,
pero forzosa. Mi coche
á Córdoba te conduzca.—
No por eso te abandono
al rigor de la fortuna.
Proveeré á tu subsistencia.....

[*Ofreciendo á Jacinta un bolsillo.*]

Toma.....

Jacinta. No! jamás!

Salomé. ¿Rehusas.....

Marq. Hace bien en rehusar
los dones de quien la insulta.

Salomé. Marqués!

Marq. Sí, y será preciso,
aunque ofenda á usted mi adusta
franqueza, que de mis labios
oiga la verdad desnuda.
Sea cual fuere, señora,
la causa en que usted la funda,
no ha merecido Jacinta
esa medida tan dura
y tan inicua. ¿Qué valen
cavilosas conjeturas
contra una jóven á quien
tan nobles dotes ilustran?
¿Y acaso porque esa víctima
sacrifique usted ilusa
al qué dirán, sólo en ella
se ensañará la calumnia?....
Veló piadosa y solícita
por la tierna criatura;
se arrojó al fuego por ella:
he aquí una prueba inconcusa
de su desliz, dirá usted;
que así en el mundo se juzga!
He aquí, digo yo, una gloria
que hasta los cielos la encumbra,
sea madre, ó no lo sea
del huérfano á quien escuda.
Si lo es, ¿qué madre excedió
su fe, su amor, su ternura?
Si nó,.... ¿qué humana virtud
es comparable á la suya?

Cándido. [*Tomando afectuosamente la mano del Marqués.*]

Bravo, bravo!

Jacinta. (Oh gozo inmenso!
Dios me paga con usura
mis sacrificios.)

Salomé. Absorta
me deja usted y confusa,
señor Marqués. Qué entusiasmo!
Ya veo que hay más ventura
en ser amiga de usted
que en ser su amante.

Cándido. (Ya punza
la envidia.)

Marq. El amor no excluye
á la amistad cuando es pura
y merecida.

Cándido. Oh Dios mio!
Merecida? Cual ninguna.
Áun no sabe usted su.....

Jacinta. [*En voz baja.*] Cándido!

Marq. Demos fin á una disputa
odiosa, inútil. Yo espero
que en breve nos restituya
el cielo á todos la paz
y la confianza mutua.
Ahora en torno de Jacoba
la sangre, el amor reunan
nuestros esfuerzos.....

Jacoba. [*Dentro.*] Mamá!

[*Todos corren hácia el foro.*]

Salomé. Llama!

Cándido. Ahí está.

Marq. Oh Dios!....

Salomé. Oh angustia!

[*Aparece Jacoba con el cabello suelto y algun desaliño en sus vestidos, pero con semblante apacible y risueño. Trae en la mano una corona de flores.*]

ESCENA IV.

DOÑA SALOMÉ. JACINTA. CÁNDIDO.
EL MARQUÉS. JACOBA.

Jacoba. Mamá!.... Bien! Todos aquí.....
Ved ya mi frente serena,
y dadme la enhorabuena,
y recibidla de mí.
Salomé. Hija!....
Marq. Jacoba!....
Jacoba. Ya el rayo
á que tanto miedo tuve
no me amaga en densa nube.....
Sus galas recobra Mayo.
Vagaba por el jardin,
como leve mariposa,
de la azucena á la rosa
y del clavel al jazmin,
hasta que llena la falda
me he visto de lindas flores,
y—mirad!—con las mejores
he tejido esta guirnalda.—
Hoy me caso.
Jacinta. (Oh Dios!)
Jacoba. Sí tal.

[*Presentando la guirnalda á Jacinta. Esta se acerca; pero no la toma.*]

Adórname tú con ella.

[*Como para sí.*]

¡Qué ufana estaré y qué bella
con mi corona nupcial!
Jacinta. [*En voz baja.*]
Oh, calla!....
Jacoba. [*Sin oir á Jacinta.*] Pónmela pues...
Pero mi dueño adorado
¿dónde está?
Salomé. (Oh cielo!) Á tu lado.
Marq. Jacoba!....
Jacoba. Oh, sí; él es, él es!
Marq. Me conoce!
Jacoba. [*Con acento de melancolía.*]
¡Otra diadema
temí mostrar á tus ojos!....
Salomé. Tú!....
Jacoba. De cipres y de abrojos!....
Salomé. Ah, no!....
Jacoba. ¡Áun oigo el anatema....

[*Riéndose.*]

Pueril temor!.... Soy su amáda.
¿Quién romperá el nudo santo
que ha de unirnos?—Súena el canto
religioso.....

[*Breve pausa. Queda como en actitud de orar.*]

Jacinta. (Desdichada!)
Jacoba. Oís?.... El alma se arroba.....
Cándido. (Ah!....)
Jacinta. (No puedo más!)
Jacoba. Sí.

[*Otra pausa breve.*]

Sí.—
Ahora la mano.

[*Tomando la del Marqués y quedando entre él y Jacinta.*]

Así!
Oh dicha! oh placer!
Jacinta. [*Con energía, aunque á media voz y apretando fuertemente la mano de su prima.*]
Jacoba!
Jacoba. [*Con grito agudo.*]
Ah!

[*Con suma agitacion.*]

Mentí! No más amores.
Marq. ¿Qué oigo!
Salomé. Ah!..
Jacoba. No más parabienes!
Jacinta. Prima!....
Jacoba. ¡No es dado á mis sienes
ceñir guirnaldas de flores!
¡No sus matices destruya
esta fiebre que me inflama!
Otra frente la reclama
más digna.....
Jacinta. [*Con el dedo en la boca.*]
Basta!
Jacoba. [*Á Jacinta.*] La tuya!
Marq. (Tiemblo...)
Jacoba. Yo misma...
Salomé. Ay dolor!
Jacoba. Yo te la pondré.....
Salomé. (Oh demencia!)
¿No miras...
Cándido. (Ah, la conciencia!...)
Jacoba. Si merezco tanto honor.

[*Siguiendo á Jacinta que quiere retirarse.*]

Ven, no huyas. Qué te espanta?
Jacinta. Oh!....
Jacoba. Tú sola la mereces.
Salomé. Ella!
Jacoba. ¡Sí, una y mil veces;
ella, sí! Es mártir; es santa!

[*Pone la guirnalda en la cabeza de Jacinta, que al momento se la desciñe.*]

Jacinta. No! Huiré.....
Salomé. Qué tormento!—Sí.
Jacoba. [*Deteniendo con fuerza á Jacinta.*]
Detente!
Salomé. Yo te lo mando.

Jacoba. [*Abrazada á Jacinta.*]
No se irá, no! ¿Desde cuándo
no soy yo quien reina aquí?
Infeliz si álguien la toca!
Salomé. Vuelve en ti..... (Delirio horrendo!)
Jacoba. Quédate. Yo te defiendo.
[*Mostrando á su madre.*]
Esa mujer está loca.
[*Á doña Salomé con rápida transicion.*]
Sin esa con quien te ensañas
¿qué fuera de la honra mia?
Salomé. Tu honra!
Marq. Oh cielo!
Jacoba. ¿Qué sería
del hijo de mis entrañas?
Salomé. [*Con grito de desesperacion y cubriéndose la cara.*]
Ah!
Jacinta. Gran Dios!
Salomé. ¡Mi maldicion...
Cándido. } *Jacinta.* } Piedad!
Jacoba. [*Á su madre con estúpida confianza.*]
¿No sabías..... Ven.....
Marq. Señora!....
Salomé. (Oh vergüenza!)
Cándido. (Bien
me lo dijo el corazon.)
Jacoba. [*Dirigiéndose á la habitacion de la derecha y bajando la voz.*]
Verás... Ven, sígueme.....
Salomé. Aparta!
Jacoba. Ya no hay miedo..... Él nada sabe.
Allí tengo bajo llave
el medallon y la carta.....
Salomé. Dios piadoso!....
Jacoba. Ven en pos
de mí, callandito, y cierra.....
Que no nos sienta la tierra!
Lo oyes?
[*Con el índice en la boca y entrando en su cuarto.*]
Silencio, por Dios!

ESCENA V.

JACINTA. DOÑA SALOMÉ. EL MARQUÉS. CÁNDIDO.

Salomé. Oh! Ya no eres hija mia.
Te abandono, te detesto.....
Jacinta. ¡Ay, no; que su error funesto
harto la infeliz expía!
Piedad! ¿Quién no la perdona
viéndola en tal desvarío?
¿Qué será de ella, Dios mio,
si su madre la abandona?
Hoy más que nunca el amor
y el halago ha menester
de aquella á quien debe el ser.....
Llora usted? Tanto mejor!
Salomé. ¿Para qué quiero la vida.....
Jacinta. [*Empujándola hácia la puerta de la derecha.*]
Para ella! Sus ojos vean
esas lágrimas y sean
el bálsamo de su herida.
Salomé. Sí!—Mas tú... Qué injusta he sido!
qué ciega!....
Jacinta. Basta.....
Salomé. Confieso
con rubor.....
Jacinta. No hablemos de eso.
Entre usted.....
[*Abrazando á doña Salomé.*]
Todo lo olvido.

ESCENA VI.

JACINTA. CÁNDIDO. EL MARQUÉS.

Marq. [*De rodillas.*]
Mujer divina!
Jacinta. Marqués!
Cándido. Vítor!
Jacinta. ¡Por Dios...
Marq. ¡Demasiado,
ángel hermoso, he tardado
en arrojarme á tus piés!
Jacinta. Alce usted, ó á mi pesar
huiré.....
Marq. [*Levantándose.*]
No! Ya te obedezco.
Jacinta. Confusa estoy..... No merezco.....
Marq. Tú mereces un altar.
Jacinta. Dios mio!
Cándido. Tiene razon.—
Yo lloro de regocijo.
Marq. Y de hoy más yo te lo erijo
en mi amante corazon.—
¿Qué digo! Siempre te amé.
Cayeron en la herejía
mis ojos, pero vivia
dentro del pecho la fe;
y si á los ojos creí
más que á la fe que en secreto
te preferia al objeto
por quien fascinado fuí,
no es porque á tu dulce encanto
amor negase la palma;

es porque cobarde el alma
no osaba aspirar á tanto.

Jacinta. Por mí el llanto en que me inundo
responda; que vano empeño
fuera... Oh Dios! si esto es un sueño,
no despierte yo en el mundo!

Cándido. Sueño? No. Triunfo, y completo.

[*Con cierto despecho cómico.*]

Puedo ya hablar, pesia mí?

[*Jacinta se sonrie y le dice que sí con la cabeza.*]

Le amaba á usted.

Marq. Cielos!

Cándido. Sí.
Yo sorprendí su secreto.

Marq. ¡Y por su propia rival
intercedió, cuando pudo......

Jacinta. Y áun fuera mi labio mudo
si ese accidente fatal.....

Marq. Para ensalzar tu inocencia
y hacerme dichoso á mí,
quiso decretarlo así
la divina Providencia;
y para mayor victoria
la misma que tu tormento
ha causado, es instrumento
de su castigo y tu gloria.
De ella estaré más ufano
que de todos mis blasones
si el sello á mi dicha pones
otorgándome tu mano.

Cándido. Sí otorga. Pues ¡bueno fuera.....

[*Dando la mano al Marqués.*]

Ahí va la mia, si soy
digno.....

Marq. Sí, primo; y desde hoy
me encargo de tu carrera.

Jacinta. Sí, casto lazo nos una.
Negar que él es gloria mia
fuera vana hipocresía
y modestia inoportuna.—
Pero cuando en torno veo
tanta desdicha, es forzoso
pedir al alma reposo
y dar treguas al deseo.
Boda, festines, placeres
serian en tanto horror
escarnio, insulto al dolor
de esas dos pobres mujeres.—
Ya pesarosa me siento
de dejarlas..... Entra allí,
buen Cándido.....

[*Viendo que Cándido muestra alguna repugnancia.*]

Hazlo por mí!
Yo te seguiré al momento.

[*Entra Cándido en la habitacion de la derecha.*]

ESCENA ÚLTIMA.

JACINTA. EL MARQUÉS.

Jacinta. Dios completará su obra
dando fin con su clemencia
de la hija á la demencia,
de la madre á la zozobra.
Sí, tras de fatiga tanta
pronto vencerá, lo espero,
á un delirio pasajero
la naturaleza santa.
Porque la piedad lo aplace
no será ¡oh mi caro esposo!
ménos firme y venturoso
el nudo que nos enlace.
En tanto gozosa y tierna
doy á mi dueño esta mano,
prenda de amor sobrehumano
y fidelidad eterna.

[*El Marqués toma la mano de Jacinta y la besa con pasion. Jacinta alza los ojos al cielo con inefable gozo.*]

LA CABRA TIRA AL MONTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro de Variedades (Madrid) el dia 2 de Abril de 1853.

PERSONAS.

EUGENIA.	EL MARQUÉS.
DOÑA CELEDONIA.	FERNANDO.
LA BARONESA.	D. PRÓSPERO.
CASILDA.	EL BARON.
DOÑA INES.	HILARIO.
PETRA.	ARTURO.

COSME.

DAMAS Y CABALLEROS.

ACTO PRIMERO.

La accion de este acto pasa extramuros de la ciudad de Ávila en el año de 1834. En el foro la fachada y puerta practicable de una casa de labrador: delante de la puerta habrá un cobertizo con emparrado. Arboleda á derecha é izquierda. La casa se comunica por la derecha del actor con la poblacion y con el camino de Madrid.

ESCENA I.

DOÑA INES. EUGENIA. FERNANDO. PETRA.

[*Aparecen bajo el emparrado, sentados en sillas rústicas, doña Ines haciendo media, Eugenia ocupada en algun bordado manual, Petra hilando y Fernando con un libro en la mano. Las dos primeras vestirán á la moda de la época; pero con modestia y sencillez: Fernando y Petra, como los labradores del pais.*]

Fernando. Aquí acaba el capítulo. Á la noche, si á ustedes les parece, continuarémos la lectura.

Ines. Tan pronto la deja usted!

Fernando. Tengo que ir á una diligencia forzosa.

Ines. Lo siento. Lee usted con tanta expresion, que cuando le oigo olvido mis dolencias.

Fernando. Mi mayor placer, señora, sería el ver á usted completamente restablecida.

Ines. Gracias, Fernando. Ya estoy más animada, más ágil y voy recobrando el apetito. Todo lo debo al esmero, á la afectuosa solicitud con que usted y su buen padre me cuidan y me agasajan.

Fernando. No me sonroje usted, señora. ¿Qué hacemos en eso sino cumplir un deber muy grato á nuestros corazones leales y agradecidos?

Ines. (Qué excelente muchacho!)

Fernando. Y sin duda, más que nuestros rústicos obsequios, aunque con tan buena voluntad ofrecidos, contribuyeron á la mejoría de usted la vida del campo y lo sano y fresco de este clima.

Ines. Con todo, me parece que á mi Euge-

nia no le prueba tan bien como á mí.....

Eugenia. Sí tal.

Ines. No lo extraño. Todas las complexiones no son iguales.

Eugenia. Pero ¡si yo estoy buena!

Ines. No digo que estés enferma; pero algo desmejoradilla... Echas de ménos la corte?

Eugenia. Oh, no, mamá! Ni necesito jurarlo: bien sabe usted que para nosotras tiene pocos atractivos.

Ines. Ah, es verdad!

Fernando. ¿Y para quién los ha de tener miéntras no desaparezca del todo la terrible epidemia que ha diezmado sus habitantes? Más dichosa es, siquiera bajo ese aspecto, esta pobre comarca, pues Dios ha querido preservarla de semejante calamidad.

Eugenia. Papá se obstinó en quedarse allí. Este es mi único recuerdo de Madrid, y bien triste por cierto. Si mis ojos le vieran como ven á mi querida madre,.... en Ávila se encerraria para mí todo el universo.

Ines. (No me ha mirado á mí sola. ¡Pobre niña!) ¿Y podré saber, Fernando, qué diligencia es esa?

Fernando. Cosas de la labranza..... Como mi padre está en la feria de El Barco, y no volverá hasta dentro de cuatro ó cinco dias...

Petra. Sí, cosas de la labranza!.... No lo crea usted, señora.

Fernando. Petra!

Petra. Lo he de decir aunque me llame usted bachillera. Es que hoy se hace la quinta, y como entra en sorteo.....

Eugenia. (Cielos!)

Petra. Tiene que asistir á él.....

Fernando. [*Con un suspiro mal reprimido.*] (Ah!) En efecto.....

Ines. Pero eso no nos debe inquietar mucho. La suerte le puede ser á usted favorable, y en todo caso, siendo hijo de un labrador acomodado y bienquisto, sin grande extorsion podrá usted comprar un sustituto.

Fernando. Es cierto; pero..... yo no tengo aversion á la honrosa carrera de las armas...

Eugenia. [*Casi llorando.*] (Oh Dios mio!)

Ines. Ya lleva usted muy adelantada la de leyes, y sería un dolor.....

Fernando. ¿Quién sabe lo que el destino le reserva? Pudiera ser tal mi suerte, que envidiara la de soldado.

Ines. No comprendo..... (Demasiado!) Con bienes de fortuna, en la flor de la vida, gozando de robusta salud, del amor de su padre y de la estimacion de todos, ¿qué pesares puede usted tener hoy ó presentir para mañana?

Fernando. Ah señora! Para juzgar de la felicidad ó la desgracia de cada uno, sería preciso sondear su corazon, y si yo osara descubrir el mio, ó usted penetrase en él, le parecerian muy fundadas mis melancólicas reflexiones.

Ines. Cualquiera que sea su causa, no debe usted olvidar que es el único apoyo y el consuelo y el orgullo de un padre anciano.

Fernando. Gracias á Dios, no necesita que mis brazos le sustenten, y cuando él supiera que yo no podria sobrevivir al golpe que me amenaza, preferiria que fuese á buscar en el campo de batalla una muerte gloriosa.

Ines. Santo Dios!.... Qué golpe es ese? Ó es muy distinto del que presumo, ó cuanto siento y veo desmiente esos funestos presagios.—Habla tú, Eugenia.—Pero harto hablan esas lágrimas que ya no puedes contener.

Eugenia. [*Levantándose para echarse en los brazos de doña Ines, que se levanta tambien y la recibe en ellos.*] Madre mia!....

Fernando. Ah señora!... [*Quiere arrodillarse, doña Ines se lo impide, y tomando de las manos á los dos jóvenes se adelanta con ellos hácia el proscenio.*]

Ines. Quieto! ¿Va usted á acusarse de que ama á mi hija, como si fuera un delito? ¿Y por qué? Ó ella lo merece, ó mucho me ciega mi amor de madre.—¿Te avergüenzas tú acaso de corresponderle?

Eugenia. No, mamá!... Si me avergonzase, no le amaria. En este corazon que nunca hizo latir el remordimiento, en este corazon que usted ha formado no cabe ningun afecto de que no pueda gloriarme á los ojos de Dios y á los del mundo.

Ines. Lo oye usted?

Fernando. Sí, señora; pero aunque esos dulces acentos colmen de júbilo mi alma enamorada, ántes me acobardan que me envanecen; porque no es posible amar sin suspirar por la posesion del objeto amado, y ¿quién soy yo para aspirar á tanta dicha?

Ines. Y, dejando aparte las hipérboles del amor, á que las madres no son por cierto ménos propensas que los amantes, ¿quién es ella para que usted desespere de obtener su mano?

Fernando. Oh! es usted una santa, ¡y yo...

Ines. ¡Y usted me hacía el agravio de confundirme con el vulgo de las mujeres!

Fernando. Señora!....

Ines. Sí, Fernando; y no me admiro; que el vulgo es más numeroso de lo que creen algunos, y tambien tiene el suyo la aristocracia.—En suma, os amabais tiempo ha...

Eugenia. Desde que nos vimos.

Ines. ¡Y no os atreviais á decírmelo por temor de que yo contrariase vuestro cariño! Mirad: si me habeis ofendido atribuyéndome una vanidad tan opuesta á mi carácter y tan impropia de mi situacion, aun más con haber supuesto que pudieran haberse ocultado vuestros amores á mi vigilancia.—

Alentáos: yo los he visto nacer sin inquietud, y ya estariais desposados si para cumplir vuestros deseos bastasen mi asentimiento y mi bendicion.

Eugenia. Oh dicha!

Fernando. Oh bondad!

Ines. No hay aquí bondad, sino justicia y buen sentido. Soy hija de un título de Castilla y no desprecio los blasones de mi casa; no es ménos ilustre la familia de mi marido; pero por eso ¿he de desdeñar para yerno al hijo de un hombre de bien?

Fernando. Que sirvió á su padre de usted, al señor conde.

Ines. No le sirvió: un arrendador no es un criado, y en punto á linajes, digo con el proverbio: *cada uno es hijo de sus obras*, porque creo que la verdadera nobleza no está en los escudos de armas, sino en el corazon. ¿Qué haria yo con inspirar á mi Eugenia una altivez que choca con las costumbres del siglo, y fieros aristocráticos que la condenasen tal vez á marchitarse en perdurable soledad?

Fernando. No es Eugenia de las que pueden temerla. Con tantas gracias, donde quiera tendria adoradores, y el más linajudo se honraria con tal esposa.

Ines. Sin dote!... Bien se ve que usted no conoce el mundo y que por su corazon juzga de los ajenos. Pero mi hija, amaestrada en el infortunio como yo, sabe ser tan sencilla en sus gustos y tan modesta en sus deseos como cumple á su estado. Ella prefiere, y hace bien, vivir oscura, pero tranquila; no opulenta, pero amada, con el esposo de su eleccion, á contraer, más por obediencia que por amor, vínculos, muy ajustados sin duda á las leyes de la heráldica, pero fecundos quizá en lágrimas y amarguras.

Eugenia. Madre de mi vida!

Ines. Ya ve usted, Fernando, que no soy tan generosa como usted pensaba. Ya ve usted que en este asunto se mezcla, como en todos, el interes.—¡Yo no quiero que mi hija sea tan desventurada como yo!

Fernando. Hacerla feliz será mi único conato.

Ines. Es que no lo será ella sola; porque ha de tener usted entendido que yo no pienso separarme de su lado.

Eugenia. Oh! Ni yo lo consentiria.

Ines. ¿Ve usted en qué ha venido á parar tanta bondad? En convencer á usted de que soy una egoista.

Fernando. [*Á Eugenia.*] Su mamá de usted se ha empeñado en abochornarme.

Ines. Cuente usted con una suegra perene.

Fernando. Con una madre á quien amaré tanto como á la que oye mis votos desde el cielo.

Ines. [*Mostrando á Eugenia.*] ¡Dichosa yo que tengo esta prenda con que desempeñarme de una deuda sagrada! Huyendo de Madrid, ménos por temor al cólera que por salvar de los horrores de la miseria y de la humillacion á la hija de mis entrañas, y poniendo en salvo el resto de mi dote, ántes que mi marido acabase de derrocharlo, vine á pedir hospitalidad por unos dias á su padre de usted, miéntras hallaba una decente vivienda para Eugenia y para mí. Su acogida fué cordial, generosa sobre todo encarecimiento. Con motivo de las vacaciones, y tambien á causa de la epidemia, se cerraron las aulas de Alcalá, y volvió usted pocos dias despues al hogar paterno, y á vestir ese honroso aunque humilde traje.

Fernando. Es el que usa mi padre, y en Ávila no llevaré otro miéntras mi padre viva.

Ines. No seré yo quien lo repugne, ni Eugenia tampoco.

Eugenia. No por cierto. Con él ha sabido cautivar mi alma, y como á otros no presta ni gracia, ni talento, ni instruccion, ni nobles instintos el ropaje cortesano, no ha oscurecido, ántes ha realzado el vestido de labriego las cualidades que distinguen á mi digno huésped.

Fernando. Ángel mio!.... Yo voy á enloquecer de alegría.

Ines. Mis achaques por un lado, y por otro la calculada incuria de padre é hijo para buscarnos casa, han dado ocasion para que vuestro recíproco afecto se haya hecho con el tiempo y con el trato cada dia más entrañable; y yo me he complacido en ello porque pareceis nacido el uno para el otro, y porque estoy persuadida de que no sin designio os ha juntado la Providencia. No basta, sin embargo, mi vénia para que os caseis; necesitais tambien la de mi marido; pero mi maternal prevision se ha anticipado á vuestros ruegos.

Eugenia. ¡Es posible.....

Fernando. ¡Y aun negará usted que es la más bondadosa de las mujeres!

Ines. Ya hace algunos dias que le escribí manifestándole vuestro anhelo y el mio, las circunstancias del novio, su porvenir, y lo conveniente que es por todos conceptos la boda proyectada.

Eugenia. Ay! Yo temo que la desapruebe.

Ines. No lo creas. Me he esforzado á convencerle de que en ella estriba tu bienestar, y ya que él no ha sabido procurártelo, no tiene derecho ni tendrá valor para impedir que se lo debas á otro.

Fernando. Pero como yo no puedo, aunque bien nacido, ostentar una ejecutoria.....

Ines. Yo espero que eso no será obstáculo para obtener su consentimiento. Habituado años ha á una vida agitada y desastrosa,

todo le es ya indiferente, ménos el fatal propósito de perseverar en ella, y todas sus pasiones, áun la del orgullo de la cuna, se han extinguido en él, á excepcion de una sola; la del juego!, odioso orígen de su ruina, su descrédito y de esta negra melancolía que abreviará mi existencia.... No, no! Á vuestro lado viviré satisfecha, alegre. Ya me siento rejuvenecida..... No, no os sobresalteis. El que habeis oido será el postrer recuerdo de mi malograda juventud, y este llanto no es ya de dolor, sino de inefable alborozo.

Eugenia. Madre adorada! [*Se echa en sus brazos.*]

Fernando. [*Besando la mano á doña Ines.*] Madre mia!

Ines. [*Abrazándole.*] Así quiero yo que me llames.—Pero no demos lugar á que pase alguno y se burle de nosotros por incapaz de comprender la pureza de nuestras sensaciones.—Ve pues, hijo mio, á saber tu suerte.

Fernando. Sí, sí. Ahora que soy tan feliz sentiré más que ántes caer soldado; que aunque no tengo ya la menor vocacion de serlo, pronto voy á ser hombre de obligaciones; verdad?, y lo que habia de gastar pagando mi reemplazo, mejor empleado estará en el regalo de mi esposa..... y de mi madre. [*Aprieta la mano á las dos y luégo que vuelve la espalda se enjuga las lágrimas.*]

ESCENA II.

DOÑA INES. EUGENIA. PETRA.

Ines. Qué honradez la de ese jóven! ¡qué buena índole! Yo te doy el parabien y me le doy á mí misma..... Pero ¿no es aquella doña Celedonia?

Eugenia. Sí, y á nosotras se dirige.

Ines. Mujer antipática si las hay!

ESCENA III.

DOÑA INES. EUGENIA. PETRA. DOÑA CELEDONIA.

Celedonia. [*Vestida con más lujo que buen gusto y afectando un señorío que no le es natural.*] Señoras mias, tengo la dignacion... [*Da la mano á doña Ines y á Eugenia.*]

Eugenia. (El honor querrá decir.)

Ines. Sea usted muy bien venida.

Celedonia. Qué tal? ¿Está ustez ya fuerte, doña Ines?

Ines. Mejor estoy, y usted?....

Celedonia. Yo, impermeable, gracias á Dios. La chica, tan guapa!

Eugenia. Servidora de usted.

Celedonia. Muy señorita mia. [*Á doña Ines.*] Y el pariente? ¿Ha tenido ustez noticias....

Ines. Está bueno.—Pero sírvase usted de pasar adentro.....

Celedonia. Bien estamos aquí. Esta visita no es de etiqueta, sino de confianza. Ya ve ustez que vengo en *negliché*.....

Ines. (Fatua!)

Eugenia. (Necia!)

Celedonia. Sin embargo, acecto, porque vengo á hablar á ustez de un asunto importante.

Eugenia. (Qué será?)

[*Doña Ines se adelanta hácia la puerta: Petra se levanta.*]

Ines. Pase usted, pues..... (Qué querrá?)

Celedonia. No; ustez primero.

Ines. Suplico.....

Celedonia. Vayá..... *sanfachon.*

[*Entra delante, y la siguen doña Ines y Eugenia.*]

ESCENA IV.

PETRA.

¡Miren qué tono se da y qué peripuesta se nos viene la administradora! Pero aunque la mona se vista de seda..... Creerá que no sabemos por acá lo que fué en sus verdes años. Una triste oficiala de modista; y porque su marido ha hecho su agosto con la administracion, la echa de señorona... Pero ¿qué embajada será la suya? Eh! no me importa. Mejor quiero pensar en la boda que se prepara. Jesus! me alegro tanto como si fuese yo la novia. ¡Pobres señoritos! Estaban que se les podia ahogar con un cabello. Y qué buena pareja! Ni con un candil..... Pero recojamos estos chismes y entremos..... [*Recoge su rueca, las otras labores y el libro.*]

ESCENA V.

PETRA. HILARIO.

Hilario. [*Vestido como señorito de lugar.*] (¡El número uno, y sacado por mis propios dedos! Es cosa de chupármelos de gusto... Á bien que tanto se me da como se me da tanto. Padre es rico.....) [*Á Petra cuando ya va á entrar en la casa.*] ¡Eh, muchacha!

Petra. [*Volviendo la cabeza.*] Quién llama?.... ¡Ah, don Hilario!
Hilario. Ven acá.
Petra. [*Sin acercarse mucho.*] Qué se ofrece?
Hilario. Preguntarte si ha venido mi madre.....
Petra. Sí, señor; adentro está.—Con permiso.....
Hilario. [*Acercándose.*] Espera. Queria decirte tambien que me hacen mucho tilin tus ojuelos.....
Petra. Bah!
Hilario. Que ese refajo me saca de mis casillas.....
Petra. Para la tonta que lo crea!
Hilario. Y que me entusiasmo mirando ese justillo..... é islas adyacentes.
Petra. Vaya usted á otra con esos chicoleos; que yo.....
Hilario. [*Asiéndola del brazo.*] No seas arisca.
Petra. [*Haciendo por desasirse.*] ¡Suelte usted!
Hilario. No te suelto hasta que me dés.....
Petra. Con la rueca. [*Le da con ella, se suelta y entra en la casa.*]

ESCENA VI.

HILARIO.

Chica!.... ¡Vaya un argumento..... contundente y una virtud cerril! El dia se presenta aciago. Con esto y con que la otra niña diga nones...., me redondeo. Entremos; que madre me estará esperando..... Ella sale.

ESCENA VII.

HILARIO. DOÑA CELEDONIA.

Celedonia. (Á mí tal bochorno! Uf! Volada estoy....)
Hilario. Mamá!
Celedonia. Ah! estabas aquí, Hilarito! Me alegro de que no hayas entrado.
Hilario. Segun eso, el viaje de usted no ha sido muy feliz, que digamos.
Celedonia. Quijotas! Vanidaz y pobreza en una pieza.
Hilario. Eso es decir que me han dado calabazas.
Celedonia. Cabalito. Ello sí, la doña Ines, como es tan gazmoña y tan remilgada, ha hecho por dorar la píldora, pero no la digiero yo á dos tirones.
Hilario. ¿Pues sabe usted lo que yo digo, mamaita?
Celedonia. Qué?
Hilario. Que ese réspice le está á usted muy bien empleado. Maldita la prisa ni la necesidad que tenía yo de casarme, y ménos con una damisela...., muy bonita, eso sí, pero tan dengosa y tan ensimismada.....
Celedonia. Eh! no por su linda cara la buscábamos tu padre y yo para nuera.
Hilario. Ya estamos en que el busilis no es ese, sino que padre recibió ayer una carta donde le dicen que el marqués de Ribasaz, cuñado mayor de doña Ines, y por consiguiente, tio carnal de la moza por parte de padre, ha muerto del cólera en Sevilla, y tambien ha espichado su hijo único.
Celedonia. Y con la muerte de ambos, el padre de Eugenia, don Álvaro, está ahora muy en peligro de ser marqués, y si te casases tú con su hija heredarias el título tarde ó temprano.
Hilario. Bah! esas son cuentas galanas. En primer lugar, no sabemos si don Álvaro consentirá en la tal boda.
Celedonia. Toma! Á dos manos. Pues ¿no sabes que está entrampado hasta los ojos y no tiene ya sobre qué caerse muerto? Y de juro no sabe él la novedaz, porque ya hace años que no se carteaba con el marqués; y así, de sopeton, era fácil cogerle la palabra.
Hilario. Es que hay todavía otro hermano de por medio, mayor que él, y en quien recae por de pronto el marquesado.
Celedonia. Pero es solteron.
Hilario. Pero se casará el dia ménos pensado, porque probablemente no habrá hecho voto de castidad. Y además, ¿no ha podido la marquesa viuda quedar en estado interesante?
Celedonia. Oyes, pues todo pudiera ser!
Hilario. Ya veo que tengo yo más cacúmen que ustedes. Ni ¿qué falta nos hace una prebenda tan problemática? Padre tiene ya el riñon bien cubierto, que es la verdadera ejecutoria, y novias me saldrán á porrillo cuando haya de entrar en el gremio; que por mi gusto no será tan pronto, porque así estoy más á mis anchas, y con barro á mano, ya ve usted,.... nunca falta un trapillo.....
Celedonia. Calla, libertinazo! Pues á mí no me acomoda que andes así...., á picos pardos. El mejor dia te atrapa una bribona....
Hilario. No hay cuidado: tengo yo, aunque mozuelo, muchos colmillos.—Y mire usted, entre las menestralas y labradoras, que son mi plato favorito.....
Celedonia. Cómo! ¿Qué lenguaje es ese.....
Hilario. Entre ese ganado hay tesoros de gracia, de hermosura...., y hasta de virtud, ¡mal que me pese! y si mi voto valiera.....
Celedonia. Voto impertinente. Tú eres un caballero.

Hilario. Convengo; pero soy muy original en todas mis cosas y..... Vamos, no lo puedo remediar, me muero por un aparejo redondo.
Celedonia. Pues es preciso que tengas mejor paladar, que tú no te has criado en las malvas. Oiga!
Hilario. Estoy en eso.
Celedonia. Porque el decoro..... Estamos? Las leyes de la sociedaz.....
Hilario. Ya sé que hay que atemperarse á ellas, y cuando me da por lo exquisito, doy quince y falta al más estirado *dandy*.
Celedonia. Eso, eso quiero yo. No tardarémos en volver á la corte; que el cólera va ya de capa caida; y lo deseo porque allí perderás esos malos resabios.
Hilario. Es probable.
Celedonia. Y allí te buscarémos un buen partido, ya que esa señorita tiene tanta fantasía.
Hilario. Oh mal aconsejada princesa!.... Pero, ya se ve, como apénas me conoce y yo no estaba presente..... Si usted me hubiera exhibido, de seguro se prenda de mí. Bah! Ella se lo pierde, y no nos debe dar pena..... Peor es lo otro.
Celedonia. Qué?
Hilario. Toma! Que he caido soldado. ¿No se lo he dicho á usted?
Celedonia. No. Dios mio!....
Hilario. Pero no hay que apurarse. Se toma un sustituto.....
Celedonia. Sí, sí, al momento, cueste lo que cueste.
Hilario. No hay que descuidarse, porque la partida de tropa que ha venido á llevarse los quintos, arreará con ellos dentro de media hora. Lo malo es que hay tanta escasez de mozos.....

ESCENA VIII.

CELEDONIA. HILARIO. FERNANDO.

Fernando. (Libre! Oh dicha! ¡Cuánto se alegrarán.....)
Celedonia. Á propósito, puede que ese muchacho... [*Deteniendo á Fernando.*] Mocito!
Fernando. Señora.....
Celedonia. Viene ustez del sorteo?
Fernando. De allí vengo.
Hilario. Habrá estado usted tambien encantarado.
Fernando. Cierto.
Celedonia. Y, aunque sea curiosidaz, ¿qué número ha sacado ustez?
Fernando. Uno de los más altos.
Celedonia. Pues mi hijo.....
Hilario. Servidor.....
Celedonia. Ha sacado.....
Hilario. El uno!
Celedonia. Y si quisiera ustez ser su sobrestuto.....
Fernando. Siento no poder servir á usted, señora.
Celedonia. Mire ustez que pagarémos bien.
Fernando. No estoy en el caso de venderme á ningun precio.
Celedonia. Bien, hijo; por eso no hay nada perdido. Á otro le vendrá muy ancho..... Vamos, vamos, que no hay tiempo que perder.

ESCENA IX.

FERNANDO.

Ridículo personaje es la administradora, y su hijo no le va en zaga..... Entremos..... Ah!

ESCENA X.

FERNANDO. EUGENIA. DOÑA INES.

Ines. Ya de vuelta? ¿Y qué nuevas nos trae usted?
Fernando. Muy felices. Me ha tocado un número tan alto, que por muchas que sean las exenciones, no es de temer que sea yo llamado á las armas.
Ines. Sea en buen hora una y mil veces.
Eugenia. El cielo ha oido mis súplicas.
Fernando. Con tal intercesora no podia serme contraria la suerte. Ahora, si ustedes me lo permiten, voy á escribírselo á mi padre y le enviaré la carta con un propio.
Ines. Sí, sí; no le retarde usted tan buena noticia.

[*Entra Fernando en la casa.*]

ESCENA XI.

DOÑA INES. EUGENIA.

Ines. Ya lo ves, Eugenia; nuestra mala estrella ha perdido ya todo su influjo.
Eugenia. Dios lo haga, y que mientan mis tristes presentimientos.
Ines Eh! no seas niña. En qué los fundas?
Eugenia. No sé.....
Ines. Vuelvan á tu pecho como al mio la serenidad y la confianza. [*Sonriéndose.*] ¡Presagiar nada malo cuando ya tienes dos novios, á falta de uno!
Eugenia. [*Esforzándose tambien á sonreirse.*] Sí; buen dije es el tal Hilario, si la fama

no miente, y donosa la pretension de su madre.

Ines. Por lo ménos, tiene el mérito de la oportunidad, eh? [*Ruido de un coche de colleras, que cesa á los pocos momentos.*]

Eugenia. ¿Oye usted.....

Ines. Un carruaje en el camino de Madrid. Veamos si entra ó sale. [*Se acercan á los bastidores de la derecha.*]

Eugenia. De Madrid viene.

Ines. Sí.

Eugenia. Y ya ha parado.

Ines. Sin entrar en la ciudad!

Eugenia. Un caballero se apea.....

Ines. Hácia aquí le veo encaminarse. [*Vuelve á oirse el ruido del carruaje y cesa poco despues.*]

Eugenia. Como el carruaje no puede arrimar, porque se lo impide la arboleda..... Será para nosotras la visita?

Ines. No; irá á otra casa, que hay mucha poblacion extramuros.

Eugenia. Áun no se le distinguen bien las facciones..... Si fuese papá!

Ines. Bien pudiera ser que viniese á darnos en persona la respuesta.—Y juraria.....

Eugenia. Sí, sí, él es!

Ines. Ya nos ha visto y corre á nuestro encuentro. Qué sorpresa!

Eugenia. Quisiera volar..... y no puedo..... ¡Me da un temblor.....

Ines. Ya está aquí..... Álvaro!

ESCENA XII.

DOÑA INES. EUGENIA. EL MARQUÉS.

[*Se abrazan.*]

Marqués. Hija mia!

Eugenia. Papá!

Marqués. Ines!.... No me esperabais; ¿verdad?

Ines. No. Como no has escrito.....

Marqués. Ha sido repentino mi viaje.—Pero más que mi venida os ha de sorprender el motivo de ella. Volved á abrazarme y pedidme albricias. Os traigo la felicidad!

Ines. ¿Qué dices! (Sin duda consiente.....)

[*Sale de la casa Fernando, oyendo lo que va á decir Eugenia se detiene bajo el cobertizo, y observa sin ser visto.*]

ESCENA XIII.

DOÑA INES. EUGENIA. EL MARQUÉS. FERNANDO.

Eugenia. Padre mio!

Fernando. (¿Qué oigo!)

Marqués. Sí, bendigamos al Todopoderoso. Se acabaron los apuros, las zozobras, las privaciones. Ya soy marqués de Ribasaz!

Fernando. (Ah!)

Ines. Cómo!....

Eugenia. (Cielos!)

Marqués. ¡Tengo que rezar por dos hermanos y un sobrino!.... Pero nada ménos se necesitaba para que yo saliese de trampas y vosotras de ese miserable tugurio.

Fernando. (Santo Dios!....)

Marqués. Perdonadme, ilustres y queridos manes: yo no deseaba la muerte de nadie; yo os lloro con toda sinceridad; mas ¿cómo no han de serme agradables las consecuencias..... ¡Á mí, pobre segundon....: qué digo? terceron, que estaba atenido á unas mezquinas asistencias..... Pero ¿qué es eso? ¿No tomais parte en mi satisfaccion?—Es decir, satisfaccion hasta cierto punto; que si yo pudiera resucitar á los muertos..... Oh plaga horrible!.... Mas respetemos los decretos del Altísimo..... Hablad! Parece que os habeis quedado petrificadas.

Ines. No lo extrañes. ¡Nos coge tan de nuevas lo que nos dices!....

Eugenia. ¡La desgracia nos habia enseñado á ser tan moderadas en nuestros deseos!....

Ines. Toda mi ambicion se limitaba á acabar mis dias en apacible retiro con mi Eugenia y.....

Marqués. Eso es muy edificante. Yo no condeno la humildad cristiana con que habeis sobrellevado la adversidad. Yo tambien he procurado sortearla como Dios me ha dado á entender; pero sería una solemne simpleza el echar noramala á la fortuna cuando se nos entra por las puertas.

Fernando. (Infeliz de mí!)

Marqués. Por mi parte la saludo con júbilo, con entusiasmo, y no veo la hora de tomar posesion del marquesado para desquitarme de la penuria en que he vivido; para brillar con vosotras en la alta sociedad á que pertenezco y de que me tenía relegado la miseria. Oh! yo haré honor, os lo prometo, á mi esclarecida prosapia, á mi pingüe patrimonio. ¡Quince mil duros de renta! ¿No se dilata vuestro corazon al oirlo? Quince mil duros de renta!.... ¡Y dos títulos nobilísimos, marqués de Ribasaz, vizconde de Valendrino! Este es para el primogénito, y á falta de varon, á ti te corresponde, mi linda Eugenia. Desde hoy te declaro y nombro vizcondesa de Valendrino.

Fernando. (Soy perdido!)

Eugenia. Oh padre!, no me engríe.....

Marqués. Ya lo supongo; pero el nuevo estado nos impone á todos ciertos deberes, de que no podemos prescindir sin mengua

nuestra y de los timbres que hemos heredado.—Me hablaste, Ines, en tu última carta de unos amores novelescos, pastoriles.....

Fernando. (Oh!)

Marqués. De una boda extravagante.....

Fernando. (Adios mis dulces ilusiones!....)

Ines. Una boda de que yo me honraba y me honraré todavía; una boda fundada en el amor más puro, en la recíproca conveniencia, en la gratitud.....

Marqués. Precioso idilio!; pero si ayer pudo ser oportuno, hoy es un anacronismo. ¿Y quién te ha dicho que, áun sin la herencia inesperada, hubiera dado yo mi única hija al hijo de un patan?

Fernando. (Ah! ¿Qué espero ya.....)

Ines. Álvaro!, no merece ese apodo un labrador honrado, el más honrado de la provincia. Ah! si hoy abrazas á tu mujer y á tu hija, lo debes á la generosa hospitalidad que en ese hogar han recibido.

Marqués. Yo no seré ingrato á los servicios de esas buenas gentes: se los pagaré con munificencia.

Fernando. (Oh suplicio!)

Marqués. Pero no cometeré la bajeza de enlazar mi ínclita familia con la de un destripaterrones.

Fernando. (No me podré contener si no me alejo.)

Ines. ¡Qué injusto eres y cómo te ciega la prosperidad! No hubieras sido quizá tan escrupuloso hace tres dias.

Marqués. Marquesa!

Eugenia. De ese á quien trata usted con tan indigno desden podrian aprender, no sólo virtud y verdadera caballerosidad muchos que se titulan caballeros, sino gala, cultura, bizarría, y él reina y reinará eternamente en mi corazon.

Fernando. (Oh prenda adorada!)

Marqués. Bah! Yo me rio de esas protestas.

Ines. [*Abrazando á Eugenia.*] ¡Hija del alma mia!

Marqués. Renunciarás á tan ruines pensamientos, so pena de incurrir en mi justa cólera y de que caiga sobre tu frente mi mal.....

Ines. Oh, calla, por Dios!

Fernando. [*Con resolucion.*] (No más!) [*Se aleja sin ser visto.*]

ESCENA XIV.

DOÑA INES. EUGENIA. EL MARQUÉS.

Marqués. Basta; no quiero...., no puedo enojarme contigo. Yo perdono esos arranques de ridícula independencia á una niña sin mundo, influida por una pasion insensata y alentada por la punible condescendencia de una madre irreflexiva. La sana razon, por poco que te esfuerces á consultarla, triunfará en breve, lo espero, de esas ideas descabelladas. Semejante desvarío puede ser excusable en una mujer vulgar; pero no en la que lleva un nombre preclaro, y está obligada á trasmitirlo en todo su esplendor á la posteridad. Tu mismo amante, si en efecto está dotado de los bellos sentimientos que tanto ponderas, conocerá que vuestra union es imposible, absurda.

Ines. (Ah! no me atrevo á contradecirle.)

Eugenia. Lo que puedo jurar á usted es que no valdré yo más á sus ojos por esa alta categoría, por esa imprevista opulencia, que me afligen más que me deslumbran. Pobre me amaba.....

Marqués. Dejemos ya esa cuestion enfadosa. Tú lo pensarás mejor y oirás al fin los consejos de tu padre, que nunca podrán tener otro objeto que tu dicha y tu estimacion. No acibareis el gozo con que veo amanecer para nosotros la aurora del bien despues de tantos pesares; no me los deis mayores en vez de los parabienes que esperaba; ¡dejad que ria el triste, que respire el atribulado,.... que coma el hambriento! Aquí radican algunas de las fincas que ya me pertenecen. En Ávila hay un palacio que es ya nuestro y nos excusa el sonrojo de un hospedaje que nos degrada. Mi ayuda de cámara ha ido á llamar á don Próspero Maquila, administrador general que ha sido de mi hermano, que Dios haya. Ya que por fortuna reside en Ávila..... [*Mirando adentro hácia la derecha.*] Justamente él llega.

Ines. Permite que nos retiremos.

Marqués. Como querais.

Ines. [*Á Eugenia en voz baja.*] ¡Valor, hija mia! [*Entran en la casa.*]

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. D. PRÓSPERO.

Próspero. Me apresuro á ofrecer mis respetos muy rendidos al señor marqués de Ribasaz.

Marqués. Gracias, don Próspero.

Próspero. Á mi ilustre amo, si tengo el honor de que se digne.....

Marqués. Sí, sí. Pienso conservar todos los leales servidores de mi difunto hermano, y con más motivo tan celoso y entendido administrador. (Le he de pedir dinero y es indispensable este exordio.)

Próspero. Usía me honra.....

Marqués. Nada de tratamiento.

Próspero. (Vamos, no se presenta mal; pero tengo clavado en el alma el desaire que ha sufrido mi mujer.)
Marqués. Usted no sabria las novedades.....
Próspero. Sí, señor: ayer recibí la del fallecimiento del último señor marqués y de su hijo, y hoy cuando iba á escribir á usted el pésame, he recibido otra carta de Jaen en que me participan la muerte del otro hermano.....
Marqués. Ayer llegaron á mí juntas las dos infaustas nuevas.
Próspero. Yo tomo la debida parte en el duelo de usted.....
Marqués. Ah!
Próspero. Pero no ménos sincera en sus satisfacciones y aumentos.
Marqués. Oh!.... Lo estimo en el alma.—Ahora bien, es preciso honrar con suntuosos funerales la memoria de mis caros deudos.
Próspero. Se entiende. Se hará lo que usted disponga.
Marqués. Eso lo primero; pero es forzoso tambien que yo me habilite con toda urgencia para pagar mis deudas y vivir con el fausto que corresponde á mi nueva condicion.
Próspero. Ciertamente. Lo malo es que no hay fondos en arcas..... ¿Á cuánto ascenderán esas deudas.....
Marqués. Á unos diez mil duros. Los usureros me han comido ya adelantados cinco ó seis años de alimentos; esto sin otras cuentecillas.....
Próspero. Ahí es nada diez mil duros!.... Sin embargo, eso no es apremiante. Veremos de obtener alguna moratoria.....
Marqués. Bien: usted se compondrá con mis acreedores. Lo que yo quiero es principiar desde hoy á gozar de mis cuantiosas rentas. Necesito que me proporcione usted en Madrid una habitacion régia, soberbiamente alhajada; necesito servidumbre, caballos, carruajes, abono en la ópera, y etc., y diez etc. etc.
Próspero. Yo apruebo en usted ese rumbo, esa grandeza de alma digna de sus gloriosos progenitores. (Qué viña!) Pero con el dinero disponible no tenemos para empezar. Las cosechas han sido escasas; el cólera y la guerra civil entorpecen la recaudacion; muchos arrendadores son ó morosos ó insolventes.....
Marqués. (La cancion de todos!) Se buscan arbitrios: á un hábil administrador nunca le faltan.
Próspero. En épocas normales, no digo que no; pero los tiempos son calamitosos; los capitales se retiran; la confianza desaparece; no hay quien preste un cuarto sino con hipotecas muy saneadas y á un interes exorbitante.....
Marqués. Bien está: si usted se echa en el surco, yo buscaré quien me preste.....
Próspero. No es esto decir.....
Marqués. Y quien me administre.
Próspero. (Hola!) No hay necesidad. Yo haré un esfuerzo..... Lo decia por el bien de usted. Los empréstitos son ruinosos.....
Marqués. Pero hay circunstancias en que es indispensable recurrir á ellos. Necesito presentarme en el gran mundo.....
Próspero. Oh! sí.
Marqués. Y heredando un caudal inmenso, no me he de tratar yo como un cualquiera.
Próspero. Tiene usted razon. (Ya es mio.)
Marqués. Conque.....
Próspero. Descuide usted, que nada le faltará.—Pero ¿cómo no viene usted á ocupar el palacio de sus mayores?
Marqués. Vamos, sí; no quiero ni poner los piés en esa casucha.
Próspero. Las señoras disimularán si aquello no está todavía en disposicion de recibirlas. Como nos ha cogido usted tan desprevenidos.....
Marqués. No importa. Ellas vendrán despues, y entre tanto arreglarémos nosotros..... [*Acercándose á la casa.*] Ines!
Próspero. (Si le hablan del casorio frustrado, echaré la culpa á mi mujer.)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. D. PRÓSPERO. DOÑA INES.

Próspero. Estoy á los piés de mi señora la marquesa.
Ines. Gracias.
Marqués. Voy con el señor á nuestra casa solariega y allí descargarán mi equipaje. Preparáos tambien vosotras para trasladaros á más digno alojamiento. Dentro de media hora volveré á buscaros.
Ines. Bien está.
Marqués. Vamos.

[*D. Próspero hace una salutacion muda.*]

ESCENA XVII.

DOÑA INES.

Más digno alojamiento! ¡Ay qué poco halagan á mi corazon esas malhadadas riquezas!.... Y mi pobre hija!.... Allí la dejo anegada en lágrimas y más muerta que viva. Oh! á haber yo previsto lo que sucede, no hubiera dado lugar á que tomase incremento su fatal pasion.—Y Fer-

nando ¿qué dirá cuando sepa..... No está en casa..... ¿Adónde habrá ido.....

[*Llega Hilario por distinto bastidor del que guió al Marqués y á D. Próspero al retirarse.*]

ESCENA XVIII.

DOÑA INES. HILARIO.

Hilario. Señora marquesa.....
Ines. ¿Quién es.....
Hilario. No sé si usía me conoce..... Soy Hilario.....
Ines. Y bien?
Hilario. Tranquilícese usía. No es ya el candidato á la mano de Eugenia quien tiene el gusto de saludar á usía.....
Ines. [*Impaciente.*] Oh!....
Hilario. Sino simplemente el hijo de un respetuoso criado de usía.....
Ines. Lo agradezco. Dispénseme usted.....
Hilario. Es que..... traigo un recado para usía.....
Ines. Bien; breve...., y sin tratamiento.
Hilario. Yo tambien estoy de enhorabuena. Ya no soy soldado; otro mozo me sustituye, y tan campechano, que no ha querido tomar un maravedí.....
Ines. Cómo!....
Hilario. Ha endosado á las casas de beneficencia el precio de la sustitucion. ¡Capricho singular!
Ines. (Ah!) ¿Quién es.....
Hilario. Su patron de usted, Fernandito!...
Ines. (Cielos!) [*Retirando de la casa á Hilario.*] Hable usted más bajo.....
Hilario. Alguna corazonada..... Y es raro, porque él no es ningun perdido..... ¿Si le habrá desahuciado tambien su novia, y en un rapto de desesperacion.....
Ines. ¡Por Dios, baje usted la voz.....
Hilario. (Oiga! Tambien Eugenia, por lo visto..... Vaya, esto me consuela.) Me ha rogado que entregue á usted esta carta.....
Ines. Venga! [*La toma de manos de Hilario, la abre, y lee para sí.*]
Hilario. Ahí va; y pues ya he cumplido mi comision, queda de usted reverente súbdito y obsequioso servidor, que besa sus piés, Hilario Maquila.

ESCENA XIX.

DOÑA INES.

[*Leyendo con las interrupciones que marcarán los paréntesis.*]

«No tengo valor para despedirme de ustedes personalmente. He oido al Marqués..... (Desventurado!) Tiene razon. Mi casamiento con su hija es ya imposible; mi ausencia, forzosa, y probablemente eterna; mi resolucion irrevocable. Persuada usted á Eugenia de que es preciso que obedezca á su padre y á lo que exige de ella su nueva condicion. Consuélela usted..... si para gloria y desdicha mia lo ha menester. (¡Oh, demasiado!) Consuele usted tambien á mi anciano padre. (Y quién me consolará á mí?) No es el despecho el que me aleja de cuanto amo en el mundo, sino el deber, la resignacion, la necesidad..... No me es grata ya la vida que no puedo consagrar á mi ángel adorado, y por lo mismo, poco mérito será para mí el aventurarla en los combates. (Oh Dios mio!) Pero lo haré sin temeridad; ¡soy cristiano!, y si la Providencia me la quiere conservar, no me rebelaré contra sus altos decretos. Usted, tan buena, tan indulgente, compadecerá la desgracia, pero no reprobará la conducta de..... Fernando.»—¡Oh mártir del amor, de la virtud!.... Oh dia aciago!
Eugenia. [*Desde la puerta.*] Mamá!
Ines. (Ella! Ocultemos esta carta.) [*La guarda.*]

ESCENA XX.

DOÑA INES. EUGENIA.

Eugenia. ¿Se ha ido ya mi padre.....
Ines. Sí; al palacio..... Volverá luégo.
Eugenia. ¿Y cómo me deja usted sola, entregada á mi dolor.....
Ines. No, hija mia. Iba á entrar.....
Eugenia. Y qué es de Fernando? ¡Tambien me abandona!
Ines. Forzoso será!
Eugenia. Por qué? ¿Me hará la injusticia de pensar que no le amo hoy tanto como ayer? ¿Tendré en ménos estimacion sus prendas que esos vanos títulos que ni apetecia ni esperaba? Perdone mi padre si mis sentimientos están en pugna con sus máximas y mi lealtad con su orgullo. No ha de depender mi albedrío de un capricho de la instable fortuna. Que me desherede, que me maldiga, si tanta es su crueldad; pero mi corazon es de Fernando—ya se lo he dicho—¡y no puedo... ni quiero vivir sin él!
Ines. Hija mia, no mintieron, ay! tus siniestros vaticinios. En este dia, que para otras sería de triunfo, de regocijo, de gloria, principia para las dos una nueva serie de aflicciones..... y de sacrificios.
Eugenia. Cómo!... ¿Qué quiere usted darme á entender.....
Ines. Si otro, ménos avezado que tú y que

yo á los rigores de la suerte; si otro, á quien ha herido el mismo rayo que á ti te hiere,.... te diese un heroico ejemplo de abnegacion, qué dirias?

Eugenia. Oh! Ese es Fernando; sí! Pero ¡qué! me deja?.... Dónde está?

Ines. Lo sabe todo. Se sacrifica á la paz de dos familias, á consideraciones que no podian ocultarse á su pundonor, á su talento. Te ama como siempre; pero huye.....

Eugenia. Oh justo cielo! ¿Y cómo..... ¡Y sin decirme adios!

Ines. Eugenia! Ármate de fortaleza: él tambien.....; todos la necesitamos. [*Suenan cajas.*]

Eugenia. Ah! Soldados... Ahora recuerdo... ¿Será posible..... [*Se acerca á los bastidores de la derecha y mira hácia adentro.*]

Ines. Fatal encuentro! [*Pugnando por retirar á Eugenia.*] Ven..... No mires.....

Eugenia. Déjeme usted!.... [*Dando un grito.*] Ah!

Ines. Desdichada!....

Eugenia. Él! Allí! ¡Entre las filas..... ¡Yo muero!.... [*Se desmaya en los brazos de doña Ines.*]

Ines. Hija mia! Socorro!

[*Sale corriendo Petra y acude tambien á sostener á Eugenia.*]

ACTO SEGUNDO.

La escena es en las inmediaciones de Madrid, año de 1839. Sala modestamente amueblada, pero con aseo y buen gusto. La puerta principal en el foro: otras dos laterales.

ESCENA I.

CASILDA. PETRA.

[*Casilda trae un pañuelo grande asido por las cuatro puntas y dentro un traje de señora. Petra viste ya al estilo de Madrid.*]

Petra. La voy á llamar. Está en su gabinete..... Siéntese usted, Casilda.

Casilda. Que no se incomode por mí. Yo esperaré.....

[*Entra Petra en la habitacion de la izquierda.*]

ESCENA II.

CASILDA.

[*Se sienta y deja sobre otra silla su recado.*]

¡Es tan buena señorita, tan amable, tan llana..... Y eso que es hija de título, aunque, por causas que no me costa el saberlas, han venido á ménos y.....

ESCENA III.

CASILDA. EUGENIA.

Eugenia. Buenas tardes, Casilda.

Casilda. [*Levantándosé.*] ¡Ah, señorita Eugenia!....

Eugenia. No; quieta; siéntese usted.....

Casilda. Bien estoy.....

Eugenia. Yo se lo ruego á usted..... Aquí, á mi lado.

[*Se sientan las dos.*]

Vendrá usted cansada.....

Casilda. Algo. Desde la calle de la Montera hay una buena tiradita.—Le traigo á usted unos cuartejos.....

Eugenia. ¿Por qué se ha molestado usted para eso? No corria prisa, y Petra hubiera ido.....

Casilda. No he hecho el viaje para eso solo; y aunque así fuera, lo daria yo por muy bien empleado. He ido tambien á probar, por cuarta vez, este traje [*Muestra el pañuelo que ha traido.*] á una parroquiana nueva, que tiene una mainífica casa de campo ahí á la vuelta..... Usted la conocerá: la baronesa de la Verbena.

Eugenia. Poco. No nos tratamos.

Casilda. No pierde usted nada, porque es una indigesta con más vanidad que don Rodrigo en la horca.—¡Para que ella me ofreciera una silla en su casa, la muy..... Dios me perdone. Y si ella es lo que es, no lo es de nacimiento; quiá! Yo la conocí ántes que su marido fuese Baron. ¡La tal doña Celedonia!....

Eugenia. Bien; pero á mí no me importa...

Casilda. Se supone; pero vamos al decir.... Pues si viviera mi madre, que Dios haya perdonado..... Aquella sí que sabía al dedillo toda su genialogía de la Baronesa de nuevo cuño.

Eugenia. Oh!.... Hablemos de otra cosa.
Casilda. Sí, sí; tiene usted razon; pero á fe que si esa títula del diluvio tuviese más memoria y fuese ménos descastada, me trataria á mí con otros miramientos.
Eugenia. Qué! son ustedes parientes?
Casilda. Ni de cien leguas; á ménos lo tendria yo; pero dice el adagio: de sastre á sastre no se pagan hechuras; y quien dice de sastre á sastre dice de modista á modista; porque ha de saber usted que ella tambien lo fué en sus verdes abriles. Yo me aguanto por no avergonzarla, y por aquello de manos besa el hombre..., escetra.—Conque, aquí tiene usted veinte duretes en oro.... [*Se los da envueltos en un papel que guarda Eugenia.*]
Eugenia. (Ah!) Gracias.....
Casilda. Á mí no; á la maestra.—Y harto poco es para haberse usted desojado ¿qué sé yo cuántas semanas? haciendo unos bordados que ni la Reina los gasta mejores. Pues ¿sabe usted cuánto le saca ella de ganancia á cada pañuelito? Lo ménos cincuenta reales, y á cada pechera, por el mismo consiguiente.
Eugenia. No será tanto; y sobre todo, yo me doy por bien pagada.....
Casilda. Ya se ve, cuando uno trabaja por cuenta de otro..... Á fe que si usted abriese una bonita tienda de modas, bien situada.....
Eugenia. Yo.....
Casilda. Otro gallo le cantaria.
Eugenia. No pienso en semejante cosa.
Casilda. Con esas manitas tan primorosas, y con ese agrado natural, y con esa cara de cielo, á mayor abundamiento, haria usted en poco tiempo una parroquia, que ¡ya, ya!
Eugenia. Ya he dicho que.....
Casilda. Pero el diantre es que para eso se necesita lo que ni usted ni yo tenemos; un capital, porque ahora todo está montado con un lujo..... ¡Ahí es un grano de anis el coste de la anaquelería, los espejos, las... Pues no es moco de pavo lo que se dejan pedir por un traspaso; y amén de eso la contribucion del suicidio.
Eugenia. Son distintas las razones que yo tengo.....
Casilda. Ah! sí, sí; perdóneme usted mi... incompetencia. Una señorita como usted de alta..... prosodia no ha nacido para ponerse delante de un mostrador; y ya es bastante desidencia el haber de trabajar aunque de ocúltis, para ayuda de la puchera.
Eugenia. No, Casilda. (Hoy viene insoportable.) No es tan apremiante mi necesidad..... Lo hago por no estar ociosa.
Casilda. Santo y bueno, pero eso no quita... En fin, si he dicho alguna simpleza, ha sido de buena fe, porque mi deseo es que usted peleche..... Y es cosa que me da murria cuando ocservo los altos y bajos y las visualidades de la fortuna. Vea usted la otra, que sin saber leer ni escribir, como quien dice, asciende desde costurera á señora tutelar; ¡y usted, hija de marqués por liña reta, dale que le das á la abuja para ganar un miserable estupendio!
Eugenia. Se le hará á usted tarde, Casilda.
Casilda. [*Levantándose y volviendo á tomar el pañuelo.*] Ah! Sí, me voy, no me eche madama Fichú una de las andanadas que acostumbra.—¡Ay, señorita Eugenia! Todas tenemos nuestro hueso que roer en este pícaro mundo. Al cabo, usted tiene padre y no se ve en la crísis de mirar la cara á nadie; pero yo huérfana y atenida á un jornal..... Y eso que, vamos, como soy de las oficialas más hábiles, aunque no me está bien el decirlo, gano un diario de cuatro pesetas al dia, y siempre cae alguna propineja.....
Eugenia. Sí? Me alegro.....
Casilda. Sí, señora, y tengo mis ahorrillos..... Si mañana ú otro dia necesita usted una onza, no canse á nadie: aquí estoy yo.
Eugenia. Gracias, amiga mia.
Casilda. Ay! ya creia yo tocar el suspirado dia de mi mancipacion y mi dicha; pero he nacido con mal sino, y mi mayor desgracia es el haberme dado Dios un corazon bestialmente tierno y digno de mejor suerte.
Eugenia. Pues ¿qué desventura.....
Casilda. Oh fatal noviciado de amores! ¡Oh amargo escarmiento!.... Guardaba yo mi hucha para la reválida de aquel traidor, que Dios confunda.....
Eugenia. ¡Cómo.....
Casilda. Sí, señora; un traidor de farmacéutico....; es decir, aspirante, porque le faltaba lo principal; el título y la botica. Vino á Madrid... Á usted sola se lo cuento en confianza, porque es mi amiga íntima, y porque, vamos, me ha entrado usted por el ojo derecho. Pues, señor, vino á Madrid á los desámenes, ya hace más de un año; acertó á verme, que ántes cegara!; me siguió, me rondó, me festejó, y de palabra y por escrito, que guardo sus cartas fementidas, me juró y perjuró cien veces que me queria y requeria y bebia los vientos por mí. Yo, blanda de corazon, y no esprimentada de lo que son los hombres, le creí, le amé..... ¡Y no es eso lo peor, sino que, falso y todo, creo que le amo todavía! [*Llora.*]
Eugenia. Vamos, no se aflija usted.....
Casilda. Habia usted de ver los aspamientos que hacía, y lo que él rogaba y porfiaba y se compungia; pero yo tuve á raya su antusiasmo hasta que me hizo solegne pro-

mesa de ser mi esposo como manda Dios. Ay! los responsales se iban retardando, primero por los desámenes, luégo porque no venian los papeles..... Oh Dios mio!.... Y tan y miéntras, como no me dejaba á sol ni á sombra, y yo fiaba en sus juramentos, y la ocasion hace el ladron, y..... [*Sollozando.*] ¡Ay, señorita de mi alma!, compadézgame usted ¡y Dios la libre y la defienda de semejantes... temporalidades!

Eugenia. Pobre Casilda! ¿Y él.....

Casilda. Él no me abandonó por entónces; ántes viéndome...., cómo lo diré?..., delicada de salud, redobló sus mimos y sus osequios, y socolor de que él lo arreglaria todo mejor y más pronto, tomó un asiento de rotonda, se despidió llorando..... ¡Cocodrilo!.... Y se fué..... ¡sabe Dios adónde!, aunque él dijo que á su lugar.

Eugenia. Á qué lugar?

Casilda. Á un lugar, de cuyo nombre, como dijo el otro, no quisiera acordarme; á Miguelturra.

Eugenia. Y despues.....

Casilda. No he vuelto á saber de aquel desalmado, aunque bien le habré escrito veinte cartas; y han pasado seis meses mortales; y nada! Ojos que te vieron ir.... Y cáteme usted—ay Vírgen de la O!—engañada como una china, sin esperanza..., esposa y madre á los ojos de Dios, y sin poder hacer costar en el padron ninguna de estas dos perrogativas.

Eugenia. No hay motivo todavía para que usted desespere..... Alguna ausencia forzosa, algun accidente imprevisto podrán ser causa de tan largo silencio.

Casilda. Ah! no; su mala alma.....

Eugenia. Áun puede arrepentirse y volver...

Casilda. No lo creo; pero ¿qué he de hacer, pobre de mí! ¿Mandar requisitorias contra mi prófugo? Tendria que poner primero mi cara en vergüenza delante de la justicia. Y estará ó no estará en Miguelturra, y puede que haya nacido á cien leguas de allí; y no he de ir yo á buscarle á ciegas por esos caminos, arrastrando como la culebra y gastando en inútiles pesquisas lo que necesito para mi pobre chiquitin, [*Con gozo.*] que es tan mono!.... Si viera usted..... [*Llorando.*] No hay remedio: coser y llorar y maldecir mi flaqueza y mi poco chirúmen; ¡esta es mi mision en el mundo!—Pero ya he molestado á usted más de lo regular. Adios, mi buena amiga..... Usted me trata como tal y creo que no abuso.....

Eugenia. Nada de eso!

Casilda. Ah qué ángel!.... Pues no me voy sin darle á usted un par de besos.

Eugenia. Con mucho gusto. [*Se besan.*]

Casilda. Así! así!.... Hasta más ver.—Bendita!

ESCENA IV.

EUGENIA. PETRA.

Eugenia. [*Enjugándose las lágrimas.*] Me ha enternecido esa pobre muchacha.

Petra. [*Saliendo de la habitacion de la izquierda.*] Ya lo dejo todo aviado y hecha la cama..... Ay! ya se ha ido Casilda.....

Eugenia. En este momento.

Petra. Larga ha sido la sesion. Verdad es que cuando ella suelta la taravilla.....

Eugenia. Sí, suele charlar demasiado; pero tiene buenas cualidades, y yo le agradezco mucho el cariño que me muestra...; como el tuyo, mi buena Petra.

Petra. Oh! en eso no cedo la palma á nadie. ¿Y cómo no la he de querer á usted al cabo de cinco años de servirla y admirarla?

Eugenia. Eres un modelo de lealtad. Otra, viéndome en la desgracia, hubiera buscado mejor conveniencia.....

Petra. Eso no se entiende conmigo, que tengo ley al pan que cómo. Pues ¡bueno fuera que yo la abandonase á usted ahora habiendo participado de su buena fortuna!

Eugenia. Buena fortuna!....

Petra. Quiero decir, de las comodidades y regalos..... Y á fe que cuando en Ávila entré al servicio de usted y de aquella santa que Dios se llevó para sí.....

Eugenia. Oh madre mia!

Petra. No estaban ustedes más aventajadas que ahora en punto á intereses, y si las seguí desde la choza al palacio, no fué por codicia ni por vanidad, bien lo sabe Dios, sino porque ya no me hallaba sin ustedes.

Eugenia. ¡Ay, en hora infausta me sacó el adverso destino de mi grata oscuridad! Aquel repentino cambio acabó para siempre con mi alegría. ¡Por él huyó de mí para nunca volver el amado de mi corazon! ¡Por él acaso perdí á mi madre adorada, cuya salud, ya muy débil, poco resistió á la pena de no poder aliviar las mias!

Petra. Y de todo tiene la culpa la ceguedad, la sinrazon del señor Marqués, por no decir otra cosa. ¡Ah, no le pida Dios cuenta de tantas desgracias como ha causado!

Eugenia. Yo no le acuso, Petra, ni me agrada que tú le censures, aunque la buena intencion te excusa. Su corazon es bueno, mas por su mal y el nuestro no ha sabido ser superior á ciertas preocupaciones..... ni desprenderse de hábitos perniciosos... En fin, es mi padre, título siempre sagrado para mí, y tanto más cuanto más abatido y pesaroso le veo.

Petra. Á mí me da tambien no poca lástima de verle reducido casi á la indigencia; pero ¿quién le mandaba ser tan derrochador, tan despilfarrado....; y eso que ya habia visto, como dicen, las orejas al lobo.

¿En qué han venido á parar, santo Dios!, los soberbios trenes, los suntuosos banquetes, los viajes á Lóndres, á París, á Roma..... Vamos, yo no le puedo perdonar que con tanta indiferencia haya mirado el porvenir de su hija, tras de haberla contrariado injustamente en sus amores.— Pues ¿y qué diré de Fernando? ¡Ni una mala carta en tan larga ausencia!

Eugenia. No debo quejarme de su silencio. Al alejarse de mí, dijo que lo hacía para siempre, y ha cumplido su propósito. ¿Cómo culparle de haber cortado todo género de relaciones con una familia que le juzgó indigno de ser admitido en su seno?

Petra. Con su padre de usted, en buen hora; pero ¡con usted, que muy léjos de rechazarle, se hubiera sacrificado por él!

Eugenia. Fernando lo quiso evitar con su fuga. Olvidas la nobleza de su carácter? Fernando prefirió su desdicha á la mia..., y labró la de entrambos!

Petra. Lo cree usted así? ¿Cree usted que por un exceso de delicadeza ha dejado de escribirla? ¡Á saber si ya se acuerda siquiera del nombre de usted!

Eugenia. Digas lo que quieras, el corazon me asegura que aun está mi imágen esculpida en el suyo, y que ese mismo silencio que se te hace sospechoso es una prueba de su acendrado amor.—¿Qué digo, infeliz! Acaso no me escribe por otra causa más poderosa y más natural..... ¡Acaso es muerto miéntras tú le acusas de ingrato!

Petra. Deseche usted ese pensamiento.....

Eugenia. ¿Y cómo, ay triste! siendo él tan bizarro y yo tan desventurada? [*Suena una campanilla.*]

Petra. Llaman..... Será el señor Marqués que vuelve de su paseo..... Voy..... Enjugue usted esas lágrimas.

[*Vase por la derecha del foro.*]

ESCENA V.

EUGENIA. EL MARQUÉS.

Eugenia. Sí, fuerza será, aunque mi alma se despedace: el amor filial lo exige.

Marqués. [*Entrando.*] Eugenia.....

Eugenia. [*Tomándole el sombrero y el baston, que dejará donde no estorben.*] Déme usted... Parece que hoy ha sido más largo el paseo.

Marqués. Sí; he dado dos vueltas por el de la Fuente Castellana.

Eugenia. Se habrá usted cansado.....

Marqués. No. Nunca he sido muy andarin; pero á todo se acostumbra uno....., de grado ó por fuerza. No es el paseo el que á mí me cansa, sino.....

Eugenia. Qué?

Marqués. La vida!

Eugenia. ¿Qué oigo! Ah! no ofenda usted á Dios, que si ahora le priva de vivir con la vana ostentacion de otro tiempo, no le niega la salud, que es el mayor de los bienes, ni lo necesario para nuestra subsistencia.

Marqués. Harto frugal!..., y áun para eso ha sido preciso confinarnos en este mísero arrabal, que han dado en llamar Chamberí..... y para mí siempre será..... los Tejares.

Eugenia. Fué determinacion muy cuerda. Consumidos los bienes libres, que constituian la mayor parte del patrimonio de usted.....

Marqués. No digas consumidos, sino neciamente dilapidados. Oh! he sido un loco, un foragido, que no merece perdon de Dios.

Eugenia. Usted se juzga con demasiada severidad; que al fin ha gastado lo suyo.

Marqués. Ah!

Eugenia. Y como se redujo á la mitad lo vinculado con el restablecimiento de la ley de mayorazgos, de que en otra época se aprovechó el abuelo, usted, sin prever este contratiempo, habia contraido empeños....

Marqués. Que me han hundido para siempre; que han sido causa de que los restos de mi cuantiosa herencia estén intervenidos por un tribunal hasta que don Próspero cobre los enormes créditos que tiene contra mí, y yo atenido otra vez á que me tasen el pan y el agua..... Horror! ¡Ignominia!

Eugenia. No tanto. Ya ve usted que vivimos con desahogo, y hasta con cierto regalo.....

Marqués. Milagros de tu modestia, de tu talento, de tu virtud heroica.....

Eugenia. Nada de eso; pero soy una regular administradora: verdad?

Marqués. ¡Algo mejor que ese infame don Próspero...., que lo ha sido tan á costa mia!

Eugenia. Y sin embargo, no es ninguna maravilla lo que estoy haciendo. Con vivir aquí, sobre excusarnos el disgusto de no poder alternar con ciertas gentes que no ha mucho mendigaban nuestra amistad, nos ahorramos no pocos gastos, cuya superfluidad sabemos ya por experiencia. Aquí no hay ópera italiana, ni sociedades de gran tono, ni bazares tentadores, ni necesidad de una lujosa carretela.....

Marqués. (Ay!....)

Eugenia. Descargando así el presupuesto, no sólo estamos á cubierto de una bancarrota, sino que áun podemos aspirar á algun sobrante para tardar ménos en desempeñarnos.

Marqués. Pobre hija mia! Tú me estás dando lecciones de economía, de sobriedad, de cordura, que yo admiro y te debo agradecer; pero más que de consuelo me sirven

de sonrojo y desesperacion. Cuanto ménos apegada te veo á los goces de que yo, padre inicuo, te he defraudado, más merecedora te juzgo de ellos. Yo no los quiero ya para mí: todo me sobra! Pero ¡que se agoste ántes de tiempo tu juventud en este lugarejo destartalado; que yo haya de dejarte—y pronto será—no ya sin la espléndida grandeza para que fuiste nacida, sino en el abandono, en el olvido, acaso en la miseria!.... Oh! esto es lo que me martiriza y me acaba.

Eugenia. No veo yo con tan negros colores mi porvenir. En ese sombrío cuadro sólo una cosa me aflige y me aterra: ser posible que yo le sobreviva á usted; pero la bondad de Dios alejará de mí tan infausto dia. No le pido ya otra gracia, y aunque con escasos merecimientos, espero que la obtendrán mis lágrimas ardientes.

Marqués. [*Abrazándola.*] Hija mia!

Eugenia. Harto es ya ser huérfana de madre...., ¡y de qué madre, santo cielo!

Marqués. Pobre Ines! ¡Qué poco gozó en este mundo!.... Y cuando considero que tal vez causé yo su prematura muerte.....

Eugenia. Oh, no, señor!

Marqués. ¡Llevó tan á mal que yo me opusiera á tu casamiento con aquel Fernando...

Eugenia. Oh! echemos ya un velo sobre lo pasado.

Marqués. De buena fe creí entónces que lo debia resistir, y aunque no es lícito invocar deberes á quien todos los ha violado...

Eugenia. Por Dios, papá! Usted no necesita sincerarse conmigo.

Marqués. Luégo me ha pesado más de una vez, créelo. Tu suerte sería ménos adversa con un esposo adorado.....

Eugenia. Dios lo dispuso de otro modo y debemos someternos á su suprema voluntad.

Marqués. Ahora ¿quién solicitará tu mano que sea digno de ella? ¿Cómo apreciar tus encantos, cómo las prendas de tu alma angélica, si nadie te trata.....

Eugenia. Qué importa? Amé una vez y ya no podré amar á nadie...., sino á mi padre.

Marqués. Si á lo ménos ese hombre—¡nunca podré llamarle Baron!—me duplicase las asistencias, siquiera en consideracion á que su fortuna es una escandalosa usurpacion de la mia, volveríamos á Madrid.....

Eugenia. Para qué? Nunca sería bastante lo que nos diese para vivir en la corte como corresponde á nuestra clase, y aquí nos sobra.....

Marqués. ¡Nos sobra..... la soledad, la melancolía..... y la paciencia! Oh! yo no puedo vivir así. Me fastidio, me consumo..... Ni á ti, por más que digas, te puede ser grato el estar aquí en perpetua clausura, aislada del mundo entero y, lo que es peor, atareada, afanada de dia y de noche.....

Eugenia. No tanto. Tomo la labor por distraerme.....

Marqués. Y con ella en las manos te sorprende muchas veces la luz del alba. ¿Piensas que todavía lo ignoro? Y para qué? Para que yo tenga un plato más en mi mesa, y lleve un par de onzas en mi bolsillo si se me ocurre ir á Madrid..... Pues has de saber que yo no quiero aceptar tan costosos cuidados; ni puedo consentir que una hija mia sea costurera vergonzante...; ni para nada necesito yo el dinero—¿lo entiendes?—cuando es tan escaso. Dame miles de pesos, y nadie me ganará á gastarlos con rumbo; pero.....

Eugenia. (Oh Dios!)

Marqués. Eh?.... Pero no sé qué hacer de una cantidad pequeña; me achico yo más que ella y se me figura que no me ha de alcanzar para nada. La prueba es que aun tengo aquí [*Tocándose en un bolsillo del chaleco.*] intactos los ocho ó diez doblones que me diste hace dos meses.

Eugenia. Padre mio!

Marqués. Creerias tú que me los habia jugado..... No, hija mia; aborrezco ya de todas véras el juego: me tiene muy escarmentado.

Eugenia. Ah! yo bendigo á Dios.....

Marqués. Pero este destierro me aburre ya hasta más no poder; esta atmósfera me ahoga..... Oh! es preciso tomar un partido.—Ese hebreo quizá no se humana conmigo porque le he hecho mil desaires y le muestro un teson..... harto impertinente, á la verdad, en mi actual estado. No; aunque padezca mi amor propio, voy á escribirle...

Eugenia. No, padre mio; no lo haga usted. Es un paso muy aventurado, y aunque dijera vergonzoso.....

Marqués. No lo creas. Yo le escribiré con dignidad y como si áun fuese mi administrador. Arruinado y todo puedo hacerle proposiciones que tienten su codicia. [*Suena la campanilla.*]

Eugenia. ¿Y qué haremos con que las admita? Acumular deudas sobre deudas y hacer más lastimosa nuestra situacion.

ESCENA VI.

EUGENIA. EL MARQUÉS. PETRA.

Petra. [*Anunciando.*] El señor baron de la Verbena.

Eugenia. ¿Qué oigo!....

Marqués. Ves? Viene á verme sin haberle yo visitado. Esto es de buen agüero.

Eugenia. ¿Quién sabe!....

Marqués. Sí, sí, quiere darse á partido, no lo dudes, y sería yo muy necio... Que pase adelante.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. EUGENIA.

Marqués. Tal vez le haya tocado Dios en el corazon..... Sin embargo, yo no tomaré la iniciativa..... Tú te puedes retirar.....

Eugenia. Oh! de muy buena gana.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. EL BARON.

Baron. Beso la mano al señor Marqués.....

Marqués. [*Con gravedad.*] Saludo á don Próspero..... Tome usted asiento.

Baron. Gracias. [*Se sientan.*] Usted extrañará esta visita.....

Marqués. Sí tal. Yo no tenía derecho á esperarla.

Baron. Sin duda porque usted no se dignó de hacérmela á mí en mi quinta, aunque le pasé tarjeta poniéndola á su disposicion.

Marqués. Pudiera haberme parecido poco cordial el ofrecimiento.

Baron. Y pudiera usted haberse equivocado. Pero sea cual fuere la causa de no haberme usted favorecido en tanto tiempo, yo no soy quisquilloso, señor Marqués, y mucho ménos lo sería con persona tan calificada, y bajo cuya dependencia he tenido la honra de vivir algunos años.

Marqués. Y sin embargo, viene usted acaso á gozarse en su obra.

Baron. Cómo en mi obra?

Marqués. Sí, en el espectáculo de la miseria á que usted me ha arrastrado.

Baron. Señor Marqués!.... Está usted exasperado, y hasta cierto punto con razon; por eso no me admiro de que me hable con sobrada acritud; pero es muy otro el objeto de mi visita.

Marqués. Pues ¿quién si no usted ha sido el autor de mi ruina?

Baron. Bien por cierto! ¿Era usted menor de edad cuando me confió la administracion de sus bienes? Si hoy llora usted los efectos de su desarreglada conducta ¿soy yo, por ventura, responsable de ella? ¿Le he inspirado yo su pasion desordenada por el lujo, los placeres, el juego, la disipacion?

Marqués. No; pero viendo que era tan manirroto, debió usted contenerme con buenos consejos.....

Baron. Consejos? Bah! Ni usted me los pedia, ni yo era su pedagogo. Usted no se comunicaba conmigo sino para pedirme dinero.

Marqués. Pero dándomelo usted sin tasa siempre que lo pedia, pecó de sobrado condescendiente..... y áun digo poco.

Baron. Otro lo hubiera dado en mi lugar; que á quien tiene arraigo nunca le faltan prestamistas.

Marqués. Usureros querrá usted decir.

Baron. Nadie presta sin interes.....

Marqués. Usted me prestaba mi propio dinero.

Baron. Oh! en eso está usted equivocado.

Marqués. Y se cobraba por su mano.

Baron. Eso sí: muy tonto hubiera sido yo en no hacerlo.

Marqués. Usted se ha hecho rico empobreciéndome á mí.

Baron. Perdone usted. Ya lo era ántes de ser administrador de usted.

Marqués. Porque hizo usted lo mismo con mi antecesor.

Baron. Un poco de flema, señor Marqués, y no nos irritemos; que eso á nada bueno conduce. Yo no le robé nada, ni á usted tampoco. Mis cuentas están en regla.

Marqués. Ya lo creo!....

Baron. Acrecí mi caudal porque supe ser tan sobrio y trabajador como ustedes indolentes y pródigos.

Marqués. (Es verdad!)

Baron. Además, yo he hecho la mayor parte de mi fortuna con negocios completamente ajenos á las rentas de usted, y despues de haberse interrumpido nuestras relaciones.

Marqués. ¡Infeliz y maldito yo, que no las interrumpí mucho ántes!

Baron. [*Levantándose y tambien se levanta el Marqués.*] Basta! Creyendo que le hallaria á usted más razonable, venía á proponerle lo que á los dos nos estaria bien; no á sostener con usted una escaramuza de ociosos dimes y diretes. Siento haberme engañado...., y me retiro.

Marqués. [*Con ira.*] ¡Vaya usted..... [*Repriméndose.*] Vaya usted con Dios.

Baron. Abur.

Marqués. (Se va, y yo..... Este endiablado genio....) Oiga usted, don Próspero.

Baron. [*Volviendo desde la puerta del foro.*] Qué ocurre?

Marqués. Sepamos qué proposiciones son esas, ya que el demonio quiere.....

Baron. Proposiciones de amigo; no de especulador.

Marqués. Bien; explíquese usted. Me tiene sitiado por hambre y es forzoso capitular.

Baron. Me duelo muy sinceramente de verle á usted apurado, oscurecido; deseo y me propongo que vuelva á figurar en el mundo, si no con toda su opulencia antigua, de un modo siquiera que no desdiga mucho de su distinguido nacimiento; y esto ha de ser sin empréstitos usurarios, sin contratos leoninos. Se trata de una transaccion amistosa, que usted no rechazará, á ménos de rebelarse inútilmente contra el espíritu del siglo.

Marqués. Veamos..... No soy yo tan del antiguo régimen, que me obstine.....

Baron. Cuando un edificio se viene abajo, ya nadie se desdeña de ponerle puntales, aunque algo se desfigure con ellos su fachada secular.

Marqués. Cierto.

Baron. La vida está llena de vicisitudes.

Marqués. Sí. (Adónde vendrá á parar?)

Baron. Unos bajan miéntras suben otros; pero la prudencia sabe hallar compensaciones, la filosofía acorta distancias y el interes recíproco triunfa del más declarado antagonismo. ¿No es verdad, señor Marqués?

Marqués. No lo niego.

Baron. Otra de las conquistas de la era en que vivimos es el haberse puesto tan en boga la teoría..... de los hechos consumados.

Marqués. Y en efecto es superior á todas, porque en sí misma lleva la demostracion.

Baron. Así pues, porque su casa de usted sea más antigua que la mia, no dejarémos de ser usted y yo títulos del reino.

Marqués. Ya; pero, áun prescindiendo de las ejecutorias, va mucho de baron á marqués...

Baron. Mañana seré yo marqués si se me antoja, y hoy puedo obtener con una banda la excelencia, quedándose usted plantado en la señoría. Pero de poco sirven una y otra sin ciertos auxiliares..... eh?, de más precio para la presente generacion que los trofeos de mármol y los diplomas de pergamino.

Marqués. Otra verdad inconcusa!

Baron. ¿Ve usted cómo nos vamos entendiendo? Ahora bien, volviendo á lo de las compensaciones, supuesto que á mí me sobra en oro lo que á usted en blasones, podemos muy bien, y creo que á entrambos nos conviene, ponernos en equilibrio; y el medio más sencillo sería amalgamar, casar mi *déficit* con el *superavit* de usted y viceversa; ó, lo que es lo mismo, la hija del gótico marqués con el hijo del opulento baron.

Marqués. ¡Eso se atreve usted á proponerme á mí! Sería una afrenta.....

Baron. Disparate! Matrimonios más heterogéneos estamos viendo cada lúnes y cada mártes, y á nadie escandalizan.

Marqués. (Dice bien.)

Baron. Pero si no le acomoda á usted, no hay nada de lo dicho. [*Hace ademan de retirarse.*]

Marqués. Oiga usted. Aunque confieso que es de agradecer la transaccion que usted me indica espontáneamente y que yo no estoy para echar plantas, por lo que hace á mí no la admitiria; pero ¡soy padre!, y ya que he dejado por puertas á mi hija, no es razon que sacrifique á mis escrúpulos el bienestar que Dios le depara.

Baron. Privarla de tan buen acomodo sería un cargo de conciencia.

Marqués. Positivamente; pero no basta mi consentimiento. Hágase usted cargo, Baron.....

Baron. (Ah! ya me llama Baron. Bueno!) No se me oculta que habrá que vencer alguna dificultad.....

Marqués. Los muchachos se han tratado apénas, y presumo que no han de simpatizar mucho. Hay poca analogía entre sus caractéres, sus gustos, su educacion.....

Baron. Nada de eso! Mi Arturo.....

Marqués. Oiga! ¿Ahora se llama Arturo.....

Baron. Es nombre más bonito..... y más aristocrático.

Marqués. En buen hora: mejor me suena que Hilario.

Baron. Por la misma razon ha tomado mi mujer el nombre de Celia, abreviando el de Celedonia. Ya ve usted que vamos entrando en los trotes del.....

Marqués. Ya. (Lo que es ella, nunca dejará de ser una tarasca.)

Baron. Iba á decir que mi Arturo ya mostró aficion á Eugenia cuando la conoció en Ávila.

Marqués. Pero tengo entendido que Eugenia le dió.....

Baron. Calabazas? Cierto. (Que me supieron muy mal, y por lo mismo.....)

Marqués. Ya ve usted que los antecedentes no son muy favorables.

Baron. Hay que tener presente que mi hijo era entónces algo cerril, por haberle mimado su madre en demasía; pero despues se ha instruido, se ha formado, y ahora que acaba de tomar un bañito de París, es un mozo muy presentable, si el amor de padre no me ciega.

Marqués. Con todo, es muy difícil que Eugenia haga justicia á su mérito, señor Baron.

Baron. [*Satisfecho.*] (Señor Baron!) ¿Por qué?

Marqués. En Ávila se encaprichó por otro...

Baron. Por Fernando..... Ya lo sé.

Marqués. Y aunque no ha vuelto á saber de él desde que entró á servir en sustitucion de Hilario...., de Arturo, tengo para mí que áun no se ha curado de aquella loca pasion.

Baron. (Buen cuidado tuve yo de interceptar sus cartas hasta que se cansó de escribirlas inútilmente.)

Marqués. Calla usted! Le hace fuerza sin duda mi objecion.

Baron. Ninguna. Ya la habia yo previsto, y si no hay otra que combatir, llámeme usted desde ahora su consuegro.

Marqués. Cómo! ¿Habrá muerto aquel pobre diablo?

Baron. Áun mejor para mi designio.

Marqués. No comprendo.....

Baron. Hace tres meses que se ha casado con otra.

Marqués. De véras!

Baron. Como usted lo oye. Así que llegó á capitan..... Justamente su mujer es algo parienta mia, y aquí traigo la tarjeta que me remitió desde Vitoria dándome parte de su casamiento. [*La saca y se la da al Marqués.*]

Marqués. [*Leyendo.*] «El capitan don Fernando Sigüenza y doña Isabel Mondragon participan á usted su efectuado enlace, etcétera.»—Ah! muy bien; esto nos puede allanar el camino..... Me dejará usted la tarjeta, porque espero sacar mucho partido de tan precioso documento.

Baron. Con mucho gusto. [*El Marqués guarda la tarjeta.*] Conque quedamos en que por parte de usted no hay inconveniente.....

Marqués. No. Yo veré de persuadir á Eugenia; porque sin su beneplácito no hay nada.

Baron. Se entiende; mas le prevengo á usted que mi mujer se inclina á otra nuera..., no tan ilustre, pero con doscientos mil duros de dote.

Marqués. (Diablo!)

Baron. Adhiere, sin embargo, á mi dictámen, pero á la menor tibieza que observe en ustedes insistirá en el suyo y yo tendré que complacerla.

Marqués. Hombre de Dios!.... (¡Sufrir yo que me apremien así....) Tratarémos de...

Baron. Es que tiene usted que darme hoy mismo una respuesta categórica.

Marqués. Oh!.... Yo necesito tiempo.....

Baron. Yo no puedo perderlo.—Además, no pretendo que los novios se casen con tres luégos, ni hay necesidad de esa premura. Me basta la palabra formal, y luégo se hará la boda cuando convenga.—Entre tanto haré que le tripliquen á usted los alimentos.....

Marqués. (Ah! respiro.....)

Baron. Sin perjuicio de desembargarle por de pronto una parte de sus tierras.....

Marqués. (Albricias!)

Baron. Y el resto más adelante.....

Marqués. (Vítor!)

Baron. Y de que disponga usted francamente de cuanto yo poseo.

Marqués. [*Dándole la mano.*] Gracias, amigo mio, gracias.

Baron. (Ya somos uña y carne!)

Marqués. No abusaré..... Crea usted que sólo por Eugenia.....

Baron. Y Eugenia se dejará querer, si le habla usted al alma. Tan seguro estoy de ello, que mi hijo vendrá luégo á ofrecer á ustedes sus respetos.....

Marqués. Estimo.....

Baron. Y una finecita á la novia.

Marqués. No, no; yo me abochorno.....

Baron. Por qué, si todos vamos á ser unos?

Marqués. (Todos unos!) Ciertamente....; pero..... (¡Volveré á brillar, á vivir á lo príncipe.....)

Baron. (Ya no sabe este pobre señor lo que le pasa.) Me despido pues..... Ah! No lo exijo de ninguna manera, pero la Baronesa recibe esta noche...., de confianza; media docena de amigos..... Si nos honrasen ustedes con su asistencia.....

Marqués. Gracias..... Veremos.....

Baron. Convenido. Mi hijo vendrá en la carretela y se la dejará á ustedes para que dispongan de ella. [*Dándole la mano con marcialidad.*] Hasta luégo, Marqués.

Marqués. [*Acompañándole.*] Adios, Baron. Esta casa.....

Baron. [*Con afectada benevolencia.*] Gracias.... Quieto, quieto!... (¡Al fin me salgo con la mia!)

[*Principia á oscurecerse gradualmente el escenario.*]

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.

Él mismo—quién lo hubiera dicho?—me rehabilita, me regenera. ¿Cómo salir yo del abismo en que habia caido, á no ofrecerme ese hombre una mano piadosa? Ya lo haga por gratitud ó por generosidad, ya por acallar los gritos de su conciencia; en uno ú otro caso sería locura el no asirme en mi naufragio á esa tabla de salvacion. [*Llamando.*] Eugenia! Trabajo me va á costar convencerla, pero confío en su docilidad, su buen juicio.....

ESCENA X.

EL MARQUÉS. EUGENIA.

Marqués. Ven, hija mia! [*La abraza.*] Llegó el dia de nuestra redencion, de nuestro triunfo.

Eugenia. ¿Qué dice usted!

Marqués. Se acabaron las privaciones, las economías..... Ya no velarás tú bordando ni yo vegetaré maldiciendo. El Baron me ruega con la paz.

Eugenia. Con la paz! Á qué precio?

Marqués. (Cómo lo diré?) Ya es otro hombre; ya no piensa explotar en su provecho mi desidia, mis pasiones; no ha venido á devorar, insaciable cetáceo, los cuatro terrones que nos quedan: al contrario, pone á mis piés, ó por mejor decir á los tuyos, su fortuna.

Eugenia. Á los mios? (Yo tiemblo.)

Marqués. Sí, hija mia, tú vas á ser la dulce prenda de nuestra alianza.

Eugenia. La prenda...., ó la víctima? ¡Oh padre, padre!

Marqués. Yo no extraño que repugnes la boda que nos proponen; yo la repugnaria tambien..... en mejores circunstancias.

Eugenia. Ay! con ménos razon se opuso usted á otra.....

Marqués. Es verdad; pero los tiempos son distintos y no tanta la desigualdad como entónces. Don Próspero, bien ó mal adquirido, tiene ya un título como yo.

Eugenia. Ninguno para la estimacion de usted; muchos para que usted le aborrezca y le desprecie.

Marqués. Ántes, sí; pero cuando él mismo transige y se humilla..... Y sobre todo, no tenemos otro remedio para salir de ahogos.

Eugenia. Cuando realmente los sufriéramos, que yo no lo creo así, ¿no vale más morirse en un rincon que recibir favores de tales gentes?

Marqués. No digas favores. Se trata de recobrar lo que fué mio, y si admito sus riquezas, no es como una dádiva, sino como una restitucion.

Eugenia. Y usted ¿qué les va á restituir ofreciéndoles mi mano? ¿Debo yo algo por ventura al padre avaro y malversador, á la madre grosera ó al hijo extravagante?

Marqués. Les deberás la felicidad de tu padre.

Eugenia. Á costa de la mia! Ah! ¿no sabe usted que yo no puedo querer á ese hombre..... ni á ninguno? ¿No sabe usted que otro recibió mis juramentos y que yo soy incapaz de quebrantarlos?

Marqués. Pobre Eugenia! ¿Sabes tú si él guarda los suyos? ¿Sabes si ha merecido esa tu cándida fidelidad?

Eugenia. Cómo!.... Pues ¡qué!.... ¿acaso...

Marqués. [*Dando á Eugenia la tarjeta.*] ¡Alma inocente y sin doblez! Toma; sal de tu error. [*Eugenia lee para sí la tarjeta, muy conmovida.*] (Pierde el color..... La indignacion se pinta en su rostro..... Ya es segura mi victoria.)

Eugenia. Casado con otra! ¡Pérfido, infame!.... ¿Y quién sabe si, ántes de ahora, otros amores, otros devaneos.....

Marqués. Quién lo duda?

Eugenia. Así se explica su tenaz, su indigno silencio. Oh ingratitud! ¡oh amarga decepcion!.... ¡Y yo sacrificándome, aniquilándome por él! ¡y yo, necia de mí, cegando de llorar por un perjuro que habrá escarnecido tal vez mi memoria!.... Oh! yo lo merezco bien. ¿Qué podia esperar de un villano, sino una villanía? ¿Y seré tan estúpida que áun le consagre el resto de una vida de tormentos y amarguras? No, no! Alguna vez he de gozar yo de mi juventud. No más lágrimas, no más austera soledad. ¿Quién me paga ni me agradece este ridículo despego á los halagos, á los placeres por que todas suspiran? Sí, sí, disponga usted de mi mano. Quiero galas, festines, triunfos... Quiero vengarme de aquel traidor!

Marqués. Vengarte! Eso es hacerle demasiado honor: sólo merece tu indiferencia. No pienses más en él; piensa sólo en los homenajes que te esperan cuando radiante de hermosura y de alegría......

Eugenia. Pero, oh Dios mio! ¿qué razon tengo yo para injuriar á Fernando? ¿Qué derecho para maldecirle!

Marqués. Qué! ¿ya te arrepientes.....

Eugenia. Él se impuso una separacion eterna; yo no le exigí que renunciase á aquella resolucion desesperada, y debió creerse absuelto de sus promesas; él no puede ser mi marido..... ¿Por qué no casarse con otra mujer, que le amará..... Ay! no tanto como yo: eso es imposible!

Marqués. Eugenia! (Medrados estamos!)

Eugenia. ¿Quién sabe si con su mano ha pagado una deuda de noble agradecimiento? Tal vez ha debido á aquella mujer beneficios con que ha sabido mejor que yo cautivar su albedrío. Tal vez, oh Fernando! ha arrostrado por ti soles y nieves y fatigas y peligros; tal vez sus venturosas manos han restañado la sangre de tus heridas.

Marqués. Oh! me desespero..... Pero ello es que se ha casado, y así se cuida él de tus elegías como de las nubes de antaño. No le detestes; pero no le llores: no te cases por venganza, por despique; pero hazlo por tu conveniencia y por la mia, como él evidentemente lo ha hecho por la suya.

Eugenia. Ah! no hay valor en mí para tanto. No fué sólo Fernando quien oyó mis votos; Dios los oyó tambien y no me ha relevado de ellos. No hay ya cabida en mi pecho ulcerado para otro cariño, y casarme con quien nunca podrá inspirármelo sería una temeridad...., un sacrilegio.

Marqués. Y por un necio capricho, que otro nombre no merece tu resistencia, ¿faltaré yo á mi palabra...., mal empeñada si quieres, pero al fin palabra de caballero? Y la memoria de un desleal, indigno de ti, ¿tendrá más imperio sobre tu alma que la presencia del padre que te implora? Y en mi desolada vejez, cuando pudieras hacérmela más llevadera, ¿me alejas, hija ingrata, del único puerto que puede darme abrigo despues de tantas tormentas? Bien está. Obra á tu antojo, no te humilles á mí ni á nadie, y desafía al infortunio, ufana con el galardon que ha dado á tu ternura el único sér que ha merecido inspirártela.

Eugenia. Oh padre mio!

Marqués. Aparta! Ya no lo soy.

Eugenia. ¡Por piedad.....

Marqués. Piedad! Esa palabra es en tu boca un horrible sarcasmo.

Eugenia. ¡Señor.....

Marqués. Aparta he dicho! No me supliques; no me gimas, no tiembles..... ¿Por qué? ¿No es aquí tu voluntad más poderosa que la mia? ¿no te gozas en mi nulidad, en mi humillacion? Pues bien, yo quiero complacerte. Me verás muy pronto en San Bernardino...., si ántes no me he arrojado al Canal.

Eugenia. Santo Dios!....

Marqués. Si el término de mi ya cansada existencia ha de ser de todas maneras desastroso, al ménos en mi arbitrio está el abreviarlo..... y áun embellecerlo.

Eugenia. Oh! no prosiga usted.....

Marqués. Magnífico plan! No sé cómo no me ha ocurrido ántes.—No te lo impondré á ti; no te asustes. ¡Independencia completa! Sigamos cada cuál libremente nuestros instintos: tú ¡á la aguja, á la plancha, al sentimentalismo insulso y á la evangélica conformidad; yo al juego, á la crápula, al desórden, á esa vida de incesante agitacion que no da tiempo para contar las horas! Aun no he apurado todos mis recursos; áun puedo gastar en una noche mi asignacion de un año; áun puedo vender esos trastajos y llevar las sábanas de mi cama al Monte de Piedad.

Eugenia. No más, padre, no más! (¡Desdichada de mí! Va á perder el juicio...., ¡si no lo ha perdido ya!)

Marqués. Si al fin he de dar el trueno gordo, cuánto ántes mejor.

Eugenia. Basta, por Dios! Obedezco, me resigno.....

Marqués. No, no; yo no quiero que te violentes.....

Eugenia. No, señor, no..... Me ha convencido usted..... (Oh martirio!) Me casaré con ese..... jóven. Si áun me queda alguna repugnancia á un enlace, que usted mismo acepta mal de su grado, mi amor de hija me ayudará á vencerla. Nada puedo negar á quien me ha dado el sér, y aunque mi sacrificio fuese mayor, lo haria por ver á usted contento y tranquilo; porque no volviese usted á mirarme con ese torvo ceño, que tan mal sienta en su frente venerable; por no oir, en fin, acerbas recriminaciones, en vez de la bendicion paternal que le pido de rodillas. [*Se arrodilla. El Marqués pone la mano derecha sobre la cabeza de Eugenia y luégo la hace levantarse y la estrecha en sus brazos. Suena la campanilla.*]

Marqués. Oh! Sí; yo te la doy, celestial criatura..... Pero alza, te ruego, y excúsame, que hartos tengo sobre mí, el baldon de verte á mis piés...., cuando yo debiera postrarme á los tuyos!

Petra. [*A la puerta del foro.*] Don Arturo...., el hijo del Baron.....

Eugenia. Ah! ¡Tan pronto.....

Marqués. Que pase á mi despacho, y llevad luces..... [*Petra se retira.*] Tú no estás ahora para recibirle.—Serénate..... Le entretendré con cualquier pretexto..... Despues..... Ea, valor! No llores.... Volveré.... Adios..... [*Parándose á la puerta y dirigiendo á Eugenia una mirada melancólica.*] (¡La infeliz..... Soy un miserable!)

Eugenia. [*Dejándose caer en una silla con sumo abatimiento y alzando los ojos y juntando las manos.*] Madre mia! Madre mia!

ACTO TERCERO.

Sala interior en la quinta del Baron. Puerta en el foro, que deja ver una antesala, suponiéndose que guia á la sala principal por la izquierda del actor. Dos puertas laterales á la derecha y otras dos á la izquierda. Muebles de lujo. Luces.

ESCENA I.

LA BARONESA. EL BARON. ARTURO.

[*La Baronesa aparece con un rico prendido cargado de flores y brillantes, pero en bata todavía.*]

Arturo. ¡Si le digo á usted que es cosa hecha!

Baronesa. Pero quiero saber todos los pormenores..... Cuenta, cuenta.

Arturo. El Marqués me recibió con particular benevolencia.

Baron. [*A la Baronesa.*] No te lo dije?

Arturo. Observé, no obstante, en su cara un tinte de...., así...., como de no tenerlas todas consigo.

Baronesa. Como de quien tasca el freno todavía; es natural; pero eso no importa un bledo: no es el Marqués quien se ha de casar contigo. Háblame de Eugenia.

Arturo. Eugenia..... es linda muchacha; es

preciso hacerle esta justicia; pero más séria que el concilio de Trento.

Baronesa. ¿Te recibió.....

Arturo. Con la más urbana y amable frialdad.

Baron. Como cumple á una señorita modesta y bien educada. ¿Te habia de echar los brazos al cuello?

Arturo. No; ya conozco que eso hubiera sido extemporáneo. Pero no se ganó Zamora en una hora: verdad, mamá?

Baronesa. Cierto; y hay más dias que longanizas.

Baron. [*Disgustado.*] ¡Qué refranes de.....

Baronesa. ¿La ofreciste el aderezo de brillantes.....

Arturo. Con suma galantería; pero ella me lo devolvió con la gracia del mundo. [*Saca un estuche y lo toma la Baronesa.*] Aquí está: guárdelo usted para mejor ocasion.

Baronesa. Conque te ha desairado!

Arturo. Á mí, no; al aderezo, que no ha perdido por eso un quilate de su valor.

Baron. Ha hecho bien en no admitirlo; pero nosotros se lo hemos debido ofrecer.

Arturo. En fin, miéntras me admita á mí, que es lo esencial, no hay por qué ofenderse.....

Baronesa. Cierto; y ántes hay que agradecerla que te azmita de grátis.

Arturo. Acto continuo, mi suegro presunto nos dejó solos, *tête á tête*; entramos en materia, y con una franqueza que no carece de mérito, me declaró de buenas á primeras que si estaba pronta á darme el sí, era sólo por obedecer á su papá; lo cual, traducido al castellano, quiere decir que me aborrece con la mayor cordialidad.

Baronesa. Bah! otra le queda; sino que se hace la mojigata por el qué dirán.

Baron. Y aunque eso sea, ella se irá encariñando.....

Arturo. Es posible.

Baron. Y tú sabrás conquistar su corazon á fuerza de finezas y rendimientos.

Arturo. En eso estoy, aunque.....

Baronesa. Y sobre todo, si la señorita, tras de sacarla de miseria, se nos hace de pencas todavía, otra al puesto; que no estamos en el caso de llamar á la puerta de nadie, y más de cuatro doncellas de alto saturno.....

Arturo. Coturno, *s'il vous plaît*, mamá.

Baronesa. Y más guapas que esa mocosa, se darian con un canto en el pecho.....

Baron. Celia!

Arturo. Eso mismo se me ocurrió á mí mismo desde luégo, *d'abord*, y ya tuve en la punta de la lengua mi dimision; pero recordé que yo tambien tenía más de obediente que de enamorado, y dije para mí: tal para cuál; no nos debemos nada el uno al otro; y esto, que para gentes de poco más ó ménos sería de mal agüero, para un hombre *comme il faut* es una cucaña, porque así se nos hará más ligero á ella y á mí el yugo del matrimonio. Viviremos como dos amigos, como dos condiscípulos, sin altercados, sin celos..... y probablemente sin pasiegas, que es la peor de todas las plagas conyugales.

Baronesa. [*Riendo.*] Qué gracia! ¡qué talentazo!

Baron. Sí; buena cabeza para chichones!

Arturo. Digo pues, volviendo á tomar el hilo, que, sin embargo de ser tan poco aficionado á los vínculos nupciales, á fuer de hijo sumiso impuse silencio á mi amor propio, arrostré con filosófica entereza los dengues de la futura, que, al cabo, bien pueden ser aparentes, y no desistí de mi pretension.—Y ¿qué quiere usted que le diga?.... Como Dios me ha hecho tan original, tal vez me prendó más la niña con su glacial indiferencia que con su hermosura, porque, *foi de gentilhomme*, me han empalagado siempre las bellezas aristocráticas.

Baronesa. [*Riendo.*] ¡Qué delicia de muchacho!

Baron. Acaba, charlatan!

Arturo. Yo me propuse á mí mismo este dilema: ó me quiere, ó no me quiere esa desterrada hija de Eva; si me quiere, tanto mejor para mí; y si no me quiere, tanto peor para ella.

Baronesa. Sí, sí, por aquello de al que no quiere caldo, la taza llena.

Baron. ¡Mujer.....

Arturo. Concluyo mi relato diciendo que la vuelta del Marqués interrumpió nuestro tierno diálogo; que interrogada por él, Eugenia confirmó más ó ménos voluntariamente su promesa; que me despedí de ellos con expansiva jovialidad, dejándoles la carretela, y que aquí tendrán ustedes sin mucho tardar al padre y á la hija.

Baronesa. Ah! y yo sin vestirme..... ¡Mal haya.....

Baron. (¡Quiera Dios.....)

ESCENA II.

EL BARON. LA BARONESA. ARTURO. COSME.

Cosme. [*Á la puerta del foro.*] Señor.....

Baron. Qué hay?

Cosme. Acaba de venir un alojado.....

Baronesa. Un alojado? Fastidio!....

Baron. Por qué? Sea muy bien venido.

Baronesa. Es un engorro y una..... Esos concejales no saben distinguir de colores. ¿No están libres de semejantes pejigueras los barones?

Baron. No; ni hay razon para que lo estén. ¿Quién es.....

Cosme. El que manda la tropa que ha llegado hace poco y se ha acantonado en Chamberí.

Baron. Qué graduacion tiene?

Cosme. Coronel.

Baronesa. ¡Ah, coronel.....

Cosme. Le he franqueado las habitaciones del piso bajo que tiene usía destinadas para ese fin.....

Baron. Has hecho muy bien, Cosme. Iré á cumplimentarle.....

Cosme. Ahora me parece excusado. Ha pedido á sus asistentes agua para lavarse, ropa limpia..... y ha dicho que él subirá luégo á ofrecer á usías sus respetos.

Baron. En hora buena.

[*Cosme se retira á una seña del Baron.*]

Baronesa. Coronel, ya es otra cosa. Le convidarémos á nuestra suaré.—Pero esta modista de mis pecados.....

Arturo. Yo tambien voy á modificar algun tanto mi *toilette*..... *Sans adieu*, queridos papás. [*Entra en la habitacion de la derecha más inmediata al proscenio.*]

ESCENA III.

EL BARON. LA BARONESA.

Baron. Ay Celia! Esa boda puede ser muy desgraciada.

Baronesa. No lo creas. La chica, aunque más pobre que las ratas hoy dia, es buena cristiana y no será capaz de una mala partida, y Arturo, que la sabrá camelar en frances y en español.....

Baron. Camelar! ¡Qué verbo tan..... No digas camelar.

Baronesa. Bien; engatusar..... Lo mismo es.

Baron. Sí, lo mismo!

Baronesa. Y en todo caso, yo me atengo al diploma de Arturo.

Baron. Al dilema querrás decir.

Baronesa. Eso; al..... dilema.

Baron. Que es harto inmoral por cierto, Celedonia.

Baronesa. Celia querrás decir.

Baron. Aquella interesante jóven merecia un esposo mejor inclinado y ménos aturdido y superficial que Arturo.

Baronesa. Pues de ti salió el quererlos casar de sospresa en Ávila, ahora cinco años, y desde entónces se te puso entre ceja y ceja que tijeretas habian de ser, y no has parado hasta conseguir tu ojepto. ¿Á qué me vienes ahora con esa pampringada?

Baron. Tienes razon, pero si el orgullo principió la obra, otros sentimientos son los que ahora me animan.....

Baronesa. Y cabalmente por orgullo llevaba yo la contraria; porque harto es aguantar una nuera, sin que amén de eso sea rogada; pero desde que hemos titulado van por otro carril mis imaginaciones. Envidiosas de mis riquezas, me miran como por cima del hombro esas archipámpanas que diz que descienden de los reyes magos, y sólo por darles un tapabocas celebraré que me llame mamá una de ellas.

Baron. No serian tan esquivas si fueses tú ménos jactanciosa, si no tuvieses la loca pretension de eclipsarlas con un lujo estrepitoso.....

Baronesa. Hago bien: el que puede lo gasta.

Baron. Hoy mismo parece que de propósito quieres humillar á tus amigas, pues habiendo dicho que la recepcion de esta noche es de confianza, te has cargado de brillantes.....

Baronesa. Á nadie le deben nada mis brillantes, y justo es que yo los luzgá.

Baron. Á nadie! ¿Olvidas lo que éramos hace quince años, cinco, dos?.... ¿Cuál ha sido la base de nuestra fortuna? La casa de Ribasaz. Ah! yo deberia en conciencia levantarla de su ruina, sin exigir que Eugenia diese la mano á nuestro hijo; sin abusar ahora de la penuria del Marqués como ántes abusé de su confianza y de su irreflexion; pero, no teniendo valor para tanto, me valgo de ese medio.....

Baronesa. Ni de ese ni de ninguno tenías maldita la necesidaz. Es cierto que nos han hecho el caldo gordo, como se suele decir, la improvision.....

Baron. Oh!....

Baronesa. De esos señores y su poco cauterio.

Baron. Criterio, mujer. ¿Cuándo aprenderás.....

Baronesa. Criterio?.... Criterio; Bien; otra vez lo diré así.—Es cierto que á sus despensas principiamos á ponernos en zancos; mas para ello no hemos quebrantado, que yo sepa, ninguno de los diez mandamientos.

Baron. Ah Celedonia!

Baronesa. Dale con Celedonia! ¿Olvidas que ya me firmo Celia?

Baron. No extrañes que algunas veces te dé sin advertirlo el nombre con que te conocí y te amé.....

Baronesa. Qué! ¿ya no me amas?

Baron. Sí, y áun te amaria más si no afectases tanta prosopopeya.

Baronesa. ¿Qué quieres! Es preciso hacer honor á mi título de baronesa de la Verbena, título que me halaga porque me recuerda que en una de San Juan tuvieron comienzo nuestros amores.

Baron. Como haces memoria de eso, pudie-

ras hacerla de que entónces ni tú ni yo nos las prometiamos tan felices. Yo último oficial de la contaduría del padre del Marqués; tú oficiala de modista.....

Baronesa. Bah! Entónces como entónces y ahora como ahora.—Á propósito, ¿cuándo acabará de venir la mia? Me tiene desesperada, porque queria estrenar esta noche..... Ah! ya asoma por allí.

ESCENA IV.

EL BARON. LA BARONESA. CASILDA.

[*Llega Casilda por el foro con el mismo bulto del acto segundo.*]

Baronesa. Gracias á Dios! Gastan ustedes una flema, que no hay aguante.....

Casilda. Pues no hemos levantado mano, porque habia mucho que enmendar.....

Baronesa. Eh! No saben ustedes dónde tienen la mano derecha.

Casilda. Perdone la señora Baronesa. Nuestro taller sabe su obligacion, pero cuando se quiere que se haga en un dia lo que tiene trabajo para seis, y sobre dar tormento al talle, no se tolera la más pequeña arruga.....

Baronesa. Calle la parlanchina!

Casilda. (¡Hum.....) Señora.....

Baronesa. Viene todo?

Casilda. Sí, señora; el vestido y la manteleta.

Baronesa. ¿Y porqué no ha venido á traerlo Madama Fichú?

Casilda. Usted ha de disimular.....

Baronesa. Eh? Qué es eso de ustez? Yo tengo señoría.

Casilda. (¡Si me valiera.....) Bien; no se atufe usía por eso. Digo que usía disimule, y si el usía es poco, la llamaré reverendisma.

Baron. [*En voz baja á la Baronesa.*] Eh! ¿qué importa.....

Casilda. La maestra no ha venido, porque está con disipela, pero vengo yo, que soy la oficiala mayor interina, y es lo mismo.

Baronesa. ¡Vaya, que se dan hoy un tono las modistas..... No era así en mi tiempo... [*Reprimiéndose.*] Quiero decir.....

Casilda. [*Con malicia.*] Sí; en tiempo de usía.....

Baron. [*Vivamente.*] Vamos, hija, entra á vestirte; que es tarde y pronto vendrán visitas.....

Basonesa. [*Á Casilda con imperio.*] Sígame ustez.....

Casilda. (¡La cruzaria la cara de mejor gana.....)

[*Entran por la puerta de la izquierda más cercana al proscenio.*]

ESCENA V.

EL BARON.

¡Qué mujer, Dios eterno, qué mujer! Aceptad en descuento de mis pecados lo que me hace sufrir. Me tiene frito con su genio díscolo y con sus pujos de gran señora...., que nunca lo sabrá ser, y con sus despensas y sus cauterios.

Cosme. [*Á la puerta del foro y retirándose en seguida.*] El señor marqués de Ribasaz y la señorita su hija.

Baron. Ah! que no se detengan.....

ESCENA VI.

EL BARON. EL MARQUÉS. EUGENIA.

Baron. [*Saliéndoles al encuentro.*] Señorita, beso á usted los piés. Señor Marqués, sea usted muy bien venido á esta su casa.

Marqués. [*Dándole la mano.*] Saludo al señor Baron.

Eugenia. Caballero.....

Baron. No conduzco á ustedes á la sala de recibo, porque la Baronesa se reserva el honor de hacer á su tertulia la presentacion de esta señorita, y son ustedes entre las personas invitadas las primeras que nos favorecen, fineza que les agradezco en el alma.

Marqués. Arturo nos rogó que viniésemos temprano.....

Baron. Sí; yo se lo encargué para poder á primera hora enterar á usted del plan que he formado y pasos que he dado ya á fin de que nuestros asuntos se terminen amigablemente.

Marqués. En buen hora.

Baron. Pues si gusta usted de pasar á mi despacho, le explicaré..... Pero mi mujer está acabando de vestirse, y esta señorita..... [*Á Eugenia.*] Si gusta usted de pasar á su tocador.....

Marqués. No; aquí nos esperará.....

Baron Pronto saldrá la Baronesa. Entretanto, si quiere distraerse...., allí hay piano..... [*Acercándose á la puerta del tocador y entreabriéndola.*] Celia! La señorita de Ribasaz. Date prisa. [*Al Marqués.*] Vamos..... Hasta luégo, hija mia.

[*Entran el Marqués y el Baron en la habitacion de la derecha más inmediata al foro.*]

ESCENA VII.

EUGENIA. LA BARONESA.

Eugenia. Dadme fortaleza, Dios mio.....

Baronesa. [*Asomando la cabeza.*] ¡Próspero.....

Ah! Mil perdones, Eugenita, y muy felices noches.

Eugenia. Beso á usted la mano.....

Baronesa. Por culpa de la condenada de la modista no estoy toda yo visible; pero en breve.....

Eugenia. Oh! no se apresure usted por mí.....

Baronesa. Con tanta confabulacion de trencillas y corchetes y..... no puede una..... Pero ustez es ya como de casa y dispensará..... Soy con ustez al momento. [*Se retira y cierra la puerta.*]

ESCENA VIII.

EUGENIA.

¡Y yo he de profanar el dulce nombre de madre dándosele á esa mujer!.... ¡Faltaba este tormento á mi corazon, tantas veces y tan dolorosamente lacerado! Pero, ¡ay triste! ya di mi palabra, palabra de que áun hubiera podido desempeñarme el hombre á quien me sacrifican, si tuviese siquiera un mediano discurso, ya que no le es dado ni por su cuna ni por su índole blasonar de caballero.

[*Queda melancólicamente pensativa.*]

ESCENA IX.

EUGENIA. FERNANDO.

Fernando. [*Entrando por el foro.*] (No puedo excusar este cumplido....) [*Acercándose.*] Señora.....

Eugenia. [*Volviendo la cabeza.*] Ah!... Caballero.....

Fernando. ¿Es la señora Baronesa á quien tengo el honor..... Cielos!

Eugenia. Oh Dios! ¿Será sueño..... ¡Fernando! [*Le abraza.*]

Fernando. Eugenia mia!

Eugenia. [*Separándose de los brazos de Fernando.*] Ah! qué he hecho yo? Aléjese usted de mí. Dios mio! Ha sido un movimiento involuntario...., una sorpresa que nunca perdonaré á mi corazon.

Fernando. ¿Qué oigo! ¿Te pesa de haber dado los brazos, si no al amante fiel, al amigo cariñoso y sincero? ¿En qué te he ofendido yo para rechazarme así?

Eugenia. Y usted me lo pregunta! ¡Usted, que me juró amor eterno!

Fernando. Y Dios sabe que mi fe.....

Eugenia. ¡Usted, que en tal angustia me dejó, y al cabo de tantos años no se ha cuidado siquiera de saber si soy muerta ó viva!

Fernando. Oh Dios! Segun eso, no recibió usted mis cartas.....

Eugenia. Ninguna!

Fernando. Alguna mano enemiga impidió sin duda que llegasen á las de usted. Yo, desdichado! atribuia el silencio de usted, unas veces á desamor, otras á un esfuerzo de virtud, al penoso deber de no alimentar esperanzas que no podia usted cumplir. ¡Y me resignaba con mi infortunio, y hasta me consolaba de él la idea de que usted sería acaso ménos desgraciada que yo! Al fin puse término—qué habia de hacer?—á la inútil tarea de escribir á quien no queria..... ó no debia contestarme.

Eugenia. Ah Fernando, Fernando! ¿Por qué nos conocimos? por qué nos amamos?—Sí, yo le creo á usted; ese es el mismo acento de honradez y de veracidad que en mejores dias persuadia y dominaba el alma de la infeliz Eugenia. Usted me fué constante por más tiempo quizá del que yo podia justamente exigir. Si despues se ha unido usted á otra con vínculos sagrados.....

Fernando. Cómo! ¿Yo.....

Eugenia. Los debo respetar; y acaso he sido ya sobrado imprudente.....

Fernando. Cielos! ¿Qué error es este, ó qué impostura..... Yo vínculos con otra? Quien se lo haya dicho á usted miente como un villano.

Eugenia. Gran Dios! Por don Próspero lo he sabido, el antiguo administrador de mi padre, hoy opulento magnate y dueño de la quinta en que está usted alojado.

Fernando. La ha engañado á usted. Oh! yo le haré desmentirse, ó juro por esta cruz... [*Pone la mano sobre la de San Fernando que lleva en el frac.*]

Eugenia. No le considero incapaz de una felonía; pero ¿cómo no creerle..... Él presentó á mi padre una papeleta, que yo leí y conservo, en que el capitan don Fernando Sigüenza.....

Fernando. [*Recordando.*] Ah!

Eugenia. Le daba parte de haberse casado con una doña Isabel..... en Vitoria.....

Fernando. No digas más! Hay en el ejército efectivamente un oficial que lleva mi nombre y mi apellido, aunque ningun parentesco tengo con él. Puede haber sido engañado el mismo don Próspero..... ¡Fatalidad!.... Yo casarme con otra? Jamás! Tú fuiste y tú serás mi único amor miéntras yo viva.

Eugenia. Dios poderoso! Y yo..... ¡Oh aciaga estrella mia! ¿no te cansarás de perseguirme?

Fernando. Ni era posible que yo me uniese á otra mujer, ni que siendo cierto lo negase. Además, mi graduacion es otra; soy

ya coronel, gracias á mi espada y á la munificencia de la Reina por cuyos derechos imprescriptibles he combatido.

Eugenia. Ay! cada palabra tuya es un puñal que traspasa mi pecho; ¡este pecho donde ni un instante has dejado de reinar!

Fernando. Eugenia adorada!

Eugenia. Y sin embargo..... ¡Oh flaqueza mia! oh rubor!

Fernando. ¿Qué dices!

Eugenia. ¡Cuán ufana estoy de verte, siempre bueno, siempre leal y generoso...., y ya coronel, aunque en la flor de tu juventud! Ah! ningun asombro me causa tu rápida carrera. Segura estoy de que no debiste al favor tu honroso empleo.

Fernando. No, bien mio; en el campo de batalla lo gané como todos los grados anteriores; y no los codiciaba!, yo te lo juro. ¿Para qué, si no podia gloriarme de ellos á los ojos de mi dama?

Eugenia. Tu dama no merecia tan acrisolada ternura, tan ejemplar abnegacion. Esta mujer débil y vulgar no ha sabido hacer por ti otra cosa que orar y gemir; osó acusarte de una culpa imaginaria, y ella es la culpable; pero ¡cuánto lo es, Dios mio!.... El alma abogaba por ti, y el labio obedecia á extrañas sugestiones..... ¡Oh Fernando!... Maldíceme, aborréceme. ¡Tú no puedes imaginar cuán grave ha sido mi ofensa, cuán vilmente te he vendido!

Fernando. Tú! No puede ser. Desdicha tuya y mia será lo que tú juzgas vileza.

Eugenia. No; mi cobarde lengua ha pronunciado un sí falaz, sacrílego.

Fernando. En los altares?

Eugenia. Todavía no; pero harto criminal es ya, por ser yo quien le ha dado y por ser quien es el que le ha recibido.

Fernando. ¿Será posible.....

Eugenia. ¿No te admiras, Fernando, de verme aquí? ¿No adivinas quién puede ser el dueño que me destinan?

Fernando. Hilario! ¡Aquel menguado.....

Eugenia. Sí; y es ahora mil veces más detestable para mí que entónces; pero su padre es rico, inmensamente rico; ¿y qué título más respetable para esta generacion degradada? Vergüenza! Maldicion!.... Y mi padre se halla sumido otra vez en la miseria...., y mi madre..... ¡en el cielo!

Fernando. Ya supe..... Desventurada!

Eugenia. Ya puedes suponer que el engrandecimiento del uno y la ruina del otro reconocen el mismo orígen.

Fernando. Oh! Sí.

Eugenia. Pobre mi padre y sin valor para arrostrar las consecuencias de su prodigalidad, rogado por el mismo don Próspero, fascinado por sus brillantes promesas.....

Fernando. Comprendo! No le llames padre, sino padrastro cruel.

Eugenia. Ay! yo hubiera resistido á sus especiosas razones, á sus imperiosos mandatos; pero no he podido hacerme superior á sus lágrimas, á su desesperacion; y sola, sin respiro, sin defensa, perdida para siempre la esperanza de ser tuya..... Pero—por el alma de mi madre te lo juro—si áun así es imperdonable mi flaqueza, mi juez más severo soy yo misma, y no es posible concebir más horrible suplicio que el que estoy sufriendo.

Fernando. Suplicio! No es eso lo que el cielo te debe reservar, sino lauros y adoraciones.

Eugenia. Qué! ¿tú me perdonas.....

Fernando. Qué es perdonarte? Te venero como á una mártir, te ensalzo como á un ángel, te idolatro como siempre, ¡más que nunca!

Eugenia. Oh júbilo inefable! Con tal consuelo, con tal escudo ya nada temo ni á nadie. Dios quiere que cesen mis afanes, mis congojas; Dios, que te vuelve á mis ojos tan digno de que yo me mire y me embelese en los tuyos. Retracto mi ignominiosa y forzada promesa y recobro mi energía. Dame ese brazo valeroso, mi fiel amante, mi noble campeon, [*Tomando el brazo de Fernando.*] y el necio que osaba ser tu rival oiga de mi boca la merecida repulsa, y prefiérale á ti mi padre, si á tanto se atreve.

Fernando. Eugenia, esa amorosa exaltacion me embriaga de placer; pero conviene obrar con cautela, porque estamos en país enemigo, y evitar miéntras sea posible, una escena ruidosa. [*Eugenia suelta el brazo de Fernando.*] Puesto que el cielo ha vuelto á reunirnos, y para no más separarnos, porque harto hemos penado uno y otro para volverlo á consentir, ya veremos de dar á la contienda en que estamos empeñados un sesgo decoroso, pacífico. Yo hablaré al Marqués,.... al mismo Hilario si es preciso..... [*Viendo que se abre la puerta del tocador.*] Ah! Separémonos.

ESCENA X.

EUGENIA. FERNANDO. LA BARONESA.

Baronesa. Ya estoy aquí, queridita. Por no hacerle á ustez esperar más tiempo, salgo sin la manteleta nueva. La modista queda haciéndole unos frunces porque no armaba bien. ¡Son tan torpes nuestras menestralas!.... Ah! caballero..... Beso á ustez..... Ustez será el alojado.

Fernando. Muy servidor de usted, señora. Vengo á ponerme á sus piés.

Baronesa. Gracias, y repito.... Á propósito,

hoy tenemos un poco de reunion, y si gusta ustez de acompañarnos á tomar el té.....

Fernando. Con mucho gusto, señora.

Baronesa. Habrá ustez de perdonar la pequeñez..... (Yo he visto en alguna parte esa cara..... ó cosa equivalente.)

Fernando. (¡Tan fantasmona y tan caricata como siempre!)

Baronesa. Tengo el honor de presentar á ustez mi proyectada hija política.....

Fernando. (Ántes ciegues que tal veas!)

Baronesa. La vizcondesita de Valendrino.

Eugenia. Yo no.....

Fernando. [*Interrumpiéndola.*] Será muy dichoso el dueño de tantas perfecciones.

Cosme. [*Anunciando.*] Las señoras de Galarza; el caballero.....

Baronesa. Que pasen á la sala. Voy al momento..... [*Acercándose al foro.*] Soy con ustedes; pasen ustedes; no se detengan ustedes y perdonen ustedes. [*Cosme se retira, atraviesan el forillo de derecha á izquierda varias señoras y algunos caballeros, y más adelante otros convidados de ambos sexos.*] Vamos, hijita.

Eugenia. (Me hace mal ese halago postizo.)

Baronesa. Tengo que recibir á mi tertulia y presentarte.....

Eugenia. (Me tutea! oh!....)

Baronesa. Ustez tambien nos hará la..... filantropía de acompañarnos.

ESCENA XI.

EUGENIA. FERNANDO. LA BARONESA. ARTURO.

Baronesa. Ah! ya está aquí mi hijo. Él se encargará de ser el portador de ustez.

Fernando. Oh!....

Arturo. Con mil amores, [*Dudando.*] señor...

Baronesa. Es el alojado.

Arturo. Señor mio..... Eugenita.....

[*Eugenia contesta con una leve inclinacion de cabeza.*]

Fernando. Muy servidor..... (Qué apunte!)

Arturo. Esta casa se honra mucho.....

Baronesa. Miéntras ellos se escopetean á cumplidos, vamos nosotras á la sala, pimpollo. Hasta luégo, mi coronel.

ESCENA XII.

FERNANDO. ARTURO.

Arturo. Repito que nos cabe mucha satisfaccion..... Pero..... juraria que no es esta la primera vez que nos vemos.

Fernando. Juraria usted bien.

Arturo. Sí, me parece que..... en Ávila.....

Fernando. Justamente.

Arturo. No doy con el nombre..... Pero sí, el mismo. Y no se ha desfigurado usted mucho. Sólo el bigote..... Usted es Fernando...., don Fernando Sigüenza.

Fernando. Para servir á usted.

Arturo. Cosa como ella!.... ¡Y alojarse usted precisamente en mi quinta.....

Fernando. Ahí verá usted! Pero no sabía yo que usted la habitase: lo puede usted creer.

Arturo. Pues áun me sorprende más el salto que ha dado usted..... Cáscaras! Ni el de Alvarado. Ó la papeleta está equivocada, ó no comprendo cómo ha ascendido usted en tres meses de capitan á coronel; aunque, á decir verdad, mayores fenómenos hemos visto en esta era fenomenal.

Fernando. [*Mirando fijamente á Arturo.*] ¡Yo lo creo! Ahora mismo estoy yo viendo uno...

Arturo. Eh?

Fernando. Yo soy el Fernando de Ávila.....

Arturo. Sí, sí.

Fernando. Pero no soy el de la papeleta. Si se me ha confundido con él, ha sido efecto de un lastimoso error...., ó de una infame superchería.

Arturo. No sé..... Yo me lavo las manos.....

Fernando. Sepa usted que soy soltero.....

Arturo. Por muchos años.....

Fernando. Eh?

Arturo. Quiero decir..... En fin, soltero ó casado, celebro infinito que la casualidad me haya hecho patron de mi sustituto.

Fernando. Gracias.

Arturo. Y ya coronel! ¡No es nada..... Á mí me debe usted su brillante carrera.

Fernando. Oiga! ¿Es usted el ministro de la Guerra?

Arturo. No, pero á no haberme usted sustituido, me hubieran dado á mí los ascensos.....

Fernando. Sí?

Arturo. Es claro. Qué lástima! Ahora luciria yo los tres galones..... Debe usted estarme muy agradecido.

Fernando. De véras? Pues á mí me parece que la perspectiva de usted, puesto en mi lugar, hubiera sido muy diferente: mucho cepo de campaña, mucho palo, y hoy en la garrapata y mañana en el hospital.

Arturo. [*Cortado.*] Ya..... Si la suerte..... Yo..... Eso depende.....

Fernando. De todo eso, y quizá tambien de ser pasto de cuervos, aunque con ménos probabilidad, le libré yo á usted sustituyéndole; luego no soy yo quien debe estar agradecido á usted, sino al contrario.

Arturo. Ya; sentando usted *á son gré*, á su gusto, las premisas..... No obstante, el hecho es que á mí me hacía muy poca gracia el chopo y que usted lo tomó por mí. En este concepto confieso que soy

á usted deudor de una merced señalada.
Fernando. Que usted quiere pagarme con otra sustitucion.....
Arturo. Cómo!
Fernando. Aspirando á casarse con la prenda de mi corazon.....
Arturo. ¡Pche.....
Fernando. Pero así ha nacido usted para ella como para mandar un regimiento.
Arturo. *C'est trop fort.* Á mí no me falta ningun requisito para.....
Fernando. Sí, señor; el principal.
Arturo. Yo.....
Fernando. Agradar á la novia.
Arturo. ¡Pche..... Algo hay de eso. La falta de buen gusto es el único defecto que he notado en esa amable criatura.
Fernando. ¡Vive el cielo..... ¿Sabe usted que yo soy el objeto, el único objeto de su amor?
Arturo. Bien está; pero yo no me referia á...., eh? Yo lo decia por..... (Me corta el revesino.)
Fernando. Eh! si ha de ser usted mi adversario, séalo con dignidad, ó déjeme libre el campo.
Arturo. (Habrémos de transigir.) Yo le diré á usted..... (¡Vaya un hombre intempestivo!) Si hemos de hablar francamente, tampoco estoy yo ciego de amor, *éperdu* por esa señorita; que si lo estuviera, ¡hum.....
Fernando. Eh?
Arturo. [*Riéndose.*] Pero yo soy así...., ¡tan original.....
Fernando. En efecto.
Arturo. Y como eso de casarse por amor es, en mi dictámen, una vulgaridad, y mis padres se empeñan en darme estado, porque no se extinga la estirpe de los Maquilas.....
Fernando. Oh! sería una calamidad.
Arturo. He condescendido, bien á mi pesar, se lo aseguro á usted, porque no quisiera renunciar tan pronto á la libertad de soltero. Además, yo soy un atolondrado, un calavera, lo que se llama un *mauvais sujet;* pero, aquí donde usted me ve, no tengo mal fondo, y si ustedes se aman todavía, sentiré en el alma servir de obstáculo á su felicidad, sin lograr por eso la mia.
Fernando. Pues siendo así.....
Arturo. Lo malo es que el Marqués y Eugenia han dicho que están conformes.....
Fernando. Puede que ya no lo estén.
Arturo. Calle! ¿Conque estoy amenazado de dimisorias.....
Fernando. Solemnes....—Pero usted las puede evitar.
Arturo. Cómo?
Fernando. Dándoselas á la novia. Ese sería un golpe maestro...., original. Ni ella, ni yo, ni su padre, nos daríamos por ofendidos.
Arturo. Oiga! pues..... Sí por cierto; esa sería una excentricidad que me haria célebre..... Convenidos. Vamos al salon, le presentaré á usted, y combinarémos..... Esto va á ser sonado. Todos dirán: ¡cosas como las que le ocurren á ese Arturo!....
Fernando. Pues ¡qué! ¿ya no es usted Hilario?
Arturo. Otra originalidad de las mias. Á mamá se le antojó que tomase el nombre de Arturo, y yo lo adopté..... por inspiracion.—Conque vamos?
Fernando. Bien.
Arturo. [*Ofreciéndole el brazo.*] Sírvase usted.....
Fernando. [*Tomándolo.*] Sí. (Es tonto de capirote.)

[*Dirigiéndose á la sala principal por la izquierda del forillo encuentran en él á la Baronesa, y Fernando la saluda.*]

ESCENA XIII.

LA BARONESA. EL MARQUÉS. EL BARON.

Baronesa. [*Dirigiéndose á su tocador.*] ¡Á ver si con mil de á caballo ha concluido ya esa zafia de arreglar la manteleta! [*Entreabriendo la puerta.*] Vamos! Está eso?
Casilda. [*Dentro.*] Al momentito: estoy dando las últimas puntadas.
Baronesa. Aquí espero.

[*Se compone el tocado mirándose á un espejo situado entre las dos puertas laterales de la izquierda. Salen del despacho del Baron éste y el Marqués.*]

Baron. No hay más qué hablar: desde mañana cobra usted á razon de cincuenta mil reales al año, y le doy médio adelantado, sin descuento.
Marqués. Bien; gracias. (Pero ¡mi pobre hija!....)
Baronesa. ¿Quién habla..... [*Volviendo la cabeza.*] Ah! señor Marqués.....
Marqués. Señora.....
Baronesa. Bien venido.....
Marqués. Gracias.—Eugenia.....
Baronesa. Está en la sala. [*Al Baron.*] ¿Qué haces, que no llevas al Marqués.....
Marqués. Sí, vamos..... (¡Oh remordimientos!....)
Baronesa. Allá voy yo incontinente.

[*El Marqués y el Baron desaparecen hablando en voz baja y tomando la direccion indicada.*]

ESCENA XIV.

LA BARONESA. CASILDA.

Casilda. [*Trayendo la manteleta.*] Ya he acabado. ¡Á ver si ahora está á gusto de usía!

Baronesa. Bien; póngamela ustez; que ya es hora de que yo la estrene, esté bien ó mal.

[*Estando de cara al espejo la Baronesa, le pone la manteleta Casilda.*]

Casilda. Veamos, aunque por mi voto no habia necesidad de tocarla.

ESCENA XV.

LA BARONESA. CASILDA. ARTURO.

Arturo. (Ya dejo instalado á mi amable rival, y resuelto yo á dar una campanada, voy á meditar á solas un breve discurso que dé color á la peripecia.)

Baronesa. Algo mejor está ahora.

Arturo. (Mamá! La tiemblo.)

Baronesa. Qué tal me sienta por detras?

Casilda. Perfectamente.

Arturo. (Hola! Buen talle tiene la costurera.)

Casilda. Prenderemos, si á usía le parece, unos alfileritos.....

Baronesa. Bien, sí.

[*Sujeta Casilda la manteleta con alfileres sobre los hombros de la Baronesa.*]

Arturo. (Buen reverso! Hay brio en esa cintura y toda la topografía parece bien contorneada. Si el frontispicio corresponde.....)

Casilda. ¿Está así bien, ó la bajarémos un poquito.....

Baronesa. [*Componiéndose las cocas.*] No; ya no hay que tocarla.

Arturo. (Ese es el buen género! Sabroso como ninguno, y no tan sujeto á aduanas y resguardos como.....)

Casilda. Pues con permiso de usía.....

Baronesa. [*Dando la cara al público.*] Vaya usted bendita de Dios.

Casilda. [*Volviéndose para retirarse y encarándose con Arturo.*] ¿Qué veo, Dios de los ejércitos!

Arturo. Casilda! (La hemos hecho buena!)

Casilda. Sí, traidor!

Baronesa. Qué es esto?

Casilda. Casilda soy, tu vítima.....

Arturo. (Mejor será largarme.....)

Casilda. [*Asiendo de los faldones á Arturo.*] ¡No te irás; no te suelto!

Baronesa. Pero ¿qué arrechucho.....

Arturo. [*Bajando la voz.*] Ya nos veremos..... Suelta..... Me vas á romper el frac.

Casilda. [*En alta voz.*] Pues te agarraré del brazo. [*Lo hace.*]

Baronesa. ¡Cómo..... ¿Qué significa esa familiaridaz.....

Casilda. No hay que escandalizarse. Este mueble es mio.

Arturo. (¿Quién creyera..... Es apuro!)

Baronesa. ¡Mueble mi hijo.....

Casilda. ¿Qué oigo!

Baronesa. Y mueble de ustez! Desacato!....

Casilda. Hijo ha dicho usía? ¿Está usía segura de que es hijo suyo ese mostro?

Baronesa. Otra que bien baila! ¿Quién pregunta eso á una madre?

Casilda. Ah Emeterio, Emeterio!

Baronesa. ¿Qué Emeterio ni qué..... Arturo se llama. Ustez le toma por otro.

Casilda. Sí, facilito es eso! Le conozco demasiado para que se me pueda despintar.

Baronesa. [*Á Arturo.*] Y callas tú!

Arturo. ¡Mamá..... (¿Cómo saldré de este berengenal?)

Baronesa. Desmiente á esa mujer.

Casilda. Oh! que me desmienta, si se atreve, y ahora mismo le cito á juicio de consideracion.

Arturo. (Cáspita!)

Casilda. Tengo pruebas, tengo testigos....

Arturo. (Zape!)

Baronesa. Yo me aspo!

Casilda. ¿Conque hasta en el nombre me has engañado? Y la farmacopea sera tambien otra farándula.

Baronesa. Farma..... Qué?

Casilda. Triste de mí! ¡Ya podia yo escribir á Miguelturra.....

Arturo. (Miéntras yo estaba en París.)

Baronesa. Miguel Turra! ¿Quién es ese ciudadano?

Casilda. Conque eres hijo de baron? ¡Quién lo hubiera dicho!

Arturo. Sosiégate, Casilda. Ya veremos de subsanar.....

Baronesa. ¿Conque es cierto, hijo indigno....

Arturo. Aberraciones..... ¡Cuartos de hora climatéricos..... Pero todo se compondrá si Casilda procede como muchacha de razon. Á falta de mi mano, que no le puedo dar, aunque quisiera, sin faltar á ciertas conveniencias sociales y sin descompaginar el escalafon civil.....

Casilda. ¿Eso me dices ahora, hombre sin fe y sin palabra?

Baronesa. Pues ¡qué! ¿se habia de casar con ustez mi hijo? ¿Con una mujercilla de poco más ó ménos?

Casilda. Señora!.... No me busque usted la lengua.....

Arturo. ¡Paz, silencio, por Dios.....

Baronesa. Pues no faltaba otra cosa! ¡Primero ha de haber aquí una sarracina!

¡Primero me gastaré hasta la cerilla de los oídos que emparentar con gentuza!

Casilda. Doña Celedonia!....

Arturo. No la ultraje usted, mamá. No es Casilda una jóven adocenada.....

Casilda. [*Llorando.*] Ay Dios!....

Arturo. (Y á fe que nunca me ha parecido tan..... confortable como ahora.) Casilda es toda una artista..... en costura, y á fuer de artista tiene un alma demasiado elevada para aceptar un marido..... poco espontáneo, y una suegra á regaña dientes; pero somos ricos y el dinero soldará.....

Casilda. Dinero!....

Baronesa. Eso es otra cosa. Yo me pongo en la razon. Que pida lo que quiera; su boca será medida.

Casilda. [*Con resolucion y alzando gradualmente la voz.*] No quiero dinero: eso sería ser tan infame como él. Mi honra no se rescata con todo el oro del mundo: ¿lo oye usted?

Arturo. Casilda!....

Baronesa. Silencio!....

[*Casilda patea y solloza.*]

ESCENA XVI.

LA BARONESA. ARTURO. CASILDA. EL MARQUÉS. FERNANDO. EUGENIA. EL BARON. DAMAS. CABALLEROS.

Baron. Quién alborota así mi casa?

Arturo. Basta! Modera tu irascibilidad..... (Es que me voy enterneciendo!)

Baron. Qué ha ocurrido? ¿Por qué llora esa mujer?

Casilda. Porque su hijo de usted es un descastado y un sin conciencia, que me ha burlado,.... ¡que me ha perdido!

Baron. ¿Qué oigo! Arturo!

[*Murmullos de la tertulia. Comentan tambien en voz baja lo que pasa el Marqués, Eugenia y Fernando.*]

Arturo. Papá!....

Baronesa. Eso se verá. No la hemos de creer á ustez por su palabra.

Casilda. Mi palabra vale tanto como la de usted...., y me quedo corta; y si pido que ese falso me cumpla la suya, es porque no puedo pasar por otro punto, no porque me tienten sus riquezas ni por la fachenda de ser señorona de título, no; ¡bien lo sabe Dios! Yo estoy hecha á vivir con poco, y lo sé ganar; y á haber sabido quién era y lo que pretendia, le hubiera echado con cajas destempladas en vez de..... [*Dejándose caer desconsolada en una silla.*] ¡Oh Dios mio, Dios mio!

Baron. (Oh sonrojo!....)

Arturo. (Todos aquí! Este va á ser un trueno de grande espectáculo.)

Baronesa. Estoy sofocada.

Baron. [*Asiendo con ira un brazo de Arturo.*] Qué es esto, Arturo? ¿Cuál es la causa de este escándalo?

Arturo. Señor.....

Baron. Di la verdad: te lo mando.

Baronesa. La verdad es que, por lo visto, esa individua ha estado en relaciones con Arturo; que no sabemos quién ha pecado más, si él de travieso ó ella de...., de poco avisada; que si hay daños y perjuicios, estoy pronta á dar en metálico la indegnizacion correspondiente; pero ¿casaca? ¡No en mis dias! Es ella poca persona para nuera mia.

Casilda. [*Levantándose.*] Esto ya pasa de la raya, señora mia, y ya que usted me provoca con ilusiones personales, ha de saber todo el mundo que usted fué lo que yo soy.

Baronesa. ¡Cómo, insolente.....

Baron. [*Con imperio á media voz.*] Calla!

Casilda. Y que usted mismita es una prueba palpitante de que una modista puede llegar á ser baronesa.

[*Vuelven los murmullos, sazonados con risas maliciosas.*]

Baronesa. Mentira! Uf! ¡Falso testimonio...

Baron. [*Como ántes.*] Calla, te digo! Te está bien empleado por imprudente y por vana.

[*Siguen los cuchicheos. Arturo medita.*]

Fernando. [*Aparte con el Marqués y Eugenia.*] Qué dirá ahora el insigne Arturo?

Eugenia. ¡Ay padre.....

Marqués. Estoy corrido de vergüenza.

[*Siguen los tres hablando aparte.*]

Baron. (Si yo pudiese con buenas palabras persuadirla á que desistiese... [*A Casilda.*] Óigame usted..... [*Habla con ella aparte.*]

Baronesa. [*Al acompañamiento.*] No la crean ustedes. Es una deslenguada, embustera...

[*Sigue hablando en voz baja con los tertulios.*]

Arturo. (Qué hago?.... Ah! ¿no andaba yo á caza de una idea verdaderamente original? Pues ¿cuál mejor.....) [*Con gravedad y alzando la voz.*] Pido la palabra.

[*Movimiento general de curiosidad y cesan las conversaciones parciales.*]

Baron. (Qué irá á decir?)

Arturo. Señoras y señores: considerando que vivimos en una época de libertad, igualdad y fraternidad; considerando que Dios nos ha hecho á todos de la nada; considerando que la peticionaria tiene razon que le sobra; considerando que interceden por ella sus gracias personales, sus lágrimas ardientes, mis naturales instintos, y sobre todo, el grito santo de la naturaleza;..... he aquí mi mano!
Casilda. [*Corriendo á tomarla.*] Ah!
Arturo. Me declaro su marido y conjunta persona.

[*Risas y murmullos de aprobacion.*]

Marqués. [*Á Eugenia en voz baja.*] ¡La cabra tira al monte!
Baronesa. [*Intentando separar á Arturo y Casilda.*] Eso no! Afuera! Yo no sufriré...
Baron. [*Con entereza.*] Yo sí, y á lo hecho, pecho, señora Baronesa; que si ayer pudo ser más cuerdo, hoy obra como hombre de honor. Dios os haga bien casados, hijos mios.

[*Nuevos murmullos de aprobacion. Palmoteo.*]

Casilda. [*Queriendo arrodillarse, y lo mismo Arturo.*] Ah señor!....
Arturo. Padre!....
Baron. Quietos! Abrazadme.
Baronesa. Tú los perdonas! tú los abrazas! qué bochorno!.... Pues yo me mantengo en mis trece, y pondré el grito en el cielo, y haré y aconteceré..... [*A Arturo y á Casilda, que se acercan en ademan de súplica.*] ¡Apartad, ó mi furia..... [*Al Baron que va tambien á hablarla.*] Y tú tambien! Ya no quiero ser madre, ni suegra...., ni mujer. Haré rancho aparte, y por no veros me pronunciaré, me divorciaré, emigraré..... Ah qué horrorosidaz!

[*Entra en su tocador y cierra de golpe la puerta.*]

ESCENA XVII.

CASILDA. ARTURO. EL MARQUÉS. EUGENIA. FERNANDO. EL BARON. LOS CONVIDADOS.

Arturo. (Oh cruda madre!)
Baron. (Sea todo por Dios!) [*Acercándose á los convidados.*] Señoras, caballeros, ya que no he podido excusar que sean ustedes testigos de una escena...., más ó ménos divertida para espectadores curiosos é indiferentes, pero doméstica, no extrañarán ustedes que, pidiéndoles mil perdones, les ruegue nos permitan concluirla en sesion secreta.

[*Los convidados se retiran saludando, y áun en este acto mostrarán con diferentes gestos el vario efecto que ha debido causarles lo que han presenciado. El Marqués, su hija y Fernando hacen ademan de estar tambien glosando la ocurrencia, y al volver la cabeza el Baron, cerrando ántes la puerta del foro, sorprende á Casilda y Arturo, que asidos de las manos saborean al parecer un tierno coloquio.*]

ESCENA XVIII.

CASILDA. ARTURO. EL MARQUÉS. EUGENIA. FERNANDO. EL BARON.

Arturo. Aquella merienda en el soto de Migascalientes..... ¿Te acuerdas.....
Casilda. Sí. Oh regodeo!....
Baron. [*Con risa irónica y separando las manos de Arturo y Casilda.*] ¡Bien, hijos mios! Me alegro de veros tan amartelados..... (Maldicion!....) Pero ahora me hariais un obsequio en quitaros de delante. [*A Arturo.*] Anda tú á ver si puedes aplacar á tu madre. [*A Casilda.*] Espéranos tú en aquella habitacion. [*Señala á la de la izquierda cerca del foro.*]
Arturo. (He puesto una pica en Flándes!) [*Saluda y entra en el tocador.*]
Casilda. [*Afectando señorío.*] Beso á ustedes las manos..... [*Fijando la vista en Eugenia.*] Ah! no habia reparado..... ¡Usted por aquí!
Baron. [*Impaciente.*] Oh! basta.....
Eugenia. Sí, Casilda. Que sea en hora buena.
Casilda. Gracias; para lo que usted guste....
Baron. ¡Vamos.....
Casilda. Abur. (Seré baronesa!) [*Entra con aire majestuoso en la habitacion designada.*]

ESCENA XIX.

EUGENIA. EL MARQUÉS. FERNANDO. EL BARON.

Baron. Señor Marqués, el lance que me ha privado de cumplir á usted mi palabra y de realizar el más grato y vehemente de mis deseos, es de tal naturaleza, que casi me dispensa de implorar el perdon de usted y el de su adorable hija. Sólo diré que de todo punto ignoraba los necios compromisos de Arturo, y que mi involuntario error ha sido bien cruelmente castigado.
Marqués. Baron, yo le compadezco á usted de todas véras y ni rastro queda en mi

alma del antiguo resentimiento. Acatemos todos y bendigamos la mano de la Providencia; y yo más que todos, porque ménos que nadie merecia sus beneficios. Usted ignoraba los desórdenes de su hijo; yo tambien, cuando iluso iba á consumar el sacrificio de mi Eugenia, ignoraba que tan cerca de nosotros estuviese el más generoso de los amantes y el más honrado de los hombres.

Fernando. Señor Marqués!....

Eugenia. Padre adorado!....

Baron. Ah!.... Fernando..... No sabía..... No me habia fijado..... [*Dándole la mano.*] Mil parabienes, señor don Fernando! Oh! sí, todo ha sido aquí providencial. Dios da á cada uno su merecido.—Me permitirá usted, sin embargo, que no le agradezca ahora el haber sustituido á mi hijo. Él, de seguro, no hubiera sido un héroe como usted, pero los cabos de escuadra me le hubieran domado mejor que las modistas de aquí y las grisetas de allá.—¡Eh, cómo ha de ser..... Más tarde ó más temprano llega para todos el dia de la expiacion, y yo..... No más! [*Mostrando la puerta del tocador.*] Vuelvo á mi cruz..... Ay! ya no es una sola.—Se quedan ustedes en su casa..... Ah! Porque la boda se haya frustrado, señor Marqués, no he variado en mi firme propósito de reconciliarme con usted á todo trance: al contrario. [*Sacando papeles del bolsillo.*] Aquí están los créditos que tenía contra usted. Renuncio á ellos.

Marqués. Oh! no permitiré.....

Baron. Será en vano. [*Los rompe.*]

Eugenia. ¿Qué hace usted!

Marqués. Baron!....

Baron. Estamos solventes. Adios! [*Entra en el tocador.*]

ESCENA ÚLTIMA.

EL MARQUÉS. EUGENIA. FERNANDO.

Marqués. Infeliz! Yo leo en su corazon despedazado por el remordimiento, y veo que todos los placeres y todas las riquezas del mundo no pueden consolarle de los sinsabores que está sufriendo. Poco me ha faltado á mí para llorar en mis últimos dias una suerte semejante á la suya, pero mil veces más infausta.

Eugenia. Todos, padre mio, hemos corrido igual riesgo, y por lo mismo debe ser mayor nuestro gozo y más profunda nuestra gratitud á las bondades de Dios.

Marqués. Infinitas han sido para conmigo, y sobrada mi mengua cuando para hacerme digno de ellas no me ha bastado el ejemplo de vuestras virtudes, y he necesitado recibir lecciones de quien nunca creí que me las pudiese dar. Oh! no serán perdidas. Yo acaso pudiera sin escrúpulo de conciencia aceptar los dones de don Próspero; pero tambien debo á Dios y á los hombres una solemne reparacion. Emplearé en obras de caridad todo el importe de esos créditos.

Fernando. Ah señor! yo felicito á usted con toda la efusion de mi alma por tan noble resolucion.

Eugenia. Cobrará usted en bendiciones los réditos del capital, y con recibir nosotros la de usted veremos tambien remunerados con usura nuestros pesares.

Marqués. Sí, hijos mios! Abrazadme! [*Los abraza.*] Ambos seréis el apoyo y el orgullo de mi vejez.



EL DURO Y EL MILLON,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe (Madrid) el dia 19 de Noviembre de 1853.

PERSONAS.

LUISA.	D. MAURICIO.
CRÍSPULA.	BERNABÉ.
D. PRUDENCIO.	ELOY.
D. CÉSAR.	JUAN.

MARTIN.

La accion pasa en Madrid, en casa de D. Prudencio.

ACTO PRIMERO.

Sala con puerta en el foro, que por la derecha conduce á la escalera, y por la izquierda á las piezas interiores: forillo que guia á otros aposentos: dos puertas á la derecha del actor: otras dos á la izquierda: entre otros muebles habrá un velador y sobre él algunos libros, periódicos y folletos.

ESCENA I.

CRÍSPULA. D. PRUDENCIO.

[*Críspula, vestida de medio luto y con sombrero, viene por el forillo: D. Prudencio, en bata y gorro, sale por la puerta de la izquierda más inmediata al proscenio.*]

Prud. Oh Crispulita! (¡Qué mal
suena en una vieja el *ita!)*
Crisp. Amigo mio!
Prud. ¿Ya estamos
de sombrero? (Pronto alivia
el luto.)
Crisp. Sí; voy á ver
si está ya del todo lista
mi nueva vivienda; que hoy
la quiero estrenar.
Prud. No hay prisa.....
(Sí tal.)
Crisp. Bastantes molestias
le he dado á usted. ¡Veinte dias
de hospedaje!
Prud. Calle usted
por Dios; que me ruboriza.....
Crisp. Pero en la casa mortuoria
mi corazon se oprimia.....
Prud. Ya.
Crisp. Y aunque acaso abusé
de nuestra amistad antigua.....
Prud. Oh!....
Crisp. Con un testamentario
como usted, no era precisa
mi asistencia.....
Prud. Pues! Se hizo ántes
el inventario..... Ahora iba
al cuarto de usted.....
Crisp. Sí? Gracias.
Le excuso á usted la visita.

Prud. Sentémonos.

[*Se sientan.*]

Crisp. Qué hay del Banco?
Prud. [*Dándole un papel.*]
Ahí tiene usted trasferida
en forma la propiedad
de las cien acciones, limpias
de polvo y paja, que el bueno
de don Adrian poseia
y hereda usted.
Crisp. Tantas gracias.....
Prud. Á mí no; al muerto.—¡Bonita
herencia!
Crisp. Sí. Las acciones
bien redituarán por cima
de seiscientos duros.
Prud. Eso
por lo ménos.
Crisp. Y las fincas
de que tomé posesion
ayer.....
Prud. Tres casas magníficas!
Crisp. Me darán una con otra
cada año de renta líquida
sus dos mil duritos.
Prud. Largos.
Crisp. Y en numerario y vajilla,
et cætera.....
Prud. Otro caudal.
Crisp. Todo lo hizo en Filipinas
mi excelente tio.
Prud. Sí.
Crisp. Dios le dé gloria infinita.
Prud. Amén. Para quien le hereda
vale más, aunque corrija
la frase vulgar, un tio
en gloria que un tio en Indias.
Crisp. Nunca le habia tratado.
Ya ve usted, ¿quién va á Manila....
Prud. Ya se entiende.....
Crisp. Le ocurrió
venir á acabar sus dias
en Madrid.....
Prud. Sí. Por Enero
entró en esta heroica villa.
Crisp. Cayó enfermo el pobrecito.....
Prud. Acostumbrado á otro clima.....
Crisp. Al momento que lo supe,
me vine de Andalucía,
para asistirle.....
Prud. Ya, el deudo,
la caridad..... (La codicia!)
Crisp. Pero ya estaba *muy grave*
cuando abrazó á su sobrina.
Prud. ¡Grave...¿Por qué... Ah! ya comprendo.
Lo dirá usted por los síntomas.....
Crisp. Pues claro está. Así se dice.....
Prud. (Pobre lengua de Castilla!)
Crisp. Ay Dios! En cuatro semanas
le mató la homeopatía.
Prud. [*Como escandalizado.*]
Señora! qué ha dicho usted?
Crisp. Yo? Acaso algun *lasuslingua*.....

[*Con las manos en las caderas.*]

El mal lo tenía aquí.
Prud. Pues se llama hipocondría.
Crisp. Justo. Como una no entiende
esas palabras *latinas*,
se trabuca..... El pobre tio,
sabedor de mi desdicha,
se acordó de mí en su última
voluntad.
Prud. (Segun noticias,
chocheaba ya el pobre hombre.)
Crisp. Así pagó mis vigilias.
Mucho le he cuidado!
Prud. Oh!
Crisp. ¡Mucho
le he llorado!
Prud. Ah!
Crisp. ¡Y qué lucidas
exequias!
Prud. Sí; mas con tal
herencia, no es maravilla.....
Crisp. No me lo llevo yo todo.
Para limosnas y misas
ha dejado seis mil reales,
y á Lupercio y Celestina,
que son otros dos sobrinos
suyos, media taleguita
á cada uno.
Prud. Poco es
estando en la misma línea
de parentesco.
Crisp. No tal,
que era yo la más propincua.....
Prud. (Á la cabecera.)
Crisp. Pues;
porque yo soy masculina.—
Es decir.....
Prud. Entiendo. En fin,
Dios le dé á usted larga vida
para gozar de la herencia.
Yo he cumplido con justicia
y celo mi comision,
y la doy por fenecida.
Crisp. Gracias; mas doble fineza
será si usted me administra.....
Prud. No puedo. El tiempo me falta.....
Los negocios me fatigan.....
Crisp. Me buscará usted al ménos,
porque sin él soy perdida,
un buen administrador.
Prud. Bien.
Crisp. Hay cosas que una misma
no puede.....
Prud. Cierto.
Crisp. Mi estado.....
Prud. Es claro. Una señorita.....
Crisp. Y delicada.
Prud. De qué?

Crisp. De salud.
Prud. Qué! ¿todavía hay..... nervios?
Crisp. Las convulsiones no son, tiempo ha, tan continuas.
Prud. Celebro.
Crisp. Mas como soy tan sensible, se me crispan.....
Prud. (*¡Verbum caro.....*)
Crisp. Si oigo ó veo algo que afecte las fibras del corazon.
Prud. Sí? Cuidarse!
Crisp. Lo haré.
Prud. Viva usted tranquila, y pues los duelos con pan son ménos.....
Crisp. Sí, eso me anima.
Prud. Un buen marido tal vez.....
Crisp. Pche!.....
Prud. Lástima es que no viva.....
Crisp. Quién?
Prud. Mi pobre amigo César.....
Crisp. [*Levantándose y tambien D. Prudencio.*]
Él? Calle usted! Me horroriza su nombre.
Prud. Usted le adoraba.
Crisp. Años ha que su perfidia me hizo detestarle tanto como le quise algun dia..... ¡por mi desgracia!
Prud. Hartas fueron las suyas, y merecian.....
Crisp. [*Con tono declamatorio y exaltándose cada vez más.*]
Perjuro! No por cariño, sino por miras políticas, me hizo la corte. ¡Oh falacia sin ejemplo!
Prud. Así decian; pero.....
Crisp. Sí, señor; mi padre, que Dios perdone, tenía mucho influjo y en su mano los votos de tres provincias.— ¡Necia de mí, que di crédito á sus palabras de almíbar! ¿Por qué me la dió de esposo si no habia de cumplirla? Vil seductor!.... Ya se ve, yo era inocente y sencilla.....
Prud. Él daba allá sus razones.....
Crisp. De pié de banco.
Prud. Que habia moros en la costa.....
Crisp. Falso!
Prud. Que él fué el seducido.....
Crisp. Víbora!
Prud. Los ataques epilépticos, que son, segun los juristas, causa dirimente.....
Crisp. Júdas!....
Prud. Que dió usted en la manía de hacer comedias....; mal digo; tragedias caseras.....
Crisp. ¡Ira de Dios.....
Prud. Y haciendo el papel de Medea, ó Mesalina...., no sé cuál, fué tanto el miedo que usted le causó.....
Crisp. Mentira!
Prud. Y al cabo, si fué perjuro, cara pagó su falsía. Usted por la vez primera le hizo probar vengativa el pan de la emigracion.
Crisp. Si ese manjar sabe á acíbar, ¿es, gran Dios! plato de gusto el verse una escarnecida, burlada, como otra Dido, como otra Ariadna en la isla de Náxos..... Sí, don Prudencio, soy su mártir, soy su víctima, y al recordarlo, mis músculos tiemblan...., mis ojos se eclipsan... Ay!.... Yo fallezco.
[*Se desmaya en brazos de D. Prudencio.*]
Prud. Señora!.... No alcanzo á la campanilla..... ¿Qué haré..... Un pellizco tal vez... Probarémos.
[*Pellizca en un brazo á Críspula.*]
Crisp. Ah!
Prud. Suspira?
Crisp. [*Incorporándose.*]
Dónde estoy?
Prud. [*Ayudándola á sentarse.*]
Aquí. (Pues hizo su efecto la medicina.) Qué ha sido eso?
Crisp. Nada. Un vértigo...
Prud. Agua.....
Crisp. No se necesita.
[*Oliendo un pomito que lleva pendiente de un cordon ó cadena.*]
Siempre llevo éter conmigo.....
Prud. (Peste!) Bien.
Crisp. Y esto me alivia.— ¿Conque, en efecto, murió aquel ingrato.....
Prud. Sí, en Suiza. Ya ha tres meses que se supo de oficio.—Pero sería mejor no hablar de él.....
Crisp. Sí. Ya se apagó la última chispa

de aquel amoroso fuego.
La Providencia divina
vela por mí. Él ya es difunto.....

Prud. (Caro amigo!...)

Crisp. Y yo soy rica.
Si él existiera, quizá
por compasion de sus cuitas.....
No; mejor es que la inmensa
eternidad nos divida.

Prud. Así como así, en los genios
eran ustedes antípodas.

Crisp. Cierto; y ahora tendré novios
cuantos quiera; y no estantiguas,
como él lo sería ya,
sino pollos de la cria
nueva.

Prud. Eso, eso! (Está loca.)

Crisp. [*Mirando su reloj y levantándose.*]
Pero es tarde y tengo prisa.....
Guardaré en el escritorio
la inscripcion nominativa
y saldré por la otra puerta.
Adios.

Prud. Abur, Crispulita.

[*Vase Críspula por donde vino.*]

ESCENA II.

DON PRUDENCIO.

Confesemos que la tal
Crispulita es personaje
trágico de todas véras,
y que en no serla constante
tuvo sobrada razon
mi amigo que en paz descanse.
Lo que no comprenderia,
si todo no lo explicase
esa desapoderada
ambicion que ha sido el cáncer
de su vida, es cómo pudo
ser sólo un dia su amante,
porque.....

ESCENA III.

D. PRUDENCIO. LUISA.

Luisa. [*Saliendo de la habitacion de la derecha más próxima al foro.*]
¡Papá...

Prud. Luisa mia!
Ven.....
[*La abraza y Luisa le besa la mano.*]
Hoy acabas muy tarde
tu leccion de arpa.

Luisa. No; pero
hasta que usted acabase
el coloquio.....

Prud. Pues me hubieras
ahorrado con entrar ántes
un lance de melodrama.

Luisa. Ya deseo que se marche;
que es tan grotesca...

Prud. Esta noche
dormirá ya, Dios mediante,
en su nueva habitacion
de la plazuela del Ángel.
[*Sentándose. Luisa se sienta tambien.*]
Siéntate. Tenemos mucho
que hablar, y de cosas graves.

Luisa. Graves? ¡Santo cielo.....

Prud. Sí;
pero no te sobresaltes;
que no te voy á anunciar
ninguna horrible catástrofe:
al contrario.—Ahora bien, quiero
que, ante todo, me declares
si es libre tu corazon.—
No te sonrojes. ¡Qué diantre.....

Luisa. No es libre...., porque es de usted.

Prud. Todo, todo mio? ¿Nadie
me disputa su dominio?

Luisa. Nadie; ni sería fácil.
Educada en un colegio
con el rigor que usted sabe,
no ha seis meses que gozosa
vivo al lado de mi padre
querido. Dentro de casa
tengo una aya que me guarde,
y sin usted ó sin ella
no salgo nunca á la calle.

Prud. Es forzosa sujecion;
bien lo conoces. No obstante,
amor travieso se cuela
por el ojo de una llave.—
Ni te culparia yo
porque á algun jóven amases
digno de ti; pero ya
que tu corazon no late
por ninguno, lo celebro,
porque eso cuadra á mis planes.

Luisa. ¿Planes.....

Prud. Sí. Ya supondrás
que se trata de casarte.
Él yerno que tengo *in péctore*,
despues de un maduro exámen,
es..... Pero ántes que te diga
su nombre y sus cualidades,
es forzoso detenerme
en ciertos preliminares.—
Paisanos y condiscípulos
y de una edad casi, casi,
don César Garces y yo,
éramos inseparables
amigos desde la infancia;
lo que se llama uña y carne.

Sin embargo, diferíamos
en ideas y en carácter;
que tambien, como el amor,
suele gustar de contrastes
la amistad. Yo era mañoso,
cauto, sobrio; él arrogante,
ambicioso, emprendedor;
yo, sin salir de mi cauce,
siempre estuve por lo sólido,
lo positivo y estable;
él por lo heroico y sublime;
yo en la tierra; él en el aire.....
Sólo en ser á cuál más pobre
éramos los dos iguales.
Así en nuestra juventud,
yo un domingo y él un mártes,
dijimos muy huecos: cata
á Periquito hecho fraile;
yo, porque en mí pecador
se proveyó una vacante
de meritorio en valores
con tristes cuatro mil reales;
él, porque obtuvo la mano
de una dama interesante,
y con un millon de dote;
que fué chiripa notable.
Otro lo hubiera empleado
en casas, en olivares,
ó lo hubiera puesto á rédito....;
pero él desdeñó—alma grande!—
esas ideas mezquinas
y esos cálculos vulgares.
Sin mirar á que fué pronto
padre de un robusto infante,
gastó sin temor de Dios,
y á los cinco años, en bailes,
juego, convites...., ¡adios
millon!; *requiescat in pace.*
Millon que hiciera feliz
á otro hombre ménos orate,
y á él le trajo larga serie
de zozobras y pesares.
Arruinado ya, aceptó
una comision en Cádiz,
con la cual sólo ganaba
para no morirse de hambre.
Pasados otros cuatro años
murió del cólera Cármen
su mujer.—Pobre señora!—
Vuelve César á instalarse
en Madrid; no se resigna
á una pobreza humillante,
y para cumplir su afan
de hacer ruido á todo trance
y reparar su derrota,
ve una ocasion favorable
en el restablecimiento
de las patrias libertades.
Con sus buenas relaciones,
su talento;—porque era hábil
para todo;—su osadía.....
y un pulmon de piedra jaspe,
pronto brilló en la tribuna,
en la prensa, en todas partes;
fué diputado seis veces
y no sé cuántas alcalde,
empresario, senador,
gran cruz aquí y en extránjis,
ministro de la corona.....

Luisa. ¿Y son esos los desastres.....

Prud. Ay! bajo el lauro frondoso
hervia, bramaba el cráter,
y aquella aparente gloria
era el infierno de Dante.

Luisa. ¡Cómo.....

Prud. Hoy triunfaban los suyos,
y mañana sus rivales;
siempre en vela, siempre en lucha,
ya se le veia en auge
por ensalmo, ya pasaba
de la poltrona á la cárcel;—
*del Capitolio á la roca
Tarpeya*, hablando en lenguaje
técnico; y la oposicion
le achicharraba la sangre,
y envejecia á galope,
y se aniquilaba á escape,
y en cierta ocasion faltó
poco para fusilarle,
y emigró dos ó tres veces;
y por fin, lleno de achaques
y disgustos y pasiones,
léjos de los patrios lares
á este mundo de miserias
ha dado el último vale.

Luisa. Pobre señor!

Prud. Yo entre tanto,
sin soñar triunfos ni altares,
y buen ciudadano siempre;
pero huyendo de afiliarme
en las huestes de ningun
partido beligerante,
en el nuevo órden de cosas
fuí descubriendo *paulátim*
cien medios de desplegar
mis instintos industriales.
En poco tiempo, sin agios
ni trapisondas ni fraudes,
reuní un capitalito
que hubiera sido bastante
á mis modestos deseos;
mas como luégo contraje
matrimonio con la santa
de quien eres fiel imágen,
y aunque pobre á la sazon,
era de ilustre linaje,
por ella multipliqué
mis tareas, mis afanes;—
por ella y por ti, hija mia,
dulce fruto de un enlace
que era mi orgullo.... Ay! en breve
lo deshizo inexorable
la muerte.

Luisa. Ah!

Prud. ¡No quiso Dios
tomar mi vida en rescate

de la suya!

Luisa. Oh madre mia!

Prud. Desde aquel amargo trance
entera te consagré
la ternura inagotable
que ántes feliz repartia
entre la hija y la madre;
y á tu porvenir mirando,
por más que el oro á raudales
llovia Dios en mis arcas,
nunca tenía bastante.

Luisa. Padre amado!.... Pero yo
no quiero que usted trabaje
tanto.....

Prud. Tú creerás que áun vivo
remando..... No. Todo lo hace
mi crédito. Los negocios
más saneados me salen
al encuentro, y á docenas
se los cedo á mis cofrades.
No obstante, ya he liquidado
con muchos corresponsales,
y en lo que resta de mes
dejo de ser negociante
para vivir de mis rentas
como un príncipe de Gáles.—
Pero ¿en qué vendrá á parar
ese prolijo romance?
dirás tú. Vas á saberlo.
Rico, bienquisto, boyante,
no hay quien su puerta me cierre
ni quien mi mano rechace.
En las tres aristocracias
del oro, el genio y la sangre
pudiera elegir un yerno;
mas la amistad invariable
que profesé al desgraciado
don César, las relevantes
prendas de su hijo Mauricio.....

Luisa. ¿Qué oigo! ¿Quiere usted casarme
con él.....

Prud. Sí. Qué guapo mozo!
En nada ha salido al padre.
Le confió á mis desvelos,
y á fe que no lo hizo en balde.
Qué talento! qué cordura!
qué carrera tan brillante!
tan jóven, y ya es togado!—
Ni yo he querido fiarme
de sus cartas y de informes
que pudieran ser parciales.
Poco ántes de que salieses
tú del colegio hice un viaje.....

Luisa. Sí, ya recuerdo.....

Prud. Pues fuí,
como un espía, á observarle
de incógnito..... Es una alhaja!
Bien puedes felicitarte.....

Luisa. Mas sin tratarle no puedo.....

Prud. Quién dice que no le trates?
No exijo que ciegamente
suscribas á mi dictámen;
que eres mi hija, no mi esclava.

Luisa. Oh bondad!

Prud. Soy yo algun cafre?
Os veréis, os trataréis,
y si las dos voluntades
no se conforman..... Hoy llega
á Madrid.

Luisa. Ah! ¿Luego el catre
nuevo.....

Prud. Es para él.—Ya tarda.

Luisa. Cómo!... Ay Dios mio! Este traje....
Permítame usted....

Prud. ¿Qué importa....
Tú siempre estás elegante
y bonita.

Luisa. No; es preciso.....

Prud. [*Riéndose.*]
Bien.

Luisa. No ajusta bien al talle
esta bata.

Prud. Bien. Celebro
que desees agradarle.

Luisa. Voy pues.....

[*Yéndose á su cuarto.*]

(Y si no me gusta?
Me están temblando las carnes.)

ESCENA IV.

DON PRUDENCIO.

[*Tirando del cordon de la campanilla.*]

Yo tambien me vestiré;
que he de salir.....

[*Llega Martin por donde salió don Prudencio.*]

ESCENA V.

D. PRUDENCIO. MARTIN.

Martin. Señor.....

Prud. Dame
el frac azul.....

Martin. Bien está,
señor.

Prud. Un pañuelo, guantes.

[*Entra Martin en la habitacion de D. Prudencio.*]

Sí, se amarán, y aunque póstumo,
tributaré este homenaje
á mi amigo..... Ah! Si él viviera,
sería un gozo inefable
para mí.....

[*Vuelve Martin con lo que pidió don Prudencio y le ayuda á vestirse.*]

Martin. La bata.....

Prud. Tira.....

(Ya hace dos horas mortales
que debió llegar el huésped;
pero como hay tantos baches
en el camino, las lluvias
lo habrán puesto intransitable.

[*Tomando de Martin los guantes y el pañuelo.*]

Mas si voy al parador
y él viene por otra calle.....)

[*Á Martin, que le presenta el sombrero.*]

Ahora no. Déjalo ahí.

[*Deja Martin el sombrero sobre un mueble.*]

Juan. [*En la puerta del foro.*]
Señor.....

Prud. [*Á Martin, y éste se retira por donde vino, recogiendo la bata.*]
Nada más.

ESCENA VI.

D. PRUDENCIO. JUAN.

Prud. Qué traes?
Juan. Por usted pregunta un jóven.....
Prud. Ah!....
Juan. Que acaba de apearse
de la diligencia.
Prud. Él es!
Y le detienes, alarbe?
Juan. Como soy nuevo en la casa.....
Prud. Dile que pase adelante.
Qué alegría!
Juan. [*Yéndose.*] Bien está.
Prud. Corre, y á Ramon, que enganche.

ESCENA VII.

D. PRUDENCIO. BERNABÉ.

Prud. [*Saliendo al encuentro de Bernabé y abrazándole.*]
Ven á mis brazos!....

[*Reconociéndole y desviándose.*]

Qué es esto?
Tú en Madrid.
Bernabé. Tio querido!
Prud. Qué sucede? Á qué has venido?
Responde!
Bernabé. Yo.... (¡Vaya un gesto....)
Sólo mi cariño fiel
me conduce.....
Prud. Hum!....
Bernabé. (Es bravío!)
Á los brazos de mi tio,
porque no me hallo sin él.
Prud. Pues yo me hallo bien sin ti.
Bernabé. Es posible!....
Prud. Y ni es sincero
tu cariño.....
Bernabé. Oh Dios!....
Prud. Ni quiero
que me lo pruebes así.
Bernabé. Yo juro.....
Prud. ¡Dar ese pago.....
Bernabé. Oiga usted!....
Prud. Á mis oficios
de padre, á mis beneficios.....
Bernabé. Yo.....
Prud. Siempre serás un vago.
Bernabé. Eso.....
Prud. Calla y no me enfades.
Saliste de colegial
con una superficial
tintura de humanidades,
y luégo, jurando á Dios
que lo hacias muy de véras,
emprendiste dos carreras.....
y abandonaste las dos.
Bernabé. Se oprime el genio en las aulas.....
Prud. Genio tú!.... Y así lo siente!
Gran Dios, ¿esto se consiente
habiendo en Toledo jaulas?
Por fin, aunque sólo un bieldo
merecia tal sobrino,
te proporcioné un destino
con diez mil reales de sueldo;—
que fué cargo de conciencia
habiendo tantos cesantes;—
y á los cuatro meses...., ántes,
vuelta á Madrid con licencia.
Bernabé. Es Burgos clima tan frio!....
Prud. Te negocié una permuta.....
Bernabé. Para Córdoba! En Calcuta
no es más ardiente el estío.
Prud. Callé, sufrí...., y á mi costa
luégo fuiste á Santander.
Bernabé. Buen pueblo!, pero ¡un llover.....
No me prueba aquella costa.
Prud. Voto á briós!.... Pues ¿á qué lado
girarás ya..... No hay paciencia!....
Y ahora ¿quién te dió licencia.....
Bernabé. Nadie: yo me la he tomado.
Prud. ¡Maldecido..... ¡Oh juventud
loca!—Pues ¿no ves.....
Bernabé. Ya veo.....
Prud. Que perderás el empleo?
Bernabé. Eh! para poca salud.....
Prud. ¡Poca salud.....
Bernabé. Sí señor.
Mi espíritu se anonada,
mi talento se degrada
en puesto tan inferior.
Prud. Se ha visto igual petulancia?

Bernabé. Pagando un *hotel garni*,
no un triste zaquizamí,
vistiendo con elegancia,
y para teatro, baño,
café, tabaco exquisito....,
por lo ménos necesito
treinta mil reales al año.
Prud. Pues!—He aquí la cantinela
que hoy entonan á porfía
mocosos que todavía
iban ayer á la escuela.—
Pero, siendo un perdulario.....
Bernabé. Yo.....
Prud. ¿De dónde sacas hoy.....
Bernabé. Pero ¿olvida usted que soy
sobrino de un millonario?
Prud. ¿Y te deben algo á ti
mis millones, botarate?
Bernabé. No, pero justo es que trate
de honrar á mi tio.
Prud. Sí?
Esa traza llevas tú!
Bernabé. Me niega usted su asistencia?
Prud. Sí.
Bernabé. Pues bien; la independencia
es mi norte y mi Perú.
Prud. Ba!
Bernabé. Esa crueldad no me arredra.
Con dramas y gacetillas
mi pluma hará maravillas
desde Calpe á Pontevedra.
Prud. Bravo!
Bernabé. En Córdoba, en Cantabria,
por mis doctos manuscritos
saben ya los eruditos
quién es Bernabé Sanabria.—
Yo esperaba más agrado
del pariente á quien me postro,
siquiera porque mi rostro
está ya litografiado.
Prud. Cómo!....
Bernabé. Sí, señor; ya campa
seudónimo en un folleto;
que áun no he dado—soy discreto—
mi propio nombre á la estampa.
Así excito el interes
dando mi cara por muestra,
que es una obra maestra:
cuya, se sabrá despues.—
Pero usted ha visto ya.....
Prud. Qué?
Bernabé. El folleto.....
Prud. [*Entre dientes.*] Será alhaja!
Bernabé. Lo envié con una faja.....
Prud. No sé..... Por ahí estará.....
Bernabé. Qué oigo! ¡Tál desprecio ha hecho
usted.....
Prud. Con tantos negocios.....
Y si algo leo en mis ocios,
son cosas de más provecho.
Bernabé. Obras tengo de más fuste
que esa bagatela; pero
no hallo impresor ni librero
que éntre conmigo en ajuste.

[*Dándose una palmada en la frente.*]

Ah! Soberbia idea!
Prud. Cuál?
Bernabé. Hágase usted mi editor.....
Prud. Yo!
Bernabé. Y en poco tiempo.....
Prud. Horror!
Bernabé. Duplica su capital.
Prud. Bah!.... ¡Miren por qué registro
me sale!....
Bernabé. Es negocio.....
Prud. Aparta!
Bernabé. (Oh tio atroz!)
Juan. [*Llega con una carta, que entrega á don Prudencio, retirándose en seguida.*]
Esta carta
de Su Excelencia el Ministro.

[*Don Prudencio abre la carta y la lee para sí.*]

Bernabé. (Un tio apacible y pródigo,
vaya, pase; pero un tio
tan huraño como el mio
debe estar fuera del código.)
Prud. (Me llama..... Me espera..... Iré.

[*Guardando la carta y tomando el sombrero.*]

El ferro-carril del Norte.....)
Bernabé. ¿Conque me da pasaporte
mi tio.....
Prud. Oye, Bernabé.
Pobre como tú nací;
más, porque el hado inclemente
no me deparó un pariente
que hiciese nada por mí.
No he heredado ningun predio,
dije, luego aquello de:
«Con el sudor de tu.....», eh?
me coge de medio á medio.
Y me soñé en el emporio
de la fortuna aquel dia
en que tras larga porfía
me nombraron meritorio.
Aspirando, sin embargo,
á vivir independiente,
no me ceñí solamente
á desempeñar mi cargo.
Oliendo lo que venía,
en vez de echarme en el surco,
iba á la calle del Turco
á aprender taquigrafía.
Sin faltar á la liturgia
de empleado hombre de bien,
tomé lecciones tambien
de química y metalurgia.

Pero sin ayuda externa
mal podia yo hacer casa
con la dotacion escasa
de plaza tan subalterna.
Por fin, pelechar consigo
con un negocio seguro
prestándome un peso duro
don César mi buen amigo.

Bernabé. ¡Es hazaña.....

Prud. No comun;
pero ello es que de tal suerte
me ingenié, que el peso fuerte
no se me ha acabado aún.

Bernabé. ¡Hacer esa maravilla
un duro!

Prud. Sí, Bernabé.—
¿Lo creyeras!.... Yo inventé
los fósforos de cerilla.
Así y con tan corta suma
fuí mi fortuna labrando;
murió luégo el rey Fernando,
y creció como la espuma;
porque hubo ya mil resortes
que tocar, y me valia
mucho la taquigrafía
en el jurado, en las Córtes;
y ya bien relacionado
entré en más pingües negocios;
puse giro, tuve socios,
compré papel del Estado,
fincas..... En resolucion,
ya el meritorio es un creso,
y cada real de aquel peso
me ha producido un millon.

Bernabé. Gran Dios!

Prud. Y á nadie defraudo.....

Bernabé. (Hay fortunas insolentes.)

Prud. Qué estás diciendo entre dientes?

Bernabé. Nada; que admiro y aplaudo.....

Prud. Ahora di: quien su caudal
ha adquirido de tal forma
y siempre tuvo por norma
ser probo, cauto y formal;
quien remó así dia y noche
¿quieres que dé barro á mano
á un sobrino casquivano
para que triunfe y derroche?
No te pase por las mientes
semejante idea. Vive
á tus anchas, viaja, escribe....;
pero conmigo no cuentes.
Lo único que haré por ti
es alcanzarte el perdon
de tu loca desercion.

Bernabé. Yo.....

Prud. Por hoy, quédate aquí.

Bernabé. Ah!

Prud. Y mañana á Santander.....,
ó á California si nó,
á la Icaria.....; adonde yo
no te vuelva más á ver.

ESCENA VIII.

BERNABÉ.

Me echa! me cierra su bolsa!
¡tu sagrada voz desoye,
próvida Naturaleza,
porque él es rico y yo pobre!
¿Qué sobrino, santo cielo,
desde Cornelio Nepote
hasta la fecha, fué víctima
de iniquidad tan enorme?
Esto clama á Dios venganza;
esto.....

ESCENA IX.

BERNABÉ. LUISA.

Luisa. ¡Papá.....

Bernabé. (Linda jóven!—
Ah! Mi prima.....)

Luisa. [*Cortada.*] Yo...

Bernabé. Ha salido...

Luisa. (Es Mauricio!)

Bernabé. (¡Son dos soles
sus ojos!)

Luisa. (Sí, el traje.....) Usted
llega ahora.....

Bernabé. Sí; del coche
diligencia me apeé
habrá unos trece ó catorce
minutos.....

Luisa. Muy bien venido
sea usted.....

Bernabé. Gracias. (Me acoge
mejor que el papá.) Mil gracias.

Luisa. Mas ¿qué veo! Esas facciones.....

Bernabé. Pues ¡qué!.... (Me tendrá por otro?)

Luisa. Qué sorpresa!

Bernabé. ¿Cuándo ó dónde.....
Hasta ahora nos conociamos
entrambos sólo de nombre.....

Luisa. Tal creí, pero.....

Bernabé. (Me mira....,
se sonríe..... ¡Qué buen golpe
sería que ella.....)

Luisa. [*Tomando de encima del velador el folleto á que ántes se aludió y mostrando la litografía á Bernabé.*]
Esta estampa
por mí responda.

Bernabé. (Mi cróquis!....)
¿Tánta habrá sido mi gloria
que en ese bosquejo informe
se hayan fijado indulgentes
tus ojos encantadores?

Luisa. Yo ignoraba..... ¿Quién dijera.....

Bernabé. Prosigue; no te sonrojes.....,

(Oh fortuna!) Almo pudor
hace salir los colores
á tu lindo rostro. Oh Luisa!
¿Será un delirio, una torpe
decepcion lo que me anuncia
gozosa el alma? Responde.
Al ver en mí original
y con todos los resortes
de la vida ese facsímile
de mis modestas facciones,
qué siente tu corazon?

Luisa. Mi corazon..... no es indócil.....

Bernabé. Ah!....

Luisa. Y cree ya sin violencia
en las predestinaciones.

Bernabé. (Esto es hecho.) Hermosa mia!....

Luisa. Y pues estamos acordes.....

Bernabé. Sí, sí.

Luisa. Y pronto en santo lazo
nos unirá el sacerdote.....

Bernabé. (¿Qué escucho!)

Luisa. Sin liviandad
puedo decir al consorte
que me destina mi padre.....

Bernabé. (Oh!)

Luisa. Que cumpliré sus órdenes
con sumo placer.

Bernabé. (Qué es esto?
Si para yerno me escoge,
¿cómo tan airado..... Tienen
estos señores mayores
caprichos.....)

Luisa. Ese silencio.....

Bernabé. No en tu disfavor lo gloses;
es que el gozo me embelesa,
y me extasia y me absorbe.....
Oh cara Luisa!

Luisa. Oh Mauricio!

Bernabé. Eh? (¡Cayó en ruinas la torre
de mi soñada ventura!)

Luisa. ¿Qué veo! Otra vez inmóvil,
mudo.....

Bernabé. (Á otro ha destinado
su mano el tio y su dote;
no hay duda.)

Luisa. ¿Cuál es la causa
de tantas cavilaciones?

Bernabé. (Y ella me ama, sí; hácia mí
correr he visto á galope
su corazon. La conquisto
en ménos de un paternóster,
¿y he de resignarme, oh Dios!
á que un quídam me la robe?)
Luisa, Luisa!

Luisa. No comprendo.....
Juzgaré, si usted no rompe
el silencio, que otro amor.....

Bernabé. [*Con la mano en el pecho.*]
No; por el Dios que nos oye
te juro que aquí perene
más que en lámina de bronce
tengo grabada tu imágen;
pero el hado..... (El tiempo corre...
Se descubrirá el enredo.....)
Luisa, soy leal, soy noble!
(Hagamos del ladron fiel.)

Luisa. No lo dudo.....

Bernabé. Y aunque llore
mi franqueza, yo..... soy yo,
y no puedo ser otro hombre.

Luisa. Pero.....

Bernabé. Yo no soy Mauricio.

Luisa. Santo cielo!....

Bernabé. Y sólo un drope
para prendar á su dama
falsifica el pasaporte.

Luisa. (Fatal error!) ¿No es usted
Mauricio!

Bernabé. Ni Gil, ni Cosme,
ni..... Soy Bernabé.

Luisa. Mi primo!

Bernabé. Tu primo, sí; mas no es óbice
el ser primo para amarte
más que amó Céfalo á Prócris.
Y si no mintió tu labio
cuando entre perlas y flores
premió con dulces acentos
mis amorosos transportes,
yo reino en tu corazon,
Luisa; no ese monigote
intruso, por más que un padre
temerario te lo endose.

Luisa. Yo..... (No sé qué responderle.)

Bernabé. Aquí no hace nada el nombre.
Yo soy el propio individuo
litografiado por Lopez
que miraste con agrado
áun ántes de ver el molde;
soy el que has favorecido
con miradas que los dioses
envidiarian y halagos
que enternecieran á un roble;
luego entre Mauricio y yo
uno es forzoso que sóbre,
y el que sobra es mi rival,
y yo debo ser tu cónyuge;
que no es de sesudas hembras
amar por partida doble.

Luisa. Pero es Mauricio, no usted,
el novio que me propone
papá.

Bernabé. ¡Y sin haberos visto.....

Luisa. Nunca.

Bernabé. Ya; será algun prócer.....

Luisa. No.

Bernabé. Algun millonario.....

Luisa. Ménos.

Bernabé. Pues siendo así, ¿qué razones
le obligan á decidirse
por un yerno tan mediocre?

Luisa. Ser hijo de un tal don César
con quien tuvo relaciones
de amistad.

Bernabé. Yo soy su deudo,
que es más; y á mí me conoces;

á él no.
Luisa. De vista.
Bernabé. Los ojos
siempre fueron los mejores
intérpretes del amor;
y pues los tuyos son cómplices
de los mios.....
Luisa. No hay cariño
sólido sin que se apoye
en el trato, y.....
Bernabé. ¿Ya te olvidas
de las predestinaciones,
ingrata? ¿Ya no recuerdas
que unánimes y conformes
desde la infancia latian
nuestros tiernos corazones?
Dos años tendrias tú,
que áun ibas con andadores,
y yo siete, que son quince
para los genios precoces,
cuando partia contigo
mis juguetes y mis postres,
y ya en pueril jerigonza
te requeria de amores.
Luisa. No hago memoria.....
Bernabé. (Ni yo.)
No habrá quien de ello se asombre.
Tan párvula!.... Yo, bien mio,
aunque en diverso horizonte
crecimos, siempre te amé;
siempre fuiste único norte
de mis pensamientos, Luisa.
Yo en mi mente desde entónces
vi progresar por instantes
tus gracias, tus perfecciones,
y á ser pintor, te pudiera
retratar en cuatro toques
como fuiste á los nueve años
y como fuiste á los doce.
Luisa. Será verdad?
Bernabé. Sí, ángel bello!
Luisa. Mas si mi padre se opone.....
Bernabé. Tal vez; y acaso de mí
te dará malos informes;
te dirá que sin sosiego,
como si tuviese azogue,
de pueblo en pueblo vagando
cruzo valles, salvo montes.....
Y te dirá la verdad;
mas no te dirá que el móvil
de tal movilizacion
es que no encuentro en el orbe
fuera del que Luisa habite
un lugar que me acomode.
Así herido el jabalí
huyendo á traves del bosque,
más y más se clava el dardo
que en sus entrañas esconde;
así.....
Luisa. Basta!
Bernabé. Luisa mia!
Te juro.....
Luisa. Oh! no me atolondres.
Bernabé. Tú me amas..... Sí; no lo niegues,
y mi alma te corresponde.
Una insinuacion paterna
no es la espada de Damócles.
Resiste, impugna, emancípate;
que contra padres feroces
hay vicarios complacientes
y códigos protectores.
Luisa. No; jamás!
Bernabé. Pero, á lo ménos,
insta, llora, gime, arrójate
á sus piés, dile que me amas;
sí?
Luisa. Pero.....
Bernabé. Y al fin y al postre
cederá. Es padre.....
Luisa. Dios mio!
Bernabé. Y tú eres su única prole.

[*Asiendo una mano de Luisa y en ademan de arrodillarse.*]

Ten piedad!
Luisa. Bien, sí; veremos.....
Bernabé. Mira que ya estoy al borde
de la desesperacion.....
Luisa. Cielos!....
Bernabé. Y no bien otorgues
el sí perjuro, daré
un escándalo á la Corte.
Luisa. Bernabé!....
Bernabé. Sí; fiero tósigo,
ó áspero cordel, ó estoque
punzante me borrarán
de la lista de los hombres.
Luisa. Ah! no.....
Juan. [*En la puerta del foro.*]
Don Mauricio...
Luisa. (Oh Dios!)
Que éntre.

[*Se retira Juan.*]

Qué hago?...
Bernabé. Valor! Ponle
mal gesto, y á las primeras
de cambio, un nó, y buenas noches.

ESCENA X.

LUISA. BERNABÉ. D. MAURICIO.

Maur. [*Saludando.*]
Señorita.....
Luisa. [*Con frialdad.*] Bien venido.
Maur. [*Saludando á Bernabé.*]
Caballero.....
Bernabé. [*Con seriedad.*] Servidor.
Maur. ¿No está en casa mi señor
don Prudencio?
Luisa. No.
Bernabé. Ha salido.

Luisa. Y pues vendrá usted muy harto
del viaje....
Bernabé. Oh! sí. Necesita
descansar.....
Maur. Yo..... Señorita.....
Luisa. [*Mostrándole la puerta de la izquierda más próxima al foro.*]
Allí tiene usted su cuarto.

ESCENA XI.

BERNABÉ. D. MAURICIO.

Maur. (Cómo me recibe así?
Esquiva es la niña hermosa!)
Bernabé. (Luisa ha estado deliciosa.
Ahora me toca á mí.)
Poco grato es el preludio.....
Maur. Eh?
Bernabé. Y como usted nada sabe.....
Mas para dar con la clave
no es menester grande estudio.
Maur: No obstante, agradeceré
que usted me la explique.
Bernabé. Sí?
Pues es que me quiere á mí
Luisa y no le quiere á usté.
Maur. Ella es libre y yo soy justo.
No me opongo á que le adore
á usted.....
Bernabé. Cierto?
Maur. Aunque deplore
que no tenga mejor gusto.
Bernabé. Yo.....
Maur. No hay que tomarlo á mal...
Bernabé. Yo le haré á usted ver que valgo...
Pero perdonemos algo
al despecho de un rival.
Maur. Yo rival! despecho yo!
No. Don Prudencio me llama,
pero su hija no es mi dama
y ménos mi novia.
Bernabé. No?
Cómo!....
Maur. Pues si yo la amase,
¿me anunciara usted mi mengua
sin yo arrancarle la lengua
ántes de acabar la frase?
Bernabé. ¡Poco á poco; que eso pasa
de la.....
Maur. Acabemos.
Bernabé. (Qué brusco!)
Maur. No es usted á quien yo busco,
sino al dueño de la casa.
Para hablarme de un proyecto
me ha llamado..... No sé cuál;
pero es honrado y formal,
tengo pruebas de su afecto,
y no me traerá mi amigo
á que su hija me befe
y á que venga un mequetrefe.....
Bernabé. Cómo!....
Maur. Á hombrearse conmigo.
Bernabé. Es que yo.....
Maur. Abur.
[*Entra en la habitacion designada y cierra de golpe.*]

ESCENA XII.

BERNABÉ.

¡Vaya un ente...
Pero ¿á qué armar una riña,
si ya en mi favor la niña
ha resuelto el expediente?
Pues, digo, ¡ha echado buen viaje
el Mauricio!—Loco estoy
de orgullo, de gozo..... Voy
á recoger mi equipaje.—
Mia la novia será;
mia, oh gloria! y el impío
que no quiere ser mi tio.....
tendrá que ser mi papá.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA I.

D. PRUDENCIO. D. MAURICIO.

Prud. ¿Es posible!....
Maur. Sí, señor;
y viéndome de tal suerte
desairado, tuve impulsos
de marcharme.....
Prud. ¿Qué se entiende....
Yo soy el que manda aquí;
eres mi amigo, mi huésped,
y nadie se atreveria.....
Pero mucho me sorprende
que así te haya recibido
Luisa, sabiendo quién eres.

Maur. Sí; yo me anuncié.....
Prud. Y el trasto
de mi sobrino ¡meterse
en camisa de once varas.....
Maur. Sin embargo, si él la quiere
y Luisa le corresponde.....
Prud. ¿Cómo, si han estado siempre
separados desde niños
y hasta hoy no se han visto... Miente
si tal dice. Él habrá osado
tal vez, que á todo se atreve
un loco, al verla tan linda
decirle cuatro sandeces
aprovechando mi ausencia;
pero ¿ella corresponderle!
Imposible!, y más sabiendo
que á ser su marido vienes.
Maur. ¿Será cierto.....
Prud. Sí, Mauricio;
mi plan, ya hace años, es ese,
para que con dulces lazos,
ya que otros rompió la muerte,
el cariño de los padres
en los hijos se renueve.
Maur. Tanta bondad me confunde
y tal honra me envanece;
pero usted no exigirá,
supongo, que yo la acepte,
si ántes amor no confirma
lo que la amistad promete.
Él sólo nos ha de unir,
él sólo ha de darnos leyes;
que es mengua y dolor y crímen
pronunciar un sí solemne
cuando del labio sumiso
murmura el alma rebelde.
Prud. No, no; su ventura anhelo
más que la mia, y no puede
ser tirano suyo un padre
que la ama tan tiernamente.
Mas no porque haya mostrado
cierta frialdad al verte,
efecto de su modestia
y poco trato de gentes,
ó quizá de algun enredo
de Bernabé, desesperes
de hallar en su corazon
la acogida que mereces.—
Ni tampoco es mi designio
que tu voluntad violentes.
Si no te agrada.....
Maur. Oh! sí, mucho;
pero si ella.....
Prud. Finalmente,
ni te ruego con su mano
ni en renunciarla me ofendes.
Podemos ser muy amigos
sin la intervencion de un preste.
Maur. Oh! más que amigo, en usted
me ha deparado la suerte
un padre.....
Prud. Eh! no todavía;
pero espero serlo en breve.
Maur. Mi gratitud.....
Prud. Es sincera;
no lo dudo.—Ahora conviene
inquirir lo que ha pasado
y conjurar á ese duende....,
si le hay.

[*Hace sonar la campanilla y un momento despues aparece Juan en la puerta del foro.*]

Vuelve á tu aposento
y deja á mi cargo.....

[*Á Juan.*]

Que éntre
mi sobrino, si está.....

[*Aparece Bernabé saliendo de la habitacion de la derecha que cae enfrente de la de D. Prudencio.*]

Lupus
in fábula.

[*Á Mauricio.*]

Adentro.

[*Á Juan.*]

Vete.

ESCENA II.

D. PRUDENCIO. BERNABÉ.

Bernabé. (Ya que me he quitado el polvo
y me he mudado de ropa,
voy..... Ardua será la lucha,
pero alcanzaré victoria
si ella.....)
Prud. Bernabé!
Bernabé. (Mi tio!)
Caro tio!.... La zozobra
con que.....
Prud. Al grano. Su Excelencia
á mis ruegos te perdona
tu locura.
Bernabé. ¡Oh venerable
tio insigne! Usted me colma
de bondades.....
Prud. ¡Que me pagas
bien!
Bernabé. Oh! Con mi sangre toda
quisiera.....
Prud. Miéntras por ti
me desvelo con heroica
paciencia, ¡tú, procurando
seducir á una paloma
cándida, quieres alzarte
con el santo y la limosna!
Bernabé. Seducir? No!—Mas primero
que á esa acusacion responda,
permita usted que postrado
á sus piés sirva de alfombra.....

Prud. Quieto!
Bernabé. Este humilde sobrino.....
Prud. Alza, ó me voy. El hipócrita!
Bernabé. Alzo pues; pero los astros
del Olimpo.....
Prud. Háblame en prosa.—
¿Qué títulos tienes tú
para aspirar á esa boda?
Bernabé. Del tres por ciento, ningunos;
no es conocida en la Bolsa
mi firma; pero dejando
aparte los que se apoyan
en la consanguinidad,
y sin lo que esta persona
pueda valer en lo físico
y en lo moral.....
Prud. Poca cosa.
Bernabé. Así es en la opinion
de usted..... y en la mia propia;
pero ella, más indulgente
que usted y yo.....
Prud. Cómo!
Bernabé. Me honra
con su amor.....
Prud. Ella!
Bernabé. Y pues Luisa,
que es la interesada, vota
en mi favor.....
Prud. Ba!
Bernabé. Es inútil
que vote su padre en contra.
Prud. Inútil? Ya se verá.....
Pero ese amor de tramoya
¿cómo nació? en qué se funda?
Bernabé. Mi pecho.....
Prud. En ti no me asombra:
Luisa es mi única heredera,
y soy rico.
Bernabé. Me sonroja
usted. Ah! yo la idolatro
desde la primera aurora
de la vida.

[*Con la mano en el pecho.*]

Aquí guardaba
indelebles las memorias
de nuestra infancia; y despues,
la intuicion, la prodigiosa
virtud magnética.....
Prud. Basta!
Bernabé. Así.....
Prud. Oh!
Bernabé. Así.....
Prud. Punto en boca!
Bernabé. Ama y fecunda—oh prodigio!—
á su pareja remota
la palma de Tremecen,
no sé si al soplo del Bóreas
ó del Noto.....
Prud. ¡Calla, calla,
calla!
Bernabé. Pero.....
Prud. No me rompas
el cerebro con tu eterna
cháchara.
Bernabé. Usted me interroga.....
Prud. No más! Á ti, es excusado.
De Luisa sabré la historia.....
Bernabé. Bien: en su lealtad confio;
pero si ella corrobora
mi aserto, ¿promete usted
mitigar su injusta cólera
y no poner entredicho
á dos almas que se adoran?
Prud. Su voluntad será libre;
mas dudo mucho.....
Bernabé. No importa.
Prud. Yo te haré la guerra.
Bernabé. Bien;
pero necesito prórroga.....
Prud. Sí.
Bernabé. Mal podré defenderme
si tengo que irme á una fonda.
Prud. No; te quedarás en casa
unos dias..... Vete ahora.....
Bernabé. Y me ha de ser permitido
hablar con mi prima á solas.
Prud. Bien.

[*Acercándose al cuarto de su hija.*]

Luisa!
Bernabé. (Tremenda crísis!)

ESCENA III.

D. PRUDENCIO. BERNABÉ. LUISA.

Luisa. Papá.....
Prud. [*Á Bernabé en voz baja.*]
Vete.
Bernabé. Prima hermosa.....
Luisa. Bernabé.....
[*Bernabé mira con ansiedad á Luisa y se pone la mano en el corazon.*]
Prud. [*En voz baja y conduciendo á Bernabé hasta la otra puerta de la derecha.*]
Nada de guiños!
Bernabé. [*Con gestos expresivos.*]
Ah!....
Prud. [*Haciéndole entrar y cerrando la puerta.*]
Ya estás aquí de sobra.

ESCENA IV.

D. PRUDENCIO. LUISA.

Prud. ¿Puedo, hija mia, dar fe
con mengua de tu buen juicio,
á lo que teme Mauricio

y asegura Bernabé?
Luisa. Papá!...
Prud. Bernabé se jacta
de que le amas.
Luisa. Yo..... (Ay de mí!)
Prud. Y quiero saber de ti
si es su relacion exacta.
Luisa. Lo que es amarle,.... de fijo
no lo sé aún.
Prud. Cómo es eso?
Luisa. Pero al verle, lo confieso,
sentí cierto regocijo.....
Prud. (Malo!) ¿Tánto es el influjo
de su.....
Luisa. Es de advertir, papá,
que le habia visto ya.....
Prud. Tú! Dónde?
Luisa. [*Mostrando la estampa litografiada.*]
En este dibujo.
Prud. (Mal haya!....) ¿Sabías tú
que semejaba á la suya
la cara de esa..... aleluya
que trajo aquí Belcebú?
Luisa. No.
Prud. ¿Y rendiste tu albedrío
á ese anónimo bosquejo,
que pudiera ser reflejo
de un ladron ó de un judío?
Luisa. Oh! No soy tan simple yo;
mas cuando el rostro pintado,
que yo vi sin desagrado,
vivo se me apareció,
no sé qué extraño prestigio
cautivó mi voluntad;
y si he de decir verdad
no llevé á mal el prodigio.
Prud. ¿Así de otro hombre se prenda
una doncella—qué oprobio!—
cuando está esperando al novio
que un padre le recomienda?
Luisa. Al contrario; tan propicio
fué mi fallo á Bernabé
porque yo me figuré
que Bernabé era Mauricio.
Prud. Ah! ya entiendo: un *quid pro quo*...
Y el engaño ¿duró mucho?
Luisa. Ay! demasiado.
Prud. ¿Qué escucho!
Luisa. Prendas mi labio soltó.....
Prud. Que no te obligan á nada,
pues yerro notorio fué.....
Luisa. Es que despues confirmé.....
Prud. Seducida, fascinada.....
Luisa. Tal vez; pero aquel retrato
providencial.....
Prud. Disparate!
Luisa. Mi primo.....
Prud. Es un botarate,
un perdido, un mentecato.
Luisa. Pues la cara.....
Prud. Linda pieza!
Luisa. No anuncia malas costumbres.
Prud. Me ha dado más pesadumbres
que hay pelos en su cabeza.
Luisa. Tal me pintó su pasion.....
Prud. Á tu dote!
Luisa. ¡Quién pensára.....
Prud. ¡Luisa, no siempre es la cara
espejo del corazon!
Luisa. Pero usted quizá es severo
con mi primo en demasía.
Prud. No, no; que es mi antipatía
justa, y probártelo espero.
Pues ¿qué puedo yo anhelar
sino tu bien, criatura?
¡Tan linda, oh cielos, tan pura,
y dársela á ese pelgar!—
Desecha, niña inocente,
tan románticas ideas.....
Ni yo pretendo que creas
á tu padre ciegamente.—
Ah!.... Me ha ocurrido una traza
con que, á poco que me ayudes,
espero que ya no dudes
del riesgo que te amenaza.
Luisa. Cuál?
Prud. Que á Bernabé respondas,
si lisonjas importunas
vuelve á decirte, con unas
calabazas muy redondas.
Luisa. ¡Yo, santo Dios, y hace poco
que tan risueña le oí!
Si se ve tratado así,
de fijo se vuelve loco.
Prud. Loco? Ya lo es.
Luisa. Yo temo,
si mi labio le despide.....
Prud. Qué temes?
Luisa. Que se suicide.
Prud. Bah! No llegará á ese extremo.
Luisa. Sólo al saber que venía
Mauricio, habló de cordel
y de tósigo cruel
y estoque... Vírgen María!
Prud. Oh! el suicidio... Ántes que Ovidio
instruyese á los galanes
era ya el plan de los planes
un amago de suicidio.
Y á ese tema volverá
cuando en vano gima y ruegue;
pero no temas que llegue
al rio la sangre; quiá!
Luisa. Y si de véras me amase?
Prud. Si áun así te guarda fe
seis dias, consentiré
en que contigo se case;
mas Dios..... y tu mismo primo
me librarán del dogal
de que se emplee tan mal
la prenda que más estimo.
Luisa. Pero, papá, es dura cosa
que cuando es tanta su fe
yo misma el trago le dé.....
Prud. Es circunstancia forzosa.
Temerá alguna asechanza

si otro el mensaje le lleva.—
Mas sea eficaz la prueba:
quítale toda esperanza.
Tu ventura, tu sosiego
en esta experiencia fio,
y acaso tu honor y el mio.

Luisa. Ah!

Prud. Llorando te lo ruego.

Luisa. No más! Decidida estoy
á hacer lo que usted me ordena.

Prud. Ah!.... Te doy la enhorabuena
y á mí mismo me la doy.

Luisa. (Oh!....)

Prud. Le hablarás sin testigos...
Allí está. Voy á llamarle.

Luisa. Tan pronto!

Prud. Y por más que charle
echando por esos trigos,
no te aturda, no te asuste.....

Luisa. No.

Prud. Serenidad y calma;
pocas palabras, y al alma.

Luisa. Sí, sí.

Prud. [*Abrazándola.*]
Adios!

[*Abriendo la puerta de la habitacion donde se halla Bernabé, y retirándose por el forillo.*]

Cuando usted guste.

ESCENA V.

LUISA. BERNABÉ.

Bernabé. [*Mirando á D. Prudencio.*]

(Se sonrie..... Mal presagio!)
Temblando vengo ¡oh mi dulce
prima! á saber mi sentencia;
pero ántes que la pronuncies,
no eches en olvido, Luisa,
que la mujer no es un yunque,
sino un ser inteligente
y libre, que obra y discurre
y odia y ama *motu proprio;*
y no porque un padre abuse
de su autoridad, es justo
que en el siglo de las luces
te sacrifiques.....

Luisa. Suspende
tu peroracion inútil,
Bernabé. Siento decírtelo,
pero es fuerza que renuncies
á mi mano.

Bernabé. Por qué, ingrata?
así tu palabra cumples?
¿así.....

Luisa. Si ilusa la di,
disipada ya la nube
que me ofuscó, me retracto.

Bernabé. ¡Oh mujer falsa, voluble.....

Luisa. (Pobrecillo! Me da lástima.....)

Bernabé. Tú, que me alzaste á la cumbre
de la gloria, ay! ¿es posible
que tan pronto me derrumbes.....
Mas no; tú obras instigada
por los que fuerzan impunes
tu voluntad. Tú me adoras,
por más que lo disimules.

Luisa. No hay tal. (Estoy en tortura.)

Bernabé. Desde ántes que fueras núbil
tu padre te destinaba,
por razones harto fútiles,
á Mauricio; y como me odia,
aunque no sé en qué lo funde,
de mí te ha dicho sin duda
mil horrores, mil embustes.

Luisa. No. (Si no abrevio y me escapo,
soy perdida.) Á él no le acuses,
sino á mí, á mí sola.

Bernabé. Impía!
¡Tú.....

Luisa. Deja ese tono lúgubre.

Bernabé. Oh decepcion! Yo en mi mente
te igualaba á los querubes,
¡y no sales de la esfera
de las mujeres comunes!
Ya te habrán dicho que soy
pobre, y por eso, en resúmen,
me dejas.

Luisa. Lo mismo hiciera
aunque fueses archiduque.

Bernabé. Oh! no excedas en perfidia
á los corsarios de Túnez.
Vuelve á ser mi prenda.....

Luisa. Basta!

Bernabé. Y mi delicia y mi númen.....

Luisa. Ya has oido mi *ultimátum*
y ocioso es que me importunes.

Bernabé. ¿Se juega así con las almas,
perjura? ¡No me repulses,
ó aumentarás el catálogo
de los suïcidas ilustres!

Luisa. (Ay..... ya ha parecido aquello!)

Bernabé. Te ries? Oh! no me insultes.....

Luisa. Bernabé, esa arma está ya
muy gastada...., y no da lumbre.

[*Yéndose por el foro, encuentra, ya fuera de la escena, á D. Prudencio, que viene por el forillo; allí figura hablar con él durante el breve monólogo de Bernabé, y en seguida se retira por la izquierda del mismo foro.*]

ESCENA VI.

BERNABÉ.

Me desáhucia, me disloca.
Oh dolor! Rica y tan guapa.....

¡Qué bocado se me escapa
desde la mano á la boca!
Y á quién debo este tropiezo?
Á ese padre Barrabas
que la seduce..... No hay más!
Si papá no mete el cuezo,
me la llevo á la parroquia
á pesar del otro hidalgo,
me embolso la dote y salgo
de pobre. Ah!

ESCENA VII.

BERNABÉ. D. PRUDENCIO.

Prud. Se soliloquia?
Bernabé. Oh! ¿Viene usted, padre inicuo,
á deleitarse en mi luto
y á saborear el fruto
de su proceder oblicuo?
Prud. Oblicuo! ¿Será más recto
el tuyo?
Bernabé. Oh sencilla oveja!
¡Tú.....
Prud. Óyeme con calma y deja
tu gongorino dialecto.
Ni blasfemias ni amenazas,
que á mí no han de hacerme mella,
te harán dueño de la bella
que te ha dado calabazas.
Pero, ya que has hecho *fiasco*
con Luisa.....
Bernabé. Tirana suerte!
Prud. Algo puedo yo ofrecerte
que te indemnice del chasco.
Bernabé. Ah! no. Este dardo punzante
que el corazon me atraviesa,
hasta en la profunda huesa
me desgarrará..... No obstante;
como es preciso comer
áun para vivir rabiando,
y bueno es caer en blando,
ya que uno caiga..... Ay!.... Á ver?
¿Qué cosa.....
Prud. Tengo ocasion
de mejorar tu fortuna.
Bernabé. Con un ascenso?
Prud. Con una
bonita administracion.
Bernabé. Pche!.... Cuya?
Prud. De una señora
dueña de cuantiosos bienes.
Bernabé. Ah!....
Prud. Cerca de ti la tienes.
Bernabé. ¿Quién.....
Prud. La vas á ver ahora.—
Esto es, si acomoda el trato.
Bernabé. Sepamos.....
Prud. Cincuenta duros
al mes saneados, seguros,
casa, ropa limpia, el plato.....
Bernabé. Miseria!
Prud. Áun pones mal gesto?
Pues no hay nada de lo dicho.
Voy.....
Bernabé. No... Y... ¿qué especie de bicho...
Viuda?
Prud. No; de estado honesto.
Bernabé. Sí?
Prud. Y no depende de padre
ni tutor, tio ni hermano.
De su dinero y su mano
puede hacer lo que le cuadre.
Bernabé. Será esa mujer horrenda;
que si nó, ¿cómo se explica.....
Prud. Pocos dias ha que es rica.
Bernabé. Ya. Y..... ¿jóven, ó... reverenda.....
Prud. Pche!.... Ya no es una chiquilla.....
Bernabé. Treintaicuatro.....
Prud. Por mi cuenta
ya no ha de cumplir cuarenta;
pero áun es pasaderilla;
y si os convenis los dos.....
Bernabé. Oh, calle usted!
Prud. Todo cabe.....
Bernabé. Horror! ¡Absurdo.....
Prud. ¿Quién sabe....
De ménos nos hizo Dios.
Bernabé. No, no hablemos de eso.—Acoto
la administracion.
Prud. Bien hecho.
Bernabé. Pero, ¡su mano, su lecho!
(No lo echaré en saco roto.)
Prud. Oh! nadie te obligaria.....
Bernabé. Bien; decidido estoy ya.
Vamos, pues tan cerca está.....
Prud. Como que es huéspeda mia.
Bernabé. ¡Ah.....
Prud. Hoy se muda, y como tiene
su cuarto todo revuelto.....
Bernabé. Es natural.
Prud. Ha resuelto
recibirte aquí.....

[*Mirando al forillo, por el cual aparece Críspula.*]

Ya viene.
Á solas os dejaré.....
Bernabé. Bien.
Prud. (Se cumple mi deseo.)

ESCENA VIII.

BERNABÉ. D. PRUDENCIO. CRÍSPULA.

Prud. [*Á Bernabé, presentando á Críspula, y viceversa.*]
Crispulita.....
Crisp. (Oh Dios!)
Bernabé. (¿Qué veo!)
Prud. Mi sobrino Bernabé.

[*Entra en el cuarto de D. Mauricio.*]

ESCENA IX.

BERNABÉ. CRÍSPULA.

Crisp. Es posible?.... Usted!....
Bernabé. (Conviene
disimular mi sorpresa.)
Sí, soy el mismo que en Córdoba,
cuando hacía usted tragedias
en el teatro casero
del marqués de la Luciérnaga,
alborotaba con bravos
y palmadas la platea,
y en una hoja volante
que hice circular impresa
dije que era usted, oh Críspula!
gloria y prez de nuestra escena.
Crisp. Sí, sí. Aun conservo ejemplares.....
Por cierto que malas lenguas
dijeron que quiso usted
burlarse de mí.....
Bernabé. Blasfemia!
Crisp. Que habia doble sentido
en ciertas frases, y que era,
en fin, el supuesto elogio
una sátira sangrienta.
Bernabé. Rivalidades, envidias
que persiguen donde quiera
al genio. ¡Sátiras yo,
santo cielo, contra aquella
que con su mágico acento
subyugaba mis potencias
y sentidos! ¡Cuántas veces
cuando era usted Clitemnestra
tuve yo envidia de Egisto
y horror á Oréstes y á Electra!
Crisp. ¿Qué oigo!
Bernabé. (Pecho al agua!) Sí;
conducido por Minerva
se entró Cupido en mi pecho;
y para que usted lo sepa
de una vez, yo amaba á Críspula
creyendo amar á la reina
de Argos, y mi corazon
no advirtió aquel... viceversa
hasta que de parte á parte
le hirió la acerada flecha.
Crisp. ¿Será posible..... ¿Y por qué
no decirme con franqueza.....
Bernabé. Porque el prestigio del arte
me ofuscaba tan de véras,
que siempre en usted veia
el coturno y la diadema,
y triste mortal no osaba
sublimarme hasta la esfera
donde brillaba la hija
de Júpiter y de Leda.
Crisp. (Qué lindas cosas me dice!)
Pues no fuí yo tan severa
que negase á las lisonjas
de usted alguna halagüeña
sonrisa.....
Bernabé. Que á mí—ay cuitado!—
me parecia siniestra,
sardónica.
Crisp. No. Qué error!
Bernabé. (Miento más que la Gaceta.)
Viendo que en mí se cebaba
la garra de la tristeza,
puse tierra de por medio
esperando que la ausencia
me curase.....
Crisp. ¿Quién diria.....
Bernabé. La honda llaga..... Ni por esas!
Crisp. Pasion acendrada!
Bernabé. ¡Atroz....,
trágica!
Crisp. Y yo ¡tan ajena.....
Ya se ve, sin despedirse
tomó usted la diligencia.....
Bernabé. Tal fué mi despecho!
Crisp. Y luégo
¡no escribirme cuatro letras.....
Bernabé. Por desaliento. Tenía
fija en mi mente la idea
de que usted me detestaba.
Crisp. Yo? Vírgen de la Almudena!....
Al contrario.....
Bernabé. Al fin, sabiendo
que residias en esta
villa heroica, me abandono
al influjo de mi estrella:
te sigo; amor me sugiere
la inocente estratagema
de pedirte ese destino
de mayordomo, albacea....
ó ¿qué sé yo?.... Lo que sé,
y tú ya no ignoras, bella
Críspula mia, es que te amo
con la misma vehemencia
que en Córdoba.....
Crisp. Bernabé!....
Bernabé. Mas con fe pura y honesta
que se somete á los fueros
de la santa madre Iglesia.
Crisp. (¿Soy yo quien le ha enamorado
tan ciegamente,.... ó mi hacienda?
Todo puede ser.—No, Críspula;
es imposible que mienta
quien habla con tal fervor,
con tanta..... Ni soy tan vieja,
que.....)
Bernabé. (Calla.... Cavila... Tiemblo.)
Crisp. (Tal vez, como la belleza,
hace el talento conquistas.....)
Bernabé. (Si esta tambien me desprecia,
hago un pan como unas hostias.)
¿No merezco una respuesta,
Críspula?
Crisp. Ay!
Bernabé. Ese silencio
me aflige, me desespera.
Ah! bien lo temia yo;
tu corazon me desdeña!
Crisp. [*Conmovida.*]
No, Bernabé! Pero temo

ser, ay! demasiado crédula.
El cielo me ha dado una alma
sensible, expansiva, tierna.....
y una complexion, que..... Todo
me conmueve..., ay Dios!.. me altera,
me.....

Bernabé. Qué tienes?

Crisp. [*Desmayándose en los brazos de Bernabé.*]
Yo... sucumbo!

Bernabé. Mi amor!... (Tambien epiléptica?)
Señora!.... (Nada! No vuelve.....
Ah! este pomo que le cuelga....;
quizá.....

[*Lo aplica á la nariz de Críspula.*]

Pesa diez arrobas.)
Críspula!... (¡Vaya, que es plepa...)

Crisp. Ay!

Bernabé. Respira.

Crisp. Bernabé!....

Bernabé. Se siente usted indispuesta?
Llamaré.....

Crisp. No. Un pasajero
deliquio..... Ya estoy serena.

[*Desviándose.*]

Pero ¡ah!.. Yo en brazos de un hombre!

Bernabé. De tu amante. (Qué pamemas!)

Crisp. Mi amante!.... Recelo..... Dudo.....

Bernabé. Oh! Lo juraré, si es fuerza,
postrado á tus piés.

Crisp. Consiento
en que me des esa prueba
de ternura.

Bernabé. [*Hincando una rodilla en el suelo.*]
(Hum!) Quieres más?
(¡Mal haya, amén, la pobreza,
que así humilla á un elegante!)

Crisp. Oh! el júbilo me enajena.

ESCENA X.

BERNABÉ. CRÍSPULA. LUISA. D. PRUDENCIO. D. MAURICIO.

[*Luisa aparece por el foro, y poco despues don Prudencio y D. Mauricio por la puerta del cuarto de este último.*]

Luisa. (Vuelvo...)
[*Con grito de sorpresa.*]
Ah!

Bernabé. [*Levantándose rápidamente.*]
(Luisa!)

Crisp. [*Sin haber visto á Luisa, y abrazando á Bernabé.*]
Alza á mis brazos.

Bernabé. (Que no me trague la tierra!)

Prud. Ya es hora..... Bravo!

Maur. Sublime!

Bernabé. [*Cortado.*]
Es un paso de tragedia.....
Nos conocimos en Córdoba,
y la aficion..... Una escena.....

Crisp. La verdad es que él me adora
ya hace un año...

Luisa. (Ah! ¿Quién creyera...)

Crisp. Y que yo le correspondo.

Prud. Sea muy en hora buena.

Crisp. Y que pronto con la mia
se unirá amante su diestra
bajo la casta coyunda
que nuestras almas anhelan.
No es verdad, caro consorte?

Bernabé. Sí, querida esposa. (¡Horrenda
situacion!)

Prud. Celebro.....

Crisp. Gracias.

[*Tomándole el brazo.*]

Sígueme ahora.....

Bernabé. (Paciencia!)

Crisp. Que, pues mi dueño has de ser
pronto, quiero que intervengas
desde ahora en mis negocios.

Bernabé. Bien.

Crisp. Denme ustedes licencia.....

Prud. ¿Se va usted.....

Crisp. No todavía.
Nos veremos en la mesa.
Hasta luégo.—Ah! sin perjuicio
de pasar la papeleta
de costumbre, están ustedes
convidados á la fiesta.

[*Vase con Bernabé por el forillo.*]

ESCENA XI.

LUISA. D. PRUDENCIO. D. MAURICIO.

Luisa. [*Echándose en los brazos de D. Prudencio.*]
Ay papá!

Prud. Lo ves? Tu primo
es un farsante.

Luisa. Un bribon.

Maur. Un desdichado.

Luisa. ¡Jurarme
que muere por mí de amor,
y verle luégo en los brazos
de una vieja!.... Esto es atroz.

Maur. Si le pesa á usted.....

Luisa. Me pesa
en el alma, sí, señor;
no por perder tal alhaja,

sino sólo porque soy
tan simple que necesito
recibir esta leccion.

Maur. Yo me felicito de ella,
Luisa, y áun más del candor
con que usted confiesa y siente
su falta de prevision;
pues eso, y las circunstancias
singulares de que estoy
bien informado, disculpan
á mis ojos un error
que nació de la cabeza,
pero no del corazon.

Luisa. [*Con ingenuidad cómica.*]
Y es verdad!—Mas aunque, á fuer
de caballero español,
tan generoso y galante
me da usted la absolucion,
no debo aceptarla cuando
yo misma no me la doy.

Prud. Oyes? Es un ángel!

Maur. Sí;
y cuando sus gracias nó,
bastaria á cautivarme
ese excesivo rigor
con que se juzga á sí misma.

Luisa. ¡Si no merece perdon
mi locura! Sin embargo,
de usted puedo sin rubor
aceptarlo, padre mio,
porque sabe usted que yo
si no me lo concediese
moriria de dolor.

Prud. Oh! tú no lo necesitas,
mi amada Luisa; que áun hoy
me has dado una prueba insigne
de cariño y sumision;
pues cuando, padre amoroso
y no tirano feroz,
para salvarte del lazo
que ese aleve te tendió
consejos te di, no leyes,
fuiste dócil á mi voz.

Luisa. Sí; y aunque pese á mi orgullo,
que de la prueba salió
lastimado, ahora confieso
que un padre es siempre el mejor
consejero.

Prud. Yo esperaba
que me diesen la razon
el tiempo y tu buen sentido;
pero no que tan precoz
fuese el fruto.—Ya, supongo,
no te angustiará el temor
de que Bernabé, arrastrado
por la desesperacion,
se suicide.

Luisa. Ya lo ha hecho.

Prud. ¡Cómo.....

Luisa. Sí. Pues ¿qué mayor
suicidio que ser marido
de tan rancio cronicon?

Maur. En efecto.

Prud. Qué donosa!
Yo aplaudo ese buen humor,
presagio de gozo y dicha
para todos. Sí, los dos
seréis mis hijos.....

Luisa. ¡Papá,
por Dios..... Qué dirá el señor?

Maur. Que la amo á usted y mi gloria
cifro en tan feliz union.

Luisa. Gracias por tanta bondad;
mas yo, ¿con qué cara voy
á aceptar..... Confiese usted
que es crítica situacion
la mia.

Prud. No tal.

Maur. Me encanta!

Luisa. Sin poder hablar en pro
ni en contra... Jesus!... Arréglenlo
ustedes allá los dos;
porque, lo que es yo, ni digo
que sí ni digo que nó.

ESCENA XII.

LUISA. D. PRUDENCIO. D. MAURICIO. JUAN.

Juan. Un caballero desea
hablar con usted...

Prud. ¿Quién... ¿Cómo
se llama?

Juan. Se nombrará
cuando estén ustedes solos,
me ha respondido.

Prud. En buen hora.
Miéntras recibo á ese..... anónimo,
[*Mostrando el cuarto de Luisa.*]
entrad allí.....
[*Á Luisa.*]
Dale el brazo;
que es tu huésped..... y tu novio.

Luisa. [*Entre risueña y avergonzada.*]
Vaya!

Maur. Oh Luisa!....

Prud. Así me gusta.
Pronto seré con vosotros.
[*Á Juan.*]
Que éntre.

ESCENA XIII.

D. PRUDENCIO. D. CÉSAR.

Prud. ¿Quién será ese quídam
y qué querrá..... Algun socorro

tal vez.....

[*Entra D. César y ántes de hablar se cerciora de que está á solas con don Prudencio.*]

César. Prudencio!
Prud. [*Para sí.*] Esa voz.....
Será ilusion?.... Ese rostro.....
César. Dame los brazos..... Soy César!

[*Se abrazan.*]

Prud. Ah!.. Sí; mas... ¡Tú...
César. No me asombro
de que áun mi mejor amigo
me desconozca: ¡tan otro
soy del que fuí!.... Y además,
este traje, los anteojos,
la barba gris.....
Prud. Pobre César!
Te suponia.....
César. En el hoyo!
Prud. ¿Qué mucho, si atestiguaron
tu muerte cartas, periódicos.....
y hasta la fe de difunto,
que yo vi con estos ojos?
César. Ardides de un desgraciado;
pero aunque ya no blasono
de aquella salud robusta
que tuve cuando era mozo,
áun estoy en pié, á pesar
de enemigos rencorosos.
Prud. Enemigos!
César. Sí, y no dudes
que algunos con sumo gozo
á trueque de ver mi entierro
pagarian los responsos.
Prud. No creo.....
César. Tomando el nombre
de otro español más dichoso
que yo, pues ya se acabaron
las miserias de este globo
para él, vuelvo á mi patria.....
Prud. Pero ese ardid era ocioso.
La amnistía te comprende.....
César. No la acepto: es un oprobio.
Prud. ¡Por qué si nadie te obliga
á renegar de tus votos,
de tus principios..... Si fuera
un indulto.....
César. Yo no doblo
la frente á mis enemigos:
ó sucumbo, ó los derroco.
Prud. Es posible!
César. Guerra á muerte!
Prud. Pero ¿cuál es tu propósito.....
César. Guerra á muerte! ya lo he dicho.
Prud. Á quién? cuándo? de qué modo?
César. Á quién? Claro está: al poder
y á cuantos le den apoyo.—
Es decir, á los ministros:
para mí es sagrado el trono.
Cuándo? Hoy, y mañana, y siempre,
y sin tregua ni reposo,
hasta que suelten la carga
y la sustenten mis hombros.
De qué modo? Á todo trance:
en la prensa, y en el foro,
y en el club, y en la tribuna,
y en la plaza de los toros,
y en teatros y en cafés,
tabernas y calabozos,
combatiendo como un héroe.....
ó minando como un topo.
Prud. Oh! tú te ciegas...., te pierdes!
¿Qué recursos.....
César. No estoy solo.
Tengo amigos..... Traigo planes....
Prud. Y si fuesen ilusorios?
César. No. De acuerdo con mis cálculos
están los hombres más doctos
de la Europa. Es inminente
la revolucion, y sordo
ya á lo léjos ruge el Austro
precursor del terremoto.
Prud. Dios nos libre! Siempre he sido
enemigo de trastornos.
César. Pues ya! Para un millonario
el *statu quo* es muy cómodo.
Prud. Lo mismo era, ya lo sabes,
cuando elaboraba fósforos.
César. Bien; pero la complexion,
la costumbre, el genio..... Somos,
aunque amigos entrañables,
antítesis uno de otro.
Prud. Oh ambicion!
César. Sí, la ambicion
es para mí, no lo ignoro,
el buitre de Prometeo;
pero, ya lanzado al golfo
de la política, lucho
con tempestades y escollos,
y si una vez tomo puerto,
dos, tres, cuatro se va á fondo
mi frágil nave. No importa
miéntras respire el piloto.
Prud. Pero á lo ménos consulta
la marea, el viento, el polo
ántes de embarcarte, y mira
qué gente llevas al corso,
y de qué porte es el buque,
y si hay víveres á bordo.
César. Eh! yo no hilo tan delgado.
Si hemos de preverlo todo.....
Prud. Oh! No se halla todavía
en sus últimos sollozos
la patria. Descansa, huelga
algunos dias..... Supongo
que te hospedarás aquí.
César. No, eso no, ni por asomo.
No quiero comprometerte.
Prud. No lo harás, César, si logro
persuadirte.....
César. No te canses.
Prud. ¡Óyeme por Dios.....
César. No te oigo.
Ó mandar ó conspirar.

Prud. Santo cielo!

César. Este es mi horóscopo.—
Mas ya me están esperando.....
No me detengas.

Prud. Tan pronto!

César. [*Yéndose.*]
Sí. Adios!
[*Deteniéndose.*]
Ah! ¿Puedes prestarme
dos mil reales?

Prud. Me abochorno
de oirte. Cuanto yo tengo
¿no es tuyo?

César. ¡Sí, generoso
amigo!

Prud. Pero tan corta
cantidad.....

César. Yo me socorro
para tres meses con ella:
el destierro me hizo sobrio.

Prud. [*Dándole una cartera y luégo un bolsillo.*]
Aquí hay seis mil en billetes,
y aquí algunas onzas de oro.

César. No. ¡Si digo.....

Prud. Toma y calla,
ó me enfado y alboroto.....

César. Bien, dame.....
[*Guarda la cartera y el bolsillo.*]
Dia vendrá,
y acaso está ya muy próximo,
en que pueda.....

Prud. ¡Voto á sanes.....
Ya he dicho que me sonrojo.....

César. Bien, basta!

Prud. Ingrato! Con dias
más serenos y más prósperos
te iba á brindar mi cariño.....

César. [*Impaciente.*]
Gracias....

Prud. Mas tu orgullo indómito...

César. No; mi estrella! Adios.—Silencio!

Prud. No temas.

César. Para ti solo
vive César: para el mundo
ha muerto; pero glorioso
en breve desde la tumba
ascenderá al Capitolio.
Esa tarjeta, entre tanto,
[*Saca una y la deja sobre el velador.*]
te dirá mi nombre apócrifo
y dónde vivo.—Escasea
las visitas...., sobre todo,
de noche, porque allí... Entiendes?
No sea que den un soplo,
y sin culpa pagues tú
lo que pequemos nosotros.—
Ah! cuenta con la cartera
de Hacienda, si un dia formo
y presido el Gabinete.

Prud. Yo ministro? Ántes me ahorco.

César. Bobada!.... Admite siquiera
la direccion del Tesoro.

Prud. Pero, infeliz!, no eres más
que un desesperado, un prófugo,
¿y repartes ya el botin.....

César. Cuento con mi fe, mi arrojo,
mi estrategia..... No lo dudes;
dentro de un mes, ó tremolo
victoriosa mi bandera....,
ó me llevan los demonios.

ESCENA XIV.

D. PRUDENCIO.

Qué delirar! Está visto
que no hay para él más prójimo
ni más ley que su insensata
ambicion. Dios poderoso!....
¿Me ha preguntado siquiera
por su hijo? Sí, sí; está loco.—
Y tal vez esa locura
va á ser invencible estorbo
á la esperanza halagüeña
que ya con tanto alborozó
veia realizada.....
¿Quién piensa ya en desposorios.....
Mas si yo le hubiera dicho:
tu hijo está aquí, y en consorcio
feliz con mi Luisa..... No!
Haria de él un neófito,
un Seide, y envolveria
en su ruina al pobre mozo....,
¿y quién sabe si tambien
á mi pobre niña, á todos.....
No, señor! Ya que él se pierda,
no es razon..... Oh! ni él tampoco.
Le libraré á su pesar;
conspiraré si es forzoso,
imitándole..... Qué digo?
Imitándome á mí propio.
Pues ¿no he conspirado ya
como un *Fieschi* contra el mono
de mi sobrino?—Sin duda
es este un mal contagioso
como la fiebre amarilla
ó como el cólera morbo.
Lo cierto es que yo he mirado
siempre con terror, con odio
las conspiraciones; y hoy—
¡el siglo de los fenómenos
es este!—me he convertido
en conspirador de á folio.

[*Se dirige al cuarto de Luisa.*]

ACTO TERCERO.

Sala con dos puertas laterales; una á la derecha del actor, que es la que conduce á la escalera y comunica con otras habitaciones; otra á la izquierda, que da paso á un gabinete: muebles de lujo y entre ellos una cómoda. Es de noche. Luces.

ESCENA I.

D. CÉSAR. ELOY.

César. ¿Conque, en resumidas cuentas,
estoy preso aquí?
Eloy. Cabal.
César. Y es usted mi alcaide?
Eloy. Tengo
ese honor.
César. Mil gracias.
Eloy. No hay
de qué.
César. Y qué cárcel es esta?
de estado, ó correccional?
eclesiástica, ó civil?
política, ó militar?
¿y á qué acto gubernativo
ó sentencia judicial,
bando ó pragmática debo
esta obra de caridad?
¿y quién me da testimonio
del atropello brutal
que sufro? ¿y con qué derecho
se atenta á mi libertad?
Eloy. No sé nada. Mi consigna
es ojo alerta y callar.
César. Pero, señor, y las leyes?
Eloy. ¿Yo qué entiendo..... Eso, al fiscal.
Mas ya ve usted que le alojan
con toda comodidad.
César. Lo estimo.
Eloy. Por esta sala
se puede usted pasear.
César. Oiga!
Eloy. Y usar á su arbitrio
de aquella puerta, que da
á un bonito gabinete
con alcoba muy capaz.....
César. Celebro.....
Eloy. Mas por la otra
será inútil que usted.....
César. Ya.
Eloy. Pretenda salir.....
César. Entiendo.
Eloy. Porque le dirán: atras!
César. (Destino cruel!)
Eloy. [*Iba á salir y se detiene.*]
Ah! De órden
de la superioridad,
será usted tratado aquí
lo mismo que un senescal.—
Cena usted?
César. No.
Eloy. Chocolate.
siquiera, ó té.....
César. (Rejalgar!)
Nada.
Eloy. Yo siento infinito.....
César. Quiere usted dejarme en paz?

ESCENA II.

D. CÉSAR.

¡Adios planes, adios sueños
dorados!.... Fatalidad!
Apénas llego á Madrid
¡preso! Pues, digo! si van
ocho ó diez minutos ántes
atrapan á los demas;
pero ya, por dicha suya,
se habian ido. Del mal
el ménos.—Si no me engaño,
los que me han traido acá
son de la ronda de capa.—
Pero ¡qué arbitrariedad!
Primero entra un fariseo,
y otros cinco ó seis detras;
me sorprenden, me amenazan.....
Venga el pasaporte!—Ahí va.—
Dése usted preso.—Yo! ¿Quién
lo manda?—La Autoridad.—
Y sin más explicaciones
me hacen ponerme el gaban,
me llevan á la escalera,
de la escalera al portal,
entran conmigo en un coche
dos de ellos y el capataz,
me dan el brazo—qué amables!—
con la misma urbanidad
ahora para subir
que entónces para bajar,
y aquí entre cuatro paredes
me dejan sin más ni más.
Oh despotismo! oh venganza!
oh rencor!—Ello es verdad

que algo de esto sucedió
cuando yo mandaba.—Ya!;
pero entónces lo exigian
las circunstancias y las.....
Pues! Pero ahora, que ha vuelto
todo al estado normal.....
Oh! Y quién me habrá denunciado?
Prudencio..... No, no. Él? Jamás!
Los pasos me habrá seguido
algun agente sagaz....,
ó se ha ingerido en el club
algun espía venal.....
Nada postra mi valor,
probado en la adversidad,
pero mil muertes prefiero
á este congojoso afan,
á esta amarga incertidumbre.
No hay para mí un tribunal?
nadie viene á interrogarme?—
Si me pudiera escapar!....
Qué haré?.. Escribiré á Prudencio...
No me lo permitirán.

[*Tirando de un cordon de campanilla.*]

Probemos, no obstante. Nada
se pierde por preguntar.

ESCENA III.

D. CÉSAR. ELOY.

Eloy. Qué me manda usted?
César. Deseo
escribir.
Eloy. Es natural.
Á la familia?
César. Á un amigo.....
Eloy. Á quien usted quiera. No hay
inconveniente... hasta ahora.
César. Gracias. (Tanta lenidad!....)
Eloy. En el gabinete hay luz,
papel, plumas de metal,
tinta..... La oblea es inútil.....
César. Por qué?.. Entiendo. (¡Oh suspicaz
tiranía!) Bien; no importa.
Eloy. Mi consigna.....
César. Bien está.

[*Entra en el gabinete.*]

ESCENA IV.

ELOY. CRÍSPULA. BERNABÉ.

Eloy. Pobre señor! Me da lástima;
pero obediente y puntual
debo.....

[*Llegan por la puerta de la derecha Críspula y Bernabé.*]

Crisp. Entra.
Eloy. (Calle! La huéspeda
y el sobrino..... Á qué vendrán?)
Salió el amo.....
Crisp. Ya lo sé,
pero me permitirás.....
Me he marchado sin dinero,
y lo tengo que sacar
de esa cómoda.
Eloy. Está bien.

[*Yéndose.*]

(Mi consigna es muy formal.
Siempre que el preso no salga,
puerta franca á los demas.)

ESCENA V.

CRÍSPULA. BERNABÉ.

Crisp. [*Sacando una llave y abriendo la cómoda.*]

¡Guardar al irme la llave,
sin sacar ántes..... Qué enfado!
Tal olvido sólo cabe
en un pecho enamorado.
Bernabé. Eh! qué importan los dineros?

[*Críspula saca una cartera, un bolsillo, luégo la inscripcion del Banco, y lo guarda todo.*]

(Billetes!) Amor es franco.....
(Oro!) Le pintan en cueros.....
Crisp. Las cien acciones del Banco.
Bernabé. (Hola!)
Crisp. Tu desinteres
te honra mucho, y me conmueve;
pero ese amor ya no es
el del siglo diez y nueve.
Bernabé. Se ha hecho ya muy sibarita
el niño, muy regalon,
cierto; pero eso no quita
que mi amante corazon.....
Crisp. Lo creo, y no seré ingrata
á tanta fe.
Bernabé. Dulce prenda!
Crisp. Los diamantes y la plata
ya están en la otra vivienda.
Bernabé. (Cáspita! Es un Mídas; sí,....
con enaguas y corsé.)
Crisp. [*Cerrando la cómoda y guardando la llave.*]

Lo demas quédese aquí:
mañana lo llevaré.—
Y ahora volvamos al coche,
si te parece, bien mio.
Bernabé. Sí, sí; que es ya muy de noche.....
(y por no ver á mi tio.....)

ESCENA VI.

CRÍSPULA. BERNABÉ. D. CÉSAR.

César. [*Saliendo del gabinete con una carta en la mano.*]
(La carta.....)
Crisp. Oigo pasos...
[*Volviendo la cabeza.*]
¿Quién...
Ah!
Bernabé. (¡Un hombre aquí... Ella se pasma..)
César. Qué es lo que mis ojos ven?
Crisp. De dónde sales, fantasma?
César. ¡Es posible.....
Bernabé. [*Á Críspula.*] Qué te asombra?
Crisp. [*Para sí.*]
¿Será..... Esa cara....
César. Ese gesto.....
Crisp. Aparta, pálida sombra!
César. Críspula!
Crisp. César!
Bernabé. Qué es esto?
Crisp. De parte de Dios te mando
que, si eres muerto, lo digas.
Bernabé. ¡Él..... ¡Cómo...
Crisp. Y si estás penando,
rezaré..... No me persigas!
César. Sí, espectro soy para ti.....
Crisp. Cielo!
César. Y tú la rencorosa
furia que se ceba en mí
áun bajo la fria losa.
Crisp. Yo!
César. Por ti caigo en poder
de mis contrarios.
Crisp. No creo.....
César. Por ti, implacable mujer,
me veo como me veo.
Crisp. No entiendo.....
César. Eres mi ángel malo.
Tú me has delatado, impía!
Crisp. Yo?
César. Y me llevarás al palo!
Crisp. Luego vives todavía?
César. Vivo, mas no para ti:
ya lo he dicho.
Crisp. Ah! Lo celebro.
César. Ántes que yo te dé el sí
correrá hácia atras el Ebro.
Crisp. Quién piensa en tales quimeras?
Bernabé. (Algo ha habido entre los dos.)
Crisp. El sí! De mí lo quisieras.
Ya soy otra. Dios es Dios.
César. Otra? Fácil es!
Crisp. No sé
qué has dicho de delacion;
mas tal cosa no soñé,
ni quiero tu perdicion.
Quiero, sí, traider, que sepas
que la suerte, siempre varia,
ya á la dama á quien increpas
hizo rica...., millonaria!
César. Qué importa? Aunque Dios te dé
los tesoros del Perú.....
Crisp. Y mi mano es de otro, que.....
[*Mirando á Bernabé con ternura.*]
la merece más que tú.
César. Oiga!
Crisp. Y con el mismo gozo
sin el oro me amaria.
[*Á Bernabé.*]
Sí?
Bernabé. Sí.
César. Lástima de mozo!
Crisp. Cómo!
Bernabé. (Estoy en la agonía.)
Crisp. Es envidia, ó caridad?
César. ¡Yo envidia, y lleva contigo
mi mayor calamidad!—
Venga esa mano de amigo.
[*Bernabé se la deja tomar aturdido y confuso.*]
Crisp. Insolente!
César. Él á su turno
mártir será...., y más que yo!
Crisp. [*Con actitudes y tono de teatro.*]
Monstruo!
César. Ya calza el coturno.
Bernabé. Caballero!....
César. Qué actriz! Oh!
Tiene arrebatos soberbios.
Crisp. ¡Vil.....
César. Y otra gracia.....
Crisp. Jesus!....
César. Son sus ataques de nervios.....
[*Viéndola tambalear.*]
Eh, ya le da el patatus!
Bernabé. [*Sosteniéndola y volviendo á usar del pomo.*]
No, no por Dios!—Huele! sorbe!
Crisp. Ay Dios!....
César. ¡Se pierde una jaula....
Crisp. Aire!
Bernabé. [*Abanicándola con el sombrero.*]
(¿Á qué rincon del orbe
me iré yo con esta maula?)
Crisp. [*Incorporándose.*]
Basta...., y vámonos de aquí;
que de verle me horripilo.
[*Á D. César, tomando el brazo de Bernabé.*]

Dios te confunda!

Bernabé. (Ay de mí!)

Crisp. [*Yéndose.*]

Tigre!

César. Infeliz!

Crisp. Cocodrilo!

ESCENA VII.

D. CÉSAR.

Anda, y no vuelva yo á verte,
y otro te saque de penas;
que yo por tan triste suerte
no trocara mis cadenas.
Jóven, que tu cuello puedes
doblar á tal himeneo,
tú la fortaleza excedes
de Hércules y de Teseo.—
Pero ya he dado en el hito:
por ser rica es tu deidad.
¡Oh vil interes maldito,
peste de la sociedad!
Ah! si tuvieras meollo,
desatentado garzon,
perdonarias el bollo
por ahorrarte el coscorron.—
¿Mas seguia, ó no, mi huella
esa mujer? á qué vino?
¿cómo me encuentro con ella
cuando ménos lo imagino?
Si humillarme era su objeto
mostrando su adónis pulcro,
¿por qué me juzgó esqueleto
desertor de mi sepulcro?
¿cómo..... Pero el tiempo vuela
y en cavilar lo prodigo.

[*Haciendo sonar la campanilla.*]

Lo que importa es que esta esquela
llegue á manos de mi amigo.

ESCENA VIII.

D. CÉSAR. ELOY.

Eloy. ¿Qué.....

César. ¿Sabe usted dónde vive
don Prudencio Colmenar?

Eloy. Mucho. ¿Es él á quien escribe
usted?

César. [*Dándole la carta.*]

Sí.

Eloy. Iré sin tardar.

Espero respuesta?

César. Bien.
Gratificaré el mensaje.....

Eloy. Eh! no.....

[*Mirando á la puerta de la derecha.*]

Calle! Ahí está.....

César. Quién?

Eloy. [*Volviendo la carta á D. César.*]

Tome usted. Me excuso el viaje.

ESCENA IX.

D. CÉSAR. D. PRUDENCIO.

César. Prudencio!

[*Se echa en sus brazos.*]

Ya no me quejo
de mi fortuna cruel,
pues tal consuelo me envia.

Prud. César!

César. Preso estoy.....

Prud. Lo sé.

César. Pensé al instante en mi amigo
predilecto.....

Prud. Hiciste bien.

César. Te iba á enviar esta carta.....

Prud. Sin ella te vengo á ver.

César. [*Dejando la carta sobre la mesa.*]

¿Cómo has sabido tan pronto
mi desventura? ¿Ó ya es
tan pública.....

Prud. Tengo yo
mi policía tambien.

César. Tú!.... Y te sonries.... Qué es esto?

Prud. ¿Y cómo no he de saber
que te han preso, si lo estás
en mi propia casa?

César. Qué!
¿tú.... acaso...

Prud. Tiene dos puertas...,
y con la cochera, tres.

César. Ah!....

Prud. Mira á dos calles.....

César. Ya.
Pero ¿es tu casa cuartel
ó cárcel..... Acaba; explícate,
Prudencio, ó sospecharé.....

Prud. En una palabra, estás
preso de órden mia.

César. ¡Infiel,
traidor.....

Prud. Nada de eso.

César. ¡Infame
espía!....

Prud. Jesus!

César. ¿Cuál pues

es tu oficio? ¿Con qué nombre,
dilo tú, designaré
al falso amigo que vende
mi secreto? ¿Eres mi juez
por ventura?

Prud. Sí, algo hay de eso;
mas no es ese mi papel
principal.

César. El de verdugo
quizá..... Dilo de una vez.

Prud. El de un amigo leal
que desde niño lo fué,
y más que nunca lo es hoy
aunque con amarga hiel
le insultas.

César. ¿Qué he de decir,
si veo.....

Prud. [*Con dulzura, sentándose en un sofá.*]

Siéntate...., ven.....

[*Se sienta D. César.*]

y oye con calma.

César. Ya te oigo.

Prud. Yo te he mandado prender.....
por salvarte.

César. Cómo!

Prud. Ha sido
una farsa, un entremes.
Aquellos fieros sayones
eran mozos de almacen;
su jefe, mi mayordomo;
tu alcaide; un criado fiel.

César. Pero.....

Prud. Á no prenderte yo,
te hubiera preso despues
la justicia, y ya estarias
entre la turba soez
de ladrones y asesinos
con un grillo en cada pié.

César. ¿Qué oigo!

Prud. Al nombre que has tomado
tendrias que agradecer
esa ignominia.

César. ¿Qué dices!

Prud. Sí.

César. En qué lo fundas?

Prud. En que es
el de un salteador, fugado
de la cárcel de Bailén.....

César. Qué horror!

Prud. Convicto y confeso
de cinco muertes ó seis.

César. ¡Cielos, y en Suiza pasaba
por honrado mercader.....
¡He aquí uno de los males
de la emigracion!

Prud. Ya ves!

César. ¡Con la máscara falaz
de patriotas, más de diez
pícaros alzan la frente
entre los hombres de bien!

Prud. Ya es forzoso que renuncies,
si no te quieres perder,
á ese nombre infame.

César. Oh! sí,
sí; pero ¿cuál tomaré?

Prud. Cuál! El tuyo.

César. Con el mio
caeré más pronto en la red.

Prud. No..... Ya eres libre.

César. Yo libre!

Prud. La magnánima Isabel
te vuelve á su gracia.

César. Acato
su augusto nombre, y á fuer
de buen español, por ella
diera cien veces y cien
la vida; mas si es preciso
que se humille mi altivez.....

Prud. Á nadie.—Pero se exige
de ti.....

César. Se exige!

Prud. Que dés.....

César. Ya; garantías, fianzas.....

Prud. Palabra de honor.....

César. De qué?
¿De echar un sello á mis labios
ó decir á todo amén?

Prud. Sólo de no conspirar.....

César. [*Levantándose.*]

Pues ya me pueden prender.

Prud. [*Levantándose tambien.*]

Por qué?

César. Porque—no lo puedo
remediar—conspiraré,
y lo que no he de cumplir
no lo quiero prometer.

Prud. Qué temeridad, Dios mio!
Tú quieres que ántes de un mes
te deporten á Ultramar,
ó te fusilen tal vez.—
Mas no lograrás tan bárbaro
deseo. Yo estorbaré.....

César. ¡Cómo.....

Prud. Todo está previsto.
Cerca de aquí, en Leganes,
se ha fundado un excelente
hospital de locos.....

César. Eh?

Prud. Y no he de ser yo quien soy,
ó te hago encerrar en él.

César. Prudencio!

Prud. Pues ¡qué! ¿habrá muchos
que con más motivo estén
sujetos allí? En mal hora
te tentó el alma Luzbel
con ese orgullo insensato,
con esa hidrópica sed
de mal entendida gloria.
Ah! todo viene de aquel
millon que te trajo en dote
tu malograda mujer.

César. Vuelta á la cancion de siempre!

Tu alma, toda sencillez
y dulzura y mansedumbre,
nunca podrá comprender
los arranques de la mia.
Tú con el mismo nivel
mides la grama y el cedro,
el tomillo y el cipres;
tú.....

Prud. Pero atiende á razones.
¿De nada te han de valer
ejemplos propios y ajenos?
¿Nunca harás alto—oh sandez!—
en esa vida azarosa
que te trae á mal traer?
Débil, demacrado, trémulo,
seca y rugosa la piel.....
¿Quién dirá, César, que yo
te llevo dos años, quién?
¿Y á qué puedes ya aspirar,
como no quieras ser rey?
Te has sentado en las dos cámaras,
y puedes volverlo á hacer,
eres tres ó cuatro veces
excelentísimo.....

César. Pche!
Cualquiera lo es ya.

Prud. Ex-ministro.....

César. Ahí está el quid, en el *ex!*
Ahí está mi pesadilla,
mi tósigo, mi cordel.

Prud. Deja la carga á otros hombros
que tengan más robustez.
Descansa. Ya has trabajado
por la patria mucho y bien.
No codicies aquel lecho
de espinas.

César. Tal lo llamé
algun dia, mas del labio
no pasaba mi desden.
Oh! tú no sabes, Prudencio,
lo que es gustar una vez
áun con mil y mil zozobras
las delicias del poder.
Aquel dorado sillon,
potro y todo, que lo es,
tiene mágicos resortes
que le hacen aparecer
al que en su mullido asiento
arrellanado se ve,
cuando no altar sacrosanto
al ménos regio dosel,
y aquella letal atmósfera,
que te haria perecer
á ti, embarga mis sentidos
con tan celeste embriaguez,
que creo aspirar en ella
los aromas del Eden.

Prud. ¡Luego á conspirar te obligan
el despecho, no la fe;
el hábito, no el sistema
que quieres establecer;
no la salud de la patria,
sino tu propio interes!

César. ¡Te atreves.....

Prud. Sí; tú lo has dicho.
Por la boca muere el pez.

[*Cogiéndole afectuosamente ambas manos.*]

César!, perdona esta ruda
sinceridad á tu buen
amigo, á tu tierno hermano.
Oh! bien me puedes creer;
no sondeo yo impasible
tu llaga, no. Yo tambien
padezco, y mucho, al cumplir
con tan penoso deber.
Cede á mis ardientes ruegos,
y no más bogue á merced
de los vientos y las olas
tu ya cascado bajel.
Yo venero el amor patrio
y le doy todo su prez,
y hasta excuso los errores
de los que yerran por él;
mas nunca fué de los héroes
muy numerosa la grey;
ni hay carteras para todos;
ni creo que es menester
para estar bienquisto un hombre
cegarse con su oropel;
ni es razon que el ciudadano
que una vez ministro fué
conspire y blasfeme y rabie
hasta que lo vuelva á ser.

César. Todos nó.....

Prud. Pero ¡tú sí!
Y para que á ti te den
la poltrona ¿bastará
desearla? Más diré:
bastará que la merezcas?
César!, tú estás en belen.
Trabajas....; bien: das el golpe....;
bravo: te sigue en tropel
la plebe, te victorea
y te alza sobre el paves;
magnífico! Pero el fruto,
como suele suceder,
te arrebata un intrigante,
que detras de la pared
esperó á que en su provecho
armases el somaten.

César. En eso tienes razon
como soy César-Garces.
Ah! sí; en las revoluciones
¡cuántos zánganos se ven
que sin haberla labrado
se abalanzan á la miel!
Dolor sería lidiar
hasta morir ó vencer,
para que un advenedizo,
usurpándolo á mi sien,
en la suya—mal pecado!—
ciñese el verde laurel.

Prud. Oh, albricias! Ya la razon

triunfa. Abrázame.....

[*Le abraza, pero áun se muestra don César recalcitrante.*]

César. Deten.....
Prud. Bah! ¡Si ya estás convencido.....
César. [*Con cómico despecho.*]
No me quiero convencer.
Prud. [*Sin soltarle de los brazos.*]
Mira, César; yo no quiero
que te anules, que te estés
quieto en un rincon jugando
al rentoy ó al ajedrez;
no; áun puedes ser á la patria
muy útil con tu saber
y tu experiencia. Discute,
perora, escribe, sosten
tus opiniones políticas
en el campo de la ley.....
En fin, no te pido más
que un poco de sensatez.
Honores, ya tienes hartos;
oro, yo te lo daré;
que á mí me sobra.
César. Jamás!
Prud. Qué hombre, qué hombre! No es merced;
es..... restitucion. ¿Te acuerdas
del duro que te tomé
prestado.....
César. [*Algo conmovido.*]
Prudencio!
Prud. ¿En mil
ochocientos treinta y tres?
Á él debo toda mi suerte.
César. No; al trabajo, á tu honradez.....
Prud. Y al duro; y he de partir
contigo lo que gané;
que no ha de obrar un cristiano
como un hijo de Israel.
César. Tanta generosidad
me confunde; pero.....
Prud. Qué?
César. Mas si tu noble sofisma
me ha podido enternecer,
tengo demasiado orgullo
para aprovecharme de él.
Prud. [*Saltándosele las lágrimas.*]
Gran Dios!... ¿Tánto me aborreces,
que nada quieres deber
á mi amistad? Bien está.
Por fuerza yo no te haré
feliz; pero, á falta de otro,
¡tendrás, César, el placer
de hacerme á mí desdichado!
César. Yo? Á ti!.... Nunca!
Prud. Sí, cruel.
Tenía un plan que sería
la gloria de mi vejez.....
y de la tuya.....
César. Ah! Cuál? Dime.....
Prud. Ya me daba el parabien.....
Vana esperanza! ilusion!....
¿Quién me hubiera dicho ayer.....
César. ¿Qué plan..... Explícate; acaba.....
Prud. Casar á mi hija.....
César. [*Como adivinando.*] Ah! Con quién?
Prud. Con tu Mauricio.
César. Oh Dios mio!
El hijo que abandoné.....
Prud. No tenía en mí otro padre?
Es un apuesto doncel
que nos honra. Es magistrado!
César. Ah! ¿Cuándo te pagaré,
Prudencio amado.....
Prud. Y mi Luisa
es ya toda una mujer.
[*Llamando.*]
Luisa!

ESCENA X.

D. PRUDENCIO. D. CÉSAR. LUISA. D. MAURICIO.

Prud. [*Abrazándola.*]
Mírala en mis brazos!
César. Ah! ¿Y él.....

[*Mauricio, que ha seguido á Luisa, se arrodilla ante D. César.*]

Prud. Mírale á tus piés!
Maur. Padre!
César. Hijo del alma mia!
Levanta; ven á mis brazos!
[*Se abrazan.*]
Maur. Oh grata sorpresa!
Prud. Abraza
tambien á Luisa, al encanto
de mi vida.
César. [*Abrazando á Luisa.*]
Oh! sí. Qué linda!
Luisa. Bien venido sea á honrarnos
el amigo á quien mi padre
siempre amó como á un hermano.
César. Gracias, adorable niña.—
¡Ya ves qué mustio y qué flaco
vuelvo á tus ojos, Mauricio!
Maur. Ah! sí.
César. Tal vida he pasado!

[*Frotándose las manos y como halagado por sus habituales ilusiones.*]

Pero Dios mejorará
sus horas.
Prud. [*Con inquietud.*]
¿Qué dices!
Maur. Harto

las mejora para mí,
pues da término á mi llanto
volviéndome vivo el padre
que muerto creí.

César. ¡Siete años
sin verte! Mal padre he sido;
pero..... Oh recuerdos amargos!

Prud. Eh! Por qué no los destierras?

Luisa. Dice bien papá: en su mano
de usted está el ser dichoso.....
y que todos lo seamos.

César. Yo!.... Mi estrella.....

Prud. Dale, bola!
(¡Áun me hará dar á los diablos
su resurreccion!)

César. Mis émulos.....

Prud. En vez de estar muy ufano
con la boda.....

César. Y por ventura
¿me opongo á tan dulce lazo?
Yo les doy mi bendicion.
Quieres más?

Maur. Y yo declaro
que renuncio á tanta dicha,
aunque me acuse de ingrato
el generoso padrino
á quien debo cuanto valgo,
miéntras usted no desista
de proyectos temerarios.

César. Mauricio!

Prud. Esto nos faltaba!

Luisa. (Pues!, ahora que ya le amo
tan de véras.....)

Maur. Padre mio!,
perdóneme usted. Postrado
á sus piés.....

César. [*Deteniéndole.*]
Eh! no. Levanta.

Maur. Es error, es desacato
que á su padre dé lecciones
un hijo, y de pocos años;
mas cuando corre al abismo
¿le he de dejar, por un vano
respeto, precipitarse,
perderse? No! Si no alcanzo
á persuadirle, otra vez
vestiré de luto amargo
el cuerpo y el corazon;
mas mi orgullo de hombre honrado,
mi deber de caballero,
y áun la fe con que idolatro
á la hija de mi constante
bienhechor, dictan al labio
tan dolorosa repulsa.
Sí; renuncio al nudo santo
en que cifraba mi gozo,
si otras arras no preparo
á mi dulce compañera
que angustias y sobresaltos,
y tal vez horrible duelo.....
No, no; con tales presagios
mi boda fuera una infamia;
que á quien es tan desgraciado
no es lícito ser esposo
ni padre. No, no me caso!

César. Basta! No resisto más.
Se acabó el hombre de estado,
el tribuno..... Me retiro
al cuartel de los inválidos;
quiero ser amigo y padre;
quiero ser feliz!

Prud. ¡Loado
sea Dios!

César. [*Á Luisa y á D. Mauricio, abrazándolos uno despues de otro.*]
Ven, hija mia.
Ven tú. Abrazadme! abrazáos!

[*Se abrazan los dos jóvenes, y luégo D. Prudencio y D. César.*]

Prudencio!—Venciste al fin!

Prud. Trabajillo me ha costado!

Maur. Luisa!

Luisa. Mauricio!

Maur. Oh ventura!

César. De hoy más, todo me consagro
á vosotros.....

Bernabé. [*Dentro.*] Tio!

Prud. Calle!
¡Bernabé..... Pues ¿cómo.....

ESCENA XI.

D. CÉSAR. D. PRUDENCIO. LUISA.
D. MAURICIO. BERNABÉ.

Bernabé. Bravo!
Los dos padres....; los dos hijos.....
Buen grupo! Bello espectáculo!

Prud. Cierto; y tú vendrás tal vez
á desentonar el cuadro.

Bernabé. Yo? No, señor, ni por pienso;
y en prueba de lo contrario,
déme usted su bendicion,
porque esta noche me marcho.

Prud. Con Críspula?

Bernabé. Dios me libre!

Prud. ¿Qué escucho!....

Bernabé. Vengo escapado.

César. Cómo!....

Bernabé. Me frien sus dengues,
y me encocoran sus raptos
histriónicos, y me abruman,
me aniquilan sus desmayos.
Qué pécora?.... Y ¿creerá usted—
me estremezco de pensarlo—
creerá usted, tio de mi alma,
que ántes de darme su mano
aquella esfinge, me impone
seis meses de noviciado?
Y que he de ser su galan
hasta que fenezca el plazo;

y me ha de lucir....—lo ha dicho!—
en la ópera, en el Prado,
en la Fuente Castellana.....—
santo Dios!—; y hacerme blanco
de gacetillas y apodos
y pullas..... Horror! escándalo!

Prud. Pobre Bernabé! Celebro
que te hayas emancipado;
y más siendo culpa mia,
que preciso es confesarlo,
el riesgo de que te acabas
de librar por un milagro.

Bernabé. *Vade retro!* Á tanta costa
no quiero ser millonario.

Prud. Ya se ve, yo no esperaba
que tan de golpe y porrazo.....

Bernabé. Oh! no crea usted que estoy
resentido..... Antes aplaudo
la aventura, pues me ha abierto
los ojos..... Sí; yo era un trasto,
lo confieso, presumido,
petulante, con los cascos
á la jineta..... Ya soy
otro hombre, y sabré probarlo.

Prud. ¡Es posible.....

Bernabé. Adios! Me vuelvo
á Santander. Ya he tomado
un billete de cupé.

Prud. Estás en tu juicio? ¿Y cuándo.....

Bernabé. Esta misma noche; dentro
de media hora.

Prud. Muchacho!
¿No te quedarás siquiera
á la boda.....

Bernabé. Guarda, Pablo!
Las galas, los parabienes,
los festines, los regalos
me harian reincidir
en mis antiguos resabios.

[*Conmovido.*]

Y no porque no celebre
muy de corazon el casto
nudo.....

[*Á Mauricio, y le aprieta la mano.*]

Toque usté esos huesos!

Maur. Con mucho gusto.

César. (¡Qué guapo
mozo!....)

Bernabé. [*Pidiendo á Luisa la mano.*]

Prima,.... si soy digno....

Luisa. [*Enternecida, y dándole la mano.*]

No lo has de ser?....

Prud. [*Enjugándose las lágrimas.*]

(¡Voto al chápiro...
Me enternece...., y me embelesa!)

Bernabé. [*Abrazando á su tio, y dispuesto á partir.*]

Adios!

Prud. Pero, atolondrado,
¿te vas sin dinero.....

[*Sacando un bolsillo.*]

Toma.....

Bernabé. No, señor. Para los gastos
del camino, áun tengo aquí
siete duros y unos cuartos,
y me sobra la mitad.

Prud. [*Insistiendo en darle el bolsillo.*]

Pero.....

Bernabé. Nada; ni un ochavo!

Prud. ¡Hombre.....

Bernabé. Ah! sí; présteme usted
un duro.

Prud. Un duro!.... Ah! ya caigo.

[*Dándole un duro.*]

Tómalo, hijo mio.—Pero
si te has propuesto emplearlo
en fósforos, mal harás;
que ya se ha vulgarizado
mucho esa industria.

Bernabé. No, tio.
Como un talisman lo guardo,
como una reliquia santa
del bienhechor, del oráculo
de mi familia.

César. [*Conmovido.*] De todos!

Bernabé. Como emblema, en fin, y lauro
de la más noble riqueza,
porque es hija del trabajo
y de la virtud. Adios!

ESCENA ÚLTIMA.

D. PRUDENCIO. D. CÉSAR. LUISA.
D. MAURICIO.

Prud. Pobre chico! ¡Qué entusiasmo
y qué fe! Yo le prometo
digna recompensa..... Vamos,
venid..... Quiero improvisar
esta noche un gaudeámus
en albricias de mi triunfo,
de mi gloria! Hoy no me cambio
ni por César....;

[*Mirando á D. César y sonriéndose.*]

el de Roma,
ni por Alejandro Magno.

LA NIÑA DEL MOSTRADOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe el dia 15 de Marzo de 1854.

PERSONAS.

NARCISA.	GREGORIO.
LA CONDESA.	LÚCAS.
BASILIO.	D. PANCRACIO.
CATALINA.	D. POLICARPO.
JENARO.	D. MARCIAL.
D. FAUSTINO.	D. ALBERTO.
BERNARDO.	D. REMIGIO.
GABRIEL.	D. MARTIN.
RUPERTO.	D. BENIGNO.
D. JOAQUIN.	ISIDRO.

UN FOSFORERO.

CONCURRENTES Á UN CAFÉ.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Gabinete en casa de la Condesa. La puerta principal en el foro; otra á la derecha y otra á la izquierda. Bufete de señora con recado de escribir.

ESCENA I.

D. JOAQUIN. GREGORIO.

[*Gregorio está acabando de pasar el plumero á los muebles: D. Joaquin llega por el foro.*]

Joaquin. Gregorio.
Gregorio. Oh señor don Joaquin!
Joaquin. ¿La Condesa.....
Gregorio. No recibe. Ya se lo habrá dicho á usted Martin.
Joaquin. Creo que sí; pero yo he prescindido.....
Gregorio. Nos ha dado á todos la órden de...
Joaquin. Lo supongo; pero tales órdenes no hablan conmigo: soy de casa.
Gregorio. Perdone usted. Ha dicho que, hasta nuevo aviso, no recibe hoy á nadie absolutamente.
Joaquin. (Aún dura el enojo. Ya lo habia yo previsto; pero en breve....) [*Metiendo la mano en el bolsillo del frac.*] Hazme pues el favor.....
Gregorio. Tarjeta?
Joaquin. No; esta cartita..... Sino es que tambien haya prohibido.....
Gregorio. No, señor: las cartas no entran

en la consigna. Espera usted la respuesta?

Joaquin. Se entiende.

Gregorio. Voy al momento. Ya sabe usted que simpatizamos.....

Joaquin. Anda.

[*Gregorio entra por la puerta de la derecha.*]

ESCENA II.

D. JOAQUIN.

Bien mirado, no le falta razon para estar conmigo de mal talante. Tal vez fué algo intempestiva mi declaracion..... Ella me ama: no lo puedo dudar; pero no estaba ayer, por lo visto, en su buen cuarto de hora. Con todo, no fué mi arrebato lo que más la hubo de irritar; que á ninguna mujer nacida le pesa de ser..... ó de creerse adorada. Sin duda la picaron mis..... [*Viendo á Gregorio que vuelve con la carta.*] Qué hay?

ESCENA III.

D. JOAQUIN. GREGORIO.

Joaquin. Pronto ha escrito la respuesta.

Gregorio. Es que la respuesta..... viene escrita en efecto; pero no de su mano.

Joaquin. [*Tomando la carta.*] Dame..... ¡Mi propia carta! ¡Y sin haberse dignado de abrirla!....

Gregorio. Qué lástima! Dirá usted en ella tantas lindezas.....

Joaquin. Demasiadas quizá. (¡Me desespera esa mujer!)

Gregorio. Oh! eso..... No porque sea arisca con usted.....

Joaquin. Arisca!.... Orgullosa.

Gregorio. Bien; pero guapa..... No porque yo lo diga, ni porque sea mi ama y señora; pero ¡caspitina si es guapa! De lo más superfino que hay en Madrid.

Joaquin. Pero su hermosura no le da derecho para hacerme tan crudo desaire.

Gregorio. Ya, pero una hermosura de condesa...., hágase usted cargo...., no es ahí como la de cualquiera hija de familia.

Joaquin. Oh! puede que llore un dia la pérfida.....

Gregorio. Eh! no tome usted pesadumbre por eso. Mujeres hay de sobra.

Joaquin. Cierto.

Gregorio. Esa es la cuenta que yo me hice el otro dia cuando Casilda, la camarera de la señora, me hizo una por el estilo.

Joaquin. Sí? (Tengo una mosca!....)

Gregorio. ¡Cuando le digo á usted que simpatizamos!

Joaquin. Oiga!.... ¿Te devolvió tambien alguna carta sin abrir?

Gregorio. Quiá! Yo carta? Algun tonto!... Las cartas comprometen.....

Joaquin. Dices bien.

Gregorio. Y dan tiempo para pensar la respuesta.

Joaquin. Ya.....

Gregorio. Á ménos que se respondan con ellas mismas, como verbigracia.

Joaquin. (Ah!)

Gregorio. Yo enamoro siempre por palabras de presente, sazonadas con tal cual guiño y una que otra pantomima.

Joaquin. Ese es tambien mi sistema..... cuando ha lugar; pero..... Ayer mismo—y de ahí tuvo principio sin duda el resentimiento de la Condesa—al concederme la mano cuando me despedia, osé estampar en ella mis labios.....

Gregorio. Bien! Y qué hizo?

Joaquin. Ofenderse, ruborizarse.....

Gregorio. Bagatela!

Joaquin. No volveré á dar á usted la mano, me dijo, si ha de interpretar como favor un simple acto de cortesanía. Pronto advertí que habia dado un paso en falso; pero, dado ya, no vi otro medio de sincerarme que caer de hinojos y jurar á la esquiva dama la más íntima, la más ciega y la más conyugal idolatría.

Gregorio. Lindo! Y entónces? Se pondria hecha una furia.....

Joaquin. Nada de eso: con frio desden y con risita burlona me respondió que ni creia en mis teatrales protestas de amor, ni.....

Gregorio. Pues; ni ella se peinaba para usted. (Ya lo creo!)

Joaquin. Me exasperó tan altiva repulsa; la atribuí á que pudieran ser ciertos los rumores de que trata de casarse con su apoderado.....

Gregorio. Con don Faustino? Eso dicen, pero.....

Joaquin. Eh?

Gregorio. Nada. Prosiga usted.

Joaquin. Abrasado de celos..... Sí, Gregorio, caí en la debilidad de tenerlos de un vejete avariento, y en la flaqueza de confesarlos. Perdidos ya los estribos, solté una andanada de pullas contra él, y lo que es peor, contra ella: que le preferia á mí porque es millonario; que me sacrificaba al vil interes..... ¿Qué sé yo!.... Y el fruto que saqué de mi temeridad fué.....

Gregorio. Que le echó á usted con cajas destempladas: es consiguiente. Pues eso propio me vino á suceder á mí con Casilda..... Miento; que le llevo á usted de ventaja la bofetada más sacrílega.....

Joaquin. Cómo!

Gregorio. Sí, señor; pero debo confesar que fué más alta que la de usted la puntería de mi beso: yo no me ando por las ramas.

Joaquin. Diablos de mujeres! ¡Son tan enigmáticas, tan caprichosas..... Yo esperaba que esta tierna y malaventurada epístola me reconciliase con la ingrata; pero se está en sus trece.

Gregorio. Pues ¿y Casilda? ¡Vaya un zuño.... Pero ¿qué importa? Otra me consolará. Ya he echado el ojo á la cocinera, que es moza de chispa y no será tan melindrosa.

Joaquin. No me faltará á mí tampoco mi trapillo...., y áun ando cerca de tenerlo; pero eso no me ha de indemnizar de lo que pierdo. Ahí es nada! ¡una viuda, jóven, ilustre, rica..... Qué boda, Gregorio! ¡Y verme suplantado por un estantigua!

Gregorio. Ca! No lo crea usted.

Joaquin. Oh! lo creo á pié juntillas. Pues á no ser cierto ¿se hubiera enfurecido tanto la Condesa al oir mis invectivas? ¿Le hubiera defendido con tanto calor?

Gregorio. Y si fuera verdad, ¿tenía más que haber dicho: este es mi gusto, y santas pascuas?

Joaquin. ¿Así confiesa una mujer amores que la ridiculizan ó cálculos que la sonrojan? Pero es gastadora, espléndida, y no bastándole ya sus rentas para tanta ostentacion, aspira á los tesoros de ese cuitado, aunque la boda extravagante sirva de pasto sabroso á los gacetilleros.

Gregorio. Pues, mire usted, bien puede ser que.....

Joaquin. No lo dudes; se casa con él; pero el orgullo..... Ántes será mártir que confesora.

Gregorio. Mártir dice usted? Más fácil es que él lo sea, porque.....

Joaquin. Ya es de suponer..... Pero entre tanto él me roba mi más lisonjera esperanza. Oh! le desafiaré, le mataré.....

Gregorio. Bobada! No aceptaria..... Ni aunque le matase usted adelantaria gran cosa con la viuda, porque ha de saber usted..... Pero, por Dios, silencio.....

Joaquin. Qué quieres decirme? Habla; no temas.

Gregorio. Por usted voy á ser chismoso, cosa que aborrezco de muerte; pero la simpatía.....

Joaquin. Vamos, acaba!

Gregorio. Tiene usted otro rival, ¡y algo más temible que el viejo!

Joaquin. ¿Qué escucho!

Gregorio. Un galan misterioso, que entra todos los dias por una puerta secreta; no así como quiera, en el gabinete, sino en el mismo tocador de la señora.

Joaquin. Cierto? Oh rabia!

Gregorio. Como soy Gregorio. Yo lo he brujuleado.....

Joaquin. Falsa mujer!....

Gregorio. Si el Matusalen se la lleva, ese... suplemento se encargará de vengar á usted.

Joaquin. [*Yéndose.*] No; yo me vengaré de los dos....; de los tres. Lo juro!

ESCENA IV.

GREGORIO.

[*Á la puerta.*]

Pero ¡oiga usted..... Se va echando centellas. [*Volviendo á la escena.*] Es capaz de hacer una de pópulo, y descubrirme..... Ya siento haber charlado tanto.

ESCENA V.

GREGORIO. LA CONDESA.

Condesa. [*Saliendo por la puerta de la derecha.*] ¿Se ha detenido mucho don Joaquin?

Gregorio. Algo. No se traga así como así una píldora tan amarga.

Condesa. Estómago tiene él para eso y para mucho más.

Gregorio. Iba tan compungido.....

Condesa. Bien, no me importa. (Petulante! necio! Espero que no volverá, pero si á tanto se atreve.....) Gregorio, para ese caballero no estoy nunca en casa.

Gregorio. Bien, señora. [*Yéndose.*] (¡Y para el otro..... Qué parcialidad!)

Condesa. Oyes!

Gregorio. [*Volviendo.*] Señora?

Condesa. Ve á casa de mi apoderado, el señor don Faustino, y dile que me haga el favor de pasar á verme ántes de las doce.

Gregorio. (La otra víctima!....) Voy al instante.

ESCENA VI.

LA CONDESA.

Dirán que es una locura; pero mi gusto ha de cumplirse, cueste lo que cueste. [*Tocan por dentro á la puerta de la derecha.*] Ah! será mi pintor..... [*Cierra la puerta del foro y en seguida abre la de la derecha.*] Ahora no hay nadie: éntre usted.

ESCENA VII.

LA CONDESA. GABRIEL.

Gabriel. Señora Condesa.....

Condesa. Bien venido. Algo ha tardado usted hoy.....

Gabriel. Disimule usted..... Otra obrilla.....

Condesa. Hola! Va cayendo trabajo?

Gabriel. Poca cosa. Como áun no tengo renombre.....

Condesa. Yo se le he de dar á usted, ó poco he de poder.

Gabriel. Oh mi amable protectora!

Condesa. (Qué interesante jóven!) Vamos, ¿que está usted haciendo, además de mi retrato?

Gabriel. Otro... que no me sacará de pobre.

Condesa. Eh! Dios proveerá..... ¿Quién se lo ha encargado á usted?, si puedo saberlo.

Gabriel. Nadie, señora.

Condesa. ¿Cómo pues.....

Gabriel. Ni yo le venderia por todo el oro del mundo.

Condesa. Calle!.... Ah! ya comprendo: será el de alguna querida.....

Gabriel. Querida? Ah! Sí.

Condesa. Suspira usted para decirlo! ¿Es sólo querida..... porque usted la quiere? No es usted correspondido?

Gabriel. No sé; aspiro á serlo.....

Condesa. Es natural. Hermosa?

Gabriel. No diré yo tal en presencia de quien las eclipsa á todas.

Condesa. Gracias por la galantería.

Gabriel. Pero basta que me lo parezca á mí.....

Condesa. Oh! y sin duda lo será. Yo le tengo á usted por hombre de gusto. Un artista!..

Gabriel. Pero á usted ¿qué le importa..... Quizá soy demasiado impertinente.....

Condesa. (Y yo curiosa en demasía.) No tal. Pero no será esa deidad muy esquiva, cuando se deja retratar.

Gabriel. Se deja, y no se deja

Condesa. Qué enigma es ese?

Gabriel. Retratándola, cometo una especie de robo.....

Condesa. Cómo!....

Gabriel. Porque lo hago sin su explícito consentimiento.

Condesa. Mal hecho! Las facciones del prójimo son una propiedad sagrada.

Gabriel. ¿No me ha de ser lícito el copiarlas en un papel, y para mí sólo, si ya las tengo grabadas en el corazon?

Condesa. (La respuesta es concluyente, y yo la he merecido.) Pero ¿cómo no ha procurado usted obtener su beneplácito..... ¿Será por ventura alguna alta *notabilidad*, como ahora se dice?

Gabriel. Lo es en cierto modo, mas no porque la haya mimado la fortuna.

Condesa. Como es ciega, reparte sin discernimiento bienes y males, satisfacciones y penas.

Gabriel. La dibujo á hurtadillas.....

Condesa. Á la fortuna?

Gabriel. Á Narcisa.

Condesa. Bonito nombre!

Gabriel. Y luégo á solas hago en mi casa el retrato al olio, que ya está muy adelantado.

Condesa. Más que el mio, sin duda..... (Ah! Qué estoy diciendo?)

Gabriel. Señora.....

Condesa. Oh! no crea usted que yo me ofendo..... Tendria curiosidad de conocer, aunque no fuese más que en pintura, á esa maravilla.

Gabriel. Conmigo llevo el dibujo; pero es un trasunto muy imperfecto del original, y no conociéndola usted......

Condesa. No obstante, veamos.....

Gabriel. [*Sacando un dibujo y mostrándoselo á la Condesa.*] Mire usted.....

Condesa. Linda cara! ¡linda y graciosa en extremo!

Gabriel. Pues si eso dice usted de tan informe bosquejo, ¿qué diria.....

Condesa. Eh?

Gabriel. [*Cortado.*] Nada; es favor que usted me....; que usted le.....

Condesa. No se turbe usted. No hay motivo...

Gabriel. Á mí me puede engañar la pasion...

Condesa. (Ya lo va enmendando!) [*Tomando el retrato y poniendo más atencion en él.*] Pero este rostro no me es desconocido. ¿Dónde he visto yo..... Ah! sí, sí; esta es la hermosura que tanta celebridad va adquiriendo en Madrid..... *¡La niña del mostrador!*

Gabriel. Sí, señora.

Condesa. ¡Y en semejante criatura ha puesto usted sus ojos!

[*Le vuelve el dibujo y él lo guarda.*]

Gabriel. Por qué no?

Condesa. ¡Una mujer que vive de darse en espectáculo á todo el mundo, en un café!

Gabriel. Pero su modestia, seguro indicio de la pureza de su alma, su habitual melancolía, alguna lágrima que he sorprendido en sus párpados....; todo me dice que está allí contra su voluntad.

Condesa. Bien puede ser, sí; aunque mucha virtud se necesita para..... Basta; no soy inclinada á pensar mal de nadie. Pero de todos modos mire usted bien lo que hace.... Ya volveremos á hablar de ella otro dia, sí?; y yo creo que no le serán á usted inútiles los consejos de una amiga desinteresada.

Gabriel. ¿Cómo dudarlo cuando tanto debo á la generosidad de usted?

Condesa. No se hable de eso. ¿Vamos á continuar mi retrato?
Gabriel. Con mucho gusto.
Condesa. Pero ¡cuidado! No vaya usted á confundirme con la otra.
Gabriel. Señora.....
Condesa. Mucho ganaria yo, en verdad, con que usted me prestase, por distraccion, alguno de sus atractivos.
Gabriel. Oh! usted no necesita.....
Condesa. Pero, tal como Dios me ha hecho, quiero..... lo que pocas; que me retrate usted fielmente: quiero ser yo.—Ah! con nuestro largo coloquio, olvidaba..... He mandado venir á mi apoderado, y le espero de un momento á otro.
Gabriel. Bien; vendré á otra hora, ó mañana.....
Condesa. No; haré por despacharle pronto. Entre tanto, si tiene usted algo que retocar en el ropaje, en el fondo.....
Gabriel. En efecto..... Voy, con permiso de usted.....
Condesa. Hasta luégo.

[*Se va Gabriel por donde vino. La Condesa abre la puerta del foro.*]

ESCENA VIII.

LA CONDESA.

Aunque la cara de la moza es para prendar á cualquiera, paréceme que el pobre Gabriel obra con poca cordura en dejarse dominar así por una ciega pasion, y sería lástima por cierto..... Pero ¡alto aquí, pensamiento mio! y vamos á cuentas. Pudiera muy bien mezclarse á mi caridad cristiana algun tanto de..... ¿De qué diré? De preocupacion?.... de egoismo?.. de amor acaso? No. Qué locura!.... Pero ello es que de buena gana le hubiera yo excusado la confianza que me ha hecho. Ah! no, no; ántes se la debo agradecer, si en efecto peligraba la libertad de mi corazon. Por dicha, es tiempo aún de defenderla y dar á este naciente cariño la direccion que cumple á mi sosiego y á mi decoro.
Gregorio. [*Á la puerta del foro.*] El señor don Faustino. [*Se retira.*]

ESCENA IX.

LA CONDESA. D. FAUSTINO.

Condesa. Adelante, amigo mio.
Faustino. Á los piés de usted.
Condesa. Sentémonos. [*Se sientan.*] Siento haber incomodado á usted.....
Faustino. Á mí? De ninguna manera. Mi deber es apresurarme á cumplir las órdenes de mi ilustre poderdante.
Condesa. Gracias. Le llamo á usted para decirle que estoy resuelta á comprar esa casita medianera.
Faustino. En un precio tan exorbitante!
Condesa. Tiene ventanas á mi jardin..... No quiero registros.
Faustino. Pero, señora, poseyendo un palacio, ¡ha de codiciar usted ese tugurio!
Condesa. Por lo mismo que habito un palacio, deseo que tenga todas las condiciones de tal. Ya que no sea todo él de mármol, que harto lo siento, quiero vivir con holgura. Necesito una manzana para mí sola.
Faustino. Es mucho.....
Condesa. Orgullo iba usted á decir, eh? Pues no lo es; que ni en mi casa ni fuera de ella desdeño el trato de ninguna persona honrada, por humilde que sea; pero gusto de vivir con toda comodidad, y miéntras pueda hacerlo sin daño de tercero y sin entramparme.....
Faustino. Con todo, debe usted reflexionar...
Condesa. ¿He de imitar yo á esos ricachos de antuvion que, contando las fincas á docenas, no se atreven á reservarse una para su vivienda?
Faustino. Pido la palabra para una alusion personalísima.
Condesa. No lo digo por usted, señor don Faustino. Usted á lo ménos, no la echa de personaje.....
Faustino. Ni quiero, ni lo soy. Buena gana!..
Condesa. Usted es un bendito..., una especie de filósofo.....
Faustino. Sí, á mi manera.
Condesa. En fin, hoy compro la casa.
Faustino. Para demolerla mañana!
Condesa. Eso mismo.
Faustino. Pero ¿está usted en su juicio? ¡Cinco mil duros por una casuca que apénas tendrá de terreno mil piés superficiales!
Condesa. No se canse usted: es cosa decidida.
Faustino. Pero, siquiera, véala usted primero. Yo tambien la administro.....
Condesa. La veré, sólo por complacer á usted; pero es excusado..... ¡Sobre que la he de echar abajo!
Faustino. Quizá no sea necesario; ¿y quién sabe si viéndola mudará usted de parecer?
Condesa. No lo creo.
Faustino. ¡Qué lástima de dineral tan mal empleado!
Condesa. Oh! ¿Y lo estará mejor el que usted atesora y guarda con cien llaves?
Faustino. Qué! ¿serán reprensibles á los ojos de usted la prudencia y la sobriedad?.. ¿De cuando acá no ha sido la economía una virtud y el lujo una calamidad?

Condesa. ¿Tambien usted es de los que declaman contra el lujo, y tiene por réprobos á todos los que gastan con garbo y esplendor lo que es suyo?

Faustino. ¿Y quién duda que el lujo estraga las costumbres.....

Condesa. ¡Cómo.....

Faustino. No sé dé usted por aludida: todas las reglas tienen excepciones.....

Condesa. Qué vulgaridad! Por todos los caminos sabe el demonio salirnos al encuentro. Ni yo sostendré que el lujo sea una virtud; pero puede ser muy disculpable para con Dios, y muy meritorio para la humanidad. Con él se fomentan las artes, circula el numerario y se da de comer á muchas familias, que perecerian si todos los ricos diesen en ser tan cautos y tan económicos como quiere usted que lo sean.

Faustino. Todo extremo es vicioso, señora Condesa. No crea usted que yo lo guardo todo..... Hago algunas limosnas.....

Condesa. Yo tambien, y es cosa muy santa; pero en general las tengo por ineficaces..., y hasta nocivas más de una vez. Si cuantiosas, halagan la ociosidad; si mezquinas, á nadie remedian, y ántes suele obtenerlas el vicioso importuno, que el verdadero necesitado.

Faustino. Pero basta la buena intencion.....

Condesa. Usted dirá lo que quiera, y si es menester traerá en apoyo de su opinion cien textos venerables, pero digo y sostengo que el lujo, como yo le entiendo, está muy léjos de ser una abominacion, que es inevitable en la culta sociedad, y que despues de la de Dios, es la providencia de los pobres.

Faustino. Por lo ménos, es un caballero muy atildado, muy brillante, muy rumboso; y la avaricia de que usted me reprende, una dueña astrosa, huraña, insociable y puerca.

Condesa. Oh! yo no he dicho.....

Faustino. Así nos la pintan, y así es por lo regular; pero la mia.....

Condesa. Usted no necesita justificarse.....

Faustino. Y lo pretendo por ventura? Sí, señora, soy avaro: ¿por qué he de negarlo? Pero mi amor al dinero no es un vicio sórdido y despreciable, sino una pasion íntima, vehemente...., sublime. Yo no he acumulado mi oro con usuras, ni bajezas, ni delitos. Lo he adquirido con el sudor de mi frente, un duro tras de otro, y á expensas de mi regalo, de mi sueño y de mi salud. Como bien de tan subido precio—¿y para quién no lo tiene?—como ganado á tanta costa, le trato con religioso respeto, con pudoroso cariño; en fin, como el más pulcro y rendido galan á la más honesta dama.

Condesa. Qué dice usted? ¡Cómo á una dama!....

Faustino. Sí, señora; ¿y hay objeto más digno de ser amado que ese precioso metal? ¿No es la metáfora más general y más apropiada de que nos servimos cuando queremos ponderar la bondad de una cosa ó el mérito de una persona? ¿No oimos decir á cada momento: limpia como el oro, pura como el oro, eso es oro molido, vale más oro que pesa, no lo daria por todo el oro del mundo, oros son triunfos, *domus aurea*..... Sí, sí; soy avaro, y con entusiasmo, con delirio.—Pero tengo conciencia, y nunca me ha tentado esa vil y detestable codicia que á otros atosiga; por ejemplo, al dueño de la finca en cuestion. Si yo fuese tan ruin como él, hubiera admitido el diez por ciento que usted me ofreció por administrarle su patrimonio; y bien ve usted que me contento con el tres, porque las rentas son pingües, saneadas, y no vale más mi trabajo.

Condesa. Se ha visto hombre más original?

Faustino. Más digo; de balde lo haria por lo buena y lo amable que es usted. ¡Así no fuera tan despilfarrada!

Condesa. Gracias, mi buen amigo.

Faustino. Pero mi oro de mi alma se me quejaria si le privase de un legítimo incremento, y á mí me gusta verle crecer, crecer..... Porque sólo de una manera puede aumentarse la belleza del oro.

Condesa. Cómo?

Faustino. Siendo mucho.—Y sin embargo, y aunque le parezca á usted increible, hay tal vez en mi corazon un fondo inagotable de ternura.

Condesa. ¿Será posible.....

Faustino. Pero á falta de una mujer que lo cautive, ó de un amigo digno de este nombre...., ¡algo he de amar!

Condesa. Pero ni parientes siquiera.....

Faustino. Tengo pocos, y no los he tratado; y como he viajado tanto, no sé donde paran, ni me importa mucho; porque huérfano y desvalido desde mi adolescencia, á ninguno de ellos he tenido que agradecer una sed de agua. Sin embargo, cuando establecí casa de giro en Santander, acogí en ella á un sobrino, huérfano tambien; pero no quiso seguir como yo la carrera del comercio; se lo reprendí; se atufó; tomó el portante, y no he vuelto á saber de él desde entónces.

Condesa. Es extraño haber llegado usted á la edad madura sin que le haya agradado ninguna mujer.

Faustino. Sí tal; amores tuve en mi juventud, pero..... ¡no fuí dichoso en ellos!.., y por lo mismo..... [*Levantándose.*] Diré pues al dueño de la casa.....

Condesa. [*Levantándose.*] Que me quedo con ella.

Faustino. No por cierto: no nos precipitemos.

Bastará decirle que no están ustedes muy distantes de entenderse; que espere un par de dias la resolucion de usted; que verá usted la finca y la reconocerá un arquitecto.....

Condesa. Bien, como usted quiera.

Faustino. El caso es que aquel miserable vive léjos, y mi casa no está muy cerca. Si me permitiera usted escribirle aquí.....

Condesa. Por qué no? Ahí tiene usted lo necesario..... Yo voy á mi tocador..... Esta tarde iré á ver la casa.

Faustino. Muy bien: así lo prevendré á los inquilinos. Á qué hora?

Condesa. Á eso de las cinco.

Faustino. Yo haré por estar allí.....

Condesa. Tanto mejor. Hasta luégo. Ya ve usted que le trato con confianza.

[*La Condesa entra en la misma pieza de donde salió: D. Faustino la saluda con una reverencia y se sienta á escribir.*]

ESCENA X.

D. FAUSTINO.

«Señor don Nicomédes Corpa. Muy señor mio.» — Capricho más extravagante! [*Sigue escribiendo en silencio.*] En vez de alquilar, como debia hacerlo, las cuatro quintas partes de este inmenso caseron..... [*Vuelve á escribir.*] Vanidad! locura!.. [*Escribiendo y hablando.*] Su seguro servidor que sus manos besa, Faustino Sanz.» — Cerremos la carta. [*Lo hace.*] Y el otro bribon, que se aprovecha..... El sobre.... [*Lo escribe.*]

ESCENA XI.

D. FAUSTINO. GREGORIO.

Gregorio. Señor don Faustino.....

Faustino. [*Levantándose.*] Qué hay?

Gregorio. Su criado de usted trae esta carta... [*Muestra una.*]

Faustino. ¿Y habia tanta prisa de.....

Gregorio. Como el sobre dice, urgente.....

Faustino. (Urgente! ¿De quién será...) Venga pues, y que lleve esta otra á su destino.

[*Toma la carta que trae Gregorio y le da la que acaba de escribir.*]

ESCENA XII.

D. FAUSTINO.

Veamos. [*Abre la carta y lee.*] «Señor don Faustino Sanz. Muy señor mio: Una persona que se interesa mucho por la honra y la tranquilidad de usted, aunque no tiene el gusto de tratarle.....» Qué es esto? «Viéndole al borde del abismo, ha resuelto por caridad arrancar de sus ojos la venda que le ciega. Si no quiere usted ser víctima de la intriga más execrable, renuncie á la mano de la Condesa....» — ¿Cómo á su mano? — «Y guárdela Su Excelencia, si áun tiene un resto de pudor, para el galan con quien en dulce y secreta intimidad...» Gran Dios! «Se burla de la credulidad de usted, y se prepara á derrochar alegremente en pocos meses lo que ha ahorrado usted en tantos años.» — Será posible?.... Nadie firma..... ¡La Condesa amores ocultos!.... ¡la Condesa proyectos tan vergonzosos!... Por lo que hace á mí ha errado el golpe el piadoso anónimo. ¿Y no pudiera engañarse, ó mentir lo mismo en lo demas? Sí, sí. Calumnia! infamia!.... Es preciso que ella lo sepa, y al momento, para que averigüe quién es el villano detractor y lleve su merecido. — [*A la puerta del tocador.*] Condesa! Señora Condesa!

ESCENA XIII.

D. FAUSTINO. LA CONDESA.

Condesa. ¿Quién llama... Ah! ¿qué ocurre...

Faustino. Una iniquidad horrible. Vea usted lo que han tenido la avilantez de escribirme.

Condesa. Pero yo.....

Faustino. Lea usted, léa usted!

[*Toma la carta la Condesa y lee para sí.*]

(¡Que ha de haber manos para eso, Dios mio!)

Condesa. Cielos!....

Faustino. Excuso decir á usted que yo no creo tan negras imposturas.

Condesa. Alma baja! índole perversa! ¡ruin venganza!

Faustino. Es muy justa la indignacion de usted.....

Condesa. Mi indignacion? Honraria con ella á tan cobarde adversario. No; sólo me inspira desprecio y repugnancia.

Faustino. Con todo, examine usted la letra, y quizá descubra......

Condesa. Es inútil. El traidor se habrá valido de otra mano, ó habrá disfrazado la escritura. Mejor es hacer pedazos este inmundo libelo. [*Rompe la carta y tira los pedazos.*]

Faustino. Mal hecho! Yo conservaria el cuerpo del delito.....

Condesa. Para qué? Confío en que no quedará impune sin que yo persiga al reo, aunque sospecho quién puede ser. No se elude y escarnece la justicia de Dios como la de los hombres.

Faustino. En verdad es incomprensible un placer tan solitariamente necio como el de injuriar así al prójimo.

Condesa. Para darle tal vez un triunfo cuando se le queria dar una pesadumbre. Dígalo yo, que veo con singular satisfaccion el calor con que usted defiende mi reputacion contra los tiros del resentimiento y la envidia.

Faustino. Hago lo que debo.....

Condesa. Y sin embargo, ha de saber usted, amigo mio, que si el orígen de la aleve carta ha sido algun chisme doméstico, fundamento ha habido para él.

Faustino. Cómo!....

Condesa. Sí, señor, y á fe que me está bien empleado lo que me pasa por mi ligereza y mi irreflexion.

Faustino. ¡Señora......

Condesa. Como usted lo oye. Yo recibo secretamente á un jóven...., y por cierto de muy gentil presencia.

Faustino. Oiga! ¿Conque.....

Condesa. Pero no es un amante.

Faustino. Ah! ya comprendo. Algun hermano.....

Condesa. Tampoco.

Faustino. Algun proscrito.....

Condesa. Nada de eso. Un pintor de mucho talento, á quien he mandado hacer mi retrato.

Faustino. En sesion secreta!

Condesa. Pues; para regalárselo á mi mamá, sorprendiéndola con él pasado mañana, que son sus dias.

Faustino. La causa de ese misterio es plausible; pero.....

Condesa. En la última exposicion vi un cuadro, á mi parecer de mucho mérito, y tambien á juicio de personas más inteligentes que yo, aunque colocado, como de artista sin nombre, en lugar subalterno y á mala luz. Un amigo me hizo conocer al autor, le compré el cuadro en lo que quiso pedirme por él.....

Faustino. Siempre manirota!

Condesa. Como me propuse desde luégo protegerle, le encargué, como he dicho, mi retrato, y lo hace reservadamente, no sólo porque mamá no sepa nada hasta que lo vea concluido, sino porque me prometo que todos mis amigos y relacionados han de admirar la obra, y atribuirla quizá á alguno de nuestros primeros pintores, contribuyendo así á la celebridad del verdadero artista.

Faustino. Ah Condesa! Tiene usted un corazon..... ¡de oro!

Condesa. Ahora confieso que he errado, aunque con la mejor intencion, y quiero enmendarme. No más misterios. Tarde ó temprano mi protegido se hará lugar, lo espero, entre los conocedores, sin darlo yo á que me desuellen viva los necios y los malvados.

Faustino. Bien, señora! Apruebo.....

Condesa. Va usted á conocer á mi ahijado. [*Abriendo la puerta del tocador.*] Venga usted.....

ESCENA XIV.

D. FAUSTINO. LA CONDESA. GABRIEL.

Gabriel. Señora..... ¿Qué veo!

Faustino. Gabriel!

Gabriel. Tio!

Condesa. Cómo! ¿Es este.....

Faustino. Sí, el sobrino de que hablaba á usted hace poco.

Condesa. Y no le recibe usted en sus brazos?

Faustino. Ya ve usted que él tampoco se da mucha prisa á abrirme los suyos.

Condesa. Eh! abrácense ustedes, y no más rencores.

Gabriel. Porque usted lo manda.....

Faustino. Porque usted no diga..... [*Se abrazan con tibieza.*] Si nos separamos, fué por culpa suya.

Gabriel. Así será, pero no tengo motivo para arrepentirme.....

Faustino. Yo no le eché de mi casa.

Gabriel. Cierto, pero me fuí, porque en ella hubiera muerto tísico.

Faustino. No quiso seguir la carrera del comercio.....

Gabriel: ¡Sí, desde hortera, sujetándome á barrer la tienda y á otras mecánicas.....

Faustino. Así lo hice yo, y soy tan bueno como tú. Oiga!....

Gabriel. No era esa mi vocacion, sino la de artista. Mis pensamientos eran más elevados.

Faustino. Pues ya!, y más románticos.

Gabriel. Para usted mismo, hombre acaudalado y sin hijos, era indecoroso el noviciado á que quiso sujetarme.

Faustino. Oh! sí; mejor hubiera hecho en mimarte y regalarte como al hijo de un personaje.....

Gabriel. Quién dice tal?

Faustino. Estos jóvenes del dia quieren que todo se lo den cocido y amasado.

Gabriel. Yo no.....

Faustino. Todo ménos trabajar.

Gabriel. ¿Y de qué aspiro yo á vivir, sino de mi trabajo? ¿Le he pedido á usted nada en siete años de ausencia?

Faustino. En verdad que no, y te lo agradezco mucho.
Condesa. Don Faustino!....
Faustino. Pero ¡ni una mala carta!
Gabriel. Ni creí que las echase de ménos mi caro tio, ni me sobraba el dinero para franquearlas como hubiera sido forzoso para que usted las quisiese recibir.
Condesa. Gabriel!.... ¡Por Dios..... Nadie diria que son ustedes tio y sobrino.
Faustino. No congeniamos.
Condesa. Pero pongan ustedes término á las pullas y á las reconvenciones, siquiera porque yo se lo ruego.
Gabriel. Ah! sí; perdone usted.....
Faustino. ¿Y cómo te has gobernado para llegar á ser en tan pocos años un pintor sobresaliente, segun me dice esta señora? Verdad es que ya eras buen dibujante.....
Gabriel. Cómo? Frecuentando, á costa de mil privaciones, las mejores escuelas de España y del extranjero; viajando á pié por montes y valles y arrostrando soles y nieves para estudiar la naturaleza; ganando á veces el pan como cavador ó como peon de albañil, miéntras no pude ganarlo con mis lápices y mis pinceles; dándome, en fin, aliento y perseverancia mi ardiente fe, mi inflexible voluntad, y mi confianza en la Providencia divina.
Condesa. [*Dándole la mano.*] ¡Bien, amigo, bien! Eso es ser hombre, eso es ser artista.
Faustino. [*Apretando tambien la mano á Gabriel.*] Bravo! Tienes un corazon entusiasta como el de tu tio; aunque habiendo seguido otro rumbo te luciria más el pelo. Tanto mejor si ya puedes bandearte por ti sólo; pero, basta que esta señora te estime y proteja, para que yo, olvidando rencillas, te ayude con mucho gusto en lo que pueda. Cuenta desde hoy con la puchera y ropa limpia.
Gabriel. Gracias. Usted seguirá las horas canónicas del antiguo régimen, y los artistas aborrecemos todo lo que sea campana, sujecion, disciplina.
Faustino. Mi casa es reducida, un entresuelo....; lo que basta para mí; pero veré de acomodarte.....
Gabriel. Lo estimo en el alma; pero es excusado que usted se moleste. Yo necesito luz, espacio, aire..... Un entresuelo! Eso es vivir entre renglones, en cuclillas..... Prefiero mi sotabanco sobre ciento diez y siete escalones.
Faustino. Pues ya! la elevacion de tus pensamientos..... Lo ve usted, Condesa? No se puede hacer bien; no se puede querer á nadie en este mundo.—Pues, hijo mio, vive á tus anchas; ó por mejor decir, á tus altas, y buen provecho. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

ESCENA XV.

LA CONDESA. GABRIEL.

Gabriel. Le pido á usted mil perdones, señora Condesa, por la parte que me ha cabido en escena tan desagradable; pero ¿qué le hemos de hacer? Cuando nacemos no nos dan á elegir los padres, y por consiguiente, tampoco los tios.
Condesa. Es único en su especie el bueno de don Faustino; pero á bien que no ha de llevarse á la tumba sus tesoros.
Gabriel. Eh! qué me importa? El único tesoro á que yo aspiro.....
Condesa. Es la niña del mostrador.
Gabriel. Ah! Sí..... Y hoy no la he visto todavía, y áun tengo que ir á asearme..... Si usted me permitiera.....
Condesa. (Oh!) Sí, ya es tarde, y yo tambien tengo que hacer. [*Tira del cordon de la campanilla.*]
Gabriel. Corta ha sido hoy nuestra sesion.
Condesa. Mañana desquitarémos el tiempo perdido.

ESCENA XVI.

LA CONDESA. GABRIEL. GREGORIO.

Condesa. El sombrero del señor.
Gregorio. (Ah!)
Condesa. En mi tocador.

ESCENA XVII.

LA CONDESA. GABRIEL.

Gabriel. Pues ¿cómo.....
Condesa. Se descubrió nuestro inocente secreto.
Gabriel. [*Besando la mano á la Condesa.*] Adios, mi bella madrina.

ESCENA XVIII.

LA CONDESA. GABRIEL. GREGORIO.

Gregorio. [*Volviendo con el sombrero.*] (Ah!)

[*Gabriel toma el sombrero, saluda y se va por el foro.*]

Condesa. [*Á Gregorio.*] Vete.
Gregorio. [*Yéndose.*] (Oh!....)

ESCENA XIX.

LA CONDESA.

La niña del mostrador!.... [*Breve pausa.*] Y podrá ser feliz con ella?.... ¡Una lágrima....! [*Enjugándose los ojos.*] ¡Oh Dios mio!.... ¿Será de compasion...., ó de despecho? No, no; yo deseo cordialmente su ventura. [*Alzando los ojos.*] Acordádsela, Señor, tan cumplida como merece; pero no á costa de la mia. Sacad triunfante mi razon de esta lucha. Apagad, que vos todo lo podeis, esta naciente llama, ó templadla de suerte, que pueda yo querer á ese jóven sin sonrojarme, y verle en brazos de otra sin aborrecerle. [*Vuelve á su tocador.*]

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un café. Puerta en el foro, que es la que da á la calle: otra á la izquierda, cerca de un mostrador donde habrá botellas, vajilla, etc.: en el mismo lado, cerca del foro, otra puerta, que guia á la cocina y á la repostería, y por donde entran y salen los mozos cuando tienen que servir bebidas heladas ó calientes. En el mostrador se sirven los licores, bizcochos y azucarillos. Á la derecha otra puerta, que conduce á la pieza de billar y otras. Á la parte de adentro del mostrador, habrá un elegante sillon destinado á Narcisa, y cerca de él una modesta butaca, que D. Pancracio ocupará cuando no tenga que levantarse para cumplir algun pedido de los mozos.

ESCENA I.

D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

[*Al levantarse el telon aparece D. Pancracio sentado en su butaca; Ruperto, Lúcas é Isidro de pié, en el proscenio, con paños de lienzo al hombro: otro mozo está sirviendo helados á dos concurrentes, que tambien aparecen sentados á una mesa: en otra juegan al dominó dos pacíficos y taciturnos ciudadanos: D. Martin se entretiene más allá leyendo un periódico. Durante la primera escena entran algunos concurrentes más, de los cuales, unos pasarán á las piezas de la derecha, y otros se situarán en la que figura el escenario. Tambien se dejará ver y recorrerá las mesas un chicuelo vendiendo fósforos, jabones de olor y otras baratijas, desapareciendo luégo por lo interior y volviendo á la escena* ad líbitum. *Por último, otros personajes mudos entrarán y saldrán durante el acto, como lo disponga el director de escena.*]

Lúcas. Pocos parroquianos tenemos hoy todavía.

Isidro. Aún es temprano. Hasta cosa de las dos no empieza esto á animarse.

Ruperto. No hace muchos dias que ni á esa hora ni á ninguna entraba aquí apénas alma viviente; como que yo sólo bastaba y sobraba para dar avío á todo; pero desde que tuvo don Pancracio el feliz pensamiento de traer aquí á la bella Narcisa, para ponerla de prespetiva..... y así, como si dijéramos de portagonista del mostrador, los cuatro mozos de aquí y los tres de adentro somos pocos aún para servir á tanta gente.

Isidro. Lo que vale un buen palmito!

Ruperto. Á todos nos ha tenido cuenta. El amo, ¡mirad qué orondo está y qué satisfecho en su poltrona!, y nosotros vamos haciendo nuestro agostillo con las propinejas, amén de otras aldealas..... Ayer domingo vendí yo solo dos cajones de cigarros.

Lúcas. Sólo ella, la portagonista, como tú dices, parece que mira..... así, con indiferencia, por no decir con repugnancia, su mucho mérito y su alta posicion.

Isidro. En efecto, me parece que no es para el paso. Muy bonita, eso sí; pero tan séria, tan parada?... Cobra, baja los ojos, se pone hecha un ascua cuando le dicen algun requiebro....; y pare usted de contar. Así, bien podrá hacer la fortuna de don Pancracio; pero la suya propia, harto será!

Lúcas. Es que la infeliz, se conoce que viene de muy mala gana.

Ruperto. Qué sabes tú?

Lúcas. Á la legua se conoce que su padre la trajo aquí, quieras que no, por la chupamelona de los cincuenta reales diarios que se embolsa, el muy judío, sin contar los almuerzos de grátis, y café y sorbetes y ponche á discrecion.

Ruperto. Y qué mal hay en eso? Ella le gana sin trabajo ese dineral, y además se ve ausequiada y adorada por la nata y flor de los elegantes. Verás cómo el dia ménos pensado saca novio.....

Isidro. Sí, novio!

Lúcas. Pero ¿es posible que un padre especulice así con su hija? Eso es cosa que estremece.

Ruperto. Ca!

[*Han entrado y sentádose otros varios sujetos, y uno de ellos da un golpe sobre la mesa.*]

Isidro. Allá voy.

[*Escena mímica entre Isidro y el que ha llamado, figurando que éste pide algo. El mozo va en seguida al mostrador, tiene otra escena semejante con D. Pancracio, le paga anticipadamente lo que recibe, y vuelve con ello á servir á dicho parroquiano. Juegos mudos por este estilo se ofrecerán de cuándo en cuándo hasta las últimas escenas del acto.*]

Lúcas. Cómo! Pues.....

Ruperto. Pasa por padre, pero no lo es de nativitate. Quiero decir.....

Lúcas. Sí! Ya me figuraba yo..... ¿Si la habrá alquilado el señor Bernardo para luégo subarrendarla al amo? No lo extrañaría, porque se ven tales industrias en Madrid...

Ruperto. Nada de eso. Él y su difunta mujer de él la recogieron y aprohijaron cuando estaba en mantillas.

Lúcas. Calla, hombre! ¿Conque.....

Ruperto. Es toda una historia. El mismo Bernardo me la contó un dia.....

Lúcas. Dime, dime......

Ruperto. Entre dos luces.....

Lúcas. Al anochecer, sí.

Ruperto. No; no era el dia, sino Bernardo, el que estaba entre dos luces.

Lúcas. Ya.

Ruperto. Pues me contó..... Pero no lo digas á nadie.

Lúcas. Pierde cuidado: no saldrá de este pecho.

Ruperto. Es el caso que él y su mujer, mercaderes ambulantes, viniendo á Madrid con sus lienzos, y atravesando al rayar el alba un pueblo de esta comarca, acertaron á ver en la puerta de la iglesia una criatura abandonada; ó por mejor decir, la oyeron llorar, y acudieron, y les dió lástima, y la recogieron, y continuaron con ella su camino.

Fosforero. Cerillas finas. Pastillas de olor.

Lúcas. Bien hecho: aquello fué una obra de caridad, pero esto.....

Ruperto. Es de advertir que la mujer habia perdido el dia ántes su cria de ella, que fué buena casualidad.....

Lúcas. No; di que así lo dispuso la Providencia.

Ruperto. Pues, como iba diciendo, se la trajeron consigo á Madrid, y á causa de no haber vuelto á tener hijo ninguno aquella buena mujer, la tomó cariño; y como nadie hasta la presente les ha reclamado la niña, la criaron y adoctaron como hija; y por cierto que miéntras vivió la honrada lencera se sacrificó y se desvivió por educarla como á una señorita; y con fruto, porque la chica ha sacado un talento.....

Lúcas. Qué excelente mujer!

Ruperto. Pero Dios se la llevó, hará unos dos años, cuando la huérfana era ya mocita.

Lúcas. Eso me aflige, como soy Lúcas.

Ruperto. Bernardo, que la respetaba, porque era mujer de mucho gobierno y de más chirúmen que él, tenía un poco á raya sus vicios miéntras aquella vivió; pero despues se dió á la holgazanería, al juego....; disipó en poco tiempo todo lo ahorrado; vendió hasta los muebles.....

Lúcas. Sí, ya sé que era un perdido.

Ruperto. Llegó pues al extremo de no tener ausolutamente con que mantener á Narcisa; y á mí me costa el saberlo, porque en el billar de trueno donde serví ántes de venir á este café, le vi perder el último ochavo. Ahora bien, ¿la habia de plantar en la calle?

Lúcas. Eso no!

Ruperto. La habia de poner á servir?

Lúcas. ¿Qué sé yo! Ménos malo hubiera sido eso.

Ruperto. Pues! condenar á la escoba y al estropajo aquellas manos delicadas; servir la que puede ser señora; ganar un miserable salario, pudiendo nadar en oro si ella quisiera..... Quita allá! Tú no eres de este siglo.

Lúcas. Sí soy; pero.....

Ruperto. Y, vamos, ¿á ti qué te va ni te viene..... Tú no la has sacado de pila.

Lúcas. Con todo.....

Ruperto. Y en fin, cada uno hace de su capa un sayo; y para algo ha criado Dios las muchachas bonitas; y cuando pasan rábanos.....

Martin. Mozo!

Ruperto. Allá voy.

[*Golpean en otra mesa.*]

Lúcas. Voy al instante.

[*Acuden Ruperto y Lúcas adonde los llaman.*]

Martin. Candela.

Ruperto. Bien está.

Lúcas. Al momento.

[*Vuelve luégo á servir cerveza y agua de limon en la mesa adonde ha acudido.*]

ESCENA II.

NARCISA. D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

[*Narcisa llega por la puerta de la izquierda más próxima al proscenio, vestida con lujo extremado, de manga corta y flores en la cabeza. Todos los concurrentes, ménos D. Martin y los que juegan al dominó, fijan su atencion en ella y cuchichean entre sí. D. Pancracio y Narcisa hablan á media voz.*]

Pancracio. Hola! Es usted, señorita!
Narcisa. Buenos dias.
Pancracio. Tardes dirá usted.
Narcisa. Bien; buenas tardes.
Pancracio. Mucho nos escatima usted esa linda cara.
Narcisa. No he podido venir ántes.
Pancracio. Hum! Parece que la niña se nos va haciendo un poco remolona.
Narcisa. (Dios mio!....) No ha sido voluntaria mi detencion.
Pancracio. Habrá sido quizá causa de ella el señor don Bernardo.
Narcisa. No, señor.
Pancracio. Pues á fe que bien listo anda para cobrar el *cum quibus*.
Narcisa. Don Pancracio!.....
Pancracio. Ya le diré yo que eso no es lo tratado.
Narcisa. (Oh rubor!) No hay que achacar ni á mí ni á él mi tardanza, sino á usted mismo.
Pancracio. Cómo!
Narcisa. Ha querido usted que hoy estrenase otro vestido.....
Pancracio. ¡Ahí verá usted si soy espléndido y generoso!
Narcisa. Y he estado esperando á la modista.....
Pancracio. Tambien le diré yo á esa madama cuántas son cinco.
Narcisa. Ah! si de mí dependiera, crea usted que no le haria yo esperar.
Pancracio. Gracias, perla. Vas siendo amable..... Así me gusta.
Narcisa. (Me tutea el villano!)
Pancracio. ¿Conque si por ti fuera, no te esperaria.....
Narcisa. No; porque no vendria ni temprano ni tarde.
Pancracio. Oiga! Esas tenemos? Apénas se da importancia el arrapiezo..... Pues no hay que engreirse tanto; que si ella no está satisfecha, no ha de faltar quien la reemplace.
Narcisa. Oh! si Dios oyera mis súplicas.....
Pancracio. Pero ántes nos veríamos las caras su padre y yo.
Narcisa. Ay! no; por la Vírgen santa.....
Pancracio. Y usted y él serian citados ante un juez.
Narcisa. Basta!....
Pancracio. Y veríamos si se elude así como quiera un contrato formal.
Narcisa. No más, don Pancracio! ¡Por Dios, no diga usted nada á mi padre! Se enfureceria contra mí, y tiemblo de imaginar..... No; perdone usted si le he dicho algo que pueda ofenderle. Dígale usted que soy obediente y sumisa; mas séame permitido exigir de quien no es mi padre, que utilice en buen hora mi resignacion; pero que no me humille; que harto humillada estoy ya!; que respete mi infortunio, ay! no merecido; que no lo haga mayor, en fin, arrastrándome á la desesperacion.
Pancracio. (¡Diablo, qué fervor y qué energía!) Bien, Narcisita, no hay que atufarse. (Y parecia una mosquita muerta!) En parte, tiene usted razon: yo no la he tenido para reprenderla..... Vaya, ¿no ocupa usted su sillon?
Narcisa. [*Llorosa y despues de un suspiro.*] Sí.
Pancracio. Pero esas lágrimas..... Ea, valor! ¿Qué van á decir las gentes.....

[*Narcisa se sienta en el sillon, y poco despues se encarga de la recaudacion, quedando al cuidado de D. Pancracio el servicio mecánico. Entran D. Policarpo y D. Marcial, y se sientan.*]

ESCENA III.

NARCISA. D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. DON MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Pancracio. (No conviene exasperarla, porque en un Madrid bien la podria suplir con otra tan bonita como ella; pero tan simpática, difícilmente.)
Policarpo. [*Dando un golpe en la mesa.*] ¡Muchacho! [*A D. Marcial.*] Elegantísima está hoy la niña del mostrador.
Isidro. [*Acercándose.*] Presente.
Marcial. Pero triste, como de costumbre, ojerosa.....
Policarpo. Un ponche á la romana. — Tú?
Marcial. Yo, una copa de ron.
Narcisa. (No ha venido todavía! ¿Qué le habrá ocurrido?)
Fosforero. Fósforos finos.
Marcial. Lo de triste es en ella condicional. Que venga el pintorcillo, y verás cómo se animan aquellos ojos modestamente velados por sus largas y negras pestañas; ve-

rás cómo sus labios, grave y pudorosamente fruncidos, abren paso á alguna blanda sonrisa, y tal vez á alguna seña furtiva. Ella afecta esa compostura inverosímil, *deplacée;* pero me atengo al refran: ¡no es oro todo lo que reluce!

Policarpo. Sin embargo, su mal disimulada predileccion por el oscuro artista, prueba á lo ménos que es desinteresada.

Marcial. Podrá serlo para con él; pero eso no obsta.....

Policarpo. Tambien nuestro amigo Joaquin ha dado en hacer cocos á la niña.

Marcial. Pero me parece que gasta la pólvora en salvas.

Policarpo. Lo malo es no tener otra cosa que gastar.

Marcial. Ya tarda.

Policarpo. Estará galanteando á la Condesa cuya mano solicita.

Marcial. Oh! él no pierde ripio.....

Policarpo. Chit..... Ya le tenemos en campaña.

[*Entra D. Joaquin y en seguida algunos otros concurrentes.*]

ESCENA IV.

NARCISA. D. JOAQUIN. D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS. D. POLICARPO. DON MARCIAL. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Joaquin. [*Encaminándose directamente al mostrador.*] (Hoy ó nunca.)

Marcial. [*Levantándose y saliéndole al encuentro.*] Eh!.... Aquí estamos. ¿Cómo es que te pasas de largo?

Joaquin. [*Bajando la voz.*] Déjame. Estoy en vena y voy flechado á acabar de flechar á esa pobrecilla. [*D. Marcial vuelve á sentarse.*] (Condesa inicua! El anónimo hará su efecto; pero eso no basta á mi venganza: es preciso ajar su amor propio con mi nueva conquista..... Manos á la obra.) [*Se acerca al mostrador.*] Bella Narcisa!

Narcisa. ¿Quiere usted que le sirvan algo, caballero?

Joaquin. Yo soy quien se honraria mucho siendo rendido siervo de tan perfecta hermosura.

Narcisa. Mil gracias por la lisonja.

Joaquin. No, alma mia, no es lisonja. Es usted el númen de este templo; todos la admiran; y yo, más sensible que todos...

Narcisa. Caballero..... (¡Que sufra yo esto, buen Dios!)

Joaquin. Desde el dia en que usted se apareció como astro luminoso, mi corazon enamorado.....

Narcisa. Dispense usted que le interrumpa. Yo no le he dado ocasion ni pretexto para producirse conmigo en esos términos; ni un mostrador es un templo; ni una cobradora asalariada puede ser un númen; ni por oir esas adulaciones dejaré yo de ser tan humilde como soy, y tan honrada como debo.

Joaquin. (Miren cómo se sacude! ¡y con cierta elegancia que me sorprende!) Usted no se hace justicia, prenda adorada.....

Narcisa. [*Dando á uno de los mozos la vuelta de una moneda.*] Sobran diez cuartos: tome usted.

Joaquin. ¿Por qué no han de inspirar esos divinos ojos una pasion sincera y vehemente?

Narcisa. Perdone usted: los mozos me esperan, y si usted me distrae, faltaré á mi obligacion. [*Despacha á otro mozo.*]

Joaquin. Ah! (Entiendo.) [*Bajando la voz.*] Ya veo que ciertas cosas no son para tratadas ante testigos.....

Narcisa. Cómo!

Joaquin. Pero es usted demasiado amable para negarme una cita.....

Narcisa. [*Con una mirada de indignacion.*] ¡Cita..... (Insolente!) Don Pancracio!

Pancracio. Qué hay?

Joaquin. (Ahora me acusa y alborota el cotarro.)

Narcisa. Este caballero es tan bondadoso, que pudiendo mandarnos desde una mesa, viene al mostrador á honrarnos con sus órdenes; pero yo no puedo servirle, porque tengo que atender á los mozos.....

Pancracio. Dice bien: lo primero es la cuenta y razon.

Narcisa. Y porque..... me habla en un lenguaje, que no sé si es griego ó aleman: ello es que yo no lo puedo comprender.

Pancracio. En aleman, señor don Joaquin? Pues ¿no es usted de Carmona?

Joaquin. Yo le diré á usted..... (Disimula: no pierdo la esperanza.) [*Pasa á colocarse enfrente de D. Pancracio.*]

Pancracio. (Algun chicoleo.....) Á ver qué cosa.....

Joaquin. Como ella, por lo visto, no ha oido nunca decir *kirchwasser*..... La he pedido una copa de *kirchwasser*.

Pancracio. Si no es más que eso, al momento va usted á ser servido.

[*Toma una botella, la destapa y de su contenido llena una copa, que Isidro sirve despues á D. Joaquin.*]

Joaquin. (Sólo falta que me desahucie tambien esa desventurada.) [*Va á sentarse con sus amigos.*]

ESCENA V.

NARCISA. D. JOAQUIN. D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS. D. BENIGNO. D. ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Benigno. [*Deteniéndose un poco para contemplar á Narcisa, y lo mismo harán D. Alberto y D. Remigio.*] (Deliciosa! fresca! *naïve!*.... Es un idilio.)

Remigio. (Qué prima dona si cantara!)

Alberto. (Qué tipo para un drama!)

[*Se sientan juntos.*]

Isidro. [*Acercándose.*] ¿Se ofrece algo, caballeros?

Alberto. Café con leche y tostadas de manteca.

Remigio. Yo, lo mismo.

Benigno. Yo, chocolate con ídem.

Isidro. Tardecito almorzamos hoy. (Ya se ve, poetas y músicos.....)

Alberto. Qué quieres decir con eso, gandul?

Isidro. Yo, nada..... Una ocservacion.....

Alberto. Necia.

Remigio. Disonante.

Benigno. Absurda.

Alberto. Cada uno almuerza cuando tiene gana.

Isidro. (Ó cuando tiene qué.) Yo no lo decia con malicia, sino que..... como no es la regla.....

Alberto. Los genios estamos reñidos con todas las reglas, principiando por las de Horacio y acabando por las de la higiene.

[*Vase Isidro y volverá luégo á servir lo que le han pedido.*]

Martin. (Bravo! Omer-bajá es todo un hombre; y si Schamil derrota, como suele, á los moscovitas entre los riscos y las breñas del Cáucaso.....)

Fosforero. [*A D. Martin.*] Jabon fino. Petacas de piel de Rusia.

Martin. Aparta, blasfemo, ó te denuncio por traficante de géneros ilícitos y contumaces. ¡Si fueran de piel de ruso.....

ESCENA VI.

NARCISA. D. FAUSTINO. D. JOAQUIN. D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS. D. BENIGNO. D. ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Faustino. (Detesto los cafés porque en ellos no se hace más que perder lastimosamente el tiempo y gastar el dinero en pócimas abominables; pero la sed me abrasa..... Cuánto ocioso!.... ¿Qué va á que no encuentro donde sentarme? Allí veo una mesa..... No calentaré mucho el puesto.) [*Se sienta frente al mostrador, cerca de él, y acude al instante Ruperto.*] Qué hay?

Ruperto. Fiambres, licores, vinos generosos, quesitos, sorbetes, salchichon.....

Faustino. Hum! Basta! ¡Qué cháchara infernal!

Ruperto. Como pregunta usted qué hay.....

Faustino. Como se me planta usted delante, sin haberle llamado, le he dicho: qué hay? Esto es, nó ¿qué hay en el café? sino ¿qué hay de comun entre usted y yo? ¿qué se le ofrece á usted?

Ruperto. Á mí nada.

Faustino. Pues á mí sí. Tráigame usted..... Pero ¡calle! yo conozco á este zanguango.

Ruperto. ¿Qué veo! Mi amo de márras..... (Sí, el tacaño de don Faustino.)

Faustino. Tú eres....; sí, tú eres aquel criado que despedí por sison.....

Ruperto. Calumnias.....

Faustino. Romualdo..... Ro..... Ruperto.

Ruperto. Servidor. (Sison! Ya hemos convenido en que sisar no es pecado; peor es ser tan cicatero como él, teniendo más oro que hay en las Californias.)

Faustino. ¿Qué haces ahí hecho un pasmarote? Trae lo que te he dicho.

Ruperto. Si no me ha dicho usted nada!

Faustino. Un vaso de agua.

Ruperto. Con azucarillos?

Faustino. No es menester..... (Pero puede que el agua sea de pozo, y bueno será.....) Sí; trae un azucarillo.

Ruperto. (No digo? ¡Miren si se despilfarra!) [*Va al mostrador, toma el agua y azucarillo y sirve á D. Faustino.*]

Joaquin. [*A sus amigos.*] Cierto, no eran de esperar en ella tantos melindres, y sin temeridad podemos suponer que son calculados; pero así me gustan á mí las bellezas; un tanto esquivas y recalcitrantes. Donde no hay lucha, no hay triunfo verdadero.

Faustino. Cobra. [*Da una peseta á Ruperto, y éste pone sobre la mesa la vuelta y se retira.*] (Ocho cuartos por un azucarillo! Hay conciencia para esto?)

Remigio. Vamos, es preciso que uno de los dos me escriba una ópera para ponerla en música.

Benigno. Mi musa no pica tan alto: otros retocen con la máscara de Talía, ó vibren el puñal de Melpómene; bastan á mis sencillas y campestres inspiraciones el crótalo de Terpsícore ó el caramillo de Erato.

Alberto. La independencia de mi estro no puede someterse á la tiranía del pentagrama y al despotismo de la batuta.

Remigio. Yo no exijo.....

Alberto. Y es difícil armonizar el enredo con el contrapunto, la rima con la fuga, la sinalefa con el calderon, y en una palabra, el músico con el poeta. [*Siguen hablando en voz baja.*]

Faustino. (Qué hermosa criatura! No habia reparado hasta ahora..... Qué ojos! ¡qué boca! qué talle!.... Hermosa es de véras!) [*Se queda como embelesado mirando fijamente á Narcisa.*]

Remigio. Argumento? Yo os propondré uno y de mucha novedad; fresquito, flamante.

Benigno. Cuál?

Remigio. La niña del mostrador.

Joaquin. (¡Diablo de *kirchwasser*, cuando está uno abrasado..... Yo hubiera preferido un sorbete; pero por no desmentir á Narcisa.....)

Narcisa. (Me inquieta ya su tardanza.)

Faustino. (No acierto á separar mis ojos de aquel agraciado rostro. ¿Qué sensacion desconocida cautiva mi alma y embarga mis sentidos?.... El amor acaso..... ¿Qué digo, insensato! ¡Enamorarme yo, á mis años, y de una mujer que no he tratado!.. No; debe de ser lo que siento una fascinacion pasajera, un vértigo producido por la densa atmósfera que me rodea y á que no estoy acostumbrado. ¿Ni qué caso haria de mí tan rara beldad, en la primavera de su vida..... Será casada; ó por lo ménos, reinará ya en su corazon otro amante..... Otro amante! ¿Luego confieso que yo tambien..... Locura! necedad! Huiré de ti, sirena encantadora, ántes que esa bulliciosa juventud me observe y se ria de mi flaqueza. [*Se levanta.*] Al aire libre recobraré la calma, la serenidad..... Oh! no puedo...., no puedo... [*Se vuelve á sentar.*] No hay valor, no hay virtud capaz de resistir á tan poderoso hechizo.

ESCENA VII.

NARCISA. BASILIO. JENARO. D. FAUSTINO. D. JOAQUIN. D. PANCRACIO. RUPERTO. LÚCAS. D. BENIGNO. D. ALBERTO. DON REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

[*Los mancebos extranjeros Basilio y Jenaro llegan, el primero con un violin y el segundo con una arpa; se sitúan en el foro y tocan, piano, alguna pieza de música italiana de las más conocidas y populares. Entre tanto, siguen en voz baja las conversaciones particulares y el movimiento anterior de entradas y salidas, etc., siendo muy contados los concurrentes que prestan alguna atencion á la sonata.*]

Joaquin. Eh! ya nos favorecen esos menguados con su cotidiano cencerreo de arpa y violin.

Marcial. No haria mal don Pancracio en excusar ese martirio á nuestras orejas.....

Faustino. (Pero jóven de tal mérito no parece nacida para ese vulgar ministerio, ni la pública exhibicion de tantos atractivos prueba mucha cordura de parte del padre ó del marido..... Yo he de averiguar.....) [*Ruperto pasa por cerca de la mesa que ocupa D. Faustino.*] (Ah! preguntaré á Ruperto...) Muchacho!

Ruperto. Quién llama?

Faustino. Ven acá.—¿Quién es aquella señorita? cómo se llama? ¿qué procedencia....

Ruperto. ¡Vaya una pesquisa..... ¿Por qué no me pregunta usted tambien cuántos años tiene?

Faustino. Ya anuncia su cara que no llegan á veinte. Dime.....

Ruperto. (Roñoso y pregunton! Pues se ha de quedar con la curiosidad.) [*Yéndose.*] No sé..... No tengo tiempo.....

Faustino. Oye, hombre! No seas cerril. Te llamaba tambien para darte la propina.

Ruperto. [*Volviendo.*] Ah! Eso es diferente.

Faustino. Guárdate esa morralla. [*La vuelta que ántes le dió Ruperto.*]

Ruperto. [*Tomando las monedas.*] Gracias.

Faustino. Y si eres más complaciente, yo te lo sabré agradecer.

Ruperto. Estimando. Pues, señor, la chica... (De cuándo acá tan rumboso? ¿Le habrá entrado Narcisa por el ojo derecho?.... Sí, eso es; el amor ha hecho ese prodigio.)

Faustino. Vamos, habla, hombre; acaba.

Ruperto. La chica es guapa, verdad?

Faustino. Oh! sí; pero.....

Ruperto. De rechupete; pero ahí donde usted la ve, no es nuestra.

Faustino. Cómo!

Ruperto. Quiero decir que es arquilada.....

Faustino. Alquilada? Horror! Cómo? ¿para qué?

Ruperto. Toma! Para nada que peque contra el catálogo: para que dé tono y fama al establecimiento, y nos traiga parroquianos.

Faustino. (Adios mis doradas ilusiones! Será alguna perdida.....)

Ruperto. (Es millonario, y si picase en el anzuelo, Bernardo se armaria.....)

Faustino. (¡Tan bella, Dios mio, tan niña, y ya sumida en el oprobio!....)

Ruperto. (Mediando yo en el asunto, comeria á dos carrillos.....) La pobrecita.....

Faustino. (¿Quién no diria al mirarla que es un dechado de pureza y candor? ¡Si parece increible!....) Qué decias?

Ruperto. Le diré á usted *sotto voce*..... Pero no mire usted tanto al mostrador; que si lo ocserva, sospechará.....

Faustino. Bien..... (Qué angustia!) Dímelo todo.

[*Siguen hablando aparte. Los dos jóvenes extranjeros han concluido su duo; el del arpa toca solo otra pieza, miéntras el del violin, presentando una caja de hoja de lata, recorre las mesas pidiendo limosna; pero sólo tres ó cuatro personas, incluso D. Remigio, le dan algunas monedas de cobre.*]

Alberto. No es hasta ahora la presunta heroína personaje bastante dramático; pero es de esperar que algun lance imprevisto, estrepitoso dé relieve á su figura. Entónces.....

Benigno. [*A Basilio que se acerca.*] Á ese, que es músico.

Remigio. Ah! sí; toma para resina, camaradita. [*Le echa unos cuartos en la caja.*]

Faustino. Basta! No quiero saber más. ¡Infamia! depravacion!.... infeliz criatura!

Ruperto. Sí, es un dolor..... Pero, ya se ve..... El desamparo...., la miseria..... Si ella tuviese un.....

Faustino. (Por qué habré yo venido aquí?)

Ruperto. Un amigo generoso..... Vamos al decir.....

Faustino. Calla, demonio tentador!

Ruperto. Yo trato á su padre..... ¡Bello sujeto!.... Si quiere usted que le presente....

Faustino. No! No quiero conocer á semejante pícaro.

Ruperto. Corriente. Yo..... Como le veo á usted tan apasionado.....

Faustino. Mientes! Curiosidad, nada más...

Ruperto. Y por hacer una buena obra.....

Faustino. ¡Vete de aquí, vete, y no te vuelva yo á ver! [*Queda sumido en profunda meditacion.*]

Ruperto. [*Separándose.*] (Áun se hace de pencas, quizá por avaricia; pero harto será que él no caiga en la red.)

Joaquin. [*A Basilio, que llega á su mesa.*] Eh! quítese de delante. No gusto de música ratonera.

Faustino. (Y áun me estoy clavado aquí! Mala vergüenza!.... ¿Por qué no me alejo de ella, miserable!.... ¡Haber mirado con indiferencia á tantas mujeres honradas, y cegarme así una muchachuela venal..... Venal?.... Y es culpa mia que lo sea?.... ¿Tan galan soy yo que pueda aspirar á otras conquistas..... Venal..... Tanto mejor: la compraré.)

[*En este momento, Basilio, concluyendo su estéril colecta, presenta la caja á D. Faustino.*]

Aparta! Yo no socorro á holgazanes, vagamundos..... Á trabajar, ó al hospicio!

[*Vuelve á sus contemplaciones. Basilio, enjugándose una lágrima, se dirige al mostrador y presenta la caja á Narcisa.*]

Narcisa. Perdona, hijo mio. ¡Yo nada puedo darte!

Basilio. *Oh signorina! ¡Pietà di noi, poveri orfanelli!.....* [*Mostrando lo que tiene en la caja.*] *Vedete!.... Ah! E la madre ammalata..... Che far da si piccola raccolta?*

Narcisa. [*Llorando.*] (Me parte el corazon!) Don Pancracio!....

Pancracio. Qué hay?

Narcisa. Socorra usted á esos infelices. Apénas han recogido para un pan. [*Abriendo el cajon.*] ¿Les doy.....

Pancracio. No. Madrid es grande, y si en cada café sacan otro tanto.....

Narcisa. Hágalo usted por mí!

Pancracio. No puede ser. Harto hago en permitir que importunen á mis parroquianos.

Narcisa. Pues bien..... (¡Oh Vírgen pura, oh madre de los desamparados, tú me inspiras!) Yo voy á hacer una colecta para ellos.

Pancracio. Muchacha!....

Narcisa. No me detenga usted, ó diré que es un caribe. [*Sale al escenario.*] Dame esa caja.

[*La toma de manos de Basilio, y se coloca en medio del tablado. Este movimiento produce otro casi general de curiosidad en los concurrentes.*]

Señores!

[*Entre el murmullo general se dejan oir las frases siguientes.*]

Joaquin. Narcisa!

Faustino. ¿Qué veo!

Alberto. La niña del mostrador!

Policarpo. Silencio!

Narcisa. Prestadme un momento de atencion.

Voces. Silencio!

[*El tañido del arpa ha cesado, y los dos jóvenes italianos, llamados por señas de Narcisa, se juntan á ella.*]

Narcisa. Perdonad, señores, que me atreva á dirigiros la palabra, deponiendo la timidez propia de mi sexo. Si tanta resolucion os sorprende, considerad que yo misma obedezco á un impulso irresistible; al que más imperio ejerce sobre almas cristianas: la caridad! Dios me la infunde en favor de estos desgraciados; y si huérfana yo tambien, como ellos, y oscura, y desvalida, falta elocuencia á mi voz y autoridad á mi

persona para ser su intercesora, me anima la seguridad de que no en vano imploro indulgencia para mí á vuestra galantería; misericordia para ellos á vuestra generosidad.

[*Muestras de general aprobacion y viva simpatía que irán en aumento durante el discurso de Narcisa.*]

Distraidos, ó preocupados con otras ideas, no habeis fijado en ellos vuestros ojos..... quizá porque no han acertado á lisonjear vuestros oidos. Si las cuerdas de esos instrumentos han hecho vibrar las de mi corazon, no es ciertamente por la magia de sus acentos. Qué importa? Siempre es meritorio el ejercer mal ó bien un arte tan noble como halagüeña; siempre es de apreciar que no sigan el ejemplo de tanto haragan mendigo, y que remuneren del único modo que pueden la limosna que les dan. Oh! ¿Y sabeis quiénes son estas interesantes criaturas? No los han traido, no, á tan lastimoso estado la desaplicacion, la vagancia, el vicio. Son honrados; yo lo sé; son bien nacidos; son víctimas inocentes de trastornos y revoluciones en que no han tomado parte. Mártir de sus creencias políticas, han visto morir á su padre en tierra extranjera; su madre yace enferma sobre inmunda paja en desabrigado y oscuro desvan, y su hermano mayor murió peleando como bueno por la independencia de su patria.

[*Murmullo de aprobacion más pronunciado que el primero. Parte de los circunstantes se habian ido levantando de sus asientos para ver mejor á Narcisa, ó en señal de adhesion. Ahora se levantan los demas, inclusos don Martin y los del dominó, que embebidos en el juego y la lectura, se habian mostrado impasibles, y en todos los semblantes se lee ya el triunfo de la heroina. Al mismo tiempo se dejan percibir, casi simultáneamente, las exclamaciones que siguen.*]

Faustino. Qué mujer!
Policarpo. Divina!
Faustino. Me arrebata!
Benigno. Á quién no conmueve?
Joaquin. Qué hermosa está!
Alberto. Á quién no persuade?
Marcial. Peregrina!
Martin. Heroica!
Remigio. Brava!
Faustino. Yo estoy fuera de mí!
Narcisa. Os conmueven mis clamores? No me admiro. Me los arranca el infortunio ajeno; ¡á mí, que sólo á Dios pido consuelo en el mio! ¿Os enternecen mis lágrimas? Qué mucho? Sois caballeros, sois españoles. ¿Y quién de vosotros, en este siglo de revueltas y guerras y calamidades, no se ha visto alguna vez encarcelado, proscrito..... ¿Á quién, al ménos, no habrán arrebatado de los brazos el padre, el hermano, el camarada ó el amigo, condenados á larga y dolorosa emigracion? ¿Quién sabe si alguno de los que me oyen se verá tambien mañana, como mis pobres pupilos, [*Cogiéndolos de las manos, y ellos besan las de Narcisa.*] como mis queridos hermanos, sin padre, sin pan, sin hogar, sin patria?

[*Nuevo y más fuerte murmullo de asentimiento.*]

Voces. No más!
Otras. Ven!
Otras. Basta!
Otras. Toma!
Narcisa. [*Anegada en lágrimas y presentando á Basilio la caja petitoria.*] Tomad, pobres niños. Ya no necesitais que yo os haga la colecta.....
Grito general. Sí! sí!
Narcisa. Estoy tan conmovida..... Vosotros mismos.....
Voces. No! no!
Otras. Ella! ella!
Otras. La niña del mostrador!
Todos. Viva la niña del mostrador!
Narcisa. [*Enjugándose las lágrimas.*] En buen hora, señores. Es lo ménos que yo puedo hacer en muestra de agradecimiento á tantas bondades. [*Va recorriendo las mesas con la caja, y todos echan en ella monedas de plata. Los mancebos ejecutan una pieza patética.*) Gracias.—Dios se lo premie á ustedes.—Gracias.—Gracias.— [*Viendo á D. Joaquin con sus amigos, esquiva su encuentro, y pasa á otra mesa.*]
Joaquin. [*Á D. Policarpo.*] Nada nos pide á nosotros. Es distraccion...., ó desaire?
Alberto. Dios te dé tanta dicha como mereces, limosnera del cielo.
Narcisa. Estimo.....
Benigno. Para tus clientes, este medio duro; no tengo más!; para ti, un poema.
Narcisa. Tantas gracias.....
Remigio. Toma, hechicera. Jamás haré yo un acorde tan perfecto como el de tu lindo rostro con tu alma angelical.
Narcisa. ¡Por Dios, señores..... Me confunden ustedes..... [*Sigue cuestando por otras mesas: algunos individuos, sin esperarla en las suyas, acuden á depositar en la caja su ofrenda.*]
Faustino. (No podré contener mi agitacion cuando llegue á mí.)
Martin. ¡Bendita..... Dios te libre de cosacos.
Faustino. [*Haciendo su donativo.*] Toma. [*Á media voz.*] ¡Me has hecho verter lágrimas de fuego!
Narcisa. ¡Señor.....

Faustino. Pero ¿cómo oirte con ojos enjutos? ¿Qué bolsa—¡ni áun la mia!—se cierra á tus ruegos?

Narcisa. Usted me lisonjea más de lo que yo..... Pero ¡es oro lo que usted ha echado! Tres onzas!.... Sin duda ha sido equivocacion.....

Faustino. No; á sabiéndas las he dado, y si supieras..... (Ayer me hubieran arrancado primero una ala del corazon, y hoy..... ¡Oh miserable humanidad!)

Narcisa. Quedo muy reconocida.....

Faustino. Espera! No es mi dádiva tan desinteresada como presumes. Merezca yo besar en recompensa esa mano di...., esa mano caritativa.

Narcisa. (Qué conmovido está! Y hay en su frente un no sé qué..... que inspira veneracion.) [*Volviéndose á los circunstantes.*] Señores, este buen caballero acaba de hacerme para mis protegidos un donativo considerable.

[*Breve rumor de sorpresa.*]

Joaquin. [*Acercándose.*] Oiga!.... (Cielos! Es don Faustino, mi acaudalado rival..... Pues ¿cómo..... No comprendo.....)

Narcisa. Me suplica que en galardon le dé la mano á besar..... Es un anciano respetable, y mi condescendencia no se calificaria de liviandad; mas podria parecer inspirada por el orgullo..... Yo besaré la suya en muestra de gratitud á su beneficio y de respeto á sus canas. [*Lo hace.*]

Faustino. Ah! Narcisa!.... (¡Yo voy á volverme loco!)

[*Breves murmullos en diferente tono, dando unos á entender que se mofan del viejo, y otros que admiran el talento y la gracia de Narcisa.*]

Joaquin. (Miren el carcamal!....)

Faustino. (No puedo más!....) Adios! [*Da algunos pasos para retirarse y encontrándose cara á cara con Ruperto, exclama:*] Ah! [*A Ruperto aparte, sin detenerse.*] Sal detras de mí.

[*Sigue Ruperto á D. Faustino. Cesa la música.*]

ESCENA VIII.

NARCISA. BASILIO. JENARO. D. JOAQUIN. D. PANCRACIO. LÚCAS. DON BENIGNO. D. ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Narcisa. Permitidme ahora, señores, que en nombre de mis protegidos, os dé á todos las más expresivas gracias por vuestro desprendimiento; y si mi intercesion ha podido serles de alguna utilidad, yo tambien por mi parte os agradezco muy de véras que hayais tan noblemente cumplido, y áun superado mis esperanzas.

Voces. Bien!

[*Llega Gabriel, y á pocos pasos se detiene sorprendido al ver á Narcisa en medio del tablado y al oir las aclamaciones de que es objeto.*]

ESCENA IX.

NARCISA. BASILIO. JENARO. GABRIEL. D. JOAQUIN. D. PANCRACIO. LÚCAS. DON BENIGNO. D. ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Voces. Viva!

Gabriel. (Qué es esto?)

Voces. Viva la niña del mostrador!

Narcisa. [*Dando la caja á Basilio.*] Tomad, queridos. La suma con que, por mi mano venturosa y vencida de mis humildes ruegos, ha contribuido esta reunion á vuestro socorro, no os dará todo el bienestar que yo os deseo; pero os arrancará por de pronto á las garras de la miseria. Corred á llevar ese consuelo á vuestra madre, y bendecid á vuestros bienhechores.

Basilio. *Oh! sì; a tutti, a tutti.....*

[*Basilio y Jenaro saludan á la reunion con las gorras en la mano.*]

Ma prima a te, bel ángelo.....

Narcisa. Basta! Idos.....

[*Los va llevando hácia la puerta del foro: ellos no aciertan á soltar las manos de Narcisa, que cubren de besos y lágrimas.*]

Jenaro. *Mia sorella!....*

ESCENA X.

NARCISA. GABRIEL. D. JOAQUIN. D. PANCRACIO. LÚCAS. D. BENIGNO. DON ALBERTO. D. REMIGIO. D. POLICARPO. D. MARCIAL. ISIDRO. D. MARTIN. UN MOZO. CONCURRENTES.

Gabriel. (Qué grata sorpresa!)

Narcisa. (Ah! Él está allí y ha visto mi triunfo..... Gracias, Dios mio!)

Joaquin. [*Acercándose.*] No se ha dignado usted, hermosa Narcisa, de comprenderme en su benéfica cuestacion.....

Narcisa. No sé..... Donde hay tantas personas, he podido sin designio.....

Joaquin. Admito la excusa; pero ¿qué se diria si dejase yo de contribuir á tan buena obra, siendo usted quien la ha promovido, y yo el que más admira sus virtudes..... y sus gracias?

Narcisa. (Me repugna este hombre.)

Gabriel. (Se me ha indigestado ese individuo.)

Joaquin. [*Ofreciendo á Narcisa una moneda de cien reales.*] Reciba usted el óbolo modesto de un apasionado.....

Narcisa. Ántes, lo hubiera recibido; pero.... ahora..... Ya no están aquí los pobres extranjeros.

Joaquin. Por no interrumpir á usted en su inspirada alocucion....; por contemplar atónito tan dulces encantos.....

Narcisa. Puede usted guardar su donativo para cuando vuelvan.....

Joaquin. No, reina mia; quiero que lo reciban de esa linda mano. [*Intenta tomársela.*]

Narcisa. [*Retirándola.*] Caballero!....

Joaquin. Eh! no sea usted desdeñosa, sólo conmigo, prenda de mis ojos.....

Gabriel. [*Acercándose más.*] (Vive Dios....!)

Joaquin. [*Insistiendo.*] Mano que no ha rehusado las rudas y callosas de unos perdularios, no es razon que esquive el contacto de la mia.

[*Murmullos de desaprobacion.*]

Narcisa. No quiero avergonzar á usted dándole la respuesta que merece. El público sabrá apreciar mi silencio, ya que usted no lo sepa agradecer.

Gabriel. La respuesta, sin embargo, es muy sencilla. Esta señorita es dueña de dar ó negar su mano á quien bien le parezca. Ha podido darla con inocente orgullo á un necesitado, y negarla con altivo desprecio á un insolente.

Joaquin. ¿Qué oigo! ¿Se atreve usted.....

Gabriel. Tal vez honra una mano curtida por el trabajo y por la intemperie, y tal vez otra muy pulcra y adamada sonrojaria á quien la tocase.

Narcisa. Oh Dios! Por piedad..... (Yo tiemblo.)

Joaquin. Muy bien parlado; pero bueno sería saber á título de qué se mete usted donde no le llaman.

Gabriel. Á título de hombre honrado: yo no necesito de otro para defender á una mujer insultada contra el infame que no la respeta.

Joaquin. Oh! esto es ya demasiado. Yo le haré á usted ver que con manos muy pulcras se puede corregir á un temerario.

Narcisa. Basta! (Oh desventurada!)

Pancracio. Qué es esto?

[*Sale del mostrador D. Pancracio. Agitacion entre los que presencian la disputa: algunos se acercan y tratan de poner paz: otros, más prudentes, se retiran.*]

Gabriel. [*Dando á D. Joaquin una tarjeta y llevándole hácia el proscenio.*] Supongo que no me hará usted esperar mucho la leccion que me promete.

Joaquin. [*Dando á Gabriel otra tarjeta.*] En la plaza de Oriente nos podremos ver dentro de media hora; y desde allí.....

Gabriel. Convenido.

[*Algunos curiosos han seguido á los dos rivales, entre ellos los amigos de D. Joaquin, y D. Alberto con los suyos.*]

Joaquin. Estos dos caballeros serán mis testigos. [*Señala á D. Marcial y D. Policarpo.*]

Policarpo. Estamos prontos.

Joaquin. Nombre usted los suyos.

Gabriel. Cualquiera lo será; que es demasiado justa y honrosa la causa que defiendo.

Voces. Todos!—Sí!

Gabriel. Pero, ya que es fuerza elegir...., ustedes dos. [*Señala á D. Alberto y D. Remigio.*]

Alberto. Con mucho gusto.—Armas?

Gabriel. Dejo la eleccion á mi adversario.

Narcisa. (Se van á batir..... Oh tormento!)

Marcial. Vámonos pues de aquí, que ya está el café alborotado, y si el lance ha de ser formal, como supongo.....

Gabriel. Por mi parte, no admito transaccion alguna.

Joaquin. Ni yo. (Hay dias de maldicion, y este es uno de ellos.) [*Se retira y le siguen los cuatro padrinos.*]

ESCENA XI.

NARCISA. GABRIEL. D. PANCRACIO. ISIDRO. LÚCAS. D. BENIGNO. D. MARTIN. CONCURRENTES.

Gabriel. [*Á Narcisa muy conmovido. El diálogo entre los dos será rápido y á media voz.*] Adios, interesante y virtuosa jóven!

Narcisa. Adios, mi bizarro defensor!

Gabriel. Esta es, Narcisa, la primera vez que me atrevo á dirigir á usted la palabra.

Narcisa. Ay, y acaso la última!

Gabriel. No lo temo, si no me he engañado al leer en esos ojos, como usted habrá leido en los mios, la simpatía de nuestras almas.

Narcisa. Ni mi lengua ni mis ojos han aprendido á mentir.
Gabriel. Narcisa adorada!
Narcisa. ¡Por Dios, no exponga usted su vida...., si algo le interesa la mia.
Gabriel. El honor me lo manda; pero confie usted..... Esos divinos acentos acaban de hacerme invencible.
Narcisa. Ay no, que soy muy desgraciada!
Gabriel. Narcisa!.... Esas lágrimas ahogadas..... Ese semblante descolorido.....
Narcisa. Las fuerzas me faltan..... Tantas y tan fuertes sensaciones..... Un momento de placer tan cruelmente amargado..... Un rayo de felicidad..... que ya no volverá á alumbrarme..... Mi corazon se rompe en mil pedazos..... ¡Dios piadoso, amparadme!.... Yo muero.

[*Cae desmayada en brazos de Gabriel. Acuden tambien á socorrerla los que están más cercanos. Movimiento general.*]

Gabriel. Narcisa!
Voces. Agua!
Otras. Socorro!
Gabriel. ¡Ángeles del Empíreo, velad por ella: es vuestra hermana!

ACTO TERCERO.

Sala pobremente amueblada. La puerta principal en el foro, y otras dos laterales, una enfrente de otra. Dos butacas.

ESCENA I.

D. FAUSTINO. BERNARDO.

[*Aparecen sentados.*]

Bernardo. Vaya, vaya!, del cielo nos ha venido esta visita.
Faustino. Tal vez.
Bernardo. ¡Cuánto agradezco al buen Ruperto que me haya proporcionado tan alto honor.....
Faustino. Bien, vamos al asunto, y dejemos.....
Bernardo. Sí, señor; pero hallar un bienhechor en quien ménos podia yo esperarlo; ¡en mi casero!.... Usted no conocia de ántes á Narcisa, eh?
Faustino. Oh!.... No, señor.
Bernardo. Al aparecerse en mis umbrales esa cara, he creido, como hay Dios, que venía usted á apremiarme.....
Faustino. Al contrario; repito que el bienestar de usted y el de Narcisa corren á mi cargo desde hoy.
Bernardo. Alma sublime!
Faustino. Nada de lisonjas! No conviene que aquella criatura continúe dándose en vergonzoso espectáculo, expuesta á los malignos comentarios de los ociosos y á la procacidad de los libertinos.
Bernardo. Harto siento yo haber recurrido á este arbitrio, que no deja de repugnarme; pero la indigencia, la falta de proteccion.... Dios ha oido al fin mis oraciones, y nos ha deparado un padrino generoso..... Oh! y bien lo necesitamos, porque nuestra penuria viene muy de atras. Los acreedores me acosan.....
Faustino. No pase usted cuidado por eso: ya he dicho.....
Bernardo. Y ha de considerar usted que perdemos una buena conveniencia.
Faustino. (Infame!) No la echarán ustedes de ménos á mi lado.
Bernardo. Se entiende.—Pero mi hija no ha de reducirse á la humilde esfera de criada.
Faustino. Nada de eso.
Bernardo. Dos tiene ahora para servirla, y no está en el caso.....
Faustino. Dale!....
Bernardo. Para ama de gobierno es demasiado jóven.
Faustino. Ella será la señora de mi casa.
Bernardo. Oh! eso de señora.....
Faustino. Eh?
Bernardo. Ya ve usted, el honor.....
Faustino. (Malvado!)
Bernardo. Sólo de una manera podria serlo decorosamente.
Faustino. Sí; pero..... Apénas la he tratado.....
Bernardo. Ni yo pretendo hombrearme de buenas á primeras con persona tan calificada. El tiempo y el trato allanarán todas las dificultades.
Faustino. Sí; yo espero.....
Bernardo. Pero las hablillas del vulgo.....
Faustino. No daré yo ocasion para ellas. Deseo sinceramente la felicidad, la completa felicidad de esa niña; y nada perdonaré para asegurársela, si ella se hace digna de mi proteccion.

Bernardo. Proteccion honesta y desinteresada; no lo dudo; pero la malicia de las gentes podrá creer otra cosa.....
Faustino. Es verdad!
Bernardo. Y á ella misma le parecerian sospechosos los favores de un extraño..... Ah! me ocurre una excelente idea. Diremos que es usted tio de Narcisa....; y por consiguiente primo mio.
Faustino. Poco me gusta ese parentesco; pero ¡vaya!
Bernardo. Qué honra para mí!....
Faustino. (Que haya padres tan viles!.... Pero Narcisa es tan cándida como bella; y si librándola de la ignominia y colmándola de bienes llego á granjearme su cariño...)
Bernardo. (Parece que cavila..... No las tengo todas conmigo.) Ya comprenderá usted que yo no puedo separarme de mi hija. Qué diria el mundo? Pero no soy hombre de estar á la sopa boba. Trabajaré..... Entiendo de cuentas y tengo una letra regular.
Faustino. Bien.....
Bernardo. Me encargaré del manejo de la casa.
Faustino. Eh?
Bernardo. Por hacer algo, y por ahorrar á usted un mayordomo.
Faustino. Veremos..... (¡Lástima de presidio!)
[*Se levanta y tambien Bernardo.*]
Haga usted que venga al momento la muchacha.
Bernardo. No será fácil. Está comprometida por el resto del año.....
Faustino. No importa.
Bernardo. Don Pancracio reclamará daños y perjuicios.....
Faustino. Oh! Yo los abono. Tome usted. [*Le da un bolsillo.*] Se vendrán ustedes hoy mismo á mi casa; voy á dar las órdenes convenientes.
Bernardo. Mi eterna gratitud..... (¡Qué cucaña!)
Faustino. De todos modos tendrian ustedes que desocupar esta muy pronto. Va á ser de otro dueño, y piensa derribarla.
Bernardo. Sí, algo he oido de eso..... Parece que la Condesa quiere comprarla, porque lleva á mal que nos éntre por una triste reja la luz de su jardin.
Faustino. Á propósito, va á venir á verla....
Bernardo. Cuando guste.
Faustino. Pronto volveré..... Prevenga usted á Narcisa favorablemente.....
Bernardo. Claro está.
Faustino. Adios.
Bernardo. Adios, querido primo.
Faustino. Oh!....
[*Se reprime, echa una mirada de indignacion á Bernardo y se retira cubriéndose el rostro con las manos.*]

ESCENA II.

BERNARDO.

¡Extraño fenómeno es el tal don Faustino! Le han enamorado perdidamente las gracias de Narcisa; y como si esto mismo no fuese ya bien raro en un hombre que hasta hoy no ha conocido más Dios, ni más prójimo que el dinero, parece como avergonzado de su debilidad....; como si le remordiese la conciencia..... Bah! no hay tal vergüenza ni tales remordimientos. Áun si yo los sintiese...., harto justos serian, en verdad; pero ¿él?.... No; la causa de su agitacion es la lucha interior entre dos pasiones; la avaricia arraigada, y el amor naciente, pero impetuoso, como suele serlo cuando se apodera de una alma que siente por primera vez, y á tal edad, su punzante dardo. Lo que importa es no dar lugar á que la reflexion abra la puerta al arrepentimiento; [*Hace sonar una campanilla.*] y ya que tan propicia se me muestra la fortuna...

ESCENA III.

BERNARDO. CATALINA.

Catalina. Llamaba usted?
Bernardo. Sí. Voy á salir. Si miéntras vuelvo, que no tardaré mucho, viene la Condesa nuestra vecina..... [*Toma el sombrero.*]
Catalina. Aquí la Condesa?
Bernardo. Sí; quiere comprar esta casita, y ántes desea verla, segun me ha dicho don Faustino. Franquea pues la habitacion á esa señora.
Catalina. Bien está.
Bernardo. Y si vuelve tambien ántes que yo el señor don Faustino, recíbele.....
Catalina. Lo haré.
Bernardo. Pero con buen modo, con agasajo...
Catalina. Pues ¡qué! ¿no es ya nuestro casero?
Bernardo. Algo mejor que eso: es nuestro protector, nuestro paño de lágrimas.
Catalina. Calle!
Bernardo. Hemos salido parientes.....
Catalina. Oiga!....
Bernardo. Pero tú no te dés por entendida..... Adios.....
Catalina. Bueno. Á mí ¿qué me va ni.....
Bernardo. En boca cerrada no entran moscas.

ESCENA IV.

CATALINA.

San Antonio!, ¿qué parentesco es ese llovido del cielo..... y con un hombre tan adinerado? Hum!.... Aquí hay misterio.

Harto será que no debamos este milagro á la añagaza del mostrador. Pues es claro! Yo no valgo gran cosa comparada con Narcisa; pero que me pongan como á ella en escena, ó por mejor decir, en berlina, bien emperejilada y peripuesta, y malo ha de ser que no le pete á alguno este palmito.— No, no; Dios me libre! Pobre, pero honrada. Ello, se necesita una virtud á machamartillo para que una hija de Eva, puesta así en el disparadero, no peque tarde ó temprano.... Bien sé que mi pobre señorita, digna de mejor padre, ha resistido cuanto le era posible tan bochornosa especulacion, y lo que para otras sería trofeo es suplicio para ella; pero el despecho, cuando no la codicia, pudiera al fin cegarla, pervertirla..... Me aflige esta idea, porque le he tomado tanto cariño..... Pues si por eso no fuera, estaria yo aquí todavía? Y con todo, será forzoso.....

ESCENA V.

NARCISA. CATALINA.

[*Llega Narcisa llorosa, azorada, y se precipita en los brazos de Catalina.*]

Narcisa. Catalina!

Catalina. Qué es esto, señorita? ¿qué tiene usted? cómo viene así?....

Narcisa. Es largo de contar..... Necesito ántes cobrar aliento...., [*Catalina la hace sentarse en una butaca.*] recapacitar..... Sufrimientos crueles..... Consuelos inesperados..... Se agolpan y se confunden en mi mente tantas especies, que yo misma no acertaré..... ¡Ah Catalina, qué dia de prueba!

Catalina. Hable usted: yo soy digna de su confianza.

Narcisa. Sí, amiga mia.

Catalina. El amo no está..... Mucho es no haberle usted encontrado.

Narcisa. Me han traido en coche. Ni hubiera podido venir de otro modo.

Catalina. Pues ¡qué! ¿alguna desgracia..... Por Dios, sáqueme usted de inquietud.

Narcisa. Desgracia..... Hasta ahora no; ni el cielo permitirá que yo llore la mayor de todas despues de haber halagado y fortalecido mi corazon tan dulce esperanza.

Catalina. Esperanza! ¿Cómo.... ¿de dónde... Su padre de usted.....

Narcisa. Si mis ardientes votos son oidos allá arriba, pronto dejará de oprimirme su tirano yugo.

Catalina. ¿Qué oigo! (¿Aludirá.....)

Narcisa. Lo creyeras, Catalina? Yo, la más infeliz y desvalida de las mujeres; yo, criatura abyecta, vil mercancía á los ojos del mundo, aunque inocente y pura á los de Dios; ¡yo soy amada!

Catalina. Pero.....

Narcisa. Y lo soy de quien únicamente quisiera yo serlo; del mismo por quien palpitaba en secreto mi corazon; y lo puedo declarar á la tierra y al cielo sin que mi labio tiemble ni el rubor asome á mis mejillas.

Catalina. ¿Será posible.....

Narcisa. Pero breve ha sido mi alegría; por pocos momentos ha desarrugado su ceño mi adversa fortuna.

Catalina. ¿Cómo.....

Narcisa. Mi dueño amado, mi noble campeon aventura en este instante su vida por defender mi honra.

Catalina. Cielos!....

Narcisa. Ay! abrazada á sus rodillas yo le hubiera quizá detenido con mis lágrimas, con mis sollozos, si una congoja.....

Bernardo. [*Dentro.*] Narcisa!

Catalina. Don Bernardo!

Narcisa. Mi padre! [*Se levanta.*]

ESCENA VI.

NARCISA. BERNARDO.

Bernardo. [*Á Catalina.*] Déjanos. [*Se retira Catalina por el foro.*]

Narcisa. No extrañe usted verme de vuelta tan pronto.....

Bernardo. Lo sé todo: vengo del café. Iba á traerte con ánimo de que nunca lo volvieras á pisar.

Narcisa. ¿Qué escucho!

Bernardo. Sí, hija amada. Habia ya conocido, aunque tarde, mi lastimoso error. Confiado en tu cordura, en tu talento, y destituido de todo recurso, accedí á las instancias de don Pancracio, sin reflexionar que te exponia á la maledicencia del vulgo.

Narcisa. Ah señor!....

Bernardo. Y ántes hubiera tomado esa determinacion á haber previsto las escenas de hoy. Pobre Narcisa!.... Pero has estado sublime, segun me han dicho, y á estas horas todo Madrid se hará lenguas celebrando tu presencia de espíritu, tu caridad, tu patriotismo. ¿Qué no darian algunos hombres de estado por el aura popular que tú has sabido granjearte?

Narcisa. Yo no la buscaba; yo no la quiero; pero obedecí á un impulso sobrenatural....

Bernardo. Siempre es útil cobrar buena fama.....

Narcisa. Lo mejor que puede desear una mujer humilde y honrada es que no se hable de ella.

Bernardo. Bien, bien..... (¡Cuidado si es bachillera y mojigata!) Pues prefieres la

paz doméstica y los goces tranquilos y sedentarios á una vana popularidad, desde hoy mismo verás cumplidos tus deseos.

Narcisa. Oh padre mio! Esas palabras son dulce bálsamo que cura mis heridas. Tanta bondad me anima á descubrir á usted un secreto..... Mas ¿qué digo? Ya no lo será para usted el tierno cariño, la hidalga resolucion con que, sin conocerme, me ha protegido, me ha ensalzado un jóven.....

Bernardo. Ya me han dicho..... Sí, es de agradecer..... (Esto nos faltaba!)

Narcisa. Mi alma, no lo niego,... presentia...., anhelaba.....

Bernardo. Narcisa!.....

Narcisa. Y despues..... la gratitud.....

Bernardo. No hay gratitud que valga. Un mero acto de galantería.....

Narcisa. De amor entrañable, que ahora estará acaso sellando con su sangre.

Bernardo. Bah! No llegará al rio. Á esta fecha el ofensor y el defensor estarán probablemente trincando juntos y mofándose de ti.

Narcisa. Oh! no lo creo.—Si triunfa, como lo espero, vendrá á pedir á usted mi mano...

Bernardo. Y yo se la negaré. ¡Buen negocio, por Dios! Un amante de novela, un novio de café..... Quién es ese quídam?

Narcisa. Un artista.....

Bernardo. Todos se llaman hoy artistas!

Narcisa. Pobre sin duda.....

Bernardo. Brava recomendacion! ¿Le habremos de mantener nosotros?

Narcisa. Él sabrá.....

Bernardo. Vamos, niña, déjate de locuras. Te sobra mérito para aspirar á más..... ¿Y cuándo me vienes con esa sopa de ensalada? Cuando la fortuna nos sonrie; cuando el cielo te depara un valedor.....

Narcisa. Cómo!....

Bernardo. Un tio opulento!....

Narcisa. ¿Es posible! ¿De dónde..... (Yo tiemblo.)

Bernardo. Va á venir..... Recíbele con dulzura, con gozo, con amor..... De él depende nuestra felicidad.

Narcisa. Pero..... Oh Dios mio! Yo.....

Bernardo. Guárdate de confiarle esos necios amores, ó mi furor..... Hele aquí! [*Asoma D. Faustino por el foro.*] Recóbrate..... Enjuga esos ojos... [*Saliendo á recibir y apretando la mano á D. Faustino.*] ¡Oh mi primo y señor!

ESCENA VII.

NARCISA. BERNARDO. D. FAUSTINO.

Narcisa. ¿Qué veo!

Faustino. [*Aparte con Bernardo.*] ¿Está prevenida?

Bernardo. Sí; pero..... la sorpresa..... Será conveniente proceder con un poco de cautela.....

Faustino. Bien; déjeme usted solo con ella.

Bernardo. Sí. (¿Cómo saldremos de esta crísis?) Pero no precipitemos..... Por ahora, sea usted tio, nada más.....

Faustino. Se va usted, ó me voy yo?

Bernardo. [*Retirándose por la puerta lateral de la izquierda, que deja entornada.*] (Estaré á la mira.)

ESCENA VIII.

NARCISA. D. FAUSTINO.

Faustino. ¿Por qué tan sobresaltada, niña hermosa? Serénate. No es esta la primera vez que nos vemos.

Narcisa. Despues de tantos combates como hoy ha sufrido este pecho atribulado, no extrañe usted mi agitacion,.... mi sorpresa.....

Faustino. No estoy yo ménos conmovido, hija mia.

Narcisa. [*Ofreciéndole una silla.*] Suplico á usted.....

Faustino. Sí; pero tú á mi lado.

Narcisa. Bien estoy.....

Faustino. Me obligarás á estar de pié.....

Narcisa. Ah! no.

[*Se sientan.*]

Faustino. La impresion que hiciste en mi alma cuando ha pocas horas te ví por primera vez, es de aquellas que jamás se borran; y si grata fuiste entónces á mis ojos, ahora..... (No acierto á hablar.) Ahora que los vínculos de la sangre..... (¡vil y cobarde mentira!) me permiten labrar tu ventura, inseparable ya de la mia.....

Narcisa. Si usted ignoraba, como yo, que tengo la honra de ser sobrina suya, no es de admirar que á uno y otro nos falte aquella libertad, aquella expansion propia de parientes que..... que se han tratado. No obstante, usted me inspiró desde luégo—¿por qué no he de confesarlo?—un afecto... que sentiria desterrar de mi corazon; y ahora comprendo que en aquel rasgo de generosidad cedió usted, sin saberlo, á la voz de la naturaleza.

Faustino. (¡Ay, no soy yo ni merezco ser tan dichoso!) ¡Narcisa.....

Narcisa. Usted se presenta pues á mis ojos con los más favorables auspicios.

Faustino. Sí? Mi mayor dicha.....

Narcisa. Pero yo ¡triste de mí! ¿con qué títulos aspiraré á la confianza, á la benevolencia de usted?

Faustino. ¿Con qué títulos, preguntas, y

Dios te ha dado ese rostro hechicero, esa gracia seductora.....

Narcisa. Ah!.... Señor.....

[*Se levanta y tambien D. Faustino.*]

Faustino. Oh adorable Narcisa!....

Narcisa. Ese lenguaje.....

Faustino. ¿Qué pecho de bronce no se rendiria.....

Narcisa. [*Haciendo un movimiento para retirarse.*] Permítame usted.....

Faustino. [*Asiéndola de una mano, que suelta luégo.*] No; detente! Tu voluntad será libre, enteramente libre: la violencia es impropia de mis años, indigna de mi carácter. Te respetaré, pero es forzoso que me oigas. Si áun esto es exigir demasiado; si tal vez soy culpable dejándome llevar de engañosas apariencias; si alucinados mis sentidos sofocan el grito de la razon, que me acusa y me atormenta, considera que nunca ni por nadie he sentido una pasion como esta que me avasalla y me enloquece; considera que tu misma situacion excusa tal vez mi temeridad; [*Bajando la voz.*] considera, en fin, que es mi cómplice—oh infamia!—quien debiera ser tu escudo.—No, no soy tu tio. Afuera mal forjadas imposturas y ridículos disfraces.....

Narcisa. ¡Cómo.....

ESCENA IX.

NARCISA. LA CONDESA. D. FAUSTINO.

Condesa. [*Apareciendo por el foro y deteniéndose en la puerta sin ser vista.*] (¿Qué veo! La niña del mostrador!....)

Faustino. Soy un hombre que te idolatra.....

Condesa. (Don Faustino!)

[*Retrocede y se quita de la vista.*]

ESCENA X.

NARCISA. D. FAUSTINO.

Faustino. Un hombre, en cuyo arbitrio no está el darte otro pasado ni otro presente...; pero que puede ofrecerte un porvenir brillante; que premiará con rios de oro la menor de tus caricias.

Narcisa. [*Con indignacion.*] ¿Se atreve usted..... Oh vileza!... [*Con amargura.*] Pero usted no tiene la culpa de que mi estrella infausta, y las fatales circunstancias que me rodean, le hagan creer que me favorece cuando me aflige y que me honra cuando me insulta. Ay! otro juicio habia yo formado de usted! Ay! no esas riquezas, que desprecio; otro apoyo más honroso, más digno osó esperar mi pobre corazon creyendo ver en usted un deudo cariñoso, un amigo indulgente, desinteresado..... [*Sollozando.*] Ah! faltaba á mi infortunio esta decepcion amarga.....

Faustino. Oh cielo!.... Óyeme....

Narcisa. [*Fuera de sí dirigiéndose hácia el foro.*] Aparte usted! Huiré del mundo..., de la vida.....

[*Salen al encuentro de Narcisa Bernardo y la Condesa.*]

ESCENA XI.

NARCISA. LA CONDESA. BERNARDO. D. FAUSTINO.

Bernardo. Detente!

Condesa. Narcisa!

Bernardo. (La Condesa!)

Faustino. [*A la Condesa.*] Ah señora!....

Condesa. La he oido..... Es una santa!

Faustino. ¡Y yo el hombre más abominable...

Bernardo. (Esto se va poniendo de mal cariz.)

Condesa. Queria usted huir del mundo!.... Por qué? Muy corrompido está; pero áun hay almas capaces de comprender la de usted y admirarla, y si algo vale mi amistad.....

Narcisa. Amistad! Puedo yo tener amigos? Ah! ¿puedo yo creer en ellos?

Condesa. ¿Y cómo no, si eres un tesoro de gracias y de virtudes? Oh! permite que te abrace, niña celestial. [*La abraza.*]

Narcisa. Señora..... Me abochorno.....

Faustino. Jóven incomparable! ¡honra de tu sexo!.... ¿Podré esperar que perdones mi acerba injuria, mi funesta ceguedad?.... Funesta? No; yo la bendigo, porque con ella se ha acrisolado tu excelsa virtud. Yo bendigo esa noble repulsa, porque ella purifica mi amor y me infunde un nuevo ser. Ah! sé bastante generosa para olvidar mi involuntario desvarío, y para admitir la mano de esposo que te ofrezco con entusiasmo, con orgullo.

Bernardo. (Oh! esto es mejor.) ¡Ah señor don Faustino! Tanta bondad.....

Narcisa. Me confunde tanta generosidad, y ni memoria queda ya en mi alma del pasado resentimiento: al contrario, ha ganado usted mucho en mi estimacion y en mi respetuoso cariño; pero son harto limitados mis deseos para que pueda deslumbrarme el oro, y soy demasiado sincera para dar en los altares un sí que desmentiria mi corazon.

Faustino. Narcisa!

Narcisa. Áun no sabe usted todas mis desdichas. Yo amo á otro.....
Faustino. Oh Dios!
Condesa. (Á Gabriel!)
Narcisa. Pero basta que le ame yo para que le alcance el aciago influjo de mi destino.
Condesa. ¡Cómo..... Pues ¿qué.....
Bernardo. ¿Te atreves, pérfida.....
Faustino. ¿Quién es el feliz mortal que me roba.....

[*Se presenta en el foro Gabriel.*]

Narcisa. [*Con un grito de alegría.*] Ah!.. Ése.

ESCENA XII.

NARCISA. LA CONDESA. D. FAUSTINO. GABRIEL. BERNARDO.

Faustino. Gabriel!
Gabriel. Narcisa amada! [*Toma y besa con efusion su mano.*]
Narcisa. Oh Providencia! Perdóname: he blasfemado.
Bernardo. [*Con ira, interponiéndose.*] ¡Aparte usted! ¿Quién le ha dado derecho.....
Narcisa. Mi amor!
Gabriel. [*A Bernardo.*] Ya lo oye usted. ¿Hay otro más legítimo, más sagrado?—Pero ¡mi tio aquí!.... La Condesa!....
Condesa. En quien usted y Narcisa tendrán siempre una amiga, una hermana.
Gabriel. ¿Y usted, caro tio.....
Faustino. Aparta, maldicion de mi vida! Tú habias de ser, para mayor tormento mio, el odioso rival.....
Gabriel. ¡Qué oigo!
Bernardo. No lo será: no lo consentiré.
Narcisa. Señor!
Faustino. Si tu audacia se funda en presumir que un dia ha de ser tuyo mi caudal, destierra tan ilusa esperanza: yo te deshe-redo y te mal.....
Condesa. Por Dios, don Faustino!.. Resignacion y fortaleza.

[*D. Faustino se deja caer abatido en una butaca.*]

Gabriel. Yo no codicio ese malhadado caudal. Sin auxilio de nadie he podido, bien lo sabe usted, vivir independiente: ¿y qué no haré alentado, inspirado por el ídolo á quien de hoy más consagro el alma y la vida?
Bernardo. (Oh rabia!)
Faustino. (Oh desesperacion!)
Bernardo. Pero ese ídolo no es libre; es una niña sin reflexion; tiene un padre.....
Narcisa, [*Exaltada.*] No, no le tengo!, ó á lo ménos, no es digno de ese nombre santo el que tan inicuamente abusa de él.—Perdonad, Dios mio, si á tanto se atreve mi labio..... y no me lo reprende el corazon; pero hartos sacrificios me ha impuesto ya la obediencia filial; y vos, Señor, [*Alzando los ojos, como dirigiéndose al cielo.*] me habeis dado un albedrío..... de que sólo á vos he de dar cuenta; y sólo á vuestra divina proteccion he debido instintos que de nadie se aprenden; una honra que..... que yo sola he defendido, y la perspectiva de una felicidad comprada con tantas amarguras. Y niña como soy, y pobre, y calumniada, no me dejaré arrebatar este don del cielo, este galardon de mis martirios. No; mi mano no será de otro que del que ha sabido merecerla respetando mi desgracia, creyendo en mi pureza, y ofreciendo por mí al hierro homicida su sangre generosa.
Bernardo. (Soy perdido!.. Pero me vengaré.)

[*Entra en la habitacion lateral de la izquierda.*]

ESCENA XIII.

NARCISA. LA CONDESA. D. FAUSTINO. GABRIEL.

Condesa. Oh Dios! ¿Se ha batido usted.....
Gabriel. Sí; he cumplido con un deber forzoso....; pero Dios ha mirado por la causa de la inocencia. Yo vuelvo ileso á los piés de mi amada, y el cobarde mofador queda castigado.
Narcisa. Ah! Muerto tal vez!....
Gabriel. No; poca cosa..... Un brazo atravesado: lo que basta para su escarmiento.
Condesa. Pero, ah! quién es? (Yo tiemblo...) Si tiene valimiento.....
Gabriel. No sé..... Cambiamos de tarjetas... Aquí he de tener la suya. [*Metiendo la mano en el bolsillo.*] Pero él se guardará muy bien.....
Condesa. [*Toma la tarjeta y la lee para sí.*] Justo Dios!... (El infame libelista! Bien dije yo que no quedaria impune su atentado.)
Gabriel. Qué! ¿le conoce usted.....
Condesa. Sí; pero es de esperar que esa leccion le corrija..... (No sabrá Gabriel mi agravio, ni lo ufana que estoy de que él haya sido mi vengador.)

ESCENA ÚLTIMA.

NARCISA. LA CONDESA. D. FAUSTINO. GABRIEL. BERNARDO.

Bernardo. Ya que mi casa se ha visto hoy tan favorecida...., (maldita suerte!) pido á ustedes un momento de atencion. Acaban

ustedes de presenciar lances sorprendentes, pero aún les falta saber el más peregrino de todos. Esa ingrata, por quien me he sacrificado, me juzga indigno de ser su padre....; y, valga la verdad, porque yo no quiero santificarme, no le ha faltado razon para subírseme á las barbas; pero ella no sabe, la infeliz, que puede lamentar otra desgracia mayor que la de tener un padre más ó ménos reprensible.

Narcisa. Ah!....

Gabriel. Cuál?

Bernardo. No tener ninguno.

Narcisa. Cielos!....

Condesa. Oh!....

Gabriel. ¿Qué oigo!....

Faustino. [*Volviendo de su anonadamiento.*] (¿Qué dice!....)

Bernardo. ¡Magnífica ocasion para que ese caballerito haga nuevo alarde de su filantropía! Narcisa es una miserable expósita...

Faustino. (Una expósita!....)

Bernardo. Que hubiera perecido de hambre, de frio, ó acaso en las garras de una fiera, si yo no la hubiese salvado: ¡y bien me lo paga, como hay Dios!

Faustino. (Expósita!....)

Gabriel. Esa triste historia, que por cierto no justifica, ántes agrava la indigna conducta de usted, léjos de amenguar, acrece el interes que me inspira el dulce objeto de mi cariño, la esposa de mi eleccion.

Narcisa. Oh Gabriel, Dios te bendiga!

Condesa. ¡Oh cómo ciega la ira á los perversos! No, no es mayor desdicha carecer de padre, que haber de dar tan caro nombre á semejante monstruo.

Bernardo. Señora!....

Condesa. Yo la adopto por hija desde este momento, y mi título más glorioso será el de madre suya.

Narcisa. [*Queriendo arrodillarse é impidiéndoselo la Condesa.*] Bondad inmensa! Á esos piés.....

Condesa. No, hija mia; en mis brazos! [*La abraza.*]

Bernardo. (Todo se vuelve contra mí. ¡Maldicion.....) Yo admiro tanta magnanimidad; pero áun pudiera aparecerse quien con más derecho recibiera en sus brazos á mi pupila.

Narcisa. Quién?

Bernardo. He dicho que no tenía padre, porque hasta ahora nadie la ha reclamado desde que mi mujer y yo la encontramos abandonada á la puerta de una iglesia.

Faustino. [*Levantándose muy agitado.*] ¡Cielo santo!

Bernardo. Pero si los indicios no mienten, no debe de ser muy católico el padre que la engendró. Tengo un documento.....

Faustino. [*Con ansiedad.*] ¿Dónde, cuándo la recogiste?

Gabriel. [*Con tono amenazador.*] Muéstralo! Pronto!

Bernardo. Poco á poco! No me acosen ustedes... Un papelote, que yo no entiendo...

Faustino. Acaba!

[*Lo saca del bolsillo Bernardo y se lo arrebata Gabriel.*]

Bernardo. Pero un sabio, con quien no ha mucho lo consulté, me dijo que está en arábigo.....

Faustino. El pueblo, la época!.... Habla, ó mi furia.....

Bernardo. Hace diez y ocho años.....

Faustino. Ah!

Gabriel. Son signos de taquigrafía.....

Faustino. No más!

Bernardo. En San Agustin.....

Faustino. [*Precipitándose en los brazos de Narcisa.*] Hija de mi alma!

Condesa. ¡Es posible.....

Narcisa. ¿Será sueño.....

Gabriel. Su pádre!

Faustino. [*Tomando el papel y reconociéndolo.*] Sí, sí.

Bernardo. (¡Ahora sí que hemos hecho un pan como unas hostias!)

Faustino. Extravíos, locuras de mi juventud, que casi habia borrado enteramente de la memoria..... Por el honor de tu desgraciada madre, conducida á aquel pueblo con pretexto de tomar aires...., te expuse; no para siempre; no soy tan desnaturalizado, sino con ánimo de reclamarte luégo... Oh terrible noche!.... Tu madre necesitaba tambien mis auxilios..... ¡La infeliz espiró en mis brazos!

Narcisa. Oh santo Dios!

Faustino. Volví á saber de ti con las precauciones á que las circunstancias me obligaban. Nadie supo dar razon de tu paradero ni entónces ni despues..... Perdida, en fin, toda esperanza, hastiado del mundo y de mí mismo, me embarqué para Canarias; y el tiempo, los negocios mercantiles, mi creciente prosperidad, y más que todo una pasion bastarda, cicatrizaron mis heridas. Oh divina Providencia!, ¿quién dudará ya de ti? ¿quién no te bendecirá? ¿Cuándo, cuándo he merecido yo el torrente de felicidades que hoy derramas sobre mí?

Narcisa. Olvidemos, oh padre amado, los dias de duelo y de pesar. Harto los compensa este momento de júbilo inefable.

Faustino. Oh! sí, no cabe mayor dicha, mayor gloria en el mundo.—Ven, Gabriel..... ¡Qué injusto y qué descastado he sido para contigo!

Gabriel. Por Dios!.... ¿Quién recuerda ya...

Faustino. [*A Narcisa.*] Dale tu mano.

Narcisa. [*Dándosela.*] Gabriel mio!

Gabriel. Prenda querida!

Faustino. Abrazadme. [*Los abraza.*]

Condesa. [*Enternecida.*] Recibid mi parabien..... La boda en mi casa, y yo la madrina. (Tendré valor para serlo y con placer.)

Bernardo. [*Volviendo el rostro para que no adviertan que está conmovido. Entre tanto, se felicitan recíprocamente en voz baja los demas interlocutores.*] (¿Cuánto va á que yo me enternezco tambien, ¡pese á mi..... [*Enjugándose una lágrima.*] Sí tal! Y es que no debo de ser tan malo como yo mismo creia; sino que..... la pobreza...., la holganza... Pero no he de dar mi brazo á torcer.) Señores, reciban ustedes mi enhorabuena, y para que sea más cumplida tomo la puerta.....

Faustino. Sí, Lucifer en carne humana, huye para siempre.....

Narcisa. Señor!

Faustino. Y lleva contigo nuestra.....

Narcisa. Nuestra bendicion. El me alzó de la fria losa donde yacia desamparada; su esposa, que sin duda goza en el cielo el premio de su caridad, acalló en su seno mis gemidos, me crió, me educó con la ternura y solicitud de verdadera madre; y si hoy, ¡oh padre mio! le doy á usted tan grato nombre, á ella y á él se lo debemos.

Faustino. Sí, sí.....

Bernardo. [*Queriendo arrojarse á los piés de Narcisa, que le detiene.*] ¡Perdóname, criatura sobrehumana.....

Narcisa. Qué hace usted? No permitiré.....

Faustino. Narcisa!.... ¡Todavía he necesitado que me dés esta leccion!.... Soy un niño con canas...., un idiota..... ¡No es mucho! Tantos años cerrado mi pecho á todo sentimiento tierno y generoso; casi divorciado de la sociedad humana; huésped ingrato, esquivo, insensible de un mundo que nadie ménos que yo debió juzgar con severidad; devorado, en fin, por el vicio más ruin y más estéril, la sórdida avaricia... Ah! qué digo? En hora bendita subyugó mis potencias y sentidos. En ella veo ahora tambien la mano de la Providencia. Una voz secreta me mandaba acumular tesoros para resarcir un dia con ellos las miserias á que yo mismo, padre sin entrañas, te condené al nacer. Esa misma voz me decia: ¡No goces tú miéntras ella padece; no te hartes tú miéntras ella ayuna!

Narcisa. No más! Me aflige usted.....

Faustino. [*Enjugándose los ojos.*] Basta, sí; gocemos, vivamos..... Celebremos todos tan fausto dia..... [*Apretando la mano á Bernardo.*] Todos! Mis arcas están abiertas para tí; para vosotros mi corazon; para Dios una alma, [*Abrazando á Narcisa.*] que tú, ángel mio, has regenerado.



POR UNA HIJA!...

COMEDIA EN UN ACTO.

Estrenada en el teatro del Principe el dia 15 de Octubre de 1856. (*)

PERSONAS.

LEONOR.—LUISA.—D. CÁRLOS.

La accion pasa en Marbella.

Sala bien amueblada. Puerta en el foro, que es la principal: otra á la derecha del actor: á la izquierda una ventana. Entre los muebles habrá un piano y un espejo.

ESCENA I.

LUISA.

[*Aparece vestida con negligencia: bata oscura, pañuelo grande, oscuro tambien y muy sencillo, de crespon de la India, cogida con papillotes la parte anterior del cabello. Lee una boleta de alojamiento.*]

«De órden del ayuntamiento,
doña Leonor Almazan
alojará á un capitan.»

[*Dejando la boleta sobre el piano.*]

Mal haya el alojamiento!....
Desde que tantos pesares
me dió, Cárlos, tu falsía,
tengo horrible antipatía
á todos los militares.
¿Quién dijera, hombre falaz,
que aquel tu amor dulce y tierno,
tan ponderado de eterno,
era un capricho fugaz?
Y yo, ay simple! le creí
como el mio fiel, vehemente;
¡y á los dos meses de ausente
ni te acordabas de mí!
¡Y objeto quizá de risa
fueron en algun café
las cartas en que su fe
te juró la pobre Luisa!
¡Que así los hombres ultrajen
los más santos juramentos!....
Y tras de tantos tormentos,

[*Con la mano en el pecho.*]

todavía aquí su imágen!....

ESCENA II.

LUISA. D. CÁRLOS.

[*Llega D. Cárlos por la puerta del foro, en traje de capitan de infantería, tostado y lleno de polvo, como quien acaba de caminar.*]

Cárlos. ¿Permite usted.....
Luisa. Sí, señor.

[*Se acerca D. Cárlos.*]

(Ya está aquí. Suerte cruel!)
Cárlos. Celebro.....
Luisa. (¿Qué miro!.... Es él!)
Cárlos. Que el *fiat* de un regidor
á dama de tales dotes
me permita....
Luisa. (Él es, sí! Hoy muero!)
Cárlos. Besar los piés.....
Luisa. Caballero.....

(*) Publicada el año 1854 en el tomo XII del periódico literario titulado *Museo de las Familias.*

Cárlos. (Qué diantre de papillotes!)
Luisa. [*Turbada.*]
Aquel es el cuarto..... Pase
usted.....
Cárlos. Luégo.....
Luisa. (Dios me asista!)
Cárlos. (Vuelve á otro lado la vista
y no concluye una frase.)
Habrá en casa otra patrona,
porque usted.....
Luisa. Soy hija.....
Cárlos. Ya.
Luisa. Ha salido mi mamá.
(Si me engañaré?)
Cárlos. (Qué hurona!)
Supuesto que usted me impulsa
á entrar.....
Luisa. Yo... no...
Cárlos. Y que es preciso
asearme...., con permiso.....

[*Entrando en la habitacion de la derecha.*]

(No es fea, mas ¡tan insulsa!)

ESCENA III.

LUISA.

Qué soy á sus ojos yo?
¿Cabe más profundo olvido
que no haber reconocido
á la misma á quien amó?
No: mentida fué tu llama,
hombre falso y sin conciencia.
¿Qué son cuatro años de ausencia
para quien de véras ama?
Yo, que era una niña entónces,
te reconozco al instante,
y en lo firme y lo constante
venzo á mármoles y bronces;
y cuando yo no delinco,
tú, que me llevas, oh afrenta!
ocho años, pues por mi cuenta
ya has cumplido veinticinco,
¿sientes el sopor del opio
cuando á tus ojos parezco?
Pues más que entónces merezco,
ó me engaña el amor propio.
Y este es el único amor
que á abdicar no me resigno:
del otro..... ya no eres digno.
Yo lo emplearé mejor.
Aleve! ¡Con qué alborozo
mis brazos le hubiera abierto
si fiel..... Porque ello es lo cierto
que vuelve arrogante mozo;
y aunque por siempre le obstruyo
la senda del corazon,
está muy puesto en razon
dar al César lo que es suyo.—
Pero ¿y si es vano fantasma
que me representa á Cárlos?
No es maravilla encontrarlos
de un parecido, que pasma.

[*Tomando otra vez la boleta y leyéndola.*]

La boleta dice sólo:
«Alojará á un capitan,»
sin llamarle Pedro ó Juan,
Hermenegildo ó Manolo.—
Averiguarlo es urgente,
porque miéntras no lo sepa.....
Y cómo?.... Ah!... Sí; haré que Pepa
lo pregunte al asistente.
Si no es Cárlos por ventura,
no tengo motivo..... Pero.....
Siento pasos..... Ah! no quiero
que eche de ver mi amargura.

[*Al desaparecer Luisa por la puerta del foro, vuelve D. Cárlos por donde se fué.*]

ESCENA IV.

D. CÁRLOS.

Limpio ya del polvo vil
mi uniforme itinerario,
presentarme es necesario
á la autoridad civil,
pues mi buena ó mala estrella,
que eso se verá despues,
me destaca por un mes
á la ciudad de Marbella;
y luégo me haré presente
en el cuartel de la tropa,
miéntras dispone la sopa
el tuno de mi asistente.—
Á la francesa me iré,
pues ya despejó esta sala
la pudibunda zagala
con quien ántes me encaré.
Polla de la nueva cria,
pero en lo sosa y lo pava
más parece escandinava
que fruta de Andalucía.

[*Yéndose.*]

No le diré tus ni mus.....

[*Viendo á Leonor, que llega, en traje de visita, por la puerta del foro.*]

Ah!

ESCENA V.

D. CÁRLOS. LEONOR.

Leonor. Caballero.....
Cárlos. Á los piés
de..... (Qué ojos! ¡Esta sí que es

de la tierra de Jesus!)
Leonor. Usted será, señor mio,
el capitan alojado.....
Cárlos. Y muy humilde criado.....
Leonor. Gracias.
Cárlos. (Qué garbo! qué brio!)
Sea mil veces bendita
la suerte que me depara
una patrona (qué cara!)
tan amable y tan bonita.
Leonor. Mil gracias.....
Cárlos. (Es singular.)
Leonor. No haré yo dengues de monja
por esa trivial lisonja,
tan propia de un militar.
Cárlos. No hay lisonja en el tributo
que con vida y alma doy
á una deidad..... (Yo me voy
á enamorar como un bruto.)
Leonor. No presumo tanto yo
de donosa ni de linda,
que á mí sin luchar se rinda
un corazon.....
Cárlos. Por qué no?
¿Tanto necesita el rayo,
desprendido de alta cumbre,
para abrasar con su lumbre
la miés que doraba Mayo?
Y rayos son esos ojos
á cuyo dulce fulgor
arden las almas de amor.
Leonor. Qué haré con tantos despojos?
Cosa es que me da desmayos
pensar que todo el que pase,
para que yo no le abrase
necesite un pararayos.
Cárlos. Eh! no hay que tomarlo á broma.
Otra vez, y tres, y cuatro
digo á usted que la idolatro
sin quitar punto ni coma.
Leonor. No creo en pasion tan rápida.
Cárlos. Así son las verdaderas.
Si no la amo á usted de véras,
cubra mi cuerpo una lápida.
Leonor. Hombre de Dios!.....
Cárlos. Soy formal,
y mi fin es puro, honesto;
lo oye usted?—Pero, á todo esto,
es usted libre?
Leonor. Sí tal.
Cárlos. Soltera, supongo.
Leonor. Viuda!
Cárlos. No reñiremos por eso.
Se entabla el nupcial proceso,
y sale usted de la duda.
Leonor. Pero, señor, ¿qué dirán
si.....
Cárlos. Mire usted, dueño mio,
que hay derecho á montepío.
Leonor. Jesus!.... Yo.....
Cárlos. Soy capitan.
Y llevaré al matrimonio,
amén de mis charreteras (*),
mi hacienda de Pedroñeras,
que es decente patrimonio.
Vea usted.....
Leonor. (No está en su juicio.)
Cárlos. Si el partido es de su agrado
ó nó, miéntras yo doy vado
á un asunto del servicio,
y ejemplos propios y ajenos
quizá le den testimonio
de que el mejor matrimonio
es el que se piensa ménos.

ESCENA VI.

LEONOR.

¿Es broma de carnaval,
ó se reproduce en mí
lo de *llegué, vi y vencí*
que cuentan de un general?
Todavía no me anula
el hielo de la vejez.

[*Mirándose al espejo.*]

Áun está fresca mi tez,
si el espejo no me adula.
Áun merezco yo que afile
en mi talle amor su flecha.
Treinta y tres años no es fecha
para que una se jubile.
Más edad tenía aquella
gitana, hija del demonio,
cuando todo un Marco Antonio
hizo locuras por ella.—
Siempre el corazon se ensancha
cuando una..... Y el capitan
no hay duda que es muy galan....,
y con hacienda en la Mancha.
No es culpa mia que roben
mis ojos su alma rendida,
ni es mucho que reincida
mujer que enviudó tan jóven;
y si mi ventura labra
con la boda que ha insinuado,
¿será tan grave pecado
cogerle yo la palabra?
¿Por qué..... Pero es desatino.
Qué bien de ese lazo espero?
¿Podrá ser muy duradero
un amor tan repentino?
Y aunque á mi egoismo cuadre
ver que un esposo me escuda,
al recordar que soy viuda
¿cómo olvido que soy madre?
Mi corazon, de ese modo,
partiera con otro yo.....
No, hija de mi vida, no!
Tú le necesitas todo.

(*) Posteriormente se han variado las insignias de los jefes y oficiales del ejército.

ESCENA VII.

LEONOR. LUISA.

Luisa. Mamá! (Él es: no me engañé.)
Leonor. [*Quitándose la mantilla.*]
Ven, me ayudarás.....
Luisa. (Malvado!)

[*Ayuda á Leonor á desprenderse la mantilla y luégo la dobla.*]

Leonor. Tenemos un alojado.
Luisa. Sí, un capitan; ya lo sé.
Saliste apénas de aquí
á visitar á la tia
cuando (por desgracia mia)
llegó, y yo le recibí.
Leonor. Y si tú supieras, Luisa.....
Luisa. Y si supieras, mamá.....
Leonor. Cómo? (Á ella tambien quizá.....)
Esa turbacion me avisa.....
Te ha dicho algun chicoleo?
Luisa. No. Es tan adusto!....
Leonor. No tal;
al contrario; muy jovial,
muy galante...., y nada feo.
Luisa. Pues..... ¿cómo.....
Leonor. Á fe de Leonor.
Despues de un breve preludio,
sin ambages, sin estudio,
me ha declarado su amor.
Luisa. ¿Qué escucho! Su amor!
Leonor. Te pesa?
Luisa. No por cierto; ántes bendigo.....
(Se finge huraño conmigo,
y á mamá..... Dulce sorpresa!)
Leonor. Y no es pasion mal nacida
la suya. En vínculo honesto.....
¿Lo apruebas tú.....
Luisa. Por supuesto,
con el alma y con la vida.
Leonor. (Ah! sin envidia, sin duelo
me veria en nuevos lazos.....)
Ven, ángel mio, á mis brazos!

[*La abraza.*]

(He aquí una hija modelo!)
Sólo amo á mi Luisa.
Luisa. Oh, sí!
Leonor. Mi bien sólo en ella fundo.
Luisa. Mamá!.....
Leonor. Por nadie en el mundo
me separaré de ti.
Luisa. Si á alcázares de alabastro
me llevasen, yo tampoco.....
Leonor. Cálmate. Ese hombre está loco.
No te daré yo un padrastro!
Luisa. Padrastro has dicho? Ay mamá!
¿Luego..... (Me ahoga la ira.)
¿Luego la mano á que aspira
es..... la tuya?
Leonor. Claro está.
¿Creiste acaso.....
Luisa. Entendí.....
Leonor. ¿Que eras tú la.....
Luisa. Sí.
Leonor. ¡Qué escucho!
¿No me dijiste, no ha mucho,
que era tan esquivo?
Luisa. Ay, sí!
Leonor. Pues ¿cómo.....
Luisa. No soy tan necia
como tú presumes, no.
Algun dia me adoró
ese hombre que hoy me desprecia.
Leonor. Cuándo?
Luisa. Ha cuatro años...
Leonor. Santa Ana!
Luisa. Cuando desde Cádiz fuí
con mi tia Angustias.....
Leonor. Sí,
á los baños de Chiclana.
Yo te dejé á mi pesar;
pero de todo se pica.....
Lo exigió, te quiere, es rica,
y la puedes heredar.
Luisa. Yo me reunia allí,
casa de doña Belen,
con otras muchachas.....
Leonor. Bien.
Luisa. Dolores, Amparo.....
Leonor. Sí.
Suprime esa letanía.
Luisa. Jugábamos al bisbis.
Leonor. Pche!....
Luisa. Bailábamos *schotis*.....
Leonor. (Ay!)
Luisa. Polca.....
Leonor. (Vírgen María!)
Luisa. Allí fué mi pretendiente.....
Leonor. Acaba.
Luisa. Suerte cruel!
Cárlos Heredia; ese infiel.....
que era entónces subteniente.
Leonor. Y le diste oidos?
Luisa. Sí.
Leonor. Hase visto el arrapiezo!.....
¡Tan pronto meter el cuezo.....
Luisa. Ah, tú no estabas allí!
Leonor. Cierto. Mal hayan los baños,
y las necias pretensiones.....
¡Quite usted los pantalones
á las niñas de trece años!
Y en fin, el tierno Macías.....
Luisa. Me juró eterna constancia.....
Leonor. Cuatro frases sin sustancia.....
Luisa. Y á los ocho ó nueve dias.....
Leonor. Te plantó por otra: es claro.
Luisa. Se fué muy léjos. ¡Un mes
de marcha!
Leonor. Bien; y despues

¿te escribió?
Luisa. Sí, desde Alfaro.
Leonor. Por supuesto, respondiste.....
Luisa. Sí.
Leonor. Y á correo seguido
otra vez.....
Luisa. Del fementido
no vi ya más carta. Ay triste!
Yo, novicia en la carrera,
otra escribí, madre mia.....
Leonor. Mal hecho.
Luisa. Por si se habia
extraviado la primera.
Leonor. Merecias una tunda.....
Luisa. Y otra despues.....
Leonor. Mal pecado!....
Luisa. Por si no habian llegado
la primera y la segunda.
Perdí en fin toda esperanza.....
Leonor. Nunca debiste tenerla.
¿Qué es llamarte rosa y perla
bailando una contradanza?
¿Qué es ponderar el exceso
de su pasion mozo imberbe
cuando la sangre le hierve
y tiene en fárfara el seso?
Luisa. Quizá esa disculpa dé;
mas convencida no estoy.
Yo era una niña, áun lo soy,
mamá, y le he guardado fe!
Leonor. (Pronto la pobre comienza
á sufrir.....) Mas ¿por qué así
callar tu pena.....
Luisa. Ay!
Leonor. Á mí!
Luisa. Porque me daba vergüenza.
Leonor. Ahora el motivo comprendo
de tu esquivez, tu apatía.....
Luisa. Seré otra desde este dia.
Tú verás cómo me enmiendo.
Leonor. Plegue á Dios!
Luisa. Con mano fuerte
echaré de mí al falsario.....
Ya no le amo, no: al contrario,
le tengo un odio de muerte.—
Qué digo? Simple de mí!
Perdona, el labio mintió.
¿Puedo aborrecerle yo
cuando él delira por ti?
Leonor. Eh! calla, no digas tal.
Luisa. Otra me daria rabia,
mas tú...
Leonor. Amar yo á quien te agravia!
Yo, hija mia, tu rival!
Luisa. Por qué no? El te hará dichosa.....
Leonor. Cómo, si tú no lo eres?
Luisa. No turbaré tus placeres
si te place ser su esposa,
y llamaré, sin pesar,
padre al que tantos sonrojos.....
Leonor. ¡Sin pesar, y están tus ojos
reventando por llorar!
Luisa. Y si mejor consideras
para la paz de las dos
que un claustro.....
Leonor. ¡Calla, por Dios,
calla, que me desesperas!
¡Cierto que fuera oportuno,
cuando su traicion maldigo,
casarme con él!.... Qué digo?
Ni con él ni con ninguno.—
Pero áun dudo... Él te ha mirado?
Luisa. Sí, y no me ha reconocido.
Leonor. No importa.....
Luisa. Cómo!....
Leonor. El olvido
le perdono de buen grado;
pero ¡desdeñarte así,
áun sin recordar tu nombre!
¿Cómo tiene ojos ese hombre
para preferirme á ti?
Luisa. ¿Qué valgo...
Leonor. No, él no te ha visto.—
Pero..... con ese pergeño,
no es mucho que zahareño.....
Y ese pelo..... Jesucristo!....
Corre al tocador: no te halle
otra vez el oficial.....
¡Afuera ese eterno chal
que eclipsa tu lindo talle!
Luisa. Es inútil.....
Leonor. No tal. Ponte
la mejor gala que tengas.
Y mira alto cuando vengas.
Tuyo es todo el horizonte.—
Para mí siempre estás bien.
Luisa. Mamá!....
Leonor. Pero el hombre exige.....
Luisa. ¿Y venceré con un dije
más ó ménos su desden?
Leonor. ¿Quién sabe... Y siempre conviene
que te vea en ademan
de inspirar á otro galan
el buen gusto que él no tiene.
Luisa. Pero.....
Leonor. Compláceme en eso.
Luisa. Si...
Leonor. Va á volver... Qué haces? Anda!
Luisa. Si mamita me lo manda.....
Leonor. Sí, por señas de este beso.

[*Se besan y Luisa se retira por el foro.*]

ESCENA VIII.

LEONOR.

Su tia, que no es un lince,

[*Se sienta.*]

en los trece años fió,
sin considerar que yo
entré en el yugo á los quince;

y pues al ciego Cupido
no plugo que esa rapaza
degenere de su raza.....
Ah! Ya está aquí el consabido.

ESCENA IX.

LEONOR. D. CÁRLOS.

Cárlos. Ya me tiene usted de vuelta.
Leonor. Muy bien.
Cárlos. Acerco una silla?
Leonor. No me opongo.....
Cárlos. (Sin mantilla
está mejor, más esbelta.)

[*Sentándose.*]

Sepa usted que en el camino
he reflexionado.....
Leonor. Bueno;
y ha visto usted, más sereno,
que iba á hacer un desatino.
Cárlos. Desatino?.... En media hora
no mudo yo.....
Leonor. (Pobrecito!)
Cárlos. Cuanto más recapacito,
más me gusta usted, señora.
Leonor. Bah!
Cárlos. Si al tierno amor que siento
llama usted calaverada,
á bien que no es puñalada
de pícaro el casamiento.
Yo he menester real permiso,
y miéntras viene ó no viene,
aquí me estaré perene
esperando el Paraíso.
Leonor. Ántes que la real licencia
necesita usted la mia,
y..... no puedo.....
Cárlos. Por qué, impía?
Leonor. Porque es cargo de conciencia.
Cárlos. ¿Cómo cargo.....
Leonor. Sí, señor.
Soy mayor que usted.
Cárlos. ¿Qué importa
una diferencia corta.....
Leonor. Soy madre.
Cárlos. Tanto mejor.
Esa es una garantía
que promete.....
Leonor. No me allano
á dar tal vez un tirano
á la hija del alma mia.
Cárlos. Esos presagios siniestros
me ofenden. No hay egoismo
en mí: la amaré lo mismo
que á los mios....; á los nuestros.—
Será parvulita.
Leonor. No,
que ya es casadera.
Cárlos. Ya?
¿Cómo..... Ahora caigo..... Será
la que ántes me recibió.
Leonor. Eso, lo dudo.
Cárlos. Por qué?
Leonor. Porque viéndola tan bella.....
Cárlos. (Bella!)
Leonor. No á mí, sino á ella
consagrara usted su fe.
Cárlos. No haré yo, ni por asomo,
una oposicion formal
á ese orgullo maternal.....
Pero..... ¡casadera!.... ¿Cómo.....
Ello, sí, me pareció
un tanto desarrollada....;
pero eso ¿qué prueba? Nada.
Leonor. No prueba nada?
Cárlos. Aquí no.
Feraz aquí, como en Lima,
es la tierra de tal modo.....
Flor, miés, árbol, mujer....; todo
es precoz en este clima.
Mas puede físicamente
ser núbil...., no lo disputo,
y estar en agraz el fruto
del corazon y la mente;
porque, en años juveniles
viendo á su madre, presumo
que esa muchacha, á lo sumo,
podrá tener doce abriles.
Leonor. Diecisiete!
Cárlos. Dios inmenso!—
Entónces está atrasada.
Leonor. No lo creo yo.
Cárlos. Ó taimada
me engaña usted.
Leonor. Ni por pienso.
Cárlos. Diecisiete!, y sin embargo,
usted, que le ha dado el ser,
sólo representa.....
Leonor. Á ver?
Cárlos. Veintiseis, y echo por largo.
Leonor. Ojalá!
Cárlos. Ahora bien, descuento
la diferencia, que es leve,
y saco que fué á los nueve
el feliz alumbramiento.
Ya ve usted que esto es absurdo.
Leonor. No hay de tal precocidad
ejemplo.....
Cárlos. En suma, ¿á qué edad
se casó usted? Yo me aturdo.
Leonor. Si la memoria me es fiel,
á los dieciocho.
Cárlos. Señora!
¿Luego tiene usted ahora.....
Leonor. Treinta y seis.
Cárlos. (Dios de Israel!)

[*Se queda pensativo.*]

Leonor. (Tres añado á mi balija,
y otra sisara quizás
diez....; pero eso y mucho más
sé yo hacer por una hija.)

Cárlos. Leonor!
Leonor. ¡Le estremece á usted
mi partida de bautismo,
y al oir ese guarismo
terrible, rompe la red.....
Cárlos. No!
Leonor. ¿Qué importa... No me enfado...
En lance como el presente,
otra no tan fácilmente
se hubiera espontaneado;
pero yo.....
Cárlos. Es usted completa.
Leonor. Oh!....
Cárlos. La única para esposa:
tan sencilla como hermosa,
tan noble como discreta.
¿Qué monta, con tal virtud
y cara tan hechicera,
de esa edad que usted pondera
la inverosimilitud?
Leonor. La de usted, para marido
es muy temprana.
Cárlos. Oh! no creo.....
Por san Cárlos Borromeo
cinco lustros he cumplido.
Leonor. ¡Doce años ántes nací
que mi tierno pretendiente!
Cárlos. Pero.....
Leonor. Los que él justamente
debiera llevarme á mí.
Cárlos. Si fuera usted de la pasta
de otras....; pero ¡un serafin!....
Leonor. No; ¡flaca mujer!
Cárlos. En fin,
la adoro á usted, y esto basta.
Leonor. ¡Ay, que la vejez madruga
más de lo que es menester!
Si áun no la tenía ayer,
quizá mañana..... una arruga.....
Cárlos. [*Inquieto por un momento y acercándose para mirar con más atencion á Leonor.*]
(Arruga?) No; en ningun lado.
Jamás del tiempo la furia
hará semejante injuria
á ese cútis nacarado.
Leonor. Pero.....
Cárlos. Ea, un sí, prenda amada!

[*Se levanta Leonor; y en seguida don Cárlos.*]

Leonor. (Jesus!.... Y Luisa no viene!....)
Cárlos. Usté es la que me conviene;
usté es mi predestinada.
Leonor. Pero ¿y si usted no es el mio?
Cárlos. Si ese pecho es tan ingrato,
moriré en el celibato.
Leonor. (Ah! Y mi Luisa?) Desvarío!
Cárlos. Nada, no me casaré!
Leonor. Áun es usted muy mancebo,
y otras, ya que yo no debo
mudar de estado.....
Cárlos. Por qué?
¿Qué viuda así se encanija
cuando es jóven y tan bella
y le depara su estrella.....
Leonor. Mi hija!....
Cárlos. Dale con la hija!
Si eso le da sentimiento,
que se case ella tambien,
y si no tiene con quién,
que se meta en un convento.
Leonor. ¿Qué.....
Cárlos. Perdon!.... Mi necedad
es consecuencia precisa
de.....
Leonor. Luisa!

[*Á la puerta del foro.*]

Cárlos. Se llama Luisa?
Leonor. Bonito nombre!: verdad?
Cárlos. En efecto.....

[*Algo preocupado.*]

Leonor. ¿Algun amor
le recuerda á usted...
Cárlos. No...
Leonor. (Qué hombre!)
Cárlos. Sí, bonito es ese nombre,
mas prefiero el de Leonor.
Leonor. Sí?
Cárlos. No le hay más de mi agrado,
á fe de Cárlos Heredia.
Leonor. Para dama de comedia
famosa, pintiparado.

ESCENA X.

LEONOR. D. CÁRLOS. LUISA.

[*Viene Luisa muy elegante y en cuerpo.*]

Luisa. Mamá.....
Leonor. [*En voz baja.*]
No estés como en misa.
Cárlos. (¡Qué veo!)
Luisa. [*Con desembarazo.*]
Muy servidora
de usted.
Leonor. (Está encantadora.)
Le presento á usted mi Luisa.
Cárlos. Cuyos piés beso. (Qué mona!...
Mejor que la de Logroño!)
Leonor. Qué tal?
Luisa. [*En voz baja.*]
Ah!....
Cárlos. Digno retoño

de mi adorable patrona.
Luisa. (Oh!)
Leonor. [*En voz baja.*]
Niña, que te delatas!
Cárlos. (Ó es otra....)
Luisa. [*Aparte con Leonor, rápidamente.*]
Me mira?
Leonor. Sí.
Cárlos. (Ó cuando al entrar la vi
tenía yo cataratas.)
Leonor. Aunque pimpollo temprano,
de mil primores se adorna.
Luisa. No crea usted..... Me abochorna.....
Leonor. Maestra es ya en el piano.
Luisa. Maestra!
Cárlos. (Eso más!)
Luisa. Qué error!
Yo sé lo poco que valgo,
y no me engrío.....
Leonor. Toca algo
para que te oiga el señor.
Cárlos. Ruego á usted...
Luisa. Yo...
Leonor. ¡No obedeces!
Luisa. Sí, ya voy.
Cárlos. (Es celestial.)
Luisa. Por no hacerlo tarde y mal,
que es hacerlo mal dos veces.

[*Se sienta al piano y hace algun preludio. D. Cárlos se acerca á ella.*]

Leonor. (Ya la niña le embelesa.)
Cárlos. (Las dos....)
Leonor. Este caballero
me hará la honra, lo espero,
de aceptar mi pobre mesa.
Cárlos. Señora.....
Leonor. No admito excusas.
Á dar mis órdenes voy.....
Luisa. ¡Mamá.....
Leonor. Y prescindo por hoy
de corcheas y de fusas.

ESCENA XI.

LUISA. D. CÁRLOS.

[*Breve silencio miéntras Luisa toca los primeros compases de una romanza.*]

Cárlos. Bien! Lo hace usted á las mil
maravillas.

[*Luisa sigue tocando. Otra breve pausa.*]

(Cosa extraña!....
Ó vana ilusion me engaña,
ó yo he visto ese perfil....)
Brava!
Luisa. [*Sin dejar de tocar.*]
Gracias.
Cárlos. (Pero no hago
memoria de quién será.....
Luisa..... Sí, su nombre va
unido á un recuerdo vago....)

[*Cesa la música y Luisa se levanta.*]

Muy bien! Bella es la romanza,
pero usted le da tal vida.....
Luisa. Aunque poco merecida,
agradezco la alabanza.
Cárlos. Dígame usted..... (Es pregunta
que no la haria un salvaje;
mas tal la ha mudado el traje....)
Luisa. (Parece que algo barrunta....)
Cárlos. ¿Es usted la que al entrar
me recibió.....
Luisa. Sí, la misma.
(Ya me ve por otro prisma.)
Cárlos. Perdone usted si..... El ajuar.....
(Ya he soltado otra sandez.)
Y..... ¿siempre, hermosa doncella,
ha estado usted en Marbella?
No ha viajado alguna vez?
Luisa. Cádiz fué nuestra vivienda
muchos años.....
Cárlos. (Cádiz..... No.)
Luisa. Y luégo aquí se fijó
mamá por cuidar la hacienda.
Cárlos. [*Con el dedo índice en la frente.*]
No doy.....
Luisa. ¿Qué misterio esconde
tanta.....
Cárlos. Memoria maldita!....
Yo ha visto á usted, señorita;
mas no sé cuándo ni dónde.
Luisa. ¿Conque si una no se allana
á ayudar..... Cuatro años ha
estuve en los baños.....
Cárlos. Ah!
Sí, en los baños de Chiclana.
Luisa. [*Resentida.*]
Al fin!.....
Cárlos. (Con razon se irrita.)
Ah! qué dirá usted de mí?
Luisa. ¿Qué he de decir!
Cárlos. Cierto; allí
nos conocimos, Luisita.
¿Recuerda usted.....
Luisa. Es notorio;
y para ello, aunque mujer,
no he necesitado hacer
un largo interrogatorio.
Cárlos. Luégo..... la fatalidad.....,
la disciplina...., la gloria.....
En fin, pecó mi memoria,
pero no mi voluntad.

Luisa. ¿Y cómo—esto no es querella;
que ningun pesar me encona—
¿cómo quiere á una persona
el que no se acuerda de ella?
Cárlos. Yo dije..... (Está interesante.)
Es muy tierna todavía.....
Mañana ó esotro dia
proveerá la vacante.
Luisa. Tierna, sí..... (Más de lo justo!)
Usted me juzgó muy mal....;
pero dueño es cada cual.....
Cárlos. Yo.....
Luisa. De mejorar su gusto.

[*Con ironía.*]

Si, porque otro amor le apremia,
usted desdeña *lo tierno*.....
(Ah! qué digo! ¡Dios eterno,
perdóname esta blasfemia!)
Cárlos. ¡Pésame..... Yo no sabía.....
Luisa. Oh!.... Todo lo olvido ya.
Ame usted á mi mamá.
Bien merece.....
Cárlos. (Qué agonía!)
No; yo prefiero..... (¿Sé yo
acaso lo que prefiero?)
Luisa. Á ella, sí.
Cárlos. (Me desespero!
Ambas son damas de pro....)
Luisa. (Si una calla, mal, y si habla....)
Cárlos. Oh Luisa!
Luisa. Cárlos!....
Cárlos. No soy
digno de.....
Leonor. [*Dentro.*] Luisa!
Luisa. Allá voy!

[*Corriendo hácia el foro.*]

(Me he salvado en una tabla.)

ESCENA XII.

D. CÁRLOS.

¡Heme aquí reo confeso
de conato de bigamia!—
Dejar á Luisa es infamia;
mas Leonor..... Yo pierdo el seso.
Si para una boda somos
tres, ¿cómo, negra fortuna,
refundo á las dos en una
ó me parto yo en dos tomos?
¿Por qué—merecia azotes!—
en Luisa no me fijé
cuando..... Pero el *negligé*....,
los malditos papillotes.....
Y luégo el donaire, el alma,
la finura de Leonor.....
Sí, sí, es cosa..... superior!
Para ella será la palma.

[*Llega Leonor, vestida de trapillo, ceñido un delantal de cocina, y con pañuelo atado á la cabeza como las vascongadas. D. Cárlos, entregado á sus meditaciones, no la ve.*]

ESCENA XIII.

D. CÁRLOS. LEONOR.

Leonor. (Aunque me imponga un suplicio
que á mi vanidad aflija,
hagamos por una hija
el último sacrificio.)
Don Cárlos.....
Cárlos. ¡Ah.....
Leonor. Vengo á ver
si algo se ofrece.....
Cárlos. (Qué ropa!....)
Leonor. Miéntras se cuece la sopa.
Cárlos. (Es nodriza de alquiler?)
Gracias.....
Leonor. (De verme se asombra.
Bien!)
Cárlos. Ese prendido..... (Horror!)
Ese..... Viene usted, Leonor,....
que no parece su sombra.
Leonor. ¿Es posible!.... Vengo así
porque..... (Ya se pone triste.)
Cárlos. Es raro.....
Leonor. Si usted persiste
en su pensamiento.....
Cárlos. [*Violentándose.*] Sí.....
Leonor. Debemos ya principiar
á tratarnos con llaneza.
Cárlos. Sin embargo, esa cabeza.....
Por la Vírgen del Pilar!....
Leonor. La toca á la vizcaina
¿le horripila á usted?
Cárlos. No digo
tanto....; pero.....
Leonor. Por abrigo.....
Cárlos. Siquiera una papalina!
Leonor. Con los vestidos de fiesta
no despachan las mujeres
de gobierno los quehaceres
de casa..... (Ya me detesta.)
Cárlos. Pero.....
Leonor. Es fuerza que se soben,
se ajen.....
Cárlos. [*Señalando al delantal.*]
Y eso?....
Leonor. Limpio está...
todavía: es lúnes.
Cárlos. (Ya
no me parece tan jóven.)
Leonor. No todo ha de ser palique.....

Cárlos. (Hum!) Cierto...
Leonor. (Apénas me escucha.)
Cuando la hacienda no es mucha,
preciso es que una se aplique.....
Cárlos. Sí..... (Me iria á la Jamaica
primero.....)
Leonor. Para una hermosa
no es mengua el ser hacendosa.
Cárlos. [*Entre dientes.*]
Es decir, vulgar, prosaica.....
Leonor. Mujer frívola, que acopia
moños, melindres y amantes
y nunca suelta los guantes,
no es la mejor para propia.
Cárlos. [*Casi convencido.*]
Es verdad, sí!
Leonor. (Ya cerdea?)
Cárlos. Mujer divina, por más
que estudies con Satanas
para parecerme fea.....
Leonor. Don Cárlos!.... (Quién lo diria!
Le doy armas contra mí!)
Cárlos. Tu bella mano.....
Leonor. [*Retirándola.*] Alto ahí!
Cárlos. Es desden?
Leonor. [*Sonriéndose.*] No: es..... policía.
Cárlos. Eh?
Leonor. No soy de esas sardescas
que..... Mas vengo del hogar.....
Cárlos. Oh!
Leonor. Acabo de aderezar
anchoas..... Pero ¡qué frescas!—
Le gustan á usted?
Cárlos. [*De mal humor.*] Sí...., algo.....
Leonor. Es cosa rica.
Cárlos. (Yo sudo.)
Leonor. Para eso, y para un menudo,
el oro que peso valgo.
Cárlos. (Yo fallezco!)
Leonor. En salpicon.....
Cárlos. Señora!
Leonor. Son mi deleite,
con su vinagre, su aceite.....
Cárlos. Oh!
Leonor. Y cebolla y pimenton.
Cárlos. Bien..... Mas para esos adobos
¿no hay criada?
Leonor. Claro está.
(Venceré.)
Cárlos. (Sí, bien tendrá
los treinta y seis... Sí, sí; bobos!)
Leonor. Pero ¡son tan zafias!.... Yo ando
en todo.....
Cárlos. Ah!
Leonor. Siempre una guisa
con más...
Cárlos. ¿Y... (yo tiemblo!) Y Luisa?
Está tambien cocineando?
Leonor. Ella no. Pobre muchacha!
No quiero yo que se pringue.....
Todavía no distingue
del apio la remolacha.
Un dia, si es menester,
aprendiendo lo que ignora,
sin dejar de ser señora,
será toda una mujer.
Ahora todo el tiempo es corto
para el piano.....
Cárlos. Qué bien toca!
Yo la oí con tanta boca.....
Leonor. De véras?
Cárlos. Estoy absorto.
Leonor. Y bordar en todas telas?
Cárlos. Ah!
Leonor. Y si coge los pinceles.....
Cárlos. ¡Tambien el arte de Apéles.....
Leonor. Ya verá usted ¡qué acuarelas.....
Cárlos. Sí? (Qué alhaja! Y mis rigores.....
He sido un mal hombre, un pillo!)
Y..... ¿qué hace.....
Leonor. En el jardinillo
está.....
Cárlos. [*Impaciente.*]
Sí?
Leonor. Cogiendo flores.
Cárlos. (Para mí tal vez! Ay! harto
hace la cuitada.....)
Leonor. Son
para adornar el jarron
que habrá usted visto en su cuarto.
Se lo he mandado.....
Cárlos. Ah! Yo estoy
confuso.....
Leonor. Por qué?—Y ufana
Luisa..... Desde esa ventana
puede usted verla.....
Cárlos. Sí? Voy.....
[*Corre á mirar por la ventana. Le sigue Leonor.*]
Allí está!
Leonor. Ahora coge un nardo.
Cárlos. Más blanca es su mano.
Leonor. Sí?
Ahora coge un alelí.
Cárlos. Qué talle! Le hay más gallardo?—
Ay Dios! La esconde un arbusto.
Leonor. No brilla más pura el alba.
Y qué índole! Es una malva.
Nunca me ha dado un disgusto.
Cárlos. Ya vuelve—¡Qué ágil, qué diestra
va de una flor á otra flor!—
Se ha lucido usted, Leonor.
Leonor. Yo!....
Cárlos. Es una obra maestra!
Leonor. Cuál me alegra el que la alaba!—
Pero aparte usted, por Dios;
no nos vea así á los dos
cayéndosenos la baba.
[*Le hace retirarse de la ventana, y disimuladamente hace en ella una seña con el pañuelo.*]

Cárlos. Qué importa? El àlma la adora!
Leonor. Sí?
Cárlos. Es mi gloria y mi delicia.
Leonor. Al fin, le hace usted justicia!
gracias á Dios! ya era hora!
Cárlos. Ah, perdon! Soy un badea.....
Leonor. Perdon! De qué? Soy yo loca?
Pues lo que dice esa boca
¿no es lo que mi alma desea?
Cárlos. Oh! mereces que te erija
un templo, mujer sin copia.
¡Tan bella, y contra sí propia
conspirar.....
Leonor. *Por una hija!*
Cárlos. ¿Qué es ya la virtud estoica
que tanto, oh Roma! decantas?
Déjame besar tus plantas,
matrona sublime, heroica.

Leonor. [*Deteniéndole.*]

No permito, ni es razon.....
Soy feliz y no me ofendo.....

[*Viendo entrar á Luisa con un ramo de flores en la mano.*]

Esa es la que está pidiendo
un acto de contricion.

ESCENA ÚLTIMA.

LEONOR. D. CÁRLOS. LUISA.

Cárlos. Perdon, Luisa!

[*Cae á sus piés.*]

Leonor. (Pobre mozo!)
Luisa. Se le doy, ó se le niego?
Leonor. Sí, Luisa: yo te lo ruego.
Luisa. Alza, pues.....

[*Se levanta D. Cárlos.*]

Y toma.

[*Le da el ramo: D. Cárlos besa con entusiasmo la mano de Luisa.*]

Cárlos. Oh gozo!
Leonor. Vencí!

[*Abrazando á Luisa y Cárlos.*]

Hijos mios!
Cárlos. [*Á Luisa.*] Qué escuela!
Luisa. Ah! ¿qué madre haria más!
Leonor. Y el pago que me darás
será.....
Luisa. Cuál?
Leonor. [*Con resignacion cómica.*]
Hacerme abuela!



AL PIÉ DE LA LETRA,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 13 de Diciembre de 1855.

PERSONAS.

LA DUQUESA.	D. MODESTO.
ISABEL.	EL GENERAL.
LA POSADERA.	D. AQUILINO.

UN LACAYO.

La accion pasa progresivamente en los baños de Alhama de Aragon, en un parador y en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en el establecimiento de baños. Á la derecha del actor una puerta, que es la que conduce á la escalera; á la izquierda otra, la del cuarto de D. Modesto. Por el foro se entra en las habitaciones que ocupa la Duquesa.

ESCENA I.

ISABEL. D. MODESTO.

Modesto. ¿Recibe ya mi señora
la Duquesa?
Isabel. No: más tarde.
Á las tres salió del baño;
comió; sesteó en el catre
una hora; tardó media
en resolver con qué traje
saldrá á paseo; y si bien
yo acabé ya por mi parte
de su tocador prolijo
las tareas importantes,
áun pasará largo rato
ántes que reciba á nadie.
Modesto. Miéntras me es dado ofrecer
á sus piés el homenaje
de mis respetos, con páginas
de Calderon ó Cervántes
veré de matar el tiempo,
yo que no traigo otro achaque
á Alhama que el tierno amor
que me inspiró esa adorable
mujer, y el estéril gozo
de fabricar, en el aire
que ella respira, castillos,
que pronto darán al traste,
si el labio muestra la llama
que oculta en mis venas arde.
Isabel. No es fundado ese temor.
¿Qué desdenes, qué desaires
le desalientan á usted?
Al contrario, se complace
la Duquesa en distinguirle;
y eso que, aunque usted lo calle,
bien sabe por quién suspira
ese corazon amante.
Modesto. Á ti, mi buena Isabel,
debo el placer inefable
de haber viajado con ella.
Isabel. ¿Y no debí yo á su madre
de usted—que en el cielo está
sin duda, porque fué un ángel—
pan, asilo, educacion

cuando lloró en sus umbrales
mi desvalida orfandad?
Razon es que al hijo pague
una parte de mi deuda.
Modesto. Fuera estaba de mis lares,
y áun vestia triste luto
por la muerte de mi padre,
cuando Dios quiso tambien
llevársela.
Isabel. En tal catástrofe,
me recomendó un amigo
á la Duquesa, que afable
me recibió de primer
doncella suya.
Modesto. Tú vales
mucho más, y me afligí
cuando á mi vuelta de Cádiz
lo supe.
Isabel. Si un mismo techo
á los dos nos albergase,
hubiéramos sido blanco
de las hablillas vulgares.
Modesto. No rehusarás, al ménos,
un dote cuando te cases
con ese jóven.....
Isabel. Va largo
todavía. Está cesante.....
Modesto. No lo estará mucho tiempo.
Cierta persona de grande
influjo me prometió
trabajar por colocarle.
Cuando, avisado por ti,
intercepté en vuestro viaje
un asiento de berlina,
ocupasteis los restantes
la Duquesa y tú, y el pobre
se resignó á confinarse
en la rotonda. Es razon
reparar ese vejámen.
Isabel. Ventura fué tener mi ama
tanta prisa de marcharse,
y no haber ya en todo el mes
un solo asiento vacante.
Modesto. Muy hostigada estaria
de los nervios.....
Isabel. Disparate!
Los nervios hoy dia son
el editor responsable
de los mimos de las niñas,
las intrigas de las madres,
y el despecho de las viudas
que rabian por otro enlace,
aunque ántes que confesoras
las haga el orgullo mártires.
Modesto. Sin embargo, ella ha venido
á los baños por dictámen
de su médico.
Isabel. Es verdad.
Cuando un médico no sabe
qué mal aqueja al paciente,
cuando no acierta á curarle,
ó en el alma, no en el cuerpo,
residen los alifafes,
el remedio de rigor
son los baños, y es constante
que son el cúralo-todo,
ya en Cestona, ya en Árdáles,
ya en la playa de Valencia,
ya en los riscos de Bïárritz.
La moda, que lleva á todo
su jurisdiccion versátil,
da la preferencia ahora
á los de Alhama en la márgen
del Jalon, y así que el médico
los nombró, sin más exámen
dijo la Duquesa: «Á Alhama!»
Y hela convertida en náyade
de agua caliente, y tan viuda
y tan nerviosa como ántes.
Modesto. Mas si pesarosa está
de ser viuda—y no lo extrañes
en dama jóven y bella—
¿cómo entre tantos galanes
no ha preferido á ninguno?
Isabel. Preferir ella? No es fácil.
Querer que todos la adoren,
eso sí; pero en combate
continuo su vanidad
de gran señora y lo frágil
de su sexo—porque, al fin,
tambien son hembras las grandes—
y rica de ejecutorias,
pero pobre de heredades,
fluctúa su corazon
como en el golfo la nave.
Modesto. Á propósito, parece
que la mira con notable
aficion el General.
Isabel. Algo hay de eso, y las señales
son de no pesarle á ella;
pero está usted más en auge
que ese inválido. El viajar
dentro del mismo carruaje
con una prójima, estrecha
distancias y abrevia trámites.
Tiene ocasion de prestar
un caballero galante
servicios, que se agradecen
siquiera, aunque no se paguen.
Usted la visita; él no;
puede usted oirla casi
desde su cuarto, y el viejo
tiene el suyo muy distante;—
y aunque pudiera añadir
lo que va de talle á talle,
lo omito, porque no quiero
que usted se engría y se ensanche.
Modesto. Pero él es un General
de alta fama y noble sangre,
y yo de la clase media.....
Isabel. Pues á pesar de la clase,
si usted se declara.....
Modesto. Ah!.... No.
Isabel. Anímese usted. Qué diantre!....
Modesto. Temo..... Dudo..... Esperaré
coyuntura favorable.....

Pero ya nuestro coloquio
se ha prolongado bastante.

[*Tomando una mano á Isabel.*]

Adios, fiel amiga mia!
Si yo no fuese un orate,
á ti te amara, no á ella.....

[*Besando la mano á Isabel, y viéndolo D. Aquilino, que llega al mismo tiempo por la puerta de la derecha.*]

Adios!

Aquil. (Ah!)

[*Á Isabel cuando ya ha desaparecido D. Modesto.*]

Bravo! Me place!

ESCENA II.

ISABEL. D. AQUILINO.

Isabel. Ah!
Aquil. Traidora!
Isabel. Otra disputa?
Aquil. Yo he visto á ese ciudadano.....
Isabel. Qué?
Aquil. Besarle á usted la mano.
Isabel. Eso es pecata minuta.
Aquil. Me he criado yo entre céspedes?
¿Conque no vale dos bledos
besar un hombre.....
Isabel. Los dedos
se le antojan á usted huéspedes.
Aquil. Yo.....
Isabel. Celoso!
Aquil. Es que.....
Isabel. Gruñon!
Aquil. ¿Quién tolera.....
Isabel. Visionario!
Aquil. Usted no es padre vicario,
y ese beso.....
Isabel. Moscardon!
Besar la mano á una dama
es ya el pan de cada dia.
Aquil. Hum!....
Isabel. Trivial galantería
que á nadie quita la fama.
Aquil. Fué el beso más que de amigo,
y llueve sobre mojado.
Isabel. Dale! Yo.....
Aquil. Al fin ha viajado
veinticuatro horas contigo.
Isabel. Éramos tres.
Aquil. Bien por Dios!
Mayor es el roce...., pues!....
cuando se embalijan tres
donde apénas caben dos.
Isabel. Bah!....
Aquil. No era suyo aquel puesto.
Para suplantarme en él,
por un soplo tuyo, infiel,
se apareció don Modesto.
Isabel. (Tiene razon, y la broma
fué pesada; mas no digo
el porqué, y así castigo
su incorregible carcoma.)
Aquil. Callas!
Isabel. (De quicio me saca.)
Aquil. La conciencia te remuerde!
Tú amas á ese pisaverde!
Isabel. No hay tal amor. Qué machaca!
La amistad.....
Aquil. Siempre es ambigua
entre el hombre y la mujer.—
Y la vuestra no es de ayer,
sino mucho más antigua.
Isabel. Eso es verdad.
Aquil. Soy yo lerdo?
Isabel. Tiempo ha que le quiero bien
por sus buenas prendas.....
Aquil. ¡Ten
la lengua..... ¡Calla, ó me pierdo!
Isabel. Te juro que no es mi amante.
Aquil. ¡Y hacer esa felonía
á un hombre, Vírgen María,
cuando un hombre está cesante!
Isabel. Si no hay tal.....
Aquil. Pierdo el sentido.
¡Bien el refran nos enseña
que todo el mundo hace leña
del árbol que ve caido!
Isabel. Yo.....
Aquil. Tú estás para ofenderme
de acuerdo con el Gobierno.
¡Tanto rencor, Dios eterno,
contra un empleado inerme!
Doce años hace—es notorio—
que en oficinas escribe
mi mano fiel, inclusive
los cuatro de meritorio;
y en invierno y en estío
un yunque, siempre en mi puesto;
y en letra me las apuesto
con Alverá y con Torío;
y soy fuerte en la estadística;
y nunca he sido garduña
ni...., pues!; y tengo en la uña
la legislacion rentística;
¡y me apean, sin embargo;
y cuando en ti, justo cielo!
cifro el único consuelo
de infortunio tan amargo,
te amalgamas muy oronda
con el hombre á quien albergas,
y á mí, falsa, me postergas,
me baldas en la rotonda!
Isabel. Cesa en tu injusta querella,
no seas chinche, Aquilino,
ó juro al poder divino
que has de arrepentirte de ella.
Si yo tuviera otro amante,
¿quién coarta mi albedrío
para decir: «Señor mio,

le declaro á usted cesante?»
No un rival vea tu error
en ese buen caballero,
sino un amigo sincero....,
y tal vez un protector.
Aquil. Protector! Comprendo... y ¡bramo!
Isabel. Ten presente que por mí
estás colocado aquí,
y no en el último tramo.
Por mí la ilustre Duquesa,
cuando quedaste excedente,
te asignó un sueldo decente,
cuarto, ropa limpia y mesa;
por mí en calidad de paje,
con puntas de secretario
y mayordomo honorario,
la acompañas en el viaje.
Aquil. Y grabada está aquí dentro
accion tan noble y tan bella;
mas ¡mi oficina!.... Ah!.... Sin ella
estoy fuera de mi centro.
Isabel. Pero perderás su gracia
si te retiro la mia;
y á fe, bien lo merecia
tu importuna suspicacia.
No me hagas perder el tino
viendo una y otra vision,
ten calma...., y en conclusion,
no seas chinche, Aquilino!

ESCENA III.

ISABEL. D. AQUILINO. LA DUQUESA.

Duquesa. [*Saliendo de su habitacion.*]
Tengo carta de Madrid?
Aquil. Áun no ha venido el cartero.
Duquesa. Y cómo es que no ha venido?
Aquil. (Y yo ¿cómo he de saberlo?)
La estafeta.... No sé..... Acaso.....
Duquesa. Sálgale usted al encuentro,
tome mi correspondencia
y tráigamela al momento.

ESCENA IV.

LA DUQUESA. ISABEL.

Duquesa. [*Sentándose.*]
Hoy hace un calor horrible.
Isabel. Mucho.
Duquesa. Me abraso allí dentro.
En esta sala de tránsito
es el ambiente más fresco.
Isabel. ¿Cómo ha sentado á vuecencia
el baño de hoy?
Duquesa. Mal.
Isabel. Lo siento
en el alma.
Duquesa. Cada dia
estoy peor de los nervios;
y además, aquí me aburro,
me consumo, echo de ménos
el trato y comodidades
de la corte.....
Isabel. Bien lo creo.
Duquesa. El diablo—Dios me perdone!—
me trajo á Alhama.
Isabel. No; el médico.
Duquesa. El servicio es execrable,
mezquino el alojamiento.
Isabel. (No tal.)
Duquesa. El Jalon exhausto.....
Isabel. Pche!....
Duquesa. Mísero y sucio el pueblo...
Isabel. Algo..... (Muchos hay peores.)
Cada cual, dice el proverbio,
habla de la feria......
Duquesa. Ay triste!
Isabel. Segun le va en ella.
Duquesa. Oh cielos!
Isabel. Muchos recobran aquí
la salud.....
Duquesa. Dichosos ellos!
Isabel. Y dirán que es paraíso
lo que ucencia llama infierno.
Duquesa. Y qué sociedad...., gran Dios!
Mancos, tullidos y entecos.
Isabel. No todos. El General.....
Duquesa. Don Santiago?
Isabel. Aunque provecto,
va ya mejor de la gota.....
Duquesa. Pobre hombre!
Isabel. Y áun está fresco....
Duquesa. Sí.....
Isabel. Y hay jóvenes tambien.....
Verbigracia, don Modesto.
Duquesa. Sí; es muy fino y muy simpático.
Isabel. (Bien! Buena ocasion.)
Duquesa. Le debo
muchos obsequios.
Isabel. Ó mucho
me engaño, ó algo más que eso
le debe vuecencia.
Duquesa. Cómo!....
Isabel. Por los síntomas que observo,
juzgo que está enamorado
de vuecencia hasta los huesos.
Duquesa. [*Con interes.*]
De véras?
[*Afectando indiferencia.*]
Eh! no lo creas.
Nada me ha dicho.....
Isabel. El respeto...
Por no contar una larga
serie de ilustres abuelos
como vuecencia, sin duda
teme un desaire.....
Duquesa. En efecto,
no puedo sin rebajarme
admitir su galanteo.....

No porque él no sea un jóven
de educacion, de talento.....
Isabel. Y muy rico!
Duquesa. Ba!
Isabel. Hijo único
de un prohombre del comercio;
de un banquero.
Duquesa. Eh! calla. ¿Yo
casarme con un banquero?
Isabel. Nunca sería deshonra,
y en el dia mucho ménos.
Los hay que son, ó que han sido,
grandes-cruces, consejeros,
senadores, y hasta príncipes.
Duquesa. Con todo.....
Isabel. Y no están los tiempos
para desdeñar.....
Duquesa. No importa.
Isabel. En el último quinquenio
la renta anual de vuecencia
no pasó de diez mil pesos,
y él.....
Duquesa. Sabré honrar, aunque pobre,
el alto nombre que heredo.
No se ha de decir de mí
que al vil interes me vendo.—
Pero todo esto es hablar
al aire. Ese caballero
no piensa en mí, ni lo sueña.
No ha traido más objeto
á los baños, que curarse
de sus dolencias..... Por cierto
que áun no sé yo cuáles son.
Isabel. Tengo para mí, y no yerro,
que son..... las de vuecelencia.
Duquesa. Se resiente de los nervios?
Isabel. Sí, señora.
Duquesa. Pobrecito!
Isabel. (Bien va!)
Duquesa. Ahora me intereso
más por él..... Quiero decir,
como amiga.
Isabel. Por supuesto.

[*Sale de su cuarto D. Modesto.*]

ESCENA V.

LA DUQUESA. ISABEL. D. MODESTO.

Isabel. Ah! él viene.....
Modesto. [*Saludando.*] Señora...
Duquesa. Bien
venido.....

[*Á Isabel.*]

Acerca un asiento.
Modesto. Gracias. Yo iré.....

[*Va á tomar una silla para excusar á Isabel el trabajo de traerla, y ella le dice en voz baja rápidamente:*]

Isabel. La ocasion
es propicia..... Ánimo!

[*Entra en la habitacion del foro.*]

Modesto. (Tiemblo!)

[*Se sienta cerca de la Duquesa.*]

ESCENA VI.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Modesto. ¿Qué tal le ha sentado á usted
el baño de hoy?
Duquesa. Oh! muy mal.
Modesto. Me pesa.....
Duquesa. Pero es el último.
Modesto. Sí?
Duquesa. Ya no me baño más.—
¿Conque mañana tenemos
caravana borrical.....
Modesto. En efecto.
Duquesa. ¿Y comilona
en la pradera?
Modesto. Sí. No hay
otra diversion aquí.
Duquesa. Oh qué grotesca será!
¡Yo cabalgando, Dios mio,
en un ignoble animal!....
Modesto. Yo puedo ofrecer á usted
un buen caballo alazan,
si prefiere.....
Duquesa. Dios me libre!
Qué dirian las demas?—
Quién manda la expedicion?
Modesto. Habiendo aquí un General,
¿quién disputa á Su Excelencia
tan alto honor?
Duquesa. Y él quizás
preferiria quedarse.
Modesto. Quedarse..... cuando usted va?
Duquesa. Por qué no? Yo no conspiro
contra su comodidad.
Modesto. Nadie ignora que es usted
el hechizo, el dulce iman
de su alma.
Duquesa. Nadie lo ignora?
Yo sí, y usted convendrá
en que soy..... álguien.
Modesto. Oh!
Duquesa. ¡Vaya,
que es pasion muy singular
la suya!
Modesto. No es más sincero
tal vez por ser más audaz
el amor.
Duquesa. En hora buena;
pero la voz popular,
aunque muy santa, no puede
suplir á la del galan.
Modesto. Cierto.
Duquesa. [*Riéndose.*]
Eso es amar..... por boca

de ganso.
Modesto. (Bien!) Es verdad;
mas quien teme una repulsa.....
Duquesa. Súfrala si se la dan;
que eso no deshonra á un hombre.
Modesto. Pero le puede matar.
Duquesa. No matan ya esos achaques
desde Macías acá,
y si el don de iniciativa
alguna vez es fatal,
¡peor estamos sin él
las pobres hijas de Adan!
Modesto. (Ella me alienta. Qué espero?)
Duquesa. Por cierto, no sé como hay
hombre que, amando de véras,
guarda en su pecho el afan
que le atormenta.
Modesto. Ah señora!
Yo.....
Duquesa. Sea usted imparcial.
Si otro, que no fuera mudo,
se encontrase en el lugar
del veterano, qué haria?
Modesto. No esperar dicha ni paz
sino de usted, y á las plantas
de tan divina beldad
rendir el alma y la vida.

[*Se arrodilla. La Duquesa se levanta.*]

Duquesa. ¡Cómo..... Audacia sin igual!

Modesto. [*Cortado.*]

Si... Yo...
Duquesa. Alce usted. (¡Rompió al fin
su silencio contumaz!)

Modesto. [*Levantándose.*]

(Soy perdido!) Usted queria
saber.....
Duquesa. No tanto.
Modesto. (Oh crueldad!)
Señora..... Usted me animó.....
Duquesa. Yo hablaba del General.
Modesto. Yo tambien. (Saquemos fuerzas
de flaqueza.)
Duquesa. Eh?
Modesto. Claro está.
Mi declaracion ha sido
hipotética.
Duquesa. No tal.
Modesto. He suplido mentalmente
al anciano militar;
y ¿cómo, á no revestirme
de esa personalidad
respetable, osara yo
mis pensamientos alzar
á tanta altura?
Duquesa. Esa falsa
modestia me irrita más
que el pasado atrevimiento.
Para ser tan eficaz
intercesor ¿qué poderes
le dió á usted, qué facultad,
don Santiago? En fin, ¿qué amante
aboga por su rival?
Modesto. Pues bien, sí, la adoro á usted;
pero á mi temeridad
es disculpa la obediencia.
Duquesa. Qué?....
Modesto. Usted quiso sondear
mi corazon.....
Duquesa. Cómo! ¿Usted
me suponia capaz
de desear su cariño?....
Modesto. Por qué no? Sin voluntad
de premiarlo, pudo usted,
por un capricho fugaz,
exigir ese tributo
á una alma tierna y leal,
¡y despreciarlo despues
como indigno de su altar!
Duquesa. No, no es tanta mi perfidia.....
Oh Dios! ¿qué necesidad
tenía yo de que usted
me pusiera, á mi pesar,
en semejante conflicto?
Modesto. Conflicto, señora! Cuál?
Duquesa. El de aborrecer..... Ah! no.
Sería una iniquidad.
El de perder un amigo.....
Modesto. Cielos!....
Duquesa. Pero usted sabrá
serlo todavía.
Modesto. Ah! Cómo?
Duquesa. Mirando á su bienestar.....
y al mio, considerando
que hay en el trato social
deberes...., preocupaciones
que es forzoso respetar.....
Modesto. Basta. Adios!
Duquesa. Tan pronto!..
Modesto. Tengo
que hacer.....
Duquesa. (Lástima me da.)
Adios.

[*Dándole la mano.*]

Sin rencor!
Modesto. (Ah!) No.....
(Mal haya mi necedad!)

[*Entra en su cuarto.*]

ESCENA VII.

LA DUQUESA. D. AQUILINO.

Duquesa. Me remuerde la conciencia
casi.....

[*Á D. Aquilino que llega.*]

Ha venido el cartero?
Aquil. Sí, señora.
Duquesa. ¡Gracias.....
Aquil. Pero

sin cartas para vuecencia.
Duquesa. ¿Es posible!.... (Gran balija
no esperé; que la cohorte
ilustre deja la corte
en estacion tan prolija;
pero es extraño que el Conde,
con quien el último dia
reñí..... Pues él bien sabía
que iba yo á partir, y adónde.—
Yo me mantengo en mis trece,
y si siento que no escriba,
es sólo porque me priva
de contestar cual merece.—
Mal digo: lo que hoy me enfada,
como me enfadaba ayer,
es que me quite el placer.....
de no contestarle nada.)
Si no hay cartas, ¿qué hace usted....
Aquil. Traigo una, franca de porte.....
Duquesa. Pues ¿cómo.....
Aquil. [*Sacando una carta.*]
No es de la corte.
Duquesa. Venga.
[*La toma.*]
(Es como esa pared.)
Aquil. Es epístola termal.....
Esto es, escrita aquí.
Duquesa. [*Abriendo la carta y viendo la firma.*]
Quién puede escribirme á mí?....
Veamos..... El General!
Aquil. Sí.
Duquesa. Y es usted su correo!
No tiene criados?
Aquil. Sí;
mas se ha valido de mí,
y yo servirle deseo.
Duquesa. Á qué título?
Aquil. Me aprecia.....
Duquesa. Oiga!
Aquil. Tiene influjo, y de él
en mi fortuna cruel
espero una peripecia.
Me ha ofrecido muy formal
escribir á un su pariente
para que éste me presente
al Capitan General;
el cual me dará una esquela
eficaz...., dos si conviene,
para un sobrino que tiene
oficial de covachuela:
éste me pondrá en contacto
con cierta dama muy lista
prima de un capitalista,
y él logrará que en el acto.....
Duquesa. Basta!
Aquil. Excusando registros,
se resuelva mi expediente.....
Duquesa. Jesus!
Aquil. Por el Presidente
del Consejo de Ministros
Duquesa. Santo Dios, tanta estafeta!....
Aquil. Muchas son, mas tengo fe.....
Duquesa. (Ménos intrincado fué
el laberinto de Creta.)
Aquil. Yo espero....
Duquesa. Ah! Me ocurre ahora....
Aquil. Qué?
Duquesa. Vaya usted diligente.....
Usted será inteligente
en ganado asnal.
Aquil. Señora!
Duquesa. Eh, que no es pulla! Mañana
tenemos funcion campestre.....
Aquil. Ah! sí, y borrical, no ecuestre,
ha de ser la caravana.
Duquesa. Necesito.....
Aquil. (Voto á san!....)
Duquesa. Una burra mansa.....
Aquil. Entiendo.
Voy..... Tiene una el tio Melendo
que..... ¡ya! Ni la de Balán.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA.

Veamos lo que me dice
el veterano.
[*Leyendo.*]
«Señora:
»Conceda usted á mi pluma,
»tal vez demasiado tosca,
»la libertad de decirle
»lo que no ha osado la boca.
»La amo á usted. Noble es mi cuna,
»poseo de renta propia,
»sin mi sueldo, lo que basta
»al decoro de una novia
»tan ilustre. ¿Quiere usted
»darme la mano de esposa?
»Ni yo presumo de adónis,
»ni es mi fuerte la lisonja,
»ni el mérito que me falta
»suplirán flores retóricas.
»Expongo pues con franqueza
»marcial y en humilde prosa
»mi pensamiento, y aguardo
»con resignacion estoica
»el sí ó el no. Soy de usted
»entre tanto, prenda hermosa,
»muy rendido servidor,
»que en besar sus piés se honra,
»el Teniente General
»Santiago de Baraona.»—

Bien por Dios! ¿Se escribe así
á una dama de mi estofa?
Me intima la rendicion
cual si yo fuese Pamplona
ó Figueras..... Y si al ménos

me hubiese sitiado en forma,
y me viese en la agonía
sin municiones ni tropa.....
Pero, sin más estrategia,
pum! dispararme esta bomba.....
Yo castigaré su audacia.....

ESCENA IX.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Modesto. (Ah!) Duquesa.....
Duquesa. Á buena hora
llega usted.
Modesto. Yo!
Duquesa. Sí, por cierto.
Celebre usted mi victoria.
Se ha explicado el General.
Modesto. Él! (Oh cielo!)
Duquesa. Sí; me adora.
Modesto. Qué mucho?...
Duquesa. Pide mi mano.....
Modesto. No es maravilla.....
Duquesa. [*Mostrando la carta.*] Aquí consta.
Qué opina usted?.... Me parece
que no haria mala boda.
Modesto. Por piedad, Duquesa!....
Duquesa. Pero
deseche usted la zozobra.—
No ha lugar.
Modesto. Ah!
Duquesa. Y usted mismo,
pues de mi amigo blasona,
se encargará de llevarle
mi respuesta perentoria.
Modesto. Cómo!....
Duquesa. Devuélvale usted
de mi parte esta amorosa
epístola.
Modesto. Yo!.... ¿Sin más
contestacion?....
Duquesa. Basta y sobra.—
Mas puede usted añadirle
que mi mano no se compra,
y para escribirme así
es él muy poca persona.
Modesto. Sin duda..... Pero ese encargo.....
Duquesa. Lo rehusa usted?
Modesto. Señora!....
Duquesa. Si no me agradece usted
una prueba tan notoria
de confianza....
Modesto. Ah! sí; pero.....
Duquesa. Está bien.
Modesto. (Oh Dios, se enoja!)
Iré: déme usted la carta.

[*La toma.*]

Mi dicha fundo y mi gloria
en obedecer á usted
como esclavo, como ilota.
Duquesa. Como amigo.—Adios. (Me agrada;
pero el comercio...., la bolsa!....)

[*Entra en su habitacion.*]

ESCENA X.

D. MODESTO.

¡Vaya, que es capricho raro
confiarme tan donosa
comision, cuando..... De fijo
vamos á tener camorra.—
Tengámosla: es mi rival,
la Duquesa no lo ignora,
y con darme esta embajada
mis esperanzas conforta.
Puedo ya, oh gozo! lidiar,
no digo con esa momia,
sino con los doce pares
y con los héroes de Troya.—
No obstante, haré lo posible
por dulcificar la pócima
que le llevo.....

ESCENA XI.

D. MODESTO. D. AQUILINO.

Aquil. [*Saludando.*] Servidor.....
Modesto. [*Sin reparar en D. Aquilino.*]
(Puede darle una congoja.....)
Aquil. ¿La Duquesa.....
Modesto. (Al fin es prójimo.....
Tengamos misericordia.)

ESCENA XII.

D. AQUILINO.

No me ha mirado siquiera!
Ó es distraccion, ó se mofa
de mí, porque es mi rival
y pertenezco á la nómina
de las clases, ay! pasivas.

ESCENA XIII.

D. AQUILINO. ISABEL.

Isabel. Ya de vuelta!
Aquil. Sí, preciosa.
(Disimulemos.)
Isabel. Me alegro

mucho.
Aquil. Gracias. (Es muy mona;
eso sí.) Di á Su Excelencia
que cuente para la broma
de mañana.....
Isabel. Es excusado.....
Aquil. Con una pollina torda,
ligera como una sílfide.
Isabel. Ya no hay funcion.
Aquil. Esa es otra!
Isabel. Mañana temprano ¡vuelta
á Madrid!
Aquil. Cómo!....
Isabel. Te asombras?
Otro capricho..... Los nervios.....
Ve de parte suya y toma
tres asientos de berlina.....
Aquil. Es raro.....
Isabel. Para la góndola
que saldrá á las seis en punto.
Aquil. Pero.....
Isabel. Anda; no seas posma.
Aquil. Tres billetes?
Isabel. Sí.
Aquil. Es decir
que se repite la historia.....
Isabel. ¿Cómo.....
Aquil. Claro está: los dos
de rincon para vosotras,
y el tercero.....
Isabel. Para quién?.
Aquil. Para el galan que te ronda.
Isabel. No; el tercero es para ti.
Aquil. [*Tomando la mano á Isabel.*]
Oh dicha!
Isabel. Vete. Qué sorna!
Aquil. Voy volando.

ESCENA XIV.

ISABEL. LA DUQUESA.

Isabel. Cuando sepa
don Modesto nuestra pronta
marcha, qué dirá?....
Duquesa. [*Saliendo de su cuarto.*] Hay billetes?
Isabel. Á tomarlos baja ahora
don.....
Duquesa. Bien está.
Isabel. Pero un viaje
tan repentino.....
Duquesa. Me importa
no demorarlo. Me inspiran
resolucion tan heroica
mi virtud, mi independencia,
y la más leve demora
me puede comprometer.
Isabel. Por qué?
Duquesa. Estoy ya pesarosa
de haber dado al General
tan crueles dimisorias;
y áun lo estoy más de que sea
quien le anuncie su derrota
don Modesto. Creerá el uno
que le ciño la corona
á que aspira; el otro.....

[*Aparece el General.*]

(Cielos!)

ESCENA XV.

LA DUQUESA. ISABEL. EL GENERAL.

Isabel. (Ah!)
General. Buenas tardes, señora.
Duquesa. Felices.....

[*Indicándole que pase á su habitacion.*]

Sírvase usted.....
General. Muchas gracias. Será corta
mi visita.
Duquesa. (Estoy temblando.)
General. Pero.....

[*Obedeciendo á una seña de la Duquesa, se retira Isabel.*]

Sí; hablemos á solas.

ESCENA XVI.

LA DUQUESA. EL GENERAL.

Duquesa. Usted vendrá resentido.....
General. Y mucho.
Duquesa. Yo..... á mi despecho.....
General. La injuria que usted me ha hecho
no es para echarla en olvido.
Duquesa. Siento mucho.....
General. ¿Tanto cuesta
poner dos renglones?
Duquesa. Oh!....
General. Cartas de hombres como yo
no se dejan sin respuesta.
Pudo usted negarme el sí,
si no es á mi amor propicia;
pero ¿hay razon ni justicia
para escarnecerme así?
Duquesa. Mal interpreté sin duda.....
General. Qué! me ha excomulgado el Papa?
¿No puede un hombre de chapa
casarse con una viuda?
Duquesa. Sí.....
General. Prefiriera una sarta
de dicterios al bochorno
de enviarme de retorno,
y abierta, que es más! mi carta.

Duquesa. La abrí..... porque no creia
que de buenas á primeras,
como quien ajusta peras.....
General. No falté á la cortesía.....
Cada cual tiene su estilo.
Duquesa. Pero.....
General. En un hombre provecto
mal sonaria el dialecto
de Nemoroso y Batilo.
Al verme ostentar allí
galas de la primavera
y perlas y...., bah! se hubiera
usted reido de mí.
Aunque harto de desengaños,
puede amar con tanto ahinco
como uno de veinticinco
un hombre de cincuenta años;
mas si se abstiene de tropos,
risibles en la vejez,
suple en virtudes tal vez
lo que escasea en piropos.
No soy de juicio tan parvo,
que ni por sueño pretenda
conquistar tan alta prenda
con mi hermosura y mi garbo.
Sin inferirle un ultraje
creí, no obstante, poder
aspirar á una mujer
á quien igualo en linaje,
á quien excedo en fortuna,
y á cuyos piés ofrecia
blasones de más valía
que los que adquirí en la cuna;
que, sin esas antiguallas,
bastan para darme honor
los que con sangre y sudor
he ganado en cien batallas;
y otro á escudos y tapices
el precio que quiera dé,
mas yo..... de nadie heredé
mis gloriosas cicatrices.
Duquesa. No más! (¿Qué hice yo, Dios mio!)
Me desdigo, me arrepiento.
¡Perdon de mi aturdimiento,
perdon de mi desvarío!
General. Valga la verdad. Bien pudo
ser más galante el billete;
pero..... yo estaba en un brete.....
El lance era peliagudo.
Ningun peligro me inmuta,
ningun reves me hace mella;
mas delante de una bella
soy un donado, un recluta.
Cuarenta veces, oh mengua!
al ver tanta perfeccion,
tuve la declaracion
en la punta de la lengua.
Escribo al fin....; rasgo....; copio....;
corrijo....; discurro..... En suma,
temo que incauta la pluma
comprometa mi amor propio;
y, huyendo del perejil.....
Duquesa. No hablemos de lo pasado,
pues confieso de buen grado
mi imprudencia femenil.
General. Al galante epistolario
faltan, señora, capítulos
á que se adapten los títulos
que me han hecho temerario.
No era cosa de copiar
con sus puntos y sus comas
mis despachos, mis diplomas.....
Dónde cabe tanto ajuar?
Duquesa. Oh!
General. Ni de que hagan los ciegos
asunto de sus canticios.....
Duquesa. Pero.....
General. Mi hoja de servicios,
que tiene catorce pliegos.
Duquesa. Por Dios, señor don Santiago!
Ya he dicho..... No más querella!
General. ¡Y áun si de esa mano bella
recibido hubiera el trago!.....
Mas dármelo, pesia tal!
un emisario indigesto.....
Duquesa. Yo.... Cuando....
General. Ese don Modesto...,
que sin duda es mi rival.
Duquesa. No! Le trato solamente
como amigo, y sentiré
que, obrando de mala fe.....
General. En fin, si usted se arrepiente.....
Duquesa. Oh, sí!
General. Basta. Yo quizás
me habré tambien excedido.
Duquesa. Nada de eso. (Ah, qué hombre!)
General. Y pido
perdon..... No puedo hacer más!
Duquesa. Yo..... (Es noble como ninguno!)
General. Sí tal; puedo desde ahora.....
Duquesa. Qué?
General. Librar á usted, señora,
de un pretendiente importuno.
Duquesa. ¿Qué oigo!....
General. Me vuelvo á la corte...
Duquesa. Cómo!....
General. Ya me han dado el alta;
y pues aquí no hago falta,
mañana, si hallo trasporte.....
Duquesa. General!.... (De mi insensato
orgullo fatal reniego.)
No me prive usted, le ruego,
de su amistad, de su trato.
No hay ya placer para mí,
lo juro, si usted me veda
reparar, en cuanto pueda,
el error que cometí.
General. Ah, señora!....
Duquesa. Yo tambien
á Madrid vuelvo mañana.....
General. Cómo!....
Duquesa. Y si ántes casquivana
mostré tan fiero desden,
ahora es mi mayor contento
hacer con usted el viaje.
General. Cielo! En el mismo carruaje!.....

Duquesa. Y el mismo departamento.
General. Voy..... Qué dicha!...
Duquesa. Es excusado.
Mia es la berlina toda,
y si á usted no le incomoda
tomar asiento á mi lado.....
General. Ah! no. Gracias..... (Me remozo,
me.....)
Duquesa. Á las seis.
General. Seré puntual.
Adios.....
Duquesa. [*Dándole la mano y él la besa.*]
Adios, General.
General. (Juntitos los dos!.... Qué gozo!)

ESCENA XVII.

LA DUQUESA.

Sí, es justo desagraviarle.
Tenía razon y mucha
para irritarse conmigo;
que fué sangrienta la injuria.
Lo ménos que puedo hacer
con persona á quien ilustran
tales prendas, tantos méritos,
es ser muy amiga suya.

ESCENA XVIII.

LA DUQUESA. D. AQUILINO.

Aquil. Aquí traigo los billetes.
Duquesa. Bien.
Aquil. (Esta vez no me usurpa
el otro....)
Duquesa. Lleve usted uno
de los tres....
Aquil. Á quién? (Oh angustia!)
Duquesa. Al General.
Aquil. Cómo! Pues.....
y yo?
Duquesa. Por poco se apura
usted. Otro asiento habrá.....
Aquil. Cierto..... Sí..... (Negra fortuna!—
Pero al ménos no es ahora
don Modesto quien ocupa
mi lugar. El veterano
tiene un pié en la sepultura....)
Duquesa. ¿Qué hace usted.....
Aquil. Voy al instante,
señora, voy..... Ah! la burra.....
Duquesa. Ya no me hace falta.
Aquil. Es claro,
ni tampoco las jamugas.
Deshago el trato?
Duquesa. Sí tal.
Excusada es la pregunta.
[*Aparece D. Modesto.*]
Ah!
Aquil. (Otra vez ese fantasma!
Más quisiera ver á Júdas.)

ESCENA XIX.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

[*Durante esta escena se va oscureciendo el teatro gradualmente.*]

Modesto. Cumplí la órden de usted.
Duquesa. Órden inicua!
Modesto. Qué!....
Duquesa. Absurda!
Modesto. ¿Cómo.....
Duquesa. He visto al General.....
Me han sonrojado sus justas,
aunque amargas quejas.
Modesto. Pero.....
Duquesa. Es un héroe!
Modesto. Y ¿por qué?....
Duquesa. Nunca
me perdonaré á mí misma
tal ultraje...., aunque él me indulta
generoso.
Modesto. Lo celebro.
Duquesa. Nos hemos jurado mutua
amistad.
Modesto. Sea en buen hora;
mas tan extraña conducta
me sorprende.
Duquesa. No lo dudo.
Yo obré con poca cordura.....
Modesto. Tal fué mi opinion.
Duquesa. Es cierto.
Modesto. Previendo malas resultas
repugné la comision.....
Duquesa. Sí; mia es toda la culpa.
Modesto. Pero ¡yo pago la pena!
Duquesa. No hay tal pena: usted se ofusca.
Yo puedo ser buena amiga
de los dos.
Modesto. Usted se burla
de entrambos... De mí, á lo ménos!
Duquesa. No tal, y si usted me acusa
de coqueta.....
Modesto. Yo...., señora.....
Duquesa. Me levanta una calumnia.
¿Qué prenda tiene usted mia
que le autorice.....
Modesto. Ah! ninguna;
mas sabe usted que la adoro
y que otro hombre me disputa
su corazon.
Duquesa. Yo no soy
responsable de esa lucha,—

y para que de una vez
se acabe, apelo á la fuga.

Modesto. ¿Es posible!

Duquesa. El General
viene conmigo.....

Modesto. Oh!... (Perjura!)

Duquesa. Sí, pero no haga usted juicios
temerarios. Ha sido una
coincidencia..... casual.

Modesto. ¿Así, oh colmo de amargura!
premia usted mi idolatría,
mi ciega obediencia estúpida....,
mi sangre!

Duquesa. Oh Dios!

Modesto. [*Alzándose la manga izquierda del gaban de verano que lleva y mostrando el brazo vendado.*]

Sí, señora.

Duquesa. Un duelo!

Modesto. Sí.

Duquesa. Oh desventura!
Y por mí!

Modesto. Entre hombres, y más
cuando tienen malas pulgas,
no hay otra contestacion
á una embajada tan chusca.

Duquesa. Dios mio! Es grave la herida?

Modesto. No ¡por desgracia! La punta
dió de refilon, y en breve
será completa la cura.

Duquesa. Quiéralo Dios!

Modesto. [*Con la mano en el pecho.*]

Pero aquí
tengo otra herida profunda,
y de esta.....

Duquesa. (Pobre muchacho!)

Modesto. Sólo sanaré en la tumba.

Duquesa. No. Por qué desesperar?....
Dios es grande, y con su ayuda.....
(Yo no sé lo que me digo.)
Cuídese usted: mi ternura.....
Es decir, mi compasion.....

Modesto. Si tuviera usted alguna,
no me dejaria así.....

Duquesa. (¿Cómo doy ya una repulsa
al otro....) Si ahora suspendo
el viaje, harán conjeturas
malignas..... No, no es posible.

Modesto. ¡Cuánto envidio la fortuna
del General! ¿Quién dijera.....

Duquesa. En qué esa envidia se funda?
Si no aspira usted á más,
poca ambicion es la suya.

Modesto. Ah! ¿Podré esperar.....

Duquesa. No sé:
en contingencias futuras
todo cabe..... Pero exijo
que, si usted me ama...

Modesto. Qué?

Duquesa. Cumpla
mis órdenes.....

Modesto. Pero.....

Duquesa. Al pié
de la letra.

Modesto. ¡Ah, cómo abusa
usted.....

Duquesa. De qué?

Modesto. Del imperio
que ejerce en mí su hermosura.

Duquesa. Ahora no; pero declaro
que le hablo á usted por la última
vez.....

Modesto. Ay Dios!

Duquesa. Si no obedece.

Modesto. Obedezco.

Duquesa. Así me gusta.
Yo parto, y usted se queda.

Modesto. Ah!

Duquesa. Sería una locura
ponerse usted en camino.
Su salud.....

Modesto. Es muy robusta.

Duquesa. La herida.....

Modesto. Un leve rasguño.....
Tengo buena encarnadura.

Duquesa. No importa. Júreme usted
por el Dios que nos escucha
no acompañarme.....

Modesto. Oh tormento!

Duquesa. Ni tomar luégo la ruta
para seguirme.

Modesto. ¿Hasta cuándo
me impone usted esa dura
condicion?

Duquesa. Hasta el domingo.

Modesto. Cuatro dias!

Duquesa. No hay excusa.
Luégo que usted convalezca
y á Madrid se restituya,
podrá visitarme.....

Modesto. Ah! Sí.

Duquesa. Será usted de mi tertulia?

Modesto. Sí.

Duquesa. Conque ¿jura usted.....

Modesto. Juro,
aunque á mi dolor sucumba;
pero.....

Duquesa. Sin peros! La fe
verdadera es ciega y muda.

Modesto. Bien está.

Duquesa. [*Dándole la mano.*]

Adios!

Modesto. Adios!....

[*Entra la Duquesa en su habitacion.*]

¡Tiene
tres bemoles esta viuda!

[*Entra en su cuarto.*]

ACTO SEGUNDO.

Parador en un despoblado entre Alhama y Madrid. Sala baja con la puerta principal y vista de un pasillo en el foro; otras dos á la izquierda del actor, una con el número 1 y otra con el 2; una ventana á la derecha; muebles como de meson, y entre ellos un canapé viejo sin almohadones. D. Modesto está tomando un refrigerio. Va á anochecer.

ESCENA I.

D. MODESTO. LA POSADERA.

Posadera. [*Trayendo una gallina asada, que pone sobre la mesa.*]
Hay gana?
Modesto. Pche!
Posadera. ¿La sopa.....
Modesto. (Bodrio inmundo!)
Posadera. Eh?
Modesto. Pche!
Posadera. Sin vanidad, no hay en el mundo
manos como las mias.
Pues si probara usted...., oh qué deleite!....
Modesto. Basta ya.....
Posadera. Mi potaje de judías.....
Modesto. Gracias.
Posadera. Ya ha visto usted que en el aceite
no hago yo economías.
Modesto. Cierto. (Sabe á zurron de peregrino.)
Posadera. Ni falta pimenton, ajo y comino.
Modesto. (Uf!)
Posadera. Las puede comer una princesa.
Los huevos, ya se sabe,
fresquitos: hoy se han puesto.
Modesto. Sí. (En la mesa.)
Posadera. Qué! no repite usted?
Modesto. No. Venga el ave.

[*Aparta la Posadera la cazuela de sopa y el plato en que se la ha servido D. Modesto, y acerca la gallina.*]

Posadera. Ya verá usted qué tierna y qué manida.....
Modesto. [*Disponiéndose á trincharla.*]
Veremos.....
Posadera. Y á comérsela convida
el *prebe* desleido en la manteca.
Modesto. Pues correosa se defiende y seca
del acerado filo.
Posadera. (Ya lo creo! Era llueca.)
Culpa es de la herramienta.
Modesto. Sudo el quilo.
Posadera. Venga: yo trincharé.....
Modesto. No! (Me horripilo.)

Posadera. Cuando digo que es tierna.....
Se troncha.....
Modesto. Al fin descoyunté una pierna!
Posadera. Quiere usted algo más?
Modesto. No.
Posadera. Para postre
ahí tiene usted rosquillas, que me atrevo
á jurar que son dignas de un *pebostre.*
Modesto. Sí?
Posadera. Yo las hago.
Modesto. Sí? (Ya no las pruebo.)

[*Vase por el foro la Posadera, llevándose lo que ya no hace falta.*]

ESCENA II.

D. MODESTO.

¡Tan cerca de mi bella todo el dia,
y sin verla ni hablarla! ¿Quién haria
tan duro sacrificio?—Se resiste
la presa á mi porfía.—
Con esto y con que luégo, ay de mí triste!
me quede yo á la luna de Valencia.....—
No puedo hincar el diente, por más que hago,
al rudo zancarron. Tendré paciencia
y fin daré al banquete con un trago,
aunque el vino es aciago
y torcido y traidor como don Ópas.....,
y digno compañero de las sopas.

[*Bebe, hace una ingrata gesticulacion y prosigue:*]

Áun debe de tardar la diligencia
que ocupa la Duquesa mi señora
lo ménos media hora.

[*Levántase.*]

Evitemos, no obstante, que ese plazo
se cumpla; y pues vendé de nuevo el brazo
y ya muy poco ó nada me molesta,
y aunque parca no ménos que indigesta,
hice ya colacion, vuelvo á la silla
de postas que en Alhama
me ha prestado el baron de la Abubilla,
merced á su amistad y al reuma agudo
que le ha postrado en cama.—
Áh! no es de hombre sesudo
lo que hago yo. Mi caprichosa dama
no es digna de un amor tan temerario.
¡Tras de herirme un rival por culpa de ella,
soy yo su explorador itinerario
miéntras él se solaza con la bella!....
Pero ¿cuándo el amor ha sido cuerdo,
y ménos si lo inspira
tan celestial mujer? ¿Quién no delira.....
Y si creo á sus ojos..... Áun no pierdo
la esperanza..... No; el ánimo se ensancha;
la fe.....

ESCENA III.

D. MODESTO. LA POSADERA.

Posadera. [*Trayendo un velon encendido, que deja sobre la mesa.*]
Pregunta el mayoral si engancha.
Modesto. Cómo! Pues ¿qué hora es ya?
[*Mira su reloj.*]
Sí, sí; al instante.
Ya podia estar hecho.
Posadera. La cuentecita.....
Modesto. [*Tomándola y mirando la suma.*]
Á ver?—Exorbitante!
Posadera. No. Todo cuesta.....
Modesto. [*Dando dinero á la Posadera.*]
Toma. (Qué mesones!)
Posadera. Un ojo.....
Modesto. Bien, me doy por satisfecho.
Posadera. De tres napoleones
sobran.....
Modesto. Para alfileres.
Posadera. Buen provecho.

ESCENA IV.

D. MODESTO.

Más de lo que pensé me he detenido,
pero no perderé la delantera;
que la silla es ligera.....—
No se oye todavía ningun ruido:
áun vendrá léjos.....
[*Se asoma á la ventana.*]
Mas, si no me engaña
la luz crepuscular, gran polvareda
se alza. Sí, ya ha traspuesto la montaña.
[*Separándose un momento para llamar y volviendo en seguida á la ventana.*]
Mayoral!—Cuán veloz el coche rueda!—
Y aquí no cambia el tiro!
¡Por vida.....—Mayoral!—Cielos, qué miro!
Jurara que el ganado
viene...., oh, sí! desbocado.
[*Corriendo como desatentado de la ventana á la puerta y viceversa.*]
Patrona! Mayoral! favor!.... Yo corro.....
Va á volcar..... Descarrila..... Ya ha volcado!
Posadera. [*Llega acelerada.*]
Qué ocurre?
Modesto. Un vuelco.....
Posadera. Santo Dios!
Modesto. [*Ya fuera de la puerta.*] Socorro!

ESCENA V.

LA POSADERA.

[*Asomándose á la ventana.*]

Veamos..... Sí, apartado del camino,
distingo bien, aunque con luz escasa,
tendido allí un carruaje.—Oh qué buen sino!
Justamente á cien pasos de mi casa!
Aquí se hospedarán los pasajeros.....
Qué cucaña! Señoras, caballeros.....
Y todos harán gasto.....
Y que no sabré yo darles abasto!

[*Separándose de la ventana.*]

Esos no irán al parador de Eustoquia,
que á empresas y viandantes engatusa
y me quita hace un año la parroquia.
Una perdida que mamó en la inclusa!.....
No es cargo de conciencia?—
Si viene lleno el coche,
de laceria salimos esta noche.
¡Bendita la Divina Providencia
que á mis puertas tumbó la diligencia!—
No porque yo me alegre del suceso,
y ménos si del golpe algun cristiano
en pié, cabeza ó mano
se lastima, ay Jesus! no, nada de eso;
pero si estaba escrito que el carruaje
habia de volcar en este viaje,
celebrar no es pecado
que en mi jurisdiccion haya volcado.

[*Volviendo á la ventana.*]

Bultos y luces veo,
y no hiere mi oido,
gracias á Dios, ni llanto ni gemido.
Tanto mejor si cumplo mi deseo
sin que un brazo lo pague ni una pierna.
Allí sin duda está toda mi gente.....
Sí, ya diviso á Juan con la linterna.....
Y aquí se acerca un grupo.....
Sí. A recibirle corro diligente.....
Mas primero esta mesa desocupo

[*Lo hace.*]

y me llevo el recado á la cocina;
que áun está casi entera la gallina,
y con su ajilimójili—qué gloria!—
la volveré á servir en pepitoria.

ESCENA VI.

LA POSADERA. D. MODESTO. LA DUQUESA. EL MAYORAL.

[*Don Modesto y el Mayoral conducen desmayada á la Duquesa.*]

Posad. Ah! Qué es esto?
Modesto. Agua! vinagre!...
Pronto!

[*La Posadera, que habia recogido con el mantel lo que habia en la mesa, ménos las botellas y vasos, pone agua en uno y se la da á D. Modesto.*]

En este canapé
la reclinarémos.

[*Lo hacen.*]

Posad. Agua.—

Hermosa es como un clavel.

Modesto. [*Al Mayoral, miéntras rocía un poco con agua el rostro de la Duquesa.*]

Usted vuélvase al carruaje
por si otros han menester
su auxilio.

[*Vase el Mayoral.*]

El vinagre! Presto!

Posad. Vuelvo al instante con él.

[*Vase llevándose todo lo que habia recogido de la mesa.*]

ESCENA VII.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Modesto. No alienta! ¿Se habrá nublado
para siempre el rosicler
de su rostro?—¡Contratiempo
fatal!.... Así no está bien:
ese canapé es un potro.

[*Se sienta en el sofá y sostiene á la Duquesa.*]

Fuerza será sostener
en mi pecho su cabeza.
Señora!.... Suerte cruel!
No es así como mis brazos
anhelaban poseer
tanto hechizo.—¿No halla ahora
esa tarasca soez
vinagre? Pues harto habia
en el vino que probé.—
El pulso.....

[*Se le toma.*]

Ah, vive!.... Y jurara
que vuelve á su hermosa tez
el color.....

Duquesa. [*Sin abrir aún los ojos.*]

Ah!

Modesto. Ya respira.....
Sí!

ESCENA VIII.

LA DUQUESA. D. MODESTO. LA POSADERA.

Posad. Como hay tanto belen
en casa..... Aquí está el vinagre.....

Modesto. (Maldita sea tu piel!)

Duquesa. Santo Dios!....

Modesto. Ya no hace falta.

Posad. Mejor. Por lo visto, fué
un vahido nada más.

Duquesa. ¿Dónde estoy.....

Posad. Por si otra vez
hace falta, aquí lo dejo.

[*Pone el vinagre sobre la mesa.*]

Modesto. ¡Señora.....

Posad. [*Yéndose.*] (El corsé, el corsé!....)

ESCENA IX.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Modesto. ¿Agua.....

Duquesa. [*Incorporándose.*]

No.—¿Quién me ha traido
aquí?

[*Don Modesto se levanta.*]

Dónde está Isabel?—
¿Qué veo! ¡Usted.....

[*Se levanta.*]

Modesto. Sí, señora!

Duquesa. Qué sorpresa! ¿Cómo pues.....

Modesto. No es milagro, aunque mayores
los hace el amor.

Duquesa. Volqué.....
Perdí el sentido.....

Modesto. Y al cielo
plugo que este siervo fiel
recibiese en sus indignos
brazos.....

Duquesa. ¿Es posible! ¿Usted.....

Modesto. Á quien le honraria mucho
dándole á besar sus piés.

Duquesa. Ah! no soy yo tan esquiva
ni en mi pecho hay tanta hiel,
que un servicio generoso
pague con frio desden.

Modesto. Gracias. Oh!....

Duquesa. Tal es, que puedo
perdonar en gracia de él
la desobediencia.....

Modesto. Cuál?

Duquesa. Usted me ha jurado.....

Modesto. Qué?

Duquesa. No seguirme.

Modesto. Y lo he cumplido.

Duquesa. ¿Cómo lo puedo creer
viéndole á usted á mi lado?
Ó es sueño.....

Modesto. Quizá lo es,
por ser dicha mia; pero
fácilmente probaré
que el seguido he sido yo.

Duquesa. Usted? ¿Qué oigo!

Modesto. Una sandez;
pero las verdades sándias.....

Duquesa. Qué?

Modesto. Son verdades tambien.

Duquesa. Explique usted ese enigma.

Modesto. No hay enigma. Yo llegué
hace una hora al meson;
usted, hará nueve ó diez
minutos; luego si alguno
siguió al otro, quién á quién?
¿El que ha venido primero,
ó el que ha venido despues?
Duquesa. Á argumento tan donoso
no hay sino decir amén,
y aunque el más lerdo conoce
su falta de solidez,
poco esfuerzo necesita
en verdad para obtener
favorable la sentencia.....
quien tiene ganado al juez.
Modesto. ¡Qué oigo! ¿Seré tan dichoso.....
Duquesa. Debo confesarlo á fuer
de agradecida. En el alma
para siempre grabaré
tanta abnegacion.
Modesto. Oh hermosa!...
Duquesa. Y tendré sumo placer
en que usted me mande.....
Modesto. [*Picado.*] Gracias.
Se pasa usted de cortés
conmigo; pero algo más
creia yo merecer
que ese frio cumplimiento.
Duquesa. Frio?.... (Pese á mi altivez!...)
Pues añado que me doy
el más cordial parabien
de que usted sea, y no otro,
á quien de tanta merced
soy deudora.
Modesto. Eso ya es algo.
Duquesa. Digo!
Modesto. Mas reconocer
una deuda no es pagarla.
Duquesa. No es pagarla? Pues no sé
cómo.....
Modesto. Ah Duquesa!
Duquesa. El favor
que se hace por interes
pierde.....
Modesto. No se trata aquí
de favores. Si volé
al socorro de una dama,
cumplí tan sólo el deber
de caballero..... Qué digo?
Cualquier mozo de cordel
hubiera hecho otro tanto.
Mi deuda es otra; es de prez
más subido; es la de una alma
que en las aras consagré
de la divina beldad
cuya tirana esquivez
me hace blanco de martirios
que no ha conocido Argel.
Duquesa. Oh! sí, sí; yo reconozco
todo el valor de esa fe
sublime; pero, gran Dios!
ponerme entre la pared
y la espada..... Yo no debo,
ni sé, ni quiero querer
con tanta urgencia. Usted mismo
ha necesitado un mes
para declararse; y yo,
dama....; qué dama?; mujer
de vergüenza, y eso basta,
¿diré—qué airoso papel!—
«he aquí mi mano, soy tuya,
te adoro» al mismo que ayer
no osaba llamarme amiga?
Querer que mis labios den
tan pronto un liviano sí,
es obligarme á romper
ese pudor no aprendido
que es el único broquel
de mi sexo.—Ah, no, por Dios!
Si en efecto me ama usted,
sirva, sufra y no me apremie:
se lo digo por su bien....,
y por el mio quizá.
Cuando se ciñe el laurel
sin sudores ni fatigas,
no es digno de noble sien;—
y en fin, no es mi corazon
tan flaco ni tan novel,
que al primer tiro se rinda:
sépalo usted de una vez.
Modesto. Perdon, adorable Julia!
Yo me resigno á la ley
que usted me imponga. Harta gloria
es ya para mí el saber
que sabe usted que la adoro
y.....
Duquesa. Alguien viene..... Es Isabel.

ESCENA X.

LA DUQUESA. D. MODESTO. ISABEL.

[*Llega Isabel por el foro con una cestilla de viaje.*]

Isabel. Señora!
Duquesa. [*Abrazándola.*]
Isabel!
Isabel. Mil veces
bendigo á la Vírgen, que oye
mis votos..... Ah!.... Don Modesto!
¿Cómo.....
Modesto. Yo soy; no te asombres.
Duquesa. Él acudió á mi socorro.
Isabel. [*Á la Duquesa en voz baja.*]
Si digo que es todo un hombre!
[*En voz alta.*]
Y cómo se halla vuecencia?
Duquesa. Bien.....
Isabel. ¿Ha habido herida ó golpe...
Duquesa. No; un desmayo..... Pero pronto
me he recobrado.
Isabel. Yo, ¡pobre

de mí!.... Remo, lloro, grito,
pero nadie me socorre.
Al mayoral y al zagal
les pareció más conforme
cuidar del ganado. Al fin
acudieron á mis voces
otros pasajeros, y uno
me ha traido aquí á remolque.

Duquesa. Ah! y el General?

Isabel. Tambien
salió ya del armatoste,
no sin trabajo.

Duquesa. Está herido?

Isabel. No; cayó—Dios le perdone!—
sobre mí, y le soy deudora
de dos ó tres contusiones.
Sin embargo, resentido
de su gota por un choque
tan rudo, se ha desfogado
echando ternos atroces
contra el mayoral, las mulas,
y la carretera, el coche,
el delantero, el ministro....;
en fin, contra todo el orbe.

Duquesa. Pobre señor!

Modesto. ¿Y el insigne
don Aquilino Quiñones?

Isabel. Ese cayó de más alto.
Iba en la imperial!

Modesto. Demontre!

Isabel. Su agilidad le salvó
de alguna lesion enorme,
porque revueltos con él
cayeron sacos y cofres.
Sin embargo, le confirman,
si no mienten sus informes,
de señor eminentísimo
diez cardenales ó doce.

Modesto. Y qué es de él?

Isabel. Viene detras.
Quiso ponerse á mis órdenes;
pero el General lo estorba,
que marcialmente se acoge
á su brazo. Y amén de eso,
le hace cargar (el Heródes!)
con el botiquin portátil
en que guarda sus jaropes.
Aun tardarán un buen rato,
porque el viejo está tan torpe.....
(Chúpate esa!) En fin, no ha habido
muertes ni mutilaciones;
mas queda inútil la góndola
que nos llevaba á la corte,
y segun el mayoral,
ni en diez dias la componen.

Duquesa. Y en tanto aquí..... Santo Dios!....

Isabel. Peor fuera en medio del monte.
¿Pediremos cuarto.....

Duquesa. Sí.

Isabel. Voy. (Ahora dirá este jóven:
«No hay mal que por bien no venga.»
El vuelco vino de molde.)

ESCENA XI.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Duquesa. Fatal ha sido mi viaje!

Modesto. Por qué?

Duquesa. ¡En tan mal hospedaje
haber de estar esperando,
y sabe Dios hasta cuándo,
que compongan el carruaje!

Modesto. Remediar el desavío
puede usted á su albedrío,
sin pasar aquí la noche,
disponiendo de otro coche.

Duquesa. De cuál?

Modesto. Claro está: del mio.

Duquesa. ¡Oh cómo en tales momentos
agradezco á usted su fina
atencion!

Modesto. Atras los vientos
se dejará la berlina.

Duquesa. Berlina..... Cuántos asientos?

Modesto. Tres.

Duquesa. Ah!

Modesto. Con dos hay bastante
para ama y doncella.....

Duquesa. Sí.

Modesto. Y el tercero para mí.
El General y el cesante
habrán de quedarse aquí.

Duquesa. El cesante, bien, me allano;
pero ¡qué! ¿tan inhumano
será usted, que en este yermo
deje solo, triste, enfermo
á mi pobre veterano?
Yo, que conmigo le traje,
¿tan egoista seré,
que, aceptando otro carruaje,
prosiga ufana mi viaje
miéntras él se queda á pié?

Modesto. Señora, yo no he volcado!
¿No es más digno—mal pecado!—
de lástima y de reproche
que sea yo el apeado
y él se arrellane en mi coche?

Duquesa. Aunque, visto así, convengo
en que tiene usted razon,
yo, que á la mia me atengo,
digo *con quien vengo vengo*,
como dijo Calderon.

Modesto. Dar el coche á mi rival!
Mal mi despecho reprimo.

Duquesa. Usted no.

Modesto. Sí tal.

Duquesa. No tal.

Modesto. Aunque usted lo lleve á mal,
no me gusta hacer el primo.

Duquesa. ¿Qué primo..... Usted desatina.
Dádiva es ruin y mezquina
la que lleva condiciones.
Ó guarde usted su berlina,
ó es mia sin restricciones.

Modesto. Bien está; mas la porfía
con que le prefiere usté
siempre á mí.....
Duquesa. Qué bobería!
Esto no es amor.
Modesto. Pues ¿qué?
Duquesa. Compasion y cortesía.
Modesto. Sí, achacoso y ya maduro.....
¿Luego podré estar seguro
de que ese hombre..... Me propaso?
Duquesa. [*Sonriéndose.*]
No. Si con álguien me caso,
no será con él: lo juro.
Mas ya que la suerte quiso
ponerme en tal compromiso,
por mucho que usted regañe
y yo lo sienta, es preciso
que él sea quien me acompañe.
Modesto. Ah! yo.....
Duquesa. Usted hará por mí,
sobre tantos sacrificios,
uno más, quedarse aquí.
Modesto. Largos son ya mis servicios!
¿Recordará usted.....
Duquesa. Sí, sí;
pero huya usted..... Viene en pos
el irascible adalid,
y juntos aquí los dos.....
[*Dándole la mano, que él besa.*]
Adios.
Modesto. Ah!
Duquesa. No más!
Modesto. Adios!....
Duquesa. Nos veremos en Madrid.

ESCENA XII.

LA DUQUESA.

Qué hidalguía! qué ternura!
Mal hago en tratarle así.—
Pero vacila, flaquea
mi vanidad mujeril,
y si ya mi corazon
no ha sucumbido en la lid,
temo.....
[*Llega Isabel con luz y una llave.*]

ESCENA XIII.

LA DUQUESA. ISABEL.

Isabel. [*Abriendo la puerta número 1.*]
Nuestro cuarto es este.
Duquesa. Entra y espérame ahí.
Isabel. Toma algo vuecencia?
Duquesa. Nada.

ESCENA XIV.

LA DUQUESA.

Bien puede ser muy gentil
y muy caballero un hombre
sin descender de Laín
Calvo ó de Nuño Rasura;
que la sangre.....

ESCENA XV.

LA DUQUESA. EL GENERAL. D. AQUILINO. LA POSADERA.

Posad. [*Con luz y llave y precediendo á los huéspedes.*]
Por aquí.
El cuarto es aquel.
[*Abre el del núm. 2 y entra en él con la luz.*]
General. Duquesa!
Duquesa. General!
Aquil. Señora!
General. Al fin
volvemos á vernos sanos
y salvos....; quiero decir,
vivos.....
Posad. [*Volviendo al escenario, sin la luz, y retirándose.*]
Cuando ustedes gusten.

ESCENA XVI.

LA DUQUESA. EL GENERAL. D. AQUILINO.

General. Que no es un grano de anis
volcar..... Mi pierna lo diga.
Duquesa. Se siente usted de ella?
General. Sí,
algo..... Celebro que usted
haya sido más feliz.
Aquil. Y yo.....
Duquesa. Mil gracias.
[*Don Aquilino, que traia el botiquin consabido, lo dejá sobre un mueble.*]
General. ¡Que siempre
lleve la vida en un tris
el que viaja por España!....
Pues el coche se hizo mil
pedazos, y es imposible
que nos conduzca á Madrid.
Duquesa. Por dicha nuestra ha llegado
á este meson baladí

un carruaje de retorno,
y ese nos podrá servir.....
General. Sí? Le ajustaré.....
Duquesa. Ya es mio.
General. Mas yo no seré tan ruin
que consienta que usted pague.....
Duquesa. ¿Por qué.....
General. Ni un maravedí.
Duquesa. Qué importa? No hablemos de eso.
General. No puedo yo permitir
que me porteen de balde.
Duquesa. Ni yo jamás descendí
á la humillacion.....
General. Pues bien,
viajaremos á partir
gastos.
Duquesa. Eso...., vaya!
General. [*Bajando la voz.*] Á ménos
que ya, bello serafin,
comun sea nuestra hacienda,
anticipando el civil
contrato.....
Duquesa. [*En voz baja.*]
Otra vez? Ya he dicho.....
General. Perdone usted mi desliz,
pero yo..... El alma.....
Duquesa. Á mi lado
asiento al amigo di;
no al amante.
General. [*Con enojo mal reprimido.*]
Bien, señora;
ya callo. (Oh flaqueza vil!)
Aquil. Y, aunque sea indiscrecion,
hay asiento para mí?
Duquesa. No, señor; y aunque lo hubiera,
no pudiendo conducir
ahora el equipaje, alguno
lo ha de custodiar aquí.
General. Ya he dejado yo dispuesto
que mi criado Fermin
lo traslade, con el mio,
á este tugurio infeliz.
Duquesa. Con la primer proporcion
que haya.....
Aquil. Pues, sigo el carril,
(es maldicion!) aunque sea
en un carro de violin.
Duquesa. Voy á quitarme este polvo,
si usted lo permite.....
General. Oh! sí.
Duquesa. Miéntras enganchan el tiro.
Poco tardaré en salir.

ESCENA XVII.

EL GENERAL. D. AQUILINO.

General. Yo en tanto, si usted me ayuda,
en el otro cochitril
calafatearé mi pierna.
Aquil. (Vamos, soy su comodin!)
Con mil amores. El brazo.....
General. No; yo iré solo hasta allí.
[*Andando con algun trabajo apoyado en su baston.*]
¡Hum... ¡Voto al diablo...
Aquil. Qué?
General. Nada.
Traiga usted el botiquin.
[*Entra en el cuarto núm. 2.*]

ESCENA XVIII.

D. AQUILINO.

De todos los del zodiaco
digo que es el más hostil
y el más tacaño y siniestro
el signo en que yo nací.
Tras de salir magullado
del terrestre bergantin,
al dar el brazo á Isabel
me la birla un zascandil;
y acto continuo me embarga
ese decrépito Cid;
y como si fuese yo
alumno de Anton Martin,
me.....
General. [*Dentro.*] Quiñones!
Aquil. [*Tomando el botiquin.*] Voy allá!
Lástima de berbiquí!....
[*Entra en la habitacion núm. 2, y al mismo tiempo aparece por el foro don Modesto.*]

ESCENA XIX.

D. MODESTO.

[*Observa desde la puerta, y se adelanta luégo algunos pasos con precaucion.*]
No están aquí ni ella ni él,
y es hora ya..... Si pudiera
hablar con la camarera.....
[*Asoma Isabel.*]
Ah! es ella. Escucha, Isabel.

ESCENA XX.

D. MODESTO. ISABEL.

Isabel. [*Acercándose á D. Modesto, que se mantiene cerca de la puerta del foro.*]
¡Usted.....
Modesto. Qué hace tu ama? Di.

Isabel. Se arregla la papalina.—
Conque es de usted la berlina?
Modesto. Sí.
Isabel. ¡Y usted la cede.....
Modesto. Sí.
Isabel. Ahora acaba de decirme
que mande enganchar.....
Modesto. Descuida.
Su Excelencia está servida.
Isabel. No es del siglo amor tan firme.
Si tomara mis consejos
el ama..... Pero ¡es tan terca.....
Y al fin el otro irá cerca,
y usted.....
Modesto. No iré yo muy léjos.
Isabel. ¿Cómo.....
Modesto. Yo me ingeniaré.
Te ha hablado de mí la hermosa?
Isabel. Oh! no me habla de otra cosa.
Modesto. ¿Bien, ó.....
Isabel. Si sale y nos ve.....

[*Mira por el ojo de la llave.*]

No se mueve.
Modesto. Bien, ó mal?
Isabel. Con encomio y con placer;
pero al fin, como mujer
y mujer muy principal,
hace por mostrar sereno
el rostro, y alarga el plazo,
y no da á torcer su brazo,
y tasca que tasca el freno.
Modesto. Y del General ¿qué piensa?
Isabel. Que es respetable sujeto;
pero del gusto al respeto
hay una distancia inmensa.
Modesto. ¿Conque...
Isabel. Ella no está en su centro...
Poco he dicho: está en un potro;
pero, como dijo el otro,
la procesion va por dentro.
Bien mi perspicacia ve,
aunque su cautela es mucha,
que entre dos pasiones lucha.
Cuál vencerá? No lo sé;
que á diferentes caminos
la llevan, mal de su grado,
sus instintos por un lado,
por otro sus pergaminos,
y no cejan en la empresa
de disputarse el poder
la Duquesa á la mujer,
la mujer á la Duquesa.
En fin, nuestro triunfo es cierto
si de amor cede al arrullo;
pero si vence el orgullo,
puede usted darse por muerto.
Modesto. Aun no pierdo la esperanza
de que la razon domine
y por último se incline
á mi lado la balanza.
Tú aboga por mí.....
Isabel. Se entiende.
Eso hago desde el principio,
y á fe que no pierdo ripio.
Modesto. Yo.....
Isabel. No más! Si nos sorprende....
Modesto. No te dés por entendida.....
Isabel. Claro está. Mas si nos ven
juntos.....

[*Dándole la mano.*]

Adios.

[*Aparece D. Aquilino con el botiquin, sin ser visto de Isabel ni de D. Modesto.*]

Modesto. Dices bien.

[*Besando la mano á Isabel, y retirándose en seguida.*]

Adios, Isabel querida.

ESCENA XXI.

ISABEL. D. AQUILINO.

Aquil. Otra vez! ¡Voto á.....
Isabel. [*Volviendo la cabeza con sobresalto.*]
Qué es esto?
Aquil. Es que el demonio me lleva.
Niégame ahora, hija de Eva,
que tratas con don Modesto.
Isabel. Sólo soy amiga suya,
repito. Todo te asombra,
y el diantre...
Aquil. Ese hombre es mi sombra;
ó, mejor dicho, la tuya.
Isabel. Habré de decirte al fin.....
Aquil. Calla! Estoy desesperado.—
¿Por qué no le habré tirado
á la cara el botiquin?
Miéntras al viejo socorro
me la estás pegando tú.....
Pero, pesia Belcebú!
qué hago aquí con este engorro?

[*Llamando.*]

Patrona!

[*Á Isabel.*]

Tú harás que estalle.....
Isabel. Por Dios, no grites!
Aquil. No grites!
¡Buena libra de confites
me has dado para que calle!
Posad. [*Presentándose en la puerta del foro.*]
Quién me llamaba?
Aquil. Yo.

[*Á Isabel en voz baja.*]

Infiel!

[*Á la Posadera dándole el botiquin.*]

Á usted, que es ménos endeble

que yo, le endoso este mueble.
Á la berlina con él.

[*Vase la Posadera.*]

Isabel. No viene aquí sin misterio
don Modesto.
Aquil. Claro está.
Miren si ella lo sabrá!
Claro está que hay gatuperio.....
Isabel. No, sino amor tierno y puro,
y no soy yo quien lo inspira;
que á mayor trofeo aspira.
Aquil. ¿Qué oigo! ¡Es posible.....
Isabel. Lo juro.
Aquil. ¡Hum..... Y á qué dama pretende?

[*Indicando la habitacion de la Duquesa.*]

¿Á la.....
Isabel. Silencio! Sí.
Aquil. Ba!
Tú me engañas.
Isabel. No.
Aquil. Ó quizá
juega á dos palos el duende.
Isabel. Deja esa quimera vana.
Me intereso en sus asuntos
porque hemos crecido juntos.
Aquil. Digo!....
Isabel. Soy casi su hermana.
Aquil. ¿Cómo.....
Isabel. Es largo de contar:
otra vez..... Pero, por Cristo,
nadie sepa que le has visto.
Aquil. ¡Hum.....
Isabel. Pelillos á la mar.....
Aquil. ¡Hum.....
Isabel. Ó llorarás de véras
lo que ahora soñando estás.....
Aquil. Cruel!....
Isabel. Y nunca saldrás
de azotes y de galeras.

ESCENA XXII.

ISABEL. D. AQUILINO. LA DUQUESA.

Duquesa. Está el coche?
Aquil. (¡Dia aciago.....)
Isabel. Sí, ya está.
Aquil. (Y noche fatal!)
Duquesa. Llame usted al General.
Aquil. Sí haré.

[*Á la puerta núm. 2.*]

Señor don Santiago!

General. [*Dentro.*]
Voy.
Duquesa. (Triste viaje!)

ESCENA XXIII.

LA DUQUESA. ISABEL. D. AQUILINO.
EL GENERAL.

General. Presente.—
Ah! Señora.....
Isabel. (Lindo paso!)
General. Me esperaba usted acaso?
Duquesa. No por cierto.
Isabel. (¡Vaya un ente.....)
Duquesa. De mi cuarto salgo ahora.
Y la pierna?
General. Mejor va.
Duquesa. Partimos? Es tarde ya.
General. Cuando usted guste, señora.
Duquesa. Oiga usted, don Aquilino.

[*Se separa un poco y le habla aparte.*]

Isabel. [*Recapacitando.*]
Señor, qué me falta á mí?
Duquesa. Pague usted el gasto.....
Isabel. (Ah! sí,
la cestilla de camino.)

[*Entra en el cuarto núm. 1, y vuelve á salir con la cestilla.*]

Aquil. Muy bien.
Duquesa. Y haga usted de modo
que nos siga pronto.
Aquil. Espero.....
Duquesa. Le hace á usted falta dinero?
Aquil. No: áun tengo aquí para todo.
(Siempre hay quien me quite el puesto!
Ya un Modesto, ya un Santiago...)
Duquesa. (Es una crueldad lo que hago
con el pobre don Modesto.)
General. (Observo en su lindo busto
un no sé qué de mal signo.....
¡Hum, quiera Dios.....)

[*Ofreciendo el brazo á la Duquesa.*]

Si soy digno,
señora.....
Duquesa. [*Tomándolo.*] Con mucho gusto.
General. Gracias.
Duquesa. (Ilustre es su nombre;
pero.....)
General. Vamos?
Duquesa. Sí, señor.
(Desde Alhama á aquí ¡es horror
lo que ha envejecido este hombre!)

[*Vanse por el foro.*]

ESCENA XXIV.

ISABEL. D. AQUILINO.

Aquil. ¿Me será lícito á mí,
que por ti penando vivo,

conducirte hasta el estribo.....
Isabel. Sí, bobito mio, sí.
Aquil. ¿Premiarás al fin mis tiernos
amores.....
Isabel. Sí.
Aquil. El brazo..... Ay Dios!
Isabel. [*Dándole el brazo.*]
Un brazo ahora, y los dos
cuando volvamos á vernos.

[*Vanse por el foro.*]

ACTO TERCERO.

Madrid. Gabinete en casa de la Duquesa. La puerta principal, en el foro; la del tocador de la Duquesa, á la izquierda; otra á la derecha.

ESCENA I.

LA DUQUESA.

[*Aparece sentada cerca de un velador, leyendo.*]

Todo me cansa.
[*Deja el libro sobre el velador.*]
¡Qué largo
se me va á hacer este dia!
Creí dormir un par de horas,
pero la misma fatiga
del viaje me ha desvelado.
¿Ni cómo dormir tranquila
cuando tan vagas ideas
perturban mi fantasía
y encontrados sentimientos
en mi corazon se agitan?

[*Se levanta.*]

Lucía apénas el sol
cuando dejé la berlina,
¿y qué hacer á tales horas
y tras de larga vigilia,
sino acostarme.....

[*Mira un reloj de sobremesa.*]

¡Buen Dios,
tan temprano todavía!—
¿Qué haré yo, qué mandaré.....
Toquemos la campanilla
miéntras lo pienso.
[*Lo hace.*]
Labor?
No. Escribir á alguna amiga?....
No tengo humor para nada.

ESCENA II.

LA DUQUESA. ISABEL.

Isabel. ¡Tan temprano, y ya vestida,
señora!
Duquesa. Sí; no he podido
pegar los ojos.
Isabel. (Albricias!
Amor la desvela.)
Duquesa. ¿Ha vuelto
á recibir la propina
el mayoral?
Isabel. No, señora.
Rehusaba recibirla;
rogué, insté....; nada! Por último,
dijo: «Luégo que despida
al General en su casa
y en el parador la silla,
vendré á ver si Su Excelencia
me manda algo en que la sirva.»
Duquesa. Cuando no ha venido ya,
ó por rara maravilla
afecta un desprendimiento
que en tal gente no se estila,
ó el que le puso á mis órdenes
quizá se las dió precisas
para proceder así;
y lo siento por mi vida;
que ha estado muy servicial.....
Isabel. Sí por cierto. (Si averigua.....)
Duquesa. Y durante la jornada—
cosa tambien inaudita—
ni ha fulminado blasfemias
ni ha graznado seguidillas.

ESCENA III.

LA DUQUESA. ISABEL. UN LACAYO.

Lacayo. [*Anunciando.*]
El señor de Mayoral.
Duquesa. Qué explicaderas! No digas
el señor de.....
Lacayo. Vuecelencia
perdone; pero creía.....
Duquesa. Basta. Que éntre; y otra vez
es preciso que distingas.....
El señor de Mayoral!
Lacayo. Bien está; pero.....
[*Desde la puerta del foro y retirándose en seguida.*]
Éntre usía.

ESCENA IV.

LA DUQUESA. ISABEL. D. MODESTO.

Duquesa. ¡Otra..... La enmienda me gusta.

[*Viendo entrar á D. Modesto en traje de caballero y sin indicio de llevar vendado el brazo.*]

Ah!

Modesto. Señora...., Esta visita.....

Duquesa. ¡Es posible.....

Isabel. (Ahora es ella!)

Modesto. Parecerá intempestiva;
pero un mayoral.....

Duquesa. ¿Qué escucho!

Modesto. No es extraño que prescinda
del ritual.....

Duquesa. Déjanos solos.

Isabel. [*Yéndose por el foro.*]
(Hoy perece ó la conquista.)

ESCENA V.

LA DUQUESA. D. MODESTO.

Duquesa. Muy bien, señor don Modesto!

Modesto. [*En ademan de arrodillarse.*]
Perdon!

Duquesa. Alce usted! ¡Tan manso
y tan..... Usted se ha propuesto
perseguirme sin descanso.

Modesto. Con paciencia y sumision
hago cuanto usted desea.
Si es esto persecucion,
que venga Dios y lo vea.

Duquesa. Oh! sí, sí. En primer lugar,
siendo mi sombra perene.....

Modesto. Yo.....

Duquesa. Me hace usted desear
lo que á mí no me conviene.
Léjos le creo, y adjunto
le hallo en mi vuelco de anoche.....

Modesto. Julia!....

Duquesa. ¡Y tener tan á punto
á mi servicio otro coche!

Modesto. Y es sin duda otro pecado
que remuerde mi conciencia
el desbocarse el ganado
y volcar la diligencia.

Duquesa. No; mas cuando herido el brazo
pedia quietud y cama,
quiso usted tenderme un lazo
en vez de estarse en Alhama.

Modesto. Ya desvanecí ese cargo,
y mereció el delincuente
ser absuelto.

Duquesa. Sin embargo,
fuí demasiado indulgente;
que, con capa de virtud,
fué un acto de rebelion
comprometer su salud
por moverme á compasion.

Modesto. ¿Y quién á tan poca costa
no comprara esa piedad?

Duquesa. Tomé la silla de posta
sin condicion.....

Modesto. Es verdad.
Cedí al ángel que venero
el interior, es constante;
pero yo.....

Duquesa. Otra argucia?

Modesto. Pero
nada se habló del pescante.

Duquesa. Los que lo sepan dirán
que llevé, por ambicion,
de compañero á un galan
y al otro de postillon.

Modesto. Si de un amante lo fuí
más dichoso, no más fiel,
el oprobio es para mí
y la gloria para él.

Duquesa. No hay tal novio ni tal gloria,
y basta que yo lo diga.
¡Vaya, que pica en historia
lo que esta gente me hostiga!

Modesto. Si usted le niega su mano,
no me pesará; y á fe,
poco suda el veterano
para merecerla.

Duquesa. Eh?

Modesto. Ántes parece marido
que galan, á lo que entiendo.

Duquesa. Por qué?

Modesto. Claro está. Ha venido
toda la noche durmiendo.

Duquesa. Eso prueba el poco fruto
con que mi desden arrostra,
ó que pagó ese tributo
á la vejez que le postra.

Modesto. Yo doy mil gracias al cielo
porque ya con él no lidio;
pero al fin tiene el consuelo
de dormir. Cuánto le envidio!

Duquesa. (Ah!)

Modesto. ¿Cuándo un enamorado
tuvo sueño, hambre ni sed?

Duquesa. ¡Bueno fuera que á mi lado
se hubiera dormido usted!

Modesto. Pues ménos en el pescante,
que ya doy á Barrabas,
con seis caballos delante
y el enemigo detras.

Duquesa. Cochero y dormir!.... Pardiez
¡buena la hubiéramos hecho
volcando segunda vez
al bajar otro repecho!
Mas quiero que usted me diga
por qué virtud sobrehumana
se ha convertido en auriga
de la noche á la mañana.

Modesto. No hago ahora mis estrenos

en caballos, tengo bríos,
y á manejar los ajenos
me han enseñado los mios.
Y si ya no fuese diestro
en el arte que los doma,
el amor, que es gran maestro,
me hubiera dado el diploma.

Duquesa. ¡Y exponerse..... (soy perdida
si no hago el último esfuerzo)
á que se encone la herida
con los rigores del cierzo!

Modesto. No he tenido ese placer.

Duquesa. [*Impaciente.*]
Oh!

Modesto. Curado estoy, Duquesa.
Ni ¿qué importaba perder
vida que á nadie interesa?

Duquesa. Á nadie? No es cierto, no,
ni el que lo dice lo piensa.

Modesto. Ah Julia!

Duquesa. ¿Merezco yo
que me haga usted tal ofensa?

Modesto. Señora!....

Duquesa. ¿Tan mal nacida
soy yo, ó tan de cal y canto,
que menosprecie la vida
del hombre á quien debo tanto?

Modesto. Pero si usted la hace amarga
negándome un dulce sí,
¿qué es sino insufrible carga
esta vida para mí?

Duquesa. ¿Y qué es sino tiranía
no permitir que rehuya
el sacrificar la mia
porque usted salve la suya?
¿No he de poder, pesia tal!
quejarme al Dios que bendigo
de la coaccion moral
que usted ejerce conmigo?
Me ama usted con frenesí,
con delirio, harto lo sé!,
y es un cargo para mí
cada prueba de su fe.
Mas verme libre deseo
de acreedor tan importuno;
que no quiero ser trofeo
ni de usted ni de ninguno.—
Ni ya, si el alma se niega
á recibirle en su gracia,
es porque el humo me ciega
de altanera aristocracia:
es sin duda porque advierto
que es ménos grato al amor
aconsejado el acierto
que voluntario el error;
y ya que en amar reincida,
quizá á mi orgullo no agrada
que me declare rendida
primero que enamorada.
En fin, aunque usted me venza
y blando sea su imperio,
¡es una mala vergüenza
confesar mi cautiverio!

Modesto. Si soy yo quien gracia implora,
¿á qué ese vano sofisma.....
No la entiendo á usted, señora.

Duquesa. Ni yo me entiendo á mí misma.

Modesto. Yo amé por inspiracion.

Duquesa. Yo no tengo esa virtud.

Modesto. Pero ¿ama contra razon
el que ama por gratitud?

Duquesa. No; pero.....

Modesto. No es que yo mida
mis cortos servicios, no,
con la.....

Duquesa. Si usted los olvida,
no podré olvidarlos yo;
mas ¡no permitan los hados
de mujeres y maridos
que sean tan mal pagados
como poco merecidos!

Modesto. Julia!

Duquesa. Usted tan generoso;
yo vana, esquiva, glacial.....
No puede usted ser mi esposo,
no; el partido no es igual.

Modesto. No es igual, harto lo sé!,
y si usted me ensalza así,
es...., bien lo veo!

Duquesa. Por qué?

Modesto. Por no bajar hasta mí!

Duquesa. No; verdad dice mi labio;
que no soy ya la de ayer,
y me hace usted un agravio
que no creo merecer.
No me es dado, en fin, pagar
tan sublimes sacrificios,
ni postrarme ante el altar
bajo tan tristes auspicios.

Modesto. ¡Cómo.....

Duquesa. Dos amantes ciegos
me están á la vez sitiando,
y yo me hallo entre dos fuegos
sin saber cómo ni cuándo.

Modesto. Y usted, que niega á los dos
justicia y misericordia,
ya estará pidiendo á Dios.....

Duquesa. Qué?

Modesto. Algun tercero en discordia.

Duquesa. No lo pediria en vano;
mas guardo viudo mi lecho.
No doy por amor mi mano,
y la daré por despecho?

Modesto. Julia, usted quiere mi muerte!

Duquesa. No; al contrario: le deseo
á usted venturosa suerte;—
y la obtendrá: lo preveo.

Modesto. Cómo?

Duquesa. Con otra consorte
que merezca más.....

Modesto. De véras?

Duquesa. No escasean en la corte
las jóvenes casaderas;
¿y cuál para ser esposa
de tan digno pretendiente

no se tendrá por dichosa
doblando al yugo la frente?
Modesto. ¿Habla usted de buena fe,
ó se burla.....
Duquesa. Hablo formal.
Modesto. ¿Y cree usted que podré
amar á otra.....
Duquesa. Sí tal.
Modesto. Oh!
Duquesa. No es obra de un momento
rescatar el corazon....;
pero usted tiene talento,
y al fin la sana razon.....
(¿Por qué desoigo su grito!)
Tenga usted valor!
Modesto. [*Caviloso.*] (Si el viejo.....)
Duquesa. Yo tambien lo necesito
para darle este consejo.
Modesto. Gracias.
Duquesa. Los cielos querrán
cumplir mis votos....
Modesto. Sí.... Alabo....
Duquesa. No en vano dice el refran:
«Un clavo saca otro clavo.»
Modesto. Bien..... Ya sabe usted, señora,
que de obediente me precio.....
(Y si no lo soy ahora,
deben silbarme por necio.)
Usted me aconseja.....
Duquesa. .....Sí.....
Sí, señor. (Me estoy ahogando.)
Y si es forzoso,.... (ay de mí!)
por bien de usted se lo mando.
Modesto. Basta.
Duquesa. (El alma me penetra;
pero..... aunque pierda la vida.....)
Modesto. Adios. Al pié de la letra
será usted obedecida.

[*Luégo que desaparece D. Modesto, la Duquesa, conmovida en extremo, se deja caer en una butaca.*]

ESCENA VI.

LA DUQUESA.

Ah! Las fuerzas me abandonan.
Si dura más el coloquio
en sus brazos me desmayo;
¡y de mi lado le arrojo
sin piedad, y de esta suerte
sus finezas galardono!
¿Cómo he tenido valor
para tanto? El pobre mozo
lleva lacerado el pecho,
por más que afecte su rostro
varonil serenidad.—
Mas ¿cumplirá su propósito?
Sí; querrá desagraviarse
de tan injusto sonrojo;
y yo, que esa dura ley
á pesar mio le impongo,
¿osaré culparle luégo
porque consagre sus votos
á otra..... Jamás! Necio orgullo,
á ti culparé, á ti sólo,
que me inspiraste, enemigo
de mi dicha y mi reposo,
el frio desden que ahora
están llorando mis ojos.

ESCENA VII.

LA DUQUESA. EL LACAYO.

Lacayo. El General Baraona.
Duquesa. Que éntre. (Pues! faltaba el otro
para.....)
Lacayo. Pase vuecelencia.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA. EL GENERAL.

General. Perdone usted si me tomo
la licencia......
Duquesa. Usted la tiene
á todas horas.
General. Conozco
que esta no es de reglamento;
pero si vengo tan pronto,
es sólo.....
Duquesa. Siéntese usted,
le suplico.....

[*Se sienta el General.*]

Ya supongo
que el cuidado de informarse
de mi salud.....
General. No me apropio
ese mérito, señora.
Otro es el objeto.....
Duquesa. Cómo!
¿Le es á usted indiferente
mi salud?
General. No: yo amo al prójimo....
Pero á lo que vengo ahora,
y excusemos circunloquios,
es á que usted se convenza.....
Duquesa. De qué?
General. De que no soy tonto.
Duquesa. Quién lo ha dicho ni pensado?
General. Si tentada del demonio
ayer me hizo usted sufrir
aquel inicuo bochorno,
¿por qué con dulces palabras
aplacar mi justo enojo
para arrastrarme despues
por el fango del oprobio?
Duquesa. Tan infundada es la queja
de usted como extraño el tono
con que la expresa. ¡Decir
que le arrastro por el lodo,

cuando, al contrario, me debe
mil atenciones.....

General. ¡Oh colmo
de perfidia! Usted me dió
esperanzas.....

Duquesa. Poco á poco.
Di á usted las satisfacciones
que exigian su decoro
y el mio; pero ¿esperanzas?
No, señor; de ningun modo.

General. Sabiendo usted mis designios,
se brindó con sumo gozo
á viajar en compañía.....

Duquesa. Del amigo; no del novio.

General. Pero ello es que usted dió pábulo
al delirio.....

Duquesa. No respondo
de los delirios ajenos:
harto tengo con los propios.

General. Fué pues mera cortesía
lo que juzgué..... Me conformo;
pero luégo.....

Duquesa. Pero luégo
se mostró usted más filósofo
que amante.

General. Yo! Por qué?

Duquesa. Es claro.
Aunque el carruaje no es cómodo,
vino usted toda la noche
durmiendo como un cachorro.

General. ¡Ah cómo se engaña usted,
Duquesa! No dormí!

Duquesa. ¿Qué oigo!

General. ¡No así brinda con su paz
el sueño á un viejo achacoso
de cuerpo y alma!.... No obstante,
obra fué de Dios mi insomnio
de anoche, porque sin él
áun fuera blanco del dolo
y el escarnio.....

Duquesa. [*Levantándose, y el General hace lo mismo.*]
General!

General. Calma!

Duquesa. Explique usted.....

General. Absorto
recordaba vagamente
los diversos episodios
del viaje, y mi mente al fin
se detuvo en el fenómeno
singular de aparecerse
aquel coche de retorno
con tanta oportunidad.
Finjo dormir como un tronco,
observo, aplico el oido.....
Gracias á Dios, no soy sordo.—
Niegue usted que la doncella
le hablaba con mucho encomio
de otro hombre...

Duquesa. ¡Y bien...

General. Y que el ama
no lo echaba en saco roto.

Duquesa. Dios le ha castigado á usted
por haber sido curioso;
mas yo.....

General. Siguiendo la ruta,
eché de ver que era apócrifo
el mayoral, y el mismito
cuyo temerario arrojo
castigué en Alhama.

Duquesa. Pero.....

General. Ahora bien, ¿no es un desdoro
para usted y para mí
usar de tales embrollos.....

Duquesa. Basta!

General. Y jugar con dos hombres
como si fueran dos monos?

Duquesa. Basta digo! Yo no fuí
cómplice, ni por asomo,
de don Modesto. Muy léjos
de alentarle con mi apoyo
á hacer locuras...., qué digo?
servicios muy meritorios,
que al mismo que viene ahora
á mover tal alboroto
fueron útiles, me opuse
á que hiciera con nosotros
el viaje.—Pero no pude
cerrarle en un calabozo.—
Cuando el carruaje volcó,
él fué quien me dió socorro,
y al volver de mi desmayo,
acaso con más asombro
que justo agradecimiento
vi en él á mi ángel custodio.
Al aceptar la berlina
que me ofreció generoso,
le negué ingrata el asiento
que ocupó usted muy orondo;
y si viajó á la intemperie
sirviéndonos de piloto,
miéntras usted á cubierto
de lluvia, granizo y polvo,
yo no lo supe—lo juro
á Dios todo poderoso—
hasta que hoy como un delito
lo ha confesado de hinojos.
¿Y sabe usted de qué suerte,
hombre injusto y caviloso,
ha premiado mi altivez
sacrificios tan heroicos?
Quitándole la esperanza
del suspirado consorcio
y abrumando con desaires
á quien merecia elogios.

General. Y le ama usted, sin embargo:
eso lo conoce un topo.

Duquesa. Qué sabe usted?

General. Y él merece
mejor que yo ser esposo
de usted.....

Duquesa. ¿Cómo.....

General. Sí, señora;
no me ciega el amor propio;
y aunque parezca el epílogo

tan diverso del exordio,
despues que usted ha explicado
de un modo satisfactorio
su conducta con los dos;
alzado el espeso toldo
que á mis ojos hizo turbio
lo que ya es claro y notorio,
declaro que mi ex-rival,
á quien miro ya sin odio,
ha dado pruebas de amor
que envidiara Marco Antonio,
y el héroe de Hartzenbusch,
y todo el martirologio
de los amantes, y en fin,
digo que usted será un monstruo
de ingratitud si no adora
á ese lozano pimpollo
que ha pasado por usted
las penas del purgatorio.

Duquesa. (Ay! es cierto; pero ya....)

General. Y lo peor del negocio
es que ya ese corazon
no necesita mi exhorto.....

Duquesa. General!....

General. Y por orgullo
traga usted el fiero tósigo,
y la boca dice «niego»
cuando grita el alma «otorgo.»

Duquesa. Jesus! yo no..... ¡Fuerte afan
de penetrar..... Yo tengo otros
motivos..... Temo perder
la libertad de que gozo.....

General. Eh! ya es vano el disimulo.
¡Voto al chápiro..... ¿No somos
amigos?

Duquesa. Oh! sí, señor.

General. Con ese título me honro,
ya que otro.....

Duquesa. Bien sabe el cielo
que me pesa......

General. No lo ignoro;
que aunque parece usted frívola,
es un ángel en el fondo.
Mas no hay que llorar por mí;
pues del agitado golfo
donde me embarqué en mal hora,
al puerto me lleva próvido
el viento del desengaño
y mi libertad recobro.

Duquesa. Será cierto?

General. Oh! sí, señora.

Duquesa. Dios lo haga!.... Pero si doblo
á sus decretos la frente,
no es porque no reconozco
las altas prendas de usted.....

General. Basta: lo creo.....

Duquesa. Y si logro
con puro y filial cariño
compensar en cierto modo.....

General. Sí; pero cásese usted
con don Modesto: es buen mozo.....
Él está en la primavera,
yo he pasado del otoño:
la eleccion no era dudosa.
Ni es para débiles hombros
una carga tan pesada.
Con medio siglo y gotoso,
sólo el diablo pudo darme
conatos de matrimonio.

[*Apretando afectuosamente la mano de la Duquesa.*]

Adios!....

[*Se le saltan las lágrimas.*]

Sea usted feliz.....
(Voto á briós!.... Creo que lloro.....)
Adios!.... No atribuya usted
á flaqueza estos sollozos,

[*La Duquesa llora tambien.*]

sino... Usted tambien?.. Pues digo
que somos un par de bobos.....
Nada! Á vivir, á gozar!

[*Con risa forzada.*]

Ja, ja!.... Usted con su casorio;
yo contando mis campañas,
ó haciendo fiestas á un dogo.....
Ja, ja!.... Ria usted tambien.
¡Qué diantre.....

Duquesa. (Oh Dios mio!)

General. Todo
lo olvido...., ménos los dulces.

Duquesa. Dulces? Ah!

General. No los perdono.

ESCENA IX.

LA DUQUESA.

Otra víctima!.... De quién?
Mia no; de mi destino
cruel. Sus reconvenciones
me irritaron al principio;
mas luégo su noble y ruda
franqueza me ha conmovido.
Si le engaña el corazon
y no ha roto ya los grillos
de su pasion insensata,
lástima será; que es digno
de mejor suerte.—Y ¿quién, ay!
se duele de mi martirio?
Que he debido preferir
á don Modesto me ha dicho.....
¡Bien me lo sabía yo
sin que él viniese á decirlo!—
Siento...., no sé...., un malestar....,
una..... Y como no he dormido.....
Quizá si saliese un rato.....
Sí.

[*Tira del cordon de la campanilla.*]

Á tiendas..... Yo necesito
distraccion.....

ESCENA X.

LA DUQUESA. ISABEL.

Isabel. Señora.....
Duquesa. El coche.
Isabel. Bien está.
Duquesa. Espera.—Ha venido
el General.
Isabel. Tan temprano!
Duquesa. Sí. Desiste.....
Isabel. Ah! Felicito
á vuecelencia; que un novio
tan huraño y tan antiguo.....
Duquesa. Habla de él con más respeto.
Isabel. Yo no.....
Duquesa. Hemos quedado amigos.
Isabel. Tanto mejor.
Duquesa. Y merece
mi aprecio por más de un título.
Isabel. No lo dudo.
Duquesa. Como tú
abogas con tanto ahinco
por el otro, no es extraño.....
Isabel. Y ¡qué! no es mejor partido?
Duquesa. No sé. Tu parcialidad
me ha puesto en un compromiso.
Isabel. ¡Cómo.....
Duquesa. Sí, tú has sido cómplice
de todos sus artificios.
Isabel. ¡Yo, señora.....
Duquesa. No lo niegues.
Isabel. Pongo al cielo por testigo.....
Duquesa. Basta!—Mas no cogerás
el fruto de tus servicios.
Isabel. Protesto.....
Duquesa. Le he desahuciado
para siempre.
Isabel. (Pobrecito!)
Sí? (Descubramos terreno.)
Pues ya se acabó el conflicto.....
Duquesa. Sí, gracias á Dios.
Isabel. El Conde
recobrará su dominio.....
Duquesa. ¿Aquel fatuo..... No le vuelvas
á nombrar: te lo prohibo.
Isabel. Pensé.....
Duquesa. Ni á él ni á ninguno:
para siempre me emancipo
de los hombres: los detesto.
Isabel. No merecen.....
Duquesa. Los maldigo.
Isabel. Los hay que.....
Duquesa. No me repliques!
Isabel. Callo.
Duquesa. Vete!
Isabel. Me retiro.—
Ah! el coche.....
Duquesa. Ya no le quiero.
Isabel. [*Yéndose.*]
Está bien.
Duquesa. Estos malditos
nervios..... Isabel!
Isabel. [*Volviendo.*] Señora.....
Duquesa. Dame algo á ver si me alivio.
Isabel. La antistérica?
Duquesa. No. Peste!....
Mejor sería.....
Isabel. (Un marido.)
Tila?
Duquesa. Sí. En el tocador
la espero.
Isabel. (No está en su juicio.)

ESCENA XI.

LA DUQUESA.

No volverá!—Y qué remedio?
No es decoroso ni lícito
que le ruegue yo..... Y tal vez
el acendrado cariño
de que hizo alarde fué sólo
un pasajero capricho.
Oh! sí; un verdadero amante
no hubiera condescendido
con tanta facilidad.
¿Y se ha de abatir mi espíritu
porque herido al fin su orgullo
se rebele contra el mio?....
¡Valor, y cure mi herida
el bálsamo del olvido!

[*Entra en la habitacion de la izquierda, y apénas vuelve la espalda aparecen D. Modesto y el Lacayo por el foro.*]

ESCENA XII.

D. MODESTO. EL LACAYO.

Lacayo. ¿Pasaré recado.....
Modesto. No;
ni diga usted que me ha visto.
Yo esperaré.....
Lacayo. No comprendo.....
Modesto. No?
Lacayo. La.....
Modesto. [*Dándole una moneda de oro.*]
Y ahora? Me explico?
Lacayo. [*Tomando y guardando la moneda.*]
Oh! sí. Gracias.....
Modesto. Punto en boca.
Lacayo. Descuide usted, señorito.

ESCENA XIII.

D. MODESTO.

Ya estás de vuelta, Modesto.
Bravo! qué teson! magnífico!
Y á qué vienes tan ufano?
Á ser otra vez ludibrio
de esa pérfida mujer.....
Pero, si bien lo examino,
quizá en secreto reprueba
sus aparentes desvíos.
Acaso al aconsejarme
que ame á otra, su designio
ha sido poner á prueba
mi constancia, y no he debido
prometerlo —; sobre todo,
no atreviéndome á cumplirlo.
Pero ¿cómo, sin ver ántes
á Isabel, me determino.....
Y ese era el plan que traía;
pero estoy tan aturdido.....

ESCENA XIV.

D. MODESTO. ISABEL.

[*Llega Isabel con una taza de tila.*]

Modesto. Ah! Celebro.....
Isabel. Usted aquí!
Modesto. Sí; vengo... Qué hace? qué ha dicho?
Isabel. Está fatal de los nervios.
Modesto. Oh Dios!
Isabel. Hecha un basilisco.
Modesto. Contra quién?
Isabel. En general,
contra todo hombre nacido.
Modesto. ¿Y en.....
Isabel. No puedo detenerme.
Modesto. Y en particular conmigo!
Isabel. Así parece.
Modesto. Y por qué?
Isabel. Ella sabrá los motivos.—
Le anuncio á usted?
Modesto. [*Con viveza.*] No! (¿Quién sabe....)
Isabel. Adios. Ah! el otro individuo.....
Modesto. ¿El General.....
Isabel. Vino.....
Modesto. Y ¿qué.....
Isabel. Cuéntele usted en el Limbo.

ESCENA XV.

D. MODESTO.

Tan furiosa contra mí!
Qué se infiere de este indicio?
Que me tiene odio mortal,
ó iba yo por buen camino
mostrándome independiente
con máscara de sumiso.
Sigamos, pues, su consejo;
que me pierdo si me rindo.
Un clavo saca otro clavo.....
Probemos..... Ella lo dijo.
Sólo así puedo alcanzar
ó mi triunfo ó su castigo.

ESCENA XVI.

D. MODESTO. ISABEL.

Modesto. Sigue la furia?
Isabel. Ya no:
al contrario, con festivo
donaire se congratula
de verse libre. ¡Perdido
es usted!
Modesto. Por qué? (Esta chica.....)
Yo tambien me regocijo.....
Isabel. De qué?
Modesto. De romper mi yugo.
(Sí. Cuál mejor?)
Isabel. No concibo.....
Modesto. (Y aquí, en su casa, á sus ojos!....)
Oh Isabel! ¡Hay tanto hechizo
en esa cara.....
Isabel. ¿Qué escucho!
Con quién habla usted?
Modesto. Contigo.
Isabel. ¿Y á qué viene.....
Modesto. En esos ojos
estoy penando cautivo.
Isabel. Ba! Usted se chancea.
Modesto. No.
Isabel. Y en buena ocasion!....
Modesto. Repito
que te adoro.
Isabel. Eh! no lo creo.
¿No sé yo que es otro el ídolo
de ese corazon?
Modesto. Lo fué;
mas ya estoy arrepentido.
Isabel. ¡Es posible! Y la Duquesa
¿qué dirá?
Modesto. Me importa un níspero
lo que ella diga. Además,
hasta en quererte la sirvo.
Isabel. Cómo!
Modesto. Ella me ha aconsejado
que ame á otra.
Isabel. Desatino!
Modesto. No; tú mereces.....
Isabel. Muy poco;
mas, tal como soy, no admito
desechos de otra.
Modesto. ¡Tambien
me desairas tú!
Isabel. El puntillo.....

Ni debo olvidar que he dado
palabra.....

Modesto. Á don Aquilino!
Es un mentecato; pero
de buena pasta, sencillo.....
Yo no dudo que te haria
feliz.....

Isabel. Me ama con delirio....,
como usted á la Duquesa,
aunque ahora finja.....

Modesto. No finjo.
La aborrezco, y á ti sola
mi alma...

Isabel. ¡Por Dios... Puede oirnos...

Modesto. [*Alzando la voz.*]
Eso es lo que yo deseo.

Isabel. No más! Huiré.....

Modesto. [*Asiéndola de una mano.*]
No, bien mio!

Isabel. Si está en acecho... Ah! Se mueve
la cortina.....

Modesto. Bravo! vítor!
Ahora un abrazo.

Isabel. [*Bajando la voz.*] No!

Modesto. [*Lo mismo.*]
Pronto! El momento es propicio.....
Ah!

[*Sacando unos papeles, que da á Isabel.*]

Toma.

Isabel. Qué es esto?

Modesto. Luégo
lo verás: un regalillo.....

Isabel. Pero.....

Modesto. Un abrazo, y me salvas.—
Yo salgo á todo. Es preciso,
urgente.....

Isabel. Vaya!...

Modesto. [*Abrazándola.*] Alma mia!

Isabel. Jesus!....

[*Se aparece de repente D. Aquilino en la puerta del foro y la Duquesa en la de su tocador.*]

Duquesa. ¿Qué veo!

Aquil. ¿Qué miro!

ESCENA ÚLTIMA.

ISABEL. D. MODESTO. LA DUQUESA.
D. AQUILINO.

Isabel. [*Desprendiéndose de los brazos de don Modesto.*]
Ah!

Modesto. [*En voz baja.*]
Tente!

Duquesa. ¿Así se respeta
mi casa? Infamia!

Aquil. Traicion!

Duquesa. ¿Para esto te di yo abrigo
en ella?

Isabel. Bien sabe Dios
que.....

Modesto. Señora.....

Aquil. ¿Para esto
llegó oportuno el veloz
correo de Zaragoza
á sacarme del meson?

Isabel. Ruego á vuecencia.....

Modesto. No es ella
la culpable; yo lo soy....,
si es culpa el obedecer.....

Duquesa. Obedecer!

Aquil. Ambos son
igualmente criminales.
Créame ucencia. Yo estoy
en autos..... Y pues él y ella
nos agravian á los dos,
los dos.....

Duquesa. Ea, aparte! ¿Qué hay
de comun entre él y yo?

Aquil. Me parece.....

Duquesa. Basta!—Y tú.....

Isabel. Despedida?

Aquil. Esto es atroz!

Duquesa. Se entiende.

Isabel. Muy bien.

Duquesa. Pero ántes
exijo una explicacion.....

Aquil. Sí; que explique.....

[*Una mirada severa de la Duquesa le impone silencio.*]

Modesto. Ella no puede
darla; que embarga su voz
el respeto. Á mí, que he sido
el verdadero agresor,
pues ella se vió en mis brazos
cuando ménos lo pensó.....

Duquesa. En sus brazos! ¿Es mi casa
algun.....

Modesto. Fué desatencion
punible; pero si usted
reflexiona.....

Aquil. [*Entre dientes.*] ¡Voto á briós.....

Modesto. En primer lugar, no corre
ningun peligro el honor
de esta jóven. Me intereso
por ella, y la bendicion
nupcial muy pronto...

Duquesa. (Oh suplicio!)
Pero es falta de pudor
consentir ella, á mis ojos,
y osar usted.....

Modesto. Á eso voy.
Humilde como un cordero
y paciente como Job,
mi ley es obedecer
los mandatos de usted.....

Duquesa. Oh!....

Me tiene usted sofocada
con su eterna sumision.

Modesto. No pudiendo usted, señora,
corresponder á mi amor,
me ha mandado.....

Duquesa. Usted no está
bajo mi jurisdiccion.
Yo he podido aconsejarle
lo que he creido mejor;
pero.....

Modesto. Para mí son órdenes
los consejos de usted.

Duquesa. No!
Y un consejo puede ser,
aunque lo dé Salomon,
insensato, absurdo.

Modesto. (¿Qué oigo!)

Duquesa. Y hombre que ya no es menor
de edad, en tales materias
de nadie bajo del sol
recibe leyes.

Modesto. Señora!....

Duquesa. Y á haber sido mi intencion
que me obedeciera usted
como el pupilo al tutor,
debia esperar al ménos
que con más digna eleccion
ofreciera usted su mano
á alguna dama de pro.

Modesto. (Oh dicha!)

Isabel. Perdone ucencia.
Cada cual.....

Duquesa. Mas de rubor
se enciende mi rostro viendo
que tanto descienden hoy
ojos que osaron ayer
alzarse hasta mí.

Modesto. El baldon
será mio; no del númen
que mi culto desdeñó;
y esas quejas.....

Duquesa. No me quejo
de celos.

Modesto. Oh!....

Duquesa. No, señor;
me quejo porque es mentira
indigna de un español
ese amor con que usted quiere
humillarme, ó porque soy
víctima...., y ella tambien
quizá, del ciego rencor
con que, á trueque de vengar
los desdenes que sufrió,
ántes que implorar mi gracia
busca usted su perdicion.

Modesto. Rencor! Ah! bien sabe usted
que no es alma tan feroz
la mia.....

Aquil. (Me aspo!)

Modesto. Y en prueba
de lo dispuesto que estoy
siempre á complacer á usted,
hago formal dimision
de la mano de esa jóven.

[*Á D. Aquilino.*]

Venga usted por ella.

Aquil. Horror!
¡Despues... Digo á usted, compadre,
que tiene más de un bemol
la... ¡Es que yo...

Duquesa. Isabel!.. ¿Qué farsa
es esta?

Modesto. Ella protestó.....

Isabel. Como el señor no lo explique,
yo misma.....

Duquesa. (¡Buena leccion
me ha dado!) ¿Y esos papeles.....

Aquil. [*Arrebatándolos.*]

Vengan! Rujo de furor.

Duquesa. (No la ama. ¡Salvo siquiera
la honra del pabellon!)

Aquil. [*Hablando y leyendo alternativamente.*]

Cielos!.... Sí; una credencial.
Calmó el insano rigor
de mi estrella.—Sí, oh fortuna!
me sacan del panteon,
y con ascenso!—En reemplazo
de don Ruperto Campoy
me confieren,—ahí es nada!—
la aduana de Castellon.

Modesto. Sea en buen hora.

Isabel. Á él le debes.....

Aquil. Gracias por tanto favor.

Modesto. No tal. Lea usted ese otro
documento.....

Aquil. [*Recorriéndolo con la vista.*]

Es un talon.....
contra el Banco.....

Modesto. Justamente.

Aquil. Cien mil reales!

Modesto. Salvo error.

[*Tomando el talon y dándoselo á Isabel.*]

Es mi regalo de boda.

Duquesa. (Qué noble es su corazon!)

Isabel. Tanta generosidad!....

[*Queriendo arrodillarse y tambien don Aquilino; pero D. Modesto no lo permite.*]

Ah! permita usted.....

Aquil. Los dos!

Modesto. Quietos! No vale la pena.....
(Y calla! Qué obstinacion!)

Duquesa. (Y no se arroja á mis plantas!)

Modesto. (Pues ¡firme!)

Duquesa. (Pues no me doy
por vencida.)

Isabel. ¿Será usted

padrino.....
Modesto. Acepto ese honor;
mas no lo seré en persona.
Isabel. Ah! Por qué?
Modesto. Porque me voy
de Madrid.

Duquesa. [*Muy conmovida.*]
Oh!
Isabel. Cuándo?
Modesto. Hoy mismo.
Isabel. Y adónde?
Modesto. No sé..... Al Mogol,
á la Australia..... Al fin del mundo.
Duquesa. ¡Heroica resolucion.....
Modesto. Julia!....
Duquesa. Si fuese sincera.
Modesto. Dios.....
Duquesa. No ofenda usted á Dios.
¡Echármela de espartano
cuando yo sé..... Pues, señor,
no se va usted.
Modesto. (Ah!) Por qué?
Duquesa. Porque así lo quiero yo.
Modesto. Julia divina! Á tus piés.....

[*Se arrodilla.*]

Duquesa. He aquí el fuerte varon!
Modesto. Me rindo.....
Duquesa. Sin condicion?
Modesto. Sí, hermosa.
Duquesa. ¿Recobro pues
todo mi imperio?
Modesto. Así es;
mas.....
Duquesa. Cuenta con lo que digo!
¿Será usted siempre mi amigo
aunque...
Modesto. Siempre! (Estoy temblando.)
Duquesa. Ahora bien, ordeno y mando.....
Modesto. Qué?
Duquesa. Que te cases conmigo.

[*Le da la mano para levantarse, y él la besa con entusiasmo.*]

Modesto. Hay gloria, hay dicha mayor?
Duquesa. [*Sonriéndose.*]
¿Y hay cosa más singular,
dirás tal vez, que mandar
el vencido al vencedor?
Mas no extrañes que al amor
así dispute la palma
la altivez; que en dulce calma
vivia, y á mi despecho
me has arrancado del pecho
pedazo á pedazo el alma.
Modesto. Ángel!....
Duquesa. ¡Bien haya un pecado
que tu triunfo, caro esposo,
hace tanto más glorioso
cuanto fué más disputado!
Sí, luché, mal de mi grado
hasta rendir mi albedrío;
mas no mi tenaz desvío
culparás, si consideras
que no aman, ó aman de véras
corazones como el mio.
Depuesto de hoy más el ceño
y amándote sin reserva,
yo seré la humilde sierva;
tú mi señor y mi dueño.
Modesto. ¡No.....
Duquesa. Lazo tan halagüeño
hasta á las fieras ablanda;
y aunque el mundo anda como anda
sumisa y leal seré;
que así lo pide mi fe.....
y así la iglesia lo manda.



LA HERMANA DE LECHE,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro de Variedades el dia 15 de Marzo de 1862.

PERSONAS.

INES.	CÁNDIDO.
CÁRMEN.	EL CONDE.
VENANCIA.	D. CLAUDIO.

La escena en Aranjuez.—Sala con puerta en el foro, que es la que conduce á la escalera por la izquierda del actor; dos laterales á la derecha, ambas con montantes, y una á la izquierda. Entre las dos puertas de la derecha habrá una consola, y sobre ella un espejo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

INES. VENANCIA.

Venanc. De véras habeis reñido?
Ines. De véras.
Venanc. Y para siempre?
Ines. Creo que sí, porque yo
no pienso satisfacerle,
ni él tampoco querrá dar
su brazo á torcer.
Venanc. Ni debe,
si tiene amor propio. ¡Á un conde
niegas en tu casa albergue!
Ines. Por lo mismo.....
Venanc. Es lo más raro.....
Ines. Yo me entiendo y Dios me entiende.
Venanc. Obra es de misericordia,
que aquí de oficio se ejerce,
dar posada al peregrino;
¿y es posible que la niegues
á un jóven de tanto mérito
y tanto caudal, que bebe
los vientos por ti, que aspira
á tu blanca mano, y viene
cada dia á visitarte,
y algunos dias dos veces?
Ines. Posible es, doña Venancia.
Venanc. Bien, niña. Tú te lo pierdes!
Ines. ¿Qué pierdo yo.....
Venanc. Por de pronto,
un huésped de alto copete,
que haria un gasto de príncipe.
Ines. Calle usted; no me avergüence.
Venanc. ¿Qué vergüenza ni.....
Ines. Sin él
vivimos holgadamente,
y primero es mi opinion
que todos los intereses
del mundo.
Venanc. Pero ni al mundo
ni á Dios creo yo que ofende
quien á su oficio ó su industria
le saca el jugo que puede.
Ines. Me ama el Conde.....
Venanc. Auto en favor.
Ines. Ó lo dice al ménos.
Venanc. ¿Miente
por ventura?
Ines. Ay! no lo sé.
Venanc. Te ama, sí...., y tú lo mereces.....
Ines. Yo.....
Venanc. Sí tal. Y á sus lisonjas
no es tu corazon rebelde.

Me lo negarás?

Ines. Confieso
que no me es indiferente.

Venanc. Si amante no le desdeñas,
por qué le rechazas huésped?

Ines. Porque traerle á mi casa
ya no sería decente
cuando nadie en Aranjuez
ignora que me pretende.
Y áun sin eso, sabe Dios
lo que el vulgo maldiciente
dirá.....

Venanc. Diga lo que guste.
Á quién la envidia no muerde?
Desprecia, Ines, y no temas
á esa venenosa sierpe.
De mí, que suplo á tu padre
desde que lloras su muerte,
como yo la de mi esposo
el cirujano de Tiélmes;
de mí misma, que te escudo
con la autoridad solemne
de mi viudez y mis años,—
aunque todavía verdes,
porque serán treintaicinco
los que cumpliré en Setiembre.....

Ines. (Quince más!)

Venanc. De mí, que, amén
de todo el tejemaneje
de la casa, soy en ella
un centinela perene
de tu virtud, la malicia
dirá, es seguro, mil pestes.
Mas qué importa? Somos libres,
y ni cánones ni leyes
se oponen..... Pero, ay dolor!
voló el pájaro, y no esperes
que vuelva á la red. Ay simple!

Ines. Oh!

Venanc. Tú has perdido el caletre.
Por escrúpulos de monja
¡perder un novio como ese.....

Ines. Ya basta.....

Venanc. Boba! y mañana
te prendarás de un pelele.

Ines. No más!

ESCENA II.

INES. VENANCIA. EL CONDE.

Conde. [*Á la puerta del foro.*]
¿Da usted su permiso.....

Ines. Ah!

Venanc. [*Aparte á Ines.*]
El Conde! Albricias, que vuelve!
No lo creí.

Ines. Pase usted.

Venanc. Permiso! Siempre le tiene
en esta su casa el conde
de Valonga.
[*Aparte á Ines.*]
No le sueltes
ya que.....
[*Al Conde.*]
No se sienta usted?

Conde. Sí.

Venanc. Yo voy á mis quehaceres.....

Conde. Bien, sí.

Venanc. [*Aparte á Ines.*]
Cuando pasan rábanos.....

Ines. ¡Señora.....

Venanc. Dios guarde á ustedes!
[*Vase por el foro.*]

ESCENA III.

INES. EL CONDE.

Conde. Dirá usted al verme aquí:
«Este hombre es un botarate.....»

Ines. No tal.

Conde. «Un necio, un orate.»

Ines. Yo no.....

Conde. Sí, señora, sí.
Vuelvo como el niño al aula
del maestro que le azota,
como el tahur á la sota,
como el pájaro á la jaula;
vuelvo á los piés de mi bella;
que esta es, señora, mi cruz,
como la mosca á la luz
hasta que se abrasa en ella;
vengo—¡oh baldon sin ejemplo
y digno de que me emplumen!—
á que me escarnezca el númen
que me arrojó de su templo.

Ines. Ni á ser númen me sublimo
siendo una pobre mujer,
ni puedo yo escarnecer
á quien de véras estimo;
á un amigo.....

Conde. De quien es—
yo concluiré, señora—
muy atenta servidora,
que sus manos besa, Ines.—
Se ríe usted! ¡Cuando digo.....

Ines. ¿No he de celebrar la gracia.....

Conde. Mi hambre de amor no se sacia
con una racion de amigo.

Ines. Con la razon me aconsejo
cuando cauta desconfío.

Conde. La razon de usted, bien mio,
va hácia atras como el cangrejo.
No hace una semana aún
que me amaba usted.....

Ines. Confieso...

Conde. Y ahora no! Hay razon en eso?
Ines. Yo.....
Conde. Ni sentido comun?
Ines. No hable usted de esa manera,
si quiere que le responda.—
Se alojó usted en la fonda
de enfrente.....
Conde. Nunca lo hiciera!
Procedente de Motril,
donde radica mi hacienda,
tomé en Aranjuez vivienda,
el dia treinta de Abril,
miéntras don Miguel Mansilla,
mi digno administrador,
me habilita otra mejor
en la coronada villa.
Ines. Nos vimos y nos miramos.....
Conde. Y hasta llegar á la cumbre
siguió amor, como es costumbre,
sus trámites...., ó sus tramos.
Los de usted entre sonrojos,
los mios con früicion,
de un balcon á otro balcon
se cartearon nuestros ojos.
Vino, tras de estos..... arpegios,
cuyo recuerdo da grima,
la amorosa pantomima
que no se aprende en colegios.
Ines. Hasta que dulce protesta
me hizo usted de amor eterno
en un billete muy tierno.....
que no quedó sin respuesta.
Conde. Y por fin mi amada Ines
su puerta—quién lo pensara!
me abrió.....
Ines. Sí.
Conde. Pero en la cara
me dió con ella despues.
Ines. Cierto, mas sea usted franco.
Si á mi pesar lo hice así,
razones para ello di.
Conde. Razones de pié de banco.
Ines. La cerré al huésped severa,
si al amigo se la abrí.
Conde. ¿No hay posada para mí
donde la hay para cualquiera?
Ines. Á eso mi humildad responde
con lo pobre de mi estancia.
Hay una inmensa distancia
entre un cualquiera y un Conde.
Ay! cuando mi fe sencilla
con usted comprometí
no supe—triste de mí!—
que es título de Castilla.
Conde. Lo oculté yo por ventura?
Ines. Puso usted su nombre solo
en la carta.....
Conde. No por dolo,
sino en señal de ternura.
Y ¿en qué ley, en qué capítulo
del fuero de los amantes
á un conde se excluye si ántes
no tira al rio su título?
Ines. Sería cosa cruel;
pero á usted no puedo yo
dar posada.....
Conde. Por qué no?
Ines. Con título ni sin él.
Conde. Pero por qué? Soy yo el coco?
Por qué, Ines, tanto desvío?
Me aborreces?
Ines. No. Dios mio!
Conde. Dudas de mi fe?
Ines. Tampoco.
Conde. Pues mi rudeza confieso.
Por qué el castigo será?—
Es porque me amas quizá?
Ines. Pues por qué, sino por eso?
Conde. Quién de tal manera quiso?
Tú me amas, y me destierras!
¡Me amas...
Ines. Sí, ingrato!
Conde. ¡Y me cierras
las puertas del Paraíso!—
Ah! ya entiendo..... Á ser tan dura
te obliga.....
Ines. ¡Gracias al cielo.....
Conde. La negra honrilla. ¡Oh modelo
de virtud y de cordura!
Pero amarnos y no vernos
es, hija mia, un suplicio
que no va en zaga al de Ticio
y Tántalo en los infiernos.
Fuerza es que vivamos juntos;
que es necio el amor platónico,
y si mi mal se hace crónico
cuéntame entre los difuntos.
Ines. Ah! no. Esa idea me aflige.....
Conde. Y pues confeso y convicto
estoy de que este conflicto
un fuerte remedio exige,
apelemos.....
Ines. Sí; á la ausencia.
Conde. Eso es decretar mi muerte,
léjos de.....
Ines. Pues de otra suerte.....
Conde. Sí tal. (Tiene honra y conciencia;
y es tanta su perfeccion....;
y mi pecho es una fragua.....)
Ines. Calla usted!
Conde. No. (Pecho al agua!
Pasemos el Rubicon.)
Para que á Francia ó Silesia
yo desolado no emigre
y tu fama no peligre,
Ines!, tomemos iglesia.
Ines. ¿Qué dirán.....
Conde. Es el partido
mejor, y otro no nos queda.
Lo que al amante se veda
no se vedará al marido.
Ines. Pero ¿usted no considera
que á mí no me corresponde
tanto honor? ¡Marido un Conde
de una humilde posadera!
Conde. Tambien renitente ahora?

Pues si nó, ¿quién nos remedia.....
Esto no es una comedia.

Ines. [*Entre dientes.*]
¿Quién sabe.....

Conde. Con voz sonora
dirá usted: «Soy»..., ya lo escucho,
«Soy».....

Ines. Señor Conde! (Está loco.)

Conde. «Para esposa vuestra poco;
para dama vuestra mucho.»

Ines. Ni á hacer comedias me inclino,
Conde, ni mi estilo es ese;
pero aunque así lo dijese,
diria algun desatino?
Siendo entre dama y galan
cuna y prez tan diferentes,
qué dirán, señor, las gentes?

Conde. Dale con el qué dirán!
Si fuera usted un vestiglo,
pase, pero ¡tan bonita.....

Ines. Eso.....

Conde. Dirán, Inesita,
que yo marcho con el siglo.

Ines. Dirá la maledicencia:
«Á una plebeya dió el sí
porque sólo pudo así
triunfar de su resistencia.»
Dirán, si á mi frente ciño
la corona de condesa:
«Se ha casado, y ya le pesa,
por tema; no por cariño.»

Conde. Oh! no..... (Si así lo comentan.....)

Ines. «Y boda tan desigual
á los dos será fatal.....»

Conde. Nunca! (Y puede que no mientan.)—
Tu modesta condicion
¿qué me puede á mí importar,
si es tu conducta ejemplar
y noble tu corazon?
¿Ni quién, viendo lo que vales,
y tu finura y tu agrado,
dirá que no te has criado,
Ines, en buenos pañales?
Aunque hoy te falte el boato
que yo á tus gracias prevengo,
¿qué dama de alto abolengo
puede desdeñar tu trato?
Dias—oh! sí—más serenos
te alumbraron en la cuna,
aunque por mala fortuna
hayas tú venido á ménos.

Ines. No hay de verdad un adarme,
aunque el decirlo me duela,
en la curiosa novela
con que usted quiere ilustrarme.

Conde. Pero.....

Ines. Óigame usted, le ruego,
y deseche esa ilusion.—
Pues, señor, nací en Griñon
hija de un tosco labriego.
Mi madre me destetó—
que esto la pobreza exija!—
para criar á la hija
de una dama de alta pro.
De la próvida lactancia
pagada con profusion,
de Madrid volvió á Griñon
para cuidar de mi infancia.
Cinco años despues murió,
cuando yo tenía nueve,
la ilustre dama, y en breve
la mia. Ay Dios!....

Conde. Pero yo.....

Ines. Era el padre de la niña
que fué mi ángel tutelar,
propietario en mi lugar
y en toda aquella campiña.
Allí de su amargo duelo
vino á consolarse: allí
tanto se prendó de mí,—
téngale Dios en el cielo!—
y la niña á quien bendigo
tal cariño me cobró,
que cuando á Madrid volvió
quiso llevarme consigo.

Conde. Por supuesto, de niñera.....

Ines. No tal. Desde entónces fuí—
no sé si lo merecí—
su amiga y su compañera.
«No de lo que yo deseche
te vestirás, dijo, no:
cuantas galas tenga yo
tendrá mi hermana de leche.»
Juntas fuimos al colegio.....

Conde. Pero usted la eclipsaria.....

Ines. Oh! eso no.—Y áun gozaria
de tan dulce privilegio
si mi noble protector
conservase su existencia;
mas quiso la Providencia
llamarle á vida mejor.
Partió mi afligida hermana
á vivir con una tia,
miéntras el luto cumplia,
en Castellon de la Plana;
y entónces,—que rara vez
viene un mal sin otro en pos,—
mi querido padre, oh Dios!
cayó enfermo en Aranjuez,
donde á su cargo tenía
esta casa.....

Conde. Ya preveo.....

Ines. Que un dia fué de recreo
y ahora es hospedería.—
Mi hermana, en fin, nos la dió
y con ella algun dinero.....

Conde. Bien: lo demas ya lo infiero.

Ines. Mi padre al año murió.
Ay!....

Conde. Dios le tenga en su gloria.
Más te honra y más me consuela
que mi soñada novela
esa interesante historia.
Á mayor bien me convida
casta niña humilde y fresca

que *traviata* romancesca
tarde y mál arrepentida.
Más quiero, en fin, ser pariente
de un labriego hombre de bien,
que no, como yo sé quién,
serlo de todo viviente.

Ines. Yo.....

Conde. Un astro mismo nos guia,
y será una sinrazon
negarme el sí.....

Ines. Con perdon
de la sábia astrología,
dudo..... Pienselo usted bien.

Conde. Cuanto más lo reflexiono
más veo en tu amor mi trono
y entre tus brazos mi Eden.
No me amas?

Ines. Sí, á mi pesar.....

Conde. Pues á salir del barranco.
Herrar ó quitar el banco.

Ines. Es que yo temo.....

Conde. Qué?

Ines. *Errar.*

Conde. No digas tal desvarío.—
La mano.....

[*Ines baja los ojos y deja que el Conde se apodere de su mano.*]

Oh dicha!... ¡oh laurel...

Ines. Mi corazon.....

Conde. Cree en él.
Como yo creo en el mio.—
Ahora responde.....

Ines. Respondo.

Conde. Serás mia?

Ines. Jesus! Yo.....
Cuando no digo que nó.....

Conde. Necesito un sí redondo.

Ines. Pues bien, sí.

Conde. Ines!...

Ines. (Oh vergüenza!)

Conde. Mañana.....

Ines. No es tan urgente.....

Conde. Entablaré el expediente
conyugal. Don Pedro Atienza.....

Ines. Conde!.....

Conde. Será mi padrino.—
No más huéspedes desde hoy.

Ines. En buen hora.

Conde. Loco estoy.

[*Anda como desatentado de una parte á otra.*]

Lo sabrá todo el Casino.

Ines. No! Ay Dios mio!.... Mi rubor.....

Conde. Adios. (Que rabie Carmela!)
Voy.....

[*Va á salir, y se detiene de pronto.*]

Ah! esta noche hay zarzuela
y sale Caltañazor.
Traeré un palco, Ines preciosa,
y los dos.....

Ines. No!

Conde. Me retracto.
Las dos..... Pero en un entreacto
subiré.....

Ines. Eso es otra cosa.

Conde. Adios..... Ah! quiero, alma mia,
pues cesaron tus desdenes,
tu retrato, si le tienes.

Ines. Sí.

Conde. Cómo?

Ines. En fotografía.
No hay ya quien no participe
de arte que tan poco cuesta;
no hay cara, áun la más funesta,
que no se daguerreotipe.

Conde. Dámele pues.

Ines. Al momento.

[*Entra en su habitacion, que es la de la derecha cerca del foro.*]

ESCENA IV.

EL CONDE.

Oh qué linda y qué discreta!
Es una mujer completa,
un ángel. No me arrepiento.
De aquella antigua pasion
ni reliquias quedan ya.....
Ines sola reinará
en mi amante corazon.

ESCENA V.

INES. EL CONDE.

Ines. [*Dándole el retrato.*]
Toma.

Conde. Á ver?

[*Mirando el retrato.*]

Áun para Edipo
fuera indescifrable enigma
tu gracia bajo el estigma
del fatal daguerreotipo.

Ines. Son mis facciones.....

Conde. Tal vez....;
mas falta el color aquí
á tu labio de rubí,
frescura y vida á la tez.....
Á bien que otro en breve plazo
te hará, sin este siniestro
empaque, el pincel maestro
de Federico Madrazo.
Guárdole.

Ines. Supongo que.....

Conde. Que yo te he de dar el mio?
Claro está.
Ines. No desconfio.....
Conde. Con el palco le traeré.—
Adios! Daremos los dos
envidia al género humano.
Ines. Adios!
Conde. Otra vez la mano.
Ines. Vaya.

[*Se la da y él no se harta de besarla.*]

Conde. Adios!
Ines. No más!
Conde. Adios!

ESCENA VI.

INES.

Me ama, sí: cómo dudarlo?
Me ama con el alma toda.
¿Qué prueba pudiera darme
más eficaz, más notoria
de su entrañable cariño
que elegirme para esposa—
oh Dios, y con qué deleite!—
cuando mérito le sobra,
áun prescindiendo del título
que sin engreirle le honra,
para aspirar á la mano
de alguna ilustre infanzona?
Y no por rico ó por noble,
sábelo Dios, me enamora;
ántes eso hace que mi alma
sienta,.... no sé...., una zozobra.....
Por qué? ¿No se ven ejemplos
todos los dias de bodas
más desiguales? ¿Me han visto
codiciar su ejecutoria?
¿No he combatido yo misma,
mintiendo desden mi boca,
su ciego amor? ¿Le he callado
que nací en humilde choza?
¿No han disputado tenaces
palmo á palmo la victoria
mi razon á mis sentidos,
mi modestia á sus lisonjas?
Afuera vanos temores
y bendiga el alma absorta
de mi inefable ventura
la pura y radiante aurora.

ESCENA VII.

INES. VENANCIA.

Venanc. Ines!
Ines. Ay doña Venancia!

[*La abraza.*]

Venanc. Me abrazas! Qué ha habido? Lloras!
Malo! Habeis tronado?
Ines. No.
Estas lágrimas que brotan
de mis ojos son de pura
alegría.
Venanc. ¡Bien, pichona,
bien!—Qué cucaña! Es decir
que el Conde.....
Ines. Seré su esposa.
Venanc. Bien! (¡Casada con un título
la hija de la tia Jeroma!)
Reciba mil parabienes
la Condesa mi señora
de esta su criada humilde.
Ines. Criada! Usted me sonroja.
Siempre mi amiga!
Venanc. Mil gracias,
Ines. (¡Miren si la hipócrita
ha sabido engatusarle!)
¿Y cuándo la ceremonia.....
Ines. No sé..... Esta noche...
Venanc. Esta noche?
Ines. Vamos.....
Venanc. Calle! Á la parroquia?
Ines. No: á la Zarzuela.
Venanc. Sí? Bueno!
Ines. Me ha ofrecido un palco.....
Venanc. Oiga!
Pues á vestirte de tiros
largos; que con esa ropa.....
Ines. Sí: usted tambien.....
Venanc. Yo despacho
pronto: mi hábito y mi cofia.
Vamos, vamos..... Me desvivo
por zarzuelas y por óperas.
Qué hacen? *El planeta Vénus? Jugar con fuego? Tramoya?*
Ines. No sé. Entremos.....

[*Entra en su habitacion.*]

Venanc. ¡Ah fortuna,
fortuna borracha y loca!

[*Al entrar Venancia aparece por el foro Cándido.*]

ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

[*Principia á anochecer.*]

No la veo..... Más adentro
tal vez... Me tiemblan las corvas.—
Aquí vive, y está en casa,
segun me ha dicho la moza
que abajo me ha recibido;
mas por ningun lado asoma.....
Á qué puerta llamo? Á aquella?
á la de enfrente? á esa otra?—
Á ninguna. Esperaré.—
Ansia de verla me acosa,

y al mismo tiempo el temor
no infundado me acongoja
de ser otra vez el blanco
de su desprecio y su mofa.—
Y sin embargo es preciso
tener corazon de roca
para pagar de ese modo
la firmeza más heroica,
el amor más acendrado
que registran las historias.—
Mas dime, alma de mi cuerpo,
ahora que estamos á solas,
alma de cántaro, dime,
¿por qué, indigna de tal joya,
te obstinas en codiciarla?
¿Por qué mi pasion decoras
con dictados tan sublimes,
si se te viene á la boca
el único que le cuadra,
el de ridícula y tonta?
¿Por qué, mal escarmentado
de la primera derrota,
vuelvo, Ines, tras larga ausencia
á que repitas la solfa?—
Pero si Dios me hizo así,
puedo ser yo de otra forma?
Pero ¿cómo emanciparme
del astro que me remolca?—
Y, la verdad sea dicha,
cuando á mis ayes fué sorda
esa linda criatura,
no tuvo razon de sobra?
¿Qué era yo, quién era yo
para esperar otra cosa?
Nada! nadie! ¡Un escribiente
adocenado...., un autómata!—
Mas ya no soy el de márras.
La fortuna caprichosa
me ha sacado de la esfera
humilde, triste y ramplona
en que un dia vegetaba;
traigo repleta la bolsa;
y aunque no hay oro bastante
en Australia y California
para merecer á quien
tantas gracias atesora,
puede ya Ines sin afrenta
dignarse de ser mi novia.
Ea pues, Cándido insigne!,
ó vuelve á Cuba la proa,
ó si aquel refran de *audaces.....*
et cætera es un axioma,
saca fuerzas de flaqueza
y los piés de las alforjas.
Quién dijo miedo?

[*Llamando con timidez.*]

Ah de casa!—
Tiemblo otra vez? Eh!....

[*Esforzando la voz.*]

Patrona!

ESCENA IX.

CÁNDIDO. VENANCIA.

Venanc. [*Vestida ya como dijo.*]
Quién es?
Cándido. Señora..... (No es ella!)
Venanc. (Yo conozco esa figura.)
Cándido. Me han dicho que vive aquí
Ines...., doña Ines Laguna.....
Venanc. Sí. Usted querrá habitacion.....
Cándido. Cierto. (Yo he visto á esa bruja.....
no sé donde.)
Venanc. Puede usted
acomodarse, si gusta,
en aquella.....

[*Muestra la de la derecha más distante del foro.*]

(no recuerdo.....)
ó en aquella.....

[*Señala la puerta lateral de la izquierda.*]

Son las únicas
que hay vacantes en el piso
principal. Abajo hay una,
pero.....
Cándido. En cualquiera: es igual.
Venanc. [*Para sí.*]
Ah! ya caigo..... Él es sin duda.
Cándido. ¿Cómo.....
Venanc. Es usted de Griñon?
Cándido. Sí; allí mecieron mi cuna;
pero usted.....
Venanc. ¡Ven á mis brazos,
Cándido mio! Oh ventura!

[*Le abraza.*]

Cándido. ¿Quién.....
Venanc. Soy tu prima Venancia.
Cándido. Sí? (Maldigo mi fortuna.)
Venanc. [*Acariciándole.*]
¿No haces memoria.....
Cándido. Sí tal,
una memoria confusa.....
Prima...., sí...., tercera ó cuarta...
Venanc. No, bobo! Prima segunda.
Cándido. Pero no me sobes tanto,
que no soy piel de gamuza.
Venanc. Siempre te he querido mucho,
y hoy sería esposa tuya.....
Cándido. Mi esposa! Qué estás diciendo?
(Si tal he pensado nunca,
que me aspen.)
Venanc. De otro lo fuí,
y tú tuviste la culpa.
Cándido. No diré yo lo contrario.
Venanc. Como hiciste la tontuna

de irte á Madrid.....
Cándido. Es verdad!—
Tú castigaste mi fuga
casándote—ya me acuerdo—
con el bueno del tio Lúcas.....
Venanc. Ay! sí.
Cándido. El barbero de Tiélmes.....
Venanc. Barbero? Tú le calumnias.
Cirujano sangrador.—
Consuélate: ya soy viuda.
Cándido. Que me consuele? Eso...., tú.....
Venanc. Si paso á segundas nupcias,
no me faltará un buen dote,
porque, amén de la pecunia
que tengo ahorrada, Inesilla
va á dejar pronto su industria
para casarse.....
Cándido. (Ah!) Con quién?
Venanc. Con un señor de alta alcurnia.
Cándido. (Santo cielo!)
Venanc. Con un Conde,
nada ménos.—Qué! te turbas?
Cándido. Yo! No tal. (Disimulemos.)
Pero me asombro... (Qué angustia!)
Venanc. Yo tambien; que aunque ella es guapa
y tiene cierta finura,
al cabo, como tú y yo,
es hija de una palurda.
Cándido. (Infeliz de mí!)
Venanc. Chiripas
del mundo... En fin, que lo luzca!
Á mí maldita la pena
que me da...., ni á ti.....
Cándido. Ninguna.
(Habré de ahogarla en mi pecho.)
Venanc. Veamos si algo se chupa,
que es lo esencial..... Pero el Conde
va á venir...
Cándido. (Qué haré?..)
Venanc. Y á oscuras...
Vuelvo: voy á traer luces.....
Siéntate.....
Cándido. [*Sin moverse.*]
Sí. (Suerte injusta!)

ESCENA X.

CÁNDIDO.

Cayó de un soplo la torre
que mi fantasía ilusa
levantó. Se casa! Oh Dios!....
¡Y entre cajones de azúcar
he venido expresamente
desde la isla de Cuba
á apurar con tal noticia
el cáliz de la amargura!—
Yo siempre he tenido, siempre,
ocurrencias oportunas.
¡Mal haya..... Pero ¿es milagro,
siendo tanta su hermosura,
que un conde la solicite?
¿Y cómo cupo en mi obtusa
mollera el necio delirio,
la temeraria locura
de esperar que á mi regalo
guardase amor esa fruta?
¡Ah, que no se hizo la miel
para..... ¿Y por qué, pese á Júdas!
me estoy aquí? qué hago aquí?
Exponerme á ser la burla
de Aranjuez. Huyamos!—No!
Aunque aumente mi tortura,
¿cómo, tras viaje tan largo,
no verla otra vez...., la última!

[*Talarea el Conde dentro.*]

¿Quién canta..... El Conde será.—
No vea en mi cara estúpida
el pesar, la..... Aquí me cuelo.

[*Entra en el cuarto de Ines.*]

ESCENA XI.

EL CONDE. VENANCIA.

Conde. Venancia! Ines! Quién alumbra?
Venanc. [*Dentro todavía.*]
Allá voy.
[*Llega con una luz en cada mano.*]
Bendito sea
y alabado..... Ah! Se saluda
al señor Conde.....
Conde. ¿Inesita.....
Venanc. Se está poniendo muy pulcra
para.....
[*Suena una campanilla.*]
Allá voy!

[*Deja una luz en el escenario y entra con la otra en la habitacion consabida.*]

Conde. En casándome...,
doy de baja á esa lechuza.
Ines. [*Dentro.*]
Socorro!
Conde. Qué oigo!
Venanc. [*Dentro.*] Ladrones!

[*Salen despavoridas las dos, y poco despues Cándido.*]

ESCENA XII.

EL CONDE. INES. VENANCIA. CÁNDIDO.

Conde. Volemos.....
Ines. Favor!
Venanc. Favor!
Conde. Qué es esto?
Venanc. Un hombre!
Ines. En mi cuarto!
Cándido. No hay que asustarse. Soy yo.
Conde. Quién es *yo?* quién es usted?
Venanc. (Ah! Cándido!....)
Cándido. [*Muy turbado.*] Soy..... Yo soy...
Conde. Eh?
Cándido. Nadie. (Qué hermosa!) Un huésped...
Conde. Tiembla usted!
Cándido. ¿Quién... No es temblor...
Conde. Á qué ha entrado usted ahí?
Ines. No conozco á ese hombre.
Cándido. (¡Atroz
desengaño!)
Venanc. Yo.....
Cándido. Pensé.....
Como no habia farol.....
Soy forastero.....
Conde. Este *quidam*
es sospechoso.
Venanc. El señor.....
Cándido. Yo ¿por qué? Esto me faltaba!
Conde. Colarse así de rondon!
Sorprender á una señora.....
Cándido. No hay tal sorpresa. Yo no.....
Conde. [*Á Ines.*]
Cada vez se turba más.
Cándido. Me turbo porque..... (Ay dolor!)
Conde. Ó es usted un libertino.....
Cándido. No tal. Jesus!....
Conde. Ó un ladron.
Cándido. Ladron? Miente quien lo diga.
Conde. Cómo! Me alza usted la voz?
Venanc. Yo diré.....
Cándido. ¿Qué hombre de bien
oye con resignacion
fulminar sobre su frente
una injuria tan feroz?
Ines. Él parece un infeliz.....
Venanc. (Ah qué idea!....)
Cándido. Voto á briós!....
Perdone usted, señorita:
fué un *lápsus*..... Se me escapó.—
¿Quién ve claro, si no es buho,
cuando ya se ha puesto el sol?
Pido un cuarto, me lo indican,
y á otro distinto me voy;
á nadie veo al entrar;
me sofocaba el calor;
guiado por el crepúsculo
y viendo abierto el balcon,
me asomo á él; siento pasos
detras; veo el resplandor
de una luz; me vuelvo; al verme
se espanta y huye veloz
una mujer, otra luégo,
gritando á cuál más las dos;
yo las sigo; y sin oir
mi sencilla explicacion,
llueven sobre mí anatemas,
soy un tuno, un malhechor,
un Tarquino..... Dios lo quiere!
Tengámelo en cuenta Dios.
Conde. Voy viendo que era infundado,
querida Ines, tu terror.
Ines. Sin duda.
Venanc. (Si le pudiera
comprometer.....)
Conde. Bien; me doy
por satisfecho.
Cándido. [*Con amargura.*] Mil gracias.

[*Muestra con continuos gestos y ademanes su interno pesar y su indecision.*]

Venanc. (Él es un bobalicon.....)
Ines. Yo tambien.
Cándido. Sí? Y yo. (¿Por qué
no se fué á pique el vapor
que me trajo á Europa? Ay necio!)
Con permiso..... Con perdon.....
Conde. No hay de qué.....

[*Á Ines.*]

Está turulato.
Ines. (Esas facciones..... No es hoy,
creo, la primera vez.....)
Cándido. No daré nueva ocasion,
lo juro.....

[*Con resolucion.*]

Adios para siempre!
Venanc. Detente! ¡Huyes, salteador,
dejando comprometida
con tu audacia mi opinion!
Ines. ¿Cómo.....
Cándido. Esta es otra!
Venanc. Si Ines,
si el Conde, á cuyo valor
apelo ahora, se dan
por satisfechos, yo no.
Conde. ¿Qué oigo!
Cándido. Qué intenta esa momia?
Ines. Señora!....
Venanc. En la habitacion
donde ese hombre fementido
clandestinamente entró
las dos dormimos.
Cándido. ¿Y qué.....
Venanc. Tambien — consta en el padron —
soy yo bello sexo.
Conde. Calle!
(Bello sexo!) Sí, en rigor.....
Cándido. Mujer, pase, pero.....
Conde. [*A Ines.*] Cómica
va siendo la situacion.

Cándido. Pero ¡ bello sexo !
Venanc. Infame!
Cuando yo estaba en la flor
de mis años, ese aleve
mis favores pretendió.
Cándido. Yo? Mentira!
Venanc. Y ya ve usted
que entrar hoy de hoz y de coz
en mi cuarto.....
Conde. Oiga! Pues esto
tiene ya más de un bemol.

[*Aparte con Ines.*]

Riámonos á su costa.
Ines. Eh! no. Me da compasion.
Cándido. (Reniego de mí y del padre
que en mal hora me engendró.)
Conde. Los indicios son vehementes;
el lance es de Calderon.
Cándido. Del demonio!
Conde. Y todavía
para los hombres de pro
aquella jurisprudencia
dramática está en vigor.
No hay más remedio que hacer
de las tripas corazon
y casarse con Venancia.
Cándido. Oh! ántes.....
Conde. Lo exige su honor.....
Venanc. Sí.
Ines. [*Aparte al Conde.*]
Pobre hombre!....
Cándido. Señor mio.....
Ines. Basta ya.....
Conde. Y lo exijo yo.
Cándido. Caballero, yo soy hombre
de apacible condicion;
mas ya me ha apurado usted
la paciencia, y la de Job
claudicaría al oir
tan bárbara sinrazon.
Cuando yo quiera casarme
buscaré mujer *ad hoc*,
y para dármela, usted
no tiene jurisdiccion.
Y diga lo que dijere
el poeta que escribió
El mayor monstruo los celos—

[*Mirando á Venancia.*]

yo conozco otro mayor—.....
Venanc. Eh?
Cándido. Y Lope, y Tirso, y, en fin,
todo el Parnaso español,
y el Areópago de Aténas,
y Radamanto, y Pluton,
no estoy tan desesperado—
aunque bastante lo estoy—
que consienta en ser marido
de semejante vision.
Venanc. Vision? ¡Oiga el muy.....
Conde. [*A Ines.*] Es donoso.
Cándido. [*Con suma exaltacion.*]
¿Qué he hecho yo, Dios de Jacob,
para castigarme así?

[*Mirando á Ines.*]

(Esta..... ay triste!—

[*Mirando á Venancia.*]

Esa... Oh furor!)

[*Encarándose con el Conde.*]

Todo lo que quiera usted
seré: bandido, ladron....;
todo, ménos.....
Ines. Ay! me espanta.
Loco!....
Venanc. Ay! sí.
Cándido. Sí, loco soy.
Venanc. Siento.....
Cándido. Atras!
Conde. Yo...
Cándido. Paso al loco!
Venanc. Pero.....
Cándido. Atras!

[*Echando á Ines una mirada de desconsuelo.*]

(Ingrata!) Adios!

ESCENA XIII.

EL CONDE. INES. VENANCIA.

Ines. Loco! ¡ Lástima.....
Conde. No; un ente
original, un huron.....
Venanc. (Estoy volada.)
Conde. Mi broma
le ha puesto de mal humor,
y no lo extraño, que ha sido
mayúscula.
Venanc. [*Con risa forzada.*]
Sí tal. Oh!....
Yo tambien me chanceaba.....
Conde. De véras? Tanto mejor.
Venanc. (Ah!)
Conde. Ya es tarde. Toma el palco
y el retrato.

[*Los toma Ines.*]

Yo me voy;
que he de escribir esta noche
á Motril, á Castropol.....
Ines. Nos veremos luégo?
Conde. [*Besando la mano á Ines.*]
Sí,
prenda de mi corazon.

ESCENA XIV.

INES. VENANCIA.

Ines. Vamos?
Venanc. Sí. (Á ver si me alegra
un poco Caltañazor.)
Ines. Ah! los guantes...., el abrigo.....
Voy.....
Venanc. Yo iré. (Qué sofocon!)

ESCENA XV.

INES.

[*Abriendo la caja que contiene el retrato.*]

Veamos la grata imágen
del que mi alma cautivó.

[*Mira el retrato.*]

Ah! no es el suyo: es..... Dios mio!
de una mujer. Oh rubor!

[*Acercándose á la luz y mirando con atencion el retrato.*]

Quién será? Oh! es Cármen! es Cármen!
¿Cómo..... Amarga decepcion!
¡Mi protectora, mi amiga,
mi hermana! Hombre sin pudor,
así me vendes? ¿así
vendes, perjuro, á las dos?

ESCENA XVI.

INES. VENANCIA.

Venanc. [*Dando á Ines los guantes y chal y poniéndose los suyos.*]
Toma.....
Ines. Yo castigaré
al inicuo burlador.
Venanc. Qué dice?
Ines. Por el telégrafo
la llamaré...
Venanc. Á quién?
Ines. Gran Dios!
Venanc. Qué ocurre?
Ines. [*Guardando el retrato.*]
Sígame usted.
Venanc. Á la Zarzuela?
Ines. No.

[*Tirando al suelo el billete.*]

No!
Venanc. (Tambien loca! Es epidemia?)
Sepamos por qué razon.....
Ah! ¿El Conde.....
Ines. No vuelva usted
á nombrar á ese traidor,
sino para maldecirle
como le maldigo yo.

[*Vase por la puerta del foro y Venancia la sigue santiguándose.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

INES.

Siento dar una molestia,
y un pesar tal vez á Cármen;
mas faltándome su auxilio,
recio sería el combate
quizá, y yo no lograria
confundir á aquel infame.—
Que no cambió los retratos
con designio de injuriarme,
es evidente. Si su alma
los abrigaba culpables
contra mi honra, necedad
que no se le ocurre á nadie
fuera el querer merecerme
haciendo gratuito alarde
de inconstancia y de perfidia.
No, no: su yerro, aunque grave
fué casual, fué involuntario,
y para que yo me salve
Dios lo permitió. Bendigo
su providencia inefable.—
Él—oh sorpresa! oh falacia!—
él poseía tu imágen,
hermana mia, y sin duda
en prenda se la entregaste
de cándido amor, que el pérfido
paga con tan vil ultraje.
No en vano una voz secreta,
acusándome de frágil,
en vez de gratos placeres
me presagiaba desastres.—
Pero, sin mediar amores,
bien pudo;—que esto es muy fácil
hoy que la fotografía
vulgariza los semblantes,—
adquirir su efigie á título
de amigo ó de tertuliante.
Y ella en carta muy reciente
me habló de próximo enlace

con otro..... Bien podrá ser
imaginario el desaire
y que, reo solamente
de distraccion excusable,
el Conde se justifique.....—
No, corazon, no me engañes.
Lo cierto y lo justo fué
lo que anoche me inspiraste.
No me aconsejes ahora
sutil, artero y cobarde
que haga á la amistad traicion
y mi noble orgullo empañe.

ESCENA II.

INES. VENANCIA.

Venanc. [*Saliendo de la habitacion lateral de la izquierda.*]

Ya está la sala. ¿En qué alcoba
se hace la cama?
Ines. En la grande.
Yo tambien dormiré en ella.
Venanc. ¿Juntas las dos.....
Ines. Sí, como ántes
de nuestra separacion.
Caben allí los dos catres.
Venanc. Sí.
Ines. En el otro dormitorio,
que tiene puerta de escape,
el tocador.
Venanc. Está bien.
Ines. Haga usted que se trasladen
los muebles.....
Venanc. Pierde cuidado.
Ines. Que ayuden Casilda y Jaime.
Venanc. Bien, bien. El juego de cama
con guarniciones de encaje.....
Ines. Para mi hermana.—Prontito,
que luégo que usted despache
hemos de ir á recibirla
en la estacion.
Venanc. No te afanes.
Vendrá en el segundo tren.
Ines. Tal creo.
Venanc. Y quizá más tarde;
que no madrugan las damas
de Madrid.—¡Vaya que el diantre
del retrato..... ¡Y justamente
ser de quien es! Pues ¿y el lance
de.....
Ines. ¡Por Dios, doña Venancia.....
Venanc. Voy, voy...(Bien dicen que el mártes...)
Ayer fué mártes, Ines!
Ines. Bien, y hoy miércoles.
Venanc. (El cafre
de mi primo.... Ay!)
Ines. ¡Vamos....
Venanc. Voy.

[*Entra en la habitacion de la izquierda.*]

ESCENA III.

INES.

Con esa mujer soy mártir.
Pues si ahora las dos empiezan
á charlar, Dios nos ampare.
Iré yo.....
Cármen. [*Dentro.*] Ines!
Ines. Ah! mi hermana!
¡Tan pronto... Vuelo...

[*Corre hácia el foro y recibe en sus brazos á Cármen, que llega, tambien corriendo.*]

ESCENA IV.

INES. CÁRMEN.

Cármen. Ines!
Ines. Cármen!
Cada dia más hermosa.
Cármen. Y tú?

[*Se dan repetidos besos.*]

Hermana mia!
Ines. Mi ángel!

[*Llegan por el foro el aya de Cármen, señora mayor, y un mozo con uno de esos baúles de viaje que llaman mundos.*]

Cármen. Me has llamado, y obediente.....
Ines. Gracias.

[*Indicando la puerta lateral de la izquierda.*]

Allí el equipaje.—
Esta señora.....
Cármen. Mi aya.
Sígale usted, doña Práxedes.

[*El aya hace una salutacion muda y entra con el mozo en dicha habitacion.*]

Aquel es mi cuarto?
Ines. El nuestro
querrás decir.
Cármen. Ah! bien, bien.
Ines. Las dos dueñas venerables
se alojarán en aquel.

[*El que era de Ines y Venancia en el acto primero.*]

Cármen. Mejor.
Ines. Mas no han acabado
de aviar..... Ven aquí, ven.....
Hablarémos.....

[*Se sientan.*]

No esperaba

tener tan pronto el placer
de abrazarte.

Cármen. Cómo no?
Recibo anoche el papel
en que dices á tu hermana:
«Ven: te necesita Ines»;
las horas se me hacen siglos,
y pudiendo, amiga fiel,
volar á ti en el primero,
¿cómo hasta el segundo tren
diferirlo?

Ines. ¡Cuando digo
que eres un ángel.....

Cármen. ¿Y qué.....
Dime......

Ines. Te habrás levantado,
querida, al amanecer.....

Cármen. Qué importa?

Ines. Haré que te sirvan
algo.....

Cármen. Ahora nada. Despues.....
Tomé en Madrid chocolate.

[*Vuelve el mozo de vacío y se retira por el foro.*]

Ines. Supongo que te tendré
una temporada aquí.

Cármen. Veremos.....

Ines. Siquiera un mes.

Cármen. No tanto.—Pero habla: estoy
en ascuas hasta saber
para qué con tanta urgencia
me haces venir á Aranjuez.
Alguna desgracia?

Ines. (Ay!) No;
al contrario.....

Cármen. Dime pues.....

Ines. Un lance imprevisto, raro,
inaudito.

Cármen. ¿Cuándo.....

Ines. Ayer.

Cármen. Funesto?

Ines. De todo tiene,
de tragedia y de entremes.

Cármen. ¿El héroe...

Ines. Un traidor.

Cármen. ¿La víctima...

Ines. Todavía no lo sé.

Cármen. ¿Qué misterio.....

Ines. Y bien pudieran
ser dos.....

Cármen. Dos!

Ines. Acaso tres.

Cármen. ¿Cómo.....

Ines. Ántes de referirte
mi aventura, es menester
que hagas conmigo un exámen
de conciencia.

Cármen. [*Sonriéndose.*] Sí? Le haré.

Ines. Es libre tu corazon?

Cármen. Libre? Lo es y no lo es.—
Ya que eres tú misteriosa,
quiero serlo yo tambien.

Ines. Tú me escribiste que te ibas
á casar.....

Cármen. No te engañé.
El novio me importunaba,
y hube de decirle amén.

Ines. (Ah!) El nombre?

Cármen. Don Claudio Robles,
natural de Santander;
un capitalista.....

Ines. Y..... ¿le amas?

Cármen. Creo que no; mas, ya ves,
sin padres y sin marido,
qué hace una pobre mujer?—
Su persona..... no repugna,
aunque no es mozo novel.....
Mas ni áun para requebrarme
acierta el buen montañes
á poetizar un poco
su jerga de mercader.
Oh! me tiene ya abrumada
de giros y pagarés
y pólizas y talones.....
Mas no romperá la fe
jurada como.....

Ines. En tu pecho
¿quedaron chispas tal vez
de otro amor.....

Cármen. Reminiscencias
que no me impiden comer
y dormir tranquilamente.
¿Yo amor á un falso, á un infiel.....
Odio más bien..... No, ni áun eso;
desvío.....

Ines. Cármen!

Cármen. Desden.

Ines. (Dios lo haga!) En fin, pues te casas
con otro, debo creer.....

Cármen. Me caso por conveniencia,
y acaso por altivez.
Creerá aquel necio que áun tiene
sobre mi alma algun poder
si permanezco soltera.

Ines. Para otro será el laurel
más que para ti. Á don Claudio
puedo dar el parabien;
á ti..... yo no sé.....

Cármen. Á los dos.

Ines. Y dime, ¿has vuelto á saber
del otro.....

Cármen. Nada. Reñimos—
un año hará en san Andres—
y á decirte la verdad,
pueril el motivo fué.
Por celos...., ó por orgullo,
que uno y otro pudo ser,
le habia exigido yo
la sumision de un lebrel.
Si blanda y dulce al principio,
parecióle al fin mi ley
degradante..... Tascó el freno,
yo resistí y porfié.....
En fin, querida, tronamos;

se fué rebosando hiel;
y ni yo quise llamarle
ni él ha vuelto á parecer.

Ines. No lo debes extrañar.

Cármen. Don Claudio es todo al reves.
No me deja á sol ni á sombra.
No se agarra á la pared
tan tenazmente la hiedra
como..... Oh, Dios, qué pesadez!
Gracias al ferro-carril,
hoy me veo libre de él,
y áun me parece mentira.—
Pero acaba: ¿no sabré
con qué objeto......

Ines. Ántes—perdona—
quiero que me digas quién.....

Cármen. Quién fué el primer aspirante?

Ines. (Tiemblo!)

Cármen. Don Cárlos Rangel.....

Ines. (Ah!)

Cármen. Tu semblante se altera!—
Conde de Valonga.

Ines. Él es!

[*Se levanta y Cármen tambien.*]

Ay Cármen!

[*La abraza.*]

Cármen. Qué! le conoces?

Ines. Sí.

Cármen. Cómo!

Ines. Está en Aranjuez.

Cármen. Ah! Es tu huésped?

Ines. Más!

Cármen. Tu amante?

Ines. Áun más!

Cármen. Dilo de una vez.

Ines. Es mi prometido esposo.

Cármen. Tu esposo! (Dios de Israel!)
Recibe mi enhorabuena.

Ines. Permito que me la des,
mas sólo por verme libre
de las garras de Luzbel.

Cármen. ¡Cómo.....

Ines. Tras larga porfía,
y no por conde ó marqués;
que yo nunca he deseado
salirme de mi nivel,
sino..... porque me agradaba,
que no te lo negaré,
ayer fué tal su elocuencia,
ó tanta mi candidez,
que, por mal de mis pecados,
el fatal sí pronuncié.—
Pero nó estaba de Dios
que yo cayese en la red.
Me propuso que cambiásemos
los retratos; le entregué
el mio; él me prometió
traerme al anochecer
el suyo; me dió esta caja;
tenía prisa; se fué;
abro la caja, y en ella
veo.....

[*Abre la caja.*]

Cármen. Qué?

[*Mira el retrato.*]

Ines. Lo que tú ves.

Cármen. Mi retrato! Oh bastardía!
Nunca le reconvendré
por su inconstancia, no; que ántes
se la debo agradecer;
pero despreciarme así!
¡Blasonar el descortes
de caballero, y portarse
como un villano soez!—
Ah! perdóname. Él te adora,
va á ser tuyo, y mi deber....,
mi cariño.....

Ines. No prosigas.
Postiza fuera en mi sien
la corona de condesa.

Cármen. No; y áun es poco: un dosel
mereces.....

Ines. Yo!

Cármen. No á mi orgullo
sacrifiques tu interes.

Ines. Mi interes! Por Dios, no me hagas
una injuria tan cruel.

Cármen. Tu amor queria decir,
tu ventura.....

Ines. Si le amé
miéntras no supe que un dia
besó cautivo tus piés,
ya le odio.....

Cármen. [*Abrazándola.*] Hermana de mi alma!

Ines. Por ti, por mí, y por mujer.
Yo, la última de mi sexo,
su dignidad sostendré.
Eso que llamas amor
fué...., qué sé yo?, una sandez,
un vértigo..... Yo no puedo,
Cármen, ni debo querer
á nadie, á nadie en el mundo
sino á ti.

Cármen. Mi buena Ines!

Ines. Y ¿qué sabemos..... Acaso.....

Cármen. Qué?

Ines. Acaso os reconcilieis.....

Cármen. Jamás!

Ines. Por qué no? Él vendrá
á decir: «Señor, pequé!»
luégo que su error advierta.
Yo no le daré cuartel.

Cármen. Confundámosle las dos.....

Ines. No, no: á ti no te está bien.....

Cármen. Cierto. Pensaria el fatuo
que, vencida mi esquivez,
vengo á implorar.....

Ines. Un carruaje!
Sin duda es su cabriolé.—
Vete; no nos vea juntas.
Yo sola seré su juez;

pero juez inexorable.

[*Acercándose al foro.*]

Ya sube!

Cármen. (¡Y yo en *negligé*
de viaje!) Adios!

[*Entra precipitadamente en la habitacion designada.*]

Conde. [*Á la puerta.*] (Aquí está.)
Con permiso.....

Ines. Pase usted.

ESCENA V.

INES. EL CONDE.

Conde. (Qué grave!) Ines!.. Prenda amada!..
No sé cómo dar principio.....
Furiosa estarás sin duda.....

Ines. Yo.....

Conde. Pero suspende el juicio
hasta oirme.—Pensé anoche
verte en el palco, bien mio;
pero no me fué posible.
El correo fué prolijo,
y despues el Presidente
del Consejo de Ministros
me llamó para un asunto.....
Yo no sé si ya te he dicho
que aspiro á ser diputado.....

Ines. Eh!

Conde. Pues me ofreció un distrito.....

Ines. Qué me importa? Al grano, Conde.

Conde. En fin, á las doce y pico
me retiré.—¿Pensarás
que fué mi sueño tranquilo?
No, que si el pesar desvela,
tambien el gozo excesivo.
Me levanté con la aurora,
siempre el pensamiento fijo
en la gloria que me espera
con poseer tus hechizos.
No sabiendo en qué ocuparme
para hacer tiempo, registro
la papelera, y advierto
que anoche—atroz desatino!—
en lugar de mi retrato,
te entregué—ya lo habrás visto—
otro..... Ah! ten piedad de mí.

[*Queriendo arrodillarse é impidiéndoselo Ines.*]

Mírame á tus piés rendido.

Ines. Quieto! Yo.....

Conde. «Volemos!, dije;
quiero expiar mi delito.....
Pero áun estará en la cama,
y á tal hora, no me es lícito
visitarla. ¿Qué dirian
si tal viesen los vecinos?»
Tras de este breve monólogo,
hago que enganche Fabricio;
me siento en el cabriolé,
trota mi caballo *ad líbitum*
dos horas, y al cabo de ellas
á implorar vengo sumiso
tu perdon.

Ines. Si no es más que eso,
perdonado y autos.

Conde. ¡Ídolo
de mi corazon!

Ines. Despacio!
Perdono, mas no transijo.
Todo acabó entre nosotros.

Conde. Pero, alma mia, un descuido
trivial, una distraccion
sin malicia, sin designio,
¿me ha de privar para siempre
de tu gracia? El regocijo
de verme amante dichoso
y en vísperas de marido
me atolondró, y el correo....,
y el palco...., y el laberinto
de proyectos, de esperanzas,
de anticipados deliquios
que en circunstancias tan críticas
sacan á un hombre de tino;
todo esto y la escasa luz,
y estar yo fuera de quicio,
oh Ines! cuando no me alumbra
la de tus ojos divinos,
disculpan la leve falta
cuyo indulto solicito.

Ines. Leve? No. Bien se me alcanza
que esa trocatinta ha sido
casual. Ni á usted convenia
hacer de mi fe ludibrio
infame.....

Conde. De ningun modo.

Ines. Ni yo en tan poco me estimo,
que expuesta me crea nunca
á un ultraje tan indigno.
Pero el retrato en cuestion
es de una hermosa. ¿Á qué título
podia usted poseerlo
sino al de amante?

Conde. (Preciso
será mentir.) ¿Por qué no
á fuer de deudo propincuo.....

Ines. De hermano tal vez.....

Conde. Cabal:
su hermano soy.

Ines. (Hombre inicuo!)
Es usted un impostor.
Yo conozco.....

Conde. (Soy perdido!)
¿La conoce usted.....

Ines. De vista.

Conde. Yo..... (Me corto como un niño.)

[*Con resolucion despues de una breve pausa.*]

He mentido, sí: á tal mengua

mo arrastró, Ines, el peligro
de perderte. Aquel retrato,
que ya detesto y maldigo,
es de una jóven á quien,
no por amor, por capricho,
obsequié. Va á hacer ya un año
que la condené al olvido
por vana y superficial;
mas dado que mi cariño
hubiera sido sincero,
¿por qué más tierno y más fino
no has podido tú inspirármelo
cuando tanto en atractivos
la aventajas?

Ines. Nada de eso.
(Valor!)

Conde. ¿Es algun prodigio
galantear una en pos de otra,
siendo diversos sus tipos,
á dos mujeres un hombre?
¿Quién no prefiere á los tibios
rayos de la instable luna
del sol el radiante disco?
¿Quién, ántes de cautivar
para siempre su albedrío,
en escarceos galantes
no se ejercita novicio?
¿Quién, en fin, cuando alma y cuerpo
conservan todo su brio,
tras de la primer campaña
se retira del servicio?

Ines. Basta. (Si le dejo hablar
va á dar al traste conmigo.)

Conde. Ahora bien, huya la nube
que eclipsó mi astro benigno,
y dame el retrato intruso.

Ines. Muy bien. Trae usted el mio?

Conde. ¿Qué escucho! No es ese el cambio
que yo.....

Ines. Pues otro no admito.

Conde. Crueldad!....

Ines. No es sino cordura.

Conde. No hay arbitrio?

Ines. No hay arbitrio.

Conde. ¡Privarme yo de tu dulce
imágen! Tal sacrificio
es superior á mis fuerzas;—
pero ¡nada de egoísmo!

[*Saca un retrato.*]

Aquí te traigo la mia.
Tómala: yo te suplico.....

Ines. Para qué la quiero yo?

Conde. Ingrata!.... Mira: no exijo
que me vuelvas el retrato
con que anoche inadvertido
te sorprendí. En hora buena
guárdale — yo lo permito —
como trofeo.....

Ines. Mil gracias.
Ni yo á trofeos aspiro,
ni el busto que usted desecha
es el que yo necesito,
sino el mio.

Conde. Pues perdona,
que no le suelto ni á tiros.

Ines. Conde, esa accion no es de conde,
sino.....

Conde. De qué?

Ines. De bandido.
(¡Ay, que el alma la agradece
aunque la condena impío
el labio!)

Conde. Si no te amase
¿pondria yo tanto ahinco
en conservar.....

Ines. Bien: por eso
no tendremos un litigio.
Mas ¿qué vale poseer
el trasunto mudo y frio,
si nunca el original
será de usted?

Conde. Es de risco
tu corazon. Nunca!

Ines. Nunca:
pongo al cielo por testigo.

Conde. Adios!

[*Da algunos pasos hácia el foro.*]

Ines. Abur!—Oiga usted!

Conde. [*Volviendo.*]
Ah! ¿Cedes al fin.....

Ines. Delirio!—
Venga ese retrato.

Conde. Oh! toma,
y el alma.....

Ines. Tenga entendido
el señor Conde que sólo
en rehenes le recibo
del que guarda á mi pesar.

Conde. Pero.....

Ines. Así me garantizo
de ser mañana *trofeo*
de otra beldad.—Mas qué digo?
Por breves horas le guardo,
porque de usted no me fio.

Conde. ¡Nunca...

Ines. Hoy se ha de hacer el canje.

Conde. Pero, hija, ¿es posible...

Ines. Hoy mismo.

Conde. Oye.....

Ines. Ántes que el sol se ponga
vuelve á mis manos el mio,
ó clavo este en un balcon
para escarmiento de pícaros.

[*Entra en la habitacion de la izquierda.*]

ESCENA VI.

EL CONDE.

¡Qué energía de mujer
tan impropia de este siglo!—

Pero ¡que haya sido yo
tan loco, tan torbellino!....
Guardaba el busto de Cármen,
porque en efecto es bonito,
y por necia vanidad
que hoy lleva justo castigo.
Reniego de mi torpeza!—
Pues me luzco, vive Cristo!,
si cumple Ines su amenaza.
¡Condenado yo al suplicio
que sufre el pobre murciélago
cuando muchachos malignos
le prenden! No habrá en Europa
personaje tan ridículo
como yo.—No, no hará tal.
Se picó, tiene puntillo,
y es natural que me trate
con enojo y con desvío;
pero pasará el chubasco
y en su corazon sencillo
volveré á reinar: no hay duda.
Lo cierto y lo positivo
es que tomó mi retrato,
y este es vehemente indicio
de que me ama todavía.
De otro modo, no concibo
que le recibiera Ines
ni áun para darle martirio.

[*Medita en silencio.*]

ESCENA VII.

EL CONDE. CÁNDIDO.

Cándido. (Otra vez aquí me trae
la ojeriza de mi signo.)
Conde. (Venceré, sí: será mia.)
Cándido. (¿Qué veo! El Conde maldito!)
Conde. (Volveré.....

[*Viendo á Cándido.*]

Calle! ¡Otra vez
ese burlesco individuo!

[*Riéndose.*]

Ya me perezco de risa
sólo de verle.) Hola, amigo!
¿Vuelve usted á la querencia
de Venancia? Es buen partido.
Cándido. Vuelvo á lo que vuelvo. Á usted
¿qué le importa?
Conde. ¡Siempre esquivo
y gruñon!—Yo, si merezco
tanta honra, seré el padrino.....
Cándido. Hum!....
Conde. Y dotaré á la novia.
Cándido. (No sé cómo me reprimo.)

[*Con ira.*]

Señor Conde!....

[*Risotada del Conde.*]

Conde. «Paso al loco!»

[*Se va, riendo á carcajadas.*]

Cándido. [*Siguiendo al Conde.*]
Oiga usted, caballerito!....

ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

[*Volviendo.*]

No! Si ahora doy otro escándalo
dirá Ines que soy un díscolo,
no querrá verme ni oirme.....
Dejemos á ese aturdido.....
Pero si da en hostigarme,
aunque soy manso y pacífico
harto será que algun dia
no le rompa yo el bautismo.

ESCENA IX.

CÁNDIDO. INES.

Ines. [*Saliendo.*]
(Ya el sacrificio está hecho,
y no me pesa.) ¿Qué miro!
Huyamos.....
Cándido. [*Cayendo de rodillas.*]
¡Óigame usted,
Ines!.... Por Dios se lo pido!
Ines. Bien. (Tratarle con dulzura
es mejor.) Hable usted, sí,
pero no en esa postura.
Cándido. [*Levantándose.*]
Se ha espantado usted de mí?
Ines. .....No.....
Cándido. Qué mucho? Tanta fué
anoche mi extravagancia,
y tanto me exasperé
con el Conde y con Venancia.....
Mas si con él y con ella
fuí tan hosco y tan huron;
para usted, linda doncella,
no hay hiel en mi corazon.
Ines. [*Recapacitando.*]
(Sí...., esa cara.....)
Cándido. Aquel endriago

me reconoció al momento;
y usted, Ines,—signo aciago!—
usted no!

Ines. Perdon..... Yo siento.....
Algo al ver á usted, sí, algo
recordó la mente mia.....

Cándido. Es tan poco lo que valgo,
que áun ese *algo* es golloría.

Ines. Otra vez pido perdon
si mi memoria es premiosa,
mas no era mi situacion,
ni áun lo es hoy, para otra cosa.
Cuidados muy graves.....

Cándido. Pues—
perdone usted mi osadía—
preciso será que Ines
oiga mi biografía.

Ines. Bien, sí, bien.

Cándido. Nací en Griñon.....

Ines. Yo tambien.

Cándido. En dia opaco,
bajo la constelacion
más pícara del Zodiaco.
Poco pude yo estudiar
criándome entre barbechos;
no obstante, fuí en mi lugar—
ahí es nada!—fiel de fechos.
Me dió, miéntras lo ejercí,
cargo de tal entidad
una racion de hambre.....

Ines. [*Sonriéndose.*] Sí.

Cándido. Y otra de necesidad.—
Una niña sin fortuna
crecia hermosa á mi lado,
hija de Pedro Laguna
mi amigo.....

Ines. Oh padre adorado!

[*Entre dientes.*]

¿Será.....

Cándido. Qué?

Ines. Siga usted.

Cándido. Sigo.
¡Cuántas veces—no me riña
usted si ahora se lo digo—
cuánto besé á aquella niña!—
Mas sin gravar mi conciencia.

Ines. [*Sonriéndose.*]

Ya.

Cándido. Ella párvula, yo adulto,
creo que.....

Ines. Sin penitencia
concedo á usted el indulto.

Cándido. Despues (ay!) la recibió
de los brazos de su padre
otra niña que mamó.....

Ines. De los pechos de mi madre.

Cándido. Criada Ines en la corte,
de la cuál fué gala y prez,
quedé yo con su transporte
como sin el agua el pez.
Andando el tiempo, el papá
de la otra, don Juan Peralta.....

Ines. Todo lo recuerdo ya.

Cándido. Sí?

Ines. (El nombre sólo me falta.)

Cándido. Por influjo del buen Pedro
me recibió de amanuense.
Á él debí tan alto medro.

Ines. Medro!....

Cándido. Dios le recompense.—
La que con gracia infantil
vi triscar por las praderas,
ya era una moza gentil
de dieciseis primaveras.

Ines. Cándido!....

Cándido. Cándido, sí.—
Y atribulado mi pecho
desde que á ella y á mí
nos cobijó el mismo techo.....

Ines. Sí. (Pobre Cándido!)

Cándido. El que era
cariño angélico un dia,
llegó á ser voraz hoguera,
delirante idolatría.

Ines. Basta!

Cándido. [*Con despecho.*]

Por qué ha de bastar?
Cuando nada más exijo,
y eso bien á mi pesar,
por qué no oirme?

Ines. (Le aflijo.....)
Hable usted.

Cándido. Temí—era claro—
incurrir en su desprecio;
que aunque raro, no tan raro;
y aunque necio, no tan necio.
Sufria pues y callaba,
y en un año, aunque sentia
viendo á usted caer mi baba,
no dije esta boca es mia.
Y en vano callé mi afan,
porque le hacian patente,
ya un congojoso ademan,
ya un suspiro impertinente,
y al mirar—aciaga estrella!—
mis gestos de pitonisa,
más de una vez á mi bella
le retozaba la risa.

Ines. No á una pasion, á un resabio
los achaqué, á un accidente....,
y si alguna vez mi labio
rió involuntariamente.....

Cándido. Lo excuso. Hizo usted muy bien
en sacar, Ines, su escote.
¿Á quién no dan risa, á quién
las muecas de un pasmarote?—
Pero yo no me arredré;
que en mi supina ignorancia
todo, ay Dios! con ciega fe
lo convertia en sustancia,
y aunque con tales premisas
debia darme por muerto,
en una de aquellas risas

creí ver el cielo abierto.
«Tanto callar, dije yo,
es bobada, que no en vano
Dios una lengua me dió
como á todo fiel cristiano.»
Y el diablo me hizo orador,
y al adorado tormento
declaro al fin—pecador!—
mi atrevido pensamiento;—
y á mi discurso elocuente
la hermosa—hay horas menguadas!—
respondió con un torrente
de sonoras carcajadas.

Ines. Ligera fuí, lo confieso.

Cándido. No; ligera, no; jovial.....

Ines. Pero aquel cómico acceso.....

Cándido. Fué una pifia garrafal.

Ines. No crea usted que altanera
olvidé yo mi humildad;
pero..... si usted considera.....

Cándido. Qué?

Ines. Que me dobla la edad.....

Cándido. Oh! sí, ese argumento es serio,
y excusar debí el bochorno.....
Pero ¿quién tiene criterio
cuando está el alma en un horno?
En fin, tras la horrible escena,
hüí como un malhechor!....

Ines. Dando á todos mucha pena.

Cándido. Á usted tambien!

Ines. Sí, señor.

Cándido. Ah!....

Ines. Indagamos con prolijo
cuidado, pero infecundo.....

Cándido. Gracias.

Ines. Como usted no dijo
adónde iba.....

Cándido. Al otro mundo.

Ines. Santo Dios!

Cándido. Al mundo nuevo
quiero decir, y es notorio.
No soy, aunque aquí le llevo,

[*Con la mano en el pecho.*]

ánima del purgatorio.—
Aprendiz de mercader,
mi buen amigo Emeterio
á la vela se iba á hacer
con rumbo á aquel hemisferio.
Esperando hacer negocio
con un modesto caudal,
me propuso ser su socio
aunque me vió sin un real.
Firmar sólo, y de mal modo,
sabía el capitalista,
y aunque inepto para todo
soy yo muy buen pendolista.
Nos embarcamos en Vigo
con pacotilla y libranzas,
y arribando yo y mi amigo
á la ciudad de *Matanzas*,
le dije harto de la vida:
«El nombre es de buen presagio.
Prepara la despedida
y una misa en mi sufragio.»

Ines. Qué ideas!

Cándido. Y aunque es allí
de tantas vidas cuchillo,
nunca visitado fuí
por el tífus amarillo.
Vino el cólera despues
navegando á todo trapo,
y dije entónces, Ines:
«De esta sí que no me escapo.»
Ya ha habido un *caso*, y funesto,
nos dijo el facultativo,
y yo exclamé: «Un *caso*? Apuesto
á que soy yo el *genitivo*.

Ines. ¡Por Dios, Cándido.....

Cándido. No obstante,
mi juicio fué temerario.
Ni el cólera fulminante
me mató ni la..... Al contrario:
para que usted se convenza
de que en todo soy grotesco,
tuve la poca vergüenza
de engordar como un tudesco.

Ines. ¡Vaya una ocurrencia..... ¿Cómo
quiere usted que no me ria.....

Cándido. Ria usted: ya no lo tomo
tan á mal como solia.
Aunque es tanta mi sandez,
sé ya, á fuer de escarmentado,

[*Con amargura.*]

que puede un hombre á la vez
ser gracioso y desgraciado.

Ines. Cándido!

Cándido. Voy á dar cima
á mi molesto relato.

Ines. Molesto, no.

Cándido. Sí: da grima
la historia de un mentecato.
En los seis años y un tercio
que duró la sociedad,
nunca vió nuestro comercio
la cara á la adversidad.
Al fin, de la fiebre insana
murió mi pobre Emeterio;
¡él, que maldita la gana
tuvo de ir al cementerio!
Y heredero universal
me nombró—era solteron,—
y así junté un capital
que asciende á medio millon.

Ines. Doy á usted mil parabienes.....

Cándido. La imágen de mi adorada,
que á pesar de sus desdenes

[*Con la mano en el corazon.*]

siempre estuvo aquí grabada,
más que nunca hermosa y pura
me puso el cielo delante;
y no por eso—locura!....
me soñé feliz amante;

que, aunque es tanto mi embeleso,
sé respetar su decoro,
y con todos los de Creso
no se compra ese tesoro.
Mas dije: miéntras me oprime
mi estéril prosperidad,
quizá la que adoro gime
en desvalida orfandad;
quizá ofrecerle mi amparo
pueda en su suerte cruel,
si no como esposo caro
como amigo honrado y fiel.
Y me embarco, y me desvivo
por llegar..... Ay triste! á qué?
Á ser tan intempestivo
como lo fuí..... cuando hablé.

Ines. No, no: usted me juzga mal.
Soy su amiga verdadera.

Cándido. Amiga? Vamos...., tal cual.....
Creí que ni eso siquiera.....—
Pues si lo es usted, ahora
va á darme una prueba de ello.
Va usted á ser gran señora.....
Bien: lo aplaudo y no resuello.
Mas temo que el Conde un dia,
si hoy en eso no repara,
vano con su jerarquía
eche á usted la suya en cara.
Para que si tal hiciere
no sufra usted un sonrojo,
un arbitrio me sugiere
mi afecto.....

Ines. ¡Cómo.....

Cándido. Y no flojo.
Ya no hay nobles ni plebeyos:
todo el dinero lo iguala,
los tunos y los Pompeyos,
la duquesa y la oficiala.
Ahora bien, querida Ines,
á falta de ejecutoria
y de un gótico paves
de venerable memoria,
sea usted, que lo seguro
es esto, mujer de arraigo.

Ines. Yo!....

Cándido. Lleve en dote el futuro
el medio millon que traigo.

Ines. Cándido!.... (Qué corazon!)
¿Cómo he de admitir.....

Cándido. Sí tal.
Yo ganaré mi racion
escribiendo en un portal.

Ines. No olvidará el alma mia
un rasgo tan generoso;
mas ni aceptarle podria.....
ni el Conde será mi esposo.

Cándido. ¿Qué escucho!

Ines. Rebelde fuí
yo tambien en mi pasion
á lo que exigen de mí
la prudencia y la razon.

Cándido. ¿Quién creyera..... ¿Acaso infiel.....

Ines. Sí; un desengaño oportuno.....

Cándido. No se casa usted con él!

Ines. Ni con él, ni con ninguno.

Cándido. Ay! quien así me responde.....

Ines. Debe responder así.
Ni yo nací para el Conde....,

[*Con sentimiento.*]

ni usted nació para mí.

Cándido. Bien veo.....

Ines. Y pues Dios no quiso
que nos casemos los dos,
resignarnos es preciso
con la voluntad de Dios.

Cándido. Hágase—¿cómo ha de ser!
hágase su voluntad.

Ines. Cuanto yo puedo ofrecer
es la más tierna amistad.....

Cándido. Eso mi dolor mitiga,....
ya que otra cosa no cuadre.....

Ines. ¿Cómo no he de ser yo amiga
del amigo de mi padre?
Y aún es poco para un hombre
de alma tan bella que ufana
amiga suya me nombre.

Cándido. [*Enternecido.*]

Poco!....

Ines. [*Enternecida tambien.*]

Quiero ser su hermana.

Cándido. Y maldecia mi suerte!
Ya no.—Perdona..... si el llanto.....

Ines. No es sólo usted quien le vierte.

Cándido. Ángel!.... Merezco yo tanto?

Ines. No me hará usted el ultraje,
supongo, de irse á otra casa.

Cándido. [*Embelesado.*]

No.

Ines. Que venga el equipaje.

Cándido. Bien..... (No sé lo que me pasa.)
Voy.....

Ines. Vuelva usted pronto, sí?
Le preparo una sorpresa.....

Cándido. Qué?....

Ines. Hay otra persona aquí
que por usted se interesa.

Cándido. ¿Quién...

Ines. [*Con dulzura.*]

Luégo.—Venga esa mano.

Cándido. [*Dándosela.*]

La mano!.. ¡Oh cuánto me engrío...

Ines. Adios, mi querido hermano!

Cándido. [*Besando la mano de Ines.*]

Ines!... Dios mio!....

[*Soltándola y alzando los ojos.*]

(Dios mio!)

ESCENA X.

INES.

Pobre Cándido!... ¡Ah, qué ciegas
son las humanas pasiones!
¿Por qué, ay Dios! yo que en mal hora
di abrigo á necios amores,
no premio con todo el mio
aquel corazon tan noble?
¿Por qué.....

ESCENA XI.

INES. CÁRMEN.

Cármen. [*Vestida con esmero.*]
Ines!—Ah! estás aquí.
Por qué á mis ojos te escondes?
Ines. Un encuentro inesperado.....
Cármen. Un encuentro! Ha vuelto el prócer?
Ines. No.—Qué linda y qué elegante!
Cármen. Te gusto?
Ines. Sí. Por mi nombre
te juro que le darias,
si ahora apareciese, el golpe
de gracia.
Cármen. Ni tal pretendo,
ni espero.....

ESCENA XII.

INES. CÁRMEN. VENANCIA. D. CLAUDIO.

Venanc. [*Adelantándose.*]
Don Claudio Robles.
Cármen. Eh? Ya me asombraba yo.....
Dígale usted que perdone....,
que no estoy.....
Claudio. ¿Por qué gravar
con mentira tan enorme
el *debe* de esa infeliz?
Cármen. ¿Por qué viene usted adonde
no es llamado?
Claudio. Amor me guia.....
Cármen. Su amor de usted me corrompe.
Ines. [*En voz baja.*]
Cármen!
Cármen. ¿Adónde iré yo
que no me persiga ese hombre?
Venanc. (Otra historia!....)
Claudio. Mi querella
es más justa y más acorde
con el Código. ¿Por qué,
cual niño que huye del dómine,
se me ha escabullido usted.....
Cármen. Yo no doy satisfacciones.
Claudio. Las pido con humildad
á fuer de socio y consorte.
Cármen. No lo es usted todavía.
Claudio. No, pero estando conformes.....
Cármen. Y cómo ha venido usted?
¿Por quién ha sabido ó dónde.....
Claudio. Vivimos pared por medio.....
Cármen. Así que vuelva á la corte,
me mudo.
Claudio. Vaya por Dios!—
Apénas el alba rompe,
oigo en el cuarto de usted
abrir puertas, rodar cofres.....
Si estará mala mi novia?,
dije. En ésto pára un coche.
Gran Dios! quién será?, exclamé:
el médico? el sacerdote?
Ines. Eh!....
Cármen. Bah!....
Claudio. Salto de la cama,
me pongo los pantalones.....
Cármen. Hum! Suprima usted.....
Claudio. En fin,
me visto, salgo á galope,
llamo á la puerta de usted
sobresaltado, responden.....
¡Ya se habia consumado
el fatal *déficit!*
Cármen. [*Á Ines riéndose.*] Oyes?
Claudio. Con la fuga clandestina
quedé por el pronto inmóvil.
Pido en vano á los criados
algun dato, algun informe.....
Por dicha, sobre la mesa
encuentro esta carta-órden.....
[*Enseña un papel.*]
Ines. Ah! mi parte telegráfico.
Claudio. En un simon sucio y pobre
me dirijo á la estacion.....
Tarde! El tren llegaba entónces
á Pinto. Pero otra máquina
facilita mi transporte
en un tren de mercancías.....
Cármen. Que es el que á usted corresponde.
Claudio. Cruel!
Cármen. Le aconsejo á usted
que vuelva la proa al Norte
y me deje en paz.
Claudio. ¿Así
se amortiza—qué desórden!—
un crédito.....
Cármen. Yo no gusto.....
Claudio. Ah!
Cármen. De un novio *polizonte*
que invade mi tocador,
que intercepta—accion ignoble!
mis papeles, y me sigue,
y me muele dia y noche.
Claudio. Ines!..., si es usted la Ines
que.....
Ines. Sí.
Claudio. No sea usted cómplice

de una insolvente. Interceda.....
Ines. Sí.

[*Aparte con Cármen. Entre tanto habla en voz baja D. Claudio con Venancia, dando á entender con sus ademanes que solicita tambien su apoyo.*]

No le des pasaporte;
que aunque sin duda á tus piés
volverá el prófugo Conde,
todavía.....
Cármen. Qué me importa?
Ines. Pero este viene de molde
para dar celos al otro.
Cármen. Oh! sí: tienes mil razones.
Sí: sepa aquel fementido
que no falta quien me adore.—

[*Á D. Claudio.*]

Quédese usted; mas le juro.....
Claudio. (Bien dije que al fin y al postre.....)
Cármen divina, á tus plantas.....
Cármen. Nada de genuflexiones,
ó revoco.....
Claudio. Bien, querida.

[*Á Ines.*]

Ruego á usted que me acomode
cerquita.....
Cármen. No. Léjos, léjos!
Ines. [*Á Venancia.*]
Haga usted que se coloque
en la pieza del jardin.
Claudio. Bien; pero pido á mi cónyuge
presunta que á solas.....
Cármen. No!
No hay audiencia.

[*Entra en su cuarto, la sigue Ines, y cierran la puerta.*]

ESCENA XIII.

VENANCIA. D. CLAUDIO.

Claudio. Alma de bronce!
Venanc. Sígame usted. (Esta casa
es ya—Jesus!—otra torre
de Babel.)

ESCENA XIV.

D. CLAUDIO.

¡Tratar así
á un *financiero*, á un prohombre
del bolsin y de la alhóndiga!
Pues aunque fuese yo un dropе.....
Y me he de dar por fallido?
No! Bonita, ilustre, jóven,
y sobre dotes tan bellas
millon y medio de dote.....
Por hacer tan buen negocio
consentiré que me azoten.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CÁNDIDO.

[*Entra por el foro con un ramo de flores en la mano.*]

Con este hermoso ramo—no sin miedo
á mi habitual torpeza y mi mal signo—
vuelvo..... Quizá me excedo,
que á ser cobarde su rigor me obliga;
pero bien puede á título de amiga,
ya que con él, ay triste! me resigno,
recibir de mis manos estas flores.—
Símbolo suelen ser de los amores;
pero si el mio en ellas adivinas
merezca, oh dulce Ines, tu tolerancia
quien su primor te ofrece y su fragancia....;
y para sí reserva las espinas!
Conde. [*Dentro.*]
No importa. Esperaré.....
Cándido. La voz del Conde.

Pues ¿cómo..... si..... ¡Mal haya.....
Esperaré en mi cuarto á que se vaya.

[*Entra en la habitacion lateral de la derecha más cercana al proscenio, dejando la puerta entornada.*]

ESCENA II.

EL CONDE. VENANCIA.

Venancia. Bien está, pero ahora...., dificulto.....
Conde. Qué es esto? Á mí antesalas!
Venancia. No hay que tomarlo á insulto.
Está en el tocador.
Conde. Ah! bien. Respeto.....
(Cuando ella piensa en galas,
sin duda.....)
Venancia. (Pobre Conde!)
Conde. (Habrá buleto.....)
Venancia. Siéntese usted y pasaré recado.....
Conde. Eh! no es su cuarto aquel.....
Venancia. Sí: se ha mudado.
Conde. ¡Qué oigo! ¿Por qué motivo.....
Venancia. Lo callo aunque lo sé.
Conde. Pero.....
Venancia. El secreto

[*Con la mano en el pecho.*]

no saldrá (harto lo siento!) de este archivo.
Conde. Cómo! Hable usted.....
Venancia. Bien dice aquella copla:
«Aprended, flores.....»
Conde. ¿Qué.....
Venancia. Mal viento sopla
para mí y para usted.—Ya sale. Excuso.....
(Dos ella, y yo ninguno!) Abur! (Qué abuso!)

[*Llega Ines por la puerta de la izquierda, dejándola entornada.*]

ESCENA III.

EL CONDE. INES.

Conde. (¿Qué me querria decir
esa mujer?.... Por si acaso,
estaré en guardia.....)
Ines. (Muy serio
viene. Si le habrán dicho algo?)
Conde. Estoy á los piés de usted,
Ines.
Ines. Beso á usted la mano.
Conde. Aunque con harta justicia
pudiera apelar del fallo
que contra mí pronunció
pocas horas ha ese labio;
ya que usted no puede verme,
señorita, ni pintado,
y ya que con poseerla
en muda copia la ultrajo,
vengo á que en debida forma
se canjeen los retratos.
Ines. Está muy bien, caballero.
(Qué tono tan diplomático!)
Conde. (Lo acepta, y sin conmoverse!
Misterio hay, sí; mas no alcanzo....)
No por el martirio horrendo
de que estoy amenazado,
y tal vez le he merecido
por crédulo y por incauto,
sino porque en todo quiero
complacer á usted.....
Ines. Lo aplaudo.
Conde. Para redimir el mio
devuelvo á usted su traslado.
[*Lo saca y lo toma Ines.*]

Ines. Muchas gracias, señor Conde;
pero conmigo no traigo
el de usted ni el de mi ilustre
antecesora. Volando.....

Conde. [*Deteniéndola.*]
Cruel!, ¿cómo puede usted,
cómo, sin pesar, sin llanto,
si es verdad que me ha querido,
consentir tan duro cambio?
¿Cómo la misma que ayer
con tal gracia y tanto halago
me dió en este propio sitio
el sí que anhelaba tanto,
por capricho ó por orgullo
hoy rompe tan dulce pacto?

Ines. Es inútil repetir
nuestro enojoso altercado,
porque mi resolucion
fué justa, y no la retracto.

Conde. Podrá ser irrevocable;
justa, no. Si grave cargo
es haber amado á otra
el que no ha sido ermitaño,
ántes que su corazon
cautivasen tus encantos,
para ella, no para ti,
para ella ha sido el agravio.
¿Eres su procuradora
por ventura?

Ines. (Ay Dios! sí.)

Conde. ¿Cuándo
se ha visto á nadie en el mundo,
y ménos en los estrados
del amor, con tanto empeño
abogar por su contrario?
¿Qué mujer.....

Ines. Oh! basta. (¡Soy
perdida si no le atajo.)
Tengo razon que me sobra,
aunque sin ella combato
al parecer, y usted mismo
cuando sepa lo que callo
me la dará.

Conde. Ines! Ines!,
no razon, pretexto vano
será, y cuál, harto lo infiero
de ese circunloquio extraño.
Tú amas á otro!

Ines. No!

Conde. Sí!
Sólo así se explica el raro
fenómeno de tomar
por injuria y desacato
lo que para otra mujer
un blason sería, un lauro.
Tú amas á otro!

Ines. (Oh suplicio!)
Conde.....

Conde. Es inútil negarlo.
En esa zozobra veo
tu culpa y mi desengaño.

Ines. Yo..... (No acierto á responderle.)
Es un resto.... Una.... Presagios....

Conde. Sólo me falta saber
qué rival me ha suplantado.

Ines. Ninguno. (¿Qué haré, Dios mio!)

Conde. Ah! tal vez..... Sí, atando cabos.....
El hombre de anoche...., aquel
personaje extrafalario.....

Ines. (Ah! él me abre camino...)

Conde. Ha vuelto...
Le he visto.....

Ines. Sí, señor: Cándido
es mi huésped y mi amigo.

Conde. Digno amigo! Un pelagatos,
un.....

Ines. No le deprima usted.
(Salgamos ahora del paso,
que luégo.....)

Conde. ¿Y será posible.....

Ines. Nos conocemos hace años.

Conde. Y ya es antigua sin duda
la aficion.....

Ines. Quizá no tanto
como debiera.

Conde. En efecto,
aquel donaire, aquel garbo,
su elegancia.....

Ines. No hace alarde
de primores cortesanos;
pero la áspera corteza
no impide dar fruto al árbol:
diamante que vale un reino
se engendró en rudo peñasco.....

Conde. Y bajo una mala capa.....
Mas dejémonos de adagios
y sepa yo en suma.....

Ines. En suma,
Cándido es un héroe, un santo.

Conde. Pero hay gustos que merecen.....

Ines. Otro refran excusado.

Conde. Acabemos! Le ama usted?

Ines. (No hay ya otro arbitrio...) Sí, le amo.

[*Sale Cándido precipitadamente y se arrodilla á los piés de Ines. Trae consigo el ramo.*]

ESCENA IV.

INES. EL CONDE. CÁNDIDO.

Cándido. Bien mio!

Ines. Jesus!

Conde. Qué es esto?

Cándido. Á tus piés.....

Ines. Alce usted!

Conde. Bravo!

Ines. (Qué apuro!)

Cándido. Mi gratitud
te ofrece, hermosa, este ramo.....

Ines. Bien,.. gracias..; pero... (Gran Dios!)

[*Toma el ramo y le deja sobre un mueble.*]

Conde. Bello golpe de teatro!
Cándido. Yo.....

Ines. [*Á Cándido con enojo.*]

Levante usted, le digo!

Cándido. [*Levantándose.*]

Pero.....
Ines. (Me estaba escuchando!)

Cándido. [*Á Ines en voz baja.*]

¿No has dicho... Ay de mí! ¿Tambien
soy ahora extemporáneo?
Conde. Una emboscada!.... ¿Se hace esto,
señorita, con un blanco?
Ines. Conde!....
Conde. Aleve!
Ines. Yo ignoraba.....
Cándido. Señor Conde!....
Conde. Poco valgo,
pero el decoro de usted,
por no decir el de entrambos,
condena esta humillacion
que ni merezco, ni aguanto.
¡He aquí el digno rival,
he aquí el galan bizarro
que tu corazon me usurpa!
¡Un cualquiera, un perdulario.....
Cándido. Señor mio!....

Ines. [*Á Cándido en voz baja.*]

Oh! Calle usted.....
Conde. Que esquiva, á modo de pájaro
nocturno, la luz del sol,
y acecha, y se esconde.....
Cándido. Es falso.
Ni niego á nadie mi cara
ni la de usted me da espanto.
Por un yerro, usted lo sabe,
entré anoche en aquel cuarto,
y no soy huésped intruso
en ese de donde salgo.
Desde él, porque no soy sordo,
no á fuer de espía villano,
he tragado harta saliva
durante el prolijo diálogo
de que he tenido pendiente
la vida—ay! sí—hasta que blando
llevó el eco á mis oidos
aquel benéfico *le amo*.
Ines. (Cómo revocarle ahora?)
Conde. Bien, pero el lance es pesado.....

Cándido. [*Con tono sarcástico.*]

De Calderon, como el otro.
Conde. Eh?
Cándido. Sí tal, y es necesario,
dirá usted, procurador
de aquel insigne dramático,
que, en obsequio de la dama
y en su justo desagravio,
le dé yo mano de esposo
á estilo calderoniano.—
Hela aquí y mi corazon
con ella.
Ines. Yo..... Si yo.....
Conde. (Me aspo.)
Ines. (Oh Dios mio!)
Conde. Tambien pullas?
Ahora veo, y lo declaro
con gozo, que no es usted
tan pobre y ruin adversario
como creí; mas recuerdo
que aquel poeta afamado
gustaba de cuchilladas
aún más que de epitalamios.
Ines. Cielos!.. ¡Conde...
Cándido. En hora buena:
para uno y otro soy apto.
Ines. Cándido!....
Cándido. No soy ya el bobo
de que hacía usted escarnio.
Conde. Eh!....
Ines. (No! Yo estoy asombrada.)
Cándido. Ines ha hecho este milagro.
Dios, á falta de otros bienes,
me dió un corazon hidalgo
y ardiente; pero por falta
de entendimiento, ó de tacto,
ó de mundo.....—qué se yo?,—
porque me faltaba acaso,
como á la flor el rocío,
la simpatía, el contacto
de otro corazon amante,
he sido adusto, misántropo,
ridículo..... Una palabra,
la que anhelé tantos años,
luz del alma mia ha sido
y de mis heridas bálsamo.
Un *le amo* en la pura boca
de la mujer que idolatro
ha sido—qué diré?—el *fiat*
que me sáca, al fin, del cáos.
Conde. (Qué hombre! Aunque debo matarle,
casi me va interésando.)
Cándido. Miéntras á mi ruego humilde
rehusó tan dulce vocablo,
todo á su gloria, á su dicha
lo hubiera sacrificado.
Ines. Sí!
Cándido. Mas su boca celeste
dijo—usted lo oyó—*le amo!*,
y ufano de mi conquista
me siento crecer á palmos.
Oh! y la sabré defender
combatiendo brazo á brazo,
no con usted, con el Cid
y con Bernardo del Carpio.
Conde. Sígame usted.....
Cándido. Vamos!....
Ines. [*Interponiéndose.*] No!
En mi casa tal escándalo!

Conde. Cúlpese usted á sí misma.....
Ines. Déjele usted con mil santos.....
Conde. ¿Cómo sufrir.....
Ines. [*Á Cándido empujándole hácia su habitacion.*]
Éntre usted.....
Cándido. No! Protesto.....
Ines. Yo lo mando.

[*Le hace entrar, echa la llave y la guarda.*]

ESCENA V.

INES. EL CONDE.

Conde. Muy bien! sábia providencia!
Mas no le valdrá el amparo
de usted, ya inspire el amor,
ya la caridad un rasgo
tan ingenioso.....
Ines. Uno y otro,
que, lo digo sin reparo,
hoy es cuando he conocido
cuánto vale ese hombre y cuánto
debo agradecer al cielo
su regreso inesperado.
Tal vez aquella palabra
solté sin otro conato
que el de desahuciar á usted
si áun le quedaba algun rastro
de esperanza; mas ahora
con gozo, con entusiasmo
la confirmo.
Conde. Y eso aumenta
la cólera en que me abraso.
¡Yo postergado á un cobarde.....
Ines. ¡No! El jamás ha manejado
otras armas que la pluma;
no rehusa sin embargo
el duelo.—Oh! perdone usted
si del triunfo le defraudo.....
Conde. Señora!....
Ines. Pero ese triunfo
sería un asesinato.
Conde. Siendo así..... Mas si, en efecto,
usted le ha regenerado.....—
Oh Ines!, ya que tanta magia
tienes, ya que por ensalmo
haces de un idiota un hombre,
para tan acerbo trago
dame fortaleza. Ines!,
dame un corazon de mármol
como el tuyo... Ah!

[*Se deja caer con abatimiento en una butaca y se cubre el rostro con las manos.*]

Ines. (Dios me inspira.
Un clavo saca otro clavo.)

[*Á la puerta de la izquierda en voz baja.*]

Oiste?
Cármen. [*Á la puerta, tambien en voz baja.*]
Sí.
Ines. Ahora, ó nunca.
Sal.....
Cármen. Pero.....
Ines. Valor!
Cármen. Yo.....
Ines. [*Haciéndola salir.*] Vamos!

[*Cármen da algunos pasos: el Conde se levanta.*]

ESCENA VI.

INES. EL CONDE. CÁRMEN.

Conde. (Eh! por qué abatirme así?
¿Tan grande calamidad
es renunciar al amor
de una coqueta vulgar
á quien honré demasiado.....
Bien empleado me está
mi desengaño, y por él
las gracias le debo dar.—
Otra más digna de mí
pronto me consolará,
ya que con ella en mal hora
quise á Cármen reemplazar.—
Me voy sin decirle á Dios,
y para siempre jamás.....)

[*Al tomar su sombrero, que dejó sobre la consola, ve la figura de Cármen, reflejada por el espejo, y exclama en alta voz:*]

Cielos! ¿qué miran mis ojos!
¿Es figura corporal
lo que esa luna refleja,
ó fantástica beldad?—
No. Sonríe..... ¡Oh qué divina
aparicion! qué ojos!.... Ah!
es Cármen..., no sueño, es Cármen!
tan hermosa..... mucho más
que cuando.....

[*Sueltan la risa Cármen é Ines. El Conde vuelve la cara.*]

(Una risotada
me responde: es natural.)
Cármen querida! Oh sorpresa!....
Cármen. [*Con seriedad.*]
Yo soy.
Conde. ¿Qué casualidad
ó qué prodigio te trae

á ser el íris de paz
que me consuela despues
de tan recia tempestad?

Ines. Mi varita de virtudes.
¿No encomiaba usted poco ha
mi magia...

Conde. Ines!.. ¿Quién se ha visto
en complicacion igual?

ESCENA VII.

INES. EL CONDE. CÁRMEN. CÁNDIDO.

[*Vuelven á reir á carcajadas las dos jóvenes: el Conde se cruza de brazos y las contempla en silencio: Cándido se asoma al montante de la puerta de su cuarto.*]

Cándido. (Desde este montante..... ¡Vaya
un terceto.....)

Cármen. Ja, ja, ja!....

Conde. Reid, sí. No es para ménos
la escena.

Cándido. (¿Esa otra deidad.....
Ah! la señorita Cármen!....)

Conde. Reo soy. ¿Cómo negar
la evidencia? Pero reo
contrito, no contumaz....,
y cuando ríen mis jueces,
sin duda me absolverán.

Cármen. No siempre es la risa indicio
de indulgencia y lenidad.
Cuando es ridículo el reo,
¿no ha de reir el tribunal?

Conde. ¡Cármen...

Cándido. (¡Tambien ella...)

Conde. Ines!..

Cándido. (Qué apuro para un galan!)

Conde. Qué conspiracion es esta?

[*Á Cármen.*]

Si voluble y desleal
me llamas—y de otro tanto
te pudiera yo acusar.....

Ines. [*Á Cármen en voz baja.*]

Demasiado!

Conde. Ines te venga
de una culpa harto venial.

Cármen. Venial?

Conde. Contra mí las dos
habeis concebido un plan
diabólico.....

Ines. Nada de eso.
Usted no debe culpar
á nadie sino á sí mismo.

Conde. Es verdad, sí, sí, es verdad;
pero burlarme la una
y apretar la otra el dogal.....
¿Quién ha visto en dos rivales
tan negra complicidad?
Y ¿qué talisman, estando
la una aquí, la otra allá.....

Ines. Yo lo explicaré. Si usted
no fuese un loco de atar,
no ocurriera en los retratos
el viceversa fatal.....

Cándido. (De buena escapé!)

Ines. Á que yo
debo mi felicidad.

Cándido. (Oh!....)

Cármen. Ines mia!

Ines. La oye usted?

Conde. Mas ¿quién pudo imaginar
que las dos confabuladas.....
Lazos de antigua amistad
sin duda.....

Ines. Más fuerte vínculo
nos une, amor fraternal.

Cándido. (Son dos ángeles! Yo lloro.....)

Cármen. No la quisiera yo más
si, como hermana de leche,
fuese mi hermana carnal.

[*La abraza.*]

Ines. Bendita!.... Y en Aranjuez
hay telégrafo.....

Conde. Ya, ya.....

Ines. Y veo en lance tan crítico
á mi númen tutelar,
á Cándido.....

Cándido. (Oh gloria! oh júbilo!)

Conde. Muy bien.....

Ines. He aquí el talisman.

Conde. ¡Y he aquí un cuadro sublime
y patético, en el cual
hago yo entre tantos ángeles
el papel de Satanas!

Ines. No: yo interpongo mi ruego,
y no será ineficaz,
para que Cármen otorgue
la absolucion.....

Cármen. No, no la hay
para.....

Ines. Fué tu amor primero:
no hay diferencia esencial
entre su cuna y la tuya,
entre tu edad y su edad.
Si de tu Eden en mal hora
fué desterrado ese Adan,
no hay justicia en fulminarle
un proceso criminal
porque, creyéndose libre,
no se pudo conformar
con ser segunda edicion
del alma de Garibay.

Conde. Cierto. ¿Qué crímen nefando
ó de lesa majestad
es el mio? Ser sensible,
vivir sólo para amar.....

Cándido. (Como yo!)

Conde. Justo sería
acusarme de falaz
si como una tras la otra

os amase yo á la par;
pero si las dos sois bellas
y mi pecho es un volcan,
y á ser cesante en amores
no me puedo resignar,

[*Á Cármen.*]

¿qué mucho si de tus gracias
cedí primero al iman.....

Cándido. (Bien hizo, que es linda, pero.....)
Conde. Y arrojado de tu umbral
luégo...
Cármen. No es cierto: al contrario....
Conde. ¿Qué mucho si, á mi pesar,
llenó más tarde el vacío
de mi alma otra celestial
criatura.....
Cándido. (Eh! poco á poco!....)
Conde. Es decir, no en realidad,
sino..... Perdóname, Cármen!
Cándido. (Sí, un amor provisional.....)
Conde. ¿Y si otra vez á mis ojos
lució la estrella polar
que yo creia apagada.....

[*Á Ines.*]

No te ofendas.....
Cándido. (Hum!....)
Ines. [*Sonriéndose.*] No tal.
Conde. ¿Qué mucho si á la cadena
que nunca debí quebrar
volví.....

[*Á Ines.*]

Perdóname, Ines!

Cándido. [*En alta voz.*]

Dale! Perdonado estás.
Ines. ¿Quién habla..... Ah, mi prisionero!
Voy á darle libertad.

[*Abre la puerta que cerró, y saca de la mano á Cándido: entre tanto habla aparte el Conde con Cármen.*]

Cándido!
Cándido. Ines!—Frito estaba,
y ya me iba á descolgar.....

Cármen. [*Saliéndole al encuentro y dándole la mano.*]

Oh amigo mio!
Cándido. ¡Mi amable
señorita! Qué bondad!
Cármen. Sea usted muy bien venido.
Ines. Nadie lo ha sido jamás
tanto como él.
Cándido. Prenda amada!
Aunque la oportunidad
en mí es rara, hoy me parece
que algo de providencial.....
¡Bendito Dios que me trajo
sano y salvo de Ultramar!

Conde. [*Dándole la mano.*]

Yo le bendigo tambien
si.....
Cándido. Oh generoso rival!
Oh ventura sobrehumana!....
Mas completa no será
si á todos no alcanza. Cármen!....
Amnistía general!
Cármen. Temo.....
Ines. Hermana mia!....
Cármen. Dudo.....
Cándido. (No tendré tranquilidad
miéntras.....)
Ines. Perdónale!
Conde. Tiene
entrañas de pedernal.
Cándido. Perdónele usted!: lo pido
con mucha necesidad.
Cármen. Bien está.....
Cándido. Vítor!
Ines. Albricias!
Cármen. Pero ántes que en el altar
le dé mi mano, le impongo
una penitencia.
Conde. Cuál?
Cármen. Rigorosa cuarentena
hasta el dia de san Juan.
Conde. Ah cruel!
Cármen. El escarmiento
me hace cauta y suspicaz.

Ines. [*Al Conde en voz baja.*]

Sea usted sumiso y dócil,
que todo se compondrá.
Conde. Bien: me resigno..... ¡Otra vez
meritorio!....
Cármen. Eso es: cabal.

ESCENA VIII.

INES. EL CONDE. CÁRMEN. CÁNDIDO. VENANCIA.

Venanc. Don Claudio pide permiso.....
Cármen. Ah!....
Venanc. Qué interesante escena!
(Hum!) Que sea en hora buena.....
Ines. Que éntre.
Cármen. No! (Qué compromiso!)
Conde. (Qué don Claudio será ese?)
Venanc. Conque todo se arregló?
Ines. Sí; el Conde con Cármen; yo.....
Cándido. Conmigo, pese á quien pese.
Venanc. Si lo dices por Venancia,
lo erraste de medio á medio.
Qué novio para un remedio!

[*Á Ines.*]

No te arriendo la ganancia.

(Maldicion!....)
Conde. Pero, ¿quién es
ese que pide permiso.....
Ines. Otro galan: ya es preciso
decirlo.
Conde. [*Á Cármen.*] Tuyo, ó de Ines?
Cármen. Mio, sí.
Conde. Oh virtud preclara!
Cármen. Mi novio era: lo confieso.
Conde. No tenemos segun eso
nada que echarnos en cara.
Cármen. Yo no amaba á ese hombre, no,
mas de mi puntillo esclava
por vengarme me casaba.
Conde. Sí?
Ines. Lo certifico yo.
Cármen. Y todavía lo haré
si usted.....
Ines. No!
Conde. No, vida mia!
Dos derrotas en un dia!....
Me entrego á tu buena fe.
Venanc. Qué hago?

ESCENA IX.

INES. CÁRMEN. EL CONDE. CÁNDIDO. VENANCIA. D. CLAUDIO.

Claudio. [*Á la puerta.*]
(Media hora esperando.)
[*Entra.*]
Venanc. Aquí está.
Conde. [*Á Cármen.*] ¿Es ese.....
Claudio. Aquí estoy.
Señorita, yo no soy
género de contrabando.
Todo el comercio me aplaude.....
Cármen. Don Claudio.....
Claudio. Pero ya infiero
que otro ha sido el matutero.
No en mí; en la aduana está el fraude.
Cármen. Siento.....
Claudio. Ya basta de lios
y tramoyas y cohechos.
No vengo á pagar derechos,
sino á reclamar los mios.
Conde. Qué original!
Cándido. [*Aparte á Ines.*] ¡Vaya un ente.....
Claudio. ¿Cuál es de esos dos galanes
quien te roba á mis afanes
y complica el expediente?
Conde. Yo soy quien ciego de amor
aspira á llamarla esposa.
Claudio. Una novia no se endosa
ni es título al portador.
Cármen. Ruego á usted que no se ofenda.
Yo explicaré.....
Claudio. No transijo.
Tu mano es mia, y la exijo
aunque un virey la pretenda.
Conde. Ba!
Claudio. Y de mi haber seré pródigo
hasta que obtenga justicia
de esta quiebra subrepticia
que está penada en el Código.
Ines. Será inútil.....
Conde. Pero ¿en qué
se funda usted?
Claudio. Pesia tal!....
En su promesa formal.
[*Sacando un papel.*]
Aquí traigo el pagaré.....
Conde. ¿Cómo...
Claudio. Una carta, y no ambigua,
en que jura ser mi esposa.
Conde. Bah! Creí que era otra cosa.
Yo tengo otra más antigua.
Claudio. [*Á Cándido.*]
Cuál á cuál hará mal tercio,
su credencial ó la mia,
lo decidirá en su dia
el tribunal de Comercio.
Cándido. Las dos son papel mojado
miéntras ella no confirme.....
Claudio. Oh! yo pleitearé, y de firme.
Veré hoy mismo á mi abogado.....
Conde. Qué bobada! Esa sentencia
á otro fuero corresponde,
y yo sabré.....
Cándido. El señor Conde
es fuerte en jurisprudencia.
Claudio. Yo..... (Zape! Conde y duelista...)
Cierto..... Una carta.....
Cándido. [*Aparte al Conde.*] Ya amaina.
Vuelva el acero á la vaina.
Claudio. No es una letra á la vista;
pero, ya ve usted..... ¿quién deja
que *grátis* pase á un extraño
negocio de tal tamaño?
Justo es.....
Ines. [*Aparte con Cármen.*]
Ya asoma la oreja.
Claudio. Que la contienda dirima
una transaccion.....
Cármen. [*Aparte á Ines.*] Ah Ines!
No creí..... Ruin interes!
Conde. Qué transaccion?
Claudio. Una prima.....
Conde. Oh qué vergüenza! qué injuria!
¡Hacer—la ira me inflama—
tráfico vil de una dama.....
¡Lárguese usted, ó mi furia.....
Cándido. Si por contento se da
con una prima,—oh fortuna!
yo le puedo ofrecer una.....
Claudio. Eh?
Ines. ¿Qué.....
Cármen. ¿Cómo.....
Cándido. [*Mostrando á Venancia.*] *Éccola quá.*

Claudio. Ella!... Horror!
Venanc. Infame!
Ines. Es chanza...
Claudio. Protesto..... Abur!
Venanc. [*Dirigiéndose á la puerta derecha lateral cercana al foro.*]
Asesino!
Claudio. [*Yéndose por el foro.*]
(Reniego de mi destino!)
Venanc. Venganza, cielos, venganza!
[*Entra y cierra de golpe la puerta.*]

ESCENA ÚLTIMA.

INES. CÁNDIDO. CÁRMEN. EL CONDE.

Ines. ¡La pobre..... La has sofocado.
Cándido. Eh!
Ines. Permite que interceda.....
Cándido. Por ella haré cuanto pueda,
mas no la quiero á mi lado.
Conde. Buen sustituto me diste!
Cármen. Tuya es al fin la victoria.
Conde. Pero escatimar mi gloria
con tan largo plazo..... Ay triste!
Ines. No: sea igual el cuarteto.
Si al cabo ha de ser tu esposo,
no le hagas.....
Cándido. Sí; ya es forzoso
sacarle del lazareto.
Cármen. Sí, que no soy tan tirana.
[*Dando la mano al Conde.*]
Toma.
Conde. Oh gozo!
Ines. [*Dando la mano á Cándido.*]
Y tú la mia.
Cármen. Las dos bodas en un dia.
Cándido. Sí, sí; y mejor si es mañana.—
[*Á Ines.*]
Cuán otro soy del de ayer!
Y á ti lo debo!
Cármen. Y yo!
Conde. Y yo!
Ines. No; á un dichoso *quid pro quo*.....
Cármen. No; á tu hidalgo proceder!
Ines. Eh! no me hables de hidalguía.
Todo ha sido obra de Dios,
que quiso dar á las dos
lo que más nos convenia.



ENTRE SANTA Y SANTO.....

PIEZA CÓMICA AMBULATIVA. (*)

PERSONAS.

ENGRACIA.	D. MODESTO.
MANUELA.	EL MAYORAL.

La escena pasa en el camino de Tudela á Jadraque; la mayor parte del tiempo, dentro de la berlina de una diligencia; apeándose alguna vez cuando se muda el tiro, y á pié sobre la carretera al terminar la accion.

ESCENA I.

ENGRACIA. MANUELA.

[*Dentro de la berlina: es de noche.*]

Manuela. Confiese usted, señorita, que los baños de Fitero le han sentado perfectamente.

Engracia. Sí, mejor estoy de los nervios; pero, ah! no hay baños, no hay medicina para las heridas del alma.

Manuela. Sí tal; yo creo que sí; pero es preciso que el enfermo ponga algo de su parte para curarlas.

Engracia. Tales pueden ser, que sea delito el intentarlo.

Manuela. Las penas matan cuando no se procura su alivio; y Dios, que nos ha dado la vida, nos ordena conservarla.

Engracia. Acaso atento yo á la mia? Por cristiana, por sumisa á la voluntad divina me resigno á vivir, y quizá porque el mismo dolor de haber perdido á mi Julian me aligera el peso de la vida. Con llorarle sin tregua le tengo siempre en mi memoria, y áun pudiera decir que ante mis ojos. Él lo sabe, él lo ve desde el cielo y agradecerá mi fe incontrastable.

Manuela. Él, si, como piadosamente creo, es ya espíritu glorioso, no puede ser tan inconsiderado que exija de su tierna esposa, viuda á los veinte años, perdurable lloro y sempiterna soledad. Ya ha hecho usted por el difunto cuanto Dios y el mundo podian exigir; suntuosas exequias, centenares de misas, crecidas limosnas, privacion de todo espectáculo, de todo placer, áun el más inocente, rigoroso luto, que dura ya once meses... Lo merecia mi seño-

(*) Confieso que es muy parecido el argumento de este juguete al de mi zarzuela *Los solitarios*. Varian, sin embargo, esencialmente en que aquí, tanto á *Engracia* como á *D. Modesto*, aquejaba una verdadera y más ó ménos fundada misantropía, al paso que en la zarzuela toman este falso colorido el capricho y el aburrimiento de *Mariana*, siendo de todo punto fingida la de *D. Antonio*. Además, obra éste de acuerdo con la criada, y aunque la dama, más blanda de condicion de lo que ella misma presumia, capitula de buen grado, no tanto al propio mérito como á su hábil estrategia debe su triunfo el galan. En la presente pieza, que un elocuente proverbio me sugirió, todos obran de buena fe: ni *Engracia* ni *D. Modesto* siguen un plan preconcebido, y si la exagerada austeridad de ambos es combatida por *Manuela*, procede así espontánea y gratuitamente. Nada de intrigas, nada de pérfidos lazos. Sin designio, y áun contra su propósito se hallan los tres, de noche, ocupando en un viaje los asientos nada holgados de la berlina en una diligencia. Mal recibido *D. Modesto* al ocupar el suyo, no trata de congraciarse con sus desconocidas compañeras, porque gusta no ménos que ellas de su propia comodidad. Nacen de esta aversion, al parecer instintiva, agrias contestaciones; pero aunque se juran odio eterno, el inevitable roce continuo; el sueño ahora; el insomnio despues, sin otras molestias corporales, y la necesidad que al fin los tres reconocen de ser más tolerantes y comunicativos, dan ocasion á interesantes diálogos y tambien á actos de deferencia y cortesía. Amanece, y, con verse, propenden ya á ser más indulgentes. Sobrevienen, por último, lances con que no contaban, si bien harto frecuentes en un camino, y la humana fragilidad, auxiliada por ellos, llega á convertir en entrañable amor aquel injusto recíproco desvío. Creo pues haber sacado, sin inverosimilitud, algun partido de las circunstancias, y aun del estrecho recinto en que coloco á mis interlocutores, y presumo que tal humorada no dejará de divertir á los que la lean, ya que su estructura no permite exhibirla en el teatro.

Esta pieza fué impresa por primera vez en 1862.

rito, eso sí, y yo le lloro tambien de todo corazon, porque á él y á usted debió mi triste orfandad asilo generoso, y un trato más de hermanos que de señores.

Engracia. No todavía el que tú mereces. Criada en buenos pañales, educada con esmero y no nacida para la humilde condicion de sirvienta.....

Manuela. Sirvienta, pero relevada de la escoba, del estropajo y de todo lo puerco y degradante del oficio; primer doncella de una damita modelo de pulcritud, de amabilidad, de hermosura.....

Engracia. Jesus! no digas.....

Manuela. Destino es éste muy superior á lo que yo podia pretender en mi desamparo, y el único que me era dado admitir de personas que no eran mis deudos, sin excitar la envidia y tal vez el odio de los suyos.—Pero ¿á qué tanto hablar de un arrapiezo como yo? Volvamos á usted. Yo queria mucho á don Julian; pero él ya no necesita mis cuidados; usted sí, y el cariño que la tengo raya en fanatismo. No puedo pues llevar á bien que, en la flor de la juventud y dueña de un caudal considerable, quiera usted renunciar á un mundo donde tanto puede brillar.

Engracia. Aunque ese fuera un sacrificio; que para mí no lo es, el amor de esposa me lo impondria.

Manuela. Mucho hay que decir sobre eso, y pocas son las jóvenes que en igualdad de circunstancias se crean sujetas, ni áun por el qué dirán, á semejante mortificacion. La naturaleza tiene tambien sus prescripciones y suelen ser harto ejecutivas.

Engracia. Manuela!

Manuela. Bien, callo sobre ese punto, porque no se halla usted en estado de discutirle; pero ¿no puede usted ser fiel á la memoria del finado, y áun proponerse no contraer con otro alguno el lazo que llora roto.....

Engracia. Oh, jamás!

Manuela. ¿No puede usted condenarse, aunque es muy duro, á perpetua viudez sin encerrarse en un monasterio?

Engracia. Sólo allí puede haber paz para mi corazon acongojado.

Manuela. Tal vez sí. (Probablemente no.) Con todo, deberia usted tomarse más tiempo para asegurarse de que es verdadera su vocacion.

Engracia. Bastará para eso el año de noviciado. Además, en las Salesas Reales, que es el monasterio elegido, es monja profesa y de mucha autoridad mi tia Gertrúdis, que es una santa. Ella me ilustrará; ella me aconsejará lo que vea que más me conviene, y si tú me sigues al claustro..... Pero no me atrevo á proponértelo.

Manuela. Yo, aunque nada tengo de misántropa, me siento muy capaz de eso y de mucho más por complacer á usted.— Sin embargo, como en el siglo se puede tambien servir á Dios, y usted no tiene talle de monja.....

Engracia. ¿Qué tiene que ver el talle con la.....

Manuela.. Con tocas y todo será usted siempre linda; convengo en ello.

Engracia. Oh! no gusto de lisonjas.....

Manuela. Pero, aparte de eso, ¿quién sabe si el temperamento.....

Engracia. Eh? qué quieres decir?

Manuela. Nada: que la falta de regalo, los ayunos, las penitencias, los maitines, las austeridades de la vida claustral, pueden perjudicar mucho á la salud de usted, ya algo intercadente. Por lo ménos deberia usted prorogar.....

Engracia. No te canses: lo he meditado bien y mi resolucion es irrevocable.

Manuela. No replico. [*Para sí.*] ¡Qué lástima, qué lástima, Dios mio! Todo Madrid lo va á deplorar, y especialmente los jóvenes elegantes.

Engracia. Qué estás diciendo?

Manuela. No hablo con usted: es un soliloquio..... Reflexiones..... Quién dirá que es una locura; quién lo achacará al despecho...

Engracia. De ningun modo.

Manuela. Otro se atreverá á calificarlo de gazmoñería; otro.....

Engracia. ¿Qué me importan á mí las hablillas de los necios? ¿Habrá ya alguno que para mí no lo sea, ó lo parezca; alguno á quien yo me digne de mirar siquiera, cuando yace bajo una losa el único que nació para que yo le amara? ¿No te he dicho una y cien veces que aborrezco á los hombres?

Manuela. Válgame Cristo! ¿Qué le han hecho á usted para proscribirlos en masa..... Pues, valga la verdad, no se acredita usted con eso de buena cristiana.

Engracia. Una cosa es amarlos místicamente...., como prójimos, y otra.....

Manuela. Entiendo. (Llevémosle la corriente.) Segun eso, tendrá usted á mucha fortuna el haber estado á nuestra disposicion toda la berlina al tomar la diligencia en Tudela.

Engracia. Sí por cierto; y dicha ha sido tambien no haberse presentado en el camino quien ocupe el asiento vacante.

Manuela. Pues, digo! si nos hubiera tocado de compañero algun vejestorio impertinente y achacoso..... Eh?

Engracia. Manuela!....

Manuela. Siquiera tenemos la ventaja de ir holgadas..... Y mire usted, peor que un hombre;—yo no los aborrezco; confieso mi flaqueza;—hubiera sido alguna mayorazga alcarreña, dengosa, epiléptica... Horror!

Engracia. Ya no es de temer que nadie nos incomode de aquí á Jadraque, donde, Dios mediante, tomarémos el ferro-carril.....

[*Pára la diligencia para mudar tiro, y aparece D. Modesto con un frasco pendiente, por medio de un cordon, desde el hombro derecho á la cadera izquierda, la capa sobre el hombro izquierdo, una cesta de viaje colgando de la muñeca derecha y un puro en la boca: le acompaña un mozo cargado con un baúl-maleta.*]

ESCENA II.

D. MODESTO. EL MAYORAL.

Modesto. Hay asiento?
Mayoral. Sí, señor: el número 3 de la berlina.
Modesto. Le tomo.
Mayoral. Hasta dónde?
Modesto. Hasta Jadraque. Cuánto cuesta? Estamos en Ágreda.....
Mayoral. En Jadraque pagará usted.—Á la baca el baúl y monte usted.

[*El mozo que le traia le coloca en la baca ayudado por el zagal.*]

Modesto. Allá voy. [*Abriendo la portezuela y entrando en la berlina.*] Deogracias!

ESCENA III.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

Engracia. Qué es esto?
Manuela. Quién es?
Modesto. No hay que asustarse; que no soy ningun salteador, sino un viajero inofensivo.
Engracia. Todo sea por Dios!
Modesto. Amén.
Engracia. Irá usted..... á Soria.
Modesto. No: á Jadraque, y de allí á Madrid.
Engracia. Fatalidad!....
Modesto. Eh?
Manuela. ¿Y con todo ese atalaje.....
Modesto. Lo preciso, nada más, y lo acomodaré de modo que no estorbe. La capa sobre mi asiento.....
Engracia. Capa en el mes de Agosto!
Modesto. Las noches son ya muy frias por este tiempo: Agosto, frio en rostro, dice el proverbio; y no hay que olvidar que estamos cerca del Moncayo.—Esta cesta con comestibles, á mis piés, y el frasco en la bolsa.
Manuela. Con vino, eh?
Engracia. Gran Dios!....
Modesto. Sí, señora, pero selecto.
Manuela. [*Aparte con Engracia.*] Algun hidalguillo de lugar.....
Engracia. Un idiota!
Manuela. [*En alta voz.*] Parece que este señor es amigo de sus comodidades.
Modesto. Hombre prevenido vale por dos. ¿Quién sabe lo que le puede suceder en un camino?
Engracia. Pero acabe usted de sentarse.
Modesto. Sí haré. Tengo el número 3..... Debo, pues, sentarme en medio de las dos. ¿Cómo ha de ser! [*Se sienta sobre su capa y entre Engracia y Manuela.*]
Manuela. Calle! Lo tiene usted á ménos? ¡Pues no es poco desdeñoso.....
Engracia. Déjale estar y calla.
Modesto. Parecerá grosería, pero.....
Engracia. (Peor sería lo contrario, ya que Dios ha querido.....) Que usted vaya ó no á su gusto, no me importa gran cosa; pero ese cigarro..... Peste!
Modesto. No digo? Sosiéguese usted: no fumaré. [*Tira el cigarro por la ventanilla.*] (Sexo impertinente y despótico!)
Mayoral. [*En su pescante.*] Al avío!—Beata! Beata!.....

[*Rueda de nuevo el carruaje con el obligado acompañamiento de campanillas, latigazos, gritos, cantares y blasfemias. Téngase por repetida esta acotacion para el resto del viaje, con los cortos intervalos de costumbre.*]

Manuela. (Vamos, es dócil.)
Modesto. Vean ustedes naturalmente explicado, y bien pronto, mi *¿Cómo ha de ser!* Yo hubiera preferido uno de los dos rincones...
Manuela. Ya lo creo! Pero no es razon que mi señorita ceda el suyo, ni yo, con su licencia, quiero renunciar al mio.
Modesto. En hora buena. Yo lo decia.....
Engracia. ¡Necia de mí, que no tomé toda la berlina en Tudela!
Modesto. Así lo hubiera hecho yo en lugar de usted, y no soy más que un individuo; pero ya ¿qué remedio?....
Manuela. Dice bien. Á lo hecho, pecho.
Modesto. Deseando yo mudar de asiento, no consultaba sólo mi comodidad, sino tambien la de ustedes. Así no les molestaria la interposicion de un extraño, y yo podria fumar y dormir.
Engracia. ¿Quién le impide á usted que duerma?
Modesto. Nadie ni nada en el mundo. Son ustedes mujeres..... Por la voz lo saco.
Manuela. (Nada más!)
Modesto. Son ustedes jóvenes tal vez.....

Manuela. Jóvenes, sí, señor. Vaya!
Modesto. Acaso bonitas.....
Manuela. (Hum!....)
Modesto. Pero yo estoy asegurado de incendios.
Manuela. Oiga!....
Engracia. (Este hombre es un oso.)
Modesto. Iria yo, no obstante, más á mis anchas si fuesen ustedes hombres, pues no tendria que estar contraido, espetado.....
Manuela. (Es original!)
Modesto. El sexo que llaman bello.....
Engracia. Que llaman! No lo es para usted, segun eso.
Modesto. Sí será, sí. No riñamos por un adjetivo; que no somos académicos de la Lengua; pero cualquiera que sea mi opinion particular sobre este punto, no niego que hay que guardar á dicho sexo ciertas consideraciones, por delicado, por débil.....
Manuela. Cómo débil? Fuerte y muy fuerte.
Modesto. Sí?
Manuela. Precisamente tiene usted á su lado el más insigne modelo de fortaleza y de virtud.
Engracia. Hazme el favor de callar, Manuela.
Manuela. Por qué? Bueno es que sepa este... ciudadano, que no somos aquí mujeres vulgares y aventureras. Ha de tener usted entendido que mi señorita, en la primavera de sus años y hermosa como el lucero del alba, odia de muerte á todos los hombres.
Engracia. Ya te he dicho que calles. ¿Qué le importa á él.....
Modesto. No ha de importarme? Á mí no puede serme grato que nadie, ni áun una mujer, me aborrezca.
Engracia. Ni áun una mujer! ¿Tan ruin concepto merecen á usted las mujeres?
Modesto. No en todo.
Manuela. Por lo visto las detesta aún más que usted á los hombres.
Modesto. Yo no detesto á nadie: Dios y la religion me lo prohiben; pero si mirase con aversion á las mujeres, quizá no me faltaria motivo para ello.
Manuela. Puede; pero, segun los indicios, dudo mucho que la severidad con que usted nos juzga nazca de..... ¿Me entiende usted?
Modesto. Sí; de haberlas tratado íntimamente, querrá usted decir. Pues se equivoca de medio á medio. Aquí donde ustedes me ven..... Rectifico: no me ven ustedes, porque la noche está como boca de lobo.—Digo que este hombre, que habrá parecido á ustedes tan tosco y tan esquivo, ha amado á una mujer.....
Engracia. ¿Es posible!
Manuela. ¿Quién dijera.....
Modesto. Sí por cierto, y con entusiasmo, con locura.
Manuela. Como mi señorita á su difunto? Lo dudo.
Engracia. Válgate Dios, Manuela!....
Modesto. Tal vez más. ¿Soy yo de estuco por ventura?
Manuela. Habrá fallecido tambien.....
Modesto. Ella no. Mi amor es el que ha muerto.
Manuela. *Requiescat in pace.*
Modesto. Amén!
Manuela. Pues queda demostrado que el corazon de usted no vale para descalzar al de mi ama; porque.....
Engracia. Basta. ¡Qué necio coloquio.....
Manuela. No tal; ántes se va haciendo por momentos interesante. Este caballero, aunque ya no muy afecto á las faldas, y él se sabrá por qué, tiene al parecer un genio apacible, dulce, y no tercia mal en la conversacion. Continuándola podemos viajar ménos aburridos que si callásemos los tres como cartujos; y pues él y usted son ya inexpugnables, y á falta de otro nudo, que ninguno de los dos apetece, los une el de haber pensado ambos algun dia muy de distinto modo, no veo yo el menor inconveniente en que averigüemos quién de los dos tiene más razon; usted para sepultarse en un claustro.....
Modesto. ¿Qué oigo!
Manuela. Y él para..... Qué sé yo para qué?
Modesto. Bien pudiera ser que hubiese tambien alguna analogía entre su propósito y el mio.
Manuela. Lo oye usted? ¡Vaya, que es lance..... Y, mire usted, lo hubiera yo jurado. Hombre tan cómodo, tan precavido, tan regalon, está cortado para canónigo....., si no lo es ya.
Engracia. Manuela!.... Dispénsela usted. Es una bachillera.
Modesto. Con sus puntas de burloncilla..... No me agravia; déjela usted..... Ántes me divierte.
Manuela. Lo celebro; y ya que es usted hombre de correa.....
Modesto. No: todavía.....
Manuela. Quiero decir, hombre que no se pica por chanzas inocentes, le diré que he adivinado ya la causa de su antipatía á las mujeres.
Modesto. Si acierta usted, lo confesaré: soy franco.
Manuela. Á usted le ha escarmentado alguna.
Modesto. Dice usted la pura verdad.
Manuela. Oh! La que á mí se me escape..... Ahora bien, no ha tenido esa malaventura la bella Engracia.
Modesto. Engracia se llama usted?
Engracia. Servidora de usted.
Modesto. Muy señora mia, y permítame una réplica esa mocita. No hay por qué llamar

malaventura, sino todo lo contrario, á un saludable escarmiento, y yo estoy firmemente resuelto á aprovecharme del mio.

Engracia. No seré yo quien lo repruebe.

Modesto. ¿Podré yo tambien decir llanamente lo que siento, señorita?

Engracia. Por qué no?

Modesto. Usted llora la muerte del hombre á quien amó y de quien, segun lo que he oido decir á esta niña, fué leal y entrañablemente correspondida.

Engracia. [*Con lágrimas y sollozos.*] Oh sí! entrañablemente. Mi pobre Julian!.. oh!.. ah!....

Modesto. Tranquilícese usted.—Mi pasion, por el contrario, fué indignamente pagada. Puse los ojos en una coqueta á quien, fascinado por sus gracias y sus zalamerías, reputé la más cándida, la más pura de las doncellas. Me vendió!—Me afligí mucho al principio, y á punto estuve de desesperarme; pero, por dicha, la religion primero, la razon despues, volvieron la quietud á mi alma y á mi cabeza la cordura. Desengaño tan acerbo no produjo en mí, sin embargo, como en usted la pérdida que lamenta, la extremada y poco lógica consecuencia—perdone usted que se lo diga—de aborrecer á las mujeres como usted dice que aborrece á los hombres. No: yo me limito á mirarlas con filosófica y tranquila, pero urbana y benévola indiferencia.

Manuela. Peor es eso que lo otro.

Engracia. Ni peor ni mejor. ¿Qué me importa á mí.....

Manuela. Nada, ni á mí tampoco; pero.....

Modesto. Eso depende, es verdad, del carácter de cada uno, de su complexion..... Pero tengo para mí que yo estoy más radicalmente curado que usted.....

Engracia. De qué?

Modesto. Del amor.

Engracia. En hora buena; pero á eso respondo que, como yo no quiero curarme del mio.....

Modesto. Muy bien, señorita. Eso va en gustos.

Engracia. Del único que he tenido: entiéndalo usted bien. Esta misma invencible perseverancia en él me preserva de incurrir en otro.

Modesto. Perfectamente; pero siempre llevo yo á usted la ventaja, para mi reposo al ménos, de haber desterrado el que pasó sobre cerrarme herméticamente al futuro.

Engracia. (Me fastidia este hombre con su tono de autoridad y su.....) Bien; no disputemos: es inútil. [*Vuelve la cara al rincon.*]

Modesto. (Corta la conversacion porque ya no sabe qué responder, y la verdad amarga..... áun á los santos. Pues todavía he podido añadir otra reflexion, y muy concluyente: no debe de ser muy sincera su vocacion religiosa, cuando ántes de consagrarse al altar no se hace superior á toda pasion humana; y es muy de temer y de lamentar que, áun dentro de la celda y despues del irrevocable voto, vea siempre delante de sí la imágen del dueño querido.)

Manuela. Y, perdone usted la curiosidad, ¿de dónde.....

Modesto. [*Bajando la voz.*] Chit!.... Su señorita de usted ha apoyado la cabeza en el rincon..... Querrá dormir, si es que no duerme ya.

Manuela. Es lo mejor que puede hacer. Yo tambien, al arrullo de tan seráfica y edificante polémica, [*Bostezando.*] aaah!.... me voy eclipsando..... [*Se perfila tambien hácia su rincon y apoya en él la cabeza.*]

Modesto. Sí, procure usted descabezar el sueño; que la jornada es larga. [*Sacando un devocionario.*] Yo rezaré.....

Manuela. (Es un bendito.) Eso es más sano todavía. Encomiéndeme usted á Dios.

Modesto. Lo haré.

Manuela. Buenas noches.

Modesto. Ya ha amanecido.

Manuela. [*Mirando á la ventanilla sin mudar de postura.*] Sí? No habia reparado... Pues buenos dias. [*A pocos instantes se queda dormida.*]

[*Otro intervalo, ó llámese entreacto. Al diálogo anterior ha seguido un largo silencio; D. Modesto ha concluido su rezo y se ha dormido tambien profundamente: Engracia ha dado tal cual cabezada; pero la mayor parte del tiempo la ha pasado, ó meditando ó suspirando ó llorando, y ya ha probado á dormirse reclinándose en el rincon, ya ha mirado al camino por la ventanilla; todo esto sin dirigir la vista al compañero de viaje. La diligencia ha parado otra vez, ha cambiado el tiro y lleva corrida más de la mitad de la posta siguiente.*]

ESCENA IV.

LAS TRES PERSONAS CONSABIDAS.

Engracia. (Por más esfuerzos que hago, no puedo conciliar el sueño. Qué mucho? La pena que me ahoga me lo impide.—No así á Manuela. ¡Dichosa ella, y mil veces más dichosa que yo!—Tambien este hombre... Lo supongo, porque no hace el menor movimiento.—Yo no le he mirado todavía...., ni lo pienso.—Si, en efecto, un sueño profundo es evidente señal de una conciencia pura y de una alma tranquila, bien le pudiera yo envidiar.—Duerma en buen hora: no pudiera haberme hecho mayor obsequio,

y más siendo su dormir tan sosegado, pues ni se espereza, ni se tambalea, ni ronca. Si tal hiciera, ¡qué suplicio, santo Dios!— Probemos otra vez..... [*Breve pausa.*] Es excusado. Imposible!—¡Quién se viera ya en Madrid! Ningun viaje me ha cansado tanto como este.—Llamaré á Manuela?— No. Pobrecilla! Sería una crueldad....; y crueldad ociosa, porque despertaria el filosofastro, y en presencia de testigo semejante ¿cómo hablar con la libertad, con la expansion que he menester?—Y á fe que él no dormiria así si tuviera un átomo de la sensibilidad que es mi tormento.—¡Y pretende superarme en energía, en fortaleza! ¡Y esa estatua presume haber amado!.... Eh! sí, puede que sí; á su manera; guiado sólo por el grosero instinto..... Y quizá el desengaño de que nos habló fué harto merecido y harto fundada su religiosa conformidad. Tal vez ha visto en más de una ocasion humillado su amor propio, y es hijo del despecho más que de otra cosa ese frio desden que afecta..... Oh! sí, debe de ser feo, muy feo, repugnante.....—Voy á mirarle..., por curiosidad, sólo por curiosidad..... [*Le mira.*] Ah! no. Yo me engañaba: nada tiene de feo; al contrario..... Sí, sí, es bella figura; bella y noble.....—Y qué me importa? No es la de mi Julian. [*Con la mano en el pecho.*] No es la que tengo aquí esculpida con rasgos indelebles.—No obstante, yo me hubiera holgado de ver en su rostro la estampa de la herejía. Así, mofándome de él, en despique del sistemático desvío con que mira á todas las mujeres, daria yo algun alivio, alguna tregua al pesar que me consume.— ¿Por qué le habré yo mirado, Dios mio? ¿Por qué me mostrais tan simpática fisonomía donde yo queria ver una caricatura?—Ya no osaré fijar en él mis ojos...— Eh! por qué no? ¿He de tener tan poca confianza en mí misma, tan poca consecuencia... No, no: arrostraré con denuedo el peligro.—Peligro?.... Cuando no mi constancia, le conjuraria mi orgullo; y tambien esa misma indiferencia de que él hace alarde.—Ni, bien examinado, será este jóven tan hermoso como á mí me ha parecido. Si he estado un momento dominada por una ofuscacion inexplicable, por un vértigo, efecto del mareo, del cansancio, del insomnio, basta el sentimiento de mi propio decoro para no dignarme de mirarle otra vez...; ó para mirarle meramente como un objeto artístico....; como un busto sin alma.....—Y esto es, y nada más, segun las máximas que ha vertido; y demasiado lo prueba durmiendo el sueño del Limbo en medio de dos mujeres jóvenes y agraciadas.—Bien puedo sin temor alguno..... [*Vuelve á mirarle.*] No, ah! no es ilusion de la fantasía. Qué gallardo! ¡qué gentil!....—¿Cómo ha habido mujer capaz de serle traidora? Yo en lugar de ella...— ¿Qué digo, miserable! Oh flaqueza! oh rubor! ¡Ven á mi auxilio, sombra idolatrada!....)

[*Vuelve á parar la diligencia y á mudar el tiro. Despiertan D. Modesto y Manuela.*]

Manuela. Ah!.... ¿Estaremos ya en Jadraque?

Modesto. No es posible. [*Echándose un poco adelante para mirar el camino.*] Á ver? No: van á cambiar el tiro.

Manuela. [*Mirando á D. Modesto.*] (¡Hola, hola! No es saco de nueces el bienaventurado. ¿Quién diria.....)

Modesto. Bajaré á fumar, si esta señorita me permite.....

Engracia. [*Procurando no ser vista.*] Es usted muy dueño.....

[*D. Modesto desciende de la berlina sin reparar en Engracia ni en Manuela.*]

ESCENA V.

ENGRACIA. MANUELA.

Manuela. Vaya bendito de Dios! Ya era tiempo de que nos viésemos libres de él, aunque por pocos minutos. Ensanchémonos y respiremos.

Engracia. Sí. [*Abanicándose.*] Se siente ya un calor sofocante.

Manuela. Es ente singular..... Digo bien?

Engracia. [*Meditabunda.*] Sí, algo.....

Manuela. Hablo de su carácter, porque la figura...., eh? Me parece bastante pasadera.

Engracia. No sé; no me he fijado.....

Manuela. Y jóven. Representa á lo sumo de veintiocho á treinta años.

Engracia. ¿Qué nos importa.....

Manuela. Nada; es claro. Lo digo solamente porque, al oir sus reflexiones morales y el poco aprecio que hace de las hembras, y al saber que es tan concienzudo, se me figuraba á mí que era un sesenton.

Engracia. [*Suspirando.*] Ah!....

Manuela. Calla usted, suspira.... ¿Qué tiene usted?

Engracia. Nada.....

Manuela. Los nervios tal vez..... ¿Saco el frasquito de azahar? Pediremos agua.....

Engracia. No: nada quiero, nada necesito.

Manuela. Pero la veo á usted triste, y como quien medita, ó reza.....

Engracia. Estoy pensando que será mejor ceder uno de los rincones á ese caballero. Así estaremos juntas.....

Manuela. No me parece mal; pero.....

Engracia. Yo en el otro y tú en medio. (Evitaré.....)
Manuela. Como usted guste; pero ¡ocurrirle á usted ahora esa evolucion que no tuvo á bien aprobar cuando él la propuso.....
Engracia. Por eso mismo la desaprobé. Luégo he reflexionado.....
Manuela. Ya comprendo: tendrá mal dormir.....
Engracia. Nada de eso.
Manuela. La verdad: ¿se ha propasado.....
Engracia. No, ni en lo más mínimo.
Manuela. Ya he dado en el hito. Como me ha oido usted decir que es jóven y buen mozo, teme.....
Engracia. Qué es temer? Yo no le temo á él ni á ninguno.
Manuela. Perdone usted si.....
Engracia. No claudica á dos tirones mi fe acrisolada.
Manuela. Estoy en eso.
Engracia. Aunque fuese el mismo Adónis....
Manuela. Bien; no hay que alterarse.....
Engracia. Pero, al fin, no es decente que yo vaya rozándome con un hombre, áun siendo tan timorato como ese sujeto.
Manuela. Tan cerril dirá usted.—Ah! me ocurre una idea.....
Engracia. Cuál?
Manuela. Propóngale usted que nos haga la fineza de irse á otro departamento, si hay algun lugar vacío, ó al pescante con el Mayoral.
Engracia. No me atrevo. Él pagó su asiento de berlina.....
Manuela. Cierto, y dijo que hubiera pagado los tres por venir más holgado.
Engracia. Ya ves tú! Y no ha dado motivo...
Manuela. Es verdad; y de fijo nos espetaria un nó redondo si le hiciéramos semejante proposicion.—Eh! ya le tenemos de vuelta. Pasaré su capa al rincon.

ESCENA VI.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

Modesto. Con licencia de ustedes. Un ladito.....
Engracia. [*Perfilada y con la cabeza apoyada en el rincon.*] Puede usted quedarse ahí.
Modesto. En el rincon! Muchísimas gracias.
Manuela. Y sobre su capa bendita: no es razon que una pecadora la profane.
Modesto. Pecadora? No creo.....
Manuela. Para usted lo somos todas, por lo visto.
Modesto. Quién ha dicho tal cosa?
Manuela. Así pegará usted mejor las pestañas, ya que es tan dormilon.
Modesto. Algo hay de eso. Como, gracias á Dios, no tengo cuidados ni remordimientos.....
Manuela. Así no estará expuesta mi señorita á servir á usted de almohada.
Modesto. Cómo! ¿Habré sido tan desgraciado.....
Manuela. Desgraciado!
Engracia. (Desgraciado dice! ¿Qué hombre es este, cielos?)
Manuela. Me gusta la frescura! ¡Desgraciado!
Modesto. No hay que picarse. Yo no daba á esa expresion el significado que usted supone. No la articuló el desprecio, sino la delicadeza y la cortesía.
Engracia. (Eso ya es diferente.)
Modesto. Una cosa es no preciarme de entusiasta para con las mujeres, no perecerme por ellas, y otra faltar á los miramientos que les son debidos. En este concepto, no en otro, sería para mí una desgracia el haber atentado ni levemente, ni aún dormido, y por consiguiente muy contra mi voluntad, al pudor de ninguna.
Manuela. Muy bien, señor don.....
Modesto. Modesto Bonifaz para.....
Manuela. Para servir á Dios y á ustedes. (Cuando digo que es un infeliz..... Hasta en el nombre lleva la beatitud.)
Modesto. Mi sueño es ordinariamente dulce y bien criado; pero es posible que las oscilaciones de la góndola me hayan hecho perder maquinalmente el equilibrio é incurrir, bien á pesar mio, en algun desacato.
Engracia. [*Vivamente y con enfado.*] ¡No, señor, no, señor!
Manuela. (¡Vaya, que pica ya en historia la mojigatería de este prójimo!)
Engracia. Si se hubiera usted desmandado en lo más mínimo, yo le hubiera llamado al órden.

[*Otro intervalo de silencio, durante el cuál se han dormido Manuela y D. Modesto.—Vuelve á hacer alto la diligencia para el necesario cambio de caballerías.*]

ESCENA VII.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.
EL MAYORAL.

Mayoral. [*Abriendo la portezuela.*] Aquí pueden ustedes tomar un bocado, si gustan.
Manuela. Bajamos?
Engracia. Sí.
Manuela. [*A D. Modesto.*] Usted delante.
Modesto. No. Tengo poca gana, y prefiero mis víveres á los comistrajos de ventas y

paradores.—Pasen ustedes. Me encogeré todo lo que pueda.....

[*Se incorpora y se contrae para dejar pasar á Manuela y Engracia.*]

Manuela. Allá voy.....

Mayoral. Traiga usted la mano; que el estribo está un poco revesado.....

Manuela. No le hace: yo me ingeniaré.

[*Baja al camino.*]

Modesto. [*Mirando con atencion á Engracia, que ya está de pié para seguir á Manuela.*] (Oh!.... ah!.... Es un cielo su cara.)

Manuela. [*Desde abajo.*] Deme usted la mano, señorita.—Aquí el pié:—ahora aquí el otro. Bien. Vamos andando. Ya tenía gana de estirar un poco las piernas.

Engracia. [*Abajo y volviendo un instante la vista á la berlina.—Sus ojos se encuentran por primera vez con los de D. Modesto.*] (¡Se queda ahí!.... Se lo agradezco.)

[*Se dirigen á la posada las dos.*]

Mayoral. Cierro?

Modesto. No. Bueno es ventilarse un poco.

ESCENA VIII.

D. MODESTO.

Oh qué lindo pié! primoroso!—qué talle!—¡qué brio y qué gracia en todos sus movimientos!—Ya no la veo!.... y juraria que me contrista su desaparicion.—Oh! pese á mi orgullo, fuerza es confesar que no hay filosofía capaz de resistir á un sexo en que hay ejemplares tan seductores.—Pero es que tampoco habia yo visto hasta ahora tan bella criatura. Comparada con ella ¿qué es Emilia?—Ay! incomparable me pareció tambien aquella ingrata. Sí; pero es porque yo buscaba en la tierra el punto de comparacion. El tipo de Engracia sólo en el firmamento puede tener parangon.—¿Y quién sabe si será vision ideal, mito fantástico que ha engendrado mi imaginacion extraviada, febricitante..... Bien puede ser que el traqueteo del carruaje, el poco y mal dormir, ó acaso la falta de alimento, alteren mi salud, trastornen mi cerebro..., y una especie de, qué sé yo?, de paroxismo, puramente corporal, revista en mí la forma de arrebato amoroso.—Quizá cuando esa que al pronto me pareció no sé si hada ó sílfida se ofrezca de nuevo á mis ojos nublados por el sueño, se haya desvanecido el encanto.—Dios lo quiera: yo me hallaba muy bien sin los deliquios, sin las zozobras del amor.—Vamos á cuentas, señor don Modesto. Supongamos que mi compañera de viaje es en efecto un milagro de hermosura: ¿se sigue de esto que haya de ser tan bella de alma como de rostro? Así como aventaja sin duda á Emilia en atractivos, ¿no la puede exceder en perfidia y liviandad? Guarda, Pablo!.... Pero ¿cómo, si está dando tan inaudita muestra de constancia amatoria, de fidelidad conyugal? ¿Cómo, si lleva su teson hasta el extremo de sepultar sus hechizos en austera clausura?—¿Haria esa;—ya iba á decir locura, pecador de mí!;—haria tal cosa si fuese lo que son todas...., ó casi todas, una coqueta?—Y usted, señor Bonifaz, que tenía ya conatos de presbítero, ó por lo ménos de célibe morigerado y temeroso de Dios, ¿osaria usted poner asechanzas á aquella virtud acendrada? No, no: aquí de mi entereza, aquí de mi filosofía!—Ya sale. No la mirarémos..... Por qué no, menguado? Mirémosla; pero á sangre fria, con la calma de un estoico. Desafiemos al amor...., ó al diablo en figura de hurí..... Oh! poco he dicho todavía; es un serafin! Limpia ya del polvo del camino; reparado, aunque á la ligera, el consiguiente desórden del tocado, viene tal, que da gozo el mirarla.—Y á propósito, yo tambien necesitaria un poco de *toilette*. Sacudamos este polvo; que parezco un molinero. La cabellera pide tambien una mano de cepillo, y pues le llevo conmigo..... Ah! se ha ido?—Pasea con la fámula, y al parecer hablan con acaloramiento, disputan..... Se tratará de mí?.... Necio! Ni se acordarán..... ¡Pues miran al coche!—Ah! se ha aflojado el lazo de la corbata. [*Se la compone.*] Sigue el coloquio..... Observemos.

[*Queda en silencio contemplativo y mirando sin pestañear á la carretera, donde, simultáneo de la última parte de su monólogo, han entablado Engracia y Manuela el diálogo siguiente.*]

ESCENA IX.

ENGRACIA. MANUELA.

Manuela. Es posible? ¿Conque identificada con él, digámoslo así.....

Engracia. Sí, hechos un ovillo los dos.

Manuela. Si ambos nos hemos dormido, ¿qué tiene de particular..... Tales contingencias son inevitables en un carruaje público.

Engracia. Pero en contacto con un extraño, procuran al ménos no dormirse las mujeres honestas.

Manuela. Señorita!....

Engracia. No lo digo por injuriarte; pero....

Manuela. Como usted no tenía gana de conversacion, y quizá se rindió tambien al sueño.....

Engracia. No: no he pegado los ojos en todo el camino.

Manuela. Válgame Dios!.... Pero si yo, á pesar mio, pagué ese tributo á la humana debilidad, ¿por qué no despertarme....; y más si el sueño, de suyo nada melindroso, me hizo tomar alguna postura incongruente?

Engracia. Oh! muy cómoda, eso sí: la cabeza muellemente reclinada en el hombro de don Modesto.

Manuela. Sí? ¡Diablura..... Pero de nada me arguye la conciencia; ni creo que la de ese santo varon tenga por qué remorderle. Segura estoy de que él tambien en brazos de Morfeo.....

Engracia. Tal me ha parecido; pero ¿qué sabemos.....

Manuela. Si no dormia, quiere decir que, como buen cristiano, habrá llevado con paciencia el involuntario despotismo de mi cabeza, y á fuer de filósofo, si el peso de ella le ha hecho alguna sensacion, sin duda ha sido de disgusto. No presumo tanto de mí, que otra cosa me pueda pasar por la tela del juicio.

Engracia. Ciertamente, el sueño.....

Manuela. Es á veces indisciplinado; pero irresponsable.—Y supongamos de parte de ese *quidam* todo lo que usted quiera suponer; que de mí nada reprensible puede usted pensar: tanto peor para él si ha hecho, que no lo creo, calendarios de que yo no he sido ni pienso ser partícipe. Lo que puedo.....

Engracia. Basta!

Manuela. Lo que puedo asegurar á usted es que mi sueño, aunque fácil, no es pesado; que no hubiera podido tomarse la menor libertad don Modesto sin que yo lo hubiera advertido, y que en tal caso, yo tambien le hubiera llamado al órden, como usted decia; pero no así como quiera, sino con un alfilerazo.

Engracia. Bien: no hablemos más del asunto.

Mayoral. Al coche!

Manuela. Es que yo.....

Engracia. Vamos.

ESCENA X.

D. MODESTO. ENGRACIA. MANUELA.

Modesto. Ya vuelve. Prueba terrible! [*Ofreciendo su mano á Engracia, que va á entrar en la berlina.*] ¿Me será permitido, señorita...

Engracia. [*Aceptando la mano de D. Modesto.*] Mil gracias.

Modesto. (Oh!....)

Engracia. (Ah!....)

Modesto. [*Encogiéndose.*] Pase usted.....

Engracia. No: puede usted correrse al otro ángulo..... Qué más da?

Modesto. Muy bien. [*Pasa al otro rincon.*]

Manuela. Allá voy yo..... Ah! ¿Dónde.....

Engracia. Quédate en ese rincon por si todavía no has dormido bastante.

Manuela. Y usted en medio? Entónces.....

Engracia. [*Con retintin.*] Yo no duermo.

[*Rueda otra vez la diligencia.*]

Manuela. (Hum! Apostaria yo algo bueno á que la viudita no mira ya con tanto desagrado á ese.... neófito.—Y si, atando cabos, achacase yo esta nueva evolucion á algo de..... celotipia, puede que no me engañara.)

Modesto. Las han tratado á ustedes bien?

Manuela. Pícaramente. Yo no he comido más que cuatro cucharadas de sopa, y áun eso con repugnancia.

Engracia. Yo una taza de té y dos bizcochos.

Modesto. Es lastimoso, y cada dia más, el trato que se da á los viajeros en nuestros caminos. Á mí me ha hecho cauto el escarmiento y siempre llevo provisiones conmigo.

Manuela. Hace usted muy bien. Eso mismo propuse yo á mi señorita en los baños de Fitero; mas.....

Modesto. Ah! ¿Vienen ustedes de tomar aquellas aguas?

Manuela. Yo, gracias á Dios, no las necesitaba: mi señorita.....

Modesto. Qué! ha estado usted enferma?

Engracia. Levemente.

Modesto. Dolores reumáticos? Para el reuma son muy eficaces aquellos baños, segun cuentan.

Engracia. No, reuma, no; dolores, no; pero un malestar, una desazon continua.....

Manuela. Á los nervios lo achacaron los médicos.

Engracia. Más tienen de espiritual que de físico mis dolencias.

Manuela. (De uno y otro me parece á mí.)

Modesto. Siento en el alma, señorita.....

Engracia. Tenian quiero decir. De Fitero salí bastante aliviada, y aunque al principio no dejó de molestarme el carruaje, despues...., no sé...., creo que el movimiento no me ha perjudicado, y por el momento me hallo bastante bien.

Manuela. (Qué decia yo? No hay con que pagar ese candor.)

Modesto. Felicito á usted de todas véras, Engracia.....

Engracia. Lo estimo.

Manuela. (Engracia! Ya no esquivamos los nombres propios. Esto marcha.)

Engracia. Con todo, siento en el estómago algo de...., como desfallecimiento.....

Modesto. Ah! necesidad sin duda.—Afortunadamente yo puedo.....

Engracia. No, no creo que sea eso; más bien desgana..... Si algun apetito hubiera yo tenido, bastaban para quitármele de todo punto los grasientos y mal acondicionados manjares que presentaron en aquella mesa fementida.—Pero no; la falta de descanso es lo que me da guerra. Si yo pudiese dormir un rato..... Probaré.

Manuela. Será inútil. Con hambre y con penas no se duerme.

Engracia. Penas, ah! sí.

Modesto. Engracia!

Manuela. (¿Cuánto va á que ya no son las de ayer?)

Engracia. Pero *¡hambre!* No digas eso por Dios, Manuela.

Manuela. No un hambre villana, ya se entiende; pero sí la discreta y de buen tono que es permitida á una dama.—Pues quiera usted ó no quiera, voy á darle unas rosquillas.....

Engracia. Bien, una ó dos.....

Manuela. [*A D. Modesto.*] A esta parva materia y á un frasco de agua de azahar se reduce nuestro repuesto.

Modesto. Si tuviese yo la buena fortuna de que aceptase usted algo del mio, que es más confortable.....

Engracia. No; dispénseme usted, señor don Modesto.....

Manuela. (Señor don Modesto! Bravo!)

Engracia. Me haria daño.

Modesto. No lo crea usted. Todo sienta bien caminando: el aire del campo abre el apetito y el bamboleo de un coche es el mejor digestivo. Yo, salvo el respeto debido, tengo ya..... no diré hambre; pero algo muy parecido á ella.

Engracia. Ha parado el coche.

Manuela. [*Mirando al camino.*] Sí, y no debe de ser para mudar tiro, porque no desenganchan.

Modesto. No. Al parecer estamos en despoblado. Alguna avería.....

Manuela. Sin duda. El Mayoral se ha apeado.

Modesto. El zagal echa ternos.

Engracia. Oigo martillazos.

Manuela. Estamos seguros, Mayoral?

Mayoral. No hay cuidado. ¡Maldecida góndola!....

Modesto. Bajarémos.....

Engracia. [*Gritando.*] Ay madre de Dios!..

Mayoral. No hay necesidad ¡voto al diablo!.. ni de bajarse, ni de chillar.

Manuela. Es cosa que encanta la amabilidad de un mayoral.

Modesto. [*Mirando al camino.*] No es de importancia el siniestro, á lo que veo; y á fe que este alto nos viene de molde para tomar una refaccion. [*Tomando la cesta y sacando de ella lo que va diciendo.*] Veamos..... No ha padecido detrimento la despensa: está muy bien arreglada la cesta. Saquemos primero esta servilleta, que servirá para Engracita.....

Engracia. No.....

Manuela. (Ya hemos avanzado al diminutivo.)

Modesto. Si me hace usted el obsequio de aceptar.....

Engracia. No; ¡si yo.....

Modesto. No tenga usted escrúpulo: está sin hacer del agua.

Engracia. Lo creo, pero es excusado... Sírvase usted de ella.

Modesto. Para mí la otra, la que contiene las vituallas, que tampoco está sucia, porque cada artículo lleva su doble envoltorio de papel blanco.

Manuela. ¡Vaya si es aseadito y primoroso el señor don Modesto!

Modesto. Jamon cocido en vino generoso. ¿Quiere usted probarlo? Está diciendo ¡comedme!

Engracia. Lo agradezco infinito; pero no me atrevo.....

Modesto. Yo respondo de que le ha de sentar á usted de perlas. Viene ya partido en lonjas delgadas. Ea! honre usted una con sus dientes de aljófar.

Engracia. Jesus! Yo.....

Manuela. (Requiebros ya! Las diligencias hacen prodigios.)

Modesto. Anímela usted, Manuela.

Manuela. (Tambien ha aprendido mi nombre; pero no hay *ita* para mí.)

Modesto. Vaya!.... Ah! partiré pan.

Manuela. La animaré con el ejemplo; que en verdad conforta el olorcillo. [*Toma y come.*]

Engracia. (Creo que apetezco..... Pero ¡merendar con un hombre, áun siendo tan fino y tan..... Ay Dios!)

Modesto. No quiere usted complacerme?

Engracia. Sentiré que lo tome usted á desaire.....

Modesto. No tal; pero ya que usted no sigue el ejemplo de su doncella, yo seguiré el de usted. No probaré bocado.

Manuela. Puedo hablar con franqueza?

Modesto. Sí.

Engracia. Sí. (Ya deseo que me inste.)

Manuela. Pues en primer lugar, declaro que el jamon es sabroso, exquisito, y que pienso repetir con permiso de este señor: en segundo lugar, creo que, absteniéndose de él mi señora por..... por cortedad, y el camarada por quijotismo, le hacen una inmerecida ofensa, y ni Dios ni el diablo se lo agradecerán.

Engracia. Por cierto que.....

Modesto. Que sí, verdad? Y esa grata sonrisa me dice que.....

Engracia. Que si ayuna usted, yo tendré la culpa, y no debo cargar mi conciencia..... Tomo pues.....

Modesto. ¡Cuánto agradezco.....

Manuela. Vítor! Verá usted qué bien le sabe. Á ver otra para mí?

Modesto. Ajá! Tomo yo tambien mi pitanza..... Qué tal?

Engracia. Está muy rico. ¿Quién le ha aderezado?

Modesto. El ama de mi tio el prebendado de Tarazona, de donde vengo ahora.

Engracia. Digo á usted, señor don Modesto, que debe de ser mujer de provecho.

Modesto. Oh! tiene unas manos... Y limpia como el oro.

Engracia. Conque viene usted de Tarazona?

Modesto. Sí, señora. Tengo allí una parte de mis haciendas.....—Otra lonjita!

Engracia. [*A Manuela.*] La tomo?

Manuela. Claro está; y yo la tercera.

Modesto. Y además, como mi tio es un santo.....

Manuela. (Ya volvemos á la santidad?)

Modesto. Fuí á pedirle consuelos en mi tribulacion.....

Manuela. Tribulacion?—Ya: por la mala pasada de la.....

Modesto. Ciertamente; y consejos.....

Engracia. De él habrá usted tomado el de ordenarse.....

Modesto. Por de pronto le tomé poniendo órden en mi conducta y freno á mis pasiones.

Manuela. Con todo, las hay legítimas.....

Engracia. Déjale hablar.

Manuela. Ó legitimables.

Modesto. Confieso que mi vivo resentimiento por una parte, y por otra la animadversion del arcediano al sexo femenino.....

Manuela. Al llamado bello sexo, como decia usted anoche.

Modesto. Ya no puedo ménos de certificar que lo es.

Manuela. (Y la mira! ¡y ella baja los ojos y se pone como una grana! ¡Lucido va á quedar el arcediano!)

Engracia. Ah!

Modesto. No es nada. Vuelve á rodar la diligencia; pero podemos seguir merendando.—Otra rebanadita?

Engracia. No, no, basta!

Modesto. Bien está; pero un traguito es ahora indispensable.—Va usted á probar de este vino, [*El de su frasco.*] que es un bálsamo.

Engracia. Vino!.... Ah!....

Manuela. De la bodega del tio, por supuesto.

Modesto. Sí; de su cuba predilecta.—Aquí traigo un vasito de plata... [*Lo saca y echa vino en él.*]

Engracia. Por Dios!.... Vino!....

Modesto. No le ha bebido usted nunca?

Engracia. Sí, poquito...; ántes de enviudar.

Manuela. (Oh paloma sin hiel!) Pero no pide de rigor el estado de viuda que se haga novedad en las reglas de la higiene. Ó tenemos sed ó no la tenemos.

Engracia. Sí, alguna tengo.....

Modesto. Es consiguiente.....

Manuela. Y ya ve usted, agua, no llevamos..... Ah! sí, la de azahar; pero tras del jamon, no me parece muy á propósito.

Modesto. Bébalo usted sin recelo: es suave y sin mezcla de ningun ingrediente nocivo.

Engracia. Bien, una gota... [*Bebe.*] En efecto, el paladar le recibe bien.....

Modesto. Y el estómago, mejor. Otro sorbito.....

Engracia. Por complacer á usted..... [*Toma otro sorbo.*] Basta. Apúralo tú, Manuela.

Manuela. [*Tomando el vaso.*] Con mil amores. (Hola! ¡ pues no le ha dado mal tiento *sor* Engracia!) [*A D. Modesto dándole el vaso.*] Bien decia usted: esto es capaz de resucitar á un muerto.

Modesto. [*Llenando el vaso y apurándole en seguida.*] Mi tio es hombre que lo entiende.

Engracia. [*Sonriéndose.*] Ya veo que el darse buen trato no es incompatible con la santidad.

Modesto. Nada de eso. Los neo-católicos de punta, ó que pasan por tales, son, á cuál más, bravos gastrónomos.—Á propósito, traigo tambien una gallina asada, que por lo tierna y mantecosa es digna de un cardenal. Va usted á dar su voto.....

Engracia. No, señor, no: ya basta, y sobra.

Manuela. ¿Tan tragonas nos supone usted, ó tan hambrientas que..... Vaya!

Modesto. Bien: la guardarémos para más adelante.....

Engracia. Ahora....;—vergüenza me da, pero no hay otra cosa que ofrecer á usted;—si gusta de un par de rosquillas.....

Manuela. [*Sacando de una cestita de viaje un cucurucho con rosquillas y dándosele á Engracia.*] Sí, sí. Son gustosas.

Engracia. [*Presentando á D. Modesto el cucurucho abierto.*] Tome usted.....

Modesto. [*Tomando algunas.*] Sea cual fuere su mérito intrínseco, de mano de usted, hermosa Engrácia, me sabrán á mí.....

Manuela. [*Riéndose, y con énfasis.*] A rosquillas: eso, por sabido se calla.

Engracia. [*Sonriéndose.*] No haga usted caso...

Modesto. Bocado especial! Esto es ambrosía.

Manuela. No digo?

Engracia. Toma tú tambien, loca. [*Se queda con un par de ellas, pasa el cucurucho á Manuela, y esta lo guarda despues de tomar tambien dos ó tres rosquillas.*] Y volviendo á la plática comenzada, decia usted, amigo mio.....

Manuela. [*Entre dientes.*] Otro pinito. ¡Bueno! Pronto soltará el niño los andadores.
Engracia. ¿Qué murmuras tú.....
Manuela. Nada: estoy..... rezando.
Engracia. Decia usted que los consejos de su reverendo tio.....
Modesto. Me inspiraron las dos ideas que me dominaban cuando tuve la honra...., qué digo?, la dicha de unirme á ustedes.
Engracia. La dicha? Pronto lo dice usted!
Modesto. No, sino tarde, porque debí decirlo desde el momento en que entré en la berlina.
Engracia. Don Modesto!.... (Ah! yo no sé lo que pasa por mí.....)
Manuela. Ya se ve, como era de noche, y de noche todos los gatos son pardos, y luégo se durmió como una marmota..... Ya era tiempo de que nos hiciera usted justicia.
Engracia. Callarás, aturdida? Prosiga usted.
Modesto. Venía preocupado contra las mujeres en general; y he aquí una de las dos consabidas ideas dominantes. La otra, aunque todavía poco desarrollada en mi mente, era acabar mis dias en el celibato, y áun abrazar el estado eclesiástico luégo que estuviese seguro de que Dios me llamaba por ese camino.
Manuela. Como usted, señorita; pero tampoco usted habia madurado todavía su resolucion.
Engracia. Oh! Mira, Manuela, que estás insufrible. Te prohibo que hables.
Modesto. Ah! no la regañe usted. Su lealtad y su cariño la excusan.—Pocas horas, y circunstancias tan plausibles para mí como imprevistas, han bastado para convencerme de que era absurda y temeraria la primera idea; y de esta conviccion, que tanto me va ya lisonjeando.....
Engracia. Ah!....
Modesto. Qué?
Engracia. [*Vivamente.*] Nada; no he dicho nada.
Modesto. De esta conviccion ha nacido naturalmente otra, la de que tampoco estoy organizado yo para realizar la otra idea, aunque de suyo recomendable en extremo.
Manuela. (Si me dejara hablar.....)
Modesto. Practicable tambien, pues de ello nos dan frecuentes ejemplos las almas privilegiadas.—La de usted es sin duda una de ellas.
Engracia. La mia?.... Yo..... (No acierto á responder. Ahora me pesa de haber impuesto silencio á Manuela.)
Modesto. No obstante, si, como yo desearia, aunque no me atrevo á esperarlo, tambien se han modificado algun tanto las ideas de usted.....
Engracia. Quizá..... Yo nunca he sido pertinaz en mis opiniones ni en mis... Y aunque mi situacion era mucho más penosa que la de usted...., tambien las circunstancias..... En fin.....
Modesto. Esa agitacion..., esas reticencias... ¡Oh cuán feliz sería yo si me fuese lícito interpretar.....
Manuela. [*Sin poder contenerse.*] ¡Nada de interpretaciones! Disimule usted, mi amada señorita; pero no he podido ménos.....
Engracia. Sí, sí; habla; di lo que quieras.
Manuela. Pues digo,—y usted, señor don Modesto, guárdese de hacer comentarios, que pudieran ser erróneos, ó por lo ménos, prematuros;—digo que no hay regla sin excepcion: que el dolor aislado ó el despecho solitario raciocinan de ordinario muy mal; que en los juicios absolutos suele no haber pizca de buen sentido; que tratadas las personas se aprecian mejor en lo que valen y que hablando se entienden. Digo que si nuestro buen compañero de viaje no ha tenido reparo en confesar que era tan poco razonable como grotesco el desden con que miraba á las hijas de Eva, ménos debe usted sonrojarse, señorita, de condenar su aborrecimiento, imaginado ó cierto, á los hijos de Adan. Digo que para él hay ya por lo ménos una mujer aceptable.....
Modesto. Adorable!
Manuela. Silencio!—Tal vez dos, porque me parece que á mí tampoco me confundirá con el vulgo de las mujeres.
Modesto. No por cierto; que eres una alhaja.
Manuela. Gracias. (Ya me tutea!) Digo que tambien mi señorita excluye de su anatema á un hombre.
Engracia. Dice la verdad.
Modesto. Oh Engracia!
Manuela. Poco á poco! Digo que uno y otro deben ustedes felicitarse de haber contraido esa recíproca estimacion debida á una venturosa casualidad.
Modesto. Yo bendigo.....
Engracia. Yo tambien..... celebro.....
Manuela. Bien. Por de pronto eso alivia, y dos personas que ya se estiman, bien pudieran.....
Engracia. Basta, basta! Ya vas hablando demasiado.
Manuela. ¿Qué digo yo que no sea muy natural? Estamos en el siglo del vapor y la electricidad; no somos caducos ni anacoretas.....
Engracia. Basta, digo! (Me sofoca.)
Manuela. Bien, no se altere usted. Será lo que Dios quiera; pero ¿qué pierde usted en oirme charlar para distraerla un poco? Tómelo usted como una broma, hija de la familiaridad en que ya estamos..... [*Suelta una carcajada, y no son dueños de dejar de imitarla D. Modesto y Engracia.*] Así! alegrémonos, riamos, y llévese el diablo lo

que sea suyo. Confesemos que fué un grande hombre el inventor de las diligencias. Es el descubrimiento más sociable y más... Ja, ja, ja!.... ¿Quién de nosotros es ya lo que era anoche? ¿Quién piensa como pensaba hace algunas horas?

Modesto. Cierto. Yo me desconozco á mí mismo.

Engracia. Y yo..... voy conociéndome algo mejor.

Manuela. Ja, ja!.... Magnífico! Anoche no nos podíamos aguantar unos á otros, y ahora estamos á partir un piñon.

Engracia. Pára el coche.

Modesto. Van á enganchar otro tiro. Bajaré: no he fumado..... [*Abre la portezuela.*]

Manuela. No se incomode usted por eso: mi señorita permitirá.....

Engracia. [*Al oido.*] Déjale que baje. [*Á D. Modesto.*] Sí, baje usted.....

ESCENA XI.

ENGRACIA. MANUELA.

Manuela. Pobre mozo! Es tiranía..... Don Julian fumaba.

Engracia. Ay Manuela! [*Se echa en sus brazos y rompe á llorar.*]

Manuela. ¿Qué es esto, señorita!

Engracia. En hora fatal entró aquí don Modesto. Ah!....

Manuela. Al contrario: yo creo..... ¡Llora usted! solloza!

Engracia. Lloro mi fragilidad...., mi crímen.....

Manuela. Crímen! Dónde está el crímen?

Engracia. Manuela!.... Yo sospecho que..... ay! que le amo.

Manuela. Y yo lo sé de fijo. Pero ¿qué mal hay en eso? Él tambien está que delira por usted.

Engracia. ¡Pero él no habia jurado eterna fidelidad á otra mujer!

Manuela. Pero nada hay eterno en este mundo; y el que pudre no ha de venir á residenciar á usted porque, sin buscarlo, sin desearlo y como llovido del cielo, se le ha aparecido un jóven digno, el único digno sin duda de reemplazarle.

Engracia. Reemplazarle! ¿Puedo yo consentirlo sin ser perjura?

Manuela. Sí, señora. Usted juró de buena fe; pero hizo la cuenta sin la huéspeda.—Aquí la huéspeda es la próvida naturaleza, cuyo imperio no es fácil resistir, ya se lo tengo dicho á usted, y ménos en el verdor de la juventud.

Engracia. Pues yo le resistiré...., aunque me cueste la vida.

Manuela. Oh! no lo diga usted; que mayor perjurio sería ese.

Engracia. Mayor perjurio!

Manuela. Peor todavía: conato de suicidio, que yo combatiré con todas mis fuerzas.

Engracia. Funesto viaje!

Manuela. No blasfeme usted...—Ya vuelve don Modesto. Buen ánimo! Serenidad!.... Enjugue usted esos ojos.....

Engracia. Ah! Sí.

[*Se enjuga las lágrimas y se corre al rincon.*]

ESCENA XII.

LOS TRES VIAJEROS.

Modesto. ¿Puedo pasar.....

Engracia. Quédese usted en ese rincon: yo en este.

Modesto. Otro cambio? Sentiria en el alma..... [*Rueda otra vez el coche.*]

Engracia. No lo tome usted á mal: es que necesito...., quisiera dormir.....

Manuela. [*Bajando la voz.*] Sí, tiene sueño. Como no ha descansado en tantas horas...

Modesto. Dice usted muy bien.—Y el refrigerio que hemos tomado convida tambien al sueño..... Pero callemos.....

Engracia. No; hablen ustedes. Así y todo me dormiré si Dios lo quiere..... (y me haria un gran beneficio.)

Manuela. (Se dormirá. Ya ha desahogado su corazon llorando en mis brazos, y al fin, como, viuda y todo, no pasa de ser una niña.....)

Modesto. [*Á media voz con Manuela.*] Dígame usted la verdad: está enojada? ¿ha habido reaccion?....

Manuela. No, señor: el calor excesivo...., la atmósfera cargada...., la lucha interior que tal vez suscitan en su pecho sensaciones á que no venía preparada; todo esto...

Modesto. Ah Manuela! ¿Seré yo tan dichoso que.....

Manuela. Chit!.... Á ver?—Pues, en efecto, se van entornando sus ojos.....

Modesto. Mujer hechicera!

Manuela. Se duerme..... Callemos..... [*Momentos de silencio. Se duerme Engracia.*] Sí, ya duerme, y con un sueño angélico que me parece de muy buen presagio.

Modesto. Para quién?

Manuela. Para ella y para usted.

Modesto. ¡Qué gloria para mí...., si no es que yo duermo tambien, y lo estoy soñando!

Manuela. Ese sueño reparador será el término de la crísis.....

Modesto. Crísis..... ¿Crees tú que hay crísis..... Pero si cuando despierte, triunfa del incipiente el amor antiguo.....

Manuela. No es de esperar. Usted presente, el otro... Ganar batallas despues de muerto, sólo fué concedido al Cid Campeador.
Modesto. ¡Con qué delicia te estoy oyendo, muchacha!
Manuela. Y aquí para entre nosotros, la fe hasta hoy guardada, sobre ser muy natural en una jóven sensible y honesta, no estribaba tanto en el mérito del difunto, aunque no carecia de él, como en la buena correspondencia;—porque él la idolatraba, eso sí;—en la compasion acaso.....
Modesto. Compasion!
Manuela. Sí, señor. Gozaba el pobre de muy poca salud, como que murió tísico.
Modesto. Sí? Dios le tenga en su gloria. Yo, gracias á su divina majestad y en buena hora lo diga, soy un roble. ¡Cuando no me mató aquella traidora!....
Manuela. ¿Quién sabe si Dios le ha guardado á usted para.....
Modesto. Para Engracia? Ah! con ella me daria el Paraíso.
Manuela. Es posible..... Yo..... en lo que esté de mi parte contribuiré..... Pero..... me voy contagiando.....
Modesto. De qué?
Manuela. Del sueño.
Modesto. Pues duerme, hija mia. Yo no sé si podré..... Me desvelará el temor..... Eh?....—Se ha dormido tambien.—No me vendria mal á mí..... [*Con la mano en el pecho.*] Tambien ha habido aquí pelea, aunque no tan reñida..... [*Reclinando la cabeza en el rincon.*] Si descansara, aunque no fuese más que un cuarto de hora.....—El sol se está poniendo, y ya entra por aquí un remusgo..... Echemos el cristal..... [*Silencio de algunos momentos: luégo prosigue interrumpiéndose y dormitando.*] Aquella mala pécora..... El arcediano..... Vicisitudes.... Engracia!....

[*Se duerme tambien, y al cabo de media hora despiertan los tres á los gritos de: Pára! so!—Abajo, abajo!, interpolados con juramentos y palabrotas soeces.*]

ESCENA XIII.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO. EL MAYORAL.

Mayoral. [*Abriendo la portezuela.*] ¡Abajo, señoras!
Engracia. Ah!
Modesto. Qué es esto?
Mayoral. Pronto!
Manuela. Ladrones?
Mayoral. No, no es eso; es que..... ¡Maldita sea el alma de los caminos y los carruajes, y la..... Es que el coche se ha inutilizado, y á dos rodadas más nos lleva á todos el demonio.
Engracia. Ay! bajemos.....
Modesto. Sí.....
Manuela. Volando..... Los mantones!
Modesto. La capa!

[*Bajan, ellas con sus pañuelos de abrigo y él con su capa.—Huracan, frio, que por grados se aumenta; aguacero mezclado de granizo y nieve; noche cerrada. Se supone que los demas viajeros bajan tambien de sus respectivos asientos, gimiendo y gritando las mujeres; jurando ó maldiciendo los hombres.*]

Modesto. Esperarémos?
Mayoral. No se lo aconsejo á ustedes, porque la góndola está inservible, y gracias si, despues de tardar una hora en mal pergeñarla, la podemos arrastrar sola hasta Jadraque. Lo mejor que pueden ustedes hacer es irse un pasito tras de otro camino adelante.
Engracia. Dios mio! ¡y en noche tan horrible!
Manuela. Lloviendo!.... granizando!

[*Gritos y reclamaciones de los otros viajeros.*]

Mayoral. Por fortuna, el pueblo está cerquita, á poco más de dos calo...., quilo..... Cómo se dice eso?
Modesto. Kilómetros.—Del mal el ménos.
Manuela. Apretarémos el paso.... Abríguese usted bien.
Mayoral. [*Al zagal.*] Á ver si avanzamos un poquito; que aquí estamos mal.—Ayuda tú por el otro lado; yo por este; y tú, delantero, al paso..... Cuidadito!

[*La diligencia, así llevada, desaparece pocos momentos despues, y tambien todos los pasajeros, ménos D. Modesto, Engracia y Manuela; Engracia atribulada con lo que acaba de ocurrir y sin acertar á moverse; Manuela poco ménos.*]

ESCENA ÚLTIMA.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

Engracia. Qué haremos? Si hubiera aquí donde guarecerse..... Pero ¡ni una choza, ni un árbol!....
Manuela. Lo ménos expuesto es caminar, y todo lo de prisa que podamos. El frio arrecia.....
Engracia. Yo estoy pasmada: no tengo aliento ni para dar un paso.
Modesto. Válgame Dios!.... Y sin más abrigo que un pañuelo de entretiempo.....

Engracia. Que se calará muy pronto, porque llueve.....

Modesto. Ah!.... bien haya mi prevision! Abríguese usted con mi capa.

Engracia. No, no! Y usted?

Modesto. Yo soy hombre, y de constitucion robusta. No se cuide usted de mí.

Engracia. Que no me cuide de usted! Ah!.... Y he de ser tan egoista?

Manuela. No hay necesidad de que lo sean ustedes ni el uno ni el otro: una capa puede abrigar á dos.

Engracia. ¡Yo..... ¿Qué te atreves á proponerme?

Manuela. Una cosa muy natural en circunstancias tan críticas.

Engracia. Pero el pudor..... Manuela!....

Manuela. ¿Qué peligro puede correr el pudor cuando estamos dando diente con diente? (La procesion va por dentro.)

Modesto. Engracia!....

Manuela. Ea, vamos! Con esa obstinada resistencia se tira usted á matar, señorita.

Modesto. Y á mí me hace usted una injuria sangrienta; porque cierto es que la amo á usted con todo mi corazon; pero soy hombre de honor, soy caballero.

Engracia. Ah! no lo dudo, pero..... Dios mio!

Manuela. Y áun aceptando en participacion la capa de un hombre, puede ser casta la que quiere serlo.

Engracia. [*Aparte con Manuela.*] Pero ese hombre ¿es acaso..... indiferente para mí?

Manuela. Si no lo es, tanto mejor para aceptar de él un beneficio necesario, urgente..... Y en todo caso, acuérdese usted solamente de que se está helando..... Ah! copos de nieve..... Dios nos asista!

Modesto. Por Dios, Engracia!.... Figurémonos que somos otro Pablo y otra Virginia... y cuando esto no sea, ¡prójimos, nada más!

Engracia. No es desprecio: es que..... no me puedo resolver.....

Modesto. Pues bien, apelemos á otro arbitrio. Imitador de san Martin, aunque indigno, partiré la capa en dos pedazos.....

Engracia. No, no! qué locura!

Modesto. Aquí traigo una navajita.....

[*La saca y se dispone á dividir la capa.*]

Manuela. [*Interponiéndose.*] No lo permito. Una capa nuevecita!

Engracia. Ni yo debo consentirlo.

Manuela. Y sería un sacrificio inútil. Bajo una capa se cobijan bien dos individuos; pero media capa no socorre á nadie.—Vamos, decídase usted.—No digo? Ya está hecha una sopa. Siquiera mi manton es un poco más fuerte, y yo tambien.—Ea, acabemos!

Engracia. Jesus!....

Modesto. Prefiere sin duda una pulmonía á deberme algo á mí.—Bien está. Mal que á usted le pese, una misma será la suerte de los dos. Quédese la capa sobre este ribazo, y admire el orbe, cuando lo sepa, nuestro necio martirio y nuestra ridícula heroicidad.

Engracia. ¿Cree usted, ingrato! que su salud no me interesa tanto por lo ménos como á usted la mia? (Ah! qué he dicho?)

Modesto. Prenda amada!

Manuela. Qué diantre!.... ¿No hemos juntado ya comiditas? ¿no hemos dormido bajo un mismo techo?

Engracia. Confieso que la situacion apremia y me disculpa....; pero bien conocerá usted que sólo de un padre ó de un hermano podria yo...., deberia yo aceptar ese servicio.

Manuela. [*Con prontitud.*] Ó de un esposo.

Engracia. Ah! qué dices?

Modesto. Lo primero no está en mi mano; lo segundo sí, y en mi mente, y en mi corazon; pero Engracia no me juzga digno de tanta gloria.

Engracia. Digno..... sí; gloria..... quizá..... ¡Por la Vírgen, no abuse usted del conflicto en que me veo!

Manuela. Vamos! ¡Si no hay remedio..... Si es cuestion de vida ó muerte! [*A don Modesto.*] ¡Pronto, póngase usted esa capa! [*Lo hace D. Modesto.*] Ampárese usted en ella, señorita de mi alma: es capa conyugal..... y en cierto modo, *pluvial* tambien, pues defenderá á usted del agua.

Engracia. Sea, pues no hay otro recurso. [*Se arropa tímidamente con una punta de la capa.*] Pero..... ¡contraer segundas nupcias!....

Manuela. Al año casi de haber enviudado!.... y en tal apuro!.... ¿Quién no la absolveria á usted?

Engracia. ¡Yo prometida esposa de un hombre á quien hace pocas horas no conocia!

Manuela. El amor, harto *diligente* ya de por sí, ¿no ha de serlo embutido en una *diligencia?*

Engracia. Qué esponsales, gran Dios! ¡En un despoblado, entre tinieblas y en medio de un deshecho temporal!

Manuela. Esponsales románticos, es decir, interesantes hasta lo sumo, que darán á ustedes, y á mí tambien, gran celebridad.

Modesto. No es menor mi asombro, bellísima Engracia, al verme tan radicalmente cambiado; pero la Providencia, que sin duda nos crió al uno para el otro, ha querido disponerlo así. Si recuerda usted todos los accidentes del viaje, y en particular el último, habrá de confesar que no sin designio nos ha juntado; que leyendo en nuestros corazones mejor que nosotros mismos, ha preferido unir en tierno y feliz consorcio á los que ayer hacian vano alar-

de de sublime virtud, y mañana quizá habrian de gemir bajo el peso de tardío, y desgarrador, y criminal arrepentimiento.

Engracia. Ah! tiene usted razon: justo es acatar los decretos del Altísimo.....

Manuela. Y más cuando está tan de acuerdo con ellos nuestro corazon.—Pero abríguese usted bien.

Engracia. Basta.....

Manuela. ¿Qué ha de bastar, si apénas cubre usted la espalda..... Con ese pueril regateo, ni usted ni él se guardan de la intemperie. Más juntitos! ¿Cómo ha de ser!....

Engracia. Bien..... pero que me jure.....

Manuela. Sí jurará.

Modesto. Engracia mia!

Manuela. Eh, todavía no! Primero voy yo á casar á ustedes.

Engracia. Muchacha!

Manuela. No con la autoridad de párroco: ¡Dios me libre de semejante sacrilegio! sino así..... provisionalmente, como testigo de excepcion, único..... providencial; como instrumento lego, pero abonado, de la voluntad celeste.

Engracia. Yo invoco tambien la ley de la inexorable necesidad.....

Modesto. Qué! ¿sin ella.....

Engracia. Sin ella sería usted siempre muy merecedor de mi cariño y de mi mano; pero daríamos tiempo al tiempo.....

Manuela. Áun está ó quiere parecer un poco recalcitrante.—Excúsela usted: su puntillo lo exige.....—Ahora bien: señora doña Engracia Manrique, ¿acepta usted por esposo al señor don Modesto..... Cómo?

Modesto. Bonifaz.

Manuela. Bonifaz?

Engracia. Sí acepto.

Manuela. Señor don Modesto Bonifaz, ¿otorga usted su mano á la señora doña Engracia Manrique?

Modesto. Sí otorgo.

Manuela. Amén! La Iglesia sancionará luégo esas promesas, de que yo, fiel de fechos con faldas, certifico como más haya lugar en derecho. Entre tanto, yo os doy mi enhorabuena y mi bendicion.

Modesto. Oh admirable Manuela! Tienes en ella un tesoro, esposa mia.

Manuela. Ya se apean el tratamiento. ¡Albricias!

Engracia. Oh! sí, mi querido Modesto; es mi mejor..... mi única amiga.

Manuela. Sí tal; pero ¡á Jadraque! ¡á Jadraque! Qué esperamos ya?

Modesto. Parece que el cielo se va despejando.....

Engracia. Indicio tal vez de que Dios acoge nuestros votos.

Manuela. Quién lo duda? Y el cierzo amaina, y..... Oh! la luna aparece tambien, limpia, esplendente y en toda su magnitud.

Modesto. Precursora de otra más grata; de la luna de miel.

Manuela. Saludemos con efusion al astro de la noche. [*Cantando.*] *Casta Diva..... Casta Diva.....*

Engracia. Eh! calla, atolondrada. Marchemos.....

Manuela. Y alabemos á Dios, que todo lo ha ordenado para vuestra felicidad, y para que, unidos en casto vínculo, le sirvais y adoreis.—Mas no porque esta aventura haya tenido tan honesto y dichoso término, deja de ser uno de los más sentenciosos y verdaderos el refran que dice: *Entre santa y santo, pared de cal y canto.*



MARÍA Y LEONOR,

ó

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Príncipe el dia 16 de Enero de 1863.

PERSONAS.

LA CONDESA.	D. ALFONSO.
LEONOR.	LUPERCIO.
FULGENCIO.	D. BERNARDO.

La accion pasa en el Cabañal de Valencia.

ACTO PRIMERO.

Fachada de la alquería de D. Alfonso, en el foro, con puerta practicable, que deja ver á corta distancia un jardin y en lontananza el mar. Á cada lado de la puerta habrá una reja con persianas corridas, y un espeso emparrado dará sombra á la entrada de la alquería.

ESCENA I.

LA CONDESA. LUPERCIO.

[*Llegan por la derecha.*]

Condesa. No pasemos adelante:
esa es la finca rural
que busco.
Luperc. Es fácil aquí
una por otra tomar
cuando en calles y viviendas
hay tanta uniformidad.
Condesa. Esa es: tiene un emparrado
que no tienen las demas.
Llame usted.
Luperc. [*Acercándose á la alquería.*]
Voy..... Es inútil;
que asoma por el zaguan
quien puede darnos razon.....

[*Aparece Leonor saliendo de la alquería y dirigiéndose á la izquierda del foro.*]

ESCENA II.

LA CONDESA. LUPERCIO. LEONOR.

Luperc. (Bocado de cardenal!)
Condesa. Pregunte usted.....
Luperc. Señorita.....
Usted me ha de perdonar.....

Leonor. No hay de qué.
Luperc. Es usted de casa?—
No es pregunta de fiscal
la mia.
Leonor. Ya lo supongo.
Luperc. Ni mera curiosidad
la que.....
Leonor. Bien está. Aquí vivo.
Qué tiene usted que mandar?
Luperc. Mi señora la condesa
de Fonsalubre dirá.....

[*Recíproca salutacion muda de las dos damas.*]

Condesa. El asunto, señorita,
que, trayéndome á este umbral,
me proporciona el honor
de conocer y tratar
á tan bella criatura.....
Leonor. Señora! Yo no.....
Condesa. Sí tal.—
Pero iba usted á salir,
y es falta de urbanidad.....
Leonor. Iba á hacer una visita
cuatro casas más allá;
mas, como es de confianza,
la haré despues: es igual.
Condesa. Siendo así...

[*Aparte con Lupercio.*]

Qué amable!
Luperc. Oh! mucho.
Leonor. Dígnese usted pues de honrar
el modesto albergue.....
Condesa. Gracias.
Si usted no lo toma á mal,
debajo de este emparrado,
que oreando la brisa está,
departiremos un rato,
ya que este lindo lugar,
suprimiendo vanas fórmulas,
da al trato más libertad.
Leonor. No replicaré. (Es simpática.)

[*Desde la puerta.*]

Trae aquí sillas, Pilar.

[*Una criada sale poco despues con sillas, las deja bajo el emparrado, y en seguida se retira. Las señoras y Lupercio se sientan.*]

Condesa. Va usted á decir sin duda
que es capricho original
el mio. Yo, que en Valencia
resido tres meses ha,
he venido aquí, hostigada
por el calor estival,
á bañarme,—por placer,
que no por enfermedad,—
en esa risueña playa.
Con lujo casi oriental
me hospeda una hermosa quinta
que he conseguido alquilar,
y de la cual puede usted
disponer.
Leonor. Gracias.
Condesa. Pero hay
entre mi quinta y la playa
un fatigoso arenal;
y aunque á mis yeguas, no á mí,
hace el tránsito sudar,
me mortifico en extremo
con esa contrariedad.
Ni alquería ni cabaña
queda disponible ya
de las de esta calle nueva,
que es la más próxima al mar.
No falta quien, presumiendo
que hay ménos dificultad
en hacerme propietaria
que huéspeda temporal,
me lo propuso, y ya cuento,
por algo se ha de empezar,
con una cabaña
Leonor. Sí?
Condesa. Mas tan reducida y tan.....
Leonor. ¿Dónde.....

Condesa. [*Señalando á la derecha.*]

Ahí, pared por medio
de esta alquería.
Luperc. Cabal.
Condesa. Y en el terreno que ocupan
las dos, puedo edificar
una habitacion que llene
todos mis deseos.
Leonor. [*Con frialdad.*] Ya.
Condesa. Es excusado añadir
que con placer singular
compraria yo esta finca.
Leonor. Dudo yo que esté venal;
y, en todo caso, conmigo
no habria usted de tratar,
sino con el dueño.
Condesa. Es claro.
Leonor. Y ha salido, y no vendrá
tan pronto.....

Condesa. [*Levantándose y se levantan tambien Leonor y Lupercio.*]

Yo volveré.—
Por quién he de preguntar?;
que áun no sé cómo se llama.....
Leonor. Don Alfonso Mercadal.
Condesa. Á un jóven de ese apellido
trato con intimidad.
Leonor. ¿Quién...
Condesa. Don Fulgencio...
Leonor. ¿Qué escucho!
Condesa. Pariente suyo quizá.....
Leonor. Es su hijo.
Condesa. De véras?
Luperc. (Su hijo!)
Condesa. Qué feliz casualidad!

[*Á Lupercio.*]

No sabía yo que fuese
vecino del Cabañal
nuestro amigo.
Luperc. Y propietario
justamente del hogar
que usted desea adquirir.
Condesa. Ahora bien, mio será;
que es Fulgencio muy galante
y tal su amabilidad,
que no negará á mis ruegos
su intercesion eficaz.
Leonor. (Ah!)
Luperc. Nadie, y ménos que nadie
Fulgencio, rehusará
servicio tan subalterno
á dama tan principal.
Leonor. (Cielos!)
Condesa. [*Aparte con Lupercio.*]
Creo que se turba.
Luperc Sí, algo.....
Leonor. (Será su galan?)
Condesa. Y espero que usted tambien,
hermosa.....
[*Aparte con Lupercio.*]
Lo es en verdad.
Luperc. No tanto... (Ah!)
Condesa. Me hará el obsequio
de influir con su papá.....
Leonor. No es mi padre don Alfonso.
Condesa. [*Aparte con Lupercio.*]
No son hermanos! ¿Serán.....
amantes.....
Luperc. ¿Quién sabe....
Leonor. Huérfana
desde la más tierna edad,
soy pupila suya; pero
no le amaria yo más
si fuera mi padre.
Condesa. Aplaudo
ese tierno amor filial
y envidio..... (Oh tristes memorias!)
Pero volvamos á hablar
de la finca. Lo confieso,
es mi empeño tan tenaz,
que á cualquier precio.....
Leonor. Si usted,
dama de alta calidad,
cuando, lo debo inferir,
tiene sobrado caudal
para levantar palacios
y puede con dignidad
morar en ellos, codicia,
por un capricho fugaz
sin duda, la posesion
de este rústico solar;
considere usted, señora,
cuánto atractivo tendrá
para quien bajo ese techo,
que yo aprendí á venerar
desde niña, tantos años
gozó de dicha y de paz.
No, no querrá don Alfonso
su alquería abandonar;
que si fastuosa no ostenta
timbres de alcázar feudal,
en ella—ay Dios! fallecieron
sus padres que en gloria están.
Y cuando mi buen tutor,
fiel y bravo militar,
con más heridas que medros
volvió á su suelo natal,
la salud y la alegría
logró en ella recobrar;
y unida á su corto sueldo
la herencia patrimonial,
puede, si con lujo nó,
con decoro y sin afan,
prometerse á nuestro lado
dulce vida patriarcal,
¡que más allá de la mia
quiera el cielo prolongar!
Condesa. No hay goces que se comparen
en la humana sociedad
con los goces de familia;
pero la época actual
propende á ensanchar su esfera,
y es sobrada austeridad
cuando la buena fortuna,
merecida aunque casual,
llama, niña, á nuestra puerta,
no abrirla de par en par.
¿Qué perderá don Alfonso
en venderme este local
cuando yo vengo resuelta
á doblar, á triplicar
su precio?
Leonor. [*Enternecida.*] Es de agradecer
tanta generosidad,
señora, y no seré yo,
aunque con harto pesar
dejaria esas paredes
asilo de mi orfandad,
no seré yo quien se oponga
hoy ni nunca al bienestar
del que cuidó de mi infancia
con ternura paternal.....
y de..... su hijo. Á la de ambos
someter mi voluntad,
es dulce deber de mi alma
agradecida y leal.
Condesa. (Lágrimas!....) Si llora usted
dará al traste con mi plan;
que no tengo, yo, hija mia,
entrañas de pedernal.
No turbe, no, mi egoismo
ese apacible solaz
de una vida sin zozobras,
campestre, pura, frugal
en que funda usted su dicha.
Leonor. ¿Y por qué se ha de privar
usted..... Mi tutor acaso
y Fulgencio aceptarán.....
Luperc. Y algun feliz expediente

podrá acaso conciliar
los deseos de ambas partes.
Puede haber un tribunal,
desconocido en la curia,
que dicte, sin apelar
á la ley de expropiacion,
una sentencia arbitral,
ex æquo et bono.....

Condesa. [*En voz baja.*] Lupercio!

Luperc. He dicho.

Condesa. Adios. Tiempo habrá
de ventilar ese asunto,
que, por cierto, no es vital
para mí. Perdone usted
que le haya hecho demorar
su visita.....

Leonor. Oh! no era urgente.....

Condesa. Y permita que, en señal
del afecto que me inspira,
bese.....

Leonor. Honra usted mi humildad.

[*Se besan.*]

Condesa. Qué linda!—¿El nombre.....

Leonor. Leonor.

Condesa. Bonito, y nada vulgar.

Luperc. Reinas se honraron con él
en España y Portugal,
Calderon le hizo famoso;
pero ya—fatalidad!—
no queremos ser castizos
ni en la pila bautismal.

Condesa. [*Retirándose de la alquería con Lupercio.*]
Adios, Leonorcita.

Leonor. Adios.
(Me encanta... y me hace temblar!)

[*Desaparece por la izquierda del foro.*]

ESCENA III.

LA CONDESA. LUPERCIO.

Condesa. ¡Qué cuadro tan halagüeño
y cómo me ha conmovido!
Qué candor!.... Daré al olvido
mi vano y frívolo empeño.

Luperc. Si en su pobre domicilio
con honores de tugurio—
perdóneme si le injurio—
su vida es perene idilio,
dejémosla con su idea
y en buen hora, para asombro
del mundo, cuelgue de su hombro
el zurron de Galatea;
aunque ni *in diebus illis*
cuando cantaba Maron
desdenes de Coridon
y flaquezas de Amarílis;
ni cuando sus cantilenas,
sin alterar la cartilla,
imitaron en Castilla
Garcilasos y Valbuenas,
pudo en obras y palabras
ser tan culto y tan bizarro
el ignorante zamarro
que cuida ovejas ó cabras.

Condesa. Mal mi pena se concilia
con ese lenguaje.

Luperc. Eh! yo.....

Condesa. No es cosa de burlas, nó,
la dicha de una familia.

Luperc. ¿Qué oigo! ¡La dicha...

Condesa. Ay Lupercio!

Luperc. ¿Por qué lógica se infiere
que atenta á ella quien quiere
mejorarla en quinto y tercio?
Sin graduarle yo, por mofa,
de cerril pastor intonso,
¿tan mal vendrá á don Alfonso
una nuera de esa estofa?

Condesa. Pero Leonor ama á su hijo:
eso lo conoce un ciego.

Luperc. Ni lo afirmo ni lo niego.

Condesa. Su turbacion me lo dijo.

Luperc. Criada con él, no es mucho
que como á hermano le quiera.

Condesa. Por qué nó de otra manera?
Su llanto.....

Luperc. Ba! Un arrechucho...
Perder temia el eden
donde hoy reina soberana;
y, al cabo, el amor de hermana
tiene sus celos tambien.
¿Y qué importa que esa bella
ame á Fulgencio en silencio,
si el consabido Fulgencio
no ama á la dicha doncella?

Condesa. ¿Será mucho que él se rinda
á su gracia angelical,
si á mí, mujer y rival,
me ha parecido tan linda?

Luperc. Cavilacion!.... ¿Cómo pues,
miéntras lloraba su ausencia
Leonor, usted en Valencia
gemir le ha visto á sus piés?

Condesa. ¡Oh! tanto como eso, no.
Cierto es que me hace la corte.....

Luperc. Y usted será su consorte
ó quemo mis libros yo.

Condesa. Apénas hace ocho dias
que usted le trajo á mi casa.....

Luperc. Toma! En ménos tiempo abrasa
una deidad á un Macías.

Condesa. Aun no me ha pedido el sí.....

Luperc. Mas con los ojos le implora.

Condesa. Aun no ha dicho que me adora.

Luperc. Sí tal: me lo ha dicho á mí.
Hágase usted más justicia
y no tema el parangon.
¡Con dama de tal blason
competir una novicia!

Condesa. Es amable.....
Luperc. Pero ruda.
Condesa. Cándida.....
Luperc. Pero pedestre.
Condesa. Tierna flor.....
Luperc. Pero silvestre.
Condesa. Yo viuda.....
Luperc. Pero ¡qué viuda!
¿Quién niega su simpatía
á esa gracia singular
que en vano intenta nublar
siniestra melancolía?
Condesa. (Ay cielo!)
Luperc. Y, acá *inter nos*,
si á mí me toca esta vez
ser, bella Condesa, el juez
que sentencie entre las dos,
¿cómo dudar de mi fallo
cuando sabe usted—ay triste!
que, aunque me ha dejado alpiste,
toda el alma mia.....

Condesa. [*Con autoridad, pero sonriendo.*]
Eh!....
Luperc. Callo.
Cuando caí en el garlito
harto necio fuí, señora,
y más lo sería ahora
reincidiendo en el delito.
Mal pudo salir indemne
de tan loca pretension
un estudiante gorron,
sólo en lo pobre solemne.
Ciego obedecí al vehículo.....
Condesa. No por pobre, nada de eso,
perdió usted aquel proceso,
sino.....
Luperc. Ya sé: por ridículo.
Siempre ha sido y será cierto
que hombre á quien amor inflama
y hace reir á su dama,
ya se puede dar por muerto.
Otro que yo en un arranque
de orgullo desesperado
se hubiera quizá arrojado
de cabeza en un estanque;
mas, dúctil y servicial,
troqué en aquella ocasion
la tierna declaracion
en humilde memorial;
y usted, con la risa blanda
que sólo á mí no escasea,
tuvo la feliz idea
de acceder á mi demanda;
y yo el buen astro bendigo
que á la honra me elevó
de humilde criado.....
Condesa. No:
mi confidente, mi amigo.
Luperc. Y aunque parezca sofística
mi evolucion y algo exótica,
aquella pasion erótica
tomó el carácter de mística.
¿Cómo, si no fuera así,
con abnegacion tan rara
para otro solicitara
lo que yo no merecí?
Condesa. Buen Lupercio!

[*Le da la mano.*]

Lo confieso,
que á usted no le oculto nada,
de Fulgencio estoy prendada,
con mirarle me embeleso.
Fijando en mí con placer
ojos dulces y expresivos,
él tambien ve en mí atractivos
que yo no creo tener;
y al mostrarme su adhesion,
de tal modo me la prueba,
que me parece que lleva
en la boca el corazon.—
Pero el mio se contrista
dudando si á mi riqueza
debo, más que á la belleza,
tan halagüeña conquista.
Luperc. No; esa duda es temeraria.
La amaria á usted lo mismo....,
quizá con más fanatismo,
si fuera usted proletaria.
Él es de masa distinta
que esa pollada sin fe.....
Condesa. Pronto de dudas saldré,
porque hoy le espero en mi quinta.
Luperc. Oiga! eso tenemos?
Condesa. Sí.
Luperc. ¿Conque una cita.....
Condesa. Oh, no es cita.
Me prometió una visita
cuando de él me despedí,
y en un parte telegráfico
me dice que hoy.....
Luperc. Caro amigo!
Condesa. Pasará el dia conmigo.
Luperc. Cuando digo que es seráfico!
Tras de usted viene el doncel,
y de Leonor no se acuerda!
Ya ve usted..... Mas no se pierda
la ocasion.....
Condesa. ¿Qué.....
Luperc. Firme en él!
Condesa. Cómo! ¿Ardides de coqueta
me aconseja usted?
Luperc. No tal,
sino..... una güerra leal.....
Usted todo lo interpreta.....
No quiero que usted claudique
para prenderle en la red,
sino que le exija usted
que opte.....
Condesa. Basta.
Luperc. Que se explique...
Condesa. Ah! si alguno en el andén
no le espera, ¿quién le guia
á mí.....
Luperc. Yo, señora mia.

Condesa. Vendrá en el próximo tren.
Luperc. Voy pues.....
Condesa. (Si vano delirio
es mi acendrada pasion,
Dios me dé resignacion
para este nuevo martirio.)

ESCENA IV.

LUPERCIO.

En la volante y dogmática
filosofía del vulgo,
suele ser cada proverbio
una verdad como un puño,
y entre ellos, sin excluir
los del mismo Pero-Grullo,
no hay otro tan verdadero
como aquel de *oros son triunfos.*
Una viuda rica y jóven
¿por qué pues duda del suyo?—
Pero indicios vehementes
de cariño más profundo
que el de una hermana adoptiva
han mostrado los singultos
y el llanto de aquella moza;
es hechicero su busto,
y si, ántes del episodio
de Valencia, ha habido arrullos
de tórtola entre los dos;—
que ni él ni ella son de estuco
y es circunstancia agravante
haberse criado juntos,—
bien puede al verla de nuevo
ser Fulgencio tan estúpido,
que otra vez caiga en el lazo,
y renuncie por escrúpulos
livianos á la brillante
señora de alto coturno
con sobrados alicientes
para el gasto y para el gusto.
Sería este un contratiempo
muy fatal á mi peculio;
que Fulgencio y la Condesa,
uncidos al casto yugo,
de generosas albricias
me colmarian á duo.
No. La gratitud, y acaso
del astro mio el influjo,
de parte de la Condesa
me ponen, y siervo suyo,
ya que nada he prosperado
cultivando otros estudios,
fama ganaré y provecho
en las aulas de Mercurio.—
¿Qué haria..... Oh feliz idea!
Si aparentando un impulso
de cristiana caridad
á esa zagala descubro,
haciendo del ladron fiel,
los amorosos preludios
de Fulgencio y la Condesa,
es de inferir, que *ex-abrupto*
rompa con él, suponiendo
que como á esposo futuro
le ame. Tiene al parecer
su buena dósis de orgullo,
y tocando yo con maña
ese resorte, no dudo.....

[*Mirando hácia la izquierda.*]

Ah! ya vuelve. Áun tardará
el tren algunos minutos,
y conviene anticiparme.....
Sí; el llanto sobre el difunto.

ESCENA V.

LUPERCIO, LEONOR.

Luperc. Permita usted, señorita,
si no le soy importuno.....
Leonor. Qué quiere usted?
Luperc. Un momento
de audiencia: pronto concluyo.
Leonor. De parte de la Condesa?
Luperc. No; de la mia.
Leonor. ¿Qué asunto.....
Luperc. Uno que interesa á usted
personalmente.
Leonor. Á mí!
Luperc. Mucho.
Desde el momento en que tuve
la dicha y el gozo sumo
de ver á usted.....
Leonor. Caballero!....
Luperc. No me mire usted con zuño.
No es una declaracion
de amor romántico y brusco
la que á sus piés me conduce,
aunque tan bello dibujo
puede hacer prevaricar,
no digo á mí, á un taumaturgo.
Leonor. Oh! acabemos.
Luperc. Yo, que siempre
rendí fervoroso culto
á la virtud y á las gracias,
á dar á usted me apresuro
un aviso saludable.
Leonor. [*Impaciente.*]
En fin, sepamos.....
Luperc. Barrunto,
y en la interesante escena
que he presenciado lo fundo,
que ese tierno corazon
es ya amoroso tributo.....
Leonor. ¿Cómo..... De quién?
Luperc. Claro está:
de don Fulgencio.
Leonor. Y, pregunto,

es usted mi confesor?
Luperc. No tal.
Leonor. Ó mi juez?
Luperc. No usurpo
ni á la toga ni al altar
sus sagrados atributos;
pero.....
Leonor. Qué! ¿no soy yo libre
para amar.....
Luperc. Es inconcuso
derecho el de amar que yo
ni á usted ni á nadie disputo;
pero, aunque fe no merezca
un embajador intruso,
y aunque contra mi señora
en la fea nota incurro
de chismoso, sepa usted—
si no lo digo, me pudro—
que es su rival la Condesa.
Leonor. (Ah! Bien temia.....)
Luperc. Y que el pulcro
mancebo la corresponde.
Leonor. ¡Qué me importa...
Luperc. Esto ya es público
en Valencia.
Leonor. (Santo Dios!)
Luperc. Hoy le espera aquí...
Leonor. (¿Qué escucho!)
Aquí!
Luperc. Es decir, en su quinta.—
Me aflijo, me apesadumbro,
créalo usted, al pensar
en tan inicuo perjurio.
Leonor. Oh! No hay tal perjurio. Es rara
porfía.....
Luperc. Si no es perjuro,
tanto mejor, señorita:
se libra usted de un insulto
que no merece, y Fulgencio
será un prócer, casi augusto,
cuando Himeneo le enlace,
por lo cual le congratulo,
y á usted tambien...
Leonor. (Qué suplicio!)
Luperc. Con una dama de rumbo,
no sin mérito en verdad,—

[*Contemplando á Leonor.*]

aunque como ese ninguno!
Leonor. Basta!
Luperc. Y aun está en la flor
de la edad, y hace en el mundo
gran papel, y lleva un título
sonoro, si nó vetusto,
y un dote que, por mi cuenta,
pasa de un millon de duros.
Leonor. Sin esa heráldica pompa,
sin ese ostentoso lujo
(Dios mio, dadme valor!)
prendar á Fulgencio pudo
la gracia de la Condesa,
que á mí propia me sedujo.
Luperc. Su alma de usted, tan extraña
al vil interes inmundo,
desdeña esas vanidades,
esas glorias, que son humo,
polvo, nada!.... Ay Leonor!
De corazones tan puros
menguada es ya la cosecha.
Feliz quien merezca el tuyo!
¡Feliz yo si.....
Leonor. [*Con enojo.*] Señor mio!....
Luperc. (Ya he dado, como acostumbro,
una pifia garrafal.)
Perdon! Tenga usted por nulo
lo que..... Ay! no se hizo la miel
para la boca del burro.

[*Mirando á los bastidores de la izquierda.*]

(¿Qué veo!)
Leonor. (Está loco ese hombre?)
Luperc. (Allí á Fulgencio columbro.....)
Un *lápsus*..... Perdone usted.....
(Se pára..... Vacila.....) Un flujo
de palabras..... (Ah! flechado
viene hácia aquí. Yo me escurro....)

[*Leonor medita y no le oye.*]

Abur. (Estaré en acecho.
Si ahora aprietan más el nudo
que romper ha pretendido
mi oficiosidad, me luzco!)

[*Vase por la derecha.*]

ESCENA VI.

LEONOR.

Adios, mi dorado sueño!
De hoy más, amargura, luto!....
Mas con lágrimas y quejas
turbar la dicha no es justo
de Fulgencio. Dios me inspira.....
Apiádele mi infortunio!

[*Se dirige á la alquería, y sale á su encuentro Fulgencio, que llega por la izquierda.*]

ESCENA VII.

LEONOR. FULGENCIO.

Fulg. Leonor!
Leonor. (Ah!) ¿Qué veo! ¡Tú.....
Fulg. Abrázame, prenda mia.
Leonor. [*Recibiendo con frialdad el abrazo.*]
Fulgencio!.... No te esperaba
tan pronto.....
Fulg. (Apénas me mira!)
Ni yo de ti tal tibieza.

Leonor. Tu llegada repentina.....
¿Por qué no avisar..... (Dios mio!)
Fulg. ¿Á qué anunciar mi venida
cuando el tránsito es tan corto?
Leonor. Bien dices.
Fulg. (¿Tendrá noticia.....)
Leonor. ¿Recibiste el grado.....
Fulg. Sí;
tres dias ha. Dame albricias.
Ya soy licenciado en leyes.
Supongo que, aunque tan tibia
me recibes, no te pesa.....
Leonor. Dudarlo es una injusticia.
¿Cómo han de pesarme á mí
las glorias, las alegrías
de usted.....
Fulg. Usted! ¿No soy ya
tu hermano? ¿Qué significa.....
Tienes de mí alguna queja?
Leonor. [*Con viveza.*]
No, no! En qué la fundaria?
Fulg. Pues ¿por qué tan..... diplomática
conmigo?
Leonor. Ya no soy niña,
y el qué dirán.....
Fulg. Qué simpleza!
Harto lo eres todavía
pues tan pueriles escrúpulos
te asaltan. Lenguas malignas
no pueden menoscabar
nuestra honra siempre limpia.
Ó háblame con más llaneza,
ó confiesa que te dicta
algun oculto motivo
ceremonia tan ridícula.
Leonor. Yo.....
Fulg. Pero mi padre.... Entremos....
Leonor. No está. Don Pedro Zaldívar
le ha convidado á almorzar.
Fulg. Sí? Bien. La ocasion se brinda
para que hablemos á solas.
Leonor. De qué? (Ay! harto lo adivina
mi corazon.)
Fulg. Vas á oir,
no sé si adversa ó propicia.....
Leonor. Habla.
Fulg. Una revelacion.....
Leonor. (Pudiera excusarla.) Oh! dila.
Fulg. [*Contemplando á Leonor.*]
(Sí, mi amor primero es ella....;
el único! Mi delicia,
mi bien está en esos ojos.....
cuando otros no me fascinan.)
Leonor. Habla pues. Qué te suspende?
Fulg. Profunda pasion me agita,
y bien puedes comprender,
sin que mi labio lo diga,
que es amor.
Leonor. Sensible y jóven,
no extraño....
Fulg. Amor sin mancilla.....
Leonor. No lo dudo.....
Fulg. Como el alma
de la hermosa que lo inspira.
Leonor. (Triste evidencia!) Su nombre.....
para que yo le bendiga.
Fulg. Su nombre, y tú bendecirle!
Pues ¡qué! mutua simpatía
¿no te ha dicho ya quién es?
Leonor. (¿Será posible.....)
Fulg. ¿Qué dicha
puede haber para Fulgencio
que contigo no divida?
Que yo te nombre á mi amada!
Acaso lo necesitas?
Ó la cándida modestia
te hace juzgar de ti misma
con extremado rigor,
ó más que creí maligna
y melindrosilla, quieres,
prolongando mi fatiga,
dar así más alto precio
á mi anhelada conquista.—
Mi formal declaracion
oiga usted, pues, señorita.
Acogió mi digno padre
en su hogar á una pupila
á quien me unió desde niño,
entre inocentes caricias
tierno afecto, cuya índole
yo propio no conocia.
Qué más? Durante la ausencia
que felizmente hoy termina,
la paz del alma perdí,
sin saber que te ofendia,
entre las mil seducciones
que á la juventud insidian
en esa alegre ciudad
que es de España maravilla.
Leonor. (No me han engañado!)
Fulg. Iluso
gozaba ya en perspectiva
grandezas, lauros, placeres.....
Tal vez ya mi alma novicia
al canto de una sirena
iba á rendirse cautiva.....
Leonor. (La ama, sí!)
Fulg. Mas por fortuna
la razon, aunque tardía.....
Leonor. (La razon!....)
Fulg. Vino en mi auxilio
cuando ya estaba á la orilla
del precipicio; y tu imágen,
dulce como nunca y linda,
se me apareció; y entónces,
entónces, prenda querida,
pasado el extraño vértigo
que extravió mi fantasía,
vi que por ti, por ti sola
de amor esta alma delira;
que de bastardas pasiones
debe triunfar la legítima,
que tú, tan grata á mis ojos
desde el alba de la vida,

eres la adorable esposa
que el cielo á mi fe destina.

Leonor. (¡La ama, y por delicadeza
su gloria me sacrifica,
su bienestar!....)

Fulg. No respondes!

Leonor. (Valor!) Mucho me honraria,
sobre tantos como ya
debo á esta noble familia,
el favor inesperado
con que mi humildad sublimas.

Fulg. Qué! ¿te sorprende.....

Leonor. Favor
que otras verán con envidia
y yo en el alma agradezco;
pero.....

Fulg. ¿Qué oigo! ¿No te dignas....

Leonor. Ni merezco yo tu mano.....
ni quiere Dios que la admita.

Fulg. Por qué? No alcanzo.... Ah! tal vez
con tu desvío castigas,
no ya mi culpa, si es culpa
la intentada y no cumplida,
sino mi sinceridad.

Leonor. No te acuso de perfidia,
Fulgencio. Si tal hiciera,
con qué derecho lo haria?
¿Qué sagrado juramento
ó qué promesa nos liga.....

Fulg. Creí.....—necio error el mio!
que en silencio se entendian
nuestras almas.....

Leonor. (Ay!)

Fulg. Ya veo
que no me amas.....

Leonor. Como amiga,
como tierna hermana, sí;
pero.....

Fulg. Acaba! (¿Quién diria.....)

Leonor. Pero de otra suerte, no.

Fulg. (¡Y con el alma contrita
venía yo.....)

Leonor. (¡Vírgen santa,
perdona mi atroz mentira!)

Fulg. Leonor..... Á tu libertad
no atentará mi porfía.
Me resignaré..... Sin duda
ya tu corazon domina
otro amor.....

Leonor. Yo..... (Consumemos
el sacrificio.)

Fulg. Suspiras!

Leonor. Sí, otro amor..... (Tambien ahora
miente mi lengua sacrílega.)

Fulg. Más merecedor será
que yo de tan alta dicha,
pues le has preferido á mí.

Leonor. ¿No entras.....

Fulg. Ahora no. Precisas
diligencias me lo impiden.

Leonor. (Ay de mí!)

Fulg. Despues.....

Leonor. (La cita!)

Fulg. Adios!

Leonor. (Casi le agradezco
que tan pronto se despida.)
Adios! (¡Máteme el dolor
y él no vea mi agonía!)

[*Entra en la alquería, y entorna la puerta.*]

ESCENA VIII.

FULGENCIO. LUPERCIO.

Fulg. ¡Un nó me cierra el camino
cuando vuelvo á su querencia!
Mentia pues mi conciencia
en pugna con mi destino.

Luperc. [*Llegando.*]
(Él medita aquí en silencio;
ella en la casa se encierra.
Declarada está la guerra:
no hay duda.)

Fulg. (Vamos!...)

Luperc. Fulgencio!

Fulg. Ah! Lupercio!....

Luperc. Al grato anuncio
de tu venida, mi fe
me trae..... (En guardia estaré;
no me coja en un renuncio.)
Te busco, fiel mayordomo,
para llevarte á la quinta.....
Pero ó me engaña la pinta,
ó vienes..... qué sé yo cómo?

Fulg. Ah!

Luperc. Suspiras! ¿Quién así
turba el venturoso dia
que amor.....

Fulg. En esa alquería
vive mi familia.

Luperc. Sí?

Fulg. Por mi bien, ó por mi mal,
que áun no lo sé, me condujo
á ella.....

Luperc. Comprendo: el influjo
de la sangre: es natural.

Fulg. Otro, aunque amo y reverencio
á mi padre, otro más fuerte
me arrastraba...., oh ciega suerte!,
ó yo lo creí.....

Luperc. Fulgencio!

Fulg. Creció una niña á mi lado.....

Luperc. Ya; angelical, pudibunda.....

Fulg. Á cuya dulce coyunda
me creí predestinado.

Luperc. Mas de la sándia pastora
y de su techo pajizo
triunfó con mágico hechizo
la Condesa mi señora.

Fulg. Yo temí que, aunque rendidos
á irresistible atraccion,
no estuviese el corazon
acorde con los sentidos.
Luperc. Vaya si eres metafísico!
Si tanta es tu sutileza,
pronto pierdes la cabeza.....
Fulg. Ay Lupercio!
Luperc. Ó mueres tísico.
Fulg. Más de dos y más de tres
creerán, dije para mí,
que á Leonor ingrato fuí
por el sórdido interes.—
En fin, así cavilando
vuelo aquí como á mi centro,
y ante sus ojos me encuentro
sin saber cómo ni cuándo.
¡Y la puerta del eden
suspirado se me cierra!
Luperc. Cómo!....
Fulg. Sí; de él me destierra
con el más frio desden.
Luperc. (Bravo!) Tu necio capricho
tal merece, hablando en plata,
porque.....
Fulg. No me ama la ingrata!
Ella misma me lo ha dicho.
Luperc. (Bien haya mi diplomacia!)
El chasco será más grave
si la Condesa lo sabe
y pierdes tambien su gracia.—
No! Toda es tuya, lo sé,
aquella alma ardiente y noble,
y no es de partida doble,
como la tuya su fe.
Fulg. No ha sido doblez la mia,
sino.....
Luperc. Una duplicacion:
qué mas da?
Fulg. Yo.....
Luperc. En conclusion,
ha sido una tontería.
Pese á las lindas patrañas
de bucólicos poetas,
si en el gran mundo hay coquetas,
no faltan en las cabañas.
Fulg. Sí; necio y acaso aleve
he sido y mi platonismo
ridículo anacronismo
en el siglo diecinueve.
Vana razon no me arguya
contra la excelsa mujer
que anega el alma en placer
con cada mirada suya.
Y es razon que me desdora
la que falaz me convida
á adorar á quien me olvida
y olvidar á quien me adora.
Luperc. Vamos á la quinta pues
donde, siendo yo tu heraldo,
cautivo otra vez Reinaldo
vuelva de Armida á los piés;
y aunque pese á la cohorte
de empalagosos rivales
que la hartan de memoriales
en Valencia y en la Corte,
ríete, feliz galan,
de patriarcales costumbres
y de rústicas techumbres;
que tú no eres un gañan;
apaga aquí el incensario,
ó hago contra ti un romance,
y resígnate al percance
de ser—ay Dios!.... millonario.

[*Vanse de bracero por la derecha.*]

ACTO SEGUNDO.

Jardin con arbolado en la quinta que habita la Condesa. La puerta de comunicacion con la casa estará á la derecha del actor. Sillas y un banco en el proscenio.

ESCENA I.

FULGENCIO. LUPERCIO.

[*Aparecen sentados y fumando.*]

Fulgencio. Adorable mujer! Qué gentileza!
qué amenidad en su apacible trato!
Lupercio. Qué muebles! qué riqueza! qué aparato!
Fulgencio. Pero, sin ostentar necia arrogancia,
une la dignidad á la franqueza,
la grata sencillez á la elegancia.
Lupercio. ¡Y qué opíparo almuerzo,
á cuya simple vista

recibió ya mi estómago un refuerzo!
¡Qué talento y qué tacto
de verdadero artista;—
el término es exacto;
que si tal nombre usurpa un zapatero,
¿por qué negarle á un hábil cocinero?—
¡qué talento, repito,
ha mostrado el que paga la Condesa
para excitar, no ya nuestro apetito;
que nunca están sin él los estudiantes,
sino el del más austero cenobita
ó el del más estragado sibarita!
¡Cómo hermanando atmósferas distantes,
en amigable pacto
ha sabido despótico
unir el fruto indígena al exótico,
ya en sabrosos manjares peregrinos,
ya en variedad de regalados vinos!
Así, no cual Melendez ni Villegas
y otros no ménos cándidos colegas,
así, aunque Baco me propine un cólico,
yo admito y amo al género bucólico.

Fulgencio. Más que todo ese lujo,
que ponderas gastrónomo entusiasta,
el dulce agrado que con él contrasta
en mi alma ejerce poderoso influjo.
No, no es fascinacion como creia
lo que me rinde así y así me halaga;
es que su alma y la mia
Dios ha formado en plácida armonía.
No al conjuro obedezco de una maga
cuando su vista de placer me embriaga,
ni amo en ella á la espléndida señora,
sino las altas prendas que atesora.

Lupercio. Mas tu amor póco medra
con que á mí me lo cuentes. Qué te arredra?
¿Por qué esa lengua, para mí tan franca,
en presencia del ídolo se atranca?

Fulgencio. Porque temo, Lupercio.....

Lupercio. Sí, temes que al pedir su mano blanca
crea que ves en ella un buen comercio
y que pagas tributo,
no al flechador Cupido, sino á Pluto.

Fulgencio. ¿Quién sabe.....

Lupercio. Á un lado escrúpulos de monja!
Ni ella por combatirlos incurriera
en la tonta y ridícula lisonja
de descender de su elevada esfera,
ni puede en su virtud acreditada
hacer mella el demonio.
No esperes de ella nada
sin la prévia sancion del matrimonio.

Fulgencio. Tal creo, y á ser otro mi concepto,
ni tan perdido soy ni tan inepto,
que quisiera yo aquí, galan ó novio,
solicitar mi oprobio.
Mas, aunque anhelo en venturoso lazo
unirme á la Condesa,
siento..... No sé..... Un rubor...., un embarazo....,
un.....

Lupercio. Acaba. Un atroz remordimiento.....
¿Vuelve acaso á encenderse la pavesa
de aquel pueril amor tan mal pagado?

Fulgencio. Creo que no; pero tomar estado.....
sin que mi padre.....
Lupercio. Horrible atrevimiento!
Fulgencio. Me dé su vénia.....
Lupercio. Tenla por segura.
Si fortunon tan sólido
rechaza el buen señor, será un estólido.
¿Y eres tú, por ventura,
menor de edad, ó pudorosa niña
que sale de un convento?
Fulgencio. Si yo.....
Lupercio. Me hace reir tu encogimiento.
Huye si temes que papá te riña.
Fulgencio. ¿Hüir—ay Dios! del inefable encanto
que roba mi albedrío?
Hüir!.... No tengo fuerzas para tanto.
Lupercio. Pues habla, pese al alma de un judío!
Cuando al más taciturno y timorato
hace atrevido y gárrulo el Champaña,
¿cómo, no siendo tú ningun novato,
á ti te pone mudo y turulato?
Nuevo es este fenómeno en España.
Fulgencio. Yo me declararé.....
Lupercio. Bien!
Fulgencio. .....Por escrito.
Lupercio. ¿Qué escucho!
Fulgencio. Con la pluma
tendré más libertad.
Lupercio. Pero, bendito,
cuando en su casa estás, cuando te abruma
con regalos y mimos y finezas,
y ahora el almuerzo á digerir empiezas
que excita mis encomios,
¿en vez de deshacerte en reconcomios,
te limitas—idea extrafalaria!
á una declaracion epistolaria?
¿No consideras que, si tal estudio
te ve poner, Fulgencio, en el preludio
de tu nupcial campaña, ha de achacarte
el mezquino interes de que hace poco
querias sincerarte?
Fulgencio. Tienes razon.
Lupercio. Pues ¡ánimo!
Fulgencio. Estoy loco.
Lupercio. Pues no eres niño tú ni ella es..... el coco,
deja esa timidez que me da grima.—
El crítico momento se aproxima.
¿Qué falta, cuando ya de vuestros ojos
el mutuo regodeo
ha dado en incesante escopeteo
á las aras de amor tantos despojos,
sino breves palabras, que sin duda
ménos dirán que su elocuencia muda?
Miéntras aquí aspiramos negligentes
de sendos puros el cubano-aroma,
delicia que, con ser omnipotentes,
fué negada á los Césares de Roma,
ella en el tocador con nuevo brillo
á la magna entrevista se prepara,
aunque á quien tanto iman tiene en su cara
bastaba ya su *negligé* sencillo.

[*Se levanta.*]

No tardará en venir: solo te dejo.

Fulgencio. [*Levantándose.*]

No; quédate. Perplejo.....
Lupercio. Adios. No hay ya perplejidad que valga.
Fulgencio. Yo.....
Lupercio. Rompe á hablar, y salga lo que salga.
Ni á presenciar un triunfo me resigno
de que yo no soy digno;
ni, si bien lo gradúo,
hacen falta tres voces para un duo.

[*Entra en la casa.*]

ESCENA II.

FULGENCIO.

Con sobrada razon le mueve á risa
mi extraña turbacion. Soy yo un novicio?
Balbuciente ó remisa
¿por qué ha de ser mi lengua ante la dama
á cuyo hechizo el corazon se inflama?
¿Qué crímen ó qué vicio
es la blanda atraccion que me embelesa?
Por ventura, el dictado de Condesa,
aunque no como á tal la solicito,
¿es un padron de infamia, un sambenito?
¿Tan abyecta es mi raza, por ventura,
tan vil mi condicion, que ser ingrato
prefiera á cometer el desacato
de elevar mi ambicion á tanta altura?
Cuando así la sublimo
y la venero así, ¿cómo, insensato,
no veo que á mí propio me deprimo?
Qué! por faltarme el oro que le sobra,
¿seré..... Ah! ya viene..... y vuelvo á mi zozobra.

ESCENA III.

FULGENCIO. LA CONDESA.

Condesa. Tira usted el puro al verme!
Tráteme con más franqueza.
No es tal mi delicadeza,
que un poco de humo me enferme.
Fulg. Bondad de usted.....
Condesa. Sin embargo,
no tan bondadosa soy
como usted piensa, pues voy
á hacerle un severo cargo.
Fulg. Por qué?
Condesa. Pronto verá usté
que no sin razon le riño.
Fulg. ¡Cargo á mí.....
Condesa. Sí; de cariño.—
Pero no estemos de pié.
[*Se sienta en una silla y Fulgencio en otra.*]
Cuando yo me despedí
para los baños de mar,
¿por qué á una amiga callar
que tiene usted casa aquí?
Fulg. Estaba en la inteligencia
de que usted ya lo sabía,
y no fué descortesía,
señora, ni inadvertencia
de tan pobre ofrecimiento
abstenerme; que una choza
á quien tales timbres goza
no es decente alojamiento.
Condesa. Le tengo á usted por veraz,
y aunque de altiva me acusa,
me satisface la excusa
y alzo bandera de paz.—
Pero, si bien lo examino,
no es incidente casual,
sino ley providencial
de nuestro mutuo destino
lo que á albergue tan risueño

hoy me ha llevado.
Fulg. Oh placer!
¿Ha honrado usted.....
Condesa. Sin saber
quién de la finca era dueño,
yo la queria comprar
y en ella hacer mi morada
sólo porque está situada
casi á la orilla del mar.
Pero no sonó muy bien
mi designio caprichoso.....
Fulg. Á quién?
Condesa. Al ángel hermoso
que guardaba aquel eden.
Fulg. (Leonor!)
Condesa. Hizo bien... (Se inmuta.)
Fulg. Ella.....
Condesa. No hay quien se desprenda
sin pesar de su vivienda,
siquiera sea una gruta.
Yo no insistí en la demanda
porque lloró la doncella,
y cuando llora una bella
áun en las mujeres manda.
Mas ¡cuánta fué mi sorpresa
al saber que la alquería
al padre pertenecia
del caro amigo.....
Fulg. Condesa!....
Condesa. Al momento presumí,
y era cosa natural,
que entre ella y usted.....
Fulg. No tal.
Ella.....
Condesa. Dije para mí:
Esta niña tan preciosa,
que así el corazon me gana,
¿será de Fulgencio hermana....,
ó su prometida esposa?
Fulg. Es pupila.....
Condesa. Ya lo sé.
Fulg. De mi padre.....
Condesa. Auto en favor.
Fulg. Huérfana.....
Condesa. Tanto mejor
para interesar á usté.
Fulg. Como hermana, es justo, y cierto,
pero no de otra manera,
y si su mano pidiera
predicaria en desierto.
Condesa. ¡Es posible.....
Fulg. Entre ella y yo
nada el cariño difiere:
como á un hermano me quiere;
mas para marido, no.
Condesa. Creí, al ver que un mismo techo
albergue fué de los dos,
que criarlos plugo á Dios
para nudo más estrecho,
y cuando en ambos refleja
de juventud al albor,
¿cómo pudiera el amor
formar más digna pareja?
Fulg. ¿Quién, señora, á su dominio
lindes poner osaria?
No es el mundo una alquería,
ni amor es un raciocinio.
Tal vez diez años de trato
al alma no dicen nada,
y tal vez una mirada
se la lleva de rebato.
Condesa. Fulgencio!
Fulg. Pero ¿qué fruto
de rendirse un alma espera
si otra no la remunera
con recíproco tributo?
¿Y cómo á tan grato don
he de aspirar si reparo
que vino á mi alma el disparo
desde tan alta region?
¿Cómo á tan preciosa alhaja
aspirar cuando en la cuna
y el mérito y la fortuna
tanto y tanto me aventaja!
Condesa. ¿Por qué con esa humildad
se juzga usted á sí mismo?
¿qué cuna ni qué bautismo
hace á una mujer deidad?
La que usted tanto releva
en su amoroso desbarro,
¿qué puede ser, sino barro,
como cualquier hija de Eva?
Lujo, riquezas, blasones,
¿qué valen? Si otros les faltan,
necias son las que se exaltan
con tan efímeros dones.
¿No lo son de más virtud
sobre honrado nacimiento
unidos gracia y talento,
discrecion y juventud?
¿Puede Himeneo á su altar
pedir más dignas ofrendas?
Mancebo de tales prendas,
¿á qué no puede aspirar?
¿Cuándo á la censura prévia
no echó el amor noramala?
¿Qué jerarquías no iguala
y qué distancias no abrevia?
No ha conocido el amor
ni sabe sus rudimentos
quien admira los portentos
de telégrafo y vapor.
Si nuevos en nuestra edad,
para él no; que ha siglos mil
inventó el ferro-carril,
creó la electricidad.
Fulg. (Divina!) Creerá la gente
maliciosa que á sus piés
me arrastra el vil interes,
no amor sincero y vehemente.
Condesa. Cuando hace amor con su encanto
de dos almas una sola,
y su mutua fe acrisola
nudo indisoluble y santo,
¿qué importa que el negro diente
rompa en ellos ilusoria

la envidia, como en la historia
de la lima y la serpiente?
La que el lauro mereció
de que usted tanto se asombra.....

Fulg. Yo.....

Condesa. Y ya que usted no la nombra...

Fulg. Oh!....

Condesa. Habré de nombrarla yo.....

Fulg. Vida mia!

Condesa. Eso ya es algo.—
No le hace á usted la injusticia
de sospechar vil codicia
en corazon tan hidalgo.

Fulg. Oh! Dios lo sabe: jamás.....

Condesa. Si así juzgo yo, ¿por qué
ha de dar usted más fe
al juicio de los demas?

Ful. Porque no tanto me engrío,
que merecedor me crea.....

Condesa. Quizá esa la prenda sea
que cautiva mi albedrío.
¿No es de las más relevantes
la modestia sin ficcion
en medio de esa legion
de mozuelos petulantes?
Y cuando á tantos apremia
del oro la ardiente sed,
¿no es ya un mérito en usted
librarse de esa epidemia?—
Ni yo mi orgullo limito
á los timbres y al dinero:—
perdone usted, caballero,
si su modestia no imito.
Perdon si á pensar me atrevo,
aunque incurra en un sofisma,
que algo soy yo por mí misma
sin el título que llevo.

Fulg. ¡Algo, y es usted emporio
de las gracias y.....

Condesa. No tal.

Fulg. Ese algo es lo principal
y lo demas, accesorio.

Condesa. ¿Me amaria usted quizás
sin la heráldica bambolla.....

Fulg. Sí!

Condesa. Viuda de misa y olla....,
es decir.....

Fulg. Sí, mucho más!

Condesa. Pues bien, á un truque un retruque.
Yo amo á usted con fanatismo,
y le amaria lo mismo
aunque fuera un archiduque.
Mas ya que la Providencia
quiso darme á mí un condado
y hacerle á usted abogado,
llevémoslo con paciencia,
y sin más cuándos ni cómos,
fieles á porfía y tiernos,
querámonos..... por querernos,
y seamos..... lo que somos.

Fulg. ¿Á quién—oh amor! no persuades
cuando un ángel te interpreta
en cuya boca discreta
las argucias son verdades?
Ah Condesa!....

Condesa. No consiento
ser nombrada así.

Fulg. Señora.....

Condesa. Ni así tampoco! Ya es hora
de apearme el tratamiento.

Fulg. Pues merezco tal favor,

[*Tomando la mano de la Condesa.*]

permíteme...

Condesa. Así!

Fulg. Que bese
tu blanca mano.

[*Lo hace.*]

Condesa. ¡Ese es, ese
el pronombre del amor!

Fulg. Ah!....

Condesa. Mi frente no se cubre
de vergüenza, no, á fe mia,
porque me llame la *Guia*
condesa de Fonsalubre.
No es hereditario el título,—
ni vitalicio siquiera
si en mi conyugal carrera
llego al segundo capítulo.
Sábelo para consuelo
de tu esquiva democracia:
viuda, conservo la gracia;
casándome, viene al suelo.
Mas confieso que me agrada
porque fué don de mi esposo;
¡de aquel hombre generoso
que me sacó de la nada!—
No obstante, amor se horripila
con la jerga cortesana,
y yo, como fiel cristiana,
tengo mi nombre de pila.

Fulg. Le ignoraba y áun le ignoro.
Faltando la intimidad,
sólo tu alta calidad
conocia, y..... el decoro.....

Condesa. Sí, Condesa, Condesita.....
General costumbre es esa.
La que acierta á ser Condesa
no es otra cosa..... en visita;
y á la gente linajuda
agrada ese formulario;
mas no reza el calendario
á santa Condesa viuda.

Fulg. Tambien yo con más placer
querré llamarte.....

Condesa. María.

Fulg. Dulce Mariquita mia!

[*Se levanta la Condesa y tambien Fulgencio.*]

Condesa. Ya lo has echado á perder.

Fulg. ¡Qué.....

Condesa. La menor variacion
al nombre santo y sonoro
de la alma Vírgen que imploro

es una profanacion.
Mariquita! Á cualquier bruja
se llama así.

Fulg. Pero..... yo.....

Condesa. María he de ser, y nó
Mariquita ni Maruja.

Fulg. Se ha visto donaire igual?

Condesa. Si hay algun donaire en mí,
á ti te lo debo, á ti:
la dicha me hace jovial.
Tú en apacible expansion
conviertes mi honda amargura:
bálsamo es tu amor que cura
mi ulcerado corazon.
Ay Fulgencio! Á esta mujer,
en quien hoy ciega fortuna
tantas mercedes aduna,
vedado estaba el placer.
En vano de su tristeza
buscó en el fausto el remedio.
La vida miró con tedio
en su envidiada grandeza.
¿Qué mucho si mi alma ahora
desusado gozo embarga
viendo tras noche tan larga
brillar tan risueña aurora?

Fulg. ¿Será menor mi alegría
en momentos tan felices?
Ah! si tu suerte bendices,
qué diré yo de la mia?

Condesa. La mia es mayor sin duda.

Fulg. Si eso juzgas, yo lo alabo;
pero no es posible.....

Condesa. Al cabo,
tú eres soltero, y yo viuda.

Fulg. Qué importa.....

Condesa. Y aunque el escote
debo yo pagar.....

Fulg. ¿Quién piensa.....

Condesa. Pingüe dote no compensa.....

Fulg. Por Dios, no me hables de dote.

Condesa. Te enfadas? Lo digo.....

Fulg. Quita!
Más legítimo es mi enfado
que el tuyo porque te he dado
el nombre de Mariquita.

Condesa. Bien; no tengamos reyerta.....

Fulg. Aunque me mate el pesar,
si me vuelves á nombrar
el dote, tomo la puerta.

Condesa. [*Enternecida y sobresaltada.*]

No, que serán embarazos
de tu fuga, si á mi fe
tan mal correspondes.....

Fulg. Qué?

Condesa. Mis lágrimas y mis brazos!

[*Llora.*]

Fulg. María!

Condesa. Al ver que consigo
lo que nunca merecí,
estoy tan fuera de mí,
que no sé lo que me digo.
Cuando en esta alma vacía
sólo tu prestigio impera;
y otro que ménos valiera
tampoco la rendiria;
y aunque aspire al galardon
de ser tu feliz esposa,
creo que á hacerme dichosa
bastara tu estimacion,
perdona á mi devaneo
si en algun necio desman
me hace incurrir el afan
de asegurar mi trofeo.

Fulg. Basta! Quien mi dicha labra
no puede intentar mi agravio.

Condesa. Sin querer manché mi labio
con tan indigna palabra.
Ni te diera yo más boga
con mi nombre y con mi ajuar
que la que puedes ganar
vistiendo la noble toga;
ni el oro que ya maldigo,
si te enoja, guardaré.
Inútil sin ti me fué;
mira qué será contigo!

Fulg. No; guárdale. ¿Quién más digna....
No se hable más del asunto.

Condesa. [*Enjugándose las lágrimas.*]

Fulgencio!

Fulg. Para dar punto
repitamos la consigna.

[*Toma y estrecha la mano de la Condesa.*]

«Sin más cuándos ni más cómos.....

Condesa. [*Con amorosa jovialidad.*]

Fieles á porfía y tiernos.....

Fulg. Querámonos..... por querernos.....

Condesa. Y seamos..... lo que somos.»

ESCENA IV.

LA CONDESA. FULGENCIO. LUPERCIO.

Luperc. Vítor!

Condesa. Lupercio!

Luperc. ¿Por qué
soltais al verme las manos
que amor enlaza, cumpliendo
mi venturoso presagio?

Fulg. [*Dándole la mano.*]

Lupercio, pídeme albricias.
Soy el más afortunado
de los hombres.

Condesa. [*Dándole tambien la mano.*]

Buen Lupercio,

felicíteme usted.

Luperc. Bravo!—
Pronto dará usted, supongo,
ocupacion al vicario
y á la juventud dorada
que la persigue un mal trago.
Ya que no puedo aspirar
á ser padrino de entrambos,
porque no tengo sindéresis
ni *ropa* yo para tanto;
pluma en ristre, á celebrar
el consorcio me preparo
escribiendo—

[*Á la Condesa aparte.*]

admire el mundo
este generoso rasgo
de abnegacion—
escribiendo,
si da usted su beneplácito,
una cáfila ramplona
de renglones mal rimados,
que osaré—¿cuándo no han sido
audaces los poetastros?—
llamar versos, y al conjunto,
poético epitalamio.

Condesa. Tendré mucho gusto en ello.

Fulg. No los haces tú tan malos.....

Luperc. Que no los haya peores
en el moderno Parnaso.—
Pero el entrañable gozo
con que union tan bella aplaudo
me hacía olvidar..... Oh mundo!
Miéntras dos seres humanos
su bienandanza recíproca
aquí están paladeando,

[*Señala á la casa.*]

allí gime un infeliz
de desdichas agobiado
y persecuciones.

Condesa. ¿Quién?

Fulg. Quién es?

Luperc. No sé. Un pelagatos
desconocido y anónimo,
que así puede ser un vago
como un grande hombre proscrito
por virtuoso ó por sabio.
Que es pobre, lo certifica
su astroso equipo. Yo, blando
de corazon, le iba á dar
seis reales y siete cuartos;
mas mi modesto subsidio
rehusa fosco y huraño.—
«Quiero ver á la Condesa,»
me dice con voz de mando;—
«no sé si estará visible»;—
«vaya usted á averiguarlo».
La compasion que me inspira
le liberta de un sopapo.—
Bien; espere usted, respondo,
y así pongo fin al diálogo,
dudando si el individuo
que me honra con tal mandato
es un pobre vergonzante
ó un pobre desvergonzado.

Fulg. ¿Quién será.....

Luperc. Sea quien fuere
personaje tan aciago,
es ahora intempestiva
su presencia.

Condesa. No, al contrario.
Propensa siempre á hacer bien,
¿cómo no serlo en tan fausto
momento? Si á ese infeliz
demorase yo mi amparo,
indigna me confesara
de la ventura que alcanzo.
Que éntre.

Fulg. Nos retirarémos
nosotros.....

Condesa. No es necesario.....

Luperc. Ni prudente, que si abriga
algun designio bastardo.....

Condesa. No es de temer. Yo no tengo
enemigos..... Sí, apartáos;
mejor será. Ante testigos
tendria quizá reparo.....

Fulg. Sí.

Condesa. Breve será la audiencia.

Fulg. Pasearémos entre tanto
por el jardin.....

Luperc. [*En voz baja á Fulgencio.*]
Y estaremos
á la mira por si acaso.

Fulg. [*Andando hácia el foro.*]
Ven.

Luperc. Te sigo.

[*Acercándose á la puerta.*]

Pase usted
adelante, ciudadano.

[*Se va, siguiendo á Fulgencio. Un momento despues aparece D. Bernardo.*]

ESCENA V.

LA CONDESA. D. BERNARDO.

[*Don Bernardo, pobremente vestido, aunque con limpieza y sin andrajos, se ha dejado crecer la barba, y en su rostro descolorido y demacrado muestra siniestros indicios de depravacion inveterada. Al principio de esta escena se mantiene á cierta distancia de la Condesa, la cual siente al verle instintiva repugnancia y apénas le mira.*]

Bern. Larga ha sido la antesala,
señora.....

Condesa. [*Algo turbada.*] Yo...

Bern. No me pasmo...

Condesa. (Repulsivo es su semblante.)
Bern. Soy forastero, y no traigo
cartas que me recomienden
ni blasones nobiliarios
que hagan para mí accesibles
las puertas de los palacios.
Condesa. Harta recomendacion
para mí es ser desdichado.
Bern. Así la voz popular
me lo ha dicho. Sin embargo,
como usted no me conoce,
y hay quien vive de petardos
y estafas..... (Qué estoy diciendo?
Por poco no me delato
yo propio.)
Condesa. [*Impaciente.*] En fin....
Bern. No he venido
á tan miserable estado
por acciones de que deba
avergonzarme. Soy náufrago.....
Condesa. Náufrago!
Bern. Me explicaré.
No en el mar Mediterráneo;
en otro aún más proceloso
hizo este buque naufragio;
en el mar de la política.—
Afiliada en otro bando,
tal vez no se duela usted,
señora, de mi quebranto.
Condesa. Y por qué no? La política
está para mí en arábigo.
Ni eso es propio de mujeres,
ni cuando un necesitado
acude á mí le pregunto
jamás si es tirio ó troyano.
Bern. Pues bien, ya que usted abriga
tan dulces y humanitarios
sentimientos, va á saber
mis cuitas.....
Condesa. No: es excusado.....
Bern. (Yo me guardaré muy mucho
de espontanearme.) El tiránico
gobierno que nos subyuga
me persigue sin descanso
y sin piedad, porque soy.....
(qué diré?) republicano.
Condesa. Vaya por Dios!
Bern. Contra mí
fulminó sañudo un auto
de prision (esto es verdad.)
No bien lo averiguo, salgo
fugitivo de Madrid;
por trochas y por atajos
caminando dia y noche
y dia y noche temblando,
llego á esa playa, y me alberga
en su techo hospitalario
un camarada tan pobre
como yo. ¡Triste y precario
refugio! Si algun esbirro
olfatea el contrabando,
perdidos somos los dos!—
Pero, por dicha, en el Grao,
pronto ya á darse á la vela,
hay un buque americano
á cuyo bordo podré
ponerme, señora, en salvo.
Condesa. Y bien!....
Bern. (No he urdido mal
el cuento.) Pero es el caso
que no tengo una peseta,
y cuesta el flete muy caro.
Condesa. Bien. Qué necesita usted?
Bern. Siento molestar.....
Condesa. Oh! Cuánto?
Diga usted.
Bern. [*Acercándose un poco.*]
Doscientos duros.
Condesa. Bien está. Mi secretario
se los dará á usted ahora.
Bern. Tanta bondad..... (Mentecato!
por qué no he pedido más?)
Gracias. Firmaré un resguardo.....
Condesa. Es inútil.
Bern. [*Acercándose más.*]
Ah!.... Esa cara.....
La voz.....
Condesa. Qué?....
Bern. Vivo traslado
es usted.....
Condesa. De quién?
[*Mirándole con más atencion.*]
(Oh Dios!
Juraria.....)
Bern. No me engaño.
María!
Condesa. (Él es!)
Bern. Prenda amada!
Condesa. [*Turbada y pesarosa.*]
(Oh rubor!) Yo.... ¿Desde cuándo...
Yo ignoro.....
Bern. No me conoces?
No conoces ya á Bernardo?
Tal te veo y tal me ves,
María, que no lo extraño.
Yo, sumido en la miseria,
yo, triste y continuo blanco
de infortunios y pesares,
vuelvo á ti marchito, pálido....,
repugnante quizá: tú,
á quien riquezas y lauros
próspera suerte prodiga,
no has perdido—qué milagro?,
ántes con creces ostentas
tus peregrinos encantos.
Condesa. No más! En vano á mis ojos
otra vez el ángel malo
se aparece que de oprobio
cubrió y duelo y lloro amargo
mi adolescencia. Aquel dia
en que, haciendo usted escarnio
de falaces juramentos,

se rompió el odioso lazo
que á un monstruo me esclavizaba,
fué más feliz que nefasto
para mí. Dios inspiró
á mi corazon llagado
la resignacion cristiana
que le ofrecí en holocausto,
y de mi apagada fe
revivió el luciente faro
que por siempre me apartó
de la senda del pecado.

Bern. Culpable fuí, lo confieso,
pero ¡cuán terrible el pago
de mi perfidia! (Apelemos
al alto estilo romántico.)
Desde entónces—ay! gemí
bajo el influjo de un astro
maligno. Penas sin cuento,
privaciones, sobresaltos,
remordimientos atroces
mi existencia funestaron.
Ausente de ti, ignoraba
tu paradero, y en vano,
cual otro judío errante,
vagaba un año y otro año
ansiando el feliz momento
de estrecharte entre mis brazos.

[*Lo intenta y al oir la exclamacion imperiosa y despreciativa de la Condesa se detiene.*]

Condesa. Atras!

Bern. Cuando no el amor
en que de nuevo me inflamo,
el honor me mandaria
pagar la deuda.....

Condesa. Malvado!
Págasela á Dios, no á mí,
que nada de ti reclamo
ni he menester.

[*Aparecen Fulgencio y Lupercio por entre los árboles.*]

ESCENA VI.

LA CONDESA. D. BERNARDO. FULGENCIO. LUPERCIO.

Bern. Qué! ¿rehusas
el único arbitrio humano
con que puedes recobrar
la honra.....

Fulg. [*En voz baja.*] Qué es esto?

Luperc. Oigamos.

Condesa. ¡De honra me habla el burlador
de la mia! ¡el desalmado
que nunca la ha conocido!
Si ya vínculo más santo
mi nombre, que tú infamaste,
no hubiera rehabilitado,
sabria expiar mi culpa
en la soledad de un claustro,
ó arrostrar todo linaje
de angustias y de trabajos;
todo ménos el suplicio
de unir mi mano á tu mano.

Fulg. (Oh cielo!)

Bern. Un dia el amor.....

Condesa. Oh! no profane tú labio
tan dulce nombre. ¡Maldita
fuí de Dios cuando el incauto
corazon no defendí
de tus pérfidos halagos!

Bern. Pues bien, señora, si ya
no me es lícito invocarlo,
sin duda porque tan alta
se ve usted y yo tan bajo,
capitulemos.

Condesa. ¿Qué escucho!

Fulg. [*En voz baja.*]
Lupercio!

Luperc. Espera!

Bern. Para algo
me ha traido aquí el destino,
María. Depositario
de un secreto que esconder
bajo una losa de mármol
quisieras, fuerza será
que tu oro ponga un candado
á mi boca, ó sabrá el mundo.....

Condesa. Cesa! Tan inmundo tráfico
desprecio como al protervo
que con cínico descaro
me lo propone. ¡Comprar
yo tu silencio! Oh! Si un rastro
de vergüenza conservaras,
tú deberias llorando
implorar el mio. ¿Quién,
si osaras dar tal escándalo,
perdiera más? ¿Yo, que nunca
me he cubierto con el manto
de la torpe hipocresía,
ó tú, sumido en el fango
de los vicios...., de los crímenes?
¡Tú, cuyo solo contacto
empañaria el honor
más puro y acrisolado!
Habla! Yo hablaré tambien,
si provocas temerario
mi saña. Ya el Juez Supremo
me ha absuelto y te ha condenado,
y de la humana justicia
no esperes, vil, otro fallo.

Bern. Lo sé, mas ya que me veo
perdido y desesperado,
yo apelaré á un tribunal
que no suele ser tan manso;
á la pública opinion.
Si ahora no temes sus dardos
porque te engrien y ofuscan

los humos aristocráticos;
si todavía deslumbras
al mundo con tu boato,
sin duda es porque hasta hoy
no ha sido sabroso pasto
de las lenguas maldicientes
tu historia.

Condesa. (Ah!)

Bern. Yo, yo me encargo
de darla á luz; y lo haré
con notas y comentarios;
y caerás del pedestal
que usurpas.....

Condesa. (Gran Dios!....)

Fulg. [*Saliendo de improviso. Lupercio le sigue.*]
Villano!

Condesa. Fulgencio! (Triste de mí!)

Bern. ¿Quién.....

Fulg. Yo ese infame conato
sabré impedir.

Bern. Usted! Cómo!

Fulg. La aleve diestra cortando
capaz de tanta vileza.

Condesa. Ese hombre..... Dios soberano!—
Yo.....

Bern. ¿Quién es el insolente
que se atreve...

Fulg. Un hombre honrado,
que de cruzar se avergüenza
su palabra.....

Luperc. (Esto va malo!)

Fulg. Con ente tan despreciable.

Condesa. [*Sumamente conmovida.*]
Ah!....

Fulg. Bien sé que me degrado
en castigar por mí mismo
tan grosero desacato;
que para quien es usted
basta el último lacayo
de esta señora.....

Condesa. Fulgencio!

Fulg. Pero lo tomo á mi cargo
porque no presuma usted
que en cobardía le igualo.

Bern. Cobarde yo!

Condesa. [*Á punto de desmayarse. Lupercio que lo observa, se acerca á ella.*]
¡Por piedad.....

Bern. Sígame usted, y en el campo
le probaré.....

Condesa. Ah!.... Yo fallezco.

[*Se desmaya en brazos de Lupercio que acude á socorrerla.*]

Luperc. Condesa! Oh! Dios mio!—Bárbaro!—
Mátale!

Fulg. Sí haré.

Luperc. [*Gritando.*] Socorro!

Bern. Vamos! De ira me abraso.

Fulg. [*En voz baja.*]
No quedará sin venganza,
yo te lo juro, su agravio;
mas despues de tal escena
¿cómo mi amor y mi tálamo
ofrecerla?

Luperc. [*Á un lacayo y á una doncella que llegan apresurados.*]
Aquí! Ayudadme!

[*Ayudan los criados á sostener á la Condesa.*]

Fulg. [*En voz baja.*]
Cuando vuelva del desmayo,
veámonos.....

Luperc. Sí.

Bern. Acabemos!

Luperc. ¿Dónde.....

Fulg. En el muelle te aguardo.

Bern. (Si muero, viaje redondo!)

Fulg. [*Contemplando á la Condesa.*]
(Desdichada!...)

Bern. Vamos!

Fulg. Vamos!

ESCENA VII.

LUPERCIO. LA CONDESA. LOS CRIADOS.

Luperc. (Pobre señora!)—No vuelve.....
Sentémosla en este banco.

[*Lo hacen.*]

(Qué fatalidad!)

[*Á la doncella.*]

Dale aire.....

[*La doncella abanica á la Condesa.*]
[*Al criado.*]

Corre tú á traer volando
esencias...., agua..... ¡Que llamen
al médico, al cirujano.....

[*Entra corriendo el lacayo en la casa.*]

Condesa!... Oh Dios!.. No respira...
Hombre funesto! Algun trasgo
enemigo de Fulgencio,
de ella y de mí nos le trajo.
¡Maldígale Dios, amén,
y cargue con su alma el diablo!

ACTO TERCERO.

Interior de la alquería de D. Alfonso. Sala con puerta que da al zaguan, á la derecha del actor; otra á la izquierda; otra en el foro.

ESCENA I.

FULGENCIO. D. ALFONSO.

[*Fulgencio aparece sentado en una butaca: le cubre una bata ligera y apoya el brazo derecho en un pañuelo negro pendiente del cuello. Don Alfonso ocupa una silla al lado de su hijo.*]

Alfonso. Ya convaleciente? Oh dicha!
Es cirujano muy hábil
don Vicente.
Fulg. Sí; muy pronto
podré quitarme el vendaje.
Alfonso. Así me lo ha asegurado.
Salia de visitarte
cuando entraba yo.
Fulg. La herida,
por fortuna, no era grave.
Alfonso. Es cierto; pero la fiebre....,
la pérdida de la sangre.....
Cuánta ha sido mi zozobra!
Fulg. Era natural en padre
tan bondadoso.
Alfonso. En diez dias
áun no cumplidos ¡curarte.....
Fulg. Tanto, que, segun me ha dicho,
podré salir á la calle
muy en breve.
Alfonso. Y sin temor
de que te moleste nadie.
Tranquilo puedes estar.
De aquel malhadado lance
no hay otra prueba, otro indicio—
así lo afirma el alcalde—
que haberse hallado en la playa
el insepulto cadáver
de un hombre desconocido.
Ni nadie se muestra parte,
ni de nadie se sospecha.
Fulg. Qué mucho? El fatal combate,
en el cual fué mi adversario
tan valiente, como infame
cuando dió lugar á él,
se verificó, ya casi
de noche, en una hondonada
muy solitaria y distante
de la poblacion. Lupercio,
que proporcionó los sables,
fué nuestro único testigo,
y ni puede denunciarme
sin riesgo propio, ni en él
tanta villanía cabe.
Alfonso. Ya muy cerrada la noche
á la alquería llegasteis.....
Fulg. Y, guiado por Lupercio,
que, previendo algun desastre,
en todo obró con cautela,
nos trajo el mismo carruaje
que nos llevó en hora aciaga
al lugar de la catástrofe.
Alfonso. No te pida cuenta Dios
de las angustias mortales
que en aquella horrible noche
á mí y á Leonor causaste.
¿Y por qué, oh Dios! No hay ejemplo
de trastada semejante.
Por un amor insensato,
por un quijotesco alarde
de hidalguía.....
Fulg. Del amor,
si tal nombre puede darse
á un vértigo, combatido
por mi razon ahora y ántes,
harto curado estoy ya;
mas, sin los fueros de amante,
bastaba ser bien nacido
para vengar el ultraje
inferido á una señora
de prendas tan relevantes
por un bandido procaz.—
Ya en eterno sueño yace;
respetemos su memoria
y Dios de su alma se apiade;
mas si en presencia de usted,
que blasona de linaje
noble, limpio, y nuevo lustre
le dió en la escuela de Marte,
se hubiera visto insultada,
no ya una dama adorable
por su bondad, su hermosura,
su excelsa virtud; que en balde
osó denigrarla el mismo
de cuyas pérfidas artes
fué víctima; no la propia
á quien amor y hospedaje
hubiera usted merecido,
sino la más miserable
y más plebeya mujer,
¿qué hubiera usted hecho, padre?
Alfonso. Lo que tú.—Pero olvidemos
suceso tan lamentable,

y bendigamos á Dios
que por tal senda te trae,
pobre oveja descarriada,
al redil que abandonaste.
No hay mal que por bien no venga.
De escarmiento saludable
te servirá lo pasado,
y mis lisonjeros planes,
que iba á burlar tu demencia,
se realizarán.

Fulg. ¿Qué..... Cuáles?

Alfonso. ¿Cómo no los adivina
tu corazon?

Fulg. Yo.....

Alfonso. Casarte
con Leonor.

Fulg. Ay padre mio!
Sería tan grato enlace
mi mayor felicidad;
mas ¿cómo el que ciego y frágil
á otra ménos digna que ella
osó rendir homenaje
ha de aspirar.....

Alfonso. Por qué no?
Si un momento claudicaste,
porque te hechizó esa Circe
con sus halagos falaces,
no es de tal aberracion
tu corazon responsable.....

Fulg. Tal vez.....

Alfonso. Y ya me parece
que la has purgado bastante.

Fulg. Bien arrepentido estoy
de mi desliz, Dios lo sabe;
mas se opone á mi deseo
otro obstáculo más grande.

Alfonso. Cuál? ¿Quién....

Fulg. No me ama Leonor.

Alfonso. Ahora con eso me sales?
Quizá esté algo resentida
de haber sufrido un desaire
que no merecia; pero.....

Fulg. Yo pasé por ese trance
primero que ella.

Alfonso. ¿Qué dices!

Fulg. Como si ya presagiase
que mi locura tendria
tan infausto desenlace,
venía yo de Valencia
caviloso, vacilante.....
Por la Condesa invitado,
ántes que á su puerta llame,
secreto impulso me mueve
á saludar mis hogares.
Viendo, al penetrar en ellos,
de Leonor la pura imágen,
«esta es la dulce consorte,
dijo mi razon triunfante,
que Dios me guarda. Ya unidos
con vínculos fraternales,
¡qué dicha para los dos
cuando el altar los consagre!
Quizá á mi padre, á ella propia
tan grata idea complace,
y en mí el frustrarla sería
una culpa imperdonable.»—
Así inspirado......

Alfonso. ¿Pediste
su blanca mano.....

Fulg. Al instante;
pero ella me la negó.

Alfonso. Comprendo..... Y sin más exámen,
te fuiste á la quinta en busca
de consuelos..... y contrastes.

Fulg. Qué habia de hacer? Aquí
desdenes, allí bondades.....

Alfonso. Desdenes bien merecidos.
Si no fueses un orate,
bien se te hubiera alcanzado
que ya no estaba ignorante
Leonor de tu desvarío,
y que su decoro, el áspid
de los celos.....

Fulg. No. Sin ira,
sin alterar su semblante
rechazó mi humilde ruego,
y cuando me oyó quejarme
de que para otro tal vez
no era tan inexorable,
no me desmintió.

Alfonso. [*Se levanta, y tambien Fulgencio.*]
¿Qué escucho!
No, no es creible. Si de álguien
que no fueses tú se hubiera
prendado, ella, que es un ángel,
no me lo hubiera ocultado.
Hija de tan buena madre,
hija de mi digno amigo,
que en paz eterna descanse,
pupila mia..... Imposible!
Ni ojos para otros galanes
puede tener la que sólo
funda su orgullo en mirarte.

[*Llamando.*]

Leonor!—No, no puede ser.

Fulg. ¡Señor.....

Alfonso. Quiero que se aclare
todo, quiero convencerte
de que eres un botarate.

[*Llega Leonor por la puerta de la derecha.*]

ESCENA II.

D. ALFONSO. FULGENCIO. LEONOR.

Alfonso. Ven. Tu candor me es notorio,
como á ti mi autoridad.
Jura á Dios decir verdad

y oye mi interrogatorio.
¿Es cierto que te pidió
Fulgencio mano de esposa?
Leonor. Sí.
Alfonso. ¿Es cierto que desdeñosa
respondiste con un nó?
Leonor. Distingo.
Alfonso. Oiga! ¿Tú tambien.....
dialéctica..... Explícame eso.
Leonor. Cierto fué el nó, lo confieso,
pero no lo fué el desden.
Alfonso. ¿Podré saber el motivo
de esa negativa extraña?
Leonor. Saber que habia en campaña
dama de más atractivo.
Alfonso. Has oido?—¿Y su perfidia
castigar quisiste así?
Leonor. Sí, mas no en él, sino en mí.
Alfonso. ¿Tuviste celos.....
Leonor. No; envidia.
Fulg. Oh! á quién puedes tú envidiar?
¿Á quién.....
Leonor. Yo me explicaré.
No entibió mi ardiente fe
envidia baja y vulgar.
Riquezas que yo no acopio,
ni su título condal,
no envidié yo en mi rival,
sino su mérito propio.
Vi que á su próvida estrella,
para embellecer tus horas,
tantas dotes seductoras
plugo acumular en ella.
Vi que yerto pundonor
te trajo sólo á mi puerta,
teniendo la suya abierta
por la mano del amor;
y como siempre anhelé
tu dicha más que la mia,
y ella el lauro se ceñia
que á mí negado me fué,
he aquí por qué, en mi humildad,
pude, admirando su gracia,
bendecirla sin falacia
y envidiarla sin ruindad.
Alfonso. Oh celestial criatura!
Fulg. Maldigo mi error funesto!
Fué tu desvío.....
Leonor. Supuesto.
Fulg. Tu amor á otro.....
Leonor. Impostura.
Alfonso. ¡Contra ella propia conspira
cuando desamada gime!
Fulg. Quién vió virtud más sublime?
Alfonso. Ni más heroica mentira?
Leonor. Ay! ¿Cómo mi turbacion
no le dijo que mentia
y en mil pedazos sentia
partírseme el corazon!
Alfonso. Goza ahora el digno premio.....
Fulg. ¡Me habia dejado Dios
de su mano!
Alfonso. Ahora á los dos
acoge en su santo gremio.

[*Á Leonor.*]

La pasada tempestad
ya en favor tuyo resuelve
el arduo problema y vuelve
sus fueros á la verdad.
Ya su amor no te disputa
rival plebeya ni hidalga.
Ya no hay condesa que valga
y aquí eres reina absoluta.—
Pero ántes que dulce lazo
dé paz y gloria á los tres,

[*Á Fulgencio.*]

póstrate humilde á sus piés.

[*Va á hacerlo Fulgencio, y Leonor le detiene abrazándole.*]

Leonor. No! Yo le absuelvo y le abrazo.
Alfonso. Bien! Justo es que le consueles.....

[*Poniéndose en medio.*]

Ahora á mí los dos..

[*Le abrazan Leonor y Fulgencio.*]

Qué grupo!
Fulg. Oh padre!
Leonor. Señor!
Alfonso. No supo
pintarle mejor Apéles.—
Ahora yo mando y exijo
que, á fuer de novios en cierne,
abrevieis cuanto concierne
al conyugal regocijo.
Con los brios de un muchacho
me siento ya, y si pudiera,
segunda edicion hiciera
de las bodas de Camacho.
Fulg. No ha menester tanto apresto
un amor tan acendrado.
Alfonso. Bien. Los dos á vuestro grado
arreglad el presupuesto.
Ya entrado en convalecencia,
puedes con tu serafin
dar una vuelta al jardin
miéntras yo escribo á Valencia.
Leonor. Sí. Bendito sea Dios!

[*Leonor y Fulgencio dan un paso hácia el foro.*]

Alfonso. Niño! El brazo á tu señora!

[*Le ofrece Fulgencio á Leonor para que se apoye en él, y Leonor invierte la colocacion.*]

Leonor. No! yo soy tu apoyo ahora.
Alfonso. Y el de mi vejez los dos.

[*Desaparecen Leonor y Fulgencio por la puerta del foro.*]

ESCENA III.

D. ALFONSO.

Por fin mis votos se cumplen.
Mas ¿cómo, cuando tan cerca
tenía de sí Fulgencio
esa inestimable perla,
pudo caer en la red
de una astuta aventurera;
que tal concepto me debe
por mucho que él encarezca
sus hidalgos sentimientos
y sus distinguidas prendas?
Tal vez, aunque gravemente
la acusan las apariencias,
más digna de compasion
que de vituperio sea;
mas lo que vale mi niña
me dice larga experiencia,
y de la Condesa insigne
¿qué sé? Una ruidosa escena
que costó la vida á un hombre
y en peligro de perderla
puso á mi hijo. ¡Ahí es nada
lo que va de nuera á nuera!

ESCENA IV.

D. ALFONSO. LUPERCIO.

Luperc. [*Á la puerta de la derecha.*]
Da usted permiso?
Alfonso. Adelante.
[*Entra Lupercio.*]
No hay en mi casa etiquetas
para don Lupercio.
Luperc. Gracias;
pero no pido yo vénia
para mí solo.
Alfonso. Pues ¿quién.....
Luperc. Mi señora la condesa
de Fonsalubre.....
Alfonso. Ella! Extraño
que á visitarnos se atreva.....
Luperc. Chist! Por Dios, que lo está oyendo!
Alfonso. Es demasiada imprudencia,
por no decir otra cosa.....

ESCENA V.

D. ALFONSO. LUPERCIO. LA CONDESA.

Condesa. Por no decir desvergüenza:
no es verdad?
Alfonso. Señora..... Yo.....
Condesa. ¿Qué delito ó qué vileza
he cometido que me hagan
merecer tan dura afrenta?
Alfonso. No soy juez ni acusador
de usted. Mas si su conciencia
de nada la arguye, al ménos
aquí de la mala estrella
en que sin duda nació
se ha llorado la influencia.
¿Cómo he de ver á mi lado,
sin que el rostro se me encienda,
á quien infausta ocasion
fué de la horrible tragedia
que de una familia honrada
vino á amargar la existencia?
Luperc. Ella no la provocó,
sino la índole avicsa
del hombre desatentado
de cuya atroz insolencia
fué ley de honor en Fulgencio
tomar venganza sangrienta.
Alfonso. Con sangre en fin está escrita
aventura tan funesta,
y la de aquel infeliz
no tiñó sólo la arena,
sino la mia tambien.
Condesa. Ay! porque no se vertiera
una gota de esa sangre
generosa en mi defensa,
hubiera yo derramado
toda la que hay en mis venas.
¿Y debia yo mirar
con glacial indiferencia
tan deplorable suceso?
¿Y para quién que no tenga
helado su corazon
no es, señor, sagrada deuda
la gratitud? Aunque pese
no merecido anatema
sobre mi frente, debia
pedir á Dios con acerbas
lágrimas y ardientes ruegos
que una vida por mí expuesta
conservase; y cuando tanto
su curacion me consuela,
tengo derecho, señor,
como cristiana siquiera!,
para darle el parabien
que á un extraño no se niega.
Alfonso. Señora...., (me ha conmovido)
ni tan sentidas querellas
debo yo extrañar, ni en mi alma
villano rencor se alberga.
Tal vez el amor de padre,
que está sujeto á flaquezas
como todos, me ha ofuscado;
pero despues de una prueba
tan cruel, no es decoroso
ni permite la prudencia
que haya íntimas relaciones
entre usted y yo, Condesa.
Si con obtener mi aprecio
no queda usted satisfecha,

y de dulces esperanzas
todavía se alimenta
que Dios no quiere cumplir,
lo sentiré muy de véras.
De los ojos de Fulgencio
cayó por siempre la venda
que los ha cegado, y pronto
la bendicion de la iglesia
le unirá.....

Condesa. Con su pupila
de usted.

Luperc. (Adios mi estrategia!)

Alfonso. Sí, Leonor.....

Condesa. Sea mil veces
y otras mil en hora buena.

Alfonso. Cómo!....

Condesa. Señor don Alfonso,
sin pesar y sin sorpresa
lo digo; que el alma ya
me presagiaba esa nueva.

Alfonso. ¿Será posible, señora,
que usted con frente serena
vea en la de otra mujer
brillar la nupcial diadema
que anhelaba.....

Condesa. ¿Por qué no,
si Dios y el amor lo ordenan,
y el bien parecer lo exige,
y la razon lo aconseja?
¿Quién más que yo hace justicia
á la virginal modestia
y á la gracia singular
de esa jóven hechicera?
Sin que oyese yo en los labios
de Fulgencio la protesta
de que ni él ni ella pensaban
en los lazos que hoy estrechan,
no hùbiera arrostrado yo
tan temible competencia.

Alfonso. [*Aparte con Lupercio.*]

Tanta abnegacion me asombra.

Luperc. Oh! en su alma está la nobleza
más que en su título.

Condesa. Acaso
pensará usted que me fuerza
la triste necesidad
á hablarle de esta manera,
mintiendo humildad estoica
mi reprimida soberbia.
No! Desde que vi á Fulgencio,
toda mi alma sin reserva
fué suya.....

[*Sollozando.*]

¡Y lo es todavía
aunque á mis piés no le vea!—
Mas de mi tierno cariño
no ha empañado la pureza
sensual delirio. Amaestrada
desde muy niña en la escuela
del dolor y el infortunio,
en más elevada esfera
más alto timbre anhelaba,
y aunque á mí no me la deba,
bendeciré la ventura
que en brazos de otra le espera.

Alfonso. Mujer admirable! ¿á quién
no persuade esa elocuencia
nacida del corazon?
¿Quién le tendrá tan de piedra
que, viendo á tus bellos ojos
llorar así, no te absuelva?—
Qué digo absolverte? No:
donde no hay culpa no hay pena.

Condesa. Ay! sí; que si puedo ahora
protestar de mi inocencia,
no siempre de la virtud
seguí yo la áspera senda,
y no me es dado aceptar
tan generosa indulgencia
sin que juzgue usted primero
si puedo ó no merecerla.

Alfonso. No; á mí me basta.....

Condesa. Á mí no.
Aunque por villana lengua
proferido, es harto grave,
señor, el cargo que pesa
sobre mí, para que yo
pueda excusar la sincera
confesion que ruego á usted
oiga con benevolencia.

Alfonso. Señora.....

Condesa. [*Á Lupercio, que se retiraba.*]

¿Por qué alejarse,
Lupercio? Cuando resuelta
quiero que á la absolucion
preceda la penitencia,
qué importa un testigo más?
Antes serlo usted me alienta,
¡usted mi probado amigo.....
y el único que me resta!

Luperc. Ah! sí, yo juro.....

Condesa. Quince años,
señor, tenía yo apénas
cuando con blandas lisonjas
y con mentidas promesas,
un hombre en hora menguada
cautivó mi alma inexperta.
Entre su padre y el mio
habia habido reyertas,
pleitos..... Sea esta la causa
ó que mayor conveniencia
viese el mio en otra boda
que de mi gusto no era,
al que preferia yo
cerró con ira la puerta.
Así, en lugar de entibiarse,
cobró—ay de mí! más violencia
mi mal nacida pasion,
y tanto, que ilusa, ciega,
me dejó robar.....

Alfonso. Oh cielos!
¿Tu nombre, tu residencia.....

Condesa. María Monfort.
Alfonso. Ah! sí,
ella es!
Condesa. Nací en Orihuela.....
Alfonso. Ella, sí!
Condesa. Qué! ¿usted sabía.....
Alfonso. Sí. Prosigue. (Oh Providencia!)
Condesa. Ay Dios! Como una de tantas
heroínas de novela,
con una carta ridícula
creí subsanar mi mengua.
Siguiendo al vil seductor
viajé á Alicante, á Valencia,
á París..... ¡Y nunca el dia
llegaba de que cumpliera
su palabra! ¡Y fruto amargo
fué de mi locura extrema
el desprecio del amante
tras la maldicion paterna!
Alfonso. Pobre María!
Condesa. Los vicios
á que se entregó sin rienda,
pronto en odio convirtieron
aquella culpable y necia
pasion; ¡mas yo no podia
romper la infame cadena
que á mi pesar arrastraba!—
Abrumado, en fin, de deudas....,
quizá de remordimientos,
«libre soy, libre te quedas,
me dijo. Miéntras yo busco
mejor fortuna en Bruselas,
jóven y hermosa, tú aquí,
si te espanta la miseria,
puedes reirte del mundo
y dar envidia á las reinas.»
Luperc. Malvado!
Condesa. Á tal abandono
y á tan bárbara blasfemia
creí no sobrevivir;
mas Dios me dió fortaleza
para sufrir resignada
la merecida sentencia
de mi negra culpa.—Áun pudo
admitir ricas ofrendas
este ídolo derrocado;
mas, vistiendo tosca jerga,
de San Vicente de Paul
ser preferí humilde sierva.
Dios probó mi noviciado
con una horrible epidemia.
De hospital en hospital
mil riesgos arrostré en ella,
y por la gracia divina
salí de todos ilesa.
Luperc. Noble amiga!
Alfonso. Dios es grande.
Condesa. Áun de su bondad inmensa
me dió otra prueba mayor.
Mi activa beneficencia
tal fama llegó á cobrar,
que no hubo enfermo ni enferma
en París que no quisiese
tenerme á su cabecera.
Llegó el turno, cuando ya
iba el mal en decadencia,
á un comerciante italiano.
Creia su hora postrera
llegada ya, y cuando libre
se vió de la fiebre horrenda,
se obstinó en que sólo á mí,
no al médico y sus recetas,
no á su buena complexion,
debió la convalecencia;
y á mi mano atribuyendo
virtudes de panacea,
me la pidió enamorado.
Rehusé con todas mis fuerzas
tanta honra, y le referí
mi historia; y con esta ingenua
confesion mia, muy léjos
de desistir de su idea,
por piedad ó por amor
más y más se aferró en ella.
Viendo yo comprometida
con mi tenaz resistencia
su salud mal recobrada,
aunque con la edad provecta
frisaba, y yo de la mia
estaba en la primavera,
vencida, al fin, de sus ruegos,
acepté la noble oferta
que al seno me devolvia,
en premio de mi paciencia,
de la humana sociedad,
¡tan justamente severa
con la mujer desdichada
que sus fueros atropella!
Alfonso. Severa, sí, y áun cruel
con la que en llanto y pobreza
yace abismada; indulgente
por demas y placentera
con la que en trenes lujosos
laureado su vicio ostenta.
Si de tus gracias, como otras,
hubieras hecho almoneda;
y la mercancía vil
con su pabellon cubriera
algun arrogante creso;
y con vistosas libreas
cien lacayos te sirviesen;
y á la insaciable caterva
de parásitos serviles,
hoy con opípara mesa
brindáras, con un gran baile
mañana en salas espléndidas,
modelo te llamarian
del donaire, archiprincesa
de la moda; y no esquiváran
los que á la fortuna inciensan
á tu tocador visitas
ó á tu antesala tarjetas;
y cien lentes á la par
devoráran tu platea;
y á porfía cien ginetes
rodeáran tu carretela;

y nadie se cuidaria
de saber tu procedencia.
Condesa. Ay, señor!

[*Se echa en los brazos de D. Alfonso.*]

Luperc. Soy un idiota,
ó la mujer fuerte es esta
de quien dice la Escritura
que se busca y no se encuentra.
Condesa. Justo era obtener primero
el perdon y la licencia
de mis padres, y esperando
que en mi favor interceda,
al cura de mi parroquia
me dirijo..... Ay! su respuesta
fué lacónica y amarga.
La carta me fué devuelta,
y con mi fe de bautismo,
bajo la misma cubierta,
dos de defuncion..... Ay triste!
Alfonso. Quizá la propia dolencia
que arrostraste tú con tanto
denuedo á orilla del Sena,
á tu padre y á tu madre
abrió en un dia la huesa.
Mas sírvate de consuelo,
si tan dolorosa pérdida
lo consiente, que tu padre
pronunció en la hora suprema
tu perdon.
Condesa. Oh Dios piadoso!—
¿Y..... mi madre.....
Alfonso. Oh! no la ofendas
con dudarlo: era una santa,
y cuando santa no fuera,
las madres siempre perdonan!
Condesa. Madre mia!....
Alfonso. En fin—abrevia—
te casaste con el Conde.....
Condesa. Todavía no lo era.
Orillados sus negocios,
me llevó consigo á Génova,
patria suya, y venturoso
en todas cuantas empresas
acomete, su caudal
con rapidez se acrecienta;
y su bondad era tanta,
que á mi virtud, no á su ciencia,
creyó deber su pasmosa
prosperidad.—Mi tristeza
profunda logró calmar
consagrándose sin tregua
á prevenir mis deseos,
colmándome de finezas
y adoraciones.—Duró
sólo diez años aquella
dulce y venturosa union,
cuyo recuerdo venera
y bendice mi alma.
Alfonso. Es justo.
Condesa. En melancólica inercia
sumida despues, la vida
me era ya carga molesta,
cuando á nueva y más cruel
expiacion me condena
un vano sueño..... Ah! ¿qué son
los blasones, las riquezas
que tantas me envidiarán?
¡Yo en la última indigencia
preferiria vivir,
si al ménos la suerte adversa
todas tus fuentes de amor,
próvida Naturaleza,
no me hubiese ya cegado!
Pobre de mí! ¿qué me queda,
rotos ya todos los vínculos
que me unian á la tierra?
Alfonso. No, María; todos no.
La inagotable clemencia
de Dios goces no esperados
á tu fe, á tu amor reserva.
Condesa. ¡Cómo.....
Luperc. (¿Qué será.....)
Alfonso. [*Llamando desde el foro.*]

Leonor!
Fulgencio!—Venid apriesa.

ESCENA ÚLTIMA.

LA CONDESA. D. ALFONSO. LUPERCIO.
LEONOR. FULGENCIO.

Leonor. Ella!
Fulg. Ah!
Alfonso. Y con suma alegría
la recibo: no te admires.
Fulg. ¡Cómo.....
Alfonso. Oidme.

[*Á Leonor.*]

No la mires
de reojo tú, hija mia.
Leonor. Yo.....
Alfonso. [*Á Fulgencio.*]

El que ejerció sobre ti
no era prestigio siniestro,
no. Para su bien y el nuestro
Dios la ha conducido aquí.

[*Á la Condesa.*]

Dios, que en dura adversidad
tu virtud acrisoló,
no te ha condenado, no,
á perpetua soledad.
No para ti el cielo santo
ha cegado vengador
todas las fuentes de amor,
sino todas las de llanto.—
Cuando léjos de tu padre
te llevó fatal desliz,
no sabías tú, infeliz....,

que estaba encinta tu madre!

Condesa. [*Grito indefinible.*]

Ah!

Leonor. Gran Dios!....

Luperc. Qué oigo!

Fulg. María!

Alfonso. Y el fruto de bendicion
que consoló su afliccion
fué.....

Condesa. Leonor!

[*Corren las dos, una en brazos de otra*]

Leonor. Sí!

Condesa. Hermana mia!

Alfonso. [*Á Leonor.*]

Sí, esta es tu llorada hermana,
que al fin viene á honrar mi techo,
y en cuya busca hemos hecho
tanta diligencia vana.

Condesa. [*Queriendo arrodillarse.*]

¿Cómo á tus piés no me humillo,
en vez de.....

Leonor. [*Apretándola en sus brazos.*]

No; aquí en mi seno,
que al verte en él ¡me enajeno!

Luperc. Yo lloro como un chiquillo.

Fulg. [*Á la Condesa.*]

Yo soy, yo, quien tu perdon
implorar debo postrado.....

Condesa. [*Deteniéndole.*]

Qué ¿no hay todavía un lado
para mí en tu corazon?
Nuestra mutua simpatía
misterio ha sido de Dios,
y amar puedes á las dos
sin mengua tuya ni mia:
á ella porque no hay mujer
más digna de amor; á mí
porque su hermana nací.....
y su madre puedo ser.

Leonor. Mi madre! Oh! no digas tal.
Á tu gala y discrecion
yo rendí mi pabellon
áun creyéndote rival.

Condesa. Y yo, porque obraba en mi alma
oculto presentimiento,
tenía remordimiento
de disputarte la palma.

Alfonso. Y vuestra rivalidad,
que el cielo premia y sublima,
ha sido incesante esgrima
de nobleza y lealtad.

Condesa. [*Abrazando y besando á Leonor.*]

Deja que otra vez te bese,
espejo de la pureza,
y en tu celeste belleza
extática me embelese.

[*Á Fulgencio, dándole la mano.*]

Tú mi fe pura y sincera
recibe.....

Alfonso. En tus brazos!

Fulg. [*Abrazándola.*] Sí!

Condesa. No hay ya levadura en mí;
que ese ángel me regenera.

Luperc. [*Á D. Alfonso.*]

La oye usted?

Alfonso. Es peregrina!

Condesa. Miéntras yo ensalzo y bendigo,
porque tanto bien consigo,
la Providencia Divina,
gozad dichosos, gozad
el terreno paraíso
de que desterraros quiso
mi halagüeña ceguedad.

Fulg. Ah! no.....

Luperc. [*Con cómica compuncion.*]

Yo la sierpe fuí
que.....

Condesa. Dios, más padre que juez,
le ha abierto segunda vez
para ellos y para mí.

CUANDO DE CINCUENTA PASES....,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Principe en 24 de Diciembre de 1864.

PERSONAS.

MANUELA.	EL MARQUÉS.
LUISA.	D. GAUDENCIO.
DOÑA CRISPINA.	D. EDUARDO.

La accion pasa en una quinta del Marqués próxima al ferro-carril del Norte.—Sala baja con puerta en el foro, que deja ver un jardin; otras dos á la derecha del actor, de las cuales la primera, esto es, la más cercana al proscenio, guia al zaguan, y tambien á otras piezas interiores; otras dos á la izquierda. Muebles adecuados, entre ellos un velador.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

[*Llegan por la puerta primera de la derecha, y deja cada cual su sombrero en cualquier mueble.*]

Marq. Vuelve á abrazarme, Gaudencio.
¡Cuánto te agradezco, cuánto
esta visita!
Gauden. No bien
llega tu carta á mis manos,
única que de tu puño
he recibido en tres años
de ausencia, arreglo el baúl,
corro á la estacion, me embarco
en el tren nocturno, y llego,
querido Juan, á tus brazos.
Marq. Bien venido una y mil veces.

[*Se sientan.*]

Gauden. ¿Conque marqués de Valgayo.....
Marq. Sí, por la gracia de Dios
y la muerte de mi hermano
que esté en gloria. Desde Burgos,
donde me hallaba mandando
un regimiento, preciso
fué hacer un viaje á Betánzos;
que allí en gran parte radican
los bienes del mayorazgo.
Un mes tras de otro, hasta siete,
ocupé en el *maremágnum*
de reconocer las fincas,
de examinar los legajos,
de legitimar la herencia,
cumplir mandas y sufragios.....
Por último, emancipándome
de curas y de notarios,
vuelvo la proa á Castilla
y en esta granja me instalo,
que tambien me reconoce
por su nuevo propietario.
Gauden. Sea en buen hora. ¿Es cuantiosa
la renta del marquesado?
Marq. Decentita y nada más:
de diez á once mil ducados.—
Oída esta explicacion,

caro amigo, y confesando
que soy algo perezoso
para escribir.....

Gauden. Y más que algo.

Marq. Ya no debe parecerte
mi silencio tan extraño.

Gauden. Cierto; y amigos leales
desde que éramos muchachos....,
ya es larga la fecha, Juan!,
y en balde los escolapios
nos explicaban bellezas
de Ciceron y de Horacio,
nos queremos y servimos
aunque no nos escribamos.
Ya ves que no hago melindres
para acudir al reclamo.
¿Y dónde mejor que en esta
bella quinta y á tu lado
pasara yo los calores
del estío?

Marq. El clima es sano
y fresco, la caza abunda,
cuidaré de tu regalo;
pero léjos de Madrid
te aburrirás...

Gauden. No.

Marq. En un páramo...

Gauden. No tal: yo á todo me avengo.—
Pero, qué! ¿tan solitario
vives.....

Marq. Por ahora, sí;
que es insociable el verano;
mas no pienso resignarme
á la vida de ermitaño.—
Ni absoluta soledad
es la mia. Los encantos
de una interesante jóven.....

Gauden. Hola!

Marq. No hagas comentarios.
Es una sobrina mia.

Gauden. Y que lo sea! Eso.....

Marq. La amo.....

Gauden. Pues ya!

Marq. Como un padre. Soy
su tutor, su único amparo.
Huérfana desde muy niña
y yo soltero y soldado,
su educacion y crianza
tomar no pude á mi cargo.
Con una lejana tia
vivió,—yo pagaba el gasto,—
primero en Madrid, despues,
porque los aires del campo
mejorasen su salud,
que sufrió algun menoscabo,
en Arévalo, y de allí
la traje á fines de Mayo,
pudiendo ya mejor que ántes
cumplir un deber tan grato,
ya que, en vez de concederme
el merecido entorchado,
plugo al ministro dejarme
en situacion de reemplazo.—
Pero tú no habrás dormido.....

Gauden. Poco.

Marq. Pues lo que es descanso
aquí no te ha de faltar.

[*Levantándose y mostrando la puerta de la izquierda inmediata al foro.*]

Allí te he dispuesto un cuarto
con vista al jardin.....

Gauden. [*Levantándose.*] No hay prisa.

Marq. Querrás tomar un bocado
primero.

Gauden. Para almorzar,
todavía es muy temprano.
Ahora chocolate.....

Marq. Aquí
lo tomarémos entrambos.

[*Llamando.*]

Manuela!

Gauden. ¿Conque soltero
todavía?

Marq. .....Sí.....

Gauden. Lo aplaudo.
Yo tambien.....

ESCENA II.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. MANUELA.

Manuela. Qué manda usted?

Gauden. (Vaya una moza de garbo!)

Marq. Tráenos aquí el chocolate,
y si ya se ha levantado
la niña.....

Manuela. Se está vistiendo.
(Quién será ese ente tan raro?)

Marq. Dile que venga.

Manuela. Está bien.

ESCENA III.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

Gauden. Diantre! no es moco de pavo
esa hembra. ¿Eres su..... tutor
tambien?

Marq. Malicioso! Su amo,
nada más. Ella y su madre,
que está baldada de un brazo,
cuidaban ya de esta hacienda
ántes de morir Bernardo;
me dieron buenos informes
de las dos, y sin reparo
á la madre y á la hija

comprendí en el inventario.
Era justo, y no me pesa;
que Manuela es un dechado
de lealtad y discrecion
y talento. Hay más de cuatro
señoritas linajudas
que no valen otro tanto.
Yo la estimo y la respeto.
Gauden. Mucho te has morigerado.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. MANUELA.

[*Manuela trae y coloca sobre el velador el servicio del chocolate.*]

Manuela. Ya están ustedes servidos.

[*Se sientan y toman el chocolate.*]

Marq. Vamos.
Gauden. Es muy de mi gusto.....
Marq. El chocolate?
Gauden. (La moza.)

[*Tomando una sopa y mirando á hurtadillas á Manuela.*]

Cosa rica!
Marq. Es soconusco.—
Y mi sobrina?
Manuela. En su cuarto
le serviré el desayuno,
y luégo que esté peinada
vendrá...
Marq. ¿Qué importa...
Gauden. No es justo
exhibirla en *negligé*,
y aunque yo me la figuro
donosa y linda.....
Marq. En efecto.
Gauden. Al más perfecto dibujo
no perjudica.....
Marq. [*A Manuela.*] Está bien;
pero que no tarde mucho.

ESCENA V.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

Gauden. Y ahora que tu buena estrella,—
salvo rezar al difunto,—
con herencia tan bonita
ha aumentado tu peculio,
y al don de la libertad
juntas...
Marq. Ah!
Gauden. El de estar robusto...
Marq. Pche!..
Gauden. Aunque, como yo, te acercas
al duodécimo lustro,
¿en dónde piensas plantar
tus reales?
Marq. Áun no sé el rumbo
que tomaré. Eso depende.....
Gauden. ¿Cómo tan serio,.... tan mustio.....
Qué te pasa? qué meditas?
has tenido algun disgusto?
Marq. No, pero mis circunstancias
han cambiado, y Dios y el mundo
me imponen el sacrificio
de...
Gauden. Ay Juan, Juan de mi alma! Escrúpulos?
te ha convertido algun neo?
piensas hacerte cartujo?
Marq. Nada de eso.
Gauden. Desdichado!,
¿aspiras al férreo yugo
matrimonial?
Marq. Por qué no?
Gauden. Casarte, ya tan machucho!

[*Se levantan.*]

Marq. Es tan triste el celibato!
Gauden. Harto más triste es un nudo,
mejor diria un dogal,
que sólo rompe el sepulcro.
Marq. Heredo un solar ilustre
y no quiero ser el último
de mi alcurnia.
Gauden. Ba!
Marq. Y bien puedo
sin ser un santo ni un buho
recogerme á buen vivir.
Gauden. Pero, infeliz catecúmeno,
¿cómo tantos escarmientos
no te horripilan? ¿El único
has de ser tú que se libre.....
Marq. Tú exageras. Hay algunos
que son felices. ¿Por qué
no he de entrar yo en este número?
Gauden. Hable un poeta por mí:
en su autoridad me fundo.
Marq. Autoridad un poeta!
Gauden. Oye, y tiembla.
Marq. Ya te escucho.

Gauden. «Que es el mejor estado (*)
dice cierto doctor
el casto matrimonio
si le bendice Dios;

(*) El autor publicó por primera vez esta letrilla y la que luégo recita *el Marqués*, el año 1835 en el periódico titulado *La Abeja*.

pero ¿y si el diablo al mio
le echa una maldicion?
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

¡Ay, que de todo tiene
la viña del Señor!
Y ello es que el susodicho
doctor no se casó.
Por si acaso me sale
calabaza el melon,
que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

Si es la mujer celosa,
qué mortificacion!
Respirar no te deja
ni á la sombra ni al sol.
Si infiel..... Ah! los cabellos
se erizan de terror.
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

Mas doy que humilde sea,
que sea casta doy;
¿y si me encuentro luégo
con que come por dos?
Y si me sale puerca?
Cielos! esto es peor.
Que se case un demonio:
yo no me caso, no.

Si en casa te la dejas,
la hostiga un seductor;
si al Prado la conduces,
te llaman maricon;
si al baile, te la soban;
si á las máscaras..... Oh!!!
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

Y todo esto no es nada,
que áun falta lo mejor:
falta el primito alférez
que con ella creció;
falta la suegra adusta;
falta el cuñado hambron.....
Ah! cásese quien quiera:
yo no me caso, no.

Luégo el preñado viene,—
ay Vírgen de la O!,
y el parto, y con el parto
el zafio comadron,
y la voraz nodriza.....
Basta! no más! qué horror!
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.»

Marq. Lindo! Pues para que veas
qué fe merece un alumno
de Apolo, el mismo escritor
esta letrilla compuso:

«Harto estoy, viven los cielos,
de andar á salto de mata.
Aunque dé con una ingrata,
y más que rabie de celos
y haga en Madrid el payaso,
esto es hecho. *Yo me caso.*

Se me atreve la fregona;
me calumnia la tendera;
me roba la lavandera;
me cuida mal la patrona;
y eso, que nada le taso.
Está visto. *Yo me caso.*

No hay gozo para un soltero
sin afan, sin inquietud.
Hoy naufraga su salud
y mañana su dinero;
y pues ya de niño paso,
decidido estoy: *me caso.*

No me la echará de monja,
al ménos, mujer ya mia,
ni estudiaré noche y dia
frases de necia lisonja,
suspiros de Garcilaso.
Qué bobería! *Me caso.*

¿No es mejor con mi consorte
dormir como Dios me manda
entre sábanas de holanda
sin temer al sur y al norte,
que pasar la noche al raso
por una..... Zape! *Me caso.*

Si soy despues de las bodas
lo que otros...., cómo ha de ser!
Me engañará una mujer;
mas ahora me engañan todas.
Oh! quiero apurar el vaso
de una vez. Ea! *Me caso.»*

Gauden. Dios conceda á tu himeneo
larga prole y dicha y paz:
yo, solteron contumaz,
viviré del merodeo.

Marq. ¡Sí, entre mozuelas de tres
al cuarto! Ruin apetito!

Gauden. Son mi plato favorito.

Marq. ¡Quita.....

Gauden. Yo no soy marqués.
No tu austeridad me tilde
si, *traviata* por *traviata*,
me atengo á la más barata,
prefiero la más humilde.
No hay en goces y placeres
pragmática que nos mande.
Rica y pobre, chica y grande,
todas al fin son mujeres.

Marq. Sin embargo.....

Gauden. Por ventura
¿tan sólo en la aristocracia
vinculó Vénus la gracia

y derramó la hermosura?
Ha habido en Madrid, de véras!,
unas caras como soles
y cuerpos de tres bemoles
en el ramo de niñeras.—
Ay! pero ya entre esas..... damas
la belleza es contrabando,
porque se van escamando.....
Marq. Ellas?
Gauden. No, ellas no; sus amas.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. LUISA.

Marq. Ya está aquí mi Luisa.
Luisa. [*Haciendo una cortesía.*] Pido
mil perdones.....
Gauden. Á los piés
de usted.....
Luisa. (Qué veo!)
Gauden. (Ella es!)
Luisa. Sea usted muy bien venido.
Marq. [*Presentándole.*]
Don Gaudencio Almonacid.....
Luisa. Ya tenía yo el honor
de conocer al señor.....
Marq. Sí?
Gauden. La he tratado en Madrid.
Luisa. Poco.
Gauden. En efecto. (Ay Ruperta!)
Luisa. Vivia en la vecindad.....
Gauden. Cierto.
Luisa. Y por urbanidad
mi tia doña Mamerta.....
Marq. Entiendo.
Gauden. Ignorante yo
de que fuese tu sobrina
criatura tan divina.....
Luisa. No tal; yo.....
Marq. Cómo que no?
Gauden. Tan galante y tan asiduo
como era razon no fuí.
Luisa. No importa..... (¿Á qué vendrá aquí
este grotesco individuo?)
Marq. Sé ahora su caballero
pues los dos vivis conmigo.
[*Á Luisa.*]
Este es mi mejor ámigo.
Luisa. (Qué amigo tan chapucero!)
Desde hoy lo es mio tambien.
Gauden. Con tal ángel, camarada,
no falta á tu quinta nada
para ser segundo Eden.
Luisa. Gracias.
Gauden. Ahora, aunque me arguya
Luisita de poco atento.....
Luisa. No.....
Gauden. Descansaré un momento,
con tu licencia y la suya.
Luisa. Si otra cosa no me manda
mi tio, á regar las flores
iré yo.....
Marq. Son sus amores.
Gauden. (Fatal recuerdo!)
Marq. Sí; anda.
Luisa. Hasta despues, don Gaudencio.
Gauden. [*Siguiéndola.*]
El brazo.....
Luisa. [*Sonriéndose.*] No estoy enferma.
Muchas gracias. Usted duerma.....
Gauden. [*En voz baja.*]
¿Sabe algo.....
Luisa. [*Lo mismo.*] Nada. Silencio!
[*Vase.*]
Gauden. Es este mi camarin?
Marq. [*Abriendo la puerta segunda de la izquierda.*]
Sí. Que duermas bien.
Gauden. [*Entrando.*] Amén.
Marq. Hasta luégo.
[*Dirigiéndose al foro.*]
Yo tambien
daré un vistazo al jardin.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Señor!....
Marq. Qué ocurre, Manuela?
Manuela. Una dama y un galan
á nuestra puerta han llegado
pidiendo hospitalidad.
Marq. Pero á título ¿de qué?
Los conóces tú?
Manuela. Jamás
los he visto. Ella se aflige.....
Marq. Algun imprevisto azar.....
Manuela. Sí: el tren ha descarrilado.....
Esperan en el portal.....
Marq. ¡Es gaita.....
Manuela. Les digo que entren?
Marq. Sí, mujer.
Manuela. Voy..... Aquí están.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. MANUELA. DOÑA CRISPINA.
D. EDUARDO.

Crisp. Ay Jesus!....
Eduar. Aunque no tengo

el honor.....
Crisp. Este sofá.....

[*Se deja caer en él.*]

Permita usted.....
Marq. Sí, señora.

[*Manuela recoge despacio el servicio de chocolate.*]

Crisp. [*Abanicándose.*]

Uf!
Marq. Viene herida?
Eduar. No tal.
Leve ha sido la avería,
á Dios gracias, y no hay,
á excepcion de un fogonero
contuso, que lamentar
desgracia alguna.
Crisp. No obstante,
la trepidacion y la.....

[*Con imperio.*]

Un vaso de agua, muchacha!
Manuela. (Qué tono de autoridad!)
Crisp. Y luégo cruzar á pié
con un calor infernal
media legua de camino.....

Eduar. [*En voz baja.*]

Un kilómetro, lo más.

Manuela. [*Dando el agua á doña Crispina.*]

Agua.
Crisp. Venga.

[*La bebe, y Manuela se retira, llevándose lo que habia en el velador.*]

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. EDUARDO.

Eduar. La estacion
cercana es provisional
y no ofrece á los viajeros
ninguna comodidad.
Yo, ingeniero de la empresa,
me hallaba trazando el plan
de una mejor. La señora,
que allí se encontraba mal,
acertó á ver esta quinta,
quiso en ella descansar,
y vencido de sus ruegos
me atreví.....
Crisp. Viaje fatal!
Marq. Á uno y otro hospedaré
con la mejor voluntad.
Crisp. Muchas gracias. (Esa voz.....)
Eduar. En media hora, ántes quizá,
se habilitará la via
y el tren volverá á rodar.
Voy á activar los trabajos.....
Marq. (Esa cara.....)
Eduar. Si me dan
ustedes permiso.
Crisp. Ah! sí.
Y avise usted.
Eduar. Claro está.

[*Saluda y vase.*]

ESCENA X.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA.

Marq. Qué tal se halla usted?
Crisp. [*Levantándose.*] Muy bien.
Ya ha pasado la zozobra
que me causó el zarandeo.
Marq. Era natural.
Crisp. Y ahora
que he descansado... Á Dios gracias,
tengo una salud marmórea.
Marq. Sí? Lo celebro infinito.
Crisp. (No caigo.....)
Marq. (No hago memoria...)
Va usted á la corte?
Crisp. No;
vuelvo. He tomado en Santoña
baños de mar.
Marq. Si me es lícito
saber quién es la que me honra.....
Crisp. La honrada soy yo. Mi nombre?
Lo diré sin ceremonia:
Crispina Ruiz.
Marq. Ella es!
Crisp. Cómo!.... ¿Y usted...
Marq. Juan Mendoza.
Crisp. Sí, Juan! Juanito! Ya el alma
me lo decia afanosa.
Venga esa mano.
Marq. [*Dándosela.*] Crispina!
Crisp. Nos vimos en Zaragoza
por primera vez.....
Marq. Sí, el año
de.....
Crisp. La fecha es ya remota.
Marq. De cuarenta y uno.
Crisp. Y fuimos
muy amigos.
Marq. Y á otra cosa
mejor aspiré.
Crisp. En efecto,
tuve el lauro de ser novia
de usted.....
Marq. Pero la inconstancia
de usted deshizo la boda.
Crisp. No, no fué inconstancia; fué

que áun llevaba usted capona
en el hombro izquierdo.

Marq. Sí.

Crisp. Y mamá, que de Dios goza,
me dijo: «No, que si enviudas
te excluirán de la nómina
del montepío.»

Marq. Y despues,—
cuente usted toda la historia,—
un *quidam* me suplantó.....

Crisp. No negaré.....

Marq. El de la lonja
de ultramarinos.

Crisp. Ay! sí.
Qué quiere usted! Yo era moza
inexperta, él rico.....

Marq. Ya!

Crisp. Y mi madre codiciosa.....
En fin, aunque desmentia
mi corazon á mi boca,
di el sí funesto.....

Marq. Funesto?
No tanto, porque la crónica
refiere que mi rival
hizo una fortuna loca.

Crisp. Ay, sí señor! Le llamaban
el tiburon de la Bolsa.

Marq. Le llamaban..... Qué! murió?

Crisp. Ay! yace bajo una losa
tres años ha.

Marq. Y..... dejó prole?

Crisp. No. Ay Dios!

Marq. (Aunque algo jamona,
áun conserva..... Oh! sí.) ¿Y á quién
dejó la herencia?

Crisp. Á mí sola.

Marq. (Cáspita!) ¿Y qué capital.....

Crisp. Ay! doce millones.

Marq. (Sopla!)

Crisp. Y usted..... se ha casado?

Marq. Ay! no.
Mirar no he podido á otra
desde que usted.....

Crisp. Es posible!
Oh fidelidad heroica!—
Y... ha hecho usted carrera?

Marq. Pche!..
Soy coronel.

Crisp. Hola, hola!
Coronel..... Bonito empleo!

Marq. De reemplazo.

Crisp. Eso qué importa?

Marq. Tambien (bueno es que lo sepa)
he heredado.....

Crisp. Tambien? Oiga!
Millones?

Marq. No; un marquesado.
La renta es una bicoca.....

Crisp. Oh! pero no lo es un título
de Castilla. (¡Poco oronda
iria yo en un landó
con escudo y con corona!)
Celebro..... Marqués..... de qué?

Marq. De Valgayo y Ribalonga.

Crisp. (Título! Tras de eso andaba.)

Marq. (Millonaria! Me acomoda.)

Crisp. Ahora bien, señor Marqués,
hablando en plata y en prosa;
que me dan ese derecho
los millones que me sobran;
ya que la casualidad,
ó más bien la mano próvida
de Dios, vuelve á reunirnos,
y en nuestras almas retoña
la antigua pasion, y yo
me reconozco deudora
de esta mano á quien primero
la solicitó; estoy pronta
á dársela á usted, Juanito,
y aquí paz y despues gloria.

Marq. La acepto, hermosa Crispina.

Crisp. Cómo! áun te parezco hermosa?
Ya paso de los cuarenta.

Marq. Te lo digo sin lisonja.

Crisp. Tanto mejor. (Cuando pasan
rábanos.....)

Marq. (Áun no es tan momia,
que no pueda darme un vástago...)
Pero la locomotora
va á separarnos.....

Crisp. No tal.
Mandaré traer mi ropa.....

Marq. Oh dicha!

Crisp. Seré tu huéspeda
primero, y despues tu esposa.

Marq. Sí, sí. Toma posesion
como de la tuya propia
de esta casa.

Crisp. Con tu vénia
iré á atusarme las cocas,
lavarme y.....

Marq. Sí, prenda mia.

[*Llamando.*]

Manuela!

Crisp. Tras la congoja
del imprevisto columpio
caminar por una trocha
endiablada.....

ESCENA XI.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. MANUELA.

Manuela. Mande usted.

Crisp. Ya ves, esto deteriora.....

Marq. No, á ti no; pero.....

[*Á Manuela.*]

Obedece
como á mi misma persona
á esta dama.

Manuela. Está muy bien.
(¡Yo servir á una pandorga.....)

Marq. Condúcela al tocador,
y si es preciso, á la alcoba,
al.....
Crisp. Guie usted.—Pronto vuelvo.

[*Despues que Manuela se retira por la puerta segunda de la derecha.*]

Adios, pichon!

[*Sigue á Manuela.*]

Marq. Adios, tórtola!

ESCENA XII.

EL MARQUÉS.

¡Oh venturoso percance
que con alianza tan congrua,
tan conforme á mi deseo,
me enriquece y me conforta!
Dice un antiguo refran,
que ya es para mí un axioma,
«no hay mal que por bien no venga.»
Hoy la misma galeota
que en mis años juveniles
me huyó virando de popa,
cambia el rumbo y á mis brazos
voluntariamente aborda.
No hay duda: una misma estrella
nos influye y nos asocia.—
El tiempo no pasa en balde;
no puede ser tan fogosa
como antaño una pasion
trasnochada ya y retrógrada;
mas todavía conserva
Crispina, aunque no es bisoña,
cierto atractivo...., y por último,
sus millones la remozan.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Señor Marqués!....
Marq. Vuelves ya!
Manuela. Quisiera saber, señor.....
Marq. Y Crispina? Dónde está?
Manuela. La dejo en el tocador.
Marq. ¿Cómo de ti no se ayuda
para arreglarse el cabello?
Manuela. No quiere; y tiene sin duda
sus razones para ello.
Marq. Manuela, ten caridad.
(¡Cielos, si será postizo?)
Sólo por bondad.....
Manuela. Bondad!
Áspera es como un erizo.—
Pero al fin, si va de paso....,
y eso venía á saber.
Marq. No. Se queda aquí. Me caso.
Manuela. Gran Dios! Con esa mujer?
Marq. Mujer! Qué lenguaje es ese?
Trátala con más respeto.
Manuela. Quiera Dios que no le pese
á usted.....
Marq. No. Yo te prometo....
Pero ¿la conoces tú?
Manuela. No, ni á nadie de su casta,
pero para hacerle el bu
con verla una vez me basta.
Marq. ¿Cómo..... ¿Qué jurisdiccion
tienes tú aquí.....
Manuela. Yo no digo.....
Marq. ¿Necesita tu sancion
la que se case conmigo?
Manuela. No, pero yo, en el pellejo
de usted, no llevara á mal
que me diese un buen consejo
una criada leal.
Marq. ¿Y qué me aconsejarias
si te consultase?
Manuela. Yo?
Que un señor entrado en dias
no debe casarse.
Marq. No?—
Mas ya la causa penetro
de hablarme así. No eres boba,
y temes perder el cetro.....
Manuela. Bravo cetro es una escoba!
Sólo usted es aquí el rey,
y si le voy á la mano
es porque le tengo ley;
no por interes villano.
Marq. Así lo creo; perdona;
pero casarme proyecto
porque mi casa infanzona
tenga sucesor directo.
Manuela. Pero es cosa que horroriza
dar la mano, habiendo mil,
á quién? Á una advenediza
que aborta el ferro-carril.
Jesus! Jesus!
Marq. (Se santigua!)
No amo yo tan de repente.
Es mi amiga y dama antigua.....
Manuela. Lo de antigua es evidente.
Marq. Hum!.... Cállate, bachillera.
Manuela. Habla usted de sucesion.....
Marq. Sí tal.
Manuela. Y no considera
lo que va de hembra á varon.
¡Miren qué tierna doncella
para echar cuentas galanas.....
Marq. Tengo diez años más que ella.
Manuela. Pero usted ya peina canas.
Marq. Oh! la viudez no me aflige
tanto, que.....
Manuela. Cuántos? sesenta?
Marq. Ménos tres.
Manuela. Luego á ese dije
faltan tres para cincuenta.
Marq. Cómo! Ella cuarenta y siete?
Manuela. Claro; usted le lleva diez.....
Marq. Ó más. (Me pone en un brete.)

Manuela. Por la boca muere el pez.
Es soltera la madama?
Marq. No; viuda.
Manuela. Tiene algun hijo?
Marq. No; pero cuenta la fama
que el difunto era canijo.
Dios querrá, y mi fe lo espera,
bendecir nuestra coyunda,
y si estéril la primera,
no lo será la segunda.
Siendo sana una mujer,
como ella, no es cosa rara.....
Manuela. Yo me obligo á mantener
todos los hijos que pára.
Marq. Por qué aborrecerla así?
Es manía singular!
Manuela. [*Con la mano en la garganta.*]
Se me ha atravesado aquí
y no la puedo tragar.
Marq. Pues, hija, aunque tú te enfades.....
¿Qué dirias de mi cholla
si con tantas navidades
aspirase yo á una polla!
Manuela. Que es disculpable locura
prendarse de un lindo busto,
y ya que no su cordura
probara usted su buen gusto.
Marq. ¡Ay, que no hacen equilibrio
adolescencia y vejez!
Ay! yo sería ludibrio
de ella y del mundo.
Manuela. Tal vez.
Quien las tema.....
Marq. Guarda, Pablo!
Manuela. Viejas y niñas reproche.
Marq. En verdad.....
Manuela. Mas ya que el diablo
nos lleve, que sea en coche;
y aunque son con las novicias
más de temer los..... perjuicios,
mejor es cobrar primicias
que rebuscar desperdicios.
Marq. Mirándolo de ese modo,
tienes razon, pesia tal!
Manuela. Yo.....
Marq. Y en eso como en todo
un talento y una sal.....
Manuela. Favor que usted me dispensa.
Marq. Mas mi futura, hija mia,
tiene una fortuna inmensa,
y esto hace su apología.
Manuela. La de usted no es tan escasa.....
(Duro es como una bigornia.)
Marq. Con tal refuerzo, mi casa
va á ser otra California.
Manuela. ¡Y al oro se sacrifica
quien tiene tantos blasones!
Marq. Son doce millones, chica!
Manuela. Vergüenza!....
Marq. Doce millones!—
Ni sólo el ciego interes
me guia: áun está lozana.
Manuela. Bah! Pero usted es marqués
y ella una..... doña Fulana.
Marq. Mi título satisface
á la novia; su opulencia
á mí; luego nuestro enlace
es de mutua conveniencia.
Manuela. Para ella no ofrece duda;
para usted sí.
Marq. Cómo pues?
Manuela. No diria amén la viuda
si usted no fuese marqués.
Marq. Sí; que si bien se examina,
aunque el título le agrada,
entre los dos es Crispina
la más desinteresada.
Manuela. Sí?
Marq. Es rica, y á mi pesar
dando mi nombre al olvido,
puede el título comprar
sin el censo de un marido.
Manuela. ¿Y por qué, á decir me atrevo,
con las Indias en la mano,
no darla á un gentil mancebo
y otorgarla á un veterano?
Marq. Porque tambien con novicios
casquivanos, petulantes,
temerá..... aquellos perjuicios
de que tú me hablabas ántes.
Manuela. Mas siendo asunto tan serio,
¡casarse de sopeton.....
Ay, señor! aquí hay misterio:
me lo dice el corazon.
Marq. Qué misterio puede haber?
Manuela. Su empaque.....
Marq. No la motejes.
Manuela. ¿Quién sabe.... ¿Y si esa mujer
viene de casta de herejes?
Marq. No; me consta que no.
Manuela. Pero.....
Marq. Y te pondrá una querella
si sabe.....
Manuela. En fin, yo no quiero
que se case usted con ella.
Marq. No quiero! ¿Á tal desvarío
tu insolencia se propasa?
Qué! no es libre mi albedrío?
No soy dueño de mi casa?
Manuela. Sí, señor.
Marq. Oiga! esto es grave.
Manuela. Pero manda Dios.....
Marq. Eh? qué?
Manuela. Enseñar al que no sabe
y alumbrar al que no ve.
Marq. Tú enseñarme á mí! Voto á.....
Manuela. Señor!
Marq. Soy yo acaso un niño?
¿Quién esas alas te da,
arrapiezo?
Manuela. Mi cariño.
Marq. [*Con halago.*]
Sí?
Manuela. Y aunque usted lo desprecie.....

Marq. No tal. Bien pueden los amos
inspirar.....

[*Con malicia.*]

¿Y de qué especie
es tu cariño? Sepamos.

Manuela.[*Con dignidad y saltándosele las lágrimas.*]

Como le puede tener,
sin que nadie á mal lo tome,
pobre y humilde mujer
que agradece el pan que come;
cariño que sin rubor
puede confesar mi lengua,
y mi noble amo y señor
oir sin mofa y sin mengua.

Marq. Bien, hija; no soy tan loco
que....

Manuela. Sin que usted...

Marq. Bien; no llores.

Manuela. Sin que usted me tenga en poco
ni yo me suba á mayores.—
Mas doña Crispina.....

Marq. Dale!

Manuela. Con sus arranques soberbios.....

Marq. Dale!

Manuela. Me crispa.....

Marq. Oh! ya sale.....
Vete!

Manuela. Me crispa los nervios.

[*El Marqués sale al encuentro de doña Crispina, que llega por la puerta segunda de la derecha, y Manuela se retira por la primera.*]

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA.

Crisp. Juan!

Marq. Prenda!

Crisp. Aunque á la ligera,
ya he reparado el ultraje
de mi negra cabellera
y mi *tualeta* de viaje.

Marq. (Negra es.....) Crispina! (Pero
teñida quizá.....)

Crisp. Marqués!....

Marq. (Si le ha costado el dinero,
claro está que suya es.)

Crisp. En ti premiaré un prodigio
de constancia sin igual,
si áun conservo aquel prestigio
que cuando niña.....

Marq. Sí tal.

Crisp. ¿Recuerdas cuando de hinojos
caer á mis piés te vi?
¿Me ves con los mismos ojos
que ántes?

Marq. (No tengo otros.) Sí.

Crisp. (Qué viejo está!) Pues me pruebas
que áun adoras mis encantos,
yo tambien, aunque me llevas
quince años.....

Marq. (Miente!) No tantos.

Crisp. Bien; más ó ménos adulto,
para mí eres siempre el mismo.
Tus altas prendas consulto
y no tu fe de bautismo.

Marq. El tiempo ¿en quién no hace mella?
Pero el alma no se muda.
Con el brio de doncella
y con la sazon de viuda,
ahora como ántes agradas,
Crispina, á tu fiel vasallo.

Crisp. Juan mio!

Marq. (Muy pronunciadas
tiene las patas de gallo.)

Crisp. (Cáseme yo, y poco importa.....)

Marq. (Pero aunque pese á Manuela.....)

Crisp. (El título me conforta.)

Marq. (Millonario! Esto consuela.)

Crisp. (Si le dejo tomar pipa,
con quién vuelvo al santo yugo?)

Marq. (No es de perder la chiripa.)

Crisp. (Ánimo pues!)

Marq. (Apechugo.)

Crisp. (El Marqués hace un monólogo.)

Marq. (Mi futura soliloquia.)

Crisp. En qué piensas?

Marq. Yo?.... en el prólogo
de la..... Y tú?

Crisp. Yo, en la parroquia.

Marq. Un porvenir tan risueño
me arroba.

Crisp. Tambien á mí.

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. GAUDENCIO.

Gauden. Ya he descabezado el sueño.....

Marq. Oh Gaudencio! Ven aquí.
Te presento.....

Crisp. (Ay Dios!)

Marq. Á doña...

Gauden. Calle! ¡Usted.....

Marq. Crispina Ruiz,
que ha venido de Santoña.....

Gauden. Saludo.....

Marq. Á hacerme feliz.

Gauden. Qué oigo!

Crisp. Beso á usted la mano.

Gauden. Cómo va?

Marq. La conocias?

Gauden. He sido su tertuliano.

Crisp. Sí, don Gaudencio.....

Gauden. Decias.....

Crisp. (¡Mal haya.....)
Marq. Que un accidente
del ferro-carril del Norte
me la envía expresamente
para ser.....
Gauden. Qué?
Marq. Mi consorte.
Gauden. De véras? ¡Tú.....
Crisp. (Soy perdida
si descubre mi secreto.)
Marq. No le das la bienvenida?
Gauden. Sí; aplaudo... (Horror!) Me someto...
Marq. Es ya antiguo nuestro trato.
Gauden. Sí será.
Marq. Este amigo mio
está por el celibato.
No extrañes verle tan frio.

Gauden. [*Mirando al Marqués.*]

(Malograda senectud!)

Crisp. [*Aparte al Marqués.*]

Amigo tuyo ese mueble?
Gauden. Recobró usted la salud?
Crisp. Nunca la he tenido endeble.

Gauden. [*En voz baja.*]

Juan, Juan! ¿Qué haces!
Marq. Eh?
Crisp. No obstante,
tuve... (ay Dios! si ahora me da...)
un reuma insignificante;
pero se ha curado ya.
Gauden. Reuma!....

Crisp. [*Poniendo un dedo en el antebrazo derecho.*]

Sí, aquí, junto al codo;
mas con los baños de mar
desapareció del todo.

[*En voz baja á D. Gaudencio.*]

Por la Vírgen del Pilar!....

[*Moviendo el brazo en todas direcciones.*]

Sin dolor, ya ves.....
Marq. Ya veo.....
Crisp. Muevo el brazo á mi albedrío.
(Gran Dios! Ya empieza el jaleo!)

[*Sigue agitándose convulsivamente el brazo; la convulsion se comunica en seguida al otro, y luégo á todos los miembros de la paciente, acompañada de gestos, contorsiones, suspiros y sollozos.*]

Marq. Basta! Ah! qué es esto?
Crisp. (Dios mio!
Ahora el otro..... Maldicion!....)
Marq. ¿Qué especie de tarantela
es esa.....
Gauden. Una convulsion.....
Crisp. Nada; un.....
Marq. Socorro! Manuela!
Crisp. No. Llevo éter en un frasco,
y aplicado á la nariz.....

[*Quiere sacarlo de la faltriquera, y no puede: lo hace D. Gaudencio y se lo aplica á la nariz.*]

Ay san Pascual!
Marq. (Vaya un chasco!)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. DOÑA CRISPINA. D. GAUDENCIO. MANUELA.

Manuela. Señor!.... Qué miro!
Gauden. (Infeliz!)
Crisp. No más.—Esto es transitorio.....

Marq. [*Á Manuela.*]

Ay! no ha mentido tu oráculo.
Gauden. El baile ántes del casorio!
Manuela. Pero de grande espectáculo!
Marq. Baile atroz!
Gauden. Es lo que el vulgo
llama.....
Crisp. Calle usted, maldito!
Calle usted, ó le excómulgo!

[*La convulsion se disminuye gradualmente.*]

Marq. Cómo?
Gauden. El baile de San Vito!
Crisp. Miente! El influjo atmosférico.....

Manuela. [*Aparte al Marqués.*]

No es mál propio de su edad.
Lo que tiene es un histérico
de á folio.
Crisp. Casualidad.....
Marq. Señora.....
Crisp. Esto es..... robustez;

[*Mirando á D. Gaudencio.*]

(si te llevara el demonio!....)
achaques de la viudez,
que curará el matrimonio.

[*Ya en su estado normal.*]

Ya se me ha pasado.
Marq. Sí?
Yo celebro..... (Horrible mal!)
Pues, hija, tambien á mí.....
Crisp. Qué?
Marq. El conato conyugal.
Manuela. Bien! ¡Vítor.....
Crisp. Hombre sin fe!
Marq. (¡Pegarme á mí una tostada
tan.....) La compadezco á usté;
mas de lo dicho no hay nada.

Crisp. Traidor! Palabra formal
diste.....
Marq. Ignoraba un artículo
tan esencial como.....
Crisp. Cuál?
Marq. El de ese achaque ridículo.
¿Dónde me iba yo á meter!
Crisp. Perjuro!
Gauden. (Se aguó la boda.)
Marq. ¿Yo esposo de una mujer
que se descuaderna toda?
Crisp. [*Furiosa.*]
Y tú? y tú? ¿Quién de los dos
va á perder más, estantigua?
Marq. [*Á D. Gaudencio.*]
Apacíguala, por Dios!
Crisp. Á mí nadie me apacigua.
Gauden. ¡Señora.....
Crisp. Aparte el soplon!
Insultos á mí! ¡sonrojos
á mí!
Manuela. [*Conteniéndola.*]
Señora!....
Crisp. [*Al Marqués.*] Bribon!....
Te voy á sacar los ojos.

[*Va á abalanzarse al Marqués, y la contienen D. Gaudencio y Manuela.*]

Marq. [*Tomando el sombrero.*]
Me voy. Echadla de aquí!
Me voy; que me comprometo
si.....
Crisp. Infame!
Manuela. (Es un jabalí!)
Gauden. Pero ¿adónde.....
Marq. Á un lazareto.

[*Vase corriendo por la primera puerta de la derecha.*]

ESCENA XVII.

D. GAUDENCIO. MANUELA. DOÑA CRISPINA.

Crisp. Huyes de mí, hombre soez!
Yo te seguiré..... Ay Jesus!
Yo muero.....
Manuela. El baile otra vez?
Gauden. No. Amagos de un patatus.
Crisp. Ay! Toda me tambaleo.....
Gauden. Trae agua: corre!
Manuela. (Maldita!....)

[*Se dirige á la puerta segunda de la derecha, y al mismo tiempo aparece por la primera D. Eduardo.*]

ESCENA XVIII.

MANUELA. D. GAUDENCIO. DOÑA CRISPINA.
D. EDUARDO. LUISA.

Eduar. Ya el ferro-carril..... Qué veo!
Crisp. Ay!

[*Cae desmayada en brazos de don Eduardo: al mismo tiempo aparece por la puerta del foro Luisa, con direccion á la segunda de la derecha.*]

Luisa. (Eduardo!) ¡Ay.....
Manuela. Señorita!

[*Casi sin sentido, huye Luisa por dicha segunda puerta ayudándola Manuela. Ocupados con doña Crispina, no echan de ver este incidente don Gaudencio y D. Eduardo.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

Marq. Sí; no paré hasta el molino
huyendo de aquella furia.
Gauden. Ya estás libre de ella.
Marq. El mozo
que has enviado en mi busca
me lo ha dicho. Ahora me falta
saber qué hizo la energúmena
despues que, por no ser presa
de sus dientes y sus uñas,
corrí como un forajido
en precipitada fuga.
Gauden. Siguió al atroz frenesí
tal postracion, tal angustia,
que perdió el sentido. Llega
en tan ardua coyuntura

el ingeniero diciendo:
«ya se habilitó la ruta,»
y ve caer en sus brazos
aquella inerte balumba.
Al cabo de ocho minutos
conseguimos, con la ayuda
del éter, que abra los ojos;
solloza, en llanto se inunda,
y su ira otra vez desfoga
con un diluvio de injurias.
El ingeniero, que es mozo
de chispa y bella figura,
emplea para calmarla
razones tan oportunas
como galantes. Con tal
apoyo, se engríe y triunfa
Crispina; su ciego enojo
convierte en sangrienta burla
con que á ti y á mí nos pone,
querido Juan, como chupa
de dómine; se apodera
del galan, que por fortuna
habia vuelto á buscarla
caballero en una mula,
y al tren los lleva el cuadrúpedo;
él delante, ella á la grupa.

Marq. Yo la amé un dia, y objeto
de compasion, no de culpa,
es para mí su dolencia;
y aunque ocultándola astuta
me expuso á ser desgraciado,
áun su desleal conducta
perdono. Vaya con Dios,
y si su mal tiene cura,
me holgaré de que sus dias
prolongue sana y robusta
y con más digno consorte
vuelva á la nupcial coyunda.

Gauden. De buena te has escapado!
Supongo que ya renuncias
á casarte.

Marq. Nada de eso.
La cosa en sí es buena, justa,
moral, higiénica. Si hoy
una boda se me frustra,
otra cuajará mañana:
deseando están los curas
que les den ocupacion,
y por falta de reclutas
no se ha de extinguir el gremio
que es objeto de tus pullas.
En la eleccion está el *quid*.

Gauden. Ya!

Marq. Y la trágica aventura
de doña Crispina prueba
que fué necedad mayúscula
la mia.....

Gauden. Seguramente.

Marq. Y codicia sin disculpa,
cuando niñas casaderas
en todas partes abundan,
dar la mano á una mujer
necia, irascible y vetusta.

Gauden. Juanito!, quieres creerme?
No se la des á ninguna.

Marq. Y cerrando los oidos
á la razon que me alumbra
y á la voz de mi conciencia
que condena tus argucias,
planta dañina y estéril
para Dios y la república,
¿pretendes que de mis dias
la triste carrera cumpla
en torpe libertinaje,
sin que humana criatura
cierre con dolor mis ojos
y rece sobre mi tumba?

Gauden. Entusiasta misionero,
¿te mando yo por ventura
que peques? En hora buena,
si contra ti se conjuran
los enemigos del alma,
disciplínate y ayuna;
pero, infeliz!, ¿qué precepto
del Decálogo ó qué bula
te obliga á casarte? Ay! ¿cómo,
ya casco viejo, y sin brújula,
surcar un golfo no temes
que al mejor piloto asusta?

Marq. Decidido estoy, Gaudencio.
No te canses; no me pudras.—
Ni sólo en razones místicas
mi resolucion se funda.
El Gobierno menosprecia
los servicios que me ilustran.

Gauden. ¿Y qué relacion tiene eso
con el matrimonio?

Marq. Mucha.
Ofendido, postergado
á gente bisoña y nula,
porque ni adulo ni intrigo
ni me he pronunciado nunca,
algo he de hacer por vengarme
de las manos que me zurran.

Gauden. Y con casarte te vengas?

Marq. Me vengo en la hacienda pública,
porque tendrá que pagar
una pension á mi viuda.

Gauden. Bien! Tan sólido argumento
no admite réplica alguna.
Cásate, sí, y tiemble el fisco
y el ministerio sucumba.

Marq. Esto no es decir que á ciegas.....

Gauden. Sí tal. El que más estudia
sobre eso, más suele errar.
Cuando yo tomo una purga,
cierro los ojos, y adentro!

Marq. Que siempre has de estar de chunga!

Gauden. Adios. Recréate á solas,
libre ya de mi censura,
con el golpe que meditas.
Admirando yo tu industria,
daré entre tanto un paseo
por entre rosas y murtas.

[*Vase por la puerta del foro.*]

ESCENA II.

EL MARQUÉS.

¡Vaya que es temeraria la manía
con que ese mentecato,
cuando por buena senda Dios me guia,
en encomiar se obstina el celibato!
Si su inmoral doctrina
sólo grata á la tribu libertina,
todo varon siguiese, en breve plazo
la humana sociedad se disolviera.
Faltando el apacible honesto lazo,
que es su base primera
y que el placer con la virtud concilia;
faltando la familia,
no hay nacionalidad, no hay patria: el mundo
rápido vuelve al primitivo cáos.—
Confieso que, más que otros, es fecundo
en Elenas mi siglo y Meneláos;
pero, aunque yo no deba hacer mi elogio,
cortado no nací como Gaudencio
para el matrimonial martirologio.
Cuando es sagaz y vigilante un hombre
y cursó largos años en la escuela
de.....

ESCENA III.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Ah! ya de vuelta? Albricias!
Marqués. Sí, Manuela.
Manuela. Al fin nos dejó en paz, Dios la confunda!,
la huéspeda iracunda.
Bien dije yo.....
Marqués. Sí, sí. Tu buen instinto.....
Manuela. La vi, la oí, me pareció una arpía
y en su fisonomía
pronto advertí—para esto yo me pinto
sola—que habia intríngulis sin duda
en la boda. Á pesar de sus millones,
mostrar tal ansia por salir de viuda?,
dije yo para mí. No le ama, nones!
algo oculta; quizá una bancarrota.....
Zape! No juega limpio esa marmota.
Marqués. Mucho agradezco tu lealtad sincera,
mucho admiro tu fina perspicacia
y desde hoy tú serás mi consejera.
Manuela. (Ay!....) Me sonroja usted con esa gracia.
No merezco.....
Marqués. Si tal. Pero ¿qué ha sido
de mi pupila? ¿Cómo en tal olvido
tiene.....
Manuela. Mal recobrada todavía.....
Marqués. De qué?
Manuela. De aquel desmayo.....
Marqués Qué desmayo?
Manuela. Cómo! ¿usted no sabía.....
Volviendo del jardin vió aquella escena,

y como si la hubiese herido un rayo
pierde el sentido.....

Marqués. Oh cielos!

Manuela. No sin pena
la llevo aletargada á su aposento
y de la dueña cócora me ausento.

Marqués. Pobre Luisita! Mas Gaudencio ¿cómo
no me ha dicho.....

Manuela. Áun no sabe,
por lo visto, que aquella historia grave
tuvo segundo tomo,
y toda su atencion llamó el primero.

Marqués. No es mucho que asustada mi sobrina,
como si hubiera visto al Cancerbero,
perdiese la razon. Fatal Crispina!
Nunca en mi casa yo la recibiera!
Á ella debo tambien este agasajo.

Manuela. No sé..... Quizás......

Marqués. El diablo nos la trajo.—
Pero tal vez áun dura la congoja.

[*Dirigiéndose á la segunda puerta de la derecha.*]

Luisita!

Manuela. No, señor: fué pasajera;
y si usted no se enoja,
me atreveré á decir que su pupila.....

ESCENA IV.

EL MARQUÉS. MANUELA. LUISA.

Luisa. Tio!

Manuela. (No me oye.)

Marqués. [*Tomando de la mano á Luisa.*]
Ven, prenda del alma.

Manuela. (Prenda!....)

Marqués. Estás ya mejor?

Luisa. Sí, caro tio.

[*Á Manuela.*]

Una taza de tila.....

Marqués. Prepárasela pronto.

Manuela. Voy. (Dios mio!
Si ahora esta polluela
me disputa la palma.....)
Voy. (¡Qué va á ser de ti, pobre Manuela!)

[*Vase por la primera puerta de la derecha.*]

ESCENA V.

EL MARQUÉS. LUISA.

Marq. Serénate, Luisa mia.
Aquella infausta mujer
cuya aparicion siniestra
dió con tu juicio al traves.....

Luisa. (Ay Dios!) Sí.

Marq. No volverá
á armar otro somaten
en mi casa.

Luisa. No sabía
quién era.... Me acongojé.....

Marq. No lo extraño. De resultas
de descarrilar el tren,
nos la trajo aquí en mal hora
un jóven.....

Luisa. (Vino con él!)

Marq. Que dijo ser ingeniero

de la empresa, y la hospedé
porque..... Pero ya es inútil
hablar de ella.

Luisa. Cierto. (Infiel!)

Marq. Ya que tu indisposicion
ligero vértigo fué.....

Luisa. Sí; ya estoy buena.

Marq. Y recobran
su color de rosicler
tus mejillas.....—Y en verdad.....—
Siéntate á mi lado; ven.—

[*Se sienta con Luisa en el sofá.*]

En verdad que hoy estás, Luisa,
mucho más linda que ayer.

Luisa. Yo, señor, nunca lo he sido.
Bondad de usted.....

Marq. No. Bien sé,
pupila amada, (es preciosa!)
que en boca de algun doncel
gallardo tal homenaje
oirias con más placer.

Luisa. Por qué? Á nadie de este mundo
puedo yo dar tanta fe
como á mi tio y tutor.

Marq. Gracias, Luisita. Ahora bien,
tú, que amas tanto las flores,
¿no has notado alguna vez
que nunca el fragante aroma
de que bañan el verjel
es tanto y de sus colores
el brillo como despues
que, disipando las nubes,
el sol les da nuevo ser?
Así tú.....

Luisa. Válgame Dios!
Qué cosas me dice usted!
(Nunca le vi tan jovial.)
Cualquiera diria.....

Marq. Qué?

Luisa. Que es usted poeta.

Marq. Nunca
ciñó mi frente el laurel
de Apolo; mas de poeta
y músico y loco ¿quién
no tiene algo?

Luisa. Sí?

Marq. Hay dos númenes
que harán poeta á cualquier
ciudadano, hambre y amor.

Luisa. ¿Cuándo tuvo hambre ni sed
un título de Castilla?

Marq. Yo conozco á más de seis
con ese achaque, y del otro,
desde el pastor hasta el rey,
nadie está exento. (Es divina!)

Luisa. (Si se declara, qué haré?)

Marq. (Manuela tiene razon:
si nos lleva Lucifer,
que sea en coche.)

Luisa. (Éste al ménos
me daria honra, y aquél.....)

Marq. Eh?....

Luisa. Decia usted.....

Marq. Decias.....

Luisa. Meditaba.....

Marq. Yo tambien.
(¿Quién más digna... ¿Cuál más bella...
Pero ántes la sondearé.)
Querida, tú ya has pasado
de la edad de la niñez,
y desde el dia en que viste
transformado en guardapiés
el infantil tonelete
debo, Luisa, suponer
que de la naturaleza
obedeciendo la ley,
se abrió á nuevas sensaciones
ese corazon. Al ver
de tu busto primoroso
y tu nacarada tez
reflejada en el espejo,
Luisita, la imágen fiel,
¿no has hecho los calendarios
que todas suelen hacer?

Luisa. Jesus, tio! Esa pregunta.....

Marq. No como severo juez
la hago ni como tutor
suspicaz, no, sino á fuer
de tierno amigo que anhela,
aun más que el suyo, tu bien.

Luisa. Ah! mi gratitud sin límites.....
(Me ama, sí. Me vengaré.)

Marq. Para algo, habrás dicho tú,
vine yo á la humana grey.

Luisa. Cierto.....

Marq. Para algo... y para álguien
me crió el Dios de Israel.

Luisa. ¿Qué sé yo..... Sí..... Pero el sueño
no me quita el ansia de.....

Marq. No te sonrojes. Y ese álguien
ya se ha dado á conocer
sin duda.

Luisa. [*Con prontitud.*] No, señor, no!

Marq. ¿Ningun hijo de Noé
te ha requerido de amores?
Di la verdad.

Luisa. No, no!

Marq. Amén!

Luisa. (Pluguiera á Dios!)

Marq. Pues, Luisita,
yo te voy á proponer
uno que..... (y si me repulsa?)
si le miras sin desden
se tendrá por muy dichoso.

Luisa. Miéntras no sepa quién es.....

Marq. El que pretende tu mano
caballero es de honra y prez;
mas su mejor adjetivo
ya lleva delante un *ex*.

Luisa. Cuál?

Marq. El de jóven!

Luisa. Qué importa?
Prefiero la sensatez,
la experiencia á la infatuada

gallardía, al oropel
de exteriores atractivos
con que suelen más de tres
de su corazon viciado
cubrir la negra doblez.

Marq. ¡Bien haya esa boca..... Sí;
tertulias, bailes, cafés,
circos, teatros, casinos
han corrompido el plantel
de la juventud lozana;
su Dios es el interes,
su templo la bolsa; todo
es agio y fraude doquier.
¿Qué virtud hay, qué inocencia
libre de su infame red?
(Pobres mozos! Perdonad
si os calumnia mi pincel.)

Luisa. Ni á mí, desvalida huérfana,
me es permitido tener
la ambicion que á otras devora.
Me basta un hombre de bien.....

Marq. Lo creo de tu modestia,
Luisita; mas yo, que sé
lo que vales y quisiera
brindarte con un dosel,
áun creo ofrecerte poco
con ofrecerte..... un marqués.

Luisa. Señor!....

Marq. Y si no has leido
ya en mis ojos el poder
de los tuyos, y no obstante
mi baston de coronel,
es forzoso que te diga
de viva voz «yo pequé!,»
postrado.....

Luisa. [*Deteniéndole.*]
Ah! no: yo, que obtengo
tan señalada merced,
soy quien debe agradecida
besar humilde esos piés.

Marq. Oh gozo! Esto vale más
que el ascenso á brigadier.
Me otorgas tu blanca mano?

Luisa. (Ay!....) Sí, señor.

Marq. Ea pues!,
guardemos para el altar
las genuflexiones....., eh?,
y ahora en mutuo abrazo, prenda,
démonos el parabien.

Luisa. Con mil amores.

[*Se abrazan.*]

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. LUISA. MANUELA.

Manuela. La tila.....
(Jesus, María y Josef!)

Luisa. [*Desprendiéndose de los brazos del Marqués.*]
Ah!

Marq. Es Manuela.—Tráela aquí.

Luisa. No. (Qué bochorno!) Yo iré.....
(Ya, pese al vil que me ultraja,
laureada veo mi sien.)

[*Vase por la segunda puerta de la derecha.*]

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Muy bien! bravo! Vocacion
más decidida y más firme
no se ha visto en este siglo.

Marq. Yo.....

Manuela. Es usted incorregible.
Apénas hace una hora
que doña Crispina insigne
huyó de aquí convirtiendo
en bufidos los melindres,
¿y ya otro ídolo cautiva
ese corazon sensible,
y otro expediente de boda
tenemos sobre el pupitre?

Marq. Qué! ¿barruntas.....

Manuela. Para eso
no es menester ser un lince.
El abrazo que yo he visto
no está dentro de los límites
que á tutores y pupilas
el reglamento prescribe.

Marq. Bien; y por ser yo tutor,
tio y curador *ad litem*
de esa niña, ¿á sus hechizos
he de ser incombustible?
Si me ha enamorado Luisa,
y ella mi mano recibe,
y obtener para casarnos
la dispensa del Pontífice
es cuestion de dos semanas
y algunos maravedises,
¿qué tienes tú que objetar
á una boda tan plausible?

Manuela. Mucho.

Marq. Eh? ¿tú.....

Manuela. La señorita
áun no tiene veinte Abriles,
y usted.....

Marq. Dale con los años!
Bodas más inverosímiles
se han visto. ¿Y olvidas ya
lo que no ha mucho dijiste?
«Más vale cobrar primicias
que rebuscar.....»

Manuela. Yo lo dije
en términos generales;
mas, segun como se aplique

mi sentencia, puede ser
admisible ó no admisible,
y un proverbio de Castilla
«ántes que te cases,» dice,
«mira lo que haces.»

Marq. Manuela!

Manuela. Y otro proverbio.....

Marq. Me fries!

Manuela. Dice tambien: «lo mejor
de los dados.....»

Marq. Oh qué chinche!

Manuela. «Es no jugarlos.»

Marq. Espíritu
de contradiccion terrible
es el tuyo. Ántes negaste
con autoridad de príncipe
tu aprobacion á la viuda.....

Manuela. Sí, señor.

Marq. Ahora á la vírgen.
¿Qué herencia voy yo á quitarte,
qué dote voy yo á pedirte
si me caso? ¿Qué te importa
que yo en el gremio me afilie
de los casados, ó á eterna
soltería me resigne?
¿Qué te va á ti ni te viene
en que, fluctuando mi esquife,
ora se estrelle en Escila,
ora zozobre en Caríbdis?

Manuela. ¿Y qué culpa tengo yo,
señor, de que, ya en el linde
de la senectud, un hombre
de andadores necesite?
Y aunque es cierto que, nacida
en esfera tan humilde,
contrariar no debo á mi amo,
sino acatarle y servirle,
¿cómo, ingrata á sus bondades,
ya que mis ojos no ciñe
la venda que á él le ha cegado,
cómo, señor, no advertirle
que expone á grave peligro
su.....

Marq. Peligro! Cuál? Explícate.

Manuela. No todo lo que reluce
es oro. Tal vez al tigre
cubre la piel del cordero,
y la víbora.....

Marq. Oh! prescinde
ya de refranes, y al grano.

Manuela. No es tan cándida ó tan simple
como usted se lo imagina
la bella novia que elige.

Marq. Mira cómo hablas, Manuela!
Luisita es la viva efigie
de la inocencia, y dudarlo
es temeridad, es crímen.

Manuela. Señor Marqués!

Marq. Ella jura
que su corazon es libre.

Manuela. Hoy,.... tal vez.

Marq. Y ayer, y siempre.

Manuela. Pues ó lo sueña ó lo finge.

Marq. La prueba.

Manuela. No olvide usted,
señor, el siglo en que vive.
¿Qué mujer hoy á veinte años—
he dicho poco—á los quince,
puede decir que su pecho
siempre ha sido inaccesible
al amor, cuando cualquiera,
como no sea una esfinge,
bloqueada está de continuo
por un enjambre de títeres?

Marq. La prueba!

Manuela. Cayó en mis brazos
acometida de un síncope
cuando vió á aquel forastero.....

Marq. No produjo aquella crísis
un jóven inofensivo,
sino la dueña iráscible.

Manuela. Amén de esa prueba, tengo
otra que duda no admite.
Despues de emplear en vano
los sahumerios y potingues,
aflojo el corsé á la niña
para hacer ménos difícil
la respiracion, y cae
una carta.....

[*Muestra la carta.*]

Marq. La leiste?

Manuela. Qué pregunta! Soy mujer.

Marq. (Malo!) Y la carta—prosigue—
será de algun..... (se me pega
la saliva á la laringe)
de algun galan.

Manuela. Por supuesto.

Marq. (Válgame Dios uno y triple!)
Alguna declaracion
llena de dulces perfiles....,
de sandeces.....

Manuela. Al contrario:
una despedida triste,
amarga, ruda, insultante,
firmada «Eduardo Ramirez.»—
Se llama así el ingeniero?

Marq. No sé, ni importa un ardite
el nombre.

[*Asoma Luisa, y se detiene á la puerta de su cuarto.*]

Manuela. En ella la acusa
de más traidora que Circe.....

Luisa. Ah!

[*Se adelanta de puntillas.*]

Manuela. Y de infiel y de liviana.—
Lea usted.....

[*Luisa se abalanza á Manuela, y le quita la carta.*]

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. MANUELA. LUISA.

Luisa. Mintió el caribe,
el fementido, el villano.....
Marq. Luisa!
Luisa. Y audacia increible
ha sido en esa mujer
robarme.....
Manuela. Yo.....
Marq. [*Á Luisa.*] No te irrites.
Luisa. La carta y ponerme mal
con usted.
Marq. Ella me sirve
con lealtad, y no es extraño.....
Luisa. Nunca fué leal un chisme,
una baja delacion.
Manuela. No hay tal bajeza.
Marq. Retírate,
Manuela.
Luisa. No. Me ha acusado
su lengua procaz, y exige
mi honor que ante ella aparezca,
y ante usted mismo, sin tilde,
sin mancha. Por dicha mia
tengo quien me justifique.

[*Asoma por el foro D. Gaudencio.*]

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. MANUELA. LUISA.
D. GAUDENCIO.

Marq. Quién?
Luisa. Justamente, el señor.
Gauden. Ofrezco, si lo permites,
á Luisa este ramillete
de rosas y de jazmines.
Luisa. [*Lo toma y lo pone sobre el velador.*]
Gracias; pero algo mejor
que con flores y con dijes
puede usted servirme ahora
si declara á quien me aflige,
suponiendo que he podido
infamar mi noble estirpe,
cuanto sepa usted de mí.
Gauden. De usted? Virtudes sublimes,
y miente quien ponga en duda.....
Luisa. Cuente usted desde su orígen
la desagradable escena.....
Gauden. ¿Aquella en que yo intervine
por mis pecados..... No tengo
motivo para aplaudirme
de ella, ay! no; pero obediente
la contaré *ad pedem litteræ.*

[*Al Marqués.*]

Aunque de familia ecuestre,
en mis arranques eróticos
siempre he sido yo pedestre;
y no ha mucho en esta sala
debatió larga polémica
si es mi opinion buena ó mala.
Marq. Abrevia, abrevia. No estoy
para oir necios preámbulos.
Qué fué el lance? Di.
Gauden. Allá voy.
Me cautivó el albedrío
una tal Ruperta Gárgoles,
muchacha de rejo y brio.
Por mi negra desventura,
era mi trapillo fámula
de esa linda criatura.
Marq. Qué oigo!
Gauden. Confúndame Dios
si hasta hoy he sabido el vínculo
que os une, Juan, á los dos.—
En vano dias y dias
á piropos y retruécanos
limité mis baterías.
Con mozas tan zahareñas,
dije, no valen retóricas:
dádivas quebrantan peñas.
Y varío el plan de ataque,
y hoy comprando un chal á mi ídolo
y mañana un miriñaque.....
Marq. Acaba.
Gauden. Aquel Gibraltar
inexpugnable, por último,
hubo de capitular.
Y de este punible abuso
nació otro mayor..... Perdóname!
Huésped clandestino, intruso.....
Marq. Insolente!.....
Gauden. Oye hasta el fin.
Una y otra noche lóbrega
me abrigó en su camarin.
Marq. ¡Así una casa de honor
se respeta!
Gauden. Somos frágiles!....
Oye: áun falta lo peor.
Una noche cierto amigo
me vió salir y á mi víctima
cerrar el falso postigo.
«Hola, segundo Tenorio!
¿Quién es, me dijo, la cómplice
de ese nocturno jolgorio?
La tia será, sin duda.»—
Yo—petulancia sacrílega!—
haciendo ascos á la viuda,
cuando á Luisita nombró
fuí tan menguado, que—mátame!—
no osé decirle que nó.
Marq. [*En actitud de acometer á D. Gaudencio.*]
Infame! ¡vil.....
Luisa. Tio amado,
perdone usted á ese prójimo
como yo le he perdonado.
Gauden. Nombrándola, es cosa cierta

que comprometia el crédito
de mi adorada Ruperta,
y desenlacé mi drama
parodiando aquel tan célebre
de «*Antes que todo es mi dama.*»

Marq. ¡Dama una... ¡Voto á...

Gauden. ¿Qué quieres,
Juanito! Segun mi código,
lo son todas las mujeres.—
Tuvo el malhadado lance
consecuencias, ay! gravísimas
que no estaban á mi alcance.
Cuando á ser tan charlatan
me arrastró insensato vértigo
tenía Luisa un galan;
pero aunque el nombre del hombre
supe, es todavía incógnito
para mí el hombre del nombre.
Entónces el pretendiente
á quien propiné tal píldora
de Madrid estaba ausente;
mas mi amigo don Macario,
suyo tambien, y más crédulo
de lo que era necesario,
dió fin trágico á la fiesta
dando fe á mi inicua fábula
en una carta indigesta;
y aquella carta cruel
ya supondrás que fué un tósigo
para el ausente doncel,
y que en un fatal acceso
condenó á Luisa su cólera
sin más forma de proceso.
La infeliz, que sin delito
se vió acusada de réproba,
ponia en el cielo el grito.
Cuando su amargo tormento
supe por Ruperta, lágrimas
vertí de arrepentimiento;
y yo con virtud cristiana,
y ella, que es de buena índole,
con fortaleza espartana,
hicimos sin dilacion
ante la ultrajada huérfana
un acto de contricion,
del cual con su nombre y signo
sacó testimonio auténtico
un notario fidedigno.
Así expïé mi fanfarria;
Ruperta, ay Dios! en un ómnibus
volvió llorando á la Alcarria,
y poco despues Luisita
con su tia benemérita,
dejó la corte maldita.
Tu amigo de todas véras
da fin con esto á la crónica.
Ahora haz de él lo que quieras.

Marq. ¿Qué he de hacer yo con un loco
de atar, cuando mi gentil
sobrina es tan generosa
que perdona su desliz?
Si de álguien puedo quejarme,
es de ella más que de ti.

Luisa. Por qué?

Marq. Porque la verdad
con astucia femenil
me ocultaste cuando iluso
mano y alma te ofrecí.
Cuando, si no enamorada,
que yo no osara pedir
tanto, sumisa y afable
me otorgaste el dulce sí,
¿por qué negaste que á otro hombre,
quizá á algun chisgarabis,
quisiste ántes que á tus gracias
doblase yo mi cerviz?

Luisa. Porque no fué amor el mio,
sino delirio febril,
y confesar no podia,
sin cubrirse de carmin
mis mejillas, haber sido
tan necia y tan infeliz,
que oí mentidas ternezas
de un hombre indigno de mí.

Marq. Mas ¿por qué, si le aborreces,
guardar su carta incivil?

Luisa. Por tener siempre á mi vista
su conducta infame y ruin,
y armada con este escudo
sacar triunfante en la lid
mi orgullo si, recäyendo
en su ciego frenesí,
el corazon abogaba
en favor de hombre tan vil.

Marq. ¿No hubiera sido más cuerdo
olvidar al malandrin
y su epístola injuriosa
romper en pedazos mil?

Luisa. Dice usted el Evangelio,
y yo le respondo así.

[*Rompe la carta y arroja los pedazos.*]

Marq. Bravo! Pero sentiria
que por despecho pueril,
y no por convencimiento.....

Luisa. Tio, yo no sé mentir.

Manuela. (Que no?)

Luisa. Ni puedo acusarme
de ningun villano ardid;
pero si el triste suceso
que ha oido usted referir
y en el cual, sin culpa mia,
yo sola víctima fuí,
me roba la confianza
de usted, pongamos ya fin
á esta contienda. Retiro
la palabra que le di.

[*Se retira á su cuarto.*]

Marq. [*Siguiéndola.*]
No, Luisa! Luisa adorada!
Óyeme!

[*Á D. Gaudencio y Manuela.*]

Es un serafin.

ESCENA X.

D. GAUDENCIO. MANUELA.

Gauden. Qué opinas de esto, Manuela?
Manuela. Que no debe estar aquí
mi amo, sino en Leganes.
Gauden. ¡Casarse en edad senil
con ese tierno retoño!
Manuela. Ahí es un grano de anis!
Gauden. Temo que áun no haya olvidado
la niña á aquel paladin,
por más que altiva y severa
nos quiera dar un mentís;
y si ahora se apareciese
vestido por figurin,
adios boda!, ó con la boda
su honra pondria en un tris.
Manuela. Bien le he predicado yo,
mas no me ha querido oir.
Gauden. Pobre Juan! ¿Por qué no adopta
mi doctrina, y más feliz
viviria? Yo casarme?
Arre allá!—Esto no es decir
que mi alma sea insensible
al dardo de amor sutil,
y al ver dos ojos..... como esos
no sienta mi sangre hervir.
Manuela. Oiga!....
Gauden. Te lo juro, á fe
de Gaudencio Almonacid,
y con cuanto tengo y valgo
sabria retribuir
el menor de tus favores,
prenda del alma.

[*Intenta abrazarla.*]

Manuela. Alto ahí.
Gauden. Deja que.....
Manuela. (Esto me faltaba!)

[*Dándole un bofeton.*]

Apártese el zarramplin.

[*Vase por la primera puerta de la derecha, y cae D. Gaudencio como atortolado sobre un asiento.*]

Gauden. Zape! Ay Ruperta, Ruperta!
No me tratabas tú así.

ESCENA XI.

D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Eduar. [*Entrando.*]
Deogracias!
Gauden. [*Levantándose.*] Eh? (¿Quién se goza
en mi afrenta... Ah! el ingeniero...)
Saludo á usted, caballero.
Eduar. ¿El Marqués.....
Gauden. (Aleve moza!)
Eduar. De nuevo vengo á ofrecer
mis respetos, como es justo.....
Gauden. Él y yo con mucho gusto.....
Se largó aquella mujer?
Eduar. Sí.
Gauden. El Marqués está ocupado
en cierto asunto..... casero.
Eduar. Bien, no hay prisa. Aquí le espero.
Gauden. Iré á pasarle recado.....
Eduar. Quédese usted: no es urgente.....
Gauden. Bien. (Parece hombre de pro.)
Eduar. Tambien entre usted y yo
hay cierto asunto pendiente.
Gauden. Eh? Ninguno que yo sepa.....
Eduar. Doña Crispina.....
Gauden. ¿Otro acceso
como aquel.....
Eduar. Eh! nada de eso.
Gauden. Otro soponcio? Qué plepa!
Eduar. No. Aquella buena señora
me ha aclarado cierto punto
esencial para el asunto
de que hablarémos ahora.
Por ella tengo el honor
de saber que usted se llama
Gaudencio...
Gauden. ¡Y bien...
Eduar. (Ya se escama.)
Almonacid.
Gauden. Servidor.
Eduar. Ahora bien, un aguinaldo
le traigo á usted, camarada.....
Gauden. Cómo!....
Eduar. Una cuenta atrasada
de que ha de abonarme el saldo.
Gauden. Saldos yo!.... ¡Cuentas añejas.....
Eduar. No se trata de dinero.
Gauden. Pues..... qué quiere usted?
Eduar. Yo? Quiero
cortarle á usted las orejas.
Gauden. ¡Hombre, qué está usted diciendo?
Vaya, usted me habla de chunga,
y aunque alabo su sandunga,
no alcanzo yo...., no comprendo....
Eduar. No hay tal chunga. Muy formal
le reto á usted.....
Gauden. (Santo fuerte!....)
Eduar. Y el duelo ha de ser á muerte.
Gauden. Mas por qué el duelo mortal?
De qué nace esta discordia?
Áun no sé, jóven gallardo,
quién es usted.
Eduar. [*Con voz de trueno.*] Soy Eduardo
Ramirez.
Gauden. [*Cayendo de rodillas.*]
Misericordia!

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Eduar. Sí, sí; ántes de hacerme usted
declaracion tan explícita
ya estaba yo convencido
de la inocencia de Luisa.
Gauden. Por don Macario, sin duda.
Eduar. Cierto.
Gauden. Mi torpe mentira
le confesé y de qué modo
la reparó mi hidalguía;
pero él tambien procedió
con ligereza inaudita.....
Eduar. No se hable más del asunto;
mas de aquella accion indigna
sangrienta reparacion
mi justa saña obtendria,
á no haberme dado usted
la inesperada noticia
que es íris de mi tormenta
y bálsamo de mi herida.
¡Oh providencia inefable
de Dios! ¡Aquí, en esta quinta
está la prenda adorada
que mi alma creyó perdida
para siempre!
Gauden. Sí, señor.
Eduar. Oh dicha! oh gozo!
Gauden. Es sobrina
del Marqués.
Eduar. ¿Cómo pudiera
negar á usted mi amnistía,
cuando me da tal consuelo
tras de tan amargos dias?—
Venga esa mano.

[*La toma.*]

Áun es poco.
Los brazos!

[*Le abraza.*]

Gauden. Alma benigna!
Pero..... (Cómo se lo digo?)
No me atrevo todavía
á felicitar á usted
y recibir sus albricias.....
Eduar. Cómo!
Gauden. Luisa está agraviada.
Eduar. Ah! sí; pero de rodillas
imploraré su perdon,
y espero.....
Gauden. Es jóven, es linda.....
Eduar. Qué? Qué quiere decir eso?
Gauden. Que si otro la solicita,
no debe usted admirarse
de que ella le oiga propicia.
Eduar. Un rival!
Gauden. Sí.
Eduar. Yo sabré
disputarle mi conquista.
Quién?
Gauden. En otras circunstancias
fácil el triunfo sería;
pero la venganza es dulce,
tentadora la codicia.....
Eduar. Oh! quién es?
Gauden. Silencio!
Eduar. Basta
de misterios y de enigmas.
Gauden. Por Dios, no hable usted tan alto!
La boda.....
Eduar. Boda!
Gauden. Es inicua,
absurda. Yo la repruebo
porque tengo antipatía
al yugo del matrimonio,
y como pueda impedirla,
no dude usted que lo haré;
pero, si usted no apacigua
el ímpetu de los celos
y arma aquí una sarracina,
todo se pierde. Yo haré
que obtenga usted de la niña
una audiencia reservada.....
Eduar. Bien; sí.
Gauden. Algo hay de bastardía,
por no decir otra cosa,
en prestarme á tal intriga;
pero creo que mi buena
intencion lo justifica,
y debo este desagravio
á quien, despues que su dicha
por mí ha perdido, es tan noble,
que me perdona la vida.
Eduar. Me conformo.....
Gauden. [*Observando desde cerca de la puerta segunda de la derecha.*]
Va á venir,
mas no sola.
Eduar. Con el *quidam*
quizá.....
Gauden. Retírese usted

al jardin,

[*Le indica la puerta.*]

y esté á la vista.
Yo avisaré.....

Eduar. Pero.....

Gauden. Pronto!

[*Vase D. Eduardo.*]

No me llega la camisa
al cuerpo.

ESCENA II.

D. GAUDENCIO. LUISA. EL MARQUÉS.

Marq. Oh Gaudencio! Abrázame.

[*Se abrazan.*]

Gauden. (Malo!)

Marq. Mi bella pupila
ya el grato sí ha confirmado
que anega mi alma en delicias.

Gauden. Mi enhorabuena te doy,
y á usted tambien, señorita.

Luisa. Gracias.

Gauden. (Perdió la chabeta!)

Marq. Voy á escribir cuatro líneas
á mi antiguo compañero
don Juan Crisóstomo Díaz,
para que nos busque casa
en la coronada villa.
Allí hemos de celebrar
la boda. Oh! y será magnífica.
Tambien de mi fausto enlace
daré parte á la familia.
Tú entre tanto, Luisa amada,
ve poniendo en una lista
cuantas galas, cuantas joyas
te dicte la fantasía.

Luisa. Yo, señor, no he menester.....

Marq. Ya sé que no necesitas
para enamorarme á mí
más que esa cara divina;
pero no estaré contento
si con tu lujo no eclipsas
á toda la aristocracia
femenil.

Luisa. Mal pagaria
la honra que me hace usted
si labrase yo su ruina.

Marq. [*Á D. Gaudencio.*]

Es un ángel.—Sin embargo.....
Ah! en pena de tu ridícula
aversion al matrimonio,
te condeno á que me sirvas
de padrino.

Gauden. (Santo cielo!
Mi vida otra vez peligra.)
Juanito, no tengo yo
suficientes campanillas
para.....

Marq. Chit! No admito réplica.
Quédate aquí con Luisita
miéntras despacho el correo.
(Qué hermosa! Dios la bendiga.)

[*Vase por la puerta primera de la izquierda.*]

ESCENA III.

LUISA. D. GAUDENCIO.

Gauden. Ay Luisa!

Luisa. ¿Qué.....

Gauden. Boda aciaga!

[*Llevándola hácia el foro.*]

Apartémonos un poco.

Luisa. ¡Cómo.....

Gauden. El Marqués está loco.

Luisa. ¿Pues.....

Gauden. Y usted no le va en zaga.

Luisa. Qué oigo!

Gauden. El sí que la sandez
halaga de un viejo niño
no le ha dictado el cariño.

Luisa. Pues qué?

Gauden. El despecho tal vez.

Luisa. No, señor; por gratitud.....

Gauden. Bien, sí, y será usted mujer
honrada; oh! sí; pero hacer
de necesidad virtud.....
¿No merecia en conciencia
quien entrega el corazon
entero otro galardon
que el de una fria obediencia?

[*D. Eduardo se deja ver en el jardin, junto á la puerta del foro, y observa.*]

Luisa. No; él será dueño del mio.

Gauden. Nunca! Las damas de prez,
Luisita, sólo una vez
enajenan su albedrío.—
Soy acaso impertinente,
pero á los impulsos cedo
de la razon..... (No; del miedo,
que al más rudo hace elocuente.)

Luisa. Cómo! ¿al perjuro que fué
indigno de mi ternura
pretende usted por ventura
que guarde yo eterna fe?

Gauden. Yo sé que está arrepentido
de su ligereza.

Luisa. Ah! no.

Gauden. El más culpado fuí yo,
y lo da usted al olvido.

Luisa. Fingiéndose amante ciego,
no hizo usted la felonía
de rendir el alma mia
para desgarrarla luégo.
Gauden. (No perdamos la ocasion.)

[*Hace señas á D. Eduardo, y este se adelanta cubriéndole con su cuerpo D. Gaudencio.*]

Amor hace maravillas,
y si ahora de rodillas
clamara.....
Eduar. [*Á los piés de Luisa.*] Luisa, perdon!

ESCENA IV.

LUISA. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Luisa. Eduardo!—Qué trama es esta?—
Alce usted.
Eduar. [*Levantándose.*] Amada Luisa!
Gauden. Trama inocente y precisa
contra una boda funesta.
Luisa. No. En ella cifro mi orgullo.
Gauden. Bajo! Él dará sus descargos
miéntras yo aquí soy el árgos
que.....

[*Se acerca á la puerta del cuarto del Marqués.*]

(¡Se va á armar un barullo...)
Eduar. Oye á un desdichado amante
que implora, Luisa, tu gracia.
Luisa. ¿Cómo tiene usted la audacia
de ponérseme delante?
Eduar. No niego mi iniquidad,
mas cuando la cometí
yo estaba fuera de mí.
Maldigo mi ceguedad.
Gauden. Víctimas hizo á los dos
mi lengua embustera y zafia,
que pidió despues alafia
á ella, á usted, al mundo, á Dios.
Luisa. Pero ¿qué mujer decente
pudo, áun no habiendo mentira,
leer sin odio y sin ira
aquella carta insolente?
Eduar. Al diablo dictarla plugo,
y confieso, prenda amada,
que debiera estar quemada
por la mano del verdugo.
Luisa. Mas cesó el vil entremes,
la verdad se supo en breve;
¿y cómo esa mano aleve
no se retractó despues?
Eduar. Á eso mi humildad responde
que de la corte saliste
sin decir á nadie, ay triste!
por qué motivo, ni adónde.
Luisa. Al enfadoso embarazo
de indagar mi paradero
prefirió usted, caballero.....
Eduar. Qué?
Luisa. Claro está: mi reemplazo.
Eduar. Reemplazo! Qué estás diciendo?
Luisa. Áun lo negará el traidor!
Gauden. Bajo, no lo oiga el tutor!
(Temblando estoy.)
Eduar. No te entiendo.
Luisa. Saldada está ya la cuenta.
Si con otro voy al templo,
usted me ha dado el ejemplo....,
y le sigo muy contenta.
Eduar. Yo me doy á Satanas!

[*Á D. Gaudencio.*]

Explique usted este lio.
Gauden. Lio? Cuál? Si le hay, no es mio,
no, señor. Una y no más!
Eduar. La verdad se ha de saber.

[*Á Luisa.*]

Yo he dado el ejemplo?
Luisa. Sí.
¿No le he visto á usted yo, aquí,
en brazos de otra mujer?
Eduar. ¿Cuándo..... Es falso testimonio.....
Gauden. Ah! ya caigo; la fatal
doña Crispina.....
Eduar. Ah! sí tal.
Gauden. ¡Miren por dónde el demonio.....
Eduar. Ja, ja!.... Risa me da y grima.
¿Tuve yo culpa ni gusto
en que aquel tronco vetusto
se me desmayase encima?
Luisa. Usted la trajo.....
Eduar. Sí, yo,
sin saber á quién traia,
la traje desde la via
cuando el tren descarriló.
Luisa. Yo ignoraba..... (Error amargo!)
Eduar. No viste su catadura?
Luisa. Ah! no. Un rapto de ternura
creí ver...., y era un letargo!
Eduar. Ahora que con tal afrenta
calumnias amor tan firme,
ahora sí puedes decirme
que está saldada la cuenta.
Luisa. No; tu culpa fué mayor;
que si yo, mal de mi grado,
tu amor propio he lastimado,
tú vulneraste mi honor.
Gauden. (Ya le tutea: bien va.)
Pronuncio yo el veredicto?
Luisa, confeso y convicto
de su delito está ya;
mas si á ningun penitente
rehusa Cristo su gracia,
¿por qué es usted tan rehacia

que la niega á mi cliente?
Luisa. Porque ya con fe sincera
mi palabra está empeñada
con otro, (ay desventurada!)
y la cumpliré.... (aunque muera.)
Eduar. ¿Y tu corazon ingrato
me verá morir de afan
por un necio qué dirán,
por un despique insensato?
No, Luisa, no será sordo
á los clamores del mio.

[*De rodillas.*]

Luisa!
Gauden. ¡Chis.....
Luisa. No más!

[*Aparecen el Marqués por la izquierda y Manuela por la derecha.*]

Gauden. El tio!
Manuela. Ah!...
Marq. Qué es esto?
Gauden. (El trueno gordo.)

ESCENA V.

LUISA. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO. MANUELA. EL MARQUÉS.

Luisa. Señor!...
Marq. Qué hace este hombre aquí?
Gauden. Alce usted.

[*Se levanta D. Eduardo.*]

Luisa. (Perdida soy!)
Gauden. Es don Eduardo Ramirez.
Manuela. Bien lo maliciaba yo.
Marq. Sí, el que mancilló su nombre
con el más torpe borron
atreviéndose á injuriar
otro más limpio que el sol.
Sin duda, reconociendo,
aunque algo tarde, su error,
á tus piés le confesaba
y te pedia perdon.
Bien pudiera yo, no obstante,
juzgarle con más rigor;
mas si tú no se la niegas,
le otorgo mi absolucion.
Eduar. Yo debo implorarla, sí;
mas sólo de ella y de Dios.
Marq. Ignora usted con quién habla?
Soy su tio y su tutor.
Luisa. (Ay Dios!)
Eduar. Títulos son esos
muy respetables los dos;
pero no son más sagrados
que mi conciencia y mi honor
para dar yo al de Luisita
la justa reparacion.
Marq. Oro es que no ha menester
probarse en ese crisol.
Eduar. A mi ternura amorosa
un dia correspondió.....
Marq. Y galardon de la suya
fué el ultraje más atroz.
Gauden. Del cuál sólo es responsable
esta lengua de escorpion.
Marq. Calla!
Eduar. Mediaron promesas.....
Marq. Promesas que usted rompió.
Yo las he oido tambien
de sus puros labios hoy.
Se atreverá á desmentirlas?
Manuela. [*Aparte con D. Gaudencio.*]
Crítica es la situacion.
Gauden. Qué partido tomará?
Manuela. Probablemente el peor.
Marq. Ella es el juez de este pleito,
y juez sin apelacion.
Yo me someto á su fallo.
Eduar. Yo tambien.
Marq. (Temblando estoy.)
Y aunque de mi parte están
los fueros de la razon.....
Eduar. Yo la he perdido por ella,
y este título es mejor.
Nunca un corazon ardiente
tal código consultó.
De fe, no de raciocinio
y cálculo, es la cuestion.
Marq. Así habla el ciego instinto
que Grecia divinizó;
pero si, áun rota la venda,
puede dar un tropezon,
¿cómo con ella en los ojos
no claudicará el amor?
Eduar. Sólo puedo yo apelar
á la mutua inclinacion
que unió un dia nuestras almas....,
y áun acaso en mi favor
aboga; mas si los bienes
de fortuna, si el blason
de un título nobiliario,
y el orgullo y el rencor
pesan más en la balanza
que mi entrañable pasion,
no hay defensa para mí:
por condenado me doy.
Marq. No sólo bienes y honores
puedo yo alegar en pro,
ni para que esa hermosura
me declare vencedor
he recurrido á la intriga,
al fraude, á la coaccion.—
Pero callas tú! ¿Qué es esto,
niña? Has perdido la voz?
Luisa. No; hablaré, aunque harto me pesa
de que mi resolucion
á todos no sea grata
como quisiera. (Valor!)
Entre el hombre generoso

que mi orfandad amparó,
y el que, tenga ó no disculpa
su increíble aberracion,
me hizo un agravio cruel
que áun me cubre de rubor,
no es dudoso á quién yo debo
dar el sí, y á quién el no.

[*Da la mano al Marqués.*]

Marq. [*Besando la mano de Luisa.*]
Luisa!
Eduar. (Ah!...)
Luisa. Basta!
[*Retirándose á su cuarto.*]
(En mil pedazos
se me rompe el corazon.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO. MANUELA.

Marq. El tribunal ha fallado
y nuestro pacto.....
Eduar. Eh! le rompo.
El fallo es violento, es nulo
y con él no me conformo.
Marq. ¡Cómo.....
Eduar. El miedo le ha dictado
á su labio tembloroso,
pero con muda elocuencia
le desmentian sus ojos.
Marq. Triste recurso! Ese idioma,
que cada cuál á su antojo
puede interpretar, no tiene
autoridad en el foro.
Eduar. Podrá dar á usted su mano
Luisa, si yo no lo estorbo.....
Marq. Eh?
Eduar. Mas no su corazon,
porque en él reino yo solo.
Marq. Sí? Ya lo hemos visto. ¡Cuánto
ciega al hombre el amor propio!
Eduar. Bien pudiera ser en mí
más disculpable que..... en otros.
Marq. Por ejemplo, en mí, que ya
tengo arrugas en el rostro;
mas no siempre la fortuna
sonrie á los buenos mozos.
Manuela. [*Aparte con D. Gaudencio.*]
Tiemblo.....
Gauden. Triste desenlace
va á tener ese coloquio.
Eduar. Gira sin cesar su rueda
y blasona usted muy pronto
del lauro.
Marq. ¿Será preciso
para sancionar el voto
de un ángel solicitar
el *exsequátur* de un loco?
No cabe en mí la bajeza
de resignarme á ese oprobio.
Eduar. Y de nadie sufro yo
que me usurpe el bien que adoro.
Marq. Comprendo.....
Manuela. [*En tono de súplica.*]
Señor!....
Marq. Aparta!
No te incumbe este negocio.
Manuela. Pero.....
Marq. Vete y no repliques.
Manuela. Bien. (Dios sea con nosotros!)

[*Entra en el cuarto de Luisa.*]

ESCENA VII.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Marq. Ya que no le basta á usted
el merecido bochorno
que ha sufrido, y con sus fieros
vuelve á provocar mi enojo,
no temblará el veterano
frente á frente del bisoño:
brazo y corazon me sobran
para defender.....
Eduar. Ocioso
es ya cuanto hablemos.
Marq. Sí.
Eduar. Dónde? qué armas? cuándo? cómo?
Marq. Los padrinos lo dirán.
Eduar. El de usted?
Marq. [*Á D. Gaudencio.*]
Á ti te nombro.
Eduar. Yo al jefe de la estacion.
Gauden. ¿No habrá un medio decoroso.....
Eduar. Ninguno.
Gauden. Es terrible cosa.....
Marq. Ninguno.
Gauden. Bien; no me opongo;
pero ¿es compatible ser
padrino de un matrimonio
y de un duelo?
Marq. Por qué no?
Eduar. [*En voz baja.*]
Si á mis manos muere el novio.....
Gauden. Ya! (Jesus!) Pche! bien mirado,
duelo y boda son sinónimos.
Marq. Síguele y ponte de acuerdo
con.....
Gauden. Sí, con el otro prójimo.....
(Gran Dios!)
Eduar. Daremos la vuelta
presto.
Marq. Caballeros somos,

y no quita lo cortés
á lo valiente.
Eduar. Es notorio.
Marq. Venga esa mano.....
Eduar. En buen hora.

[*Se dan las manos.*]

Marq. Y demos tregua al encono.
Eduar. (No tiembla.)
Gauden. Adios.

[*Yéndose con D. Eduardo por la primera puerta de la derecha.*]

(Qué ejemplito!
No le echaré en saco roto.)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.

¿Se ha visto una fatuidad
semejante? Yo me asombro.
Si con sobrada razon,
recordando su sonrojo,
en el corazon de Luisa
sucede al amor el odio;
si entre él y yo libremente
pudiendo elegir esposo,
tan solemnes calabazas
le ha dado sin circunloquios;
¿por qué se empeña ese trasto
en pedir peras al olmo?

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. MANUELA.

Manuela. Señor!
Marq. Otra vez aquí!
Manuela. Sí, señor. Yo no abandono
á mi amo cuando le veo,
por un error lastimoso,
resueltó á precipitarse
en un abismo sin fondo.
Marq. Qué abismo?
Manuela. Usted va á batirse!
Marq. Sí; mi preciado tesoro
me disputa un mequetrefe,
y escarmentarle es forzoso.
Temes que en la lid sucumba?
Manuela. Temo, sí.
Marq. Y lloras!
Manuela. Y lloro!
¿Es acaso algun delito
el interes que me tomo
por.....
Marq. No; laudable es tu celo
aunque peca de oficioso;
pero la razon me asiste
y de mi valor respondo.
Manuela. No dudo yo del valor;
de la razon, sí.
Marq. Qué oigo!
Manuela. Y con razon ó sin ella
puede al valor más heroico
no favorecer la suerte
de las armas.
Marq. No lo ignoro;
pero el retador es él,
no yo, y vistiendo el honroso
uniforme militar,
le cubriria de lodo
si rehusara el combate.
Manuela. Pues yo, que no me abochorno
temblando por una vida
que de la mia es apoyo,
digo que es un desatino
ese duelo á que me opongo.
Marq. Oponerte..... tú!
Manuela. Sí tal.
Marq. Vaya, que el veto es donoso!
Manuela. Sí, porque ha de ser funesto,
venza usted, ó venza el otro;
porque está usted ofuscado,
por no decir que está chocho;
porque en vano espera usted
su dicha de ese pimpollo.
Marq. ¡Vive Dios, que ya estoy harto
de tu dominio despótico!
Manuela. ¡Y vive Dios, que sin duda
tiene lisiado el meollo
quien se atreve á acometer
en un dia dos casorios!
Marq. Tres si es menester; que yo
fácilmente no me doblo,
y en balde me predicais
á porfía tú y el tonto
de Gaudencio. Ya soy grande
para ayas y pedagogos.—
Tú oiste en boca de Luisa
aquel sí dulce y sonoro.....
Manuela. [*Entre dientes.*]
El sí de las niñas!
Marq. Eh?
¿La puse yo en algun potro
para otorgarme su mano
y negársela á aquel mono?
Manuela. Aquel mono fué el primero
por quien su pecho amoroso
palpitó, y de aquella hoguera
no se ha apagado el rescoldo.
Marq. Qué dices!
Manuela. Yo, que observaba
á la niña y la conozco,
vi que su calma aparente
presagiaba un terremoto.
De aquí se alejó llevando
en el corazon un tósigo,
y ahora en su cuarto la dejo

mustia, llorosa, en el colmo
de la desesperacion.

Marq. [*Llamando.*]

Luisa!—Me aterra tu horóscopo
si es verdad.....

Manuela. Yo nunca miento.

Marq. Luisa!—Nos oirán los sordos.

Manuela. Prudencia!

ESCENA X.

MANUELA. EL MARQUÉS. LUISA.

Luisa. [*Abatida y llorosa.*]

Señor!....

Marq. ¿Por qué
con mengua tuya, y desdoro
de mis canas, pronunciar
un sí pérfido, irrisorio.....

Luisa. [*Llorando y sollozando sin cesar.*]

Señor!.... Señor!....

Marq. Si en tu pecho
áun reina un rival odioso,
¿por qué á él, y á mí, y á Dios
engañarnos de este modo?

Luisa. Yo..... cumpliré..... mi palabra...,
yo.....

Marq. ¿Por qué ese amargo lloro
despues que falaz tu lengua
inundó mi alma de gozo?

Luisa. Yo..... (Ay triste!) Perdone usted....

Marq. ¡Serán lindos desposorios
los nuestros por vida mia!
En vez de halagos, sollozos!

Luisa. [*Algo ménos agitada.*]

Yo amo y respeto á mi tio.....

Marq. ¡Oh.....

Luisa. Pero.....

Marq. Acaba!

Luisa. (Me ahogo.)
En la angustia que me mata
he pedido á Dios socorro,
y él me inspira.....

[*Arrodillándose.*]

Si el buen tio
á cuyas plantas me postro
lo consiente...., yo prefiero
el estado religioso.

Marq. (Medrados estamos!) Alza!

Luisa. Señor!

Marq. [*Haciéndola levantarse.*]

No está bien de hinojos
ante un triste pecador
una santa.

Manuela. [*En voz baja.*] Es despropósito.....

Marq. Cállate tú!—Sí, hija mia;
mejor te alzarás al trono
de Dios cantando en austero
claustro láudes y responsos
que uniendo tu blanca mano
á la de un viejo achacoso.

Luisa. Perdon, señor!

Marq. (Sacrilegio!....)
No perdones, sino encomios,
mereces.

Luisa. (Oh pena!)

Marq. Enciende
las velas del oratorio,
y á tu divino consorte
ruega con fervor devoto
que tu fe no entibien.....

Luisa. (Ay!)

Marq. Tentaciones del demonio.

ESCENA XI.

EL MARQUÉS. MANUELA.

[*Breve pausa.*]

Marq. Manuela!....

Manuela. Cero, y van dos.

Marq. ¿Á qué viejo de sainete
se trata así? ¡Yo juguete
de una.....

Manuela. Señor!

Marq. Voto á bríos!....
Si de esta hecha no enfermo.....

Manuela. No hay razon.

Marq. Falaz lisonja!....
Y así quiere ella ser monja
como yo padre del yermo.
Ay! no es ella la pupila,
sino yo, que la creí.

Manuela. Por no hacer caso de mí.

Marq. Cierto. Eres una sibila.
Este segundo episodio
lo prueba áun más que el primero.

Manuela. Soy fiel.....

Marq. Y yo un majadero.

Manuela. Soy....

Marq. Eres mi ángel custodio.

Manuela. No tal, yo.....

Marq. La Providencia
á mi lado te coloca.

Manuela. Ah, señor!....

Marq. No abres la boca
sin decir una sentencia.

Manuela. ¡Tanta bondad.....

Marq. Digo bien.—
Me casaré, sin embargo.

Manuela. Oh!

Marq. Y te doy á ti el encargo
de que me busques con quién.

Manuela. No es mejor ser libre?

Marq. [*Sobreexcitado.*] No!

Buscármela es menester.
Cualquier drope halla mujer,
y yo..... Soy un monstruo yo?
Manuela. Ah, no, no!
Marq. Muchas calendas
cuento ya, pero.....
Manuela. ¿Á qué esposa
no haria, señor, dichosa
un hombre de tales prendas?
Marq. Lo crees tú así, hija mia?
Manuela. Culpa fué solo de usted
tender en vano la red
por dos veces en un dia.
Marq. Sí; mas salgo con ganancia
no inmolando mi quietud
á una vieja sin salud
ó á una niña sin sustancia.
Manuela. Sólo cuando la conciencia
rompe el yugo del demonio,
puede ser el matrimonio
negocio de tanta urgencia.
Marq. Sí.
Manuela. Hombre maduro...
Marq. (Es muy guapa.)
Manuela. No tiene, señor, excusa
si una polla le engatusa
ó una jamona le atrapa.
Marq. Bien dices, sí; á no estar chocho.....
Una de tu edad sería.....

Manuela. [*Ruborizada.*]

Yo.....
Marq. Eres jóven todavía.....
Veinticinco años.....
Manuela. Veintiocho.
Marq. Diez más que esa coquetuela;
y de un talento que pasma
y un gracejo que entusiasma.
Manuela. ¿Qué... Yo... (Dios mio!)
Marq. Ay, Manuela!..
Yo te amo!
Manuela. Á mí!....
Marq. No es tramoya.
Tú eres la que me conviene.
¡Y de otra sufrí desdenes
teniendo en casa tal joya!
Manuela. Joya! Ah! no. Yo no soy digna,
señor, de tanta fortuna.
Marq. Sí, mi bien, más que otra alguna,
y si te muestras benigna.....

Manuela. [*Yéndose.*]

Con licencia...
Marq. Huyes de mí!
Manuela. Señor!
Marq. Quizá otra pasion
subyuga tu corazon.
Manuela. Ah! No; pero.....

[*Va otra vez á retirarse, y el Marqués la detiene.*]

Marq. Quieta aquí!
Acepta el mio en tributo
y venturoso me harás.
He aquí mi mano. De hoy más
tú eres mi rey absoluto.
Manuela. No. Es locura.
Marq. [*Picado.*] Sí, notoria
locura. Hombre tan cascado
no puede ser de tu agrado.
Manuela. Por qué no?
Marq. Qué escucho! Oh gloria!
Manuela. Si amo á quien me da el sustento,
sin mirar si es viejo ó mozo,
¿no lo está diciendo el gozo
de que embriagada me siento?
La fe, tal vez temeraria,
de que tantas pruebas doy,
de que tan ufana estoy,
es de mujer mercenaria?
Mas si de altiva me acusa
esta confesion sincera,
mi humildad vuelve á su esfera
y tan alto bien rehusa.
Marq. Y en esa propia humildad,
con la cuál yo no transijo,
veo yo mi regocijo,
veo mi felicidad.

ESCENA XII.

EL MARQUÉS. MANUELA. D. GAUDENCIO.

Gauden. Ya la singular batalla.....
Marq. ¿Quién habla... Ah! mi buen amigo.
Me alegro. Serás testigo.....
Gauden. Sí, del duelo.....
Marq. No. Oye y calla.
Miéntras deslumbrado y loco
novia tras de novia busco,
y con la una me ofusco
y con la otra me equivoco,
dentro estaba de mi granja,
Gaudencio, ¿quién lo creyera!
mi más digna compañera.
He aquí mi media naranja.
Gauden. Qué oigo!
Marq. Aquí donde la ves,
si por bella le alzo un templo,
áun más por ser vivo ejemplo
de noble desinteres.
Gauden. Sí?
Marq. Su corazon sencillo,
cuando yo tierno y ufano
pido que me dé esa mano.....
Gauden. (Que me ha deshecho un carrillo!..)
Marq. Me la niega.
Gauden. En mi opinion,
no debe.....
Marq. Y me ama no obstante!
Me lo ha dicho hace un instante.
Manuela. Sí, con todo el corazon.

Marq. Ya lo oyes; ¡y por modestia
me niega el plácido sí!
Gauden. (Ó hay gato encerrado aquí,
ó esa chica es una bestia.)
Marq. ¿Á ver si tú la persuades.....
Gauden. Persuadirla? Quita allá!
Nunca de mí se dirá
que á san Márcos doy cofrades;
ántes.....
Marq. Vete noramala!
Gauden. Siendo ella de pobre cuna
es de alabar que.....
Marq. Tontuna!
El amor todo lo iguala.
Manuela. Yo del vulgo las hablillas
sabria arrostrar serena;
pero..... Ay dolorosa pena!....
Señor!....

[*Se arrodilla.*]

Marq. Por qué te arrodillas?
Manuela. Señor!... Soy muy desgraciada.
Le amo á usted, sí, pero en vano...
Marq. Qué?
Manuela. Me honra usted con su mano.
Marq. Por qué?
Manuela. Porque..... soy casada!
Marq. Ahora salimos con eso?
¡Levanta con mil y más.....
Manuela. Yo..... si.....

[*Se levanta.*]

Marq. ¿Ese trago me das
despues de sorberme el seso?
Gauden. Vaya un lance!....
Marq. ¿Y por qué, di,
ocultar tu casamiento?
Manuela. Ay señor!, porque me afrento
de mi marido y de mí.
Cedí á su ruego importuno—
maldígale Dios, amén!—
creyéndole hombre de bien.....
Marq. Y resultó que era un tuno?
Manuela. Yo, sin mundo y sin malicia.....
Marq. Ya!
Manuela. Nos separamos.....
Marq. Pues!
Manuela. Y fué á América despues
huyendo de la justicia.
Marq. Basta.
Manuela. Perdon!...
Marq. Sí, hija mia;
pero ni quiero tu infamia
ni toleran la bigamia
nuestras leyes todavía.
Manuela. (Ah!)
Gauden. (Me da pena el pobrete,
que el chasco es de alto calibre.)
Manuela. Crea usted que, á ser yo libre.....
Marq. Lo creo, y perdono...., y vete.

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO.

Marq. Fatal don de errar el mio!
Fundo en el casto himeneo
mi dicha, y para lograrla
hasta á una sierva desciendo;
y de las tres hijas de Eva
que me han dado pan de perro,
la que más me convenia
era por todos conceptos
esa excelente muchacha;
y me ama, lo sé, lo veo;
¡y miren por donde el diablo
da al traste con mi proyecto!
Gauden. No digas el diablo, que él
siempre fué casamentero;
di que ha venido á salvarte
de sus garras tu buen genio.
Marq. ¡Puede que tengas razon,
oh amigo!
Gauden. Que si la tengo?
Marq. Sin duda quiere mi estrella
que viva y muera soltero.
Gauden. Vine á decirte que ya
está concertado el duelo,
á pistola, á veinte pasos.....
Pero ya no tiene objeto.....
Marq. No.
Gauden. Pues durante mi ausencia
has mudado de bisiesto.
Marq. Ay! Sí.
Gauden. Dentro de un instante
estará aquí el ingeniero.
Marq. Bien.
Gauden. Por qué tan abatido?
Marq. [*Con risa forzada.*]
Yo? No. (Hagamos un esfuerzo.)

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO.

Eduar. ¿Dan ustedes su licencia.....
Marq. Adelante, caballero.
Eduar. Vengo á ponerme á las órdenes
de usted.....
Marq. Gracias. Un suceso
imprevisto.....
Eduar. Qué?
Marq. Dirime
nuestra contienda, y me alegro.
Eduar. Cómo! ¿Qué suceso..... ¿Quién.....
Marq. Ahora va usted á saberlo.
[*Llamando.*]
Luisa!
Eduar. (Alguna trama.... Alerta!)

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. D. EDUARDO. LUISA.

Luisa. Tio.....
Marq. Ven.
Luisa. Eduardo! Cielos!
Marq. Tiene usted otro rival.
Eduar. Otro rival? No lo creo.
Marq. Sí, y tal, que ni usted ni yo
podemos contra su imperio
rebelarnos.
Luisa. (Ah!)
Eduar. [*Á D. Gaudencio.*] ¿Qué enigma
es este?
Gauden. Yo no comprendo.....

[*Al Marqués.*]

Explícanos.....
Eduar. Eh! ¿quién es
ese rival? Acabemos.
Marq. Nuestro Señor Jesucristo,
Dios y hombre verdadero.
Gauden. Ave María purísima!
Eduar. Qué oigo!
Luisa. Señor!
Eduar. Será cierto?
Marq. Luisa ha hecho voto solemne
de encerrarse en un convento.
Eduar. Compelida por usted
sin duda.
Luisa. No: yo lo niego.
No es de eso capaz un tio
tan generoso, tan bueno,
tan indulgente. Mi voto
ha sido espontáneo; pero.....
Gauden. (Vale ese pero un Perú.)
Luisa. Quise evitar un sangriento
combate. En mi corazon
luchaban tambien afectos
que... Yo... (Ay de mí!)
Gauden. (Pobre nena!)
Luisa. Pero... áun no he tomado el velo...
Marq. Le tomarás.
Eduar. No en mis dias!
Marq. Sí, y usted será el primero
que lo aplauda.
Eduar. Yo!
Marq. Sí tal.
Tambien velan en el templo
á las novias.
Luisa. [*Arrodillándose.*] Ah señor!
Marq. [*Alzándola del suelo.*]
Eh! qué haces?
Eduar. [*Va á arrodillarse tambien, y se lo impide el Marqués.*]
Ah señor!
Marq. Quieto!
Dale esa mano.
Eduar. Oh ventura!

[*Se dan las manos D. Eduardo y Luisa.*]

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS. D. GAUDENCIO. LUISA. D. EDUARDO. MANUELA.

Manuela. [*Llega corriendo con una carta en la mano.*]

Ay amo mio!
Marq. Qué es esto?
Manuela. Una dicha inesperada.....
Quiero decir, dicha y duelo.....
Marq. Habla. Qué locura es esa?
Lloras y ries á un tiempo.
Manuela. Acabo de recibir
esta carta....
Marq. ¿Y qué...
Manuela. Es de Méjico.—
Por ella rio de gozo
y lloro de sentimiento.
Soy libre! (Dios le perdone!)
Marq. Libre?
Manuela. Mi marido ha muerto.
Marq. [*Regocijado.*]
Ha muerto! Eres libre!

[*Con los brazos abiertos.*]

Pues.....

[*Reprimiéndose y mudando de tono.*]

Pues rézale un padrenuestro.
Manuela. Bien está. (Pobre de mí!)
Marq. [*En voz baja, miéntras hablan entre sí Luisa, D. Eduardo y D. Gaudencio.*]

Yo tambien, triste y risueño
á la par, te felicito
porque lazo tan funesto
se rompió al fin, y te exhorto,
aunque era tan mal sujeto,
á rezar por el difunto.
Cuenta siempre con mi aprecio.....
Manuela. Ah mi señor!....
Marq. Y un buen dote
si algun gallardo mancebo
más digno de ti.....
Manuela. Ah! no, no.
Viuda moriré.....
Marq. Veremos.....
Ahora á solas en tu cuarto.....
Manuela. Sí, sí. (Ay dolor!....) Obedezco.

ESCENA ÚLTIMA.

EL MARQUÉS. LUISA. D. EDUARDO. D. GAUDENCIO.

Gauden. Juan, querido Juan!
Marq. Qué dia!
Gauden. ¿Impugnarás todavía
el saludable sistema.....
Marq. No. Desisto de mi tema.
Sabios son tus argumentos,
y si á tantos escarmientos
yo no me rindiese aún,
de mi sentido comun
daria una pobre idea.
Ya ni á bonita ni á fea
ofreceré mis sufragios.
¿Quién despues de tres naufragios
se vuelve á embarcar? Y pues
Dios me ha enviado en los tres
una tabla salvadora,
yo te juro desde ahora
no buscar tres piés al gato.
Aténgome al celibato
y, en mi propósito firme,
á todo el que quiera oirme
repetiré sin cesar
este proverbio ejemplar:
Cuando de cincuenta pases,
no te cases, no te cases!



EL ABOGADO DE POBRES,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro del Circo en 26 de Enero de 1866.

PERSONAS.

CAROLINA.	D. GABRIEL.
CATUJA.	EL MARQUÉS.
D. RAMIRO.	D. FULGENCIO.

CRIADO.

Madrid: en casa de D. Gabriel. Sala con tres puertas: en el centro la más cercana á la escalera; á la derecha la que guia á las habitaciones de D. Gabriel y Carolina; á la izquierda la que conduce á las que ocupa D. Ramiro. Se supone que ambos departamentos tienen comunicacion interior con otras habitaciones.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. GABRIEL. D. RAMIRO.

[*D. Gabriel sale de las habitaciones de la derecha dirigiéndose á la puerta del foro, y al mismo tiempo viene de la calle D. Ramiro.*]

Ramiro. Ah! va usted á salir.....
Gabriel. Sí. Quieres algo?
Ramiro. Recomendar á usted..... Mas no hay urgencia.
Cuando usted vuelva le diré.....
Gabriel. Al momento.

[*Dejando el sombrero en una silla.*]

De cuanto soy, Ramiro, y cuanto valgo
eres dueño: lo sabes.

[*Sentándose en una butaca.*]

Toma asiento.

[*Se sienta en otra butaca D. Ramiro, dejando tambien sobre un mueble el sombrero.*]

Para ti todas son horas de audiencia;
ó por mejor decir, no lo es ninguna.
Cuando tanta es la cáfila importuna
que sin cesar me hostiga
pidiéndome destinos—qué fatiga!,
tú, siendo mi sobrino, y tan amado,
nada exiges, á nadie recomiendas,
y hasta parece que huyes de mi lado.
¿Posible es que tan caro te me vendas!

Ramiro. Venero como á un padre á mi buen tio;
pero á usted en su puesto, á mí en el mio;
á usted en su dorado gabinete.....

Gabriel. Donde no hay tregua á mi mortal zozobra.....

Ramiro. Y á mí en la oscuridad de mi bufete,
el tiempo, caro tio, no nos sobra.
Ahora bien, ya que usted me oye benigno,
yo, no invocando la amistad y el deudo;
que sólo á la justicia pago feudo,
por un hombre intercedo, que es muy digno.....

Gabriel. Sin duda lo será, pues tú le apoyas.

Ramiro. Ajeno á las pandillas y tramoyas
que hacen de España un campo de Agramante,
fiel empleado, inteligente, asiduo,
pero no lisonjero ni intrigante,
sobre su frente dió palo de ciego
un jefe improvisado,
gran repúblico, oh! sí, y hombre de estado,
aunque en el ramo que administra es lego.

Gabriel. Quizá por ser moderno quedó fuera.....

Ramiro. No, que cuenta veinte años de carrera;
mas la patria exigia una vacante,
á fin de dar lugar en la plantilla
á cierto redactor de gacetilla,
y el director flamante
de una plumada le dejó cesante.

Gabriel. Todos quieren vivir del presupuesto!
Cáncer es este universal, funesto,
que al fin.....

Ramiro. Es padre de seis hijos.....

Gabriel. Quién?
El agraciado?

Ramiro. No; el cesante.

Gabriel. Ah! bien.

Ramiro. [*Dando un papel á D. Gabriel.*]

He aquí..... Perdone usted si le molesto.....

Gabriel. No.

Ramiro. La nota.....

Gabriel. No más. Será repuesto.

Ramiro. Gracias.....

Gabriel. Ahora soy yo quien pide audiencia.

Ramiro. ¡Cómo.....

Gabriel. En los dias de tu breve ausencia.....

Ramiro. Tantos procesos como tengo encima
mi salud quebrantaban, y forzoso
me fué en más dulce clima
dar al cuerpo y al alma algun reposo.

Gabriel. ¡Y con el propio ahinco
has vuelto á trabajar!

Ramiro. El dia cinco
ha de fallar la Audiencia
la causa de una pobre á quien amparo.

Gabriel. Gratuitamente!
Ramiro. Es claro.
Se trata de una herencia
usurpada á una viuda.....
Gabriel. Yo aplaudo.....
Ramiro. Su derecho es inconcuso,
y el tribunal, sin duda,
condenará al ladron á quien acuso.
Gabriel. Bien está; pero tú.....
Ramiro. Descomedido
á mi tio y señor he interrumpido.
Gabriel. ¿Qué importa.....
Ramiro. En lo del pleito hagamos punto,
y diga usted qué asunto.....
Gabriel. Es el asunto
que en el poder por otros codiciado
mi vida es cada dia más amarga,
que miro la cartera con enfado
y ánsio el momento de soltar la carga.
Ramiro. No lo debo extrañar si, como temo,
la situacion es crítica.
Gabriel. En extremo.
¿Y cómo no ha de serlo cuando Europa,
donde se hacina tanto combustible,
arderá el mejor dia como estopa?
Pues ¿qué diré de la infeliz España?
¿Qué gobierno es posible
donde luchan sin tregua los partidos,
y tantos son, y á todos la cizaña
los tiene en cien fracciones divididos?
Ramiro. Triste verdad es esa y dura plaga
que á las siete de Egipto no va en zaga.
Sin contar el partido socialista,
polo opuesto del bando absolutista,
ambos en la discordia casi iguales;
sin contar los secuaces del progreso,
todos, quién más, quién ménos radicales;
sólo en los que presumen de gran seso,
sólo entre esos señores
que son ó afectan ser conservadores,
la gestion del político teatro
disputan tres partidos.....
Gabriel. No; son cuatro.
Ramiro. Cuatro, dice usted bien, son ya en el dia,
cuatro; y hay todavía
quien para el quinto busca clientela.
Éramos pocos y parió mi abuela!
Gabriel. Exigentes ó flojos los amigos,
ciegos en su rencor los enemigos,
¿cómo al puerto arribar cuando la prensa
ó sin razon injuria
ó sin pudor inciensa,
y del erario crece la penuria,
y un parlamento ambiguo,
donde suda el Gobierno,
que nunca duerme ó sobre espinas duerme
para que el harto exiguo
número de los suyos no se merme,
le tiene en un suplicio sempiterno?
¿Quién, cuando uno le dice: empuja! avanza!
y otro le recomienda la templanza,
no pierde el equilibrio
entre la tiranía y el ludibrio?

Ramiro. Y tal vez en el mismo gabinete,
que es para usted un brete,
y adonde pensamientos tan hidalgos
aportó su acendrado patriotismo,
la interna disension, el dualismo.....

Gabriel. Sí: algo hay de eso, y áun algos;
¡y cuando en azarosas circunstancias,
tras de muchas instancias
á la pública hacienda
sacrifiqué el cuidado de la mia,
no falta quien me envidie la prebenda
suponiendo que el público tesoro
á mis arcas afluye rios de oro!
No más, no más! Hoy mismo, si el Consejo
sin restriccion no adopta y sin enmienda
las medidas, los planes,
fruto de mi experiencia y mis afanes,
á otro más hábil la cartera dejo
y para siempre del poder me alejo.

Ramiro. Hará usted bien.

Gabriel. Tendré sólo un disgusto
al salir de aquel lecho de Procusto.

Ramiro. Cuál?

Gabriel. Que no hayas cumplido mi deseo
aceptando un empleo.....

Ramiro. No! afuera tentaciones del demonio!
Á Dios gracias, vivir independiente
puedo con mi modesto patrimonio.
Empleo! Sin doblar mi altiva frente
y sin gravar los fondos del estado,
tengo uno.....

Gabriel. ¡El de abogado
de pobres!

Ramiro. Sí, señor. No es muy brillante,
mas sin temor le ejerzo
de que un advenedizo me suplante.

Gabriel. Lo creerá así cualquiera sin esfuerzo.
Abogado de pobres! Ese cargo,
carga más bien, se impone á un principiante,
pero tú.....

Ramiro. Si de oficio
prestan otros, señor, ese servicio,
yo á los pobres consagro mis vigilias
por compasion, y á falta de otros dones,
más de cuatro familias
mi nombre colman ya de bendiciones.
¿Qué ocupacion más noble y meritoria
puedo yo ambicionar? Qué mayor gloria?

Gabriel. Guárdeme el cielo de impugnar, Ramiro,
esa tu santa vocacion, que admiro;
mas sin abandonar al indigente,
¿por qué adusto y severo
cierras á los pudientes tu despacho?
Por ventura ¿los miras con empacho?
¿Acaso todo pobre es inocente
y no hay justicia ya donde hay dinero?

Ramiro. No soy tan temerario;
¿y cómo lo he de ser cuando contemplo
en usted, caro tio, un vivo ejemplo
que prueba lo contrario?

Gabriel. No digas.....

Ramiro. Usted, siendo millonario,
teme á Dios, y del prójimo se apiada,

y dar puede á cualquiera,
de alta ó de baja esfera,
lecciones de honradez acrisolada.

Gabriel. Grato me es en tu labio ese concepto;
pero cuando podrias con decoro,
ya célebre en el foro,
labrarte una fortuna.....

Ramiro. Si á los ricos
mis Bártulos y Baldos intercepto,
no me impone el orgullo ese precepto;
es que al pobre prefiero en mis fatigas,
y como es la hermandad tan numerosa,
en mi estudio pululan como hormigas
y tiempo no me dan para otra cosa.
Sin padres además y sin hermanos;
extraño al lujo y sus caprichos vanos
que dan para un placer cien pesadumbres,
y aunque parezca mal que yo lo diga,
sencillo y sobrio en gustos y en costumbres,
á acumular riquezas ¿quién me obliga?
Para qué ó para quién las necesito?

Gabriel. Si hoy no, quizá mañana.....

Ramiro. Nunca!

Gabriel. ¿Sordo
siempre será tu corazon al grito
de la naturaleza? Alguna hermosa.....

Ramiro. (Oh Dios mio!)

Gabriel. Perdóname si abordo
cuestion tan espinosa,—
te hará un dia caer en el garlito.....

Ramiro. No caeré.

Gabriel. ¿No eres tú de carne y hueso
como todos?

Ramiro. Por Dios, no hablemos de eso!

Gabriel. ¿Te inclina tu glacial filosofía
al triste celibato?

Ramiro. Yo..... (Qué tormento!)

Gabriel. Lástima sería.....

Ramiro. [*Con algun desabrimiento.*]

Sí, señor! Sí, señor!

Gabriel. Bien, bien; no trato
de hacerte flaquear.....

Ramiro. Ya lo supongo.

Gabriel. Si de la humana sociedad excluso
quieres vivir en ella como un hongo,
sea muy norabuena. Yo, obediente
á lo que Dios nos manda y está en uso,
trato de dar estado á Carolina.

Ramiro. (Ay mísero de mí!)

Gabriel. Su peregrina
hermosura, su índole excelente
y su dote cuantiosa
cebo son para más de un pretendiente;
mas de uno solo puede ser esposa,
y para resolver este expediente
quisiera que me dieses tu dictámen,
previo maduro exámen.....

Ramiro. No, señor. Yo me inhibo.....

ESCENA II.

D. GABRIEL. D. RAMIRO. CAROLINA.

Carolina. [*Llega por la puerta del foro.*]
Papá.....
Gabriel. Qué hay?
Carolina. Con recado ejecutivo
cita á usted á consejo el Presidente.....
Buenos dias, Ramiro.
Ramiro. Dios te guarde.
Gabriel. [*Se levanta y toma el sombrero: D. Ramiro se levanta tambien.*]
Voy, voy.....
[*Á D. Ramiro.*]
Continuarémos esta tarde.

ESCENA III.

D. RAMIRO. CAROLINA.

Carol. ¿Sabes que estoy muy quejosa
de ti?
Ramiro. Por qué?
Carol. Claro está;
porque eres un descastado.
Ramiro. No!
Carol. De los baños de mar,
perdona que te lo diga,
has vuelto muy montaraz.
¿Por qué, siendo prima tuya,
conmigo esa gravedad
diplomática! Comprendo
que trates así á papá,
que es ministro; pero á mí?
¿Qué se ha hecho de la jovial
confianza que á nuestro trato
inspiraban la amistad
y el parentesco?
Ramiro. No es hoy
mi afecto ménos cordial;
mas (qué diré?) mis tareas.....
Carol. Venero la caridad
con que á ellas te dedicas;
mas ¿no puedes amparar
al pobre sin ser adusto
y esquivo con los demas?
¿Quién dirá que eres mi primo,
mi huésped, mi comensal.....
Comensal? Miento, que no
siempre te dignas de honrar
nuestra mesa.
Ramiro. Carolina!....
Carol. ¿Es que te tratamos mal,
ó tan severo en la higiene
como en la moralidad,
quieres de un modo indirecto
enseñarme á ser frugal?
Ramiro. Eh! no. Por Dios, prima mia,
no seas tan suspicaz.
Carol. Hoy mismo nos has plantado
á la hora de almorzar.
Ramiro. Se ha desalquilado, cerca
de aquí, un cuarto principal,
y he ido á verle.....
Carol. ¡Qué escucho!
Pues, qué! te quieres mudar?
Ramiro. Es preciso: va creciendo
mi clientela.....
Carol. Pues ya!
Ramiro. Y un abogado, y de pobres,
es molesta vecindad.
Carol. Eh! calla. Gracias á Dios,
es la casa harto capaz
para que tio y sobrino,
en su estudio cada cual,
den audiencia á sus clientes.—
Y hay cierta conformidad
entre ellos, pues todos piden,
unos turron y otros pan.
Ramiro. Pero.....
Carol. No hay pero que valga.
Ramiro. Considera.....
Carol. No ha lugar.
Ramiro. Que si yo.....
Carol. No hablemos de eso,
ó los sordos nos oirán.
Ramiro. Bien..... No te irrites.
Carol. Y ahora,
aunque faltes al ritual,
pues sin ser pobre reclamo
tu proteccion tutelar,
oye una consulta,.... grátis,
por supuesto.
Ramiro. Así será.
Carol. Yo me veo en un conflicto
terrible,.... piramidal.
Ramiro. Cómo!....
Carol. Mi querido padre,

ay Dios!..., me quiere casar.
¿Te ha dicho algo...

Ramiro. De eso hablábamos
cuando llegaste.

Carol. Pues, ay!
cierto es, demasiado cierto.

Ramiro. Y eso te hace suspirar?

Carol. Ay! Sí. Anciano y achacoso,
ántes que él descanse en paz
quiere que un marido sea
escudo de mi orfandad.

Ramiro. Miren qué grave conflicto!
Un novio! ¿De cuándo acá
se ha atribulado por eso
una doncella?

Carol. Ahí verás!

Ramiro. Qué!....

Carol. Y áun si fuera uno solo,
le podria capear;
pero dos!

Ramiro. No es maravilla.
Tu mérito sin igual.....

Carol. Crees tú que tengo alguno?

Ramiro. Cómo no?

Carol. Gracias, galan.
Así quiero yo que me hables,
y no con la seriedad
imponente de un letrado
delante del tribunal.—
Ahora quiero que me digas
con toda sinceridad
cuál de mis dos postulantes
debe llevarme al altar.

Ramiro. De uno ya tengo noticia.

Carol. ¿Hablas del señor feudal.....

Ramiro. Sí, del gárrulo Marqués
que vino aquí de Canfranc.....
ó no sé donde.....

Carol. Es burlesco
personaje, si los hay;
pero tanto, aunque plebeya,
le enamora mi beldad,
que se digna de elevarme
hasta su ilustre solar,
que cuenta, él lo dice, siglos
y siglos de antigüedad.

Ramiro. Oiga! ¿Desciende ese..... príncipe
por ventura de Guzman
el Bueno.....

Carol. Pica más alto.

Ramiro. Del Cid? De Ataulfo?

Carol. Bah!
Su alcurnia es contemporánea
del diluvio universal.

Ramiro. Pues si tan largo abolorio
acredita, no cabrá
el archivo de su casa
dentro de una catedral.

Carol. Un docto genealogista
prueba.....

Ramiro. ¿Qué no probarán
ellos!

Carol. Que el Marqués desciende
del mismísimo Tubal.

Ramiro. Pues eso, tú y yo como él
lo podríamos probar,
y si nuestro noble orígen
remontamos hasta Adan,
¿qué rey de armas, Carolina,
no lo certificará?
Pero, en resúmen, ¿qué vale
por sí solo en nuestra edad
un título nobiliario?
Si el de ese pelafustan
al santo Noé recuerda
y su arca descomunal,
otros diluvios despues
se han encargado de dar
á la guia aristocrática
el volúmen de un misal.

Carol. Periodista es el segundo
de superior calidad,
y estadista y publicista.....

Ramiro. No tiene algun *ista* más?

Carol. Sí, bolsista.

Ramiro. Ah! Don Fulgencio.....

Carol. Tú le acabas de nombrar.
Qué opinas de él?

Ramiro. Qué es un fatuo,
un pedante, un charlatan.

Carol. Ese no ostenta blasones.....

Ramiro. Pero con más vanidad
que don Rodrigo en la horca,
el ansia de figurar
le atosiga, y no hay empleo,
incluso el de senescal,
que inferior no le parezca
á su alta capacidad.

Carol. Bravo!

Ramiro. Demasiado rígido
es á tus ojos quizá
este juicio.....

Carol. Nada de eso.

Ramiro. Yo á fuer de primo leal.....

Carol. No me puedo yo ofender
de que digas la verdad.
¿Crees tú, pues.....

Ramiro. Que infestados
tus dos amantes están
de la enfermedad reinante.

Carol. Vírgen santa del Pilar!
Del cólera?

Ramiro. No. Tremenda
es esa calamidad,
pero pasajera al fin.
Hay otra peste social
que, si Dios no lo remedia,
con España acabará,
y de esa te hablaba yo:
de ese contagioso afan
de goces y devaneos
que á todos sacando va
de su quicio, desde el prócer
altivo hasta el menestral.
Ínfulas de hombre de pro
muestra cualquier perillan;

el que ayer vistió zamarra
hoy gasta levita y frac;
y con botas de charol
Maritórnes va á comprar.
Es ya rancio anacronismo
la modesta sobriedad
con que ántes se limitaban,
los que no tenian más,
á su honrada medianía
y limpio aunque pobre ajuar.
Guerra de muerte declaran
al decoro y la moral,
ya la comezon del lujo,
ya el prurito de medrar;
á unos ciega vil codicia,
á otros orgullo infernal,
y llaman, en el dialecto
de su uso particular,
donaire á la desvergüenza,
al perjurio habilidad;
y para ellos todo es lícito,
todo...., ménos trabajar.

Carol. Ese discurso merece
una mitra episcopal,
y de él saco en consecuencia
que en mis novios—¡lindo par
de maulas!—al interes
sirve el amor de disfraz;
que ínclito infanzon el uno,
pero de pobre caudal,
quiere con mi pingüe dote
su penuria remediar,
y que el otro, diputado
y escritor ministerial,
si mi mano solicita
es tambien porque querrá
que le dé el presunto suegro,
como regalo nupcial,
alguna plenipotencia,
aunque sea en el Catay.

Ramiro. Si ninguno de los dos
te agrada.....

Carol. Cómo agradar?
Me apestan.

Ramiro. Pues ¡calabazas!
es mi conclusion fiscal.

Carol. Y..... dime: ¿es el abogado
quien receta ese manjar,
ó el primo...., ó tal vez.....

Ramiro. (Ay triste!
Ahora sospechará.....)
No me mueve otro deseo
que el de tu felicidad.

Carol. Mil gracias.

Ramiro. No creas.....

Carol. (Oh!....)

Ramiro. Mi consejo es imparcial.

Carol. Bien, pero si no lo fuese,
nadie podria extrañar
que.....

Ramiro. No soy tan necio...

Carol. Dale!
No es tuya la necedad,
sino mia.

Ramiro. Oh!....

Carol. Tu consejo
es saludable, eficaz;
pero tardío.

Ramiro. Ah! por qué?
¿Media acaso algun formal
compromiso.....

Carol. Median dos,
el mio y el de papá.
Tiene el Marqués en su apoyo
la paterna autoridad.....

Ramiro. Ah!....

Carol. No tanto por su título
como porque, servicial
y condescendiente, sabe
captarse la voluntad
de mi iluso padre, á quien—
beatitud patriarcal!—
suele con sus bufonadas
servir de grato solaz.
Tal vez cuando me propuso
tan descabellado plan
le hubiera yo resistido,
si no alegara además
otra razon muy plausible
á que no osé replicar.
Perseguido en una lucha
civil—¿cuándo acabarán!—
hubiera muerto mi padre
sin la generosidad
con que el difunto Marqués,
no obstante ser su rival,
le dió en tan amargo trance
favor y hospitalidad.

Ramiro. Laudable es su gratitud,
mas no el empeño tenaz
de que tú te sacrifiques
á la obediencia filial.

Carol. Tal pensaba y pienso yo;
pero mi agudo pesar
facilitó á don Fulgencio
la triste oportunidad
de declararme su amor,
y recordando el refran
de un clavo saca otro clavo,
yo me dejé alucinar
por la estudiada pasion
y hueca verbosidad
con que postrado á mis piés
me pidió el sí conyugal.

Ramiro. Y le diste!

Carol. Sí, Ramiro;
tanta fué mi ceguedad!
Mas pronto me arrepentí
de aquel pecado mortal,
porque, petulante y sandio,
á la ménos perspicaz
hubiera hecho conocer
con su cháchara vulgar
que todo es cálculo en él
y aparato teatral.

Ramiro. Retírale tu promesa

y plántale en el zaguan,
ya que te ofuscó en mal hora
su música celestial.

Carol. Ay, tú no estabas aquí!

Ramiro. [*Turbado.*]
Cómo!.. ¡Tú..: ¡Yo...

Carol. [*Reprimiéndose.*] (Paso atras!)
Lo digo porque, como eres.....
neutro.....

Ramiro. [*Con prontitud.*]
Neutral.

Carol. Bien, neutral.
Si me hubieras dado entónces
el consejo que hoy me das,
no me veria yo ahora
en este berengenal.

Ramiro. Á cualquier hora se puede,
Carolina, retractar
un sí imprudente, y tu padre,
ni en el suyo insistirá,
ni si revocas el tuyo,
será tan irracional,
que á su hija amada y única
niegue un *bill de indemnidad.*

Carol. Mas yo á vencer no me atrevo
mi temor al qué dirán.

Ramiro. Pues, hija.....

Carol. Sólo lo haria,
cuando pudiera excusar
con otro amante más digno
mi aparente veleidad.
Tú, querido primo.....

Ramiro. Ah!

Carol. Qué?

Ramiro. (Me ama! Tendré que emigrar!)
Oh! sí, un tercero en discordia
sería..... Tú le tendrás
cuando quieras. ¿Cómo no,
siendo tan hermosa y tan.....

Carol. Lisonjero!

Ramiro. No: lo digo
con.....

Carol. [*Irónicamente.*] Con imparcialidad.—
Le tendré ó no, porque yo
no le he de solicitar.

Ramiro. Cierto.

Carol. Una mujer no puede
sin nota de liviandad
decir á un hombre: «yo te amo;
tú eres el bello ideal
que anhelaba el alma mia;
tú mi gloria, tú el iman
de mis sentidos....,» toda esa
algarabía manual
que prodiga el sexo fuerte
con franqueza militar.

Ramiro. Tambien hay hombres que tienen
pudor.....

Carol. Orgullo dirás.

Ramiro. Llámale orgullo en buen hora;
mas su propia dignidad
rechaza ese privilegio
para otros tan natural.

Carol. Si eres tú uno de ellos.....

Ramiro. Yo.....

Carol. Respeto esa austeridad
de filósofo impasible
y ese pudor virginal.

Ramiro. Ni el dictado de filósofo
corresponde á mi humildad,
ni los filósofos tienen
el alma de pedernal.

Carol. (¡Me ama, y por no confesarlo
se dejaria matar!)
Ahora bien, primo doctor,
¿podré sin temeridad
rogar á usted que me saque
de este pantano?

Ramiro. [*Con calor.*] Sí tal.
Yo convenceré á mi tio
de que es una atrocidad
su proyecto, y á tus novios
arrojaré de ese umbral
si es fuerza. Tan bella causa
no he defendido jamás,
y abogado ó campeon,
en ella sabré mostrar
la elocuencia de un Demóstenes
y el esfuerzo de un titan.

Carol. Bien! Magnífico!

Ramiro. ¿Te ries!

Carol. Perdona mi hilaridad;—
yo no soy jurisconsulta.
Casi lloraba poco ha,
¿y no quieres que me ria
viendo, rara novedad!
tan expansivo á Caton
y á Licurgo tan marcial?

Ramiro. Tienes razon á fe mia.

Carol. Pues riamos á la par,
que el lance no es para ménos.

Ramiro. [*Con risa forzada.*]
Riamos, sí..... (Es celestial!)

Criado. [*Á la puerta del foro.*]
El Marqués.....

Carol. Que éntre.

[*Vase el criado.*]

Ramiro. Me iré.....

Carol. No. Para alegrarnos más,
como llovido del cielo
viene ese ente singular.

ESCENA IV.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

Marq. Con más gozo que la alondra
á la estrella matutina,
saluda á usted, Carolina,

el amor que me atolondra.
Carol. Discreta salutacion!
Ramiro. (Mentecato!)
Marq. Es un proemio
con que explico, sin apremio,
mi rendida adoracion.
Ni es de admirar mi lisura
cuando—dichoso proyecto!—
soy futuro, aunque imperfecto,
de tan linda criatura.
Carol. Yo estimo.....
Marq. Oh dulce sonrisa!
¿Y cuándo termina el plazo
en que indisoluble lazo
ha de unir.....
Carol. No corre prisa.
Marq. Cómo no? Sí tal.
Carol. No tal.
Marq. Pero ¿á qué viene ese enfado.....
Ah! no habia reparado
que nos oye mi rival.
Carol. (Rival!)
Ramiro. [*Aparte á Carolina.*]
Qué dice ese necio?
Marq. ¿Conque estaba usted aquí,
señor don Fulgencio.....
Ramiro. Eh?
Marq. Muy
señor mio y de mi aprecio.
Yo.....
Carol. [*Á D. Ramiro.*]
Es divertida la escena!
Marq. Sí; ¡juntarse en un estrado
el amante desahuciado
y el que está de enhorabuena!
Mas ¿cómo ha de ser, amigo!
Yo he triunfado; usted no es lego,
y debe.....
Ramiro. [*Con Carolina en voz baja.*]
Está ese hombre ciego?
Carol. No; tonto.
Marq. Eh?.... Pues, como digo,
no porque en nuestra contienda,
como ocurre en más de trece,
á quien ménos la merece
se adjudique la prebenda.....
Carol. Poco á poco! Todavía.....
Marq. Me mire usted de reojo.
Si me viese en tal sonrojo,
sabe usted lo que yo haria?
Soltar á la risa el trapo.....
Carol. [*Riendo.*]
Eso, eso!
Marq. Y echarlo á broma.
Ramiro. Sí, señor.
[*Rompe á reir.*]
Marq. [*Á Carolina.*] Oiga! Pues toma
mi consejo..... Guapo, guapo!
Carol. [*Sin dejar de reir.*]
Vítor!
Marq. [*En voz baja.*]
No abuses..... Silencio!....
[*Acercándose á D. Ramiro.*]
Ya ve usted..... (De gozo brinco!)
Ea, vengan esos cinco.....
Ramiro. [*Con enfado.*]
Eh!
Marq. Calle! No es don Fulgencio!
[*Riendo.*]
Bueno ha estado el *quid pro quo!*
Ramiro. Soy.....
Carol. Es mi primo Ramiro.
Marq. Ya veo, ahora que le miro
de cerca.....
[*Soltando una carcajada.*]
Ja! ja! jo, jo!....
¡Y yo creia..... Salud
y gracia al docto letrado,
al benéfico abogado
de pobres..... Rara virtud!
Noble abnegacion!.... No obstante,
creo—el diablo sea sordo!—
que no hará usted caldo gordo
con parroquia semejante.
Ramiro. Qué le importa á usted?
Marq. Á mí?
Nada; pero lo decia
por.....
Ramiro. Pudiera ser que un dia
la aumentase usted.
Marq. Yo!
Ramiro. Sí.
Marq. No soy un creso, en verdad,
porque tengo un mayordomo
que me..... Pero tanto como
pobre de solemnidad.....
Ramiro. ¿Cómo—sólo en un etíope
cabe tal inocentada—
sin parecernos en nada
me tomó usted por.....
Marq. Soy míope.
Y hoy.....—tal vez será un mareo,
ó que están los nervios flojos—
no sé qué siento en los ojos,
que apénas los bultos veo.
Ramiro. [*Con malicia.*]
Ha almorzado usted?
Marq. Ó escasa
es la luz, ó no estarán

los lentes muy.....

[*Saca el pañuelo y hace ademan de quitarse los anteojos para limpiarlos.*]

Voto á san!....
Me los he dejado en casa.

Ramiro. Pche!....
Marq. Distraccion.
Carol. (Badulaque!)
Marq. Las suelo tener mayores.
Todos los grandes señores
padecemos este achaque.
Esto no es decir que yo
me desvanezca y me engría
con la alta categoría
á que pertenezco, no;
al contrario, singular
en todo.....
Carol. Oh! sí.
Ramiro. (Monigote!)
Marq. Nada tengo de quijote
y mucho de popular.
No gusto yo, verbigracia,
de briosos palafrenes
y el lujo, el fausto, los trenes
que ostenta la aristocracia.
Desdeño de buena fe
todo ese inútil boato,
y, como aquel caricato....,
me ne vado sempre á piè.

Ramiro. [*Aparte con Carolina.*]

Si no tiene el pobreton
sobre qué caerse muerto,
¿qué milagro.....
Carol. Eh! me divierto
con su gentil *sans-façon.*
Marq. Hablo con exactitud.
Juro al apóstol Santiago
que, aunque ustedes digan que hago
de necesidad virtud.,...
Carol. No tal.....
Marq. Aunque mi caudal
han mermado las estafas.....
Pero el diantre de las gafas.....
Sin ellas estoy muy mal.—
Haré que vaya un sirviente.....
Carol. Qué veo!
Marq. Aunque sude el hopo.....
Carol. No!

[*Santiguándose.*]

Jesus!....
Marq. ¿Qué...
Carol. ¡Alma de chopo,
las lleva usted en la frente!

Marq. [*Tentándosela y poniendo luégo en su lugar los anteojos.*]

Cierto, sí. Humana miseria!
Me las alcé—vaya un lance!—
para leer el alcance
que ha publicado *La Iberia.*
Al entrar en el portal
me lo ha prestado Samper,
y me alegro de saber.....
Carol. Qué hay?
Marq. Crísis ministerial.—
Salió papá?
Carol. Sí.
Marq. Dijo algo?
Carol. No.
Marq. Habrá ido al ministerio.....
Carol. Sin duda.
Marq. El asunto es serio.
Voy corriendo como un galgo.....
Pronto seré sabedor
de quién cesa y quién no cesa.....
Adios, próxima marquesa!
Primo en cierne..... servidor!

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Oh! ¿y con ese botarate
te has de casar, Carolina?
Carol. Qué he de hacer? Papá se obstina...
Ramiro. No. Qué oprobio! qué dislate!
Carol. No quiero á ese mamarracho
y odio á su competidor;
pero si.....

Criado. [*Á la puerta del foro.*]

El procurador.....
Ramiro. Bien; voy... Que éntre en mi despacho.

[*Vase el Criado.*]

Ántes que uno ú otro apunte
venzan, prima, tu desden,
debes dar tu mano.....
Carol. Á quién?
Á cualquiera transeunte?
Ramiro. No; pero me llega al alma
que no haya, siendo quien eres,
otro más digno.....
Carol. ¡Y prefieres.....
Ramiro. Qué?
Carol. Que me entierren con palma!
Ramiro. No; mi egoismo no es tal.....
Es decir.....
Carol. (Ni á hablar acierta.)
Ramiro. Ánimo! Si sale cierta
la crísis ministerial,
uno de tus dos amantes
no sostendrá la campaña,
y al otro, con tiempo y maña.....
Carol. Sí. Acude á tus litigantes.
Ramiro. De tu aversion participo.....
Carol. Bien, sí.
Ramiro. Y juro al Ser Supremo
que, temprano ó tarde, quemo
mis libros, ó te emancipo.

ESCENA VI.

CAROLINA.

Si no me ama, no se alarme
tanto por mí; que es capricho
muy singular... ¿Quién le ha dicho
que yo quiero emanciparme?—
Con frecuencia los diarios
de una y otra cofradía
combaten la teoría
de los hombres necesarios.
Yo, siguiendo otro sistema,
de uno solo mi remedio
aguardo...., y de medio á medio
me ha cogido el anatema.
Pero ese único mortal
que miro con simpatía,
ese único á quien yo haria
mi ministro universal,
no advierte que así discurro,
aunque harto lo manifiesto,
por demasiado modesto.....
ó demasiado cazurro.
Dudo..... espero..... Qué agonía!
Si hablo, mal; peor si callo;
y con dos crísis batallo,
la de mi padre y la mia.
Papá el timon de la nave
deja..... quizá sin dolor;
yo me abraso en ciego amor.....
Cuál es la crísis más grave?
La mia, dirá cualquiera,
la mia, si echa de ver
lo que va de hombre á mujer
y de un alma á una cartera.—
Mas si á don Fulgencio espanto
y del Marqués me redimo
con ayuda de mi primo,
del mal el ménos!—En tanto,
diré, parodiando aquí
un dicho, célebre ya:
¡Salve Dios á mi papá.....
y no se olvide de mí!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

CAROLINA. D. GABRIEL. D. FULGENCIO.

[*Aparecen sentados: á la derecha D. Gabriel y D. Fulgencio, y á la izquierda Carolina bordando.*]

Fulg. Conque es verdad?
Gabriel. Sí, señor.
He sometido al Consejo
de ministros las medidas
sin las cuales no podremos
conjurar la bancarrota
y galvanizar el crédito;
pero de ocho votos cinco
desaprueban mi proyecto.
Siendo tal el resultado,
ya ve usted que.....
Fulg. Sí; ya infiero...
Gabriel. Que no puedo con decoro
seguir en el Ministerio.
Fulg. Sí, en cierto modo, es verdad;
mas puede darse otro sesgo
al asunto. No es prudente
sostener á sangre y fuego
esa firmeza espartana,
sublime, que yo venero;
pero estéril y tal vez
peligrosa en estos tiempos.
Combatido el Gabinete
por contrarios elementos,
sólo puede conservarse
con cierto equilibrio, cierto.....
Gabriel. No entiendo yo, señor mio,
de equilibrios y escarceos.
Cuando la dolencia es grave,
la lanceta y el cauterio,
no emplastos madurativos,
han de curar al enfermo.
Fulg. Ya; pero peor que el mal
pudiera ser el remedio.
Qué diantre! ¡Ahora una crísis,
cuando bogaba con viento
en popa la situacion,
y yo esperaba.....
Carol. (Un empleo!)
Gabriel. Ah, cómo se engaña usted!
Aunque al parecer sereno
nuestro Olimpo artificial,
el nublado no está léjos.
Fulg. Cuando leí la funesta
noticia en un suplemento,
paparrucha! dije yo
para mí. Soñaba el ciego.....
Gabriel. No es sólo á la oposicion
aplicable ese proverbio.
Fulg. Como cada dia cunden
esos rumores siniestros,
y salen falsos.....
Gabriel. Pues siempre
tienen algun fundamento.
Lo normal en este siglo
es no vivir con sosiego,
y aunque otra cosa sostenga

la comedia de don Pedro
Calderon, acá en España
«siempre lo peor es cierto.»

Carol. (Tiene razon!)

Gabriel. No lo digo
por mí, que sin pena dejo
el mando.....

Fulg. (Eso dicen todos!)

Gabriel. Y más gano yo que pierdo
con retirarme á la vida
privada.

Carol. (Es verdad!)

Fulg. Lo creo.
No obstante, el hombre de estado
no puede obrar de ligero.....

Gabriel. Cómo! yo.....

Fulg. Quiero decir
que hay vínculos y respetos
de que no puede en conciencia
prescindir.

Gabriel. Vamos con tiento.
Para juzgar de la mia
sólo Dios tiene derecho.

Fulg. Moralmente hablando, otorgo;
políticamente, niego.

Carol. (Calle! ¿conque hay dos conciencias,
la moral y..... No lo entiendo.)

Gabriel. Con argucias escolásticas
no probará usted.....

Fulg. Sí pruebo.
Usted no se pertenece
á sí mismo.

Gabriel. ¿Soy yo siervo
de álguien?

Fulg. Sí, de la opinion
pública; del Parlamento.

Gabriel. Bah, bah! Sobre esa materia
mucho hay que hablar, don Fulgencio.

Fulg. El Ministerio tenía
mayoría en el Congreso.

Gabriel. Poco segura; y mis planes
no son para ella un misterio.

Fulg. Ántes de dar ese paso,
que puede comprometernos,
usted debió consultar
á los prohombres del gremio.

Gabriel. Basta. Á los piés de la Reina
ya mi dimision he puesto.

Fulg. Tan pronto!

Gabriel. Y esta disputa
es ociosa: á lo hecho, pecho.
Á la Reina y al país,
no á los disidentes, debo
responder de mi conducta,
y si usted es uno de ellos.....

Fulg. (Transijamos.) No, señor.
Siempre he sido fiel adepto
de usted, y á capa y espada
le he defendido y defiendo.
Si por mi amor al bien público
he sido un tanto severo,
perdone usted, don Gabriel:
me desdigo y me arrepiento.

Carol. (Oh!....)

Fulg. Es tanta la autoridad
de usted, y de tanto peso
sus observaciones.....

Gabriel. Pche!

Fulg. Que con ellas me convenzo.
Pero aun podrá conjurarse
la tormenta.....

Gabriel. No lo espero.

Fulg. Acaso usted, como á mí,
persuada á sus compañeros.

Gabriel. Yo he dicho ya mi *ultimátum.*

Fulg. Ellos quizá no.

Criado. [*Desde la puerta.*] Este pliego.

Gabriel. [*Toma el pliego, lo abre y lo lee para sí.*]
Dame.

Carol. (Qué será?)

Fulg. Es sin duda
del Presidente..... Apostemos
á que.....

Gabriel. No. Su Majestad
me llama.—El coche al momento.

[*Se levanta y toma el sombrero: Don Fulgencio se levanta tambien: el Criado se retira.*]

Fulg. Ah! para encargar á usted
sin duda que forme nuevo
Gabinete. En ese caso
yo me brindo.....

Carol. (Ay Dios eterno!)

Gabriel. No sé.....

Carol. (Es capaz de pedirle
la cartera de Fomento.)

Gabriel. Lo más probable es que admita
mi dimision.

Fulg. (Ah! lo temo.)
Aun siendo así, que lo dudo,
largo será el interregno,
y podrá usted hacer algo
por sus amigos y deudos.

Gabriel. Qué he de hacer? ¿Cómo...

Fulg. Yo aspiro...

Carol. (Pues! Ya ha parecido aquello.)

Gabriel. Á qué?

Fulg. Ya lo sabe usted:
á la honra de ser su yerno.

Gabriel. Es que yo.....

Fulg. Esa circunstancia
plausible, unida á mis méritos.....

Gabriel. (Cuáles?)

Fulg. Me alienta á pedir.....
No es mucho lo que pretendo.

Gabriel. Qué?

Fulg. Una plaza de ministro.....
No en España: en otro reino.

Gabriel. No hay vacante.

Fulg. Eso, ¿qué importa?
se hace una.....

Carol. (Pues!)

Fulg. Y *laus Deo.*

Gabriel. Ni es ese mi ramo, ni.....
Fulg. Si el óbice está en el sueldo,
con que me hagan senador
me daré por satisfecho.
Gabriel. Eh?
Carol. (Seráfica modestia!)
Fulg. Á ese honorífico premio
puedo optar.....
Gabriel. Pero.....
Fulg. Y con él
no gravaré el presupuesto.
Gabriel. Son tantos los senadores,
aunque todos beneméritos,
que para uno más tal vez
no hay ya en la cámara asiento.
Y en suma, ¿qué facultad
tengo yo, que ya soy cero,
para conferir destinos?
Fulg. Qué, no hará usted testamento?
Gabriel. No, señor.
Fulg. Ejemplos hay.....
Gabriel. No sigo tales ejemplos.
No tengo la gracia yo
de testar despues de muerto.
Fulg. Si es usted tan nímio.....
Criado. [*A la puerta.*] El coche.

[*Se retira.*]

Gabriel. Cada cual tiene su genio.....
Pero consuélese usted.
Puede que los cinco miembros
que han votado contra mí
formen otro ministerio,
y entónces usted, que invoca
y ensalza los privilegios
de la mayoría, acaso,
sin que á mí me zumbe el pueblo,
logre que refrende un *vivo*
el suspirado decreto.

[*Hace una salutacion muda y vase.*]

ESCENA II.

CAROLINA. D. FULGENCIO.

Fulg. [*Acercándose á Carolina.*]

Pasmado estoy..... ¿Es quizá
cómplice mi dulce bien
del impensado desden
con que me trata el papá?
Carol. No me incumbe esa cuestion.
¿Qué entiendo yo de política,
y si es crítica ó no es crítica
la presente situacion?
Fulg. Yo conté con el apoyo
de la que es su hija y mi dama.
Carolina, usted no me ama!
usted quiere echarme al hoyo!
Carol. Eso, no.
Fulg. Nunca creí,
ciego en mi pasion ardiente,
que á usted fuera indiferente
lo que me interesa á mí.
Carol. Yo..... (No sé cómo dorarle
la píldora.) Yo.....
Fulg. Cruel!
Carol. (Monosílabos en él
y dejémosle que charle.)
Yo..... Sí.....
Fulg. Ingrata! ¿Para qué
pedia yo con urgencia
la.....
Carol. Sí.
Fulg. La plenipotencia
de Prusia ó de Lóndres.....
Carol. Pche!....
Fulg. Para que tú te lucieras
con tan alta investidura
y admirasen tu hermosura
en las córtes extranjeras.
Carol. Ah!.... Oh!....
Fulg. Al firmamento azul
lo juro; sólo por ti
al exministro pedí
la noble silla curul.
Carol. Sí?
Fulg. Sí, mi gloria, mi sol.
Carol. ¡No habria mal alboroto
si me dieran voz y voto
en el Senado español!
Fulg. No es eso: es que los deberes
de los cargos distinguidos
atañen á los maridos
y su brillo á las mujeres.
Es que (recobrar anhelo
con mi labia el ascendiente)
ver quisiera yo en tu frente
todos los astros del cielo.
Carol. (Jesus!....)
Fulg. Y que maravilla
fueras de esta villa y corte
al mostrar yo tal consorte
en la corte y en la villa.
Carol. [*Bostezando.*]

Ah.....
Fulg. Mi dichoso himeneo.....
Carol. (Ya que es inútil mi ardid,
con permiso de Madrid
pediré auxilio á Morfeo.)

[*Finge dormirse.*]

Fulg. (No me atiende! ¿Es que medita
alguna frívola excusa,
ó su conciencia la acusa.....

[*Acercándose más.*]

Se ha dormido!)

[*Alzando la voz.*]

Señorita!
Carol. [*Fingiendo despertar.*]

Ah!
Fulg. Soy yo algun estafermo?

Carol. Nada de eso.
Fulg. Un maniquí?
Carol. No.
Fulg. Usted se burla de mí.
Carol. No me burlo; es que.... me duermo.
(Gozo en abatir su orgullo.)
Es tanto lo que me embarga,
me subyuga y me aletarga
de esa elocuencia el arrullo,
que he dado una cabezada.....
Fulg. Qué escucho! (Mujer traidora!)
Carol. Perdon! Yo.....
Fulg. ¡Salirme ahora
con semejante embajada!
Carol. Algo pesada es la broma,
porque.....
Fulg. Es una felonía.
Carol. Porque usted preferiria
la de París...., la de Roma.
Fulg. Oh!....
Carol. Pero no están vacantes.
Fulg. Hum!....
Carol. Y ni yo ni papá
podríamos darlas ya.
Fulg. ¡Voto á.....
Carol. Ya ve usted, cesantes!...
Fulg. ¿Por qué esa boca perjura
pronunció el plácido sí
que ahora.....
Carol. [*Levantándose.*]
Es verdad, le di
en un rapto de locura;
pero no le he confirmado,
y ántes mi fisonomía
ha dado á usted cada dia
más muestras de desagrado.—
Y el sí fué condicional.
Fulg. Condicional! (Pierdo el juicio.)
Carol. Quiero decir, sin perjuicio
de la obediencia filial.
Ahora bien, de la reyerta
que ha tenido usted aquí
con mi papá infiero.....
Fulg. Sí;
que debo tomar la puerta.
Carol. No tanto; pero el más lerdo
dirá que no le está bien
otorgar mi mano á quien
con él está en desacuerdo.
Ya ve usted que—Dios lo quiso
por el bien de ambos quizá—
el disenso de papá
me absuelve del compromiso.
Fulg. No espere usted..... (¡todas son
lo mismo!) que yo me aflija
por.....
Carol. En suma, padre é hija
hemos hecho dimision.
Fulg. Bien está: yo lo celebro.
No tema usted que mi labio,
del cual sin pena (yo rabio)
ha oido más de un requiebro,
en injurias se desate
contra la bella voltaria
que hoy me trata como á un pária,
y ayer.....
Carol. Yo no.....
Fulg. Disparate!
Tal proceder es anexo
á un enemigo con faldas,
y no es mengua hacer espaldas
á la inmunidad del sexo.—
Pero el señor don Gabriel.....
Carol. ¿Qué.....
Fulg. Llorará su desvío;
yo se lo juro.
Carol. Ay, Dios mio!
Se batirá usted con él?
Fulg. No. Pasa de los sesenta.....
Carol. Los cumplió por Navidad.....
Fulg. Y esa es otra inmunidad
que debo tener en cuenta.
Pero, pues la imprenta es libre,
pronto verá el insolente
que no se aja impunemente
á un hombre de mi calibre.
Ya su bandera no sigo,
y él verá.....
Carol. Qué? Me consterno.
Fulg. Que si malo para yerno
soy peor para enemigo.
Carol. Qué hará usted?
Fulg. Mi saña inmensa
le perseguirá importuna
con la voz en la tribuna
y con la pluma en la prensa.
Carol. Ay! no. Embote usted los filos
á esa arma terrible, aciaga.
(Si otro riesgo no le amaga,
podemos dormir tranquilos.)
Fulg. Y no dirá Su Excelencia,
aunque de estoico presuma,
que le divierte mi pluma
y le arrulla mi elocuencia.

ESCENA III.

CAROLINA.

Hable y haga lo que quiera.
Ménos su impotente cólera
temo yo, que me enfadaban
sus galantes paradojas,
y no hará en el limpio nombre
de papá mella ni sombra
un hombre cuyo descrédito
y nulidad nadie ignora.
Mi primo, que le aborrece,
celebrará su derrota
tanto como yo.

[*Á la puerta de la izquierda.*]

Ramiro!
Á ver si se anima ahora....

ESCENA IV.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Me llamabas?
Carol. Dame albricias.
Ya don Fulgencio abandona
el campo.
Ramiro. Bien! bien!
Carol. La crísis
me ha librado de ese posma.
Ramiro. Lo esperaba.
Carol. No pudiendo
su impertinente retórica
recabar de mi buen padre
que conserve la poltrona,
le pidió una credencial
extemporánea.....
Ramiro. Sí; póstuma.
Carol. Y papá se la negó.
Ramiro. Bravo! Ya contra ese cócora
le habia yo hablado al alma.
Carol. Sí? De su soñada novia
espera mejor despacho;
suspira, ruega, perora;
mas tan feliz coyuntura
yo aprovecho, y entre bromas
y véras al alto honor
renuncio de ser su esposa.
Despedido de hija y padre,
en fin, con toda la pompa
de la ignominia, convierte
en denuestos las lisonjas,
y sin poder reprimir
el pesar que le devora,
se larga con viento fresco
cantando la palinodia.
Ramiro. Carolina, yo te doy
mi enhorabuena con toda
el alma.
Carol. Gracias, Ramiro.
Ramiro. Hombres de tanta bambolla
no pueden tener amor
sino á su misma persona.
Carol. Cierto.
Ramiro. Más mereces tú.
Carol. De véras?
Ramiro. Ah! sí. Esa boda
habria de ser infausta
para ti.
Carol. ....Para mí sola?
Ramiro. Tambien... (¿Qué iba yo á decir!)
Tambien.....
Carol. Dilo. (No habrá forma
de hacerle espontanearse.)
Ramiro. Para el tio. Eres su joya
de más precio.....
Carol. (¡Qué salida
de pavana!)
Ramiro. Y sin zozobra
no veria á su hija única
víctima de un.....
Carol. (Me sofoca.)
En fin, libre de tal riesgo
ya estoy, y eso es lo que importa.
Ahora falta que tambien
me deje en paz el carcoma
del Marqués.
Ramiro. Harto será,
si obtenemos una próroga,
que él mismo no dé ocasion
para.....

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

Marq. *Eccomi qua*, paloma!
¿Conque en efecto papá
pertenece ya á la nómina
de los excedentes?
Carol. Sí.
Marq. Y siguen la misma norma,
segun cuentan, otros dos
cómplices.
Carol. Eh?
Marq. Digo, *cólegas*.
Ramiro. Hum! *colégas*.
Marq. Qué más da?
Lo esencial no es la prosodia,
sino el hecho. Don Gabriel,
que á mi amistad oficiosa
nada oculta, me dirá
si es parcial ó no en la órbita
ministerial el eclipse
que de cien maneras glosan
los noticieros.
Carol. Papa
ha salido.
Marq. ¡Es fuerte cosa
no poder hoy darle caza.....
Pues, querida, ya se nota
en las veletas políticas
la mudanza de la atmósfera.
El famoso don Fulgencio—
lo sé de su misma boca—
con armas y con bagajes
se va á pasar—qué deshonra!—
á la oposicion.
Carol. Bien hecho.
Marq. Y ya á los suyos convoca.
Ramiro. Son muchos?
Marq. Cuatro amigotes
que con él comen y votan.
Ramiro. Terrible falange!
Marq. Ya
pide la palabra en contra,
y aun no se ha abierto la cámara.
Como no ignoro qué mosca
le ha picado y le conozco,
su conducta no me asombra.

Yo, á fuer de amigo constante
y yerno á prueba de bomba,
en defender al caido
fundo mi gozo y mi gloria.

Carol. Oh energía! ¡oh.....

Marq. Voy volando,
aunque sude cada gota
como el puño, á trabajar,
á inquirir..... Adios, hermosa!

Carol. Buen viaje!

Ramiro. (Títere!)

Marq. ¡Guerra
de exterminio á los apóstatas!

ESCENA VI.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Él lo sería tambien,
aunque su lealtad encomia,
si tu padre, como á ser
ministro de la corona,
á las fincas renunciase
y á las rentas de que goza.
¡Ay, todo es en este mundo
mentira, farsa, tramoya!

Carol. Oh! sí, y tus declamaciones
me van ya haciendo filósofa.

Ramiro. Te burlas?

Carol. Poco me falta
para renunciar á modas
y tertulias y teatros
y retirarme á una choza.....

Ramiro. ¿Qué oigo! ¡Tú.....

Carol. Mas sabe Dios
las hablillas maliciosas
á que daria lugar
resolucion tan heroica.
No; el claustro más bien... Qué opinas?
Haria yo buena monja?

Ramiro. ¡Por Dios, Carolina..... Yo.....
Esa pregunta es capciosa,
y yo ni puedo.....

Criado. [*Llega con una carta, la entrega á Carolina y vase.*]
Esta carta.....

Ramiro. Ni debo.....

Carol. Es de Barcelona.
Será de mi buena amiga.....
Sí, sí, la letra es de Antonia.....
Voy con tu permiso..... Quiero
contestarla sin demora.

[*Yéndose.*]

(Llega á buen tiempo; que crece
por momentos mi congoja,
y aunque el alma lo desea,
tiemblo ya de hablarle á solas.)

ESCENA VII.

D. RAMIRO.

No sé qué va á ser de mí
si un dia más se prolonga
el insufrible tormento
que el corazon me destroza.
Ya me halaga una esperanza
tan dulce como ilusoria;
ya en perspectiva el temor
de un desaire me sonroja;
y si el desaire me aterra
me avergüenza la victoria.
¿Por qué he vuelto yo á Madrid,
Carolina, si esta loca
pasion no acierto á vencer;
y nunca avenirse logran
con la razon que me arredra
el instinto que te adora?—
Fuerza será.....

Catuja. [*A la puerta del foro.*] ¿Es el señor
don Ramiro Sanz de Morla
á quien.....

Ramiro. Servidor de usted.

Catuja. Gracias.....

Ramiro. Pase usted, señora.

ESCENA VIII.

D. RAMIRO. CATUJA.

Catuja. Vengo á implorar el favor
de usted..... Pero tengo miedo
de incomodar....

Ramiro. No... ¿En qué puedo
servir á usted?

Catuja. Mi rubor.....

Ramiro. (Qué querrá?)

Catuja. Tengo hambre y sed
de justicia.

Ramiro. Eso no es raro.

Catuja. Y solicito el amparo
de usted.....

Ramiro. Bien. Siéntese usted.....

Catuja. Gracias.

[*Se sienta.*]

Ramiro. Y diga el asunto.....

Catuja. Ay, Dios! Yo, señor de Morla,
soy natural de Cazorla.....

Ramiro. Bien; eso.....

Catuja. Hija del difunto.....

Ramiro. Hable usted con laconismo,
le ruego, y si la cuestion
no es saber su filiacion
y su pila de bautismo.....

Catuja. Es verdad: á mi derecho
nada concede ni niega
ser yo andaluza ó gallega;
pero.....

Ramiro. Bien; vamos al hecho.

Catuja. Ayer llegó á mis oidos
que funda usted su delicia
en administrar justicia
á los pobres desvalidos.
Ramiro. No soy juez, sino abogado,
y no siempre me deleito.....
Vaya, sobre qué es el pleito?
Catuja. Ay! sobre un desaguisado.....
Ramiro. Cómo!
Catuja. Yo..... Infeliz mujer!....
Fuí..... Me da tanta vergüenza.....
Ramiro. Preciso es que usted la venza
si nos hemos de entender.
Catuja. Ay! sí. Pues, señor, yo fuí
doncella.....
Ramiro. (Fuí!)
Catuja. De labor
en una casa de honor.....
Miento; que en ella perdí.....
Ah!....

[*Se cubre la cara con las manos.*]

Ramiro. Entiendo.
Catuja. Enorme delito!
Cruel traicion!
Ramiro. Vamos, hija,
no llore usted, no se aflija.
Quién fué el reo?
Catuja. El señorito.
Ramiro. Lo de siempre. Es mucho cuento!...
Pero ese llanto.....
Catuja. Ay, señor!
Lloro su infamia y mi error,
su perjurio y mi escarmiento.
Mi resistencia fué larga,
pero aun más su obstinacion.
La ocasion hace el ladron.....
Ramiro. Sí.
Catuja. Pues, y el diablo las carga.
Ramiro. Ya.
Catuja. Pero ántes, y Nemesia
la nodriza fué testigo,
juró casarse conmigo
por delante de la iglesia.—
¡Y apénas pasó un trimestre,
dejándome un corto auxilio
huyó de su domicilio!
Qué conducta tan silvestre!
Ramiro. Y no dijo adónde fué?
Catuja. No! Y para mayor quebranto—
otra vez me ahoga el llanto—
blanco de su mala fe
que todas las leyes huella,
ay, mísera! tal me vi,
que de la casa me fuí.....
ántes que me echasen de ella.
Ramiro. (Infeliz!...) ¡Hubo pues... vástago...
Catuja. Ay! Sí, señor. Nueva cruz
que Dios quiso..... Le di á luz
en otro lugar...., en Sástago.
Ramiro. Siendo madre...
Catuja. Ay!
Ramiro. Ese mérito
se hará en los autos valer.....
Catuja. Lo fuí!
Ramiro. (Diantre de mujer!
Todo es en ella pretérito.)
Catuja. Bello era como un Narciso;
pero, ay! al octavo dia
Dios le dió una alferecía
que le llevó al Paraíso.—
Viendo yo cercano el fin
de mis menguados ahorros
y sin recibir socorros
de aquel hombre aleve y ruin,
con mi luto y mi mancilla
me dirigí—suerte fiera!—
en asiento de tercera
á esta coronada villa,
donde sin soltar—qué afan!—
ya la plancha, ya la aguja,
la aperreada Catuja
gana un pedazo de pan.
Ramiro. Bien; se entablará el litigio.....
Catuja. Eso, eso! ¡y guerra perene.....
Ramiro. Y espero..... Mi nombre tiene
en el foro algun prestigio,
y si hay alguna probanza
escrita, es casi seguro.....
Catuja. Firmar no quiso el perjuro
la cédula de ordenanza;
mas si el tribunal da fe
á la nodriza de márras,
que ahora está en las Alpujarras...
Ramiro. (Échale un galgo!) No sé.....
Catuja. Pero amén de eso, el traidor,
durante una breve ausencia,
cartas me escribió en Valencia
jurándome eterno amor.
Ramiro. Eso no valdrá gran cosa
si sólo contienen bellas
frases.....
Catuja. Sí; que en una de ellas
me llama adorada esposa.
Ramiro. Ah!
Catuja. Tres cartas y un testigo.....
Ramiro. Bien; las leeré sin demora.
Démelas usted, señora.
Catuja. Ay! no las traigo conmigo.
Como no puedo, ay de mí!
pagar los emolumentos.....
Ramiro. Eh!—Qué hago sin documentos?
Catuja. Dudé.....
Ramiro. Quién se viene así?
Catuja. Como un pobre siempre piensa
lo peor.....
Ramiro. Sólo por eso
merece usted.....
Catuja. Yo confieso.....
Ramiro. Que le niegue mi defensa.
Catuja. Ay Dios!
Ramiro. La acepto, no obstante...
Catuja. Bendigo al Supremo Ser
que me.....
Ramiro. Y poco he de poder
ó la saco á usted triunfante.

Catuja. Tanta dicha... Ah! yo me atonto....
yo me.....
Ramiro. Bien: quiero ver hoy
las cartas: vaya usted.....
Catuja. Voy.....
Ramiro. Y vuelva con ellas pronto.
Catuja. Pero ántes, esta mezquina
merezca besar los piés.....

[*Se arrodilla y Ramiro la obliga á levantarse.*]

Ramiro. Eh! no: ni ántes ni despues.....
Alce usted!....

ESCENA IX.

CATUJA. D. RAMIRO. CAROLINA.

Carol. Ah!
Ramiro. [*Para sí.*] Carolina!
Carol. ¿Quién es.....
Catuja. Beso á usted la mano,
señorita.
Carol. Servidora.
No conozco á usted, señora.
Catuja. Tampoco yo á usted: es llano.
Nunca hasta ahora mi pié
tuvo el honor.....
Carol. Soy discreta.....
Ramiro. Ha venido.....
Carol. Y si es secreta
la sesion.....
Ramiro. [*Sonriéndose.*] Oh! sí.....
Carol. Me iré.....
Ramiro. No te vayas, ó me ofendo.
La jóven que está delante
es.....
Carol. Ya; alguna litigante.....
Catuja. Claro está.
Ramiro. Y yo la defiendo.
Carol. Como la vi de rodillas.....
Ramiro. Si ella tomó esa actitud,
no fué....,
Catuja. Fué por gratitud.
(Los celos la hacen cosquillas.)
Ramiro. Constante en mi vocacion.....
Carol. Sí.
Ramiro. Bien puedo sin pecar
á una cuitada amparar
que me pide proteccion.
Catuja. No ha habido en mi accion sincera
estudiada escaramuza.
Porque una sea andaluza
¿ha de ser carantoñera?
Carol. Quién dice tal cosa? oh! ¿quién.....
De Cádiz ó de Granada?
Catuja. No; nacida y bautizada
en el reino de Jaen.
Carol. Basta. (Ya mi error advierto.)

[*Á D. Ramiro.*]

Chanza ha sido: no te enfades.

Catuja. Ay! tras de mil tempestades
su caridad es mi puerto,
y si con ella me exalta,
¿es justo que se me tilde
porque suplo con lo humilde
lo que de rica me falta?
Carol. Bien!

[*Á Ramiro.*]

Lindamente se explica.
Catuja. ¿Yo... ay Dios!..
Carol. Por qué ese suspiro?
Catuja. Lindezas!....
Carol. ¿Sabes, Ramiro,
que es muy graciosa esta chica?
Catuja. Quizá algun dia lo fuí,
mas ya aquel viento no sopla.
Ay! bien dice aquella copla:
«Aprended, flores de mí.....»
Carol. No más. Ya, como él, ampara
á usted.....
Catuja. Quién?
Carol. Mi corazon.
¿Qué más recomendacion
que ese llanto y esa cara?
Catuja. Madre de Dios!.... Tanto agrado
me confunde y me avergüenza;
mas ya á respirar comienza
mi corazon angustiado.
Dios me cerró otros caminos
y me abre el que me conviene;
el de esta casa, que tiene
ángeles por inquilinos.
Carol. Qué opinas de ese vocablo?
Ramiro. Que es de molde para ti.....
Catuja. Muchito!
Ramiro. Mas para mí,
no.....
Catuja. Sí tal: con los dos hablo.
¿Quién será el que no se rinda,
áun siendo de mármol frio,
á dama de tanto brio
y tan amable y tan linda?
Carol. / *Ramiro.* (Ah!....)
Catuja. Pues el señor de Morla,
mi buen amigo, no es barro.
¡Vaya si estará bizarro
con la muceta y la borla!
Ramiro. Eh! basta ya..... (Me atormenta.)
Catuja. No se haga usted el candongo.....

[*Á Carolina.*]

Lo digo porque supongo.....
Carol. Qué?
Catuja. Que es usted su parienta.
Carol. Su parienta!
Ramiro. (Se me acaba
la paciencia.)
Catuja. Pues; su esposa.
Ramiro. [*Con enfado.*]
Perdone usted; no hay tal cosa.

Carol. (Se irrita!)
Ramiro. (Esto me faltaba!)
Catuja. No? Bien; es cuestion de nombre.
Si hoy lo impide algun obstáculo,
mañana quizá.....
Carol. (Otro oráculo
que echa en saco roto. Qué hombre!)
Catuja. [*Á Carolina.*]
Eh? Corta será la tregua,
porque novios, claro está
que lo son ustedes.
Carol. (Ah!)
Catuja. Eso se conoce á legua.
Ramiro. Perdona su indiscrecion.
Carol. (Mayor es tu impertinencia.)
Ramiro. ¿Quién le ha dado á usted licencia
para esa pesquisicion?
Primos somos, nada más.
Catuja. Toma! ¡Como de esos primos
se quieren, y se hacen mimos,
y.....
Ramiro. (Está dada á Barrabas!)
Carol. No; somos primos..... á secas.
Mi novio él? Ni por asomo.
Catuja. Creí que..... Tan cerca.....
Carol. Como
si estuviese en las Batuecas.
Ramiro. [*Á Carolina con ternura.*]
Carolina!.... (Ansias crueles
me hace pasar.)
[*Á Catuja bruscamente.*]
Basta ya!
Catuja. Si.....
Ramiro. ¿Qué hace usted que no va
á traerme esos papeles?
Catuja. Yo.....
Ramiro. Vaya sin dilacion
á lo que le tiene cuenta
y no se meta en la renta
del excusado.
Catuja. Perdon!
[*Á Carolina.*]
¿Le he llamado yo tahur,
ó judío, ó cosa así
para.....
Ramiro. Áun está usted aquí?
Catuja. Jesus!.... Vaya,.... abur.
Carol. [*Con bondad.*] } Abur.
Ramiro. [*Con despego.*] }

ESCENA X.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Al fin.....
Carol. Señor don Ramiro,
muy primo mio y señor,
hoy está usted insufrible.
Ramiro. Pues ¿en qué he faltado yo?....
Carol. Su austera filosofía
tiene ya más de un bemol,
y de indulgente me paso
cuando tal nombre le doy.
Ramiro. Carolina!....
Carol. Con licencia
de usted, creo que un doctor.....
Ramiro. Oye.....
Carol. No está dispensado
de tener educacion.
Ramiro. No; pero..... por qué lo dices?
Carol. Porque fastidiada estoy
de tus melindres.
Ramiro. Melindres!
Carol. ¿Es algun crímen feroz
suponer que casto yugo
nos haya unido á los dos?
Ramiro. No, pero es mucha osadía.....
Carol. ¿Por qué con tanto rigor
tratar á la desdichada
que hizo tal suposicion?
Ramiro. Muy brusco he sido con ella,
mas ¿qué quieres! Me irritó
con tantas bachillerías;—
y mi acerba reprension
te prueba que no la miro
con amor.....
Carol. Usted amor!
No es capaz una alma grande
de tanta degradacion.
Ramiro. ¡Por Dios, no aumentes mi angustia
con tus sarcasmos! ¡Por Dios.....
Carol. Ni puede á tal arrapiezo
arriar su pabellon
quien tan alto le mantiene
ante las damas de honor.
Ramiro. Con cada acento disparas
un dardo á mi corazon.
Carol. No abogo por la infeliz
que tu saña provocó,
sino por mí propia; mia,
que no de ella, es la cuestion.
¿Por qué, siendo caballero
y caballero español,
la sandez, que en mis oidos
sin escándalo sonó,
en los de usted fué blasfemia
que merece excomunion?
¿Hay en mí tan poco mérito
ó tanta arrogancia en vos,
que calificais de absurda
nuestra imaginada union?
Ramiro. No eres justa ni conmigo
ni contigo misma, no,
dando, prima, á mi conducta
tan falsa interpretacion.
Ni hay tal arrogancia en mí
ni bajo el disco del sol
mujer más digna que tú
de lauro y admiracion;
mas yo no puedo olvidarme

de quien eres y quién soy.
Carol. Yo, una mujer: claro está;
y tú.....
Ramiro. Yo.....
Carol. Un santo varon.....
por no decir otra cosa.
Ramiro. Un ente...—habla sin temor—
raro, insociable.....
Carol. [*Muy irritada.*] Oh! sí, sí.
Ramiro. (Prefiero su indignacion
á su desprecio.) Aborréceme,
pues tanto enojo te doy.
Carol. (Fuerza será.)
Ramiro. Pero.....
Carol. Basta!
Qué enfadosa discusion!
Ramiro. Me iré.....
Carol. Nadie te echa; pero.....
Marq. (Por qué riñen?) Con permiso.....
Carol. Eh!
Ramiro. Bah!
Marq. Vengo del salon.....
Carol. No queremos saber nada.
Marq. (Qué desdeñosa está hoy!)

[*Á D. Ramiro.*]

Mi rival.....
Ramiro. Cállese el necio!

[*Vase por la puerta de la izquierda.*]

Marq. [*Á Carolina.*]

Prenda!....
Carol. Váyase el moscon!

[*Vase por la puerta de la derecha.*]

ESCENA XI.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

[*Siguen disputando Carolina y D. Ramiro sin cuidarse del nuevo interlocutor.*]

Ramiro. Sí, eso será lo mejor.
Carol. (Tal vez!)
Marq. Bella Carolina.....
(Disputan!...) Corre la voz.....
Carol. Mas si tal es tu deseo.....
Ramiro. Deseo no; obligacion.
Marq. Vengo.....
Carol. [*Al Marqués con despego.*]

Eh!
Marq. Caballero.....
Ramiro. [*Como Carolina.*] Bah!
Carol. [*Á Ramiro.*]

Vete bendito de Dios.

ESCENA XII.

EL MARQUÉS.

Ó hay aquí gato encerrado
ó locos están los dos.
Que calle y me vaya! ¿Así
se trata á un hombre de pro?

[*Haciendo sonar la campanilla y paseándose muy agitado.*]

Yo les juro por mi vida.....
Yo sabré.....
Criado. [*Á la puerta del foro.*]

Llama el señor?
Marq. Sí, para decir á usted
que.....
Criado. Qué?
Marq. [*Breve pausa.*] Que callo y me voy.

[*Vase por el foro y detras el Criado.*]

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. GABRIEL. CAROLINA.

Gabriel. Dame la enhorabuena.
Magnánima Isabel cuanto benigna,
ya de admitir se digna
mi dimision, y rota la cadena
que muy mal de mi grado
al timon me amarraba del estado,
en gozo convertida la amargura,

al lado de una prenda tan querida
en quien mi gloria estriba y mi ventura,
vuelvo á la paz del alma y de la vida.

Carolina. Ah! sea mi respuesta un tierno abrazo;

[*Se abrazan.*]

que yo tambien rechazo,
oh padre mio! con desden profundo
las vanas ilusiones del gran mundo.

Gabriel. Supo apénas la crísis, tú lo has visto,
don Fulgencio, tu insigne pretendiente,
cuando, aunque de sagaz presume y listo,
se quitó de la frente
la máscara falaz que la cubria,
y cuando otra ventaja no obtuviera
de mi tan anhelada cesantía,
el feliz pensamiento aplaudiria
de haber abandonado la cartera.

Carolina. Cuando admití propicia su homenaje,
sincero en la apariencia,
me dejé fascinar, yo lo confieso,
por el falso oropel de su lenguaje;
pero á mi inexperiencia
se unió tal vez para turbarme el seso
otra razon no leve
que á declarar mi labio no se atreve.
Erré, mas dias ha que harta, y muy harta,
me tenía ese histrion; ya no coarta
mi libertad; pues, como dice el vulgo,
mostró la oreja y entregó la carta,
y si le acusa usted, yo le excomulgo.
Mas, ay! en este mundo transitorio
¿quién, oh padre! al error no está sujeto?
La experiencia es gran cosa, y sin embargo,
para nadie, señor, es un secreto
que ella tambien claudica.
Si es de los tunos largo el repertorio,
tambien el de los crédulos es largo,
y usted quizá..... Pero el filial respeto
no me permite.....

Gabriel. Eh?

Carolina. Yo.....

Gabriel. ¿Qué significa.....

Carolina. Señor!....

Gabriel. Hay de por medio otro farsante?

Carolina. Sí.....

Marqués. [*Á la puerta del foro.*]
¿Permiten ustedes.....

Gabriel. Adelante.

ESCENA II.

D. GABRIEL. CAROLINA. EL MARQUÉS.

Marq. Beso los piés á la hermosa
Carolina, á quien tributo
tierno amor. *Ídem* las manos
á su digno padre augusto.

Gabriel. Hombre! augusto....

Marq. Es una hipérbole
con que pondero mi sumo
respeto y..... ¡Gracias á Dios
que al fin se me cumple el gusto
de ver á usted! Cuatro viajes
me ha costado; este es el último;
pero si mi diligencia
no ha dado hasta ahora fruto,
no á usted, que es tan bueno, sino
á la crísis lo atribuyo.
Yo que ahora más que nunca,
cuando otros huyen el bulto,
en ser amigo de usted

mi dicha cifro y mi orgullo,
sincera adhesion le ofrezco,
aunque no es grande mi influjo;
porque yo con la política
militante no especulo
ni soy de aquellos proteos
que dicen: oros son triunfos.

Gabriel. Le creo á usted, Marquesito,
y se lo agradezco mucho.

Carol. (Qué ceguedad!)

Marq. Don Fulgencio
muda ya á su nave el rumbo.

Gabriel. Ya lo sé, y nada me importa.

Marq. Sin embargo, porque juzgo
que no ha de pesar á ustedes
saber el chasco mayúsculo
que hoy se ha llevado, les voy
á contar en dos minutos
lo ocurrido en el Congreso.
Era gráfico preludio
el salon de conferencias
de un borrascoso tumulto.
Qué hervidero, santo Díos!....
Entre los diversos grupos
que habia, el más agitado
era el que ese hombre perjuro
pretendia dominar.
Rostrituerto y cejijunto,
manoteaba como loco,
gritaba como energúmeno,
y sacando del bolsillo
notas, diarios, opúsculos,
el tema nos anunciaba
del ataque furibundo
con que se iba á pronunciar
contra usted y sus adjuntos;
y ostentando ya fogoso
el exuberante lujo
de ominosas invectivas
de que se hace tanto abuso,
execraba el nepotismo
y los manejos ocultos;
y allí nos hizo un potaje
indigesto y nauseabundo
de turron y sanguijuelas
y víctimas y verdugos.—
Óyese la campanilla,
se abren las puertas al público,
y se atestan las tribunas,
y se engallan los tribunos.
Á la lectura del acta
siguió un rápido murmullo,
que interrumpió don Fulgencio
pidiendo con ceño adusto
y bronca voz la palabra;
pero—cosas de este mundo!—
se la atajó el Presidente
dando á las sesiones punto—
nunca fué su señoría
tan sabio y tan oportuno—
á solicitud del *idem*
del Ministerio difunto,
hasta que Su Majestad,
usando de su inconcuso
real privilegio, forme
el Gabinete futuro.

Gabriel. Ya tenía yo noticia
de eso.

Marq. Así lo conceptúo;
mas, mensajero oficioso,
yo al deleite no renuncio
de referir el efecto
que en el tránsfuga produjo
su inesperado percance.
Pálido le vi, convulso,
atortolado..... Ahí es nada!
¡Disiparse como el humo
su sueño de oro y quedársele
dentro del cuerpo el discurso!—
Y no es esto lo peor,
sino que, segun barrunto,
le va á salir la criada
respondona.

Gabriel. Sí?

Marq. Lo fundo
en que corre por Madrid
el agradable susurro
de que el digno Presidente
del Ministerio presunto
es usted.

Gabriel. No sin razon
se ha propalado ese anuncio.
He podido serlo, sí;
la Reina me lo propuso
porque aprueba mi programa;
mas de tanto honor me excluyo
porque ya el poder no tiene
para mí atractivo alguno,
y porque, siendo obra mia
la crísis, creerian muchos
que desmedida ambicion
á dar tal paso me indujo,
y me llamarian Júdas
Iscariote..... No! abrenuncio!
Su Majestad—Dios la guarde—
siempre de nobles impulsos
movida, ya ha confiado
á otros hombros más robustos
la carga que de los mios
cuerdamente yo sacudo.

Marq. Vítor! bravo! Eso es obrar
con la madurez y el pulso
de un gran filósofo, y no
de la secta de Epicuro,
sino.....

Carol. Adulacion!

Marq. Justicia,
nada más: yo á nadie adulo.

Carol. Lo mismo diria usted
si en vez de echarse en el surco,
papá se aferrase al mando
como á la concha el molusco.

Marq. No tal.....

[*Á D. Gabriel.*]

¡Vaya una ocurrencia.....

Gabriel. Tiene fe en mí y no le culpo;
mas sólo al comun sentido
en esta ocasion consulto
sin pretender parecerme
á Sócrates ni á Confucio.
Marq. Quiénes son los agraciados?
¿Está ya completo el número.....
Gabriel. [*Dándole un papel.*]
Sí. Aquí tiene usted la lista.
Hoy jurarán...
Marq. [*Leyendo.*] «Don Raimundo...»—
Oiga! Ya le designaban.....—
«El baron de Montecurvo.....»—
Pariente mio.—«Don Próspero...»—
Célebre jurisconsulto!—
«Don Jaime...» Ya! «Don Cipriano...»—
Bien! «Don Luis...» Me congratulo...—
«Don Eulogio... Don Fermin...»—
Estos dos siempre van juntos.

[*Volviendo el papel á D. Gabriel.*]

Buen areópago! Le apruebo.—
Y todos sin faltar uno
son del partido contrario
al que ha abrazado el obtuso
don Fulgencio. Se ha lucido!
Gabriel. Sí por cierto, y yo presumo
que disolverán las Córtes.
Marq. Pues si se cumple ese augurio,
no vuelve á ser diputado
á dos tirones el chusco.
Carol. Cómo no? Él se ingeniará.....
Marq. Es cunero, y dificulto.....
Carol. Se resellará otra vez.
Gabriel. Eso tenlo por seguro.
Hay ya sobre esa medalla
tantos lemas y dibujos,
que el más hábil numismático,
tras largos dias de estudio,
no podrá decirnos cuál
fué su primitivo cuño.—
Pero dónde está Ramiro?
Carol. Siempre ocupado en asuntos
litigiosos.....
Marq. Con los cuales
no ganará cien escudos
al año. Bello sujeto!;
mas como ha dado en el flujo
que usted sabe, es su despacho
una especie de *refugium
peccatorum*, un.....
Gabriel. [*Con severidad.*] Marqués!
Marq. No es decir que yo censuro
su cristiana vocacion.....
Gabriel. Sería usted muy injusto
si tal hiciera.
Marq. En efecto.
Algo peca de cartujo.....
Carol. (Ah!)
Marq. Pero.....
Gabriel. No hay corazon
más benéfico que el suyo.
Marq. Sí.
Gabriel. Ni carácter más digno
de.....
Marq. Sí; lo afirmo....; lo juro.
Lo que he dicho es porque creo
que no sería un absurdo,
sin olvidar á los pobres,
procurar tambien, no un lucro
odioso, sino el que baste
á redondear su peculio.
¿Cómo he de ser yo enemigo
de tan guapo mozo, y cuyo
pariente seré tan luego
como el sacrosanto yugo
me una para siempre.....
Carol. (Ay Dios!)
Marq. ¿Á ese adorable trasunto
de todas las perfecciones?

[*Asoma D. Ramiro por la puerta de la izquierda, sin ser visto, y observa.*]

Gabriel. Grato me será ese nudo,
lo sabe usted, si consiente
mi hija...
Ramiro. (Ah!)
Carol. Señor!..
Ramiro. (¿Qué escucho!)

ESCENA III.

D. GABRIEL. CAROLINA. EL MARQUÉS. D. RAMIRO.

Carol. No urge tanto el casamiento.....
Ramiro. [*Adelantándose.*]
Permítame usted.....
Gabriel. ¿Qué miro!
Ramiro. Yo vengo.....
Gabriel. Á qué?
Marq. Don Ramiro!
Ramiro. Á poner impedimento.
Carol. (Gracias á Dios!.... Ya respiro.)
Gabriel. Hablas con formalidad?
Ramiro. Sí, señor.
Marq. No me someto
á tal arbitrariedad.
¿Quién le da á usted facultad
para tan extraño veto?
Carol. (Amor!)
Marq. Qué ley nos enjuicia?
¿Qué...
Gabriel. ¿Es litigio lo que entablas...,
ó una chanza sin malicia.....
Marq. Sí.
Ramiro. No!
Carol. En nombre de quién hablas?
Ramiro. En nombre de la justicia.

Marq. Quién falta á ella? Yo ignoro.....
Gabriel. De la justicia!
Ramiro. Sí tal.
Carol. (Qué dice?...)
Ramiro. Su nombre imploro
y el de la sana moral.
Marq. ¿Á quién aquí se atropella,
al novio ó á la doncella?
¿Á quién, ¡voto á.....

[*Á D. Gabriel.*]

usted perdone,
el entredicho se pone?
Es mia la tacha, ó de ella?
Ramiro. De ella! ¿Quién, siendo dechado
de virtud, fuera tan ciego,
tan soez y deslenguado
que osara injuriarla?
Marq. Luego
¿sobre mí viene el nublado?
Ramiro. Sí, señor.
Marq. Cómo!....
Gabriel. Qué es esto?
Marq. ¿Qué ley, ni aquí ni en Sicilia,
se opone..... (malo me he puesto!)
á que.....
Ramiro. Ese enlace funesto
deshonrara á mi familia.
Marq. (Algo sabrá....)

[*Á D. Gabriel.*]

Es solecismo!
Gabriel. Él dirá.....
Marq. Calumnia infanda!
(Reniego de su bautismo.)
Ramiro. Digo la verdad.
Marq. Hoy mismo
entablaré la demanda.....
Ramiro. Se guardará usted muy bien
de hacerlo.
Marq. (Me descalabra.)
¡Hum.... (Dios le confunda, amén!)
Gabriel. Por qué?
Ramiro. Á otra dió palabra.....
Marq. ¡Palabra... Yo... ¿Cuándo... ¿Á quién...
Ramiro. No vale hacerse de nuevas,
que no soy yo un aprendiz.
Á la mujer infeliz
que sedujo usted.
Marq. ¿Qué pruebas
tiene usted de ese desliz?
Gabriel. No desliz, sino delito
es ese y delito enorme.
Marq. Bien; pero á nadie (maldito!)
por error ó falso informe
se le cuelga un sambenito.
Carol. (La andaluza..... Es evidente.)
Ramiro. El informe es fehaciente
y explícito.
Gabriel. (¿Quién diria....)
Ramiro. Y si le desmiente usía,
á sí propio se desmiente.
Marq. (Temblando estoy.)
Ramiro. Carta canta.
Marq. (Tiró el diablo de la manta!)
Ramiro. [*Sacando las cartas y mostrándoselas al Marqués.*]

Tres tengo aquí.....
Marq. (Me acogota.)
Ramiro. Que usted firmó.
Marq. (Vírgen santa,
por qué fuí yo tan idiota?)
Carol. Ay papá!....
Ramiro. Vea usted, vea
si son.....
Marq. (Aciaga mujer!)
Ramiro. Quiere usted que yo las lea?
Marq. No, señor: no es menester.
(Mi martirio le recrea.)
Ramiro. Aquí da usted testimonio
de amor tropical.....
Carol. (Demonio!)
Ramiro. Y habla usted—esto es más grave—
del pactado matrimonio.....

[*Aparte al Marqués.*]

Y de aquello que usted sabe.

[*Guardando las cartas.*]

Se unirán al expediente,
y si usted no reconoce
la firma, el juez competente.....
Marq. (Salgamos por la tangente
y echémoslo todo á doce.)
Blasono de solariego,
y ábrase el juicio ó no se abra,
yo nunca mi firma niego.
Ramiro. Bien: ahora la firma, y luégo
la palabra.....
Marq. Eh! la palabra.....
Algunas se dan por gresca.....
No creo que cause estado
una carta novelesca.
Cuando uno está enamorado
no sabe lo que se pesca.
Gabriel. Yo esa doctrina repruebo.
Carol. Es de alabar su frescura.
Marq. ¿Tan horrible es ó tan nuevo
gustar..... ¿Qué incauto mancebo
no hace alguna travesura?
Ni los hombres de mi alzada
buscan en rudos barbechos
su esposa predestinada,
ni hará bien esa cuitada
en tomarlo tan á pechos.
Gabriel. Eh! calle usted, que me irrito.
Ramiro. Qué descaro! ¿Usted se mofa.....
Marq. Sí tal, que no vale un pito.....
Pecadillos de esa estofa
se absuelven con pan bendito.
Gabriel. (¡Bribon..... Por dicha no es tarde.)
Carol. Quien de tener hace alarde

costumbres tan relajadas,
sólo desprecios aguarde
de las mujeres honradas,
y ni en rústico barbecho
ni bajo dorado techo
es dado poner la planta,
ni alegar ningun derecho
á quien todos los quebranta.
¿Tan poco es lo que yo valgo,
que así usted me ha escarnecido
queriendo ser mi marido?
¿Qué vale llamarse hidalgo
quien su estirpe echa en olvido?
Privilegios de nobleza
no excusan una vileza;
que en las obras, no en la cuna
ni en los bienes de fortuna,
la honra está ó la bajeza.—
Ah! ya el corazon leal
me hacía ver duelo ó mengua
en consorcio tan fatal;
pero el respeto filial
puso un candado á mi lengua.

Gabriel. De su padre amigo fiel,
creí—¡decepcion cruel
de mi fe y mi gratitud!—
que la paterna virtud
se perpetuaria en él.

Marq. Juro al concilio de Trento
que de mi conducta aleve
me sonrojo y me arrepiento;
mas si la culpa no es leve,
mayor es el escarmiento.
Sin que judicial edicto
venga á aumentar mi conflicto,
la pretension desamparo—
ay dolor!—y me declaro
reo confeso y convicto.
Pero respecto de ustedes
no es mi culpa tan atroz.
Amor me cogió en sus redes.....

Ramiro. Á usted!

Carol. Bah!

Marq. Estéril mi voz
se embota en esas paredes.
No es ménos verdad por eso
que yo—conste en el proceso—
amo, adoro á Carolina,
aunque indigno me confieso
de dama tan superfina.—
Sí, señores! Sí, señora!
Sépanlo ustedes y el globo:
sólo por ella me arrobo,
y no por la pecadora
que ese hombre guarda en adobo.
Capricho fué aquel, sí tal,
pasajero, y por el cual
más la lástima que el odio
merezco; fué..... un episodio,
y esta es la accion principal.

Carol. Accion cuyo desenlace.....

Marq. Ya; es echarme, *sin enlace*,
por la puerta de los carros
y castigar mis desbarros
con un *requiescat in pace.*

Gabriel. [*Riéndose y lo mismo Carolina y don Ramiro.*]
No..... Pasma su desenfado.

Ramiro. Sí, es donoso.

Carol. En sumo grado.
¿Cómo no ser indulgente,
papá, con un delincuente
que hace reir al juzgado?

Marq. Ah! sí; de almas tan humanas
no en vano mi gracia impetre.
Con intenciones muy sanas
yo acá para mi caletre
hacía cuentas galanas.
Fiaba en que la aventura
tarde ó nunca se sabria,
fiaba en mi jerarquía
y en que al fin amar me haria
con prodigios de ternura;
y como aquella trastada,
excusable en un marqués,
ántes se hizo, no despues,
decia yo: agua pasada
no muele, *et cætera.*

Carol. Pues!

Marq. Me engañó mi presuncion,
y de ella me reconvengo
yo propio, y en conclusion,
digo á ustedes que no tengo
todo lo de Salomon.

Ramiro. Si le falta á usted su ciencia,
en cambio tiene una ganga,
quizá de más conveniencia.....

Marq. Cuál?

Ramiro. Ser tan ancho de manga
para su propia conciencia.

Marq. Pche!....

Ramiro. Pero aunque yo propendo
á la indulgencia tambien,
sepa usted que no la extiendo
á abandonar con desden
á los pobres que defiendo.

Marq. (Ya vuelve á buscarme el bulto
el tenaz jurisconsulto.)

Ramiro. Tambien yo, en lo que usted llama
accion principal del drama,
le compadezco y le indulto;
pero si la broma sigo,
porque sería cruel
dar á usted otro castigo,
lo del episodio aquel
no es cosa de risa, amigo.

Marq. Dale! Á todo trance quiere
cargarme..... Esa sí que es ganga!

Ramiro. La pobre mujer.....

Marq. Que espere!
¿Sé yo si vive ó si muere
y si está aquí, ó en Berlanga?

Ramiro. Vive, y llora.....

Marq. Llore ó ruja,
no guardo mi blanca mano

para semejante bruja.
Ramiro. Yo.....
Marq. [*Yéndose.*] Abur!
Catuja. [*Saliendo de pronto por la puerta de la izquierda y asiéndole de un brazo.*]
Alto aquí, villano!
Carol. Bien decia yo.....
Marq. Catuja!....

ESCENA IV.

CAROLINA. D. GABRIEL. D. RAMIRO. EL MARQUÉS. CATUJA.

Catuja. Infiel! traidor!....
Marq. Allí estabas!
Catuja. Y harta ha sido mi paciencia
en oirte hablar de mí
con tan brutal desvergüenza,
y no salir ántes, pícaro!
á arrancarte las orejas.
Marq. Es muy amable; eso sí!
Catuja. ¿Cómo quieres que lo sea
cuando.....
Marq. [*Á D. Ramiro.*]
Agradezco á usted mucho
esta agradable sorpresa.
Ramiro. No la he preparado yo,
sino.....
Marq. Quién?
Ramiro. La Providencia.
Marq. Suelta! sin la voluntad,
es inútil que me prendas
el brazo.
Catuja. No te irás, no,
sin cumplirme tu promesa.
Ramiro. Suéltele usted en buen hora,
pues sin usar de violencia
ni de coaccion, sin duda
se vendrá el señor á buenas.
[*Suelta Catuja al Marqués.*]
Marq. Me vendré ó no me vendré;
que á mí no se me maneja
como á un niño.
Gabriel. Con la honra
de una mujer no se juega,
y habiendo usted seducido
á esa.....
Marq. Dónde está la prueba?
Mis descargos se oirán
donde se oiga su querella.
Quién ha seducido á quién?
Difícil es el problema.
Carol. [*Aparte á D. Ramiro.*]
Puede que tenga razon.
¿Por qué no pudo ser ella
la que.....
Catuja. [*Llorando.*] Seducirte yo!
¿Cómo..... Ay! demasiado crédula...
Marq. Cómo dices? Con tu cara....,
que era entónces pasadera;
con tus ojos; con los dengues
en que todas sois maestras....;
¿qué sé yo!.... Con esa misma
credulidad zalamera,
velò de loca ambicion
y de pretensiones necias.
¿Por dónde podias tú
esperar, soñar siquiera,
ser esposa de un marqués
que desciende en línea recta....
Catuja. Bah! ¿Y por dónde creyó usía
que sus ruegos me vencieran
á no haberme prometido
la bendicion de la iglesia?
Áun esto, yo lo confieso,
no disculpa mi flaqueza;
pero ¿por qué en este siglo
de luces, no de tinieblas;
de igualdad y de progreso,
no de señores y siervas;
por qué no pudo, sin nota
de impertinente y soberbia,
el deseo de ser títula
trastornarme la chabeta?
Vaya! Siendo, como soy,
bien nacida y nada lerda,
no es cosa del otro juéves
que aspire yo á ser marquesa
cuando peores bodorrios
se están haciendo á docenas.
Ramiro. [*Aparte á Carolina.*]
Otro caso fulminante
de la enfermedad que reina.
Marq. Que se hagan! Yo no soy voto
de reata, y harta pena
es perder una deidad
sin cargar con una pécora.
Catuja. ¿Yo pécora, santo Dios!
Marq. Una cosa es que uno tenga,
por distraccion, amorcillos
con mozas de baja esfera,
y otra.....
Catuja. Perro! ¿Distraccion
llama usted...
Marq. Y otra...
Catuja. Alma negra!
Marq. Pagarla tan cara. No!
Primero iria á galeras.
Ramiro. La promesa, escrita está;
probado hasta la evidencia
el perjurio, y esta pobre
de grado obtendrá ó por fuerza
la justa reparacion
que exige.
Marq. Bien; si pleitea,
pleitearé y veremos.....
Ramiro. Bien!
Marq. Y se morirá de vieja,
se lo juro, ántes que yo.....

Gabriel. Demos fin á esta contienda.
El pleito puede excusarse
si obra el Marqués con nobleza.....
Carol. Sí hará.
Gabriel. Y transige...
Marq. Casándome?
Apelo de la sentencia.
Ramiro. Ó por lo ménos dotándola
con lo que el código reza.
Marq. Bien..... (Cruel alternativa!)
Yo consultaré—no hay priesa—
con la almohada.....
Catuja. ¿Por qué
no dices con la conciencia?
Marq. [*Exasperado.*]
Mujer!....
Catuja. Porque no la tienes.
Marq. Catujá!
Catuja. [*Llorando.*] Si la tuvieras,
no con oro, con tu mano
pagarias una deuda
tan sagrada; pero, oh Dios!
ni mis lágrimas acerbas,
ni la voz, ay! ya difunta,
con que la naturaleza
te grita.....
Marq. ¡Voto á..... Suspende
tu sentimental arenga.
Catuja. Hombre sin fe! Yo.....
Marq. [*Á D. Ramiro.*] Haga usted
de mí todo lo que quiera....;
se entiende, ménos...., con tal
de que yo no oiga ni vea
en los dias de mi vida
á esa fatal hija de Eva.
Catuja. Tente!....
Marq. [*Con cómico despecho.*]
Adios!

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL. CATUJA.

Catuja. Se va! Se ha ido!
[*Como amagada de un desmayo.*]
Ay!.... las rodillas me tiemblan.....
Los ojos..... Téngame usted.....
Ramiro. (Ahora una pataleta?)
Voto á brios! No se desmaye
usted: la ley se lo veda.
Catuja. [*Con candor.*]
Obedezco.
Gabriel. [*Aparte con D. Ramiro á Carolina.*]
Es maula.
Ramiro. Harian
ella y él linda pareja.
Carol. [*Á D. Ramiro, parodiando á Catuja.*]
«Porque una sea andaluza,
ha de ser carantoñera?»
Gabriel. Ánimo y conformidad,
Catuja. Si se desdeña
de contraer matrimonio
con usted un calavera,
por ello más que de pésame
está usted de enhorabuena.
Mal lo pasaria usted
si contra viento y marea
de semejante marido
se proveyese, y más cuenta
le ha de tener resignarse
á soltería perpetua.
Catuja. Ay, sí señor!; que no en vano
dice el refran: cada oveja.....
Gabriel. Sí.
Catuja. Y como, al cabo y al fin,
siempre se rompe la cuerda
por lo más delgado.....
Carol. Pues.
Catuja. Y otro adagio nos enseña
que quien nació para ochavo
nunca llegará á peseta,
¿qué he de hacer sino...
Gabriel. Hay tambien
otro refran que consuela.....
Catuja. Cuál?
Gabriel. Los duelos.....
Catuja. Sí, con pan
son ménos.—Pues bien, si suelta
aquel forajido el dote
á que la ley le condena,
entónces.....
Gabriel. Le cobrará
usted.....
Catuja. Sí?
Gabriel. Sí, á toca teja:
palabra de honor.
Catuja. Si usted
responde de la solvencia.....
Gabriel. Algo más que eso: el dinero
no saldrá de su gaveta,
sino de la mia.
Carol. [*Tomando afectuosamente la mano de su padre.*]
Ah! Bien!
Ramiro. [*Haciendo lo mismo.*]
Bravo!
Gabriel. Así me lo aconsejan
mi caridad por un lado
y por otro su pobreza;
así la grata memoria
honraré de don Estéban
su ilustre padre, á quien Dios
haya dado gloria eterna;
así en fin excusará

poner su cara en vergüenza
esta infeliz.

Catuja. ¡Oh infinita
bondad!

[*Queriendo arrodillarse é impidiéndoselo D. Gabriel.*]

Besaré la tierra
que pisa mi bienhechor.....

Gabriel. No!

Catuja. Sí.

Gabriel. Nada de pamemas!

Catuja. [*Á Carolina.*]

Vuelvo á afirmar, señorita,
que es esta casa vivienda
de ángeles. Ah! yo bendigo
agradecida la estrella
que aquí me trajo. Oh ventura!
Sin humillar mi cabeza
á un mal caballero, indigno
de mí, saldré de miseria.

[*Á D. Gabriel.*]

Bien dice usted, ciudadano:
pundonor, delicadeza
sobre todo: este es mi norte;
esta.....

Gabriel. No más.....

Catuja. Con licencia
de ustedes..... Ah! ofrece á ustedes
Catuja la costurera
su fina amistad.....

Carol. Bien.

Gabriel. Basta.....

Ramiro. Abur.....

Catuja. Y una pobre celda,
calle del Humilladero.....

[*Sacando una tarjeta y dejándola sobre un velador.*]

Aquí dejo la tarjeta.—
Número.....

Carol. No es necesario.....

Catuja. Sotabanco de la izquierda.

ESCENA VI.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.

Carol. Gracias á Dios que se fué!

Gabriel. Sí, y sin ella, y sin el plepa
del Marqués, y sin el otro
fantasmon, y sin cartera
sobre todo, ¡qué tranquila
será de hoy más, qué halagüeña
la vida que.....

Criado. [*Á la puerta del foro.*]
Un oficial
del ministerio de Hacienda.....

Carol. ¡Otra vez.....

Gabriel. No! Dios me libre.—
Á mi despacho.

[*Vase el Criado.*]

No temas.
Le mandé que me trajera
á firmar....; cosas resueltas
dias ha y de puro trámite.
Amo y venero á mi Reina,
pero ¿mando? Una y no más!
Compadezco á quien le hereda.

ESCENA VII.

CAROLINA. D. RAMIRO.

Ramiro. Tronaron tus pretendientes.
Yo te felicito, prima.

Carol. Sí?

Ramiro. Sí. Verte daba grima
sitiada por tales entes.

Carol. Sí, ya puedo á mi albedrío
mejorarme, y de esta gracia
soy deudora á la eficacia
de tu celo, primo mio.

Ramiro. No me des á mí la palma:
Dios.....

Carol. Bien; Dios todo lo hace;—
mas tan feliz desenlace
¿no es grato tambien á tu alma?

Ramiro. Sí, que tu felicidad
prefiero á la mia. (Ay Dios!)

Carol. Bien; pero..... ¿hay entre las dos
incompatibilidad?

Ramiro. Sí.—No!—Perdona, divina
mujer, si mal de mi grado.....
¿Cómo ser yo desgraciado
siendo feliz Carolina?

Carol. Yo feliz!.... Mayor zozobra
es la que ahora me asalta.
Yo feliz! Mucho me falta
para eso.

Ramiro. Ó mucho te sobra.

Carol. Qué?

Ramiro. Nada.

Carol. Esa reticencia
me hace reir..... y llorar.
Qué me puede á mí sobrar?
Dilo: acaba.

Ramiro. Mi presencia.

Carol. Jesus!.... ¿Otra vez (me quemo!)
esa manía te acosa?

Ramiro. Dios lo quiere.

Carol. Eh! no hay tal cosa.

Ramiro. Y es justo.....

Carol. Eres un blasfemo.

Ramiro. No, prima.....

Carol. Sí una y mil veces.

Á ménos que de este asilo
el odio te aleje..... Dilo
sin reparo: me aborreces?

Ramiro. Yo aborrecerte! Al contrario:
te amo con idolatría.

Carol. (Ah! por fin....) Ya lo sabía.

Ramiro. Perdon! Soy un temerario.

Carol. [*Riéndose.*]
Tú!

Ramiro. Te ries!

Carol. No.....

Ramiro. Te escamas!....
Ya mi imprudencia maldigo.

Carol. Pues yo no.

Ramiro. Enterrar conmigo
debí mi secreto.

Carol. Me amas!
Y amándome huyes de mí!

Ramiro. Sí.

Carol. Pero ¿acaso es ruindad
quererme?

Ramiro. Es temeridad;
ya lo he dicho.

Carol. Por qué?

Ramiro. Sí,
porque, á no perder la cholla,
no sube tanto de punto
la ambicion del que es, por junto,
letrado de misa y olla.
Ah! no: á morir me sentencio
ántes que á vil interes
se achaque mi odio al Marqués
y al ínclito don Fulgencio.

Carol. Hombre de Dios! ¿Ahora sales
con eso? ¿Tanto exageras
tu humildad? ¿No consideras
lo que ellos son y tú vales?
Ah Ramiro! Di más bien,
y perdonártelo puedo,
que te enmudecia el miedo
de provocar mi desden.—
Pero..... si te amase yo.....
(Salgamos ya de este potro!)

Ramiro. [*Sobresaltado.*]
Peor es esto que lo otro.
¡Adios.....

Carol. [*Para sí.*] Vírgen de la O!,
qué hombre es este?

[*Cerrando la puerta del foro, á la cual se dirigia D. Ramiro.*]

Eh! no se vaya
el taimado, el..... No se irá.
No faltaba más!—Papá!....

Ramiro. Yo.....

Carol. Esto pasa de la raya.—
Yo te juro por mi nombre.....
Papá!—Esto es ya ser grosero.....

ESCENA ÚLTIMA.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.

Gabriel. Llamas?

Carol. Sí.

Gabriel. Qué quieres?

Carol. Quiero.....
que me prenda usted á ese hombre.

Gabriel. Por qué? Por alguna riña
pueril.

Carol. Por una maldad.

Gabriel. Pero ¿con qué autoridad?

Carol. Con la de ministro.

Gabriel. Niña!

Carol. Sí, sí.

Gabriel. ¡Un ministro prender
como alguacil!.... Cosa extraña!

Carol. Un ministro hace en España
todo lo que quiere hacer.

Gabriel. No, hija mia.—Mas si ya
no lo soy, ¿cómo pretende
tu antojo.....

Carol. Bah! se le prende
con fecha de ayer, papá.

Gabriel. [*Á D. Ramiro.*]
Hable usted, caballerito.
¿Qué ha habido aquí...

Ramiro. [*Muy turbado.*] Yo... señor...
Si.....

Gabriel. Tiemblas!

Carol. Ese temblor
denuncia su atroz delito.

Gabriel. ¡Delito un hombre tan probo,
tan.....

Carol. No hay que fiarse de él;
que tambien suele con piel
de oveja vestirse el lobo.

Gabriel. Lobo tú!

Carol. Y leopardo y grifo.

Gabriel. De qué eres reo?

Carol. De amor.

Gabriel. Á ti?

Carol. Sí, se..... No, señor!

Gabriel. No entiendo ese logogrifo.

Carol. Ni yo.

Gabriel. Sí y no..... Me confundo.

Carol. Me ama, y huye de mi casa!

Gabriel. Sí?

Carol. Sí. Lo que á mí me pasa
no tiene ejemplo en el mundo.

Gabriel. Qué dices tú á eso?

Ramiro. Nada.

Carol. Yo hablaré, pues fuerza es.
Va á verse aquí entre los tres
un pleito á puerta cerrada.—
Usted, juez.

Gabriel. No soy togado.

Carol. No le hace.

Gabriel. La acusadora
serás tú.

Carol. Es claro.

Gabriel. En buen hora;

y Ramiro tu abogado.
Carol. Qué absurdo! ¿Cómo.....
Gabriel. Ya veo.....
Carol. Él sólo á pobres defiende;
yo no soy pobre, y por ende.....
Gabriel. Sí; olvidaba..... Él es el reo.
Carol. Aunque es de ciencia un abismo,
no la he menester, papá.
Gabriel. Tanto mejor.
Carol. Y harto hará
en defenderse á sí mismo.
Y nadie de esto se asombre;
que su instinto seguirá,
porque *hombre pobre*, quizá
no lo es; pero es un *pobre hombre.*
Gabriel. Comienza ya tu alegato.
Carol. Lo haré pues sin ceremonia,
ya que es tal la..... parsimonia
de ese doctor timorato.
Gabriel. Bien.
Carol. Óigame usted, señor.....
Gabriel. Sí.
Carol. Con la benevolencia
de un padre y con la indulgencia
piadosa de un confesor.
Gabriel. Sí, Carolina, sí; pero
esta segunda alcaldada.....
¿Ahora quieres que invada
la jurisdiccion del clero!
Carol. En suma, estamos los dos
uno del otro prendados,
ciegamente enamorados.....
Gabriel. Sí? Loado sea Dios!
Carol. Pero él es tan recoleto,
que no se daba á partido,
y con pinzas he tenido
que arrancarle su secreto;
y despues que logra ufano
á dos rivales vencer,
me desahucia á mí! Esto es ser
el perro del hortelano.
Ramiro. Rectificaré.
Carol. Al fin hablas!
Ramiro. Con placer, con regodeo
á sus dos galanes veo
retirados de las tablas;
no por mi propio interes,
aunque es verdad que la adoro,
sino porque á su decoro
cumple olvidar á los tres.
Yo que culpé con justicia,
mas sin segunda intencion,
de uno la ciega ambicion,
de otro la torpe codicia,
¿cómo pudiera, hombre oscuro,
sin sospecha de egoismo,
dar por bueno en mí lo mismo
que en ellos odio y censuro?
Gabriel. ¿Temes—tu temor denigro—
que de ti se rian.....
Carol. Sí.
Gabriel. No eres tú tan baladí
que corras ese peligro.
Carol. Ser ridículo, á fe mia,
es un estigma cruel;
mas tambien se incurre en él
por temerle en demasía.
El hombre pundonoroso
nunca caerá en menosprecio
por satirizarle un necio
ó morderle un envidioso.
Yo tales juicios condeno,
y aunque no soy leguleya,
ni fuí con prosopopeya
doctorada á claustro pleno,
probaré de varios modos,
en un luminoso artículo,
que es tal vez el más ridículo
quien pone mazas á todos,
y aunque la frivolidad
tanto abusa de ese nombre,
siempre está en manos de un hombre
tener honra y dignidad.
Ramiro. Tienes razon.....
Carol. Pero á ti
no hay ninguna que te cuadre.—
Desherédeme usted, padre;
á ver si me quiere así.
Ramiro. Eso no!....
Gabriel. Silencio!
Ramiro. Callo.
Gabriel. Visto lo que cada cuál
ha alegado, bien ó mal,
resumo el debate, y fallo.—
Visto que el título infama
de caballero el amante
que, esquivo y recalcitrante,
vota en contra de su dama;
y que, pues un rico dote
nunca fué tacha legal,
si álguien le escupe, ese tal
es tonto de capirote:
considerando que no es
de ahora mostrar Ramiro
en su modesto retiro
ejemplar desinteres;
y por fin, considerando
que debe ser tu marido,
pues él para ti ha nacido,
para él tú; ordeno y mando
que acabemos de una vez
y santo vínculo os ate;—
y por si hago un disparate,
condeno en costas..... al juez.
Ramiro. Tio amado! Ya prescindo
de mi necia cobardía
y de una filosofía
que no es de moda. Me rindo.
¿Y cómo no, si esos ojos
harian pecar á un santo?
Sí, mi vida; sí, mi encanto.

[*Alargando su mano en demanda de la de Carolina.*]

Dame.....
Carol. Pídela de hinojos.

Ramiro. Sí, á tus piés me precipito.

[*Lo hace.*]

Carol. Aunque el triunfo es lisonjero,
¡harto le he sudado.....
Ramiro. Ah!
Carol. Pero
á buen bocado buen grito.
Ramiro. Buen bocado yo, alma mia?
¡Tú sí.....
Carol. Levanta!

[*Le alza con sus dos manos.*]

Me quieres?
Ramiro. Con delirio.—¡Tú sí que eres
néctar, maná y ambrosía!
Carol. Nada perderán á fe,
tus pobres, porque de hoy más.....
Ramiro. Qué?
Carol. Tú los defenderás
y yo los socorreré.
Gabriel. No os congratulais conmigo?
Carol.
Ramiro. } Sí!

[*Corren á los brazos de D. Gabriel.*]

Gabriel. Precursor de otro lazo
más dulce sea este abrazo.
Carol. Papá!
Ramiro. Señor!
Gabriel. Yo os bendigo.
Carol. Y tras de esa bendicion,
nos dará su visto-bueno
todo aquel en cuyo seno
lata un noble corazon.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE.

ERRATAS.

Página.	Columna.	Línea.	Dice.	Léase.
181	Única.	10	esfuerzos	esfuerzo
192	1.ª	16	Inocentito!	Inocencito!
264	1.ª	8	nuevo	negro
304	2.ª	55	Descargando	Descargado